LARRY McMURTRY

GANADOR DEL PREMIO PULITZER

PALOMA SOLITARIA

LONESOME DOVE

LE LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

http://LeLibros.org/

Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online

Paloma solitaria es la obra maestra de Larry McMurtry —ganador del Premio Pulitzer— y la más grandiosa novela del Oeste tal como este era realmente. Esta epopeya norteamericana abarca todo lo que significó el Oeste —leyenda y realidad, héroes y forajidos, prostitutas y damas, indios y colonos— en un relato que recrea el mayor mito de la nación estadounidense. Situada a fines del siglo XIX, Paloma solitaria nos narra una conducción de ganado desde Texas hasta Montana… y mucho más. Esta conducción representa para todos los participantes no solo un desafío, sino la materialización del Sueño Americano: el intento de conseguir una nueva vida en un mundo aún salvaje.

LELIBROS

Larry McMurtry

Paloma Solitaria
(Lonesome Dove)

Dedicado a Maureen Orth y
a la memoria de los nueve
muchachos McMurtry (1878-1983)
«Cuando estaban sobre la silla
de montar arremetían con brío…»

Toda Norteamérica se encuentra al final del camino del salvajismo, y nuestro pasado no está muerto. Nuestros antepasados llevaban la civilización en su interior. Vivimos en la civilización que ellos crearon, pero en nuestro interior aún late el salvajismo. Vivimos lo que ellos soñaron, y lo que ellos vivieron lo soñamos nosotros.

T. K. WHIPPLE, *Study Out the Land*

PRIMERA PARTE

1

Cuando Augustus salió al porche, los cerdos azules se estaban comiendo una serpiente de cascabel, aunque no muy grande. Probablemente había llegado arrastrándose en busca de sombra cuando se encontró con los cerdos. Se la estaban repartiendo a tirones, y sus días habían terminado. La cerda la tenía agarrada por el cuello y el cerdo por la cola.

—¡Largo! —dijo Augustus dando un puntapié al macho—. Iros al arroyo a comérosla.

No era la serpiente lo que les discutía sino el derecho al porche. Los cerdos en el porche aún daban más calor, y las cosas ya estaban demasiado calientes. Salió al patio polvoriento y se dirigió al barracón del manantial en busca de su jarra. El sol aún seguía muy alto, clavado en el cielo como una mula, pero Augustus tenía buen ojo para el sol, y la luz que venía del Oeste ya había tomado una inclinación alentadora.

La noche tardaba en caer en Lonesome Dove, pero cuando lo hacía era un alivio. La mayor parte de las horas del día, y la mayor parte de los meses del año, el sol tenía al pueblo intensamente atrapado en el polvo, hasta más allá de las llanuras de chaparral, un paraíso para las serpientes y los sapos cornudos, correcaminos y lagartos, pero un infierno para los cerdos y la gente de Tennessee. No había ni un árbol que diera sombra decente en veinte o treinta kilómetros a la redonda; en realidad la sombra decente más próxima era cuestión de violento debate en las oficinas —si es que quería calificar de oficinas un granero sin tejado y un par de corrales remendados— de la «Compañía Ganadera Hat Creek», de la que Augustus era dueño de la mitad.

El testarudo de su socio, el capitán W. F. Call, sostenía que había una sombra excelente en el cercano Pickles Gap, a solo doce kilómetros de distancia, pero Augustus no estaba dispuesto a admitirlo. En todo caso, Pickles Gap era una comunidad mucho peor que Lonesome Dove. Había surgido simplemente porque un loco que procedía de Georgia del Norte, llamado Wesley Pickles, se había perdido con su familia durante diez días, entre los mezquites. Cuando por fin encontró un claro, se negó a abandonarlo y de ahí nació Pickles Gap, que solo atrajo a viajeros parecidos a su fundador, es decir, gente incapaz de sortear los pocos centenares de kilómetros de espesura de mezquites, sin perder la cabeza.

El barracón del manantial era una pequeña casa de adobe tan fresca en el interior que Augustus se habría sentido tentado de vivir en ella de no ser por lo atractiva que resultaba a las viudas negras, ciempiés y avispas americanas. Cuando abrió la puerta no vio ningún ciempiés, pero oyó en cambio el peculiar sonido de una serpiente de cascabel, evidentemente más lista que la que se estaban comiendo los cerdos. Augustus pudo distinguir a la serpiente enroscada en un rincón, pero decidió no dispararle; en una tranquila noche de primavera en Lonesome Dove, un disparo podía acarrear complicaciones. Todo el mundo en el pueblo pensaría que los comanches habían llegado de la llanura, o los mejicanos, del río. Si cualquiera de los clientes del « Dry Bean» , el único *saloon* del pueblo, se encontraba deprimido o borracho, cosa plausible, saldría corriendo a la calle y mataría a uno o dos mejicanos, por si acaso.

Como mínimo, Call llegaría galopando desde el prado y se enfurecería al descubrir que solo se trataba de una serpiente. Call no sentía el menor respeto por las serpientes ni por nadie que se molestara por ellas. Trataba a las serpientes de cascabel como a los mosquitos, apartándolas de un manotazo o con cualquier herramienta que tuviera a mano. « Un hombre que aminora la marcha por una serpiente, será mejor que ande» , decía con frecuencia, lo cual tenía tan poco sentido para un hombre culto como la mayoría de las cosas que decía Call.

La filosofía de Augustus era más tranquila. Consideraba que debía darse a las criaturas algo de tiempo para pensar, de modo que permaneció al sol unos minutos hasta que la serpiente se calmó y se arrastró a su agujero. Solo entonces entró y sacó su jarra del barro. Había sido un año seco, incluso desde el punto de vista de Lonesome Dove, y la primavera empezaba a crecer lo bastante como para formar un charco de barro. Los cerdos pasaban gran parte del tiempo merodeando por el barracón, confiando meterse en el barro, pero hasta el momento ninguno de los agujeros en el adobe era lo bastante grande como para dejar pasar un cerdo.

La tela de saco húmeda que envolvía la jarra atraía naturalmente a los ciempiés, así que antes de destapar la jarra y beber un sorbo, Augustus se cercioró de que ninguno se había escondido en la tela. El único barbero blanco de Lonesome Dove, un tipo de Tennessee llamado Dillard Brawley, tenía que hacer su trabajo sobre una sola pierna por no haber desconfiado suficientemente de los ciempiés. Dos de la variedad venenosa de patas rojas se habían escondido una noche en la pernera de sus pantalones, y Dillard se vistió apresuradamente sin antes sacudir los pantalones. La pierna no se había podrido del todo, pero sí lo suficiente para que la familia se pusiera nerviosa por el envenenamiento de la sangre y le persuadiera a él y a Call para que se la cortara.

Durante uno o dos años Lonesome Dove tuvo un médico de verdad, pero el joven carecía de sentido común. Un vaquero de mala vida al que todo el mundo estaba dispuesto a ahorcar a la primera oportunidad se emborrachó una noche,

perdió el sentido y una tijereta se le metió en el oído. El bicho no supo encontrar la salida, pero se movió tanto que inquietó al vaquero, quien convenció al joven doctor de que intentara sacárselo. El joven hizo cuanto pudo con agua caliente salada, pero el vaquero perdió la paciencia y mató al joven médico. Fue un error fatal por parte del vaquero: alguien disparó a su caballo mientras trataba de huir, y la población indignada, que en su mayor parte se encontraba cerca del «Dry Bean» pasando el tiempo, le ahorcó inmediatamente.

Por desgracia ningún otro médico se había vuelto a interesar por el pueblo, y Augustus y Call, que habían tenido su ración de heridas, solían ser reclamados para realizar cualquier trabajo de cirugía que se considerase esencial. La pierna de Dillard Brawley no había presentado el menor problema, salvo que Dillard gritó con tal fuerza que se lastimó las cuerdas vocales. Se defendía bien con una sola pierna, pero sus cuerdas vocales nunca se curaron del todo, y esto a la larga, perjudicó su negocio. Dillard había hablado siempre demasiado, pero después del asunto de los ciempiés hablaba en un tono demasiado bajo. Los clientes no podían relajarse bajo las toallas calientes por el esfuerzo de traducir los murmullos de Dillard. Nunca había valido la pena escucharle, incluso cuando tenía dos piernas, y con el tiempo muchos de sus clientes pasaron al barbero mejicano. Incluso Call iba al barbero mejicano y eso que no confiaba en los mejicanos ni en los barberos.

Augustus se llevó la jarra al porche y colocó su silla de asiento de cuerda de modo que pudiera gozar de la poca sombra que había. Al ponerse el sol, la sombra se extendería gradualmente por el porche, el patio de las carretas, Hat Creek, Lonesome Dove y, finalmente, por el Río Grande. Para cuando la sombra hubiera llegado al río, Augustus se habría suavizado con la tarde y estaría dispuesto a conversar con inteligencia, lo que siempre quería decir hablar consigo mismo. Call trabajaría hasta la noche si encontraba algo que hacer, y si no encontraba nada lo inventaría… y Pea Eye era demasiado «cabo» para abandonar antes de que lo hiciera el capitán, incluso si Call se lo permitía.

Los dos cerdos habían desobedecido tranquilamente la orden de Augustus de irse al arroyo y estaban debajo de una de las carretas comiéndose la serpiente. Era de sentido común porque el arroyo estaba tan seco como el patio de las carretas, y más allá. Durante cincuenta semanas del año, Hat Creek no era sino un río de arena y el hecho de que los cerdos no lo consideraran apropiado para revolcarse en él acreditaba su inteligencia. Augustus solía alabar frecuentemente la inteligencia de los cerdos en una discusión con Call que duraba dos años. Augustus aseguraba que los cerdos eran más listos que los caballos y que la mayoría de la gente, algo que molestaba extraordinariamente a Call.

—Ningún cerdo comedor de desperdicios es tan listo como un caballo —aseguraba Call antes de decir cosas peores.

Como tenía por costumbre, Augustus bebía gran cantidad de *whisky* mientras

contemplaba sentado cómo el sol iba abandonando el día. Si no inclinaba la silla de asiento de cuerda, inclinaba la jarra. Los días en Lonesome Dove eran una mancha de calor y tan secos como la tiza, pero el *whisky* de la jarra mitigaba algo la sequedad y hacía que Augustus se sintiera agradablemente húmedo por dentro, brumoso y fresco como una mañana en las colinas de Tennessee. Pocas veces se emborrachaba del todo, pero disfrutaba sintiéndose húmedo a la caída de la tarde, manteniendo su buen humor con tragos agradables, viendo cómo el cielo empezaba a colorearse al Oeste. El *whisky* no malograba su capacidad intelectual, pero le hacía más tolerante con todo lo burdo con que tenía que convivir: Call, Pea Eye, Deets, el joven Newt y el viejo Bolívar, el cocinero.

Cuando el cielo estuvo bellamente teñido de rosa en el Oeste, Augustus se dirigió a la trasera de la casa y dio una o dos patadas a la puerta de la cocina.

—Habrá que calentar la carne de cerdo y añadir unas cuantas alubias —dijo.

El viejo Bolívar no contestó y entonces Augustus volvió a dar un par más de patadas a la puerta para subrayar el aviso, y volvió al porche. El cerdo azul le esperaba en la esquina de la casa, silencioso como un gato. Probablemente aguardaba a que dejara caer algo —un cinturón, una navaja o un sombrero— para comérselo.

—¡Lárgate! —le ordenó Augustus—. Si estás hambriento, vete a cazar otra serpiente.

Pensó que un cinturón de piel no podía ser mucho más duro y menos apetitoso que la cabra frita que Bolívar les servía tres o cuatro veces por semana. El viejo había sido un competente bandido mejicano antes de que perdiera el resuello y cruzara el río. Desde entonces había llevado una vida tranquila, pero era un hecho que la cabra seguía apareciendo en la mesa. La «Compañía Ganadera de Hat Creek» no comerciaba con cabras y era improbable que Bolívar las pagara de su propio bolsillo. El robo de cabras era tal vez el modo de conservar sus viejas habilidades, entre las que no entraba la cocina. La carne de cabra parecía que se hubiera frito en alquitrán, pero Augustus parecía ser el único miembro de la casa lo bastante sensible para protestar.

—Bol, ¿de dónde has sacado el alquitrán para freír la cabra? —preguntaba con frecuencia, aunque su esfuerzo por ser ingenioso siempre resultaba vano. Bolívar ignoraba toda alusión directa o indirecta.

Augustus se disponía a hablar a los dos cerdos cuando vio acercarse a Call y Pea Eye que venían del llano. Pea Eye era alto y desgarbado, nunca había estado lleno y su aspecto era tan torpe que parecía como si fuera a caerse aunque estuviera quieto. Daba la impresión de ser totalmente inútil, pero su aspecto engañaba. En realidad era uno de los hombres más capaces que Augustus había conocido. Nunca había sido un gran cazador de indios, pero si se le asignaba alguna labor la llevaba a cabo pausadamente y bien, como trabajos de carpintería o de herrero, hacer pozos o reparar arneses y monturas. Pea era

excelente. De haber sido un trabajador chapucero, haría tiempo que Call le hubiera echado.

Augustus bajó a reunirse con los hombres, junto a las carretas.

—Es algo pronto para dejar el trabajo, ¿verdad, nenas? ¿Estamos en Navidad o qué?

Los dos hombres habían sudado las camisas tantas veces durante el día que parecían prácticamente negras. Augustus ofreció su jarra a Call. Call apoyó un pie en la lengua de una carreta y echó un trago solo para enjuagarse la boca. Escupió el *whisky* sobre el suelo polvoriento y pasó la jarra a Pea Eye.

—¡Nena, tú! Y no es Navidad. —Y a continuación entró en la casa tan bruscamente que Augustus quedó algo desconcertado. Call nunca había sido un hombre de modales refinados, pero si el trabajo del día había sido satisfactorio solía pararse a conversar un rato.

Lo curioso de Woodrow Call era lo difícil que resultaba medirle. No era un hombre alto; en realidad apenas era de tamaño medio, pero cuando uno se acercaba y le miraba a los ojos no parecía bajo. Augustus medía diez centímetros más que su socio y Pea Eye siete centímetros más aún, pero no había forma de convencer a Pea Eye que el capitán era un hombre bajo. Call le tenía impresionado, y en este aspecto Pea no era el único. Si un hombre quería habérselas con Call era necesario tener presente que Call no era tan grande como parecía. Augustus era el único hombre en el sur de Texas que solía medirle bien y presumía de aventajarle siempre que podía. Muchos días empezaba lanzando a Call una galleta caliente al tiempo que le decía:

—Sabes, Call, no eres ningún gigante.

Un hombre ingenuo como Pea jamás comprendía este comportamiento. A veces Augustus se reía al considerar que Call no podía engañar a un hombre que le doblaba en tamaño, haciendo que Pea confundiera el hombre interior con el exterior. Pero Call tenía una mentalidad tan simple que apenas se daba cuenta de lo que hacía. Lo hacía, sin más. Lo que resultaba fascinante era que Call no sabía que tenía este truco. Jamás desperdició cinco minutos estudiándose; habría significado perder cinco minutos del trabajo que había decidido terminar aquel día.

—Es bueno que no tenga miedo a ser perezoso —le dijo una vez Augustus.

—Tú lo piensas así, pero yo no —le respondió Call.

—Mira, Call, si yo trabajara tan duro como tú no quedaría nadie para pensar en este equipo. Tú sudas durante quince horas al día. Un hombre que suda tanto no puede pensar nada.

—Me gustaría verte pensar en el tejado de ese granero —dijo Call.

Un curioso vientecillo había soplado desde México arrancando de cuajo el tejado, tres años atrás. Afortunadamente, en Lonesome Dove solo llovía una o dos veces al año, así que la pérdida del tejado apenas perjudicaba al ganado,

cuando había ganado. El sufrimiento era sobre todo para Call, que nunca había podido encontrar madera decente para construir un nuevo tejado. Por desgracia cayó un inesperado chaparrón una semana después de que el viento se llevara el tejado viejo en pleno Hat Creek. Había flotado arroyo abajo y gran parte de la madera terminó flotando en el Río Grande.

—Si piensas tanto, ¿por qué no pensaste en la lluvia? —le preguntó Call. Desde aquel día echó en cara a Augustus la madera flotante. Cualquier recriminación a Call, por tonta que fuera, se la guardaba como si fuera dinero.

Pea Eye no era de los que escupen el *whisky*. Tenía un cuello flaco y la nuez sobresalía tanto cuando bebía que a Augustus le parecía una serpiente con una rana atragantada.

—Call está tan enfadado que sería capaz de dar patadas a una pared —comentó Augustus cuando Pea terminó de beber.

—Le ha arrancado un trozo de un bocado. No sé por qué el capitán se empeña en conservar la yegua.

—Las yeguas son su única locura —dijo Augustus—. ¿Pero por qué deja que un caballo le muerda? Yo creía que estabais haciendo un pozo nuevo.

—Encontramos roca. Solo había sitio para un hombre con el pico en aquel agujero, así que mientras Newt picaba yo herré los caballos y el capitán se fue a dar una vuelta. Supongo que creería que la había cansado. Le volvió la espalda y ella le mordió.

La yegua era conocida en todo el pueblo como *Mala Bestia*. Call la había comprado en México a unos caballeros que aseguraban haber dado muerte a un indio para conseguirla; un comanche, según dijeron. Augustus ponía en duda esta parte de la historia: era improbable que un comanche hubiera montado solo en aquella parte de México, y si hubiera habido dos comanches, los caballeros no habrían vivido para comerciar con los caballos. La yegua era parda moteada, con el morro blanco y una línea blanca en la frente; demasiado alta para ser pura india y demasiado corta de patas para ser pura sangre. Su carácter sugería que había pasado cierto tiempo con los indios, pero no había forma de saber con qué indios ni cuánto tiempo. Todo el que la veía quería comprarla, tal era su elegancia, pero Call no quería ni oír hablar de ofertas, aunque Pea Eye y Newt querían que se vendiera. Todos los días tenían que trabajar junto a ella y lo pasaban mal. Una vez coceó a Newt hasta la herrería y por poco hasta la fragua. Pea Eye le tenía casi tanto miedo como a los comanches, que es mucho decir.

—¿Dónde está Newt? —preguntó Augustus.

—A lo mejor se ha quedado dormido en el pozo —respondió Pea Eye.

Pero entonces Augustus vio al muchacho que venía, tan cansado que apenas podía moverse. Cuando Newt llegó junto a las carretas, Pea Eye ya estaba medio borracho.

—Vaya, Newt, me alegro de que hayas llegado antes del otoño —le dijo

Augustus—. Te hubiéramos echado en falta durante el verano.

—He estado tirando piedras a la yegua —explicó Newt con una sonrisa—. ¿Ha visto el mordisco que le ha dado al capitán?

Newt levantó un pie y rascó cuidadosamente el barro del pozo que se le había pegado a la suela, mientras Pea Eye seguía limpiándose el polvo de la garganta.

Augustus siempre había admirado la habilidad de Newt para sostenerse sobre una pierna mientras se limpiaba la bota de la otra.

—Fíjate en esto, Pea —le dijo Augustus—. ¿A que tú no puedes hacerlo?

Pea Eye estaba tan acostumbrado a ver a Newt limpiarse la bota manteniéndose en pie sobre una sola pierna que no podía imaginar que Gus pensara que él no podría hacerlo. Unos cuantos tragos de alcohol hacían que su pensamiento fuera tan lento como si se arrastrara. Esto solía ocurrir a la puesta del sol, después de un pesado día de pozo o de herrar los caballos. En tales ocasiones Pea estaba doblemente satisfecho de trabajar con el capitán, más que con Gus. Cuanto menos tenía que escuchar, más contento se ponía el capitán, mientras que con Gus ocurría lo contrario. Disparaba cinco o seis preguntas y opiniones diferentes, uniéndolas como ganado sin marcar. Resultaba difícil elegir una y pensarla despacio, cuidadosamente, tal como a Pea Eye le gustaba hacer. En semejantes ocasiones su único recurso consistía en dar a entender que las preguntas habían dado en su oído sordo, el izquierdo, que no había funcionado bien desde el día de su gran pelea con los keechis, que bautizaron como la pelea de Stone House. Había sido pura confusión ya que los indios habían sido lo bastante listos para prender fuego a la hierba de la pradera, levantando tanto humo que nadie podía ver nada a seis pasos de distancia. Iban tropezando con los indios en medio del humo y debían disparar a bocajarro; un *ranger*, al lado de Pea, vio a uno y le disparó demasiado cerca del oído de Pea.

Esto ocurrió el día que los indios se fueron con sus caballos; Pea nunca había visto al capitán tan furioso. Eso significaba que tendrían que caminar Brazos abajo unos trescientos kilómetros, continuamente preocupados por lo que podría ocurrir si los comanches descubrían que iban a pie. Pea Eye no se había dado cuenta de que estaba medio sordo hasta casi al final del camino.

Afortunadamente, mientras le preocupaba la cuestión de qué era lo que no podía hacer, el viejo Bolívar empezó a tocar la campana de la cena, con lo que se puso fin a la discusión. La vieja campana de la cena había perdido su badajo, pero Bolívar había encontrado una palanca que alguien había conseguido romper, y le daba tan fuerte a la campana que nadie hubiera oído el badajo, de haberlo habido.

El sol se había puesto por fin, y había tal silencio a lo largo del río que se podía oír cómo los caballos sacudían sus colas, allá en el solar; es decir, lo podían oír hasta que Bolívar golpeó la campana. Aunque probablemente sabía que estaban junto a las carretas, y podían oírle, Bolívar siguió dándole a la campana

unos cinco minutos más. Bolívar machacaba la campana por razones personales; ni siquiera Call podía controlarle en esto. El ruido ahogaba la paz del ocaso, lo que irritaba tanto a Augustus que a veces sentía la tentación de pegarle un tiro al viejo, solo para darle una lección.

—Me imagino que está llamando a los bandidos —observó Augustus cuando la campana enmudeció.

Emprendieron el camino hacia la casa seguidos por los dos cerdos, uno de los cuales comía un lagarto que había cazado en alguna parte. Los cerdos querían a Newt casi más que a Augustus…, que cuando no tenía nada mejor que hacer les daba a comer cuero crudo y les rascaba las orejas.

—Si fueran a venir los bandidos, quizás el capitán me dejaría llevar un arma —se lamentó Newt. Parecía como si nunca fuera lo bastante mayor para llevar armas, aunque ya tenía diecisiete años.

—Si llevaras un arma alguien podría tomarte por un pistolero y disparar contra ti —dijo Augustus fijándose en la mirada anhelante del muchacho—. No merece la pena. Si alguna vez Bol consigue que vengan los bandidos, yo te prestaré mi « Henry» .

—Este viejo casi no sabe cocinar —observó Pea Eye—. ¿De dónde iba a sacar a los bandidos?

—¿Pero es que no te acuerdas de su pandilla? —comentó Augustus—. Solíamos comprarles los caballos. Esta es la única razón por la que Call le contrató de cocinero. En nuestro negocio es bueno conocer a algunos ladrones de caballos, siempre y cuando sean mejicanos. Me figuro que Bol está esperando su momento. Tan pronto como se haya ganado nuestra confianza, su pandilla llegará alguna noche y nos asesinarán a todos.

No creía nada de lo que estaba diciendo. Solo deseaba estimular al muchacho de vez en cuando, y también a Pea, aunque Pea era un hombre extraordinariamente difícil de estimular, por ser insensible al miedo. Pea era lo suficiente sensato para temer a los comanches, y esto no requería demasiada sensatez. Los bandidos mexicanos no le impresionaban.

Newt tenía más imaginación. Se volvió a mirar al otro lado del río donde empezaba a posarse una gran oscuridad. De vez en cuando el capitán, Augustus, Pea y Deets cogían las armas y salían a caballo hacia aquella oscuridad, hacia México, para regresar a la salida del sol con treinta o cuarenta caballos, o a lo mejor un centenar de reses flacas. Así era como funcionaba el negocio de ganado a lo largo de la frontera. Los rancheros mejicanos recorrían el Norte, mientras los tejanos hacían la incursión por el Sur. Algunas de aquellas reses flacas pasaban su vida perseguidas de un lado a otro del Río Grande. El máximo deseo de Newt era llegar a ser lo bastante mayor para que se lo llevaran en sus incursiones. Más de una noche, echado en su pequeña y caliente litera, oyendo al viejo Bolívar roncando y murmurando debajo de él, miraba por la ventana hacia

México imaginando las salvajes incursiones que tenían lugar. Alguna que otra vez incluso le pareció oír uno o dos disparos, río arriba o río abajo. Esto bastaba para poner su imaginación en marcha.

—Podrás ir cuando hayas crecido —decía el capitán, y era lo único que decía. Tampoco era cuestión de discutir con él, y menos siendo solo un asalariado. Discutir con el capitán era un privilegio reservado al señor Gus.

En cuanto llegaron a la casa, el señor Gus empezó a ejercer su privilegio. El capitán se había quitado la camisa y dejaba que Bolívar le tratara el mordisco de la yegua. Le había alcanzado precisamente encima del cinturón. Tenía empapada de sangre una pernera del pantalón. Bol se disponía a cubrir la herida con su pasta habitual, una mezcla de grasa de la carreta y trementina, pero el señor Gus le hizo esperar hasta que le hubo echado un vistazo a la herida.

—Vaya, Woodrow —le espetó Augustus—. Con el tiempo que llevas trabajando con caballos deberías saber que no hay que volverle la espalda a una yegua kiowa.

Call estaba pensando en algo y tardó en contestarle. Estaba pensando que la luna estaba en cuarto creciente, la llamada luna de ladrones. Cuando creciera sobre las pálidas llanuras, ciertos mejicanos verían lo suficiente para sacar buen provecho. Hombres que había conocido durante años estaban muertos y enterrados, o por lo menos muertos, por haber cruzado el río con luna llena. La falta de luna era casi tan malo como la luna llena: sin luz era difícil encontrar el ganado, y también muy difícil llevarlo. La luna en cuarto creciente era la luna perfecta para pasar la frontera. Las tierras de monte bajo del Norte estaban ya repletas de ganaderos, reuniendo sus rebaños de primavera y contratando hombres; no tardarían una semana en empezar a pasar por Lonesome Dove. Era el momento de ir en busca de ganado.

—¿Quién dijo que era kiowa? —preguntó Woodrow mirando a Augustus.

—Lo he deducido. Y tú podías haber hecho lo mismo si dejaras de trabajar el tiempo suficiente para pensar.

—Puedo trabajar y pensar a la vez. Tú eres el único hombre que conozco cuyo cerebro no funciona a menos que esté a la sombra.

Augustus ignoró el comentario.

—Imagino que fue un kiowa que iba a robar una mujer el que perdió la yegua —explicó—. A tu comanche no le interesan demasiado las señoritas. Las mujeres blancas son fáciles de robar, y además comen menos. Los kiowa son diferentes. Les encantan las señoritas.

—¿Podemos comer o debemos esperar a que se termine la discusión? —preguntó Pea Eye.

—Si esperamos a que terminen, nos moriremos de hambre —dijo Bolívar dejando un caldero de carne de cerdo y alubias sobre la mesa. Augustus, sin que nadie se sorprendiera, fue el primero en llenarse el plato.

—No sé dónde encuentras estas frases mejicanas —observó refiriéndose a las alubias.

Bolívar conseguía encontrarlas trescientos sesenta y cinco días al año, mezclándolas con tantos chiles rojos que cada cucharada de judías era más o menos tan picante como una de hormigas rojas. Newt había llegado a pensar que solo había dos cosas seguras si se trabajaba para la « Compañía Ganadera Hat Creek» : una, que el capitán Call podía pensar en más cosas de las que él, Pea Eye y Deets podían realizar, y la otra que habría alubias en todas las comidas. El único hombre del equipo que no era pedorrero era el propio Bolívar…, nunca tocaba las alubias y vivía básicamente de galletas ácidas y café de achicoria, o mejor dicho, tazas de azúcar moreno con unas gotas de café flotando por encima. El azúcar costaba mucho dinero, y al capitán le molestaba gastarlo, pero Bolívar no cambiaba de costumbre. Augustus aseguraba que las heces del viejo eran tan dulces que el cerdo azul le seguía siempre que iba a cagar, cosa que quizá fuera cierta. A Newt le costaba todo el trabajo del mundo deshacerse del gorrino, y sus heces eran sobre todo alubias.

Cuando Call se puso la camisa y se sentó a la mesa, Augustus se estaba sirviendo por segunda vez. Pea y Newt lanzaban miradas nerviosas al caldero, confiando en servirse otra vez, pero demasiado modosos para abalanzarse antes de que los demás se hubieran servido. El apetito de Augustus era una calamidad natural. Call llevaba treinta años contemplándole asombrado, y aún seguía sorprendiéndole lo mucho que Augustus comía. No trabajaba, a menos que tuviera que hacerlo y, no obstante, noche tras noche comía más que los tres hombres que habían trabajado todo el día.

En sus días de *rangers*, cuando las cosas estaban tranquilas, los muchachos se sentaban e intercambiaban historias sobre Augustus y sus comilonas. No solo comía mucho sino que comía deprisa. El cocinero que quisiera mantenerle comiendo más de diez minutos, era mejor que tuviera medio buey preparado.

Call apartó una silla y se sentó. Mientras Augustus se servía un buen cucharón de alubias, Call puso su plato debajo del cucharón. Newt lo encontró tan divertido que se echó a reír.

—Muchas gracias —dijo Call—. Si alguna vez te cansas de comer, creo que podrías colocarte de camarero.

—Bueno, una vez trabajé sirviendo mesas —contó Augustus, dando a entender que había querido servir a Call—. En un barco fluvial. Cuando encontré el empleo no era mucho mayor que Newt. El cocinero llevaba incluso un sombrero blanco.

—¿Para qué? —preguntó Pea Eye.

—Porque eso es lo que suelen usar los verdaderos cocineros —explicó Augustus mirando a Bolívar, que estaba echando unas gotas de café sobre su azúcar moreno—. Bueno, no tanto un sombrero como un gorro grande y blanco.

Parecía como si lo hubieran hecho con un pedazo de sábana.

—Prefiero que me ahorquen antes de ponerme uno —dijo Call.

—Nadie sería tan majareta como para contratarte de cocinero, Woodrow. El gorro es para evitar que los pelos grasientos del cocinero caigan en la comida. No me extrañaría que alguno de los pelos de Bol hayan encontrado el camino de las tripas de la cerda.

Newt contempló a Bolívar sentado sobre los fogones, envuelto en su sucio sarape. El cabello de Bolívar parecía como si le hubieran volcado encima un bote de manteca de segunda mano. Una vez, cada varios meses, Bol se cambiaba de ropa e iba a visitar a su mujer, pero sus esfuerzos por mejorar su aspecto nunca iban más allá del bigote, que, de tanto en tanto, trataba de abrillantar con algún tipo de grasa.

—¿Y por qué dejaste el barco fluvial? —preguntó Pea Eye.

—Porque era demasiado joven y bonito. Las putas no me dejaban en paz.

Call lamentaba que hubiera surgido el tema. No le gustaba hablar de putas, pero sobre todo delante del muchacho. Augustus no tenía demasiada vergüenza, si es que la tenía. Este era un asunto candente entre ellos desde hacía tiempo.

—Ojalá te hubieran ahogado —dijo Call, molesto. La conversación en la mesa nunca terminaba bien.

Newt mantuvo los ojos en el plato, como solía hacer cuando el capitán se disgustaba.

—¿Ahogarme? —repitió Augustus—. Bueno, si alguien lo hubiera intentado las muchachas le hubieran hecho trizas. —Sabía que Call estaba furioso, pero no se sentía demasiado dispuesto a darle satisfacción. Aquella era su mesa tanto como la de Call, y si a Call no le gustaba la conversación, podía irse a la cama.

Call sabía que era inútil discutir. Eso era lo que encantaba a Augustus: discutir. En realidad no le importaba lo que se dijera ni de qué parte estaba. Simplemente le encantaba discutir, mientras que Call lo odiaba. Su larga experiencia le había enseñado que no había argumento con el que ganar a Augustus, ni siquiera en los casos en que el resultado era un sencillo bien o mal. Incluso en el pasado, cuando estaban en pleno jaleo, con indios y maleantes para quitarles el sueño, Augustus se agarraba a cualquier cosa con tal de discutir. En el momento más peligroso que habían vivido, cuando ellos dos y seis *rangers* fueron sorprendidos por los comanches mientras abrían hoyos en la tierra, que bien pudieron ser sus tumbas de no haber tenido la suerte de que la noche se nubló y pudieron huir, Augustus no dejó de discutir con un *ranger* llamado Bobby el *Feo*. La discusión fue enteramente sobre los mapaches, y Augustus la mantuvo durante toda la noche aunque la mayoría de los *rangers* estaban tan asustados que ni se atrevían a mear.

Naturalmente, el muchacho escuchaba arrobado las historias sobre barcos fluviales y putas. El muchacho no había estado en ninguna parte, de modo que para él todo eran novelas.

—Oírte presumir de mujeres no mejora el sabor de la comida —protestó finalmente.

—Call, si quieres mejor comida debes empezar por pegarle un tiro a Bolívar —le recordó Augustus, empujado por su propia indignación con el cocinero, y añadió—: Bol, quiero que dejes de golpear la campana con ese hierro. Puedes hacerlo a mediodía si te empeñas, pero deja de hacerlo por la noche. Un hombre con sentido común sabe cuándo se pone el sol. Me has estropeado muchos atardeceres machacando esa campana.

Bolívar revolvió su azúcar y guardó silencio. Golpeaba la campana porque le gustaba el ruido, no porque quisiera que nadie fuera a comer. Los hombres podían comer cuando les apeteciera. Él golpearía la campana cuando le apeteciera. Disfrutaba haciendo de cocinero; era mucho más tranquilo que hacer de bandido, pero eso no quería decir que le gustara recibir órdenes. Su sentido de independencia seguía vigente.

—El general Lee liberó a los esclavos —rezongó.

Newt se echó a reír. Bol jamás había entendido la guerra, pero lo sintió sinceramente cuando terminó. En realidad, si hubiera continuado habría seguido siendo bandido. Era una profesión segura y provechosa, con casi todos los tejanos fuera. Pero los que volvían de la guerra eran bandidos en su mayoría, y tenían mejores armas. Ahora estaba atestada la profesión. Bolívar supo cuándo era el momento de abandonar, pero de vez en cuando sentía el gusanillo del tiroteo.

—No fue el general Lee, fue Abe Lincoln el que liberó a los esclavos —le corrigió Augustus.

Bolívar se encogió de hombros.

—Qué más da, no hay diferencia.

—Una gran diferencia —corrigió Call—. Uno era un yanqui y el otro no.

Pea Eye mostró un momento de interés. Las alubias y la carne de cerdo le habían resucitado. Se había sentido muy interesado por la noción de la emancipación y la había estudiado mientras hacía su trabajo. Obviamente, fue por pura buena suerte que no nació esclavo, pero de no haber tenido suerte, Lincoln le habría liberado. Sentía cierta admiración por el hombre.

—Solo liberó a los americanos —hizo notar a Bolívar.

Augustus lanzó un respingo:

—Te has pasado, Pea. A quien Abe Lincoln liberó fue a un puñado de africanos, tan poco americanos como Call aquí presente.

Call apartó su silla. No iba a quedarse allí sentado discutiendo sobre la esclavitud después de una larga jornada, o corta para el caso.

—Soy tan americano como el que más —exclamó cogiendo su sombrero y un rifle.

—Naciste en Escocia —le recordó Augustus—. Sé que te trajeron aquí cuando aún chupabas de la teta, pero no por ello eres menos escocés.

Call no rechistó. Newt levantó la mirada y le vio de pie en la puerta con el «Henry» colgado del brazo. Un par de enormes mariposas nocturnas volaron por encima de su cabeza, atraídas por la luz de la lámpara de petróleo colocada encima de la mesa. Sin más que decir, el capitán traspasó la puerta.

2

Call recorrió el río por espacio de una hora, aunque sabía que no era necesario. Era solo un viejo hábito que le quedaba de épocas más salvajes: comprobar, buscar indicios de un tipo u otro, aguzar sus instintos más que otra cosa. En sus años de capitán de *rangers* tenía por costumbre marcharse solo, todas las noches, fuera del campamento, y alejarse de donde se charlara y discutiera. No había tardado en descubrir que sus instintos necesitaban soledad para actuar. Sentarse junto al fuego, mostrándose sociable, bostezando y charlando, podía estar bien en terreno seguro. Le gustaba marcharse solo, a una milla o así del campamento, y escuchar al país, no a los hombres.

Naturalmente, la habilidad de un verdadero explorador era superflua en un lugar tan tranquilo como Lonesome Dove, pero a Call le seguía gustando salir por la noche, oler la brisa y dejar que el país le hablara. El país hablaba muy quedo; una voz humana podía ahogarlo, especialmente si era una voz tan fuerte como la de Augustus McCrae. Augustus era conocido en todo Texas por la potencia de su voz. En una noche tranquila podía oírsele a una milla de distancia por lo menos, aunque solo susurrara. Call hacía lo imposible por salirse del alcance de la voz de Augustus para poder relajarse y prestar atención a otros sonidos. Si más no, podía conseguir un indicio del tiempo que se acercaba, aunque el tiempo de Lonesome Dove no es que tuviera mucho misterio. La noche era tan clara que si un hombre miraba directamente a las estrellas podía deslumbrarse. Las nubes eran más escasas que el dinero, y el dinero escaseaba bastante.

Tampoco había ningún gran peligro que descubrir. Un coyote podía deslizarse y robar una gallina, pero esto era casi lo peor que podía ocurrir. El simple hecho de que él y Augustus vivieran allí había desanimado, desde hacía tiempo, a los ladrones de caballos locales.

Call enfiló hacia el oeste del pueblo, hacia un vado del río que había servido a los comanches, cuando no tenían otra cosa que hacer, para sus incursiones a México. Estaba cerca de un pequeño salobral. Había adquirido la costumbre de pasear hasta el vado casi todas las noches, para sentarse un momento sobre un saliente y vigilar. Si la luna estaba lo bastante alta como para proyectar su sombra, se cobijaba junto a una mata de chaparral. Si a los comanches se les ocurría volver, era lógico pensar que cruzarían por el antiguo vado, pero Call

sabía de sobra que los comanches no iban a volver. Estaban prácticamente acabados, apenas quedaban suficientes guerreros para aterrorizar la parte alta del Brazos, y mucho menos el Río Grande.

El asunto de los comanches había sido largo y peligroso, había ocupado la mayor parte de la vida adulta de Call, pero había acabado de verdad. En realidad, hacía tanto tiempo que no había visto a un indio verdaderamente peligroso que si de pronto hubiera aparecido uno, cruzando a caballo, la sorpresa le habría impedido disparar. Era justamente el tipo de actitud descuidada que quería evitar por su propio bien. Por eliminados que estuvieran, mientras hubiera un comanche con un caballo y un arma, era pura insensatez tomárselo a broma.

Se esforzaba por mantenerse alerta, pero de hecho la única acción en la que había intervenido en seis meses de vigilar el río, fue un bandido, que muy bien pudo ser un vaquero con un caballo sediento. Todo lo que Call tuvo que hacer en aquella ocasión fue montar el gatillo de su «Henry». En la noche tranquila el clic había sido tan efectivo como un disparo. El hombre volvió grupas hacia México y desde entonces nada había turbado el vado salvo algunas cabras famélicas camino del lamedero.

Aunque todavía seguía viniendo al río todas las noches, a Call le resultaba evidente que Lonesome Dove había dejado de necesitar vigilancia. El comentario sobre Bolívar llamando a los bandidos, no era sino otra de las bromas pesadas de Augustus. Venía al río porque a veces no quería estar rodeado de gente y le gustaba estar a solas una hora. Le parecía vivir presionado desde el amanecer hasta la noche, sin una buena razón para ello. En sus tiempos de capitán de *rangers* se había visto obligado a tomar decisiones, decisiones que podían significar la vida o la muerte para los hombres a su mando. Era una presión natural, pero iba con el cargo. Los hombres estaban pendientes de él, y seguían estándolo; necesitaban saber que aún seguía allí, capaz de sacarles de cualquier apuro en que pudieran encontrarse. Augustus, pese a toda su palabrería, era también capaz de sacarles de los mismos apuros, en caso de ser necesario, pero Augustus no se molestaba en intervenir a no ser que fuera absolutamente necesario. Lo dejaba para Call, así que los hombres se dirigían a Call para recibir órdenes y se emborrachaban con Augustus. Siempre le había intrigado e irritado no haber conseguido que Augustus actuara como un *ranger*, excepto en casos de emergencia. Su negativa era tan firme que a veces tanto Call como los hombres casi suspiraban por una emergencia para que Gus dejara de hablar y discutir y tratara la situación con un poco de respeto.

Pero en cierto modo, y pese a los peligros, Call nunca se había sentido tan presionado como últimamente, retenido por las pequeñas, pero constantes necesidades de los demás. El trabajo físico no le importaba: Call no era hombre de pasar todo el día sentado en el porche jugando a las cartas o chismorreando. Se proponía trabajar; pero se había cansado de dar ejemplo. Aún era el capitán,

pero nadie parecía haberse fijado en que ya no había tropa ni guerra. Había estado al frente de todo durante tanto tiempo que todo el mundo asumía que para las ideas, pensamientos, preguntas, necesidades y requerimientos había que dirigirse a él, por sencillos que estos pudieran ser. Los hombres no podían dejar de ver al capitán en él, y él no podía evitarlo. Formaba parte de su ser, lo había hecho durante mucho tiempo, pero ahora empezaba a darse cuenta de que ya no era apropiado. Ni siquiera eran policías: dirigían unas cuadras, comerciaban con caballos y reses cuando podían encontrar un comprador. El trabajo que realizaban era algo que podía hacer dormido y, no obstante, aunque sus obligaciones cotidianas se habían ido reduciendo a lo largo de diez años, la vida no parecía más fácil. Parecía solo más pequeña, y bastante más aburrida.

Call no era un hombre que soñara despierto, eso era propio de Gus, pero en ese momento tampoco podía decirse que soñara despierto, solo, de noche, sobre su pequeño saliente. Rememoraba simplemente los años en que un hombre que presumiera de seguir la pista de un comanche, haría bien en quitar el seguro de su rifle. Pero, el hecho de que le hubiera dado por rememorar el pasado, le molestaba: no quería empezar a revisar sus recuerdos, como un anciano. A veces se obligaba a levantarse y andar dos o tres kilómetros más, río arriba y de vuelta, solo para arrancarse los recuerdos de la cabeza. Hasta que no volvía a sentirse alerta, a sentir que aún podía capitanearles en caso necesario, no regresaba a Lonesome Dove.

Después de la cena, cuando Call se fue al río, Augustus, Pea Eye, Newt, Bolívar y los cerdos pasaron al porche. Los cerdos rebuscaban por el patio, cazando ocasionalmente una serpiente o un saltamontes, un ratón o una cigarra despistada. Bolívar sacó una piedra de afilar y se pasó unos veinte minutos afilando el cuchillo de mango de hueso que llevaba en el cinto. El mango estaba hecho de cuerno de ciervo y la hoja brillaba a la luz de la luna al pasarla Bolívar cuidadosamente del derecho y del revés por la piedra de afilar, escupiendo sobre la piedra de vez en cuando para humedecer la superficie.

Aunque a Newt le gustaba Bolívar y lo consideraba amigo, el hecho de que Bol tuviera necesidad de afilar su cuchillo todas las noches le ponía nervioso. Las continuas bromas del señor Gus sobre los bandidos, aunque Newt sabía que eran bromas, causaban su efecto. Le resultaba un misterio el que Bol afilara su cuchillo cada noche ya que nunca cortaba nada con él. Cuando le preguntó la razón, Bol sonrió y probó suavemente la hoja en el pulgar.

—Es como una esposa —explicó—. Lo mejor es acariciarla cada noche.

Eso no tenía ningún sentido para Newt, pero provocó la carcajada de Augustus.

—Si esta es la cuestión, tu mujer debe de estar muy oxidada, Bol. No la afilas

más que dos veces al año.

—Es vieja —observó Bolívar.

—Gallina vieja hace buen caldo —dijo Augustus—. Los viejos apreciamos el afilado tanto como los jóvenes, o tal vez más. Deberías traerla a vivir aquí, Bol. Piensa en el dinero que te ahorrarías en piedras de afilar.

—Este cuchillo cortaría el cuello de un hombre como si fuera de mantequilla —comentó Pea Eye.

Pea Eye apreciaba estas cosas porque también él tenía un buen cuchillo «Bowie». La hoja medía catorce pulgadas y se lo había comprado a un soldado que lo había encargado personalmente a Bowie. No lo afilaba todas las noches, como hacía Bol, pero de vez en cuando lo sacaba de su gran funda para asegurarse de que seguía teniendo su filo. Era su cuchillo de los domingos y no lo utilizaba para el trabajo corriente, como la matanza o cortar cuero. Tampoco Bolívar lo empleaba para el trabajo vulgar, aunque alguna vez, si estaba de buen humor, lo lanzaba para clavarlo a un lado de una carreta o para cortar unos finos rizos de cuero que Newt daría de comer a los cerdos.

El propio Augustus tenía una pobre opinión de los cuchillos, especialmente de los de fantasía. Él llevaba una navaja en el bolsillo y la utilizaba sobre todo para cortarse las uñas de los pies. Antes, cuando todos ellos vivían principalmente de la caza, llevaba un buen cuchillo de desollar por necesidad, pero no sentía el menor respeto por el cuchillo como instrumento para la lucha. Para él la invención del «Colt» había dejado obsoletas las demás armas de alcance corto. Era irritante tener que pasar todas las noches de su vida escuchando cómo Bol afilaba su hoja.

—Si tengo que escuchar algo, preferiría escucharte cuando afilas a tu mujer.

—No voy a traerla —afirmó Bol—. Le conozco. Intentaría corromperla.

Augustus se echó a reír.

—No, no soy muy dado a corromper viejas. ¿No tienes ninguna hija?

—Solo nueve —confesó Bolívar. De repente, sin levantarse, lanzó el cuchillo a la carreta más cercana, donde se clavó vibrando durante un momento. La carreta estaba solo a unos seis metros de distancia y no era por tanto un lanzamiento importante, pero quería puntualizar los sentimientos que tenía por sus hijas. Seis estaban ya casadas, pero las tres que quedaban en casa eran la luz de su vida.

—Espero que se parezcan a su madre. Si se parecen a ti vas a quedarte con un puñado de solteronas.

Su «Colt» colgaba en el respaldo de su silla. Alargó el brazo y lo cogió. Lo sacó de la funda y como quien no quiere la cosa hizo girar un par de veces la recámara, escuchando los pequeños clics.

Bolívar lamentaba haber lanzado su cuchillo porque significaba que tendría que levantarse y cruzar el patio para recuperarlo. En aquel momento le dolían las articulaciones de la cadera y otras articulaciones, como consecuencia de dejar

que un caballo le cayera encima, años atrás.

—Soy más guapo que un ratonero como usted —dijo poniéndose de pie.

Newt sabía que Bolívar y el señor Gus se insultaban para pasar el rato, pero a pesar de todo le ponían nervioso, sobre todo a última hora del día, cuando se habían pasado horas y horas bebiendo de sus respectivas jarras. Era una noche tranquila, tan silenciosa que de vez en cuando se podía oír el piano del *saloon* «Dry Bean». El piano era el orgullo del *saloon*, y por lo tanto del pueblo. La gente de la iglesia lo pedían prestado los domingos. Afortunadamente el edificio de la iglesia estaba al lado del *saloon*, y el piano tenía ruedas. Algunos diáconos habían montado una rampa en la trasera del *saloon* y un camino de madera hasta la iglesia, de modo que lo único que tenían que hacer era empujar el piano hasta la iglesia. Incluso así, el arreglo era una amenaza para la sobriedad de los diáconos, algunos de los cuales se consideraban en el deber de pasar las veladas en el *saloon* para custodiar el piano.

Una vez lo custodiaron tan bien el sábado por la noche que el domingo por la mañana siguiente lo sacaron de las tablas y le rompieron dos patas. Como no había suficientes hombres sobrios aquella mañana para llevarlo dentro de la iglesia, la señora Pink Higgins, que lo tocaba, tuvo que sentarse en la calle y aporrear los himnos, mientras el resto de los feligreses, diez damas y un predicador, cantaban dentro de la iglesia. La cosa fue todavía más bochornosa porque Lorena Wood salió a la escalera trasera del *saloon*, prácticamente desnuda, para escuchar los himnos.

Newt estaba profundamente enamorado de Lorena Wood aunque hasta el momento no había tenido oportunidad de hablarle. Se daba cuenta de que si se presentaba la oportunidad de hablarle no tenía idea de lo que le diría. En las escasas ocasiones en que había tenido que ir para algo al *saloon*, iba aterrorizado, temiendo que por alguna circunstancia fortuita se viera obligado a hablarle. Quería hablar con Lorena, naturalmente; era su máxima esperanza, pero no quería verse obligado a hacerlo hasta haber decidido qué era lo mejor que podía decirle, cosa que hasta el momento no había ocurrido aunque Lorena llevaba varios meses en el pueblo, y se enamoró de ella desde que vio su cara por primera vez.

En un día corriente, Lorena ocupaba unas ocho horas el pensamiento de Newt fuera cual fuera su trabajo. Aunque normalmente era un muchacho abierto, dispuesto a hablar de sus problemas, al menos con Pea Eye y Deets, ni una sola vez había pronunciado en voz alta el nombre de Lorena. Sabía que si lo hacía empezarían las burlas y aunque no le importaba que se burlaran de él, sus sentimientos por Lorena eran demasiado serios para admitir frivolidades. Los hombres que formaban el equipo de Hat Creek respetaban poco los sentimientos, sobre todo los sentimientos tiernos.

También existía el peligro de que alguien pudiera mancillar su honor. No iba a ser el capitán, nada dado a bromear sobre mujeres ni siquiera a mencionarlas. Pero la sola idea de las complicaciones que surgirían de un insulto a Lorena había dejado a Newt perfectamente enterado de los peligros mentales del amor mucho antes de haber tenido la oportunidad de probar alguno de sus placeres, excepto el infinito placer de la contemplación.

Naturalmente, Newt sabía que Lorena era una puta. Era un hecho desgraciado, pero que no disminuía ni un ápice sus sentimientos por ella. Había sido abandonada en Lonesome Dove por un jugador que pensó que le traía mala suerte; vivía encima del «Dry Bean» y se sabía que recibía visitas de varios tipos, pero Newt no era un joven que se ahogara con esos detalles. No estaba realmente seguro de lo que hacían las putas, pero suponía que Lorena había llegado accidentalmente a su profesión, como él a la suya. Él se ocupaba de caballos en el equipo de Hat Creek por puro accidente, y sin duda otro también puro había hecho que Lorena fuera una puta. Lo que a Newt le encantaba de ella era su carácter, que, podía ver reflejado en su rostro. Era con mucho la cara más hermosa que jamás había visto en Lonesome Dove y no tenía la menor duda de que su modo de ser era también hermoso. Se proponía decirle algo por el estilo cuando por fin le hablara. La mayor parte del tiempo en el porche, después de cenar, lo pasaba tratando de imaginar con qué palabras expresaría mejor semejante sentimiento.

Por eso se enfadó un poco cuando Bol y el señor Gus empezaron a lanzarse insultos, como si fueran galletas. Lo hacían casi cada noche, y no tardarían en lanzarse cuchillos y jugar con pistolas, haciendo muy difícil que pudiera concentrarse en lo que diría a Lorena cuando se conocieran. Ni el señor Gus ni Bolívar habían vivido pacíficamente y tenía la impresión de que los dos estaban deseando una buena y última pelea. A Newt no le cabía la menor duda de que si tal pelea tenía lugar, el señor Gus sería el vencedor. Pea Eye aseguraba que era mejor tirador que el capitán Call, aunque a Newt se le hacía difícil imaginar que alguien pudiera superar en algo al capitán Call. No quería que tuviera lugar la pelea porque significaría el fin de Bol, y pese a la ligera inquietud que le provocaban los bandidos amigos de Bol, le gustaba Bol. Una vez el viejo le había regalado un sarape, para que le sirviera de manta, y le había dejado dormir en la litera de abajo cuando enfermó de ictericia. Si el señor Gus le mataba, Newt tendría un amigo menos. Y como no tenía familia, era una idea que no debía tomarse a broma.

—¿Qué le parece que está haciendo el capitán allá, a oscuras? —preguntó.

Augustus sonrió al muchacho, sentado en el último peldaño, nervioso como un cachorro. Casi cada noche le hacía la misma pregunta, cuando temía que se produjera una pelea. Quería que Call estuviera cerca para pararla, en el caso de que empezara.

—Está jugando a cazador de indios —le respondió.

Newt lo puso en duda. El capitán no era de los que jugaban. Si sentía la necesidad de ir a sentarse a oscuras todas las noches, debía creer que era importante.

La mención de indios despertó a Pea Eye de su sopor alcohólico. Odiaba a los indios, en parte porque treinta años de tenerles miedo le había impedido dormir bien. En sus años con los *rangers*, jamás cerró los ojos sin temer abrirlos y encontrarse con un indio enorme dispuesto a golpearle con algo cortante. La mayoría de los indios que había visto eran todos hombrecitos flacos, pero eso no quería decir que el indio enorme que amenazaba su sueño no le estuviera esperando ahí fuera.

—Claro, podrían venir. El capitán tiene razón en vigilar. Si yo no fuera tan perezoso, iría a ayudarle.

—Él no quiere que vayas a ayudarle —le pinchó Augustus. La ciega lealtad de Pea por Call le resultaba molesta. Él sabía perfectamente por qué Call iba hacia el río todas las noches, y poco tenía que ver con la amenaza india. Lo había explicado varias veces, pero volvió a hacerlo.

—Se va al río porque está harto de oírnos hablar. No es un hombre sociable ni nunca lo ha sido. Cuando había comido, no se le podía retener en el campamento. Prefería sentarse a oscuras y acariciar su arma. Dudo que encontrara un indio, si había alguno por allí.

—Solía encontrarlos —dijo Pea—. Encontró aquella gran partida arriba de Fort Phantom Hill.

—¡Por Dios, Pea! —exclamó Augustus—. Claro que encontró algunos. Estaban más espesos que la hierba, no sé si lo recuerdas. Te aseguro que esta noche no arañará a ninguno. La cosa está en que Call tiene que superar a todo el mundo, incluso en sufrimiento. No te diré que sea un cazador de gloria como algunos que me sé. La gloria no le interesa. Solo tiene que cumplir sus obligaciones nueve veces más o no dormirá bien.

Siguió un silencio. Pea Eye siempre se sentía incómodo con las críticas de Gus hacia el capitán, pero no sabía cómo reaccionar ante ellas. Cuando alguna vez se decidía a replicar, lo hacía con una de las frases del capitán.

—Bueno, alguien tiene que tomar el asiento incómodo —dijo.

—A mí me parece bien —prosiguió Augustus—. Call puede sufrir por ti, por mí, por Newt, por Deets y por todos los que no quieran hacerlo por su cuenta. Ha sido muy bueno tenerle por aquí asumiendo los problemas todos estos años, pero si crees que lo hace por nosotros y no porque le gusta hacerlo, eres un idiota. Está sentado allí detrás de una mata de chaparral contento por no tener que oír a Bol hablando de su mujer. Sabe tan bien como yo que no hay un solo enemigo a seiscientas millas a la redonda.

Bolívar llevaba meando junto a la carreta diez o quince minutos, según le

pareció a Newt. Cuando Bol empezaba a mear, el señor Gus acostumbraba a sacar su antiguo reloj de plata del bolsillo y lo miraba hasta que terminaba. A veces, incluso sacaba un trozo de lápiz y una libretita del viejo chaleco negro que siempre llevaba y anotaba el tiempo que Bolívar invertía en hacer aguas.

—Es un indicio de lo deprisa que se está acabando —señaló Augustus—. Un viejo mea mucho, como un ternero joven. Mejor que vaya apuntando y así sabremos cuándo hay que empezar a buscar otro cocinero.

Pero por una vez los cerdos se interesaron más por la representación de Bol que el propio Gus, que bebió un poco más de *whisky*. Bol arrancó su cuchillo de la carreta y desapareció dentro de la casa. Los cerdos se acercaron a Newt para que les rascara las orejas. Pea Eye, arrimado a la barandilla del porche, había empezado a roncar.

—Pea, despierta y vete a la cama —le gritó Augustus dándole puntapiés en la pierna hasta que le despertó—. Newt y yo podríamos olvidarnos y dejarte tirado aquí, y si lo hiciéramos estas bestias se te comerían hasta la hebilla del cinturón.

Pea Eye se levantó sin abrir los ojos y entró en la casa dando traspiés.

—No creo que lo comieran —observó Newt. El cerdo azul estaba en el último peldaño, cariñoso como un perro.

—No, pero hace falta una buena amenaza para conseguir que Pea se mueva.

Newt vio al capitán, que volvía con el rifle al brazo. Y como siempre, Newt sintió alivio. Algo en su interior descansaba al saber que el capitán había vuelto. Le hacía dormir mejor. Tenía incrustada en su mente la preocupación de que tal vez el capitán alguna noche no volviera. No era la preocupación de que hubiera sufrido algún accidente o de que le mataran: era la preocupación de que se fuera. Le parecía que el capitán probablemente estaba cansado de todos ellos y con razón. Él, Pea y Deets hacían cuanto podían por ayudar, pero el señor Gus no ayudaba nunca y Bol se sentaba por ahí y bebía tequila todo el día. Quizás el capitán ensillaría la *Mala Bestia* cualquier noche y desaparecería.

Una vez, hacía mucho tiempo, Newt soñó que el capitán no solo se marchaba sino que le llevaba con él, a las altas planicies de las que había oído hablar, pero que nunca había visto. No había nadie más en el sueño; solo él y el capitán, a caballo en un maravilloso país lleno de hierba. Eran sueños deliciosos, pero solo sueños. Si el capitán se fuera, probablemente se llevaría solo a Pea, porque Pea había sido su cabo durante muchos años.

—No veo ninguna cabellera —dijo Augustus cuando llegó Call.

Call no le hizo caso, apoyó su rifle en la barandilla y encendió un cigarrillo.

—Hoy habría sido una buena noche para traer algo de ganado —observó.

—¿Y qué hacer con él? —preguntó Augustus—. Aún no he visto ningún comprador de ganado.

—En realidad podríamos llevarles el ganado. Se ha hecho. Y que tú trabajes no va contra la ley.

—Va contra mi ley —replicó Augustus—. Los compradores no se han terminado. No tardarán en aparecer. Entonces traeremos el ganado.

—Capitán, ¿podré ir la próxima vez? —preguntó Newt—. Creo que ya voy siendo mayor.

Call titubeó. Pronto tendría que decir que sí, pero aún no estaba decidido. Alguna vez tendría que aprender, el muchacho, pero Call no se decidía a acceder. Había mandado muchachos tan jóvenes como él, y les había visto morir; y por esta razón demoraba todo lo que podía el permiso.

—Envejecerás deprisa si te quedas despierto toda la noche. Mañana hay que trabajar. Es mejor que te acuestes.

El muchacho se fue enseguida, decepcionado.

—Buenas noches, hijo —dijo Augustus mirando a Call al hablar. Call no dijo nada.

—Deberías dejarle que se quedara —observó Augustus algo más tarde—. Después de todo la única oportunidad de educarse que tiene el muchacho es oírme hablar.

Call no se inmutó. Augustus había pasado un año en la Universidad, por algún lugar de Virginia, y pretendía haber aprendido griego y algo de latín. Nunca dejaba de recordarlo a todos.

Podían oír el piano allá abajo, en el «Dry Bean». Lo tocaba un viejo llamado Lippy Jones. Tenía el mismo problema que había tenido Sam Houston: un agujero en la barriga que no se le curaba. Alguien había disparado a Lippy con un arma de grueso calibre; en lugar de morir, vivía con una gotera. Con tal impedimento era una suerte que pudiera tocar el piano.

Augustus se puso en pie y se desperezó. Cogió el «Colt» y la pistolera colgada en el respaldo de la silla. Por lo que a él hacía, la noche era aún joven. Tuvo que pasar por encima del cerdo para poder salir del porche.

—No deberías ser tan obstinado con el chico, Woodrow. Ya ha pasado suficiente tiempo cargando estiércol.

—Soy mucho más viejo que él y todavía lo sigo haciendo —objetó Call.

—Pero lo haces por gusto. En mi opinión hay otros medios más fragantes de hacer fortuna. Por ejemplo, jugar a las cartas. Creo que me arrastraré hasta ese palacio de la ginebra y veré si puedo conseguir una partida.

Call casi había terminado su pitillo.

—No me importa que juegues a las cartas, si no haces otra cosa.

Augustus sonrió, Call no cambiaría nunca.

—¿Y qué otra cosa podría hacer?

—Nunca jugabas tan seguido —aclaró Call—. Será mejor que te cuides de la muchacha.

—¿Cuidar qué?

—Que cuides que no te haga casar con ella. Eres un viejo lo bastante imbécil

para hacerlo. No quiero a esa muchacha por aquí.

Augustus lanzó una carcajada. Call tenía ideas curiosas, pero esta era una de las más divertidas: pensar que un hombre de su edad y experiencia se casara con una puta.

—Te veré a la hora del desayuno —se limitó a responder.

Call permaneció un rato más sentado en la escalera, escuchando roncar a los cerdos azules.

3

Lorena jamás había vivido en un lugar donde hiciera fresco…, este era su único deseo. Le parecía que había aprendido a sudar al mismo tiempo que a respirar, y aún seguía haciendo las dos cosas. De todos los lugares de los que había oído hablar a los hombres, San Francisco parecía el más fresco y el más bonito. Así que San Francisco fue su punto de mira.

A veces le parecía que todo iba muy despacio. Casi tenía veinticuatro años y no había ido a más de un kilómetro de Lonesome Dove, lo que no era avanzar deprisa, si se tenía en cuenta que solo contaba doce años cuando sus padres se sintieron inquietos por los yanquis y abandonaron Mobile.

Este avance tan lento hubiera desanimado a la mayoría de las mujeres, pero Lorena no se permitía pensar en ello. Tenía sus días apagados, pero sobre todo porque Lonesome Dove era muy apagado. Se cansaba de mirar todo el día por la ventana sin ver nada más que la tierra parda y el chaparral gris. A medio día el sol calentaba tanto que la tierra parecía blanca. Desde su ventana podía ver el río y México. Lippy le había dicho que podía ganar una fortuna si se establecía en México, pero a Lorena le tenía sin cuidado. Por lo que podía ver del país, no le parecía más interesante que Texas, y los hombres olían tan mal como los tejanos, si no peor.

Gus McCrae aseguraba haber estado en San Francisco, y le hablaba durante horas de lo azul que era el agua en la bahía y de cómo los barcos llegaban de todas partes. Al final se pasó, como hacía con todo. Una o dos veces Lorena creía tener una imagen clara de la ciudad, al escuchar a Gus, pero para cuando él dejaba de hablar ella había perdido ya el hilo y solo deseaba seguir tumbada esperando que refrescara.

En este aspecto, Gus era excepcional porque la mayoría de los hombres no hablaban. Él no dejaba de hablar hasta que le metía su vieja zanahoria y enseguida, incluso antes de que se secara, continuaba hablando. Era generoso comparado con los demás clientes. Siempre le entregaba cinco dólares de oro, pero Lorena a veces se sentía poco pagada. Debería recibir cinco dólares por mojar su zanahoria y cinco más por escuchar su verborrea. A veces era interesante, pero Lorena no podía mantener la atención en tanta charla. De todos modos, no parecía herir los sentimientos de Gus. Hablaba con la misma alegría

tanto como si ella le escuchaba como si no, y nunca intentó que le regalara dos polvos por el precio de uno, como hacían muchos jóvenes.

Era curioso que fuera su cliente más regular, porque también era el más viejo. Se esforzaba por no dejar que nada de lo que los hombres hacían la sorprendiera demasiado, pero secretamente la sorprendía que a un hombre tan viejo como Gus le gustara tanto. A este respecto avergonzaba a muchos jóvenes, incluso a Mosby Marli, que la había mantenido dos años al este de Texas. Comparado con Gus ni siquiera podía decirse que tuviera una zanahoria, aunque sí tenía una especie de rabanito seco del que estaba excesivamente orgulloso.

Solo contaba diecisiete años cuando conoció a Mosby, y sus padres ya habían muerto. Su padre cayó en Vicksburg y su madre solo pudo llegar hasta Baton Rouge, así que fue en Baton Rouge donde quedó desamparada cuando Mosby la encontró. No había intervenido en « intercambios» hasta aquel momento, aunque su desarrollo había sido prematuro e incluso había tenido problemas con su propio padre, si bien es cierto que cuando sucedió él estaba febril, al borde del delirio. Murió poco después. Supo desde el principio que Mosby era un borracho, pero le contó que era un caballero del Sur, y como a la sazón tenía una calesa cara y un par de caballos preciosos, le creyó.

Mosby le aseguró que quería casarse con ella, y Lorena también le creyó y le permitió que la llevara a una gran casona destartalada cerca de un lugar llamado Gladewater. La casa era inmensa, pero ni siquiera tenía cristales en las ventanas, ni alfombras, ni nada; había que poner botes de humo en las habitaciones para evitar que los mosquitos les comieran vivos, cosa que los mosquitos hacían pese a todo. Mosby tenía una madre, dos hermanas mezquinas y nada de dinero. Tampoco tenía intención de casarse con Lorena, aunque lo siguió diciendo durante algún tiempo.

En realidad, aquellas mujeres trataban a Lorena peor de lo que hubieran tratado a una negra, y a las negras las trataban mal. Tampoco trataban bien a Mosby, ni se trataban bien entre ellas. Las únicas criaturas que recibían cierto afecto en casa eran los perros de Mosby. Mosby le aseguró que le echaría los perros encima si alguna vez intentaba huir.

Por las noches Lorena tenía que dormir con los botes de un humo tan espeso que no podía respirar, con las nubes de mosquitos tan compactos como el humo y con Mosby constantemente molestándola con su rábano. Su resistencia llegó tan abajo que perdió las ganas de hablar y se transformó en una mujer silenciosa. Poco después empezó el intercambio porque Mosby perdió tanto dinero una noche que ofreció dos polvos a sus amigos a cambio de la deuda. Lorena se quedó tan sorprendida que no tuvo tiempo de armarse, y los hombres se salieron con la suya. Pero a la mañana siguiente, cuando los dos hombres se hubieron marchado, atacó a Mosby con su navaja y le rajó tanto la cara que la encerraron en la bodega durante dos días y ni siquiera le bajaron comida.

Dos o tres meses después volvió a ocurrir con otros amigos, pero esta vez Lorena no se defendió. Estaba tan cansada de Mosby y de su rábano y del humo de los botes que estaba dispuesta a aceptar cualquier cambio. La madre y las hermanas querían echarla de casa. A Lorena le hubiera encantado, pero Mosby organizó tal escándalo que una de las hermanas huyó y se fue a vivir con una tía.

Pero una noche vendió directamente un polvo a un viajero desconocido. Tuvo la impresión de que se proponía hacerlo con regularidad, pero el segundo hombre al que la vendió pareció encapricharse de Lorena. Se llamaba John Tinkersley y era el hombre más alto y guapo que Lorena había visto hasta entonces, y el más limpio. Cuando él le preguntó si estaba realmente casada con Mosby le dijo que no. Entonces Tinkersley decidió que le acompañara a San Antonio. Lorena aceptó contenta. Mosby se quedó tan sorprendido por su decisión que le ofreció ir en busca de un pastor y casarse al momento, pero para entonces Lorena ya había comprendido que estar casada con Mosby sería peor que lo que ya había pasado. Mosby intentó organizar una pelea, pero no era un adversario para Tinkersley, y lo sabía. Lo único que consiguió fue vender a Tinkersley un caballo y una silla para Lorena, que pertenecían a la hermana que se largó.

San Antonio era mucho mejor que Gladewater, aunque solo porque no había botes de humo y pocos mosquitos. Tenían dos habitaciones en un hotel, que aunque no era el mejor de la ciudad resultaba decente. Tinkersley compró algo de ropa bonita para Lorena con el dinero que consiguió vendiendo el caballo y la silla, cosa que dolió un poco a Lorena. Había descubierto que le gustaba montar a caballo. Hubiera sido feliz entrando a caballo en San Francisco, pero no era este el propósito de Tinkersley. Por alto y guapo que fuera, al final resultó tan mal negocio como Mosby. Si tenía una debilidad era para sí, no para ella. Incluso se gastaba el dinero haciéndose cortar las uñas, algo que Lorena jamás hubiera sospechado que fuera capaz de hacer un hombre. Pese a todo era un hombre duro. Luchar con Mosby había sido como pegarse con un niño, mientras que la primera vez que ella le replicó, Tinkersley le dio tal bofetón que rompió con la cabeza una jarra que estaba detrás de ella, sobre una mesa. Durante tres días le estuvieron zumbando los oídos. La amenazó con que la próxima vez sería peor y Lorena comprendió que no eran vanas amenazas. A partir de entonces, se calló cuando estaba cerca de Tinkersley. Le expuso con toda claridad que el matrimonio no era lo que se proponía cuando se la quitó a Mosby, cosa que no le pareció mal porque desde entonces había perdido la costumbre de pensar en el matrimonio.

Tampoco quería decir que tuviera la costumbre de considerarse una prostituta, pero era precisamente esta costumbre la que Tinkersley deseaba que adquiriera.

—Bueno, ya estás entrenada, ¿no es verdad? —le dijo.

Lorena no creía que lo que había ocurrido en Gladewater fuera un

entrenamiento para algo, pero era obvio que no estaba entrenada para nada decente, incluso suponiendo que pudiera escapar de Tinkersley sin que la matara. Durante unos días había creído que Tinkersley la amaba, pero pronto él dejó bien claro que le importaba tanto como una buena montura. Sabía que de momento la prostitución era su única alternativa. Por lo menos la habitación del hotel era agradable y no había hermanas mezquinas. La mayor parte de los hombres que se le acercaron eran los que jugaban con Tinkersley en el bar de abajo. De vez en cuando alguno de ellos, simpático, le daba directamente un poco de dinero en lugar de entregárselo a Tinkersley. Pero Tinkersley era un lince para estas cosas y el día que tomaron la diligencia hacia Matamoros descubrió su escondrijo y se lo quitó todo. Tal vez no lo hubiera hecho de no haber tenido una serie de pérdidas, pero el hecho de ser guapo no quería decir que fuera buen jugador, como algunos de los clientes le había dicho a Lorena. Era un jugador mediocre y había tenido tan mala racha en San Antonio que pensó que tal vez habría menos competencia en la frontera.

Fue en este viaje cuando pelearon de verdad. Lorena se enfureció tanto por lo del dinero que le perdió el miedo. Quería matarle por haberla dejado absolutamente sin nada. Si hubiera sabido más de armas le hubiera matado. Pensó que cuando se tiene un arma basta con apretar el gatillo, pero resultó que primero hay que quitarle el seguro. Tinkersley estaba echado en la cama, borracho, pero no tanto como para no darse cuenta de que le había puesto su propio revólver sobre el pecho. Cuando comprendió que no iba a dispararse tuvo el tiempo justo de pegarle en la cara con él. Esto le hizo ganar la batalla. Pero antes de rendirse y de ir en busca de un médico para que le cosiera la mandíbula, Tinkersley le dio un mordisco en el labio superior mientras se debatían y Lorena aún creía que el arma se iba a disparar.

El mordisco le había dejado una pequeña cicatriz sobre el labio; con gran regocijo de Lorena, esta insignificante cicatriz parecía volver locos a los hombres. Naturalmente no era solo por la cicatriz: se había desarrollado y con los años se había vuelto más bonita. Pero la cicatriz había sido decisiva. Tinkersley se emborrachó en Lonesome Dove el día que la dejó, y dijo a todos los que se encontraban en el « Dry Bean» que era una asesina. Así que mucho antes de que deshiciera su equipaje ya tenía una reputación. Tinkersley la había dejado sin un céntimo, pero afortunadamente sabía cocinar cuando había que hacerlo; el « Dry Bean» era el único lugar en Lonesome Dove donde se servía comida y Lorena consiguió convencer a Xavier Wanz, el propietario, para que la dejara cocinar hasta que los vaqueros dejaron de tenerle miedo y se acercaron a ella.

Augustus fue el primero. Mientras se quitaba las botas, le sonrió.

—¿De dónde has sacado esta cicatriz? —le preguntó.

—Alguien me mordió —contestó Lorena.

Cuando Gus se convirtió en cliente regular, Lorena no tuvo problemas para

ganarse la vida en el pueblo, aunque en verano, cuando los vaqueros estaban en ruta, las ganancias solían ser escasas. Aunque había superado el punto de confiar en los hombres, pronto se dio cuenta de que Gus era único en su clase, por lo menos en Lonesome Dove. No era tacaño, ni la trataba como muchos solían hacer con las prostitutas. Sabía que probablemente la ayudaría si en algún momento necesitaba ayuda. Le daba la impresión de que tenía algo que los demás habían perdido: no era tacaño ni exigente. Además de Lippy, era el hombre con quien podía hablar un poco. Con la mayoría de los clientes no tenía nada que decir.

Su silencio no tardó en comentarse. Era parte de ella, como la cicatriz, y atraía y turbaba profundamente a los hombres. Tampoco era un truco que cultivara, aunque sabía que los desconcertaba y les hacía ir más deprisa. Se sentía silenciosa cuando los hombres estaban con ella.

Respecto a su silencio, también Gus era diferente. Al principio pareció no darse cuenta, y tampoco dejó que le turbara. Después empezó a divertirle, lo que no era una reacción que Lorena hubiera experimentado con otros. La mayoría hablaban como cotorras cuando estaban con ella, esperando sin duda que ella respondiera. Gus era un gran hablador, desde luego, pero lo que decía nada tenía que ver con la charla de los otros. Rebosaba opiniones, que soltaba sobre todo para divertirse. Lorena no había contemplado la vida como algo especialmente divertido, pero Gus sí. Incluso le parecía divertido el que ella no hablara.

Un día entró y se sentó en una silla, con su habitual expresión divertida. Lorena supuso que iba a quitarse las botas y se dirigió a la cama, pero al volverse le vio allí sentado, con un pie encima de la otra rodilla, jugando con la rueda de su espuela. Siempre llevaba espuelas, aunque pocas veces le vio a caballo. Alguna que otra vez, a primera hora de la mañana, el mugir de las reses y los relinchos de los caballos la despertaban y se iba a mirar por la ventana. Entonces le veía a él, a su socio y a un grupo de jinetes conduciendo al ganado a través del monte bajo hacia el este de la ciudad. Gus era fácil de distinguir porque montaba un gran caballo negro que parecía capaz de arrastrar tres diligencias él solito. No se desprendía de las espuelas cuando no cabalgaba para tenerlas a mano cuando quería hacer sonar alguna cosa.

—Son el único instrumento musical que he aprendido a tocar —le dijo una vez.

Como seguía allí, jugando con la espuela y sonriéndole, Lorena no sabía si desnudarse. Estaban en julio y el calor era terrible. Había tratado de mojar las sábanas, pero el calor las secaba antes de que pudiera echarse.

—Realmente hace calor —dijo Gus—. Deberíamos estar todos viviendo en Canadá por el mismo precio. Dudo de que tenga energía suficiente para plantar la vara.

« ¿Por qué has venido, entonces?» , pensó Lorena.

Otra cosa peculiar de Gus era que podía adivinar lo que ella estaba pensando. Esta vez pareció avergonzado y le lanzó una moneda de oro de diez dólares. Lorena se quedó perpleja. Eran cinco dólares de más, incluso si decidía plantar la vara. Sabía que los viejos a veces se vuelven locos y quieren cosas extrañas…, Lippy era un problema constante, pero tenía un agujero en la barriga y apenas podía tocar el piano. Pero no debía preocuparse por Gus.

—Se me ha ocurrido algo, Lorie. Ya sé por qué tú y yo nos llevamos tan bien. Tú sabes más de lo que dices y yo digo más de lo que sé. Esto significa que somos una pareja perfecta, siempre y cuando no nos molestemos uno al otro más de una hora.

Aquello no tenía sentido para Lorena, pero se tranquilizó. No había la menor probabilidad de que intentara algo loco con ella.

—Pero esto son diez dólares —repitió pensando que a lo mejor no se había fijado en el dinero que le entregaba.

—¿Sabes?, los precios son curiosos —explicó—. He conocido a muchas mujeres del oficio y siempre me he preguntado por qué no eran más flexibles con los precios. Si yo estuviera en tu lugar y tuviera que arrastrarme hasta aquí arriba con alguno de esos viejos apestosos, pediría mucho dinero, pero si se tratara de un chico guapo, bien afeitado, me bastarían cinco centavos.

Lorena se acordó de Tinkersley, que la había explotado dos años y que la había robado cuanto tenía dejándola sin un céntimo.

—Cinco centavos no bastarían, y puedo pasar del afeitado.

Pero Augustus estaba inspirado.

—Digamos que estableces dos dólares como precio más bajo. Esto sería para el limpio y afeitado. ¿Cuál sería el más alto, para un tipo que no supiera ni escribir? Lo que quiero decir es que todos los hombres no son iguales, así que por qué cobrarles lo mismo, ¿o me equivoco? Quizá desde donde tú te encuentras todos los hombres son lo mismo.

Cuando lo hubo pensado, Lorena vio su punto de vista. Todos los hombres no eran del todo iguales. Unos pocos eran agradables y se fijaba en ellos, pero la mayoría no eran ni una cosa ni otra. Eran solo hombres y no dejaban recuerdos sino dinero. Hasta el momento solo los tacaños habían dejado recuerdos.

—¿Por qué me has dado estos diez dólares? —preguntó, dispuesta a mostrarse un poco curiosa ya que solo iban a hablar.

—Para que me hablaras un poco —le sonrió Augustus. Tenía el pelo más blanco que jamás hubiera visto en un hombre. Una vez le contó que se le había vuelto blanco a los treinta años, y que su vida se hizo más peligrosa, pues los indios considerarían que una cabellera blanca era un buen trofeo.

—Me casé dos veces, ¿recuerdas? —prosiguió—. Debí casarme por tercera vez pero la mujer se equivocó y no se casó conmigo.

—¿Qué tiene esto que ver con el dinero? —preguntó Lorena.

—El caso es que estoy hecho un solterón. Hay días en que un poco de conversación con una mujer no tiene precio. Imagino que la razón de que tengas poco que decir es que probablemente nunca has encontrado a un hombre que le gustara oír hablar a una mujer. Escuchar a las mujeres no está de moda en esta parte del país. Pero me figuro que tendrás una historia de tu vida, como todos. Si te apeteciera contármela, yo soy el hombre al que le gustaría oírla.

Lorena lo pensó. Gus no era molesto. Se sentaba allí jugando con la espuela.

—En estos lugares lo único que importa es la compañía de una mujer. Ahora bien, en un clima frío podría ser diferente. Un clima frío despierta a un muchacho y le entran ganas de mover el rabito. Pero aquí, con este calor, lo que buscan sobre todo es compañía.

Había algo de verdad en aquello. A veces los hombres la miraban como si quisieran que fuera su novia, sobre todo los jóvenes, y algunos viejos también. Uno o dos le habían pedido que les dejara mantenerla, aunque no sabía dónde intentaban mantenerla. Estaba viviendo en el último dormitorio sobrante de Lonesome Dove. Lo que deseaban eran pequeños matrimonios, algo que les durara hasta que empezaran la marcha. Algunas muchachas lo hacían así. Se unían a un vaquero durante un mes o un mes y medio y recibían regalos y jugaban a ser decentes. Había conocido algunas que lo hacían así en San Antonio. Lo que le llamaba la atención era que ellas se lo tomaban tan en serio como los vaqueros. Actuaban tan tontamente como las chicas respetables, poniéndose celosas y enfurruñándose parte del día si sus chicos no actuaban a su gusto. Lorena no tenía ningún interés por hacer este tipo de cosas. Los hombres que venían a verla tendrían que darse cuenta de que no le gustaba hacer comedia.

Al poco rato, pensó que tampoco estaba interesada en contar la historia de su vida a Augustus. Volvió a abrocharse el traje y le devolvió los diez dólares.

—No valgo diez dólares —le dijo—. Ni aunque pudiera acordarme de todo.

Augustus volvió a guardarse el dinero en el bolsillo.

—Sería preferible conocerte mejor que tratar de comprar conversación —comentó sin dejar de sonreír—. Venga, vayamos a abajo a jugar a las cartas.

4

Cuando Augustus dejó a Call sentado en los peldaños, se dio una vuelta por el patio de las carretas y luego tiró calle abajo, deteniéndose un momento en el fondo arenoso de Hat Creek para sujetarse la pistolera. La noche estaba tan tranquila como un sueño, una noche en que no esperaba tener que disparar contra nadie, pero era prudente llevar la pistola preparada por si acaso tenía que pegar a un borracho. Se trataba de un viejo «Colt dragón» con un cañón de dieciocho centímetros y, como le gustaba decir, que pesaba tanto como la pierna donde se apoyaba. Un culatazo solía bastar para la mayoría de los borrachos, y dos culatazos podían derribar un buey siempre que Augustus ayudara con su peso.

Las noches de la frontera tenían calidades que admiraba, por muy diferentes que fueran de las calidades de las noches de Tennessee. Por lo que recordaba, en Tennessee, las noches tendían a ser borrosas, como una bruma algodonosa metiéndose en las hondonadas. Las noches de la frontera eran tan secas que se podía oler el polvo, y claras como el rocío. En realidad, las noches eran tan claras que engañaban; incluso sin apenas luna las estrellas eran tan brillantes que cada mata y cada poste de valla proyectaban una sombra. Pea Eye, que era asustadizo, huía siempre de las sombras, y en cierta ocasión incluso había disparado a unas inocentes matas de chaparral, tomándolas por bandidos.

Aunque Augustus no era especialmente asustadizo, apenas había empezado a ir calle abajo se llevó un buen susto: una pequeña bola de sombra corrió hacia sus pies. Saltó a un lado, temiendo una mordedura de serpiente, aunque su cerebro sabía que las serpientes no ruedan como bolas. Luego vio a un armadillo correr ante sus pies. Intentó darle un puntapié para enseñarle que no se anda por la calle asustando a la gente, pero el armadillo salió corriendo como si tuviera tanto derecho a la calle como un banquero.

El pueblo no estaba abarrotado de gente ni resplandecía de luces, aunque había una en casa de los Pumphrey, cuya hija estaba a punto de dar a luz. Los Pumphrey tenían una tienda. El niño que esperaba la hija llegaría al mundo y se encontraría sin padre, ya que el muchacho que se había casado con la hija de Pumphrey había muerto ahogado en el Republican River en otoño de aquel año, con la muchacha recién embarazada.

Solo había un caballo amarrado fuera del «Dry Bean» cuando pasó

Augustus. Era un animal flaco que pertenecía a un vaquero al que llamaban Dishwater Boggett porque una noche había llegado al campamento tan sediento después de un día de trabajo, que no quiso esperar su turno en el barril de agua y se bebió el agua de lavar los platos que el cocinero se disponía a tirar. Al reconocer el caballo, Augustus se llevó un alegrón porque a Dish Boggett le encantaba jugar a las cartas, aunque carecía de la mínima habilidad. Claro que probablemente también le faltara dinero, aunque esto no impediría necesariamente la partida. Dish era un buen elemento y siempre podía contratársele… A Augustus no le importaba jugar con cargo al futuro con aquel hombre.

Cuando atravesó la puerta todo el mundo parecía estar de mal humor, probablemente porque Lippy aporreaba *My Bonnie Lies Over the Ocean*, una canción que le gustaba demasiado y que tocaba como si esperara que la oyeran en la capital de México. Xavier Wanz, el pequeño francés dueño del lugar, limpiaba nerviosamente sus mesas con un trapo húmedo. Xavier pensaba que el mantener las mesas bien limpias era el factor crucial de su negocio, aunque a veces Augustus se sentía impelido a señalarle que tal punto de vista era una idiotez. La mayoría de los clientes del «Dry Bean» iban tan sucios que no hubieran notado una mofeta muerta sobre la mesa, y mucho menos unas cuantas migas y bebidas derramadas.

El propio Xavier casi tenía el monopolio de la pulcritud en Lonesome Dove. Llevaba camisa blanca todo el año, se recortaba el bigotito una vez por semana e incluso llevaba una corbata de lazo, o por lo menos un cordón negro que era el mejor sustituto de una corbata de lazo. Algún vaquero había robado la verdadera corbata de Xavier, con la probable intención de impresionar a alguna muchacha durante la marcha. Como el cordón era lacio y no tieso como acostumbraba a ser una corbata de lazo, aumentaba el aspecto triste de Xavier, que ya hubiera sido suficientemente triste sin el cordón. Había nacido en Nueva Orleans y había terminado en Lonesome Dove porque alguien le había convencido de que Texas era la tierra de la oportunidad. Aunque pronto descubrió lo contrario, era demasiado orgulloso y fatalista para intentar corregir su error. Aceptaba la vida cotidiana en el «Dry Bean» con resignación, aunque a veces perdía la resignación y se volvía explosivo. Cuando estallaba, el aire tranquilo se veía desgarrado por maldiciones criollas.

—Buenas noches, amigo mío —le saludó Augustus. Lo dijo con tanta gravedad como pudo porque Xavier apreciaba cierta solemnidad.

Xavier respondió con una inclinación de cabeza. Era difícil extenderse en amenidades cuando Lippy estaba en plena representación.

Dish Boggett estaba sentado en una de las mesas con Lorena, esperando posiblemente que le concediera un polvo a crédito. Aunque Dish apenas tenía veintiún años, lucía un bigote de foca que le hacía parecer mucho más viejo, y

mucho más solemne. El color del bigote se había quedado entre amarillo y castaño. Un color parecido al de un perro de la pradera, pensó Augustus. Con frecuencia le sugería a Dish que si comía perro de la pradera se acordara de limpiarse los dientes, una alusión a su bigote cuya sutileza no captaba Dish.

Lorena tenía su habitual aspecto de mujer que está en otra parte. Tenía una preciosa cabellera rubia, cuya suavidad la situaba aparte en un país donde la mayoría de las mujeres tenían el cabello de una consistencia parecida a la de los cordones de una montura. Las mejillas, ligeramente hundidas, daban una extraña belleza. La experiencia de Augustus le había enseñado que la belleza de mejillas hundidas era peligrosa. Sus dos esposas habían tenido las mejillas redondas y eran dignas de toda confianza, pero poseían poca resistencia al clima. Una había muerto de pleuresía en el segundo año de su matrimonio, y a la otra se la había llevado una escarlatina después de siete años. Pero la mujer que Lorena le recordaba era Clara Allen, a la que había amado más y más profundamente, y a la que seguía amando. Los ojos de Clara eran directos y chispeantes, mientras que los de Lorena miraban siempre de soslayo. Sin embargo, había algo en la muchacha que le recordaba a Clara, que había elegido un impasible comerciante de caballos cuando decidió casarse.

—¡Hombre, Dish! —exclamó acercándose a la mesa—. Nunca pensé que te vería gandulear por aquí en esta época del año.

—Présteme dos dólares, Gus —pidió Dish.

—Ni hablar. Por qué le iba a prestar dinero a un holgazán. En esta época del año deberías estar rastreando ganado.

—Me iré precisamente la semana próxima para hacerlo. Présteme los dos dólares y se los devolveré en otoño.

—A menos que te ahogues, que te coceen o que dispares contra alguien y te cuelguen —objetó Augustus—. No señor. Demasiados riesgos a la vista. De todos modos sé que eres un taimado, Dish. Probablemente tienes los dos dólares y no quieres gastártelos.

Lippy terminó su concierto y se reunió con ellos. Llevaba un bombín marrón que había encontrado en el camino de San Antonio unos años atrás. O había salido volando de una diligencia o los indios se habían apoderado de algún viajante descuidado y no se habían preocupado del bombín. Por lo menos esas eran las dos teorías que Lippy había barajado para explicar su buena suerte al encontrar el sombrero. Desde el punto de vista de Augustus, el bombín hubiera tenido mejor aspecto después de dos años de volar por el país que el que ahora tenía. Lippy lo llevaba solo para tocar el piano; cuando se dedicaba al juego o se sentaba para ocuparse de la gotera de su estómago solía utilizarlo como cenicero antes de volvérselo a plantar en la cabeza. Tenía solo cuatro o cinco mechones de pelo gris colgándole del coco y la ceniza no les daban peor aspecto, pero representaba solo una fracción de los malos tratos que había sufrido el bombín.

También le servía de almohada, y se habían derramado tantas cosas encima y dentro de él que Augustus no podía mirarlo sin que le dieran náuseas.

—Este sombrero se parece a una boñiga de búfalo —comentó Augustus—. Un sombrero no está previsto para hacer de orinal, ¿sabes? Yo, en tu lugar, lo tiraría.

A Lippy se le llamaba así porque su labio inferior tenía el tamaño de la tapadera de una alforja. Podía esconder tantas cosas debajo que con ellas podía aprovisionarse durante un mes a una persona normal; en general el labio vivía una vida independiente, allá abajo, al final de su cara. Incluso cuando estaba sentado tranquilamente, estudiando sus cartas, el labio ondeaba y se sacudía como si una brisa soplara sobre él, como así era en realidad. Lippy tenía en su nariz algo que le fallaba y respiraba con la boca abierta del todo.

Aunque estaba habituada a los problemas, a Lorena le había costado mucho acostumbrarse al modo en que Lippy sorbía mientras iba comiendo, y una vez había soñado que un vaquero se había acercado a Lippy y le había abrochado el labio a la nariz como si fuera la solapa de un bolsillo. Pero su asco no era nada comparado al de Xavier, que de pronto dejó de limpiar mesas, se acercó a él y le quitó el sombrero de la cabeza. Xavier estaba de mal humor, y sus facciones se estremecían como las de un conejo atrapado.

—¡Repugnante! No quiero volver a ver este sombrero. ¿Quién puede comer? —gritó Xavier, aunque nadie trataba de comer. Se llevó el sombrero del otro lado de la barra y lo tiró por la puerta trasera. Una vez, de niño, había acarreado las basuras de la cocina de un restaurante de Nueva Orleans donde se utilizaban manteles, un tipo de excelencia que aún le obsesionaba. Cada vez que miraba las mesas desnudas del « Dry Bean» se sentía fracasado. En lugar de la suavidad de los manteles, las mesas eran tan toscas que a uno se le podía clavar una astilla con solo pasarles la mano por encima. Tampoco eran deliciosamente redondas porque a los vaqueros no se les podía impedir que les recortaran los bordes. Con los años habían recortado grandes trozos dando a la mayoría de las mesas una apariencia desequilibrada.

Xavier tenía un mantel de hilo que sacaba una vez al año, el día del aniversario de la muerte de su mujer. Su esposa había sido una mandona y no la echaba en falta, pero era la única ocasión que le proporcionaba una buena excusa para utilizar el mantel en Lonesome Dove. Su mujer, cuyo nombre había sido Thérèse, también había maltratado a los caballos. Esta fue la razón de que su tronco se desbocara, precipitándose con la calesa a un barranco. La calesa cayó encima de Thérèse. En la cena anual en su honor. Xavier demostraba que todavía era un dueño de restaurante disciplinado, emborrachándose sin verter ni una sola gota en el precioso mantel. Augustus era el único invitado a estas cenas, pero solo asistía cada tres o cuatro años, por pura educación. Estas ocasiones no solo eran fúnebres y tontas —todo el mundo sabía en Lonesome Dove que le había

alegrado ver el fin de Thérèse— sino que también resultaban vagamente peligrosas. Augustus no era un bebedor tan disciplinado como Xavier ni tan meticuloso con los manteles, y le constaba que si derramaba vino sobre el precioso lino la situación acabaría muy mal. No era probable que tuviera que disparar a Xavier pero podía ser necesario darle un culetazo en la cabeza, y Augustus odiaba tener que pegar a una cabeza tan pequeña con una pistola tan grande.

Según Xavier, el sombrero de Lippy era la exacerbación final. Ningún hombre digno permitiría semejante sombrero en su establecimiento, y menos en la cabeza de uno de sus empleados, así que de vez en cuando se lo cogía y lo tiraba por la puerta. Quizá, con suerte, alguna cabra se lo comería; se comentaba que aún comían peores cosas. Pero las cabras ignoraban el sombrero, y Lippy siempre salía y lo recuperaba cuando se daba cuenta de que necesitaba un cenicero.

—¡Vergonzoso! —dijo otra vez Xavier, pero con un tono más alegre.

Lippy se mantenía imperturbable y replicaba:

—A ver qué le pasa a este sombrero… Está hecho en Filadelfia. Lo pone en el interior.

Y, en efecto, lo ponía, pero fue a Augustus y no a Lippy al que se le había ocurrido la réplica. Lippy no podía haber leído una palabra tan larga como Filadelfia, y solo tenía una vaga idea de dónde estaba la ciudad. Lo único que sabía es que debía tratarse de un lugar seguro y civilizado, si les quedaba tiempo para hacer sombreros en lugar de luchar con los comanches.

—Xavier, hagamos un trato —propuso Augustus—. Presta dos dólares a Dish para que podamos organizar una partidita y yo recogeré el sombrero con una pala y se lo llevaré a mis cerdos. Es el único modo de deshacernos de él.

—Si te lo vuelves a poner, lo quemaré —siguió protestando Xavier todavía furioso—. Lo quemaré todo, y entonces adónde irás, ¿eh?

—Si te propones quemar este piano será mejor que tengas preparada una mula rápida —dijo Lippy con ondulaciones de labio mientras hablaba—. A la gente de la iglesia no les gustará.

Dish encontraba tediosa aquella conversación. Había entregado un pequeño rebaño de caballos en Matamoros y había cabalgado casi cien millas río arriba pensando en Lorena. Era curioso que lo hiciera porque la sola idea de ella le aterrorizaba, pero había seguido cabalgando y aquí estaba. Solía hacer sus pinitos con prostitutas mejicanas, pero de tanto en tanto quería un cambio y no más hembras morenitas. Lorena era un cambio tan grande que solo de pensarlo se le hacía un nudo en la garganta y perdía su capacidad de hablar. Había estado con ella cuatro veces y tenía un recuerdo vívido de lo blanca que era: de una palidez lunar y salpicada de sombras como la noche. Pero no exactamente como la noche. Podía cabalgar tranquilamente de noche, pero cabalgar con Lorena no

tenía nada de plácido. Utilizaba unos polvos baratos, recuerdo de su vida en la ciudad, y su aroma perseguía a Dish durante semanas. Lo único que no le gustaba era pagarle. Hubiera preferido comprarle un bonito regalo en Abilene o en Dodge. Así lo hacía con señoritas; les encantaban los regalos, esperarlos, y Dish no era hombre que las defraudara. Siempre volvía de Dodge con cintas y peinetas.

Pero no sabía por qué nunca tuvo el valor de sugerírselo a Lorena. Incluso le resultaba difícil proponerle claramente el trato. Con frecuencia parecía no oír las preguntas que se le hacían. Era difícil conseguir que una chica se diera cuenta del sentimiento especial que uno sentía por ella cuando ni siquiera le miraba, y a uno se le hacía un nudo en la garganta. Y era todavía más difícil vivir con la idea de que la mujer en cuestión no deseaba que se sintiera nada especial por ella, particularmente si uno estaba a punto de emprender el rastreo e iba a tardar varios meses en verla.

Por confusos que fueran estos sentimientos, Dish los empeoraba al darse cuenta de que ni siquiera podía permitirse el trato que la muchacha pudiera aceptar. No tenía absolutamente nada porque había perdido toda la paga de un mes jugando en Montana. No tenía ni dinero ni elocuencia con la que persuadir a Lorena para que confiara en él, pero en cambio sí tenía una obstinada persistencia y estaba preparado para sentarse en el « Dry Bean» toda la noche, confiando en que su evidente necesidad terminaría por conmoverla.

En estas circunstancias, la llegada de Augustus era una prueba amarga para Dish. Le había parecido que Lorie se mostraba un poco más amistosa, y si no hubiera ocurrido nada que la distrajera tal vez pronto hubiera claudicado. Por lo menos había sido agradable estar solos en la mesa. Pero ahora estaban él, ella, Augustus y Lippy, poniéndole difícil, si no imposible, defender su caso…, aunque lo que había estado haciendo para defender su caso era mirarla insistentemente con sus grandes ojos llenos de esperanza.

Lippy empezó a sentirse desdichado porque Xavier le había tirado el sombrero por la puerta trasera. Lo que dijo Augustus de los cerdos puso el asunto bajo una luz más ominosa. Después de todo, los cerdos podían venir y comerse el sombrero, que era uno de los más sólidos consuelos de su pobre existencia. Le hubiera gustado ir a recuperar el sombrero antes de que llegaran los cerdos, pero sabía que no era prudente provocar a Xavier cuando ya estaba de mal humor. No podía ver la puerta trasera porque el bar se lo impedía… A lo mejor el sombrero ya había desaparecido.

—Ojalá pudiera volver a San Luis —se lamentó—. He oído decir que es una ciudad muy activa. —Había crecido allí y cuando su corazón se ponía triste volvía a ella con la imaginación.

—Bueno, pues márchate —interrumpió Augustus—. La vida es muy corta. ¿Por qué pasarla aquí?

—Pues usted bien que se queda —dijo Dish en tono malhumorado, confiando en que Gus entendería la alusión y saldría inmediatamente.

—Dish, tengo la impresión de que te duele el estómago —observó Augustus —. Lo que necesitas es una buena partida.

—Nada de eso —saltó Dish dirigiendo una atrevida y solícita mirada a Lorena.

Pero contemplarla era como contemplar las montañas. Las montañas se quedaban donde estaban. Se podía llegar a ellas, si se disponía de medios, pero no daban la bienvenida.

Xavier estaba en la puerta contemplando la oscuridad. El trapo que utilizaba para limpiar las mesas goteaba sobre la pernera del pantalón, pero no se daba cuenta.

—Es mala suerte que no haya muerto nadie de este pueblo —observó Augustus—. Esto parece un funeral de tercera. Qué, Wanz, ¿jugamos una partida?

Xavier aceptó. Era un jugador extraordinariamente bueno, uno de los pocos que resultaba un buen adversario para Augustus. Lorena era competente. Tinkersley la había enseñado un poco. Cuando el « Dry Bean» estaba lleno de vaqueros, no se le permitía sentarse y participar, pero las noches en que estaba Augustus entre los clientes, solía jugar.

Cuando jugaba, cambiaba, sobre todo si ganaba un poco… Con frecuencia Augustus intentaba que ganara algo, solo para contemplar el cambio. La niña que había en ella renacía brevemente. No hablaba pero de vez en cuando se reía con fuerza, y sus ojos brumosos se aclaraban y animaban. De tanto en tanto, cuando ganaba una buena apuesta, daba un golpe a Augustus con el puño. A él le encantaba. Era bonito ver a la muchacha disfrutando, feliz. Le recordaba los juegos familiares, los que había jugado con sus hermanas en Tennessee. El recuerdo de esos juegos solía llevarle a beber más de la cuenta… y todo porque Lorie dejaba de ser una puta aburrida por un momento y le recordaba las muchachas que había conocido.

Jugaron hasta que la luna nueva hubo cruzado al otro lado del pueblo. Lorena se animó tanto que Dish Boggett se enamoró aún más de ella; le llenaba de tal doloroso placer que no le importó que Xavier le ganara la mitad del sueldo del próximo mes. El dolor no le abandonó hasta que se hubo convencido de que no había esperanza alguna para él y salió a la luz de la luna a desatar su caballo.

Augustus salió con él mientras Lippy lo hacía por la puerta trasera para recuperar el sombrero. Mientras estaban fuera se encendió la luz de la habitación de Lorena. Dish levantó la vista y captó su sombra al pasar frente a la luz.

—Vaya, Dish, ¿así que nos dejas? —observó Augustus—. ¿Cuál es el afortunado equipo que se queda contigo en este viaje?

La fugaz visión de Lorena dejó tan perplejo a Dish que apenas entendió la

pregunta.

—Supongo que me iré con el U. U. —respondió con los ojos fijos aún en la ventana.

El motivo de la tristeza de Dish no pasó indavertido para Augustus.

—Hombre, es el grupo de Shanghai Pierce.

—Sí —dijo Dish mientras levantaba el pie hacia el estribo.

—Espera un poco, Dish. —Augustus revolvió en su bolsillo y sacó dos dólares que entregó al asombrado vaquero.

—Si cabalgas hacia el Norte con el viejo Shang tal vez no volvamos a encontrarnos en este lado del río —dijo Augustus, adoptando deliberadamente el tono elegíaco—. Como mínimo se te estropeará el oído. Tiene una voz que es capaz de dejar sorda a una roca.

A Dish se le escapó una sonrisa. Gus parecía no estar enterado de que uno de los tópicos más persistentes en todo Texas era discutir sobre si su voz era más o menos potente que la de Shanghai Pierce. Todo el mundo aceptaba sin discusión que ninguno de los dos tenían rival a la hora de dejar sordo a alguien.

—¿Por qué me ha dado el dinero? —preguntó Dish. Nunca había comprendido del todo a Gus.

—Me los pediste, ¿verdad? Si te los hubiera dado antes de que empezáramos la partida, hubiera sido como si se los entregara a Wanz, y él no necesita mis dos dólares.

Siguió un silencio mientras Dish se esforzaba por desentrañar la razón, en el caso de que la hubiera.

—No quiero que piense que soy capaz de negar un simple préstamo a un amigo, sobre todo a uno que se ve con Shanghai Pierce.

—Bueno, pues se lo agradezco. Nos veremos en otoño o antes.

—No necesitas emprender el camino esta noche. Si quieres puedes extender tu manta en nuestro porche —ofreció Augustus.

—Puede que lo haga —dijo Dish. Volvió a atar su caballo con cierta torpeza y cruzó la puerta del « Dry Bean» , impaciente por subir antes de que Lorena apagara la luz.

—Me parece que se me ha olvidado algo —se excusó desde la puerta del *saloon*.

—Bueno, no voy a esperarte, Dish —murmuró Augustus—. Pero contaremos contigo para desayunar, si quieres quedarte.

Al alejarse oyó las pisadas del muchacho en la escalera, a espaldas del *saloon*. Dish era un buen chico, algo menos inmaduro que Newt, aunque con más experiencia en el trabajo. Era mejor ayudar a semejantes muchachos para que disfrutaran de su momento de diversión antes de que las penalidades de la vida se los arrebataran.

De pie en la pálida calle, vio a lo lejos dos sombras sobre el cuadro amarillo

de luz de la alcoba de Lorena. Pensó que estaría mejor dispuesta para con Dish porque la partida la había animado. Quizás incluso Lorie descubriría que le gustaba el muchacho. Había conocido a alguna prostituta que se había casado y que le había ido bien. Si Lorie se sentía atraída hacia el matrimonio, Dish Boggett no sería un mal hombre para fundar un hogar.

La luz se había apagado en casa de los Pumphrey y el armadillo ya no estaba allí para hacerle sombra. Los cerdos estaban echados en el porche, prácticamente hocico contra hocico. Augustus estuvo a punto de darles un puntapié para que dejaran sitio al invitado que más o menos esperaba, pero parecían tan tranquilos que dio un rodeo para entrar por la puerta de atrás. Si Dish Boggett, con su bigote de marmota, se consideraba demasiado refinado para echar su manta junto a los dos cerdos, que les despertara él.

5

Fuera cual fuese el pensamiento que Augustus tuviera en mente cuando se iba a la cama, generalmente seguía estando allí, cuando despertaba. Dormía tan poco que el pensamiento no tenía tiempo a esfumársele de la mente. Cinco horas era lo más que dormía de tirón, y cuatro más o menos en su término medio.

—Un hombre que duerme toda la noche malgasta demasiado su vida —solía decir—. Los días están hechos para mirar y las noches para gozar.

Como el goce era lo que había estado analizando cuando llegó a casa, seguía presente en su pensamiento cuando se levantó, a eso de las cuatro de la mañana para preparar el desayuno, según él una comida demasiado importante para confiársela a un bandido mejicano. Lo esencial de su desayuno era la abundancia de unos bollos que cocía en un horno abierto, en el patio de atrás. La masa, en su cacharro, subía y se esponjaba alegremente desde hacía más de diez años, y lo primero que hacía al levantarse era ir a comprobarla. El resto del desayuno era secundario. Se trataba solo de tostar unas lonchas de bacon y de freír una sartén de huevos. En general podía confiarse el café a Bolívar.

Augustus cocía los bollos fuera, por tres razones. Una, porque la casa se calentaba sobradamente durante el día, por lo que resultaba innecesario añadir más lumbre que la necesaria para el bacon y los huevos. Dos, porque los bollos cocidos en el horno abierto sabían mejor que los hechos en el horno de la cocina, y tres, porque le gustaba estar fuera para captar la primera luz. El hombre que depende de una cocina interior pierde la salida del sol, y si él perdía la salida del sol en Lonesome Dove, tendría que aguantar la tira de calor y de polvo antes de que pudiera ver algo tan bonito.

Augustus dio forma a los bollos y salió a prender un buen fuego en el horno mientras aún era de noche; el fuego suficiente para refrescar la base de carbón de mezquite. Cuando consideraba que el horno estaba a punto, sacaba los bollitos y la Biblia al patio. Colocaba los bollos en el horno y se sentaba sobre un gran caldero negro que utilizaban en las pocas ocasiones en que fundían manteca de cerdo. El caldero era lo bastante grande como para que cupiera un pequeño mulo, si alguien hubiera tenido la idea de cocer uno, pero los últimos años había estado bocabajo, convertido en un asiento ideal.

A Oriente, el cielo estaba rojo como los carbones de una fragua, iluminando

los llanos a lo largo del río. El rocío había humedecido el millón de agujas del chaparral y cuando el borde del sol emergió del horizonte, el chaparral parecía salpicado de diamantes. Una mata en el patio trasero se llenó de pequeños arcoiris cuando el sol tocó el rocío.

Era un tributo inmenso que la salida del sol embelleciera incluso las matas de chaparral, pensó Augustus al admirar el proceso, sabiendo que solo iba a durar unos minutos. El sol extendió su dorada luz rojiza sobre las matas resplandecientes, entre las que circulaban unas pocas cabras, balando. Incluso cuando el sol se alzó sobre los pequeños salientes, al Sur, una franja de luz permaneció un momento a nivel del chaparral, como si fuera independiente de su fuente. Después el sol se alzó, claro, despejado, como una gran moneda. El rocío murió rápidamente y la luz que llenaba las matas como de un polvo rojo, se dispersó dejando un aire limpio y ligeramente azulado.

La luz era entonces buena para leer, así que Augustus se dedicó unos minutos a los profetas. No era excesivamente religioso pero se tenía por buen profeta y le gustaba estudiar los estilos de sus predecesores. En su opinión, eran unos exagerados, y no se esforzaba en leerlos palabra por palabra. Se limitaba a mirar aquí y allá, mientras los bollos se iban tostando.

Mientras estaba disfrutando de una o dos líneas de Amós, los cerdos dieron la vuelta a la esquina de la casa y casi en el mismo momento Call salió por la puerta de atrás, poniéndose la camisa. Los cerdos se acercaron, colocándose exactamente frente a Augustus. El rocío había mojado su piel azul.

—Saben que tengo un corazón tierno —dijo a Call—. Esperan que les dé un trocito de Biblia. Confío en que no habréis despertado a Dish —añadió dirigiéndose a los cerdos, porque había visto y comprobado que Dish estaba allí cómodamente dormido, con la cabeza apoyada en su montura y el sombrero sobre los ojos, dejando solo el gran bigote a la vista.

El gran pesar de Call era que nunca había podido despertarse fácilmente. Sus articulaciones parecían llenas de cola y le irritaba ver a Augustus sentado sobre el caldero negro con el aspecto fresco de haber dormido toda la noche, cuando en realidad probablemente había estado jugando al póquer hasta la una o las dos. Levantarse temprano y sentirse despierto era una habilidad que nunca había podido perfeccionar. Se levantaba, lógicamente, pero nunca se sentía natural.

Augustus dejó la Biblia y se acercó a mirar la herida de Call.

—Debería ponerte algo más de grasa —observó—. Es un mordisco feo.

—Tú, ocúpate de tus bollos —le espetó Call—. ¿Qué hace Dish Boggett aquí?

—No le he preguntado sus intenciones. Si mueres de gangrena lamentarás no haberme dejado curarte la herida.

—No es una herida, es solo un mordisco. Me mordieron mucho peor las chinches en Saltillo aquella vez. Supongo que te has dedicado a leer la Biblia toda la noche.

—No. Solo la leo por las mañanas y por la noche cuando puedo acordarme de la gloria del Señor. El resto del día lo dedico a recordar en qué agujero apestoso nos hemos metido. Es difícil divertirse en un lugar como este, pero hago lo que puedo.

Se acercó a poner la mano por encima del horno. Le pareció que los bollos estaban hechos y los sacó. Se habían hinchado deliciosamente y tenían un bonito color tostado. Los entró rápidamente en la casa, y Call le siguió. Newt ya estaba en la mesa, sentado muy tieso, con el cuchillo en una mano y el tenedor en la otra, pero completamente dormido.

—Vinimos a este lugar para hacer dinero —observó Call—. En el trato no entraba para nada la diversión.

—Call, a ti ni siquiera te gusta el dinero. Has escupido en el ojo de todos los ricos que has conocido. El dinero aún te gusta menos que la diversión, si es que esto es posible.

Call suspiró y se sentó a la mesa. Bolívar estaba levantado y daba traspiés alrededor de la cocina, temblando de tal modo que se le cayó café al suelo.

—Despierta, Newt —dijo Augustus—, o vas a clavarte el tenedor en el ojo.

Call sacudió un poco al muchacho y este abrió los ojos.

—Estaba soñando —dijo Newt, como un niño.

—Pues mala suerte, hijo —observó Augustus—. La mañana por aquí es casi una pesadilla. ¡Mira lo que ha ocurrido!

Al intentar poner el café en marcha, Bolívar había derramado parte de los posos del café en la grasa donde se freían el bacon y los huevos. A él le parecía algo sin importancia, pero a Augustus le enfureció porque le gustaba conseguir un desayuno decente por lo menos una vez a la semana.

—Supongo que el café se echará a perder por saber a huevos —protestó—. Casi siempre tus huevos saben a café.

—Me tiene sin cuidado —replicó Bolívar—. Me encuentro mal.

Pea Eye había aparecido medio dormido tratando de sacarse el pito de los pantalones antes de que le estallara la vejiga. Era un problema frecuente y todas las mañanas se los abrochaba, antes de caer en la cuenta de que tenía que orinar. Entonces atravesaba corriendo la cocina tratando de desabrocharse. La carrera siempre era peligrosa, pero Pea solía llegar a tiempo a los escalones del patio trasero antes de que comenzara la inundación. Entonces se quedaba allí y regaba el patio, durante cinco minutos. Cuando Augustus podía oír por un oído cómo se freía la grasa y por el otro la meada de Pea, comprendía que una vez más había terminado la paz de la mañana.

—Si una mujer entrara un día en casa a esta hora del día, se pondría a gritar y se arrancaría los ojos —dijo Augustus.

En aquel momento entró Dish Boggett, que siempre había reaccionado al olor del bacon frito.

Fue una sorpresa para Newt, que despertó inmediatamente y trató de arreglarse el pelo. Dish Boggett era uno de sus ídolos, un auténtico vaquero que había recorrido todo el camino hasta Dodge City más de una vez. Era la gran ambición de Newt: hacer la ruta con una partida de ganado. Ver a Dish le daba ánimos porque Dish no era alguien fuera de su alcance, como el capitán Call. Newt no podía imaginar que algún día pudiera ser como el capitán, pero Dish no parecía muy diferente a él. Se sabía que Dish era un gran elemento y Newt aprovechaba cualquier oportunidad de estar cerca de él; le gustaba ver el modo que tenía Dish de hacer las cosas.

—Buenos días, Dish —le dijo.

—Ah, hola —contestó Dish, y se fue junto a Pea Eye para mear también.

A Newt le gustaba el que Dish no le tratara como a un niño. Algún día, si tenía suerte, tal vez él y Dish trabajaran juntos de vaquero. Newt no podía imaginar nada mejor.

Augustus había frito los huevos duros como piedras, para compensar los posos de café, y cuando le parecieron hechos vació la grasa en el bote de jarabe que utilizaban como depósito de grasa.

—Es falta de educación mear cerca de los que están sentados a la mesa —comentó hacia los dos que estaban en el porche—. Sois dos hombres hechos y derechos. ¿Qué pensarían de esto vuestras madres?

Dish pareció un poco avergonzado, y Pea se quedó preocupado por la pregunta. Su madre había muerto en Georgia cuando él solo contaba seis años. No había tenido tiempo para educarle mucho y no tenía la menor idea de lo que pudiera pensar de tal comportamiento. De lo que sí estaba seguro es de que no le hubiera gustado que se lo hiciera en los pantalones.

—Me corría prisa —comentó.

—Hola, capitán —saludó Dish.

Call inclinó la cabeza. Por la mañana aventajaba a Gus, dado que Gus tenía que cocinar. Mientras Gus cocinaba, podía elegir los huevos y el bacon, y un poco de comida siempre lo reavivaba y le hacía pensar en todas las cosas que debían hacerse durante el día. El equipo de Hat Creek no trabajaba más que una pequeña propiedad, con suficiente tierra arrendada para que pudieran pastar pequeños grupos de reses y caballos hasta que pudieran encontrar compradores. A Call le asombraba que una operación tan pequeña mantuviera ocupados a tres hombres hechos y derechos y a un muchacho desde el alba hasta la puesta del sol, día tras día, pero así era. El granero y los corrales estaban en tan mal estado cuando él y Gus los compraron que se precisaba una reparación constante para evitar que se desplomaran. No había nada importante que hacer en Lonesome Dove, pero eso tampoco quería decir que les sobrara tiempo para dedicarse a las pequeñas cosas que era preciso atender. Llevaban seis semanas perforando un nuevo pozo y aún no habían profundizado suficientemente.

Cuando Call se sirvió los huevos y el bacon se le ocurrieron tantas tareas que tardó en contestar al saludo de Dish.

—Ah, hola Dish —dijo por fin—. Come algo.

—Dish se propone afeitarse el bigote inmediatamente después del desayuno —explicó Augustus—. Está cansado de vivir sin mujeres.

En realidad, gracias a los dos dólares de Gus, Dish había podido convencer a Lorena. Había despertado en el porche con la cabeza despejada, pero cuando Augustus mencionó a las mujeres lo recordó todo y de pronto se sintió débil de amor. Estaba hambriento cuando se sentó a la mesa. Se le hacía la boca agua ante los huevos y el tocino, pero el recuerdo del blanco cuerpo de Lorena o de la parte que había podido ver cuando se levantó el camisón, le dejó momentáneamente deslumbrado. Siguió comiendo, pero la comida había perdido su sabor.

El cerdo azul se acercó a la puerta y los contempló, con gran regocijo de Augustus.

—Fijaos —exclamó—. Un cerdo contemplando a un grupo de cerdos humanos. —Aunque había perdido cierta ventaja junto a la sartén, estaba en perfecta forma para asegurarse su ración de bollos, media docena de los cuales ya se los había tragado mojados en miel.

—Échale las cáscaras de los huevos al cerdo —ordenó a Bolívar—. Está muerto de hambre.

—Me tiene sin cuidado —contestó Bolívar, tragando azúcar morena teñida de café, a cucharadas—. Me encuentro mal.

—Te estás repitiendo, Bol —le reprendió Augustus—. Si estás pensando en morirte hoy, espero que primero te caves la fosa.

Bolívar le miró apesadumbrado. Tanta palabrería por la mañana le producía dolor de cabeza, que se sumaba a sus temblores.

—Si cavo una fosa, será la suya —afirmó.

—¿Te vas de rastreo, Dish? —preguntó Newt, esperando llevar la conversación hacia cosas más alegres.

—Eso espero.

—Sería necesaria una sierra para cortar estos huevos —protestó Call—. He visto ladrillos más blandos.

—Verás, Bol les ha echado café por encima —dijo Augustus—. Supongo que sería café fuerte.

Call terminó sus pétreos huevos y miró a Dish. Era alto y desgarbado, y un buen jinete. Con cinco o seis más como él podrían organizar un buen rebaño y llevarlo hacia el Norte. Hacía un año o más que acariciaba esta idea. Incluso se lo había dicho a Augustus, que se limitó a reírse de él.

—Somos demasiado viejos, Call. Se nos ha olvidado todo lo que deberíamos saber.

—Puede que tú sí, pero yo no.

Al ver a Dish, Call volvió a recordar la idea. No quería terminar su vida cavando pozos y reparando graneros. Si reunían una buena manada y la trataban bien, podrían ganar lo suficiente para comprar buena tierra al norte del monte bajo.

—¿Te has comprometido para ir con alguien? —preguntó a Dish.

—No, todavía no. Pero lo he hecho antes y creo que el señor Pierce volverá a contratarme… y si no él, algún otro.

—Podríamos darte trabajo aquí mismo —ofreció Call.

La propuesta llamó la atención de Augustus.

—¿Darle trabajo aquí? —preguntó—. Dish es un gran elemento. No le interesa el trabajo de a pie, ¿verdad, Dish?

—La verdad es que no —respondió Dish mirando al capitán, más pensando en Lorena—. Pero lo he hecho alguna vez. ¿En qué pensaba?

—Bueno, para empezar, esta noche vamos a México —explicó Call—. Vamos a ver lo que encontramos. Podríamos reunir un buen rebaño, si no te importa esperar un día o dos mientras le echamos un vistazo.

—Ese mordisco de la yegua te ha vuelto loco —dijo Augustus—. Reunir un rebaño, y luego qué.

—Llevarlo —contestó Call.

—Claro, supongo que podríamos llevarlo a Pickles Gap —rezongó Augustus —. Este no es suficiente trabajo para ocupar a un hombre como Dish durante el verano.

Call se levantó y llevó sus platos al fregadero. Bolívar, cansado, dejó su taburete y se fue en busca de agua.

—Me gustaría que Deets ya hubiera vuelto —rezongó.

Deets era un negro; llevaba con Call y Augustus casi tanto tiempo como Pea Eye. Hacía tres días que le habían enviado a San Antonio para depositar dinero, una táctica que siempre empleaba Call porque pocos bandidos podrían sospechar que llevara dinero encima.

Bolívar lo echaba en falta porque uno de los trabajos de Deets era traer agua.

—Estará de vuelta mañana —dijo Call—. Deets es siempre puntual.

—Tú puedes estar seguro de Deets —observó Augustus—. Yo no. El viejo Deets es humano. Si alguna vez tropezara con una dama negra, deberías poner tu reloj en hora un par o tres de veces antes de que apareciera. Es como yo. Sabe que hay ciertas cosas más importantes que el trabajo.

Bolívar contempló el cubo de agua con irritación.

—Me gustaría llenar este cubo de agujeros.

—No creo que le dieras al cubo ni aunque estuvieras sentado encima de él. Te he visto disparar —comentó Augustus—. No eres el peor que he conocido, que sería Jack Jennell, pero eres el que más se le parece. Jack se arruinó como

cazador de búfalos más deprisa que nadie. No hubiera acertado ni aunque el búfalo se lo hubiera tragado.

Bolívar salió con el cubo con expresión de que tardaría en volver.

Mientras tanto, Dish reflexionaba. Se había propuesto salir después del desayuno y regresar a Matagorda, donde le esperaba un trabajo seguro. El equipo de Hat Creek no era conocido como rastreador de ganado, pero el capitán Call no era hombre que hablara porque sí. Si tenía idea de llevar ganado, probablemente lo haría. Además, estaba Lorena, que podría verle bajo un aspecto distinto si podía pasar cierto tiempo con ella durante unos días. Naturalmente, pasar tiempo con ella sería caro, y él no tenía un céntimo, pero si corría la voz de que trabajaba para Hat Creek probablemente conseguiría algún pequeño crédito.

Una cosa de la que Dish se enorgullecía era su habilidad conduciendo un coche ligero. Y se le ocurrió que, puesto que Lorena parecía pasar parte del tiempo encerrada en el « Dry Bean» , a lo mejor le gustaría un paseo junto al río en un coche elegante, si es que tal cosa podía encontrarse en Lonesome Dove. Se levantó y llevó su plato al fregadero.

—Capitán, si lo dice en serio, me encantaría quedarme un día o dos.

El capitán ya había salido al porche y miraba hacia el Norte, al camino que llevaba entre matorrales a San Antonio. El camino era recto durante bastante trecho, hasta llegar al primer barranco, y el capitán Call tenía los ojos fijos en él. No pareció haber oído las palabras de Dish, aunque solo estaba a unos pocos pasos de distancia. Dish salió al porche para ver qué era lo que distraía al capitán. En el camino, a lo lejos, podía verse a dos jinetes acercándose, pero estaban tan lejos aún que era imposible reconocerlos. A veces, el calor del camino producía una bruma temblorosa que hacía que parecieran un solo jinete. Dish forzó la vista pero sus ojos no podían detectar nada especial en los jinetes. En cambio el capitán no había movido la cabeza desde que aparecieron.

—Gus, ven aquí —llamó el capitán.

Augustus estaba ocupado rebañando su plato, un trabajo que requería varios bollos más.

—Estoy comiendo —dijo, aunque era obvio.

—Sal a ver quién viene —insistió tranquilamente el capitán.

—Si es Deets, mi reloj ya está en hora. En todo caso no creo que se haya cambiado de ropa, y si tengo que ver sus viejas y negras rodillas asomando por las viejas colchas que utiliza como pantalones, seguro que me fastidia la digestión.

—Desde luego que es Deets —insistió Call—. Pero no viene solo.

—Bueno, siempre ha deseado casarse. Imagino que por fin ha encontrado la dama negra a la que me refería.

—No ha tropezado con ninguna dama —dijo Call algo exasperado—. Lo que

ha encontrado es a un viejo amigo nuestro. Si no vienes ahora mismo a mirar, tendré que arrastrarte.

Augustus casi había terminado con los bollos. Tuvo que emplear el dedo para recoger la última gota de miel, que resultaba tan dulce chupada del dedo como comida con unos buenos bollos.

—Newt, ¿sabías que la miel es el alimento más puro del mundo? —preguntó poniéndose en pie.

Newt había oído tantos comentarios sobre el tema que ya sabía, más que la mayoría de la gente, las propiedades de la miel. Se apresuró a llevar su plato al fregadero, más lleno de curiosidad que el señor Gus por saber a quien había podido encontrar Deets.

—Sí, señor, a mí también me gusta —respondió para cortar el tema de la miel.

Augustus venía a un paso del muchacho, chupándose el dedo. Miró hacia el camino para ver lo que tanto excitaba a Call. Se acercaban dos jinetes; el de la izquierda indudablemente era Deets, sobre el gran caballo blanco llamado *Wishbone*. El otro jinete montaba uno bayo; enseguida lo reconoció. El jinete parecía inclinarse un poco en la silla, hacia un costado, algo que solo era peculiar de un hombre conocido. Augustus se sorprendió tanto que sin darse cuenta se pasó los dedos pegajosos por el pelo.

—¡Pero si es Jake Spoon! —exclamó.

6

El nombre sacudió a Newt como un golpe. Jake Spoon significaba mucho para él. De niño, cuando su madre aún vivía, Jake Spoon era el hombre que la visitaba con mayor frecuencia. Al repasar sus recuerdos, le había empezado a quedar claro que su madre había sido una puta, como Lorena, pero este descubrimiento no deslucía sus recuerdos y menos aún los que tenía de Jake Spoon. Ningún hombre había sido más bondadoso con él ni con su madre, que se llamaba Maggie. Jake le había dado caramelos y algún dinero, y le había sentado sobre un caballo, y le había hecho cabalgar por primera vez; incluso había encargado al viejo Jesús, el zapatero, que le hiciera su primer par de botas; y una vez, cuando Jake ganó una silla de señora en una partida, se la regaló a Newt y le hizo recortar los estribos a su medida.

Aquellos eran los tiempos anteriores al establecimiento del orden en Lonesome Dove, cuando el capitán Call y Augustus aún eran *rangers*, con responsabilidades que les llevaban arriba y abajo de la frontera. Jake Spoon también era un *ranger*, y a los ojos de Newt el más elegante de todos. Siempre llevaba una pistola de culata de nácar y montaba un caballo andador, más cómodo para cabalgar, en opinión de Jake. Los peligros de su profesión no parecían hacerle mella.

Pero después los combates cesaron gradualmente a lo largo de la frontera y el capitán, el señor Gus, Pea Eye y Deets dejaron la profesión y formaron el equipo de Hat Creek. Pero la vida tranquila no pareció interesar a Jake, y un buen día se marchó. A nadie le sorprendió, aunque la madre de Newt lo sintió tanto que durante cierto tiempo le dio una paliza cada vez que le preguntaba cuándo volvería Jake. Las palizas no tenían nada que ver con él, sino con la decepción de su madre por la marcha de Jake.

Newt dejó de preguntar por Jake, pero no dejó de recordarle. Un año después su madre murió de unas fiebres; el capitán y Augustus se lo llevaron a casa, aunque primero lo discutieron. Al principio Newt echaba tanto en falta a su madre que no le importaban las discusiones. Tanto su madre como Jake se habían ido y las discusiones no iban a devolverlos.

Pero una vez pasado el peor dolor y cuando empezó a ganarse la vida en Hat Creek haciendo todos los recados que el capitán le encomendaba, solía

rememorar los días en que Jake Spoon iba a ver a su madre. Incluso le parecía que Jake podía ser su padre, aunque todos le decían que su nombre era Newt Dobbs y no Newt Spoon. No entendía por qué Dobbs y por qué todo el mundo estaba tan seguro, ya que nadie en Lonesome Dove parecía saber nada del tal señor Dobbs. No se le había ocurrido preguntárselo a su madre mientras vivía. Los apellidos se usaban poco en Lonesome Dove y no se daba cuenta de que el apellido procedía del padre. Incluso el señor Gus, que hablaba de todo, no parecía saber nada del señor Dobbs.

—Marchó al Oeste cuando no debía —fue el único comentario que le sacó.

Newt no pidió nunca al capitán Call que ampliara dicha información. El capitán prefería decir lo que deseaba que se supiera. En el fondo de su corazón, Newt no creía en el señor Dobbs. Tenía algunas cosas que su madre había dejado; solo unas cuentas y peinetas y un pequeño álbum de recortes con fotos sacadas de alguna revista que el señor Gus había tenido la bondad de guardarle. Pero no había nada sobre el señor Dobbs ni ninguna foto suya entre las fotos, aunque sí había un dibujo borroso de su abuelo, el padre de Maggie, que vivía en Alabama.

Si no existía el tal señor Dobbs, como sospechaba, o si solo había sido un caballero, de paso por la pensión donde vivía con su madre, entonces Jake Spoon podía ser su verdadero padre. Quizá nadie le había informado de ello porque consideraban más correcto que lo hiciera el propio Jake cuando regresara.

Newt siempre había creído que Jack regresaría. De tanto en tanto llegaban noticias suyas traídas por los rastreadores. Se decía que era agente del orden público en Ogallala, o que buscaba oro en las Black Hills. Newt no tenía idea de dónde estaban las Black Hills ni de qué había que hacer para encontrar oro en ellas, pero una de las razones por las que suspiraba por ir al Norte con un rebaño de vacas era la esperanza de encontrarse con Jake en alguna parte del camino. Naturalmente quería llevar un arma y ser un gran vaquero y disfrutar de la aventura del camino. Quizás incluso verían búfalos, aunque sabía que quedaban pocos. Pero bajo todas sus esperanzas estaba el viejo anhelo, el que podía seguir oculto meses y años y seguir tan vivo como un dolor de muelas: la necesidad de ver a Jake Spoon.

Y ahora este hombre cabalgaba hacia ellos, al lado mismo de Deets, sobre un caballo tan bonito como el que había cabalgado diez años atrás. Newt se olvidó de Dish Boggett, cuyos movimientos se había propuesto observar. Antes de que los dos jinetes estuvieran cerca, Newt pudo ver perfectamente los grandes dientes blancos de Deets destacando de su negro rostro porque había ido a realizar un trabajo de rutina y volvía orgulloso con Jake. No lanzó a su caballo a galope hasta el porche ni hizo ninguna otra tontería, pero incluso a distancia era obvio que Deets se sentía feliz.

Pronto los caballos levantaron polvo del patio de las carretas y al momento

estuvieron los dos allí. Jake llevaba una chaqueta marrón y un sombrero marrón y aún conservaba su pistola de culata de nácar. Deets seguía sonriendo. Cabalgaron hasta el porche de atrás antes de dejar las riendas. Era obvio que Jake venía de muy lejos porque su caballo bayo ya no tenía carne.

Los ojos de Jake eran de color café y lucía un bigotito. Primero les miró por encima y después inició una lenta sonrisa.

—Hola, muchachos. ¿Qué hay para desayunar?

—Pues bollos y restos de grasa, Jake —dijo Augustus—. Lo habitual. Lo único que pasa es que no lo serviremos hasta dentro de veinticuatro horas. Espero que te hayas comido un hígado de búfalo o una pata de venado para poder esperar.

—¡Gus, no me digas que ya habéis comido! —exclamó Jake saltando del caballo—. Hemos cabalgado toda la noche y Deets no sabía hablar de otra cosa que del buen sabor de los bollos que haces.

—Mientras vosotros hablabais de los bollos, Gus se los iba comiendo —dijo Call. Él y Jake se estrecharon las manos, contemplándose.

Jake dirigió una mirada a Deets:

—Hubiéramos debido telegrafiar desde Pickles Gap. —Se volvió sonriente y estrechó la mano de Gus.

—Siempre has sido un erizo, Gus —dijo Jake.

—Y tú llegabas siempre tarde a las comidas —le recordó Augustus.

Pea Eye se empeñó entonces en darle la mano, aunque a Jake nunca le había caído muy bien.

—Has estado mucho tiempo fuera —comentó.

Mientras se saludaban, Jake se fijó en el muchacho que estaba de pie junto a un vaquero largirucho con un enorme bigote.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. ¿Eres el pequeño Newt? ¡Hay que ver lo que has crecido!

Newt se sentía tan feliz que casi no podía hablar.

—Soy yo, Jake. Todavía estoy aquí.

—¿Qué le parece, capitán? —preguntó Deets, entregando los papeles del Banco a Call—. He encontrado al hijo pródigo, ¿sí o no?

—Le has encontrado, y me juego cualquier cosa a que no estaba en la iglesia.

Deets se echó a reír.

—En la iglesia no estaba, desde luego.

Jake fue presentado a Dish Boggett, pero cuando le hubo estrechado la mano se volvió a mirar de nuevo a Newt, como si el hecho de que hubiera crecido fuera lo que más le sorprendiera de Lonesome Dove.

Augustus miró al caballo bayo y comentó:

—Vaya, Jake, has dejado al caballo en los huesos.

—Dale bien de comer, Deets —ordenó Call—. A juzgar por lo que veo hace tiempo que no lo ha hecho.

Deets se llevó a los caballos al granero sin tejado. Era cierto que se había hecho los pantalones de unas colchas viejas, por razones que nadie había conseguido averiguar. Por alegres que fueran, el tejido acolchado no era el mejor material para cabalgar entre mezquites y chaparros. Las espinas habían desgarrado los pantalones por varios sitios y asomaba el relleno de algodón, Deets se cubría la cabeza con un viejo gorro de caballería que había encontrado por alguna parte y que estaba en casi tan mal estado como el bombín de Lippy.

—¿No tenía ya este gorro cuando me fui? —preguntó Jake. Se quitó el sombrero y se sacudió el polvo de los pantalones con él. Tenía el cabello negro y rizado, pero Newt descubrió sorprendido una buena calva en la parte alta de la cabeza.

—Me parece recordar que encontró el gorro en los años cincuenta —observó Augustus—. Ya sabes, Deets es como yo. No abandona una pieza de ropa solo porque esté un poco vieja. No todos podemos ser tan elegantes como tú, Jake.

Jake dirigió sus ojos color café hacia Augustus y volvió a sonreír:

—¿Cuánto tardarías en preparar otra hornada de bollos? Vengo de Arkansas sin haber podido probar un buen pedazo de pan.

—A juzgar por el aspecto de tu caballo has venido rápido —comentó Call sin ánimo de fisgonear. Había cabalgado con Jake Spoon durante unos veinte años, y le gustaba; pero en el fondo le había preocupado un poco. No había hombre más simpático en el Oeste, ni mejor jinete tampoco; pero cabalgar no lo era todo, ni la simpatía tampoco. Algo no encajaba en Jake. Algo carecía de consistencia. Podía ser el hombre más frío de la compañía en un combate, y en el siguiente no servir para nada.

Augustus también lo sabía. Confiaba en Jake y le había seguido teniendo afecto aunque durante varios años fueron rivales por culpa de Clara Allen, que finalmente les dejó. Pero Augustus, había observado, lo mismo que Call, que carecía de nervio. Cuando dejó los *rangers*, Augustus dijo más de una vez que probablemente terminaría ahorcado. Hasta el momento no había ocurrido, pero llegar a la hora del desayuno sobre un caballo agotado indicaba problemas. Jake se sentía orgulloso de sus caballos y nunca cabalgaría sobre alguno hasta agotarlo, como había hecho con el bayo, si no tenía algún problema.

Jake vio a Bolívar llegar de la vieja cisterna con un cubo lleno de agua. Bolívar era una cara nueva, y una cara que no se interesaba por su llegada. Un poco de agua fresca se derramaba por los bordes del cubo, haciéndola aún más apetecible a un hombre con la boca tan seca como la de Jake.

—Muchachos, cómo me apetece un trago e incluso un buen baño si podéis permitíroslo. La suerte me ha venido un poco de culo últimamente, pero me gustaría tragar suficiente agua para por lo menos poder escupir antes de contaros mi historia.

—Naturalmente —asintió Augustus—. Llena la jofaina. ¿Quieres que nos

quedemos aquí y mantengamos a raya al *sheriff*?

—No habrá *sheriff* —aseguró Jake entrando en la casa.

Dish Boggett se sentía un poco perdido. Se había mostrado dispuesto a dejarse contratar y de pronto aparecía este hombre y todo el mundo se olvidaba de él. El capitán Call, un hombre conocido por su dedicación al negocio, parecía un poco inquieto. Él y Gus estaban allí como si esperaran la llegada del *sheriff* con un destacamento pese a lo que había dicho Jake Spoon.

Newt también lo observó. El señor Gus debería entrar y cocinar algo para Jake, pero no se movía, pensando evidentemente en alguna otra cosa. Deets volvía de las dependencias. Dish se decidió por fin a hablar:

—Capitán, como le he dicho, estoy dispuesto a esperar si se propone organizar un rebaño.

El capitán le miró desconcertado como si se hubiera olvidado de quién era y de qué estaba haciendo allí. Pero no era este el caso.

—Pues claro, Dish —le dijo—. Vamos a necesitar ayuda, si no te importa trabajar un poco en el pozo mientras esperas. Pea, mejor que te lleves a los chicos para que empiecen.

Dish estuvo a punto de renunciar en aquel momento. Había ganado el máximo sueldo durante dos años sin que nunca le pidieran algo que no pudiera hacerse a caballo. El capitán se mostraba insensible al pensar que podía mandarle hacer algo, con un muchacho y un viejo idiota como Pea Eye, con el pico y la pala durante todo el día. Hería su amor propio y sintió el impulso de ir a buscar su caballo y dejarles con su pozo. Pero el capitán le miraba fijamente y cuando Dish levantó la vista para decir que había cambiado de idea, sus ojos se encontraron y Dish no dijo nada. No se habían intercambiado promesas ni se había hablado de sueldos, pero Dish comprendió que había ido demasiado lejos. El capitán le miraba directamente a los ojos, como para comprobar si mantendría la palabra o se escurriría como un pez y cambiaría de idea. Dish solo se había ofrecido a quedarse por causa de Lorie, pero de pronto todo había ido más allá. Pea y Newt ya se dirigían hacia el granero. Era obvio por la actitud del capitán, que a menos que deseara perder su reputación, nadie le quitaría por lo menos un día de trabajo en el pozo.

Le pareció que debería decir algo que salvara su amor propio, pero antes de que se le ocurriera nada, Gus se le acercó y le dio una palmada en el hombro, diciendo socarrón:

—Dish, hubieras debido salir anoche al galope —le sonrió—. Ahora ya nunca vas a perder de vista a este equipo.

—Bueno, usted fue el que me invitó —protestó Dish con fastidio. Y como no podía hacer nada si no quería desprestigiarse, se dirigió hacia el granero.

—Si fueras a China dejarías de cavar —le gritó Augustus—. Es el país donde los hombres llevan coleta.

—En tu lugar yo no me burlaría de él —aconsejó Call—. Podemos necesitarle.

—Yo no le he enviado a cavar un pozo —dijo Augustus—. ¿No te das cuenta de que es un insulto a su dignidad? Me ha sorprendido que fuera. Creía que Dish tenía más valentía.

—Dijo que se quedaba. No voy a darle de comer tres veces al día para que se siente a jugar a las cartas contigo.

—Ya no es necesario. Ahora tengo a Jake. Apuesto a que no le metes en tu pozo.

En aquel momento salió Jake al porche, con las mangas de la camisa remangadas y la cara roja de tanto frotársela con un trozo de saco viejo que les servía de toalla.

—Ese viejo pistolero ha estado limpiando su arma con esta toalla —protestó Jake—. Está mugrienta.

—Si solo fuera su rifle lo que limpia con ella no deberías quejarte, pero puede que se seque cosas peores.

—¿Es que no os laváis nunca? —preguntó Jake—. Ese mejicano viejo ni siquiera me quería dar un cazo de agua.

Este era el tipo de observación que a Call le quitaba la paciencia, pero se trataba de Jake, más interesado en cuestiones de detalle que en asuntos importantes.

—Cuando te marchaste tú, nuestras normas decayeron —hizo notar Augustus —. La mayoría de este equipo no está interesado por los refinamientos.

—Es evidente. Hay un maldito cerdo sentado en el porche de atrás. ¿Qué pasa con los bollos?

—Por mucho que te haya echado en falta, no voy a trabajar la masa solo porque tú y Deets no conseguisteis llegar a tiempo —dijo Augustus—. Lo único que puedo hacer es freír un poco de carne.

Jake y Deets comieron la carne mientras Bolívar permanecía sentado en un rincón, enfurruñado, pensando en los dos platos de más que tendría que lavar. A Augustus le divertía ver comer a Jake —por lo remilgado— pero a Call el espectáculo le puso de un humor de perros. Jake era capaz de pasarse veinte minutos con unos huevos con jamón. Para Augustus estaba claro que Call trataba de ser correcto dejando que Jake comiera algo antes de contar su historia, pero Call no era hombre paciente y había frenado su impulso de irse a trabajar más de lo habitual. Estaba que mordía contemplando desde la puerta el cielo que se iba aclarando.

—¿Así que dónde has estado, Jake? —preguntó Augustus para acelerar las cosas.

Jake parecía pensativo, como casi siempre. Sus ojos color café parecía que siempre estaban viajando apaciblemente por escenas de su pasado, y daban la

impresión de que era un hombre apesadumbrado, una impresión que atraía a las mujeres. A Augustus le fastidiaba un poco el que las mujeres se interesaran tanto por los grandes ojos de Jake. La verdad es que Jake había vivido una vida perfecta, haciendo lo que le venía en gana y manteniendo sus botas limpias; lo que sus grandes ojos ocultaban era un cerebro lento. Jake pasaba la vida soñando, y además le salía bien.

—He estado recorriendo el país. Llegué hasta Montana hace dos años. Supongo que eso fue lo que me decidió a regresar, aunque hace años que intentaba volver por aquí para veros.

Call volvió a la habitación y se sentó a horcajadas en una silla, dispuesto a escuchar.

—¿Qué tiene que ver Montana con nosotros? —le preguntó.

—Call, tendría que verlo. No hay país más bonito.

—¿Hasta dónde llegaste? —le preguntó Augustus.

—Muy arriba, pasado Yellowstone. Estuve cerca de Milk River. Desde allí se puede oler Canadá.

—Imagino que también se pueden oler indios —observó Call—. ¿Cómo pudiste pasar entre los cheyenne?

—Se los llevaron a casi todos. Algunos de los blackfeet siguen molestando. Pero estaba con el Ejército, haciendo de explorador.

Era algo que no tenía sentido. Jake Spoon podría explorar una mesa de juego, pero Montana era algo distinto.

—¿Desde cuándo te dedicas a explorar? —preguntó Call.

—Estaba con un tipo que llevaba carne a los blackfeet —explicó Jake—. El Ejército vino a ayudarnos.

—Poca ayuda podía prestar el Ejército, conduciendo reses —observó Gus.

—Nos ayudaron a conservar la cabellera —contestó Jake dejando pulcramente el tenedor y el cuchillo en el plato, como si estuviera comiendo en una mesa bien puesta.

—Mi trabajo consistía en apartar los búfalos de nuestro camino.

—¿Búfalos? —exclamó Augustus—. Yo pensaba que habían desaparecido.

—Debo haber visto unos cincuenta mil, pasado Yellowstone. Los malditos cazadores de búfalos no tienen agallas para atacar a los indios. Acabarán con ellos cuando los cheyenne y los sioux se rindan, y quizá ya lo hayan hecho desde que me fui. Los malditos indios disponen de toda la hierba de Montana para ellos. Y hay hierba abundante. Call, deberías verla.

—Iría hoy mismo si pudiera volar —rezongó Call.

—Mejor ir andando —dijo Augustus—. Si vamos andando, cuando lleguemos ya habrán terminado con los indios.

—Precisamente, muchachos. En cuanto estén eliminados se podrá hacer fortuna en Montana. Es tierra de pastos como nunca habéis visto, Call. Hierba

tupida y mucha agua.

—Pero hace fresquito, ¿verdad? —preguntó Augustus.

—Bueno, tiene su clima —respondió Jake—. Pero un hombre se puede poner un abrigo.

—O mejor aún, un hombre se puede quedar en casa —observó Augustus.

—Aún no he visto una fortuna hecha en casa —dijo Call—. Excepto si eres banquero, y no somos banqueros. ¿En qué habías pensado, Jake?

—En reunir algo de ganado y llevarlo hacia arriba. Adelantarnos a todos los demás hijos de puta y hacernos ricos enseguida.

Augustus y Call se miraron. Era curioso oír estas palabras en boca de Jake Spoon, que nunca se había distinguido por su ambición, y menos aún por su amor a las vacas. Putas bonitas, caballos y cantidad de camisas limpias habían sido sus máximas exigencias en la vida.

—Pero Jake, ¿quién te ha reformado? —preguntó Gus—. Nunca has sido un cazador de fortunas.

—Vivir con las vacas de aquí hasta Montana sería un cambio de costumbres para ti, si no me equivoco —comentó Call.

Jake les dirigió su perezosa sonrisa.

—Muchachos, me tenéis por más vago de lo que soy. No me gusta la mierda de vaca ni el polvo del camino, lo confieso, pero he visto algo que vosotros no habéis visto: Montana. El hecho de que me guste jugar a las cartas no quiere decir que me impida oler una oportunidad cuando la tengo bajo mis narices. Pero si ni siquiera tenéis un granero con tejado… Tengo la impresión de que os costaría moveros.

—¡Hay que ver cómo eres, Jake! Estamos aquí sin haberte visto ni olido en diez años y de pronto apareces y quieres que recojamos los bártulos y que vayamos hacia el Norte para que nos arranquen la cabellera.

—Bueno, Gus: Call y yo ya estamos medio calvos —protestó Jake—. Tu cabellera es la única que les interesaría.

—Razón de más para no llevarla a una tierra hostil —dijo Augustus—. ¿Por qué no te tranquilizas y juegas conmigo unos días? Entonces, cuando te haya ganado todo el dinero hablaremos de viajar.

Jake afiló un fósforo de madera y empezó a limpiarse metódicamente los dientes.

—Para cuando me dejes sin blanca, todo Montana estará ocupado. No pierdo con facilidad.

—¿Y qué me dices del caballo? —preguntó Call—. No lo habrás agotado solo para venir a ayudarnos a ganar la carrera hacia Montana. ¿Qué es esto de que últimamente tienes la suerte en contra?

Jake pareció aún más apesadumbrado mientras seguía hurgándose los dientes.

—He matado a un dentista. Fue un puro accidente, pero lo maté.

—¿Dónde ocurrió? —preguntó Call.

—En Fort Smith, en Arkansas. No hace ni tres semanas.

—Vaya, siempre dije que ser dentista era una profesión peligrosa —observó Augustus—. Ganarse la vida arrancando los dientes a la gente es buscarse problemas.

—Ni siquiera me arrancaba los dientes. Ni sabía que hubiera un dentista en el pueblo. Tuve una pequeña discusión en un *saloon* y un maldito mulatero me encañonó. Un viejo rifle de algún cazador de búfalos estaba apoyado en la pared junto a mí, y lo agarré. Veréis, estaba sentado sobre mi propia pistola…, no hubiera podido sacarla a tiempo. Ni siquiera jugaba a las cartas con el mulatero.

—Entonces, ¿qué le sulfuró? —preguntó Augustus.

—*Whisky*. Estaba borracho perdido. Antes de que pudiera darme cuenta, le cogió manía a mi ropa y sacó su « Colt» .

—En primer lugar no sé por qué fuiste a Arkansas, Jake —razonó Augustus—. Un presumido como tú tiene que provocar comentarios por esos lugares.

Con los años, Call había descubierto que solo podía creerse la mitad de lo que decía Jake. Jake no era un embustero descarado, pero tan pronto como reflexionaba sobre algo su imaginación se desataba y lo arreglaba todo en beneficio propio.

—Si el hombre te encañonó y tú le mataste, fue en defensa propia —dijo Call —. No veo bien dónde entra el dentista.

—Fue pura mala suerte. Ni siquiera llegué a disparar contra el muletero. Disparé, claro, pero no le di, aunque bastó para asustarle. Naturalmente utilicé el maldito rifle para búfalos. Era un pobre *saloon* de tabla, y la tabla no detiene una bala de calibre cincuenta.

—Ni un dentista tampoco —dijo Augustus—. A menos que le dispares desde arriba e incluso así me temo que la bala le saldría por los pies.

Call meneó la cabeza. A Augustus se le ocurría cada cosa…

—Entonces, ¿dónde estaba el dentista? —preguntó.

—Iba andando por el otro lado de la calle, y en este pueblo tienen las calles anchas.

—Pero no lo bastante por lo que veo —observó Call.

—No. Fuimos a la puerta para ver cómo salía corriendo el mulatero y vimos al dentista caído en el suelo, muerto, a cincuenta metros de distancia. Había conseguido pasar por el lugar preciso en el momento inoportuno.

—A Pea le ocurrió lo mismo una vez. ¿Te acuerdas, Woodrow? —preguntó Augustus—. Arriba, en Wichita. Pea disparó a un lobo y falló y la bala fue por encima de la colina y mató a uno de nuestros caballos.

—Se me había olvidado —asintió Call—. Mató al pequeño *Billy*. Sentí perder aquel caballo.

—No hubo modo de convencer a Pea de que lo había hecho él —explicó

Augustus—. No entiende de trayectorias.

—Pues yo sí. En el pueblo todo el mundo quería al dentista.

—Bueno, Jake, esto no me lo creo. A nadie le gustan los dentistas.

—Es que este era el alcalde —aclaró Jake.

—Bueno, pero fue muerte accidental —insistió Call.

—Sí, pero yo soy un jugador. A todos los de Arkansas les gusta creer que son respetables. Además, el hermano del dentista era el *sheriff* y alguien le había dicho que yo era un pistolero. Una semana antes de lo ocurrido me había invitado a abandonar el pueblo.

Call suspiró. La historia del pistolero había nacido con un tiro casual disparado cuando era muy joven y empezaba a estar con los *rangers*. Era curioso cómo un solo disparo podía determinar la reputación de un hombre. Era un disparo hecho desde la cadera porque estaba muy asustado y mató a un bandido mejicano que galopaba hacia ellos, a ciegas. En opinión de Call, y también de Augustus, Jake ni siquiera había disparado al bandido. Probablemente disparó con la intención de darle al caballo, que habría caído sobre el bandido lisiándole un poco. Pero Jake disparó sin mirar, desde la cadera, con el sol en los ojos además, y acertó al bandido exactamente en plena nuez, algo que no suele ocurrir más que una vez en la vida, si es que ocurre.

Pero la mala suerte de Jake fue que la mayoría de los hombres que le vieron disparar eran tan jóvenes como él, sin suficiente discernimiento para comprender que había sido una cuestión de suerte. Los que sobrevivieron y se hicieron hombres contaron la historia por todo el Oeste, de modo que apenas había un hombre desde México a Canadá que no se hubiera enterado de lo buen tirador de pistola que era Jake Spoon, aunque cualquiera que hubiera combatido junto a él sabía que era malo con la pistola y solo mediano con un rifle.

A Call y a Augustus siempre les preocupó la injusta reputación de Jake, pero era un hombre afortunado y había pocos tipos lo suficientemente idiotas como para disfrutar con combates a pistola, así que Jake se había ido defendiendo. Era una ironía del Destino que el disparo que le había producido problemas fuera un accidente tan grande como aquel otro que le había dado la fama.

—¿Cómo te deshiciste del *sheriff*? —preguntó Call.

—Estaba fuera cuando ocurrió. Se encontraba en Missouri, declarando contra unos ladrones de diligencia. Ni siquiera sé si ya ha vuelto a Fort Smith.

—Ni en Arkansas te habrían ahorcado por un accidente —le recordó Call.

—Soy un jugador, pero esta partida no quería jugarla. Salí por la puerta trasera con la esperanza de que July estuviera demasiado ocupado para perseguirme.

—¿July, es el *sheriff*? —preguntó Gus.

—Sí. July Johnson. Es joven, pero decidido. Solo deseo que esté ocupado.

—No comprendo por qué un defensor de la Ley iba a querer a un dentista por

hermano —insistió Augustus distraído.

—Si te advirtió que abandonaras el pueblo, debiste hacerlo —dijo Call—. Hay otros muchos sitios además de Fort Smith.

—Jake probablemente tendría una chica —sugirió Augustus—. Suele hacerlo.

—Mira quién habla… —terció Jake.

Todos permanecieron en silencio un buen rato mientras Jake se iba escarbando cuidadosamente los dientes con el fósforo afilado. Bolívar dormía profundamente, sentado en su taburete.

—Hubiera debido seguir adelante, Call. Pero Fort Smith es muy bonito. Está junto al río y a mí me gusta ver correr un río junto a mí. Allí comen barbos. Era un pueblo que le sentaba bien a mis dientes.

—Me gustaría ver la cara del pescado que podría retenerme en un sitio donde no me quisieran —afirmó Call. Jake siempre había tenido excusas para todo.

—Eso es lo que le diremos al *sheriff* cuando llegue para llevarte preso —observó Augustus—. Puede que te lleve a pescar mientras esperas a que te ahorquen.

Jake dejó pasar el comentario. Gus siempre estaba bromeando, y él y Call siempre desaprobaban que se metiera en líos. Siempre había sido así. Pero los tres aún seguían siendo compañeros, por más dentistas que se hubiera cargado. Call y Gus habían sido la Ley y no siempre la habían servido y acatado. Seguro que no permitirían que un *sheriff* jovenzuelo se lo llevara para ahorcarle por culpa de un accidente. Aceptaba de buen grado que se metieran con él. Pero cuando llegara el momento, si llegaba, los muchachos se unirían y July Johnson tendría que volver grupas con las manos vacías.

Se puso en pie y se dirigió a la puerta para contemplar el pueblecito caliente y polvoriento.

—Yo dudaba de encontraros aquí. Pensé que a esas alturas ya tendríais un gran rancho por alguna parte. Este pueblo no valía veinticinco centavos cuando llegamos, y ahora parece que haya perdido quince desde entonces. ¿Quién queda que yo conozca?

—Xavier y Lippy —contestó Augustus—. Thérèse se mató, loado sea Dios. Quedan algunos de los muchachos, pero no sé cuáles. Tom Bynum se fue.

—Era de esperar —comentó Jake—. Dios cuida de los tontos como Tom.

—¿Qué sabes de Clara? —preguntó Augustus—. Supongo que como has recorrido mundo habrás ido a verla. Imagino que te habrás dejado caer casualmente para la cena.

Call se puso en pie para marcharse. Había oído lo suficiente para saber por qué había vuelto Jake, y no estaba dispuesto a malgastar el día oyéndole presumir de viajes o escuchando sus comentarios sobre Clara Allen. Había oído mucho sobre Clara cuando tanto Gus como Jake la pretendían. Se había sentido feliz cuando ella se casó, pero la cosa no había terminado, y escuchar a Gus

nostálgico era casi tan desagradable como oírlos discutir por ella. Ahora, con Jake de vuelta, todo volvería a empezar, aunque Clara Allen llevaba más de quince años casada.

Deets se levantó cuando lo hizo Call, dispuesto para trabajar. No había dicho palabra mientras comía, pero era obvio que estaba muy orgulloso por ser él quien primero había visto a Jake.

—Bueno, no estamos de vacaciones —observó Call—. Hay trabajo que hacer. Yo y Deets iremos a ver si podemos ayudar a los muchachos.

—Este Newt me ha sorprendido. Pensaba que todavía era un chaval. ¿Sigue Maggie aquí?

—Maggie murió hace nueve años —dijo Augustus—, cuando apenas habías pasado la colina.

—Vaya. Eso quiere decir que hace nueve años que tenéis al pequeño Newt con vosotros.

Siguió un largo silencio, en el que solo Augustus se encontró cómodo. A Deets le pareció tan incómodo que pasó por delante del capitán y salió de la casa.

—Pues sí, Jake. Está con nosotros desde que murió Maggie.

—Vaya —repitió Jake.

—Fue tan solo un acto cristiano. Quedárnoslo, quiero decir. Después de todo, es más que probable que uno de vosotros sea su padre —observó Gus.

Call se puso el sombrero, recogió el rifle y les dejó conversando.

7

Jake Spoon estaba en la puerta de la casa, mirando cómo Deets y Call se dirigían al granero. Había estado esperando volver a casa desde el momento mismo en que se asomó a la puerta del *saloon* y vio al muerto caído en el barro al otro lado de la calle principal de Fort Smith, pero ahora que había vuelto a casa, pensó en lo difíciles que podían ponérseles las cosas si Call no estaba de buen humor.

—Los pantalones de Deets son un desastre, ¿no crees? —comentó—. Me parece que solía vestir mejor.

Augustus rio entre dientes.

—Solía vestir peor —dijo—. Recuerda aquel abrigo de piel de cordero que tuvo quince años. No podías acercarte a cinco pasos de él sin que los piojos te saltaran encima. Fue por el abrigo por lo que le hicimos dormir en el granero. Yo no soy remilgado, salvo cuando se trata de piojos.

—¿Y qué fue de él?

—Lo quemé —admitió Augustus—. Lo hice un verano en que Deets se había ido de viaje con Call. Le conté que un cazador de búfalos se lo había robado. Deets estaba dispuesto a seguirle el rastro y recuperar su abrigo, pero le hice desistir.

—Era su abrigo —dijo Jake—. Lo encuentro natural.

—Pero Deets no lo necesitaba. Aquí no hace frío. Deets se había aficionado a él porque hacía mucho tiempo que lo tenía. ¿Te acuerdas dónde lo encontramos? ¿No venías tú también?

—Puede que estuviera con vosotros, pero no me acuerdo —dijo Jake y encendió un cigarrillo.

—Encontramos el abrigo en una cabaña abandonada arriba, en el Brazos —dijo Augustus—. Imagino que los colonos que salieron corriendo pensaron que era demasiado pesado para llevarlo. Pesaba tanto como un cordero, y por eso Call se lo regaló a Deets. Era el único de nosotros capaz de llevarlo todo el día. ¿No lo recuerdas, Jake? Era por la época en que tuvimos aquella escaramuza en Fort Phantom Hill.

—Recuerdo la escaramuza, pero lo demás me resulta borroso. Imagino que lo único que hacéis vosotros es sentaros y hablar de los viejos tiempos. Yo todavía

soy joven, Gus. Tengo que ganarme la vida.

En realidad, lo que recordaba era que tenía miedo siempre que cruzaba el Brazos, porque solo eran diez o doce y no había razón para no suponer que podían tropezar con un centenar de comanches o kiowas. Hubiera sido feliz dejando de ser *ranger* si hubiera sabido cómo hacerlo sin que pareciera mal, pero no había medio. Al final sobrevivió a doce ataques indios y muchas escaramuzas con bandidos, para acabar metiéndose en líos en Fort Smith, el pueblo más seguro que se pueda imaginar.

Ahora que había vuelto se acordaba de Maggie, que siempre le amenazaba con morirse si la dejaba. Por supuesto, había creído que era una chiquillada, el tipo de cosas que dicen todas las mujeres cuando tratan de retener a un hombre. Jake había oído lo mismo a lo largo de todo el camino, en San Antonio, Fort Worth, Abilene, Dodge, Ogallala, Miles City…, palabras de las prostitutas que pretendían estar enamoradas. Pero Maggie había muerto realmente, cuando él solo pensó que cambiaría de pueblo. Era un triste recuerdo al volver a casa, aunque por lo que sabía, Call aún lo había hecho mucho peor que él.

—Jake, observo que no me has contestado sobre Clara —protestó Augustus—. Si fuiste a visitarla me gustaría que me lo contaras, aunque te envidie.

—Bueno, no tienes mucho que envidiarme. Solo la vi un minuto, frente a una tienda en Ogallala. El maldito Bob estaba con ella, así que solo pude tocarme el sombrero y decir buenos días.

—Jake, te juro que creía que eras más valiente. Viven en Nebraska, ¿verdad?

—Sí, en el North Platte. Él es el mayor tratante de caballos del territorio. El Ejército le compra casi todos los caballos, el Ejército que hay por allá, y el Ejército gasta muchos caballos. Yo diría que es muy rico.

—¿Tienen hijos? —preguntó Augustus.

—Creo que dos niñas. Oí decir que los chicos murieron. Bob no estuvo demasiado amable…, ni siquiera me invitaron a cenar.

—Incluso el tonto de Bob tiene juicio suficiente para mantener a gente como tú lejos de Clara. ¿Qué tal estaba?

—¿Clara? No tan bonita como antes.

—Supongo que la vida es dura en Nebraska —comentó Gus.

Durante unos minutos, ni uno ni otro tuvo nada que decir. Jake encontraba de mal gusto que Gus hablara de Clara, una mujer por la que ya no sentía ninguna simpatía desde que le había dejado para casarse con un idiota tratante de caballos de Kentucky. Incluso si se la hubiera quedado Gus, no habría sido un golpe tan duro porque Gus había sido su novio antes de que él la conociera.

Augustus sentía su propio dolor. Se sentía molesto sobre todo porque Jake había visto a Clara, mientras que él debía conformarse con chismes ocasionales. A los dieciséis años había sido tan bonita que quitaba el aliento…, y también lista, como pronto demostró, después de que sus padres murieran en la gran incursión

de los indios en el 56, la peor en aquella parte del país. Clara asistía a la escuela en San Antonio, pero regresó inmediatamente a Austin y se ocupó de la tienda de sus padres; los indios habían intentado incendiarla, pero por alguna razón el fuego no prendió.

Augustus creyó poder conquistarla aquel año, pero él estaba casado con su segunda esposa y cuando esta murió, Clara se había vuelto tan independiente que no resultaba nada fácil conquistarla.

En realidad resultó imposible. No quiso saber nada de él ni de Jake, y en cambio, se casó con Bob Allen, un hombre tan tonto que no podía cruzar una puerta sin golpearse la cabeza. No tardaron en irse al Norte; desde entonces Augustus mantenía el oído alerta para enterarse de si había enviudado. No quería nada malo para Clara, pero negociar con caballos en tierra de indios era arriesgado. Si Bob sufría una muerte temprana, como otros habían sufrido, quería ser el primero en ofrecer su ayuda a la viuda.

—Ese Bob Allen es un hombre con suerte —observó—. He conocido a comerciantes de caballos que no duraron ni un año.

—Tú también eres un comerciante de caballos —le dijo Jake—. Os habéis encallado aquí. Debisteis de ir hacia el Norte hace tiempo. En el Norte aún quedan infinidad de oportunidades.

—Puede que sí, Jake, pero lo único que has hecho tú es matar a un dentista. Por lo menos nosotros no hemos cometido crímenes ridículos.

Jake sonrió.

—¿Tienes algo de beber por aquí? O estás todo el santo día sentado con la garganta seca…

—Se emborracha —afirmó Bolívar, despertando de pronto.

—Vamos a dar una vuelta —sugirió Augustus poniéndose en pie—. A este hombre no le gusta ver gente sentada, en su cocina, sin hacer nada, después de cierta hora.

Salieron al calor de la mañana. El cielo estaba ya blanco. Bolívar les siguió fuera, recogiendo un lazo de cuero que guardaba sobre un montón de leña junto al porche. Le observaron dirigirse hacia el chaparral, con el lazo en la mano.

—El viejo pistolero no es muy correcto —observó Jake—. ¿Adónde va con ese lazo?

—No se lo he preguntado —respondió Augustus.

Caminaron hacia el barracón, que por una vez estaba libre de serpientes de cascabel. Le divirtió pensar en lo cabreado que se pondría Call cuando al llegar a mediodía les encontrara borrachos. Pasó la jarra a Jake, ya que este era el invitado. Jake bebió un trago moderado.

—Ahora, si dispusiéramos de una sombra para bebernos esto, nos pondríamos en plena forma —dijo Jake—. Supongo que no habrá ninguna puta en el pueblo, ¿verdad?

—Eres un bribón —comentó Augustus quitándole la jarra—. ¿Eres tan rico que esto es lo único en lo que puedes pensar?

—Se puede pensar en esto, rico o pobre.

Se agacharon a la sombra del barracón, con la espalda apoyada en el adobe, que todavía estaba fresco por un lado porque el sol no le pegaba aún. Augustus no vio la necesidad de mencionar a Lorena, porque sabía que Jake no tardaría en descubrirla por sus propios medios y probablemente a la semana ya la tendría enamorada de él. La inoportunidad del pobre Dish Boggett le hizo sonreír, porque era seguro que el regreso de Jake condenaría cualquier posibilidad que Dish hubiera podido tener. Dish se había comprometido a cavar un pozo por nada, porque cuando se trataba de enamorar mujeres, Jake no tenía rival. Sus grandes ojos las convencían de que sin ellas estaría perdido, y ninguna quería que se perdiera.

Mientras estaban agachados junto al barracón, los cerdos se acercaron a husmear en busca de algo que comer. Pero en el patio no había ni un saltamontes. Se detuvieron y contemplaron a Augustus.

—Iros al *saloon* —les dijo—. A lo mejor encontráis el sombrero de Lippy.

—La gente que tiene cerdos vale poco más que los granjeros —dijo Jake—. Tú y Call me sorprendéis. Pensé que cuando dejarais de ser guardianes de la Ley, por lo menos os haríais ganaderos.

—Pues yo pensé que ya serías el dueño de un ferrocarril —replicó Augustus —. O de una casa de putas, por lo menos. Supongo que la vida ha sido una decepción para los dos.

—Puedo no tener fortuna, pero nunca he dirigido la palabra a un cerdo —protestó Jake.

Ahora que estaba en casa y otra vez con sus amigos, empezaba a sentir sueño. Después de unos cuantos tragos y de un poco más de conversación, se echó tan pegado como pudo al barracón para disponer de sombra el mayor tiempo posible. Levantó el codo y echó otro trago.

—¿Cómo es posible que Call te permita estar sentado y bebiendo esto todo el día? —preguntó.

—Call nunca ha sido mi jefe. El que yo beba no es cosa suya.

Jake dejó vagar la mirada por los esmirriados pastos. Había matas de hierba aquí y allá, pero la tierra parecía sobre todo dura como pizarra. Oleadas de calor se alzaban de ella como vapores de petróleo. Algo se movió en su campo de visión y por un momento creyó ver un extraño animal pardo bajo una mata del chaparral. Al fijarse un poco más se dio cuenta de que era el trasero desnudo del mejicano.

—Oye, ¿por qué se ha llevado el lazo si lo único que quería era cagar? ¿De dónde sacasteis a este tipo grasiento?

—Mantenemos una residencia benéfica para criminales retirados —le

respondió Augustus—. Si te retiras podrás solicitar plaza.

—Maldita sea, se me había olvidado lo feo que es este país. Si hubiera mercado para carne de serpiente, estoy seguro de que este sería el punto ideal para enriquecerse.

Después de estas palabras se cubrió la cara con el sombrero y a los dos minutos roncaba dulcemente. Augustus devolvió la jarra al barracón. Pensó que mientras Jake durmiera podría ir a visitar a Lorie; una vez bajo el hechizo de Jake, este seguramente le exigiría que suspendiera momentáneamente sus actividades profesionales.

Augustus contempló filosóficamente la perspectiva; sabía por experiencia que las relaciones entre un hombre y una mujer estaban invariablemente sujetas a interrupción, a veces de naturaleza más duradera de lo que Jake Spoon era capaz de provocar.

Dejó a Jake durmiendo y bajó andando por el centro de Hat Creek. Al pasar por los corrales, vio a Dish dando vueltas al torno para subir un cubo de tierra del nuevo pozo. Call estaba en el solar trabajando con la *Mala Bestia*. La había amarrado a un poste y la abanicaba con la manta de la silla. Dish estaba tan empapado como si acabara de salir del abrevadero del caballo. Había sudado a través de la cinta del sombrero e incluso del cinturón.

—Dish, estás empapado —dijo Augustus—. Si hubiera un pozo por aquí, pensaría que te habías caído en él.

—Si supieran ustedes beber sudor no necesitarían un pozo —replicó Dish. Augustus tuvo la impresión de que el tono no había sido amistoso.

—Considéralo así, Dish —dijo Augustus—. Trabajando de este modo estás ganando el cielo.

—Al infierno con el cielo —masculló Dish.

Augustus sonrió:

—Verás, la Biblia solo te pide el sudor de la frente. Tú sudas incluso por la hebilla del cinturón, Dish. Esto te pondrá a bien con los serafines.

El comentario se perdió para Dish, que lamentaba amargamente su tontería en dejarse arrastrar a tan indigno trabajo. Augustus estaba allí riéndose de él porque el espectáculo de un hombre sudando era la cosa más divertida del mundo.

—Debería echarle al agujero de una patada —saltó Dish—. Si no me hubiera prestado aquel dinero ahora estaría a mitad de camino de Matagorda.

Augustus se acercó a la valla para ver cómo Call trabajaba a la yegua. En aquel momento se disponía a echarle la silla sobre el lomo. La había atado corta, pero ella seguía con la mirada puesta de tal modo que pudiera vigilarle por si se descuidaba.

—Deberías vendarle los ojos —le aconsejó Augustus—. Pensaba que lo sabrías.

—No la quiero con los ojos vendados.

—Si los tuviera vendados, la próxima vez en lugar de morderte a ti mordería el poste.

Call la obligó a aceptar la manta y levantó la silla. Tal como estaba atada, no podía morderle, pero tenía sueltas las patas traseras. Se mantuvo cerca de su lomo mientras se disponía a echarle la montura. La yegua le soltó una coz. No le alcanzó a él, pero sí a la montura, que casi le quitó de las manos. Call volvió a arrimarse al lomo de la yegua y dispuso de nuevo la montura.

—¿Te acuerdas de aquel caballo que arrancó todos los dedos del pie del viejo…? Los del pie izquierdo, quiero decir. El viejo se llamaba Harwell. Fue a la guerra y le mataron en Vicksburg. Después de perder los dedos del pie, ya no valió gran cosa. Naturalmente, el caballo que se los arrancó tenía una cabeza como una calabaza. No creo que una yegua pequeña como esta pueda arrancarte cinco dedos de un solo bocado.

Call dejó la silla encima de ella, pero tan pronto como los estribos rozaron su vientre la yegua se alzó tan alto como pudo y la montura voló a veinte pasos de distancia. Augustus soltó una carcajada. Call fue al granero y volvió con una cuerda de cuero.

—Si quieres que te ayude no tienes más que decírmelo —ofreció Augustus.

—No necesito tu ayuda.

—Call, no aprenderás nunca. Hay infinidad de caballos dóciles en el mundo. ¿Por qué un hombre con tu responsabilidad se empeña en malgastar su tiempo con una yegua a la que se tiene que atar y vendar los ojos antes de que se la pueda echar la silla encima?

Call le ignoró. Al momento la yegua levantó la pata trasera con la sana intención de cocear lo que estuviera más cerca. Él le cogió el pie con la cuerda de cuero amarrándolo al poste. Esto dejaba a la yegua con solo tres patas, de modo que no podía cocear sin caerse. La bestia se le quedó mirando por el rabillo del ojo, temblando un poco de indignación, pero aceptó la silla.

—¿Por qué no haces tratos con Jake? Si no le ahorcan podría enseñarle el paso de andadura.

Call dejó la yegua ensillada, amarrada y sobre tres patas, y se acercó a la valla para fumar un poco y dejar que la yegua considerara la situación.

—¿Dónde está Jake? —preguntó.

—Echando un sueñecito —respondió Augustus—. Imagino que la inquietud lo ha agotado.

—No ha cambiado nada —comentó Call—. Nada de nada.

Augustus se echó a reír.

—¡Mira quién habla! ¿Cuándo fue la última vez que cambiaste? Debió ser antes de que nos conociéramos y eso fue hace treinta años.

—Fíjate cómo nos mira. —En efecto, la yegua les miraba, incluso tenía las

orejas apuntándoles.

—Yo no me lo tomaría como un cumplido. No es que nos mire porque te ame…

—Di lo que quieras —objetó Call—, pero nunca he visto a una yegua tan inteligente.

Augustus volvió a reírse.

—Ah, eso es lo que buscas, ¿verdad? Inteligencia. Tú y yo, tenemos ideas opuestas sobre las cosas. Es de las criaturas inteligentes de las que debes desconfiar. No importa que sean caballos, mujeres o indios. Aprendí hace mucho tiempo que hay mucho que decir en favor de los tontos. Un caballo tonto puede meterse en un agujero de vez en cuando, pero por lo menos puedes volverle la espalda sin miedo a perder un trozo de carne.

—Yo prefiero que mis caballos no se metan en agujeros. ¿Crees realmente que alguien persigue a Jake?

—Es difícil de saber. Jake ha sido siempre muy asustadizo. Ha visto más indios que resultaron ser matas de salvia que ningún hombre que conozca.

—Un dentista muerto no es una mata de salvia —observó Call.

—No…, en este caso el factor desconocido es el *sheriff*. A lo mejor no le gustaba su hermano. A lo mejor cualquier forajido se lo cargará antes de que pueda perseguir a Jake. A lo mejor se perderá y aparecerá en Washington D. C. O quizás aparezca mañana y nos elimine a todos. Yo no apostaría mi dinero.

Guardaron silencio un buen rato. Solo se oía el chirrido del malacate mientras Dish subía otro cubo de tierra.

—¿Por qué no vamos al Norte? —preguntó Call, cogiendo a Augustus por sorpresa.

—Pues, no lo sé. Nunca lo he pensado y hasta ahora tampoco tú lo habías pensado. Creo que somos algo viejos para ir a luchar contra los indios.

—No creo que haya muchos —afirmó Call—. Ya has oído a Jake. Es lo mismo allá que aquí. Los indios no tardarán en ser barridos. Y cuando Jake ve el país sabe si es bueno. Parece como si fuera el paraíso de los ganaderos.

—No, lo que parece es una maldita inmensidad perdida —dijo Augustus—. Ni siquiera hay una casa donde podamos ir. He dormido más que suficientemente sobre el suelo, para toda una vida. Ahora lo único que deseo es un poco de civilización. No necesito ni óperas ni tranvías, pero disfruto con una cama decente y un buen techo para protegerme del tiempo.

—Dijo que se podía hacer fortuna —continuó Call—. Es evidente que está en lo cierto. Alguien tiene que colonizar aquello y conseguir la tierra. Supón que lleguemos primero. Podríamos comprarte cuarenta camas.

Lo que sorprendía a Augustus no era lo que sugería Call, sino cómo lo decía. Durante años Call había contemplado la vida como si ya hubiera terminado. Call jamás había sido un hombre que pudiera pensar en muchas razones para ser

feliz, pero había sido alguien que sabía lo que quería. Y lo que quería era que se hiciera lo que necesitaba ser hecho, y lo que necesitaba ser hecho era simple, si no fácil. Los colonos de Texas necesitaban protegerse de los indios por el Norte y de los bandidos por el Sur. Como *ranger*, Call había tenido una tarea que encajaba con él y había realizado su trabajo con un vigor que para otro hombre hubiera parecido felicidad.

Pero el trabajo se acabó. En el Sur solo fue cuestión de proteger los rebaños de los ricos, como el capitán King o Shanghai Pierce, que entre ambos tenían más ganado del que nadie pudiera necesitar. Por el Norte, el Ejército se había encargado de combatir a los comanches una vez fuera los *rangers*, y casi había acabado con ellos. Él y Call, que carecían de rango o *status* militar, no fueron bien recibidos por el Ejército, con fuertes a lo largo de toda la frontera noroccidental; los independientes *rangers* interferían siempre con el Ejército, o viceversa. Cuando empezó la Guerra Civil, el propio gobernador les llamó y les pidió que no abandonaran. Con tantos hombres bajo las armas, se necesitaba por lo menos un escuadrón de *rangers* de confianza para mantener la paz en la frontera.

Fue este destino lo que les llevó a Lonesome Dove. Después de la guerra nació el mercado de ganado, y todos los grandes terratenientes del sur de Texas empezaron a reunir ganado y a llevarlo hacia el Norte, a los ferrocarriles de Kansas. Cuando el ganado se convirtió en el objetivo y el país se llenó de vaqueros y ganaderos, él y Call dejaron finalmente de ser *rangers*. No les costaba nada cruzar el río y traerse unos centenares de cabezas cada vez, y vendérselas a los negociantes que eran demasiado perezosos para entrar en México. Prosperaron en pequeña escala; tenían bastante dinero en su cuenta de San Antonio y podían considerarse ricos, si esto les hubiera interesado. Pero no era así; Augustus sabía que nada de la vida que vivían le interesaba especialmente a Call. Tenían dinero para comprar tierra, pero no lo hicieron, aunque todavía podía conseguirse mucha tierra por muy poco dinero.

Cuando Augustus reflexionaba sobre ello comprendía que habían vagabundeado demasiado. Eran gente de a caballo, no de ciudad; en eso se parecían más a los comanches de lo que Call hubiera querido admitir. Llevaban más de diez años en Lonesome Dove y lo poco que habían adquirido tenía tan poco valor que a ninguno de los dos le hubiera dolido nada ensillar y largarse.

A decir verdad, a Augustus le parecía que esto era lo que ambos habían creído siempre que ocurriría. No pertenecían a la casta de los colonos. Él y Call hablaban de vez en cuando de irse hacia el oeste de Pecos y hacer de *rangers* allí; pero hasta el momento los pocos colonos no habían desafiado a los apaches, así que no se necesitaban *rangers*.

Augustus no había esperado que Call se diera por satisfecho dedicándose a

traer ganado mejicano, pero tampoco había contado con que de pronto decidiera irse a Montana. Era evidente que la idea se había apoderado de él.

—Te diré lo que vas a hacer, Call. Tú, Deets y Pea os vais a Montana y construís una casita bien cómoda con una buena chimenea y una cama por lo menos, que me esté esperando para cuando yo llegue. Después echáis a los últimos cheyenne, a los blackfeet y a cualquier sioux que os parezca turbulento. Una vez hecho esto, yo, Jake y Newt reuniremos el ganado y nos encontraremos en Powder River.

Call parecía casi divertido.

—Me gustaría ver el ganado que reuniríais tú y Jake. Quizás un rebaño de putas.

—Tengo la seguridad de que sería una bendición si pudiéramos llevar un rebaño de estas características hacia arriba. Imagino que en todo el territorio aún no hay una mujer decente.

De pronto se le ocurrió la idea de que no se podía llegar a Montana sin cruzar el Platte, y Clara vivía en el Platte. Con o sin Bob Allen, le invitaría a cenar aunque solo fuera para presumir de hijas. Las noticias de Jake podían ser atrasadas. Quizás incluso había dejado a su marido desde que Jake pasó por allí. En todo caso, a los maridos se les ha engañado no pocas veces en la historia del mundo, aunque solo sea para poner un plato más en la mesa para un viejo rival. Estos pensamientos le hicieron ver todo el proyecto desde una perspectiva más atractiva.

—¿A qué distancia crees que queda Montana, Call?

Call miró por encima del llano polvoriento, como si calculara con la vista la sucesión de llanuras que se extendían hasta más allá de lo que se oía hablar a los hombres. Aquella mañana, Jake había mencionado Milk River, un río del que nunca había oído hablar. Conocía el país bien y nunca se había perdido en él, pero el país que conocía bien terminaba en el río Arkansas. Había conocido a hombres que hablaban del Yellowstone como si fuera el límite del mundo; incluso Kit Carson, al que había visto en dos ocasiones, no le había hablado de lo que había al norte de aquello.

Entonces su memoria retrocedió al campamento que años atrás habían montado en Brazos, como un capitán del Ejército; había un explorador de Delaware con él y este había ido más lejos que cualquier hombre conocido, hasta el mismo nacimiento del Missouri.

—¿Te acuerdas de Black Beaver, Gus? Él nos diría lo lejos que está.

—Me acuerdo. Para mí siempre fue un misterio cómo un indio de piernas tan cortas podía recorrer tanto terreno.

—Él aseguraba que había recorrido desde Columbia a Río Grande —dijo Call —. Esto me parece que es conocer mucho país.

—Verás, era un indio. No tenía que ir estableciendo la ley y el orden y hacer

el país seguro para los banqueros y los maestros de escuela dominical, como nosotros. Supongo que es por esto por lo que estás dispuesto a ir hasta Montana. Quieres establecer unos cuantos Bancos más.

—Me ofendes —dijo Call—. Yo no soy banquero.

—No, pero has hecho muchos favores a muchos banqueros. Eso es lo que hemos hecho, ¿sabes? Matar a los malditos indios para que no molestaran a los banqueros.

—Molestaban a más gente que a los banqueros —recalcó Call.

—Sí, abogados, médicos, periodistas y todo tipo de viajeros.

—Por no hablar de mujeres y niños —añadió Call—. Y de los simples colonos.

—Es que las mujeres, los niños y los colonos son carne de cañón para los abogados y banqueros —comentó Augustus—. Forman parte del esquema. Cuando los indios matan a bastantes de ellos, se alza el clamor popular y entonces vamos y quitamos a los indios de en medio. Si siguen apareciendo, el Ejército se hace cargo y elimina muchos más. Finalmente el Ejército consigue acorralarlos a donde se les pueda encerrar, a una reserva, y entonces los banqueros y abogados aparecen de nuevo y ponen en marcha la civilización. Cada Banco de Texas debería pagarnos una comisión por el trabajo que hemos hecho. Si no fuera por este trabajo, todos los banqueros seguirían en Georgia, viviendo de ensalada de polvo y hojas de nabo.

—No sé por qué aguantaste tanto tiempo si pensabas de este modo —dijo Call —. Debiste volver a tu casa y enseñar en la escuela.

—Nada de eso. Yo quería ver el país antes de que los banqueros y los abogados se lo quedaran.

—Bueno, pero aún no han llegado a Montana.

—Si vamos nos irán detrás. Los primeros que lleguen te contratarán para que ahorques a todos los ladrones de caballos y a los indios que aún tengan ánimos, y tú lo harás y el lugar quedará civilizado. Entonces no sabrás qué hacer con tu tiempo, tal como te ha ocurrido en estos últimos diez años.

—No soy un niño —protestó Call—. Antes de que ocurra todo esto estaré muerto. En todo caso, no voy allí a establecer la Ley. Voy a llevar ganado. Jake ha dicho que es un paraíso para los ganaderos.

—Tú no eres un ganadero, Call. Ni yo tampoco. Si montáramos un rancho, no sé quién podría hacerse cargo.

A Call le pareció que la yegua ya llevaba demasiado tiempo sobre tres patas, y que había hablado suficientemente con Gus. A veces Gus decía cosas extrañas. Había matado tantos indios como cualquier *ranger*, y había sido testigo de tantas matanzas suyas que uno imaginaba que sabía lo que hacía y por qué; no obstante, cuando hablaba parecía estar de su parte.

—En cuanto al rancho —añadió—, el muchacho podría hacerse cargo. Ya es

casi un hombre.

Augustus reflexionó un momento, como si nunca se le hubiera ocurrido semejante idea.

—Pues tal vez sí, Call. Creo que podría llevarlo si tú le dejaras y él se lo propusiera.

—No sé por qué no iba a querer hacerlo —dijo Call, y se acercó a la yegua.

8

A media tarde hacía tanto calor que nadie podía ni pensar. Por lo menos Newt no podía, y los demás hombres tampoco parecían estar haciéndolo deprisa. Lo único que se les ocurría discutir era sobre si hacía más calor abajo cavando en el pozo, o arriba, al sol, manejando el torno. Abajo, en el pozo, trabajaban todos tan juntos y sudaban tanto que prácticamente formaban una niebla, mientras que arriba, bajo el sol, la niebla no era problema. Newt se ponía nervioso en el pozo, sobre todo si Pea estaba con él, porque cuando Pea empezaba a utilizar la barra no siempre miraba dónde pinchaba y una vez casi se la clavó en el pie a Newt. A partir de entonces Newt trabajaba con las piernas separadas para apartar los pies de la trayectoria del pincho.

Estaban trabajando a tope cuando el capitán llegó galopando, después de haber hecho sudar a la yegua, llevándola unas veinte millas a lo largo del río. La trajo hasta el borde del pozo.

—Hola, muchachos —les dijo—. ¿Ha empezado a salir agua?

—Ha empezado —respondió Dish—. Me han salido unos cuatro litros del cuerpo.

—Ya puedes dar gracias de estar sano —replicó Call—. Un hombre que no pudiera sudar moriría con este calor.

—¿No querrá deshacerse de esta yegua? —preguntó Dish—. Me gusta la pinta que tiene.

—No eres el único. Creo que me la voy a quedar. Muchachos, podéis descansar un poco. Esta noche tenemos que ir a México.

Todos se sentaron en el callejón, junto al granero, donde había un poco de sombra. En cuanto estuvieron sentados, Deets empezó a remendarse los pantalones. Guardaba una aguja gruesa e hilo gordo en una caja de puros en el cobertizo de las monturas, y cuando tenía un momento libre lo aprovechaba para sacar la aguja y remendarse los pantalones. Tenía cabeza lanuda y la estopa empezaba a volverse gris.

—Si estuviera en tu lugar tiraría estos pantalones —le dijo Dish—. Si quieres hacértelos de colcha, sería mejor que te buscaras una nueva.

—No, señor —protestó Deets—. Estos pantalones tienen que durar.

Newt estaba un poco nervioso. El capitán no le había separado de los demás

cuando les dijo que podían descansar. Eso quizá quisiera decir que por fin iba a ir a México. Por otra parte estaba dentro del pozo y el capitán podía haberse olvidado de él.

—Pues me interesa esta yegua —repitió Dish mirando al capitán, que quitaba la montura.

—No veo por qué —dijo Pea—. Ayer por poco mata al capitán. Le arrancó un pedazo de carne del tamaño de mi pie.

Todos miraron los pies de Pea, que tenían el tamaño y la forma de un par de palas.

—Eso no puede ser —objetó Dish—. Toda su cabeza no tiene el tamaño de tu pie.

—Si el pedazo te lo hubiera arrancado a ti lo habrías encontrado grande —dijo Pea tranquilamente.

Después de recuperar el aliento Dish sacó su cuchillo de la funda y preguntó si alguien quería jugar a lanzarlo. Newt también tenía un cuchillo y aceptó el reto. El juego consistía en lanzar los cuchillos de diferentes maneras y clavarlo en el suelo. Dish ganó y Newt tuvo que sacar un cuchillo del suelo con los dientes. Dish lo había hundido tanto que Newt tuvo que ensuciarse la nariz hasta que por fin lo sacó.

El espectáculo divirtió horrores a Pea.

—Bueno, Newt, si se nos rompe la barra podrás terminar de cavar el pozo con tu nariz.

Mientras seguían descansando y ensayando nuevos lanzamientos, oyeron ruidos de caballos y vieron acercarse al trote a dos jinetes desde el Este.

—¿Quién puede ser? —preguntó Pea Eye—. Es una hora un poco rara para ir de visita.

—Pues si no es el viejo Juan Cortina, serán probablemente una pareja de ladrones de Bancos —comentó Dish, refiriéndose al ladrón mejicano de ganado, que, al sur del río, era considerado un verdadero héroe debido al éxito de sus incursiones contra los tejanos.

—No, no es el Cortina —dijo Pea Eye observando los jinetes—. Siempre monta un caballo tordo.

A Dish le costaba creer que alguien fuera tan tonto como para creer que Juan Cortina iba a cabalgar hasta Lonesome Dove acompañado de un solo hombre.

Los dos hombres se detuvieron al final de los cercados para leer el letrero que Augustus había puesto en la entrada cuando se organizó el equipo Hat Creek. Lo único que Call quería que figurara en el letrero era simplemente «Cuadras Hat Creek», pero a Augustus no se le pudo convencer porque le parecía mucho mejor que figuraran sus nombres. Call solo quería poner el nombre y hacer que la gente se enterara de que había una cuadra disponible, pero Augustus lo consideró demasiado sencillo; se puso manos a la obra y encontró una puerta que

había volado de alguna bodega, quizás arrancada por el mismo viento que se había llevado su tejado. Clavó la puerta en una esquina de los corrales frente al camino, para que lo primero que vieran los viajeros al entrar en el pueblo fuera el letrero. Al final él y Call estuvieron mucho tiempo discutiendo sobre lo que se iba a poner en el letrero. Call se disgustó y acabó por desentenderse del proyecto.

Eso llenó de alegría a Augustus, que se consideraba la única persona de Lonesome Dove con suficiente talento literario para escribir un letrero. Cuando el tiempo era bueno iba a sentarse a la sombra del letrero y pensaba en la forma de mejorarlo, y durante los dos o tres años que siguieron a su colocación le puso tantos añadidos al original que toda la superficie de la puerta estaba prácticamente cubierta.

Al principio fue parco y solo escribió el nombre de la sociedad «Compañía de Ganado Hat Creek y Emporio Caballar», pero esto en sí creaba controversia. Call pretendía que nadie, ni siquiera él, sabía qué era un Emporio pese a todos los esfuerzos de Augustus por explicárselo. Lo único que Call sabía era que no regían uno, ni lo quería, fuera lo que fuera, y que era imposible que aquello encajara con una compañía ganadera.

No obstante, Augustus se salió con la suya y «Emporio» figuró en el letrero. Lo puso sobre todo porque quería que los viajeros supieran que al menos había una persona en Lonesome Dove que conocía la ortografía de ciertas palabras.

Luego puso su nombre y el de Call, el suyo primero porque era dos años mayor y entendía que había que honrar la antigüedad. A Call le tenía sin cuidado. Su orgullo iba en otras direcciones. En todo caso no tardó en aborrecer tanto el letrero que casi hubiera preferido que su nombre no figurara en él.

En cambio, Pea Eye, deseaba con toda el alma que figurara su nombre, así que un año Augustus se lo escribió como regalo de Navidad. Naturalmente, Pea no sabía leer, pero podía ver y en cuanto localizó su nombre no tardó en indicárselo a todo el que pareciera interesado. Ya se lo había señalado a Dish, que no estaba especialmente interesado. Desgraciadamente hacía tres décadas que nadie había llamado a Pea algo más que Pea, y ni siquiera Call, que había sido el que lo aceptó en los *rangers*, podía acordarse de su verdadero nombre, aunque sabía que el apellido era Parker.

Para no avergonzarle, Augustus había escrito «P. E. Parker, Ayudante». Hubiera preferido poner Herrero, puesto que Pea era un estupendo herrador y un mediocre conductor de ganado, pero Pea Eye pensaba que podía cabalgar tan bien como otro cualquiera y no deseaba que se le asociara públicamente con un oficio inferior.

Newt comprendía que era demasiado joven para tener su nombre en el cartel y jamás sugirió a nadie la posibilidad de ponerlo, aunque le hubiera hecho feliz que alguien lo sugiriera por él. Nadie lo hizo, pero como Deets había tenido que esperar casi cuatro años antes de que apareciera su nombre en el letrero, Newt

también se resignó a esperar.

Por supuesto, a Augustus no se le había ocurrido inscribir a Deets por ser negro. Pero cuando se añadió el nombre de Pea hubo mucha discusión y por entonces hizo gala de un tremendo mal humor, contrario a su modo de ser y desconcertante para Call. Deets había cabalgado junto a él durante años, arrostrando peligros, sobre un país tan árido que más de una vez tuvieron que matar un caballo para poder comer, y durante todos aquellos años Deets había servido de buen humor. Y de pronto, por causa del letrero, se puso hosco y se quedó así hasta que Augustus le descubrió mirando anhelante el poste y lo comprendió todo. Cuando Augustus le dijo a Call lo que pensaba, este se puso furioso:

—El maldito letrero es la ruina del equipo. —Sabía que Augustus era vanidoso, pero jamás hubiera sospechado que Deets y Pea también lo fueran.

Naturalmente, Augustus estaba encantado de añadir el nombre de Deets, aunque como en el caso de Pea se presentaban ciertos problemas. No podía escribir sencillamente «Deets» en el letrero. Deets tampoco sabía leer, pero podía ver que su nombre era excesivamente corto comparado con los de los demás. Por lo menos era corto en comparación con los que ya figuraban en el letrero, y Deets quería saber por qué.

—Verás, Deets, tú solo tienes un nombre —le explicó Augustus—. La mayoría tiene dos. A lo mejor tú también tienes dos y se te ha olvidado uno de ellos.

Deets estuvo pensando durante uno o dos días, pero no recordaba que hubiera tenido otro nombre, y Call tampoco lo recordaba. Augustus empezó a pensar que el letrero creaba más problemas que otra cosa, pues costaba mucho complacer a todos. La única solución era pensar en otro nombre que añadir a Deets, pero mientras se debatían diversas posibilidades, a Deets se le aclaró la memoria.

—Josh —exclamó una noche después de cenar, ante la sorpresa de todo el mundo—. Soy Josh. ¿Puede añadirlo, señor Gus?

—Josh es el diminutivo de Joshua —indicó Augustus—. Puedo escribir uno u otro. Pero Joshua es más largo.

—Escriba el más largo —le rogó Deets—. Estoy demasiado ocupado para un nombre corto.

Esto no tenía sentido, ni tampoco pudieron conseguir que Deets especificara cómo había logrado recordar que Josh era su otro nombre. Augustus escribió en el letrero «Deets, Joshua», porque ya había escrito «Deets». Por suerte la vanidad de Deets no llegó a necesitar un título, aunque Augustus estuvo tentado de escribirle como profeta. Hubiera completado el «Joshua», pero a Call casi le dio un ataque cuando lo mencionó.

—Vas a conseguir que seamos el hazmerreír de todo el país —protestó Call—. Imagina que alguien se acercara a Deets y le pidiera una profecía.

Al propio Deets le pareció una idea divertida:

—Pero podría hacerlo, capitán. Podría profetizar calor y podría profetizar sequía y podría cobrarles diez centavos.

Una vez distribuidos los nombres, el resto del letrero fue coser y cantar. Había dos categorías: cosas para alquiler y cosas para vender. Podían alquilarse caballos y coches, por lo menos caballos y una calesa de muelles, sin muelles, que habían comprado a Xavier Wanz después de que Thérèse, su mujer, se estrellara con ella. Para vender, Augustus puso reses y caballos. Pensándolo mejor, añadió: « No se venden ni compran burros ni cabras» , porque las cabras le hacían perder la paciencia y a Call no le gustaban los burros. Luego se le ocurrió añadir: « No alquilamos cerdos» , lo cual provocó otra discusión con Call.

—Cuando lean esto creerán que nos hemos vuelto locos. Nadie en su sano juicio querría alquilar un cerdo. ¿Qué harías tú con un cerdo cuando lo hubieras alquilado?

—Pues hay muchas cosas útiles que los cerdos pueden hacer —explicó Augustus—. Pueden limpiar de serpientes la bodega, si alguien tiene bodega. O pueden secar los charcos de barro. Pon unos cuantos cerdos en un charco de barro y dentro de poco el charco habrá desaparecido.

Era un día de mucho calor y Call estaba cubierto de sudor.

—Si yo pudiera encontrar algo tan fresco como un charco de barro, también me revolcaría en él —dijo.

—De todos modos, Call, un letrero es una especie de llamada. Debería hacer que un hombre se detuviera a considerar qué es lo que espera de la vida en los próximos días.

—Y si piensa que desea alquilar un cerdo, no es el tipo de hombre que yo quiero como cliente.

La observación sobre cerdos terminaba el letrero a satisfacción de Augustus, de momento por lo menos, pero después de transcurridos uno o dos años, pensó que si terminara con una cita latina todo cobraría mayor dignidad. Tenía un viejo manual de latín que había pertenecido a su padre; estaba hecho trizas porque llevaba años en el fondo de sus alforjas. Al final tenía unas páginas de citas y Augustus se pasó muchas horas mirándolas, tratando de decidir cuál quedaría mejor al pie del letrero. Por desgracia las frases no habían sido traducidas, quizá porque se suponía que cuando los estudiantes llegaran al final sabrían leer en latín. Augustus solo tenía un vago conocimiento del idioma y no disponía de una verdadera oportunidad para mejorarlo; una ocasión en que se encontró metido en una tormenta de hielo en la llanura, arrancó varias páginas de gramática para encender un fuego. Se había salvado de congelarse, pero a costa de la mayor parte de la gramática y del vocabulario; lo que quedaba no le valía de gran cosa para traducir las citas del final del libro. No obstante, tenía la opinión de que el latín era sobre todo para verse, así que se dedicó a mirar las citas para encontrar

una que tuviera buen aspecto. La que eligió fue *Uva uvam vivendo varia fit*, que le pareció una cita preciosa, dijera lo que dijera. Un día en que no había nadie por los alrededores fue a escribirla en la parte baja del letrero, exactamente debajo de «No alquilamos cerdos». Entonces sintió que su obra estaba terminada. El letrero, completo, decía:

COMPAÑÍA GANADERA DE HAT CREEK
Y EMPORIO CABALLAR

Cap. Augustus McCrae
Cap. W. F. Call } propietarios

P. E. Parker
Deets, Joshua } ayudantes

Se alquilan: Caballos y coches.
Se venden: Reses y caballos.
No se compran ni se venden cabras ni burros.
No alquilamos cerdos.

Uva Uvam Vivendo Varia Fit.

Augustus no mencionó para nada la cita y pasaron dos meses antes de que alguien se fijara en ella, lo que demostraba lo poco observadores que eran los habitantes de Lonesome Dove. A Augustus le irritó sobre todo que nadie apreciara el hecho de haber escrito una cita latina en un letrero que todos los visitantes podían ver al entrar a caballo, aunque en realidad los que entraban cabalgando se fijaban tan poco en él como los que ya habían llegado, tal vez porque llegar a Lonesome Dove resultaba tan caluroso y agotador. Los pocos que lo conseguían no estaban de humor para parar y estudiar los signos de erudición.

Más irritante resultaba aún que ningún miembro de su propia compañía se hubiera fijado en la cita, ni siquiera Newt, del que Augustus esperaba cierta listeza. Naturalmente, dos miembros de la sociedad eran totalmente analfabetos —tres si se decidía a contar a Bolívar—, y no habrían distinguido el latín del chino. No obstante, el modo indiferente de tratar el letrero como parte del paisaje hacía que Augustus reflexionara a menudo sobre el desprecio producido por la familiaridad.

Por fin, un buen día, Call se fijó en la cita pero simplemente porque su caballo perdió una herradura al otro lado del camino, frente al letrero. Cuando bajó a recoger la herradura miró hacia arriba y observó unas letras curiosas debajo de la frase sobre los cerdos. Tenía la vaga idea de que las palabras eran latinas, pero eso no explicaba qué demonios hacían en el letrero. Augustus se encontraba a la sazón en el porche, consultando su jarra y ajeno a cualquier otra cosa.

—¿Qué diablos has hecho ahora? —preguntó Call—. ¿No te bastaba la parte dedicada a los cerdos? ¿Qué dice la última línea?

—Dice algo en latín —respondió Augustus impertérrito ante el tono agrio de su socio.

—¿Y por qué en latín? ¿No era griego lo que tú sabías?

—Lo supe en otro tiempo.

Estaba bastante bebido y se sentía triste por todo lo que había echado a perder en su vida. A lo largo de los años duros, el alfabeto griego se le había ido escapando de la mente, de letra en letra… En verdad, la antorcha del conocimiento con la que había iniciado la vida había terminado como una triste colilla.

—Bueno, ¿pero qué es lo que dice en latín? —insistió Call.

—Es una cita. Se explica por sí misma —estaba decidido a ocultar tanto como pudiera el hecho de que no sabía lo que significaba la cita, porque a nadie le importaba. La había escrito en el letrero…, que la descifraran los demás.

Call no tardó en darse cuenta.

—Ni tú mismo lo sabes. Podría decir cualquier cosa. A lo mejor invita a la gente a que venga a robarnos.

Esto provocó la risa de Augustus.

—El primer bandido que llegue y que sepa latín, le autorizo a que nos robe. Arriesgaría unos cuantos jamelgos por tener la oportunidad de disparar sobre un hombre ilustrado, para variar.

Después de esto, la discusión sobre la cita o lo apropiado del letrero en general, aparecía intermitentemente cuando no había otra cosa de que discutir. De la gente que realmente tenían que vivir más cerca del letrero, Deets era al que más le gustaba, ya que por la tarde, la tabla donde estaba escrito proporcionaba una sombra modesta en la que podía sentarse y dejar que se le secara el sudor.

Nadie más le encontraba utilidad y era de lo más inusual ver a dos jinetes, en una tarde calurosa, detenerse a leerlo en lugar de seguir hasta Lonesome Dove para refrescarse el polvoriento gaznate.

—Me figuro que serán profesores —dijo Dish—. Hay que ver lo que les gusta leer.

Al fin los hombres trotaron alrededor del granero. Uno era un hombre macizo, de rostro rubicundo, y de una edad aproximada a la del capitán; el otro era un engendro de cara marcada de viruelas y un pistolón sujeto a la pierna. El hombre de cara roja era evidentemente el amo. Sin duda su caballo negro era envidiado por muchos. El hombrecito montaba una grulla de lomo oscilante.

—Soy Wilbarger —se presentó el de más años—. ¡Qué letrero más divertido!

—Lo escribió el señor Gus —explicó Newt tratando de ser amable. Seguro que el señor Gus estaría encantado de que al fin hubiera llegado alguien al que le

gustase la lectura.

—Pero si se me ocurriera alquilar cerdos, me preocuparía —dijo Wilbarger —. A un hombre que le guste alquilar cerdos no hay quien le pare.

—Se le pararía si apareciera por aquí —dijo Newt. Nadie había dicho nada y pensaba que el comentario de Wilbarger requería una respuesta.

—Bueno, ¿es esto un equipo ganadero o formáis parte de un circo? —preguntó Wilbarger.

—Trabajamos algo con reses —insinuó Pea—. ¿Cuántas vacas va a necesitar?

—El letrero dice que vendéis caballos. Necesito cuarenta. Una banda de mejicanos se llevó casi todos nuestros caballos, nuestra remuda, hace un par de noches. Tengo un rebaño reunido del otro lado del Nueces y no pienso llevarlo hasta Kansas a pie. Un individuo me dijo que podríais proporcionarme caballos. ¿Es eso cierto?

—Sí —afirmó Pea Eye—. E incluso podemos perseguir a los mejicanos.

—No tengo tiempo en estos momentos para hablar de mejicanos. Si podéis enseñarme cuarenta caballos domados, los pagaremos y nos iremos.

Newt parecía algo sorprendido. Se daba cuenta de que cuarenta caballos era algo imposible, pero tampoco estaba dispuesto a decirlo así. Por otra parte, como miembro más joven del equipo no le correspondía hacer de portavoz.

—Sería mejor que hablara con el capitán —sugirió—. El capitán hace todos los tratos.

—Oh —exclamó Wilbarger secándose el sudor de la frente con el brazo—. Si hubiera visto a un capitán por aquí me hubiera dirigido a él en lugar de hablar con vosotros, payasos. ¿Vive por aquí cerca?

Pea señaló la casa, a unos cincuenta metros en el chaparral.

—Creo que está en casa.

—Deberíais publicar un periódico entre todos. Rebosáis información —rezongó Wilbarger.

Su compañero marcado de viruelas encontró sumamente divertida la observación. Ante la sorpresa de todos soltó una carcajada que sonaba como el ruido que haría una gallina si estuviera furiosa por algo.

—¿Por dónde se va a la casa de putas? —preguntó al terminar de cloquear.

—Chick, eres imposible —dijo Wilbarger, y volvió grupas en dirección a la casa.

—¿Por dónde se va a la casa de putas? —volvió a preguntar Chick.

Miraba a Dish, pero Dish no estaba dispuesto a revelar dónde se encontraba Lorena y mucho menos a un vaquero pequeño y feo montado sobre un mal caballo.

—Está en Sabinas —contestó Dish con seguridad.

—¿Qué? —preguntó Chick desconcertado.

—Sabinas —repitió Dish—. Cruza el río y cabalga hacia el Sur una jornada más o menos. Seguro que la encuentras.

Newt pensó que Dish había sido muy inteligente al contestarle, pero Chick no parecía apreciar la inteligencia. Había arrugado la frente, lo que tensaba su cara pequeña y hacía que sus profundas marcas de viruela parecieran agujeros que le atravesaran las mejillas.

—No os he pedido un mapa de México —dijo—. Tengo entendido que hay una joven rubia en este mismo pueblo.

Dish se puso en pie, despacio.

—Es mi hermana —dijo.

Era una mentira descarada, claro, pero zanjó el asunto. A Chick no le convenció la información, pero Wilbarger se había alejado dejándole atrás y se daba cuenta de que le ganaban en número y de que no les gustaba. Insinuar que la hermana de un vaquero era una puta podía desencadenar una serie de puñetazos, o peor…, y Dish Boggett parecía un tipo fuerte y sano.

—Eso quiere decir que algún tonto me ha informado mal —dijo Chick, y volvió el caballo hacia la casa.

Pea Eye, al que gustaba tomarse la vida con tranquilidad, no había apreciado las sutilezas de la situación.

—¿Desde cuándo tienes una hermana, Dish? —preguntó.

El modo de vida de Pea parecía copiado del de el capitán. Apenas iba un par de veces al año al «Dry Bean»; prefería mojar el gaznate en el porche delantero, del que le separaba un corto camino hasta la cama si lo mojaba demasiado. Cuando veía a una mujer se ponía nervioso; el peligro de desviarse del comportamiento adecuado era demasiado grande. Generalmente, cuando descubría a una hembra por los alrededores adoptaba un porte modesto y mantenía los ojos fijos en el suelo. Pero una mañana que llevaban un rebaño de ganado mejicano a través de Lonesome Dove, levantó casualmente la vista y vio a una muchacha rubia que les miraba desde una ventana abierta. Llevaba los hombros desnudos. Pea se quedó tan sorprendido que dejó caer una rienda. No había olvidado a la muchacha, y de vez en cuando miraba de soslayo hacia la ventana cuando pasaba cabalgando por allí. Le sorprendió pensar que pudiera ser la hermana de Dish.

—Pea, ¿cuándo naciste? —preguntó Dish mirando sonriente a Newt.

La pregunta sumió a Pea en un mar de confusiones. Estaba pensando en la muchacha que había visto en la ventana; que ahora le preguntaran cuándo había nacido significaba dejar una línea de pensamiento y pasarse a otra, más difícil.

—Creo que sería mejor que se lo preguntaras al capitán, Dish. Yo nunca puedo acordarme.

—Bueno, como tenemos la tarde libre me voy a dar una vuelta. —Y se marchó en dirección al pueblo.

La perspectiva de salir con los hombres aquella noche obsesionaba a Newt.

—¿Adónde vais cuando os dirigís hacia el Sur? —preguntó a Pea, que seguía dándole vueltas al asunto de su nacimiento.

—Oh, damos vueltas por ahí hasta que encontramos ganado —explicó Pea—. El capitán sabe dónde buscar.

—Ojalá pueda ir —dijo Newt.

Deets le golpeó en el hombro con su manaza negra.

—Tienes prisa por que te maten —dijo. Luego se alejó y se quedó mirando al pozo sin terminar.

Deets era un hombre de pocas palabras, pero de mucho mirar. A menudo Newt tenía la impresión de que Deets era el único del equipo que realmente comprendía sus deseos y necesidades. Bolívar se mostraba amable de vez en cuando, y el señor Gus siempre solía ser amable, aunque su amabilidad era de tipo distraído. Tenía muchas cosas de que hablar y discutir, y pensaba en Newt sobre todo cuando se cansaba de pensar en todo lo demás.

El capitán pocas veces era duro con él a menos que estropeara algún trabajo que se le encargara, pero el capitán nunca le decía una palabra amable. El capitán no andaba por allá repartiendo amabilidades, pero en el supuesto de que estuviera de humor para ello, Newt sabía que él sería el último en recibirlas. Nunca recibió ningún cumplido del capitán, por bien que cumpliera su trabajo. Era descorazonador: cuanto más se esforzaba por complacer al capitán, menos contento parecía. Cuando Newt hacía algo bien, el capitán parecía creer que lo había hecho por obligación, lo que desconcertaba a Newt y le hacía preguntarse para qué trabajar bien si con ello irritaba al capitán. Sin embargo, lo único que parecía interesar al capitán era que se trabajara bien.

Deets se dio cuenta de su desmoralización e hizo cuanto pudo para levantarle los ánimos. A veces ayudaba en trabajos que eran demasiado duros para Newt, y siempre que se presentaba una oportunidad de felicitarle por un trabajo, Deets se encargaba de hacerlo. Ayudaba algo, aunque no le compensaba por la sensación que tenía Newt de que el capitán tenía algo en contra suya. Newt no tenía la menor idea de qué podía ser, pero sí que había algo. Además de él, Deets era el único que parecía darse cuenta, pero Newt nunca tuvo el valor de preguntárselo directamente. Sabía que a Deets no le gustaría hablar de semejantes cosas. De todos modos, Deets hablaba poco. Tendía a expresarse mejor con las manos y los ojos.

Mientras Newt pensaba en México y en la noche, Dish Boggett iba alegremente hacia el « Dry Bean» pensando en Lorena. Todo el día había estado pensando en ella mientras trabajaba en el torno del pozo. La noche no le había ido tan bien como él esperaba. Lorena no había hecho nada que pudiera

interpretarse con optimismo, pero Dish pensó que a lo mejor ella necesitaba más tiempo para hacerse a la idea de que él la amaba. Si pudiera quedarse una o dos semanas, quizá se acostumbraría e incluso llegaría a gustarle.

Detrás de la tienda para todo, un viejo guarnicionero mejicano cortaba una piel a tiras con las que hacer una cuerda. A Dish se le había ocurrido que estaría más presentable si bajaba hasta el río y se lavaba el sudor que se le había secado encima durante el día, pero bajar hasta el río significaba perder tiempo y decidió olvidarse de ello. Lo único que hizo fue detenerse detrás del «Dry Bean» para recogerse el faldón de la camisa y sacudirse el polvo de los pantalones.

Cuando se recogía el faldón de la camisa tuvo un sobresalto. Se había detenido a unos veinte pasos detrás del edificio de dos pisos de madera. Era una tarde quieta y calurosa, sin el menor soplo de brisa. Hubiera podido oírse un pedo al otro extremo de la calle, pero no fue eso lo que oyó Dish. Cuando por primera vez oyó aquel crujido continuado no hizo caso, pero unos momentos después le recordó algo que le hizo sentirse malo. Sin querer se acercó más al edificio, para confirmar su temor.

Desde la esquina que estaba encima mismo de su cabeza, donde Lorena tenía su habitación, llegaban unos crujidos semejantes a los que pueden producir dos personas en una mala cama con un jergón de hojas secas de maíz sobre un débil somier. Lorena tenía una cama así; anoche mismo había hecho el mismo ruido debajo de ellos, lo bastante fuerte para que Dish se preguntara fugazmente, antes de que el placer le dominara, si lo estaría oyendo alguien además de ellos.

Y ahora lo oía, con el faldón de la camisa a medio meter, mientras otra persona lo hacía con Lorena. Los recuerdos de su cuerpo mezclados al ruido le causaron tal sensación de dolor en el pecho que durante unos segundos no pudo moverse. Estaba casi paralizado, condenado a aguantar el calor debajo de la misma habitación donde se proponía entrar. Y ella formaba parte del ruido. Sabía exactamente con qué acordes contribuía a la horrenda música. Empezó a sentirse lleno de ira y por un momento su objetivo fue Xavier Wanz, que por lo menos podía haberse preocupado de que Lorena tuviera un buen colchón de algodón en lugar de esas crujientes hojas de maíz que ni siquiera eran cómodas para dormir.

Pero enseguida la ira de Dish pasó de Xavier al hombre que estaba en la habitación de encima, sobre Lorena, utilizando su cuerpo para producir ruidos y crujidos. Tenía la seguridad de que se trataba de la comadreja marcada de viruelas del tordo desgarbado, que había simulado dirigirse a la casa y luego cortó por el cauce seco para ir directamente al *saloon*. No tardaría en lamentarlo.

Dish se sujetó bien los pantalones y se dirigió ceñudo hacia el *saloon* por el lado norte. Era necesario rodear por completo el edificio para dejar de oír el ruido de la cama. Iba dispuesto a matar a la comadreja tan pronto como saliera del *saloon*. Dish no era un pistolero, pero había cosas que no podían tolerarse. Sacó su pistola y comprobó la carga, sorprendido de lo deprisa que arrastra la

vida; aquella mañana había despertado sin más planes que ser un buen vaquero, y ahora estaba a punto de transformarse en un asesino, lo que pondría en entredicho todo su futuro. El hombre tendría amigos poderosos que le perseguirían. Pero, sintiendo lo que sentía, no veía otra alternativa.

Guardó la pistola y dio la vuelta a la esquina decidido a esperar junto al tordo desgarbado hasta que el vaquero saliera, para desafiarle.

Pero al dar la vuelta a la esquina se encontró con otra sorpresa. No había ningún tordo desgarbado amarrado frente al *saloon*. A decir verdad, no había un solo caballo sujeto frente al *saloon*. Al otro lado, delante de la tienda de Pumphrey, un par de fornidos muchachos cargaban ruedas de alambre de espino en un carro. Eran las únicas personas que había en la calle.

Aquello le dejó perplejo. Había estado más que dispuesto a cometer un asesinato, pero ahora le faltaba la víctima con quien cometerlo. Por un momento trató de convencerse de que no había oído lo que había oído. Quizá Lorena daba saltos sobre el colchón por el placer de saltar. Pero aquella idea no era válida. Incluso a una muchacha tonta no le apetecería saltar sobre un colchón de hojas de maíz en una tarde de calor, y en todo caso Lorena no era tonta. Algún hombre había provocado los saltos. La pregunta era: ¿quién?

Dish miró hacia dentro y descubrió que el «Dry Bean» estaba tan vacío como una iglesia un sábado por la noche. No había ni rastro de Xavier ni de Lippy, y lo que era peor, los crujidos no habían cesado. Seguía oyéndolos desde la puerta de entrada. Era demasiado para Dish. Salió al porche y fue calle arriba, pero pronto cayó en la cuenta de que no tenía adonde ir, a menos que recogiera su caballo y marchara hacia Matagorda, pensara lo que quisiera el capitán Call.

Pero Dish aún no estaba dispuesto a seguir aquel camino, por lo menos hasta que hubiera descubierto quién era su rival. Subió por un lado de la calle y bajó por el otro, sintiéndose idiota al hacerlo. Siguió hasta el río, pero allí no había nada que ver salvo una cinta de agua oscura y un enorme coyote. El coyote estaba en un bajío comiéndose una rana.

Dish estuvo una hora sentado a la orilla del río, y cuando regresó al «Dry Bean» todo volvía a ser normal. Xavier Wanz estaba en la puerta con el trapo húmedo en la mano y Lippy estaba sentado en el bar, cortándose un enorme callo del pulgar con una navaja de afeitar. Ninguno de los dos tenían la menor importancia para Dish.

Lo que sí contaba era que Lorena, bonita y sofocada, estaba en una mesa con Jake Spoon, el forastero de ojos color café con la pistola de culata de nácar. Jake llevaba el sombrero echado hacia atrás y se dirigía a ella, con sus ojos por lo menos, como si la hubiera conocido desde siempre. En la mesa había un solo vaso de *whisky*. Desde la puerta, Dish vio cómo Lorena bebía un sorbo y después se lo pasaba con toda naturalidad a Jake, que bebió más que un sorbo.

Esta escena le golpeó en la boca del estómago, como el sonido del crujido de

la cama al oírlo por primera vez. Jamás había visto a su padre y a su madre beber del mismo vaso, y estaban casados. Y en cambio, el día anterior, casi no había podido conseguir que Lorie le mirara, a él que era un primero en su clase, y no un aventurero.

Como en un destello, mientras miraba por entre la puerta de muelles, cambió totalmente el concepto que tenía de la mujer. Fue como si al caer un rayo quemara sus viejas nociones en un instante, convirtiéndolas en ceniza. Nada iba a ser como había imaginado. Tal vez nunca más lo sería. Inició la retirada para desaparecer al menos y ajustarse a su nueva vida de soledad, pero se había entretenido demasiado. Tanto Jake como Lorena dejaron de mirarse y le vieron en la puerta. Lorena no cambió de expresión, pero Jake le dirigió una mirada amistosa y levantó la mano.

—¡Hola! —exclamó—. Acércate, hijo. Espero que seas el primero de un grupo. Algo que no puedo soportar es un maldito *saloon* aburrido.

Lippy, feliz bajo su bombín, agitó el labio en dirección a Dish. Después sopló los restos de su callo fuera de la barra.

—No se puede decir que Dish sea un grupo —comentó.

Dish entró, deseando una vez más no haber oído hablar jamás del pueblo de Lonesome Dove.

Jake Spoon hizo una señal a Xavier.

—Davie, trae tu veneno. —Se negaba a llamar a Xavier otra cosa que Davie —. Todo el que haya tenido que cavar un maldito pozo con este calor se merece beber gratis, y yo le invito —terminó Jake.

Le indicó una silla y Dish la aceptó. Primero se sintió ruborizado y después pálido. Deseaba saber qué sentía Lorena en todo aquello, y cuando Jake volvió la cabeza un instante la miró. Tenía los ojos inusitadamente brillantes, pero no le veían. Iban continuamente a Jake, que no le hacía demasiado caso. Tamborileó con los dedos sobre la mesa tres o cuatro veces, como absorta en sus pensamientos, y bebió dos sorbos más del vaso de Jake. Había gotitas de sudor sobre su labio superior, una en el mismo borde de la cicatriz, pero no parecía molesta ni por el calor ni por nada.

Era tan bonita que a Dish le costaba apartar los ojos de ella. Al hacerlo vio que Jake Spoon le estaba mirando. Pero la mirada de Jake era totalmente amistosa; parecía encantado de tener compañía.

—Si yo tuviera que cavar pozos, no duraría ni una hora —observó—. Deberíais plantarle cara a Call y hacer que se cavara su propio pozo.

En aquel momento Xavier llegó con una botella y un vaso. Jake cogió la botella y sirvió generosamente.

—Este es mejor que el que me daban en Arkansas.

—¡Arkansas! —repitió Xavier despectivo, como si la palabra lo dijera todo.

Dish sintió que empezaba a no creer en lo que estaba sucediendo. Si había

algún lugar donde le gustaría no estar era en aquella mesa con Lorie y otro hombre. Pero allí estaba. A Lorie no parecía importarle que él estuviera allí, pero también era evidente que no le importaría que estuviera a mil kilómetros de distancia. Xavier estaba junto a él con el trapo goteando sobre la pernera del pantalón, y Jake Spoon bebía *whisky* y se mostraba amistoso. Con el sombrero echado hacia atrás, Dish veía una pequeña franja de piel blanca en la frente de Jake, una piel que el sol no tostaba nunca.

Por un momento perdió todo sentido de lo que era la vida. Incluso llegó a perder el sentido de que era un vaquero, el sentido más fuerte con que tenía que trabajar. No era sino un individuo con un vaso en la mano, cuya vida de pronto se había vuelto barro. El día anterior había sido un vaquero de los buenos, ¿pero ahora qué significaba esto?

Aunque el día era claro y caluroso, Dish lo sintió frío y húmedo. Estaba tan desconcertado por esa extraña cosa llamada vida que no sabía dónde mirar y menos aún qué decir. Bebió un trago y luego otro y luego muchos más, y aunque la vida seguía turbia, el interior de la nube empezó a calentarse. En mitad de la segunda botella había dejado de preocuparse por Lorie y Jake Spoon y se instaló junto al piano cantando *My Bonnie Lies Over the Ocean*, mientras Lippy tocaba.

9

Cuando apareció Wilbarger, Augustus se encontraba en el porche de delante, pasando el tiempo. Pasar el tiempo era lo que consideraba más amistoso dado que Jake Spoon había cabalgado un gran trecho y probablemente había tenido miedo de buscar compañía femenina durante el viaje. Jake era uno de aquellos hombres que parecían estar en celo durante todo el año, una fuente de fastidio para Call, que parecía no estarlo nunca. Augustus también lo sentía, pero, como decía con frecuencia, no iba a dejar que le arrastrara como un mulo. Era una broma que todavía recordaban la mayoría de los que lo habían oído. Disfrutaba echando algún palo, como él lo llamaba, pero si las condiciones no eran favorables se las arreglaba con *whisky*. Estaba claro que con Jake de vuelta las condiciones no serían muy favorables aquella tarde, así que se refugió en su jarra con la sana intención de dar a Jake una o dos horas para aliviar su necesidad antes de buscarle y tratar de interesarle en una partida de cartas.

Wilbarger fue una sorpresa, claro está. Trotó su gran caballo negro hasta el mismo porche, lo que sorprendió tanto a los cerdos azules como al propio Augustus. Estos despertaron y gruñeron al caballo.

Wilbarger miró con envidia la jarra de Augustus.

—No creo que sea zumo de fruta lo que está bebiendo. Ojalá pudiera permitirme una vida cómoda.

—Si se decide a desmontar y deja de asustar a mis cerdos, le invito a un trago. Nos presentaremos más tarde.

El cerdo se levantó y se colocó debajo del caballo negro, que estaba tan bien domado que no se inmutó. Wilbarger estaba más sorprendido que el caballo. El mismo Augustus también estaba sorprendido. El cerdo nunca había hecho nada parecido hasta entonces, aunque siempre había sido un cerdo impredecible.

—Me imaginé que este será uno de los cerdos que no alquila —dijo Wilbarger—. Si hubiera venido montado en mi yegua le habría dado tal coz que hubiera tenido que ir de caza para recuperar los jamones.

—Verá, el cerdo había estado durmiendo y me imagino que no esperaba encontrarse con un caballo delante, al despertar.

—¿Quién es usted, Call o McCrae? —preguntó Wilbarger harto de hablar de cerdos.

—Soy McCrae. Call no hubiera aguantado tanta charla.

—No le censuro. Soy Wilbarger.

En aquel momento Call salió de la casa. El mordisco le había dolido todo el día y había estado preparando un emplaste de pulpa de cactos. Tardaba un poco en hacerse y por eso había venido a casa temprano.

Al salir al porche apareció un hombrecito montando un caballo tordo.

—Vaya, nos tenían rodeados y nosotros sin saberlo —comentó Augustus—. Este señor con el faldón de la camisa fuera es el capitán Call.

—Soy Wilbarger —se presentó este—. Y este es mi mozo, Chick.

—Puede descabalgar —ofreció Call.

—Oh, ¿para qué bajar si voy a tener que montar de nuevo enseguida? Es un esfuerzo innecesario. Tengo entendido que venden caballos.

—En efecto, y también ganado vacuno.

—No me interesan las reses. Tengo tres mil cabezas a punto de emprender el camino. Lo que necesito es una remuda.

—Es una lástima que no se pueda enseñar a las reses a llevar jinete —observó Augustus. Acababa de ocurrírsele la idea, y siguiendo su costumbre la dio a conocer enseguida.

Tanto Call como Wilbarger le miraron como si hubiera perdido el juicio.

—Para usted será una lástima —respondió Wilbarger—. Yo le llamo una bendición. Supongo que fue usted el que escribió el letrero.

—En efecto. ¿Quiere que le escriba uno?

—No, aún no estoy a punto de manicomio. Nunca pensé en encontrar latín en esta parte de Texas, pero lógicamente se va extendiendo.

—¿Cómo ha podido reunir tantas reses sin caballos? —preguntó Call con la esperanza de volver la conversación otra vez a los negocios.

—Bueno, entrené a un grupo de liebres para que me las sacaran de la maleza —respondió Wilbarger algo malhumorado, pero añadió—: La verdad es que unos malditos mejicanos nos robaron los caballos. Había oído decir que ustedes habían ahorcado a todos los ladrones de caballos mejicanos cuando eran *rangers*, pero veo que se les escaparon algunos.

—Colgamos a todos ellos —dijo Augustus, encantado de que a su visitante también le gustara la conversación—. Debe de ser la nueva generación la que les robó sus jamelgos. No nos hacemos responsables de ellos.

—Todo esto no conduce a nada —cortó Wilbarger—. Soy responsable de tres mil cabezas de ganado y once hombres. Si pudiera comprar cuarenta caballos, buenos caballos, me sentiría contento. ¿Pueden servírmelos?

—Esperamos tener cien cabezas disponibles mañana a la salida del sol —ofreció Call. La charlatanería de Gus tenía una ventaja: se ganaron unos minutos para hacer planes.

—No tenía intención de pasar la noche aquí. En todo caso, no necesito cien ni

cincuenta. ¿Cuántos puede entregarme esta tarde?

Augustus sacó su enorme reloj de bolsillo y lo miró:

—Oh, ahora no podemos venderle ningún caballo —dijo—. Ya hemos cerrado.

Wilbarger descabalgó de pronto y maquinalmente aflojó la cincha para que el caballo respirara mejor.

—Nunca había oído que una cuadra cerrara a plena luz del día.

—Bueno, la cuadra en sí no se cierra. Podemos meter en la cuadra lo que desee. Es la parte comercial de la operación lo que está cerrado.

Wilbarger subió al porche.

—Si esta jarra está por alquilar, le alquilo un trago. Creo que esta jarra debe ser la única cosa abierta en este pueblo.

—Está abierta y gratis. —Augustus se la tendió.

Mientras Wilbarger bebía, Augustus miró a Call. La observación sobre cien caballos le había parecido atrevida, aunque prepararan una incursión a México. El objeto principal de sus redadas era el ganado. De vez en cuando tropezaban con algún caballo y lo añadían a las reses, pero nunca más de diez o doce en una noche. Lo que Augustus ignoraba era de dónde saldrían los noventa restantes.

—¿No hay ninguna puta en este pueblo? —preguntó Chick. Seguía a caballo. La pregunta sorprendió a todos. A Wilbarger pareció disgustarle.

—Chick, creí que tenías modales —le soltó—. Hablar así en los corrales es una cosa. Decirlo aquí, mientras estoy hablando de negocios con estos caballeros, es algo distinto.

—Los muchachos de los corrales no han querido decírmelo —protestó Chick en tono lastimero.

—Porque son buenos y temerosos de Dios —explicó Augustus—. No verás nunca a los muchachos con ninguna Jezabel.

—¿Es así como se llama? Este no es el nombre que me dijeron.

—Aún no ha aprendido a dominar sus pasiones. Espero que le perdonen.

—Un deslenguado no es nunca bienvenido —sentenció Augustus.

—Caballos —repitió Wilbarger volviendo al tema más importante—. Esto de que está cerrado es irritante. Esperaba estar de regreso junto al rebaño de madrugada. Estamos en un mal sitio. Los mosquitos se comerán a la cuadrilla si no me doy prisa. Si pudiera llevarme los caballos suficientes para empezar, podría recoger algunos más camino del Norte.

—Es un gran riesgo —advirtió Call.

—Ya sé que es un riesgo, ¿y qué no lo es? —observó Wilbarger—. ¿Cuántos podría venderme esta tarde?

Call estaba harto de dar rodeos.

—Tres.

—Tres esta tarde y cien mañana —murmuró Wilbarger—. Debe conocer a

un hombre con muchos caballos que vender. Ojalá le conociera yo.

—Solo nos vende a nosotros —dijo Augustus—. Somos generosos a la hora de pagar.

Wilbarger le devolvió la jarra.

—¿No podríamos ir a visitar a este hombre ahora mismo?

Call movió negativamente la cabeza. Se limitó a decir:

—A la salida del sol.

Wilbarger asintió como si esto fuera lo que esperara.

—Está bien. No me queda otra alternativa.

Se dirigió a su caballo, tensó la cincha y se subió a la silla.

—Bueno, supongo que no me decepcionarán. Cuando me decepcionan soy terrible.

—Siempre se ha aceptado nuestra palabra —aseguró Call—. Puede contar con cuarenta caballos a la salida del sol, a treinta y cinco dólares por caballo.

—Aquí estaremos —le aseguró Wilbarger—. No tendrá que ir en nuestra búsqueda.

—Espere un momento —dijo Call—. ¿Qué marca llevan sus caballos? ¿O no tiene marca?

—La tengo. Los marco HIC en la cadera izquierda.

—¿Están herrados sus caballos? —preguntó Call.

—Están todos herrados. Tráigamelos si los encuentra.

—¿Qué quiere decir HIC? —preguntó Augustus.

—Es latín, y más fácil que lo que escribió en el letrero —le respondió Wilbarger.

—Oh. ¿Dónde ha estudiado latín? —le preguntó Augustus.

—En la facultad de Yale —dijo, y a continuación él y Chick se alejaron.

—Supongo que ha mentido. Un hombre que ha estudiado en Yale no necesita acarrear ganado para vivir.

—¿Cómo lo sabes? A lo mejor la familia se arruinó. O quizá quería vivir al aire libre.

Augustus parecía escéptico. Le impresionó pensar que había alguien más instruido que él en el pueblo.

—Te ha descubierto, ¿verdad? —dijo Call—. Ni siquiera sabes lo que significa esa palabrita.

—Es un diminutivo de hipo. Curiosa palabra para marcar un caballo, ¿no te parece?

—¿Crees que Jake ya estará borracho? —preguntó Call.

—Creo que no. Me imagino que se sentirá más feliz de lo que estaba esta mañana. ¿Por qué?

—Porque lo quiero sobrio esta noche. Os quiero sobrios a los dos.

—Puedo estar tan sobrio como el día en que nací y no encontrar cien caballos

—observó Augustus—. Esta cantidad no tiene sentido. Wilbarger solo necesita cuarenta, y tampoco podremos encontrarlos. ¿Qué vamos a hacer con los sesenta restantes, suponiendo que los encontremos?

—Nosotros también vamos a necesitar una remuda, si vamos a Montana —contestó Call.

Augustus posó la jarra y suspiró:

—Me gustaría darle una paliza a Jake.

—¿Por qué?

—Por meterte esta idea en la cabeza. Jake es un tipo sencillo. Ideas como esa le entran por un lado y le salen por el otro. Pero ni una sola de sus malditas ideas se han salido de tu cabeza. Tu cerebro atollaría a un mulo. He estado viviendo aquí, en un clima cálido, la mayor parte de mi vida y ahora quieres que me traslade a un clima frío.

—Por qué no, si el país es mejor.

Augustus permaneció en silencio un instante, luego prosiguió:

—Dejemos de hablar de Montana ahora y sigamos con lo de esta noche. ¿Dónde vamos a robar cien caballos?

—En la « Hacienda Flores» .

—Lo sabía. No vamos a la caza de vacas; estamos preparando un asalto.

La « Hacienda Flores» era el mayor rancho de Coahuila. Estaba donde el Río Grande era solo un río, no una frontera; los vaqueros cruzaban el río con la misma facilidad con la que cruzaban un arroyo. Millones de acres que en otros tiempos habían pertenecido a la hacienda, ahora eran parte de Texas, pero los vaqueros seguían cruzando el río y llevándose reses y caballos. Según su punto de vista se llevaban lo que era suyo. Las dependencias principales del rancho estaban a unos cincuenta kilómetros y era allí donde guardaban lo más importante del rebaño de caballos, muchos de ellos con hierros de Texas.

—Si no te conociera mejor, diría que te propones iniciar una guerra. El viejo Pedro Flores no nos va a regalar cien caballos, aunque él los hubiera robado todos.

—Todo tiene su riesgo —observó Call.

—Sí y a ti te gusta tanto el riesgo como a Jake las mujeres. Suponte que nos hacemos con los caballos, ¿qué pasará?

—Venderemos cuarenta a Wilbarger y nos guardaremos el resto. Conseguiremos unas reses y nos iremos al Norte.

—¿Al Norte, con quién? —preguntó Augustus—. Somos muy pocos para cuidar un rebaño.

—Podemos contratar vaqueros. Hay muchos jóvenes disponibles por aquí.

Augustus lanzó un suspiro y se levantó. Parecía como si de momento hubiera terminado la vida cómoda. Call había estado ocioso demasiado tiempo y ahora parecía dispuesto a trabajar seis veces más duro de lo que debe hacer un

hombre. Por otra parte, sería una satisfacción ir a quitarle unos cuantos caballos a Pedro. Pedro era un viejo rival, y la rivalidad aún tenía su interés.

—Jake hubiera hecho mejor en dejar que le ahorcaran. Ya sabes lo que sufre cuando tiene que trabajar.

—¿Adónde vas? —preguntó Call al ver que Augustus se alejaba.

—Voy a darle la noticia a Jake. A lo mejor querrá engrasar su pistola.

—Creo que me llevaré al muchacho —dijo Call. Lo había estado pensando. Si iba a traer cien caballos, se necesitaría hasta el último hombre.

—Muy bien. Se lo diré a Newt. Seguramente se pondrá tan contento que se caerá de la valla.

Pero Newt no estaba sentado en la valla cuando se enteró de la noticia. Estaba de pie, en el cauce arenoso del Hat Creek, oyendo vomitar a Dish Boggett. Dish estaba algo más arriba, y parecía encontrarse muy mal. Había llegado andando desde el *saloon* con Jake Spoon y el señor Gus, y caminaban haciendo eses. Luego tropezó al borde del arroyo y empezó a vomitar. Ahora estaba a gatas y seguía vomitando. El ruido que salía de él a Newt le recordaba el chasquido que hace una vaca al sacar la pata de un charco de barro.

Newt se había emborrachado alguna vez, pero nunca tanto, y estaba preocupado. Parecía como si Dish fuera a morir. Newt nunca hubiera imaginado que alguien pudiera emborracharse tanto en tan poco tiempo. El señor Jake y el señor Gus no parecían preocupados. Esperaban a la orilla del arroyo, charlando amistosamente, mientras Dish, con la cabeza colgando, hacía aquel ruido parecido al de la vaca encharcada.

Con Dish en apuros, a Newt le resultaba imposible disfrutar de la buena noticia que el señor Gus le había dado, aunque era una noticia que llevaba años esperándola. En lugar de flotar de felicidad, estaba demasiado preocupado por Dish.

—¿Quieren que vaya a buscar a Bolívar? —preguntó. Bolívar era el médico de la casa.

El señor Gus sacudió la cabeza.

—Bolívar no puede conseguir que un hombre deje de estar borracho. Call debió haberos mantenido trabajando. Si Dish se hubiera quedado en el pozo, no habría sentido la tentación.

—Un pez no hubiera podido beber más deprisa de lo que bebió el muchacho —explicó Jake—. En el caso de que los peces beban.

—No beben lo que él bebió —afirmó Augustus. Sabía que Dish estaba perdidamente enamorado y que esto había sido su perdición.

—Confío en que el capitán no lo vea —dijo Newt. El capitán no toleraba la bebida a menos que se bebiera de noche y con moderación.

Apenas acababa de decirlo cuando vio salir al capitán de la casa y dirigirse hacia ellos. Dish seguía a gatas. Bolívar empezó a golpear la campana de la cena con una barra, aunque era mucho más temprano que su habitual hora de cenar. Era evidente que no se había puesto de acuerdo con el capitán, que se volvió fastidiado. Los golpes de hierro contra hierro no mejoraron lo más mínimo el estado de Dish. Volvió a hacer ruidos de encharcamiento.

Jake miró a Augustus, y le dijo:

—Call es capaz de despedirle. ¿No podríamos inventar algo para excusarle?

—Dish Boggett es un gran vaquero, puede preparar sus propias excusas —comentó Augustus.

Call se le acercó y contempló al infeliz vaquero, cuyo estómago seguía revuelto.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó ceñudo.

—No lo he visto —contestó Augustus—. Pero quizá se haya tragado un trozo de alambre de espino.

Al oír una nueva voz por encima de él, Dish volvió la cabeza y descubrió al capitán que se había unido al grupo de espectadores. Era una eventualidad que, incluso en su desazón, había estado temiendo. No recordaba en absoluto lo que había ocurrido en el « Dry Bean» , salvo que había cantado muchas canciones, pero pese a su enorme borrachera se daba cuenta de que tendría que responder de ella ante el capitán Call. En algún momento había perdido de vista a Lorena, se había olvidado de que estaba enamorado de ella, se había olvidado también de que estaba sentada del otro lado del bar, con Jake, pero lo que nunca olvidó era que aquella noche tenía que cabalgar con el capitán Call. Mentalmente se había visto cabalgando, mientras bebía y cantaba, y ahora había llegado el capitán y era el momento de empezar a cabalgar. Dish no sabía si tendría fuerzas para mantenerse en pie y menos aún para montar a caballo, por no hablar de mantenerse encima y trasladar ganado, pero sabía que se jugaba su reputación y que si no lo intentaba quedaría desprestigiado para siempre. Su estómago seguía revuelto, pero consiguió respirar profundamente y ponerse en pie. Simuló que subía el ribazo como si no pasara nada, pero no tenía fuerza en las piernas y cayó de rodillas. Al subir a rastras aumentó su malestar, aunque el ribazo solo tenía tres pisos de altura apenas era más que un declive.

Call se acercó al joven vaquero y olió a *whisky*. Entonces se dio cuenta de que solo estaba borracho como una cuba. Era lo último que había esperado y su impulso inmediato fue despedir al muchacho y devolvérselo a Shanghai Pierce, que al parecer era tolerante con la botella. Pero antes de abrir la boca se dio cuenta de la sonrisa que se cruzaron Gus y Jake, como si aquello fuera una enorme broma. Para ellos indudablemente lo era; siempre les habían interesado más las bromas que los asuntos serios. Pero al verles tan interesados por aquella broma, a Call se le ocurrió que quizá le habían tendido una trampa y le habían

emborrachado expresamente, en cuyo caso el muchacho no tenía toda la culpa. Eran como dos zorros astutos y mucho peores cuando hacían algo en común. Era el tipo de cosas que acostumbraban a hacer en el momento menos apropiado, el tipo de hazaña que habían llevado a cabo a lo largo de sus años como *rangers*.

Entretanto, Dish había llegado arriba del ribazo y se había puesto en pie de nuevo. Al levantarse, pareció como que se le aclaraba la cabeza y le invadió el optimismo… a lo mejor se le había pasado la borrachera. Pero un segundo después sus esperanzas rodaron por el suelo. Empezó a caminar hacia los cercados para ensillar su caballo, metió la punta del pie en una raíz de mezquite que sobresalía entre el polvo y cayó de bruces.

Newt, a quien también se le habían avivado las esperanzas cuando Dish consiguió levantarse, se sintió terriblemente descorazonado cuando su amigo cayó al suelo. Para él era un misterio cómo Dish pudo emborracharse tanto en tan poco tiempo, y por qué lo había hecho teniendo una noche tan importante por delante. Bolívar seguía atizándole a la campana con la barra, haciendo difícil pensar con tanto ruido.

Jake Spoon no estaba habituado a las costumbres de Bolívar, y su rostro se contrajo disgustado cuando continuó el ruido.

—¿Quién ha ordenado al viejo que arme tanto escándalo? —preguntó—. ¿Por qué no le mata alguien?

—Si le matamos tendremos a Gus de cocinero —respondió Call—. Y en este caso tendremos que comer palabras o morirnos de hambre escuchándole.

—Podrías hacer mucho peor que escucharme —protestó Augustus.

Dish Boggett se había vuelto a levantar. Sus ojos tenían una mirada vidriosa y perdida. Caminaba cuidadosamente, como si temiera que otra caída le rompiera como cristal.

—¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó Call.

—¡Qué más quisiera saber yo, capitán!

—Quisieras saber, qué.

—Que no recuerdo nada, capitán.

—Bueno, ya está bien —terció Augustus—. Solo quería ver lo deprisa que podía beberse dos botellas de *whisky*.

—¿Quién le metió en eso?

—Yo no —aseguró Augustus.

—Ni yo tampoco —dijo Jake sonriendo—. Lo único que hice fue ofrecerme a buscar un embudo. Creo que con un embudo le hubiera entrado más deprisa.

—Puedo cabalgar, capitán —aseguró Dish—. En cuanto esté sobre el caballo se me pasará.

—Espero que tengas razón. No pienso conservar a un hombre en mi equipo que no pueda hacer su trabajo.

Bolívar seguía golpeando la campana, lo que enfureció más a Jake:

—Si es el 4 de julio, yo dispararé mis propios cohetes —exclamó sacando su pistola. Antes de que nadie pudiera abrir la boca disparó tres veces en dirección a la casa, pero el ruido continuó como si los tiros no hubieran ocurrido. Newt estaba escandalizado. Le parecía una forma de actuar desaprensiva, incluso aunque Bol estuviera haciendo demasiado ruido.

—Con esta facilidad de gatillo no me sorprende que te persigan —comentó Augustus—. Si quieres acabar con el ruido, dale con un ladrillo en la cabeza.

—¿Por qué andar si se puede disparar? —dijo Jake con una sonrisa.

Call no dijo nada. Había visto cómo Jake levantaba el arma lo suficiente para que el cocinero no corriera peligro. Era típico. Jake siempre aparentaba ser peor de lo que era.

—Si queréis comer, mejor que empecéis cuanto antes. Saldremos a la puesta del sol —les anunció.

Después de la cena, Jake y Augustus salieron a fumar y a escupir. Dish se sentó sobre el caladero y se puso a beber café cargado. De vez en cuando se apretaba las sienes con una mano; cada sien le dolía como si alguien le hubiera golpeado con un hacha. Deets y Newt fueron hacia los cercados a coger los caballos. Newt era el único de los muchachos que no llevaba armas. Deets tenía un viejo «Colt Walker» del tamaño de un jamón, que solo llevaba cuando salían de incursión, porque ni siquiera él era lo bastante robusto para llevarlo todo el día sin agotarse.

El capitán se les había adelantado, porque se necesitaba cierto tiempo para ensillar la *Mala Bestia*. Ya la tenía amarrada al poste cuando llegaron Deets y Newt. Cuando Newt fue a entrar en el granero en busca de una cuerda, el capitán se volvió y le entregó un correaje y una pistola en su pistolera.

—Mejor llevarla y no necesitarla, que necesitarla y no tenerla —dijo con cierta solemnidad.

Newt cogió la pistola y la sacó de la funda. Olía ligeramente a grasa; seguramente el capitán la había engrasado aquel mismo día. Naturalmente, no era la primera vez que sostenía una pistola. El señor Gus le había entrenado a fondo al tiro de pistola, e incluso le había felicitado por su habilidad. Pero sostenerla o tener una propia eran dos cosas diferentes. Hizo girar el tambor del «Colt» y escuchó los pequeños clics que iba haciendo. La empuñadura era de madera, el cañón frío azul; la pistolera aún olía a nueva. Volvió a meter la pistola en la pistolera, se abrochó el correaje a la cintura y sintió el peso del arma contra la cadera. Cuando salió al cercado a recoger su caballo, se sintió adulto y completo por primera vez en su vida. El sol empezaba a descender hacia el horizonte por el Oeste, los murciélagos bajaban a beber al abrevadero que Deets y el capitán habían construido tiempo atrás. Deets ya había cogido el caballo del

señor Gus, un alazán grande y fuerte al que llamaban *Mud Pie*, y ahora estaba cogiendo el suyo. Newt lanzó su lazo y a la primera agarró a su favorito, un caballo capado, castaño, al que llamaba *Mouse*. Le pareció que lanzaba mejor el lazo con el arma en la cadera.

—¡Válgame Dios, te han colgado un arma! —exclamó Deets con una gran sonrisa—. Supongo que dentro de nada serás el amo de todos nosotros.

Nunca había cruzado por la mente de Newt nada tan ambicioso. Su máxima aspiración había sido ser uno de los del equipo, que se le permitiera ir con ellos y hacer lo que hubiera que hacer. Pero Deets lo había dicho como una broma y Newt estaba de buen humor para admitir cualquier broma.

—Desde luego —asintió—. Cualquier día van a nombrarme jefe. Y lo primero que haré será subirte el sueldo.

Deets se dio una palmada en la pierna y se echó a reír porque lo encontró divertido. Cuando por fin llegó el resto del equipo, los encontraron riendo.

—Míralos —exclamó Augustus—. Cualquiera diría que acaban de descubrir los dientes.

Cuando se acababa el día y el resplandor se extendía hacia arriba, hacia el cielo vacío, el equipo de Hat Creek, siete hombres, cruzó el río y cabalgó en dirección sudeste hacia la « Hacienda Flores» .

10

La primera diferencia que descubrió Newt entre ser o no ser adulto fue que el tiempo no pasaba tan despacio. En cuanto cruzaron el río, el capitán enfiló hacia el Sudeste a trote largo. Pronto se oscureció la tierra y avanzaron a la luz de la luna, aún a trote largo. Como nunca se le había permitido ir a México, excepto en contadas ocasiones a las pequeñas aldeas junto al río donde adquirían ganado legítimamente, no sabía qué esperar aunque lo que nunca había imaginado es que fuera tan oscuro y desierto. Pea Eye y el señor Gus hablaban siempre de la gran cantidad de bandidos que había, pero siete de ellos cabalgaban durante horas por un país que no contenía nada excepto a sí mismo. No veían luces ni oían ruidos; solo cabalgaban a través de barrancadas, por un terreno de escaso chaparral, cada vez más lejos del río. De vez en cuando el capitán aceleraba la marcha y avanzaba al galope corto, pero en general mantuvo el trote. Como *Mouse* tenía un trote fácil y un galope duro, Newt estaba encantado de la marcha.

Iba en mitad del grupo. La tarea tradicional de Pea Eye era vigilar la retaguardia. Newt cabalgaba junto a Dish Boggett, que no había dicho ni una sola palabra desde que salieron y sobre cuyo estado Newt no podía juzgar, aunque por lo menos no se había caído del caballo. La escasa luz de la luna iluminaba el cielo pero no la tierra. Las únicas marcas eran sombras bajas, proyectadas en su mayoría por el chaparral y el mezquite. Por supuesto, no le correspondía a Newt preocuparse por la ruta, pero pensó que sería mejor tratar de orientarse por si se veía separado del equipo y tenía que encontrar el camino de vuelta. Pero cuanto más se alejaban, más perdido se sentía; lo único que sabía con seguridad era que el río estaba a su izquierda. Intentó observar al capitán y al señor Gus, y reconocer las señales por las que se guiaba el equipo. Pero no pudo detectar nada. No parecían prestar mucha atención al terreno. El capitán se detuvo cuando salvaron un cerro y sorprendieron a un importante rebaño de bovinos cuernilargos que salió de estampida al sentirse espoleado por los siete jinetes.

Para entonces brillaban las estrellas y la Vía Láctea era como una larga nube moteada. Sin decir palabra, el capitán saltó a tierra y se puso a mear sin soltar las riendas. Los demás desmontaron uno tras otro e hicieron lo mismo, volviéndose ligeramente para no mojarse uno a otro. Newt pensó que era mejor hacer como todos, pero con gran turbación por su parte no consiguió mear. Lo único que pudo

hacer fue abrocharse y confiar en que nadie se hubiera dado cuenta.

En el silencio que siguió a la meada colectiva pudieron seguir oyendo el ruido del ganado que corría; era lo único que podía oírse que no fuera la respiración de los caballos y el tintineo ocasional de unas espuelas. El capitán parecía pensar que los caballos merecían un corto descanso; se quedó en tierra mirando en dirección al punto por donde huía el ganado.

—Nos hubiéramos podido quedar fácilmente con ese ganado. ¿Alguien lo ha contado?

—Ni por asomo —respondió Augustus, como si él fuera el único capaz de contar.

—¿Era ganado? —preguntó Jake—. Pensaba que eran condenados antílopes. Salvaron el cerro tan deprisa que no pude ver nada.

—Pues fue una suerte que corrieran hacia el Oeste —observó Call.

—¿Una suerte para quién? —preguntó Augustus.

—Para nosotros. Podemos volver y apoderarnos de ellos mañana por la noche —sugirió Call—. He contado cuatrocientas cabezas, por lo menos.

—Será para los que podamos volver, supongo —observó Augustus—. No recuerdo haber trabajado nunca dos noches seguidas.

—Tú nunca has trabajado dos noches seguidas —observó Jake, volviendo a montar—. Al menos que trabajaras con una señora, claro.

—¿Hemos llegado muy lejos, Deets? —preguntó Call. Deets tenía una habilidad asombrosa. Sabía juzgar las distancias recorridas mejor que cualquier hombre que Call hubiera conocido. Podía hacerlo de día, de noche, con cualquier tiempo, en medio de la maleza.

—Aún faltan ocho kilómetros para llegar —dijo Deets—. Es un poco más al Norte.

—Demos un rodeo —aconsejó Call.

Augustus lo consideró una precaución absurda.

—El campamento aún está a ocho kilómetros de distancia. Podemos pasar de largo sin necesidad de tener que ir a México ciudad.

—No estará por demás que mantengamos un buen margen. Podríamos asustar a más ganado. He conocido a hombres que pueden oír cómo huye el ganado a muchísima distancia.

—Yo no oiría la trompeta de Jehová a ocho kilómetros —insistió Augustus—. En todo caso, no somos lo único que puede espantar al ganado en esta tierra. Un lobo también puede asustarlo, o un puma.

—No te he pedido que hicieras un discurso —objetó Call—. Es una tontería arriesgarse.

—Algunos podrían pensar que la tontería es tratar de robar caballos del rancho mejor armado del norte de México. Pedro debe tener unos cien vaqueros —dijo Augustus.

—Sí, pero no se pueden desplegar y la mayoría no sabe disparar.

—La mayoría de nosotros tampoco. Ni Dish ni Newt han derramado sangre, y además uno de los dos está borracho.

—Gus, tú serías capaz de hablar hasta con una zarigüeya —comentó Jake.

—Ojalá encontráramos una —insistió Augustus—. He visto zarigüeyas que piensan más que toda esta pandilla.

Después de esto se acabó la conversación y todos volvieron al ritmo de las cabalgaduras. Newt se esforzaba por mantenerse alerta, pero su paso era tan regular que al poco rato dejó de pensar y se limitó a cabalgar. Deets marchaba delante de él. Dish iba a un lado y Pea cerraba la marcha. Avanzaban con tanta regularidad que si hubiera tenido sueño podría haberse dormido.

Dish Boggett había eliminado lo peor de la borrachera, aunque había momentos en que aún se sentía mareado. Dish había pasado la mayor parte de su vida a caballo y podía cabalgar, fuera cual fuese su estado, excepto parálisis; no le costaba nada mantenerse al ritmo del grupo. La cabeza dejó de dolerle y se sintió lo bastante bien para interesarse por la marcha. No le preocupaba la sensación de estar perdido, ni sentía aprensión por los bandidos mejicanos. Confiaba en su caballo y se preparó para superar cualquier problema que no pudiera solucionarse de otra manera. Su máxima preocupación era cabalgar detrás de Jake Spoon, que le recordaba lo que había sucedido en el *saloon* cada vez que le miraba. Sabía que estaba en un pobre segundo término en el afecto de Lorena por culpa del hombre que le precedía, y saberlo le escocía. Lo único que le consolaba era pensar que podía haber tiroteo antes de que terminara la noche… Dish nunca había participado en una ensalada de tiros, pero pensó que si las balas eran rápidas y abundantes, Jake podría recibir alguna y esto cambiaría la situación. No era que Dish deseara que le mataran; bastaba con que lo hirieran lo suficiente para tener que dejarle en algún lugar río abajo, donde pudiera haber un médico.

Más de una vez divisaron grupos de cuernilargos que corrían como gamos al ver acercarse hombres a caballo.

—Si fuéramos a Montana con reses como estas llegaríamos en menos de una semana —comentó Augustus—. Un caballo no puede alcanzarlas, y una máquina de vapor tampoco.

—El campamento importante —dijo Deets— está en cuanto se pasa la loma.

—No nos interesa el campamento, lo que queremos es el rebaño de caballos —dijo Augustus con voz tonante.

—Sigue hablando, Gus —le advirtió Jake—. Si hablas un poco más fuerte probablemente nos traerán los caballos hasta aquí, solo que irán montados en ellos.

—Bah, no son más que una pandilla de comedores de fríjoles —dijo Augustus —. Mientras no suelten los pedos en mi dirección, no me preocupan.

Call se dirigió hacia el Sur. Cuanto más se acercaban a la acción, más le molestaban las bromas. Le parecía que los hombres que habían participado en combates y visto muertos y heridos deberían sentir cierto respeto por los peligros de su oficio. La última cosa que deseaba hacer en aquellos momentos era hablar. Un hombre que hablara no podía escuchar el país y podría escapársele algo que marcaría una diferencia crucial.

La indiferencia de Gus por el sentido común en semejantes situaciones, era legendaria. Jake también parecía indiferente, pero Call sabía que simulaba. Gus iniciaba la broma y Jake consideraba que debía llegar hasta el final, porque deseaba que se le considerara un hombre de sangre fría.

Pero la realidad era que la sangre fría era de Gus McCrae, tal vez el hombre más frío que Call había conocido…, y había conocido a muchos hombres que no se asustaban con facilidad. Su desprecio del peligro era tal que al principio Call pensó que buscaba la muerte. Había conocido a hombres que querían morir, que por alguna razón habían acabado odiando la vida, y la mayoría consiguió la muerte que deseaba. En Texas, tiempo atrás, era fácil resultar muerto.

Pero Gus amaba la vida y no estaba dispuesto a dejar que nadie le arrebatara ninguno de sus placeres. Call pensó finalmente que su frialdad era un subproducto de su exceso de confianza y vanidad. El propio Call había pasado mucho tiempo estudiándose. Sabía lo que podía hacer con seguridad, lo que podía hacer si tenía suerte y lo que no podía hacer salvo en caso de milagro. El problema con Gus era que, en ciertas situaciones, creía que el milagro era él. Trataba el peligro con cierto despego o abierto desprecio, y el desprecio era lo que parecía sentir por Pedro Flores, aunque Pedro llevaba firme en su inexpugnable imperio más de cuarenta años violentos.

Cuando empezaban los problemas, Gus era de fiar, por supuesto, pero Deets era el único hombre del equipo que prestaba una verdadera ayuda en la planificación. Nadie esperaba que Deets dijera nada, lo que le dejaba en libertad para fijarse, y se fijaba con cuidadosa atención, con frecuencia viendo cosas que Call había pasado por alto o confirmando juicios que para Call eran inciertos. Incluso Gus admitía sin rodeos que el oído de Deets era el mejor del equipo, aunque el propio Deets aseguraba que se fiaba más de su olfato, lo cual provocaba las burlas de Augustus.

—¿A qué huelen los problemas? —le preguntaba—. Nunca me di cuenta de que tuvieran olor. ¿Estás seguro de que no te hueles a ti mismo?

Pero Deets nunca explicaba nada ni permitía a Gus que le enzarzara en una discusión.

—¿Cómo conocer el coyote? —le contestaba a veces.

Cuando hubieron recorrido tres o cuatro kilómetros más hacia el Sur. Call se detuvo.

—Hay otro campamento por aquí —dijo—. Sus mozos se quedan en él. Dudo

de que haya más de uno o dos, pero no quiero que escape alguno y vaya a advertir a la casa grande. Es mejor llegar sigilosamente y sorprenderles. Yo y Deets podemos hacerlo.

—Esos vaqueros ya deben de estar borrachos —insinuó Augustus—. Borrachos y dormidos los dos.

—Nos repartiremos —dijo Call—. Tú, Jake, Pea y Dish os apoderaréis de los caballos. Nosotros retendremos a los vaqueros.

Solo después de decir esto se acordó del muchacho. Se le había olvidado que venía con ellos. Claro que para el muchacho hubiera sido más seguro ir tras los caballos, pero ya había dado la orden y no le gustaba cambiar de planes cuando todo estaba dispuesto.

Augustus echó pie a tierra y apretó la cincha.

—Espero encontrar pocos barrancos. Me molesta saltarlos a oscuras.

A Newt le dio un vuelco el corazón cuando se dio cuenta de que el capitán se quedaba con él. Eso podía significar que después de todo el capitán le consideraba útil, aunque no tenía la menor idea de cómo retener a un vaquero mejicano o lo que fuera.

Cuando se separaron, Call cambió la andadura. Estaba furioso consigo mismo por no haber enviado al muchacho con Gus. Él y Deets llevaban tanto tiempo trabajando juntos que casi no necesitaban hablarse. Pero el muchacho no sabría lo que habría que hacer y podía estorbarles.

—¿Crees que tendrán un perro? —preguntó Call. Un perro era capaz de ladrar por cualquier cosa y un vaquero listo le haría caso e inmediatamente tomaría precauciones.

Deets sacudió la cabeza:

—Un perro ya estaría ladrando. A lo mejor le ha mordido una serpiente.

Newt agarró con fuerza las riendas y se encasquetó el sombrero varias veces. No quería perderlo. Dos preocupaciones ocupaban su mente: que podían matarle, o que podía meter la pata y disgustar al capitán. No le gustaba ninguna de las dos.

Cuando a Call le pareció que estaba más o menos a medio kilómetro del campamento, detuvo el caballo y desmontó. El muchacho hizo lo mismo, pero Deets, por alguna razón, permaneció montado. Call le miró y cuando se disponía a decirle algo, Deets levantó su manaza. Por lo visto había oído algo que ellos no oían.

—¿Qué pasa? —murmuró Call.

Deets saltó a tierra sin dejar de escuchar.

—No lo sé. Parecen canciones.

—¿Por qué van a cantar los vaqueros a esta hora de la noche? —preguntó Call.

—No, son canciones folklóricas —explicó Deets.

Esto era más que desconcertante:

—A lo mejor es Gus. Aunque no creo que esté tan loco como para cantar ahora.

—Voy a acercarme un poco —dijo Deets, y entregó las riendas de su caballo a Newt.

Cuando Deets se hubo ido, Newt se sintió torpe. Tenía miedo a hablar y se quedó quieto sujetando las riendas de los dos caballos.

Call estaba molesto porque su oído no funcionaba como debía. Escuchaba, pero no conseguía oír nada. De pronto se fijó en el muchacho, tenso como un cable.

—¿Oyes algo? —le preguntó.

En cualquier otro momento a Newt la pregunta le hubiera parecido sencilla. O había oído algo, o no lo había oído. Pero bajo el peso de la acción y de las responsabilidades, la seguridad se disolvía. Creía haber oído algo, pero no podía decir qué. El sonido era tan distante e indistinto que ni siquiera podía estar seguro de que fuera un sonido. Cuanto más se esforzaba por oír, más inseguro se sentía sobre lo que había oído. Nunca hubiera sospechado que algo tan simple como el sonido pudiera producir semejante confusión.

—Puede que lo haya oído —respondió dándose cuenta de que la respuesta era inadecuada—. Es un sonido, pero muy débil —añadió—. ¿No habrá pájaros por aquí? Podría ser un pájaro.

Call sacó su rifle de la funda de la silla. Newt empezó a sacar su arma, pero Call le contuvo.

—No la necesitarás y se te podría caer. Una vez dejé caer uno mío y tuve que salir corriendo y allí se quedó.

Deets volvió de pronto a estar junto a ellos, caminando silenciosamente hasta llegar junto al capitán.

—En efecto, están cantando.

—¿Quiénes?

—Dos blancos. Tienen un mulo y un burro.

—Esto no tiene sentido —dijo Call—. ¿Qué estarán haciendo dos blancos en uno de los campamentos de Pedro Flores?

—Podemos ir a ver —ofreció Deets.

Siguieron a Deets, en fila india, hasta pasar una loma, donde se detuvieron. A unos cien metros de distancia se distinguía una luz temblorosa. Efectivamente, Deets tenía razón. Se oía cantar claramente. La canción incluso parecía familiar.

—Vaya, pero si es *Mary McCrae* —exclamó Newt—. Lippy la toca.

Call no sabía qué pensar. Se deslizaron algo más cerca, hasta la esquina de lo que había sido en otros tiempos un gran corral vallado. Era evidente que el campamento se utilizaba poco, porque el corral parecía abandonado y la valla medio caída. La barraca que había sido vivienda de los vaqueros carecía de tejado. El humo del fuego de los cantores se elevaba más blanco que la luz de la

luna.

—Este campamento ha sido quemado —dijo Call.

Oía claramente la canción, que no hacía sino aumentar su perplejidad. Las voces no eran mejicanas ni tejanas. Parecían irlandesas. ¿Pero por qué había irlandeses cantando en uno de los viejos campamentos de Pedro Flores? Se encontraban en una extraña situación. Jamás había oído a un vaquero irlandés. Era una situación desconcertante, pero no podía quedarse allí haciendo conjeturas. El rebaño de caballos pronto estaría en movimiento.

—Creo que será mejor que los prendamos —dijo—. Entraremos por tres lados distintos. Si veis que uno de ellos intenta escapar, disparad al caballo.

—No hay caballos —le recordó Deets—. Solo un mulo y un burro.

—De todas formas, disparad —ordenó Call.

—¿Y si hiero al hombre? —preguntó Newt.

—Ese es su problema. Vuestro problema es que no escapen.

Amarraron los caballos a un pequeño árbol y se dirigieron a la barraca. Había terminado la canción, pero seguían oyéndose las voces. Parecía que discutían.

El capitán y Deets se alejaron, dejando a Newt solo con su nerviosismo y un inmenso peso de responsabilidad. Pensó que estaba más próximo a sus propios caballos; si los hombres eran bandidos experimentados, podían pensar que lo mejor sería robar aquellos tres caballos. Las canciones podían ser un truco, un modo de pillar desprevenido al capitán. Quizás hubiera más de dos hombres. Los otros podían estar ocultos en la oscuridad.

Tan pronto como se le ocurrió que podía haber más bandidos, empezó a desear que aquello no le hubiera ocurrido a él. La sola idea le parecía terrorífica. Había infinidad de matas bajas, sobre todo chaparral, entre él y la barraca, y podía haber un bandido con una navaja « Bowie» detrás de cualquiera de ellas. Pea le había explicado hasta la saciedad lo efectivo que era una buena « Bowie» en manos de alguien que supiera manejarla bien, y a medida que avanzaba recordó casos de puñaladas. Antes de haber recorrido diez pasos se había convencido de que su fin estaba próximo. Estaba clarísimo que sería una víctima fácil para un bandido con la mínima experiencia. Nunca había disparado a nadie, y de noche no veía muy bien. Se sentía tan desamparado que empezó a pensar en un plan de resistencia.

Incluso experimentó un ramalazo de irritación contra el capitán por ser tan incauto y dejarle a un lado de la casa con los caballos enteramente confiados a él, una confianza que nunca soñó en merecer y que de pronto se le hacía excesiva, dejándole con responsabilidades que no se creía capaz de afrontar.

Pero el tiempo iba pasando y él avanzaba lentamente hacia la casa, con la pistola en la mano. La barraca parecía cerrada cuando el capitán y Deets estaban con él, pero cuando le dejaron, se encontró con sombras peligrosas que

sortear. Lo único tranquilizador era que los hombres hablaban fuerte y probablemente no le oirían llegar a menos que perdiera por completo el control y disparara su arma.

Cuando se encontró a treinta metros de la casa se detuvo y se agachó tras una mata. La barraca no había sido nunca más que un cobertizo con algunos ladrillos de adobe alrededor para reforzarlo; sus paredes estaban tan estropeadas y llenas de agujeros que era fácil ver el interior. Newt comprobó que los dos hombres que discutían eran bajos y más bien gordos. Además no estaban armados, o parecían no estarlo. Vestían camisas sucias y el más viejo de los dos era casi calvo. El otro parecía mucho más joven, aproximadamente como él. Tenían una botella, pero evidentemente quedaba poco en ella porque el viejo se negaba a pasársela al joven.

No era difícil seguir su conversación. Discutían sobre su próxima comida.

—Yo pienso que nos deberíamos comer el mulo —dijo el joven.

—Ni hablar —protestó el otro.

—Entonces déjame beber —pidió el joven.

—Lárgate. No mereces beber mi *whisky* ni te comerás mi mulo. Estoy agradecido a este mulo y tú también debieras estarlo. ¿No te ha traído hasta aquí sin protestar?

—A morir al desierto, querrás decir. ¿Debo darle las gracias por ello?

Newt podía distinguir un mulo flaco y un burro pequeño, amarrados a la entrada de la barraca, lejos del fuego.

—Si llega el momento, nos comeremos al burro —declaró el calvo—. ¿Qué puede hacerse con un burro?

—Enseñarle a sentarse sobre su trasero y a comer azúcar de cortadillo —dijo, riéndose de su propio ingenio.

Newt se acercó un poco más, casi sin miedo. Los hombres que podían sostener semejante conversación no parecían muy peligrosos. Cuando ya empezaba a relajarse, una mano le agarró súbitamente por el hombro y por poco se desmaya de miedo, pensando en la navaja que le iban a clavar a continuación. Después se dio cuenta de que se trataba de Deets. Este le indicó que le siguiera y se dirigió directamente hacia la barraca. Cuando estuvieron a pocos pasos de la destrozada pared de adobe, Newt vio al capitán Call que se adelantaba hacia el círculo de luz del fuego, por el otro lado.

—No os mováis —les dijo con voz tranquila, casi amistosa.

Evidentemente, a los dos hombres sentados junto al fuego no les pareció tan amistosa.

—¡Asesinos! —gritó el joven.

El joven se puso en pie de un salto y corrió por delante del capitán tan rápidamente que este ni siquiera tuvo tiempo de hacerle la zancadilla o de darle con la culata del rifle. Para ser un hombre gordo se movía deprisa, y saltó sobre

el lomo del mulo antes de que los otros dos pudieran moverse. Newt esperaba que el capitán le disparara o por lo menos que se acercara y lo tirara del mulo, pero con gran sorpresa el capitán se limitó a mirarle con el rifle doblado sobre el brazo. El muchacho, porque eso era, golpeó desesperadamente al mulo con los talones y el mulo respondió con un salto y una cabriola, tirándole de cabeza casi en el mismo lugar del que había salido. Entonces, Newt descubrió la razón por la que el capitán no se había molestado en impedir la huida: el mulo estaba trabado.

Cuando Deets vio al hombre tan asustado que trataba de huir sobre un mulo trabado, se golpeó la pierna con su manaza y lanzó una risotada, apoyando el rifle por un momento contra la pared de adobe.

—Verán, es un pobre mulo —exclamó el muchacho indignado, levantándose —. Las piernas no le funcionan.

Deets se echó a reír con más fuerza, pero el calvo lanzó un suspiro y miró al capitán con cierto humor.

—Es mi hermano, pero es tonto —explicó—. El Señor le dio una bonita voz de barítono y supongo que pensó que con eso bastaba para un pobre irlandés.

—Por lo menos soy más listo que tú —dijo el muchacho, lanzando tierra a su hermano. Parecía dispuesto a llevar la pelea adelante, pero su hermano se limitó a sonreír.

—Debes destrabar el mulo si quieres que sus piernas funcionen. Siempre olvidas este tipo de detalles, Sean.

El mulo había logrado ponerse en pie y aguardaba tranquilo junto al capitán.

—Bueno, pero yo no lo trabé —se excusó el muchacho—. Yo montaba el burro.

El calvo tendió amablemente la botella al capitán.

—Solo queda un trago, pero si está sediento, puede tomarlo.

—Muy agradecido, pero no —dijo el capitán—. ¿Saben ustedes dónde están?

—Lo que sí sabemos es que no estamos en Irlanda —afirmó el muchacho.

—No llevarán un saco de patatas, ¿verdad, señor? —pidió el viejo—. Añoramos nuestras patatas.

Call indicó a Deets y Newt que se unieran al grupo. Al hacerlo, el calvo se puso en pie:

—Como no nos han asesinado, voy a presentarme. Soy Allen O'Brien y este es el joven Sean.

—¿No tienen más que estos animales? —preguntó Call—. ¿Solo un asno y un mulo?

—Al principio teníamos tres mulos —explicó Allen—. Confieso que la sed nos pudo. Cambiamos dos mulos por un burro y algo de bebida.

—Y algunas alubias —añadió Sean—. Solo que las alubias no valían nada. Se me rompió un diente cuando intentaba comerlas.

Esta vez fue Call el que suspiró. Había esperado encontrar vaqueros y en

cambio se había tropezado con dos infelices irlandeses, ninguno de los cuales tenía una montura apropiada. Tanto el mulo como el asno parecían muertos de hambre.

—¿Cómo han llegado hasta aquí? —les preguntó.

—Es una larga historia —respondió Allen—. ¿Estamos muy lejos de Galveston? Este era nuestro destino.

—Lo han dejado muy atrás. Esta barraca donde descansan pertenece a un hombre llamado Pedro Flores. No es una persona amable y si les encuentra aquí mañana me imagino que les ahorcará.

—Ya lo creo —corroboró Deets—. Mañana estará furioso.

—Bueno, nos iremos con ustedes —dijo Allen. Ofreció cortésmente la botella tanto a Deets como a Newt, y como estos rehusaron beber, se la terminó de un trago y la tiró.

—Ya estamos listos —anunció.

—Trae los caballos —pidió Call a Newt, mirando a los irlandeses. No eran cosa suya y podía dejarles y alejarse, pero el robo que se disponía a cometer pondría sus vidas en considerable peligro: Pedro Flores volcaría su rabia en cualquier blanco que tuviera a mano—. No tengo tiempo para dar muchas explicaciones. Tenemos unos caballos al sur de aquí. Les enviaré a un hombre con dos de ellos tan pronto como pueda. Estén preparados, no les vamos a esperar.

—¿Quiere decir esta noche? —preguntó el chico—. Y de dormir, ¿qué?

—Estén preparados —repitió Call—. Tendremos que movernos deprisa cuando emprendamos la marcha, y no podrían seguirnos con este mulo y el asno.

A Newt le dieron pena. Parecían simpáticos. El más joven sostenía la bolsa de las alubias. Newt pensó que no podía dejar de decirles unas palabras sobre las alubias.

—Debes poner las alubias en remojo. Cuando están un rato en el agua se ponen más tiernas.

El capitán ya se alejaba y Newt no se atrevía a demorarse más tiempo.

—No hay agua para remojarlas —dijo Sean. Tenía un hambre atroz y en tales circunstancias se dejaba llevar por la desesperación.

Deets fue el último en marcharse. Allen O'Brien se le acercó cuando se disponía a montar, y le dijo:

—Espero que no se olviden de nosotros. Creo que estamos perdidos.

—El capitán ha dicho que les recogeríamos, y les recogeremos.

—Lo mejor es que trajeran un carro. Un carro es lo que necesito —murmuró Sean.

—Una cuna te iría mejor —dijo su hermano.

Oyeron el ruido de los caballos, que se fue apagando y se perdió en la noche

del desierto.

11

Augustus no tardó en encontrar la manada de caballos en un valle al sur del viejo campamento fronterizo. Un par de caballos relincharon al ver a los jinetes, pero no parecieron especialmente inquietos.

—Probablemente todos son caballos tejanos —comentó Augustus—. Probablemente están hartos de México.

—Yo ya estoy harto y acabo de llegar —dijo Jake encendiendo un cigarrillo —. Nunca me gustó el trato con los comedores de chiles.

—Pues deberías quedarte y establecer tu hogar aquí —dijo Augustus—. El *sheriff* no puede seguirte hasta aquí; piensa además en las mujeres.

—Ya tengo una. La de Lonesome Dove me servirá para un tiempo.

—Te servirá bien —replicó Augustus—. La muchacha tiene más coraje que tú.

—¿Y tú cómo puedes saberlo, Gus? Supongo que un hombre de tu edad no habrá estado con ella.

—Cuanto más viejo más pellejo. Tú nunca has sabido gran cosa de mujeres.

Jake no contestó. Se le había olvidado lo mucho que a Augustus le gustaba discutir.

—Supongo que piensas que todas las mujeres quieren casarse contigo, que les construyas una casa y criar cinco o seis mocosos. Pero en mi opinión pocas mujeres son imbéciles y solo una imbécil te elegiría a ti para ese trabajo, Jake. Quedas muy bien para un baile en un granero o para una polka o quizás un *picnic*, pero levantar casas y criar niños no es tu estilo.

Jake guardó silencio. Sabía que el silencio era la mejor defensa cuando Augustus se enrollaba. Podía tardar cierto tiempo en terminar el argumento si se le dejaba solo, pero cualquier respuesta solo servía para darle ánimos.

—Aquí no hay cien caballos —dijo al cabo de un rato—. A lo mejor nos hemos equivocado de manada.

—No, está bien —dijo Augustus—. Pedro ha aprendido a no dejar toda su remuda en un mismo lugar. Aquí hay casi cuarenta caballos. No satisfará a Woodrow, claro, pero prácticamente nada le satisface.

Apenas había acabado de hablar cuando se oyeron tres caballos que venían del Norte.

—Si no son ellos, es que nos atacan —observó Jake.

—Son ellos. Un explorador como tú, que ha viajado hasta Montana, debería reconocer a su gente.

—Gus, eres capaz de exasperar a un predicador. Yo no sé qué ruido hacen tus malditos caballos.

Ese era uno de sus viejos trucos, hacerle sentir incompetente, como si un hombre fuera incompetente porque no supiera ver en la oscuridad o identificar a un caballo local por su trote.

—Ah, cómo te cabreas, Jake —dijo Augustus cuando llegaba Call.

—¿Es esto todo lo que hay, o habéis asustado a los demás? —preguntó.

—¿Acaso te parecen nerviosos? —replicó Augustus.

—¡Maldita sea! —exclamó Call—. La última vez que vinimos había dos o trescientos caballos.

—A lo mejor Pedro se ha arruinado. Los mejicanos también se arruinan como en Texas. ¿Qué habéis hecho con los vaqueros?

—No encontramos ninguno. Solamente hemos encontrado a dos irlandeses.

—¿Irlandeses? —repitió Augustus.

—Se habían perdido —explicó Deets.

—Bueno, no puedo creer que estuvieran perdidos —comentó Jake.

—Iban camino de Galveston —añadió Newt, pensando que esto ayudaría a aclarar la situación.

Augustus se echó a reír.

—Me figuro que no es difícil perder Galveston si vienes de Irlanda. De todos modos hace falta habilidad para perderse por los Estados Unidos y terminar en el rancho de Pedro Flores. Me gustaría conocer a hombres capaces de semejante cosa.

—Tendrás oportunidad —concedió Call—. No tienen montura a menos que consideres como tal un mulo y un burro. Me figuro que es mejor que les ayudemos a salir del apuro.

—Me sorprende que además no vayan desnudos. Han tenido suerte de que un bandido no les haya dejado sin ropas.

—¿Has contado los caballos o habéis estado aquí charlando? —preguntó Call bruscamente. La noche se estaba volviendo más complicada y menos provechosa de lo que había esperado.

—Le dije a Dish Boggett que se ocupara de hacerlo —respondió Augustus—. Hay unos cuarenta.

—No bastan. Coge dos y vuelve a buscar a los irlandeses.

Cogió la cuerda que llevaba en el arzón y se la dio al muchacho:

—Vete a buscar dos. Será mejor que hagas cabezadas.

Newt se sorprendió tanto por el encargo que casi dejó caer la cuerda. Nunca había enlazado un caballo a oscuras, pero tendría que intentarlo. Salió al trote

hacia la manada, pensando que saldrían de estampida al verle. Pero tuvo suerte. Seis u ocho caballos trotaron hacia él para olfatear su montura y cogió a uno con facilidad. Cuando preparaba el segundo lazo y trataba de llevar al primer caballo junto a Pea, Dish Boggett se acercó trotando sin que se le llamara y enlazó a otro.

—¿Qué vamos a hacer con ellos, marcarlos? —preguntó Dish.

Newt estaba irritado, porque le hubiera gustado hacer el trabajo solo, pero como se trataba de Dish, no dijo nada.

—Prestárselos a unos hombres que hemos encontrado —explicó—. Irlandeses.

—Me molesta prestar mi cuerda a unos irlandeses. A lo mejor me quedo sin una buena cuerda.

Newt lo solucionó poniendo su propia cuerda al segundo caballo, y los condujo hasta donde estaba el capitán. El señor Gus se echó a reír, y Newt se quedó preocupado por si había hecho algo incorrectamente, aunque no podía imaginar qué.

Luego vio que estaban mirando la marca de los caballos… HIC en la cadera izquierda.

—Esto demuestra que incluso los pecadores pueden llevar a cabo una obra cristiana. Aquí estamos, dispuestos a robar a un hombre, y ahora estamos en situación de devolver una propiedad valiosa a un hombre que ha sido robado. Es una curiosa justicia, ¿no te parece?

—Es una noche perdida, esto es lo que es —dijo Call.

—Yo en tu lugar le haría pagar una recompensa por los caballos —sugirió Jake—. Jamás hubiera vuelto a verlos de no haber sido por nosotros.

Call guardó silencio. Por supuesto, no iban a cobrar a un hombre sus propios caballos.

—No te preocupes, Call —observó Augustus—. Nos resarciremos con los irlandeses. A lo mejor tienen tíos ricos…, directores de Bancos, magnates del ferrocarril, o algo por el estilo. Estarán tan contentos de ver a esos muchachos con vida que probablemente nos harán socios suyos.

Call pasó por alto sus palabras, tratando de pensar en algo que les salvara el viaje. Aunque siempre había sido un buen planificador, la vida en la frontera le había convencido de la fragilidad de los planes. Lo cierto es que los planes fracasaban, por una razón u otra. Había sobrevivido como *ranger* porque era rápido en reaccionar ante lo que se encontraba, no porque sus planes fueran infalibles.

En el caso presente había encontrado dos viajeros sin recursos y una manada de caballos robados. Pero aún faltaban cuatro horas para la salida del sol y no estaba dispuesto a abandonar su propósito inicial de regresar con cien caballos mejicanos. Todavía era posible, si actuaba con decisión.

—Está bien —decidió, eligiendo mentalmente quién debía ser asignado para

cierta tarea—. Estos son, sobre todo, caballos de Wilbarger. La razón de que sean tan mansos es porque se les ha agotado, y además, porque están acostumbrados a los tejanos.

—Enlazaría uno y me lo llevaría a casa si conociera el paso de andadura —dijo Jake—. Estoy molido después de saltar sobre este viejo trotón que me habéis endosado.

—Jake está acostumbrado a las almohadas de pluma y a las putas de Arkansas —comentó Augustus—. Es una lástima que tenga que asociarse con unos viejos rudos como nosotros.

—Podéis seguir comadreando mañana —les espetó Call—. Los caballos de Pedro deben de estar por alguna parte. Me gustaría echar un vistazo antes de marchar. Esto significa que debemos hacer tres grupos.

—A mí déjame el grupo que vuelva antes a casa —reclamó Jake, que nunca se avergonzaba de quejarse—. Tengo el trasero más que harto de México.

—Muy bien. Tú, Deets y Dish, llevaos estos caballos a casa.

Le habría gustado tener a Deets con él, pero Deets era el único del que estaba seguro que llevaría los caballos de Wilbarger directamente a Lonesome Dove. Aunque se decía que Dish Boggett era un gran elemento, estaba por demostrar, y Jake probablemente se perdería.

—Gus, a ti te quedan los irlandeses. Si saben cabalgar, deberías alcanzar esos caballos cerca de esta orilla del río. Pero no te entretengas jugando al póquer con ellos.

Gus consideró el ofrecimiento:

—Así que esta es tu estrategia, ¿eh? Tú, Newt y Pea a divertiros, y para los demás el trabajo pesado…

—Solo trataba de que te resultara más fácil, Gus. Después de todo eres el más viejo y el más decrépito.

—Entonces nos veremos a la hora del desayuno —respondió Augustus cogiendo las cuerdas de los caballos de manos de Newt—. Solo deseo que los irlandeses no esperen una calesa.

Y dicho esto se alejó al galope. Los demás trotaron hasta donde estaban sentados Pea y Dish, esperando.

—Pea, ven conmigo. Y tú también —dijo mirando al muchacho. Aunque exponía a Newt a un nuevo peligro, decidió que quería al muchacho con él. Por lo menos no adquiriría malas costumbres, como habría ocurrido de haberle enviado con Gus.

—Lo que tenéis que hacer vosotros tres es llevar estos caballos al pueblo cuando amanezca. —Y añadió—: Y si no hemos vuelto, entregadle a Wilbarger los suyos.

—¿Qué te propones hacer? —preguntó Jake—. ¿Quedarte aquí y casarte?

—Todavía no he hecho planes. No te preocupes por nosotros. Pon los caballos

en marcha.

Al decir esto miró a Deets. Oficialmente, no podía poner a Deets de jefe de dos blancos, pero quería que supiera que le encargaba la responsabilidad de que llegaran los caballos. Deets no dijo nada, pero cuando se alejó al trote para poner en marcha a los caballos, tomó la cabecera como si fuera su puesto natural. Dish Boggett se situó a un lado, dejando a Jake que cerrara la retaguardia.

Jake parecía totalmente desinteresado por la operación, pero este era su modo de ser.

—¡Menudo amigo, Call! —protestó—. No llevo ni una semana en casa y ya me tienes robando caballos.

Pero galopó tras la manada y no tardó en perderse de vista. Pea Eye bostezó, contemplando cómo se alejaba.

—¡Hay que ver! —comentó— Jake sigue siendo el mismo de siempre.

Una hora más tarde encontraron la manada principal en un estrecho valle, varios kilómetros al Norte. Call calculó que habría más de un centenar. La situación tenía sus dificultades, la principal de ellas era que los caballos estaban a más de un kilómetro del cuartel general de Flores y además del lado malo. Iba a ser necesario llevarlos rodeando la hacienda o dirigirlos hacia el Norte en dirección al río, pero era un camino mucho más largo. Si Pedro Flores y sus hombres decidían perseguirles, tendrían una buena oportunidad de alcanzarlos a cielo abierto, a plena luz del día y a varios kilómetros de toda ayuda. Él, Pea y el muchacho tendrían que enfrentarse a un pequeño ejército de vaqueros.

Pero no quería dejar aquellos caballos ahora que los había encontrado. Estaba tentado de trasladarlos rodeando la hacienda confiando en que todos se hubieran acostado borrachos.

—Bueno, aquí estamos —dijo—. Vamos a llevárnoslos.

—Son muchos —dijo Pea—. No tendremos que volver en mucho tiempo.

—No volveremos nunca más. Venderemos algunos y nos llevaremos los demás a Montana.

Por fin empezaba la vida, pensó Newt. Aquí estaba, más abajo de la frontera, a punto de llevarse una gran manada de caballos, y dentro de pocos días o de pocas semanas emprenderían el camino con el ganado hacia un lugar del que apenas había oído hablar. La mayor parte de los mozos que iban hacia el Norte desde Lonesome Dove se dirigían a Kansas y lo encontraba lejos, pero Montana debía estar dos veces más lejos. No podía imaginarse cómo sería aquel lugar. Jake había dicho que era un país de búfalos y montañas, dos cosas que nunca había visto, y nieve, más difícil aún de imaginar. Había visto lomas y colinas, y tenía por tanto una noción sobre montañas, y había visto dibujos de búfalos en los periódicos que los cocheros de la diligencia dejaban a veces al señor Gus.

Pero la nieve era algo totalmente misterioso. Una o dos veces en su vida habían caído heladas en Lonesome Dove. Había visto una fina capa de hielo en el cubo del agua que se quedaba en el porche. Pero el hielo no era nieve, que al parecer se amontonaba en el suelo hasta tal altura que la gente tenía que vadearla. Había visto dibujos de gentes deslizándose por encima de ella, pero aún no podía imaginar lo que se sentiría estando en la nieve.

—Vamos a ir a casa —dijo Call de pronto—. Si se despiertan que se despierten. Tú colócate a la izquierda —ordenó al muchacho—. Pea irá a la derecha y yo detrás. Si hay problemas, me acercaré desde atrás, y me enteraré primero. Si vienen tras de nosotros en son de guerra les podemos soltar treinta o cuarenta caballos, a ver si se dan por satisfechos.

Rodearon la manada y tranquilamente empezaron a trasladarla al Noroeste, agitando una cuerda de vez en cuando para poner en marcha a los caballos pero hablando lo menos posible. Newt no podía dejar de sentirse un poco raro con todo aquello, porque en cierto modo había imaginado que habían venido a México a comprar caballos, no a robarlos. Era desconcertante que un río tan pequeño y sucio como el Río Grande representara tal diferencia entre lo que era lícito y lo que no lo era. En Texas, robar caballos era un crimen por el que a uno podían ahorcarle, y muchos de los ahorcados eran vaqueros mejicanos que cruzaban el río para hacer lo que ellos estaban haciendo. El capitán era conocido por su severidad en lo referente a los ladrones de caballos, y no obstante aquí estaban, llevándose una manada entera. Naturalmente, si se cruzaba el río para hacerlo dejaba de ser un crimen y se convertía en un juego.

Newt no creía realmente que lo que estaba haciendo estuviese mal. De haber sido así, el capitán no lo haría. Pero de pronto pensó que según la ley mejicana lo que hacían podía merecer la horca. Daba un nuevo cariz al juego. Cuando imaginaba lo que sería ir a México, siempre había supuesto que el peligro principal serían las balas, pero ya no estaba tan seguro. Durante el viaje de ida no se había preocupado, porque todo un equipo le rodeaba.

Pero una vez emprendieron la vuelta, en lugar de estar rodeado por todo un equipo, no tenía a nadie. Pea estaba lejos, al otro lado del valle, y el capitán casi un kilómetro detrás. Si aparecía un grupo de vaqueros hostiles, ni siquiera sabría encontrar a los otros dos hombres. Incluso si no le capturaban inmediatamente, podía perderse fácilmente. Lonesome Dove sería difícil de localizar, sobre todo si le perseguían.

En el caso de que le capturaran, sabía que no podría esperar clemencia. La única cosa a su favor era que no se veían árboles alrededor donde colgarle. El señor Gus había contado una historia sobre un ladrón de caballos que tuvo que ser colgado de la viga de un granero porque no había árboles, pero por lo que Newt había oído decir, en México tampoco había graneros. Lo único que sabía con certeza era que estaba asustado. Cabalgó durante unos kilómetros lleno de

inquietud. No le abandonaba una idea nueva, la de que podía ser colgado. En un momento determinado fue tan fuerte que se apretó el cuello con la mano para tener una vaga noción de cómo se sentía sin poder respirar. No parecía una sensación demasiado mala si se apretaba solo con la mano, pero sabía que una cuerda sería muchísimo peor.

Pero los kilómetros iban pasando y los vaqueros no aparecían. Los caballos avanzaban a la luz de la luna en una larga fila, trotando con tranquilidad. Habían dejado ya la hacienda muy atrás y la noche parecía tan llena de paz que Newt empezó a relajarse un poco. Después de todo, el capitán, y Pea y los otros habían hecho lo mismo infinidad de veces. Era solo un trabajo nocturno que pronto terminaría.

Newt no estaba cansado y a medida que fue perdiendo el miedo empezó a imaginarse lo agradable que resultaría entrar en Lonesome Dove con tan gran manada de caballos. Todos los que les vieran llegar se darían cuenta de que ya era un hombre. Incluso Lorena podría verle si se asomaba a la ventana en el momento oportuno. Él, el capitán y Pea, estaban haciendo algo excepcional. Deets estaría orgulloso de él e incluso Bolívar se enteraría.

Todo fue sucediendo tranquilamente bajo la luna nueva que brillaba vivamente al Oeste. A Newt le pareció que aquella era una de las noches más largas del año. Siguió mirando hacia el Este esperando ver un poco de arrebol en el horizonte, pero el horizonte seguía negro.

Iba pensando en la mañana y en lo agradable que sería haber cruzado el río y conducir a los caballos a través del pueblo, cuando la placidez de la noche estalló de pronto como un bombazo. Sucedió cuando se encontraban en la larga llanura de chaparral, no lejos del río por el Sur, y cuando estaban acompañando a los caballos alrededor de una densa espesura de chaparral, cactos y mezquite bajo. Newt se había separado un poco para dejar espacio suficiente a los caballos para sortear la maleza, cuando oyó disparos a su espalda. Antes de que tuviera tiempo de mirar a su alrededor, o de tocar su pistola, la manada se desbocó y empezó a dispersarse. Vio lo que le pareció la mitad de la manada cargando contra él desde atrás; alguno de los caballos más cercanos a él viraron y se lanzaron al chaparral. Entonces oyó el disparo del arma de Pea del otro lado de la maleza y a partir de aquel momento perdió toda capacidad de entender lo que ocurría. Cuando empezó la desbandada, la mayor parte de la manada estaba detrás de él y los caballos que tenía delante iban por lo menos en su misma dirección. Pero a los pocos segundos, cuando toda la masa de animales corría despavorida sobre el incierto terreno, descubrió de pronto un alud de animales que venían directamente hacia él por la derecha. El nuevo grupo había cortado sencillamente por la espesura de chaparral desde el Norte, chocando con la primera manada. Antes de que a Newt le diera tiempo de pensar en lo que estaba ocurriendo, se vio inmerso en una masa de animales algunos de los cuales

cayeron al chocar las dos manadas. Y entonces, por encima del confuso relinchar de lo que parecían cientos de caballos, empezó a oír gritos y maldiciones… maldiciones mejicanas. Vio sobresaltado a un jinete inmerso en la masa, como él, y el jinete no era ni el capitán ni Pea Eye. Se dio cuenta de que dos manadas habían tropezado, la suya dirigida hacia Texas y la otra procedente de Texas, ambas tratando de sortear el mismo soto, aunque desde direcciones opuestas.

El descubrimiento no le sirvió para nada, porque los caballos que venían por detrás le habían alcanzado y luchaban todos en busca de espacio para correr. Por un segundo pensó que debía tratar de abrirse paso hacia fuera, pero entonces vio no uno sino dos jinetes luchando por dar vuelta a la manada. No conseguían nada, pero tampoco eran de los suyos y pensó que encontrarse en medio de la manada le ofrecía cierta seguridad, de momento por lo menos.

Pronto estuvo claro que su manada era mayor que la otra y que obligaba a la nueva a seguirles. Todos los caballos corrían en dirección Nordeste, con Newt en medio de ellos. En una ocasión, un despavorido caballo capado casi derribó a *Mouse*, pero entonces Newt oyó disparos a su izquierda y se agachó creyendo que le disparaban. En el momento de agacharse, *Mouse* saltó por encima de un enorme grupo de chaparral. Con la vista dirigida hacia los tiros, Newt no estaba preparado para el salto y perdió un estribo y una rienda, pero pudo agarrarse al pomo de la silla y se mantuvo sentado. A partir de aquel momento se concentró en cabalgar, aunque de vez en cuando seguía oyendo tiros. Se mantuvo agachado, una precaución innecesaria porque la manada levantaba tanto polvo que no hubiera podido ver a diez pasos por delante de él, aunque hubiera sido de día. Estaba agradecido al polvo. Le ahogaba pero también le protegía de ser tiroteado, algo realmente fundamental.

Después de unos kilómetros, los caballos ya no estaban tan apretujados. Newt pensó que debería salirse de la manada y dejarse llevar como una vaca al río, pero no tenía idea de lo que podría significar el cambio. ¿Debería disparar a los vaqueros si seguían por allí? Casi le daba miedo sacar la pistola de su funda por temor a que *Mouse* saltara otra mata y le derribara.

Mientras iba corriendo con ellos, esforzándose por no caerse y confiando en que los caballos no fueran a saltar de pronto una cortadura o no se amontonaran en una barrancada, oyó un ruido profundamente tranquilizador: el ruido del rifle del capitán, el enorme « Henry» . Newt le oyó disparar dos veces. Tenía que ser el capitán porque era el único hombre de la frontera que llevara un « Henry» . Todos los demás se habían pasado a los más ligeros « Winchester» .

Los disparos significaban que el capitán estaba bien. Venían de la vanguardia, lo que era extraño porque el capitán estaba detrás, pero, claro, también los vaqueros habían ido delante. De alguna manera, el capitán había conseguido pasar delante y enfrentarse con ellos.

Newt miró por encima del hombro y vio el Este enrojecido. No era sino una línea roja, como si alguien la hubiera trazado con un lápiz de color por encima de la gruesa línea negra de la tierra, pero significaba que la noche tocaba a su fin. No sabía dónde se encontraba, pero seguían teniendo muchos caballos. Pese al rojo del Este, la tierra parecía más oscura de lo que había estado durante la noche; no veía nada y se limitaba a mantenerse en su sitio, confiando que fueran en la buena dirección. Le parecía curioso estar vivo y sin daño después de aquella espantada, y Newt siguió mirando hacia el Este, deseando que la luz se apresurara para poder ver lo que tenía en derredor y saber si podía relajarse. Por lo que él podía decir, a cien metros detrás de él podría haber mejicanos con «Winchester».

Deseaba que el capitán volviera a disparar; nunca se había encontrado en una situación en la que se sintiera tan inseguro. Por más que forzara la vista no veía otra cosa que tierra oscura y polvo blanco. Por supuesto que el sol pronto solucionaría el problema, pero ¿qué vería cuando pudiera ver algo? El capitán y Pea podían encontrarse a diez millas de distancia, y él quizás estuviera yendo hacia México con los vaqueros de Pedro Flores.

Al salvar un pequeño desnivel vio que algo le dio ánimos: una estrecha cinta de plata al Noroeste; solo podía ser el río. La luna, descolorida, estaba encima de él. Al otro lado se veía Texas, no menos oscura que México, pero allí estaba. El enorme alivio que sintió al verlo disipó casi todo su miedo. Incluso reconoció la curva del río, el viejo cruce comanche a solo una milla de Lonesome Dove. Quienquiera que fuera, le había traído a casa.

Al ver aquel lugar seguro, familiar, le entraron ganas de llorar. Le parecía que la noche había durado muchos días, días en los que siempre estuvo preocupado por si hacía algo mal, por si cometía un error que supusiera no volver nunca más a Lonesome Dove, o volver cubierto de ignominia. Ahora todo había terminado y casi estaba de vuelta; el alivio corría por él como agua tibia, que en parte le caía de los ojos. Le alegraba que todavía fuera de noche… ¡Qué pensarían los hombres si le veían! Tenía tanto polvo en la cara que cuando rápidamente se secó las lágrimas de alivio, sus dedos borraron manchas húmedas de suciedad.

Unos minutos más tarde, cuando la manada estaba casi junto al río, la oscuridad empezó a volverse gris. El rojo del horizonte oriental ya no era una línea sino que se extendía hacia arriba como un abanico abierto. Newt pudo ver enseguida los caballos a través de la escasa luz gris… Muchos caballos. Entonces, cuando pensaba que ya había podido controlar su desconcierto interior, la oscuridad soltó de nuevo su presa y la primera luz del sol bañó la llanura filtrándose por la nube de polvo para tocar la piel de los cansados caballos, que avanzaban ahora a un trote ligero. Delante, en el ribazo, esperaba el capitán Call con el gran «Henry» en su brazo doblado. La *Mala Bestia* estaba cubierta de

sudor, pero su cabeza permanecía erguida y la movía inquieta al ver acercarse la manada; incluso apuntó un momento sus ágiles orejas hacia *Mouse*. Ni el capitán ni la yegua torda parecían afectados lo más mínimo por la larga noche y la dura cabalgada, pero a Newt le conmovió verles plantados allí y tuvo que volver a secarse otra lágrima, manchándose algo más las polvorientas mejillas.

Río abajo pudo ver a Pea sentado en su flaco caballo bayo que llamaba *Sardine*. De los vaqueros enemigos que encontraron no había ni rastro. Eran tantas las incógnitas que Newt quería aclarar sobre lo que habían hecho y dónde había estado, que no sabía por dónde empezar; pero cuando llegó junto al capitán, manteniendo a *Mouse* a prudencial distancia de la *Mala Bestia* para que no intentara morderle, no le hizo ninguna pregunta. Hubiera hecho un chorro de preguntas si se hubiera tratado del señor Gus, Deets o de Pea, pero como se trataba del capitán, las preguntas se quedaron dentro. Lo único que dijo después de la noche más excitante de su vida, fue simplemente buenos días.

—Es magnífica, ¿no? —dijo Call, al contemplar la enorme manada de caballos, más de cien, que llegaba a la orilla y se dispersaba por el río para beber. Pea se había metido con *Sardine* en el río, con agua hasta los estribos, para evitar que la manada se extendiera demasiado hacia el Sur.

Call pensaba que había sido una gran suerte encontrarse con los cuatro ladrones de caballos mejicanos y quedarse con la mayoría de los caballos que acababan de sacar de Texas. Los mejicanos creyeron que habían tropezado con un ejército, porque solo un ejército podía tener tantos caballos, y no se detuvieron a entablar combate, aunque tuvo que asustar a un vaquero que se empeñaba en dar la vuelta a la manada.

En cuanto al muchacho, estaba bien que hubiera adquirido un poco de experiencia y que saliera de aquella historia simplemente con la cara sucia.

Permanecieron en silencio mientras la mitad superior del sol lanzaba largos haces de luz a través del oscuro río y de los caballos sedientos, algunos de los cuales se metieron en el agua y se revolcaron en el barro refrescante. Cuando la manada empezó a moverse en grupos de dos o tres, ribazo arriba, Call tocó a su yegua y él y el muchacho entraron en el agua. Call aflojó las bridas y dejó que la yegua bebiera. Estaba tan satisfecho de ella como del botín. Caminaba tan segura como un gato y no se la veía agotada, mientras que el caballo del muchacho estaba tan derrengado que tardaría una semana en reponerse. El gran caballo bayo de Pea no estaba mucho mejor. Call dejó que la yegua bebiera cuanto quisiera antes de recoger las riendas. La mayoría de los caballos pasaron a la orilla norte, y el sol terminó por desprenderse del horizonte.

—Vamos a casa —dijo al muchacho—. Espero que Wilbarger venga con los bolsillos llenos de dinero. Tenemos caballos que vender.

12

Wilbarger no pareció impresionado al ver a tantos caballos, o por lo menos no lo demostró. La pequeña manada ya había sido encerrada, y él, Deets y el hombre llamado Chick iban separando silenciosamente los caballos que llevaban la marca HIC. Dish Boggett se ocupaba de la barrera entre los dos corrales, dejando pasar a los caballos de Wilbarger y agitando la cuerda ante aquellos que no llevaban la marca. A Jake Spoon no se le veía por ninguna parte, ni tampoco había señales de Augustus ni de los irlandeses.

La nueva manada era demasiado grande para el corral. Call siempre había querido vallar terreno de pasto para semejante eventualidad, pero nunca había llegado a hacerlo. En aquel momento no importaba demasiado porque los caballos venían agotados de su larga marcha y podía dejárseles pastar y descansar. Después del desayuno mandaría al muchacho a vigilarlos.

Wilbarger dejó un momento lo que estaba haciendo para contemplar aquel desfile de caballos y luego se dedicó de nuevo a la selección, que estaba casi terminada. Como había hombres suficientes en el cercado, Newt no podía hacer otra cosa que apoyarse en la valla y mirar. Pea estaba sentado en lo que llamaban «asiento preferente», es decir, en la parte más alta de la valla, contemplando las operaciones. Su caballo bayo y el *Mouse* de Newt, después de desensillados, dieron unos pasos, y se tumbaron y se revolcaron en el polvo.

Call aún no quiso dejar descansar a la yegua. Cuando Wilbarger acabó de seleccionar y se acercó a la valla, se fijó en la yegua y no en el capitán.

—Buenos días —dijo—. Hagamos un trato. Usted se queda con los treinta y ocho espléndidos caballos que he elegido y yo me llevo a este bicho que está montando. Treinta y ocho por uno, creo que es un trato generoso.

—No me interesa el trato —respondió Call, sin sorprenderse por la oferta.

Pea Eye estaba tan asombrado por lo que oía que casi se cayó de la valla.

—¿Quiere decir que daría todos estos caballos por la oportunidad de que le arrancaran un pedazo de carne de un bocado? —preguntó. Sabía que a muchos hombres les gustaba la yegua del capitán, pero nunca pudo imaginarse que a alguien le gustara hasta tal extremo.

Dish Boggett se acercó, sacudiéndose el polvo de sus zahones con un rollo de cuerda.

—¿Es esta su última palabra? Ofrezco treinta y ocho por uno. No se le presentará una oportunidad como esta en la vida.

Dish carraspeó. También a él le gustaba la yegua.

—Es como cambiar una moneda de oro de cincuenta dólares por treinta y ocho monedas de níquel —murmuró. Además estaba de un humor pésimo. Tan pronto tuvieron los caballos en el corral, Jake Spoon desensilló y marchó directamente al « Dry Bean» , como si viviera allí.

Wilbarger tampoco le hizo caso.

—Este equipo está lleno de opiniones. Si las opiniones fueran dinero, seríais ricos —masculló, y miró a Call.

—No pienso deshacerme de la yegua. Y esto no es una opinión.

—No, es más bien una maldita realidad. Yo vivo a caballo, y, sin embargo, solo he tenido dos buenos caballos en toda mi vida.

—Este es mi tercero —dijo Call.

Wilbarger asintió.

—Bueno, le agradezco que haya llegado a tiempo. Es evidente que el hombre con el que trata sabe dónde hay una guarida de ladrones.

—Una inmensa guarida.

—Bueno, vámonos, Chick. No llegaremos a casa a menos que nos vayamos ahora mismo.

—También podrían quedarse a desayunar —ofreció Call—. Hay otro par de caballos suyos en camino.

—¿Cómo vienen, andando sobre tres patas? —preguntó Wilbarger.

—Vienen con el señor McCrae. Él viaja a su aire.

—Y también habla. No creo que podamos esperar. Quédese los dos caballos por las molestias.

—Hemos traído una manada magnífica. Puede verlos, si todavía le falta alguno.

—No me interesan. Ni alquilan cerdos ni quiere cederme la yegua, así que será mejor que me marche.

Entonces se volvió a Dish Boggett:

—¿Quieres trabajo, muchacho? Me gustas.

—Ya tengo trabajo —respondió Dish.

—Traerse caballos mejicanos no es un trabajo. Es más bien una especulación. Tienes toda la pinta de un vaquero y yo voy a emprender la marcha con tres mil cabezas.

—Nosotros también —dijo Call, divertido porque aquel hombre trataba de birlarle un mozo en sus propias narices, con él sentado allí.

—¿Hacia dónde? —preguntó Wilbarger.

—Vamos a Montana.

—Yo no iría —dijo Wilbarger. Cabalgó hasta la puerta de entrada y se inclinó

para abrirla, dejando que Chick la cerrara al salir. Cuando Chick se inclinó para cerrarla se le cayó el sombrero. Nadie se acercó a recogerlo. Se vio obligado a desmontar, y esto le puso de mal humor. Wilbarger le esperó, pero aparentemente impaciente.

—Bueno, tal vez nos encontremos por el camino —dijo a Call—. Pero yo no iría a Montana. Demasiado lejos y demasiado frío. Además está lleno de osos y de indios. Puede que estén dominados, pero yo no me fiaría de ello. Podrían hacerles un buen regalo de carne.

—Intentaremos no hacerlo —comentó Call.

Wilbarger se alejó, con Chick detrás de la pequeña manada. Al salir Chick, Dish estuvo tentado de enlazar su caballo y darle un tirón de orejas para aliviar sus sentimientos sobre Lorie y Jake Spoon, pero el capitán estaba sentado allí, así que se conformó con lanzarle una mala mirada y dejarle pasar.

—¡Tengo un hambre! —exclamó Pea Eye—. Ojalá Gus no se haya perdido… Y si se ha perdido, no sé qué va a pasar con los bollos —añadió al ver que nadie tomaba en cuenta su observación.

—Te queda el recurso de casarte —observó Dish tajante—. Hay muchas mujeres que saben hacer bollos.

No era la primera vez que Pea Eye tenía que oír este comentario.

—Ya sé que las hay. Pero esto no quiere decir que una de ellas me quisiera.

Dish lanzó una risotada.

—Hombre, la viuda Cole te aceptaría —le dijo—. Le encantaría tenerte.

Pero al darse cuenta de que la viuda Cole era una espina clavada en Pea, se alejó hacia la casa.

La mención de Mary Cole ponía muy nervioso a Pea Eye. De tanto en tanto, a lo largo de su vida, se le había insinuado que debía casarse…, y a Gus McCrae le encantaba recordárselo.

Pero también de tanto en tanto, aunque nadie lo mencionara, la idea de mujeres entraba en su cabeza, como un enjambre de abejorros. Claro que un enjambre de abejorros no era nada en comparación con un enjambre de mosquitos de la costa del Golfo, así que la idea de las mujeres no era tan molesta, aunque Pea prefería no tenerla en la cabeza.

Nunca había sabido qué pensar de las mujeres, y seguía sin saberlo. Se comportaba con ellas de acuerdo con la pauta del capitán, una pauta clarísima. El capitán las había ignorado durante todos los años que Pea había estado con él, con una sola y desconcertante excepción ocurrida muchos años atrás, y que Pea recordaba solo una o dos veces al año, generalmente cuando soñaba. Había pasado por el *saloon* para recoger un hacha que alguien le había pedido prestada y no había devuelto, y mientras la recuperaba oyó a una joven llorando y quejándose a alguien que estaba con ella en su habitación.

La mujer que lloraba era una puta llamada Maggie, la madre de Newt, a la

que Jake Spoon se aficionaría mucho después. Solo cuando hubo recuperado el hacha y estuvo a mitad de camino de casa se puso a pensar que Maggie estaba hablando con el capitán y que incluso le había llamado por su nombre, que Pea jamás había pronunciado en todos los años que llevaba a su servicio.

Saber que el capitán estaba en la habitación con una puta le causó tanto impacto como la bala que le dio en la espalda durante la gran escaramuza india arriba de Fort Phantom Hill. Cuando le alcanzó la bala sintió un fuerte choque y después una especie de adormecimiento del cerebro. Sintió una impresión parecida mientras llevaba el hacha desde el « Dry Bean» a casa: Maggie estaba hablando con el capitán en la intimidad de su habitación, y por lo que él sabía, nadie había oído decir jamás del capitán que hiciera otra cosa que sacarse el sombrero si se encontraba con una señora por la calle.

Aquel fragmento de conversación que había oído fue un accidente que Pea tardó en olvidar. Durante uno o dos meses se sintió muy inquieto, temiendo siempre que la vida cambiara bruscamente. Pero, nada cambió. Muy pronto todos fueron río arriba tratando de agarrar unos bandidos que venían de Chihuahua, y el capitán seguía siendo el mismo de siempre. Cuando regresaron, Maggie ya había tenido el niño, y poco después Jake Spoon se fue a vivir un tiempo con ella. Luego se marchó Jake y Maggie murió, y Gus se fue un buen día a buscar a Newt, del que se había hecho cargo una familia mejicana a la muerte de Maggie.

Los años habían ido pasando, en general muy lentos, sobre todo cuando dejaron de ser *rangers* y se metieron en el negocio de reses y caballos. El único resultado real de haber oído aquella conversación fue que Pea desde entonces se mostró muy prudente cuando alguien le pedía el hacha prestada. Le gustaba vivir despacio y no quería más misterios ni sobresaltos.

Aunque estaba satisfecho de seguir junto al capitán y Gus, y del trabajo cotidiano que hacía, encontraba que el problema de las mujeres era algo que no acababa de resolverse del todo. La cuestión del matrimonio, sobre la que Deets hacía bromas, era algo persistente. Gus, que había estado dos veces casado y que iba con una puta siempre que le salía la oportunidad, era la principal razón de su persistencia. El matrimonio no era uno de los temas favoritos de Gus. Cuando se lanzaba a hablar del tema, el capitán cogía el rifle y se iba a dar una vuelta, pero para entonces Pea se sentía generalmente cómodo en el porche y un poco adormilado por el alcohol, así que era el único que disfrutaba por completo de las opiniones de Gus, una de las cuales era que Pea se desecaba por no casarse con la viuda Cole.

El hecho de que Pea solo hubiera hablado cinco o seis veces en su vida con Mary Cole cuando aún estaba casada con Josh Cole, no significaba nada para un espectador como Gus, e incluso un espectador como Deets; ambos parecían dar por sentado que Mary consideraba a Pea como un digno sucesor de Josh. Lo que

parecía confirmarlo, desde su punto de vista, era que Mary era una mujer inusitadamente alta, aunque no tanto como Pea. Había sido un palmo más alta que Josh Cole, un hombre tranquilo que había ido a Pickles Gap para comprar una vaca lechera cuando estalló una tormenta. Un rayo dejó fritos a Josh y a su caballo; la vaca solo quedó chamuscada, pero aún tenía la leche afectada. Mary Cole no volvió a casarse, pero en opinión de Gus solo porque Pea Eye no se había atrevido a ir calle abajo y pedírselo.

—Verás —decía Gus con frecuencia—. Josh era como medio litro, y esa mujer necesita un litro entero. Para ella sería una bendición tener a un hombre que llegara al estante superior.

Pea nunca había creído que la altura pudiera ser un factor determinante en algo como el matrimonio. Después de meditarlo durante varios meses, se le ocurrió que Gus también era alto y además instruido.

—Bueno, usted también es alto —le dijo una noche—. Debería casarse con ella. Ustedes dos también saben leer.

Estaba enterado de que Mary sabía leer porque había ido a la iglesia una o dos veces y el predicador le había pedido que leyera los Salmos. Tenía una voz baja y ronca, inusual en una mujer; una o dos veces, al oírla, Pea se había sentido raro, como si alguien jugara con los pelillos de su nuca.

Gus negó con vehemencia que pudiera ser una pareja adecuada para Mary Cole:

—Oh, no, Pea. No funcionaría. He pasado dos veces por el exprimidor del matrimonio. Lo que una viuda desea es algo nuevo. Bueno, es lo que desean todas las mujeres, viudas o no. Si un hombre tiene experiencia se supone que la ha adquirido con otra mujer, y esto no sienta bien. Una mujer de una pieza como Mary, probablemente considera que puede inculcarte toda la experiencia que puedas necesitar.

Para Pea, todo aquello era un desconcertante rompecabezas. No podía recordar cómo había surgido el tema porque nunca había dicho una palabra de que quisiera casarse. Y además el matrimonio significaba abandonar al capitán, y eso no quería hacerlo. Naturalmente, Mary no vivía lejos, pero al capitán siempre le gustaba tener a sus hombres a mano, por si surgía algo. Era imposible saber lo que pensaría el capitán si intentara casarse. Un día hizo notar a Gus que él no era el único hombre disponible en Lonesome Dove. Xavier Wanz también lo estaba, por no hablar de Lippy. Parte de los viajeros que cruzaban el pueblo seguramente eran solteros. Pero cuando planteó la cuestión, Gus no le hizo caso.

Algunas noches, echado en el porche, se consideraba tonto por pensar en semejantes cosas, pero las pensaba. Había vivido toda su vida entre hombres, con los *rangers* o trabajando; no recordaba haber pasado más de diez minutos a solas con una mujer. Había tenido más relación con los cerdos de Gus que con Mary Cole, y además se sentía más cómodo con ellos. Lo sensato sería no hacer caso a

Gus ni a Deets y pensar en cosas que estuvieran relacionadas con su trabajo de todos los días; cómo evitar, por ejemplo, que su vieja bota rozara con el callo del dedo gordo del pie izquierdo. Un mulo del Ejército le había machacado el dedo diez años atrás, y desde entonces lo tenía un poco torcido, y el roce de la bota le había producido un callo. La única solución era hacer un agujero en la bota, que estaba muy bien en tiempo seco, pero que tenía sus desventajas cuando había humedad y hacía frío. Gus se había ofrecido a romperle el dedo y dejárselo bien, pero a Pea el callo no le molestaba tanto como para todo eso. Era de puro sentido común que un dedo dolorido tuviera más importancia en su vida que una mujer con la que apenas había hablado; pero, mentalmente no lo veía así. Algunas noches, echado en el porche, tenía demasiado sueño para entretenerse en cortarse el callo o incluso preocuparse por el problema, y de repente la viuda Cole surgía a la superficie de su consciencia como una tortuga a la de un charco. En tales ocasiones simulaba estar dormido porque Gus era tan ladino que prácticamente podía leer la mente y le pincharía si descubría que estaba pensando en Mary y en su voz ronca.

Tenía un recuerdo mucho más persistente que la lectura de los Salmos. Un día en que pasaba por delante de su casa después de que una tormenta hubiera barrido el pueblo, asustando a perros y gatos y haciendo rodar matas secas por el centro de la calle, Mary intentaba entrar la colada que tenía tendida en el patio. Pero de pronto empezaron a caer grandes goterones sobre el polvo y el viento agitó con tal fuerza las sábanas tendidas en las cuerdas que hacían un ruido como de disparos. A Pea le habían educado para ser servicial, y como era obvio que Mary iba a pasarlo muy mal con las sábanas, cruzó para ofrecerle su ayuda.

Pero antes de que llegara empezó a caer un chaparrón, transformando el polvo blanco en marrón. Muchas mujeres habrían considerado la colada una causa perdida y se habrían refugiado en casa, pero Mary era de las que no corrían. Su falda estaba tan empapada que se le pegaba a las piernas, pero seguía luchando con una de las sábanas. En el curso de la lucha, dos o tres prendas pequeñas que ya había recogido se le escaparon de las manos y cayeron al suelo del patio, que ya se había transformado en una pequeña laguna. Pea se lanzó a recuperar las prendas y luego ayudó a Mary a descolgar la sábana mojada. Evidentemente lo estaba haciendo por pura testarudez, puesto que el sol ya brillaba vivamente al oeste de la tormenta y era evidente que no tardaría en secar la sábana en pocos minutos.

Era el contacto más íntimo de Pea con una faceta femenina de la que Gus hablaba constantemente: su tendencia a lanzarse directamente en contra de lo razonable. Mary estaba tan empapada por encima como por debajo, y la sábana restallante le había arrancando una de las peinetas, soltándosele el cabello. La colada estaba tan mojada como cuando la había tendido por primera vez, pero no abandonaba. Descolgaba ropas de las cuerdas que tendría que volver a colgar a

los pocos minutos, y Pea la ayudaba como si todo aquello tuviera sentido. Mientras volvía a tensar las cuerdas se fijó en algo que le produjo un sobresalto tan fuerte como el rayo que mató a Josh Cole; las prendas que había recuperado eran ropa interior…, unos pantalones blancos que Mary debía llevar bajo la falda que tanto se le pegaba a las piernas. Pea se sintió tan sobresaltado que casi dejó caer los pantalones en el barro. Mary pensaría que era un atrevido sosteniendo así su ropa interior, pero ella estaba decidida a descolgar las sábanas de la cuerda y lo único que podía hacer él era esperar allí, mudo de vergüenza. Fue un alivio que el agua empezara a caer por el ala de su sombrero, como una cortina, frente a su cara, permitiéndole ocultarse detrás de aquella cascada hasta que terminara la pesadilla. Con el agua chorreando desde su sombrero solo veía vagamente lo que estaba ocurriendo; no podía juzgar hasta qué punto Mary estaba disgustada por su ayuda irreflexiva.

Pero curiosamente, no ocurrió nada terrible. Cuando al fin Mary pudo dominar la sábana, le quitó los pantalones de las manos con la misma indiferencia que si se tratara de pañuelos, de servilletas o de cualquier otra cosa. Parecía divertida al verle allí con un chorro de agua cayéndole del sombrero y bajándole por la nariz.

—Pea, es estupendo que sepas mantener la boca cerrada —le dijo—. Si la abrieras, seguro que te ahogabas. Muchas gracias por tu ayuda.

Era el tipo de mujer que llamaba a los hombres por su nombre y que sabía sazonar la conversación con críticas deliberadas.

—Debiéramos dar gracias al Señor por este baño. Yo personalmente no lo necesitaba, pero sin duda mejora tu aspecto. Ahora que te veo casi limpio, no me pareces tan feo como pensaba.

Cuando llegó a la entrada trasera, la lluvia estaba cediendo y el sol formaba pequeños arcos iris en el agua que aún seguía cayendo. Pea se había ido a casa, cayéndole el agua del sombrero aunque más despacio. Nunca contó a nadie el incidente, convencido de que si se enteraban las bromas serían interminables. Pero lo recordaba. Cuando yacía medio borracho en el porche y la imagen flotaba en su recuerdo, las cosas se mezclaban en su memoria, cosas que ni sabía que hubiera notado, como el perfume de la piel mojada de Mary. No se había propuesto olerla, ni había hecho el menor esfuerzo por hacerlo, pero la primera noche después de que ocurriera, la primera cosa que recordó fue que Mary olía diferente de cualquier otra cosa mojada que hubiera olido. No encontraba palabras para explicar la razón. Quizás era solo que al ser mujer olía más limpio que las criaturas mojadas que él había conocido o con las que había estado en contacto. Había transcurrido más de un año desde el chaparrón, pero el olor de Mary seguía formando parte de su recuerdo. También se acordaba de sus abultamientos por arriba y por abajo del corsé.

Pero no todas las noches se acordaba de Mary. La mayor parte del tiempo le

obsesionaban las generalidades del matrimonio. El aspecto que más le preocupaba era que el matrimonio requería que hombres y mujeres vivieran juntos. Infinidad de veces había intentado imaginar lo que sería estar solo, con una mujer, de noche, bajo un mismo techo, o a la hora del desayuno o de la cena. ¿Qué clase de conversación y de comportamiento esperaría una mujer? Ni siquiera podía imaginarlo. De vez en cuando se le ocurría que podía decir a Mary que le gustaría casarse con ella, pero que no se consideraba digno de vivir bajo el mismo techo. Si se lo planteaba bien, ella podría adoptar una actitud liberal y permitirle que siguiera viviendo con los muchachos al otro extremo de la calle, que es a lo que estaba acostumbrado. Por supuesto, estaría disponible para trabajos domésticos cuando ella los necesitara, y la vida podría seguir su curso acostumbrado.

Incluso se sintió tentado de tantear a Gus sobre su plan. Gus sabía más que nadie del matrimonio, pero siempre que se proponía plantearlo o se quedaba dormido o en el último momento decidía que era mejor no decir nada. Si el plan era ridículo a los ojos de un experto, Pea no sabría qué pensar, y además Gus nunca dejaría de reírse de él.

Estaban sentados alrededor de la mesa terminando con uno de los grasientos desayunos de Bol, cuando oyeron pisadas de caballos en el patio. Augustus llegó trotando y desmontó seguido a pocos metros por los dos irlandeses. En lugar de montar a pelo, los irlandeses cabalgaban sobre grandes sillas mejicanas incrustadas de plata, conduciendo ocho o diez caballos flacos. Al llegar al porche se quedaron sentados en sus caballos con expresión de desdicha.

Dish Boggett no había querido creer que hubiera irlandeses en México, y cuando se asomó al porche trasero y les vio se echó a reír.

A Newt le dieron pena los dos hombres, pero había que admitir que resultaban cómicos. Las sillas mejicanas estaban claramente previstas para hombres con las piernas más largas. Los pies no les llegaban a los estribos, aunque, los irlandeses no parecían decididos a desmontar.

Augustus quitó la silla a su agotado caballo y lo soltó para que pastara.

—Bajad, muchachos —dijo a los irlandeses—. Por ahora estáis a salvo, siempre que no comáis lo que se cocina. Esto es lo que llamamos nuestra casa.

Allen O'Brien tenía las manos agarradas al pomo de la gran silla mejicana. Había ido agarrado con tal fuerza en las dos últimas horas que temía no poder desprenderse. Miró al suelo con aprensión.

—No me había dado cuenta de que un caballo es mucho más alto que un mulo —dijo—. Me parece mucho camino hasta abajo.

Dish consideró el comentario como lo más cómico que había oído en mucho tiempo. Nunca se le hubiera ocurrido que un hombre hecho y derecho no supiera

cómo bajarse de un caballo. El espectáculo de los dos irlandeses con sus piernas cortas colgando a los lados del caballo le parecía tan cómica que se desternillaba de risa.

—Vamos a tener que hacerles una escalera —dijo cuando hubo recobrado el aliento.

A Augustus también le divertía la ignorancia de los irlandeses.

—Bueno, muchachos, no tenéis más que dejaros caer —les dijo.

Allen O'Brien ejecutó la maniobra sin demasiados problemas, pero Sean no parecía dispuesto a dejarse caer. Se colgó del pomo de la silla durante unos segundos, lo cual desconcertó al caballo, que intentó tirar al muchacho. Era demasiado flaco y estaba demasiado cansado para conseguirlo, aunque logró sacudir algo a Sean. La escena era tan divertida que incluso Call se echó a reír. Allen O'Brien, una vez a salvo en el suelo, se unió inmediatamente a las risas. Sean saltó al fin y lanzó una mirada furiosa a su hermano.

—Vaya, no veo a Jake…, era de esperar —observó Augustus; cogió un cucharón de agua, se enjuagó la boca y la escupió, para quitarse el polvo de la garganta. Luego ofreció el cazo a Allen O'Brien, que imitó lo que acababa de hacer Augustus pensando que era una costumbre del país donde se encontraba.

—Veo que te lo has tomado a tu aire —comentó Call—. Ya me disponía a organizar un entierro.

—Tonterías. Traer a estos muchachos era una tarea tan fácil que pasé por Sabinas y me detuve en la casa de putas.

—Esto explica las sillas.

—Sí y también los caballos. Todos los bandidos estaban borrachos perdidos cuando llegamos. Estos muchachos irlandeses no pueden mantener una buena marcha montando a pelo, así que recogimos algunas sillas y los mejores caballos.

—Pero estos caballos no harían un buen jabón —observó Dish mirando los caballos que había traído Augustus.

—Si no tuviera tanta hambre te lo discutiría —cortó Augustus—. Dales bien de comer un par de semanas y verás qué buen jabón les sacas.

El joven Sean O'Brien no podía disimular su desencanto con América.

—Si esto es América, ¿dónde está la nieve? —preguntó ante la sorpresa de todos. Su imagen del nuevo país estaba fuertemente influida por una escena de Boston Harbor en invierno, que había visto en una vieja revista. Había mucha nieve, y este patio ardiente donde se encontraba no era nada parecido a lo que había esperado. En lugar de barcos con altos mástiles había solo una casa de adobe, baja, con montones de sillas viejas y trozos podridos de viejos arneses amontonados en un pequeño cobertizo, en un rincón. Y lo que aún era mucho peor, no veía ni una brizna de hierba por ninguna parte. Los matorrales eran grises y espinosos, y no había ni un solo árbol.

—No, hijo, te pasaste de la nieve —dijo Augustus—. Aquí lo que tenemos es solo arena.

Call se sentía cada vez más impaciente. La noche había sido mucho más fructífera de lo que había imaginado. Podían quedarse con los mejores caballos y vender el resto. Los beneficios les permitirían sobradamente contratar un equipo y preparar una carreta para el viaje al Norte. Lo único que les quedaría por hacer sería recoger el ganado y marcarlo. Si todo el mundo trabajaba como debía, todo podía quedar listo en tres semanas y podrían emprender la marcha el primero de abril, no excesivamente pronto, teniendo en cuenta la distancia que tenían que recorrer. El problema sería hacer que todo el mundo trabajara como era debido. Jake ya se había ido con su puta, y Augustus aún no había desayunado.

—Muchachos, iros a comer —dijo Call a los irlandeses; después de salvarlos, lo menos que podía hacer era darles de comer.

Allen O'Brien miraba deprimido los pocos edificios de que se componía Lonesome Dove.

—¿Esto es todo el pueblo? —preguntó.

—Sí, y es mucho peor de lo que parece —respondió Augustus.

Con gran desconcierto por parte de todos, Sean O'Brien se echó a llorar. Había pasado una noche extremadamente tensa y no había esperado sobrevivir. Todo el camino fue pensando que iba a caerse del caballo y que quedaría paralítico. Asociaba la parálisis a las caídas, porque un primo suyo se había caído de una casita que estaba techando y desde entonces estaba paralítico. El caballo que se le había asignado era tan alto como una casa, y creyó tener buenas razones para preocuparse. Había pasado un largo viaje en barco y cada vez añoraba más la tierra verde que había abandonado. Cuando desembarcaron en Veracruz no se sintió demasiado deprimido; estaban en México y nadie le había dicho que México fuera verde.

Pero ahora estaban en América y lo único que podía ver era polvo y matas bajas con espinas, sin casi nada de hierba. Había esperado frescor, rocío y verde hierba sobre la que tenderse a dormitar. El patio caliente y desnudo era una estafa cruel, y además Sean era un llorón fácil. Las lágrimas caían de sus ojos tan pronto pensaba en algo triste.

Su hermano Allen se sintió tan avergonzado a la vista de las lágrimas de Sean que entró de golpe en la casa y se sentó a la mesa. Se les había dicho que comieran…, si Sean prefería quedarse a llorar en el patio, ese era su problema.

Dish llegó a la conclusión de que el joven irlandés estaba probablemente loco. Solo un loco se echaría a llorar delante de varios hombres hechos y derechos.

Augustus salvó la situación acercándose a Sean. Le cogió del brazo, y se lo llevó hacia el interior de la casa mientras le hablaba afectuosamente.

—Vamos a comer, hijo. Todo te parecerá menos feo con el estómago lleno.

—¿Pero dónde está la hierba? —preguntó sorbiéndose las lágrimas.

Dish Boggett levantó la voz:

—A lo mejor quiere pastar.

—Oh, no, Dish —dijo Augustus—. Se ha criado en un lugar donde la hierba cubre la tierra, no en el desierto como tú.

—Yo me he criado en Matagorda —protestó Dish— y allí la hierba llega a la altura de la rodilla.

—Gus, tenemos que hablar un momento —advirtió Call.

Pero Augustus ya había hecho entrar al muchacho y Call tuvo que seguirle.

Bolívar contempló sorprendido a los irlandeses que tragaban las judías con carne de cerdo. Estaba tan sorprendido por su aspecto que fue a buscar un viejo rifle que guardaba junto a los fogones y se lo colocó en sus rodillas. Era un oxidado rifle del calibre 10 que utilizaba para matar cabras y que le gustaba tener a mano por si ocurría algo inesperado.

—Espero que no se te ocurra disparar esta cosa aquí —dijo Augustus—. Derribarías la pared y hasta es posible que a nosotros.

—Todavía no disparo —protestó Bol, sin dar el brazo a torcer.

Call esperó a que Augustus se llenara el plato, pues sabía que no le prestaría la menor atención hasta que tuviera la comida delante. El joven irlandés había dejado de llorar y tragaba las judías con mayor rapidez que Augustus. Probablemente lo que tenía era hambre.

—Voy a ver si contrato algunos mozos —dijo Call—. Será mejor que traslades los caballos esta tarde.

—Trasladarlos, ¿dónde? —preguntó Augustus.

—Río arriba, tan lejos como quieras.

—Estos irlandeses tienen voces preciosas —observó Augustus—. Es una lástima que no tengamos dos más. Podríamos formar un buen cuarteto.

—También sería una lástima que perdieras los caballos mientras estoy contratando a los mozos —advirtió Call.

—¿Qué quieres, que duerma varias noches en el suelo para evitar que Pedro vuelva a robarnos los caballos? —preguntó Gus—. He perdido la costumbre de dormir en el suelo.

—¿Y dónde creías que ibas a dormir camino de Montana? —preguntó Call a su vez—. No podemos llevarnos la casa a cuestas y no hay muchos hoteles desde aquí hasta allí.

—Yo no me había propuesto ir a Montana —dijo Augustus—. Ese es tu plan. Puede que vaya si me apetece. O a lo mejor cambias de idea. Ya sé que nunca has cambiado de idea en nada, pero siempre hay una primera vez para todo.

—Eres capaz de discutir con una piedra. Tú vigila a los caballos. Puede que no volvamos a tener tanta suerte.

Call comprendió que era inútil perder más tiempo. Si Augustus no estaba

dispuesto a tomarse la cosa en serio, nada le haría cambiar.

—Jake regresó contigo, ¿verdad? —preguntó Augustus.

—Su caballo está aquí. Me imagino que ya ha llegado. ¿Crees que se pondrá a trabajar cuando empecemos?

—No, ni yo tampoco —le aseguró Augustus—. Será mejor que aproveches la oportunidad y contrates a los irlandeses.

—Estamos buscando trabajo —terció Allen—. Y lo que no sabemos, estamos dispuestos a aprenderlo.

Call no quiso hacer ningún comentario. Los hombres que no sabían subir ni bajar de un caballo no servirían de gran cosa en un equipo que condujera vacas.

—¿Adónde vas a buscarlos? —preguntó Augustus.

—Pensaba ir a casa de los Rainey. Con tantos chicos como tienen a lo mejor les sobran algunos.

—Hace unos años salí con Maude Rainey —explicó Augustus, recostándose en la silla—. Si no nos hubieran preocupado tanto los comanches, quizá me habría casado con ella. Su apellido de soltera era Grove. Pare como las conejas, ¿no crees?

Call se marchó para no tener que seguir hablando durante todo el día. Deets dormitaba en el porche de atrás, pero se incorporó al salir Call. Dish Boggett y el muchacho practicaban el lazo con los matorrales. Dish enseñaba al muchacho un par de cosas sobre el arte de enlazar. Era buena cosa porque nadie del equipo de Hat Creek lo hacía suficientemente bien como para enseñarle. El mismo Call podía servirse del lazo en caso de necesidad, lo mismo que Pea, pero ninguno de los dos, eran lazadores de primera.

—Ya podéis practicar, muchachos —les dijo—. En cuanto reunamos algo más de ganado, habrá que utilizar mucho el lazo.

Después ensilló su segundo buen caballo, un alazán capado al que llamaba *Sunup*, y se dirigió al Noreste, hacia el monte bajo.

13

Lorena ya no esperaba sorpresas, y menos por parte de un hombre, pero entonces Jake Spoon pasó la puerta y la sorprendió. La sorpresa empezó incluso antes de que hablara con ella. En parte porque parecía conocerla en cuanto la vio.

Había estado sentada ante una mesa esperando que volviera Dish Boggett con otros dos dólares que hubiera pedido prestados a alguien. El asunto no le causaba el menor placer, porque sin duda Dish contaba con algo completamente distinto de lo que podían proporcionarle los dos dólares. Esta era la razón por la que en general prefería los viejos a los jóvenes. Los viejos solían conformarse con aquello por lo que pagaban; los jóvenes casi siempre se enamoraban de ella y deseaban que aquello estableciera una diferencia. Por ello nunca decía una palabra a los jóvenes, pensando que cuanto menos les dijera menos esperarían de ella. Ellos seguían esperando, por supuesto, pero al menos ella se ahorró el tener que hablarles. Tenía el convencimiento de que Dish Boggett la iba a acosar tanto como pudiera, y cuando oyó el taconeo de las botas y tintineo de las espuelas en el porche supuso que sería él en busca de una segunda vuelta.

Pero el que entró fue Jake. Lippy lanzó un grito de alegría y Xavier salió de detrás del mostrador y le estrechó la mano. Jake se mostró correcto y encantado de verles y se tomó la molestia de interesarse por su salud y de gastar algunas bromas, pero antes incluso de que hubiera bebido la copa gratis que le ofreció Xavier, ella empezó a notar una diferencia en sus sentimientos. Tenía grandes ojos color café y un cuidado bigote que le caía por las comisuras, aunque naturalmente ya había visto bigotes y ojos grandes. Lo que le hacía diferente era que se encontraba como en casa y relajado mucho antes de verla allí sentada. La mayoría de los hombres se ponían nerviosos al verla, conscientes de que a sus esposas no les gustaría verles en la misma habitación que ella, o bien nerviosos al pensar en lo que querían de ella, cosa que no podían conseguir sin unas torpes formalidades que pocos de ellos sabían manejar.

Pero Jake no estaba nada nervioso. Mucho antes de dirigirle la palabra le sonrió varias veces, tranquilo y relajado, sin fanfarronería, como cuando Tinkersley le sonreía. La sonrisa de Tinkersley indicaba claramente que él consideraba que ella debía sentirse agradecida por la oportunidad de hacer lo que

él quería que ella hiciese. Naturalmente le agradecía que la alejara de Mosby y de sus botes de humo, pero una vez lejos y pasado un tiempo, llegó a odiar la sonrisa de Tinkersley.

Por un momento se sintió desconcertada. Nunca pasó de los hombres que cruzaban el umbral del «Dry Bean». No convenía hacerlo. La mayoría eran inofensivos. Capaces de irritarla, peores que pulgas pero a su parecer no tan malos como chinches. No obstante, algunos eran ruines y se la tenían jurada a las mujeres, y lo mejor y más prudente era descubrirles y tomar precauciones. Pero no tenía por qué confiar en la mayoría de los hombres, pues había dejado de confiar en ellos. No tenía inconveniente en sentarse alguna vez para jugar una partida de cartas; incluso disfrutaba con ello, porque ganar dinero con las cartas era considerablemente más fácil y más divertido que del otro modo. Pero una buena partida de vez en cuando era a lo máximo que llegaban sus aspiraciones.

Jake Spoon empezó inmediatamente a cambiar su forma de pensar. Mucho antes incluso de que él llevara su botella a la mesa para estar con ella empezó a desear que lo hiciera. Si hubiera cogido la botella y se hubiera ido a sentarse solo, se habría sentido decepcionada, pero él no lo hizo, por supuesto. Se sentó, le preguntó si deseaba algún refresco y le miró de frente, sosegado y amistoso.

—¡Dios mío! —exclamó—. Nunca hubiera imaginado encontrarme con alguien como usted en este lugar. Cuando vivíamos por aquí nunca vimos grandes bellezas. Si esto fuera San Francisco, no me sorprendería, claro. Creo que aquel es su sitio.

A Lorie le parecía asombroso que un hombre que acababa de llegar pudiera decidir tan rápidamente. En el último año había empezado a dudar de su capacidad para llegar a San Francisco, e incluso dudaba de que fuera fresco y agradable como había imaginado. Pese a todo se negaba a abandonar la idea, porque no tenía otra de repuesto. Podía ser una tontería el mero hecho de pensarlo, pero no tenía nada mejor.

Entonces apareció Jake y al instante mencionó el lugar exacto. Antes de que terminara la tarde, había dejado a un lado su prudencia y su silencio y le había contado a Jake más sobre ella que a ningún otro hombre. Lippy y Xavier, a distancia, escuchaban en silencio, asombrados. Jake hablaba poco, aunque de vez en cuando le acariciaba la mano y le llenaba el vaso cuando lo tenía vacío. A veces, exclamaba: «¡Maldita sea!» o «Canalla, debería ir en su busca y matarle», pero sobre todo se mostraba amistoso y confiado, sentado allí con ella y con el sombrero echado hacia atrás.

Cuando Lorena terminó su historia él le contó que había matado a un dentista en Fort Smith, en Arkansas, y que le buscaban, pero que confiaba en eludir la ley y que si lo conseguía haría los posibles para que ella pudiera ir a San Francisco, que era donde debía estar. La forma de decirlo causó gran impresión en Lorie. De tanto en tanto su voz tenía un tono de tristeza, como si le doliera pensar que la

muerte le pudiera impedir hacerle aquel favor. Parecía como si esperara morir, y probablemente pronto. Pero era un lamento, solo una nota más baja en su voz y una mirada triste en los ojos; ni por un momento interrumpió su capacidad de disfrutar de los placeres inmediatos de la vida.

Cuando Jake hablaba de aquel modo, Lorie se estremecía y la hacía sentir el deseo de mantenerle vivo. Estaba acostumbrada a que los hombres pensaran que la necesitaban desesperadamente solo porque querían meterle la zanahoria, o querían que fuera su amiga por unos días o unas semanas. Pero Jake no le pedía nada de eso. Solo dejaba que se diera cuenta de que se sentía algo perecedero y que quizá no pudiera llevar a cabo todo lo que se proponía. Lorena quería ayudarle. Estaba asombrada, pero el sentimiento era demasiado fuerte para ignorarlo. No lo entendía pero lo sentía. Sabía que en su interior había una fuerza, pero hasta entonces la había guardado solo para ella. Los hombres confiaban siempre en que les concediera una parte de la misma, pero nunca lo había hecho. Entonces, sin vacilar, se la ofreció a Jake. Es un caso distinto. No pedía ayuda, pero sabía cómo recibirla.

Ella fue la que sugirió subir, principalmente porque estaba harta de que Lippy y Xavier escucharan todo lo que decían. Mientras subían se dio cuenta de que Jake tenía un pie algo torpe. Años atrás se le cayó encima un caballo y le rompió el tobillo. El tobillo solía hinchársele si montaba durante mucho tiempo y el viaje había sido largo. Le ayudó a sacarse la bota y le proporcionó agua caliente y sales «Epsom». Después de tener un rato el pie en remojo, pareció contento, como si se le acabara de ocurrir algo agradable.

—Si hubiera por aquí una tina me bañaría y me arreglaría el bigote —le dijo.

Había una tina en el porche trasero. Lorena la subía cuando necesitaba bañarse, y seis o siete cubos de agua para llenarla. Xavier la utilizaba con más frecuencia que ella. Podía tolerar la suciedad en sus clientes, pero no en sí mismo. Lippy, por lo que se sabía, no pensaba en baños.

Lorena se ofreció a ir a buscar la tina, puesto que Jake no llevaba la bota puesta, pero no quiso aceptar. Se quitó la otra bota y bajó cojeando en busca de la tina. Luego sobornó a Lippy para que le calentara agua. Tardó un poco porque había que calentar el agua en la cocina de leña.

—Pero Jake, podrías darte un baño por diez centavos en la barbería del mejicano —le indicó Lippy.

—Es posible, pero prefiero la compañía de este establecimiento.

Lorena pensó que a lo mejor querría que saliera de la habitación mientras se bañaba, puesto que hasta entonces la había tratado con recato, pero a él no se le pasó por la cabeza. Pasó el pestillo de la puerta para que Lippy no pudiera echar un vistazo a lo que no tenía derecho a mirar.

—Lippy debe mirar a las chicas —comentó Jake, cosa que no sorprendió a Lorena—. Ojalá la tina fuera mayor. Podríamos bañarnos juntos.

Lorena jamás había oído semejante cosa. Le sorprendió la naturalidad con que Jake se desnudó para bañarse. Al igual que todos los hombres que no eran jugadores profesionales, tenía el rostro, las manos y el cuello tostados, y el resto del cuerpo blanco como un pescado. La mayoría de sus clientes estaban tostados hasta el cuello, y lo demás blanco. La gran mayoría eran reacios a mostrar sus cuerpos, aunque eran los cuerpos lo que habían venido a satisfacer. Algunos ni siquiera se aflojaban el cinturón. Lorena solía hacerles esperar mientras se desnudaba. Si no lo hacía, se le arrugaba lo que llevaba puesto. También le gustaba desnudarse delante de los hombres porque les asustaba. Algunos se asustaban tanto que se echaban atrás, aunque siempre la pagaban escrupulosamente y se excusaban y pedían perdón. Entraban pensando que iban a intentar persuadirla para que se quitara la ropa, pero cuando ella lo hacía con la mayor indiferencia, solían perder el valor.

Naturalmente, Gus era una excepción. Le gustaba verla desnuda y le gustaba vestida. Un cuerpo le recordaba otros cuerpos y se sentaba en la cama, y se rascaba, y hablaba sobre diversos aspectos de las mujeres que solamente él era capaz de comentar; la diversidad de pechos, por ejemplo.

Jake Spoon no era tan hablador como Gus, pero al igual que él, no era vergonzoso. Se estuvo sentado, feliz, en la tina hasta que el agua se enfrió. Incluso le preguntó si no le gustaría cortarle el pelo. A ella no le importó intentarlo, pero rápidamente comprendió que lo estaba haciendo mal y solo le recortó unos pocos rizos negros.

Una vez se hubo secado, se la llevó a la cama. Antes de llegar se detuvo de pronto y pareció como si fuera a ofrecerle dinero. Lorena se había preguntado si lo haría, y cuando él se detuvo, ella se dio rápidamente la vuelta para que le desabrochara la larga hilera de botones de la espalda. Sentía impaciencia, no para hacer el acto sino para que Jake empezara y asumiera su responsabilidad para con ella. Nunca había supuesto que desearía tal cosa de un hombre, pero tampoco la preocupaba el hecho de que hubiera cambiado de idea en el curso de una hora, o que estuviera un poco bebida cuando cambió de manera de pensar. Confiaba en que Jake Spoon la sacaría de Lonesome Dove, y no quería que entre ellos mediara el dinero ni nada que le hiciera marcharse sin ella.

Jake se dispuso inmediatamente a desabrocharle los botones. Sin duda no era la primera mujer que había desnudado, porque incluso sabía manejar los corchetes del cuello, algo que la mayoría de sus clientes desconocía por completo.

—Hace tiempo que lo tienes, ¿verdad? —le dijo mirando críticamente el vestido que acababa de sacarle.

También esto la sorprendió porque ningún hombre había hecho comentarios favorables ni desfavorables de sus ropas, ni siquiera Tinkersley que le había dado dinero para comprarse precisamente el vestido que sostenía Jake en las manos,

un vestido de algodón, barato, que empezaba a gastarse por el cuello. En diferentes ocasiones se había propuesto confeccionarse uno o dos vestidos nuevos. En Lonesome Dove era la única forma de conseguirlos, pero no tenía habilidad con la aguja y aguantaba con la ropa que había comprado en San Antonio.

En los meses que llevaba allí había tenido diversos ofrecimientos para ir a San Antonio con hombres que probablemente le habrían comprado vestidos, pero siempre había rehusado. San Antonio estaba en la dirección opuesta, no le había gustado ninguno de los hombres y de todos modos no necesitaba ningún vestido nuevo, porque estaba más ocupada de lo que quería llevando su ropa vieja.

El comentario de Jake había sido hecho sin intención, pero la desazonó. Se daba cuenta de que era un hombre meticuloso y tendría que cuidarse. Un hombre que descubría un cuello rozado en una mujer semidesnuda, de pie ante él, era un tipo de hombre nuevo para Lorena, un hombre que no tardaría en notar otras cosas, algunas quizá más graves que un cuello desgastado. Se sintió desalentada. El momento había perdido parte de su encanto. Probablemente él había estado en San Francisco y visto a mejores mujeres. Quizá cuando llegara el momento de irse no querría cargar con una mujer tan mal vestida. Quizá la sorpresa que había irrumpido en su vida desaparecería simplemente de ella, sin más.

Pero su desánimo fue solo momentáneo. Jake dejó el vestido a un lado, la contempló mientras se quitaba la camisa por la cabeza y se sentó a su lado cuando se echó. Estaba totalmente tranquilo.

—Bueno, Lorie, tú ganas —le dijo—. No pensé que fuera a ser tan afortunado cuando llegué aquí. Eres tan bella como las flores.

Cuando empezó a acariciarla notó que sus manos eran como las de una mujer. Tenía los dedos pequeños y las uñas limpias. Tinkersley también tenía las uñas limpias, pero Jake no era arrogante como Tinkersley y daba la impresión de que le sobraba el tiempo. Muchos hombres se le echaban encima al instante, pero Jake se sentó en la cama, sonriéndole. Cuando él le sonreía, renacía su confianza. La mayoría de los hombres había un momento en que apartaban los ojos. Pero Jake no dejó de mirarla a los ojos. La miró tanto tiempo que empezó a sentir vergüenza. Nunca se había sentido tan desnuda y cuando él se inclinó para besarla, retrocedió. No le gustaba besar, pero Jake se limitó a sonreír cuando ella se echó atrás, como si su timidez le divirtiera. Su aliento era tan limpio como sus manos. Mucho aliento agrio le había revuelto el cabello y ofendido el olfato, pero el de Jake no era ni pútrido ni agrio. Tenía un limpio sabor a cedro.

Cuando hubo terminado, Jake se durmió. En lugar de levantarse y vestirse, Lorie se quedó echada junto a él, pensando. Con solo pensar en San Francisco se creía capaz de todo. Ni siquiera se sintió dispuesta a moverse para limpiar las sábanas. Qué más daba. Pronto se marcharía y Xavier podía quemarlas si

quería.

Cuando Jake despertó, la miró sonriendo y su mano, caliente ahora, volvió a acariciarla.

—Si no tengo cuidado voy a correrme otra vez—observó.

Lorena quería preguntarle por qué su aliento olía a cedro, pero no sabía si hacerlo, ya que era un recién llegado al pueblo. Al final se lo preguntó, se sintió un poco avergonzada al hacerle la pregunta.

—Pues pasé por un bosquecillo de cedros y me corté unos palillos —explicó Jake—. Nada deja tan buen aliento como un palillo de cedro, salvo la menta, y la menta no crece por aquí.

Luego volvió a besarla, como si le hiciera el regalo de su fresco aliento. Entre besos volvió a hablarle de San Francisco y de cuál podía ser la mejor ruta hasta allí. Siguió hablándole después de deslizarse de nuevo entre sus piernas y hacer crujir el viejo somier y el pobre colchón de paja.

Cuando al fin se levantó, sugirió que bajaran. Hacía muchos años que Lorena no se sentía tan feliz. Xavier y Lippy, acostumbrados a sus largos enfurruñamientos, apenas sabían qué pensar. Ni tampoco Dish Boggett, que entraba en aquel momento. Dish se sentó y se bebió una botella de *whisky* antes de que nadie se diera cuenta. Después empezó a cantar y todos se rieron de él. Lorena se reía tan fuerte como Lippy, cuyo labio se agitaba como una bandera cuando se divertía.

Solo más tarde, cuando Jake se marchó para cabalgar hacia el Sur con el capitán Call, Lorena se puso impaciente. Quería que Jake regresara. El rato que había pasado con él había sido tan relajado que casi parecía un sueño. Deseaba volver a soñar de nuevo.

Aquella noche, cuando un vaquero flaco llamado Jasper Fant llegó del río y se le acercó, Lorie se limitó a mirarle en silencio hasta que él, embarazado, desistió, sin haber podido decir ni una sola palabra. Lo único que hacía era mirar fijamente. Jasper consultó con Lippy y Xavier, y al final de la semana todos los vaqueros a lo largo del río sabían que la única prostituta de Lonesome Dove había dejado bruscamente de serlo.

14

Cuando Jake llegó finalmente a la casa, después de haber pasado la mayor parte del día dormido en la cama de Lorena, Augustus ya estaba dándole a la jarra. Se encontraba sentado en el porche delantero, apartando moscas y observando a los dos irlandeses que dormían como troncos debajo de la carreta más cercana. Se habían ido a dormir a la exigua sombra de la carreta; la sombra se había movido, los irlandeses no. El muchacho no tenía sombrero. Dormía con el brazo cruzado sobre la cara. Jake ni siquiera les miró al pasar, lo cual no pasó desapercibido a Augustus. Jake no demostraba interés por la gente, a menos que la gente fueran putas.

—¿Dónde está Call? —preguntó Jake al llegar al porche.

—Supongo que no esperarías encontrar a Woodrow Call sentadito en la sombra. Es un hombre que ha nacido para trabajar.

—Sí, y tú has nacido para hablar demasiado. Necesito que alguien me preste diez dólares.

—¡Oh! ¿Es que Lorie ha aumentado la tarifa?

Jake pasó por alto la pregunta, que solo le había hecho para molestarle, y alargó la mano hacia la jarra.

—No, la chica es tan generosa como una viuda de predicador. No ha querido aceptar dinero de un caballero como yo. Espero que a ti te cobre mucho, porque ya sé que has estado con ella antes que yo.

—Siempre he procurado estar por delante de ti, Jake —dijo Augustus—. Pero voy a contestar a tu pregunta. Call se ha ido a contratar vaqueros para poder dirigirnos hacia Montana con una manada de vacas y sufrir para el resto de nuestros días.

—¡Maldita sea! —masculló Jake—. Confieso que fui un imbécil por hablar de Montana.

Se instaló en el último peldaño y dejó la jarra entre los dos para que ambos pudieran alcanzarla. Estaba ligeramente disgustado porque Call se había marchado antes de que pudiera pedirle dinero prestado. Sacarle dinero a Augustus era siempre una tarea larga y agotadora. Call era más asequible en lo tocante a dinero. No le gustaba prestarlo, pero prefería prestarlo a discutir sobre él, mientras que Augustus prefería hablar que hacer otra cosa.

También era mala suerte que Call hubiera tomado tan en serio la idea de Montana, aunque siempre había sabido que si Call aceptaba una idea dedicaría a ella todas sus energías y ganaría una fortuna, que tal vez compartiría con el hombre que le había dado la idea.

Pero ahora que había vuelto, hubiera preferido pasar unos meses de calor y ocio en Lonesome Dove. Lorie era mucho más bella de lo que había imaginado. Su habitación encima del *saloon* no era gran cosa, pero era una instalación mucho mejor de lo que cabía esperar camino de Montana.

Pero como siempre, la vida iba más deprisa de lo que había previsto. Call regresaría con unos cuantos vaqueros y él se vería prácticamente obligado a casarse con Lorena para ahorrarse el viaje al Norte. Por otra parte, si se empeñaba en quedarse en Lonesome Dove, ¿quién sabe si aparecería un abogado de Fort Smith y se lo llevaría para ahorcarle? Cuando al final se proponía tomarse la vida con calma, se iba de la lengua y se metía en apuros.

—Puede que no encuentre ni ganado que llevar ni vaqueros tampoco —sugirió a sabiendas que era pura fantasía.

—Encontrará el ganado, y si no encuentra vaqueros lo conducirá él mismo —le aseguró Augustus—. Y tendremos que ayudarle.

Jake se echó el sombrero hacia atrás y no dijo nada. El cerdo azul dio la vuelta a la esquina de la casa y llegó hasta allí, mirándole, cosa que por alguna razón Jake encontró sumamente irritante. Gus y su cerdo eran compañía ofensiva.

—Debería disparar a este cerdo entre los ojos —dijo, cada vez más irritado.

No veía las cosas nada claras. O regresaba a Montana, y probablemente le arrancarían la cabellera, o se quedaba en Texas, y a lo peor le ahorcaban. Y si no se andaba con cuidado, la muchacha se haría a la idea de que iba a llevarla a San Francisco y se impacientaría. El principal problema con las mujeres era que siempre deseaban algo como San Francisco, y en cuanto empezaban a esperarlo se ponían pesadas si no lo conseguían. No comprendían que él hablaba de cosas agradables y de lugares lejanos solo para crear una perspectiva feliz en la que podían soñar durante cierto tiempo. No estaba previsto que ocurriera, pero las mujeres parecía que no se daban cuenta; cuando su decepción se transformaba en ira, alguna vez se había visto en apuros. Era increíble lo locas que podían llegar a ponerse las mujeres.

—¿Alguna vez te ha amenazado alguna mujer, Gus? —preguntó obsesionado.

—Lo que se dice amenazar, no. Una o dos veces me dieron con la tapa de la cocina en la cabeza.

—¿Por qué?

—Sin ningún motivo. Si vives con mejicanos, tarde o temprano comerás fríjoles.

—¿Quién te ha hablado de mejicanos? —dijo Jake exasperado. Gus no paraba

de hablar sin ton ni son.

Augustus se rio entre dientes:

—Siempre has sido lento de entendederas, Jake. Si juegas con mujeres, tarde o temprano te darán con la tapadera en la cabeza, y si vives con mejicanos, tarde o temprano comerás fríjoles.

—Me gustaría conocer a la mujer capaz de pegarme con la tapa de una cocina. Aceptaré un insulto de vez en cuando, pero nunca una cosa así.

—Lorie es capaz de golpearte con algo más fuerte si intentas escabullirte de llevarla a San Francisco —le aseguró Augustus, contento de poderle poner en evidencia tan pronto después de su llegada.

Jake dejó pasar el comentario. Naturalmente, Gus lo sabía todo de la muchacha. No hacía falta ser inteligente para saber de mujeres; extendían sus secretos como miel en una trampa para moscas. Naturalmente que Lorie querría ir a San Francisco. Estaban de acuerdo en que era la ciudad más bonita del Oeste.

Augustus se puso en pie y descolgó su pistolón del respaldo de su silla.

—Creo que deberíamos despertar a los irlandeses antes de que se cuezan —dijo. Se acercó a ellos y pateó el suelo junto a sus pies hasta que empezaron a moverse. Por fin Allen O'Brien se incorporó medio atontado.

—Demonios, qué calor hace, ¿verdad?

—Verás, hijo, es primavera —comentó Augustus—. Si buscas calor, vuelve el 4 de julio. Entonces empezaremos a derretirnos.

Cuando tuvo la seguridad de que los irlandeses estaban despiertos, entró en la casa y salió con su rifle.

—Vamos —dijo a Jake.

—Vamos, ¿dónde? Acabo de llegar.

—Vamos a esconder los caballos. Pedro Flores no es ningún cobarde. Vendrá.

Jake se enfadó. Volvió a desear que las circunstancias no le hubieran obligado a regresar. Ya había pasado una noche entera a caballo y ahora los muchachos querían que pasara otra más; todo por culpa de una manada de ganado por el que no sentía el menor interés.

—No sé si voy a ir —dijo—. Acabo de llegar. De haber sabido que os pasáis las noches tras los caballos, no creo que hubiera venido.

—Lo que ocurre es que eres un holgazán —le soltó Augustus, alejándose. Jake tenía una vena de testarudez, y una vez activada ni siquiera Call podía hacer gran cosa con él. El muchacho irlandés estaba de pie tratando de quitarse el sueño de los ojos.

—Vamos, chicos —dijo Augustus—. Ya es hora de que vayamos al río.

—¿Quiere que volvamos a montar? —preguntó Sean. Llevaba la camisa llena de briznas de hierba.

—Pronto aprenderéis a montar. Es más fácil de lo que os imagináis.

—¿Tiene algún mulo? —preguntó Sean—. Soy mejor montando mulos.

—Hijo, se nos han terminado. ¿Alguno de vosotros sabe disparar?

—No, pero sabemos arrancar patatas —terció Allen; no quería que aquel hombre les considerara totalmente incompetentes.

—Muchachos, os equivocasteis de barco. Dudo de que en este país encontréis diez patatas.

Les buscó los caballos más mansos del pequeño grupo que estaba en el corral y les enseñó a ajustarse los estribos para que no les colgaran los pies. En Sabinas no había tenido tiempo de explicarles aquel refinamiento. En aquel momento se acercó Jake andando, con el «Winchester» colgando del brazo. Sin duda había llegado a la conclusión de que sería más fácil estar toda la noche a caballo que explicar a Call por qué no había ido.

Los irlandeses pronto estuvieron montados y marchaban prudentemente alrededor de la valla.

—Para ellos todo esto es nuevo, pero el ser humano es muy listo —explicó Gus—. Dales una semana y montarán como comanches.

—No sé si esperaré una semana —protestó Jake—. Sois difíciles de aguantar. A lo mejor me llevo a la rubia hacia California.

—Jake, eres un culo de mal asiento. Apareces ayer hablando de Montana y hoy me hablas de California.

Cuando los irlandeses hubieron aprendido bien a montar y desmontar, Augustus entregó un «Winchester» a cada uno y les hizo disparar una o dos veces a un cacto.

—Alguna vez tendréis que aprender —les dijo—. Si aprendéis a montar y a disparar antes de que regrese el capitán Call, tal vez os contrate.

Los pobres O'Brien estaban tan impresionados al encontrarse con armas mortales entre sus manos que inmediatamente se les olvidó lo nerviosos que les ponían los caballos. Sean nunca había sostenido un arma, y le aterrorizó el golpe seco de la bala cuando disparó contra el cacto. Pensaron que si se esperaba de ellos que dispararan, también podían esperar que se les disparara a ellos…, una idea de lo más desagradable.

—¿Les preguntamos su nombre antes de disparar? —preguntó.

—No es necesario —dijo Augustus—. La mayor parte de ellos se llaman Jesús.

—Bueno, como yo no me llamo Jesús —advirtió Jake—, procurad no apuntar en mi dirección. Todo el mundo sabe que me enfurezco cuando se me dispara.

Cuando los dos irlandeses llegaron trotando hasta la manada, detrás de Augustus y de Jake, Dish Boggett no podía creer lo que veían sus ojos. Siempre había oído decir que el equipo de Hat Creek era peculiar, pero eso de armar a hombres que no sabían cómo bajar de sus caballos, más que peculiar parecía demencial.

Augustus iba en cabeza sobre un gran caballo blanco llamado *Pudding Foot*,

seguido de Jake Spoon. Jake tenía una expresión tan agria como la leche cuajada, cosa que animó a Dish. Después de todo, tal vez Lorena no se había enamorado de él.

Dish dio un codazo a Newt, que estaba dormido en su caballo. El propio Dish había echado cabezadas, de vez en cuando, porque el día era caluroso y la manada estaba tranquila.

—Mira quiénes vienen —dijo—. Gus ha montado a los enanos a caballo.

A Newt le costó horrores abrir los ojos. Tan pronto como hubo terminado la caza, el sueño le había vencido. Si Pedro Flores hubiera llegado y le hubiera amenazado con dispararle, estaba convencido de que no le hubiera importado demasiado, porque por lo menos habría dormido más. Conocía a vaqueros de los que se decía que podían estar en la silla dos o tres días de un tirón sin dormir, pero él estaba convencido de que aún no había aprendido el truco. Cuando Dish le dio el codazo se le cayó el sombrero, y al bajar a recogerlo las piernas le pesaban como si alguien hubiera puesto plomo en sus botas. Le hubiera gustado decir algo a Sean O'Brien, que parecía tan cansado como él, pero no se le ocurrió nada.

Augustus, que no había tenido la oportunidad de examinar el gran botín de Call, cabalgó al centro de la manada y salió por el otro lado, donde esperaban Deets y Pea. Tardó un buen rato en hacerlo, examinando críticamente a los animales a medida que iba pasando. Solo unos cuarenta como máximo podían calificarse de caballos de primera. Muchos eran pequeños, algunos tenían heridas de sillas y en conjunto estaban flacos por exceso de trabajo y mala nutrición, o probablemente por falta de comida. Excepto en uno o dos buenos sementales, Pedro Flores nunca se había gastado un céntimo en caballos.

—Estos jamelgos apenas valen una noche de sueño —comentó a Deets y Pea —. Si nos proponemos montar una fábrica de jabón a lo mejor sirven, pero me parece que no es eso lo que queremos. Pienso que tendríamos que quedarnos con los cincuenta mejores y soltar a todos los demás.

—¡Dios mío! —exclamó Pea, horrorizado por la sugerencia de Gus—. El capitán nos fusilará a todos si le soltamos estos caballos.

—Le saldrá espuma por la boca, desde luego —dijo Augustus—. ¿Qué opinas, Deets?

—Están en los huesos. Si les damos tiempo, podrían engordar.

—Y a ti podrían salirte alas con el tiempo. —Miraron hacia el río. El sol bajaba deprisa. Dentro de una o dos horas podían tener una visita ruidosa.

—He aquí mi plan —siguió diciendo—. Pedro no se molestará en llegar hasta el pueblo porque conoce nuestras costumbres. Meteremos en el corral los buenos y nos llevaremos a los flacos a algún soto. Después, si no nos gustan sus tropas, podemos maniobrar y dejar que se lleve a su fábrica de jabón a casa.

A Pea Eye le preocupaba el plan. Cuando el capitán estaba, las cosas se hacían de un modo más directo. Gus siempre organizaba algo complicado. No

obstante, a Pea no se le había pedido su opinión. Vio cómo Gus y Deets empezaban a separar el ganado. Dish Boggett no tardó en darse cuenta de lo que hacían y corrió a ayudarles. Dish estaba dispuesto a trabajar siempre y cuando no se tratara de hacer pozos.

Jake se quedó con el muchacho y los irlandeses y observó las maniobras sin demasiado interés. Se fumó un cigarrillo, pero no ofreció a los demás.

Newt también observaba, sin decidirse a ayudar o no. El señor Gus, Deets y Dish realizaban el trabajo con tal eficiencia que pensó que les estorbaría, así que se quedó quieto, esperando que Jake le dijera algo. No había habido oportunidad de reanudar su vieja amistad, desde que Jake volvió a casa.

A medida que se acercaba la puesta del sol, Newt se fue sintiendo cada vez más intranquilo. La marcha del capitán siempre le afectaba del mismo modo. Sabía que el señor Gus era uno de los hombres más valiosos de la frontera y confiaba en que Jake pudiera hacer frente a cualquier eventualidad, pero a pesar de la presencia de uno y otro, no podía evitar sentirse intranquilo cuando el capitán no estaba.

El joven Sean O'Brien también estaba preocupado, pero su preocupación era de otra naturaleza. La idea de disparar o de que le dispararan iba adquiriendo cada vez mayores proporciones hasta que no pudo pensar en nada más. Como Newt parecía amistoso, decidió consultarle:

—¿A qué parte del hombre es mejor disparar? —preguntó a Newt.

Jake Spoon rio entre dientes y contestó:

—Al caballo. Apunta a su caballo. No hay muchos comedores de fríjoles que te molesten cuando están en tierra.

Dicho esto, espoleó su caballo y trotó hacia el otro lado de la manada.

—¿Es verdad? —insistió Sean—. ¿Hay que disparar al caballo?

—Si lo dice Jake, es que es verdad —afirmó Newt lealmente, aunque también a él le sorprendió el consejo.

—¿Has disparado a muchos? —preguntó Sean.

Newt sacudió la cabeza.

—No. Anoche fue precisamente la primera vez que participé. Nunca he disparado a un hombre ni a un caballo.

—Dispara al caballo —aconsejó Sean cuando se acercó su hermano Allen.

Allen no dijo nada. Pensaba en su mujercita Sary, a la que había dejado en Irlanda. Lloró durante unas semanas antes de que él se fuera, pensando que no estaba bien que la dejara. Pero él se había empeñado y se marchó, y ahora la añoraba tanto que las lágrimas, tan amargas como las de ella, se escapaban de sus ojos cada vez que la recordaba. Aunque normalmente era un hombre alegre y divertido, la ausencia de Sary le afectaba más de lo que había supuesto. Veía su figurilla pelirroja haciendo el trabajo del día, tan pronto guisando patatas como ordeñando las agotadas tetas de su vieja vaca lechera. Cuando pensaba en Sary

se desentendía de todo lo demás, negándose a que se le distrajera. ¿Qué pensaría ella si supiera en dónde se había metido, montado en un caballo y con un pesado rifle debajo de su pierna?

Al otro lado de la manada, Gus había terminado de separar lo bueno de lo malo y se disponía a organizar el equipo. Deets y Dish retenían a los buenos, a escasa distancia de los demás.

—Bueno, niñas —dijo Augustus—, llevaos a estos animales y acostarlos. Yo y este grupo de hombres escogidos nos iremos río arriba.

Dish Boggett apenas daba crédito a su buena suerte. Se había mentalizado para una noche de brega entre matorrales, pero al parecer el viejo Gus estaba dispuesto a prescindir de él.

—Muy bien —contestó—. Dígame lo que quiere para cenar, Gus, y me lo comeré a su salud cuando haya acostado a estos.

Augustus ignoró la pulla.

—Deets —dijo—, no dejes de vigilar. Este joven probablemente decidirá emborracharse o casarse, antes de que termine la noche.

Dish saludó y se puso en marcha con los caballos. Jake se acercó al galope.

—¿Adónde van? —preguntó.

—Otra vez al pueblo —respondió Augustus—. Creo que es el sitio más seguro para el ganado bueno.

—¡Maldita sea! —exclamó Jake, claramente molesto—. Podías haberme enviado a mí. Yo soy el que está realmente agotado.

—Alguien tiene que ayudarme a proteger a estos muchachos —comentó Augustus—. Si no recuerdo mal, tienes fama de matador de bandidos mejicanos. Pensaba que agradecerías la oportunidad que te brindo de sacar más brillo a tu reputación.

—¡No sé por qué no disparo contra ti! —protestó Jake de mal talante—. Me has causado más daño tú que todos los bandidos de México juntos.

—Venga, Jake, no seas injusto. Contabas con volver y meter otra vez la zanahoria a la muchacha. Creo que Dish debería tener su oportunidad antes de que la estropees del todo.

Jake lanzó un respingo. El joven vaquero no le preocupaba lo más mínimo.

—Si tanto te gustan estos irlandeses, cuida tú mismo de ellos. Mándame al pequeño Newt y guardaremos un lado. ¿Debemos ir a algún lugar especial?

—No. Procura mantenerlos fuera de México. —Hizo una señal a Newt, que se acercó al trote.

—Hijo, Jake Spoon ha solicitado tu ayuda —le dijo Augustus—. Si tú y él vigiláis por el Este, yo, Pea y los buñuelos nos ocuparemos del Oeste.

La cara del muchacho se iluminó como si le regalaran una silla nueva. Tiempo atrás había adorado a Jake Spoon, y aún sentía gran afecto por él. Augustus sintió un remordimiento momentáneo. Jake le gustaba, pero le

consideraba una vasija rajada que no le inspiraba demasiada confianza. Todas las vasijas rajadas gotean.

—¿Seguiremos adelante o nos detendremos a esperar a los mejicanos? —preguntó Newt, ansioso por saber cómo debía actuar.

—Seguid cabalgando. Dejad que nos alcancen, si son lo bastante hombres. Y si lo hacen, no malgastes todas las municiones. A lo mejor mañana necesitamos más.

Volvió grupas y a los pocos minutos, y con la inexperta ayuda de los irlandeses, puso en marcha el centenar de caballos, en dirección Norte, bajo la luz del atardecer.

15

Tan pronto la manada estuvo al otro lado de la valla, Dish empezó a sentirse inquieto. Se puso a fumar, apoyado en la entrada del gran corral. Sabía que tenía la obligación de quedarse con los caballos. Aunque el negrito era un mozo de primera, no podía esperarse de él que se defendiera solo de un enjambre de bandidos.

El problema era que Dish no creía en el enjambre de bandidos. Bajo el rojo atardecer, el pueblo estaba tan tranquilo como una iglesia. De vez en cuando se oía el balido de una cabra o el grito de un murciélago, pero nada más. Todo estaba tan plácido que Dish no tardó en convencerse de que no era necesario que dos hombres malgastaran toda la noche en un corral polvoriento. Los bandidos eran algo teórico, pero Lorena era real, y estaba a solo doscientos metros de distancia.

Apoyado en la cerca, Dish no tenía dificultad en imaginar posibilidades favorables. Jake Spoon era solamente humano, y además demasiado seguro de sí. Podía haberse precipitado. Quizás a Lorie no le había gustado tanto atrevimiento. Quizá se había dado cuenta de que Jake no era hombre de fiar.

Después de media hora de pensar en ello, no pudo aguantar más. Tenía que intentarlo de nuevo o lamentarlo durante toda la marcha. Algunos le tacharían de irresponsable, tal vez el capitán Call el primero, pero no podía aguantar toda la noche tan cerca de Lorena y no ir a visitarla.

—Bueno, todo parece muy tranquilo —dijo a Deets, que se había sentado sobre el gran abrevadero, con el rifle sobre las rodillas.

—Hasta ahora sí —asintió Deets.

—Supongo que tardará en ocurrir algo, si es que ocurre. Me voy a acercar al *saloon* a remojar el gaznate.

—Sí, señor, váyase usted. Yo puedo vigilar al ganado.

—Si necesita ayuda, dispare —le advirtió—. Si hubiera problemas, vuelvo en un minuto.

Se llevó al caballo para que no le cazaran a pie si ocurría algo, y se fue al trote.

Deets estuvo contento de perderle de vista, porque la inquietud del joven hacía de él un compañero incómodo. No era una inquietud para comentar con

otros hombres; solo una mujer podía curarla.

Deets también había sentido semejante inquietud, y no había tenido ninguna mujer para curársela, pero tantos años de trabajo duro la habían mitigado, y ahora podía relajarse y disfrutar de la quietud de la noche, si le dejaban solo. Le encantaba sentarse con la espalda apoyada en el abrevadero, escuchando cómo los caballos se iban situando. De tanto en tanto se acercaba uno al abrevadero y bebía a grandes sorbos. Al otro lado del cercado dos caballos pateaban y resoplaban nerviosamente, pero Deets no se molestó en levantarse a mirar. Probablemente alguna serpiente se había acercado demasiado al cercado. Una serpiente no iba a enfrentarse a unos caballos si podía evitarlo.

La posibilidad de un ataque no le preocupaba. Incluso si unos pocos vaqueros daban una pasada por el pueblo, se pondrían nerviosos pensando que les doblarían en número. Podía dormir. Tenía la suerte de dormirse o despertarse deprisa y fácilmente, pero a pesar de la larga noche anterior y del día, no tenía sueño. A veces, relajarse era tan beneficioso como dormir. Un hombre dormido perdería lo mejor de la noche y la salida de la luna. Deets siempre había sido amante de la luna; la contemplaba a menudo y pensaba mucho en ella. Para él era mucho más interesante y le afectaba más que el sol, que brillaba todos los días, más o menos del mismo modo.

Pero la luna cambiaba. Se movía alrededor del cielo; brillaba y se apagaba. En las noches en que se elevaba llena y amarilla sobre los llanos que rodeaban Lonesome Dove, parecía tan cercana que un hombre casi podía llegar hasta ella con una escalera y meterse dentro. Deets incluso había pensado en apoyar una escalera en la vieja luna llena y meterse dentro. Si lo hiciera, una cosa era segura: el señor Gus tendría algo que comentar durante mucho tiempo. Deets se reía ante la simple idea de lo excitado que se pondría el señor Gus si subiera y recorriera la luna cabalgando. Porque lo imaginaba como un paseo a caballo, algo que podía hacer una o dos noches, cuando no había mucho trabajo. Luego, cuando la luna volviera a acercarse a Lonesome Dove, saltaría y volvería andando a casa. Les sorprendería a todos.

Pero otras veces la luna estaba tan alta que Deets tenía que recobrar la sensatez y admitir que ningún hombre podía realmente cabalgar por ella. Cuando se imaginaba allá arriba, en el pequeño gancho que colgaba, fino, encima de él, blanco como un diente, casi se mareaba con su propia imaginación y tenía que esforzarse por prestar atención a lo que estaba ocurriendo en la tierra.

No obstante, cuando no había otra cosa que ver a su alrededor más que unos pocos caballos bebiendo agua, siempre podía descansar mirando la luna y el cielo. Le gustaban las noches claras y odiaba las nubes. Cuando estaba nublado era como si le estafaran, privándole de la mitad del mundo. Su miedo a los indios, que era intenso, estaba relacionado con su idea de que la luna tenía poderes que ningún hombre, blanco o negro, podía comprender. Había oído hablar al señor

Gus de que la luna movía las aguas, y aunque había contemplado el océano varias veces, desde Matagorda, nunca había conseguido saber de qué forma la luna las movía.

Pero estaba convencido de que los indios comprendían la luna. Nunca había hablado de ella con un indio, pero sabía que tenían más nombres para ella que los blancos, y esto indicaba una gran comprensión. Los indios estaban menos ocupados, y lógicamente tendrían más tiempo para estudiar esas cosas. A Deets siempre le había parecido que los blancos tenían suerte de que los indios no hubieran obtenido el control completo de la luna. Después de la terrible batalla de Fort Phanthom Hill, una vez soñó que los indios habían conseguido llevarse la luna por encima de una de aquellas pequeñas colinas que cubrían todo el oeste de Texas. La habían hecho detenerse en la cima de una montaña para poder saltar a caballo sobre ella. A veces aún pensaba que podía haber ocurrido y que había comanches o kiowas galopando por la luna. Muchas veces, cuando la luna estaba llena y cerca de la tierra, tenía la extraña sensación de que los indios ya estaban en ella. Era una sensación que le producía pánico y que nunca había discutido con nadie. Los indios odiaban a los blancos y si controlaban la luna, que a su vez controlaba las aguas, podían ocurrir cosas terribles. Los indios harían que la luna chupara toda el agua de los pozos y de los ríos, o que la transformaran en salada, como el océano. Este sería el fin, y un fin de lo más duro.

Pero cuando la luna no era sino un ganchito blanco, Deets olvidaba sus preocupaciones. Después de todo, el agua seguía siendo dulce, excepto en uno o dos ríos alcalinos, como el Pecos. Quizá si los indios se habían subido a la luna, ya se habían vuelto a caer todos.

A veces a Deets le hubiera gustado tener cierta instrucción para conseguir las respuestas a algunas cosas que le desconcertaban e intrigaban. La noche y el día, ya era algo que requería reflexión: Tenía que haber una razón para que el sol cayera, permaneciera escondido y volviera a aparecer por el lado opuesto de la llanura, y otras razones para la lluvia, los truenos y el cortante viento del Norte. Sabía que los grandes movimientos de la Naturaleza no eran accidentes; solo que su vida no le había dado suficiente información para poder comprender el funcionamiento de las cosas.

Y sin embargo, los indios, que ni sabían hablar una lengua normal, parecían comprender más cosas que el señor Gus, que podía hablar mucho sobre los movimientos de la Naturaleza o cualquier otra cosa que uno quisiera oír. Pero fue el señor Gus el que puso su nombre en el letrero para que todo el que supiera leer se diera cuenta de que formaba parte del equipo, y esto le compensaba de muchas bromas.

Deets descansaba feliz junto al abrevadero, mirando de vez en cuando a la luna. Las sombras le envolvían por completo y cualquier vaquero que estuviera lo bastante loco como para tratar de colarse, se llevaría una buena sorpresa.

El que tuvo una sorpresa fue Dish cuando entró en el « Dry Bean» , porque Lorena no estaba sola, como había supuesto. Estaba sentada con Xavier y Jasper Fant, aquel mozo flaco de río arriba. Dish se había encontrado con Jasper una o dos veces y le caía bastante bien, aunque esta vez le habría caído mejor si se hubiera quedado río arriba, que era donde debía estar. Jasper tenía aspecto enfermizo, pero en realidad estaba tan sano como el que más y tenía un apetito que rivalizaba con el de Gus McCrae.

—Aquí está Dish —anunció Lorena al verle entrar—. Ahora podremos jugar una partida.

Lippy, como de costumbre, estaba de mirón, entrometiéndose en el juego, quisieran o no.

—No, a menos que haya estado en el Banco —dijo—. Xavier le dejó sin blanca anoche y en un día no ha podido recuperarse.

—No veo por qué no puede participar —comentó Jasper con un gesto amistoso—. Xavier hizo lo mismo conmigo, y todavía estoy jugando.

—Todos tenemos debilidades —observó Lippy— Wanz juega al póquer a crédito. Por eso no puede permitirse pagar un sueldo decente a su pianista.

Xavier soportaba sus gracias en silencio. Estaba de peor humor que de costumbre, y sabía por qué. Jake Spoon había vuelto al pueblo y le había arrebatado una puta, un valor vital para un establecimiento como el suyo en aquel lugar dejado de la mano de Dios que era Lonesome Dove. Algunos viajeros, que normalmente no irían tan lejos, lo hacían solo por Lorie. No había una mujer como ella en toda la frontera. No era simpática, pero los hombres venían por ella y se quedaban toda la noche bebiendo. No era fácil que pudiera encontrar a otra puta parecida: había mujeres mejicanas tan bonitas como ella, pero pocos vaqueros cabalgarían unas millas más por una mejicana, porque las había a montones en muchas partes del sur de Texas.

Además, él mismo se acostaba con Lorena una vez por semana, por lo menos. Una vez, en un período de inquieto entusiasmo, la había contratado seis veces en cinco días. Después, avergonzado de su extravagancia ya que no de su lujuria, se abstuvo durante dos semanas. Era una gran comodidad tener a Lorie en la casa, y un buen cambio respeto a su mujer, Thérèse, que había sido avara de sus favores y una mandona por si fuera poco. Una vez Thérèse le había mantenido a dieta durante cuatro meses, que para un hombre del temperamento de Xavier era de lo más doloroso. Durante aquellos cuatro meses no tuvo más remedio que buscar mejicanas, y a punto estuvo de sufrir la ira de un par de maridos mejicanos.

En cambio Lorie era tranquilizante y le había tomado cariño. No aparentaba sentir el menor afecto por él, pero tampoco ponía la menor objeción cuando tenía necesidad de comprar sus favores, algo que a Lippy le dolía

profundamente. Se negaba a aceptar a Lippy a ningún precio.

Y ahora Jake Spoon lo había desbaratado todo, y el único medio que tenía Xavier para desfogarse era ganarle dinero a Jasper Fant, que en su mayor parte nunca cobraría.

—¿Dónde está Jake? —preguntó Lorie. Las esperanzas de Dish, que habían crecido al cruzar el oscuro *saloon*, se vinieron al suelo. Para ella, el hecho de preguntar tan descaradamente por un hombre indicaba la intensidad de un afecto que Dish apenas podía imaginar. Era imposible que alguna vez preguntara por él, aunque cruzara aquella puerta y se esfumara durante un año.

—Pues Jake está con Gus y los muchachos —respondió sentándose e intentando poner buena cara.

Nunca le había parecido tan bonita. Se había subido las mangas del vestido y cuando se puso a barajar las cartas le deslumbraron sus brazos blancos. Apenas podía pensar en la jugada contemplando sus labios firmes y sus brazos gordezuelos, los más bonitos que había visto en su vida. La deseaba tanto que no pensaba en lo que hacía; jugaba tan mal que en una hora perdió la paga de tres meses.

A Jasper Fant no le iba mejor, ya fuera por amor a Lorie o por falta de habilidad. Dish no lo sabía, y además le tenía sin cuidado. De lo único que se daba cuenta era de que de una u otra forma tenía que superar a Jake, porque para él no podía haber otra mujer que la que tenía enfrente. El afecto con que le trataba era como la mordedura de un escorpión, porque no significaba nada. Era el mismo afecto con que trataba a Lippy, un pobre imbécil con un agujero en el estómago.

La partida acabó siendo una tortura para todos menos para Lorie, que ganaba una mano tras otra. Le alegraba pensar en lo sorprendido que estaría Jake cuando volviera y viera sus ganancias. Por lo menos comprobaría que no era una inútil. Xavier no había perdido mucho, nunca perdía mucho, pero no jugaba con su habitual destreza. Lorie sabía que era debido a ella, pero no le importaba. Siempre le había gustado jugar a las cartas y ahora le gustaba mucho más porque era lo único que podía hacer hasta que Jake regresara. Incluso Dish y Jasper le gustaban un poco. Era un alivio no tener que pasarlo mal por culpa de lo que deseaban. Sabía que estaban desesperados, pero también ella se había sentido desesperada bastantes veces, esperando a que terminaran de decidirse o a que pidieran dos dólares prestados. Que aprendieran ahora.

—Dish, sería mejor que lo dejáramos —sugirió Jasper—. Tal como están las cosas, no pagaremos la deuda ni en un año.

—Voy a jugar yo —dijo Lippy—. Tal vez me encuentre oxidado, pero estoy dispuesto.

—Dejadle jugar —dijo Xavier de pronto. Era una regla de la casa que Lippy no jugara. Su estilo era extravagante y sus recursos escasos. Su vida había estado

varias veces en peligro cuando algunos forasteros descubrían que no tenía dinero para pagarles lo que había perdido.

Pero Xavier ya no tenía confianza en las reglas de la casa porque también había una regla que decía que Lorena era una puta y ahora ya no lo era. Si una puta podía retirarse tan súbitamente, ¿por qué no iba Lippy a poder jugar a las cartas?

—¿Y con qué me vas a pagar cuando te gane? —preguntó Lorena.

—Con dulce música —respondió Lippy alegremente—. Tocaré tu canción favorita.

No era muy incitante, pensó Lorena, porque tocaba su canción favorita cada vez que entraba en la habitación, con la esperanza de que su habilidad en el teclado acabaría enterneciéndola y dejándole comprar sus favores.

No estaba dispuesta a acceder, pero le dejó jugar unas manos. Los jóvenes estaban demasiado abrumados incluso para beber. Los dos le dieron las buenas noches correctamente con la esperanza de que se enternecería, pero no fue así. Los muchachos la interesaban menos que las cartas.

Fuera, en la calle, Jasper se quedó fumando con Dish.

—¿Ya estás contratado? —preguntó Jasper. Tenía un bigote poco más ancho que un cordón de zapato y un caballo tan grueso como el bigote.

—Creo que sí. Ahora trabajo para la gente de Hat Creek. Piensan llevar ganado al Norte.

—¿Quieres decir que te han contratado para jugar a las cartas? —Jasper se creía gracioso.

—No, no tenía nada que hacer. Ayudo a un negro que está con ellos guardando una manada.

—Guardarla, de qué.

—Pues de los mejicanos a los que se la robamos —explicó Dish—. El capitán ha ido a contratar muchachos.

—Huy, si los mejicanos supieran que el capitán está fuera vendrían a despojar Texas.

—Creo que no —replicó Dish. Encontró algo molesto el comentario. El capitán no era el único hombre en Texas que podía y sabía luchar.

—Cuando vuelva puede contratarme, si quiere —ofreció Jasper.

—Probablemente lo hará —le aseguró Dish. Jasper tenía fama de persona capacitada, pero no brillante.

Aunque Jasper se daba cuenta de que Dish era susceptible respecto al tema, sentía curiosidad por saber qué había cambiado a Lorie. Miraba con nostalgia la luz de su ventana.

—¿Se ha casado la muchacha, o qué? —preguntó—. Cada vez que hice sonar el dinero me miró como si estuviera decidida a arrancarme el hígado.

A Dish le molestó la pregunta. No era tan vulgar como para hablar de Lorie

con cualquier hombre que le preguntara. Por el contrario, era difícil ver un rival en Jasper Fant. Parecía medio muerto de hambre, y probablemente así era.

—Es un tipo llamado Jake Spoon. Creo que la ha hechizado.

—Ah, ¿es eso? Me parece que he oído hablar de él. Algo así como un pistolero, ¿verdad?

—No sabría decirte lo que es —contestó Dish en un tono que daba a entender su falta de interés en hablar del asunto. Jasper captó la indirecta y los dos cabalgaron en silencio hacia los corrales de Hat Creek, con sus mentes fijas en la mujer de blancos brazos del *saloon*. Ya no se mostraba antipática, pero los dos tuvieron la impresión de que las cosas estaban algo mejor antes del cambio.

16

Al final de la primera jornada de contratación, Call había reunido cuatro muchachos, ninguno de los cuales había cumplido los dieciocho años. El joven Bill Spettle, el llamado Bill el *Rápido*, no era mayor que Newt, y su hermano Pete solo un año mayor que Bill. La situación familiar era tan desesperada que Call casi dudó en llevárselos. La viuda Spettle tenía ocho hijos, y Bill y Pete eran los mayores. El padre, Ned Spettle, había muerto de una borrachera dos años antes. Call tuvo la impresión de que la familia se moría de hambre. Tenían una pequeña granja cerca del arroyo, no lejos del norte de Pickles Gap, pero la tierra era pobre y la familia tenía poco que comer como no fueran alubias.

Pero la viuda Spettle estaba impaciente por que se llevara a los muchachos, y no admitió las protestas de Call. Era una mujer delgada, de expresión amargada. Call había oído decir que procedía de una familia rica, del Este, con sirvientas que la peinaban y la ayudaban a calzarse cuando se levantaba. Tal vez solo fuera una historia, porque le resultaba increíble que una persona adulta necesitara que la ayudaran a ponerse sus propios zapatos. Pero aunque no fuera todo verdad, era incuestionable que habían caído bajo. Ned Spettle nunca llegó a pavimentar aquella casa-cobertizo que se había hecho. Su mujer tuvo que criar a ocho hijos en plena suciedad. Había oído decir que Ned nunca había superado la guerra. Muchos tampoco. Aquella guerra explicaba la escasez de hombres de cierta edad. El propio Call se había sentido culpable por no participar en ella, aunque el trabajo que él y Gus habían hecho en la frontera también había sido peligroso y necesario.

—Lléveselos —dijo la viuda Spettle mirando a sus hijos como preguntándose por qué los había tenido—. Estoy segura de que trabajarán tan duro como cualquiera.

Call sabía que los jóvenes habían ayudado a llevar un pequeño rebaño a Arkansas. Entregó a la viuda el sueldo de un mes para cada uno de ellos, sabiendo que lo necesitaba. Evidentemente, no había un solo zapato en la familia. Incluso la madre iba descalza, algo que debía avergonzarla si era cierta la historia de las sirvientas.

No se llevó a los chicos consigo porque no había traído caballos para ellos. Pero los dos jóvenes salieron inmediatamente hacia Lonesome Dove a pie,

cargados con una manta cada uno. Tenían un «Navy Colt» con solo medio gatillo. Aunque Call les aseguró que les proporcionaría armas cuando llegaran a Lonesome Dove, no quisieron dejar la pistola.

—Nunca hemos disparado otra arma —aseguró Bill el *Rápido* como si aquello significara que no podían dejarla.

Cuando se despidió, la señora Spettle y los seis hijos restantes apenas se fijaron en él. Estaban todos en el caluroso patio, con una o dos gallinas flacas picoteando cerca de sus pies desnudos, mirando a los muchachos y llorando. La madre, que apenas había tocado a sus hijos antes de que se fueran, se mantenía erguida y también lloraba. Tres de los hijos eran niñas, pero los otros tres eran chicos ya adolescentes, lo bastante mayores para ser útiles a su madre.

—Cuidaremos de ellos —dijo Call malgastando palabras.

Las niñas se agarraban a la gastada falda de la viuda y lloraban. Call se alejó cabalgando con mal sabor de boca. Era preferible que los dos jóvenes se marcharan; allí no había bastante trabajo para ellos. Y sin embargo, eran el orgullo de la familia. Cuidaría de ellos lo mejor que pudiera, ¿pero qué podía significar esto con una marcha por delante de casi cuatro mil kilómetros?

Llegó al rancho Rainey a la puesta del sol, un lugar bastante más alegre que la vivienda de los Spettle. Joe Rainey tenía una pierna torcida, debido a un accidente, pero a pesar de la pierna se movía tan deprisa como un hombre sano. A Call no le gustaba tanto Maude, la esposa coloradota de Joe, como a Augustus, pero debía admitir que tampoco le gustaban tanto las mujeres como a Augustus.

Maude Rainey parecía un barril, con unas tetas grandes como cubos y una voz que, en opinión de algunos, podía despertar a un muerto. La idea general en Lonesome Dove era que si ella y Augustus se hubieran casado, sus voces combinadas habrían dejado sordos a los niños que tuvieran. En la mesa se expresaba como ciertos hombres cuando conducían mulos.

Pero ella y Joe habían conseguido producir una docena de hijos, ocho de ellos muchachos y todos ellos fuertes. Los Rainey comían más en un día que los Spettle en una semana. Por lo que Call intuía, todos ellos dedicaban la mayor parte de su tiempo a criar, sacrificar o cazar lo que comían. Los cerdos azules de Augustus habían sido comprados a los Rainey, y fue lo primero que preguntó Maud en cuanto llegó Call.

—¿Ya se han comido al gorrino? —dijo Maud antes de que tuviera tiempo de echar pie a tierra.

—No. Creo que Gus se lo guarda para Navidad, o que no lo mata porque le gusta hablarle.

—Bueno, baje y lávese en la cuba —ordenó Maud—. Precisamente estoy guisando a uno de los primos del gorrino.

Había que convenir en que Maude Rainey tenía una mesa bien surtida. Tan pronto como Call se hubo lavado las manos y remangado, empezaron a cenar.

Joe Rainey apenas tuvo tiempo de murmurar una oración antes de que Maude empezara a pasar el pan de maíz. Call se enfrentó con más carnes que las que nunca había visto juntas en una mesa: bisté, chuletas de cerdo, pollo, venado y un estofado que parecía estar hecho de ardilla y de otras carnes menos conocidas. A Maude se le iba poniendo la cara roja, mientras comía, lo mismo que a los demás comensales, por el calor que salía de las fuentes.

—Este es mi estofado de alimaña, capitán —explicó Maude.

—Oh, ¿qué tipo de alimaña? —preguntó cortésmente.

—Lo que cazan los perros. O los propios perros, si no consiguen cazar nada. No aguanto a un perro gandul.

—Tiene zarigüeya —dijo una de las pequeñas. Parecía tan traviesa como su gorda madre que, gorda o no, había traído de cabeza a los hombres de la región antes de decidirse por Joe.

—Cuidado, Maggie, no descubras mis recetas —advirtió su madre—. Aunque el capitán ya ha comido zarigüeya.

—Por lo menos no es una cabra —comentó Call tratando de entrar en conversación. No le resultaba fácil porque en su propia mesa trataba de evitarla. Pero sabía que a las mujeres les gusta hablar con sus invitados y él se esforzaba por cumplir con la costumbre.

—Nos ha llegado el rumor de que Jake ha vuelto al redil —observó Joe Rainey.

Joe llevaba una gran barba, que en aquel momento brillaba de grasa de cerdo, y tenía la costumbre de mirar fijo ante sí. Aunque Call aseguraba que tenía una articulación en el cuello como los demás hombres, nunca le había visto utilizarla. Si daba la casualidad de que alguien se encontraba frente a él, Joe le miraba directamente al ojo; pero si estaba a un lado, la mirada pasaba de largo.

—Sí, Jake ha llegado. Fue hasta Montana y dice que es el país más bonito del mundo.

—Probablemente estará lleno de mujeres —dijo Maude—. Me acuerdo de Jake. Se pone furioso si no encuentra a una mujer.

Call no vio la necesidad de comentar el problema criminal de Jake, si lo había. Afortunadamente, los Rainey estaban demasiado ocupados comiendo para sentir mucha curiosidad. Los niños, que estaban bien educados, no intentaban servirse los mejores trozos; se conformaban con un buen plato de pollo y algo de fritura y pan. Un pequeño, evidentemente el último, no comía más que pan y mollejas de pollo, pero no se atrevía a protestar. Con once hermanos y hermanas, todos mayores que él, quejarse podía resultar peligroso.

—Bueno, ¿y qué diablos hace Gus? He estado esperándole aquí a ver si intentaba arrancarme de Joe, pero veo que no se mueve. ¿Todavía sigue con aquella gran afición a la leche mantecosa?

—Sí, se la bebe a litros. Pero como a mí también me gusta, hacemos

concursos.

El comentario de Maude no le pareció del mejor gusto, pero Joe Rainey seguía mirando de frente y manchándose la barba de grasa.

Por fin Call pudo preguntar si podía contratar a dos de sus hijos. Maude suspiró y contempló a su doble hilera de hijos:

—Prefiero vender cerdos a alquilar hijos, pero me figuro que un día u otro tendrán que empezar a conocer el mundo.

Joe, siempre tan práctico, preguntó:

—¿Cuál es la paga?

—Cuarenta dólares y el mantenimiento —respondió Call—. Naturalmente, les proporcionamos las monturas.

Aquella noche durmió en una carreta en el patio de los Rainey. Le ofrecieron un sitio en el pajar, pero estaba tan abarrotado de niños que no le inspiró confianza. En todo caso prefería dormir afuera, aunque el «afuera» de los Rainey era más ruidoso de lo que conocía o estaba acostumbrado. Los cerdos gruñeron toda la noche buscando lagartos y cosas que comer. También había una lechuza que no dejó de reclamar, así que tardó en poder dormirse.

Al día siguiente consiguió la promesa de Maude de que sus dos hijos mayores llegarían a Lonesome Dove a finales de semana. Los muchachos, Jimmy y Ben Rainey, apenas dijeron palabra. Call se marchó satisfecho, convencido de que ya tenía una buena cuadrilla para empezar a reunir ganado. Correría la voz y probablemente se presentarían más hombres.

Tenían que reunir el ganado y marcarlo. Por lo menos podía permitirse el lujo de tener caballos de sobra, o los tendrían si Gus y Jake no se las habían arreglado para perderlos.

Le preocupó esta posibilidad a lo largo del camino de vuelta.

Y no porque Gus fuera incompetente, puesto que era tan competente como el que más. Muchas veces se había preguntado si estaría a la altura de Gus en el caso de que Gus se propusiera algo en serio. Pero fue una cuestión que nunca se puso a prueba, porque Gus nunca se esforzaba. Como equipo, estaban perfectamente equilibrados; él hacía más de lo necesario y Gus mucho menos.

Incluso el propio Gus se burlaba de ello:

—Si te mataran trabajaría más duro. Si tuviera este estímulo, me lo tomaría más en serio. Pero estás vivo, ¿para qué voy a preocuparme?

Call no perdió tiempo en el viaje de vuelta, suspirando todo el tiempo por su yegua. Lo había acostumbrado mal, le había hecho darse cuenta de las limitaciones de sus otras monturas. El hecho de que fuera peligrosa hacía que le gustara más. Le obligaba a ser más vigilante, lo que era bueno.

Cuando llegó a veinticuatro kilómetros de Lonesome Dove cortó hacia el Oeste pensando que se habrían llevado la manada en aquella dirección. Cabalgó por la parte sur del monte bajo y encontró las huellas de los caballos. Habían

vuelto por el Sur, sobre sus mismas huellas, lo que le pareció curioso. Gus los había traído de vuelta al pueblo. Probablemente tendría sus razones, pero era algo que Call no podía imaginar, así que corrió hacia casa.

Cuando se acercó al pueblo vio a los caballos pastando río arriba, a poca distancia, vigilados por Deets, Newt y los irlandeses. Parecía que no faltaba ninguno, así que era evidente que no había ocurrido nada.

Algo en favor de Gus McCrae es que se le encontraba fácilmente. A las tres de la tarde, de cualquier tarde, estaba sentado en el porche, bebiendo de vez en cuando de su jarra. Cuando llegó Call, allí estaba, sentado, dormitando. No había rastro de Jake.

—¡Menudo guardián! —comentó desmontando.

Augustus tenía el sombrero echado sobre los ojos, pero se lo quitó para mirar a Call.

—¿Qué tal está Maude Rainey? —preguntó.

—Bien de salud. Me dio de comer dos veces.

—Suerte que solo fueron dos veces; si te hubieras quedado una semana habrías tenido que alquilar un buey para que te trajera a casa.

—Está deseando venderte más cerdos —dijo Call cogiendo la jarra y enjuagándose la boca con *whisky*.

—Si Joe se matara a lo mejor volvía a cortejarla —reflexionó Gus.

—Confío en que lo harías tal como lo dices. Los doce retoños deberían tener un buen padre. ¿Qué están haciendo los caballos aquí, tan pronto?

—Pues, seguramente pastando.

—¿No intentó nada Pedro?

—No, no lo hizo, y por una buena razón —le respondió Gus.

—¿Qué razón?

—Porque está muerto.

—¿Muerto? —exclamó Call estupefacto—. ¿Es verdad?

—No he visto el cadáver, pero imagino que es verdad. Jasper Fant vino hasta aquí en busca de trabajo y trajo la noticia, aunque el muy sinvergüenza no me lo dijo hasta que yo ya había perdido casi toda la noche.

—¿Qué debió ocurrirle? —preguntó Call.

Pedro Flores había sido un factor importante en sus vidas por espacio de treinta años, aunque probablemente no le había visto en persona más de seis o siete veces. Era sorprendente enterarse de que ya no existía, y aunque en realidad hubiera debido ser un alivio, no fue exactamente así. Era una sorpresa demasiado grande.

—Jasper no conocía los detalles —explicó Augustus—. Se lo acababa de oír a un vaquero. Pero creo que es verdad, porque eso explica el que tú, el muchacho y un idiota pudierais escapar con toda su remuda.

—¿Qué ha debido ocurrirle? —volvió a preguntar—. Es lo último que me

podía imaginar.

—Bueno, yo tampoco, aunque no veo la razón. Los mejicanos no disponen de dispensas especiales. Se mueren como el resto de nosotros. Supongo que Bol morirá un día de estos y ya no tendremos a nadie que machaque la campana a la hora de cenar.

—Pero Pedro era fuerte.

Después de todo, aquel hombre había dominado ciento sesenta kilómetros de frontera, y durante treinta años. Call había conocido muchos hombres que habían muerto, pero no lo había esperado de Pedro aunque él mismo le había disparado varias balas.

—Me gustaría saber qué le pasó.

—Tal vez se atragantó con un pimiento —observó Augustus—. Los que no pueden morir de un tiro o de una puñalada suelen romperse la crisma cayéndose en el porche, o algo así. ¿Te acuerdas de Johnny Norvel que murió de una picadura de avispa? Le habían disparado lo menos veinte veces, pero le mató una cochina avispa.

Era verdad. El hombre había trabajado con ellos como *ranger*, y, sin embargo, murió de una picadura de avispa, que le provocó algún tipo de ataque y nadie pudo salvarlo.

—Bueno, con esto termina la operación Flores —comentó Augustus—. Solo tenía tres hijos y nosotros le ahorcamos el único que valía algo.

Con gran sorpresa de Augustus, Call se sentó en el porche y bebió un largo trago de la jarra. Se sentía raro; no enfermo, pero sí inesperadamente vacío, como si le hubieran dado una patada en el estómago. Era una cosa rara, pero cierta, que la muerte de un enemigo podía afectarle tanto como la muerte de un amigo. Lo había experimentado en otra ocasión, cuando les llegaron las noticias de que Kicking Wolf estaba muerto. Un joven soldado de su segunda patrulla había hecho un disparo con suerte y le había matado en el Clear Fork del Brazos. Kicking Wolf había tenido en jaque a dos compañías de *rangers* durante veinte años. Y murió a manos de un soldadito. Call estaba herrando un caballo cuando Pea le trajo la noticia, y durante un tiempo sintió tal vacío que no pudo seguir en el trabajo que estaba haciendo.

Esto ocurrió diez años atrás, y él y Gus dejaron el trabajo de *ranger*. Por lo que a Call se refería, la muerte de Kicking Wolf significaba el final de los comanches y por tanto el final de su verdadero trabajo. Había otros jefes, es cierto, y todavía había que librar las últimas batallas, pero nunca había sido vengativo como otros *rangers* y no le interesaba pasarse una década barriendo renegados y extraviados.

Pedro Flores estaba lejos de ser el luchador que Kicking Wolf había sido. Pedro nunca cabalgaba sin un acompañamiento de veinte o treinta vaqueros, mientras que Kicking Wolf, un hombrecito no mayor que el muchacho, asaltaba

San Antonio con cinco o seis valientes, se llevaba a tres mujeres y asustaba a todos los blancos de seis o siete comarcas por el mero hecho de atravesarlas. Pero Pedro era de la misma época y las había ocupado al mismo tiempo.

—No sabía que te gustara tanto el viejo bandido —dijo Augustus.

—No me gustaba nada —respondió Call—. Solo que no esperaba que muriera.

—Y probablemente él tampoco. Era un viejo duro.

Al cabo de unos minutos desapareció la sensación de vacío, pero Call no se levantó. La sensación de que tenía que darse prisa, que le acompañaba la mayor parte de su vida, había desaparecido por un instante.

—Será mejor que nos vayamos a Montana —dijo—. Por aquí se ha terminado la diversión.

Augustus masculló algo entre dientes, divertido al ver cómo funcionaba la mente de su amigo. Luego dijo:

—Call, por aquí nunca ha habido diversión. Además, tú no te has divertido en tu vida. No te hicieron para esto. Es a mí a quien corresponde.

—Me temo que me he equivocado de palabra —observó Call.

—Sí, ¿pero por qué? Esta es la parte más interesante.

Call no se sentía con ánimos de entablar una discusión y prefirió callarse.

—Primero se te acabaron los indios, luego se te acabaron los bandidos, esta es la cuestión. Necesitas tener a alguien a quien ganar, ¿no es verdad?

—No sé por qué voy a necesitar a alguien, teniéndote a ti.

—No veo por qué no nos dedicamos al norte de México, ahora que Pedro ha muerto —insinuó Augustus—. Está al cabo de la calle y estoy seguro de que todavía queda gente con quien pelear.

—No necesito ninguna pelea. Nos vendrá bien ganar algún dinero.

—Tal vez sí. Pero podría ahogarme en el Republican River, como el chico Pumphrey. Entonces tú heredarías todo el dinero y ni siquiera sabrías cómo divertirte con él. Probablemente lo emplearías para comprar losas mortuorias para los viejos bandidos que te fueron simpáticos.

—Si te ahogas en el Republican River, entregaré tu dinero a Jake —le aseguró Call—. Creo que él sí sabrá cómo gastarlo.

Tras estas palabras, volvió a montar a caballo y se alejó con la intención de encontrar a Jasper Fant y contratarle, si realmente buscaba trabajo.

17

Cuando Jake Spoon llevaba ya diez días en Lonesome Dove, Lorena supo que tenía una tarea que llevar a cabo, es decir, la tarea de mantenerle fiel a su palabra y asegurarse de que la llevara a San Francisco como había prometido.

Por supuesto, Jake no la había advertido de que fuera a hacer lo contrario. Se trasladó junto a ella inmediatamente y se mostró tan agradable en todo como el primer día. No le había quitado ni un centavo y nunca pasaban una hora juntos sin que él le hiciera algún cumplido por algo, generalmente su voz, su belleza, la finura de su cabello o su delicado modo de ser. Siempre se mostraba vagamente sorprendido por sus gracias, y cuando se conocieron mejor sus sentimientos se hicieron más cálidos. Le repetía infinidad de veces cuánto sentía que se hubiera visto obligada a quedarse durante tanto tiempo en un horrible agujero como Lonesome Dove.

Pero pasada una semana, Lorena notó una cosa curiosa: Jake parecía más apegado a ella, que ella a él. El hecho la sorprendió una tarde mientras miraba cómo dormía. Había insistido en poseerla y se habían quedado dormidos después; mientras el sudor se iba secando y resecando en sus cuerpos se dio cuenta de que no se sentía tan excitada por él como lo había estado el primer día. El primer día había sido uno de los más grandes de su vida por la forma delicada con que Jake había aparecido y se había hecho cargo de ella, terminando así su largo período de tensión e inquietud.

Cuando estaba con él se sentía tranquila; nunca había discutido y él no había demostrado la menor inclinación a la mezquindad. Pero era obvio para ella que él era uno de esos hombres que alguien tenía que cuidar. La había engañado los primeros días creyendo que él se ocuparía de ella, pero no era así. Era un jugador hábil y podía ganar dinero, pero esto era solo una parte. Jake necesitaba compañía. Cuando dormía, o cuando se divertía, o cuando se entretenía contando historias, asomaba su parte infantil, y era una parte muy importante. Antes de que hubiera terminado la semana, le parecía que en él todo era juego.

El descubrimiento no perturbó su calma; solo significaba que la necesitaba más de lo que quería admitir. Ella reconocía esta necesidad y no le importaba que él la reconociera o no. Si Jake hubiera sido tan firme como pretendía ser, ella se hubiera sentido insegura. Él podía irse en cualquier momento.

Pero no lo haría. Le gustaba charlar, la charla de mujeres y las comodidades de la cama. Incluso le encantaba que viviera encima del *saloon*, porque así tenía las partidas a mano en caso de que le apeteciera jugar.

Como el equipo de Hat Creek había estado reuniendo ganado y preparándose para la marcha, había aumentado el número de partidas. Varios vaqueros se acercaron a Lonesome Dove en busca de trabajo; algunos aún tenían ánimos suficientes para aparecer por la noche y barajar las cartas. Un vaquero alto llamado Needle Nelson había venido del norte de San Antonio, y un alegre muchacho llamado Bert Borum, de Brownsville.

Al principio Xavier se animó con tantos clientes nuevos hasta que comprendió que solo estarían allí una o dos semanas. Se ponía triste al pensar en lo vacío que se quedaría el *saloon*, y se quedaba junto a la puerta buena parte de la noche, con el trapo húmedo goteando sobre su pierna.

Lippy estaba ocupadísimo porque los vaqueros siempre pedían canciones. A Lippy le gustaba la compañía. Estaba orgulloso de su talento en el teclado y lo aporreaba para interpretar cualquier canción que le solicitaran.

Jake se esforzó por enseñar a Lorena trucos de cartas que no conocía. La joven llegó a preguntarse cómo Jasper, Bert y Needle Nelson podían dormir tan poco, porque el capitán les hacía trabajar duro todo el día y las partidas duraban la mitad de la noche. El único vaquero que ponía la cara agria cuando se sentaba a jugar era Dish Boggett, que no dejaba de estar enamorado de ella. La divertía verle allí tan digno, sentado, con su gran bigote. Jake ni siquiera se daba cuenta de que el hombre estaba enamorado de ella. Estuvo tentada de hacérselo notar a Jake, pero le había dicho claramente que era muy celoso: podía por tanto matar a Dish, lo que sería lamentable. Dish era un buen chico…, solo que no podía compararse a Jake Spoon.

Después de diez días de reunir ganado y de marcarlo, Lorena empezó a notar que se acercaba una crisis. Oyó comentar a los muchachos que terminarían de marcar dentro de otra semana, lo que quería decir que la marcha empezaría pronto. Los muchachos comentaban también que andaban retrasados.

—Vamos a cruzar el Yellowstone sobre el hielo si no arrancamos pronto —comentó Needle Nelson. Era un hombre de aspecto raro, delgado como un alambre, con una nuez como un huevo de pava.

—Bueno, pues yo dudo de que lleguemos al Yellowstone —comentó Jasper Fant—. La mayoría nos habremos ahogado antes de llegar tan lejos.

—Needle, no —observó Dish Boggett—. No hay ningún río tan profundo que no pueda vadearlo sin mojarse el sombrero.

—En todo caso, sé nadar —les aseguró Needle.

—Me gustaría verte nadar con cincuenta o sesenta vacas encima, y a lo mejor también el caballo… —dijo Jasper.

—Encima de mí no va a haber cincuenta o sesenta vacas —dijo Needle

impertérrito—. Ni tampoco ningún maldito caballo.

Bert Borum encontraba a Needle divertido; casi todo le parecía divertido. Era uno de esos hombres cuya risa daba gusto oír.

—Yo me buscaré flotadores antes de cruzar cualquier río.

—¿Qué clase de flotadores? —preguntó Dish.

—No lo he decidido —contestó Bert—. A lo mejor amarraré unas cuantas jarras a mi caballo. Las jarras son buenos flotadores.

—¿Dónde ibas a conseguir una maldita jarra en una marcha de ganado? —preguntó Jasper—. Si el capitán te pillaba con una jarra, querría saber quién iba a beberse el *whisky*.

Jake era tolerante con los vaqueros, pero cuidaba de mantenerse un poco al margen. Nunca intervenía cuando les oía hablar de la vida que iban a llevar durante la marcha, y nunca hablaba con Lorena de que la manada iba a salir dentro de diez días. Tampoco participaba en el trabajo de marcar, aunque de vez en cuando pasaba una noche ayudándoles a reunir más ganado. En general daba a entender que todo aquello no tenía nada que ver con él.

Lorena no insistía, pero le vigilaba. Si quería quedarse era una cosa, pero si pensaba irse tendría que buscar el medio de llevársela. No iba a marcharse sin ella, pensara lo que pensara al respecto.

Pero antes de que se planteara la cuestión ocurrió algo que cogió a Lorena completamente desprevenida. Era un día de calor sofocante y el *saloon* estaba completamente vacío, a excepción de Lippy. Xavier, que era muy aficionado al pescado, había ido al río a ver si pescaba alguno. Lorena estaba sentada en una mesa practicando uno o dos trucos que Jake le había enseñado, cuando de pronto entró Gus. Su camisa estaba empapada de sudor como si llevara una semana metido en el agua. Había sudado hasta la cinta del sombrero. Se metió detrás del mostrador, cogió una botella y se la llevó a la mesa, con una enorme sonrisa, pese al calor.

Lorie se fijó en que le traía un vaso, lo que le pareció atrevido, aunque Gus era capaz de hacer cualquier cosa, como solía decir Jake.

—Lo que no puedo comprender es por qué hay solo dos pecadores en este *saloon* —dijo Gus.

Lorena no dijo palabra, pero Lippy gorjeó:

—He tratado de pecar toda mi vida, ¿no vas a contar conmigo?

—No, tú tienes un agujero en la tripa. Ya has pagado por tus pecados, pero hasta ahora Lorie y yo nos hemos librado.

Gus sirvió un poco de *whisky* en el vaso de ella y se llenó el suyo hasta el borde.

—Echemos un polvo —le dijo con la misma naturalidad con que le podía pedir dos centavos.

Lorena se quedó tan asombrada que no supo qué decirle. Miró a Lippy, que

estaba allí escuchando como si tuviera derecho a ello.

Naturalmente, Gus no estaba avergonzado lo más mínimo por lo que estaba sugiriendo. Se quitó el sombrero, lo colgó de una silla y la miró complacido. Lorena no sabía a qué atenerse. Jamás hubiera esperado que Gus cometiera tal imprudencia, porque era bien sabido que él y Jake eran buenos amigos. Gus tenía que saber que Jake vivía con ella; no obstante, había entrado y pedido, como si no tuviera la menor importancia.

Permaneció sentada, en silencio, mostrando su asombro, que parecía divertir a Gus.

—Me gustaría que no te quedaras ahí sentada pensándolo —le dijo—. Echemos el polvo y terminemos de una vez. Me molesta estar sentado viendo pensar a una mujer.

—¿Por qué? —preguntó, recobrando la voz. Sentía un principio de indignación —. Tengo derecho a pensar, si quiero.

Gus se echó a reír.

—¡Claro que tienes derecho! Lo que pasa es que resulta espantoso para un hombre tener a una mujer pensando frente a él. Siempre crea problemas.

Bebió un buen trago de *whisky*.

—Ahora estoy con Jake —respondió Lorena.

—Ya lo sé, cariño. Tan pronto miré al camino y vi a Jake que se acercaba, tuve la seguridad de que tú y él os arreglaríais. Jake tiene mejor mano que yo para esto, lo reconozco. Pero el hecho es que ha salido al campo en un mal momento y Call le ha puesto a trabajar. Call no aprecia el carácter reposado de Jake como tú y como yo. Llevaba una semana inquieto porque Jake no estaba trabajando, y ahora que lo tiene puedes apostar a que se lo quedará uno o dos días.

Lorena miró a Lippy deseando que no estuviera allí. Pero Lippy seguía sentado, estupefacto por lo que estaba oyendo. Su labio le colgaba como una banderola, como ocurría siempre que se distraía.

—Jake no tiene bemoles para enfrentarse con Call. Va a tener que quedarse un buen rato en el campo marcando bichos. Así que no hay razón para que no podamos echar un polvo.

—Ya te he dicho la razón. Ahora Jake se ocupa de mí.

—Nada de eso. Tú te ocupas de él.

Era la pura verdad; Lorena la había descubierto sola. Lo que la desconcertaba era que Gus no solo lo supiera sino que además lo comentara como si se tratara de un hecho corriente.

—Jake Spoon no se ha ocupado nunca de nadie. Ni siquiera de sí mismo. Es un niño universal y lo curioso es que siempre encuentra a alguien que se ocupa de él. Antes éramos Call y yo; ahora eres tú. Es magnífico y todo lo que quieras, pero no es razón para que te retires del todo del negocio. Podemos echar un

polvo, y tú puedes seguir ocupándote de Jake.

Lorena sabía que era la pura verdad. Jake no era difícil de cuidar, y probablemente tampoco de engañar. No entraría en su cabeza que ella vendiera un polvo, teniéndole a él. Era muy orgulloso y no poco vanidoso. Era una de las cosas que le gustaban de él. A Jake le gustaba su aspecto físico; no era presumido como Tinkersley, pero se preocupaba de su apariencia y sabía que gustaba a las mujeres. Nunca le había visto enfurecerse, pero sabía que no iba a gustarle que alguien le menospreciara.

—Creo que mataría al hombre que me tocara —objetó.

—También yo lo creo —intervino Lippy—. Jake quiere mucho a Lorie.

—¡Toma, y tú también! —dijo Gus—. Todos la queremos. Pero Jake no es precisamente un asesino.

—Pero mató a aquel hombre de Arkansas —dijo Lorena.

Augustus se encogió de hombros.

—Disparó un rifle de matar búfalos y la bala dio por casualidad a un dentista. Yo a eso no le llamo crimen pasional.

A Lorena no le gustó que Gus hablara de Jake como si valiera poca cosa. Tenía la reputación de ser un hombre frío en la lucha.

—Mató a aquel bandido —insistió Lippy—. Le dio de lleno en la nuez, lo he oído contar.

—La verdad es que el bandido se metió de lleno en la bala —comentó Augustus—. Fue un caso de mala suerte, como lo del dentista.

Lorena siguió sentada. La situación era tan inesperada que no podía pensar con claridad. Por supuesto, no tenía la menor intención de subir a su habitación con Gus, pero tampoco podía alejarlo con una mirada torva como a cualquier vaquero. Gus no le tenía miedo a las miradas…, ni al parecer a Jake tampoco.

—Te daré cincuenta dólares —dijo Gus con una gran sonrisa.

Lippy casi se cayó del taburete. Nunca había visto ni imaginado algo tan atrevido. ¿Cincuenta dólares por un polvo? De pronto se le ocurrió que él daría alegremente lo mismo, si lo tuviera, para meterse bajo las faldas de Lorena. Un hombre siempre podía conseguir más dinero, pero solo había una Lorie, por lo menos a lo largo de la frontera.

—Yo también, desde luego —dijo solo para que quedara registrada la oferta.

—No sabía que fueras tan rico —dijo Augustus, divertido.

—Bueno, ahora no lo soy, pero podría serlo. El negocio está creciendo.

—Bah, en cuanto emprendamos la marcha, tendrás suerte si ganas un centavo al mes.

Lorena pensó que lo mejor sería aparentar que estaba asustada por la venganza de Jake, aunque ahora, pensándolo bien, sabía que Gus probablemente tendría razón. Había conocido a uno o dos hombres considerados asesinos, y Jake no se les parecía nada.

—No quiero hacerlo —afirmó—. Nos mataría si lo descubre.

—¿Cómo podría descubrirlo?

—Quizá se lo contara Lippy.

Augustus miró a Lippy. Sin duda era un gran chismoso, y un chismoso que además disponía de poco material que manejar. No sería fácil para él resistirse a comentar que había oído a un hombre ofrecer cincuenta dólares por un polvo.

—Te daré diez dólares para que mantengas la boca cerrada —ofreció Augustus—. Y si me traicionas te haré otro agujero en la tripa.

—¡Vengan los diez! —Accedió Lippy cada vez más asombrado. Con esto Gus se gastaría sesenta dólares. Nunca había oído hablar de nadie que gastara tal cantidad por placer, pero tampoco había nadie como Gus, un hombre al que no parecía importar el dinero.

Gus le entregó el dinero y Lippy se lo guardó sabiendo que había hecho un trato que era mejor respetar, por lo menos hasta que Gus muriera. Con Gus no se podía jugar. Había visto a varios hombres intentarlo, generalmente en una partida de cartas, y la mayoría de ellos había recibido un culatazo en la cabeza con el rifle de Gus. Gus no disparaba si no era necesario, pero no le disgustaba pegar fuerte. Lippy se moría de ganas por contar a Xavier lo que se había perdido por ir a pescar, pero sabía que era mejor retrasar este placer unos cuantos años. Un agujero en la tripa era suficiente.

Lorena sentía crecer su indignación. Empezaba a verse acorralada, algo que había imaginado que no volvería a experimentar. Jake parecía haber acabado con esa sensación, y sin embargo no era así. Claro que probablemente nunca sospecharía que su propio amigo le había hecho semejante jugada a sus espaldas, y esto le parecía un descuido por su parte, porque conocía las artes de Gus.

—Puedes pagarle si quieres, pero yo no subiré. Jake es mi novio.

—No intento separaros —observó Augustus—. Solo quiero lo que te he pedido.

Lorena se envolvió de nuevo en su silencio. Era el único medio de tratar aquella situación. Permaneció unos minutos más sentada, sin hablar, con la esperanza de que se fuera. Pero no funcionó. Gus siguió sentado, bebiendo, amistoso, sin prisas. Cuando se puso a pensar, la cantidad fue impresionándola. Que la ofrecieran cincuenta dólares, era algo importante. Lo hubiera tachado de locura en cualquiera salvo en Gus; Gus no estaba loco. En cierto modo era un gran cumplido el que ofreciera cincuenta dólares solo por aquello.

—Búscate una mejicana. ¿Por qué vas a gastarte así el dinero?

—Porque eres la que prefiero. Vamos a hacer una cosa: cortemos la baraja. Si te sale un número alto, te daré el dinero y olvidaré el polvo. Si me sale a mí, te daré el dinero y echaremos el polvo.

Lorena pensó que podía probar. Después de todo era una jugada, que era lo que Jake hacía. Si ganaba, todo quedaría en un juego, algo que Gus había

inventado para pasar el rato. Tendría además cincuenta dólares y podría encargar vestidos nuevos en San Antonio; así Jake no criticaría su vestuario. Podría decirle que había ganado cincuenta dólares a Gus; cosa que le sorprendería porque jugaba continuamente con Gus y no solía ganarle más que unos pocos dólares.

Gus le ganó en un segundo. Sacó un diez de espadas y él la reina de corazones. Tuvo la impresión de que le había hecho trampa, pero no habría podido decir cómo. Había llegado con un propósito y ella no había sido lo bastante inteligente para sacárselo de encima. Inmediatamente le entregó los cincuenta dólares; no había sido ningún farol. Cuando hubo conseguido su polvo y se estaba vistiendo, ella se sintió alegre y no le apremió para que se fuera. Después de todo, Gus la había visitado muchas veces y no le había dado motivos de queja. Los cincuenta dólares eran halagadores y le gustaba saber que ella era su preferida, aunque él fuera el mejor amigo de Jake. Había dejado de sentirse silenciosa y no le importaba que él se entretuviera unos minutos.

—Bueno, ¿os proponéis casaros tú y Jake? —le preguntó mirándola alegremente.

—No lo ha mencionado. Pero va a llevarme a San Francisco.

Augustus lanzó un bufido.

—Ya imaginé que esta era su jugada.

—Me lo prometió. Y voy a hacer que lo mantenga, Gus.

—Entonces vas a necesitar mi ayuda. Jake es tan escurridizo como una anguila. Solo se le puede retener encadenándolo a una carreta.

—Yo puedo retenerle —dijo Lorena confiada.

—Le gustas. Pero eso no quiere decir que no se marche. Sospecho que utilizará la marcha como excusa cuando llegue el momento.

—Si él participa en la marcha, yo también iré.

—Lorie, por mí encantado, bienvenida seas. El problema es Call. No tolera a las mujeres.

Eso no era ninguna novedad. El capitán Call era uno de los pocos hombres de la región que nunca había ido a visitarla. En realidad, por lo que podía recordar, nunca había estado en el *saloon*.

—Este es un país libre, ¿o no? Supongo que puedo ir adonde quiera.

Gus saltó de la cama y volvió a guardarse la zanahoria en los pantalones.

—No es muy libre, si uno trabaja para Call.

—¿Crees que Lippy nos descubrirá? —preguntó Lorie. Con gran sorpresa por su parte, no se sentía nada culpable por haber actuado a espaldas de Jake. Por lo que a ella concernía, seguía siendo su novia. Había ocurrido solo porque Gus había sido demasiado rápido con las cartas; la situación no quedaba afectada por ello.

—No dirá nada —le aseguró Augustus—. Lippy es más sensato de lo que te

puedas figurar. Lo que piensa es que si se calla puede ganarse otros diez dólares en cualquier momento. Y tiene razón, podría ser.

—No, a menos que juegues sin trampas. No confío en cómo cortas la baraja.

Augustus se echó a reír:

—Si un hombre no hace trampa por un polvo es que no lo desea mucho.

Y cogió el sombrero y salió.

18

Augustus volvió al campamento un poco después de la puesta del sol, pensando que el trabajo ya estaría terminado. Guardaban el ganado en un largo valle cerca del río, a unos ocho kilómetros del pueblo. Call cruzaba cada noche el río con cinco o seis hombres y regresaba con dos o trescientas reses mejicanas, *longhorns* en su mayor parte, flacas como alambres y salvajes como ciervos. Lo que habían capturado, lo marcaban al día siguiente con el resto del equipo que había estado descansando. Solo Call trabajaba en ambos turnos. Dormía una o dos horas antes del desayuno o después de la cena. El resto del tiempo trabajaba y, por lo que se podía ver, aquel ajetreo le sentaba bien. Había vuelto a la costumbre de montar a la *Mala Bestia* dos de cada tres días, y la yegua no parecía más agotada que él por el trabajo.

A Bolívar no le había sentado bien el traslado a un campamento en el monte bajo, sin campana que sacudir ni barra con que atizarla. Mantenía su rifle de calibre diez cerca de la caja de la basura y miraba mal a todo el mundo. Los irlandeses estaban tan intimidados que eran siempre los últimos de la fila. Como consecuencia les tocaba poca comida y ya no estaban gordos como el día en que llegaron.

Al parecer, los irlandeses ya eran parte del equipo. Su total inexperiencia quedaba compensada por una energía y un deseo de aprender que incluso impresionó a Call. Les dejó que se quedaran, en primer lugar porque estaba tan escaso de gente que no podía prescindir de nadie con ganas de trabajar. Cuando llegaron hombres más competentes, los irlandeses dominaban su miedo a los caballos y trabajaban de lleno. Como no eran vaqueros, no tenían prejuicios a la hora de trabajar en tierra. Cuando aprendieron cómo había que derribar un animal lazado, se lanzaban alegremente sobre los que los laceros traían y los acercaban al fuego, donde metían los hierros de marcar aunque se tratara de un toro de dos años con mucha cornamenta y malas intenciones. Carecían de picardía, pero eran tenaces y acababan por derribar al animal.

Esta buena disposición para el trabajo en tierra era valiosa porque la mayoría de los vaqueros preferían tragar veneno antes que verse forzados a desmontar. Todos se creían laceros y se hinchaban como sapos si se les pedía que realizaran un trabajo que consideraban ofensivo para su dignidad.

Como había pocas cabras que robar cerca del campamento, los menús de Bol se basaban en la ternera con el habitual acompañamiento de alubias. Había llevado consigo un saco de chiles y los echaba generosamente a las alubias, y se consideraba libre de aumentar el estofado con pedazos de cualquier alimaña que hubiera cruzado en su camino, sobre todo serpientes de cascabel y algún que otro armadillo.

Durante varios días la gente comió las picantes alubias sin quejarse, y solo los irlandeses acusaban los efectos. El joven Sean tenía dificultad con la pimienta. No podía comerse las alubias sin llorar, pero tenía tanto apetito debido al mucho trabajo que no podía dejar las alubias. Las comía y lloraba. Casi todos los hombres sentían simpatía por el muchacho y tomaron sus frecuentes lloreras simplemente como una aberración relacionada en cierto modo con su nacionalidad.

Pero un buen día Jasper Fant pilló a Bolívar pelando una serpiente de cascabel. Primero pensó que Bolívar iba a hacerse un cinturón de serpiente, pero casualmente lo descubrió cuando Bolívar estaba echando rodajas de serpiente al estofado, un descubrimiento que le estremeció. Había oído decir que la gente comía serpiente, pero nunca pensó que él también lo hiciera. Cuando contó a los demás lo que había visto se indignaron tanto que querían ahorcar a Bolívar en el acto, o por lo menos atarlo y arrastrarlo por las chumberas para mejorar sus modales. Pero cuando le explicaron a Augustus lo de la serpiente, se burló de ellos:

—Muchachos, seguramente os habéis criado entre sábanas de seda. Si hubierais sido *rangers*, habríais aprendido a que os gustara la serpiente.

Acto seguido les dio una conferencia sobre las propiedades culinarias de la serpiente de cascabel, una conferencia que Jasper, por ejemplo, recibió con bastante frialdad. Podía ser superior al pollo, al conejo y la zarigüeya, como aseguraba Gus, pero esto no significaba que quisiera comerla. Sus visitas a la olla del estofado acabaron siendo un motivo de irritación para todo el mundo; revolvía y buscaba en el caldero durante unos minutos en busca de trozos de carne que le ofrecieran la seguridad de que no se trataba de porciones de serpiente. Tal delicadeza indignaba a los demás, que solían estar tan hambrientos a la hora de la cena que no podían soportar esperas.

Call y Jake llegaron cabalgando mientras Augustus comía. La visión de Augustus con el plato lleno enfureció a Jake, que había estado manejando hierros todo el día mientras Gus se había divertido en el pueblo y estaba tan fresco. Habían marcado más de cuatrocientas cabezas desde el alba, y Jake se maldecía por haber insinuado el traslado del ganado a Montana.

—Hola, nenas —dijo Augustus—. Tenéis aspecto de haber hecho una buena colada. Esperad a que termine mi ternera y os ayudaré a desmontar.

—Yo no voy a hacerlo —dijo Jake—. Dadme un plato y comeré de camino

hacia el pueblo.

Call se indignó. Era el primer día de trabajo de Jake desde que empezaron a preparar la marcha, y no había hecho casi nada.

—¿Por qué? ¿Para qué vas a ir? —preguntó esforzándose por parecer tranquilo—. Tenemos que hacer la última redada esta noche. Hay que ponerse en marcha ya, ¿sabes?

Jake puso pies a tierra y se acercó a la comida, haciendo como si no hubiera oído nada. No quería discutir con Call si podía evitarlo. En realidad había pensado muy poco en el futuro desde que llegó a Lonesome Dove. Había pensado con frecuencia en la fortuna que podía ganarse con el ganado en Montana, pero, claro, un hombre puede pensar en una fortuna sin tener que ir a ganársela. La principal ventaja de llevar ganado al Norte era que así evitaría que le colgaran en Arkansas o que se pudriera en alguna cárcel.

Además estaba Lorie. Hasta ahora no había hecho ninguna escena, pero la haría si descubría que se marchaba. Pero no podía llevársela. Por lo que él recordaba, nadie se había atrevido nunca a llevar a una mujer a uno de los campamentos de Call.

Todo aquello era de lo más fastidioso. Tenía que tomar decisiones y le faltaba tiempo para pensar en ellas. Se sirvió un pedazo de ternera y un poco del estofado picante del mejicano, y luego fue a sentarse junto a Call y Augustus. Estaba totalmente irritado con Call; el hombre nunca parecía necesitar nada de lo que los otros humanos precisaban, como dormir y mujeres. La vida para Call era trabajo, y al parecer pensaba que todos los demás tenían que opinar lo mismo.

—Jake, pareces enfadado —observó Augustus cuando Jake se sentó y empezó a comer—. Me parece que a ti no te sienta bien el trabajo honrado.

—No, estoy tan quemado como esta ternera —respondió Jake.

Newt y los dos irlandeses guardaban al ganado. Los irlandeses eran buenos pastores sobre todo de noche porque sabían cantar; sus melodías parecían calmar a las reses. En realidad todo el campamento disfrutaba con las canciones de los irlandeses. Newt era incapaz de cantar, pero rápidamente se había vuelto un vaquero tan hábil que Call sentía algo de remordimiento por haberle tenido apartado tanto tiempo.

—Os aseguro que me encanta la noche —comentó Augustus—. La noche y la mañana. Si no tuviéramos que apechugar con el resto del maldito día, me sentiría mucho más feliz.

—Si hacemos una buena redada esta noche, podríamos salir el lunes —dijo Call—. ¿Qué te parece, Jake?

—Muy bien. Pero no os preocupéis por mí. Estaba pensando en pasar algún tiempo en San Antonio.

—¡Menuda decepción! —se lamentó Augustus—. El camino hasta Montana es muy largo. Yo contaba contigo para mantener la conversación.

—Pues vuelve a contar —dijo Jake, decidiendo en aquel momento que no iba a ir.

Call sabía que era inútil recordar a Jake que la idea de la marcha había sido suya. En ciertos aspectos era caprichoso como un niño. Si se le indicaba lo que tenía que hacer, se clavaba en el suelo y se negaba. En aquel caso era especialmente irritante porque ninguno de los componentes del equipo había subido más allá de Kansas. Jake conocía el país y podía serles de gran ayuda.

—Jake, queremos que vengas. Confiábamos en ti para que nos ayudaras a elegir el camino.

—No —terció Augustus—, a Jake no le gusta ayudar a sus compañeros. Tiene que cultivar sus fantasías. El hecho de que sea el causante de todo esto, no le importa lo más mínimo.

—¿Que yo soy el causante?

—Claro que eres el causante —afirmó Augustus—. ¿Quién dijo que Montana era el paraíso del vaquero?

—Bueno, es que lo es —dijo Jake.

—Entonces debiste decírselo a un ganadero y no a dos viejos defensores de la ley como nosotros.

—Ahora sois ganaderos. Lo único que hace falta para esto son vacas.

—¿Piensas casarte con Lorie? —preguntó Augustus cambiando de tema.

—¿Casarme? —Se asombró Jake—. ¿Para qué iba a casarme con ella?

—Podrías encontrar peores —advirtió Augustus—. Un viejo bribón como tú debe posarse alguna vez. Te resultaría agradable disponer de una mujer joven que te rascara la espalda y te sirviera la sopa.

—No soy tan viejo como tú —le recordó Jake—. ¿Por qué no te casas tú con ella? —No le gustaba seguir oyendo aquel tipo de conversación.

El rápido Bill Spettle había dejado que un caballo le lanzara una coz y tenía un chichón en la frente tan grande como un huevo de oca.

—Deja que Bol te haga friegas con linimento en este bulto —sugirió Call. Los muchachos Spettle aún estaban muy verdes, pero no tenían miedo al trabajo.

Call se puso en pie y se fue en busca de su cena. En cuanto se hubo ido, Augustus estiró las piernas y sonrió a Jake.

—Esta tarde he jugado una partida con Lorie. Creo que la tienes muy intranquila, Jake.

—¿Qué quieres decir?

—Parece que está suspirando por San Francisco.

Jake se puso cada vez más irritado. Lorena debía dejar de jugar a las cartas con Gus, e incluso hablarle, aunque no se le podía reprochar que escuchara. Todo el mundo sabía que Gus era capaz de hablar a una piedra si no podía encontrar a una persona.

—Dudo que tenga ganas de ir a San Antonio —continuó Augustus—. Es donde

estuvo antes de venir aquí, y a las mujeres no les gusta ir hacia atrás. La mayoría no retrocede ni una pulgada en toda su vida.

—No me parece que sea asunto de tu incumbencia lo que vayamos a hacer. Creo que irá a San Antonio si lo digo yo. Si no va, tendrá que quedarse.

—Tráela con nosotros. A lo mejor le gusta Montana. Y si se cansa de mirar el rabo de esas vacas, siempre podéis parar en Denver.

Era extraordinario el talento que tenía Gus para decir lo que un hombre estaba pensando a medias. Jake había pensado más de una vez en Denver y también había lamentado más de una vez que no se hubiera quedado allí en lugar de ir a Fort Smith. Unirse a la marcha era un buen medio para volver a Denver. Naturalmente, esto zanjaba la cuestión de Lorie.

—Sabes tan bien como yo que Call nunca autorizaría a una mujer en su campamento. —Le sorprendía que Gus le sugiriera semejante cosa.

—Call no es Dios —dijo Augustus—. No tiene que salirse con la suya todos los días del año. Si fuera mi novia la llevaría, y si no le gustaba tendría que aguantarse.

—Tú no podrías conseguirlo, Gus, por buen jugador que seas. —Al decirlo se puso en pie—. Creo que me voy al pueblo. No tengo ganas de ir dando tumbos por México esta noche.

Y sin más palabras cogió su caballo y se fue. Call le contempló y volvió junto a Gus.

—¿Crees que vendrá a la redada esta noche? —preguntó.

—No, a menos que le dejes traer a su chica.

—¿Tan loco está Jake? ¿Quiere traerse a la chica?

—No se le había ocurrido antes, pero ahora sí. Yo la invité.

Call estaba impaciente por marcharse, pero la observación de Gus le detuvo. Gus no hacía nunca lo habitual, pero incluso para él, esto era pasarse de la raya.

—¿Que la has invitado…?

—Le he dicho a Jake que debería traer a Lorie. Mejoraría la compañía.

—Eres un insensato.

—¿No se te hace tarde para el trabajo? No puedo disfrutar de la noche con tanta charla.

Call pensó que se trataba de una broma. Ni siquiera Gus iba a llegar tan lejos.

—Me marcho —le dijo—. Tú vigila esto.

Augustus se echó hacia atrás con la cabeza apoyada en su montura. Era una noche clara y las estrellas empezaban a aparecer. Needle, Bert, Pea, Deets y Dish esperaban para ir a México. El resto de los muchachos vigilaban el rebaño. Bol meaba junto a la hoguera del campamento, haciéndola chiporrotear. Call volvió grupas y cabalgó en dirección al río.

19

Newt empezó a pensar en el Norte, sobre todo de noche, cuando no tenía otra cosa que hacer sino cabalgar lentamente alrededor del rebaño, escuchando los pequeños ruidos que hacían las reses tumbadas o las canciones tristes de los irlandeses. Entonces pensaba en el Norte, tratando de imaginar cómo debía ser.

Había crecido bajo el sol, con mezquites, chaparral, armadillos, coyotes, mejicanos y el poco profundo Río Grande. Había estado una sola vez en una ciudad: San Antonio. Deets se lo había llevado en uno de sus viajes al Banco, y Newt se había quedado deslumbrado por todo lo que podía verse.

Otra vez había ido con Deets y con Pea a entregar un pequeño grupo de caballos a la bahía de Matagorda, y había visto el gran océano gris. También entonces se había quedado deslumbrado contemplando el gran mundo del agua.

Pero ni siquiera la vista del océano no le había impresionado tanto como pensar en el Norte. Toda su vida había oído hablar de llanuras infinitas y de los indios, búfalos y todas las criaturas que vivían en ellas. El señor Gus le había hablado incluso de enormes osos, tan gruesos que las balas no podían matarles, y de unos animales parecidos a los ciervos, llamados alces, de un tamaño doble del de los ciervos.

Ahora, dentro de pocos días, iría hacia el Norte, una perspectiva tan excitante que por espacio de horas y más horas se perdía en fantasías. Continuó haciendo su trabajo normal aunque su mente no estaba en él. Solo podía imaginarse a él y a *Mouse* en un mar de hierba, persiguiendo búfalos. Y solo de pensar en los grandes osos se asustaba hasta perder el aliento.

Se hizo amigo de Sean O'Brien antes de que los irlandeses llevaran una semana con ellos. Al principio él era el único que hablaba porque Sean estaba lleno de preocupaciones y tendía a sentirse deprimido; pero cuando descubrió que Newt podía escucharle sin burlarse de él, la conversación salió a borbotones, nostálgica sobre todo. Añoraba a su madre muerta y aseguró una y otra vez que no habría abandonado Irlanda si ella no hubiera muerto. Al pensar en su madre se echaba a llorar, y cuando Newt le reveló que su madre también había muerto, la amistad se hizo más firme.

—¿Has tenido padre? —preguntó Newt un día mientras descansaban junto al río, después de marcar unas reses.

—Sí, he tenido uno, maldito canalla —masculló Sean sombrío—. Solo venía a casa cuando quería pegarnos.

—¿Y por qué os pegaba?

—Porque le gustaba. Era un canalla. Pegaba a nuestra madre y a todos nosotros cuando podía alcanzarnos. Una vez nos preparamos para atizarle con una pala, pero tuvo suerte. La noche era oscura y no pudimos verle.

—¿Y qué pasó con él?

—Maldito borracho. Se cayó a un pozo y se ahogó. Nos ahorró tener que matarle e ir a parar a la cárcel.

Newt siempre había echado en falta a un padre, pero al oír a Sean hablar tan fríamente del suyo, el asunto cobraba una nueva luz. Después de todo, quizá no era tan desgraciado.

Cabalgaba alrededor del rebaño cuando Jake Spoon pasó junto a él, camino de Lonesome Dove.

—¿Vas al pueblo, Jake? —le preguntó.

—Sí, creo que sí.

No se detuvo para charlar; al instante se había perdido entre las sombras. Esto desmoralizó un poco a Newt porque Jake apenas había cruzado dos palabras con él desde su regreso. Tuvo que admitir que Jake no se interesaba demasiado por él, ni tampoco por los demás. Daba la impresión de que no le gustaba nada del equipo de Hat Creek.

Al oír las conversaciones, junto a la hoguera, Newt se enteró de que los vaqueros se sentían unánimemente hostiles a Jake por haber hecho que Lorena dejara de ser puta. Sabía que Dish estaba especialmente furioso, aunque Dish nunca decía gran cosa cuando los demás hombres hablaban de ella.

—¡Maldita sea! —exclamó Needle—. Solo ha habido una cosa que mereciera la pena hacer en esta frontera, y ahora ni siquiera esto se puede hacer.

—Pero un hombre tiene muchas mujeres para hacerlo en México —observó Bert—, y además más barato.

—Esto es lo que me gusta de ti, Bert —dijo Augustus mientras se tallaba un palillo de mezquite—. Tú eres un hombre práctico.

—No, lo que ocurre es que le gustan las putas morenas. —Mientras hablaba, Needle mantenía siempre una expresión grave y pocas veces cambiaba de expresión.

—Gus, he oído decir que a ti también te gustaba esa mujer —comentó Jasper Fant—. No lo habría sospechado de un hombre tan viejo como tú.

—Tú no sabes nada, Jasper —dijo Augustus—. La edad no apaga la necesidad de un hombre, sino el dinero. Por próspero que parezcas, no creo que sepas mucho de todo esto.

—No deberíamos hablar así delante de estos muchachos —advirtió Bert—. Dudo que alguno de ellos sepa lo que es un polvo, a menos que sea con una vaca.

Estalló una carcajada general.

—Estos jóvenes tendrán que esperar a que lleguemos a Ogallala —dijo Augustus—. Me han dicho que es la Sodoma de las llanuras.

—Si es peor que Fort Worth no puedo esperar a llegar. He oído decir que uno puede casarse con una puta por una semana, si uno se queda todo este tiempo en la ciudad —explicó Jasper.

—No importa el tiempo que nos quedemos. Os limpiaré a todos vosotros el sueldo de un año antes de que lleguemos tan lejos. Esta misma noche os ganaré uno o dos meses si alguien saca la baraja.

Fue lo único que faltaba para empezar una partida. Aparte de contar historias y de hablar de putas, a Newt le parecía que lo que los vaqueros preferían ante todo era jugar a las cartas. Todas las noches, si había cuatro que no trabajaran, extendían una manta cerca de la hoguera y jugaban durante horas, empleando como dinero sus futuras pagas. Las deudas existentes eran tan complicadas que a Newt le entraba dolor de cabeza solo de pensar en ellas. Dish Boggett había ganado la silla a Jasper Fant, pero Dish le permitía guardarla y utilizarla.

—Un hombre tan imbécil como para apostar su silla es capaz de comer calabazas —sentenció Gus cuando se enteró de la apuesta.

—He comido quimbombó —respondió Jasper—, pero nunca he comido calabaza.

Hasta el momento, ni Newt ni los chicos Rainey o Spettle habían sido autorizados a jugar. Los hombres consideraban criminal arruinar a los muchachos al principio de su carrera. Pero a veces, cuando nadie utilizaba la baraja, Newt la cogía y él y los otros jugaban entre ellos. Sean O'Brien también participaba. Como ninguno de ellos tenía dinero, jugaban con piedras.

Sean había despertado la curiosidad de Newt por Irlanda. Sean aseguraba que allí la hierba era espesa como una alfombra. La descripción servía de poca cosa porque Newt jamás había visto una alfombra. El equipo de Hat Creek no poseía alfombras de ningún tipo, ni nada que fuera verde. A Newt le costaba imaginar un país totalmente cubierto de hierba verde.

—¿Qué hacéis en Irlanda? —preguntó Newt.

—Mayormente arrancamos patatas —respondió Sean.

—¿Pero no hay ni caballos ni vacas? —insistió Newt.

Sean lo pensó, pero solo podía recordar una docena de vacas por los alrededores de su pueblo, que estaba cerca del mar. Más de una noche fría había dormido junto a su vieja vaca lechera, pero imaginaba que si tratara de echarse junto a uno de los animales que en América llamaban vacas, la vaca estaría a cincuenta millas de distancia antes de que llegara a dormirse.

—Hay vacas —le contestó—, pero no en manadas. No hay sitio para tenerlas.

—¿Qué hacéis entonces con toda la hierba?

—Pues, nada. Crece.

A la mañana siguiente, mientras ayudaba a Deets y a Pea a encender los fuegos para marcar, Newt mencionó que Sean metía su vaca lechera dentro de casa y dormía. Deets se echó a reír al imaginar una vaca dentro de casa. Pea dejó de trabajar diez minutos mientras reflexionaba sobre ello. A Pea nunca le gustaba dar su opinión con prisas.

—No funcionaría con el capitán —comentó al fin, porque aquella era su opinión.

—¿Cuánto crees que tardaremos en llegar al Norte? —preguntó Newt a Deets, el experto en tiempos y distancias.

Aunque se había reído con lo de la vaca en casa, a Deets no se le veía tan animado como de costumbre, en los últimos días. Sentía que se acercaba un cambio. Abandonaban Lonesome Dove, donde la vida había sido tranquila y sosegada, y Deets no comprendía la razón del cambio. El capitán no era dado a decisiones precipitadas, pero a Deets se le antojaba precipitado el mero hecho de marcharse hacia el Norte. Normalmente, cuando pensaba en las decisiones del capitán, solía estar de acuerdo con él, pero esta vez se le hacía imposible. Se iba, claro, pero su mente estaba inquieta. Recordó una cosa que el capitán les había metido en la cabeza muchas veces durante sus años de *rangers*: que un buen principio hacía una buena campaña.

Ahora le parecía que el capitán se había olvidado de su propia regla. Jake Spoon había vuelto a casa un buen día, y al día siguiente el capitán estaba dispuesto a marchar, con un equipo que no era sino un grupo formado con prisas, mucho ganado salvaje, y caballos que en su mayoría no estaban domados. Además era casi abril, tarde para empezar a ir tan lejos. Conocía las llanuras en verano, y había visto lo deprisa que se secaban los pozos.

Deets tenía un mal presentimiento, la sensación de que iniciaban una marcha dura a un lugar lejano. Y ahora, el muchacho estaba demasiado excitado por la perspectiva para fijar su mente en el trabajo.

—Corta estos palos —le ordenó Deets—. Y no te preocupes por lo que tardemos. Creo que pasará el otoño antes de que lleguemos.

Deets vigiló al muchacho, preocupado de que se cortara el pie al intentar cortar los leños. Sabía cómo se maneja un hacha, pero se distraía al pensar en algo más. No dejaba de trabajar, pero trabajaba sin fijarse, pensando en otras cosas.

Pero él y Newt eran buenos amigos. El muchacho era joven y estaba lleno de esperanza, mientras que Deets era viejo y no esperaba nada. A veces Newt le hacía tantas preguntas que Deets terminaba por reírse. Era como una cisterna en la que caían las preguntas en lugar del agua. Deets contestaba algunas y otras no. No contaba a Newt todo lo que sabía. No le contaba que aunque la vida parecía fácil, seguía siendo complicada. A Deets le gustaba su trabajo, formar parte del

equipo y que su nombre figurara en el letrero; pero frecuentemente estaba triste. Su principal felicidad consistía en sentarse por la noche con la espalda apoyada en el depósito del agua, contemplando el cielo y la luna cambiante.

Había conocido a muchos hombres que se habían volado la cabeza, y le dio mucho que pensar. Le pareció que probablemente no sabían encontrar suficiente felicidad solo mirando el cielo y la luna, para que les ayudara a soportar los momentos bajos que tiene todo el mundo.

El muchacho aún no conocía estas sensaciones. Era un buen chaval, tierno como las palomas grises que venían a picotear la gravilla detrás del granero. Se esforzaba por hacer bien cualquier trabajo que se le pidiera, y le preocupaba no saber si lo hacía suficientemente bien para satisfacer al capitán. Pero, claro, todo el equipo se preocupaba por lo mismo… Todos menos el señor Gus. El propio Deets había fallado alguna vez en muchos años y el descontento del capitán le había dolido como una herida.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Pea—. Jake se ha vuelto a escapar. Se ve que no le gusta marcar.

—Al señor Jake lo que no le gusta es trabajar —dijo Deets riendo.

Newt siguió partiendo leña, un poco fastidiado por el hecho de que Jake tuviera tan mala reputación entre todo el mundo. Todos le consideraban un hombre que se saltaba sus obligaciones. El señor Gus trabajaba menos, pero nadie pensaba así de él. En opinión de Newt, era injusto. Jake acababa de regresar. Una vez descansado, tal vez se interesaría más por el trabajo.

Mientras reflexionaba en todo esto dio un golpe en falso con el hacha y un trozo de mezquite que intentaba partir salió disparado y casi le dio a Deets en la cabeza. Y así hubiera ocurrido si Deets no hubiera bajado rápidamente la cabeza. Newt estaba avergonzado. Cuando se le escapó el hacha, estaba pensando en Lorena. Se preguntaba cómo sería un día entero a su lado. ¿Se sentarían en el *saloon* jugando a las cartas, o qué? Como no había hablado nunca con ella era difícil imaginar lo que podían hacer un día entero, pero le gustaba pensarlo.

Deets no dijo nada, ni siquiera le dirigió una mirada de reproche a Newt, pero Newt seguía avergonzado. Había veces en que Deets casi parecía capaz de leer el pensamiento. ¿Qué pensaría si supiera que había estado pensando en Lorena?

Después recordó que Lorena era la mujer de Jake, y se esforzó por prestar más atención a la leña que cortaba.

20

Tan pronto como Jake cruzó el umbral del «Dry Bean», Lorena vio que estaba malhumorado. Fue directamente al bar y cogió una botella y dos vasos. Ella estaba en una mesa entreteniéndose con una baraja. Era todavía temprano y no había nadie por allí excepto Lippy y Xavier, lo que resultaba sorprendente. Generalmente a aquella hora siempre había tres o cuatro vaqueros de Hat Creek.

Lorena miró atentamente a Jake para averiguar si era ella la causa de su malhumor. Después de todo, había estado con Gus aquella misma tarde. Cabía dentro de lo posible que Jake lo hubiera descubierto de algún modo. No era mujer que esperara tener suerte en la vida. Si hacía una cosa confiando en que cierta persona no se enterara, siempre se enteraba. Cuando Gus la engañó y consiguió subir con ella, estaba convencida de que finalmente llegaría a oídos de Jake. El pobre Lippy era humano, y todo lo que le sucedía a ella se contaba y se repetía. No quería que Jake se enterara, pero tampoco le tenía miedo. Podía pegarla o podía matar a Gus: le resultaba impredecible, y esta era una de las razones por las que no le importaba que lo descubriera. Después de eso le conocería mejor, hiciera lo que hiciera.

Pero cuando él se sentó a la mesa y puso un vaso delante de ella se dio cuenta de que no era por su causa por lo que tenía aquella expresión tensa. No vio nada hostil en sus ojos. Bebió uno o dos sorbos de *whisky* y entonces, llegó Lippy y se sentó a la mesa con ellos como si se le hubiera invitado.

—Veo que has venido solo —dijo Lippy echándose atrás, sobre su frente arrugada, el sucio bombín.

—Así es, y por Dios que me propongo seguir solo —contestó Jake irritado. Se puso en pie y sin más palabras cogió su botella y su vaso y marchó hacia la escalera.

Lorie se quedó mirando desconcertada a Lippy, porque en su alcoba hacía mucho calor y hubiera preferido quedarse en el *saloon*, donde por lo menos corría cierta brisa.

Pero con Jake tan irritado no podía hacer otra cosa que subir. Al levantarse dirigió una fría mirada a Lippy que le dejó tan sorprendido que se le quedó colgando el labio.

—¿Por qué me has mirado así? —preguntó—. Yo no he dicho nada de ti.

Lorena no contestó. Una mirada era más efectiva que las palabras por lo que tocaba a Lippy.

Tan pronto como llegó a la habitación, Jake decidió que la deseaba y rápidamente. Había bebido medio vaso de *whisky* mientras iba subiendo la escalera y un buen trago de *whisky* siempre le animaba. Después de todo un día con el ganado estaba lleno de polvo, y normalmente habría esperado a darse un baño o por lo menos lavarse la cara y las manos en la palangana, pero esta vez no esperó. Incluso trató de besarla con el sombrero puesto, pero la cosa no resultó bien. Su sombrero estaba tan polvoriento como el resto de su persona. El polvo se le metió en la nariz y la hizo estornudar. Su prisa era inusitada; era un hombre exigente que solía quejarse cuando las sábanas no estaban suficientemente limpias para su gusto.

Pero esta vez no parecía ni fijarse que el polvo iba cayendo de su ropa al suelo. Cuando se desabrochó los pantalones y sacó el faldón de su camisa, cayó de ella un chorrito de arena. La noche era pesada y Jake tan polvoriento que para cuando hubo terminado había tanta tierra en la cama que era como si hubieran estado revolcándose en el polvo. No la molestaban especialmente; era mejor que los botes de humo y los mosquitos.

Jake solo se dio cuenta del polvo cuando se incorporó para alcanzar la botella de *whisky*.

—Estoy lleno de arena, maldita sea —exclamó—. Hubiera debido bañarme en el río.

Suspiró, se sirvió un *whisky* y se sentó con la espalda apoyada en la pared, acariciando distraído la pierna de Lorie. Esta esperó, tomando uno o dos sorbos. Jake parecía cansado.

—Esos muchachos son exasperantes —dijo.

—¿Qué muchachos?

—Call y Gus —respondió—. Solo porque les hablé de Montana, esperan con que les ayude a llevar el ganado hasta allí.

Lorena le observó. Miraba por la ventana y rehuía sus ojos.

—Que me ahorquen si voy a hacerlo. No soy ningún vaquero. A Call se le ha metido en la cabeza ir, pues que vaya.

Pero ella sabía que enfrentarse a Gus y al capitán no le iba a resultar fácil. La miró con tristeza en los ojos, como si le estuviera suplicando que buscara el modo de ayudarle. Pero después esbozó una sonrisa, una sonrisita perezosa y astuta.

—Gus cree que deberíamos casarnos.

—Yo prefiero ir a San Francisco —dijo Lorena.

Jake volvió a acariciarle la pierna.

—Bueno, ya iremos. ¡Pero que no venga Gus con estas ideas! Además cree que debería llevarte con nosotros en el viaje.

Y volvió a mirarla como si tratara de adivinar lo que estaba pensando. Lorena

le dejó mirar. Cansado como estaba, con la camisa abierta, no había nada en él que diera miedo. Era difícil saber lo que le daba miedo. Era orgulloso como un pavo cuando estaba con otros hombres, irritable y rápido en responder a los insultos. Sentado encima de la cama parecía todo menos un tipo duro.

—¿Qué ha estado haciendo Gus toda la tarde? No volvió hasta la puesta del sol.

—Lo mismo que has estado haciendo tú.

Jake alzó las cejas, sin mostrarse realmente sorprendido.

—Lo sabía, menudo sinvergüenza. Me dejó trabajando para poder venir a molestarte.

Lorena decidió contárselo. Sería mejor eso que no que él se enterara por otra persona. Además, aunque se consideraba su novia, no lo consideraba a él su dueño. Él no había dominado ninguna otra cosa más que el póquer, aunque la había ayudado a jugar mejor a las cartas.

—Gus me ofreció cincuenta dólares —dijo ella.

Jake volvió a alzar las cejas con cansancio, como si nada de lo que se le pudiese decir fuera a sorprenderle realmente. A ella le molestaba aquella pose como de saberlo todo de antemano.

—Es un loco con el dinero —dijo Jake.

—Le rechacé —dijo Lorena—. Le dije que estaba contigo.

Los ojos de Jake brillaron por un momento y le dio una rápida bofetada en la mejilla, tan rápida que ella ni siquiera la vio llegar. Aunque le escoció la mejilla, no había verdadero enfado en él, y no se parecía en nada a las palizas que había recibido de Tinkersley. Jake le pegó una vez, como si formara parte de las reglas del juego, y al momento sus ojos volvieron a perder vida y solo la contempló con cansada curiosidad.

—Y echó el polvo. Y si no lo hizo, puedes pegarme.

—Lo jugamos a las cartas y me hizo trampas al cortar. No lo puedo demostrar, pero lo sé. De todas formas me dio cincuenta dólares.

—Debí advertirte que nunca cortaras con ese viejo zorro. A menos que estés dispuesta a lo que él se propone. Es el hombre más tramposo que he conocido. No suele hacerlo con frecuencia, pero cuando lo hace no hay quien le coja.

Le limpió el polvo que tenía en el vientre y continuó:

—Ahora que eres rica, podrías prestarme veinte dólares.

—¿Por qué iba a hacerlo? Ni te lo has ganado, ni lo has impedido.

Además él tenía dinero de sus partidas. Si algo sabía hacer, era no dar dinero a ningún hombre. Esto no era más que una invitación a venderse, con su ayuda.

—Entonces quédatelos. —Jake parecía divertido—. Pero si se hubiera tratado de otro hombre, y no de Gus, te habría matado.

—Si lo hubieras sabido —le respondió, levantándose.

Jake siguió mirando por la ventana mientras ella deshacía la cama. Iba

bebiendo su *whisky* pero no volvió a mencionar la marcha.

—¿Vas a ir con el rebaño? —le preguntó.

—Aún no estoy decidido. No saldrán hasta el lunes.

—Pienso marcharme cuando te marches. Con el rebaño o sin él.

Jake se volvió a mirarla. Llevaba solo la camisa y tenía una mancha roja donde él le había dado aquella bofetada que no la había impresionado lo más mínimo. Tuvo la impresión de que nunca se está suficiente tiempo con las mujeres. Antes de que uno se dé cuenta, le meten en una discusión y además explican lo que va a suceder.

—Menuda pinta que tendrías en un campamento de vaqueros. Y además, todos enamorados de ti. Tendría que matar a la mitad antes de que pudiéramos llegar a Red River, si vinieras con nosotros.

—Nadie me molestaría. Gus es el único capaz de intentarlo.

—Sí, querría cortar la baraja dos veces al día —rio Jake.

A medida que se iba haciendo viejo, le parecía más difícil encontrar un modo sencillo de vivir. Por una parte estaban sus amigos, que siempre esperaban algo de él; por la otra estaba Lorie, que esperaba algo más. Y él mismo no tenía ideas claras sobre lo que iba a hacer, aunque pensaba que sería agradable vivir en un pueblo cálido donde pudiera jugar una buena partida de cartas. Tener una mujer a su lado hacía la vida más feliz, por supuesto, pero tampoco significaba tener que llevársela a San Francisco.

Claro que podía salir corriendo: no estaba encadenado a la pata de la cama ni a sus amigos. Frente a la ventana estaba México. Pero ¿qué iba a conseguir? México era aún más violento que Texas. Los mejicanos colgaban siempre a los tejanos para compensar los mejicanos ahorcados por los tejanos.

Si la horca era lo único que le esperaba, prefería que lo hicieran en Arkansas.

Lorie le contemplaba con un extraño fulgor en la mirada. Y no porque le hubiera pegado. Sintió que le estaba leyendo el pensamiento. Ignoraba por qué tantas mujeres podían leer lo que pensaba. Solo había engañado a una, una putita pelirroja de Cheyenne que era todo corazón y nada de cerebro. A Lorena no iba a engañarla. Su expresión le puso a la defensiva. Muchos hombres la hubieran dejado negra y morada a golpes por lo que había hecho aquella tarde, y sin embargo ella ni siquiera trató de ocultarlo. Jugaba según sus reglas. Pensó que, llegado el momento, ella podría ser la que matara al *sheriff* de Arkansas. No vacilaría, si seguía queriéndole.

—No es preciso que sigas aquí con esta expresión tan rara —le dijo—. No me escaparé sin ti.

—No estoy rara. Tú sí que lo estás. No quieres quedarte ni quieres marcharte.

Jake la miró apabullado.

—He recorrido aquel camino. Es duro. ¿Por qué no nos vamos a San Antonio y jugamos una temporada?

—Tinkersley me llevó allí. No quiero volver.

—Eres difícil de complacer —dijo Jake, irritado de pronto.

—No es verdad. Me gustas. Solo que quiero ir a San Francisco como me prometiste.

—Bueno, si no te gusta San Antonio, podemos ir a Austin o a Fort Worth. Hay infinidad de ciudades preciosas y no tan difíciles de llegar a ella como San Francisco.

—No me importa que resulte difícil. Vayamos.

Jake lanzó un suspiro y le ofreció más *whisky*.

—Échate —le dijo— y te frotaré la espalda.

—No necesito que me frotes la espalda.

—Lorie, no podemos irnos esta noche. Yo solo quería mostrarme amable y amistoso.

No era la intención de Lorie presionarle de aquel modo, pero para ella era importante llegar a una decisión. Había pasado demasiadas noches en aquella pequeña alcoba caliente donde ahora se encontraban. Se dio cuenta al sacar las sábanas llenas de tierra. Las había cambiado muchas veces porque los hombres bajo los que se tendía habían estado tan sucios como Jake. Era algo que había repetido demasiadas veces. Ahora estaba harta. Se había acabado. Quería tirar las sábanas, el colchón y la cama por la ventana. Había acabado con aquella habitación y con todo lo que significaba, y no estaba de más que Jake Spoon se enterara.

—Cariño, parece que tengas fiebre —le dijo Jake sin darse cuenta de que se trataba de una fiebre de impaciencia por terminar con Lonesome Dove y todo lo que allí había—. Si estás decidida nos iremos, pero lo que no quisiera es vivir en un campamento de ganado. Además, Call no lo permitiría. Podemos cabalgar con ellos de día y acampar por nuestra cuenta.

Lorena se mostró satisfecha. La tenía sin cuidado dónde acamparan. Luego Jake empezó a hablar de Denver y de que desde allí sería fácil ir a San Francisco. Le escuchó a medias. Jake se lavó lo mejor que pudo en la pequeña palangana. A Lorie solo le quedaba una sábana de repuesto, así que la puso en la cama mientras él se lavaba.

—Vámonos mañana —dijo.

—Pero el ganado no sale hasta el lunes —le recordó Jake.

—No es nuestro ganado. No tenemos por qué esperar.

Jake tuvo que admitir que había algo diferente en ella. Tenía un rostro hermoso, un cuerpo hermoso, pero al mismo tiempo un no sé qué distante que no había encontrado en ninguna otra mujer. Algunas montañas como las Bighorn, eran como ella. El aire que las rodeaba era tan claro que se podía cabalgar durante días hacia ella, sin que a uno le pareciera que se acercaba. Y no obstante, si se seguía cabalgando, se llegaba a las montañas. No estaba seguro de conseguir

llegar a Lorie. Incluso cuando la poseía, había una distancia entre ellos. Sin embargo, no quería dejarla marchar.

Cuando apagaron la luz, un rayo de luna entró por la ventana y cruzó sus cuerpos. Lorie dejó que le frotara la espalda, porque le divertía hacerlo. No tenía sueño. Mentalmente, ya había abandonado Lonesome Dove; solo esperaba que terminara la noche para poder marcharse de verdad. Jake se cansó de frotarle la espalda y trató de darle la vuelta para entrar otra vez en ella, pero no estaba dispuesta. Apartó su miembro, cosa que a él no le hizo la menor gracia.

—¿Qué te pasa ahora?

Lorie no contestó. No había nada que decir. Lo intentó por segunda vez y ella volvió a apartárselo de nuevo. Sabía que le molestaba que le rechazara, pero no le importaba. Tendría que esperar. Escuchando su respiración pesada y frustrada, pensó que tal vez tendría que pelear, pero no hizo falta. Estaba ofendido, pero no tardó en bostezar. Siguió agitándose y volviéndose, esperando que cediera. De vez en cuando le tocaba la cadera, como si fuera accidentalmente. Pero había trabajado todo el día; estaba cansado. No tardó en dormirse. Lorie siguió despierta, mirando por la ventana, esperando que fuera la hora de marcharse.

21

Jake despertó poco después del alba y se encontró con que Lorena ya estaba levantada. Estaba sentada a los pies de la cama, contemplando la luz roja del amanecer que se extendía sobre los mezquites. Él hubiera querido seguir durmiendo, esconderse en el sueño durante varios días, no tomar decisiones, no trabajar con el ganado, solo dormitar. Pero ni siquiera podía controlar el sueño. La idea de que tenía que levantarse y abandonar el pueblo, con Lorie, le quitaba el sueño. Durante un par de minutos se sumió al placer de estar durmiendo sobre un colchón. Podía ser un colchón miserable, hecho de hojas secas de maíz, pero sin duda mejor que lo que tendría en los meses siguientes. Durante meses dormiría en el suelo, con cualquier tiempo que se encontraran.

Contempló a Lorie durante unos instantes y pensó que tal vez si la asustaba con historias de indios cambiaría de idea.

Pero cuando se incorporó sobre un codo y la miró a la nueva luz fresca del día, la idea de desanimarla se esfumó. Era una debilidad, pero no podía soportar decepcionar a las mujeres, aunque al fin y al cabo fuera por su bien. Por lo menos no podía hacerlo cara a cara. Abandonarlas era su única salida, y sabía que no estaba dispuesto a dejar a Lorie. Su belleza disipó el sueño que le quedaba, y lo único que ella hacía era mirar por la ventana, con su larga cabellera dorada cayéndole sobre los hombros. Vestía una vieja camisa de algodón que hubiera debido tirar hacía tiempo. No tenía ni un vestido decente ni nada que realzara su belleza. Sin embargo, la mayor parte de los hombres de la frontera eran capaces de recorrer cincuenta kilómetros a caballo solo para sentarse en el *saloon* y mirarla. Tenía cierta calidad, como de no haber empezado a vivir aún. Su rostro era de una frescura inusitada en una mujer que llevaba tiempo haciendo de prostituta. De pronto tuvo la idea de que los dos podían abrirse camino en San Francisco si conseguían llegar. Había hombres ricos allí, y la belleza de Lorie no tardaría en atraerles.

—No parece que hayas cambiado de idea —le dijo—. Supongo que será mejor que me levante y vaya a comprarte un caballo.

—Toma mi dinero. Procura que no sea demasiado alto.

Y le entregó los cincuenta dólares de Gus.

—Deja, no necesito tanto. No hay un solo caballo en este pueblo que valga

cincuenta dólares, a menos que sea esa yegua de Call, y la yegua no está en venta.

Pero aceptó el dinero pensando en la broma que suponía comprar una montura para que Lorie pudiera llegar a Montana o adonde fuera con el dinero del polvo de Gus. Sabía perfectamente que Gus intentaría algo así porque Gus nunca le dejó tener una mujer para sí. Según Jake, lo que gustaba a Gus sobre todo era rivalizar. En cuanto a que Lorie le aceptara…, bueno, le relevaba de cierta responsabilidad para con ella. Si iba a mantenerse tan independiente, lo mismo haría él.

Lorena seguía mirando por la ventana. Era como si mentalmente ya hubiera abandonado Lonesome Dove y emprendido el camino. Jake se incorporó y la rodeó con los brazos. Le gustaba cómo olía por las mañanas; le gustaba olfatear sus hombros y su garganta. Lo repitió. No solía rechazar estas pequeñas atenciones matinales, pero tampoco las provocaba. Esperaba pacientemente que la dejara y se fuera a comprar el caballo, revisando mentalmente todo lo que podía llevar consigo.

No había gran cosa. Su objeto preferido era una peineta de nácar que Tinkersley le había comprado a poco de llegar a San Antonio. Tenía un delgado anillo de oro que había sido de su madre y una o dos fruslerías más. Nunca le había gustado comprarse cosas; en Lonesome Dove no importaba, porque no había gran cosa que comprar.

Jake permaneció sentado, rascándose un buen rato, oliendo a Lorie y esperando que ella le diera ánimos, pero como no lo hizo terminó por vestirse y salió en busca de caballos y de equipo.

Antes de que transcurrieran diez minutos de la marcha de Jake, Lorena tuvo una sorpresa. Llamaron tímidamente a su puerta. La entreabrió y allí estaba Xavier, de pie en la escalera, y llorando. Permanecía allí como si fuera el fin del mundo, con las lágrimas bajando por sus mejillas y cayendo sobre su camisa. Lorie no supo qué pensar, pero como no estaba vestida no quiso dejarle entrar.

—¿Es verdad lo que dice Jake? —le preguntó—. ¿Te marchas hoy?

Lorena asintió.

—Nos vamos a San Francisco.

—Quiero casarme contigo —dijo Xavier—. No te vayas. Si te vas no quiero vivir. Quemaré el local. De todos modos, es asqueroso. Lo quemaré mañana.

« Bueno, es tuyo —pensó ella—. Quémalo si se te antoja» . Pero no lo dijo. Xavier siempre había sido bueno con ella. Le había dado trabajo cuando no tenía un céntimo, y había pagado al momento los servicios que había requerido. Ahora se encontraba en la escalera, tan acongojado que casi no podía ver.

—Me voy.

Xavier sacudió la cabeza con desesperación.

—Pero Jake no es de fiar. Lo conozco. Te abandonará en algún sitio. Nunca

llegarás a San Francisco.

—Llegaré. Si Jake se marcha, iré con algún otro.

—Morirás por ahí —insistió Xavier moviendo la cabeza—. Te llevará por mal camino. Podríamos casarnos. Venderé este local. Podemos ir a Galveston y coger un barco hasta California. Allí podríamos abrir un restaurante. Tengo el dinero de Thérèse. Podemos tener un restaurante limpio, con manteles. No tendrás que volver a aguantar a los hombres.

« Salvo que tendría que aguantarte a ti» , pensó.

—Déjame entrar —suplicó—. Te daré lo que quieras…, más que Gus.

—Jake te mataría. Será mejor que te marches.

—No puedo —insistió sin dejar de llorar—. Me muero por ti. Si me mata estaré mejor. Te daré cualquier cosa.

De nuevo movió negativamente la cabeza sin saber qué pensar. Había visto a Xavier incontrolado en otras ocasiones, pero generalmente eran ataques de ira. Este era diferente. Jadeaba y las lágrimas no cesaban.

—Deberías casarte conmigo. Seré bueno contigo. No soy como estos hombres. Soy educado. Tengo modales. Verías lo bueno que sería. Jamás te abandonaría. Podrías tener una vida cómoda.

Lorena siguió moviendo negativamente la cabeza. Lo más interesante que le dijo fue lo del barco. Era bastante ignorante, pero sabía que Galveston estaba cerca de Denver. ¿Por qué motivos se empeñaba Jake en ir a caballo hasta Denver cuando podía coger un barco?

—Será mejor que te marches. No quisiera que Jake te encontrara aquí. Podría pegarte un tiro.

—¡Se lo pegaré yo a él! Tengo un rifle. Le dispararé cuando vuelva, si no me dejas entrar.

Lorena no sabía qué pensar. Se portaba como un loco. Xavier no parecía dispuesto a salir de la escalera. Y efectivamente tenía un rifle. No era fácil que Jake dejara que alguien tan lamentable como Xavier le disparara, pero si él mataba a Xavier, el resultado también sería malo. Ya había tenido problemas en Arkansas por haber matado a alguien. Si había un tiroteo quizá no podrían marcharse, y Xavier tenía el aspecto desesperado del que es capaz de cualquier cosa.

En aquel momento Xavier empezó a sacarse dinero del bolsillo. Era difícil decir cuánto le tendía, pero era mucho más de cincuenta dólares. Tal vez fueran cien. Al verlos se sintió cansada. Por más planes que hiciera o cómo tratara de vivir, siempre habría algún hombre mirándola y alargándole dinero. Sin proponérselo, Mosby había iniciado algo que nadie podía parar. Creía que Jake lo había parado, pero no era así. Sus amenazas de matar hombres eran meras palabras. Si tanto le hubiera importado, habría matado a Gus, amigo o no. Aún era más difícil de imaginar que disparara contra Xavier; probablemente le

pegaría otro cachete y lo dejaría correr.

—Por favor —suplicó Xavier—. Por favor. Te necesito.

Por lo menos se marchará, pensó abriéndole la puerta. Además era rápido como un conejo.

—No voy a manchar la cama —le dijo Lorena—. Es mi última sábana.

A Xavier le tenía sin cuidado. Dejó el dinero sobre la pequeña cómoda y se volvió hacia ella. Lorie cerró la puerta, se apoyó en ella y se levantó la camisa. Con una mirada de agradecimiento, Xavier dejó caer sus pantalones. Pronto sus piernas temblaban de tal modo que ella temió que se derrumbara antes de terminar. Pero no fue así. Cuando terminó, apoyó la cabeza contra su pecho, mojándole los senos con sus lágrimas mientras su humedad se le escurría por el muslo.

Al momento dio un paso atrás y se subió los pantalones.

—Adiós —le dijo.

—Bueno, aún no me he marchado. No nos iremos hasta por la tarde.

Xavier la miró una vez más y salió. Su mirada la sobresaltó. La expresión de sus ojos era como la de su padre, cuando murió en « Baton Rouge» . Le observó mientras bajaba la escalera. Bajaba despacio, como si tanteara por cada peldaño. Apenas había estado dos minutos en su habitación, pero su camisa estaba mojada de lágrimas. Qué raros eran los hombres, aunque Xavier aún era más raro que muchos.

Cuando llegó al pie de la escalera, ella se volvió y escondió el dinero. Era un secreto más que tenía con Jake.

22

Aquel atardecer, mientras los muchachos estaban sentados alrededor del fuego de Bolívar, para cenar, Augustus levantó la mirada del plato y vio a Jake y Lorena cabalgando hacia el campamento. Iban montados en dos buenos caballos y llevaban otro de carga. Lo más sorprendente era que Lorena llevaba pantalones. Por más que se esforzara, no recordaba haber visto jamás una mujer con pantalones, y se tenía por hombre de experiencia. Call estaba de espaldas y no les había visto, pero algunos de los hombres sí. La visión de una mujer con pantalones les asustaba tanto que no sabían dónde poner los ojos. La mayoría se concentraron en las alubias de sus platos. Dish Boggett se puso blanco como una sábana, se levantó sin decir palabra a nadie, cogió su caballo y fue en busca del rebaño, que estaba desparramado por el valle.

La huida de Dish fue lo que llamó la atención de Call. Miró a su alrededor y vio acercarse a la pareja.

—Tenemos que agradecértelo a ti —le espetó a Gus.

—Confieso que estuve inspirado —asintió Augustus.

Sabía que su amigo estaba furioso por dentro, pero para él aquella visita podía proporcionar cierta diversión. Y últimamente no había habido mucha. Lo único que les había hecho reír fue cuando Allen O'Brien fue lanzado por un caballo salvaje sobre un cacto. Cuando salió de él tenía incluso pinchos en la barba.

Pero este era un incidente normal, porque los caballos eran impredecibles y los cactos abundantes.

Una mujer en pantalones era algo realmente inusitado. Jake llegó hasta la hoguera, aunque Augustus deducía de su actitud que estaba nervioso.

—Hola, muchachos —saludó—. ¿Os importa darnos de comer?

—Claro que no, eres tan bienvenido aquí como el dinero, Jake —le contestó Augustus—. Y tú también, Lorie.

Call observaba en silencio, incapaz de decidir con quién estaba más furioso, si con Gus o con Jake. Claro que este sabía sobradamente que no debe llevarse a una mujer a un campamento de ganado. Ya resultaba difícil mantener a los hombres tranquilos y en paz sin tener además a una mujer sobre la que discutir.

—Woodrow, supongo que conoces a Lorie —presentó Jake, aunque sabía que no era así. El silencio de Call le ponía siempre nervioso.

—No nos conocemos —dijo Call tocándose el ala del sombrero y sin mirar a la mujer. No quería enfadarse con Jake delante de los demás hombres, y todos salvo Dish y los dos chicos Rainey estaban presentes y relajados cenando. O por lo menos habían estado relajados. Ahora estaban sentados, tiesos como si se encontraran en la iglesia. Algunos parecían paralizados. Por unos minutos lo único que se oyó en el campamento fue el tintineo de un bocado cuando el caballo de la mujer agitó la cabeza.

Augustus se acercó para ayudar a Lorena a desmontar. El aspecto de todos los muchachos sentados como estatuas le hacía sentir ganas de reír. La inesperada aparición de un comanche no les habría afectado tanto.

Reconoció la yegua parda que montaba Lorie por haber pertenecido a Mary Pumphrey, la joven viuda.

—Nunca hubiera creído que Mary cediera su yegua —comentó.

—Jake la compró —respondió Lorena, agradecida de que Gus la hubiera ayudado a desmontar. Jake ni siquiera la había mirado desde que llegaron al campamento. Nunca había visto tan de cerca al capitán Call, pero se dio cuenta de que inquietaba a Jake.

La deprimió un poco ver que dependía de la cortesía de Gus desde el primer momento. La acompañó junto al fuego y se preocupó de que le llenaran el plato, todo esto sin dejar de hablarle, sobre todo de las buenas cualidades de la yegua de los Pumphrey. Jake fue tras ellos y consiguió comida, pero se mantuvo en silencio.

De todas formas, Lorie encontraba que la cabalgada desde Lonesome Dove había sido muy buena. No había vuelto a ver a Xavier. El «Dry Bean» estaba vacío cuando hicieron los preparativos. Lo de los pantalones había sido idea de Jake. Había conocido una mujer que iba con los mulateros, en Montana, que también llevaba pantalones.

Mientras Jake iba arreglando el caballo de carga, Lippy salió a la entrada del *saloon* y agitó el labio una vez más.

—No te descubrí, Lorie —le dijo. También parecía estar a punto de llorar.

«Solo falta que llores ahora», pensó la joven. Él se quitó el bombín y le estuvo dando vueltas entre las manos hasta que la puso nerviosa.

—Tendrás que perdonar el rancho —se excusó Augustus—. Bol ha aprendido a sazonar, pero no ha aprendido a cocinar.

Bolívar descansaba cómodamente contra la rueda de la carreta y no hizo caso de la pulla. Estaba dándole vueltas a la idea de si quedarse o largarse. No le gustaba viajar. La sola idea le hacía sentirse desgraciado. Pero cuando iba a casa, a México, también se sentía desgraciado, porque decepcionaba a su mujer y se lo hacía sentir todos los días. Nunca había estado demasiado seguro de lo que ella quería, después de todo sus hijas eran bellísimas, pero fuera lo que fuera, no había conseguido proporcionárselo. Sus hijas eran su deleite, pero pronto todas

estarían casadas y se marcharían, dejándole sin protección junto a su mujer. Si se iba a casa, probablemente la mataría. Una vez había matado un caballo fastidioso sobre el que estaba sentado. A veces la paciencia de un hombre salta. Disparó al caballo entre las orejas y luego tuvo dificultades para quitarle la silla, cuando se desplomó. Probablemente mataría a su mujer del mismo modo… si se iba a casa. Muchas veces había sentido la tentación de disparar contra alguno de los miembros del equipo de Hat Creek, pero de haberlo hecho le habrían disparado a él inmediatamente. Cada día pensaba en irse a casa, pero no lo hacía. Era más fácil quedarse y trocear unas cuantas serpientes para la olla que tener que escuchar las lamentaciones de su mujer.

Así que se quedaba, día tras día, sin fijarse en nada de lo que se decía. Esto de por sí ya era un lujo que no hubiera podido disfrutar en casa, porque una mujer decepcionada no es fácil de ignorar.

Jake comía sin fijarse en la comida, deseando no haber puesto jamás los pies en Lonesome Dove. No iba a ser ningún placer viajar hacia el Norte si Call se mostraba tan descontento. Tenía la intención de hablar a solas y tranquilamente con Call, pero en realidad no se le ocurrían las palabras. Los silencios de Call le hacían perder el control de sus pensamientos, algunos de los cuales eran, a su parecer, pensamientos perfectamente buenos.

Mientras comían fue oscureciendo. Sean O'Brien, en la otra punta de la manada, empezó a cantar una canción nocturna, una melodía irlandesa cuyas palabras no podían llegar hasta la gran llanura donde descansaba el ganado. Pero la melodía sí llegaba; a Newt le producía ganas de llorar. Estaba sentado, tieso, a pocos pasos de Lorena. Por primera vez le estaba mirando de cerca, casi sin atreverse, y sin embargo sintiéndose seguro debido a la oscuridad. Era más hermosa de lo que había imaginado, pero no parecía feliz. Darse cuenta de su infelicidad le producía una sensación dolorosa, y la canción la acrecentaba. Sus ojos se empañaron. No le sorprendía que Sean llorara tanto, pensó Newt; sus canciones daban ganas de llorar aunque no pudiera comprender las palabras.

—Este es un rebaño feliz —comentó Gus.

—¿Y eso…? —preguntó Jake algo picado.

En ciertos estados de ánimo podía soportar la charla de Gus, pero en otros momentos el mero sonido de su voz le hacía desear sacar el arma y disparar contra él. Era una voz fuerte cuyo sonido te impedía pensar, cuando ya no era fácil pensar. Pero lo más molesto era que Gus siempre parecía animoso, como si no hubiera problemas en el mundo que pudieran afectarle. A veces, cuando la vida parecía llena de problemas, la visión de Gus, al que nada de lo que le rodeaba parecía afectarle, era difícil de soportar.

—Pues porque es el único rebaño en marcha que tiene dos barítonos irlandeses para que le canten —explicó Augustus.

—Canta demasiado triste —dijo Needle Nelson porque la voz de Sean le

afectaba tanto como a Newt. Le hacía pensar en su madre, que había muerto cuando él tenía ocho años, y también en una hermanita a la que quería mucho y que había sucumbido, cuando solo contaba cuatro años, a unas fiebres.

—Es la naturaleza irlandesa —observó Augustus.

—No, es solo Sean —intervino Allen O'Brien—, que es un llorón.

Call se les acercó. Sentía la necesidad de saber qué se proponía hacer Jake.

—Bueno, Jake, ¿ya has hecho tus planes? —le preguntó con tanta gravedad como pudo.

—Hemos decidido probar nuestra suerte en Denver, de momento. Creo que a los dos nos vendrá bien el fresco.

—Es un camino duro —observó Call.

—¿Por qué se lo cuentas a Jake? —preguntó Augustus—. Es un hombre que ha viajado y que no se arredra por las dificultades. Los colchones de pluma no son su estilo.

Lo había dicho con descarada ironía, porque los colchones de pluma eran precisamente el estilo de Jake, pero la conversación se llevaba con tanta solemnidad que la gracia de Gus pasó inadvertida.

—En cierto modo habíamos esperado seguir con vosotros —dijo Jake con la vista baja—. Montaremos nuestro propio campamento para no entorpeceros. Yo podría ayudar un poco si las cosas se ponen difíciles. El agua podría escasear cuando lleguemos a las llanuras.

—Si el agua me gustara más supongo que me habría quedado en el barco fluvial y vosotros os habríais perdido una conversación de categoría a lo largo de los años.

—He estado diez años de mi vida oyéndote hablar —saltó Jake.

—Esta noche, Jake, estás amargado —observó tranquilamente Augustus—. Supongo que el tener que abandonar las ganancias fáciles de aquí te ha trastornado.

Pea Eye estaba afilando cuidadosamente su cuchillo en la suela de una de sus botas. Aunque por lo que deducía estaban perfectamente seguros, Pea había vuelto a soñar con el enorme indio cuya ferocidad había atormentado su sueño durante años. Los sueños habían sido tan malos que ya había empezado a dormir con el cuchillo desfundado en la mano, para acostumbrarse a él cuando llegaran a territorio indio. Esta preocupación causaba ciertos problemas a los jóvenes vaqueros que tenían que despertarle para el turno de vigilancia nocturna. Corrían el riesgo de ser apuñalados, un peligro que turbaba especialmente a Jasper Fant. Jasper era sensible al peligro. Generalmente decidía despertar a Pea dándole una patada a uno de sus pies, aunque tampoco eso era realmente seguro. Pea era alto y en cualquier momento podía ponerse en pie de un salto y atacar. Jasper había llegado a la conclusión de que el mejor medio era lanzarle piedrecitas, aunque semejante prudencia solo servía para ganarse las burlas del resto de los hombres.

—Yo no hubiera querido perderme tu conversación, Gus —dijo Pea, aunque no podía recordar ni una sola cosa de las que Gus había contado a lo largo de los años. Pero sí recordaba que, noche tras noche, se había adormecido con la voz de Gus.

—Yo estoy listo para empezar, si es que vamos a empezar —observó Augustus—. Tenemos ganado suficiente para abastecer cinco ranchos.

Call sabía que aquello era cierto pero encontraba difícil resistirse a cabalgar a México unas noches más para añadir más ganado. Ahora, sin tener que habérselas con Pedro, era fácil de conseguir.

—Es una lástima que te hayas vuelto tan independiente, Jake. Si vinieras con nosotros aún podrías ser un rico ganadero.

—Prefiero ser pobre a mascar polvo —le respondió Jake levantándose.

Lorie también se levantó. Sentía que le volvía el humor silencioso. Lo que se lo provocó fueron los hombres mirándola, haciendo como que no la miraban. Muy pocos fueron lo suficientemente atrevidos para mirarla abiertamente. Tenían que ser solapados. Encontrarse entre ellos en el campamento era peor que en el *saloon*, donde por lo menos tenía su habitación. En el campamento no podía hacer otra cosa que seguir sentada y oír sin escuchar las conversaciones.

—Intentaremos encontrar una loma para acampar —explicó Jake—. Será mejor que estemos por encima de estas bestias malolientes.

—Jake, te has vuelto tan remilgado que deberías haberte hecho barbero —saltó Augustus—. Así podrías oler a brillantina y agua de colonia todo el día.

Se acercó y ayudó a Lorena a montar. La yegua parda estaba inquieta y volvía continuamente la cabeza.

—Todavía estoy a tiempo de hacerme barbero —dijo Jake molesto porque Gus había vuelto a ayudar a Lorie. Tendría que aprender a montar sola con tantos centenares de millas como tenía por delante.

—Esperamos veros de nuevo para el desayuno. Se sirve una hora antes de que salga el sol. A Woodrow Call le gusta aprovechar la jornada, como debes recordar —observó Augustus.

—Nosotros vamos a encargar al hotel el desayuno —contestó Jake sarcástico, espoleando el caballo.

Call, fastidiado, observó cómo se iba. Augustus se rio entre dientes.

—Ni siquiera tú puedes impedir que ocurran este tipo de cosas, Call. Jake solo puede ser controlado hasta cierto punto, y Lorie es una mujer. A ella no se la puede controlar.

Call no tenía ganas de discutirlo. Recogió su « Henry» y se alejó del círculo iluminado por la hoguera para estar unos minutos a solas. Al pasar detrás de la carreta tropezó con Newt, que evidentemente se había aguantado mientras la mujer estuvo en el campamento y que ahora se había alejado para descargar aguas.

—Perdón, capitán —balbució.

—Deberías ir a buscar a Dish —dijo Call—. No entiendo por qué se marchó. No es su turno. Creo que saldremos mañana. No podemos llevarnos todo el ganado de México.

Permaneció un momento silencioso. Se le habían ido las ganas de aislarse.

Newt parecía sorprendido. El capitán nunca había compartido sus decisiones con él, y sin embargo parecía que acababa de tomar la firme decisión de emprender la marcha allí mismo, detrás de la carreta.

—Capitán —preguntó—, ¿está muy lejos el Norte?

Era algo que no podía dejar de pensar, y como el capitán no se había alejado, la pregunta le salió casi involuntariamente.

Al momento se sintió como un tonto por haberla formulado.

—Me figuro que debe ser muy grande, arriba, al Norte —dijo, como queriendo evitar al capitán la necesidad de contestar.

Call pensó que hubiera debido educar mejor al muchacho. Parecía creer que el Norte era un lugar, no solo una dirección. Este era otro de los fallos de Gus… Se consideraba un gran educador y pocas veces decía a la gente lo que precisaba saber.

—Está mucho más lejos de lo que tú conoces —explicó Call dudando de que el muchacho hubiera estado en alguna parte. Probablemente el lugar más lejano al que lo habían llevado era Pickles Gap.

—Oh, he estado en el Norte —dijo Newt no queriendo que el capitán creyera que no tenía práctica de viajes—. He estado al Norte, hasta San Antonio, ¿recuerda?

Call lo recordó entonces; Deets se lo había llevado una vez.

—A donde vamos está muchísimo más lejos.

23

—Pues yo añoraré a Wanz —dijo Augustus mientras él y Call comían su tocino a la escasa luz de la mañana—. Lo que más añoro son mis hornos holandeses. Te da por echarte al camino cuando mi masa estaba a punto.

—Me gustaría conocer una razón de vivir en un lugar que fuera mejor que tu capacidad para hacer bollos. Aunque debo confesar que están muy buenos.

—Claro que tienes que confesarlo; has comido un montón. Aún sigo pensando que deberíamos alquilar el pueblo y llevarlo con nosotros. Así tendríamos un buen encargado de bar y un buen pianista.

Con Call súbitamente determinado a salir aquel mismo día, Augustus se sentía pesaroso, nostálgico de todo aquello que no había apreciado especialmente, pero que odiaba tener que abandonar.

—¿Y qué me dices del pozo? Un mes más y lo hubiéramos terminado.

—¿Hubiéramos? —repitió Call—. ¿Desde cuándo participaste en el pozo?

Miró a su alrededor y constató sorprendido que los dos cerdos de Gus estaban echados debajo de la carreta, respirando fuerte. En aquella penumbra había creído que era Bolívar roncando.

—¿Quién ha invitado a los condenados cerdos? —preguntó.

—Este sigue siendo un país libre —respondió Augustus—. Pueden venir si aceptan los inconvenientes. ¿Dónde habrá acampado Jake?

En aquel momento llegaba el último turno: Newt, Pea, Dish Boggett y Jasper Fant, más un quinto hombre que no había estado en el turno.

—¡Pero si es Soupy Jones! —exclamó Call.

—¡Dios mío! —dijo Augustus—. Debe haber perdido el poco juicio que le quedaba.

Soupy había estado con ellos un mes, haciendo de *ranger*, antes de que se retiraran. Era valiente pero vago, un buen jugador de cartas pero sobre todo el mejor jinete que ninguno de ellos hubiera visto jamás. Le gustaba tanto ir a caballo que pocas veces podía inducírsele a desmontar, salvo para dormir o comer.

—Creía que Soupy se había casado —comentó Call mientras los hombres desensillaban a sus caballos.

—Eso se comentó. Oí decir que se había casado con una mujer rica y que le

habían hecho *sheriff*. Bueno, tal vez ella se escapó con un predicador. Y si no lo hizo, no entiendo qué hace aquí a estas horas de la noche.

Soupy, un hombre bajito, se acercó andando, con Pea Eye.

—Fíjense quién ha llegado —dijo Pea Eye—. Era tan de noche que casi le confundí con un bandido.

—¡Por Dios, Soupy! Debiste esperar a que encendiéramos los faroles. —Y Augustus se puso en pie para estrecharle la mano—. ¡Un grupo de pistoleros como nosotros! ¡Has tenido suerte de que no te dispararan!

—¡Oh, Gus! —Soupy no sabía qué otra cosa decir. Siempre le habían abrumado las frases ingeniosas de Gus—. Buenos días, capitán —añadió al saludarle Call.

—Come algo —le dijo Call. Siempre le había gustado aquel hombre, pese a su empeño por no desmontar si había algo que hacer en tierra.

—¿De dónde vienes, Soupy? —preguntó Augustus—. Nos dijeron que eras alcalde de algún sitio. ¿O eras gobernador?

—Estuve en Bastrop. Bastrop no tiene alcalde ni gobernador. No es más que un pueblo.

—Pues nosotros apenas somos un equipo —dijo Gus—, aunque anoche se unieron a nosotros dos cerdos preciosos. ¿Buscas trabajo?

—Sí. Se murió mi mujer. Nunca fue muy fuerte.

—Bueno, por lo menos ya tienes trabajo —le aseguró Call.

—A mí también se me murieron dos esposas —comentó Augustus.

—Oí decir que Jake había vuelto, pero no lo veo. —Soupy y Jake habían sido íntimos amigos tiempo atrás, y en parte había venido a unirse al equipo de Hat Creek por curiosidad.

—Aquí está, en efecto —respondió Call, sin querer explicar la situación.

—Jake no acampa con gente ordinaria como nosotros —observó Augustus—. Viaja con un ayuda de cámara; no sé si sabes lo que es.

—No, pero si viaja con Jake me juego cualquier cosa a que lleva faldas.

La observación de Soupy no hizo gracia a nadie, salvo a Gus, que lanzó una tremenda carcajada. Soupy se sintió un poco confuso pero feliz por haber sido contratado, y se fue con Pea Eye en busca del desayuno.

—Voy a regresar para coger el letrero que escribí y llevarlo con nosotros —anunció Augustus—. De paso intentaré arrancar uno de mis hornos y también lo traeré.

—Bol no ha dicho que se vaya. —Para Call constituía una preocupación. Si Bol se iba y tenían que depender de Gus para la cocina, el viaje podía irse al garete. Salvo los bollos, la cocina de Gus era de las que provocaba oleadas de enfado. En realidad, Bol estaba junto al fuego contemplándolo con una expresión de profunda tristeza pero sin dar muestras de haber oído el comentario.

—Oh, Bol tiene espíritu aventurero. Irá —aseguró Augustus—. Si no lo hace

tendrá que ir a su casa y pasar por la piedra a su mujer con más frecuencia de lo que le gusta.

Seguidamente fue en busca de los dos mulos de la carreta. El mayor era un mulo tordo llamado *Greasy*, y el pequeño uno bayo que llamaban *Kick Boy* por respeto a sus fulminantes coces. Habían trabajado poco porque casi nunca se necesitaba la carreta para ir a ninguna parte. En teoría era para alquilar, pero raras veces se alquiló más de una vez al año. *Greasy* y *Kick Boy* formaban una pareja peculiar; el primero era dos palmos más alto que el segundo. Augustus los enganchó a la carreta mientras Call iba a inspeccionar la remuda, con la intención de retirar a los caballos que parecieran enfermos.

—No retires demasiados —le advirtió Augustus—. Podríamos necesitarlos para comer.

Dish Boggett, que había estado durmiendo un poco y se había quedado con sueño, se sintió irritado por el comentario.

—¿Por qué íbamos a necesitar comer caballos con tres mil reses delante de nosotros? —preguntó. Había pasado horas cabalgando alrededor del rebaño, con un nudo de rabia en el pecho.

—No sabría decírtelo, Dish —le contestó Augustus—. A lo mejor por cambiar de comida, yo qué sé. O los indios sioux podrían dispersar la manada. Naturalmente, también podrían llevarse a los caballos.

—Eso es lo que ocurrió en la batalla de Stone House —observó Pea—. Pegaron fuego a la hierba y no pudimos ver nada.

—Bueno, pero yo no soy tú —le informó Dish—. Me juego cualquier cosa a que podría ver mi propio caballo con o sin fuego.

—Me voy al pueblo —dijo Augustus—. Vosotros, muchachos, a charlar todo el día. ¿Alguien quiere que le traiga algo? Tiene que ser algo que quepa en esta carreta.

—A mí, quinientos dólares; seguro que cabrán —dijo Jasper.

Hubo risa general, que Augustus pasó por alto.

—Lo que debería traer son unos cuantos ataúdes —les dijo—. La mayoría de vosotros estaréis ahogados antes de llegar a Powder River.

—Traiga unas cuantas jarras —pidió Jasper. Siempre tenía presente el miedo a morir ahogado, y el comentario de Gus le había puesto de mal humor.

—Jasper, te voy a traer una barca si veo alguna —bromeó Augustus, y su mirada se cruzó con la mirada malévola de Bolívar.

—Bueno, si es que vienes, Bol. No hay motivo para que vayas al Norte y te ahogues.

Bol se encontraba fatal. Solo hablaban de ir, no de volver. Podía ocurrir que nunca más volviera a ver México, ni a sus preciosas hijas, si iba con ellos. Pero cuando miraba al otro lado del río y pensaba en su aldea solo experimentaba cansancio. Estaba demasiado cansado también para ser bandido.

En lugar de subirse a la carreta, dio la vuelta y se sentó cerca de los cerdos. Habían encontrado un punto fresco donde había goteado el barril del agua, y estaban echados sobre el vientre observando vivamente lo que ocurría.

—Si dentro de un mes no he vuelto, niñas, podéis emprender la marcha sin mí.

Al terminar de hablar, Augustus se alejó observando divertido a Dish Boggett, que parecía tan irritable por estar enamorado de una mujer que no le quería. Era un riesgo demasiado corriente para tomárselo tan en serio.

Casi a un kilómetro del campamento principal se encontró con la mujer que tanto dolor causaba a Dish. Trataba de freír algo sin conseguir que Jake Spoon la ayudara, ni siquiera para proporcionarle un buen fuego. Jake estaba sentado sobre la ropa de cama, con el pelo tieso en la nuca, intentando arrancarse un pincho de la mano con una navaja.

Augustus detuvo a los mulos y se apeó para charlar un rato.

—Jake, parece como si hubieras dormido haciendo el pino. ¿Es una bala lo que intentas sacarte? ¿Ya te ha pegado un tiro?

—¿Quién te ha invitado a desayunar? —preguntó Jake.

—Ya he comido. Solo he venido a poneros la mesa para que podáis comer con elegancia.

—Hola, Gus —saludó Lorie.

—No empieces a conversar o se quedará todo el día. Se me había olvidado lo pesado que eres, Gus.

Se había clavado el pincho amarrando los caballos la noche anterior, y no había podido sacárselo a oscuras. Ahora, el dedo estaba hinchado el doble de su tamaño, porque una espina de mezquite era algo menos venenosa que una serpiente de cascabel. Además había dormido mal sobre la dura tierra, y Lorie le había rechazado de nuevo, cuando lo único que él deseaba era un poco de placer para olvidarse del doloroso dedo. Estaban acampados a tres kilómetros del pueblo y podían haber cabalgado fácilmente de vuelta y dormir con comodidad en el «Dry Bean», pero cuando se lo insinuó a Lorie se negó en redondo. Él podía regresar si quería…, ella no. Así que se había quedado y había dormido mal, preocupado la mayor parte de la noche por las serpientes. ¡Tantas veces como había acampado, y nunca había perdido aquel miedo!

—Es asombroso que no hayas muerto helado hace años, si este es el mejor fuego que sabes encender —observó Augustus, y empezó a recoger ramitas secas.

—No te molestes —le dijo Lorena—. Ya se ha quemado la carne.

Fue una suerte que Gus se hubiera detenido. Jake estaba de mal humor porque Lorie le había rechazo la noche anterior. Era picajoso y cualquier rechazo le enfurecía. En cuanto a dormir en el suelo, no le importaba; por lo menos era fresco.

—Jamás pensé encontrarte en la cama a estas horas, Jake. Te costará seguirnos si no mejoras tus hábitos. A propósito, Soupy se ha contratado esta mañana. Preguntó por ti.

—Con él desaparecerá el dinero fácil. Soupy os quitará hasta el último centavo que podáis ganar en los próximos diez años. Es bien sabido que me ganó, y esto no es fácil.

—Bueno, me voy al pueblo. ¿Queréis que os traiga una Biblia o algunos libros de himnos?

—Nada. Nos vamos a ir en cuanto recojamos —dijo Jake.

—Pues no será muy pronto. Por tratarse de un campamento tan pequeño, habéis esparcido vuestras cosas en más de tres acres de suelo.

Era cierto. Habían descargado a oscuras y había sido un desastre. Jake se puso a buscar una botella de *whisky* que no estaba donde creía haberla puesto. Era evidente que el acampar no constituía una forma de vida ordenada. No había dónde lavarse. Llevaban muy poca agua, y esta era una de las razones de que hubiera rechazado a Jake. A Lorie le gustaba lavarse y pensaba que él podía esperar hasta que acamparan cerca de un río y pudiera quitarse un poco de polvo antes de acostarse.

Augustus les observó cómo comían el pobre desayuno quemado. El comportamiento humano siempre constituía una diversión. ¿Quién hubiera podido predecir que sería Jake el que sacaría a Lorena de Lonesome Dove? Estaba dispuesta a marcharse desde el día en que llegó, y ahora Jake, que se había escurrido de las manos de cada mujer que había conocido, estaba firmemente sujeto por una joven puta de Alabama.

La capacidad de decisión siempre había intrigado a Gus. Lorie la tenía y Jake, no. La de ella no era nada comparada a la de W. F. Call, pero probablemente sería suficiente para llevarla a San Francisco, donde sin duda terminaría como una dama respetable.

Después de aceptar una taza de café que le ofreció Lorie, echó una mirada al pulgar de Jake que estaba muy hinchado y se le estaba poniendo blanco.

—Será mejor que te asegures de que has sacado todo el pincho —le dijo Gus —. Si no lo haces probablemente perderás la mano y quizás el brazo que la sostiene.

—No voy a perder ningún brazo, y si lo pierdo aún te ganaré sirviendo las cartas con una mano. Espero que nos invites a desayunar uno de estos días para pagarnos el favor.

Cuando Augustus llegó a Lonesome Dove, la única calle estaba todavía vacía, con solo un caballo agitando la cola frente a la tienda de los Pumphrey. El polvo que su carreta levantaba golpeaba tieso como una cortina antes de caer a la calle. Augustus paró delante de la herrería abandonada. El herrero, un hombre poco comunicativo llamado Ray Royce, había salido a caballo hacía unos meses y no

había vuelto.

Augustus encontró una pequeña barra de hierro entre las herramientas que el hombre había abandonado tranquilamente, y recorrió la calle hasta los corrales de Hat Creek, donde hizo saltar fácilmente el letrero clavado en la valla. Los hornos se resistieron más. Dieron señales de partirse, así que los dejó. No tendría tiempo de entretenerse en hacer bollos durante el camino.

Pasó por la casa y echó una mirada al granero sin tejado, agradablemente sorprendido de los pocos rastros que quedaban después de sus diez años de residencia. Habían vivido todo ese tiempo como si tuvieran que irse en cualquier momento, y ahora era eso exactamente lo que hacían. El granero podía seguir sin tejado, y el pozo a medio hacer. Las serpientes de cascabel podían apoderarse del barracón del agua, qué más daba… ya se había llevado su jarra de *whisky*. Tardaría un poco antes de tener un buen porche con sombra para sentarse, bebiendo para pasar la tarde. En Texas había bebido para no pensar en el calor; en Montana bebería para no pensar en el frío. No sentía tristeza. Lo único que sabía de Texas era que podía considerarse afortunado de salir con vida, y de hecho había recorrido un largo camino antes de estar seguro de conseguir tanto.

Llegó hasta el *saloon* para despedirse de Xavier. Al principio creyó que el *saloon* estaba vacío, pero luego vio a Xavier sentado en una mesa cerca del extremo oscuro de la barra. Llevaba dos días sin afeitarse, lo que era síntoma de una profunda desmoralización.

—Wanz, tienes muy mal aspecto. Veo que el jaleo de la mañana aún no ha empezado.

—Nunca volverá a empezar —exclamó Xavier con voz desesperada.

—Solo porque hayas perdido a tu puta no quiere decir que el sol no vuelva a levantarse —le tranquilizó Augustus—. Date una vuelta por San Antonio y tráete a otra puta.

—Me habría casado con ella —dijo Xavier sin poder ocultar su desesperación.

—No me sorprende —observó Augustus con dulzura.

Una cosa era burlarse de las penas del amor de un jovenzuelo y otra hacerlo cuando el que sufría tenía la edad de Xavier. Había hombres que no se sobreponían a las mujeres. Afortunadamente él no era uno de ellos, aunque se había sentido muy deprimido durante el año siguiente al casamiento de Clara. Era curioso porque Xavier había tenido el valor de sobrevivir a un demonio como Thérèse, pero estaba destrozado por la marcha de Lorena, que nadie podía esperar que se quedara toda la vida en un cuartucho encima del *saloon*.

—La hubiera llevado a San Francisco —gimió Xavier—. Le hubiera dado dinero, comprado ropa.

—En mi opinión, Lorie ha hecho un mal negocio. La he visto hace menos de una hora intentando cocinar sobre un mal fuego humeante. Pero, claro, nosotros

no entendemos la vida como las mujeres, Wanz. No siempre aprecian lo conveniente.

Xavier se encogió de hombros. Gus hablaba frecuentemente de mujeres, pero él no le había escuchado nunca, ni se proponía hacerlo ahora. Esto no le devolvería a Lorena ni le haría falta sentirse menos desesperado. El día que la vio entrar por aquella puerta, con solo su belleza, le pareció un milagro. Desde el primer momento decidió casarse algún día con ella. No importaba que fuera una puta. Era inteligente y estaba seguro de que su inteligencia la guiaría un día hacia él. Se daría cuenta, a tiempo, de que era mucho más amable que los otros hombres, reconocería que la trataba mejor, que la amaba más.

Pero la cosa no había funcionado. Le aceptaba cuando se lo pedía, pero no de mejor grado que con los otros hombres. Entonces había llegado Jake y la había tomado, simplemente tomado, con la misma facilidad con que se descuelga un sombrero de una percha. Con frecuencia Xavier pasaba las horas muertas soñando en lo feliz que sería Lorie cuando le hiciera la proposición, ofreciéndole librarla de su oficio y de toda forma de esclavitud. Pero cuando lo hizo, ella se limitó a mover negativamente la cabeza y ahora sus sueños estaban rotos.

Recordó que cuando le declaró su amor sus ojos no habían cambiado; había sido como si le hubiera sugerido barrer el bar. Solo le había tolerado para evitar una escena con Jake, y casi no se había dado cuenta de que le había regalado unos doscientos dólares, cuatro veces más que Gus. Tenía suficiente para comprarse un pasaje a San Francisco. Pero los había cogido sin más y luego había cerrado la puerta. El amor era cruel.

—Bueno, es una lástima que no seas vaquero —le dijo Augustus—. Me parece que necesitas un cambio de aires. ¿Dónde está Lippy?

Xavier se encogió de hombros. Lo que menos le interesaba era saber dónde estaba Lippy.

Augustus bebió una copa y permaneció en silencio. Sabía que no arrancaría a Xavier de su depresión.

—Si matan a Jake, dile que iré a por ella —dijo Xavier. Era una posibilidad. Después de todo, solo había conocido a Thérèse porque su marido se había caído de un tejado y roto la crisma. Un hombre como Jake, viajero y jugador, podía encontrar una muerte violenta en cualquier momento.

—Dudo de que ocurra —comentó Augustus, que no quería fomentar falsas esperanzas.

Cuando salió se encontró a Lippy sentado en la carreta, con el bombín en la cabeza.

—¿Qué haces en mi carreta? —le preguntó.

—Me he tirado del tejado y he caído aquí —explicó Lippy. Le gustaban las bromas.

—Pues vuelve a saltar al tejado. Yo me voy a Montana.

—Busco trabajo. Aquí se ha terminado lo de tocar el piano. Wanz no quiere darme de comer y yo no sé cocinar. Me moriré de hambre.

—Quizá sería mejor que ahogarte en el Republican River. —Lippy llevaba una pequeña bolsa que había dejado entre sus pies. No había duda de que había hecho su equipaje y estaba dispuesto.

—Vámonos —dijo.

—Tenemos dos irlandeses, así que me figuro que podremos utilizar un hombre con un agujero en la tripa —comentó Augustus. Lippy había sido tiempo atrás un buen jinete. A lo mejor Call le dejaría que cuidara de la remuda.

Al salir del pueblo, la viuda Cole estaba tendiendo su colada. Augustus supuso que con lo que calentaba el sol se le secaría antes de que tuviera tiempo de colgarla. Una de las cabras que tenía mordisqueaba el asa de cuerda de la cesta de ropa. Era una mujer que impresionaba, y sintió pena de que no se hubieran llevado mejor, pero la verdad es que se ponían a discutir solo con cruzarse por la calle. Probablemente su marido, Joe Cole, la había aburrido por espacio de veinte años dejándola con ganas de discutir. A él le encantaba discutir, pero no con una mujer que había estado aburrida toda su vida. Podía conducir a una existencia agotadora.

Al salir del pueblo, Lippy se puso sentimental. Bajo aquel sol ardiente el pueblo parecía blanco. Lo único activo en él eran la viuda Cole y sus cabras. En total había unos diez edificios, apenas suficientes para hacer un pueblo, pero de todos modos Lippy se puso sentimental. Recordaba cuando había habido otro *saloon*, uno que tenía cinco putas mejicanas. Había ido con frecuencia y se había divertido de lo lindo en aquellos días, antes de que le hirieran en el vientre. Nunca había olvidado aquellas alegres putas; se le sentaban siempre en las rodillas. Una de ellas, una joven llamada María se acostaba con él solo por su forma de tocar el piano. ¡Aquellos sí que eran tiempos!

Al recordarlos se le humedecieron los ojos enturbiando su última visión de Lonesome Dove. La calle polvorienta parecía estar bajo una intensa lluvia.

Augustus se dio cuenta de que Lippy lloraba. Las lágrimas le caían por ambos lados de la nariz y se perdían en la bolsa de su labio. Lippy lloraba normalmente cuando estaba borracho. El espectáculo no era por tanto nada nuevo, salvo que esta vez no estaba borracho.

—Si estás enfermo… —le advirtió Augustus con severidad—. No queremos hombres enfermos.

—No estoy enfermo, Gus —protestó Lippy un poco avergonzado por sus lágrimas. No tardó en sentirse algo mejor. Lonesome Dove había desaparecido. Apenas podía verse el tejado de la pequeña iglesia por encima del chaparral.

—Es curioso marcharse de un sitio, ¿verdad? Nunca se sabe si se volverá.

24

Aunque sabía que no iniciarían la marcha hasta que cediera el calor del día, Newt se sentía tan excitado que no echaba en falta el sueño ni comía. El capitán había dicho la última palabra: salían aquel día. Había dicho a todos los hombres que se ocuparan de su equipo; una vez en marcha podían escasear las oportunidades para reparaciones.

En realidad el consejo era solo importante para los mejor equipados: Dish, Jasper, Soupy Jones y Needle Nelson. Los hermanos Spettle, por ejemplo, no tenían equipo a menos que se llamara equipo a una pistola con el gatillo roto. Newt apenas tenía más; su silla era vieja, no tenía impermeable y solo una manta para dormir. Los irlandeses no tenían nada, excepto lo que se les había prestado.

Pea parecía considerar que su único equipo importante era su cuchillo, que pasaba el día afilando. Deets solo poseía una aguja de coser y unos trozos de cuero para coser unos parches a sus viejos pantalones acolchados.

Cuando vieron llegar al señor Augustus con Lippy, algunos hombres pensaron que sería una broma, pero el capitán le puso enseguida al cuidado de los caballos, algo que provocó el desprecio de Dish Boggett.

—La mitad de la remuda huirá en cuanto le vean agitar ese labio —comentó.

Augustus estaba inspeccionando los pies de su caballo principal, un enorme animal al que llamaban viejo *Malaria*, una montura sin la menor gracia pero en la que se podía confiar.

—Te sorprenderá, Dish —advirtió—, pero Lippy ha sido un gran vaquero. Yo en tu lugar me callaría. Puedes terminar con un agujero en tu tripa y tocar el piano en un burdel para vivir.

—Si me ocurre, me moriré de hambre. Nunca he tenido la oportunidad de aprender a tocar el piano.

Cuando comprendió que no iba a sentirse continuamente ofendido por la visión de Jake y Lorena, el humor de Dish mejoró un poco. Puesto que seguían la misma ruta, podía surgir la oportunidad de demostrar que era mejor que Jake Spoon. Podría ser necesario que la salvaran de una inundación o de un oso pardo. Los osos pardos solían ser tema de conversación por la noche, alrededor de la hoguera. Nadie había visto jamás a ninguno, pero todos estaban de acuerdo en

que era casi imposible matarlos. Jasper Fant estaba continuamente obsesionado por ellos, aunque solo para cambiar de la obsesión de morir ahogado.

La obsesión de Jasper de morir ahogado había empezado a perturbarles a todos. Había hablado tanto de ello que Newt había llegado a pensar que sería un milagro que alguien no muriera en cada río que vadearan.

—Bueno, si vemos a uno de estos osos, Pea puede pincharle con este cuchillo que no deja de afilar —dijo Bert Borum—. Debe estar tan afilado que podría matar a un elefante.

Pea aceptó tranquilamente la crítica. Remedando uno de los viejos dichos del capitán, sentenció:

—No es malo estar siempre preparado.

Call se pasó el día sobre su yegua, eliminando lo más débil del rebaño, tanto de reses como de caballos. Trabajaba con Deets. A mediodía descansaron bajo un enorme mezquite. Deets observaba cómo un pequeño toro tejano montaba a una vaca no lejos de allí. El pequeño toro no procedía de México. Había aparecido un buen día, sin ninguna marca, y se había enfrentado inmediatamente a otros tres toros que intentaron desafiarle. No era exactamente como el arco iris, pero su piel estaba moteada de marrón, rojo y blanco, con algún toque aislado de amarillo y negro. Su aspecto era horrendo, pero era todo un toro. Se le oía mugir durante la noche; los irlandeses le odiaban, porque sus mugidos ahogaban sus canciones.

Lo cierto es que no gustaba a ningún vaquero. A veces cargaba contra un caballo si estaba de mal humor, y era mucho peor con los hombres cuando iban a pie. Una vez Needle Nelson había desmontado para estirar algo las piernas y orinar, y el toro se le echó encima tan repentinamente que tuvo que saltar sobre su caballo sin dejar de orinar. Todos los hombres se rieron a sus expensas. Needle se enfureció de tal modo que quiso enlazar el toro y matarle, pero Call intervino. Call opinaba que el toro era muy bonito aunque un poco peculiar por la mezcla de colores, y quería conservarlo.

—Dejadle en paz —les dijo—. Necesitamos toros para Montana.

Augustus se había divertido mucho.

—¡Por Dios, Call! —exclamó—. ¿Quieres decir que vas a llenar este paraíso adonde vamos con animales de este tipo?

—No es feo, si prescindes del color —contemporizó.

—Al infierno con su color y con su temperamento —protestó Needle. Sabía que pasaría mucho tiempo antes de que olvidara que había montado su caballo con la cosita colgando.

—Bueno, creo que ya es hora de marchar. —Call se dirigió a Deets—. Si no arrancamos, no llegaremos nunca.

Deets no estaba demasiado seguro de que pudieran llegar, pero se guardó las dudas. El capitán siempre solía hacer lo que se proponía hacer.

—Quiero que tú seas el explorador —dijo el capitán—. Tenemos a muchos hombres para mover el ganado. Yo quiero que tú nos encuentres agua y un buen terreno para dormir todas las noches.

Deets asintió modestamente, pero por dentro se sintió orgulloso. Haber sido nombrado explorador era un honor tan grande como tener el nombre en el letrero. Era la prueba de que el capitán tenía en gran consideración sus habilidades.

Cuando volvieron junto a la carreta, Gus engrasaba sus armas. Lippy se abanicaba con el bombín y la mayoría de los hombres estaban sentados deseando que refrescara.

—¿Has contado los animales? —preguntó Call a Augustus. Este poseía una rara habilidad cuando se trataba de contar animales. Podía cabalgar a través de un rebaño y contarlo, algo que Call jamás había conseguido hacer.

—No, aún no. Quizá lo haga si me dices para qué.

—Sería útil saber con cuántos emprendemos la marcha. Si llegamos con el noventa por ciento, podremos considerarnos afortunados.

—Sí, afortunados si llegamos con el noventa por ciento de nosotros —replicó Augustus—. Es tu espectáculo, Call. Yo solo viajo para ver el país.

Dish Boggett había estado dormitando debajo de la carreta. Se incorporó tan bruscamente que se golpeó la cabeza contra los bajos del carro. Había tenido un sueño espantoso en el que se caía de un acantilado. El sueño había empezado bien, con él cabalgando a la cabeza de un rebaño. El ganado se había transformado en búfalos, y los búfalos habían echado a correr. Pronto empezaron a caerse por una cortadura. Dish se dio cuenta con tiempo para detener su caballo, pero su caballo no quiso pararse y también se precipitaron al vacío. La tierra quedaba tan lejos que apenas podía verla. Para empeorar las cosas, su caballo se volvió en el aire, así que Dish se quedó al revés. Cuando iba a ser aplastado, despertó bañado en sudor.

—¿Ves lo que quería decir? —observó Augustus—. Dish ya se ha partido la cabeza y aún no hemos salido.

Call se llenó un plato de comida y se alejó para comer solo. Era algo que había hecho siempre, apartarse para poder estar a solas y pensar un poco las cosas. Cuando empezó a adoptar esta costumbre, los hombres no le comprendieron. A veces alguno le seguía, porque quería charlar. Pero no tardaron en darse cuenta de que nada sumía más a Call en el silencio que quien se acercaba y empezaba a hablarle cuando quería estar solo.

Prácticamente toda su vida había estado al mando de grupos, y la verdad era que nunca le habían gustado los grupos. Los hombres a los que admiraba por su habilidad en la acción casi siempre le habían decepcionado cuando había tenido que sentarse y les había oído hablar, o cuando había visto cómo bebían, o jugaban a las cartas, o corrían tras las mujeres. El oírles hablar le hacía sentirse

más solo que si se encontrara a una milla de distancia, solo, debajo de un árbol. Nunca había podido tomar realmente parte en la conversación. La interminable cháchara sobre cartas y mujeres le hacía sentirse aparte, incluso un poco vanidoso. Si esto era en lo único que podían pensar, entonces tenían suerte de tenerle a él para dirigirles. Podía parecer inmodesto, pero era un pensamiento que se le ocurría con frecuencia.

Y cuanto más se apartaba, más nerviosos ponía a los hombres su presencia.

—Es difícil para un hombre normal sentirse relajado a tu lado, Call —le comentó Augustus una vez—. Nunca has sabido relajarte, así que no sabes lo que te pierdes.

—Bah —dijo Call—. La mitad del tiempo Pea se duerme a mi lado. Supongo que eso es estar relajado.

—No, es estar agotado. Si no le hicieras trabajar dieciséis horas al día, estaría tan nervioso como los demás.

Cuando Call hubo terminado llevó su plato a Bolívar, que parecía decidido a seguir con ellos. Por lo menos no había hecho nada que indicara que fuera a marcharse. Call quería que fuera con ellos, pero al mismo tiempo estaba intranquilo por él. No parecía apropiado que un hombre con una mujer y unas hijas se marchara a un viaje del que podía no regresar, sin avisarlas tan siquiera. El viejo pistolero no debía semejante sacrificio a los de Hat Creek, y Call, aunque con desgana, abordó el tema.

—Bol, nos vamos hoy mismo. Si lo prefieres puedo pagarte el sueldo.

Bol pareció enfadado, sacudió la cabeza y no dijo palabra.

—Me alegro de que te quedes con nosotros, Bol —le dijo Augustus—. Serás un buen canadiense.

—¿Qué es Canadá? —preguntó Charlie Rainey. Nunca había estado seguro.

—La tierra de las luces boreales —explicó Augustus. El calor había apagado las conversaciones y casi agradeció la pregunta.

—¿Y esto qué es? —Quiso saber el muchacho.

—Pues que iluminan todo el cielo. No sé si podrán verse desde Montana.

—Quién sabe cuándo volveremos a ver a Jake —dijo Pea Eye—. Este Jake es que no para…

—Estaba aquí ayer. No es necesario que nos casemos con él —saltó Dish, incapaz de dominar su irritación a la mera mención del hombre.

—Bueno, yo ya he engrasado mis armas —dijo Augustus—. Podríamos ir y poner en fuga a la población cheyenne, si es que el Ejército no lo ha hecho ya.

Call no dijo nada.

—¿No sientes abandonar este lugar ahora que lo hemos pacificado? —le preguntó Augustus.

—No. Debimos habernos marchado tan pronto llegamos.

Era cierto. No tenía ningún cariño a la frontera y suspiraba por las llanuras

por peligrosas que fueran.

—Es una vida paradójica —prosiguió Augustus—. Todo este ganado y nueve de cada diez caballos son robados, y sin embargo en otro tiempo fuimos respetados guardianes de la ley. Si llegamos a Montana tendremos que meternos en política. Tú terminarás de gobernador si aquel maldito lugar acaba por ser un Estado. Y pasarás toda tu vida dictando leyes contra los ladrones de ganado.

—Me gustaría dictar una ley contra ti —dijo Call.

—No sé qué va a hacer Wanz sin nosotros —comentó Augustus.

25

A la caída de la tarde acorralaron la remuda con cuerdas para que cada hombre pudiera elegir unos caballos; a cada uno le tocaban cuatro. Fue un trabajo lento porque Jasper Fant y Needle Nelson no acababan de decidirse. Los irlandeses y los muchachos tuvieron que escoger entre lo que quedaba después de que los hombres con más experiencia hubieran elegido.

Augustus no se dignó participar.

—O cabalgaré todo el tiempo el viejo *Malaria*, o montaré a *Greasy*.

Una vez asignados los caballos había que distribuir los puestos.

—Dish, tú ocuparás la punta de la derecha —decidió Call—. Soupy ocupará la izquierda y Bert y Needle os reforzarán.

Dish había dado por sentado que al ser veterano le darían una punta, y nadie le disputó el derecho, pero tanto Bert como Needle no estuvieron de acuerdo en que Soupy ocupara la otra. Llevaban más tiempo en el equipo y se sintieron vejados.

Los muchachos Spettle fueron enviados a ayudar a Lippy con el rebaño de caballos, y Newt, los Rainey y los irlandeses quedaron en la cola, Call se preocupó de que todos tuvieran pañuelos de hierbas, porque el polvo en la retaguardia del rebaño sería terrible.

Pasaron una hora arreglando la carreta, un vehículo que Augustus miraba con desprecio.

—Esta maldita carreta no llegará ni hasta el Brazos —masculló.

—Pero es la única que tenemos —dijo Call.

—No me has asignado ningún puesto, ni a ti tampoco —hizo notar Augustus.

—Bueno, yo asustaré a los bandidos y tú te ocuparás de hablar con los jefes indios.

—Vosotros, muchachos, dejad que el ganado se extienda —indicó a los hombres—. No tenemos ninguna prisa.

Augustus se acercó cabalgando hacia el ganado para contarlo.

—Yo diría dos mil seiscientas cabezas de ganado y dos cerdos. Supongo que ya hemos perdido de vista al maldito Río Grande. Uno de nosotros debería hacer un discurso, Call. Piensa en el tiempo que hemos recorrido este río.

Call no estaba dispuesto a nada teatral. Montó su yegua y fue a ayudar a los

muchachos a poner el ganado en marcha. No era una tarea dura. La mayor parte de las reses eran tan salvajes como los antílopes e instintivamente se apartaban de los hombres a caballo. A los pocos minutos estaban en marcha y se extendían más de kilómetro y medio. Los jinetes que iban en cabeza pronto desaparecieron entre la maleza.

Lippy y los hermanos Spettle iban con la carreta. Con el polvo tan denso se proponían mantener a los caballos a cierta distancia.

Bolívar iba sentado en el pescante, con su rifle de calibre diez sobre las rodillas. Sabía por propia experiencia que los problemas se presentaban de repente, cuando venían, y estaba decidido a tener el rifle a mano para hacerles frente.

Newt había oído hablar mucho del polvo, pero no le había dado demasiada importancia hasta que el ganado se puso en marcha. La hierba era escasa y cada pezuña levantaba una polvareda. Antes de que hubieran recorrido una milla estaba blanco de polvo y por momentos se sentía perdido entre él. Tuvo que atarse el pañuelo al cuello, sobre la nariz, para poder respirar. Entonces comprendió por qué Dish y los demás estaban tan interesados en conseguir puestos delante, a la cabeza del rebaño. Si el polvo iba a ser tan terrible durante todo el camino, sería mejor que cabalgara hasta Montana con los ojos cerrados. No veía nada más que su caballo y las pocas reses que se encontraban a unos metros de él. Un oso pardo podía presentarse y comérselo a él y a su caballo y no les echarían en falta hasta la hora del desayuno del día siguiente.

Pero no tenía intención de quejarse. Estaban en marcha, y él formaba parte del equipo. Después de esperar tanto tiempo este momento, un poquito de polvo no tenía importancia.

Pero de vez en cuando se rezagaba un poco. Su pañuelo estaba sudado y el polvo se pegaba en él y parecía que respirara barro. De vez en cuando tenía que sacudirlo contra su pierna. Montaba a *Mouse*, que también parecía necesitar un pañuelo. El polvo hacía más insoportable el calor, o quizás era el calor el que hacía más insoportable el polvo.

La segunda vez que se detuvo para sacudir el pañuelo se fijó en Sean que se ladeaba en su caballo como si tratara de vomitar. Tanto el caballo como Sean estaban blancos, como si les hubieran rebozado en polvo, aunque el caballo que montaba Sean era bayo oscuro.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó preocupado.

—No, solo intentaba escupir —contestó Sean—. Se me ha hecho barro en la boca. No sabía que iba a ser así.

—Ni yo tampoco —le aseguró Newt.

—Bueno, será mejor que sigamos —añadió nervioso. No quería descuidar sus responsabilidades.

Entonces, al mirar hacia atrás, descubrió sorprendido que llevaban treinta o

cuarenta reses a sus espaldas. Inmediatamente galopó hacia atrás para recuperarlas, confiando en que el capitán no se hubiera dado cuenta. Al volver, dos de las terneras salvajes se asustaron. *Mouse*, un buen caballo vaquero, se volvió y saltó una mata de chaparral de tamaño mediano para intentar adelantarse a las terneras. Newt, que no esperaba el salto, perdió los estribos, pero afortunadamente desvió a las dos terneras que volvieron a unirse al rebaño. Sentía el corazón desbocado, en parte porque casi había sido derribado y en parte porque había dejado que treinta cabezas se quedaran rezagadas. Con semejante principio le parecía que solo con mucha suerte podría llegar a Montana sin caer en desgracia.

Call y Augustus cabalgaban juntos, a cierta distancia del rebaño. Cabalgaban sobre un terreno relativamente llano, llanuras llenas de chaparral con solo algún que otro arbusto de mezquite. Pero eso no tardaría en cambiar: el primer reto sería en el monte bajo, una franja casi impenetrable de espesos mezquites, entre el lugar donde estaban y San Antonio. Solo unos pocos hombres tenían experiencia de monte bajo, y alguna desbandada podría costarles centenares de reses.

—¿Qué te parece, Gus? —preguntó Call—. ¿Crees que podremos atravesar el monte bajo, o será mejor que lo rodeemos?

Augustus pareció divertido.

—Hombre, estas reses son como ciervos, solo que más rápidas. Cruzarán perfectamente la maleza. El problema está en los hombres. La mitad se pincharán en los ojos.

—Pero yo sigo sin saber lo que opinas —insistió Call.

—El problema es que no estoy acostumbrado a que se me consulte. A esta hora acostumbro a estar sentado en el porche bebiendo *whisky*. En cuanto a la maleza, creo que deberíamos atravesarla. Esto, o bien bajar a la costa y dejar que los mosquitos nos coman.

—¿Dónde crees que terminará Jake?

—En un agujero en el suelo, como tú y como yo —contestó Augustus.

—No sé por qué me molesto en preguntarte.

—Verás, la última vez que vi a Jake tenía una espina clavada en la mano. Le hubiera gustado quedarse en Arkansas y que le ahorcaran.

Cabalgaron hasta llegar a una pequeña colina nudosa y se detuvieron un instante para vigilar el ganado. El sol poniente brillaba a través de la nube de polvo, tiñendo de rosa la blanca polvareda.

—Los muchachos de la cola no podrán ni bajar de los caballos a menos que cojamos una pala y les limpiemos un poco —comentó Augustus.

—No les perjudicará. Son jóvenes.

A la luz clara del ocaso alcanzaban a ver Lonesome Dove, el río y México. Augustus lamentó no haber sujetado una jarra a su silla. Le habría gustado

sentarse en la pequeña colina y beber durante una hora. Aunque Lonesome Dove no había sido gran cosa como pueblo, estaba seguro de que un poco de *whisky* le habría puesto sentimental.

Call se limitaba a estar sentado en la colina contemplando el ganado. A Augustus le pareció que no estaba afectado lo más mínimo por haber dejado la frontera y el pueblo.

—Es curioso que me asociara con un hombre como tú —dijo Augustus—. Si nos hubiéramos encontrado ahora y no cuando lo hicimos, dudo que hubiéramos tenido más de dos palabras que decirnos.

—Ojalá pudiera ser así y solamente tuvieras dos palabras que decir.

Aunque todo parecía tranquilo, Call experimentaba una extraña y confusa sensación al pensar en el viaje que habían emprendido. Se había convencido rápidamente de que era necesario. Luchar contra los indios había sido necesario, si querían que Texas se colonizara. Era necesario proteger la frontera, o los mejicanos habrían reconquistado el sur de Texas.

Una marcha de ganado, pese a todas las dificultades, no era tan apremiante. No experimentaba la vieja sensación de la aventura, aunque quizá la sentiría cuando hubieran rebasado el país colonizado.

Augustus casi pudo leer su pensamiento mientras estaban en la cima de la pequeña colina.

—Espero que la marcha te resulte lo suficiente dura y que te haga feliz. Si no es así, me rindo. Conducir todo este ganado flaco a lo largo del camino es un extraño modo de mantener el interés por la vida, si me preguntas, claro.

—Pues no te pregunto —dijo Call.

—No, tú preguntas pocas veces. Deberías haber muerto en el cumplimiento del deber, Woodrow. Habrías sabido hacerlo muy bien. El problema que tienes, es que no sabes vivir.

—¿Y tú sí?

—Desde luego. He vivido cien veces más que tú. No me gustaría terminar muriendo en cumplimiento del deber, porque esto no es mi deber, ni tampoco el tuyo. Esto es ir a la caza de la fortuna.

—Bueno, pero es que en Lonesome Dove no había ninguna —observó Call.

Call se alegró de ver a Deets que volvía del Noroeste, dispuesto a conducirles a un buen lugar para dormir. Estaba harto de Gus y de su charla. Espoleó a la yegua para dejar la colina y cuando estuvo junto a Deets se dio cuenta de que Augustus no le había seguido. Permanecía sentado en su viejo *Malaria*, arriba en la colina, contemplando la puesta del sol y el gran rebaño.

SEGUNDA PARTE

26

July Johnson había sido educado para no quejarse, así que no se quejaba, pero la verdad es que había sido el año más duro de su vida: un año en el que habían ido mal tantas cosas que era difícil saber a cuál en concreto había que prestar atención en un momento dado.

Su ayudante, Roscoe Brown —cuarenta y ocho años frente a los veinticuatro de July— le aseguraba alegremente que sería mejor que se acostumbrara al aumento de preocupaciones.

—Ahora que has cumplido veinticuatro años no puedes esperar que te compadezcan —dijo Roscoe.

—No espero compasión —protestó July—. Lo único que quisiera es que las cosas malas vinieran de una en una. Así creo que podría desenvolverme bien.

—Entonces no debiste haberte casado —observó Roscoe.

A July le pareció un comentario extraño. Él y Roscoe estaban sentados delante de lo que servía de cárcel en Fort Smith. Tenía solo una celda, y la cerradura de la puerta no funcionaba. Cuando era necesario encarcelar a alguien, había que poner una cadena a los barrotes.

—No veo qué tiene que ver. En todo caso, no creo que tú lo supieras. Nunca has estado casado.

—No, pero tengo ojos. Puedo ver lo que ocurre a mi alrededor. Tú te casaste e inmediatamente te pusiste amarillo. Me alegro de seguir soltero. Y tú sigues estando amarillo —insistió.

—La ictericia no ha sido culpa de Elmira —dijo July—. La cogí en Missouri, en aquel maldito juicio.

Era cierto que seguía estando amarillo y bastante débil. A Elmira se le acababa la paciencia.

—Ojalá te pusieras blanco otra vez —le había dicho aquella misma mañana, aunque se le veía menos amarillento que en las dos últimas semanas.

Elmira era baja, delgada y morenilla, y tenía poca paciencia. Llevaban solo cuatro meses de casados y una de las sorpresas, desde el punto de vista de July, era su impaciencia. Quería que las cosas se hicieran al instante, mientras que él había obrado siempre de forma metódica. La primera vez que le increpó por su lentitud fue dos días después de la boda. Ahora parecía haber perdido el poco

respeto que pudiera haber tenido por él. A menudo pensaba que ella nunca le había tenido el menor respeto, pero de ser así, ¿por qué se había casado con él?

—Huy, aquí viene Peach —anunció Roscoe—. Ben debía estar loco para casarse con esa mujer.

—Según tú, todos los Johnson son unos locos —dijo July un poco molesto. Roscoe no tenía por qué criticar a su hermano muerto, aunque, efectivamente, era cierto que Peach no era su cuñada favorita. Nunca había entendido por qué Ben la llamó Peach, melocotón, porque era gorda y pendenciera y no se parecía en nada a un melocotón.

Peach venía por la calle principal de Fort Smith, que estaba menos embarrada que de costumbre porque últimamente había dejado de llover. Por alguna razón desconocida llevaba un gallo rojo en las manos. Era la mujer más alta del pueblo, casi un metro ochenta, mientras que Ben había sido el renacuajo de la familia Johnson. También Peach hablaba por los codos mientras que Ben apenas soltaba tres palabras por semana, aunque había sido el alcalde del pueblo. Ahora Peach seguía hablando por los codos, y Ben había muerto.

Este hecho, conocido en todo Fort Smith desde hacía seis semanas, era sin duda lo que Peach venía a discutir de nuevo con él.

—Hola, July —saludó. El gallo aleteó un par de veces, pero ella le sacudió y se quedó tranquilo.

Tanto July como Roscoe se tocaron el sombrero.

—¿De dónde has sacado este gallo? —preguntó Roscoe.

—Es mío, pero no quiere quedarse en casa. Lo he encontrado junto a la tienda. Las mofetas se lo comerán si no tiene cuidado.

—Bueno, si no tiene cuidado se lo tendrá bien merecido —dijo Roscoe.

A Peach siempre le había parecido que Roscoe era un tipo irritante y no todo lo respetuoso que debiera. A sus ojos no era mucho mejor que un criminal y estaba absolutamente en contra de que fuera el ayudante del *sheriff* aunque era cierto que en Fort Smith había poco donde elegir.

—¿Cuándo piensas ir detrás del asesino? —preguntó a July.

—Pronto —contestó, aunque se sentía cansado solo de pensar en que tenía que perseguir a alguien.

—Pues llegará hasta México o a cualquier otra parte si continúas sentado aquí —le espetó Peach.

—Espero encontrármelo en San Antonio. Creo que tiene amigos allí.

Roscoe soltó un bufido ante el comentario.

—Dos de los más famosos *rangers* tejanos que ha habido en el mundo son sus amigos. July tendrá suerte si no le ahorcan a él. Si quieren conocer mi opinión les diré que Jake Spoon no merece la pena, no vale nada.

—Me tiene sin cuidado lo que valga. Ben sí que valía —afirmó Peach—. Era mi marido, el hermano de July y el alcalde de este pueblo. Y el que se preocupó

de que te pagaran el sueldo.

—El sueldo que gano no requiere demasiada preocupación. Un condenado rapaz podía ocuparse de él. —Con treinta dólares al mes se consideraba vergonzosamente mal pagado.

—Ya, pero si por lo menos te los ganaras, el hombre no se habría escapado —siguió diciendo Peach—. Podías haberle tumbado de un disparo, que era lo mínimo que se merecía.

Roscoe tenía el desagradable convencimiento de que en ciertos círculos se le consideraba culpable de la huida de Jake. Lo cierto es que aquella muerte le confundió porque había sentido más simpatía por Jake que por Ben. También resultó impresionante encontrar a Ben tirado en la calle con un enorme agujero. Todo el mundo se quedó también impresionado, y Peach se desmayó. La mitad de los clientes del *saloon* pensaban que el mulatero había disparado a Ben, y cuando Roscoe tuvo todas las versiones, Jake ya estaba lejos. Había sido un accidente, por supuesto, pero Peach no lo veía así. Quería ver ahorcado a Jake, y probablemente lo hubiera visto si no hubiera tenido la sensatez de huir.

July lo había oído contar veinte o treinta veces en versiones distintas. Se sintió culpable por no haber hecho un mayor esfuerzo por echar a Jake del pueblo antes de marcharse al juicio de Missouri. Naturalmente, Roscoe hubiera debido detenerle inmediatamente, pero Roscoe nunca arrestaba a nadie salvo al viejo Darton, el único borracho del Condado con el que Roscoe se atrevía.

July tenía la seguridad de que encontraría a Jake Spoon y lo traería para ser juzgado. Los jugadores acababan por aparecer en alguna ciudad y se les encontraba siempre. De no haber sido por el ataque de ictericia podía haber salido inmediatamente tras él, pero ya habían pasado seis semanas y esto significaba un viaje mucho más largo.

El problema era que Elmira no quería que se fuera. Incluso consideraba un insulto el que se lo planteara. El hecho de que a Peach no le gustara y de que la hubiera chasqueado repetidas veces tampoco ayudaba demasiado. Elmira le hizo notar que la muerte había sido un accidente y dejó bien claro que no debía dejarse manejar por Peach Johnson, que quería obligarle a emprender un largo viaje.

Mientras July esperaba a que Peach se marchara, el gallo, molesto por sentirse sujeto con tanta fuerza, dio un par de fuertes picotazos a Peach. Sin pensarlo dos veces, Peach le agarró por el cuello, le dio unas vueltas y le arrancó la cabeza. Su cuerpo salió disparado a pocos pasos, donde cayó estremeciéndose. Peach tiró la cabeza entre unas hierbas, junto a la entrada de la cárcel. La sangre escapaba a borbotones del cuerpo descabezado del gallo, sobre el polvo de la calle.

—Así aprenderá a no picotearme —saltó Peach—. Por lo menos me lo comeré yo en lugar de proporcionar este placer a una mofeta.

Se agachó, levantó al gallo por las patas y le sostuvo lejos de su cuerpo hasta que dejó de estremecerse.

—Bueno, July —prosiguió—. Espero que no tardes demasiado en ponerte en camino. Solo porque estás un poco amarillo no quiere decir que no puedas montar a caballo.

—Los Johnson os casáis con mujeres de lo más peculiar —observó Roscoe cuando Peach estuvo fuera del alcance de sus palabras.

—¿Qué quieres decir? —preguntó July, mirando severamente a Roscoe. No toleraría que su ayudante criticara a su mujer.

Roscoe lamentó haber dicho aquellas palabras. July era muy susceptible cuando se trataba de su esposa. Probablemente porque tenía varios años más que él y había estado casada antes. En Fort Smith la opinión general era que ella lo había engañado, aunque como procedía de Kansas nadie sabía gran cosa de su pasado.

—Bueno, yo estaba hablando de Ben y de Sylvester —aclaró Roscoe—. Como eres el *sheriff*, se me olvidó que también eres un Johnson.

La observación no tenía pies ni cabeza. Las observaciones de Roscoe solían carecer de sentido, pero July tenía demasiado en que pensar para tenerla en cuenta. Le parecía que cada día se enfrentaba con decisiones que resultaban difíciles de tomar. A veces, sentado ante su mesa, le resultaba difícil decidir si hablar con Elmira o callar. Aunque no era difícil darse cuenta de si Elmira estaba disgustada. Apretaba los labios y le atravesaba con la mirada sin dar muestras de que le veía. El problema era tratar de adivinar lo que la había disgustado. Varias veces había intentado preguntarle qué le ocurría y había recibido respuestas amargas y vehementes sobre sus fallos. Estas respuestas resultaban molestas porque se las daba delante del hijo de Elmira, ahora su hijastro, un muchacho de doce años llamado Joe Boot. Elmira había estado casada en Missouri con un tal Dee Boot, del que hablaba poco. Solo que había muerto de viruela.

Elmira también sermoneaba frecuentemente a Joe con la misma desenvoltura que a July. Esto dio lugar a que él y Joe se hicieron amigos; ambos pasaban gran parte del tiempo tratando de esquivar la cólera de Elmira. El pequeño Joe estaba tanto tiempo cerca de la cárcel que era como un segundo ayudante. Lo mismo que Elmira, era flaco, con ojos enormes, algo saltones, en su carita delgada.

Roscoe también se había encariñado con el niño. Con frecuencia él y Joe se iban al río a pescar barbos. A veces, cuando la pesca había sido buena, July invitaba a Roscoe a cenar en casa, pero estas ocasiones no solían ser demasiado afortunadas. Elmira no tenía una gran opinión de Roscoe Brown, y aunque Roscoe se mostraba tan amable como podía con ella, las cenas de pescado resultaban silenciosas y tensas.

—Bueno, July, creo que te encuentras entre la espada y la pared. O te

marchas y peleas con los *rangers* tejanos, o te quedas y peleas con Peach.

—Debería mandarte a buscarlo —comentó July—. Al fin y al cabo tú fuiste el que le dejó escapar.

Por supuesto, solo se trataba de una broma. Roscoe apenas podía manejar al viejo Darton, que casi tenía ochenta años. No tendría demasiadas oportunidades ante Jake Spoon y sus amigos.

Roscoe casi se cayó de la silla del susto. La idea de que podía ser enviado para realizar semejante trabajo le parecía ridícula… Vivir con Elmira debía haber vuelto loco a July.

—Peach no nos dejará en paz —comentó July, tanto para sí como para Roscoe.

—Sí, tu deber es coger al hombre —insistió Roscoe, impaciente por alejarse lo más posible del anzuelo—. Benny era tu hermano, aunque fuera dentista.

July no dijo nada, pero el hecho de que Benny hubiera sido su hermano poco tenía que ver con su decisión de ir tras Jake Spoon. Benny había sido el mayor, y él el más joven de los diez muchachos Johnson. Todos, salvo ellos dos, se habían marchado cuando fueron mayores, y al parecer Benny también creía que July debía de haberse ido. Cuando el puesto quedó vacante, dudó en dar el cargo de *sheriff* a July, aunque no había más candidato que Roscoe. July consiguió el nombramiento, pero Benny seguía resentido con él y se negó incluso a proporcionar una nueva cerradura para la única celda de la cárcel. La verdad es que no recordaba que Benny hubiera hecho alguna vez algo por él. Una vez que tuvo que arrancarle un diente, le hizo pagar sin descontarle nada.

El sentido de responsabilidad de July tenía que ver con el pueblo, no con el hombre que había muerto. Desde que le habían prendido la placa de *sheriff*, dos años atrás, había ido en aumento su sentido de responsabilidad para con el pueblo. Le parecía que como *sheriff* tenía más que hacer por la seguridad y bienestar de los ciudadanos que Benny como alcalde. Los fluviales eran el mayor problema, siempre bebiendo, peleando y matándose unos a otros. Varias veces había tenido que amontonar a cinco o seis en la pequeña celda.

Últimamente eran cada vez más los vaqueros que cruzaban el pueblo. Una vez habían pasado los salvajes de Shanghai Pierce destruyendo casi dos *saloons*. No eran mala gente, pero eran bravucones y se desmadraban cuando entraban en un pueblo. Tendían a asustar el ganado de la gente y a echar el lazo a sus animales domésticos, y se mostraban intolerantes ante cualquier intento de frenar su diversión. No eran pistoleros, pero andaban a puñetazos. July se había visto obligado a sacudir a un par de ellos en la mandíbula y encerrarles una noche en la cárcel.

El pequeño Joe adoraba a los vaqueros. July pensaba que cualquier día se iría con alguno de los equipos, si tenía oportunidad de hacerlo. Cuando no tenía trabajos que hacer, pasaba horas practicando con una cuerda vieja que había

encontrado, enlazando tocones, o a veces el ternero del corral.

July estaba dispuesto a aceptar cierta bravuconería de los vaqueros de paso, pero no toleraba a los hombres como Jake Spoon. Los jugadores le repugnaban, y había echado a varios del pueblo.

A Roscoe le encantaba cortar madera con una navaja. Si estaba sentado, como era generalmente el caso, pocas veces se le veía sin un pedazo de madera en las manos. Nunca les daba una forma determinada, solo iba cortando, y esta costumbre había terminado por irritar a July.

—Supongo que cuando me vaya cortarás la madera de todo el pueblo antes de que vuelva —le dijo July.

Roscoe no abrió la boca. Sabía cuándo July estaba de mal humor…, y nadie podía censurarle, con una esposa como Elmira y una cuñada como Peach. Disfrutaba cortando madera, pero naturalmente que no iba a cortar la madera de las casas. Cuando estaba furioso, July solía exagerar.

July se levantó. No era muy alto, pero era fuerte. Roscoe le había visto una vez levantar un yunque en casa del herrero, y a la sazón solo era un muchacho.

—Me voy a mi casa —dijo July.

—Bueno, mándame al pequeño Joe si no está ocupado —le dijo Roscoe—. Jugaremos al dominó.

—Es hora de ordeñar —le recordó July—. Y él tiene que ordeñar. A Ellie no le gusta que juegue al dominó contigo. Cree que se volverá holgazán.

—Pues yo no soy holgazán y he jugado al dominó toda mi vida.

July sabía que el comentario era absurdo. Roscoe era solo un ayudante porque era holgazán. Pero no estaba dispuesto a entablar una discusión sobre si Roscoe era o no un vago, así que le saludó con la mano y se alejó.

27

Cuando July llegó a su casa era casi de noche. Su casa era una cabaña al final del pueblo. Al pasar por la cuadra vio que el pequeño Joe había vuelto a enlazar al ternero; era fácil de conseguir porque el ternero apenas se movía.

—A ese ternero le tienes domesticado —observó July—. Probablemente podrías ensillarle y montarle si quisieras.

—Ya he ordeñado —dijo Joe. Levantó el cubo y ambos caminaron juntos hasta la cabaña. Era una buena cabaña aunque no tenía aún suelo de madera; solo tierra apisonada. A July le dolió llevar a su novia a una cabaña sin piso de madera, pero ser *sheriff* no daba mucho de sí y era lo mejor que pudo hacer.

Era una cabaña alta, con un altillo para dormir. Al principio July había pensado que allí pondrían al muchacho, pero Elmira decidió que ellos se quedarían en el altillo y al chico le montó un catre abajo.

Cuando llegaron ya había preparado la cena: panceta y torta de maíz. Ella estaba sentada en el altillo, con las piernas colgando. Le gustaba sentarse allí y dejar colgar las piernas en la cabaña. A Elmira le gustaba estar sola, y pasaba la mayor parte del tiempo en el altillo, a veces cosiendo un poco.

—No vayas a tirar la leche —advirtió cuando Joe entró con el cubo.

—No hay mucho que tirar —contestó Joe.

Era verdad; la vaca lechera se estaba agotando. Joe guardó la cuerda junto al catre. Era su más preciado tesoro. La había encontrado una mañana en la calle, después de que pasaran unos vaqueros. Durante varios días no se atrevió a usarla, pensando que el vaquero que la había perdido volvería a buscarla. Pero como no volvió nadie, poco a poco empezó a practicar con el ternero. Si hubiera tenido un caballo habría pensado seriamente en intentar colocarse con un equipo de vaqueros, pero solo tenían dos caballos y July los necesitaba.

—La comida está lista —dijo Elmira, pero no bajó del altillo para cenar con ellos.

Pocas veces comía con ellos. Esto molestaba mucho a July aunque nunca se quejó. Como la mesita estaba casi debajo del altillo, podía levantar la vista y ver las piernas desnudas de Elmira mientras comía. A él no le parecía normal. Su madre había muerto cuando solo contaba seis años, pero recordaba que siempre comía con la familia; jamás se habría sentado con las piernas colgando sobre la

cabeza de su marido. En su vida había cenado en muchas cabañas, pero en ninguna de ellas la mujer había estado en el altillo mientras se comía. Era algo fuera de lo corriente y a July no le gustaba que las cosas se salieran de lo corriente. Le parecía que era mejor hacer las cosas como las hacían los demás. Si la sociedad en general hacía las cosas de cierto modo tenía que ser por una buena razón, y consideraba las prácticas comunes como leyes que debían ser obedecidas. Después de todo, su trabajo consistía en hacer que se respetaran las prácticas comunes, que no se disparara contra los ciudadanos, que no se robaran los Bancos.

Había detenido a mucha gente que se comportaba mal, y sin embargo no se atrevía a decir unas palabras a su mujer sobre su comportamiento inusual.

Joe no compartía el desagrado de July por el hecho de que su madre se sentara pocas veces a la mesa. Cuando lo hacía era generalmente para reñirle, y bastante que le reñía… Además le gustaba comer con July, o hacer cualquier cosa con July. Para él, casarse con July era lo mejor que había hecho su madre. Reñía a July con la misma desenvoltura que le reñía a él, cosa que a Joe le parecía mal. Pero July lo aceptaba y nunca se revolvía. Posiblemente era así como funcionaba el mundo: las mujeres reñían y los hombres se callaban, desapareciendo de escena en cuanto podían.

—¿Quieres un poco de suero? —preguntó July yendo hacia la jarra.

—No, señor —contestó Joe. Odiaba el suero, pero a July le gustaba mucho y siempre se lo preguntaba.

—Todas las noches le preguntas lo mismo —dijo Elmira desde arriba. La irritaba que July llegara a casa e hiciera exactamente las mismas cosas noche tras noche—. Deja de preguntárselo —insistió—. Deja que coja el suero si quiere. Llevamos cuatro meses y no ha bebido ni una sola gota. Sería mejor que lo dejaras.

Hablaba con una indignación que sorprendió a July. Parecía que Elmira pudiera enfurecerse por cualquier cosa. ¿Qué podía importarle que invitara al chico a beber suero? Lo único que tenía que hacer era decir no, y así lo había hecho.

—Pues es bueno —comentó a media voz.

Joe casi deseó haber aceptado un vaso, porque así hubiera librado a July de problemas. Pero era demasiado tarde.

Después de aquel comentario la comida siguió sin pegas, sobre todo porque nadie volvió a hablar. Joe y July se comieron su panceta y torta de maíz, y Elmira siguió en el altillo con los pies colgando.

—Tómate la medicina —dijo a July en cuanto vio que había terminado—. Si no te la tomas seguirás estando amarillo el resto de tu vida.

—Pues no está tan amarillo como estaba —dijo Joe, considerando que le correspondía apoyar un poco a July, dado que July jamás se defendía. No le

tenía miedo a su madre. Le pegaba con frecuencia, pero su enfado duraba poco y si se ponía realmente furiosa siempre podía correr más que ella.

—Para mí está demasiado amarillo —protestó Elmira—. Si hubiera querido un marido amarillo me habría casado con un chino.

—¿Qué es un chino? —preguntó Joe.

—Vete a buscar un cubo de agua —ordenó Elmira.

July seguía sentado a la mesa, un poco triste, mientras el chico había ido en busca de un cubo de agua. Por lo menos tenían un pozo. El río estaba a una milla de distancia, lo que hubiera resultado algo lejos.

Joe entró el cubo y volvió a salir. Hacía calor dentro de la pequeña cabaña. Fuera había infinidad de luciérnagas; para distraerse cogió unas cuantas y las dejó que brillaran en sus manos.

—¿Quieres darte un baño? —preguntó July a su mujer—. Si te apetece iré a buscar más agua.

Elmira no le contestó porque realmente ni le había oído. Era curioso, pero July nunca decía nada que ella oyera. Le parecía que lo último que le oyó decir fueron las promesas del matrimonio. Después de eso, aunque oía su voz, no llegaba a oír sus palabras. En cuanto a conversación no podía compararse con Dee Boot, desde luego. Dee era capaz de hablar toda la semana y nunca decía dos veces la misma cosa, mientras que el pobre July nunca había dicho nada diferente desde que se casaron.

Pero esto en sí no la molestaba. Si había una cosa que no necesitaba hacer, era hablar a un hombre.

—He estado pensando que sería mejor que me fuera en busca de Jake Spoon —dijo July. Lo decía todo con el mismo tono de voz, haciendo doblemente difícil prestarle atención, pero Elmira captó la intención.

—¿Hacer qué? —preguntó.

—Ir en busca de Jake Spoon. Estoy suficientemente bien de la ictericia para poder cabalgar.

—Déjale en paz. ¿Quién lo reclama?

July no estaba dispuesto a decirle que lo reclamaba Peach.

—Bueno, mató a Benny.

—He dicho que le dejes en paz. Aquello fue un accidente.

Bajó del altillo, metió la cara en el agua fresca y luego se la secó con un trozo de arpillera vieja que utilizaba como toalla.

—No debió haber huido. A lo mejor hubiera salido libre.

—No, Peach le habría disparado. Ella es la que se ríe de la ley.

Aquello era una posibilidad. Peach tenía un genio incontrolable.

—Sí, pero tengo que detenerle, es mi trabajo —terminó diciendo.

A Elmira le entraron ganas de reír. July se hacía ilusiones si se creía capaz de cazar a un hombre como Jake Spoon. Pero, claro, si se echaba a reír podía

delatarse. July no tenía la menor idea de que ella conocía a Jake Spoon, de que lo había conocido mucho antes de conocer a Dee. Él y Dee habían sido colegas en Kansas. Incluso una vez Jake le había pedido que se casara con él, en broma, claro, porque Jake no era casamentero, como tampoco ella era entonces aficionada al matrimonio. Siempre había bromeado con ella cuando era una prostituta en Dodge, diciéndole que terminaría siendo una señora respetable, aunque nunca podía haber adivinado que se casaría con un *sheriff*. Se rio la tira cuando se enteró. Le había visto dos veces en la calle, cuando él estuvo en Fort Smith, y se dio cuenta por el modo como la sonreía y la saludaba con el sombrero que aquello era para él lo más divertido del mundo. Si hubiera ido a la cabaña y hubiera visto que tenían el suelo de tierra apisonada, se habría dado cuenta de que aquello no tenía la menor gracia.

Sin embargo no había titubeado cuando July se le declaró, aunque solo hacía tres días que le conocía. Fueron los cazadores de búfalos los que la convencieron de que era mejor que cambiara de vida. Uno de ellos se había encaprichado de ella, un hombre tan grande y bruto que tuvo miedo de rechazarle, aunque debió haberlo hecho, porque durante toda su vida la había maltratado. Y los cazadores de búfalos eran muchos. De no haber sido por Dee habrían acabado con ella. Pero Dee siempre había estado de su parte y le había prestado suficiente dinero para empezar una nueva vida en una ciudad donde no era conocida: St. Jo, Missouri, que fue adonde July había ido a testificar. Le conoció en el juzgado, porque a la sazón estaba sin trabajo y asistía a los juicios para pasar el rato.

Solo tenía una pequeña habitación polvorienta en una pensión de St. Jo y el muchacho un rincón en el ático. Dee se escabullía dentro en plena noche para no mancillar su reputación. Tenía afecto a Joe y pensaba que de mayor llegaría a ser alguien. La última vez que Dee la visitó fue cuando inventaron la historia de la viruela.

—Me voy al Norte, Ellie, estoy harto de sudar —le dijo—. Vete hacia el Sur y todo te irá bien. Si alguien te pregunta, dile que tu marido murió de viruela. Puedes conseguir ser una viuda sin haber estado casada. De todos modos podría enfermar de viruelas, a menos que tenga suerte.

—Iré hacia el Norte contigo, Dee —le respondió sin inmutarse, pero sin insistir. A Dee no le gustaba que se insistiera mucho en las cosas.

Pero Dee se limitó a sonreír, tirando de su bigotito rubio.

—Ni hablar. Tienes que ser una persona respetable. Estoy seguro de que aún podrías ser maestra de escuela.

Luego la besó con dulzura, le dijo que cuidara del chico y la dejó con diez dólares en recuerdo de los años turbulentos que habían pasado juntos en Abilene y Dodge. Siempre supo que no se la llevaría al Norte. Dee viajaba en solitario. Solo le gustaba tener una mujer cuando se instalaba en un lugar para jugar. Le había ofrecido matar al cazador de búfalos que tanto la había maltratado, pero

ella simuló no recordar el nombre del hombre. Dee no era un hombre duro, por lo menos no tan duro como un cazador de búfalos. Habría terminado siendo él el muerto.

En cuanto a July, no le había costado nada casarse con él. Era como algunos de los vaqueros jóvenes que nunca habían tocado a una mujer, ni siquiera hablado con ella. No tardó en darse cuenta de que no le causaba ninguna impresión. En dos días fue suyo. Sus hábitos no variaban. Hacía las mismas cosas, del mismo modo, día tras día. Nueve días de cada diez se olvidaba incluso de secarse el suero de su labio superior. Pero no era duro como los cazadores de búfalos. Por lo menos con él estaba a salvo de malos tratos.

Cuando se enteró de que Jake estaba en el pueblo llegó a pensar en huir con él, aunque sabía que aún era menos de fiar que Dee. Pero después de matar a Ben tuvo que olvidar aquel sueño, el único sueño que había tenido.

Desde entonces la vida había sido muy aburrida. Pasaba la mayor parte del día sentada en el altillo, con las piernas colgando, recordando los tiempos pasados con Dee y con Jake.

July estaba sentado en la penumbra, con el labio manchado de suero, mirándola con la misma paciencia de un ternero. Al verle tan paciente le entraban ganas de atormentarle como fuera.

July intuía que por alguna razón irritaba a Elmira. Reaccionaba enfadada a cada cosa que decía o sugería. A veces se preguntaba si todos los hombres hacían que sus mujeres se mostraran hostiles y malhumoradas. Si no era así, entonces no acertaba a comprender dónde residía la diferencia.

Siempre se había esforzado en ser tan amable como fuera posible, compartiendo todas las tareas con el pequeño Joe, y evitándole siempre que podía cualquier incomodidad. Pero parecía que cuanto más correcto quería ser, más tropezaba: o decía algo equivocado, o de un modo u otro la molestaba. Por la noche había llegado al extremo de ni siquiera poderle tocar con la mano porque se le quedaba mirando con frialdad. La tenía a un palmo de distancia y le parecía que estaba a un kilómetro. Todo ello le hacía sentirse muy mal porque había llegado a quererla más que a nadie.

—Límpiate el labio, Julie —le dijo—. A ver si aprendes algún día, o deja de beber el maldito suero.

Se limpió, turbado. Cuando Elmira estaba enfadada le ponía tan nervioso que realmente July no recordaba si había comido o qué.

—No estás enferma, ¿verdad? —Se decía que había unas fiebres, y si las hubiera pillado eso explicaría su extraordinaria susceptibilidad.

—No, no estoy enferma —le contestó.

Puesto que había empezado el asunto Jake, sería mejor que lo terminara. De todos modos estaba furiosa.

—Si saliera ahora tras Spoon me figuro que podría estar de vuelta dentro de

un mes —empezó.

Ellie le miró. A ella le parecía bien que se fuera por un año. La única razón por la que se oponía a su marcha era porque sabía que Peach estaba detrás de ello; si alguien tenía que decir al hombre lo que tenía que hacer era ella, no Peach.

—Llévate a Joe contigo.

Semejante idea no se le hubiera ocurrido jamás a July, aunque sí había pensado en llevarse a Roscoe.

—Tú vas a necesitarle. Hay cosas que hacer.

Elmira se encogió de hombros.

—Sé ordeñar la vieja vaca. Lo que hay que hacer no es duro. No cultivamos algodón, ¿sabes? Quiero que te lleves a Joe. Necesita ver mundo.

Era cierto que el muchacho podría ser útil en un viaje largo. Tendría a alguien que le ayudaría a vigilar al prisionero, cuando tuviera el prisionero. Pero significaba dejar a Ellie sola, y la idea no le gustaba.

Como si ella le leyera el pensamiento, se sentó en la mesa y se le quedó mirando. Luego le dijo:

—He estado sola antes, July. No me pasará nada. Roscoe puede ayudarme si necesitara algo.

Era verdad, claro. Y no es que Roscoe fuera especialmente servicial. Roscoe se quejaba de que le dolía la espalda, y se quejaba durante días si se le obligaba a hacer algo parecido a un trabajo manual.

—Podría haber alguna reyerta —comentó July recordando que Jake Spoon tenía amigos difíciles, o eso se decía—. No lo creo, pero nunca se sabe con un jugador.

—No creo que fueran a dispararle a un chiquillo. Llévate a Joe. Tiene que empezar a hacerse hombre algún día.

Después, para escapar de la mal ventilada cabaña, salió y se sentó sobre un tocón. La noche estaba cargada de luciérnagas. Al poco rato oyó salir a July, que se sentó en silencio.

Pese a su corrección y a su constante amabilidad, Elmira sentía antipatía por él. Lo que él ignoraba es que estaba embarazada. Ni lo sabría, si podía evitarlo. Se había casado con él por puro miedo. Ni le quería a él ni tampoco al niño. Pero la asustaba intentar deshacerse del niño. En Abilene había conocido a una chica que se desangró hasta morir por intentar abortar. Había muerto en la escalera, frente a la habitación de Elmira, en una noche glacial. La sangre había bajado por la escalera y por la noche se había vuelto hielo rojo. La muchacha, que se llamaba Jenny, se había quedado pegada a la escalera. Tuvieron que calentar agua para poder despegarla.

El espectáculo había bastado para desanimarla de intentar deshacerse de un niño. Pero la idea de que esperaba uno la amargaba. No quería volver a pasar

por todo aquello y tampoco quería vivir con July Johnson. El cazador de búfalos había sido tan terrible…, el pánico le había hecho pensar que tenía que buscarse una vida distinta.

Y la vida en Fort Smith era realmente distinta, tan aburrida que la mayor parte de los días encontraba pocas razones para levantarse de la cama. Las mujeres del pueblo, aunque no tenían motivos para sospechar de ella, sospechaban, y no se le acercaban. A veces sentía la tentación de entrar en un *saloon* donde hubiera una o dos chicas con las que poder hablar, pero sin embargo se había refugiado en la apatía y se pasaba días enteros sentada en el altillo, sin hacer nada.

Mientras contemplaba a las luciérnagas en el bosque, detrás de la cabaña, Elmira esperaba, escuchando. Y en efecto, a los pocos minutos oyó los tenues clics metálicos que hacía July al girar el tambor de su pistola antes de volver al pueblo para hacer su ronda. Le ponía los dientes de punta el que cada noche hiciera lo mismo.

—Voy a echar un vistazo. No tardaré.

Era lo mismo que decía todas las noches. Y era verdad. A menos que los fluviales se pelearan, nunca tardaba. Solo esperaba a que cuando se metiera en la cama ella le aceptara. Pero ella no le aceptaba. Le había mantenido a distancia desde que estuvo segura de que esperaba un hijo. Hería sus sentimientos, pero no le importaba.

Cuando oyó sus pasos alejándose en la oscuridad, aún se sintió más deprimida. Le parecía que en la vida no se ganaba nunca. De repente deseó que July y Joe estuvieran lejos para no tener que tener trato con ellos todos los días. Sus necesidades eran realmente modestas, pero ya no quería hacerse cargo de ellas. Había llegado a un punto en el que hacer algo por alguien era un esfuerzo. Era como un trabajo muy pesado, muy duro.

Y cada día sentía con más fuerza lo mucho que añoraba a Dee Boot. Era lo opuesto a July Johnson. Con July se sabía de antemano hasta el último gesto, mientras que Dee hacía siempre lo que menos se esperaba. Una vez, en Abilene, para vengarse de una *madam* que no le gustaba, había simulado regalarle una preciosa tarta del panadero, y en realidad hizo que el panadero preparara lo que parecía una tarta perfecta, pero fue al establo y la llenó de estiércol fresco. La *madam*, una gorda mal encarada llamada Sal, llegó a cortarla antes de darse cuenta de la jugarreta.

Elmira sonrió al recordar algunas de las cosas divertidas que hacía Dee. Se conocían y habían sido amigos durante quince años, desde que ella se encontró perdida, de chiquilla, camino de Kansas. No había habido solamente Dee, por supuesto; hubieron otros muchos. Algunos habían durado unos minutos, otros una semana o dos, o un mes, pero de cualquier modo ella y Dee acababan encontrándose siempre. Le irritaba que él se hubiera limitado a tirarse del bigotito

y a marcharse al Norte sin ella. Parecía pensar que para ella sería fácil ser respetable. Claro que la culpa era suya por elegir a July. No había contado con que su buena crianza la irritara tanto.

Cuando la noche cayó del todo salió la luna y se alzó por encima de los pinos. Elmira la contemplaba sentada en su tocón, feliz porque estaba sola. La idea de que July y Joe se marcharan le levantaba el ánimo. También pensó que una vez se hubieran ido nada le impediría marcharse también. Los barcos subían por el Arkansas casi todas las semanas. A lo mejor Dee Boot la añoraba tanto como ella a él. No le importaría que estuviera embarazada; estas cosas se las tomaba a la ligera.

Pensar en que se encontraría con Dee, la hizo sonreír. Mientras July iba en busca de un jugador, ella iría en busca de otro, pero en dirección contraria. Cuando July regresara, con o sin Jake, y descubriera que su mujer se había ido, le sorprendería tanto que tal vez incluso se olvidara de beber el suero.

28

A la mañana siguiente, una hora antes del amanecer, July y Joe abandonaron la cabaña y recogieron sus caballos. Joe estaba lleno de excitación por poder ir con July. Su amigo Roscoe Brown pareció impresionado cuando July pasó por la cárcel y le dijo que se marchaban.

—Matarán al chico antes de que pueda enseñarle mis trucos de dominó —protestó Roscoe. Le asombraba que July hiciera semejante cosa.

Joe no pensaba siquiera en cuestionar el milagro. Lo más importante, y que le molestaba, era que no tenía silla, pero July pidió prestada una vieja a Peach Johnson, que estaba tan contenta de que July por fin se decidiera a ir tras el asesino de su marido, que les hubiera regalado la silla, que de todos modos estaba casi comida por los ratones.

Elmira había preparado el desayuno, pero esto no alivió el peso que July sentía en el corazón. Toda la noche esperó que se volviera hacia él, dado que era su última noche en casa, por cierto tiempo, pero no lo hizo. Una vez que accidentalmente la rozó, al darse la vuelta en el camastro donde dormían, se puso rígida. Para July estaba claro que no iba a echarle en falta, aunque él sí iba a añorarla. Era más que curioso que tampoco sintiera ver marchar a Joe. Joe era su hijo, y él era su marido…, si no quería ni a su marido ni a su hijo, ¿a quién quería? Podía imaginar que estarían fuera durante meses y, no obstante, les trataba como un día cualquiera. Pidió a Joe que entrara otro cubo de agua antes de marcharse y luego increpó a July porque casi se había olvidado de tomar la medicina.

Pero a pesar de su mal humor, marcharse no era un alivio. En un momento dado July sintió una aprensión tan grande que se le agarrotó la garganta y se atragantó con un pedazo de pan. Sentía que la vida le llevaba como el río lleva un madero. Le pareció que nada podía parar lo que estaba sucediendo, aunque todo parecía ir mal.

Lo único que le consolaba era saber que estaba cumpliendo con su deber y que se ganaba los treinta dólares que el pueblo le pagaba. Había algunos ciudadanos agarrados que no creían que hubiera treinta dólares de trabajo para un *sheriff* de Fort Smith, en ciertos meses. Ir tras de un hombre que había dado muerte al alcalde era el tipo de trabajo que la gente esperaba que hiciera, aunque

probablemente era mucho menos peligroso que separar a dos fluviales que trataban de matarse a navajazos.

Dejaron a Elmira de pie, en la puerta de la cabaña, y cabalgaron a través del pueblo, a oscuras, hacia la cárcel. Pero antes de que llegaran, *Red*, el caballo de Joe, se agachó de pronto, levantó las patas y lo derribó. Joe no se hizo daño, pero se quedó muy avergonzado de que lo tirara al iniciar tan importante viaje.

—Cosas de *Red* —le tranquilizó July—. Tiene que hacer su gracia. A mí me ha tirado un par de veces del mismo modo.

Roscoe dormía en un jergón de la cárcel, pero cuando llegaron ya estaba levantado, andando por allí descalzo. July cogió un rifle, dos cajas de balas y una escopeta.

—Es mi escopeta —protestó Roscoe. No estaba de buen humor. Le molestaba que invadieran el lugar donde dormía, antes de que fuera de día.

—Necesitaremos comer —explicó July—. Joe puede matar un conejo de vez en cuando, si no encontramos ningún venado.

—Lo que vais a encontrar será un comanche que se os comerá a los dos como si fuerais conejos —dijo Roscoe.

—Bah, he oído decir que casi no quedan.

—Casi —remedó Roscoe—. El año pasado casi destruí un nido de avispas, pero las dos que se salvaron por poco me matan. Casi no es suficiente cuando se trata de comanches. Si sales tan temprano, deberías llegar en un día a San Antonio —añadió todavía de mal humor porque le habían sacado de la cama.

July dejó que siguiera refunfuñando y sacó una funda de otro de los rifles para guardar la escopeta.

Cuando el día empezó a levantarse sobre el río, ya estaban listos para emprender la marcha. Roscoe estaba lo suficientemente despierto para empezar a sentir aprensión. Ser ayudante era un trabajo fácil mientras July estaba por allí, pero en cuanto se fuera la responsabilidad iba a ser toda suya. Podía ocurrir cualquier cosa y él sería quien tendría que actuar.

—Bueno, confío en que los malditos comanches no intenten apoderarse de Fort Smith —masculló. Muchas veces había soñado con una tropa de indios salvajes que bajaban a galope por la calle y le llenaban de flechas mientras él cortaba una madera sentado delante de la cárcel.

—No vendrán —le aseguró July, deseoso de alejarse antes de que a Roscoe se le ocurrieran más cosas terribles que pudieran ocurrir.

Roscoe observó que Joe llevaba la cabeza descubierta, otra muestra de la insensatez de July. Recordó que tenía un viejo sombrero de fieltro negro. Estaba colgado en un gancho y Roscoe entró a buscarlo para el muchacho.

—Toma, llévate esto —le dijo, sorprendido de su propia generosidad.

Cuando Joe se lo puso, su cabeza quedó cubierta casi hasta la boca, que se reía.

—Si lleva esto a lo mejor va y se despeña —comentó July, aunque era verdad que el muchacho necesitaba un sombrero.

—Podríamos sujetárselo con un cordel —dijo Roscoe—. Le mantendrá el sol fuera de los ojos.

Ahora que estaban listos, July tuvo la terrible sensación de que algo no marchaba bien. La luz era buena; al final de la calle se veía brillar el río y más allá un leve resplandor rojizo iluminaba el horizonte. En aquella hora del amanecer el pueblo parecía plácido, precioso, tranquilo. Un gallo empezó a cantar.

Pero July tenía la sensación de que algo iba terriblemente mal. Más de una vez se le ocurrió pensar que Elmira tal vez sufría alguna extraña enfermedad que la hacía comportarse como lo hacía. En primer lugar tenía menos apetito que lo normal; se limitaba a picotear la comida. Ahora no tenía a quien confiarla salvo a Roscoe Brown, que la tenía un poco menos de miedo que a un comanche.

—Cuida de Ellie —le dijo en tono severo—. Si necesita que le lleven la compra, llévasela tú.

—Está bien, July.

July montó a caballo, arregló el rollo de mantas y se quedó mirando al río. Llevaban poca ropa de cama porque se acercaba el buen tiempo.

—Llévale un pescado de vez en cuando, si lo pescas.

A Roscoe Brown, aquello le pareció una extraña recomendación. Elmira había dejado bien sentado que no le gustaba el pescado.

—Está bien, July —repitió, aunque no estaba dispuesto a perder el tiempo ofreciendo pescado a una mujer a la que no le gustaba.

A July no se le ocurrían más instrucciones. Roscoe conocía el pueblo tan bien como él.

—Joe, ten cuidado —le dijo Roscoe. Por alguna razón se sentía afectado al ver marchar al muchacho. Además tenía una silla mala. Pero el chico seguía sonriendo por debajo del sombrero.

—Le atraparemos —exclamó Joe orgullosamente.

—Bueno, procuraré que nadie mate a más dentistas —dijo Roscoe.

July pensó que el comentario no venía al caso, porque Roscoe sabía de sobra que no había habido ningún otro dentista en el pueblo desde la muerte de Benny.

—Preocúpate del viejo Darton. No nos interesa que se caiga del transbordador.

El viejo vivía en un cobertizo en la orilla norte y solo cruzaba el río para conseguir alcohol. Alguna que otra vez había dado esquinazo a Roscoe y por dos veces se había caído al río. No gustaba a los hombres del transbordador y si volvía a ocurrir era posible que le dejaran que se ahogara.

—Ya me ocuparé yo de ese viejo sinvergüenza —le aseguró Roscoe, seguro de sí. El viejo Darton era una de las responsabilidades que se veía capaz de

asumir.

—Bueno, supongo que nos veremos cuando nos veamos, Roscoe —se despidió July. Después volvió su caballo de espaldas al río y al iluminado horizonte, y él y el pequeño Joe no tardaron en estar fuera del pueblo.

29

Seis días después, la responsabilidad cayó sobre Roscoe Brown con un peso infinitamente mayor al que jamás hubiera podido imaginar. Como de costumbre le cayó del cielo, en un día precioso, con el río Arkansas brillando al final de la calle. Roscoe, sin nada urgente que hacer, estaba sentado delante de la cárcel, cortando madera. De pronto observó a Peach Johnson que venía calle arriba acompañada del pequeño Charlie Barnes. Charlie era banquero, y el único hombre del pueblo que lucía corbata todos los días. También era el diácono más importante de la iglesia y, según la opinión más extendida, el hombre con más probabilidades de casarse con Peach, si esta decidía volver a casarse. Charlie era viudo y muchísimo más rico de lo que había sido Benny. No gustaba a nadie, ni siquiera a Peach, pero era una mujer demasiado práctica para dejar que esto la frenara si se le antojaba casarse.

Cuando Roscoe les vio venir guardó su navaja y el palo que había estado tallando en el bolsillo de la camisa. No había nada legislado en contra de que alguien cortara madera, pero no quería tener la reputación de vago, sobre todo ante un hombre capaz de ser el próximo alcalde de Fort Smith.

—Buenos días, amigos —saludó cuando los tuvo cerca.

—Roscoe, creía que July te había encargado que cuidaras de Elmira —dijo Peach.

—Bueno, me encargó que le llevara un pescado, si lo pescaba, pero últimamente no he cogido nada —alegó Roscoe. Se sentía un poco culpable, porque no se había acordado de Elmira desde que July había marchado.

—Conozco bien a July y estoy seguro de que te ha encargado alguna otra cosa.

—Bueno, dijo que le llevara la compra si me lo pedía, pero no me ha pedido nada.

—¿Cuándo la has visto? —preguntó Charlie Barnes. Le miraba con gesto severo, aunque resultaba difícil para un hombre tan bajo y gordo revestirse de mucha severidad.

La pregunta dejó a Roscoe perplejo. Probablemente había visto recientemente a Elmira, pero al pensar en ello no podía recordar cuándo. La mujer no era dada a corretear por el pueblo. Inmediatamente después de la boda

se la vio alguna vez en las tiendas, gastando el dinero de July, pero no podía recordar haberla visto recientemente en una tienda.

—Ya conocéis a Elmira. No sale mucho. Casi todo el tiempo se lo pasa en la cabaña.

—Pues ahora no está en ella —aseguró Peach.

—Nos parece que se ha marchado —añadió Charlie Barnes.

—¿Y adónde iba a ir? —preguntó Roscoe.

Peach y Charlie permanecieron en silencio.

—Puede que se fuera a dar un paseo —observó Roscoe, aunque sabía que no resultaba convincente.

—Eso es lo que yo pensé ayer —continuó Peach—. Pero ni estaba allí ayer, ni está hoy. Dudo de que haya ido de paseo tan largo.

Roscoe tuvo que admitir que no parecía probable. El pueblo más cercano, Catfish Grove, estaba a catorce millas y además no era gran cosa.

—A lo mejor no quiso abrir la puerta —dijo—. Suele dormir mucho.

—Nada. Entré y miré —insistió Peach—. No había un alma en la cabaña, ni ayer tampoco.

—Pensamos que se ha ido —repitió Charlie Barnes. Era hombre de pocas palabras.

Roscoe se levantó de su cómodo asiento. Si Elmira se había ido realmente, esto sería un serio problema. Peach y Charlie seguían allí como esperando que él hiciera algo o que les dijera dónde había ido.

—Quién sabe si ha sido atacada… —dijo pensando en voz alta. Aún había muchos osos en el bosque y algunos hablaban de panteras, aunque él nunca había visto ninguna.

—Si se fue, pudieron atacarla —afirmó Peach—. Pudo ser un animal o pudo ser un hombre.

—Pero, Peach, no sé por qué iba a quererla un hombre —protestó Roscoe, pero se dio cuenta de que el comentario resultaba cómico. Después de todo, Peach y ella eran parientas.

—Yo tampoco lo sé, pero yo no soy un hombre —observó Peach, mirando fijamente a Charlie Barnes. Roscoe no creía que Charlie quisiera a Elmira. A lo mejor ni siquiera quería a Peach.

Se acercó al borde del porche y miró calle arriba, como si fuera a ver a Elmira de pie allí. En todos los años de ayudante nunca había oído comentar que se hubiera perdido una mujer, y le parecía mala suerte que le fuera a ocurrir precisamente a la mujer de July. En la calle no había nadie salvo un granjero con una pareja de mulos.

—Iré a echar un vistazo —dijo—. A lo mejor se ha ido de visita.

—¿Y a quién iría a visitar? —preguntó Peach—. No ha salido de esa cabaña más de un par de veces desde que July se casó con ella. No conoce ni el nombre

de cinco personas del pueblo. Como está sola, iba a llevarle unos pastelillos. Si no se me hubiera ocurrido hacerlo, dudo de que nadie se hubiera dado cuenta de que no estaba en casa.

Por su tono de voz, Roscoe captó la clara acusación de que había descuidado sus deberes. De hecho había pensado en ir a echar un vistazo, un momento u otro, pero el tiempo había pasado tan deprisa que se había olvidado.

—Bueno, subiré ahora mismo —se esforzaba por parecer animado—. Espero que reaparezca.

—Pensamos que se ha ido —dijo Charlie Barnes por tercera vez.

Roscoe decidió ir enseguida para no tener que oír a Charlie repitiendo lo mismo toda la mañana. Se tocó el sombrero como cortesía hacia Peach y salió hacia la cabaña, pero vio con consternación que Peach y Charlie le pisaban los talones. Le molestaba que le acompañaran, pero no podía hacer nada por evitarlo. Encontraba curioso que Peach llevara pastelitos a Elmira, porque se sabía que las dos mujeres no se llevaban bien; incluso pensó que Elmira habría visto acercarse a Peach y se habría escondido.

Pero en efecto, la cabaña estaba vacía. Nada indicaba que hubiera habido alguien en un par de días. Una rebanada de pan de maíz había quedado encima de la cocina y estaba medio comida por los ratones.

—Solía sentarse en el altillo —dijo, sobre todo para oírse la voz. Oírse la voz era mejor que oír hablar a Peach.

—Arriba no hay nada más que el jergón —anunció Peach.

Era verdad. Además ni siquiera era un buen jergón; solo un par de cubiertas acolchadas. July, por ser el benjamín de la familia Johnson, nunca había tenido dinero ni enseres.

Roscoe se esforzó en averiguar si faltaba algo, pero nunca había estado en el altillo y no podía imaginar qué faltaba…, solo Elmira.

—¿Llevaba zapatos cuando se casaron? —preguntó.

Peach le miró asqueada:

—¡Claro que llevaba zapatos! No estaba tan loca.

—Pues en esta cabaña no veo zapatos de hombre ni de mujer. Si se ha ido los llevaba puestos.

Dieron la vuelta a la cabaña. Roscoe esperaba encontrar alguna huella, pero alrededor de la cabaña solo había hierbas cubiertas de rocío, y lo único que consiguió fue mojarse los pantalones. Cada vez estaba más inquieto. Si Elmira se escondía de Peach, solo deseaba que decidiera aparecer. Si July regresaba y se encontraba con que su esposa había desaparecido, mejor no pensar en cómo se iba a poner.

Para él la explicación más plausible eran osos, aunque sabía que era una explicación sin sentido. Si había entrado un oso y se la había llevado, tenía que haber sangre por alguna parte. Por otra parte, nunca había aparecido ningún oso

por Fort Smith para llevarse a una mujer, aunque uno había entrado en una cabaña de Catfish Grove y se había llevado a un bebé.

—Me figuro que se la habrá llevado algún oso, a menos que esté escondida —dijo entristecido. Ser ayudante del *sheriff* se había convertido de pronto en algo muy duro.

—Pensamos que se ha ido —insistió Charlie Barnes con irritante persistencia. Si un oso se la había llevado, naturalmente que se había ido.

—Quiere decir que pensamos que se ha ido —aclaró Peach.

Pero todo aquello no tenía sentido porque acababa de casarse con July.

—¿Ido, adónde? ¿Ido, para hacer qué?

—Roscoe, tienes menos entendimiento que un mosquito —le espetó Peach, abandonando los buenos modales—. Si se fue, es que se fue…, se fue. Mi opinión es que se hartó de vivir con July.

Esta era una idea tan radical que solo de pensar en ella le produjo dolor de cabeza a Roscoe.

—¡Por Dios, Peach! —protestó, sintiéndose desconcertado.

—No es necesario emplear el nombre de Dios en vano, Roscoe —le advirtió Peach—. Todos nos hemos dado cuenta. July es un imbécil o no se habría casado con ella.

—Pero pudo haber sido un oso. —A Roscoe le pareció de pronto que este era el menor de los males. Si Elmira estaba muerta, July acabaría sobreponiéndose, pero si se había escapado no habría forma de saber lo que podría hacer.

—Está bien, ¿dónde están las huellas? Si un oso se hubiera acercado, todos los perros del pueblo habrían ladrado y la mitad de los caballos habrían huido. Si quieres conocer mi opinión, Elmira ha sido la que ha huido.

—¡Dios mío! —repitió Roscoe. Sabía que de todos modos le iban a echar la culpa a él.

—Me juego cualquier cosa a que se fue en el barco del *whisky* —dijo Peach, y ciertamente un barco había ido río arriba uno o dos días después de la marcha de July.

Era la única explicación lógica. Desde la semana anterior no había pasado ninguna diligencia. Unos soldados habían cruzado el pueblo en dirección oeste, pero los soldados no se habrían llevado a Elmira. El barco iba lleno de comerciantes de *whisky* en dirección a Bent's Fort. Roscoe había visto a un par de bateleros tambaleándose por la calle, y cuando el barco se fue sin que hubieran producido reyertas, Roscoe suspiró aliviado. Los comerciantes de *whisky* eran hombres rudos, y no por supuesto el tipo de hombres con los que pudiera viajar una mujer casada.

—Será mejor que vayas a ver si puedes descubrir algo, Roscoe —dijo Peach —. Si ha huido, July querrá saberlo.

Era la pura verdad. July adoraba a Elmira.

No tardó más que el paseo hasta el río para confirmar las sospechas de Peach. El viejo Sabin, el encargado del transbordador, había visto subir a una mujer a bordo del barco la mañana en que zarpó.

—Dios mío, ¿y por qué no me lo dijiste, Sabin? —exclamó Roscoe.

El viejo Sabin se encogió de hombros. No era asunto suyo saber quién subía a otros barcos que no fueran el suyo.

—Pensé que era una puta —se excusó.

Roscoe volvió andando despacio a la cárcel. Se sentía extremadamente confuso. Quería desesperadamente que todo fuera un error. Mientras iba calle arriba fue recorriendo con la vista todas las tiendas, con la esperanza de ver a Elmira en una de ellas, gastándose el dinero como una mujer normal. Pero no estaba. En el *saloon* preguntó a Renfro, el barman, si sabía de alguna puta que hubiera dejado el pueblo últimamente, pero en el pueblo solo había dos putas, y Renfro dijo que las dos estaban arriba, durmiendo.

Era su mala suerte. Se había preocupado por todo lo malo que pudiera ocurrir en ausencia de July, pero la desaparición de Elmira no estaba entre sus preocupaciones. Las esposas de los hombres no solían largarse en un barco de *whisky*. Había oído de mujeres a las que no les había gustado la vida matrimonial y que habían vuelto a casa de sus familias, pero Elmira ni siquiera tenía familia y no había motivos para que no le gustara la vida de casada, ya que July no la había maltratado en absoluto.

Cuando quedó claro que se había ido, Roscoe se encontró en el peor de los apuros. July también se había ido, aunque en dirección a San Antonio. Quizá tardara más de un mes en regresar, pero entonces alguien tendría que darle la mala noticia. Roscoe no quería ser ese alguien, pero él era la persona encargada de estar junto a la cárcel y por tanto probablemente tendría que ser él.

Y lo que era mucho peor, tendría que estar allí sentado durante uno o dos meses, torturado por la reacción de July cuando al fin regresara. O podía tardar tres meses, o seis meses; todos sabían que July era lento. Roscoe sabía que no podría resistir seis meses de ansiedad. Naturalmente aquello demostraba que July había sido un loco al casarse, pero eso tampoco hacía la situación más fácil de soportar.

En menos de media hora pareció que todo Fort Smith se había enterado de que la esposa de July Johnson había huido en un barco de *whisky*. Daba la impresión de que la familia Johnson proporcionaba todas las emociones del pueblo; la última fue la muerte de Benny. Fue tal cantidad de gente a preguntar a Roscoe sobre la desaparición de Elmira que se vio obligado a abandonar toda idea de cortar madera con la navaja, que precisamente le hubiera ido muy bien para calmar los nervios.

Gente que nunca había puesto los ojos en Elmira apareció de pronto en la cárcel para preguntarle sobre sus costumbres como si él fuera un entendido,

cuando lo único que había visto hacer a la mujer fue cocinar un par de barbos.

Una de las peores era la vieja señora Harkness, que había sido maestra de escuela en algún lugar del Mississippi y que desde entonces trataba a los mayores como niños. Ayudaba un poco en la tienda de su hijo que evidentemente no tenía suficiente trabajo para mantenerla ocupada. Cruzó marcialmente la calle como si el propio Dios la hubiera elegido para investigar todo el asunto. Roscoe ya había discutido el asunto con el herrero, el jefe de Correos y un par de cultivadores de algodón, y deseaba disponer de cierto tiempo para pensar. A la vieja señora Harkness no había quien la parara.

—Roscoe, si fueras mi ayudante te detendría. ¿Cómo has podido permitir que alguien se largara con la mujer de July?

—Nadie se ha largado con ella. Yo creo que se ha ido sola.

—¿Y tú qué sabes? No puedo creer que se fuera en un barco lleno de hombres a menos que le gustara uno de ellos. ¿Cuándo vas a ir a buscarla?

—No voy a ir —contestó Roscoe sorprendido. Nunca se le había ocurrido marchar en busca de Elmira.

—Pues supongo que tendrás que ir, a menos que seas un inútil —insistió la vieja—. Poco vale este pueblo si ocurren cosas como esta y el ayudante se queda ahí sentado.

—Este pueblo nunca ha sido gran cosa —le recordó Roscoe, pero el comentario solo sirvió para enfurecerla.

—Si no eres capaz de ir en busca de la mujer, será mejor que vayas a buscar a July. A lo mejor querrá que su mujer esté de vuelta antes de que ande por ahí y le arranquen la cabellera.

Cuando la mujer se fue, Roscoe sintió un gran alivio. Entró en la dependencia y bebió un par de tragos de una botella de *whisky* que guardaba debajo del catre y que solo empleaba cuando tenía dolor de muelas. Tuvo buen cuidado de no beber demasiado porque lo último que quería era que la gente de Fort Smith empezara a creer que era un borracho. Pero antes de que se diera cuenta, pese a su prudencia, la botella estuvo vacía, y al parecer se la había bebido él, aunque no se sentía como si estuviera borracho. Con el calor que hacía le entró sueño y se echó en el camastro. Despertó sobresaltado y sudoroso, con Peach y Charlie Barnes contemplándole.

Era como para volverse loco porque parecía que el día había empezado con Peach y Charlie mirándole. En su confusión, pensó que pudo haber soñado todo el asunto de la huida de Elmira. Solo que Peach y Charlie volvían a estar allí; el sueño empezaba de nuevo. Quería despertar antes de llegar al episodio del barco de *whisky*, pero resultó que después de todo estaba despierto.

—¿Aún sigue fuera? —preguntó con la esperanza de que Elmira hubiera aparecido milagrosamente mientras él dormía.

—Naturalmente que sigue fuera —respondió Peach—. Y tú estás borracho.

Levántate de una vez y vete en busca de July.

—Pero July ha marchado a Texas. El único sitio adonde yo he ido es a Little Rock, y está en la otra dirección.

—Roscoe, si no puedes encontrar Texas eres la vergüenza de la profesión.

Peach tenía la costumbre de no entender lo que se le decía aunque la cosa fuera obvia.

—Claro que puedo encontrar Texas. El problema es si podré encontrar a July.

—Cabalga con un muchacho y va en dirección a San Antonio. Supongo que si vas preguntando, alguien los habrá visto.

—¿Pero y si no les encuentro? —insistió Roscoe.

—En ese caso terminarás en California.

Roscoe se dio cuenta de que tenía dolor de cabeza y que escuchar a Peach se lo aumentaba.

—Su mujer se ha ido —dijo Charlie Barnes.

—¡Cállate ya, maldita sea! Ya lo sabe. No creo que se le haya olvidado.

A Roscoe no se le había olvidado. Desde el día anterior aquello había sido el factor dominante en su vida. Elmira se había ido y se esperaba que él hiciera algo por remediarlo. Además, su elección era limitada. O se iba río arriba y trataba de encontrar a Elmira, o se iba a Texas en busca de July. Y él estaba lejos de tener la seguridad de que una u otra acción fuera prudente.

No era fácil pensar con lucidez teniendo dolor de cabeza y con Peach y Charlie Barnes allí delante, contemplándole por segunda vez en el mismo día. Roscoe estaba sobre todo molesto de que July le hubiera puesto en aquella situación. En opinión de Roscoe, July sabía desenvolverse bien sin esposa; pero si tenía que casarse, podía haber tenido más cuidado y hacerlo por lo menos con alguien que tuviera la cortesía de permanecer en Fort Smith. Esto era lo menos que podía pedírsele a una esposa. En cambio, había hecho la peor elección posible y ahora Roscoe tenía que pagar las consecuencias.

—Yo no soy un gran viajero —dijo Roscoe. En realidad ese único viaje a Little Rock había sido una de las pesadillas de su vida, porque había tenido que cabalgar todo el camino bajo una lluvia helada, a consecuencia de la cual pilló unas fiebres que le duraron un mes.

Pese a todo, a la mañana siguiente se encontró ensillando su caballo blanco, un gran caballo capado que llevaba montando más de diez años y que se llamaba *Memphis*, como su ciudad de origen. Varios hombres estaban delante de la cárcel viéndole preparar su rollo de mantas y sujetar la funda del rifle, y ninguno de ellos parecía preocupado por su marcha y porque les dejaba sin protección. Aunque Roscoe hablaba poco, se sentía molesto con los vecinos de Fort Smith y con Peach Johnson y Charlie Barnes en especial. Si Peach se hubiera ocupado de sus asuntos, nadie hubiera descubierto que Elmira faltaba hasta que July hubiera vuelto, y de este modo July se habría hecho cargo del problema, que a decir

verdad era su problema.

—Bueno, espero que nadie robe el Banco mientras yo esté fuera —dijo al grupo que le contemplaba. Le hubiera gustado sugerir una posibilidad peor, como un asalto indio, pero la verdad era que los indios no habían molestado a Fort Smith en muchos años, aunque la razón principal de que montara un caballo blanco era porque había oído decir en alguna parte que los indios les tenían miedo.

La observación sobre el robo del Banco iba dirigida a Charlie Barnes, que parpadeó un par de veces al oírle. Nunca había sido atacado, pero de haberlo sido se hubiera muerto instantáneamente, y no del susto sino porque le molestaba perder una sola moneda.

La pequeña cárcel, que había sido más o menos el hogar de Roscoe en los últimos años, nunca le había parecido más atractiva. La verdad era que sentía ganas de llorar al mirarla, pero no estaba nada bien llorar delante de medio pueblo. Era otra mañana preciosa, que anunciaba el verano. Roscoe siempre había adorado el verano y odiado el frío y se preguntó si estaría de vuelta a tiempo de disfrutar de los ardientes días de julio y agosto, cuando el calor era tan fuerte que ni el río parecía moverse. Era propenso a premoniciones; las había tenido toda su vida y ahora volvía a tener una. Le pareció que no volvería. Le pareció que quizás estuviera contemplando Fort Smith por última vez, pero la gente no le dio la oportunidad de entretenerse o de sentir tristeza.

—Cuando te pongas en marcha, Elmira ya estará en Canadá —le espetó Peach.

Roscoe montó con desgana sobre *Memphis*, un caballo tan alto que solo hacía falta subirse a él para contemplar el panorama.

—En fin, siento tener que marcharme y dejaros sin ayudante. Dudo de que July lo apruebe. Me hizo responsable de este lugar.

Nadie dijo nada.

—Si July regresa y no vuelvo con él, decidle que fui en su busca —les encargó Roscoe—. Puede que él y yo cabalguemos en círculo durante un tiempo. Primero le buscaré yo. Luego que me busque él. Y si entretanto el pueblo se va al diablo, no echéis la culpa a Roscoe Brown.

—Roscoe, allá arriba está el fuerte, a un kilómetro de distancia —respondió Peach—. Me figuro que los soldados pueden cuidar de nosotros tan bien como tú.

Era cierto, naturalmente. No existiría Fort Smith de no haber habido un fuerte primero. Pero los soldados no se preocupaban demasiado del pueblo.

—¿Y si regresa Elmira? —preguntó Roscoe. Nadie había previsto la posibilidad—. Yo estaré fuera y no me enteraré.

—¿Y por qué va a volver si se acaba de ir? —observó Peach.

A Roscoe le costaba recordar a Elmira aunque las últimas veinticuatro horas no había hecho otra cosa que acordarse de ella. Lo único que realmente sabía era que odiaba marcharse del único pueblo en el que se había encontrado como en su

casa. Le producía una amargura enorme ver que todos estaban impacientes por que se fuera.

—Bueno, los soldados no van a ayudaros si el viejo Darton se lanza a la calle —les advirtió—. July me pidió que no le perdiera de vista.

Pero el pequeño grupo de vecinos no parecía preocuparse por lo que pudiera hacer el viejo Darton. Le contemplaban en silencio.

Incapaz de pensar, de decirles algo más o de encontrar una razón para quedarse que pudiera convencer a alguien, Roscoe espoleó a *Memphis* —un caballo tranquilo cuando empezaba a andar aunque lento de arranque— que lanzó un poco de polvo sobre los zapatos relucientes de Charlie Barnes al ponerse en marcha. Roscoe dirigió una última mirada al río y enfiló el camino de Texas.

30

El primer buen baño que tomó Lorena fue en el río Nueces. Habían tenido un mal día tratando de abrirse camino por entre la espesura de mezquites y cuando llegaron al río decidió pararse, sobre todo porque encontró un lugar sombreado donde no había ni mezquites ni chumberas.

Jake no participó en la decisión porque estaba borracho. Había estado bebiendo *whisky* sin parar durante todo el camino y estaba tan inseguro en la silla que Lorena ni siquiera estaba segura de que fueran en la buena dirección. Pero iban por delante del ganado; desde cada claro podía mirar hacia atrás y ver la polvareda que levantaban las reses. Estaban muy lejos, pero directamente detrás de ellos, lo que la tranquilizaba. No sería agradable perderse, con Jake tan borracho.

Solo bebía porque la mano le dolía horrores. Probablemente le había quedado parte del pincho dentro. El pulgar había pasado del color blanco al granate. Esperaba encontrar pronto una ciudad donde hubiera un médico, pero en aquella parte del país no había otra cosa que chumberas y mezquites.

Era mala suerte que Jake tuviera ese accidente poco después de haber empezado el viaje, pero solo era un pincho. Lorena pensaba que lo peor era que se le pudriera. Cuando descabalgó, sus piernas eran tan inseguras que apenas pudo llegar a la sombra. Ella tuvo que amarrar los caballos y preparar el campamento, mientras Jake descansaba apoyado en un árbol y sin soltar la botella.

—¡Maldito calor! —protestó cuando ella se acercó un momento para mirarle la mano—. Quién sabe dónde acamparán los muchachos esta noche. Podríamos ir y jugar una partida.

—Y perderías. Estás demasiado borracho para jugar.

Vio un destello de rabia en los ojos de Jake. No le gustaba que se le criticara. Pero no dijo nada.

—Voy a lavarme —dijo Lorena.

—No te ahogues. Sería una lástima que te ahogaras camino de San Francisco.

Estaba furioso. Le irritaba que se le rechazara o que ella tomara ahora las iniciativas. Lorena respondió a su ira con el silencio. Sabía que el enfado duraría poco tiempo.

El río era verde y el agua fría bajo la superficie. Entró en el agua y se detuvo cuando le llegó a la cintura, dejando que la corriente se llevara las capas de polvo y de sudor. Cuando ya salía, sintiéndose limpia y ligera, tuvo un susto: una enorme tortuga estaba quieta en el lugar por donde había entrado en el río. Era tan grande como una tina de baño y tan fea que Lorena no quiso ni acercársele. Vadeó río arriba y al salir oyó un disparo. Jake estaba disparando a la tortuga. Después se acercó al agua, probablemente solo porque le gustaba verla desnuda.

—Eres todo un espectáculo —dijo sonriente. Luego volvió a disparar a la tortuga y falló. Disparó cuatro veces y todas las balas se hundieron en el barro. La tortuga, incólume, se deslizó en el agua.

—Siempre he sido mal tirador con la izquierda —se excusó.

Lorena se sentó sobre la hierba, al sol, y dejó que el agua resbalara sobre sus piernas. Jake se le acercó y empezó a frotarle la espalda. Sus ojos tenían una mirada febril.

—No sé cómo me gustas tanto.

Se tendió a su lado y tiró de ella hacia atrás. Era curioso mirar por encima de su cabeza y ver el claro cielo sobre ellos en lugar de las tablas desvencijadas del techo que la cobijaba en el « Dry Bean» . Más que de costumbre la hacía sentirse fuera de donde estaba, lejos de Jake y de lo que este estaba haciendo. Encerrada en una alcoba le resultaba difícil aislarse, pero sobre la hierba, con el cielo arriba, era fácil.

Pero para Jake no era tan fácil terminar; estaba más enfermo de lo que ella había creído. Le temblaban las piernas y su cuerpo pesaba sobre ella. Le miró a la cara y vio que estaba asustado. Se quejaba, tratando de agarrarse a sus hombros con su mano dolorida. Luego, sin querer, resbaló de su posición encima de ella; trató de volver a colocarse, pero siguió resbalando. Por fin abandonó y se desplomó sobre ella, tan agotado que parecía haber perdido el sentido.

Cuando se incorporó, ella se deslizó de debajo. Miró a su alrededor, pero sin ver nada. Lorie se vistió y le ayudó a vestirse. Luego le apoyó contra un árbol, a la sombra. Encendió un fuego pensando que el café podría reanimarle. Mientras estaba sacando la cafetera del fardo oyó un chapoteo y al levantar la vista vio a un negro montado a caballo cruzando el río desde la otra orilla. El caballo no tardó en ponerse a nadar, pero el negro no parecía asustado. El caballo salió del agua chorreando, el hombre descabalgó y le dejó que se sacudiera.

—¿Cómo está, señorita? —saludó el negro. Jake se había adormilado y ni siquiera se enteró de que el negro estaba allí—. ¿El señor Jake está dormido?

—Está enfermo —explicó Lorena.

El negro se acercó, se agachó junto a Jake y con cuidado levantó su mano. Jake se despertó.

—¡Pero si es el viejo Deets! —exclamó—. Lorie, estamos salvados. Deets nos sacará de apuros.

—Estaba buscando un buen sitio para que el ganado cruce el río —dijo Deets —. El capitán me ha hecho explorador.

—Y tiene toda la razón. Hace veinte años nos habríamos perdido todos de no ser por ti.

—Tiene mucha fiebre —dijo Deets—. Deje que le saque este pincho de la mano.

—Pensaba que lo había sacado entero el otro día —contestó Jake—. Preferiría que me cortaras la mano antes de que revuelvas en ella.

—Oh, no. Hay que conservar su mano. A lo mejor la necesita para disparar a un bandido, si alguno me persigue.

Revolvió en la bolsa de su silla y volvió con una enorme aguja en la mano.

—Tengo que llevar una aguja para coserme los pantalones de vez en cuando —explicó a Lorena.

Después de poner la aguja en el fuego y de dejarla enfriar, tanteó cuidadosamente en el pulgar de Jake. Cuando empezó a hurgar en el dedo, Jake se puso a gritar, pero no se resistió.

—¡Malditos pinchos! —masculló entre dientes, débilmente.

Deets, con una sonrisa, levantó la aguja. La pequeña punta amarillenta del pincho estaba prendida en ella.

—Ahora podrá volver a barajar las cartas —dijo.

Jake parecía aliviado aunque todavía seguía sofocado por la fiebre.

—Ahora mismo jugaré contigo. Eres el único de todo el equipo que tiene dinero.

El negro sonrió y volvió a guardar la aguja en la bolsa de la silla. Después aceptó el café que Lorie le ofrecía.

—Señorita, debería cruzar el río —le aconsejó al devolverle la taza.

—¿Por qué? —preguntó Lorena—. Acabamos de acampar. Necesitará descansar.

—Descansen en el otro lado. Esta noche habrá tormenta. Mañana el río estará crecido.

Parecía difícil de creer. No había ni una sola nube en el cielo. Pero el tono con el que había hablado el hombre inspiraba confianza.

A Deets le pareció que la joven parecía triste. Miró hacia el sol que se estaba poniendo y dijo:

—Puedo ayudarles a instalarse. —El negro les recogió todo en un santiamén, amarrando sus rollos de ropa en lo más alto para evitar que se mojaran.

—Qué poco hemos utilizado este campamento, maldita sea —protestó Jake cuando se dio cuenta de que se ponían en marcha. Pero cuando Deets mencionó la tormenta, montó sin más y se adentró en el río. No tardó en estar en la otra orilla.

Fue una suerte que Deets se ofreciera a ayudarles. La yegua de Lorena se

plantó y no quiso entrar en el río. Cuando el agua le llegaba al pecho, daba la vuelta y volvía a la orilla, poniendo los ojos en blanco y tratando de escapar. Pese a su valor, Lorena sintió crecer el miedo. Una vez la yegua estuvo a punto de caerse. Si se caía de verdad, podía dejar a Lorena atrapada debajo del agua verde. Trató de dominar el miedo. Habría de cruzar muchos ríos si quería llegar a San Francisco, pero la yegua seguía resistiéndose y tratando de dar la vuelta, y Lorena no podía evitar el pánico. Podía ver a Jake en la otra orilla. No parecía demasiado preocupado.

La tercera vez que la yegua dio la vuelta, el negro se puso inmediatamente a su lado.

—Déjemela a mí —le dijo.

Cuando le cogió las riendas, Lorena sintió más miedo que el que nunca había experimentado. Se agarró con tal fuerza a la crin del caballo que esta le cortó las manos. Luego cerró los ojos. Le resultaba insoportable ver que la cubría el agua. La yegua dio un salto y tuvo una sensación diferente. Estaban nadando. Oyó la voz del negro que tranquilizaba a la yegua. El agua le llegó a la cintura, pero no más arriba; después de un momento abrió los ojos. Casi estaban al otro lado. El negro miraba hacia atrás, vigilante, alzando un poco las riendas de la yegua de Lorena para mantenerle la cabeza fuera del agua. Luego sintió el retroceder del agua contra sus piernas al empezar a salir del río. Con una sonrisa, el negro le devolvió las riendas mojadas. Se agarraba con tal fuerza al animal que le costó un enorme esfuerzo de voluntad soltarse.

—Menos mal, es buena nadadora —comentó Deets—. Irá bien con esa yegua, señorita.

Lorena tenía los dientes apretados con tal fuerza que ni siquiera podía hablar para darle las gracias, aunque la embargaba la gratitud. De no haber sido por él estaba segura de que se habría ahogado. Jake ya había soltado su ropa de cama y la había extendido debajo de un gran mezquite. A él le había tenido sin cuidado que ella tuviera que cruzar el río. Aunque el miedo había empezado a abandonarla, Lorena sentía que aún no tenía control de sus miembros para poder bajar de la yegua y echar a andar como siempre había hecho. Se sentía furiosa con Jake por habérselo tomado con tanta calma.

Deets sonrió tolerante a Lorena y volviendo grupas se dirigió de nuevo al río.

—Prepare el fuego y póngase a cocinar —le advirtió—. Después apague enseguida el fuego. Va a levantarse mucho viento. Si el fuego se dispersara lo pasarían mal.

Miró al cielo, hacia el Sur.

—El viento llegará cuando se ponga el sol —añadió—. Primero traerá arena, luego empezarán los relámpagos. No aten los caballos a ningún árbol grande.

Muy a su pesar, Lorena sintió desánimo. Siempre había tenido pánico a los relámpagos más que a cualquier otra cosa, y ahora no tenía ninguna casa donde

refugiarse. Comprendió que iba a ser más duro de lo que había imaginado. Estaban solo en el segundo día y ya había tenido un miedo de muerte. Ahora venían los relámpagos. Por un instante todo le pareció imposible. Hubiera hecho mejor quedándose sentada en el « Dry Bean» para toda la vida, o casándose con Xavier. Se había echado inmediatamente en brazos de Jake, pero lo cierto es que Xavier probablemente la habría cuidado mejor. Sus sueños de San Francisco eran una locura.

Miró de nuevo al negro para darle las gracias por ayudarla a cruzar el río, pero él la miraba cariñosamente y no supo qué decirle.

—Tengo que ir a acompañar al capitán para cruzar —dijo.

Lorena asintió.

—Salude a Gus de mi parte.

—Así lo haré —dijo, y volvió a meterse en el Nueces por tercera vez.

31

—Bueno, aquí es donde todos averiguaremos si estábamos destinados a ser vaqueros —dijo Augustus, porque no tenía la menor duda de que se avecinaba la tormenta que Deets había anunciado—. Es una lástima que no se haya retrasado uno o dos días hasta que algunos de vosotros hubierais adquirido más práctica. —Y añadió—: Sospecho que la mitad de vosotros estaréis pisoteados antes de que termine la noche y que me quedaré sin cobrar mis deudas.

—Teníamos que contar con ella —observó Call—. Es la época del año en que hay tormentas.

Pero una tormenta de arena, por la noche, con un rebaño que aún no estaba hecho al camino y un equipo de principiantes, iba a ser algo poco apetecible.

—¿Crees que podríamos cruzar el río antes de que empiece? —preguntó Call, pero Deets negó con la cabeza. Se encontraban a varios kilómetros del Nueces, y el sol estaba ya bajo.

—Es un cruce difícil —explicó Deets—. Supongo que no querrán intentarlo a oscuras.

Newt acababa de llegar de la retaguardia para beber agua y lo primero que oyó fue lo de la tormenta de arena. No veía bien la diferencia; hasta ahora su mundo era sobre todo arena. Tenía que enjuagarse la boca cinco o seis veces antes de poder comer un plato de alubias sin tragar arena con ellas.

Call estaba indeciso. Nunca había tenido que hacer planes por una tormenta en monte bajo con un rebaño nuevo. Había demasiados factores que considerar. Por un instante se sintió pasivo, una vieja sensación que conocía bien de sus años de *ranger*. En una situación apurada, con frecuencia, su mente parecía cansarse de pronto de tanto pensar. Se sumía un tiempo en una negrura de la que emergía en medio de una acción que no había planeado. Nunca fue consciente de qué mecanismo le había puesto en marcha, pero algo siempre tiraba de él y se encontraba en pleno movimiento antes de tener consciencia de que era hora de moverse.

Ya empezaba a notar un cambio en el viento. El día había sido tranquilo, pero ahora sentía en la mejilla un hálito caliente procedente del Sur. Había experimentado muchos de estos vientos en Lonesome Dove, con la arena llegando desde México a tal velocidad que parecían perdigones cuando chocaban

con la piel. La *Mala Bestia* miró a su alrededor inquieta, sabiendo lo que se les venía encima.

—Será una sucia puesta de sol, chicos —anunció Augustus.

En efecto, el sol apenas era visible. Solo se divisaba su borde de color amarillo y el disco central, oscuro como en un eclipse. Al Oeste y al Sur, la arena se iba alzando como una cortina marrón, aunque muy por encima seguía brillando el lucero del atardecer.

Bolívar paró la carreta y se puso a revolver el montón de rollos de mantas en busca de su sarape.

—Vete a decir a Dish y a Soupy que controlen el ganado —ordenó Call a Newt.

El muchacho se sintió orgulloso de que le encomendaran algo y galopó alrededor del ganado hasta llegar al punto. Las reses estaban tranquilas, caminando plácidamente, pastando cuando encontraban algo que pastar. Dish estaba cómodamente inclinado sobre su montura.

—Me figuro que esto querrá decir que te han ascendido —comentó al tener cerca a Newt—. O bien que a mí me han degradado.

—Se acerca una tormenta y el capitán dice que controléis el ganado.

Dish miró al cielo y se aflojó el pañuelo.

—Ojalá las malditas tormentas aprendieran a aparecer de día —exclamó con una sonrisa—. No sé por qué, pero generalmente descargan cuando me dispongo a echar un sueñecito.

Su actitud hacia la tormenta era despectiva, como correspondía a su categoría. Newt trataba de imitar su estilo, pero no lo conseguía. Nunca había estado en una tormenta nocturna, con miles de reses que controlar, y no le atraía la experiencia, que empezó al instante. Antes de que pudiera rodear al ganado para llegar junto a Soupy, la arena empezó a arreciar. El sol desapareció como si alguien le hubiera puesto una tapadera, y una pesada media luz iluminó las llanuras por unos segundos.

—Me parece que va a ser buena —comentó Soupy, ajustándose el pañuelo sobre la nariz y encajándose bien el sombrero. La pérdida de sombreros debido a ráfagas inesperadas se había convertido en un problema mayor de lo que Newt hubiera podido imaginar. Les volaban siempre, asustando al ganado o a los caballos. Agradecía a Deets que le hubiera hecho un pequeño barboquejo de cuero y así se evitaba la vergüenza de perderlo en momentos cruciales.

Newt había pensado volver junto a la carreta, pero la tormenta no le dio tiempo. Mientras Soupy se arreglaba el pañuelo, miraron en torno y descubrieron oleadas de arena como pequeñas nubes bajas corriendo por entre los mezquites, a la escasa luz, en dirección Sur. Las nubecitas de arena parecían cosas vivas, pasando entre los mezquites y el chaparral, como un lobo, deslizándose bajo la tripa de las reses y elevándose después un poco para soplar sobre sus lomos. Pero

detrás de las pequeñas oleadas venía un río, no de agua sino de arena. Newt solo miró una vez para orientarse; y la arena le llenó los ojos, dejándole inmediatamente ciego.

Fue en el primer momento de su ceguera cuando el ganado empezó a correr, como si aquel río de arena le pusiera en movimiento. Newt oyó el caballo de Soupy lanzarse a la carrera al instante y *Mouse* salió disparado, pero Newt no sabía hacia dónde corrían. Se metió el dedo en los ojos con la esperanza de sacarse la arena, pero fue como si se los frotara con papel de lija. Se le saltaron las lágrimas y la arena se le volvió barro en las pestañas. De vez en cuando vio algo borroso con uno de los ojos, y a la primera mirada se quedó horrorizado al descubrir que estaba entre las reses. Un cuerno le rozó la pierna, pero *Mouse* lo esquivó. Newt dejó de preocuparse por ver y se concentró en mantenerse en la silla. Sabía que *Mouse* podía saltar cualquier mata no más alta que su cabeza. Experimentaba una horrible sensación de fracaso porque era seguro que no había cumplido su cometido. El capitán no tenía la intención de que se quedara en cabeza del rebaño; estaba allí porque no se había desplazado con suficiente rapidez, y era culpa suya si se encontraba en peligro, como suponía que estaba. Una vez creyó oír una llamada y se animó, pero el sonido fue inmediatamente ahogado por el viento, que parecía que gritaba, subiendo su tono por encima del tono bajo del golpear de los cascos. Cuando Newt empezó a poder ver de nuevo, no le sirvió de gran cosa porque era noche cerrada.

Por encima del rugir del viento y de la huida del ganado oyó de pronto el ruido de ramas rotas. Un segundo después, una rama de mezquite le pegaba en la cara y la maleza le atacó por todas partes. Supo que se habían metido en un soto y dedujo que era el final. *Mouse* tropezó y casi cayó de rodillas, pero consiguió enderezarse. Lo único que podía hacer Newt era agacharse todo lo posible sobre el arzón y mantener los brazos delante de la cara.

Sintió un gran alivio cuando el ganado aminoró la marcha. La maleza era tan tupida que les frenaba tanto a ellos como al ganado, aunque la misma maleza les dividió en varios grupos. Aquel en que se encontraba Newt pronto dejó de correr y se puso al paso. Los flancos de *Mouse* estaban pegajosos de sudor. A Newt le pareció un milagro que todavía estuviera vivo. Después oyó disparos de pistola por delante y a su derecha; una serie de explosiones, aunque instantáneamente llevadas por el viento. Este parecía aumentar. Cuando intentó enderezarse en la silla fue como empujar una pesada puerta con la espalda. Trató de volver grupas, porque aún tenía la esperanza de regresar a la retaguardia, donde pertenecía, pero *Mouse* no era partidario de retroceder. Esto enfureció a Newt, porque se suponía que era él el que tomaba las decisiones y no *Mouse*. El caballo se movía en círculos, pero se negaba a ir cara al viento y Newt cedió finalmente, convencido de que probablemente encontraría la carreta o por lo menos el

grueso del rebaño.

En los cortos intervalos en que cesaba el viento, podía oír el entrechocar de los cuernos, al tropezar unas reses contra otras en la oscuridad. Ahora caminaban despacio y Newt dejó que *Mouse* fuera junto a ellas. Había estado preocupadísimo y ahora se limitaba a cabalgar, con la mente vacía. Le parecía que había estado cabalgando tanto tiempo que la noche ya habría terminado, pero no era así y la arena seguía mordiéndole la piel. De pronto le sorprendió un destello de luz al Oeste… Desapareció tan rápido que al principio no lo reconoció como un relámpago. Pero se repitió y pronto se hizo casi constante, aunque aún estaban muy lejanos. Al principio le alegró porque le permitía ver que aún se encontraba en medio de varios centenares de reses, y porque además veía para esquivar los matorrales.

Pero a medida que se fueron acercando los relámpagos vino también el trueno. Su retumbar parecía caer sobre ellos como el rodar de gigantescos peñascos. *Mouse* se inquietó y Newt también empezó a sentirse intranquilo. Después, los rayos en lugar de serpentear en el horizonte como lenguas de fuego, empezaron a caer en tierra, gruesos como troncos y con terribles chasquidos.

En uno de los destellos, Newt vio a Dish Boggett a menos de treinta metros. Dish también le vio y fue hacia él. En el siguiente destello, Newt vio que Dish se ponía un impermeable amarillo.

—¿Dónde está Soupy? —preguntó Dish, pero Newt no tenía la menor idea—. Seguramente se ha ido por otro lado —continuó Dish—. Conservamos casi todo el ganado. Tendrías que haberte traído un impermeable. Va a llover.

A medida que continuaban los relámpagos, Newt se esforzó por no perder de vista a Dish, pero no lo consiguió. Vio con asombro que el ganado parecía haber cogido los relámpagos; pequeñas esferas azules recorrían sus cuernos. Mientras contemplaba la extraña visión, un caballo tropezó con el suyo. Era Deets.

—Apártate de las reses —le dijo—. No te acerques a ellas cuando tienen el rayo en los cuernos. ¡Apártate!

Newt no necesitaba que insistiera, porque le asustaba lo que veía y recordó que Dish le había explicado una vez que un rayo había caído sobre un vaquero y le había dejado negro. Quería preguntar unas cosas a Deets, pero Deets ya había desaparecido entre uno y otro destello.

El viento llegaba a ráfagas, soplando y muriendo. La arena también se había vuelto caprichosa y en lugar de golpearle la espalda incesantemente, le azotaba de pronto y le dejaba al momento. A la luz de los rayos podía ver que el cielo iba aclarándose arriba, al Este, pero que una pared de nubes asomaba por el Oeste y que surgían rayos por debajo de ellas.

Casi antes de que la arena dejara de picarle los ojos, empezó la lluvia. Caía en grandes goterones que resultaban deliciosos después de tanta suciedad. Pero las gotas se espesaron y adquirieron más fuerza y pronto cayó la lluvia como

sábanas, empujadas de un lado a otro por el extraño viento. Entonces el mundo se volvió sencillamente agua. A la brillante luz de un rayo, Newt vio a un coyote asustado y empapado que cruzaba a pocos pasos delante de *Mouse*. Después ya no vio nada más. El agua caía cada vez con más fuerza. Le golpeaba y caía a chorros del ala de su sombrero. Una vez más se abandonó; permaneció simplemente sentado y dejó que *Mouse* hiciera lo que quisiera. Le parecía que estaba totalmente perdido porque se había alejado del rebaño para escapar del rayo y no tenía la impresión de que estuviera cerca del ganado. La lluvia caía tan densa que por momentos temía ahogarse allí mismo, encima del caballo. Batía su rostro y le caía a los labios desde el ala del sombrero. Siempre había oído decir que el ser vaquero comportaba considerables cambios de tiempo, pero nunca había imaginado que hubiera tantos cambios en una sola noche. Una hora antes tenía tanto calor que creyó que nunca más volvería a sentir fresco, pero el agua que le empapaba le había dejado frío.

Mouse estaba tan desconcertado y confuso como él. El suelo estaba cubierto de agua; no cabía otra cosa que chapotear en ella. Para empeorar las cosas se encontraron con otro soto y tuvieron que retroceder, porque el mezquite mojado resultaba impenetrable. Cuando por fin lo rodearon, la lluvia había aumentado de intensidad. *Mouse* se detuvo y Newt pensó que era inútil seguir adelante si no sabía por dónde había que ir. El agua que seguía chorreando del ala del sombrero resultaba peculiar: un río por delante y otro por detrás. Uno le caía directamente sobre la nariz y el otro le bajaba por la espalda.

De pronto *Mouse* empezó a moverse de nuevo y Newt oyó el chapoteo de un caballo, por delante. Ignoraba si llevaría un jinete amigo, pero *Mouse* parecía creerlo así porque iba trotando a través del agua que le llegaba al corvejón, intentando localizar al otro caballo. En uno de los destellos, ahora más débiles, Newt vio a unas reses trotando a unos cincuenta metros a su derecha. Súbitamente, sin previo aviso, *Mouse* empezó a resbalar. Sus patas traseras casi se le escaparon hacia atrás…, habían tropezado con una arroyada y Newt notó que el agua iba subiéndole por las piernas. Afortunadamente no era profunda; *Mouse* recobró el equilibrio y se debatió para salir, tan asustado como Newt.

No había otra cosa que hacer que seguir adelante. Newt recordó lo feliz que había sido cuando vio amanecer después de aquella noche que habían ido a México. Si solo pudiera volver a ver un amanecer como aquel, sabría apreciarlo. Estaba tan empapado que le pareció que nunca más volvería a estar seco, o que no podría hacer algo tan sencillo como sentarse al sol y volver a sentir calor, o tumbarse en la hierba y dormir. Por el momento ni siquiera podía bostezar sin que le entrara agua en la boca.

Pronto se cansó de pensar y solo deseó que pronto llegara la mañana. Pero seguía la noche. Terminaron los relámpagos, y la lluvia fuerte se convirtió en

llovizna. De tanto en tanto encontraban manchas de maleza y había que retroceder y dar la vuelta, y seguir como mejor podían. Cuando cruzó la arroyada se le había llenado de agua una bota. Newt estuvo a punto de parar y vaciarla, pero pensó que si se le caía y no podía encontrarla en la oscuridad, o si se la sacaba y no podía volver a ponérsela, tendría que volver al campamento cabalgando con una sola bota. Al pensar en el ridículo que haría decidió no quitarse el agua de la bota.

En todo caso se sentía orgulloso de *Mouse*, porque muchos caballos se habrían caído al encontrarse en una arroyada.

—Buen caballo —le dijo—. Si seguimos andando puede que se haga de día.

Mouse sacudió la cabeza para apartarse las crines mojadas de los ojos y siguió avanzando en medio del barro.

32

A Jake se le había olvidado trabar a los caballos. Se acordó cuando vio el primer relámpago y la yegua de Lorena rompió de pronto las riendas y salió huyendo. Era oscuro y seguía la tormenta de arena. Consiguió trabar su caballo y el mulo de carga, pero tuvo que dejar que la yegua se fuera.

—No irá lejos —dijo cuando volvió junto a Lorena. Esta se había acurrucado debajo de una manta, con la espalda apoyada contra un gran mezquite y las piernas medio enterradas en la arena—. Además no le gusta nadar. Espero que la encontraremos en este lado del río.

Lorena no contestó. Los relámpagos le producían tal tensión que pensó que no podría soportarla. Si seguía así por mucho rato, se retorcería como un alambre.

Se enroscó la manta al cuerpo todo lo que pudo y apretó los dientes como hizo al cruzar el río. Intentó pensar en algo que no fueran los relámpagos, pero no pudo. No dejaba de pensar en lo que sentiría cuando el rayo la alcanzara. Había oído decir que era como una quemadura, pero ¿cómo podía una quemadura recorrer el cuerpo en un instante?

Los rayos empezaron a caer sobre los árboles cercanos con unos chasquidos tan fuertes que le resonaban en la cabeza. No le importaba mojarse. Jake había intentado montar un toldo, pero no era suficientemente grande.

Un rayo cayó justo detrás de ellos, con un ruido tan fuerte que le quitó el aliento. Sintió deseos de volver. Cuando recobró el aliento se encontró llorando; las lágrimas se le mezclaban con la lluvia sobre su cara.

—Tenemos que salir de debajo del maldito árbol —gritó Jake.

Lorena no se movió. Estaba loco. El árbol era lo único que les protegía de la muerte. A cielo abierto el rayo no tardaría en dar con ellos.

Pero Jake empezó a tirar de ella, gritándole:

—¡Ven! Vamos al abrigo del ribazo. Puede caer uno sobre el árbol.

Los rayos eran ahora constantes. Le permitían ver hasta el último pelo de la cara de Jake. Parecía viejo. Pero no iba a dejarla debajo del árbol. A cada resplandor veía el río. El río, que casi se había quedado con ella, y que ahora Jake se empeñaba en que volviera a él. Cuando tiró de ella de nuevo, se debatió. El árbol era la única protección que tenía, y no quería dejarlo.

—¡Ven de una vez, maldita sea! —exclamó Jake—. Este no es sitio para estar

en una tormenta de rayos.

Cada vez que tiraba de ella, aumentaba la tensión interior, y al fin le pegó. El primer golpe le dio en el ojo y le hizo resbalar y caer en el barro. Luego todo fue oscuridad. Al siguiente destello vio que Jake trataba de levantarse, con expresión de sorpresa. Pero la cogió en la oscuridad y volvió a tirar de ella para apartarla del árbol. Le dio una patada y ambos cayeron al suelo, pero un rayo cayó tan cerca y con tal estruendo que se olvidó de pelear. Le dejó que la arrastrara hasta el río, tirando también de la lona. Otro rayo cayó tan cerca que hizo temblar el suelo, y casi lanzó a Jake al agua. El ribazo tenía poco saliente y la lona tenía tanto barro que casi no podía arrastrarla, pero consiguió echarla por encima de ellos y se sentó a su lado, temblando. A cada destello, la luz era tan brillante que podía ver cada pequeña ola del río. Se preguntó dónde estaría la tortuga, pero antes de poder buscarla con los ojos volvió la oscuridad. Al siguiente destello vio los caballos saltando y tratando de deshacerse de sus trabas. Cerró los ojos, pero cuando caían los rayos sentía la luz en sus párpados. No podía hacer otra cosa que esperar la muerte. Jake temblaba junto a ella. Sentía que sus músculos se contraían, cada vez más tensos.

—Vaya, ojalá hubiéramos traído nuestra cama de plumas —comentó Jake, esforzándose por quitarle importancia a la situación.

Lorena abrió los ojos a la oscuridad y un segundo más tarde vio un rayo que desde el otro lado del río caía sobre el árbol donde habían montado su campamento. El árbol se partió desde arriba. Luego volvió a ser noche oscura y al siguiente destello el trozo partido ya estaba en el suelo.

—Hay que agradecer al viejo Deets el que sigamos con vida —dijo Jake—. Este habría acabado con nosotros si nos hubiéramos quedado allí.

« No le diste las gracias» , pensó Lorena. Apoyó la cabeza sobre las rodillas y esperó.

33

Al amanecer, la lluvia había cesado por completo y el cielo estaba sin nubes. El primer rayo de sol brilló sobre la maleza mojada y los centenares de charcos repartidos entre las matas, y la piel brillante de las reses y de los caballos.

A la cabeza del primer grupo de ganado, Call supervisaba la situación sin demasiada inquietud. A menos que hubiera alguna víctima del rayo por alguna parte, habían soportado bien la tormenta El ganado había avanzado por su cuenta y estaba tranquilo. Deets había ido a explorar, y Soupy, Jasper y Needle guardaban el resto a tres kilómetros al Este. La carreta estaba embarrancada en un arroyo, pero consiguieron cuerdas suficientes para sacarla. Bol se negó a bajar del pescante de la carreta mientras tuvo lugar el salvamento. Lippy había bajado para ayudar a empujar y estaba cubierto de barro hasta casi el labio.

Newt se quedó extremadamente sorprendido cuando se hizo de día y se dio cuenta de que se encontraba en el puesto que tenía asignado con respecto al ganado: detrás. Estaba tan cansado que ni siquiera sintió alivio. Lo único que deseaba era echarse a dormir. Varias veces dio cabezadas, sentado sobre la silla. *Mouse* también estaba cansado y andaba despacio.

Deets vino a informar que todos los hombres estaban bien y en sus puestos, a excepción del señor Gus. Había estado un rato con el rebaño principal, pero ahora no se le veía por ninguna parte.

—Probablemente ha ido a desayunar al café —comentó Dish Boggett—. O quizá se fue a San Antonio a que le afeiten.

—Tal vez ha ido a visitar al señor Jake —dijo Deets—. ¿Quiere que vaya a ver?

—Sí, echa un vistazo —asintió Call—. Quiero cruzar el río tan pronto como sea posible y sería conveniente tener a Gus aquí.

—No es un gran río —observó Dish—. Podría saltar al otro lado si tuviera un caballo de patas largas.

Cuando se le preguntó cuánto ganado pensaba que se había perdido, Dish calculó que unas veinticinco cabezas, tal vez menos.

—Bueno, a mí casi me perdisteis —explicó Jasper Fant cuando estaban todos junto a la carreta.

Bol tenía leña seca que había guardado debajo de una lona, pero la

preparación de la comida iba a ser demasiado lenta según opinaron algunos hombres.

—Estoy tan cansado que no serviré para nada en una semana —se quejó Jasper.

—¿Cuándo has servido para algo? —preguntó Dish. Él estaba de buen talante. Siempre mejoraba su humor que reconocieran su habilidad, y todos los hombres la reconocían. Había conseguido apartar la mayor parte del rebaño de lo peor de la maleza y lo había mantenido unido. Incluso el capitán Call parecía impresionado.

Él único vaquero que no había estado a la altura en las circunstancias había sido Sean O'Brien, que iba a pie para cazar a su caballo de noche cuando estalló la tormenta. Era tan malo con el lazo que Newt solía enlazarle los caballos, si estaba cerca. Esta vez, naturalmente, no lo estaba. Los Spettle, responsables de la remuda, temieron que el lanzamiento torpe de Sean pudiera provocar la dispersión de todo el rebaño; Bill Spettle le enlazó un caballo, pero era uno que no podía montar. Sean no tardó en ser derribado y cuando la remuda se dispersó, el caballo de Sean también se fue. Sean se vio obligado a viajar en la carreta durante toda la noche, más preocupado por su vida que por su reputación. Bolívar había dejado bien claro que no le gustaban los pasajeros.

Mientras se preparaba el desayuno, la mayoría de los vaqueros se quitaron las camisas y las pusieron a secar sobre las matas. Los que llevaban calzoncillos largos también se quitaron los pantalones. Dish Boggett era uno de los pocos que había envuelto cuidadosamente su ropa de recambio en un hule, y pronto se puso pantalones y camisa secos, lo cual aumentó en cierto modo su sentido de superioridad sobre el resto del equipo.

—Muchachos, parecéis un puñado de gallinas mojadas —les dijo.

Era cierto que el grupo tenía un curioso aspecto, aunque a Newt no se le hubiera ocurrido compararles a gallinas mojadas. La mayoría tenía la cara tostada, al igual que el cuello y las manos, pero el resto del cuerpo, que el sol nunca veía, lo tenían de un blanco deslumbrante. Bert Borum era el que resultaba más raro sin camisa porque tenía la barriga redonda cubierta de pelo negro y rizado que le llegaba hasta dentro de los pantalones.

Pea Eye circulaba metido en un par de calzoncillos largos y anchos que había llevado continuamente en los últimos años. Llevaba su cuchillo y la correa de la pistola sobre su ropa interior, por si se producía un asalto súbito.

—No veo la necesidad de secarnos demasiado —indicó—. Dentro de poco vamos a cruzar el río.

—Preferiría rodearlo —observó Needle—. Lo he cruzado muchas veces pero he tenido suerte.

—Yo estoy deseando cruzarlo; me servirá de baño —comentó Lippy—. No puedo hacer gran cosa bajo esta capa de barro.

—Pero si esto no es un río, es un arroyo… —dijo Dish—. La última vez que lo crucé ni me di cuenta.

—Supongo que te darás cuenta si cinco o seis terneras se te suben encima —dijo Jasper.

—Es solo el primero de una serie —anunció Bert—. ¿Cuántos ríos hay desde aquí hasta el Yellowstone?

La pregunta hizo que todo el mundo se pusiera a contar y a discutir, porque tan pronto como llegaban a un número exacto, alguien recordaba otro arroyo y volvía a empezar la discusión sobre si debía contarse como río.

Los hermanos Rainey dormían debajo de la carreta. Ambos se habían quedado como troncos en cuanto descabalgaron; estaban demasiado agotados como para acordarse de la ropa mojada y de la comida. A los Rainey les gustaba dormir, mientras que los Spettle podían prescindir de ello. Parecía como si aquella terrible noche no les hubiera afectado; estaban sentados aparte, silenciosos.

—Ojalá hablaran; así sabríamos lo que piensan —comentó Sean. Los Spettle le ponían nervioso.

Call estaba molesto con Gus, que no había vuelto aún. Pea, dijo haberle visto poco después del alba, cabalgando hacia el Este y en perfecto estado de salud. Call se fijó en que el toro tejano estaba a unos cincuenta metros de distancia. Observaba a los dos cerdos que estaban hozando alrededor de una mata de chaparral. Probablemente perseguían a una ardilla de tierra o quizás a una serpiente de cascabel. El toro dio unos pasos hacia ellos, pero los cerdos no le hicieron caso.

A Needle Nelson le asustaba el toro. En cuanto se fijó en él fue a sacar su rifle de la funda de la silla.

—Si viene hacia mí voy a dispararle. Como no me deje en paz, no va a poder cruzar el Yellowstone.

A Lippy tampoco le gustaba el toro y se encaramó a la carreta cuando se dio cuenta de lo cerca que estaba el animal.

—No atacará el campamento —aseguró Call, aunque en realidad no estaba tan seguro de que el toro no lo hiciera.

—Pero a Needle le atacó —afirmó Jasper—. Needle tuvo que escapar tan deprisa que por poco pierde la colita.

El comentario de Jasper fue coreado por una carcajada general. Needle Nelson se mantuvo serio, con el rifle apoyado contra una rueda de la carreta mientras comía.

El toro siguió vigilando a los cerdos.

34

Tan pronto como el sol estuvo lo bastante alto como para calentar, Lorena tendió sus ropas y enseres sobre los árboles y matas para que se secaran. Le parecía asombroso estar sana y salva después de semejante noche. Se reanimó rápidamente e incluso se conformó con montar el mulo de carga. Pero Jake no quiso ni oír hablar de semejante cosa. Su ánimo estaba por los suelos.

—Me molesta el ruido del agua a cada movimiento que hago —protestó Jake —. No estaba prevista la lluvia por estos parajes.

Ahora que el susto había pasado, Lorena se dio cuenta de que no le importaba que las cosas estuvieran húmedas. Lo prefería al calor. El único problema era que las pocas provisiones que habían traído se habían mojado. La harina estaba perdida, la sal hecha una bola. Por lo menos el bacon y el café no se habían estropeado y pudieron tomar un poco de cada antes de que Jake saliera en busca del caballo.

Cuando se hubo ido, Lorena bajó al río a lavarse el barro de las piernas. Como el sol ya calentaba, se echó a descansar en un lugar con hierba, que no estaba demasiado mojada. Al mirar al cielo su ánimo se levantó aún más. El cielo estaba totalmente limpio y azul, solo blanqueado por el sol hacia el Este. Era delicioso estar al aire libre. Había pasado demasiado tiempo en pequeñas alcobas calientes, mirando al techo.

Mientras descansaba, Gus se acercó cabalgando hacia ella.

—Confío en que quede un poco de café en la cafetera —dijo descabalgando —. A esta hora me suelo haber comido diez galletas, algún huevo y un poco de miel. ¿Tienes huevos, Lorie?

—No, pero tenemos bacon. Te freiré un poco.

Augustus contempló divertido el campamento lleno de barro.

—No veo al joven Jake. ¿Se ha ido a predicar o se lo ha llevado el agua?

—Ha ido a buscar el caballo pero me parece que en dirección equivocada.

Augustus sacó su enorme cuchillo y cortó el bacon para Lorena, que tenía un maravilloso aspecto a pesar de que se había pasado la noche metida en el agua. El cabello no se le había secado aún; las puntas mojadas parecían más oscuras. De tanto en tanto, bajaba por su brazo desnudo un hilo de agua. Inclinada sobre el fuego, su rostro estaba más relajado de lo que nunca había visto. La tensión que

mostraba siempre en Lonesome Dove, la tensión que siempre le hacía mantenerse aparte, había desaparecido dándole un aspecto infantil.

—Lorie, yo diría que el viajar te sienta bien. Estás tan bonita como la mañana.

Lorena sonrió. Era curioso. Al aire libre se sentía más a gusto con Gus que cuando estaba en el *saloon*.

—¿Cuánto tiempo lleva Jake fuera?

—Poco. Se ha ido río abajo en busca de huellas.

Augustus se echó a reír.

—Jake sería incapaz de descubrir la huella de un elefante aunque estuviera a diez pasos de distancia. Creo que deberíamos llamarle antes de que se pierda.

Sacó la pistola y disparó un par de tiros al aire.

Unos minutos después, Jake llegó al galope al campamento, con el rifle en la mano. Lorena iba recogiendo la ropa que el sol ya había secado.

—Gus, no sabía que íbamos a tenerte a desayunar todos los días del viaje —protestó Jake.

—Nunca has sabido agradecer nada, Jake. Vengo a devolver un caballo de cincuenta dólares que no hubieras encontrado en una semana, y lo único que se te ocurre es quejarte de mi compañía.

—Verás, hay algo así como un exceso de compañía —le espetó Jake esforzándose por ver si Lorena estaba fuera del alcance de sus palabras.

—¿Estás celoso o qué? —preguntó Augustus.

—¿Por qué no iba a estarlo si siempre intentas hacerte con cada mujer que miro? —respondió Jake.

—¡Eh, amigo! Estoy comiendo un poco de bacon. Pero creo que debieras haber traído una tienda si te proponías llevarte a una mujer como Lorie a sol y a serena.

Jake no estaba dispuesto a pasar el tiempo discutiendo de mujeres con Gus, aunque era una suerte, claro, haber recuperado el caballo.

—Me parece que recogeremos todo y nos iremos a San Antonio —dijo precisamente cuando regresaba Lorena cargada de ropa seca.

—Yo no quiero ir a San Antonio. Ya he estado allí.

Jake se quedó desconcertado.

—Pues es una buena ciudad para el juego. Aún no somos ricos. No nos vendría mal pararnos una semana, mientras los muchachos vuelven a poner el ganado en marcha. Luego los alcanzaremos.

—No me gusta volver a los sitios. Trae mala suerte —dijo Lorena.

—Claro, pero sería peor suerte seguir la marcha y que se nos termine el dinero.

—Me parece bien, Jake —dijo Augustus mientras echaba los posos del café a una mata de chaparral—. Estaré encantado de cuidar de Lorie mientras tú vas a

la ciudad y pierdes la pasta.

—¿Por qué piensas que voy a perder? —preguntó Jake con el rostro lleno de rabia.

—Si yo estuviera, perderías, y si no estuviera, probablemente te meterías en líos y matarías a otro dentista. Además, si alguien con una placa trata de cazarte, creo que donde primero mirará será en San Antonio.

—Si alguien con una placa viene a buscarme es probable que encuentre más de mí de lo que desea —masculló Jake—. Recógelo todo, Lorie. Si nos damos prisa podemos llegar mañana.

—Yo no quiero ir a San Antonio —repitió Lorena. Sabía que Jake no soportaba que le contradijeran, pero no le importaba.

Antes de que pudiera darse cuenta, él giró en redondo y le dio un bofetón, no muy fuerte, pero era un bofetón.

—¡Maldita sea! ¡Tú irás adonde yo diga! —La cara se le puso roja de ira.

Lorena estaba avergonzada de que la pegara delante de Gus, pero este no parecía interesado por lo que hicieran ella y Jake. Además trataba de ser educado… ¿Y qué otra cosa podía hacer?

Se acordó del dinero que Xavier le había entregado, y se sintió afortunada de tenerlo.

Miró a Augustus de nuevo y vio que este observaba en silencio, esperando ver cómo manejaría a Jake, que la miraba rabioso esperando a que probablemente se echara a llorar. Pero había sido necesaria toda la furia de la tormenta para que llorara; un golpecito de él no merecía tenerse en cuenta. Le dio la espalda y se alejó para preparar los bultos.

Poco después, Jake se acercó al fuego, sereno.

—No sé lo que le pasa a Lorie. Se está volviendo susceptible.

Augustus se echó a reír.

—Eres tú el susceptible. No fue ella la que te pegó.

—¿Pero por qué me contradice? Yo soy el que decide dónde vamos y dónde paramos.

—Puede que sí y puede que no. Quizá la cosa no sea tan sencilla.

—Tendrá que ser sencilla o pronto dejará de verme —protestó Jake.

—Dudo que te eche de menos, Jake. Tienes tus encantos, pero yo también tengo los míos. Vendré y acamparé con ella, si decides que te has hartado de verla. Además, yo no soy tan violento como tú.

—No le he hecho daño —se justificó Jake. Se sentía algo culpable, por el bofetón. Le había molestado llegar cabalgando y verla allí sentada con Gus, y además se le había insolentado. Gus siempre conseguía malograr cualquier situación en la que estuviera con una mujer.

—Tengo que irme —dijo Augustus—. Call se pondrá furioso si no regreso pronto. Muy agradecido por el desayuno.

—Con este es el segundo que nos debes. Espero verte en la ciudad y que nos invites a comer.

—Pero si no estaréis en la ciudad… —observó Augustus. Se acercó a Lorena, que estaba cargando tranquilamente el mulo.

—No te olvides de trabar la yegua —le recordó—. Me parece que no está tan cansada de Lonesome Dove como nosotros. Iba camino de casa cuando la encontré.

—La trabaré —dijo, dedicándole una sonrisa, la pataleta de Jake no le había mermado el ánimo.

—Si te pones más guapa no estarás a salvo conmigo —le dijo Augustus—. Me veré obligado a volver a jugar a las cartas contigo.

—No, ya te dije que la próxima vez liaremos una partida. A lo mejor tendré más suerte.

—Cuídate. Si este veleta se marcha y te abandona, ven a buscarme. Nos encontrarás por el polvo.

—No me dejará —le aseguró Lorena—. Se portará bien.

Observó cómo Gus cruzaba el río lleno de barro. Saludó desde la otra orilla y desapareció entre la maleza. Siguió preparando las cosas para la marcha. Jake se acercó nervioso.

—No deberías provocarme como lo has hecho —dijo con aspecto avergonzado. Intentó acariciarle con la mano, pero Lorena pasó al otro lado del mulo.

—No te he provocado. Solo te he dicho que yo no iba a volver a San Antonio.

—¡Maldita sea! Tengo ganas de jugar un poco antes de que lleguemos a Denver.

—Vete a jugar. Nunca he dicho que no pudieras hacerlo. Yo me quedaré en el campamento.

—Vaya, parece que te has arreglado con Gus. Imagino que está deseoso de enseñarte trucos con las cartas —masculló amargado, y giró sobre sus talones.

Lorena se quedó tan tranquila. Era un día extraordinariamente bonito. El hecho de que Gus hubiera encontrado su yegua era buena señal. Tenía ganas de cabalgar aunque todo el terreno estaba lleno de maleza. En realidad quería galopar. Que Jake se enfurruñara si le apetecía. Ella estaba encantada con el viaje.

35

El día no tardó en volverse caluroso, y el ganado, cansado de su caminata nocturna, remoloneaba y resultaba difícil hacer que se moviera. Call tuvo que poner a la mitad de los hombres detrás, para hacerles avanzar. Seguía decidido a cruzar el Nueces porque Deets había dicho que podía haber otra tormenta aquella noche.

Era imposible evitar del todo el monte bajo, pero Deets había encontrado una ruta que les llevaba ligeramente río abajo, rodeando lo peor de los sotos. Al acercarse al río empezaron a encontrar enjambres de mosquitos, que atacaban por igual a caballos y a hombres, y que caían sobre ellos con tal espesor que podían ser quitados como manchas. Todos los hombres cubrieron sus rostros como mejor pudieron y los pocos que tenían guantes se los pusieron. Los caballos no tardaron en sacudirse, dar patadas y agitar las colas, con las cruces cubiertas de mosquitos. El ganado también se mostraba inquieto, con los ojos y las ventanas de la nariz rodeados de mosquitos.

Newt pronto estuvo tan cubierto de sangre de mosquitos machacados que parecía haber sido herido en el campo de batalla. Sean, que cabalgaba cerca de él, no estaba mejor. Cualquier molestia hacía que Sean pensara en su casa, y los mosquitos eran una terrible molestia.

—Me gustaría ir a Irlanda —confió a Newt—. Si supiera dónde están los barcos, me iría.

Tenía la cara hinchada de los picotazos de los mosquitos.

—Creo que los ahogaremos en cuanto lleguemos al río —le animó Newt. Era lo único que les prometía cierto alivio. Había temido al río, pero eso había sido antes del ataque de los mosquitos.

Para empeorar las cosas, una vaca roja había empezado a quitarle la paciencia. Tenía una habilidad increíble para colarse entre la maleza y quedarse allí quieta. Los gritos no le causaban la menor impresión. Se quedaba en la maleza mirándole, convencida de que estaba a salvo. En una ocasión Newt echó pie a tierra dispuesto a asustarla desde el suelo, pero agachó la cabeza, amenazadora, y él abandonó la idea.

Una y otra vez se escondió entre las matas, y una y otra vez, después de desgañitarse hasta quedar afónico, se rendía y obligaba al caballo a entrar para ir

tras ella. La vaca saltaba rompiendo ramas con sus cuernos y echaba a correr como si pretendiera conducir el rebaño. Pero tan pronto aparecía el siguiente soto, volvía a meterse dentro. Le daba tanto trabajo que estaba tentado de abandonarla. Le parecía que los muchachos conducían el rebaño y que él solo conducía una vaca roja.

Cuando atacaron los mosquitos, la morosidad de la vaca aún se hizo mayor. Se detenía en un soto y le miraba silenciosa y estúpida, moviéndose solo cuando no tenía más remedio y parándose de nuevo tan pronto encontraba la maleza conveniente. Newt tuvo que frenar su impulso de sacar la pistola y dispararle. ¡Esto le enseñaría! Ninguna otra cosa le iba a causar ninguna impresión; nunca se había sentido tan provocado por un animal. Pero no podía dispararle ni podía abandonarla; el capitán no aprobaría ninguna de las dos cosas. Ya se había desgañitado; lo único que podía hacer era irla sacando de soto en soto.

Call había tenido la precaución de comprar un buey castrado a los Pumphrey para encabezar el rebaño. Era un longhorn grande, dócil, al que llamaban *Old Dog*. El buey no había estado nunca en Montana, por supuesto, pero había ido en cabeza de diferentes rebaños a Matagorda Bay. Call suponía que el viejo animal duraría por lo menos hasta que el rebaño estuviera bien entrenado para la marcha.

—*Old Dog* es como yo —dijo Augustus, observando cómo Dish Boggett acompañaba al viejo buey para el cruce del río.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Call—. ¿Perezoso?

—Quiero decir maduro. No se excita por pequeñas cosas.

—Y tú no te excitas por nada. Por nada, salvo por las galletas y las putas. Di, ¿qué está haciendo Jake? —Le molestaba que el hombre les sirviera de tan poco, que no les ayudara. Jake había hecho muchas cosas irritantes en sus días de *ranger*, pero nada tan irritante como traerse una puta a un traslado de ganado.

—Jake está haciendo de Jake. Es un trabajo arduo. Necesita una mujer para que le ayude.

Dish había ido conduciendo gradualmente a *Old Dog* al frente del rebaño, con un trabajo lento y silencioso. El viejo cabestro era dos veces más grande que la mayoría de erales flacos que componían el rebaño. Sus cuernos eran largos y estaban irregularmente inclinados, como si quisieran unirse.

Poco antes de que los hombres llegaran al río salieron a un claro de dos o tres kilómetros de anchura. Fue un alivio después de la continua batalla con el mezquite y el chaparral. La hierba era alta. Call y Deets la cruzaron al galope para ir a mirar el vado. Dish se acercó a Augustus montado en el elegante alazán al que llamaba *Mustache*, un bello caballo vaquero cuyos ojos estaban siempre pendientes de que ninguna vaca rebelde tratara de buscar la libertad. Dish desplegó su cuerda y practicó unos lanzamientos en un arbolito de mezquite. Luego incluso la lanzó, para divertirse, a un buitre que volaba bajo y que acababa

de abandonar lo que quedaba de un armadillo.

—Supongo que estás practicando para poder enlazar una mujer si conseguimos llegar a Ogallala —comentó Augustus.

—Tengo entendido que en aquella ciudad no hace falta cogerlas al lazo. Te enlazan ellas.

—Hay un largo camino hasta Nebraska —dijo Augustus—. Para entonces estarás a punto de ser lazado, Dish.

—¿Dónde ha estado esta media mañana? —preguntó Dish. Estaba deseando que Gus le hablara un poco de Lorena, aunque por otra parte prefería no saber nada puesto que involucraba a Jake.

—Oh, la señorita Lorena y yo hemos tomado café juntos por la mañana.

—Espero que el tiempo no la haya tratado muy mal —observó Dish, entristecido de pronto. No podía pensar en nada más agradable que tomar café con Lorena por la mañana.

—No, está bien —contestó Augustus—. Me parece que el aire libre le sienta bien.

Dish permaneció en silencio y Augustus decidió no importunarle más. En ocasiones la extremada juventud del muchacho le llevaba a ser caritativo. No tenía idea de lo rápida que corre la vida, ni de sus limitaciones. Los años pasan como semanas y los amores también pasan, o se vuelven agrios. El joven Dish, por hábil vaquero que fuera, podía no vivir para ver a las putas de Ogallala, y la ternura que sentía por Lorena sería lo más dulce que jamás tuviera.

Mirando a Dish, tan necesitado de Lorena, a la que probablemente nunca conseguiría, Augustus recordó su propio amor por Clara Allen, que le había dolido y gustado a la vez. De joven, Clara tenía tal gracia que con solo mirarla podía ahogar a un hombre; además siempre estaba riendo, aunque su vida no había sido de lo más fácil. Pese a sus ojos alegres, Clara era propensa a enfados súbitos y a una tristeza tan profunda que nada de lo que él dijera o hiciera podía empujarla a responderle, ni siquiera a mirarle. Cuando le dejó para casarse con un tratante de caballos, sintió que había perdido la gran oportunidad de su vida; a pesar de todo lo que se habían divertido juntos no había conseguido llegar a ella, ni en su felicidad ni en su tristeza. Tampoco fue por causa de su esposa; fue porque Clara había elegido lo que iba a ser su relación. Le quería de muchas maneras, le quería para ciertos propósitos y todos sus esfuerzos, sus trucos, sus miradas y su experiencia no pudieron inducirla a alterar su decisión.

El día que le dijo que iba a casarse con el tratante de caballos de Kentucky, él se quedó tan estupefacto que apenas pudo decir nada. Se lo comunicó simplemente, sin rodeos: Bob era el tipo de hombre que necesitaba; eso era todo. Todavía recordaba aquel momento: habían estado de pie delante de su pequeña tienda, en Austin, y ella le había cogido la mano, y se la había retenido.

—Bueno, Clara —le dijo, sin saber bien qué decir—. Creo que estás loca,

pero deseo que seas feliz. Espero verte de vez en cuando.

—Gus —le respondió—, déjame tranquila durante diez años o así. Después, ven a verme.

—¿Por qué diez años? —le preguntó desconcertado.

Clara sonrió. El mal humor le duraba siempre poco.

—Porque ya seré una esposa. No querré ser tentada por hombres como tú. Pero cuando haya cogido el tranquillo de la vida matrimonial, quiero que vengas.

Para Augustus, todo aquello carecía de sentido.

—¿Por qué? ¿Es que te propones escaparte después de diez años?

—No —dijo Clara—. Lo que quiero es que mis hijos te conozcan, que sean amigos tuyos.

Pensó que llevaba unos años de retraso, que ya habían transcurrido cerca de dieciséis desde que Clara le retuvo la mano delante de la tienda. No había estado demasiado pendiente del tiempo, pero no importaba. Lo único que podía ocurrir es que hubiera más hijos de los que hacerse amigo.

—A lo mejor os planto en Ogallala —dijo en voz alta.

—Bueno, plántenos cuando quiera, Gus —respondió Dish sorprendido.

Augustus se enfadó consigo mismo por haber descubierto sus pensamientos. Pero la idea de instalarse cerca de Clara y de su familia le atraía más que la idea de seguir a Call a otro desierto. Clara era una mujer despierta que incluso de jovencita leía todos los periódicos; tendría alguien con quien hablar de los acontecimientos del momento. Call no sentía el menor interés por los acontecimientos del momento, y una persona como Pea Eye ni siquiera sabía lo que era un acontecimiento. Sería agradable charlar regularmente con una mujer que estaba al día, aunque naturalmente aquellos dieciséis años en la frontera podían haber limado la curiosidad de Clara.

—¿Sabes leer, Dish? —preguntó.

—Bueno, conozco las letras. Puedo leer algunas palabras. Claro que hace mucho tiempo que no he practicado.

A unos cien metros de distancia pudieron ver a Call y a Deets cabalgando a lo largo del río, estudiando la situación.

—Quisiera que estuviéramos ya en Red River —dijo Dish—. No me gusta esta tierra baja.

—Yo quisiera estar en Yellowstone —declaró Augustus—. A lo mejor el capitán Call se conforma con aquello.

Cuando llegaron al río, parecía que el cruce iba a ser de lo más fácil. Al parecer, *Old Dog* tenía cierta afinidad con Deets y le siguió directamente al agua sin detenerse siquiera a olfatearla. Call, Dish, Augustus, Pea y Needle Nelson se desplegaron a lo largo de la orilla, río abajo, pero el ganado no demostró otra cosa que las ganas de seguir a *Old Dog*.

El agua estaba turbia de barro y la corriente era rápida, pero los animales

tenían que nadar solo unos metros. Uno de los grupos pequeños trató de retroceder, pero como estaban rodeados de la mayoría de los hombres no hubo mayor dificultad.

Pese a la tranquilidad, Newt sintió mucho miedo y cerró los ojos unos instantes cuando su caballo empezó a nadar y el agua le llegó a la montura. Pero cuando abrió los ojos vio que casi lo había cruzado. Llegó a la orilla opuesta al mismo tiempo que un flaco longhorn pardo; *Mouse* y el cabestro subieron por el ribazo, uno junto al otro.

Cuando Newt se volvió para observar el resto del ganado vadeando, se oyó un grito que cortó el aire, un grito tan terrible que casi le hizo perder el sentido. Antes de que pudiera mirar hacia donde se oyó el grito, Pea Eye le adelantó corriendo, seguido del capitán. Los dos llevaban cuerdas preparadas en las manos mientras espoleaban a sus caballos hacia el agua. Newt se preguntó qué querían hacer con las cuerdas. Entonces sus ojos decubrieron a Sean que gritaba incesantemente de un modo que Newt sintió deseos de taparse los oídos. Vio que Sean apenas se sostenía a caballo y que una infinidad de cosas pardas se retorcían a su alrededor y encima de él. De momento, en medio de aquel grito que no cesaba, Newt no podía imaginar lo que eran aquellas cosas… parecían gusanos gigantes. Solo tardó un momento en reconocer lo que veían sus ojos. Los gusanos gigantes eran serpientes, mocasines de agua. En ese momento, el señor Gus y Deets entraron en el agua detrás de Pea Eye y del capitán. No hubiera podido decir cómo llegaron allí tan deprisa, porque los gritos habían empezado en el momento en que *Mouse* y el cabestro llegaban arriba del ribazo, tan juntos que Newt podía ver las gotas de agua en los cuernos del cabestro.

Los gritos pararon de repente y Sean se deslizó debajo del agua. Su voz fue remplazada casi al instante por el frenético relinchar del caballo, que empezó a golpear el agua y no tardó en volver a la otra orilla. Cuando pudo hacer pie y salir del agua se sacudió tres serpientes del cuerpo y una resbaló de su cuello.

Pea Eye y el capitán golpeaban el agua que les rodeaba con las cuerdas. Newt vio a Sean salir a la superficie río abajo, pero ya había dejado de gritar. Pea se inclinó cuanto pudo desde el caballo y consiguió agarrar un brazo de Sean, pero entonces su caballo se asustó por las serpientes y se le escapó a Pea. Deets estaba cerca. Cuando Sean volvió a aparecer, Pea le agarró por el cuello y le sostuvo. Sean estaba en silencio aunque Newt podía verle la boca abierta. Deets agarró el caballo de Pea por la brida y le mantuvo tranquilo. Pea consiguió pasar las manos por debajo de los brazos de Sean y colocarlo atravesado en su silla. Las serpientes se habían dispersado, pero todavía se veía alguna en la superficie del agua. Dish Boggett tenía el rifle preparado pero estaba demasiado impresionado por lo que había visto para poder disparar. Deets le hizo señas para que retrocediera. De pronto se oyó un estallido. El señor Gus había disparado a una serpiente con su gran « Colt» . Mató a otras dos y dos más desaparecieron. El

capitán cabalgaba junto a Pea y le ayudaba a sostener el cuerpo de Sean.

Un minuto después el caballo de Pea salió de las aguas profundas e hizo pie. Call y Deets sujetaron el caballo mientras Pea cogía en brazos al muchacho moribundo. Entonces Deets llevó al caballo a tierra. Augustus salió del agua detrás de Call. El ganado seguía vadeando, pero ningún vaquero le acompañaba. Bert, los hermanos Rainey y Allen O'Brien estaban en la orilla sur, nada dispuestos a cruzar el río. Kilómetro y medio detrás de ellos, aparecieron la carreta y los caballos.

Pea entregó el muchacho a Dish y Deets. Call cogió rápidamente su impermeable y tendieron al joven encima. Tenía los ojos cerrados y su cuerpo se estremecía ligeramente. Augustus cortó la camisa para quitársela. Había ocho pares de marcas de dientes, incluyendo una en el cuello.

—Por no contar las de las piernas —dijo Augustus—. Es inútil contar las de las piernas.

—¿Qué ha sido? —preguntó Dish. Había visto claramente a las serpientes e incluso quiso matarlas, pero no podía creerlo ni comprenderlo.

—Me imagino que ha tenido la mala suerte de ir a dar con un nido de serpientes —explicó Augustus—. Nunca había visto un nido de serpientes en este río y lo he cruzado cientos de veces. Nunca había visto tantas serpientes en ningún río.

—La tormenta las alteró —dijo Deets.

Call se arrodilló junto al muchacho, sin poder hacer nada por él. ¡Qué mala suerte! Llegar desde Irlanda e ir a caer de lleno en un enjambre de mocasines de agua… Recordó que años atrás, en un verano seco y caluroso, se detuvo para que bebiera el caballo en un lago medio seco arriba del Brazos. Había acercado su caballo para que bebiera y casualmente vio que el fondo fangoso del lago estaba repleto de mocasines. Los charcos eran como nidos, llenos de serpientes que se retorcían, oscuras como el chocolate. Afortunadamente no entró en aquel charco. Lo que vio le impresionó tanto que por reflejo disparó contra una serpiente. Fue un acto inútil matar una donde había centenares.

Había visto alguna que otra serpiente en los ríos a lo largo de la costa, pero nunca más de una o dos juntas; alrededor del muchacho había visto por lo menos veinte, y probablemente había muchas más. En la orilla sur, el caballo que había montado el chico se revolvía en el fango, sin que le prestaran atención los asustados vaqueros. Quizás el caballo también había sido mordido.

Pea, que había sido el primero en acudir en su ayuda, metiendo a su caballo en medio de las serpientes, se sintió de pronto tan débil que pensó que iba a caerse del caballo. Descabalgó, sujetándose al arzón por si acaso le fallaban las piernas.

Augustus se fijó en lo pálido que estaba y fue hacia él:

—¿Te han mordido, Pea? —le preguntó, porque en la confusión un hombre

puede resultar herido y no darse cuenta. Había conocido más de un hombre que había recibido varios disparos sin que se diera cuenta. Un *ranger* se asustó tanto cuando se le indicó la herida que murió del susto, no del disparo.

—No creo que me hayan mordido. Las aparté a golpes.

—Bájate los pantalones —le ordenó Call—. Alguna puede haberte mordido abajo.

No encontraron ninguna herida en Pea. Entretanto el ganado había empezado a dispersarse, sin que nadie se fijara en cómo cruzaba. Algunos animales llegaban a la orilla, pero a cientos de metros río abajo. Los vaqueros de la orilla sur aún seguían sin cruzar.

—Gus, tú y Deets vigiladlo —les rogó Call, montando de nuevo—. Tenemos que evitar que el ganado se disperse.

Se fijó en Newt, sentado junto al caballo de Pea, con el rostro blanco como la cera.

—Ven a ayudarnos —le pidió, mientras Pea y Dish galopaban hacia el ganado.

Newt volvió grupas y siguió al capitán, sintiendo que no obraba bien. Debía haber dicho algo a Sean, incluso aunque Sean no pudiera oírle. Quería decir a Sean que siguiera adelante, que encontrara un barco en alguna parte y que volviera rápidamente a Irlanda, pensara lo que pensara el capitán. Ahora se daba cuenta de que Sean iba a morir y que ya era demasiado tarde para que pudiera buscar un barco, pero de todos modos quería decírselo. Había tenido la oportunidad de hacerlo, pero la había perdido.

Trotó junto al capitán, con la sensación de que iba a vomitar y también sintiéndose desleal para con Sean.

—¡Quería regresar a Irlanda! —exclamó de pronto, llorando a lágrima viva. Se sentía tan afectado que no le importaba.

—Sí, me figuro que sí —asintió el capitán a media voz.

Newt sostenía las riendas sin dejar de llorar y dejó que *Mouse* hiciera el trabajo. Recordaba los gritos de Sean, y cómo las serpientes le habían parecido gusanos gigantes culebreando. Cuando las últimas reses fueron al fin dirigidas hacia el grueso del rebaño, el capitán metió al caballo en el río. Newt se sobresaltó. No comprendía cómo alguien podía volver a meterse en un río que de pronto podía llenarse de serpientes, pero esta vez no apareció ninguna. Newt observó que ni el señor Gus ni Deets se habían movido y se preguntó si Sean ya habría muerto. Siguió pensando que debía abandonar el ganado y volver junto a Sean para hablarle, aunque fuera demasiado tarde para que Sean le contestara. Pero le daba miedo hacerlo. Siguió sentado en su caballo, indeciso, y lloró hasta que empezó a vomitar. Tuvo que inclinarse y vomitar por debajo del cuello de su caballo.

Deseó encontrar la forma de deshacer lo que había sucedido y hacer que los

días retrocedieran a cuando aún estaban en Lonesome Dove. Imaginaba a Sean vivo y bien, y que él le había dicho que fuera a Galveston y que encontrara un barco que le devolviera a su casa. Pero siguió mirando hacia atrás y allí estaban Deets y el señor Gus, arrodillados junto a Sean. Deseaba verle incorporarse, ya repuesto, pero Sean no se movió y Newt solo pudo seguir desesperado en su caballo y contener a las reses.

Augustus y Deets poco podían hacer por Sean salvo estar junto a él mientras se le terminaba la vida.

—Creo que habría sido mejor que Pea le hubiera dejado ahogarse —dijo Augustus—. Fue un muchacho con mala suerte.

—Con muy mala suerte —asintió Deets. Le temblaban las piernas. Había visto muchas muertes violentas, pero ninguna tan terrible como la que acababa de presenciar. Pensaba que nunca más cruzaría un río sin recordarla.

Sean O'Brien murió antes de que su hermano vadeara el río. Augustus cubrió al muchacho con el impermeable en el momento en que el rebaño de caballos ascendía el ribazo. El rebaño pasó tan cerca que cuando algunos de ellos se sacudieron el agua, las gotas mojaron la espalda de Deets. Los muchachos Spettle salieron del río con los ojos desorbitados de miedo, agarrados a sus empapados caballos. En la orilla opuesta Call tenía a otros hombres ayudando a meter la carreta en el agua por la pendiente del ribazo.

—Si las serpientes se hubieran echado sobre Bol, este habría tenido una oportunidad —comentó Augustus—. Llevaba su calibre diez.

—La tormenta las alteró —repitió Deets. Se sentía culpable porque él había elegido aquel punto en lugar de otro, río arriba, y ahora el pobre muchacho estaba muerto.

—Bueno, Deets, la vida es corta —dijo Augustus—. Más corta para unos que para otros. Esta es una mala manera de empezar un viaje.

Bolívar se sentía desgraciado. No pensaba que la carreta pudiera pasar, incluso en un río tan pequeño como aquel, pero tampoco estaba dispuesto a abandonarla. Seguía sentado en el pescante, ceñudo, con Lippy a su lado, mientras los vaqueros amarraban la carreta con sus cuerdas.

—¿Quiere decir que Sean está muerto? —preguntó Allen O'Brien al capitán, tan impresionado que casi no podía hablar.

—Sí, ha muerto —contestó Call; había visto cómo Gus cubría el cadáver.

—Yo soy el que lo ha matado —exclamó Allen con el rostro cubierto de lágrimas—. Nunca debí traer al muchacho, era demasiado joven.

Call permaneció en silencio. La edad del muchacho nada tenía que ver con lo ocurrido, naturalmente. Incluso un hombre de experiencia no habría sobrevivido en medio de tantas serpientes. Pudo haberle ocurrido a él mismo, y nunca le habían preocupado las serpientes. Solo servía para demostrar lo que ya sabía: que en la vida hay muchos más peligros que los que pueda prever el más

experimentado. Allen O'Brien no debía perder tiempo haciéndose reproches, porque un muchacho podía morir en Irlanda con la misma facilidad que en cualquier otra parte, por seguro que le pareciera estar.

Jasper y Bert habían visto las serpientes, y Jasper estaba tan aterrorizado que no podía ni mirar el agua. Soupy Jones estaba casi tan asustado como él. Los muchachos Rainey parecía que fueran a caerse de sus caballos.

Jasper quería sobre todo marcharse. Había vadeado el Nueces en varias ocasiones y, no obstante, a medida que se acercaba el momento, cuando tenía que volver a hacerlo, sentía que no podría. Pea, Dish y los demás, que ya habían cruzado, le parecían los hombres más afortunados del mundo.

—Capitán, ¿cree que las serpientes se habrán ido? —preguntó.

—En todo caso se han dispersado —respondió Call.

Al disponerse a vadear, Jasper sacó la pistola, pero Call movió negativamente la cabeza:

—Nada de disparos. —No confiaba en que ninguno de los hombres pudiera disparar desde un caballo que nada y acertar algo, como Gus había hecho—. Apártala si ves alguna —añadió.

—Espero que a ninguna se le ocurra meterse en esta carreta —dijo Lippy, con el labio estremecido de aprensión.

La carreta flotó mejor de lo que cabía esperar. Bolívar apenas se mojó los pies. Jasper hizo una mueca cuando vio un palo que le pareció una serpiente, pero las mocasines se habían dispersado y no se las volvió a ver.

Allen O'Brien descabalgó y se quedó llorando junto a su hermano. Jasper Fant también se puso a llorar pero sobre todo de alivio porque seguía con vida.

Mientras ellos lloraban, Deets y Pea buscaron palas en la carreta y cavaron una tumba, apartada unos cien metros del río, junto a un roble vivo. Luego cortaron parte de una de las lonas de la carreta, envolvieron con ella al muchacho y le llevaron a la tumba, en la carreta. Le metieron en ella y Deets y Pea no tardaron en cubrirle. La mayor parte del equipo estuvo alrededor sin saber qué hacer ni qué decir.

—Si queréis cantar o decir algo podéis hacerlo —dijo Call.

Allen empezó a cantar una canción irlandesa con voz temblorosa, pero de pronto se echó a llorar y no pudo terminarla.

—Si tuviera piano tocaría uno de los himnos de la iglesia —ofreció Lippy.

—Bueno, yo diré unas palabras —empezó Augustus—. Fue un chico bueno y valiente, porque todos vimos cómo superó su miedo a cabalgar. Tenía una hermosa voz de tenor y todos la echaremos en falta. Pero no estaba hecho para esta parte del mundo. En la vida hay accidentes y él tuvo uno muy malo. Si no tenemos cuidado, a todos puede ocurrirnos lo mismo.

Se volvió y se subió al viejo *Malaria*.

—Polvo al polvo —dijo—. Vámonos a Montana.

Tiene razón, pensó Call. Lo mejor que puede hacerse con la muerte es apartarse de ella. Los vaqueros fueron montando uno tras otro y salieron en dirección al rebaño, muchos de ellos dirigiendo una última y rápida mirada a la fangosa tumba debajo del árbol.

Augustus esperó a Allen O'Brien, que fue el último en montar. Estaba tan debilitado por el dolor que parecía que no iba a poder, pero al fin se subió al caballo y se alejó, mirando hacia atrás hasta que la tumba quedó oculta por la alta hierba gris.

—Parece todo tan rápido —dijo—. Solo cabalgar y abandonarle. Era el benjamín de la familia.

—Si estuviéramos en una ciudad habría tenido un bonito funeral —dijo Augustus—. Pero como puedes ver no estamos en la ciudad. No podemos hacer nada mejor que espolear el caballo.

—Ojalá hubiera podido terminar la canción —dijo Allen con dolor.

36

El barco del *whisky* apestaba, y los hombres que iban en él también, pero Elmira no lamentaba haber comprado el pasaje. Tenía un pequeño cuchitril entre barriles de *whisky*, hecho con unas planchas y cubierto con pieles de búfalo para guarecerse de la lluvia, pero pasaba la mayor parte del tiempo sentada en la popa del barco contemplando el incesante fluir del agua sucia. Algunos días hacía tanto calor que el aire sobre el agua lucía débilmente y la playa se veía borrosa; otros días soplaba una lluvia helada y se envolvía en una piel de búfalo y se mantenía relativamente seca. La lluvia era bienvenida porque ahuyentaba a las moscas. Le inquietaba el sueño pero era un pequeño precio por escapar de Fort Smith. Ya había vivido donde había moscas y cosas peores que moscas.

A medida que el barco iba subiendo por el Arkansas, el sucio río se fue estrechando gradualmente, y a medida que se estrechaba, la tripulación y los comerciantes de *whisky* se fueron poniendo inquietos. Bebían tanto *whisky* que Elmira se preguntó si les quedaría para vender. Aunque muchas veces se dio cuenta de que la observaban cuando estaba sentada en la popa, la dejaban en paz. Solo Fowler, el principal comerciante, le dirigió una o dos palabras. Fowler era un hombre corpulento con una barba sucia y amarillenta y un párpado que no le quería funcionar. Se estremecía arriba y abajo erráticamente, de manera que resultaba desconcertante: estaba mirándote con los dos ojos y de pronto caía el párpado y solo te miraba con un ojo y medio.

Fowler bebía sin cesar todo el día y toda la noche, por lo que Elmira podía ver. Cuando despertaba, por culpa de las moscas o por el movimiento del barco, siempre oía su voz ronca, hablando a quien quisiera oírle. Sostenía un pesado rifle con el brazo doblado y sus ojos no dejaban nunca de vigilar las orillas.

Fowler hablaba sobre todo de indios, a los que tenía un odio feroz. Había sido cazador de búfalos y había tenido muchos tropiezos con ellos. Cuando se acabaron los búfalos empezaron con el tráfico de *whisky*. Hasta el momento ni él ni ninguno de sus hombres había infligido a Elmira la menor ofensa. Le sorprendía. Era un grupo de aspecto facineroso y se había arriesgado mucho cogiendo aquel barco. Nadie en Fort Smith la había visto marcharse, o al menos eso pensaba, y los bateleros podían haberla matado y tirado a las tortugas sin que se enterara nadie. Las primeras noches había sentido algo de miedo en su

cuchitril, esperando que alguno de los hombres tropezara y le cayera encima. Pensaba qué sucedería… si así fuera, volvería a su antigua vida, que en parte había sido el motivo de que se fuera. Al menos dejaría de ser la esposa de July Johnson. Podría resultar duro durante cierto tiempo, pero acabaría por encontrar a Dee y la vida mejoraría.

Pero todos los hombres la evitaron de día y de noche salvo Fowler, que rondaba continuamente por el barco. Una vez que estaba cerca de ella se arrodilló de pronto y apuntó el rifle, pero lo que pensaba que era un indio resultó ser un matorral.

—El calor me hace saltar el ojo —explicó soltando un salivazo de tabaco al agua.

Elmira también vigilaba las distantes orillas, que estaban cubiertas con la hierba de primavera. A medida que se estrechaba el río veía más animales —ciervos, coyotes, ganado— pero ningún indio. Recordó historias que había oído a lo largo de su vida sobre mujeres robadas por los indios; en Kansas le habían señalado a una mujer, una que había sido rescatada y traída de nuevo a vivir con los blancos. A ella no le pareció una mujer diferente a las demás, aunque era cierto que parecía asustada; pero también había mujeres asustadas por acontecimientos corrientes. Era difícil comprender por qué los indios eran peores que los cazadores de búfalos, dos de los cuales estaban a bordo. Verles le traía recuerdos dolorosos. Eran hombretones con abrigos de piel de búfalo y cabello largo y enmarañado; se parecían a los animales que cazaban. Por la noche, en su cuchitril, a veces les oía orinar por encima de la borda; se colocaban junto a las barricas y soltaban sus meados al Arkansas.

Por alguna razón el ruido le recordaba a July, quizá porque nunca le había oído hacerlo. July era vergonzoso con estas cosas y se adentraba en el bosque cuando sentía necesidad para no molestarla. Encontraba irritante su timidez. A veces sentía deseos de decirle lo que realmente había hecho antes de casarse. Pero se guardó la verdad y nunca se sinceró con July Johnson.

Los días y las noches le resultaban interminables, con nadie con quien hablar salvo Fowler, y con él solo ocasionalmente. Cada vez se puso a pensar más en Dee. En Joe no pensaba; nunca había pensado mucho en él. Nunca le había parecido suyo, aunque realmente le había dado a luz. Pero desde el primer momento le trató con despecho y escaso interés. Los doce años desde su nacimiento había sido un período de espera; había esperado el momento de poder mandarle lejos y de volver a estar sola. Pensó que lo único bueno de haberse casado con July Johnson era que se había ido con Joe.

Con Dee se sentía bien, porque si realmente existía un hombre independiente, ese era Dee. Nunca podía saberse dónde estaría Dee al día siguiente. Cuando estaba, siempre se mostraba dispuesto a compartir la diversión, pero antes de que pudiera mirar a su alrededor ya se había ido a otra ciudad o con otra mujer.

Pronto el cielo sobre el río se fue haciendo más ancho a medida que el río salía de entre los árboles y fluía a través del llano. Las noches eran frescas. Las mañanas se templaban rápidamente y, cuando Elmira despertaba, el río estaba cubierto de una bruma fría y el barco perdido por completo en la niebla, hasta que el sol la despejaba. En varias ocasiones ocas y patos al alzar el vuelo en la niebla casi toparon con ella, envuelta en su manta de búfalo en la popa del barco. Cuando la niebla era espesa la asustaban el aleteo de las aves o los peces que saltaban. En una ocasión la aterrorizó el pesado aleteo de una de las enormes grullas que voló a ras del barco. A medida que se disipaba la bruma podía ver a las grullas de pie en los bajíos, solemnes, ajenas a las bandadas de patos que nadaban por los alrededores. Algunas bolsas de niebla persistían una hora o más por encima del agua después de que el sol se hubiese levantado y el cielo se hubiera vuelto de un azul claro.

Por la noche se oían muchos ruidos procedentes de las orillas. El más frecuente era el fino aullido de los coyotes. Durante el día de vez en cuando podían ver a un coyote o a un lobo gris en el ribazo, y los cazadores practicaban su puntería disparando a los animales. Pocas veces mataban alguno, porque el río aún era demasiado ancho. A veces Elmira veía las balas impactar en el barro.

Le gustaban las noches cuando no llovía, y acostumbraba a escabullirse a popa y escuchar el ruido del agua contra el barco. Había millones de estrellas. Una noche le pareció que la luna llena salía del humeante río. Era tan grande que parecía tocar ambas orillas. Su luz transformó la niebla nocturna en color perla. Pero después ascendió a más altura y se hizo amarilla como una manzana.

La mañana siguiente a la luna llena estalló una pelea entre los comerciales de *whisky* y un cazador de búfalos. Al despertar, Elmira oyó una ruidosa discusión cuando los hombres se emborrachaban. Un par de veces se habían peleado a puñetazos y habían topado con las barricas que formaban las paredes de su habitación, pero estas peleas seguían su curso. Había visto luchar a muchos hombres y no le preocupaba demasiado.

Pero la pelea de aquella mañana era diferente. La despertó un grito estridente. Terminó en una especie de quejido y oyó caer un cuerpo sobre cubierta. Luego oyó una respiración agitada como si el ganador de la pelea hubiera contenido el aliento. El hombre se alejó y siguió un pesado silencio, tan pesado que Elmira se preguntó si todos habían abandonado el barco. Empezó a sentir miedo. Quizá los indios estaban a bordo y habían asesinado a todos los traficantes. Se arrebujó en sus mantas preguntándose qué hacer, pero entonces oyó la voz bronca de Fowler. No había sido sino una pelea más.

Cuando salió el sol ocupó su puesto en la popa del barco. Todo estaba muy silencioso. Los hombres subieron, sentándose en grupo en el extremo más apartado. Entonces vio a un hombre boca abajo cerca del lugar donde había tenido lugar la pelea. No se movía. Le reconoció como a uno de los traficantes de

whisky por su pelo rojo.

Unos minutos después, Fowler y un par de hombres se acercaron y contemplaron el cuerpo. Entonces le sacaron el cinturón y las botas, le dieron la vuelta y le vaciaron los bolsillos. Tenía el pecho empapado de sangre. Cuando le hubieron quitado todo lo valioso que pudiera llevar lo tiraron por la borda. Se quedó flotando en el agua, de cara, y el barco siguió su ruta. Elmira vio cómo el cuerpo chocaba contra el barco. « Ahí terminas» , pensó. No conocía el nombre del hombre. Deseaba que se hundiera para no tener que verle. Pero aún había niebla y el cuerpo no tardó en perderse en la bruma.

Algo más tarde, Fowler le subió un plato con desayuno.

—¿Por qué se pelearon? —preguntó.

—Por usted —respondió Fowler, dejando caer el párpado.

Se quedó sorprendida. Los hombres parecía que no habían tenido interés por ella. Y además si la pelea fue por su causa, era extraño que la víctima no hubiera intentado conseguirla.

—¿Por mí?

Fowler la miró con su ojo y medio.

—Bueno, es la única mujer que tenemos —dijo—. Alguno quiso aprovecharse de usted. Pero el que más hablaba ahora es el que está muerto.

—¿Y quién lo mató?

—Big Zwey —contestó Fowler.

Big Zwey era el cazador de búfalos de peor aspecto. Tenía una barba grasienta y las uñas tan negras como el alquitrán. Era curioso pensar que un cazador de búfalos fuera su protector después de lo que había sufrido con ellos.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó—. ¿Qué puede importarle a él lo que a mí me suceda?

—Le gusta —respondió Fowler—. Dice que quiere casarse con usted.

—¿Casarse? —exclamó Elvira—. No puede casarse conmigo.

Fowler rio entre dientes:

—Él no lo sabe. Big Zwey no es del todo normal.

« Ninguno de vosotros sois del todo normales —pensó Elmira—, y yo tampoco debo serlo, de lo contrario no estaría aquí» .

—Se arriesgó mucho subiendo a un barco con hombres como nosotros —dijo Fowler.

Elmira no contestó. A partir de entonces, sintió con frecuencia la mirada de Big Zwey, aunque nunca le habló ni se le acercó. Tampoco lo hicieron ninguno de los demás hombres, probablemente temiendo que les mataría y que sus cuerpos serían lanzados por la borda si se le acercaban. A veces, Zwey pasaba horas enteras mirándola, sentado en el otro extremo del barco. Esto la amargaba. Él estaba convencido de que ya le pertenecía, y los demás hombres también pensaban lo mismo. Les mantenía alejados de ella, pero en sus ojos ella veía que

ya no le pertenecía. Pertenecía a un cazador de búfalos que nunca le había hablado.

Su pánico hizo que le despreciara, y siempre que descubría a uno de ellos mirándola le devolvía una mirada glacial. Desde entonces no dijo nada a nadie y pasó sus días en silencio, contemplando el río marrón a medida que iba quedando atrás.

37

Viajar era mucho peor de lo que Roscoe había supuesto, y había supuesto que iba a ser un infierno.

A las tres horas de que hubiera salido de Fort Smith tuvo la mala suerte de tropezar con una manada de cerdos salvajes. Por alguna razón *Memphis*, su montura, tenía un enorme miedo a los cerdos, y por alguna razón también esta manada de cerdos sentía una fuerte antipatía por los caballos blancos, o tal vez por los ayudantes de *sheriff*. Antes de que Roscoe se hubiera dado cuenta de los cerdos ya estaba galopando. Afortunadamente los pinos estaban algo separados, o de lo contrario Roscoe no hubiera sobrevivido. Los cerdos iban encabezados por un enorme jabalí pardo, que era mucho más rápido que los cerdos; el jabalí estaba casi encima de ellos cuando *Memphis* se desbocó. Roscoe sacó su pistola y disparó al animal hasta vaciar el cargador, pero falló todas las veces, y cuando trató de cabalgar de nuevo, galopando entre árboles y perseguido por un montón de cerdos, se le cayeron las balas. Tenía un rifle, pero le daba miedo sacarlo por temor a que también se le cayera.

Afortunadamente los cerdos no fueron demasiado constantes. Pronto pararon, pero *Memphis* no pudo ser detenido hasta que estuvo totalmente agotado. Después de eso no sirvió para nada durante el resto del día. Por la tarde, se le hundió hasta las rodillas al pararse a beber en un arroyo. Roscoe tuvo que descabalgar y darle una serie de latigazos en la grupa con la cuerda del lazo antes de conseguir sacarlo del barro. A consecuencia de la maniobra quedó totalmente embarrado y perdió una bota, absorbida por el barro hasta tal profundidad que apenas pudo alcanzarla. No se había traído otro par de botas de repuesto sobre todo porque no lo tenía, y se vio obligado a pasar la mayor parte de la tarde limpiando el barro de las que llevaba.

Acampó a tan solo unos quince kilómetros del pueblo. Lo que más le preocupaba no era estar demasiado cerca del pueblo sino los cerdos. No sabía si los cerdos aún iban siguiéndole; la idea de que pudieran llegar cuando se quedara dormido le mantuvo despierto hasta la mañana. Roscoe era un hombre de ciudad, y había pasado poco tiempo durmiendo en los bosques. Dormía plácidamente en el viejo sofá de la cárcel porque allí no debía preocuparse de serpientes, cerdos salvajes, indios, bandidos, osos ni otras cosas por el estilo, salvo el prisionero

esporádico y ruidoso que podía ser ignorado.

Entrada la noche, los bosques eran tan ruidosos como un *saloon*, y Roscoe no comprendía el significado de la mayoría de los ruidos. Para él eran amenazas. Estuvo toda la noche sentado con la espalda apoyada en un árbol, la pistola en la mano y el rifle sobre las rodillas. Cuando empezó a hacerse de día, estaba demasiado cansado para preocuparse por los cerdos o los osos y decidió tenderse un rato.

Cuando se levantó estaba tan cansado que apenas podía mantenerse en la silla, y *Memphis* estaba casi tan cansado como él. La excitación del primer día les había dejado extenuados. Ni uno ni otro se interesaban demasiado por lo que les rodeaba y Roscoe no tenía la menor sensación de que estuviera más cerca de July. Afortunadamente había un camino bien trazado por el Ejército entre Fort Smith y Texas, lo siguieron todo el día, parando frecuentemente para descansar.

Después, cuando el sol se iba poniendo, tuvo lo que parecía un golpe de suerte. Oyó que alguien gritaba y cabalgó hasta un pequeño claro cerca del camino. Descubrió que la razón de que hubiera un claro era porque un granjero estaba cortando los árboles. Ahora el hombre trataba de limpiar el claro arrancando los tocones con ayuda de una pareja de mulos. Los mulos estaban forcejeando y tirando de un gran tocón mientras el granjero les iba gritando para que tiraran con más fuerza.

Roscoe pensó que si había un granjero, también habría una cabaña cerca. Quizá podría dormir bajo un techo una noche más. Cabalgó hasta él y se detuvo a una distancia prudencial para no asustar a los mulos. El tocón estaba a medio sacar pero buena parte de las gruesas raíces aún seguían en la tierra.

El granjero, que llevaba un sombrero deformado, se fijó en Roscoe. Inmediatamente cesó el trabajo mientras el granjero le observaba. Cuando Roscoe se acercó un poco más para presentarse, el granjero se quitó el sombrero y resultó ser una mujer corpulenta vestida de hombre. Tenía el pelo oscuro y la camisa empapada de sudor.

—Bueno, ¿va a bajar y ayudarme o se va a quedar ahí mirando como un tonto? —le espetó, secándose la frente.

—Soy un ayudante del *sheriff* —respondió Roscoe, pensando que esa era la explicación convincente.

—Entonces quítese la placa si le pesa tanto —dijo la mujer—. Ayúdeme a arrancar estas raíces. Me gustaría sacar esto antes de que anochezca, de lo contrario tendré que trabajar toda la noche y me molesta malgastar el aceite del alumbrado.

Roscoe no sabía qué pensar. Nunca había intentado arrancar un tocón en su vida, y no estaba dispuesto a empezar. Lo que quería era no dormir en los bosques otra noche si podía evitarlo.

La mujer estaba mirando a *Memphis* mientras recobraba el aliento.

—Podríamos enganchar este caballo a la pareja —sugirió—. Mis mulos no tienen manías.

—¡Qué va! Este caballo no sabría qué hacer si lo enganchara —protestó Roscoe—: Es un caballo de silla.

—Ya veo —observó la mujer—. Quiere decir que es tonto o demasiado perezoso para trabajar.

Al parecer, el mundo estaba lleno de mujeres deslenguadas. La granjera le recordaba un poco a Peach.

Descabalgó a desgana y ató a *Memphis* a una mata al extremo del campo. La mujer esperaba impaciente. Entregó un hacha a Roscoe y este empezó a cortar las gruesas y resistentes raíces mientras la mujer animaba a la pareja. El tocón salió un poco más de la tierra pero no se desprendió. Roscoe no había utilizado un hacha en los últimos años y la manejaba con torpeza. Cortar raíces no era como partir leña. Las raíces eran tan duras que el hacha rebotaba a menos que el golpe fuera perfecto. Una de las veces golpeó una de las raíces demasiado cerca del tocón; el hacha rebotó, se le escapó de la mano y casi hirió a la mujer en un pie.

—¡Maldita sea! —exclamó Roscoe.

La mujer pareció disgustada, y le increpó:

—Si tuviera un pedazo de cuero lo ataría a tu mano. Entonces el hacha y tú podríais saltar por donde quisierais. ¿Qué pueblo te ha contratado para ayudante de *sheriff*?

—Fort Smith. July Johnson es el *sheriff*.

—Ojalá hubiera aparecido él. A lo mejor sabe cómo se corta una raíz.

Empezó a gritar de nuevo a los mulos y Roscoe siguió golpeando las raíces, agarrando el hacha con fuerza para que no se le volviera a escapar. Pronto empezó a sudar más que la mujer; el sudor le bajaba por la nariz y se le metía en los ojos. Hacía años que no había sudado tanto y no disfrutaba con la sensación.

Mientras estaba medio cegado por el sudor, los mulos dieron un fuerte tirón y una de las raíces que se disponía a cortar saltó de pronto fuera de la tierra y le atacó como una serpiente. La raíz le pegó justo encima de las rodillas y lo derribó de espaldas, haciéndole perder de nuevo el hacha. Trató de recobrar el equilibrio pero lo perdió definitivamente y quedó tendido. La raíz seguía retorciéndose, moviéndose, como si tuviera vida propia.

La mujer ni siquiera miró hacia atrás. Los mulos arrastraban al tocón y no les dejó parar, azuzándoles con las riendas y gritándoles como si estuvieran sordos mientras Roscoe seguía en el suelo contemplando cómo el enorme tocón salía del agujero donde había estado durante años. Un par de raíces pequeñas seguían aferradas pero los mulos siguieron avanzando y el tocón no tardó en quedar libre.

Roscoe se levantó despacio y descubrió que apenas podía andar.

La mujer parecía encontrar cierta diversión en la forma en que se movía e intentaba recuperar el control de sus miembros.

—¿A quién te han mandado prender? —le preguntó—. ¿O han pensado que no vales lo que te pagan y te han echado del pueblo?

Roscoe se sintió ofendido. Incluso los desconocidos creían que no merecía su sueldo, y sin embargo estaba convencido de que hacía un buen trabajo guardando la cárcel.

—Voy en busca de July Johnson —respondió—. Su mujer se ha escapado.

—Ojalá hubiera venido por aquí. La pondría a trabajar y me ayudaría a desbrozar este campo. Es un trabajo lento si lo hace una sola.

Pero la mujer había trabajado bien. Al extremo sur del campo, donde *Memphis* estaba amarrado, había cuarenta o cincuenta tocones alineados.

—¿Dónde están los hombres? —preguntó Roscoe.

—Unos se han ido y otros están muertos. No puedo encontrar un marido que sepa quedarse vivo. A mis chicos no les gusta el trabajo, así que se marcharon cuando la guerra y no han vuelto. ¿Cómo te llamas, ayudante?

—Roscoe Brown.

—Yo soy Louisa —dijo la mujer—. Louisa Brooks. Nací en Alabama y ojalá me hubiera quedado. Tengo dos maridos enterrados allí y otro en esta misma propiedad. Está enterrado allí, detrás de la casa. Jim era gordo y no pude subirlo a la carreta, así que tuve que cavar un agujero y meterlo dentro.

—Vaya, cuánto lo siento.

—No, no nos llevábamos bien. Bebía *whisky* y hablaba de la Biblia, y a mí me gusta que un hombre haga una cosa o la otra. Una vez le dije que por lo que me importaba ya podía caerse muerto, y aún no habían pasado tres semanas que va el imbécil y se muere.

Aunque Roscoe había pensado en quedarse por la noche, empezaba a perder las ganas. Le parecía que Louisa Brooks era casi tan temible como los cerdos salvajes. Los mulos arrastraron el tocón hasta donde estaban los otros y Roscoe se acercó y ayudó a Louisa a soltarlo.

—Roscoe, estás invitado a cenar —le anunció antes de que se hubiera decidido a marcharse—. Supongo que la comida se te da mejor que el hacha.

—Bueno, yo tendría que seguir buscando a July… —murmuró Roscoe indeciso—. Su mujer ha huido.

—También yo pensé huir antes de que Jim se muriera. Si lo hubiera hecho no habría tenido que enterrarle. Jim era gordo. Tuve que engancharle a un mulo para poder sacarlo de la casa. Había pasado todo el día arrastrando tocones y después tuve que trabajar la mitad de la noche plantando a un marido. ¿Qué edad puedes tener?

—Creo que cuarenta y ocho —contestó Roscoe sorprendido por la pregunta.

Louisa se quitó el sombrero y se abanicó con él mientras seguían a los mulos al extremo del campo. Roscoe llevaba a su caballo del ronzal.

—Los flacos duran más que los gordos —afirmó Louisa—. Tú probablemente

durarás hasta los sesenta.

—O más, espero.

—¿Sabes cocinar? —preguntó Louisa. Era una mujer de buen ver, aunque corpulenta.

—No —confesó Roscoe—. Generalmente como en el *saloon* o voy a casa de July.

—Yo tampoco sé. Nunca me interesó. Lo que me gusta es ocuparme de la granja. Trabajaría en ella día y noche, si no gastara tanto aceite.

Le pareció curioso. Roscoe jamás había oído hablar de una mujer granjera aunque muchas de las mujeres negras iban a recoger algodón durante la estación. Llegaron a un extenso claro sin ningún tocón. Había una gran cabaña y una cerca de alambre. Louisa desenganchó los mulos y los metió en el cercado.

—Les dejaría fuera, pero se escaparían —explicó—. No les gusta trabajar tanto como a mí. Supongo que tomaremos tortas de maíz. Es lo único que como.

—¿Por qué no tocino? —preguntó Roscoe. Tenía mucha hambre y le habría gustado un buen pedazo de bacon o una chuleta de algo. Algunas gallinas picoteaban junto a la cabaña; cualquiera de ellas hubiera sido buena para comer, pero no se atrevió a mencionarlo dado que era el invitado.

—No quiero cerdos por aquí —siguió explicando Louisa—. Son demasiado listos. No quiero saber nada con animales con los que tenga que ser astuta. Prefiero trabajar la tierra.

Haciendo honor a la verdad, Louisa sirvió tortas de maíz y agua fresca. La cabaña era grande y limpia, pero había poca comida. Roscoe se preguntaba cómo Louisa podía trabajar tanto sin otro alimento que pan de maíz y agua. Pensó que no había visto ninguna vaca lechera por ninguna parte, así que evidentemente pasaba de delicadezas tales como leche y mantequilla.

Ella comía su torta de maíz, satisfecha, y se iba abanicando con el sombrero. La cabaña estaba silenciosa y hacía calor.

—Dudo de que encuentre al *sheriff* —observó de pronto mirando a Roscoe.

También Roscoe lo dudaba pero pensaba que al menos debía demostrar que lo intentaba. Lo más probable era que cabalgara en círculo el tiempo suficiente para que July regresara al fin y le encontrara.

—Verás, se ha marchado a Texas. Quizás me encuentre con alguien que lo haya visto.

—Sí, y quizá cabalgues directamente a una reunión de indios comanches —objetó Louisa—, y nunca más vuelvas a comer un buen plato de tortas de maíz.

Roscoe dejó pasar el comentario. Cuanto menos se hablara de indios tanto mejor. Comió la torta y prefirió no pensar en ninguna de las muchas cosas que podían ocurrirle camino de Texas.

—¿Te has casado alguna vez? —preguntó Louisa.

—No, ni siquiera he tenido novia.

—En otras palabras, has malgastado la vida.

—Bueno, llevo de ayudante de *sheriff* bastante tiempo —respondió Roscoe—. Guardo la cárcel.

Louisa le miraba fijamente de un modo que le inquietó un poco. La única luz de la cabaña procedía de una pequeña lámpara de petróleo que había sobre la mesa. Unos bichos zumbaban alrededor de la lámpara proyectando sombras sobre la mesa. La torta de maíz era tan seca que Roscoe bebió muchos cazos de agua para poder tragarla.

—Roscoe, te has metido en un mal negocio. Si aprendieras a manejar el hacha podrías llegar a ser un buen granjero.

Roscoe no supo qué decir. Nada había menos probable que fuera a hacerse granjero.

—¿Por qué huyó la mujer del *sheriff*? —preguntó Louisa.

—No dijo nada. Puede que se lo dijera a July, aunque lo dudo, porque él marchó antes que ella.

—Seguramente no le gustaría Arkansas. En tal caso, quizá la dejó que se fuera. A mí personalmente me gusta, aunque no es como Alabama.

Después, la conversación languideció. Roscoe siguió suspirando por comer algo más que la torta de maíz, pero no lo había. Louisa siguió observándolo desde el otro lado de la mesa.

—Roscoe, ¿has tenido experiencias con mujeres? —le preguntó al poco rato.

A Roscoe le pareció una pregunta muy atrevida y tardó en contestar. Una vez, hacía veinte años, le había gustado una muchacha llamada Betsie y había pensado pedirle si quería pasear alguna noche con él. Pero era tímido y mientras pensaba cómo preguntárselo, Betsie murió de viruelas. Siempre lamentó que nunca hubieran salido a dar un paseo, pero después de aquello no había intentado gran cosa con las mujeres.

—Bueno, no muchas —confesó al fin.

—He encontrado la solución a nuestros dos problemas. Tú dejas que el *sheriff* busque a su mujer y tú te quedas aquí y nos casamos.

Lo dijo en el mismo tono de voz fuerte, que parecía emplear siempre; después de un día de gritar a los mulos probablemente le resultaba difícil hablar en un tono más bajo.

Pese al tono alto, Roscoe supuso que había comprendido mal. Una mujer no iba y pedía a un hombre que se casara con ella. Reflexionó un minuto sobre lo que había oído, tratando de imaginar dónde había entendido mal. Pero Roscoe se había quedado tan estupefacto, que siguió masticando despacio su último bocado de torta.

Finalmente preguntó:

—¿Qué es lo que has dicho?

—He dicho que deberíamos casarnos —repitió Louisa con fuerza—. Lo que

me gusta de ti es que eres muy tranquilo. Jim hablaba todo el rato que no tenía la botella de *whisky* en la boca. Me cansé de oírle. También eres flaco. Si no me duras, por lo menos no me costará enterrarte. He enterrado bastantes maridos como para tener en cuenta todas estas cosas. ¿Qué te parece?

—No quiero —respondió Roscoe. Se daba cuenta de que resultaba grosero pero estaba demasiado asombrado para decir lo contrario.

—Bueno, la verdad es que no has tenido tiempo de pensarlo. Vete pensándolo mientras terminas la torta de maíz. Aunque me fastidie enterrar maridos, no quiero vivir sola. Jim no valía gran cosa pero por lo menos era alguien en la cama. He tenido seis hijos, pero ninguno de ellos ha querido quedarse por aquí. Y dos hijas, mas las dos murieron. En total ocho hijos. Siempre pensé tener diez, pero me faltan dos y se me acaba el tiempo.

Siguió masticando el pan de maíz. Parecía divertida aunque a Roscoe no se le ocurría qué podía resultarle divertido.

—¿Era muy grande tu familia?

—Solo éramos cuatro chicos —le contestó Roscoe—. Nuestra madre murió joven.

Louisa seguía mirándole, lo que le ponía nervioso. Recordó que se le suponía pensando en la idea del matrimonio mientras terminaba su torta de maíz, pero de hecho se le había esfumado el apetito y estaba medio atragantado. Empezó a sentirse cada vez más resentido y contra más gente. En primer lugar contra Jake Spoon, que no tenía por qué venir a Fort Smith. Le parecía que una cadena de actos insensatos por parte de gente que conocía habían terminado reteniéndole en una cabaña en el bosque, con una viuda difícil. Jake hubiera debido de tener la pistola más a mano y no echar mano de un rifle contra búfalos. Benny Johnson hubiera debido ocuparse más de su oficio de dentista y no pasearse por la calle en pleno día. July no hubiera debido casarse con Elmira si esta iba a huir, y, naturalmente, Elmira no hubiera debido meterse en el barco de *whisky*.

En todo aquello nadie había tenido consideración para con él, y menos que nadie la gente de Fort Smith. Peach Johnson y Charlie Barnes, especialmente, habían hecho lo imposible para que se fuera.

Pero si los habitantes de Fort Smith no le habían tenido en cuenta, no podía decirse lo mismo de Louisa Brooks, que le trataba con más consideración de la que estaba acostumbrado.

—Nunca he sido comedora de carne —le explicó—. Vivir de pan de maíz te mantiene ágil.

Pero Roscoe no se sentía nada ágil. Le dolían las piernas en el lugar donde le había golpeado la raíz. Se tragó el último bocado de pan y bebió un par de tragos del agua fresca del pozo.

—No eres feo —prosiguió Louisa—. Jim era propenso a las berrugas. Tenía berrugas en las manos y en el cuello. Por lo que veo, tú no tienes ninguna.

—No, creo que no.

—Bueno, ya está la cena. ¿Qué te parece mi proposición?

—No puedo —contestó Roscoe, tratando de mostrarse lo más educado posible —. Si no sigo hasta encontrar a July, perderé el trabajo.

Louisa parecía exasperada.

—¡Menudo invitado! Te diré una cosa, probémoslo. No tienes suficiente experiencia con mujeres para saber si te gustaría o no la vida de casado. Puede convenirte a las mil maravillas. Si aceptas no tendrías que hacer trabajos arriesgados como el de ayudante.

Era bien cierto que hacer de ayudante se había convertido en un trabajo peligroso. Roscoe tenía que admitirlo. Pero a juzgar por la experiencia de July, también el matrimonio tenía sus riesgos.

—No me gustan demasiado los bigotes —observó Louisa—. Pero, claro, la vida es un toma y daca.

Habían comido las tortas directamente de la sartén, así que no había platos que lavar. Louisa se levantó y echó unas migas a las gallinas que se precipitaron con glotonería; dos de ellas incluso entraron en la cabaña.

—¿No te comes las gallinas? —preguntó Roscoe, pensando en que la torta de maíz le hubiera sabido mucho mejor si la hubiera acompañado con algo de pollo.

—No, las tengo para controlar a los bichos. En Alabama comí pollo para toda la vida.

Roscoe estaba muy nervioso. La cuestión de un lugar para dormir ya no podía demorarse más. Había deseado dormir dentro de la cabaña, donde se sentiría a salvo de serpientes y cerdos salvajes, pero la esperanza se había ido a la porra. No había pasado una noche solo con una mujer en toda su vida y no estaba dispuesto a empezar con Louisa, que estaba de pie junto a la puerta bebiendo agua. Se enjuagó la boca y escupió por la puerta. Después volvió a poner el cazo en el cubo y se inclinó hacia Roscoe, tan cerca que por poco se cae de espaldas por la sorpresa.

—Roscoe, ya hemos perdido demasiado tiempo. Probemos.

—Yo no sabría intentarlo. He sido un solterón toda mi vida.

Louisa se irguió.

—Los hombres son la raza más inútil que he conocido. Piensa un momento en la situación. Sales corriendo en busca de un *sheriff* que probablemente no vas a encontrar, que se encuentra en el Estado más peligroso de la Unión, y que si le encuentras saldrá disparado en busca de una mujer que no quiere vivir con él. Probablemente te arrancarán la cabellera antes de que todo termine, o te ahorcarán, o un mejicano te cazará. Y todo por intentar arreglar algo que no tiene arreglo. Ahora bien, yo soy una mujer sana y soy propietaria de una porción de terreno. Estoy dispuesta a quedarme contigo, aunque ni tienes experiencia de granjero ni de matrimonio. Me resultarías útil, y en cambio no

servirás para nada al *sheriff* o al pueblo para el que trabajas. Te enseñaré a manejar un hacha y un par de mulos, y te garantizo todas las tortas de maíz que te puedas comer. Incluso podríamos plantar garbanzos para comer más adelante. Sé cocinar los garbanzos. Además tengo uno de los pocos colchones de pluma de esta región, así que dormiríamos con comodidad. Y ahora resulta que te da miedo probar. Si esto no es ser cobarde, ya me dirás qué es…

Roscoe nunca había esperado oír semejante discurso y no sabía cómo responder. El enfoque que hacía Louisa del matrimonio no se parecía a ninguno que hubiera observado, aunque lo cierto era que no había dedicado mucho tiempo a estudiar los distintos enfoques del matrimonio. Sin embargo, había llegado cabalgando al campo de Louisa una hora antes de la puesta del sol, y ahora apenas hacía una hora que había caído la noche. Su proposición le parecía apresurada, lo mirara como lo mirara.

—Verás, nos conocemos poco —objetó—. ¿Cómo sabes que nos llevaremos bien?

—No lo sé. Por esto te he ofrecido probarlo. Si no te gusta puedes marcharte, y si yo no pudiera aguantarte, creo que no tardaría en deshacerme de ti. Pero ni siquiera tienes agallas para probarlo. Yo diría que las mujeres te asustan.

Roscoe tuvo que admitir que era la pura verdad, si se exceptuaba alguna puta de vez en cuando. Lo pensó, pero no dijo nada a Louisa. Después de meditar un momento sobre la acusación de Louisa pensó que era mejor no discutir sobre ella.

—Supongo que será mejor que me acueste ahí fuera —anunció.

—Me parece bien —respondió Louisa—. Pero ten cuidado con *Ed*.

Se quedó sorprendido.

—¿Quién es *Ed*? —preguntó.

—*Ed* es una serpiente. Una gran serpiente de cascabel. La llamé así por mi tío, porque ambos son muy vagos. Dejo que *Ed* ande por aquí porque se come los ratones. Ni me molesta, ni le molesto. Pero siempre anda por ahí detrás, así que fíjate dónde echas la manta.

Roscoe caminó con tanto cuidado y arregló la ropa de cama con tanta precaución que casi le llevó veinte minutos instalarse. Tampoco podía quitarse de la cabeza la idea de la gran serpiente. Nunca hasta entonces había oído de una serpiente que tuviera nombre, pero nada de lo que ella hacía concordaba con los procedimientos con los que estaba familiarizado. El hecho de que se hubiera mencionado la serpiente quería decir que tenía pocas probabilidades de dormirse. Había oído decir que las serpientes tenían la costumbre de acostarse con la gente, y decididamente él no tenía ganas de tener a la serpiente cerca. Se enroscó en la manta para evitar que *Ed* se le deslizara dentro, pero era una noche sofocante y pronto sudaba tanto que tampoco podía dormir. Había muchas hierbas y plantas a su alrededor y todas las veces que algo se movía entre las hierbas, se imaginaba

que era la gran serpiente de cascabel. La serpiente podía llevarse bien con Louisa, pero esto no implicaba que aceptara a los forasteros.

Pasaron las horas y seguía sin poder dormir, aunque estaba cansadísimo. Si lo del sueño no mejoraba iba a morirse de pie mucho antes de regresar a Fort Smith. Se le caían los párpados, pero de repente oía algo y se sobresaltaba. El proceso se repitió hasta que estuvo tan agotado que le tuvo sin cuidado morir o no. Se había apoyado en la pared de la cabaña, pero se fue resbalando y por fin se quedó dormido, echado boca arriba.

Se despertó con un sobresalto peor que si hubiera encontrado a la serpiente dormida sobre su pecho: Louisa estaba de pie por encima de él. Roscoe seguía tan cansado que solo su cerebro parecía estar despierto. Normalmente habría reaccionado rápidamente al ver a alguien de pie por encima de él, y más siendo una mujer, pero en esta ocasión sus miembros estaban tan atontados por el sueño que no podía moverse. Abrir los ojos le costó un enorme esfuerzo. Casi amanecía y el aire seguía bochornoso y húmedo. Vio que Louisa iba descalza y que sus pies y sus tobillos estaban mojados por el rocío de la hierba. No podía verle la cara ni adivinar sus propósitos, pero sintió añoranza de su camastro de la cárcel, donde no ocurrían cosas disparatadas. Aunque aún llevaba sus calzoncillos largos, tenía la manta subida hasta el pecho, y por lo menos no le había encontrado en situación indecente.

Por un momento se sintió consolado por esta reflexión. Pero fue solo un momento… Louisa metió uno de sus pies mojados por debajo de la manta y se la quitó de un puntapié. Roscoe aún seguía tan dormido que siguió sin reaccionar. Entonces, ante su gran sorpresa, Louisa se le agachó encima, metió la mano en su calzoncillo y le agarró la herramienta. Nunca le había ocurrido nada parecido y se quedó desconcertado, pero su herramienta no. Mientras el resto de su persona seguía amodorrado por el sueño, esta se había puesto firme por sí sola.

—Vaya, veo que estás bien armado —dijo Louisa.

Con gran asombro de Roscoe, Louisa se le echó encima. En lugar de estar cubierto por la manta lo estaba por las faldas de ella. En aquel momento salió el sol a través de la bruma, iluminando el claro y contribuyendo a su turbación, porque cualquiera podía haber cabalgado hasta allí y visto que estaba ocurriendo algo sumamente indecente.

En todo caso solo tres o cuatro pollos contemplaban el acto, pero incluso el hecho de que los pollos anduvieran por allí aumentaba la vergüenza de Roscoe. Tal vez los pollos no estaban mirando, pero parecían hacerlo. Entretanto, Louisa se retorcía sin que le importara demasiado lo que pudiera opinar. Roscoe decidió que lo mejor que podía hacer era pensar que estaba viviendo un sueño, cuando en realidad no era así. Pero el vigor de Louisa era tal que incluso si Roscoe hubiera estado razonando no habría tardado en perder la cabeza. En una o dos ocasiones fue prácticamente levantado del suelo por el esfuerzo de ella; fue

despedido de la lona y proyectado a la hierba y se vio obligado a abrir los ojos de nuevo con la esperanza de vislumbrar alguna mata donde poder agarrarse para no ser desplazado. En el momento en que Louisa lo sacó del todo de la lona, las cosas llegaron a un fin. Pese a los pollos, a las hierbas y al peligro de testigos, él experimentó un agudo placer. Al parecer Louisa también, poco después, porque se agitó con más fuerza aún y gruñó más fuerte. Después quedó sentada sobre él unos minutos, rascándose las picaduras de las piernas. Él no tardó en deslizarse fuera de ella, pero Louisa no tenía prisa por levantarse. Parecía estar de buen humor. De vez en cuando cloqueaba a los pollos. Roscoe empezó a notar que el cuello le picaba por las hierbas. Un enjambre de mosquitos se mantenía por encima de su cara, y Louisa tuvo la consideración de ahuyentárselos.

—Mira, este es *Ed* —y en efecto, le indicó una gran serpiente de cascabel que reptaba sobre un tronco a unos diez metros de distancia.

Louisa siguió sentada, sin preocuparse por la serpiente ni por ninguna otra cosa.

—¿Eres de acción única o múltiple, Roscoe? —preguntó un momento después.

—Sobre todo de ninguna. —Roscoe creía haberla entendido.

Louisa suspiró.

—No eres un inútil, pero tampoco te das a la abundancia —le dijo al fin, secándose el sudor del rostro con la manga del vestido—. Vamos a ver si las tortas están listas.

Se levantó y volvió a la cabaña. Roscoe se vistió rápidamente y arrastró sus cosas hasta la puerta, dejándolas en un montón.

Cuando entró, Louisa puso otra sartén de tortas sobre la mesa y desayunaron.

—Bueno, ¿qué va a ser?, ¿matrimonio o Texas? —le preguntó.

Roscoe sabía que tenía que ser Texas, pero no era un asunto tan fácil de resolver como antes de que Louisa se le sentara encima. En primer lugar, no deseaba ir a Texas; pensaba que sus posibilidades de encontrar a July eran escasas, y nulas las que tenía July de encontrar a Elmira. Entretanto había descubierto que Louisa tenía sus encantos y que el hecho de que se le ofrecieran a prueba tenía un considerable atractivo. Empezaba a creer que Louisa tenía razón; había malgastado su vida y tal vez hubiera más posibilidades de repetición en él de lo que jamás hubiera sospechado. Y no había la menor probabilidad de que pusiera esta capacidad en práctica, ni siquiera en Texas.

—Es una elección difícil —dijo, aunque una cosa que se la facilitaba un poco más era el saber que la vida con Louisa estaba hecha de bastante más que de colchones de plumas. Claro que también llevaba consigo arrancar tocones a lo largo del día, y esa era una actividad por la que no tenía ni interés ni aptitud.

—Bueno, no retiro nada de lo dicho —declaró Louisa—. Los hombres sois una raza sin valor. Sois buenos para un asalto o dos de vez en cuando, y ahí acaba

todo. Dudo de que llegaras a ser un buen granjero.

Por alguna razón, Roscoe se sintió triste. Pese a su vozarrón, Louisa no parecía ser tan desagradable como pensó en un principio. Pensó que podría persuadirla para que bajara el ritmo de su trabajo de granjera, y hasta es posible que incluso aceptara trasladarse a una ciudad, instalarse y montar una gran huerta, si se le planteaba bien. Pero no podía hacerlo porque seguía existiendo el problema de July, que le había dado un trabajo y se había mostrado bueno con él. El caso era que estaba en deuda con July. E incluso si nunca le encontraba, debería admitir que había fallado a un amigo. De no haber sido por aquella obligación se habría quedado uno o dos días y habría estudiado la proposición de Louisa.

—No es que no te esté agradecido —se excusó—. Lo estoy. El problema es July. Incluso si Elmira no regresara, hay que decírselo. Además también es mi maldito trabajo. July es el único amigo que tengo en ese pueblo salvo Joe. Joe es el hijo de Elmira.

Entonces tuvo una feliz idea. Puede que July hubiera emprendido el camino sin prisas. Podría no estar muy lejos. Quizá se le había recrudecido la ictericia, en cuyo caso habría tenido que descansar algunos días. Y si él tuviera suerte podría dar con July en una semana o dos y darle la noticia. Entonces estaría libre de obligaciones y nada podría impedirle hacer otra visita a Louisa…, siempre y cuando fuera capaz de encontrar la granja por segunda vez.

—Podría pasar al regreso. July estuvo enfermo, y a lo mejor ha tenido que parar a descansar. A lo mejor no tendría que buscar más de un mes.

Louisa se encogió de hombros.

—Como quieras, pero no vayas a creer que te guardaré el puesto. Yo qué sé si mañana aparecerá por aquí alguien más interesante que tú.

Roscoe no supo qué decir. Era evidente que se arriesgaba.

—¿Cuál es la historia de este July? —preguntó Louisa—. Ella parece mujer de mala fama. ¿Qué clase de *sheriff* se casaría con una mujer de mala fama?

—Bueno, July es lento. Es del tipo de hombres que no habla mucho.

—Ah, ¿es de ese tipo? —comentó Louisa—. Lo contrario a mi último marido.

Cogió un par de botas de hombre que había junto a la mesa y empezó a calzárselas sobre sus pies desnudos.

—Lo que pasa con los hombres que no hablan mucho es que tampoco suelen aprender mucho —dijo, y cogió su sombrero que había colgado en un clavo de la pared y se lo encasquetó metiendo dentro su mata de pelo.

—Tú no hablas mucho, pero creo que tienes posibilidades de aprender. Voy a trabajar un poco.

—¿Qué te debo por la comida?

—No quiero pensar qué podría cobrarte por el pan de maíz —le dijo Louisa. Salieron y Roscoe empezó a enrollar las mantas y la lona. Estaba preocupado y

lo estaba haciendo tan mal que Louisa se echó a reír. Tenía una risa fresca. Una esquina de la lona colgaba sobre el flanco del caballo.

—Roscoe, estás hecho un desastre. Vas a perder la lona antes de llegar a Texas.

—¿Qué te parece si paro a la vuelta? —preguntó Roscoe, porque le pareció que estaba de buen humor.

—Bueno, está bien. He aguantado gente peor que tú, y probablemente no será la última vez.

Roscoe se alejó, pero a *Memphis* no le hizo la menor gracia la lona que le golpeaba el flanco y tuvo que echar pie a tierra y rehacer el rollo. Cuando por fin lo tuvo bien sujeto y volvió a montar para proseguir el viaje, vio que Louisa ya tenía los mulos enganchados y que les lanzaba gritos para que tiraran del tocón. Le pareció que nunca había encontrado una mujer como aquella. La saludó agitando la mano, que ella no vio, y cabalgó en dirección oeste, con los sentimientos revueltos. A ratos se sentía satisfecho y cabalgaba ligero, y a ratos la sensación de ligereza se volvía pesadez. Un par de veces le costó retener las lágrimas, presa de una súbita tristeza, y le hubiera sido difícil decir si la tristeza era porque tenía que abandonar a Louisa o ante la incertidumbre del viaje que tenía ante sí.

38

Joe comprendió inmediatamente que algo preocupaba a July, porque no tenía ganas de hablar. No es que July fuera un gran hablador, como Roscoe cuando estaba de humor, pero pocas veces había estado tan silencioso como en la primera semana de viaje. Solía hablar de caballos, de pesca, de vaqueros, del tiempo o de cualquier cosa, pero en este viaje al Oeste parecía que no tuviera ganas de hablar.

Al principio resultó un problema porque Joe nunca había hecho un viaje tan importante y había muchas cosas sobre las que quería preguntar. En primer lugar, sentía curiosidad por saber cómo se las iban a arreglar para cazar a Jake Spoon. También sentía curiosidad por los indios, y por los famosos *rangers* tejanos que según Roscoe protegían a Jake. Quería saber si Texas quedaba muy lejos y si durante el viaje verían el océano.

Cuando empezó a hacer preguntas se dio cuenta de que a July incluso le costaba esfuerzo escucharlas, y sobre todo contestarlas. Tenía que hacer tal esfuerzo por responder que Joe pronto dejó de preguntar y se limitó a cabalgar en silencio, esperando que la tierra cambiara y que aparecieran los indios.

En realidad cabalgaron de tal forma que pronto Joe perdió las ganas de hablar. Aunque seguía teniendo curiosidad, descubrió que el viajar era más duro de lo que había creído. Además de no querer hablar, July tampoco parecía dispuesto a parar. Cuando encontraban un arroyo dejaba beber a los caballos, y de vez en cuando descabalgaba para hacer sus necesidades. Cabalgaban de sol a sol hasta que oscurecía, y cuando había buena luna cabalgaban incluso durante la noche.

Joe pensaba que eso de viajar era una cosa extraña, y con July resultaba dura. Pero Joe no se hubiera quedado en casa ni un momento. Estar con July era lo más emocionante que hasta entonces le había ocurrido.

Varias veces se encontraron con granjas. July preguntaba a los granjeros si habían visto a Jake. Dos le dijeron que sí, que Jake había pasado allí la noche. Pero ellos no pasaron ninguna noche y raras veces aceptaron una comida. Una vez, en una tarde muy calurosa July aceptó un vaso de suero de leche que le ofreció la mujer de un granjero. A Joe también le dieron uno. En la granja había varias niñas, que se reían cada vez que miraban a Joe, pero él no las hizo caso. La

mujer del granjero les ofreció, un par de veces, quedarse a pasar la noche, pero siguieron adelante y acamparon en un lugar plagado de mosquitos.

—¿Texas también tiene mosquitos? —preguntó Joe.

July no contestó. Sabía que el muchacho estaba deseoso de conversación y que él había sido un mal compañero de viaje, pero la verdad es que no se sentía con ganas de hablar. Estaba tan lleno de preocupaciones que la única forma que se le ocurría para combatirlas era guardar silencio y concentrarse en el viaje. Sabía que estaba forzando al niño y a los caballos más de lo que debiera, pero no podía evitarlo. Solo una marcha dura y constante le permitía ahuyentar las preocupaciones…, y todo tenía que ver con Elmira.

Casi desde el primer día que emprendieron la marcha sintió que algo andaba mal. Tenía la corazonada de que había sucedido algo malo y por más que se esforzaba en concentrarse en lo que estaba haciendo la preocupación no le dejaba. Hacía un esfuerzo terrible para no volver grupas y regresar a Fort Smith.

Al principio Joe estaba excitado y alegre, pero no era un niño excesivamente fuerte y no estaba acostumbrado a cabalgar dieciséis horas al día. No se quejaba, pero se cansaba y se dormía tan profundamente que a July le costaba despertarle cuando era la hora de reemprender el camino. A veces cabalgaba adormilado durante millas. En un par de ocasiones, July sintió la tentación de dejarle en alguna de las granjas que encontraban. Joe era un buen trabajador y podría ganarse su manutención hasta que él regresara y le recogiera. Pero la única razón para hacer esto hubiera sido viajar aún más deprisa, y los caballos no podrían soportarlo. Además, si dejaba al muchacho, esto supondría un golpe a su orgullo, y el pobre Joe no tenía demasiado orgullo.

Durante varios días fueron en dirección sudeste, a través de pinares. La primavera había sido lluviosa y su gran problema eran los mosquitos. Los árboles chorreaban y había charcos por todas partes. July apenas notaba los mosquitos, pero a Joe y los caballos les martirizaban, sobre todo de noche.

—Pronto no seré más que una roncha —comentó Joe sonriendo mientras cruzaban un claro. Al mirar vio un río ancho y fangoso que venía del Norte y que formaba una gran curva.

—Imagino que es el Red —dijo July—. Esto quiere decir que casi estamos en Texas.

Cuando llegaron a la orilla se encontraron con un espectáculo sorprendente. El río fluía sin tropiezos aunque era pantanoso y no muy profundo. El espectáculo sorprendente era un hombre alto cerca de la orilla opuesta. Estaba de pie con agua hasta las rodillas entre un caballo flaco y un pequeño mulo de carga, ambos hundidos hasta más allá de los corvejones en el fango del río.

—He oído decir que este río está lleno de arena movediza —dijo July.

Roscoe le había contado a Joe terribles historias sobre las arenas movedizas en las que hombres, caballos e incluso carretas enteras habían sido tragados

lentamente. Había esperado que las historias fueran exageradas, y el hombre y los dos animales lo probaban. Todo podía ser pantanoso, pero nada se hundía. El hombre llevaba una chistera y una larga levita. Los dos animales acarreaban muchos paquetes y el hombre se entretenía desatándolos y tirándolos al río. Uno a uno se alejaron flotando. Ante su asombro, incluso tiró su rollo de mantas.

—Este hombre debe de estar loco —observó July—. Debe pensar que el caballo se pondrá a flote si le quita peso. Este caballo no va a flotar.

Cuando el hombre les descubrió, agitó la mano amistosamente y siguió quitándole la mayor parte de su carga al mulo. Algunas cosas se alejaron flotando y otras se quedaron en el fondo.

July galopó río arriba hasta que encontró un lugar por donde habían vadeado ciervos y ganado. El agua no tenía más que un pie de profundidad. Cruzaron sobre un brazo de tierra rojiza, y por un momento pareció que fueran a hundirse, pero July fue más hacia el Sur y pronto pudieron pisar firme. A los pocos minutos se encontraban en la otra orilla, mientras que el hombre de la chistera no hacía el menor progreso. Estaba tan tranquilo en el atolladero que era difícil saber si deseaba salir de él.

—Préstame tu cuerda —pidió July a Joe. Unió las dos cuerdas y se la lanzó al hombre. Luego ya no fue problema arrastrar al caballo y al mulo fuera del río. El hombre vadeó hasta ellos.

—Gracias —les dijo—. Si no me llegan a sacar el mulo, creo que pronto hubiera aprendido a comer pescado. Son criaturas que confían en sí mismas.

—Soy July Johnson y este es Joe. No había necesidad de tirar su equipaje.

—No ha sido ninguna pérdida. Me alegro de haber encontrado un río donde descargar todo eso. Quizá los peces y los renacuajos le encontrarán un mejor uso que yo.

—Bueno, yo nunca he visto a un pez servirse de un rollo de mantas —comentó July.

Joe jamás había conocido a un hombre tan descuidado que echara sus cosas al río. Pero el hombre estaba tan alegre como si hubiera ganado un montón de dinero.

—Me llamo Sedgwick—se presentó—. Viajo a través de esta región en busca de insectos.

—Seguro que ha encontrado muchos —dijo July.

—¿Y qué hace con los bichos?—preguntó Joe, pensando que el hombre era lo más raro que jamás había visto.

—Los estudio —contestó el hombre.

Joe no sabía qué decir. ¿Qué había que estudiar en un bicho? O te picaba o no te picaba.

—He dejado más de mil insectos en Little Rock—explicó el hombre—. Por eso he tirado mi equipo. Se me han pasado las ganas de estudiar insectos y pienso

marchar a Texas y predicar el Evangelio. He oído decir que los tejanos pueden hacer buen uso de los evangelios.

—¿Por qué estudiar un insecto? —volvió a preguntar Joe, más curioso que discreto.

—Hay más de un millón de especies de insectos y solo una especie de seres humanos. Cuando terminemos con este planeta, los insectos se harán cargo de él. Puede que no lo creas, viendo esta tierra tan bonita, pero los días de los seres humanos están contados. Los insectos están esperando que llegue su momento.

July pensó que el hombre estaba algo tocado, aunque probablemente era inofensivo.

—Yo, en su lugar, vigilaría los vados. Cruce por donde cruzan los ciervos —le aconsejó.

El hombre posó un momento sus ojos azules en July.

—Yo estoy bien —le dijo—. Tú en cambio estás en apuros. Puedo ver el peso que llevas en el corazón. Vas en pos de algo que no quieres hacer. Veo por tu chapa que eres un defensor de la ley. Pero los crímenes que la ley puede comprender, no son los peores. Yo he pecado con frecuencia más que un asesino, pero trato de vivir virtuosamente.

July estaba tan sorprendido que casi no sabía qué decir. Este señor Sedgwick era uno de los hombres más peculiares que había conocido.

—Este muchacho tiene mal aspecto —observó el señor Sedgwick—. Si quiere, puede dejarle conmigo. Le llevaré despacio, le engordaré y le enseñaré el reino de los insectos mientras viajamos. Dudo de que haya tenido la oportunidad de recibir una educación.

July estaba medio tentado. El forastero parecía buena persona, aunque quizá no lo era tanto porque llevaba un arma debajo de la levita.

—Puede que volvamos a encontrarnos —dijo July pasando por alto el ofrecimiento.

—A lo mejor —dijo el señor Sedgwick—. Veo que tiene prisa por llegar a alguna parte. Es un error darse prisa.

—¿Por qué? —preguntó Joe, desconcertado por casi todo lo que decía el viajero.

—Porque nuestro destino es la tumba. Los que se apresuran suelen llegar a ella más deprisa que los que se lo toman con calma. Ahora bien, yo viajo y nadie puede saber cuándo llegaré a alguna parte. Si no hubieran llegado, aún me hubiera pasado unas horas más en el río. Las aguas movedizas son siempre un bello espectáculo.

El señor Sedgwick se volvió y bajó por el ribazo sin más palabras. De vez en cuando se agachaba para mirar fijamente el suelo.

—Supongo que habrá descubierto un bicho —comentó Joe.

July no contestó. Loco o no, el alto viajero había sido lo bastante listo para

adivinar que el *sheriff* de Fort Smith viajaba con un peso en el corazón.

39

La muerte del joven irlandés cubrió de profunda tristeza el campamento vaquero. Call no podía hacer nada. Durante la semana siguiente, nadie habló de otra cosa que no fuera la muerte.

Por la noche, mientras comían o esperaban a que empezara su turno de vigilancia del rebaño, los vaqueros hablaban incesantemente de las muertes que habían presenciado, de las muertes de las que habían oído hablar. La mayor parte de ellos había vivido tiempos duros y había visto morir a hombres, pero ninguno de los que habían conocido se había metido nunca dentro de un nido de serpientes en un río, y no podían quitárselo de la cabeza.

El peor de todos era Jasper Fant, que estaba tan desmoralizado por lo que había visto que, durante un tiempo, Call pensó que iba a perder la razón. Jasper nunca había sido reservado, pero ahora parecía que tenía necesidad de hablar sin parar para mantener su pánico a raya.

Allen O'Brien reaccionó de forma opuesta. Cabalgaba todo el día en silencio, tan nervioso y retraído como los hermanos Spettle. Se sentaba junto al fuego, llorando, mientras los demás hablaban de muertes memorables.

El ganado, todavía fresco, era difícil de controlar. El monte bajo era malo, y el tiempo por el estilo. Llovió durante tres días y los mosquitos molestaron terriblemente. Los hombres no estaban acostumbrados al trabajo de noche y estaban irritables. Bert Borum y Soupy Jones discutían sobre cómo trabar mejor un caballo, y por poco llegan a las manos. Lippy estaba encargado de la leña, y la leña que cortaba no convenía a Bolívar, al que molestaba la presencia de Lippy. Deets había caído en una de sus raras depresiones, probablemente porque en cierto modo se sentía culpable de la muerte del muchacho.

Dish Boggett había resultado una maravilla como hombre punta. No abandonaba la cabecera en todo el día, seguro como una roca, y poco ocurría con el ganado que él no lo viera.

Por el contrario, los hermanos Rainey resultaron decepcionantes. Echaban en falta su divertida madre y su bien surtida mesa. Se les veía distraídos, sin evitar el trabajo, pero necesitando mucho tiempo para hacerlo.

Augustus recorría el equipo a su aire. A veces cabalgaba delante del rebaño, cosa que a Dish Boggett le ponía de mal humor; nadie debía ir delante de él, salvo

el explorador. Otras veces Augustus se entretenía con sus cerdos, que se detenían con frecuencia para revolcarse en los charcos o sacar a las ratas de sus rateras.

Todo el mundo temía al próximo río, que era el San Antonio. Discutían si habría mocasines en el Cimarrón, en el Arkansas o en el Platte. Nadie lo sabía con seguridad, pero lo que sí sabía todo el mundo era que en el San Antonio había muchos.

Una mañana después del desayuno, Deets volvió para decir que había encontrado un buen vado a solo unos dos kilómetros del campamento.

—¿Cómo está de serpientes? —preguntó Augustus. Era otro día húmedo y gris y llevaba su impermeable amarillo.

—Solo he visto tortugas y nada más. Si las hay —contestó Deets— están escondidas.

—Espero que no haya —comentó Augustus—. Si en este momento apareciera una serpiente ratonera, la mitad de estos valientes se subirían a los árboles.

—A mí me preocupan más los indios —dijo Pea Eye.

Era verdad. Tan pronto como abandonaron Lonesome Dove empezó a tener sus pesadillas de indios. El mismo indio gigantesco con el que había soñado durante años, volvía a turbar su sueño. A veces, adormilado sobre su caballo, soñaba con el indio. Los sueños no le dejaban dormir bien y pensaba que estaría cansado e inútil para cuando llegaran a Montana.

—Es curioso cómo se le meten a uno cosas en la cabeza —dijo—. Yo tengo un indio.

—Supongo que tu mamá te dijo que habías sido robado, cuando eras pequeño —dijo Augustus.

Él y Call cabalgaron hasta el vado que les había indicado Deets y buscaron detenidamente por si había serpientes, pero no vieron ninguna.

—Me gustaría que dejarais de hablar de la muerte del muchacho —advirtió Call—. Si lo hacéis a lo mejor se os olvida.

—Me parece que estás equivocado —afirmó Augustus—. Hablar es el modo de terminar de una vez. Si hablas siempre de lo mismo acabas aburriéndote, incluso de la muerte.

Estaban sentados en el ribazo, esperando que apareciera el ganado. Cuando lo vieron, el toro de Texas andaba junto a *Old Dog*. Algunos días al toro le gustaba dirigir, otros, en cambio, no hacía más que pelear y molestar a las terneras.

—Esta no es una marcha bien planificada —observó Augustus—. Incluso si conseguimos llevar este ganado a Montana, ¿a quién vamos a vendérselo?

—La cuestión no es venderlo la semana próxima. La cuestión es llegar al lugar. La gente ya vendrá.

—¿Y por qué nos llevamos este toro tan feo? Si el lugar es tan bonito, no debemos poner ganado feo en él.

Vadearon tranquilamente el río. La única nota discordante fue Jasper, que entró en el río a galope haciendo tropezar a su caballo, que por poco se cae.

—Esto hubiera sido precioso, de haber habido un puente —dijo Soupy Jones riendo.

Jasper estaba avergonzado. Sabía que no podía hacer correr a un caballo a través de un río, pero en el último momento el pánico a las serpientes le había obnubilado su sentido común.

Newt estaba demasiado cansado para tener miedo a nada. No se había adaptado aún a la vigilancia por la noche. Mientras su caballo bebía, el señor Gus se le acercó. Las nubes se iban hacia el Oeste.

—Ojalá saliera el sol de una vez y asara a estos mosquitos —exclamó Augustus.

La carreta se acercaba despacio al río, con Bolívar conduciendo y Lippy cabalgando detrás. Luego seguía el rebaño de caballos y los muchachos Spettle.

A Newt le parecía de lo más extraño que un río tranquilo de pronto hirviera de serpientes y matara a Sean. Muchas veces, sobre todo de noche, imaginaba que Sean seguía vivo. Al tener siempre tanto sueño le resultaba difícil no mezclar los sueños con lo que realmente ocurría. Incluso sostenía conversaciones con los otros hombres que le parecían conversaciones mantenidas en sueños. Nunca había conocido la tristeza de perder a un amigo y había empezado a reflexionar sobre lo mucho que aún tenía que aprender.

—Espero que no muera nadie más —dijo.

—Bueno, es difícil de predecir en estas circunstancias —observó Augustus—. Tanto puede ser que no tengamos ninguna baja más en todo el camino, como que la mitad de nosotros quede barrida. Si tenemos muy mala suerte, dudo de que incluso yo pueda llegar.

—¿Por qué? —pregunté Newt, asombrado de oír semejante cosa.

—Porque no soy tan fuerte como era. Antes me enfrentaba a cualquier problema que se presentara. Podía descabalgar más deprisa de lo que se tarda en parpadear. Todavía soy más rápido que mucha gente, pero no tanto como lo fui.

La carreta cruzó con facilidad y los dos cerdos azules, que la habían estado siguiendo con tranquilidad, se metieron en el agua y cruzaron a nado el río San Antonio.

—¡Míralos! —exclamó Augustus—. ¿Qué os parece este par de nadadores?

40

A medida que pasaban los días, Lorena descubrió que cada vez le gustaba más viajar. Las noches no eran fáciles; casi cada noche había relámpagos y truenos. Mientras ella y Jake dormían, con frecuencia les caía la lluvia sobre el rostro y les obligaba a buscar la lona. Muy pronto, las mantas parecieron eternamente húmedas; Jake refunfuñaba y se quejaba. Pero la lona era tiesa y caliente y a él no se le ocurría tenerla a mano. Ella tenía que tantear hasta encontrarla y colocarla a oscuras, mientras Jake maldecía el tiempo.

Pero por incómodas que fueran las noches, el cielo solía despejarse por las mañanas. Le gustaba sentarse sobre las mantas y sentir cómo el sol iba calentando. Contemplaba cómo sus brazos se iban poniendo morenos y pensaba que su destino era una vida viajera. Su yegua también se había acostumbrado a viajar y ya no miraba hacia atrás, hacia Lonesome Dove.

A Lorena puede que le encantara viajar, pero a Jake no, desde luego. Cada vez estaba de peor humor. El hecho de que ella se hubiera negado a ir a San Antonio le dolía como la espina que había tenido clavada en el dedo. Cada día volvía a intentarlo, pero ella ya le había dicho lo que pensaba de la cuestión y se limitaba a mover la cabeza. Era frecuente que viajara todo un día en silencio, pensando en sus cosas y pasando por alto las quejas de Jake.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no dices algo? —estalló una noche mientras ella encendía la hoguera. Deets, que pasaba por donde acampaban casi todos los días para asegurarse de que estaban bien, le había enseñado a encenderla. También le había enseñado cómo se carga un mulo y muchas otras cosas que Jake no hacía.

—Puedo hablar —dijo Lorena.

—Pero no lo haces. Nunca he conocido a una mujer tan silenciosa.

Se le veía irritado. Lo cierto es que había estado irritado la mayor parte del viaje. Estaba montando algún tipo de pelea, pero a Lorena no le interesaba pelear. No tenía nada contra Jake, pero pensaba que no tenía por qué acudir cada vez que él silbaba, y esto era lo que parecía esperar de ella. Jake era muy exigente sobre el modo en que freía el tocino o preparaba las mantas. No le hacía caso. Si no le gustaba como hacía las cosas, era libre de hacerlas a su manera. Pero nunca lo hacía; se limitaba a molestarla.

—Esta noche podríamos dormir en un buen hotel —le dijo—. San Antonio

solo está a una hora de caballo.

—Vete tú al hotel si quieres. Yo me quedaré en el campamento.

—Supongo que eso es lo que estás deseando, que me vaya. Así podrías acostarte con el primer vaquero que se te acercara.

Aquella estupidez no merecía respuesta. Desde el día en que le conoció se reservó para él, exceptuando a Gus. Se bebió el café.

—Eso es lo que pretendes, ¿verdad? —Saltó Jake con los ojos rabiosos.

—No.

—Pues entonces eres una cochina embustera. No puedes dejar de ser una puta. La próxima vez te amarraré con una cuerda.

Después de comerse el tocino ensilló y se alejó sin añadir más palabras. Lorena supuso que se iba a jugar. Lejos de tener miedo, sintió alivio. Los enfados de Jake eran ligeros comparados a algunos que había conocido, pero no era agradable tenerle cerca cuando estaba tan rabioso. Probablemente pensó que se asustaría, yéndose tan deprisa y dejándola en el campamento, pero no sentía el menor miedo. El rebaño y todos los hombres estaban solo a un kilómetro de distancia. Nadie se atrevería a molestarla con el campamento de los vaqueros tan cerca.

Se sentó sobre las mantas disfrutando de la noche. Había una oscuridad profunda, y los murciélagos zumbaban por los alrededores, podía verlos fugazmente como sombras contra el cielo. Ella y Jake habían acampado en un pequeño claro. Mientras bebía más café, una zarigüeya se le acercó a diez pasos, paró un momento para mirarla estúpidamente y siguió andando. Después oyó cantos lejanos; era el irlandés que cantaba al rebaño de reses. Deets le había contado la muerte terrible de su hermano.

Antes de que se quedara dormida llegó un caballo galopando al campamento. Era Jake que llegaba con ánimos de asustarla. Resultaba irritante porque levantó una polvareda que se posó en las mantas. Había cabalgado hasta la ciudad y comprado *whisky*. Luego volvió pensando que la encontraría con Gus o alguno de los vaqueros. Estaba celoso de la mañana a la noche.

Quitó la silla al caballo y le pasó la botella de *whisky*, que estaba ya medio vacía.

—No me apetece beber.

—Supongo que no estás dispuesta a hacer nada que te pida. Ojalá apareciera el maldito Gus. Por lo menos podríamos jugar una partida.

Lorena se recostó en sus mantas sin decir palabra. Cualquier cosa que dijera empeoraría la situación.

Viéndola echada allí, tranquila y silenciosa, Jake se sintió impotente y bebió otro buen trago de la botella. Se tenía por un hombre listo y sin embargo se había colocado en una posición que hubiera avergonzado a un tonto. No tenía por qué viajar hacia el Norte con una mujer como Lorie, que tenía ideas propias y se

negaba a obedecer la orden más elemental a menos que le gustara. Cuanto más bebía, más se compadecía de sí. Ojalá le hubiera dicho no y que se las compusiera en Lonesome Dove. Por lo menos hubiera podido estar en el campamento con los hombres, donde podría jugar a las cartas y además sentirse protegido. Pese a todo no podía dejar de pensar en July Johnson.

Entonces se acordó de Elmira, con la que se había acostado unas cuantas veces en Kansas. El pobre July se había casado con una puta sin saberlo.

Volvió a ofrecer la botella a Lorena, pero esta ni se movió.

—¿Por qué no quieres beber? —le preguntó—. ¿Eres demasiado buena para emborracharte?

—No quiero beber. Tú ya te emborracharás por los dos.

—A ver si descubro algo que todavía quieras hacer —protestó Jake, desabrochándose los pantalones y saltando encima.

Lorena le dejó, pensando que tal vez se pusiera de mejor humor. Contempló las estrellas. Pero cuando Jake hubo terminado y volvió a coger la botella, no parecía más feliz. Ella le quitó la botella y bebió un sorbo; tenía la garganta seca. Jake ya no estaba enfadado, pero parecía triste.

—Échate y duerme —le dijo Lorena—. No descansas lo suficiente.

Jake estaba pensando que Austin estaba a solo dos días de distancia. A lo mejor podía llevarse a Lorena a Austin, y una vez allí escabullirse y dejarla. En cuanto se hubiera reunido con los muchachos, ella ya no podría hacer gran cosa. Después de todo estaría más segura allí que en camino. Hermosa como era, en Austin ganaría dinero.

Desde luego era increíblemente hermosa. Ese había sido siempre su problema…, le gustaban las bellezas. Esto le daba a ella una fuerza que él no sabía apreciar, de lo contrario nunca le habría embarcado a un viaje que para él era absurdo. Retrasaba la marcha del rebaño de Call y le amarraba a una mujer que atraía a cuantos hombres veía. Pese a todo ello, aún no sabía si la dejaría. De todos modos, la deseaba y no podía tolerar la idea de que se entendiera con Gus o con cualquier otro. Sabía que se quedaría con él si las cosas fueran mal. Pero no le atraía la idea de quedarse solo y recibir órdenes de Call.

—¿Has visto alguna vez ahorcar a alguien? —preguntó de pronto.

—No —contestó Lorena. La pregunta la sorprendió.

Jake le ofreció de nuevo la botella y ella bebió otro trago.

—Me temo que algún día me ahorcarán. Una echadora de cartas me dijo que esta iba a ser mi suerte.

—Quizás ella no lo sabía.

—He visto ahorcar a mucha gente. Cuando fuimos *rangers* ahorcamos a muchos mejicanos. Call nunca perdía el tiempo cuando se trataba de ahorcar.

—Supongo que no —asintió Lorena.

Jake soltó una risita.

—¿Fue alguna vez a verte mientras estuviste allí?

—No.

—Bueno, pues tuvo una puta —explicó Jake—. Trató de disimular, pero Gus y yo lo descubrimos. Los dos íbamos con ella de vez en cuando, así que estábamos enterados. Supongo que debió pensar que nadie se enteraría.

Lorena conocía este tipo de hombres. Muchos llegaban a ella pensando que nadie se enteraría.

—Se llamaba Maggie —continuó Jake—. Fue la madre del pequeño Newt. Yo no estaba cuando murió. Gus me dijo que había querido casarse con Call y cambiar de vida, pero no sé si es verdad. Gus es capaz de decir cualquier cosa.

—Entonces, ¿de quién es el chico? —preguntó Lorena. Había visto con frecuencia al muchacho mirando a su ventana. Era lo bastante mayor para ir a buscarla, pero probablemente no tenía dinero o bien era demasiado tímido.

—¿Newt? ¿Quién sabe? Maggie era una puta.

Después suspiró y se echó a su lado pasándole la mano por el cuerpo.

—Lorie, tú y yo estamos hechos para las camas de pluma. No estamos hechos para estas mantas polvorientas. Si pudiéramos encontrar un buen hotel te enseñaría a divertirte.

Lorena no contestó. Prefería seguir viajando. Cuando Jake estuvo saciado, se quedó dormido.

41

Antes de que el rebaño hubiera rebasado San Antonio, casi perdieron a Lippy en un estúpido accidente con la carreta. Era un día de mucho calor y el rebaño avanzaba despacio. Para satisfacción de todos había menos mosquitos, y los vaqueros cabalgaban medio dormidos en sus monturas cuando empezó el problema.

El rebaño acababa de vadear un arroyo cuando Newt oyó animales corriendo y al mirar hacia atrás vio la carreta disparada hacia el arroyo como si los comanches la persiguieran. Bol no estaba en el pescante y los mulos corrían sin control. Lippy estaba en su asiento, pero no llevaba las riendas y no podía parar a los animales.

Jim Rainey, que iba detrás, intentó detener los mulos. Pero los mulos no se dejaron dirigir y lo único que Jim consiguió fue desviarlos del vado fácil por donde había cruzado el rebaño. Entonces quisieron cruzar el arroyo por un lugar donde el ribazo estaba a tres pies de altura sobre el agua. Newt se dio cuenta de que iba a ocurrir un terrible accidente, pero a menos que disparara a los mulos, no había forma de detenerlos. Lo que no podía comprender era por qué Lippy no saltaba. Seguía sentado en el pescante, desamparado, mientras los mulos estaban a punto de precipitarse.

Al pasar, Newt se dio cuenta de que el faldón de la vieja chaqueta de Lippy estaba cogido entre las maderas del pescante, lo que explicaba por qué no había saltado. La carreta cayó, rebotó una vez y se volcó al chocar contra el agua. Los mulos, que seguían enganchados, cayeron de espaldas sobre el revoltijo. Las cuatro ruedas de la carreta giraban en el aire cuando Newt y los Rainey saltaron de sus caballos. El problema era que no sabían por dónde empezar.

Por suerte, Augustus había visto el desastre y en un momento estuvo en el agua sobre el viejo *Malaria*, Lanzó un lazo sobre una de las ruedas y espoleó con fuerza su caballo tirando de la carreta hasta inclinarla a un lado.

—A ver si le sacáis, muchachos, o llegaremos a Montana sin pianista. —Lo cierto es que dudaba de que sus esfuerzos sirvieran para algo porque la carreta había caído encima de Lippy. Si no se había ahogado, probablemente estaría desnucado.

Cuando la carreta se inclinó, Newt vio las piernas de Lippy. Él y los Rainey se

metieron en el agua y trataron de sacarlo, pero la chaqueta seguía cogida al banco. Lo único que pudieron hacer fue mantenerle la cabeza fuera del agua, aunque estaba tan cubierta de barro que al principio fue difícil saber si estaba muerto o vivo. Por suerte llegó Pea y cortó el faldón de la chaqueta con su cuchillo.

—¡Es una calamidad! —exclamó Pea secando cuidadosamente su cuchillo —. Ahora se pondrá furioso conmigo durante diez años porque le he estropeado la chaqueta.

Lippy estaba hecho polvo y no había movido ni un músculo. Newt sintió que se le revolvía el estómago. Una vez más, en un día precioso con todo yendo perfectamente, la muerte había asestado su golpe y se había llevado a otro de sus amigos. Lippy había formado parte de su vida desde que podía recordar. Cuando era un niño, Lippy le había entrado alguna vez en el *saloon* y le había dejado aporrear el piano. Ahora tendrían que enterrarle como habían hecho con Sean.

Pero curiosamente, ni Pea ni el señor Gus parecían muy preocupados. Los mulos se habían puesto en pie y esperaban en el agua poco profunda, agitando los rabos y con aspecto soñoliento. Call llegó en aquel momento. Había estado a la cabeza del ganado con Dish Boggett.

—¿Es que nadie va a desenganchar a estos animales? —preguntó. Había caído un gran saco de harina de la carreta y estaba en el agua estropeándose. Newt no se había dado cuenta hasta que el capitán se lo indicó.

—Yo no, desde luego —contestó Augustus—. Pueden hacerlo los muchachos, que ya tienen los pies mojados.

A Newt le parecía que todo el mundo parecía muy insensible respecto a Lippy, que yacía en la orilla con la cabeza llena de barro. Entonces, con gran sorpresa, vio que Lippy daba la vuelta y empezaba a vomitar agua. Vomitó durante unos minutos, haciendo un ruido espantoso, pero el alivio de Newt al ver que no estaba muerto fue tan grande que le encantó el ruido y volvió a meterse en el agua para ayudar a los Rainey a desenganchar los mulos.

Pronto se vio que el piso de la carreta estaba perdido sin remedio por el accidente. Cuando la enderezaron, todas las provisiones que llevaba dentro flotaban en el agua.

—¡Vaya sitio para un naufragio! —exclamó Augustus.

—Hasta ahora nunca había visto una carreta partirse en dos —comentó Pea.

El piso del carromato, viejo y podrido, se había reventado con el impacto. Varios vaqueros se acercaron y empezaron a recoger sus rollos de mantas en el agua fangosa.

—¿Y Bol? —preguntó Pea—. ¿No conducía la carreta?

Lippy se había incorporado, sacándose barro de la cabeza. Pasó el dedo por debajo de su labio colgante como si esperara encontrar un renacuajo o un pececito, pero solo encontró barro. Entonces llegaron los Spettle y cruzaron al

rebaño de caballos.

—¿Habéis visto al cocinero? —preguntó Augustus.

—Pues sí, viene andando con su rifle —respondió Bill Spettle—. Los cerdos vienen con él.

Bolívar no tardó en aparecer a unos doscientos metros de distancia, con los cerdos azules andando junto a él.

—Oí un disparo —explicó Lippy—, y entonces los mulos se pusieron a correr. Supongo que nos disparó un bandido.

—Ningún bandido auténtico hubiera malgastado una bala en ti o en Bol —estalló Augustus—. No hay recompensa por ninguno de vosotros dos.

—Parecía un disparo de rifle —dijo Bill Spettle.

—A lo mejor Bol hacía prácticas de tiro. Quizá le disparó a una urraca —comentó Augustus.

—Fuera lo que fuera —cortó Call—, el daño ya está hecho.

Augustus disfrutaba del pequeño descanso producido por el accidente. Caminar todo el día junto a un rebaño de vacas empezaba a resultar monótono. Cualquier trabajo regular siempre le había parecido monótono. En su opinión eran los accidentes los que mantenían el interés de la vida; de lo contrario, los días se repetían sin otro aliciente que alguna que otra partida de cartas.

La cosa se puso mucho más interesante cuando unos minutos más tarde Bolívar se acercó y presentó su dimisión. Ni siquiera dirigió la mirada a los restos de la carreta.

—No quiero seguir este camino —dijo dirigiéndose al capitán—. Me vuelvo a casa.

—Pero Bol, no tendrás ninguna oportunidad —le recordó Augustus—. ¡Un famoso criminal como tú! Algún *sheriff* joven deseoso de labrarse una buena reputación te ahorcará antes de llegar a mitad de camino de la frontera.

—No me importa —insistió Bol—. Me voy a mi casa.

De hecho esperaba que le despidieran de un momento a otro. Se había dormido en el pescante soñando con sus hijas y accidentalmente había disparado su calibre diez. El retroceso le había derribado de la carreta, pero así y todo le costó librarse del sueño. Era un sueño en el que su mujer estaba furiosa, y entonces despertó y vio los mulos desbocados. Los cerdos estaban escarbando en un nido de ratas debajo de un gran cacto. Bol estaba tan rabioso por el comportamiento de los mulos que les hubiera matado, solo que ya estaban fuera de tiro.

No había visto despeñarse la carreta, pero no le sorprendía que se hubiera partido. Los mulos eran rápidos. Probablemente no le habría podido dar a ninguno de ellos ni siquiera con un rifle, dado lo aturdido que estaba por causa del sueño.

Su caída le convenció de que ya había vivido suficiente tiempo con los

americanos. No eran compañeros suyos. La mayor parte de sus compañeros estaban muertos, pero su patria no había muerto y en su aldea aún había unos cuantos hombres a los que les gustaba hablar de los tiempos en que pasaban los días robando ganado en Texas. En aquella época su mujer no se enfadaba tanto. A medida que se acercaba a la carreta rota y al pequeño grupo de hombres fue cuando decidió regresar. Estaba cansado de ver a su familia solo en sueños. Quizás esta vez, cuando llegara, su mujer estaría contenta de verle.

De todos modos, los americanos iban demasiado lejos al Norte. No había creído a Augustus cuando este le dijo que cabalgarían varios meses en dirección norte. Muchas cosas que decía Augustus no eran otra cosa que palabras vacías. Suponía que cabalgaría unos días y que luego venderían el ganado, o montarían un rancho. Él ni siquiera había estado a más de dos días de marcha forzada de la frontera en toda su vida. Ahora había pasado una semana y los americanos no daban señales de pararse. Ya estaba lejos del río. Añoraba a su familia. Y ya bastaba.

Call no estaba especialmente sorprendido.

—Está bien Bol, ¿quieres un caballo? —le preguntó. El viejo les había cocinado durante diez años. Merecía una montura.

—Sí —dijo Bol, recordando que había un largo camino hasta el río y desde allí tres días hasta su aldea.

Call buscó un animal manso para el viejo.

—No tengo silla que darte —se excusó cuando le entregó el caballo.

Bol se encogió de hombros. Tenía un sarape extra y no tardó en utilizarlo como silla. Aparte del rifle, era su única posesión. Al momento estuvo preparado para emprender el camino de casa.

—Bueno, Bol, si cambias de parecer, nos podrás encontrar en Montana —le recordó Augustus—. Puede que encuentres a tu mujer demasiado oxidada. A lo mejor te gustaría volver y guisarnos unas cuantas cabras y serpientes.

—Gracias, capitán —murmuró cuando Call le entregó las riendas del caballo. Entonces se alejó sin decir palabra a nadie. A Augustus, no le sorprendió porque Bol había trabajado todos aquellos años para ellos sin decir una palabra a nadie a menos que se le obligara directamente a ello, por lo general pinchado por Augustus.

Pero su marcha sorprendió y entristeció a Newt. Le aguó la alegría de que Lippy estuviera vivo; después de todo había perdido a otro amigo, a Bol en lugar de Lippy. Newt no dijo nada, pero hubiera preferido perder a Lippy. No deseaba la muerte de Lippy, por supuesto, pero no le habría importado que decidiera regresar a Lonesome Dove.

Bol se alejó de ellos con su viejo rifle atravesado sobre el caballo. Newt se sintió tan triste que casi estuvo a punto de ponerse a llorar delante de todos. ¿Cómo podía Bol marcharse así? Siempre había sido el cocinero, y en cinco

minutos le habían perdido como si hubiera muerto. Newt dio media vuelta y aparentó extender las mantas, pero era solo para ocultar su tristeza. Si la gente seguía yéndose, no quedaría nadie antes de que llegaran al norte de Texas.

Al alejarse, Bol también se sentía triste. Ahora que se iba ya no sabía bien por qué había decidido marcharse. Quizá porque no se veía con ánimos para soportar la vergüenza. Después de todo, él había hecho el disparo que provocó la estampida de los mulos. Tampoco quería alejarse tanto hacia el Norte que no supiera encontrar el camino de vuelta al río. Mientras cabalgaba pensó que había hecho una elección estúpida. Hasta el momento, en su opinión, casi todas las decisiones de su vida habían sido estúpidas. No añoraba tanto a su mujer; habían perdido el hábito de estar juntos y tal vez no lo recobrarían. Sintió cierta amargura al irse alejando. El capitán no debió haberle dejado marchar. Después de todo, él era el único que sabía cocinar. Realmente, los americanos no le gustaban, pero se había acostumbrado a ellos. Era una mala suerte que de pronto hubieran decidido reunir todo aquel ganado y marchar hacia el Norte. La vida en Lonesome Dove había sido fácil. Abundaban las cabras y eran fáciles de coger, y su mujer estaba a la distancia apropiada. Cuando se aburría tocaba la campana de la cena con una palanca rota. Por alguna extraña razón, tocar la campana le producía una enorme satisfacción. No tenía nada que ver con la cena ni con nada. Solo era algo que le gustaba hacer. Cuando dejaba de tocar, podía oír el eco de su trabajo perdiéndose hacia México.

Decidió que, puesto que no tenía prisa, se detendría en Lonesome Dove y tocaría la campana unas cuantas veces más. Siempre podría decir que lo hacía siguiendo las órdenes del capitán. La idea le reconfortaba. Le compensaba del hecho de que la mayoría de sus decisiones hubieran sido estúpidas. Siguió cabalgando hacia el Sur sin volver la cabeza.

42

—Bueno, si en un principio no estábamos predestinados, lo estamos ahora —exclamó Augustus viendo alejarse a Bolívar. Aprovechaba todas las oportunidades que podía para pronunciar la palabra predestinación, y la pérdida de un cocinero la justificaba—. Me temo que sin cocinero nos envenenaremos antes de llegar muy lejos —observó—. Solo espero que Jasper sea el primer envenenado.

—Nunca me gustó demasiado la cocina de ese hombre —dijo Jasper.

—Lo recordarás con cariño cuando estés envenenado —le recordó Augustus.

Call estaba deprimido por los acontecimientos de la mañana. No lamentaba especialmente la pérdida de la carreta —un desecho recompuesto con alambres y cordeles— sino la pérdida de Bol. Una vez formado el equipo de hombres, no le gustaba perder a uno de ellos por ningún motivo. Alguien debería asumir el trabajo extra, y era algo que nunca caía bien tocara a quien tocara. Bolívar había estado con ellos durante diez años y resultaba molesto perderle de pronto, aunque Call no había contado con que fuera con ellos cuando se anunció el viaje por primera vez. Bolívar era mejicano. Si no añoraba a su familia, añoraba a su tierra, como hacía el irlandés. Ahora, todas las noches, Allen O'Brien cantaba sus nostálgicas canciones al ganado. Tranquilizaba a los animales, pero no a los hombres; las canciones eran demasiado tristes.

Augustus se fijó en Call, apartado a un lado, con aspecto triste. Muy de tanto en tanto Call se sumía en la tristeza, casi paralizado por dudas que nunca expresaba. La tristeza aparecía en momentos de auténtica crisis. Call florecía en las crisis, que solían ser provocadas por pequeños accidentes, como el destrozo de la carreta.

—Quizá Lippy sepa cocinar —sugirió Augustus, para ver si provocaba una reacción de Call.

Lippy había encontrado un trozo de saco y se limpiaba el barro de la cabeza.

—No, nunca aprendí a cocinar, solo aprendí a comer —respondió.

Call montó a caballo, confiando en disipar así la depresión que le envolvía. Después de todo nadie había resultado herido, el rebaño avanzaba bien y Bol no era una gran pérdida. Pero la depresión persistía. Era como si tuviera plomo en las piernas.

—Podrías intentar cargar todo eso sobre los mulos —dijo a Pea.

—A lo mejor podemos hacer un carretón de dos ruedas —propuso este—. La parte delantera de la carreta no está muy mal. Es lo de atrás lo que se ha reventado.

—Solo un genio como Pea podía tener semejante ocurrencia —dijo Augustus.

—Creo que me voy a ir a San Antonio —anunció Call—. A lo mejor contrato a otro cocinero y compro una carreta nueva.

—Bueno, iré contigo —dijo Augustus.

—¿Para qué?

—Para ayudarte a elegir al nuevo cocinero. Te comerías la tapa de hierro de una cocina si estuvieras hambriento. A mí me interesan los buenos detalles de la cocina. Me gusta poner un hombre a prueba antes de contratarlo.

—No veo por qué. Mientras esté por aquí no dispondrá de nada más tierno para cocinar que la tapa de la cocina —observó Jasper. Desde el principio le había decepcionado la calidad del condumio.

—Sobre todo no contrates a nadie que guise serpientes —advirtió—. Si tengo que volver a comer más serpiente soy capaz de despedirme.

—Esta es una amenaza sin sentido, Jasper —advirtió Augustus—. Si te marcharas no sabrías adónde ir. Y además tienes miedo de vadear los ríos.

—Deberías dejarle en paz —dijo Call cuando estuvieron algo lejos.

No tenía sentido burlarse del miedo de Jasper al agua. Call había visto a hombres hechos y derechos tan asustados de vadear ríos que cada vez resultaba prácticamente necesario dejarles sin sentido. Y un hombre asustado podía ser presa del pánico y contagiarlo al ganado. En circunstancias normales, Jasper era un buen vaquero. No se ganaba nada con mofarse de su miedo al agua.

Camino de San Antonio, pasaron dos poblados; nada más que una casa-capilla y algunas tiendas, pero poblados de todos modos y separados por menos de quince kilómetros.

—Fíjate en esto —exclamó Augustus—. Esa condenada gente haciendo pueblos por todas partes. Y esto es culpa tuya, ¿sabes?

—Ni es culpa nuestra, ni es cosa nuestra tampoco —protestó Call—. La gente puede hacer lo que quiera.

—Naturalmente que sí, desde que echamos a todos los indios y ahorcamos a todos los bandidos. ¿Has pensado alguna vez que todo lo que hemos hecho puede haber sido un error? Míralo desde el punto de vista de la Naturaleza. Si tenemos suficientes serpientes a nuestro alrededor no nos invadirán las ratas y demás. Tal como yo lo veo, los indios y los bandidos hacen el mismo trabajo. Déjales en paz y no tendrás que ir rodeando constantemente esos condenados poblados.

—No tienes por qué rodearlos —advirtió Call—. ¿Qué mal te hacen?

—Si hubiera buscado la civilización me habría quedado en Tennessee y me

ganaría la vida escribiendo poesía. Tú y yo hemos hecho demasiado bien nuestro trabajo. Matamos a la mayoría de la gente que hacía el país interesante.

Call no contestó. Este era uno de los temas favoritos de Gus, y si se le daba la oportunidad lo desarrollaría durante horas. Claro que era una tontería. Nadie en su sano juicio quería que volvieran los indios, ni los bandidos. El que Gus hubiera estado alguna vez en su sano juicio, esa era una cuestión a discutir.

—Call, deberías haberte casado y tener seis u ocho niños —le hizo notar Augustus. Si no se podía llegar a ninguna parte con un tema, había que buscar otro. Los ánimos de Call no habían mejorado mucho. Cuando estaba deprimido era difícil hacerle hablar.

—No puedo imaginar por qué piensas esto —protestó Call—. Quién sabe lo que habrá sido de Jake.

—Bueno, Jake anda arrastrándose por ahí, probablemente con ganas de una partida de cartas.

—Debería dejar a esa muchacha y unirse a nosotros —dijo Call.

—No me escuchas nunca —observó Augustus—. Trataba de explicarte por qué debiste casarte. Si tuvieras un montón de hijos, dispondrías siempre de una tropa que mandar cuando te sintieras autoritario. Te ocuparía el cerebro y no te pondrías triste con tanta frecuencia.

—Dudo que el matrimonio pudiera ser peor que tener que escucharte, pero tampoco es razón para justificarlo.

Llegaron a San Antonio a última hora de la tarde y pasaron cerca de una de las viejas misiones. Un niño mejicano, con una camisa oscura, traía a un pequeño rebaño de cabras.

—Quizá deberíamos llevarnos alguna cabra a Montana —sugirió Augustus—. Las cabras pueden ser melodiosas, más que tu ganado. Podrían acompañar al irlandés y tendríamos un coro.

—Yo prefiero una carreta —cortó Call.

Afortunadamente enseguida pudieron comprar una en un gran establo, al norte del río. Fue necesario comprar otros dos mulos para tirar de la carreta hasta el campamento. Por suerte los mulos eran baratos, veinte dólares por cabeza, y el grueso alemán que estaba al frente del establo, les regaló los arreos por el mismo precio.

Augustus se ofreció a conducir la carreta de vuelta, a condición de que antes pudiera comer y beber. Hacía años que no había estado en San Antonio y se maravillaba al ver los nuevos establecimientos que habían surgido.

—Este sitio alcanzará a Nueva Orleans como siga creciendo así —observó—. Si hace diez años hubiéramos montado una barbería, ahora seríamos ricos.

Había un gran *saloon* en la calle principal que habían frecuentado mucho en sus años de *rangers*. Se llamaba el « Buckhorn» , por la afición del dueño a utilizar cuernos de ciervo para colgar abrigos y sombreros. Su nombre era Willie

Montgomery, y había sido un gran compinche de Augustus. Call sospechaba que era un jugador de ventaja, pero en tal caso era sumamente cuidadoso.

—Supongo que a Willie le encantará vernos y por lo menos nos invitará a cenar —comentó Augustus mientras se acercaban al *saloon*—. A lo mejor también a una puta, si el negocio le va bien.

Pero cuando entraron, no había rastro de Willie ni de nadie conocido. Un joven barman con pelo engominado y una corbata de cordón se les quedó mirando, pero parecía que no pensaba molestarse en servirles. Iba secando vasos con una pequeña toalla blanca y colocándolos cuidadosamente sobre una estantería. El *saloon* estaba prácticamente vacío, solo unos jugadores en una mesa al fondo.

Augustus no pensaba esperar pacientemente y verse ignorado por un encargado de bar.

—Deseo un vaso de *whisky* y mi compañero otro, si no es demasiada molestia —rezongó.

El joven no se molestó en volverse hasta que hubo terminado de secar el vaso que tenía en la mano.

—Supongo que no —respondió—. ¿Qué va a ser? ¿*Whisky* de centeno?

—El *whisky* de centeno bastará, pero si llega pronto —dijo Augustus, esforzándose por no perder la corrección.

El joven no se inmutó, pero puso dos vasos y se dirigió despacio en busca de la botella de *whisky*.

—Ustedes, malditos vaqueros, deberían barrerse antes de entrar aquí —dijo dirigiéndoles una mirada insolente—. Disponemos de toda la arena que necesitamos sin que los clientes nos la traigan. Serán dos dólares.

Augustus tiró una moneda de oro de diez dólares sobre el mostrador. Cuando el joven se inclinó para cogerla, disparó el brazo, le agarró por la cabeza y le aplastó la cara contra el mostrador antes de que pudiera reaccionar. Luego sacó rápidamente el « Colt» y cuando el barman levantó la cabeza, con la nariz rota, sangrándole y manchándole la camisa, se encontró mirando al cañón del enorme « Colt» .

—Además del *whisky*, creo que voy a necesitar un poco de respeto. Soy el capitán McCrae y este es el capitán Call. Si se molesta en volverse podrá ver nuestras fotografías de cuando éramos jóvenes. Entre las muchas cosas que no tolero está el mal servicio. Me sorprende que Willie contratara a un joven tan desagradable.

Los jugadores contemplaban interesados lo que ocurría, pero el joven barman estaba tan sorprendido de que le hubieran roto la nariz sin previo aviso que no decía nada. Se cubría la nariz con la toalla porque le seguía sangrando. Augustus se encaminó sin prisas detrás del mostrador y descolgó el retrato, que

estaba apoyado en el espejo entre otros dos o tres de la misma época. Puso la fotografía sobre el mostrador, cogió el vaso que el joven barman había limpiado, lo lanzó lentamente al aire en dirección a los jugadores de cartas y a continuación el estruendo del gran « Colt» llenó el *saloon*.

Call se volvió a tiempo de ver el vaso hecho añicos. Augustus había sido siempre un maravilloso tirador, y le complació comprobar que seguía siéndolo. Todos los jugadores corrieron a protegerse salvo un hombre gordo con un gran sombrero. Mirándolo detenidamente, Call le recordó. Su nombre era Ned Tym, un buen jugador, demasiado bueno para que le turbaran unos cristales rotos. Cuando los cristales dejaron de volar, Ned Tym recogió fríamente su sombrero y sopló los cristalitos del ala.

—¡Vaya, los *rangers* de Texas han vuelto a la ciudad! —exclamó—. Hola, Gus. La próxima vez que me encuentre con un circo les preguntaré si necesitan un supertirador.

—Tú eres Ned, ¿no? Mis viejos ojos empiezan a fallarme. Si te hubiera reconocido te habría quitado el sombrero de un tiro y nos hubiéramos ahorrado un vaso. ¿Dónde te guardas los ases ahora?

Antes de que Ned Tym pudiera responder, un hombre con chaqueta negra bajó corriendo la escalera del fondo del *saloon*. No era mucho mayor que el barman.

—¿Qué pasa, Ned? —preguntó el hombre, parándose prudentemente junto a la mesa de juego. Augustus seguía con el pistolón en la mano.

—Oh, nada, John. El capitán McCrae y el capitán Call pasaban por aquí, y el capitán McCrae nos ha hecho una pequeña demostración con su pistola, nada más…

—Hay algo más —gritó el barman—. Este viejo hijo de puta me ha roto la nariz.

Con un movimiento tan grácil que casi parecía una caricia, Augustus tocó al barman sobre la oreja con el cañón de la pistola. Bastó un golpecito. El barman desapareció de la vista y no apareció más.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó el hombre de la chaqueta negra. Se le notaba enfadado, pero sobre todo parecía sorprendido. Call le miró y no lo consideró peligroso. Siguió bebiendo su *whisky* y dejó que Augustus continuara con la representación.

—Me sorprende que me pregunte por qué lo he hecho —respondió Augustus guardando la pistola—. ¿Oyó lo que me dijo? Si estos son los modos de la ciudad, no me gustan. Además es un barman lento y merecía una advertencia. ¿Y usted qué hace aquí? ¿Es el dueño o qué?

—Soy el dueño —contestó el hombre—. Y además no permito los tiros.

—¿Qué se ha hecho de Wee Willie Montgomery? —preguntó Augustus—. Cuando él era el dueño no había necesidad de sacudir al barman para conseguir

un vaso de *whisky*…

—Se le escapó la mujer —le informó Ned Tym—, y decidió ir tras ella. Así que vendió el negocio a John, aquí presente.

—Pues no puedo decir que eligiera bien. —Augustus se volvió hacia el mostrador—. Probablemente también eligió mal en el elemento femenino. Si es un hombre de suerte, tal vez no la encuentre nunca.

—No, están viviendo en Fort Worth —aclaró Ned—. Willie estaba decidido a no perderla.

Call contemplaba la fotografía que Augustus había dejado en el mostrador. La habían hecho años atrás. En ella estaban él, Gus y Jake Spoon. Jake reía y llevaba una pistola con culata de nácar en el cinturón, mientras que él y Gus estaban serios. Se la hicieron el año que habían perseguido a Kicking Wolf y su banda hasta el Canadian, matando a más de veinte. Kicking Wolf había hecho una incursión hasta el Brazos eliminando a varias familias de colonos y asustando a la gente de los pequeños poblados. Haberles perseguido hasta el Canadian había hecho de los *rangers* unos héroes, aunque Call sabía que aquellas alabanzas no valían nada. Kicking Wolf no había muerto ni había sido apresado, y no había nada que pudiera retenerle más allá del Canadian por mucho tiempo. Pero durante unas semanas, en todos los sitios donde fueron había un fotógrafo con su caja deseoso de fotografiarles. Uno les acorraló en el « Buckhorn» y les obligó a mantenerse tiesos mientras les hacía la fotografía.

El joven de la chaqueta negra pasó detrás del mostrador y miró al barman caído.

—¿Por qué te rompió la nariz? —preguntó.

—Algún día me lo agradecerá —respondió Augustus—. Resultará más atractivo a las mujeres. Antes parecía un ratón de rabo largo. Y con la falta de modales que tenía, estaba predestinado a una vida solitaria.

—¡No voy a tolerarlo! —gritó el dueño—. No sé por qué razón ustedes, los vaqueros viejos, piensan que pueden entrar por las buenas y hacer lo que les plazca. ¿Qué hace esta fotografía en el bar?

—Es una fotografía de cuando éramos jóvenes, en la época en que querían hacernos senadores —explicó Augustus—. Willie la conservaba en el espejo para que cuando entráramos pudiéramos ver lo guapos que habíamos sido.

—Pues yo voy a llamar al *sheriff* y hacer que les detenga a los dos. Disparar dentro de mi bar es un acto criminal y me importa un comino lo que hicieran hace veinte años. Váyanse de aquí inmediatamente o pasarán la noche en la cárcel. —A medida que iba hablando se iba poniendo más furioso.

—John, yo no amenazaría a estos caballeros si estuviera en tu lugar —exclamó Ned Tym asustado por lo que estaba oyendo—. Son el capitán Call y el capitán McCrae.

—¿Y a mí qué me importa? —gritó el joven revolviéndose contra Ned—.

Nunca he oído hablar de ellos y no quiero a estos viejos vaqueros entrando aquí y cometiendo estos desaguisados.

—No son viejos vaqueros —insistió Ned—. Son *rangers* tejanos. Ya habrás oído hablar de ellos, pero se te ha olvidado.

—No sé por qué tenía que haber oído hablar de ellos. Llevo viviendo aquí dos años, y bien malos que han sido por cierto. No tengo por qué estar necesariamente enterado de los viejos que han matado indios. En general son solo cuentos, historias de viejos fanfarrones.

—John, no sabes de qué estás hablando —repitió Ned cada vez más alarmado —. El capitán Call y el capitán McCrae serían los últimos en fanfarronear.

—Bueno, esta es tu opinión. A mí me parecen un par de fanfarrones.

Call empezaba a estar molesto porque el joven les dirigía miradas ofensivas y les hablaba como si fueran basura, aunque en parte era culpa de Gus. El que el barman hubiera sido un poco lento e insolente no era necesariamente una razón para romperle la nariz. Pero en estas cosas Gus era muy susceptible. Estaba orgulloso de haber sido un famoso *ranger* tejano y a veces se ofendía si no recibía las alabanzas que quería oír.

Gus levantó la fotografía para que el joven pudiera verla.

—Tienen que reconocer que somos nosotros —le dijo—. ¿Por qué tienen nuestra fotografía aquí en el bar, apoyada al espejo, y en cambio nos tratan como basura en cuanto entramos?

—Bueno, yo nunca me he fijado en las malditas fotografías —se excusó John —. Hubiera debido tirar todas esas cosas viejas, pero nunca llegué a hacerlo. Ahora bébase su *whisky* y lárguese o prepárese para ir a la cárcel. Miren, aquí viene el *sheriff*.

Y en efecto, Tobe Walker entró en aquel preciso momento en el local. Era un hombre fornido, con bigote de foca, que parecía mayor de lo que era. A Call le divirtió verle, porque lo que el joven enfurecido no sabía era que Tobe había estado cuatro años en su escuadrón de *rangers* antes de que ellos se retiraran. Entonces solo tenía dieciséis años, pero era un buen *ranger*. Toby les había admirado como si fueran dioses, y era incapaz de arrestarles. Sus ojos se desorbitaron cuando les vio.

—¡Pero cómo es posible! ¡El capitán Call! —exclamó.

—Hola Tobe —dijo Call, estrechándole la mano.

A Augustus también le divertía el rumbo que tomaban los acontecimientos.

—Tobe —dijo—, por lo visto tu deber es esposarnos y llevarnos a la cárcel.

—¿Y por qué iba yo a hacer eso? A veces pienso que debería encarcelarme yo mismo, pero no sé por qué iba a querer encarcelarles a los dos.

—Porque se le paga por mantener la paz, y este par de borrachines han estado perturbándola —dijo John. El hecho de que Tobe les conociera, aún le enfurecía más.

Tobe puso una expresión glacial:

—¿Qué estás diciendo, John?

—Creo que me ha oído, *sheriff*, a menos que esté sordo. Estos hombres han entrado y le han roto la nariz a mi encargado del bar. Luego uno de ellos ha disparado su arma sin motivo. Luego han golpeado al muchacho con la pistola. Les he ofrecido la oportunidad de marcharse, pero no lo han hecho. Tengo la intención de presentar cargos y dejar que la ley siga su curso.

Hizo su discursito en tono tan pomposo que a los otros tres les hizo gracia. Augustus soltó la carcajada, Call y Tobe sonrieron y Ned Tym incluso soltó su risita.

—Hijo, no has apreciado nuestra reputación —observó Augustus—. Nosotros éramos la ley aquí cuando tú aún mamabas. Hay tanta gente que cree que la salvamos de los indios que si presentas cargos contra nosotros, y cualquiera de los muchachos que han luchado con nosotros se enterara, probablemente te ahorcarían a ti. En todo caso, zurrar a un barman grosero nunca ha sido un crimen.

—John, te aconsejo que dejes de meterte con ellos —dijo Tobe—. Te estás pasando. Sería mejor que te excusaras y que me trajeras un *whisky*.

—¡No pienso hacer ninguna de las dos cosas! —gritó John y, sin más, pasó por encima del barman caído y se fue escaleras arriba.

—¿Qué le pasa? ¿Es que tiene una puta arriba? —preguntó Augustus esperanzado. Empezaba a sentirse inquieto y le hubiera gustado un poco de compañía femenina.

—Sí, John mantiene una señorita —aclaró Tobe—. Creo que tendrán que perdonarle. Es de Mobile, y he oído decir que la gente de Mobile es muy exaltada.

—Bueno, no es una prerrogativa local. También tenemos exaltados en nuestro equipo y ninguno de ellos es de Mobile.

Sacaron una botella de *whisky*, se sentaron en una mesa y charlaron un rato recordando viejos tiempos. Tobe preguntó por Jake, y ellos tuvieron la prudencia de no decirle que estaba huyendo de la justicia. Mientras hablaban, el barman se levantó y salió, tambaleándose, por la parte trasera. Ya no le sangraba la nariz, pero tenía la camisa empapada de sangre.

—Parece que venga del matadero —comentó Tobe.

Ned Tym y sus amigos reanudaron la partida de cartas, pero los nervios de los otros jugadores estaban deshechos y Ned no tardó en dejarles sin un céntimo.

Tobe Walker les contempló nostálgico cuando le contaron que llevaban un rebaño a Montana.

—Si no estuviera casado me iría con ustedes. Me imagino que allá arriba los pastos deben de ser muy buenos. Hoy en día, los defensores de la ley tenemos que dedicarnos a recoger borrachos, y esto resulta pesado.

Cuando se marcharon, él siguió celosamente haciendo su ronda. Augustus enganchó los mulos a la carreta nueva. Las calles de San Antonio estaban silenciosas y desiertas cuando marcharon. La luna estaba alta y un par de cabras perdidas buscaban hierba cerca de las paredes del viejo álamo. Cuando llegaron a Texas por primera vez, en los años cuarenta, la gente no sabía hablar de otra cosa que de Travis y su valerosa batalla perdida, pero la batalla casi se había olvidado y el edificio abandonado.

—Bueno, Call, creo que nos han olvidado, como han olvidado el Álamo —comentó Augustus.

—¿Y por qué no? No hemos vuelto por aquí.

—Esta no es la razón. La razón es que no hemos muerto. Mira, Travis perdió la batalla, y estará en los libros de historia cuando alguien hable de este lugar. Si mil comanches nos hubieran acorralado en algún desfiladero y nos hubieran aniquilado, como hicieron los sioux con Custer, escribirían romances sobre nosotros durante cientos de años.

A Call, aquello le pareció un comentario estúpido:

—Dudo que alguna vez se hubieran juntado mil comanches —dijo—. Hubieran tomado Washington D. C.

Pero cuanto más pensaba Augustus en los insultos que habían recibido en el bar —un bar donde habían sido vitoreados como héroes—, más molesto se sentía.

—Hubiera tenido que darle un par de golpes al cachorro de Mobile.

—Estaba asustado —explicó Call—. Estoy seguro de que Tobe le llamará la atención la próxima vez que lo vea.

—Esta no es la cuestión, Woodrow. Nunca ves la cuestión.

—¿Cuál es la cuestión, maldita sea? —preguntó Call.

—Si duramos otros veinte años, nosotros seremos los indios. Tal como está creciendo este lugar, antes de que te des cuenta todo serán iglesias y tiendas de provisiones. Y antes de que te des cuenta nos cogerán a los viejos y nos encerrarán en reservas para que no asustemos a las señoras.

—Me parece poco probable.

—Pues es más que probable. Si encuentro una india que me guste, estoy dispuesto a casarme con ella. Si me van a tratar como a un indio, voy a actuar como tal. Creo que hemos pasado los mejores años de nuestras vidas luchando en el bando contrario.

Call no tenía ganas de discutir semejante tontería. Casi habían llegado al final de la ciudad. Pasaban por delante de unas chozas de adobe donde vivían los mejicanos más pobres. En una de ellas lloraba un niño. Call sintió alivio al comprobar que se iban. Con Gus lanzado podía ocurrir cualquier cosa. En pleno campo, si se enfadaba y disparaba contra algo, sería probablemente una serpiente y no un barman grosero.

—No luchamos en el bando contrario —le recordó Call—. Lo que es un

milagro es que tú permanecieras en el lado bueno de la ley durante tanto tiempo. Jake es demasiado cobarde para mantenerse fuera de la ley, pero tú no.

—Todavía estoy a tiempo. Para ganarse la vida cualquier cosa es preferible a tener que cazar borrachos, como ha terminado haciendo Tobe Walker. El pobre tenía tantas ganas de venir que cuando nos fuimos lloraba. Tobe solía ser ágil y míralo ahora, gordo y panzudo.

—Es verdad que ha engordado, pero Tobe siempre fue corpulento.

Call pensaba que Gus tenía razón. Tobe les había mirado con tristeza cuando les vio montar para marcharse.

43

Por lo que atañía a Roscoe, el viaje había empezado mal y seguía peor. En primer lugar, parecía que nunca encontraría Texas, algo que enturbiaba su mente. Según todas las indicaciones, era un lugar muy grande y se le escapaba. Todo Fort Smith se reiría de él, suponiendo que regresara.

Cuando emprendió la marcha pensó que el medio más fácil para encontrar Texas sería ir preguntando a los colonos que encontrara, pero los colonos resultaron sorprendentemente ignorantes. La mayoría no parecían haber estado a más de un centenar de pies del lugar donde se habían instalado. Muchos eran incapaces de orientarle hacia el próximo poblado, y mucho menos a un lugar tan remoto como Texas. Algunos eran capaces de señalarle la dirección general hacia Texas, pero después de cabalgar unas millas, sorteando sotos y buscando vados apropiados en los diversos arroyos, Roscoe no tenía la seguridad de que fuera en la dirección apropiada.

Afortunadamente, el problema de dirección se solucionó por fin una tarde cuando tropezó con un pequeño grupo de soldados y un par de mulos. Le aseguraron que se dirigían a un lugar llamado Buffalo Springs, en Texas. Eran solo cuatro soldados, dos a caballo y dos en la carreta, y se emborrachaban para soportar el aburrimiento. Eran hombres generosos, tan generosos que Roscoe también terminó borracho. Su alivio al encontrar hombres que sabían dónde estaba Texas, le inducía a beber copiosamente. Pronto se le revolvió el estómago. Los soldados, muy considerados, le dejaron viajar en la carreta, aunque esto no alivió su estómago porque la carreta no tenía muelles. Roscoe se puso tan malo que se vio obligado a viajar tumbado en el suelo, con la cabeza colgando por la parte de atrás, de modo que cuando le atacaban las náuseas podía vomitar, o por lo menos escupir, sin entretener la marcha.

Roscoe se pasó toda una tarde vomitando a ratos, echado en el suelo de la carreta, tratando de recobrar el equilibrio. Cuando viajaba echado, el sol le daba de lleno en la cara y le producía un fuerte dolor de cabeza. El único medio que encontró para protegerse del sol fue ponerse el sombrero sobre la cara, pero cuando lo hacía, la atmósfera cerrada del interior del sombrero, que olía a loción capilar «Pete Peters» que el barbero de Fort Smith usaba generosamente, le revolvía de nuevo el estómago.

Pronto no le quedó otra cosa que echar que las tripas, y esperaba verlas salir de un momento a otro. Cuando por fin pudo sentarse, se sintió extremadamente débil. Se dio cuenta entonces de que habían llegado a la orilla de un río ancho y poco profundo. Los soldados habían ignorado su enfermedad, pero no podían ignorar el río.

—Es el Red —dijo uno de ellos—. Esto que se ve más allá es Texas.

Roscoe se arrastró fuera de su carreta, pensando montar a *Memphis* y cruzar, pero se dio cuenta de que ni siquiera podía subir a la silla. *Memphis* era un caballo alto, pero normalmente se podía llegar a la silla. De pronto vaciló con el calor. No era la silla lo que se alzaba, sino las piernas de Roscoe las que se hundían. Se encontró sentado en el suelo, agarrado a un estribo.

Los soldados se rieron de su apuro y lo echaron sobre la silla como si fuera un saco de patatas.

—Ha sido una suerte que se encontrara con nosotros, ayudante —le dijo un soldado—. Si hubiera seguido hacia el Oeste, los malditos indios le habrían arrancado y comido los testículos.

—¿Comido qué? —preguntó Roscoe, impresionado por la indiferencia con que el soldado le había anunciado aquello tan terrible.

—He oído decir que eso es lo que ocurre si te dejas coger vivo.

—¿Cómo está el asunto de los indios en Texas? —preguntó Roscoe.

Los soldados no parecían tener la menor información al respecto. Procedían de Missouri. Todo lo que sabían de los indios era que les gustaba hacer daño a los blancos cautivos. Uno explicó que a un soldado conocido le habían disparado una flecha desde tan cerca que la flecha le entró por un oído y le salió por el otro lado de la cabeza.

Parecían disfrutar contando este tipo de historias, pero Roscoe no compartía su entusiasmo. Permaneció despierto gran parte de la noche pensando en testículos y en flechas en la cabeza.

A la tarde siguiente los soldados se dirigieron hacia el Oeste, asegurándole que solo tenía que mantener el rumbo Sudoeste y que finalmente llegaría a San Antonio. Aunque se había recuperado de la borrachera, se sentía con pocas fuerzas. Al parecer, la falta de condiciones apropiadas para dormir le iba minando poco a poco la salud.

Aquella tarde, a medida que se acercaba la noche, estaba dispuesto a resignarse con otra noche apoyado al tronco de un árbol. No le gustaba dormir sentado, pero esto le permitía poder levantarse y echar a correr si se presentaba la necesidad. Pero antes de que pudiera elegir un buen árbol en el que apoyarse, descubrió una cabaña a poca distancia.

Al acercarse vio a un viejo con una barba manchada de tabaco, sentado en un tocón y despellejando a una zarigüeya. Roscoe se sintió animado. El viejo era la primera persona que había visto en Texas, y tal vez sería una buena fuente de

información respecto al camino.

—Qué tal —saludó con voz fuerte porque el viejo no había levantado la cabeza de su trabajo y Roscoe consideraba peligroso presentarse ante la gente por sorpresa.

El viejo siguió sin levantar la vista, pero una forma apareció en la puerta de la cabaña. A Roscoe le pareció una muchacha aunque debido a la penumbra no podía estar seguro.

—¿Le importa que me quede a pasar la noche? —preguntó Roscoe descabalgando.

El viejo le miró de reojo.

—Si quiere cenar tendrá que matarse el bicho —le advirtió—. Y no moleste a la chica. Es mía, la compré y la pagué.

A Roscoe esto le pareció curioso. Los modales del hombre le parecieron cualquier cosa menos amistosos, así que le dijo:

—Me parece un poco tarde para ir a cazar zarigüeyas. Tengo galletas y puedo comerlas —respondió quitándole importancia.

—Deje a la chica en paz —repitió el viejo.

El hombre, de aspecto brutal, no volvió a levantar la mirada hasta que terminó de limpiar la zarigüeya. Roscoe permaneció de pie, incómodo. El silencio era opresivo. Roscoe casi deseó haber seguido su camino y dormido sentado contra un árbol. El nivel de civilización de Texas no era muy alto si aquel viejo era una muestra.

—Ven a coger el bicho —ordenó a la muchacha.

Ella salió y se llevó la pieza ensangrentada sin decir palabra. En la oscuridad solo pudo apreciar que era delgada. Iba descalza y el vestido que llevaba parecía hecho de una saca de algodón.

—Pagué veinte pieles de mofeta por ella —explicó de pronto el viejo—. ¿Tiene algo de *whisky*?

Roscoe tenía una botella que había comprado a los soldados. Le llegó olor a carne frita, la zarigüeya sin duda, y volvió a sentir hambre. No tenía nada en el estómago y no podía pensar en nada más que en comer un buen pedazo de zarigüeya frita. Alrededor de Fort Smith, los negros cazaban todas las zarigüeyas; pocas veces podían verse en las mesas de los blancos.

—Tengo una botella en la bolsa. Puedo compartirla con usted.

Supuso que el ofrecimiento le aseguraría un puesto en la mesa, pero había supuesto mal. El viejo cogió la botella cuando se la ofreció y allí, sentado en su tocón, se la bebió casi toda. Luego se puso en pie sin decir palabra y desapareció en el interior de la oscura cabaña. No reapareció. Roscoe se sentó en el tocón, el único lugar disponible, y la oscuridad fue haciéndose más densa hasta que casi no podía verse la cabaña a quince pasos de distancia. Evidentemente, el viejo y la muchacha no tenían luz, porque la cabaña estaba a oscuras.

Cuando se dio cuenta de que no iba a ser invitado a cenar, Roscoe se comió las dos galletas que le quedaban. Se sintió maltratado, pero no podía hacer nada. Cuando terminó las galletas apoyó sus mantas a la pared de la cabaña. Tan pronto como se tendió, salió la luna y llenó el pequeño claro de tanta luz que resultaba difícil dormir.

Entonces oyó decir al viejo:

—Prepara el jergón.

La cabaña estaba mal construida, con unas rendijas tan grandes entre los maderos que a Roscoe le pareció que por ellas se podían colar zarigüeyas. Oyó al viejo dando traspiés dentro.

—¡Maldito sea! ¡Ven aquí, condenada! —dijo el viejo.

Roscoe empezó a sentirse desgraciado por haberse detenido en la cabaña. Luego oyó un golpe, como si el viejo hubiera azotado a la muchacha con un cinturón, una tira de cuero o algo parecido. Luego oyó un forcejeo y la correa volvió a golpear un par de veces más. Después la muchacha empezó a gimotear.

—¿Qué pasa? —preguntó Roscoe, pensando que si hablaba el viejo podría dejarla en paz. Pero la cosa no funcionó. Los golpes continuaron y la muchacha siguió gimoteando. Luego le pareció que caían contra la pared de la cabaña a menos de un pie de la cabeza de Roscoe.

—Si no te quedas quieta mañana te golpearé hasta que desees no haberte movido —clamó el viejo. Parecía estar sin aliento.

Roscoe trató de pensar en lo que haría July en semejante situación. July le advertía siempre que no interviniera en disputas familiares, lo más peligroso de su trabajo según él. En una ocasión July intentó detener a una mujer que iba tras de su marido con una horca y acabó siendo herido por la mujer en una pierna.

En este caso, Roscoe ni siquiera sabía si lo que estaba oyendo era una disputa de familia o no. El viejo acababa de decirle que había comprado la muchacha, aunque naturalmente la esclavitud hacía años que estaba abolida y en todo caso la muchacha era blanca. La joven parecía presentar batalla, pese a su gimoteo, porque el viejo respiraba con dificultad y la maldecía siempre que podía recobrar el aliento. Roscoe deseó más que nunca no haber encontrado la cabaña. El viejo era una mala persona y la muchacha solo podía ser desgraciada con él.

El viejo pronto terminó con la joven, pero ella siguió lloriqueando un buen rato. Era un lloriqueo inconsciente, como el de un perro presa de un mal sueño. Aquello perturbó a Roscoe. Parecía una muchacha demasiado joven para haberse metido en tan horrenda situación, aunque le constaba que en los años del hambre, después de la guerra, muchas familias pobres con muchos hijos, daban los niños a quien los quisiera en cuanto alcanzaban una edad que los hacía útiles para el trabajo.

Roscoe despertó empapado, aunque no por la lluvia. Se había deslizado fuera de la manta y el fuerte rocío le había mojado. Al salir al sol, el agua relució en

las hojas de hierba cercanas a sus ojos. Oía los fuertes ronquidos del hombre en la cabaña. No se oía nada de la muchacha.

Como no había la menor probabilidad de que le ofrecieran desayuno, Roscoe montó y se alejó, sintiendo mucha pena por la muchacha. El viejo canalla ni siquiera le había dado las gracias por el *whisky*. Si todos los tejanos iban a ser como él, aquel iba a ser un viaje desgraciado.

Durante un par de millas a lo largo del día, *Memphis* empezó a mostrarse inquieto, agitando las orejas y mirando a su alrededor. Roscoe también miró pero no vio nada. El terreno era muy boscoso. Roscoe pensó que tal vez les siguiera un lobo, o quizás unos cerdos salvajes, pero no podía ver nada. Recorrieron ocho o nueve kilómetros a paso tranquilo.

Roscoe se había quedado medio dormido en la silla cuando ocurrió algo terrible. *Memphis* tropezó con la rama de un árbol que tenía un nido de avispas. El nido se desprendió de la rama y cayó sobre las piernas de Roscoe. Luego resbaló de la silla al suelo pero no antes de que veinte o treinta avispas le atacaran. Cuando Roscoe despertó, lo único que podía ver eran avispas. Le picaron dos veces en el cuello, otras dos en la cara y una en la mano mientras peleaba con ellas.

Fue un despertar brutal. Puso a *Memphis* al galope y pronto dejó atrás a las avispas, pero dos de ellas se le habían metido dentro de la camisa y estas le picaron lo que quisieron antes de que pudiera aplastarlas contra su cuerpo. Rápidamente descabalgó y se quitó la camisa para asegurarse de que no había más avispas.

Mientras estaba allí, sufriendo por las picaduras, vio a la muchacha: la misma chiquilla esquelética que había estado en la cabaña, con el mismo traje hecho con una saca. Intentó ocultarse detrás de una mata pero Roscoe alzó la mirada en el momento oportuno y la vio. Volvió a ponerse apresuradamente la camisa, aunque las picaduras le escocían como fuego y por lo menos le hubiera gustado poder escupir sobre ellas. Pero un hombre no podía embadurnarse de saliva delante de una muchacha que le miraba.

—Bueno, ya que estás aquí, sal —dijo Roscoe, pensando que era sorprendente que la muchacha hubiera seguido fácilmente a *Memphis* durante más de nueve kilómetros. No le hubiera extrañado que el viejo la había enviado a pedirle más *whisky*.

La chiquilla se le acercó despacio, tímida como un conejillo. Seguía descalza y sus piernas estaban arañadas por las brozas. Se paró a veinte pasos, como si no supiera hasta dónde podía acercarse. Roscoe pensó que era bastante bonita, aunque su pelo oscuro estaba sucio y tenía moretones en los brazos debido a los malos tratos del viejo.

—¿Por qué me has seguido? —preguntó Roscoe. Era la primera vez que la veía bien; no debía tener más que catorce o quince años.

La muchacha se quedó quieta, demasiado intimidada para hablar.

—No he oído tu nombre —insistió Roscoe, intentando ser cortés.

—Madre me llamaba mi Janey —contestó la muchacha—. Me he escapado del viejo Sam.

—Oh —solo pudo decir Roscoe, deseando que las avispas hubieran elegido otro momento para picarle, y también que la muchacha llamada Janey hubiera elegido otro momento para huir.

—Casi le maté esta mañana. Me maltrataba y en realidad no soy suya, aunque le diera unas pieles de mofeta a Bill por mí. Pensé coger el hacha y matarle, pero entonces llegó usted y me he escapado para irme y dejarle. —La chiquilla tenía una voz ronca, como la de un muchacho, y una vez superada su timidez inicial no le importaba hablar—. He visto cómo le picaban. Hay un arroyo por aquí cerca. Los emplastos de barro son lo mejor para las picaduras de las avispas. Se mezcla el barro con saliva y alivia muchísimo.

Eso era sobradamente conocido, pero era de agradecer que la muchacha se lo recordara. Mas lo que importaba tratar cuanto antes era el asunto de su huida.

—Soy ayudante de *sheriff* —explicó Roscoe—. Voy a Texas en busca de un hombre. Llevo prisa y solo tengo un caballo.

No dijo nada más, convencido de que la muchacha entendería la alusión. Pero en lugar de ello, una especie de sonrisa iluminó su rostro por un instante.

—¿Y dice que lleva prisa? Yo pude haberle adelantado tres kilómetros corriendo a pie. Una vez vine andando desde San Antonio, y a menos que vaya al galope creo que le podré seguir muy bien.

La observación casi inclinó a Roscoe en favor de la muchacha. Si había estado en San Antonio, sabría cómo regresar. Él se había sentido desde el primer momento incapaz de encontrar el camino, y le hubiera gustado tener un guía.

Pero una muchacha que huía no era el tipo de guía que le hubiera convenido. Después de todo iba en busca de July por culpa de una mujer que había huido. ¿Qué pensaría la gente si se presentaba con otra? A July le parecería muy extraño y si la gente de Fort Smith llegaba a enterarse pensarían lo peor. Después de todo, el viejo Sam solo la mantenía porque sabía freír una zarigüeya a oscuras.

El recuerdo de la zarigüeya frita cruzó por su mente y le recordó que estaba muerto de hambre. Entre las picaduras y el hambre le resultaba difícil expresarse con claridad, o lo que era peor, pensar con claridad.

Como si leyera el hambre en su expresión, la muchacha se le anticipó.

—Sé cazar bichos —dijo—. Bill me enseñó. Y puedo correr más que ellos. Y además puedo pescar si tiene un anzuelo.

—Entonces fuiste tú la que cazaste la zarigüeya…

La chiquilla se encogió de hombros.

—Ando más deprisa de lo que corren las zarigüeyas. Si nos acercamos al

arroyo le curaré las picaduras.

Las picaduras le quemaban como fuego. Roscoe pensó que no sería mala cosa acercarse al arroyo. Estaba a punto de ofrecerle que montara en la grupa del caballo, pero antes de que pudiera abrir la boca ya se había adelantado corriendo. No solo podía andar más deprisa de lo que podía correr una zarigüeya, sino que podía andar más rápidamente que *Memphis*. Tuvo que ponerle al trote para poder seguirla. Cuando llegaron al arroyo, Roscoe se sentía muy débil a causa del hambre y de las picaduras. La vista le bailaba como si estuviera borracho. Una avispa le había picado cerca del ojo y pronto lo tuvo tan hinchado que se le cerró. Le parecía que tenía la cabeza más grande que de costumbre. La vida estalla llena de problemas y por si fuera poco el viaje estaba yendo mal. Sintió una gran rabia contra July por haberse casado con una mujer que decidió largarse.

La muchacha llegó al arroyo antes que él y empezó a preparar los emplastos de barro y a escupir en ellos. Afortunadamente el arroyo tenía un ribazo alto y proyectaba cierta sombra. Roscoe se sentó a la sombra y dejó que la mucha fuera extendiendo el barro sobre las picaduras de su cara. Incluso consiguió poner un emplasto sobre la hinchazón cercana al ojo.

—Quítese la camisa. —La orden le causó tanta sorpresa que obedeció sin rechistar. El barro era fresco.

—El viejo Sam comía hormigas —le dijo mientras contemplaba su trabajo —. No sabe disparar, así que tenía que vivir de los bichos que yo cazaba.

—Pues a mí me gustaría que pudieras cazar un buen conejo —murmuró Roscoe—. Estoy muerto de hambre.

La muchacha desapareció al instante, por encima del ribazo. Roscoe se sintió un idiota porque realmente no había dicho en serio que se fuera a cazar un conejo. Podía ser rápida, pero los conejos seguro que lo eran mucho más.

Se sintió más débil y se echó a la sombra pensando que un sueñecito le vendría bien. Cerró los ojos por un momento y cuando volvió a abrirlos vio una cosa sorprendente…, bueno, realmente vio dos cosas. Una, un conejo muerto cerca de él. Y otra, la muchacha en el arroyo con un palo en la mano. De pronto una rana enorme saltó a la orilla. Mientras la rana estaba en el aire la muchacha le dio con el palo y la lanzó al ribazo. Luego corrió tras ella y Roscoe se puso en pie para mirar, aunque solo disponía de un ojo. La rana había ido a parar a unas hierbas, que en cierto modo entorpecían sus movimientos. Saltó una vez, pero no pudo hacerlo lejos, y la muchacha estaba allí con el palo. Un instante después bajó del ribazo con la rana muerta cogida por las patas. Le colgaba la lengua rosada.

—Tengo un conejo y una rana —anunció—. ¿Los quiere fritos?

—Nunca he comido rana. ¿Las ranas se comen? —preguntó Roscoe.

—Solo se comen las ancas. Deme su cuchillo.

Roscoe se lo pasó. La muchacha despellejó al conejo, que por cierto estaba bastante gordo. Luego cortó la parte superior de la rana, que arrojó al arroyo, y le arrancó la piel de las patas con los dientes. Roscoe llevaba algunos utensilios en la bolsa de la silla, que ella cogió sin que él dijera nada. Roscoe supuso que las picaduras le habrían afectado porque le parecía que estaba soñando. No dormía, pero no le apetecía moverse. La media rana, con las tripas colgando, flotó hasta la orilla. Aparecieron dos tortugas grises y empezaron a comerse las tripas. Roscoe se limitaba a observar a las tortugas mientras la muchacha preparaba una pequeña hoguera y asaba el conejo y las ancas de la rana. Observó con sorpresa que las ancas de la rana saltaban fuera de la sartén como si la rana siguiera viva.

Cuando las tuvo listas, él comió una y le encantó el sabor. Después se repartieron el conejo y lo comieron sin dejar más que los huesos, que arrojaron al arroyo. Las tripas de la rana y del conejo atrajeron a numerosas tortugas.

—Los negros comen las tortugas —explicó la muchacha, partiendo un hueso con los dientes.

—Comen casi de todo. Supongo que no pueden ser demasiado melindrosos.

Después de la comida Roscoe se sintió menos débil. La chiquilla estaba sentada a unos pasos de distancia, mirando las aguas del arroyo. Parecía una niña. Tenía las piernas llenas de barro del arroyo y los brazos amoratados a consecuencia de sus escaramuzas con el viejo Sam. Algunos morados aún estaban azules y otros ya se habían puesto amarillos. El vestido de saco de algodón estaba desgarrado por muchos sitios.

A Roscoe empezaba a preocuparle el problema de qué hacer con ella. Había sido muy generoso por su parte darle de comer, pero eso no le servía para dar respuesta a la pregunta de qué se podía hacer con ella. El viejo Sam no parecía un hombre que aceptara de buen grado perder algo que consideraba de su propiedad. En aquel momento podía estar siguiéndoles las huellas, y como no estaban muy lejos de la cabaña aún podía alcanzarles.

—Me imagino que el viejo vendrá en tu busca —observó Roscoe nervioso.

—No —contestó la chica.

—Bueno, pero él dijo que eras suya. ¿Por qué no va a venir en tu busca?

—Tiene reúma en las rodillas —explicó la muchacha.

—¿Y no tiene un caballo?

—No, se ahogó. Además le he dado un golpe en las rodillas con la sartén grande para que se quedara tranquilo unos días.

—¡Madre mía! —exclamó Roscoe—, eres un mal enemigo.

La muchacha meneó la cabeza.

—Yo no lo soy. El viejo Sam sí lo era.

Se llevó los utensilios de cocinar al arroyo y los lavó antes de volver a guardarlos en la bolsa.

A Roscoe le angustiaba la idea de que tenía que tomar una determinación. Era

casi mediodía y solo había recorrido unas millas. Tenía que reconocer que la muchacha resultaba práctica para llevar de viaje. Pero por otra parte era una prófuga, y resultaría difícil explicárselo a July.

—¿No tienes familia? —le preguntó esperando que hubiera algún pariente por alguna parte con quien dejar a la chica.

—No —contestó sacudiendo la cabeza—. Tenía un hermano pero se lo llevaron los indios. Mamá murió y papá se volvió loco y se pegó un tiro. Viví con un holandés hasta que Bill me cogió.

—¡Menuda tragedia! ¿Y quién era ese Bill?

Una expresión de tristeza cruzó el rostro de la chiquilla.

—Bill me llevaba a Fort Worth. Entonces tropezó con el viejo Sam arriba, junto al Waco. Se emborracharon y Sam me cambió por las pieles.

No llegó a explicar quién era Bill, y Roscoe no insistió. Decidió retrasar al menos un día la decisión de qué hacer con ella. Le dolían las picaduras y no se creía capaz de tomar una decisión acertada cuando solo podía ver por un ojo. Tal vez encontrarían un poblado y él podría localizar a una familia decente que necesitara alguien que les ayudara. Se la quitarían de las manos.

El único problema era que solo tenía un caballo. No le parecía bien ir él montado y ella a pie. Claro que casi no pesaba nada. *Memphis* no tendría problema en cargar con los dos.

—Mejor que sigas conmigo un par de días. Puede que podamos encontrar un sitio mejor que lo que has dejado atrás; no me gustaría que tuvieras que regresar.

—No pienso regresar. El viejo Sam me mataría.

Cuando Roscoe le ofreció empujarla hacia arriba, le miró de forma peculiar.

—No me importa andar —dijo.

—Pero tenemos que darnos prisa. July nos lleva mucha delantera. Venga, salta.

La muchacha lo hizo. *Memphis* pareció fastidiado, pero era demasiado perezoso para protestar. La muchacha enganchó sus pies en la cincha y se agarró a las cuerdas de la silla.

—Es muy alto, ¿no cree? Puedo ver por encima de las matas.

—Avísame si me equivoco —le pidió Roscoe al cruzar el arroyo—. Tengo que ir a San Antonio, no puedo pasar de largo.

44

Al norte de San Antonio, el terreno empezó a despejarse. Dos semanas de mezquite habían acabado con la paciencia de todos. Gradualmente el terreno se hizo menos boscoso. La hierba era mejor y resultaba más fácil de manejar el ganado. Iban pastando en dirección norte, pero tan despacio que muchos días Newt pensaba que les llevaría una eternidad salir de Texas, y no digamos llegar a Montana.

Seguía marchando en la cola; a medida que mejoraba la hierba el avance resultaba menos polvoriento. Solía cabalgar junto a los Rainey, hablando sobre lo que podían encontrar por el camino. Un tema habitual era el de si los indios habían sido eliminados o no.

Por la noche, junto a la hoguera del campamento, algunos contaban historias de indios, sobre todo el señor Gus. Cuando el equipo se hubo acostumbrado al trabajo de noche, el capitán volvió a hacer lo de siempre: se apartaba de la compañía a cierta distancia. Casi todas las noches ensillaba a la *Mala Bestia* y sé alejaba, desconcertando a algunos hombres.

—¿Será que no le gusta como olemos? —preguntó Bert Borum.

—Si es eso, no se lo reprocho —dijo Jasper—. Pea necesita lavarse la ropa interior más de dos veces al año.

—Al capitán le gusta quedarse solo —dijo Pea, sin hacer caso al comentario sobre su ropa interior.

Augustus estaba en plena partida con Lippy y el irlandés. Las apuestas eran teóricas, pues ya les había ganado seis meses de sueldo.

—A Woodrow le gusta ir donde pueda oler el viento —comentó—. Le hace sentirse inteligente. Por supuesto sería el primero en morir si quedara algún indio inteligente.

—Espero que no quede ninguno —dijo Lippy.

—No te querrían —le aseguró Augustus—. No les interesan los locos.

—Ojalá encontráramos pronto un cocinero —dijo Jasper—. Estoy harto de comer bazofia.

Era una queja continua. Desde que se fue Bolívar, la comida había sido desigual, porque varios hombres probaron como cocineros. Call había cabalgado a diversos poblados para contratar algún cocinero, pero no había tenido suerte.

Augustus solía preparar el desayuno, actuando únicamente de acuerdo con sus propios intereses y provocando infinidad de quejas porque solo le gustaban los huevos revueltos, un estilo que muchos, especialmente Dish Boggett, encontraban repelente.

—Me gustan los huevos un poco fritos —decía Dish, día tras día, contemplando impotente cómo Gus los batía y terminaba echándolos en una sartén—. No haga esto, Gus —suplicaba—. Está mezclando la clara con la yema.

—También se te mezclarán en el estómago —le hacía notar Gus.

Dish no era el único que aborrecía los huevos revueltos.

—Yo no como la clara si puedo evitarlo —observó Jasper—. He oído decir que el blanco provoca la ceguera.

—¿Dónde has oído semejante barbaridad? —preguntó Augustus, pero Jasper no se acordaba.

Sin embargo, a la hora del desayuno todos tenían tal hambre que tragaban lo que se les diera, y se quejaban a cada bocado.

—Este café está tan fuerte que mantendría a flote la tapa de una cocina —dijo Call una mañana. Siempre volvía a tiempo de desayunar.

—Yo tomo el mío a cucharadas —dijo Lippy.

—Vivimos en un país libre —les recordó Augustus—. Al que no le guste este café puede escupirlo y prepararse uno.

Nadie estaba dispuesto a llegar a tal extremo. Como Call no era partidario de parar a mediodía para almorzar, el desayuno era una necesidad, fuera quien fuese el que lo preparara.

Augustus dijo de pronto:

—Hay que conseguir un cocinero, aunque sea malo. Es un trabajo demasiado peligroso para un hombre como yo. Alguien me puede disparar mientras preparo los huevos.

—Bueno, Austin no queda lejos —anunció Call—. Podemos intentarlo allí.

El día era precioso y el rebaño avanzaba tranquilamente, con Dish dirigiendo la cabeza, como si lo hubiera hecho toda la vida. Austin estaba solo a treinta y dos kilómetros al Este. Call estaba preparado para salir, pero Augustus insistió en cambiarse la camisa.

—Podría encontrarme con alguna dama —dijo—. Tú puedes buscar al cocinero.

Cabalgaron en dirección este y no tardaron en encontrar el camino de carretas que llevaba a Austin, pero no llevaban mucho rato en él cuando Augustus dirigió su caballo hacia el Norte.

—Este no es el camino de Austin —dijo Call.

—Es que me he acordado de algo —contestó Augustus.

Y sin decir más salió al galope. Call hizo que la *Mala Bestia* le siguiera. Pensó que tal vez Gus tenía sed; no estaban lejos de un pequeño arroyo, afluente del

Guadalupe.

Y en efecto, encontraron la pequeña laguna alimentada por el arroyo que Augustus había estado buscando. Cruzaba un pequeño grupo de robles y se extendía a lo largo de la pendiente de una colina. Gus y el viejo *Malaria* se detuvieron en la colina, contemplando el arroyo y la pequeña laguna que se formaba debajo de los árboles. Gus permaneció sentado y mirando, lo que era raro…, pero Gus era un poco raro. Call se acercó preguntándose qué habría llamado la atención de Gus en aquel punto y se quedó perplejo al ver que Gus tenía los ojos llenos de lágrimas. Mojaban sus mejillas y brillaban en las puntas de su bigote.

Call no sabía qué decir porque no tenía la menor idea de lo que ocurría. A veces Gus se reía hasta llorar, pero muy pocas veces lloraba. Además, el día era precioso. Le resultaba desconcertante, pero prefirió no preguntar.

Gus estuvo unos cinco minutos sin decir palabra. Call echó pie a tierra y orinó para pasar el tiempo. Oyó que Gus suspiraba y al mirarle vio que se estaba secando los ojos con un pañuelo de hierbas.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó al fin.

Augustus se quitó el sombrero un momento para que la cabeza se le refrescara, y mirando a los árboles y a la laguna dijo:

—Dudo que lo comprendas, Woodrow.

—Bueno, si no lo entiendo no lo entiendo.

—Yo llamo a esto la huerta de Clara. La descubrimos un día que paseábamos en coche. Muchas veces vinimos aquí de *picnic*.

—Debería haber adivinado que tenía algo que ver con ella. Dudo de que exista otro ser humano por el que derramaras una lágrima.

Augustus se secó los ojos con los dedos.

—Clara era preciosa. Creo que el mayor error de mi vida fue dejar que se me escapara de las manos. Lo que pasa es que tú no puedes entenderlo porque no aprecias a las mujeres.

—Si ella no quería casarse contigo, tú no podías hacer gran cosa —observó Call con torpeza. El tema del matrimonio era algo que le resultaba incómodo.

—La cosa no es tan sencilla —comentó Augustus mirando el arroyo y el bosquecillo, y recordando toda la felicidad que había experimentado allí.

Hizo volver al viejo *Malaria* y cabalgaron en dirección a Austin, aunque el recuerdo de Clara estaba tan fresco en su mente como si fuera ella y no Woodrow la que cabalgaba con él. Había tenido sus caprichos, sobre todo por la ropa. Solía bromear con ella asegurándole que nunca la había visto dos veces con el mismo vestido, pero Clara se echaba a reír. Cuando murió su segunda esposa y estuvo libre para declarársele, lo hizo un día de *picnic* en el lugar que ella llamaba su huerta, y le rechazó al instante, sin perder nada de su alegría.

—¿Por qué no? —le preguntó él.

—Estoy acostumbrada a mi sistema. Podrías intentar obligarme a algo que no quisiera hacer.

—¿Acaso no te consiento todos los caprichos?

—Sí, pero porque aún no me tienes —observó Clara—. Seguro que no tardarías en cambiar si alguna vez mandaras tú.

Pero nunca le dio la oportunidad de mandar, aunque a él le pareció que se había entregado sin condiciones a un tonto comerciante de caballos de Kentucky.

Call se sentía un poco avergonzado por Augustus.

—¿Cuándo te has sentido más feliz, Call? —preguntó.

—¿Más feliz?

—Sí, simplemente como ser humano libre y vivo sobre la tierra.

—Bueno, me resulta difícil precisar un momento determinado.

—Pues, para mí no. Mi momento más feliz fue aquí mismo, junto al arroyo —declaró Augustus—. No supe alcanzar la meta y perdí a la mujer, pero aquella época fue deliciosa.

A Call le pareció una extraña elección. Después de todo, Gus había estado casado dos veces.

—Y con tus esposas, ¿qué? —le preguntó Call.

—Es curioso. Nunca me gustaron las mujeres gordas, y sin embargo, me casé con dos de ellas. La gente hace cosas raras; todo el mundo menos tú. De todos modos no creo que alguna vez hayas querido ser feliz. No te va, y por tanto te las arreglas para evitarlo.

—Eso es una tontería.

—No, no lo es. He observado cómo te castigabas durante treinta años y no puedo equivocarme del todo. Lo que no acierto a saber es qué has hecho para merecer el castigo.

—Tienes un extraño modo de pensar.

Apenas habían cabalgado unas tres millas desde el arroyo cuando atisbaron un pequeño campamento al pie de una escarpadura caliza. Había una pequeña charca y árboles.

—Apuesto a que es Jake —dijo Call.

—No, es solo Lorie. Descansa junto a un árbol. Seguro que Jake ha ido a la ciudad y la ha dejado.

Call volvió a mirar, pero el campamento estaba a casi un kilómetro de distancia y lo único que acertaba a ver eran los caballos y el mulo de carga. A lo largo de todos sus años de *ranger*, Augustus había sido famoso por su extraordinaria vista. En los altos llanos y en la tierra del Pecos había demostrado que alcanzaba a ver más lejos que nadie. En los deslumbrantes espejismos, los hombres confundían siempre las matas de salvia con indios. El propio Call se ponía la mano ante los ojos, forzaba la vista y seguía sin estar seguro. En cambio Augustus echaba un vistazo fugaz al supuesto indio, reía y volvía a su partida de

cartas, a su *whisky* o a lo que pudiera estar haciendo.

—Sí, es toda una tribu de matas de salvia —aseguraba.

Pea, era el que estaba más impresionado por la vista de Augustus, porque la suya era notoriamente escasa. A veces, de cacería, Augustus se esforzaba en vano para que Pea viera un antílope o un ciervo.

—Lo podría ver si se acercara más —se excusaba Pea.

—Pea, yo no sé lo que te salva de despeñarte —observaba Augustus—. Si nos acercamos más, el animal se alejará.

—Contratemos a Lorie de cocinera —dijo de pronto Augustus.

—Si la lleváramos al campamento habría peleas todos los días, incluso aunque fuera una mujer decente.

—No veo por qué te molestan tanto las putas, Woodrow. Me parece recordar que tú también tuviste una.

—Sí, fue un error —respondió Call, molesto de que Gus se lo recordara.

—No es ningún error comportarse como un ser humano en alguna ocasión. A la pobre Maggie le partiste el corazón, pero te dejó un hijo precioso antes de irse.

—¡Tú qué sabes! Y además no quiero hablar de esto. También podría ser tuyo, o de Jake, o de algún maldito jugador.

—Sí, pero no lo es, es tuyo. Todo el mundo que tenga buena vista puede verlo. Además, Maggie me lo dijo. Ella y yo fuimos buenos amigos.

—Yo no sé nada de amistad; lo que sí sé seguro es que fuiste un buen cliente.

—Las dos cosas pueden coincidir —le hizo notar Augustus, sabiendo que a su amigo no le hacía feliz que se tocara este tema. Call siempre había sido muy reticente y reservado mientras duró la cosa, y mucho más a partir de entonces.

Cuando llegaron al pequeño campamento, Lorena estaba sentada debajo de un árbol, observándoles tranquilamente. Era evidente que acababa de bañarse en la charca, porque su largo pelo rubio estaba mojado. De tanto en tanto lo exprimía con los dedos. Tenía un cardenal debajo de un ojo.

—¡Vaya por Dios, Lorie, qué vida tan tranquila! —comentó Augustus—. Y además, con lago particular. ¿Dónde está Jake?

—Se ha ido a la ciudad. Lleva dos días fuera.

—Debe de ser una buena partida —dijo Augustus—. Jake es capaz de jugar una semana entera si tiene buena racha.

Call encontró censurable dejar a una mujer sola tanto tiempo en un país duro.

—¿Cuándo esperas que vuelva? —preguntó.

—Dijo que no pensaba volver. Se fue rabioso. Ha estado enfadado todo el camino hasta aquí. Dijo que podía quedarme con el caballo y el mulo y marchar adonde quisiera.

—Dudo que lo dijera en serio. ¿Tú qué crees? —preguntó Augustus.

—Que volverá —respondió Lorena.

Call no estaba tan seguro. Jake nunca había sido hombre capaz de cargar

innecesariamente con responsabilidades.

Vio con fastidio que Augustus descabalgaba y amarraba su caballo a una mata. Luego lo desensilló.

—Creía que venías a Austin —le recordó Call.

—Vete tú, Woodrow. En este momento no estoy de humor para la vida ciudadana. Me quedaré aquí y jugaré a las cartas con Lorie hasta que vuelva ese sinvergüenza.

Call se sintió muy fastidiado. Uno de los peores defectos de Gus era su incapacidad para someterse a un plan. Call podía pasarse toda la noche preparando una estrategia y Augustus podía seguirla durante diez minutos y de pronto perder la paciencia y hacer exactamente lo primero que se le ocurriera. Naturalmente, ir a la ciudad en busca de un cocinero no era un gran proyecto, aunque no dejaba de ser irritante que Gus abandonara. Pero Call sabía que era inútil discutir.

—Bueno, por lo menos espero que vuelvas junto al rebaño esta noche por si yo me retrasara. Debe de haber alguien con experiencia vigilando.

—Bueno, no lo sé. Ya es hora de que el equipo actúe un poco sin nosotros. Probablemente creen que el sol no saldrá si tú no estás allí para autorizarlo.

Antes que empezar otra discusión, Call prefirió volver grupas a la *Mala Bestia*. Incluso hombres con experiencia podían fallar estrepitosamente en una crisis si carecían de liderazgo. Había visto a hombres muy competentes quedarse paralizados en una crisis, pero en cuanto alguien se hacía cargo del mando y les indicaba lo que tenían que hacer, se comportaban espléndidamente. Un grupo heterogéneo como el de Hat Creek ni siquiera sabría decidir quién tenía que decidir si él y Gus no estaban.

Puso a la *Mala Bestia* al galope. Era un placer ver la facilidad con que la yegua se comía los kilómetros. Con semejante cabalgadura, no tardó en olvidar su irritación.

Pero entonces, sin motivo aparente, entre un paseo y el siguiente, la *Mala Bestia* dejó su fluido galope y pareció desbocarse. Call iba relajado, pero incluso antes de levantar la cabeza perdió un estribo y se dio cuenta de que iba a ser lanzado. Lo has conseguido, maldita bestia, pensó, y al instante se encontró en el suelo. Pero había enroscado una rienda a una mano y la conservó, esperando únicamente que no se rompiera. La rienda resistió, y Call se puso en pie y alcanzó la otra rienda.

—Bueno, tu pequeño plan ha fracasado —dijo a la yegua.

Sabía que por muy poco estuvo a punto de soltarse y desaparecer. No se resistió cuando volvió a montarla, y no mostró deseos de volver a inquietarle. Call la mantuvo al trote durante unos dos kilómetros antes de dejarla galopar de nuevo. No creía que lo intentara de nuevo. Era demasiado inteligente para malgastar sus energías cuando sabía que él estaba preparado. En cierto modo se

había dado cuenta de que él estaba distraído cuando se disparó. Pero hasta cierto punto le gustaba…, nunca le habían caído demasiado bien los caballos totalmente dóciles. Le gustaba un animal tan listo como él…, o más listo que él, como la yegua. Se había dado cuenta perfectamente de sus preocupaciones, mientras que él ni siquiera había sospechado de sus intenciones.

Ahora estaba contenta de ignorar su fracaso, pero Call no dudaba de que cuando ella considerara que el momento era oportuno, volvería a intentarlo. Decidió comprar riendas de crin trenzado cuando llegara a Austin; la de cuero que utilizaba podía romperse con facilidad. El crin trenzado le iría mejor si volvía a tirarle; nunca había sido excepcional montando caballos alocados.

—Intenta lo que quieras —le dijo. Había empezado a hablarle en voz alta y cada vez lo hacía más cuando estaban solos—. Te diré una cosa: Pienso ir montado en ti hasta el Yellowstone, y si no lo hago será porque uno de los dos se haya matado antes.

La yegua torda galopó en dirección a Austin, comiéndose de nuevo y con facilidad los kilómetros.

45

A Lorena le hizo gracia que Gus se hubiera parado. No era hombre que perdiera una oportunidad. Si pensaba engatusarla de nuevo tendría que esforzarse mucho, pero sintió alivio cuando se quedó. Los dos días desde que Jake se fue, resultaron abrumadores. Aunque estaba segura de que volvería, lo estaba menos de que importara, porque Jake estaba disgustado con ella y sospechaba que tardaría en que se le pasara. Pensándolo bien, la desconcertaba que hubiera tardado tan poco en confiar en él. De algún modo la había convencido de que él era la respuesta a todos sus problemas. Había experimentado una poderosa sensación de necesidad y de confianza en cuanto se sentó y empezó a hablarle tan afectuosamente. Le había parecido tan ansioso por oírla hablar como ella por oírle a él.

Solo había transcurrido un mes, y en los últimos días había dejado bien claro que no tenía el menor interés en volverla a oír hablar y que preferiría que no lo hiciera. Esto la entristeció. Si siempre iba a equivocarse tanto sobre los hombres, tendría suerte si algún día llegaba a San Francisco.

A veces, mientras le esperaba, se sentía tentada de coger el caballo y el mulo y tratar de encontrar el camino de vuelta a Lonesome Dove. Xavier había dicho que se casaría con ella y la llevaría adonde quisiera ir. Recordó el día en que entró en su alcoba…, sus ojos de loco, sus amenazas de matar a Jake. Cuando no tenía otra cosa que hacer sino estar sentada y pensar, su capacidad de cometer errores la desanimó tanto que llegó a pensar en ahogarse en la pequeña laguna. Pero la mañana era soleada y bonita, y cuando más tarde entró en el agua fue solo para lavarse el pelo. Por un instante metió la cabeza bajo el agua y abrió los ojos, pero le pareció una tontería. Morir en semejante elemento le pareció ridículo. Empezó a preguntarse si estaría un poco chiflada y si por eso cometía equivocaciones. Su madre había estado chiflada. Solía hablar de gente que nadie conocía. Hablaba con los parientes muertos, niños muertos, les hablaba como si aún estuvieran vivos. Lorena se preguntó si su madre terminó así por errores cometidos. Quizá, después de tanto equivocarse, la mente terminaba desatándose y vagaba yendo y viniendo entre el pasado y el presente.

—Lorie, pareces abatida —dijo Augustus—. Hace tan solo cuatro o cinco días te sentías llena de vida y estabas más hermosa que el cielo. ¿Qué te ha hecho ese

canalla para que estés tan cambiada?

—No lo sé, Gus. Parece como si cambiara cada día.

—Bueno, esto le pasa a mucha gente —la animó, contemplándola. Sus ojos tenían una mirada triste.

—No solía desanimarme así en Lonesome Dove. Me sentía igual de un día para otro.

—Claro, desesperanzada. No esperabas nada. Entonces apareció Jake y volviste a esperar.

—Pero no esperaba esto.

—No, pero por lo menos te hizo volver a esperar. El problema es que Jake no es hombre que mantenga las esperanzas de nadie excepto las suyas.

Lorena se encogió de hombros. No había sido culpa de Jake. No le había pedido que se entregara a él, aunque lo había aceptado sin protestar cuando lo hizo.

—Creo que estoy metida en un lío. No va a llevarme a California.

—No —asintió Augustus—. Es una pena el comportamiento de Call con las mujeres. Podríamos hacerte cocinera, y todos los vaqueros se enamorarían de ti. Por cierto, Dish ya está loco por ti.

—Pero no va a sacar nada —afirmó Lorena. Dish había sido su último cliente antes de Jake. Tenía el cuerpo blanco como todos, y estaba tan excitado que apenas estuvo con ella.

—Bueno, pero por lo menos pueden pensar en ti. Y esto es mucho más importante de lo que te puedas imaginar. Un joven necesita una mujer en quien pensar.

—Por mí es muy libre de pensar lo que quiera. ¿Por qué te has parado, Gus?

—Me he parado con la esperanza de echar un polvo —contestó Augustus—. ¿Qué va a ser esta vez, póquer?

—No, blackjack. Se me da mejor. ¿Qué me darás si gano?

—Seré tu puta —respondió Gus sonriendo—. Podrás exigir los polvos que quieras.

—¿Y por qué iba a quererlos? —preguntó Lorena. La idea de un hombre haciendo de puta le parecía divertida.

—Piénsalo un poco —insistió Augustus—. Imagínate que todo fuera al revés y que los hombres fueran las putas. Tú entras en un *saloon*, haces sonar tu dinero y compras a quien quieras. Y tendría que desnudarse y hacer lo que tú le dijeras.

—Nunca he visto a nadie que quisiera. Excepto Jake, y este no me ha durado nada.

—Ya sé que es difícil imaginarlo, porque tú has sido siempre la que querían. Pero suponte que todo funciona al revés y que puedes comprar lo que desees en forma de hombre.

Lorena pensó que Gus era el hombre más loco que jamás había conocido. No

parecía loco, pero sus ideas sí lo eran.

—Imagínate que soy una puta. Siempre he creído que lo haría muy bien. Si me ganas esta mano me ganas un polvo gratis, y lo único que tendrás que hacer es pensar en cómo quieres disfrutarlo.

—No lo disfrutaría —dijo Lorena. Nunca había disfrutado y necesitaba más que las palabras de Gus para hacerla cambiar de opinión.

—¿Nunca has jugado de pequeña?

—Jugaba a hacer girar la botella —dijo Lorena recordando que había jugado a ello con su hermano, que era enfermizo y se quedó viviendo en Alabama con su abuela.

—Pues era un juego así de lo que estábamos hablando. Los juegos se juegan para divertirse. Tú has pensado en ello demasiado tiempo como un negocio. Si ganas la partida debes imaginar que eres una dama elegante de San Francisco que no tiene nada más que hacer que descansar entre sábanas de seda y tener una negra que le sirva leche de vez en cuando. Y mi trabajo consistiría en hacer que te sintieras bien.

—No me gusta la leche. —Con gran sorpresa de Lorena, Gus le acarició la mejilla. La cogió desprevenida y bajó la cabeza que apoyó en sus rodillas. Gus le pasó la mano por entre el pelo mojado y le frotó la nuca.

—Sí, este es tu problema. No te gusta la leche ni nada. Eres como una persona hambrienta cuyo estómago ha encogido por falta de comida. Tú te has encogido por falta de querer algo.

—Quiero llegar a San Francisco. Dicen que allí hace fresco.

—Te sentirías mucho mejor si de vez en cuando disfrutaras con un polvo.

Augustus le cogió las manos y le acarició los dedos.

—La vida en San Francisco es solo vida. Si deseas mucho algo es posible que te decepcione. Lo mejor es aprender a disfrutar de las cosas cotidianas, como camas blandas, suero de leche…, y caballeros amorosos.

Lorena no contestó. Cerró los ojos y dejó que Gus le tuviera la mano cogida. Temía que intentara conseguir más, sin pagarla, ni siquiera jugando a las cartas, pero no fue así. Era una mañana muy tranquila. Gus parecía satisfecho con estrechar su mano y permanecer sentado en silencio. Podía oír cómo los caballos sacudían sus colas.

De pronto Gus le soltó la mano, se levantó y se quitó la camisa y los pantalones. Lorena se preguntó por qué obraría de aquel modo…, lo lógico es que primero jugaran a las cartas. Gus llevaba ropa interior de franela que en tiempos había sido de color carne. Estaba tan gastada que el color casi se había vuelto blanco. Estaba llena de agujeros y el pelo blanco de su pecho salía por alguno de ellos. También se quitó las botas y los calcetines.

—Tú ya te has bañado, pero yo no —dijo, y se metió en el agua con ropa y todo. El agua estaba fría, pero Gus chapoteó a través de la charca. Metió la

cabeza debajo del agua varias veces y volvió nadando hasta la orilla.

—¡Maldita sea! El agua está tan fría que se me ha encogido la sardina. —Se sentó en una piedra para secarse al sol. Entonces, mirando por encima de la cabeza de ella, vio algo que Lorie no podía ver.

—¿Te importa darme mi pistolera, Lorie?

—¿Para qué?

—Se acerca un indio y no puedo saber si viene en plan amistoso —contestó Augustus—. Monta un caballo andador y no es buena señal.

La vieja pistola era tan pesada que tuvo que servirse de las dos manos para pasársela.

—Jake monta un caballo andador —observó Lorie.

—Sí, y es un tarambana —respondió Augustus.

Lorena miró hacia el Oeste, pero no podía ver a nadie. La llanura parecía desierta.

—¿Dónde está?

—Todavía tardará un poco —respondió Augustus.

—¿Cómo sabes que es un indio si está tan lejos?

—Porque los indios tienen una forma especial de montar, por eso. Este puede haber dado muerte a un mejicano, o por lo menos ha robado el caballo de alguno.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tiene plata en la silla, como todos los mejicanos. Reluce al sol.

Lorena volvió a mirar y creyó ver un punto.

—No sé cómo puedes ver tan lejos, Gus.

—Tampoco Call. Le vuelve loco. Está más capacitado que yo, pero no tiene tan buena vista.

Luego le sonrió y se puso el sombrero para protegerse los ojos del sol. Observaba el Oeste de un modo que la hizo sentir aprensión.

—¿Quieres el rifle?

—No, he matado a más de un bandido con esta pistola. Pero me alegro de haberme puesto el sombrero. No va bien meterse en un fregado con la cabeza descubierta.

El jinete estaba ya muy cerca y ella también distinguió los destellos del sol en la silla. Unos minutos después entró en el campamento. Era un hombre grande y montaba un semental bayo. Gus no se había equivocado: era un indio. Tenía el cabello largo y enmarañado y no llevaba sombrero; solo un pañuelo anudado en la cabeza. Sus polainas de cuero estaban mugrientas y sus botas viejas, aunque lucía unas grandes espuelas de plata. Llevaba un enorme cuchillo sujeto a la pierna y un rifle atravesado en el arzón de la silla.

Les miró sin expresión, y a decir verdad menos a ellos que a los caballos. Lorena esperaba que Augustus dijera algo, pero seguía sentado en silencio,

vigilando al hombre por debajo del ala de su viejo sombrero. La cabeza del hombre era grande, cuadrada y pesada.

—Me gustaría beber —dijo el hombre al fin. Su voz era tan desagradable como su cabeza.

—Es agua gratis. Espero que le guste fría —le espetó Gus—. No hemos tenido tiempo de calentársela.

—Me gusta mojada —dijo, y trotó por delante de ellos hasta llegar al agua. Desmontó y se agachó rápidamente, llevándose el agua a la boca con la mano ahuecada.

—Ves, esto lo haces con gracia —observó Augustus—. La mayoría de los hombres se echan sobre la tripa para beber en un charco, o bien cogen el agua con el sombrero y claro, el agua sabe a pelo.

El semental bayo entró unos pasos en el agua y bebió ansiosamente.

El hombre esperó hasta que el caballo hubo terminado. Luego se volvió con un tintineo de espuelas al andar y les volvió a mirar a ellos dos y a los caballos.

—Esta es la señorita Wood —dijo Augustus— y yo soy el capitán McCrae. Espero que haya desayunado, porque andamos escasos de víveres.

El hombre miró tranquilamente a Augustus, aunque a Lorena le pareció que lo hacía con cierta insolencia.

—Yo soy Blue Duck —dijo—. He oído hablar de usted, McCrae. Pero no sabía que fuera tan viejo.

—Oh, no lo he sido hasta últimamente.

Lorena pensó que también Gus introducía en su respuesta un toque de insolencia. Aunque aparentemente estaba relajado, sentado en ropa interior, Lorena percibió que la situación no tenía nada de relajada. El indio llamado Blue Duck daba miedo. Ahora que le tenían cerca, su cabeza aún parecía mayor, lo mismo que sus manos. Sostenía el rifle en su brazo doblado, como si fuera un juguete.

—Si usted es McCrae, ¿dónde está Call? —preguntó Blue Duck.

—El capitán se ha ido a la ciudad. Ha ido en busca de un cocinero.

—Me dijeron que si tenía que matar a alguien, que les matara a los dos —comentó el indio—. Ha sido mala suerte que se haya ido.

—Bueno, pero volverá —la insolencia era más patente en la voz de Augustus —. Puede sentarse aquí en la sombra y esperar si le apetece la oportunidad de hacerse con los dos.

Blue Duck le miró a los ojos por un instante, y con un ágil movimiento saltó sobre el caballo.

—No puedo esperar todo el día a ver si tengo la oportunidad de cargarme a dos viejos y cascados *rangers*. Hay otros muchos que es preciso matar además de vosotros dos.

—Me figuro que Charlie Goodnight ha debido perseguirte —observó Augustus

—. De lo contrario no andarías por aquí, en un país decente, montado en la silla de algún mejicano muerto.

El indio sonrió con dureza.

—Si alguna vez llevas esta condenada y vieja lengua tuya al norte del Canadian, te la cortaré y se la daré a mis cachorros de lobo. Y también tus huevos.

Y sin volver a mirarles pasó junto a ellos y salió del campamento.

Lorena se volvió a mirar a Gus, casi esperando que matara al indio, pero Gus se echó el ala del sombrero hacia arriba y vio cómo se alejaba. Lorena casi deseó que Gus le disparara, porque notó que el hombre era un asesino, aunque no tenía base para juzgarlo. No la había mirado, ni pareció interesarse por ella, pero percibió que era peligroso. A veces, en cuanto un hombre entraba en su habitación, sabía si era peligroso y si la lastimaría si ella le daba oportunidad. Incluso Tinkersley había sido así. Algunos días era inofensivo, y otros peligroso. Hasta de espaldas a él podía decir si venía dispuesto a pegarle. Si este era su estado de ánimo, por mucho cuidado que tuviera la pegaría. Pero Tinkersley no le daba realmente miedo; sus enfados duraban poco. Pegaba fuerte, pero solo pegaba una vez.

Blue Duck era mucho más espantoso. Podía no pegarle siquiera…, o podía hacer algo peor.

—Recoge los trastos, Lorie —ordenó Augustus—. Será mejor que te quedes cerca de nosotros una noche o dos.

—¿Quién es?

—Uno que debimos ahorcar hace diez años. No pudimos alcanzarlo. Es un comanchero. Tiene una pandilla de puercos asesinos y ladrones de niños. Solía actuar en la zona de Río Rojo, desde Nuevo México hasta Arkansas, atacando a colonos. Descuartizaban a los mayores y se llevaban los caballos y los niños.

—¿Por qué no pudisteis cogerle?

—Se defendía mejor sin agua que nosotros. Conocía bien las llanuras secas y nosotros no. Entonces el Ejército nos bloqueó. MacKenzie dijo que le atraparía, pero no fue así.

—¿Habría intentado matarte si el capitán Call hubiera estado aquí?

—No lo sé. Me parece que se cree muy bueno.

—¿Crees que lo es?

—Nunca se sabe. No menosprecio su habilidad, aunque tendría que ser muy rápido para ganarnos a mí y a Call.

—Ni siquiera me miró. No creo que regrese.

—Supongo que te observó mucho antes de llegar al campamento. No soy el único que tiene buena vista en el mundo.

—Quiero esperar a Jake. Le dije que esperaría.

—No seas loca, Lorena. No sabías que Blue Duck andaba por aquí cuando se

lo dijiste. Al hombre podrías interesarle como cebo.

A Lorena le pareció que se ponía a Jake a prueba. La asustaba aquel hombre, y en parte se quería ir con Gus. Pero se había confiado a Jake y aún seguía con la esperanza de que él cumpliría.

—No quiero ir a ese campamento de vaqueros. Todos me miran.

Augustus miraba la loma por donde había desaparecido Blue Duck.

—Debí haberle disparado. O él debió matarme. Era la última persona que esperaba ver. Habíamos oído decir que había muerto. Durante años se dijo que estaba muerto, pero ese era él.

Lorena no creía que el hombre se interesara por ella. Incluso aunque algunos no la miraron percibía su interés, si lo tenían. Blue Duck había mostrado mayor interés por los caballos.

—No creo que Jake pueda protegerte, ni aunque volviera.

Le dio algo de pena que todos los amigos de Jake dudaran de su habilidad. No le respetaban. Gus probablemente tenía razón: debía abandonar a Jake. El propio Gus era un hombre capaz, no le cabía la menor duda. Podía llevarla a California. Había dejado bien claro que no tenía un gran interés en la marcha. Decía muchas tonterías, pero nunca había sido tacaño. Seguía sentado en su gran piedra, rascándose indolentemente a través de un agujero en su ropa mojada.

—Gus, podríamos ir a California —le dijo de pronto—. Me iría contigo y dejaría que Jake se las compusiera.

Augustus la miró sonriendo.

—Me siento honrado, Lorie. Muy honrado.

—Pues vámonos —saltó impaciente.

—No, cariño, tengo que ir a Ogallala.

—¿Y eso dónde está?

—En Nebraska.

—¿Y qué hay allá? —preguntó Lorena, que nunca había oído mencionar semejante lugar.

—Una mujer llamada Clara.

Lorena esperó, pero él no dijo nada más. No quiso preguntar. Siempre había algo, pensó, algo que le impedía ir al lugar donde quería estar. La llenaba de amargura. Recordaba algunas cosas que Gus le había contado desde que se conocían.

—Veo que no eres nada práctico.

A Gus le hizo gracia el comentario.

—¿Es que presumo de práctico?

—Presumes, pero no lo eres. Vas a ir hasta Nebraska por una mujer. Yo soy una mujer y estoy aquí. Podrías echar los polvos que quisieras, si se trata de eso.

—¡Válgame Dios! ¡He conseguido hacerte hablar! Nunca pensé que tendría esta suerte.

Lorena se dio cuenta de que se le pasaba el pequeño enfado y de que ocupaba su lugar la habitual decepción. Una vez más se encontró sola en un sitio caluroso, dependiendo de hombres que pensaban en otras cosas. Parecía como si la vida no cambiara nunca. La decepción fue tan grande que se echó a llorar. Gus se enterneció. Le pasó un brazo por los hombros y con su dedo le fue secando las lágrimas de las mejillas.

—Sí, me doy cuenta de que quieres ir a California. Hagamos un trato: si conseguimos llegar a Denver, te compraré un billete de tren.

—Nunca llegaré a Denver. Nunca lograré salir de Texas.

—Pero si casi estamos fuera… Texas no va mucho más allá del norte de Fort Worth. Además, eres joven. Esta es la diferencia que hay entre nosotros. Tú eres joven y yo no.

Se levantó y se vistió.

—¡Maldita sea! Me gustaría saber adónde iba ese asqueroso bandido. He oído decir que ha matado en Galveston; a lo mejor vuelve allí. Ojalá le hubiera disparado mientras estaba bebiendo.

Volvió a intentar convencer a Lorena para que fuera al campamento de los vaqueros, pero Lorena se limitó a mover la cabeza. No iba a ir a ninguna parte, y lo que era peor, había terminado de hablar. No servía para nada, nunca sirvió.

—Esta es una situación que me preocupa —dijo Augustus—. Probablemente debería seguir al hombre o mandar a Deets que lo hiciera. Deets sigue un rastro mejor que yo. Jake no ha vuelto, y yo no tengo la misma confianza que tú tienes en él. Será mejor que mande a uno de los hombres para que te proteja hasta que sepamos adónde se dirige el bandido.

—No mandes a Dish —le pidió Lorena—. No quiero a Dish por aquí.

—Las mujeres sois muy duras con los enamorados. Dish Boggett tiene mejor corazón que Jake Spoon, aunque ni uno ni otro tienen demasiada sensatez.

—Mándame al negro. No quiero a ninguno de los otros.

—Lo intentaré. O a lo mejor vuelvo yo mismo. ¿Qué te parece?

Lorena no contestó. Se volvía a sentir enfadada. Por culpa de una mujer llamada Clara ella no iba a ir San Francisco; si no fuera por ella, Gus la habría llevado. Permaneció silenciosa en su roca.

—Lorie, eres preciosa. Supongo que he desperdiciado mi oportunidad. Con la experiencia que tengo, debería hacer las cosas mejor.

Lorie guardó silencio. Casi no se veía a Gus cuando levantó la cabeza. Seguía enfadada.

46

—Newt, parece como si acabaras de salir de un saco de harina —exclamó Pea Eye. Le había dado por hacer la misma observación casi todas las noches. Era como si le sorprendiera que Newt y los Rainey volvieran cabalgando de los rastreos cubiertos de polvo, y siempre decía lo mismo. A Newt empezaba a molestarle pero entonces el señor Gus le sorprendió diciéndole que galopara al campamento de Jake y que cuidara de Lorena hasta que Jake volviera.

—Me gustaría limpiarme antes —objetó Newt, consciente de lo sucio que estaba.

—No te manda para que te cases con ella —terció Dish Boggett, fastidiado porque Gus había elegido a Newt para el trabajo. La idea de que Jake Spoon se había largado dejando a Lorena desamparada le causaba una profunda irritación.

—Dudo de que Newt sepa encontrarla —comentó con Gus después de que el muchacho se fuera.

—Está a unos dos kilómetros escasos de aquí. La encontrará.

—Me hubiera gustado que me lo encomendaras a mí.

—No lo dudo. Pero habría aparecido Jake y os hubierais liado a tiros. No creo que os hubierais matado, pero podríais darle a un caballo o a alguna cosa. De todos modos no podemos prescindir de un hombre como tú —añadió, creyendo que el cumplido serviría para mitigar la decepción de Dish. No fue así. Se alejó malhumorado.

El capitán Call llegó en el momento en que Newt salía.

—Bueno, ¿dónde está el cocinero nuevo? —preguntó Augustus.

—Llegará mañana. ¿Adónde mandas al muchacho?

Newt oyó la pregunta y se entristeció. Casi todo el mundo le llamaba Newt, pero el capitán seguía llamándole « el muchacho» .

—Lorie no puede quedarse sola esta noche. Supongo que no habrás visto a Jake.

—No he dado con el *saloon* indicado. Yo he ido en busca de un cocinero. Pero está allí. He oído mencionar su nombre varias veces.

—¿Has oído a alguien mencionar a Blue Duck?

Call estaba desensillando la yegua. Se detuvo y preguntó:

—¿Y por qué iba a oírlo?

—Vino al campamento de Jake y se presentó.

Call apenas podía dar crédito a lo que oía. Miró fijamente a Gus por si se trataba de alguna broma. Blue Duck robaba niños blancos y los regalaba a los comanches. Arrancaba cabelleras, violaba a mujeres y descuartizaba a los hombres. Lo que no robaba lo quemaba, siempre corriendo en dirección oeste a las tierras sin agua del « llano estacado» , a tierras no descubiertas donde ni los *rangers* ni los soldados deseaban seguirle. Cuando él y Call dejaron de ser *rangers*, Blue Duck era un trabajo por hacer. Las historias de sus crímenes llegaban hasta sitios tan lejanos como Lonesome Dove.

—¿Le has visto? —preguntó Call. En todos esos años ni siquiera él había conseguido verle.

—Sí.

—Quizá no fuera él —comentó Call—. Quizás era alguien que se hacía pasar por él. Este no es su terreno.

—Era él —afirmó Augustus.

—Entonces, ¿por qué no le mataste? ¿Por qué no trajiste a la mujer al campamento? La descuartizará, y al muchacho también, si regresa.

—Me has hecho dos preguntas. Al principio no se presentó, y cuando lo hizo estaba preparado. No estaba claro quién podía morir. Pude habérmelo cargado o por lo menos herirle, pero probablemente también yo podía ser herido en el encuentro y no me gusta viajar con heridas.

—¿Por qué dejaste a la mujer? —insistió Call.

—No quiso venir y no me pareció que anduviera tras ella. Creo que quiere los caballos. Envié a Deets a seguirle el rastro. No se apoderará de Lorie con Deets tras sus pasos y si está dando rodeos y se propone llevarse nuestros caballos, Deets lo descubrirá.

—Quizá. Pero puede que ese asesino lo descubra primero y tumbe a Deets. Sentiría perder a Deets.

Pea Eye, que había estado remoloneando en espera del irlandés para que hiciera la cena, perdió de pronto el apetito. Blue Duck venía a ser como el gran indio de sus sueños, el que estaba siempre apuñalándole cuando despertaba.

Call soltó a la *Mala Bestia* con la remuda y volvió a la carreta de cocina. Augustus se estaba comiendo un filete y un enorme plato de judías.

—¿El cocinero que has contratado, es mejicano? —preguntó Augustus.

Call afirmó con la cabeza.

—No me gusta que hayas enviado al muchacho para acompañar a una puta —dijo.

—Es joven e inocente —objetó Augustus—. Por eso lo he elegido. Solo suspirará un poco por ella. Si hubiera enviado a uno de los hombres, Jake podría matarle, si volvía. No creo que él fuese a disparar a Newt.

—Yo incluso dudo de que vaya a regresar —dijo Call—. Esa muchacha

debería haberse quedado en Lonesome Dove.

—Si tú fueras una joven, con toda una vida por delante, ¿querrías quedarte en Lonesome Dove? Maggie lo hizo, y mira cuánto duró.

—Pudo haber muerto en cualquier parte —murmuró Call—. Yo moriré en cualquier parte, lo mismo que tú; y puede que no sea un lugar mejor que Lonesome Dove.

—No es de morir de lo que estoy hablando, sino de vivir. No importa mucho donde uno muera; lo importante es donde uno viva.

Call se levantó y fue en busca de su caballo de noche. Sin darse cuenta volvió a coger a la *Mala Bestia*, aunque acababa de soltarla. Uno de los muchachos Spettle se le quedó mirando con curiosidad pero no dijo nada. Call ensilló la *Mala Bestia* y cabalgó alrededor del rebaño para asegurarse de que todo estaba en orden. El ganado parecía tranquilo, y muchos animales ya se habían echado. Needle Nelson, eternamente soñoliento, dormitaba en su silla.

A la escasa luz, Call vio acercarse un jinete. Era Deets, y eso le hizo sentirse mejor. Cada vez más parecía que Deets era el único hombre del equipo con el que podía cruzar unas palabras tranquilas de vez en cuando. Gus transformaba cada palabra en una discusión. Con los otros hombres era fácil hablar, pero no sabían nada. Si uno se paraba a pensar, era deprimente lo poco que aprendían los hombres en sus vidas. Pea Eye era un perfecto ejemplo. Aunque leal, capaz y valiente, Pea nunca había mostrado la menor habilidad por aprender de su experiencia, aunque su experiencia era considerable. Una y otra vez se acercaba por el lado malo de un caballo conocido por sus coces, y parecía sorprendido cuando era coceado.

Deets era diferente. Deets observaba, recordaba; pocas veces daba consejos, pero si se le pedían, su consejo era siempre el indicado. Su conocimiento del tiempo era casi tan bueno como el de un indio, y era un magnífico rastreador.

Call esperaba ansioso saber adónde había ido Blue Duck, o si realmente era él.

—¿Qué noticias traes? —le preguntó.

Deets estaba serio.

—Le he perdido. Fue unos quince kilómetros al Sudeste. Entonces le perdí. Se metió en un arroyo y no salió de él.

—Es raro. ¿Crees que se trataba de Blue Duck?

—No lo sé, capitán.

—¿Crees que se habrá ido?

Deets sacudió la cabeza.

—No lo creo, capitán. Será mejor que vigilemos los caballos.

—¡Maldita sea! —exclamó Call—. Esperaba que por una vez tuviéramos una noche tranquila.

—Va a ser luna llena. Podremos verle bien si viene a molestarnos esta noche.

Se sentaron y contemplaron cómo se elevaba la luna. Pronto una luz pálida y fresca iluminó el terreno donde dormía el ganado. El toro de Texas empezó a mugir. Estaba al otro lado del rebaño, en la sombra, pero su mugido, llevado por el aire tranquilo a través del pequeño valle, rebotaba y resonaba contra los salientes calizos, al Oeste.

—Bueno, vete a buscar algo de comida —dijo Call a Deets—. Yo voy a subir a los riscos. Puede que tenga una banda o puede que no. Tú sitúate entre nuestro campamento y el de Jake para poder ayudar si viniera a llevarse a la joven. Vigila bien.

Salió al galope en dirección a los riscos, casi a dos kilómetros de distancia, buscó el camino hasta la cima y extendió su manta al borde del saliente. A la luz clara de la noche, con la enorme luna, podía ver a lo lejos el rebaño que descansaba y el brillo de la hoguera del campamento, solo ocultada ocasionalmente cuando alguien o un caballo pasaba por delante.

A su espalda, la yegua revolvió el suelo normalmente inquieta, como si estuviera molesta, después empezó a pastar.

Call sacó su rifle de la funda y lo limpió, aunque estaba en perfecto estado. A veces, el mero hecho de limpiar un arma, algo que había hecho millares de veces, limpiaba su mente de malos pensamientos; pero esta vez no funcionó. Gus le había crispado los nervios al mencionarle a Maggie, el recuerdo más amargo de toda su vida. Había muerto en Lonesome Dove, doce años atrás, pero su recuerdo no había perdido nada de su amargura, porque lo que había ocurrido con ella había sido innecesario y ahora era irremediable. Había cometido errores en batallas y llevado a hombres a la muerte, pero su mente no se entretenía en estos errores: las batallas habían sido necesarias, y los hombres soldados. Se daba cuenta de que lo había hecho tan bien como pudo hacerlo cualquier otro hombre dadas las terribles condiciones de la frontera.

Pero Maggie no había sido un soldado sino una joven prostituta indefensa, que por alguna razón se había fijado en él como el hombre que podía salvarla de sus errores. Gus la había conocido primero, y también Jake y muchos otros hombres, pero él solo la había visitado por curiosidad para descubrir qué era lo que había oído contar y maquinar a los hombres incesantemente. Le pareció poca cosa; una experiencia breve y torpe donde el placer se ahogó pronto en vergüenza y en sensación de tristeza. No debió haber vuelto una segunda vez, y menos una tercera, pero le atraía algo, no tanto la necesidad de su carne como la soledad y desamparo de la mujer. Tenía unos ojos tan asustados… Nunca se encontró con ella en el *saloon* sino que subía por la escalera trasera, generalmente al atardecer; le estaba esperando detrás de la puerta, con expresión de ansiedad. Tuvo la debilidad de volver varias noches durante dos meses o más. Nunca le había dicho gran cosa, pero ella le contó mucho a él. Tenía una voz menuda y rápida, como la de un niño. Hablaba constantemente, como si quisiera ocultar la

vergüenza de él por lo que iban a hacer. Algunas noches estaba media hora sentada porque acabó gustándole lo que le decía, aunque hacía tiempo que había olvidado lo que ella le había dicho. Pero cuando hablaba, su carita se relajaba y sus ojos perdían el miedo. Mientras hablaba le estrechaba la mano. Una noche le abrochó la camisa. Y cuando estaba dispuesto a marcharse…, siempre aquella necesidad de marcharse, de alejarse que le embargaba…, se le quedaba mirando con miedo otra vez en el rostro, como si tuviera algo que decirle y no pudiera hacerlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó una noche ya en la escalera. Era como si lo que la atormentaba le hubiera arrancado la pregunta.

—¿No podrías decir mi nombre? ¿No podrías decirlo una sola vez?

La pregunta le dejó tan sorprendido que fue la única cosa de todas las que ella le dijo que perduró en él a lo largo de los años. ¿Por qué era tan importante que dijera su nombre?

—Pues sí. Te llamas Maggie.

—Pero nunca lo dices. Nunca me llamas de ningún modo. Me gustaría que lo dijeras una vez, cuando vinieras.

—No sé qué importancia puede tener —observó sinceramente.

Maggie suspiró.

—Me sentiría tan feliz si lo hicieras, sería tan feliz…

Algo en la forma de decirlo le turbó terriblemente. Parecía como si fuera a llorar o a correr tras él por la escalera. Había visto la desesperanza en hombres y mujeres, pero no había contado con verla en Maggie. Sin embargo fue precisamente eso lo que vio en ella, desesperanza.

Dos noches después estuvo a punto de ir a verla pero se contuvo. Había cogido su rifle y salido de Lonesome Dove hacia el cruce comanche y pasó la noche sentado allí. Nunca más volvió a estar con Maggie, aunque alguna que otra vez la veía por la calle. Tuvo al chico, vivió cuatro años más y murió. Según Gus estaba borracha la mayor parte del último año. Durante un tiempo se arrimó a Jake, pero Jake se marchó.

A lo largo de todos aquellos años todavía podía recordar cómo sus ojos se fijaban en él esperanzados al entrar, y cuando se marchaba. Esta era la parte más dolorosa de su recuerdo. No le había pedido que le quisiera tanto, pero lo había hecho. Solo había querido comprar lo que los otros hombres habían comprado, pero le había elegido a él de un modo que nunca comprendió.

Se sentía muy culpable, aunque había vuelto varias veces más y había dejado que la necesidad creciera en él sin darse cuenta ni reconocerlo. Y luego la dejó.

—Se le partió el corazón —dijo Gus infinidad de veces.

—¿Qué estás diciendo? Era una puta.

—Las putas tienen corazón —afirmó Augustus.

La amarga verdad era que Gus tenía razón. Maggie ni siquiera tenía aspecto

de puta. No había nada duro en ella. En realidad todo el mundo sabía que era demasiado sensible para la vida que llevaba. Tenía expresiones increíblemente dulces. Todavía recordaba sus movimientos, incluso más que sus palabras. Nunca conseguía mantener el pelo ordenado, y siempre lo arreglaba con la mano. « No sabe comportarse» , decía como si su pelo fuera una criatura.

—Ocúpate de ella si tanto te preocupa —le dijo una vez a Gus, pero Gus se encogió de hombros.

—No está enamorada de mí, sino de ti —precisó.

Durante todos aquellos años, este fue el motivo por el que él y Gus pudieron llegar a separarse, porque Gus no le dejaba en paz. Quería que Call volviera a ver a Maggie.

—¿Volver para qué? —preguntó Call. Todo aquello le desesperaba un poco—. No soy hombre casadero.

—¿No se te habrá declarado? —preguntó Gus sarcástico.

—Bueno, ¿volver y para qué? —insistió Call.

—Siéntate a su lado, siéntate con ella. Le gusta tu compañía, aunque no entiendo por qué.

En cambio Call iba a sentarse junto al río, noche tras noche. Hubo un tiempo en que quiso volver, cuando le parecía agradable sentarse con Maggie unos minutos y verla juguetear con su pelo. Pero prefirió el río y su soledad, pensando que con el tiempo su sentimiento pasaría y que así sería mejor: dejaría de pensar en Maggie y ella dejaría de pensar en él. Después de todo había hombres más habladores que él… Gus y Jake, por citarse solo dos.

Pero no pasó; lo que pasó fueron los años. Cada vez que oía decir que estaba borracha, o que tenía problemas, se sentía inquieto, como si él fuera responsable de ello. Tampoco ayudaba a mejorar la situación las constantes críticas de Gus, hasta el punto de que por dos veces Call estuvo a punto de pelearse con él.

—Te gusta que todo el mundo te necesite, pero eres incapaz de satisfacer a alguien —le había dicho Gus en lo más amargo de sus discusiones.

—No deseo que nadie me necesite —protestó Call.

—¿Entonces por qué sigues rondando con este puñado de medio forajidos a los que llamas *rangers* tejanos? Hay hombres en tu cuadrilla incapaces de mear a menos que les señales un lugar. Pero cuando una cosita como Maggie, que no es la persona más fuerte del mundo, siente necesidad de ti, te vas al río y limpias tu rifle.

—A lo mejor me hace falta —comentó, pero se daba cuenta de que Gus era el que tenía razón en sus discusiones.

Toda su vida había tenido cuidado en controlar lo mejor que podía su experiencia, y de pronto ocurría algo que quedaba para siempre más allá de todo control, solo porque había querido descubrir el trato con las mujeres. Durante años se había mantenido al margen y había criticado a los hombres que andaban

siempre detrás de las putas. Pero entonces él hizo lo mismo burlándose de sus propias reglas. Algo en la joven, tal vez su timidez o su aspecto de soledad, sentada junto a la ventana, le había atraído. Y de un modo u otro, en medio de su pequeño placer, se ocultaba un gran pesar, algo que le había dolido mucho más que tres balas que hubiera recibido en las batallas a lo largo de los años.

Cuando nació el niño, fue peor. En los primeros dos años le atormentó el no saber qué hacer. Gus aseguraba que Maggie había dicho que el niño era de Call, ¿pero cómo podía estar tan segura? Maggie no sabía negarse a un hombre. Call pensaba que esta era la única razón de que fuera una puta: no podía alejarse de ningún tipo de amor. Creía que a su modo de ver todo era amor…, vaqueros y jugadores. Quizá creía que aquel era el mejor amor que podía conseguir.

Dos o tres veces casi se rindió, casi fue a casarse con ella, aunque significara un deshonor. Quizás el niño era suyo, quizás aquello era lo que debía hacer aunque tuviera que dejar de ser *ranger*.

Un par de veces incluso se encaminó hacia ella, pero su resolución siempre fallaba. Era incapaz de volver. La noche en que se enteró de que había muerto salió del pueblo sin hablar con nadie y cabalgó río arriba durante una semana. Enseguida comprendió que había perdido para siempre la oportunidad de hacer las paces consigo mismo, y que nunca volvería a sentirse capaz de ser el hombre que hubiera querido ser. En primer lugar, el hombre que hubiera querido ser jamás se habría acercado a Maggie. Se sentía un tramposo. Era el hombre más respetado de la frontera, pero sin embargo una puta tenía un cargo contra él. Había ignorado dicho cargo y la mujer murió, pero en cierto modo el cargo permanecía, como un peso que tendría que llevar para siempre.

El niño, que crecía en el pueblo, primero con una familia mejicana y después con el equipo de Hat Creek, era el recuerdo viviente de su fracaso. Con el niño allí, jamás podría librarse del recuerdo y de la culpabilidad. Hubiera dado prácticamente todo para borrar el recuerdo y que no formara parte de su pasado ni estuviera incrustado en su mente, pero naturalmente no podía hacerlo. Lo arrastraría siempre, con la larga cicatriz de su espalda, de cuando un caballo le tiró a través del cristal de una ventana.

De vez en cuando Gus intentaba hacerle reconocer al chiquillo, pero Call se negaba. Sabía que probablemente debería hacerlo, no por estar seguro sino por decencia, pero no podía. Ello significaría admitir algo que no podía admitir: que había fallado a alguien. Semejante fallo nunca le había ocurrido en una batalla. Sin embargo ocurrió en una pequeña habitación encima de un *saloon*, por culpa de una jovencita que no podía mantener el pelo peinado. Le parecía extraño que tal fracaso le resultara tan terrible, pero así era. Sentía tanto dolor al recordarlo que siempre trataba de evitar las situaciones en que había mujeres. Solo así podía mantener el asunto lejos de su mente durante cierto tiempo.

Pero siempre volvía, porque tarde o temprano hombres sentados alrededor de

las hogueras de campamento, o los del equipo, se ponían a hablar de putas, y el recuerdo de Maggie le escocía en la mente como el sudor en una herida. Solo la había visto unos meses. El recuerdo hubiera debido morir, y en cambio perduraba. Tenía una vida distinta de los demás recuerdos. Había presenciado cosas terribles en las batallas y las había olvidado casi todas, y en cambio no podía olvidar la mirada triste de los ojos de Maggie cuando le dijo que deseaba que la llamara por su nombre. No tenía sentido que aquel comentario le persiguiera durante años, pero a medida que se iba haciendo viejo, en lugar de parecerle más insignificante, le parecía mucho más importante. Le parecía que minaba todo cuanto él era, o lo que la gente creía que era. Hacía que todos sus esfuerzos, su trabajo y su disciplina parecieran fraudulentos y le obligara a preguntarse si su vida había tenido algún sentido.

Lo que más deseaba era lo que nunca podría tener: que no hubiera ocurrido… ni lo más mínimo. Hubiera sido infinitamente mejor no haber conocido el placer, que soportar el dolor que le seguía. Maggie había sido una mujer débil, pero su debilidad había destruido su fuerza. A veces el mero hecho de pensar en ella le hacía sentir que no debería seguir guiando a los hombres.

Sentado en el pequeño saliente, contemplando cómo la luna iba ascendiendo por el oscuro cielo, experimentaba de nuevo la vieja tristeza. Casi le parecía sentir que no pertenecía a los hombres que estaba conduciendo, y que debería abandonar: cabalgar hacia el Oeste, dejar suelto el rebaño, abandonar Montana, terminar con todo el asunto de conducir hombres. Era curioso que pareciera tan infalible a sus ojos, y que en cambio se sintiera tan triste y vacío cuando pensaba en sí mismo.

Call oía débilmente al irlandés, cantándole al ganado. El toro tejano mugió una vez más. Se preguntó si todos los hombres sentían la misma decepción cuando pensaban en sí mismos. Lo ignoraba. Tal vez la mayoría de hombres no pensaban en ellos. Probablemente Pea Eye lo único que pensaba de su vida era por qué lado del caballo debía aproximarse. Probablemente Pea Eye no tuviera a ninguna Maggie, lo cual era otra más de las ironías de su liderazgo. Pea había sido fiel a sus principios, mientras que él no.

No obstante, Call recordaba aquel día en que había visto a Gus McCrae llorar por una mujer que había desaparecido hacía quince años o más: Gus, el más despegado de todos los que conocía.

Por fin empezó a sentirse un poco mejor, como ocurría siempre que se quedaba solo un buen rato. La brisa soplaba sobre el pequeño saliente. De vez en cuando la *Mala Bestia* golpeaba el suelo. Por la noche la dejaba pastar amarrada a una larga cuerda, pero esta vez se enrolló cuidadosamente la cuerda a la cintura antes de apoyarse en su silla para dormir. Si Blue Duck estaba realmente por los alrededores, merecía la pena ser algo más precavido.

47

Mientras cabalgaba a través del crepúsculo, Newt sintió tal ansiedad que empezó a tener dolor de cabeza. Esto solía ocurrirle cuando se daba cuenta de que se esperaba mucho de él. A los tres kilómetros de cabalgar empezó a experimentar una enorme aprensión. ¿Y si no encontraba el campamento de Lorena? El señor Gus había dicho que estaba hacia el Este, pero Newt no estaba seguro de ir en dirección este. Si no encontraba el campamento tenía la seguridad de que sería una deshonra. Sería un motivo permanente de risa y burla, y Dish Boggett se negaría probablemente a seguir teniendo tratos con él; todo el mundo sabía que a Dish le gustaba mucho Lorena.

Sintió un gran alivio cuando *Mouse* relinchó y el caballo de Lorena le respondió. Por lo menos había evitado el deshonor. Galopó hasta el pequeño campamento y al principio no pudo distinguir a Lorena, solo al caballo y al mulo. Por fin la descubrió sentada, con la espalda apoyada en un árbol.

Había pasado la mayor parte del trayecto pensando en las cosas que podía decirle, pero al verla las olvidó por completo. Puso a *Mouse* al paso, pensando en algo que decir antes de entrar en explicaciones, pero por alguna razón la mente se le cerró. También se dio cuenta de que le costaba respirar.

Lorena levantó la cabeza cuando le vio llegar, pero no se levantó. Siguió sentada con la espalda contra el árbol y esperó a que él se explicara. Newt podía ver su cara pálida pero era demasiado oscuro para distinguir su expresión.

—Soy yo —consiguió decir Newt—. Me llamo Newt —añadió, pensando que Lorena probablemente no lo sabía.

Lorena no abrió la boca. Newt recordó haber oído decir a los hombres que no era demasiado habladora. Bueno, pues tenían razón. Lo único que se oía en el campamento era el ruido de los grillos. Empezó a esfumarse el orgullo que sentía por el encargo que se le había hecho.

—El señor Gus dijo que viniera.

Lorena lamentaba que Gus le hubiera enviado. El bandido no había vuelto y no se sentía en peligro. Tenía la impresión de que Jake volvería; aunque estuviera enfadado, no querría estar sin ella tres noches seguidas. No quería ver al muchacho por allí. Había vuelto la sensación de soledad, pero era una sensación que había estado con ella casi toda su vida. Curiosamente le alegraba esta vuelta.

Estar a solas era más fácil y más descansado que tener que hablar a un muchacho. Y en todo caso, ¿por qué enviar a un chiquillo? No podría hacer frente a un bandido.

—Vuélvete —le dijo. Le fastidiaba la idea de tener al chico cerca toda la noche.

A Newt se le cayó el alma a los pies. Era precisamente lo que había temido que diría. Pero le habían dado órdenes que fuera y cuidara de ella, y no podía desobedecer tranquilamente una orden. Pero tampoco quería desobedecer a Lorena. Se quedó donde estaba, sentado sobre *Mouse*, presa de una terrible indecisión. Hubiera deseado que ocurriera algo…, un ataque inesperado de los mejicanos, o algo por el estilo. A lo mejor le mataban, pero por lo menos no tendría que elegir entre desobedecer al señor Gus y desobedecer a Lorena.

—El señor Gus dijo que debía quedarme —insistió nervioso.

—¡Que se vaya a la porra, Gus! Tú, regresa.

—Supongo que tendré que decirle que me ha dicho que estaba muy bien —consiguió decir Newt, sintiéndose perdido.

—¿Qué edad tienes? —preguntó Lorena inesperadamente, dejándole sorprendido.

—Diecisiete años. Jake me conoció cuando yo era muy pequeño.

—Está bien, ahora márchate. No necesito que me vigilen.

Lo dijo un poco más amistosamente. Ahora le veía con claridad a la luz de la luna. Estaba sentada con las rodillas recogidas.

—Muy bien, pues adiós —dijo. Lorena no contestó. Volvió grupas en dirección al rebaño, sintiéndose más fracasado que nunca.

Luego se le ocurrió que tendría que engañarla. Podía vigilarla sin que ella se diera cuenta. Así no tendría que volver al campamento y explicar que Lorena no le quería con ella. Los vaqueros le gastarían bromas durante todo el camino hasta Montana, inventando que había intentado hacer cosas que ni siquiera había probado hacer. Tampoco estaba seguro de qué era lo que se suponía que trató de hacer. Tenía una vaga idea, pero nada más.

A medio kilómetro del campamento de Lorena, paró y descabalgó. Su nuevo plan para vigilar a Lorena comportaba el abandono de *Mouse*; si intentaba llegar silenciosamente montado en *Mouse*, la yegua de Lorena podía relinchar. Tendría que atar a *Mouse* y volver a pie, violando la principal regla de un vaquero: no separarse nunca del caballo. Probablemente la regla tenía que ver con la lucha contra los indios. Newt pensó: si un indio te alcanza cuando vas a pie, estás perdido.

Pero era una noche tan bella, tan tranquila, con la luna llena y alta, que Newt decidió arriesgarse. Lorena ya estaría dormida. En una noche semejante no sería arriesgado amarrar a *Mouse* por unas horas. Ató las riendas a una rama alta y volvió andando junto a Lorena. Paró junto a un grupo de robles, a unos cien

metros del campamento, se sentó con la espalda apoyada a un árbol y sacó su pistola. Sosteniéndola le hacía sentirse dispuesto para cualquier cosa.

Apoyado en el árbol, descansado, Newt se dejó llevar de los viejos sueños familiares según los cuales cada día era mejor vaquero; incluso el capitán había reconocido que era uno de los mejores. Sus proezas tampoco pasaban inadvertidas a Lorena. No soñó exactamente que fueran a casarse, pero sí que ella le pidió que descabalgara y que hablaran un momento.

Pero mientras hablaban empezó a notar que algo no iba bien. El rostro de Lorena aparecía y desaparecía. En cierto modo el sueño se había vuelto un sueño nocturno, y el sueño nocturno estaba terminando. Despertó asustado, aunque al principio no supo por qué estaba asustado. Solo sabía que algo estaba mal. Siguió sentado debajo del árbol, con el arma en la mano, pero había un ruido que no era normal, como si fueran tambores. Se quedó un momento confuso y luego se dio cuenta de lo que era: el ganado corría despavorido. Inmediatamente echó a correr en busca de *Mouse*. No sabía lo cerca que estaba el ganado ni si corría en su dirección, pero no se paró a escuchar. Sabía que tenía que llegar hasta *Mouse* y cabalgar hasta donde estaba Lorena para ayudarla en caso de que los animales se desviaran hacia allí. Oyó que algunos hombres gritaban por el Oeste; sin duda los muchachos trataban de hacer volver al ganado. De pronto un grupo de unas cincuenta o sesenta reses aparecieron por delante de él, le adelantaron y corrieron hacia los riscos.

Newt corría tanto como podía, no porque tuviera miedo a ser pisoteado sino porque tenía que recoger a *Mouse* y tratar de ayudar. Siguió corriendo hasta quedar cubierto de sudor y sin apenas aire en los pulmones. Confiaba en que ninguno de los vaqueros le viera a pie. Agarró el arma con fuerza mientras corría.

Por fin tuvo que descansar. Las piernas se negaban a mantener la velocidad y trotó los últimos doscientos metros hasta donde había dejado a *Mouse* amarrado. Pero el caballo no estaba allí. Newt miró a su alrededor para asegurarse de que estaba en el punto preciso donde lo dejó. Se había servido de una roca como punto de referencia, y la roca estaba donde debía estar, pero el caballo no. Newt sabía que la estampida pudo haberle hecho romper la rienda, pero no había ninguna rienda rota en el árbol donde había amarrado a *Mouse*.

Newt se echó a llorar sin poder contenerse. Había perdido a *Mouse*, algo imperdonable, y todo porque había creído concebir un buen plan para vigilar a Lorena. No quería ni pensar en lo que diría el capitán cuando tuviera que confesar. Corrió de un lado a otro, pensando que podía haber dos rocas idénticas y que el caballo aún podía estar allí. Pero no era cierto. El caballo se había ido.

Se sentó debajo del árbol donde hubiera debido estar *Mouse*, convencido de que su prestigio como vaquero estaba arruinado a menos que ocurriera un

milagro. Pero no lo creía posible.

El ganado seguía corriendo. Sentía temblar la tierra y oía el galopar de sus cascos, aunque no estaban cerca. Probablemente, los muchachos habían logrado hacerles dar vueltas.

Newt recobró finalmente el aliento y dejó de llorar, aunque permaneció sentado. Sintió una rabia terrible contra *Mouse* por haberse escapado y haberle dejado en semejante situación. Si *Mouse* hubiera aparecido de pronto, Newt le habría disparado alegremente.

Pero *Mouse* no apareció. Newt oyó unos disparos, lejos, hacia el Norte: los muchachos disparando para dar la vuelta al rebaño. Después fue disminuyendo el galopar de los cascos hasta que al fin cesó. Newt sabía que la estampida había terminado. Permaneció sentado donde estaba preguntándose por qué precisamente él tenía que ser tan desgraciado. Luego observó que empezaba a clarear. Debió haber dormido gran parte de la noche cerca del campamento de Lorena.

Se puso en pie y echó a andar hacia la carreta, a la escasa luz. No había avanzado medio kilómetro cuando oyó el galope de un caballo y se volvió para ver a Pea que venía hacia él. Aunque iba a pie, Newt sintió cierto alivio. Pea era su amigo, y no le juzgaría con tanta dureza como los demás.

Incluso en el frío amanecer, el caballo de Pea estaba cubierto de sudor; la galopada habría sido dura.

—Bueno, después de todo estás vivo… —exclamó Pea Eye—. Ya me lo había imaginado. El capitán está al borde del ataque. Pensó que habías sido arrollado y él y Gus están discutiendo porque Gus fue el que te envió.

—¿Por qué creyó que había sido arrollado? —preguntó Newt.

—Porque tu caballo estaba mezclado con el ganado cuando por fin conseguimos hacerles volver. Todos piensan que eres un héroe muerto. Quizá también yo sea un héroe por haberte encontrado.

Newt subió sobre el cansado caballo de Pea, demasiado agotado para darse cuenta de que su reputación estaba a salvo.

—¿Qué ha hecho, saltar una mata y derribarte? Yo siempre desconfío de los caballos pequeños; se salen de debajo de uno demasiado deprisa.

—Le va a ser difícil hacerlo otra vez —dijo Newt, furioso con *Mouse*.

Newt normalmente no habría hablado con tanta rabia delante de Pea o de cualquier otro vaquero, pero tenía los nervios deshechos. La explicación de Pea sobre lo que había ocurrido tenía más sentido que la verdad, así que Newt empezó a creérsela. Ser arrojado del caballo no era un hecho que mereciera especial admiración, pero tarde o temprano ocurría a todos los vaqueros, y era mucho más fácil de aceptar que lo que realmente había ocurrido.

Al trotar a lo largo de un risco, Newt pudo ver el rebaño a casi dos kilómetros de distancia. Le parecía curioso que el capitán se hubiera trastornado tanto ante la

idea de que había sido pisoteado. Si se hubiera dejado tirar merecería ser pisoteado, pero tenía demasiado sueño para que le importara lo que pensaran los demás.

—Mira hacia allí —exclamó Pea—. Seguro que es el cocinero nuevo.

Newt había dejado que se le cerraran los párpados. No era fácil volver a abrirlos aunque fuera para ver el cocinero nuevo. Tenía tanto sueño que al abrir los ojos lo vio todo borroso. Después vio a un burro con un fardo sobre el lomo, caminando despacio.

—No sabía que un burro supiera cocinar —masculló, irritado de que Pea le hubiera despertado estando tan cansado.

—No, el cocinero está más allá. Va muy por delante del burro.

En efecto, un hombre bajito avanzaba por entre la hierba a unos cincuenta metros por delante del burro. Andaba despacio, aunque el burro aún andaba más despacio que él. El hombre llevaba un sombrero con un agujero en la copa.

—Yo diría que el capitán nos ha encontrado a otro viejo bandido. No es mucho más alto que una piedra.

La verdad es que el nuevo cocinero era muy bajo. También parecía muy cuadrado. Llevaba un rifle sobre un hombro, sosteniéndolo por el cañón. Cuando les oyó cabalgar se paró y silbó al burro, pero el burro no le hizo el menor caso.

Newt se fijó en que el nuevo cocinero era viejo. Su rostro moreno no era sino un amasijo de arrugas. Cuando se le acercaron, se paró y se quitó el sombrero con suma cortesía. Tenía el cabello completamente blanco, pero sus ojos eran amistosos.

—¿Cómo está? —saludó Pea—. Pertenecemos al equipo de Hat Creek. ¿Es usted el nuevo cocinero?

—Soy Po Campo —respondió el hombre.

—Si espoleara a ese burro suyo llegaría antes. Estamos todos muertos de hambre —confesó Pea.

Po Campo sonrió a Newt.

—Si azuzara al burro se pararía y no llegaríamos nunca. Además, yo no monto animales.

—¿Por qué no? —preguntó Pea asombrado.

—No es civilizado. Nosotros también somos animales. ¿Qué le parecería si alguien intentara montarle?

A Pea le pareció un despropósito la pregunta. No se consideraba un animal, y en toda su vida nunca había perdido un minuto pensando en la posibilidad de ser montado.

—¿Quiere decir que va andando a todas partes? —preguntó Newt. La idea de un hombre que no montaba a caballo parecía increíble. Era especialmente curioso que semejante hombre viniera a cocinar para un equipo de vaqueros, algunos de los cuales no querían desmontar ni siquiera para comer.

Po Campo sonrió.

—Es un buen país para caminar.

—Tenemos que darnos prisa —insistió Pea un poco inquieto por la conversación.

—Baja y anda conmigo, joven —dijo Po Campo—. Si mantenemos los ojos abiertos podemos ver cosas muy interesantes.

—Lo que va usted a ver es al capitán si no se apresura. Al capitán no le gusta esperar para el desayuno.

Newt se dejó caer del caballo. Fue una sorpresa para Pea y un poco también para el propio Newt, pero echó pie a tierra. La carreta estaba solo a unos trescientos metros. No tardarían en llegar pero prefería retrasar unos minutos el tener que explicar por qué había perdido al caballo.

—Iré andando con él —dijo a Pea.

—¡Válgame Dios! Como esto siga así acabaremos yendo todos a pie —rezongó Pea—. Voy a decirle al capitán que no ha muerto ninguno de los dos.

Cuando se disponía a alejarse, se volvió para mirar a Po Campo.

—¿Pone mucha pimienta en las comidas? —preguntó.

—Toda la que puedo encontrar —contestó Po Campo.

—Bueno, estamos acostumbrados a ella.

Con gran sorpresa de Newt, Po Campo apoyó una mano afectuosa sobre su hombro. Casi se asustó porque era raro que alguien le tocara amistosamente. Si le tocaban era generalmente peleando con uno de los Rainey.

—Me gusta andar despacio —explicó Po Campo—. Si ando demasiado deprisa puede escapárseme algo.

—No hay mucho que ver por aquí —observó Newt—. Solo hierba.

—Pero la hierba es interesante. Es como mi sarape, solo que lo que cubre es la tierra. Lo cubre todo, y algún día me cubrirá a mí.

Aunque el viejo hablaba alegremente, las palabras entristecieron a Newt. Se acordó de Sean O'Brien. Se preguntó si la hierba lo habría cubierto ya. Esperaba que sí. No había podido olvidar aquella tumba fangosa donde había metido a Sean, junto al Nueces.

—¿Cuántos hombres hay en el equipo? —preguntó Po Campo.

Newt intentó contar mentalmente, pero su cerebro estaba cansado y sabía que se le olvidaban algunos hombres.

—Muchos —respondió al fin—. Más de diez.

—¿Tenéis melaza?

—Hay un barril en la carreta, pero todavía no lo hemos empezado. A lo mejor lo guardan para Navidad.

—A lo mejor frío unos saltamontes esta noche —dijo Po Campo—. Los saltamontes son buenos si se fríen muy tostaditos y se mojan en melaza.

Newt se echó a reír ante la idea de que alguien comiera saltamontes. Po

Campo era un bromista.

—¿Cómo se llama su burro? —preguntó, sintiéndose mejor después de haber reído.

—Lo llamo *María*, en recuerdo de mi hermana —explicó Po Campo—. Mi hermana también era lenta.

—¿De verdad fríe saltamontes?

—Cuando puedo encontrarlos. Los viejos son mejores que los jóvenes. No ocurre lo mismo con los animales, pero con los saltamontes sí. Los viejos son crujientes, como los ancianos. Son más fáciles de freír bien.

—Dudo que nadie los coma —observó Newt, empezando a creer que Po Campo hablaba en serio. Después de todo el jaleo que había habido con las serpientes en el estofado, era difícil imaginar lo que podía suceder si Po Campo freía unos saltamontes.

A Newt le caía bien el viejo y no quería que arrancara con mal pie con los hombres; después de todo era un equipo muy susceptible.

—Quizá debería guisar ternera —insinuó—. Es a lo que estamos más acostumbrados.

Po Campo se echó a reír socarronamente.

—Los gusanos hacen buena mantequilla. Sobre todo los limacos.

Newt no supo qué contestar. Pensó que tal vez el capitán había obrado con precipitación al contratar el cocinero. Po Campo era mucho más simpático que Bol, pero de todos modos un hombre que creía que se podían mojar saltamontes en melaza y que utilizaba gusanos para hacer mantequilla no era fácil que cayera bien a tipos remilgados como Jasper Fant, que le gustaba la ternera sin adornos.

—El señor Gus solía hacer bollos, pero no pudo traerse los hornos —comentó Newt. Tenía hambre y el recuerdo de lo buenos que eran los bollos del señor Gus cuando vivían en Lonesome Dove era tan intenso que por unos segundos sintió debilidad.

Po Campo miró a Newt y se subió los calzones.

—Yo te haré algo mejor que los bollos —le dijo, pero sin mencionar lo que iba a ser.

—Espero que no sean gusanos —contestó Newt.

48

—¿Tienes la impresión de que el indio ronda por ahí? —preguntó Call.

—¿Cómo voy a saberlo? —respondió Augustus—. No me informó de sus propósitos. Solo dijo que nos cortaría los cojones si pasábamos al norte del Canadian.

—Me gustaría saber por qué se echaron a correr las reses —murmuró Call—. Era una noche silenciosa y estaban todas acostadas.

—El ganado no sale corriendo solo con la lluvia. También puede correr en noches tranquilas.

—No me gusta que Deets perdiera su rastro. Un hombre al que Deets no pueda rastrear es un hombre escurridizo.

—¡Venga ya! Lo que ocurre es que Deets está oxidado. Y tú también. Habéis perdido vuestra habilidad. Dirigir una cuadra no es la mejor preparación para rastrear comanches.

—Supongo que tú no estarás oxidado, ¿verdad? —preguntó Call.

—Mis máximas habilidades son hablar y hacer bollos. Y emborracharme en el porche. Probablemente he bajado un poco en los bollos en los últimos días, pero todavía puedo hablar mejor que nadie.

—O peor.

Estaban junto a la carreta, con la esperanza de que el nuevo cocinero llegara a tiempo de preparar el desayuno. Pea Eye llegó al galope y se desplegó hacia el suelo.

—Tu forma de descabalgar me recuerda a una grulla aterrizando en un charco de barro —dijo Augustus.

Pasó por alto el comentario. Era necesario no tener en cuenta la mayoría de los que hacía Gus o uno se veía envuelto en una conversación inútil.

—Bueno, Newt está vivo. Solo fue derribado.

—Por qué no le has traído —preguntó Call, tranquilizado.

—Nos encontramos al cocinero y quería compañía. El cocinero asegura que no monta animales, así que vienen andando. Ahora llegan.

Y en efecto, pudieron ver al muchacho y al viejo a unos doscientos metros. Se movían en dirección al campamento, pero despacio.

—Si el cocinero es tan lento como Newt, no llegarán hasta la próxima

semana —observó Gus.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Call. Desde luego estaban haciendo algo. En lugar de venir directamente al campamento, andaban en círculos, como si buscaran objetos perdidos.

—El cocinero tiene un burro, pero no lo monta —dijo Pea Eye—. Dice que no es civilizado montar animales.

—Vaya, el hombre es un filósofo —dijo Augustus.

—Eso es. Y lo he contratado solo para que hable contigo. Así nos dejarás a los demás tranquilos y libres y quizá podamos trabajar.

Unos minutos más tarde, Newt y Po Campo llegaron a la carreta seguidos de lejos por el burro. Resultó que habían estado recogiendo huevos de pájaro. Los traían en el sarape del viejo, que llevaban entre los dos como una hamaca.

—Buenos días —saludó Po Campo a todos en general—. Si llega el burro, podremos desayunar.

—¿Y por qué no ahora? —preguntó Augustus—. Está aquí y veo que ha traído los huevos.

—Sí, pero necesito mi sartén. Me alegro de haber visto estas avefrías. No todos los días se pueden encontrar tantos huevos.

—Ni todos los días puedo comerlos —dijo Augustus—. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Po Campo —contestó el viejo—. Me gusta este muchacho. Me ha ayudado a recoger estos huevos aunque está un poco magullado porque el caballo lo derribó.

—Bueno. Yo soy Augustus McCrae. Tendrá que hacerlo lo mejor que pueda con esta pandilla de brutos.

Po Campo silbó a su burro.

—Los huevos de avefría son mejores que los de codorniz. Más sabrosos, aunque los de codorniz no son malos si se cuecen y se dejan enfriar.

Dio la vuelta al campamento estrechando la mano de cada uno. Cuando hubo terminado de saludar al equipo, el burro ya había llegado. En un tiempo sorprendentemente corto, Po Campo sacó una sartén enorme, preparó un fogón cruzando dos hierros de marcar sobre dos leños, y batió sesenta o setenta huevos de avefría. Los sazonó con especias que sacó de su equipaje y coció los huevos hasta que pudieron cortarse a rodajas, como un pastel de huevo. Después de haberlos probado y gruñido misteriosamente, sirvió una rebanada a cada hombre. Algunos, como Jasper, se mostraron indecisos a probar una comida tan exótica, pero cuando hubieron tragado el primer bocado les desapareció la indecisión.

—¡Caramba, este es el mejor pastel de huevo que he comido en mi vida! —confesó Jasper—. Son mejores que los huevos de gallina.

—¿Pero tú sabes distinguir una tortilla cuando la ves, Jasper? —preguntó

Augustus. Estaba molesto al ver que el cocinero nuevo pasaba a convertirse en héroe a los cinco minutos, mientras él había preparado excelentes bollos durante años y apenas había cosechado alabanzas.

—No es más que una simple tortilla hecha con huevos de avefría —añadió con énfasis—. Hubiera podido prepararos una de haber sabido que os gustaban estas cosas. Esta noche pienso freír unos saltamontes —declaró Po Campo. Contemplaba a los dos cerdos azules, que a su vez le contemplaban a él. Habían salido de debajo de la carreta para comerse las cáscaras de los huevos.

—Si piensa en los cerdos, olvídelo —dijo Augustus—. Si quieren saltamontes que los cacen. Son rápidos como conejos.

—Voy a freír unos cuantos para Newt. Me aseguró que nunca ha comido saltamontes fritos mojados en melaza. Son un buen postre si están bien fritos.

El equipo se echó a reír ante la idea de comer saltamontes. Po Campo también se rio. Ya había desmantelado el fogón y limpiaba la sartén con un puñado de hierba.

Call sintió alivio. Era evidente que Po Campo se llevaba bien con el equipo. Todo el mundo parecía feliz salvo Gus, que estaba molesto porque había sido desbancado como cocinero. A Gus siempre le gustaba ser el mejor en lo que hubiera que hacer.

—Me ha gustado el pastel de huevo, pero me niego a comer insectos —dijo Jasper.

—Me gustaría tener boniatos —dijo Augustus—. Os enseñaría cómo se hace un pastel, nenas.

—He oído decir que hace unos bollos muy buenos —observó Po Campo sonriéndole.

—En efecto. El hacer bollos es un arte y yo lo aprendí.

—Mi mujer también los hacía muy buenos. Me gustaban sus bollos. Nunca se le quemaban por debajo.

—¿Dónde vive, en México? —preguntó Augustus, curioso por saber de dónde había salido el viejo.

—No, vive en el infierno, adonde la envié —afirmó Po Campo plácidamente, sorprendiendo a todos los que le escuchaban—. Su comportamiento era terrible, pero hacía buenos bollos.

Hubo un momento de silencio; los hombres no sabían si creer lo que acababan de oír.

—Bueno, si es allí donde está, espero que cualquier día de estos los probaremos —dijo Augustus. Incluso él estaba algo sobrecogido. Había conocido a hombres que habían dado muerte a sus esposas, pero a ninguno que lo admitiera tan fríamente como Po Campo.

—Por eso confío en ir al cielo. No quiero más tratos con esa mujer.

—Bueno, esto no es Montana —observó Call—. Pongamos en marcha al

ganado.

Aquella noche, fiel a su palabra, Po Campo frio unos saltamontes. Antes de hacerlo, sirvió una comida de filetes de ternera con alubias e incluso preparó un estofado de ingredientes misteriosos, pero que todo el mundo encontró excelente: Allen O'Brien pensó que era mejor que excelente. Cambiaba su opinión sobre la vida, e insistió en que Po Campo le dijera lo que había en él.

—Me has visto recogerlo —le respondió—. Debiste fijarte más.

Fiel a sus principios, también, se había negado a montar el burro o a sentarse en el pescante junto a Lippy.

—Prefiero andar. Podría escapárseme algo.

—Podría escapársete una mordedura de serpiente —le dijo Lippy. Desde el incidente en el Nueces se le había despertado tal terror a las serpientes que dormía en la carreta y ni siquiera bajaba de ella para orinar, haciéndolo de pie en el pescante.

Po Campo había caminado todo el día, a unos cien metros al oeste del rebaño, arrastrando dos sacos que se había colgado del cinturón. De vez en cuando metía algo en uno de ellos, pero nadie vio lo que era salvo los cerdos, que le seguían pegados a sus talones. Lo único que cabía decir era que su estofado era extraordinariamente sabroso. Deets repitió tantas veces que se avergonzó de su apetito.

Fue Deets el primero que tuvo el valor de probar los saltamontes fritos. Como el nuevo cocinero tenía al equipo de tan buen humor, Call le permitió utilizar un poco de melaza, que guardaban para ocasiones especiales. El mero hecho de tener a alguien que cocinara decentemente ya era una ocasión especial, aunque a Call tampoco le atraía la idea de comer saltamontes.

Pero Po Campo había cogido un saco lleno y cuando tuvo la grasa bien caliente, los fue echando de cinco en cinco, o de seis en seis. Cuando consideró que ya estaban hechos, los sacó con la punta de un gran cuchillo y los fue echando sobre un trapo de algodón. No tardó en tener cincuenta o sesenta fritos, y a nadie para comerlos.

—Cómanlos —insistió—. Son mejores que las patatas.

—Tal vez, pero no parecen patatas —objetó Allen O'Brien—. Parecen bichos.

—Dish, tú eres el mejor de los hombres. Te corresponde servirte primero —dijo Augustus—. Ninguno de nosotros queremos adelantarnos a ti.

—Os cedo mi turno —protestó Dish—. Paso de comer saltamontes.

—¿Y a usted qué le retiene, Gus? —preguntó Needle Nelson.

—La prudencia.

Finalmente, Deets se acercó y cogió un saltamontes. Se sentía inclinado a confiar en un hombre que preparaba tan buen estofado. Sonrió, pero no lo comió

enseguida.

—Ponle algo de melaza —sugirió Po Campo.

Deets mojó el saltamontes en el plato de la melaza.

—Supongo que no le matará, pero seguro que le hace vomitar —dijo Lippy, mirando el acontecimiento desde la seguridad del pescante de la carreta.

—Ojalá nos friera algunos de estos mosquitos —dijo Augustus—. Dudo de que sean buenos para comer, pero por lo menos nos libraríamos de ellos.

Entonces Deets se comió el saltamontes. Estaba crujiente. Lo masticó y cogió otro, con una gran sonrisa.

—Es como un caramelo —dijo.

Después de comer tres o cuatro ofreció uno a Newt, que lo envolvió en melaza. Descubrió sorprendido que sabía bien, aunque lo que más sabía era la melaza. El saltamontes en sí era crujiente, como las espinas de la cola de un barbo.

Newt comió otro espontáneamente, y Deets cuatro o cinco más. Entonces Deets persuadió a Pea Eye para que los probara, y Pea comió dos o tres. Con gran sorpresa de todos, Call se acercó y comió dos; en realidad era goloso y no sabía resistirse a la melaza. Dish pensó que tenía que comer uno para mantener su reputación, y a continuación los Rainey comieron un par para imitar a Newt. Pete Spettle comió dos y Soupy, Needle y Bert probaron uno cada uno. Los saltamontes restantes desaparecieron rápidamente, y antes de que Jasper se decidiera a probarlos no quedaba ninguno.

—Sois un maldito puñado de cerdos golosos —protestó, deseando que alguien le hubiera guardado uno.

—Ahora lo habré visto todo. ¡Vaqueros comiendo bichos! —exclamó Augustus. Su orgullo no le había permitido probarlos; hubiera supuesto un triunfo más para Po Campo.

—¿Les he dicho que con gusanos se hace buena mantequilla? —preguntó Po Campo.

—Si alguien intenta embadurnar mi bollo con mantequilla de gusano —observó Soupy Jones— será mejor que desaparezca. Este equipo se está volviendo loco.

Mientras los hombres estaban discutiendo los méritos de los saltamontes, oyeron el galope de un caballo que se acercaba al campamento.

—Espero que sea el correo —dijo Augustus.

—Es el señor Jake —anunció Deets antes de que apareciera el caballo.

Jake Spoon galopó hasta la hoguera del campo y saltó del caballo, que estaba cubierto de sudor. Miró enloquecido a su alrededor, como si esperara ver a alguien.

—¿No está Lorie aquí? —preguntó.

—No —contestó Augustus, angustiado de pronto. La estampida de la noche le

había hecho olvidarse de Lorena por completo. Incluso se había olvidado de que Jake había estado fuera. Había dormitado parte del día, aliviado porque Newt estaba a salvo y suponiendo que Lorena estaba bien, o de lo contrario Newt no la hubiera dejado.

—Gus, será mejor que no la ocultes —estalló Jake, temblándole la voz. Olía fuertemente a *whisky*.

—No la ocultamos —terció Call—. No ha estado aquí.

Newt se disponía a hacer su guardia de noche. Estaba reparando una cincha que parecía desgastada. Al ver a Jake se sintió profundamente intranquilo. A lo largo del día le pareció que había superado su estupidez de haber abandonado su caballo. Pero ahora le embargaba una inquietud peor. Algo le había ocurrido a la mujer a la que le habían encargado guardar.

—Pues se ha ido, y me gustaría saber adónde.

—Puede que haya trasladado el campamento —sugirió Augustus sin querer aceptar lo que temía—. O puede que no hayas sabido encontrarlo; parece que vienes algo cargado.

—He bebido una botella entera. Pero no estoy borracho y aunque lo estuviera podría encontrar mi propio campamento. En todo caso, todo está allí. Solo faltan Lorie y los dos animales.

—¿Hay huellas? —preguntó Call.

Jake pareció asqueado.

—No he buscado ninguna huella. Supuse que había venido aquí a casarse con Gus. Están tan enamorados que desayunan juntos todas las mañanas. ¿Adónde podría ir si no? No tiene ningún mapa.

Jake parecía cansado, temblaba; también se le veía preocupado.

—¿Dónde demonios ha podido ir? —preguntó mirándoles a todos—. Imagino que mañana podré encontrarla. No puede haber ido lejos.

La silla de Augustus estaba a pocos pasos. Había tenido la intención de cubrirla con una lona y servirse de ella como almohada. Pero en cambio la cogió y se fue en busca de su lazo. Sin una palabra se dirigió hacia la remuda.

—¿Adónde se va? —preguntó Jake—. No le entiendo.

La visión de Jake, inútil y medio borracho, llenó de desprecio a Call. Los incompetentes solían ocasionar problemas, a los demás. Jake se había negado a tomar parte en el trabajo, había traído a su puta y luego había dejado que se la robaran.

—Anoche estaba —afirmó Newt muy preocupado—. El señor Gus me mandó vigilarla y vigilé hasta que el ganado se echó a correr.

Augustus regresó llevando del ronzal a un gran alazán llamado *Jerry*. El caballo era un tanto voluble, pero era apreciado por su velocidad y resistencia.

—Deberías esperar y buscar las huellas —aconsejó Call—. No sabes qué ha ocurrido. A lo mejor ha cabalgado hacia la ciudad, o Jake no la ha visto.

—No, la ha robado Blue Duck —afirmó Augustus—. Es culpa mía por no haber matado a ese hijo de perra mientras estaba bebiendo. En aquel momento no sabía quién era, pero hubiera debido dispararle por si acaso. Luego se me olvidó. Estoy demasiado chocho para seguir viviendo.

—¿Blue Duck ha estado aquí? —preguntó Jake descompuesto.

—Sí —contestó Augustus ensillando al alazán—. No me preocupé demasiado porque Deets le rastreó hacia el Sur. Pero sospecho que nos engañó a los dos.

—Oí hablar de Blue Duck en Fort Worth. Capitaneaba un grupo de asesinos. Acechan por los caminos y asesinan a los viajeros para robarles. ¿Por qué no te la trajiste al campamento si sabías que rondaba por ahí?

—Debí hacerlo, claro. Pero no quiso venir. Confiaba en ti, por alguna razón.

—Es exasperante. Tampoco quiso venir a la ciudad. En la ciudad hubiera estado a salvo. Pero no quiso ir. ¿Qué te propones, Gus? —preguntó cuando vio que Augustus estaba ya listo para marcharse.

—Me propongo ir a buscar a Lorie y traerla.

—Ojalá alcances al hombre antes de que llegue a su destino. De lo contrario te encontrarás con toda la banda —dijo Call.

Augustus se encogió de hombros.

—No es más que una banda.

—Voy contigo —dijo Dish Boggett, sorprendiendo a todo el mundo.

—Ni he pedido voluntarios, ni los quiero.

—¡No es cosa tuya, cachorro! —le espetó Jake, enfurecido.

—No soy un cachorro y tú eres un jugador de mala calaña que has dejado que te la roben —respondió Dish fríamente. Él y Jake estaban tensos como cables, pero Augustus montó y pasó a caballo entre los dos.

—Venga, nenas —les dijo—. No estamos para batallas. Yo me voy y vosotros dos os quedáis aquí.

—Este es un país libre —protestó Dish, mirando airado a Gus.

—Para ti no lo es. Tienes que quedarte aquí y mantener este rebaño de vacas mirando hacia la estrella polar.

—¡Ya basta! —Cortó Call. Perder a Gus podía pasar…, pocas veces trabajaba. Pero Dish era su mejor hombre. Ya había desviado dos estampidas, algo que nadie del equipo había tenido la habilidad de hacer.

A Dish no le gustó, pero ante las órdenes del capitán poco podía hacer. La idea de Lorena en manos de un forajido le ponía enfermo y sentía una rabia inmensa contra Jake Spoon por exponerla a semejante peligro. Dio la vuelta y se alejó.

—¿Nos vamos esta noche? —preguntó Jake—. Mi caballo está agotado.

—Tú no vas a ninguna parte, Jake —comentó Augustus—. Por lo menos no conmigo. Probablemente tendré que apretar el paso y no tendré tiempo para conversar.

Jake volvió a enfurecerse.

—¡Ya lo creo que iré, si me da la gana! Es mi mujer.

Augustus no le hizo caso.

—Lamento irme precisamente ahora que estamos estrenando un cocinero nuevo —dijo a Call—. Supongo que para cuando vuelva estaréis todos comiendo arañas y ciempiés.

Deets se acercó con expresión preocupada.

—Por favor, vigile bien. A mí se me escabulló; a lo mejor le hace lo mismo.

—Es que tú probablemente pensabas en saltamontes o algo, Deets.

—¿Llevas bastantes balas? —preguntó Call.

—No lo sé. No he contado los de la banda. Si las termino siempre puedo echarles piedras.

Con estas palabras y un movimiento de cabeza se alejó. Call se quedó algo confuso. Aunque la joven no era responsabilidad suya, tenía la sensación de que también él debía haber ido. Pero aquí estaba, retenido por un montón de ganado mientras Gus cabalgaba solo para terminar el trabajo que debieron de haber hecho años atrás. No le parecía correcto.

Entretanto, Jake se iba indignando por momentos por el comportamiento de Gus.

—¡Debí de haberle disparado! —Remedó—. ¿Qué quiere decir con eso de dejarme aquí? Yo traje a la mujer, y creo que tengo derecho a ir a buscarla.

—Debiste haberte quedado cerca —le recordó Call.

—Es lo que quise hacer —dijo Jake sintiéndose culpable—. Solo pretendía quedarme una noche en Austin. Pero de pronto tuve buenas manos y decidí quedarme dos. Pudo haber venido conmigo pero no quiso. Préstame un caballo. No quiero que Gus me adelante demasiado.

—Dijo que no te quería. Ya le conoces. Si no quiere que vayas, no dejará que vayas.

—No nos dejaba en paz —se quejó, como hablando consigo mismo—. Venía siempre a desayunar.

Entonces sus ojos se posaron en Newt, que se sentía el único culpable.

—Te enviaron para que la vigilaras. Yo diría que el trabajo no pudiste hacerlo peor.

Newt no contestó. Era verdad, y le hacía sentirse peor el que fuera Jake quien se lo dijera. Montó su caballo de noche y cabalgó rápidamente fuera del campamento. Sabía que iba a llorar y no quería que ninguno de los muchachos lo viera. Y al poco rato, lloró tanto que las lágrimas le caían por la cara y mojaban la silla.

En el campamento, Jake seguía enfurecido.

—Ese muchacho no se merece el sueldo. Hubiera debido darle un par de puñetazos.

A Call no le gustó su tono.

—¡Siéntate! —le ordenó—. Newt no necesita ningún puñetazo. Volvió para ayudar con la estampida, que era lo que debía hacer. Probablemente Blue Duck se las agenció para que el ganado empezara a correr, y entonces fue y se llevó a la mujer. No es culpa del muchacho.

Entonces Jake descubrió a Po Campo, sentado con la espalda apoyada en la rueda de la carreta, envuelto en su sarape.

—¿Quién es este? ¿Otro bandido?

—No, solo soy el cocinero —contestó Po Campo.

—Pues a mí me pareces un bandido. Quizás el maldito indio te envió para que nos envenenaras a todos.

—¡Jake, siéntate o lárgate! No quiero oír más idioteces.

—Claro que me voy a largar. Préstame un caballo.

—Ni hablar. Necesitamos todos los que tenemos. Puedes comprarte uno en Austin.

Jake pareció que iba a desplomarse de rabia y nerviosismo. Todos los hombres que no estaban de guardia le contemplaban en silencio. El desprecio se reflejaba en sus rostros, pero Jake estaba demasiado excitado para darse cuenta.

—¡Menuda pareja que sois tú y Gus! —dijo Jake—. Nunca pensé que me trataríais así. —Montó su agotado caballo y abandonó el campamento, hablando entre dientes.

—Jake tiene los nervios de punta —comentó Pea Eye.

—No irá muy lejos con ese caballo —observó Deets.

—No necesita ir muy lejos —dijo Call—. Me imagino que se irá a dormir el *whisky* y volverá por la mañana.

—¿De veras no quiere que vaya con el señor Gus? —preguntó Deets. Era obvio que estaba preocupado.

Call lo pensó. Deets era un magnífico rastreador, además de valiente. Podía ayudar a Gus. Pero la mujer no era asunto de ellos y necesitaban la habilidad rastreadora de Deets. Podía ser difícil encontrar agua y mucho más difícil aún cuando llegaran a los llanos.

—No queremos perder al señor Gus —insistió Deets.

—No creo que a Gus pueda ocurrirle nada —dijo Pea Eye sorprendido de que alguien pudiera ponerlo en duda. Gus había estado siempre allí; era el más ruidoso de todos. Pea Eye trató de imaginar lo que podría sucederle, pero no se le ocurrió nada. Su cerebro no podía imaginar a Gus en apuros.

Call estuvo de acuerdo con él. Augustus siempre había resultado ser bastante más capaz que muchos forajidos, incluso que los más famosos.

—No, quédate con nosotros, Deets —terminó diciendo Call—. A Gus le encanta la idea de eliminar toda una banda de forajidos el solo.

Deets no insistió, pero se quedó intranquilo. El hecho de que había perdido las huellas le obsesionaba. Significaba que el indio era mejor que él. Por tanto

también podía ser mejor que el señor Gus. El capitán siempre había dicho que era mejor que hubieran dos hombres: uno para mirar delante y otro detrás. El señor Gus no tendría a nadie para mirar detrás.

Deets siguió preocupado durante todo el día siguiente. Augustus no había vuelto y Jake Spoon tampoco dio señales de vida.

49

Lorena no vio llegar al hombre. No estaba dormida, ni siquiera pensaba en dormir. Estaba pensando que ya iba siendo hora de que apareciera Jake. Por mucho que le gustara el juego, le gustaba mucho más su zanahoria. No tardaría en volver.

Entonces, sin que hubiera oído ningún paso ni tuviera sensación de peligro, Blue Duck estaba ante ella con el rifle en la mano como si fuera un juguete. Cuando alzó la mirada vio sus piernas y el rifle, pero una nube había cubierto la luna y no podía ver su rostro, por lo menos al principio.

Sintió un miedo terrible. Se dio cuenta de que se había equivocado al negarse a ir al campamento del ganado. Incluso había despedido al muchacho. Hubiera debido irse, pero aún tenía la estúpida idea de que Jake aparecería y asustaría al bandido en el caso de que apareciera.

—¡Vámonos! —ordenó Blue Duck.

Ya había cogido su caballo sin que ella se enterara. Lorena estaba tan aterrorizada que pensaba que no sería capaz de andar. No quería mirar al hombre; a lo mejor echaba a correr y él la mataba. Tenía la voz más horrenda que jamás había oído. Era una voz baja, como el mujido del toro que oía todas las noches, pero en ella había además muerte.

Miró por un momento a las mantas; había estado peinándose y su cajita con el peine dentro había quedado encima. Pero el hombre la empujó hacia el caballo.

—Nada de eso; viajaremos sin bultos —dijo.

Consiguió montar, pero le temblaban las piernas. Sintió la mano de él en el tobillo. El indio le amarró el tobillo al estribo con una tira de cuero. Luego pasó al otro lado y le amarró el otro tobillo.

—Supongo que con esto bastará —dijo y fue a coger el caballo de carga.

Después se pusieron en marcha, con sus caballos amarrados al de él con una cuerda corta. Al Oeste, donde estaba el campamento, oyó gritos y el ruido del ganado desbocado. Blue Duck cabalgó en dirección al ruido. En un instante estuvieron en medio del ganado; Lorena estaba tan asustada que mantuvo los ojos cerrados, pero sentía el calor de los cuerpos de los animales. Luego cruzaron por entre las reses. Lorena miró con la esperanza de ver a Gus o alguno de los

vaqueros…, cualquiera, alguien que pudiera ayudarla. Pero no vio a nadie.

Cuando terminó el ruido de la estampida, Lorena perdió toda esperanza. Había sido raptada por un hombre que Gus le dijo que era malo. El hombre puso los caballos a galope, Lorena tuvo la impresión de que iban a galopar para siempre. Blue Duck no miró hacia atrás, ni dijo nada. Al principio lo único que ella sentía era mucho miedo y ramalazos de ira contra Jake por haber permitido que ocurriera aquello. Sabía que era tan culpa suya como de Jake, pero pronto dejó de importarle de quién era la culpa. Sabía que estaba prácticamente muerta, y que nunca llegaría a ver San Francisco, la única cosa que siempre había deseado. Pero pronto dejaron de importarle el viaje a San Francisco y la perspectiva de la muerte; estaba demasiado cansada. Nunca había cabalgado tanto. Antes de que se hiciera de día en lo único que pensaba era en parar, aunque sospechaba que si llegaban a parar le ocurriría algo malo.

Pero cuando pararon, al clarear, fue solo durante cinco minutos. Por la noche habían cruzado muchos riachuelos. Se le habían mojado las piernas en varias ocasiones. En un pequeño río de apenas cinco pies de anchura dejó beber a los caballos. Desató los tobillos de Lorena y le indicó que descabalgara. Al hacerlo casi se fue al suelo porque tenía las piernas dormidas y débiles. Aún había oscuridad en el río, pero detrás de ellos, por encima de los riscos, apuntaba la luz. Mientras permanecía junto al caballo, sujetándose a un estribo hasta que volvió a tener vida en las piernas, Blue Duck se abrió los pantalones y orinó, en tanto que los caballos bebían.

—Venga, hágalo si quiere —le espetó sin mirarla.

Lorena no pudo. Estaba demasiado asustada. Y tampoco se le ocurrió beber, un olvido que pronto lamentaría. Después de beber, Blue Duck le indicó que volviera a montar. Rápidamente le amarró de nuevo los tobillos. Cuando despuntó el alba estaba de nuevo en marcha. Al principio la luz la llenó de esperanza. Jake o alguien iría tras ellos. A lo mejor pasaban un pueblo o una granja…, alguien podría darse cuenta de que la estaban raptando.

Pero por donde cabalgaban estaba completamente vacío. Era un país de lomas rocosas y de riscos, con un cielo ardiente y sin nubes. La invadió la desesperación. Blue Duck nunca miraba hacia atrás. Parecía llevar a los caballos por los lugares más abruptos que conocía, y nunca aminoró el paso.

A medida que el día se fue haciendo más caluroso, empezó a sentir sed, tanta sed que le resultaba doloroso recordar que había estado junto a un río y no había bebido; podía recordar el rumor que hacía el agua al correr por encima de las piedras. A veces la atormentaba; la mayor parte del tiempo estaba demasiado cansada para recordar nada. Le pareció que los caballos morirían si seguían cabalgando todo el día. Llevaban un trote regular. También recordó que no había orinado…, había estado demasiado asustada. Pasaron horas y horas y cruzaron un río tras otro, pero el hombre no volvió a pararse. Siguió cabalgando. La

necesidad de orinar se transformó en agonía. No supo qué era peor si esto o la sed y la fatiga. Después se dio cuenta de que se había mojado los pantalones y de que los muslos le escocían; le había ocurrido mientras dormitaba. Pronto sus muslos quedaron abrasados por la orina y por el roce constante de la silla. El dolor era insignificante si se comparaba a la sed. Durante la tarde, con el sol dándoles de lleno y la camisa empapada en sudor como si hubiera cruzado un río a nado, creyó que iba a perder su fortaleza, que iba a suplicar al hombre que le diera agua. Tenía los labios agrietados y el sudor que le corría por la cara se le metía en las grietas y le escocía, pero lo chupó. Por lo menos estaba húmedo y un segundo de humedad sobre la lengua la aliviaba. Nunca había estado tan sedienta en su vida, y nunca hubiera imaginado que fuera tan doloroso. Lo más terrible era cuando cruzaban riachuelos, porque eran numerosos. Miraba el agua al vadear, y quería suplicar. En uno de los más profundos se inclinó en la silla, pero no pudo alcanzar el agua, aunque la oía chapotear bajo el vientre del caballo. Entonces se echó a llorar y las lágrimas se mezclaron al sudor. La cabeza le dolía por el sol y poco a poco fue perdiendo su apego a la vida. Sintió que podía morir. Menuda broma para el hombre si cuando llegaban a dondequiera que la llevara, estuviera muerta. No sacaría mucho de ella muerta.

Pero no moría. Lo que estaba era cada vez más sedienta. La lengua empezó a molestarla. Parecía llenarle la boca por completo y cuando lamía la gotas de sudor tenía la impresión de que era del tamaño de su mano.

Entonces, mientras soñaba en el agua, abrió los ojos y se encontró con que estaban parados en un arroyo importante. Blue Duck le estaba desatando los tobillos.

—Veo que se ha mojado los pantalones —comentó.

A Lorena no le importaba lo que dijera. Las piernas no le funcionaban, pero necesitaba el agua tan desesperadamente que se arrastró hasta ella, manchándose los pantalones y los brazos de barro. No podía beber más deprisa; al tragar el agua se le metió en la nariz. Mientras bebía, Blue Duck llegó a su lado y le levantó la cabeza, agarrándola del cabello.

—No beba tan deprisa —le advirtió—. Va a ahogarse.

Entonces le metió la cabeza en el agua. Lorena creyó que se proponía ahogarla y trató de agarrarse a sus piernas para poder salir, pero evidentemente solo quería remojársela porque pronto la soltó y se marchó junto a los caballos. Lorena se sentó en el agua. No le importaba que se le mojara la ropa. Bebió hasta que no pudo más. Blue Duck había desensillado los caballos que estaban bebiendo en el río.

Cuando por fin salió del agua, Blue Duck estaba sentado debajo de un árbol, masticando un pedazo de carne seca. Buscó en su bolsa y le alargó otro pedazo. Lorena no tenía hambre, pero se acordó de que por la mañana tampoco había tenido sed. Aceptó el pedazo de carne.

—Descansaremos un poco hasta que se haga de noche —le dijo.

Lorena miró al sol que empezaba a bajar. No sería un descanso muy largo. Mordisqueó la carne que estaba tan dura que sus dientes apenas le hacían mella. Fue a sentarse a la sombra de un arbolito que crecía junto al río.

Blue Duck trabó a los caballos. Luego fue hacia ella y le dijo, como quien no quiere la cosa:

—A las mujeres que se escapan les hago un agujerito en el vientre, saco una tripa y la enrosco en una rama. Luego tiro de ellas treinta o cuarenta pasos, y las amarro. Así pueden ver cómo se acercan los coyotes y les comen las tripas.

Se alejó y se echó debajo de un árbol, colocando sus alforjas como almohada, y no tardó en dormirse.

Lorena estaba demasiado cansada para que la amenaza la asustara mucho. No pensaba huir y darle motivos para hacerle un agujerito en el vientre. Pero lo que sí creía es que iba a morir. Sentía que la muerte estaba cerca en forma de comanchero. No viviría para que le cortara a pedacitos y la diera de comer a los coyotes. Pero si la tocaba se sentiría morir. Estaba demasiado cansada para que le importara. Lo único que pensaba era que debía haberse ido con Xavier. Era un hombre de palabra, y en muchos aspectos no peor que otros hombres. No obstante, había decidido marcharse con Jake Spoon, que ni siquiera se había preocupado por ella durante tres semanas. Probablemente, Jake aún estaba en Austin jugando a las cartas. No le censuraba especialmente; jugar a las cartas era mejor que otras muchas cosas.

Se quedó adormilada hasta que Blue Duck la despertó sacudiéndola. Atardecía; el sol acababa de ponerse.

—Vámonos —le dijo—. No nos perdamos el frescor de la noche.

Cabalgaron de nuevo durante toda la noche. Lorena durmió en la silla y se habría caído de no ir amarrada a los estribos. Al alba la dejó bajar otra vez, a otro arroyo, y esta vez hizo lo mismo que él: orinar y beber. Volvieron a cabalgar todo el día a través de un país vacío, sin ver un solo jinete, pueblo ni animal. Lo único que observó fue que cada vez había menos árboles. Estaba tan cansada de cabalgar que le habría gustado morir. Lo que más deseaba era dormir. El sol brilló todo el día. Cuando se quedaba adormilada, el sudor caía sobre sus párpados y le mojaba la cara.

Blue Duck se interesaba tan poco por ella que le costaba entender por qué la había raptado. Apenas miraba hacia atrás a lo largo del día. La desataba cuando paraban, y volvía a amarrarla cuando montaba de nuevo. Una vez, mientras estaba bebiendo en un arroyo que era poco más que un hilo de agua, le resbaló la mano sobre la que se apoyaba y se manchó la nariz de barro. Aquello pareció divertir mucho al indio.

—A Monkey John le gustará mucho tu pelo amarillo. Incluso querrá casarse contigo cuando lo vea —le dijo.

Más tarde, cuando la amarró de nuevo al caballo, volvió a mencionar su pelo.

—Es una pena que las tribus estén agotadas —comentó—. Hace unos años, solo hubiera tenido que arrancarte la cabellera. Hubiera ganado un montón de dinero por una cabellera como la tuya.

Levantó la mano y le tocó la cabellera.

—Espero que el maldito *ranger* se dé prisa. Le debo unas cuantas.

—¿Gus? Gus no va a venir. No le pertenezco.

—Pues viene —le aseguró Blue Duck—. No sé si viene a por ti o a por mí, pero viene. Debería arrancarte las tripas y abandonarte aquí y dejar que él enterrara lo que no se quisieran comer los buitres y las alimañas.

Lorena no le miró porque temía que si le miraba lo hiciera.

—Pero lo que pasa es que les dije a los muchachos que les traería una mujer. Me cuesta creer que haya encontrado algo como tú. Probablemente cuando te vean me entregarán la mayor parte de su dinero y todas sus pieles.

Aquel día la yegua se agotó. Había ido tropezando cada vez más. Se detuvo en medio del calor de la tarde y permaneció con la cabeza agachada.

—El que eligió este animal solo lo quería para ir a la iglesia —comentó Blue Duck. Desató a Lorena y la montó sobre el caballo de carga. Abandonaron la yegua y siguieron adelante. El caballo de carga duró solo un día y cuando se detuvo, Blue Duck la hizo subir a la grupa del gran alazán. Al caballo no pareció molestarle el tener que llevar dos jinetes. Lorena se agarraba a las riendas y se esforzaba por no tocar a Blue Duck, aunque él no le hiciera caso.

Desde la grupa se fijó en algo que no había visto antes: un collar blanco hecho de algo desconocido. Era un collar de huesos. Después de observarlo bien se dio cuenta de que estaba hecho de dedos…, de dedos humanos.

Aquella noche, cuando pararon a descansar, Blue Duck la vio observar el collar. Sonrió de un modo que la hizo pensar en la muerte.

—Es la manera más fácil de quitar los anillos —le explicó—. Se coge directamente el dedo. No es más difícil de romper que una ramita, si se sabe hacer.

Aquella noche la amarró de pies y manos y se alejó. Lorena no dijo nada, ni preguntó. Puede que la abandonara a los buitres, pero ella pensó que era preferible morir que decir algo que pudiera hacerle enfadar. Tampoco intentó desatarse, por temor a que estuviera vigilándola por si quería escapar. Se durmió y despertó mientras él le cortaba las ligaduras. Vio a otro caballo, esperando.

—No es un gran caballo, pero es el único que he podido conseguir en un día —explicó.

No había silla. No se había molestado en quitarle la silla al caballo moribundo. Pasó una cuerda por debajo del vientre del caballo y amarró sus tobillos.

Había creído que el montar era duro incluso cuando disponía de una silla, pero pronto se dio cuenta de lo fácil que había sido. Resbalaba hacia un lado y

otro y tenía que sujetarse a las crines del caballo para no caerse. Blue Duck cabalgaba como siempre sin apenas mirar hacia atrás. Era de noche y estaba cansada, pero no se dormía. Pese a que se sujetaba a las crines, varias veces estuvo a punto de caer. Con los pies amarrados, si caía quedaría debajo del vientre del caballo y sería pisoteada hasta morir. El animal era de lomo estrecho y de mala andadura; no encontraba el modo de ir sentada sin lastimarse, y mucho antes de la mañana pensó que si no paraban pronto quedaría partida por la mitad.

Pero no ocurrió así, aunque las manos le quedaron despellejadas de agarrarse tan fuerte a las crines. Minuto a minuto, durante horas, creyó que no podría seguir. Pensó que sería mejor abandonarse y dejarse caer debajo del animal. De todos modos, no tenía ninguna razón para mantenerse viva. Blue Duck se había quedado con ella.

Cuando la desató junto a un arroyo, se dejó caer para beber sin importarle mojarse o llenarse de barro. De nuevo le dio un pedazo de carne dura y seca. Apenas le quedaban fuerzas para montar; tuvo que servirse de las uñas y de las crines para subirse al caballo. Blue Duck no la ayudó, pero en cambio le amarró los tobillos, aunque era evidente que estaba demasiado débil para escapar. Sintió una oleada de ira. ¿Por qué seguía atándola si apenas podía andar?

El país se estaba volviendo llano. La hierba era la más alta que nunca había visto. Cuando alzó la vista y se quitó el sudor de los ojos, le pareció que el horizonte estaba infinitamente más alejado que hasta entonces. Oleadas de calor relucían sobre la hierba. En una ocasión creyó ver un árbol gigantesco a lo lejos, pero cuando volvió a mirar ya no estaba.

Blue Duck cabalgaba a través de la hierba, sin disminuir el paso, sin apenas mirar hacia atrás. Lorena sintió que su odio crecía más que su miedo. Si caía, probablemente ni siquiera parara. Solo la quería para sus hombres. Le tenía sin cuidado lo mucho que sufría o lo cansada que estaba. No se había preocupado de conservar la silla, ni siquiera la manta, aunque la manta hubiera evitado que el lomo del caballo la lastimara tanto. Sentía lo mismo que cuando intentó matar a Tinkersley. Si en algún momento se le presentaba la oportunidad, mataría al hombre por todas las horas dolorosas que había pasado mirando su espalda.

Mucho antes de salir el sol llegaron a un cauce ancho en el que solo era visible un hilo de agua fangosa a través de una extensión de arena rojiza.

—Sígueme los pasos —advirtió Blue Duck—. Si no lo haces, te hundirás.

Se detuvo en el momento que se disponía a cruzar la arena. Al otro lado del río, Lorena vio a cuatro jinetes contemplándoles.

—Es Ermoke y tres de sus muchachos —comentó Blue Duck—. Habrán estado arrancando cabelleras.

Lorena sintió un escalofrío al mirar a los jinetes. Jake había dicho que la mayoría de los indios que aún andaban sueltos eran renegados. No les concedía

importancia. Según él, había tratado con renegados y volvería a hacerlo cuando quisiera. Pero él seguía en Austin jugando las cartas y los renegados estaban aquí.

Le hubiera gustado volver grupas y huir, por inútil que esto fuera, pero mientras seguía sentada, con un sudor frío de miedo, Blue Duck se volvió, cogió sus riendas y las amarró al arzón de su propia silla.

Atravesaron la arena con suma cautela, retrocediendo Blue Duck de vez en cuando unos metros, tanteando el mejor camino. Lorena mantenía los ojos bajos. No quería ver a los hombres que esperaban en la otra orilla.

Por dos veces, pese a todo el cuidado de Blue Duck, pareció que se había equivocado. Su caballo empezó a hundirse, luego el de ella. Pero las dos veces, espoleándole vigorosamente, Blue Duck consiguió liberar al gran alazán y arrastrar el caballo de Lorena. En una ocasión fue lanzada sobre el cuello del caballo, pero finalmente encontraron un punto firme para cruzar y trotaron los pocos metros a través del agua fangosa.

Al salir del río los cuatro hombres que esperaban espolearon sus monturas y corrieron a reunirse con ellos. Uno llevaba una lanza de la que colgaban mechones de cabello. Lorena no había visto ninguna hasta entonces, pero estaba segura de que eran cabelleras. La mayoría parecían viejas y polvorientas, pero una era negra y brillante y aún estaba llena de sangre. Todos los hombres eran indios e iban fuertemente armados.

El jefe, que era el que llevaba la lanza llena de cabelleras, tenía un rostro duro, con un fino bigote en cada comisura de los labios. Parecía como si los pelos le salieran de la boca. Les miró solamente una vez. Después apartó la mirada, porque todos tenían la vista puesta en ella y sus expresiones eran desagradables. Sabía que había llegado a un mal sitio y que no tenía a nadie que pudiera ayudarla. Oyó al jefe hablar con Blue Duck y observó que sus caballos la rodeaban. Varias manos la tantearon y tocaron su cabello. Podía oler y sentir a los hombres, pero no les miró. Su peste a sudor rancio casi la mareaba. Uno de ellos, divertido por su cabello, tiró de él hasta que le dolió el cuero cabelludo, y entonces él soltó una risa extraña, sincopada. Se le acercaron tanto a sus cabellos que por un momento temió desmayarse. Jamás se había encontrado en una situación tan apurada, ni siquiera cuando las hermanas de Mosby la encerraron con llave en el sótano.

Dos de ellos descabalgaron y uno empezó a desatarle los tobillos, pero Blue Duck lanzó un silbido.

—Nos vamos. Espero que aguantará hasta que se ponga el sol.

Ermoke, el jefe, el hombre con los mechones de pelo en las comisuras de los labios, amarró de nuevo sus tobillos con tanta fuerza que el cuero le cortó. Cogió sus riendas y a partir de aquel momento se hizo cargo de ella. Los otros tres cabalgaron detrás.

Blue Duck se echó a reír.

—Supongo que no quieren correr el riesgo de que te escapes. Por esta parte escasean las mujeres jóvenes.

Lorena empezó a desear que hubiera algún medio de morir. De haber existido, lo habría empleado. Pero estaba cansada y no había nada que hacer.

Cabalgaron hasta que se puso el sol y el cielo se quedó completamente rojo a occidente. Entonces Blue Duck se detuvo y desensilló su caballo.

—Está bien, Ermoke —le dijo—. Ya puedes probarla. Nos quedaremos hasta que salga la luna.

Antes de que terminara de hablar, los hombres cortaron sus ligaduras y la bajaron del caballo. Ni siquiera esperaron a trabar los suyos. Cuando Lorena abría los ojos por un instante veía el cielo oscuro por entre las patas de los caballos que esperaban. El hombre de la risa sincopada tenía una trompeta y también menos lujuria que los demás. Después de cubrirla una vez, se sentó en la hierba tocando la trompeta. De tanto en tanto, observando lo que estaba aconteciendo, lanzaba su extraña risa. Lorena había esperado la muerte, pero no fue la muerte lo que consiguió: solo cuatro hombres. Ermoke el jefe, no quería dejarla. Los otros empezaron a protestar. Cuando abría los ojos, buscaba la luna. Pero la luna salía tarde y solo veía los caballos aún de pie por encima de ella. Blue Duck se había ido y cuando regresó, Ermoke volvía a estar con ella.

—Nos vamos —anunció Blue Duck—. Ya está bien de probar.

Ermoke no le hizo caso. Entonces Blue Duck se le acercó y le dio tal patada en las costillas que Lorena rodó con el indio.

—Será mejor que tengas cuidado —dijo Blue Duck. Ermoke se puso en pie, sujetándose el costado.

Mientras volvían a amarrarle los tobillos, la trompeta alegre lanzó unas notas al aire.

50

July Johnson opinaba que todos los jugadores eran gandules, y la mayoría de ellos engreídos; se sabía que Jake Spoon era ambas cosas. Quizás en lugar de cabalgar hasta el sur de Texas decidiera probar suerte en Fort Worth, que era una ciudad importante y llena de vaqueros.

July pensó que era una posibilidad que convenía probar, porque si encontraba a Jake allí se ahorrarían un montón de kilómetros, y además regresaría antes junto a Elmira. Regresar junto a Elmira ocupaba más su mente que la captura de Jake Spoon. Cabalgó todo el día pensando en ella, lo que le convertía en un triste compañero para Joe, que no parecía añorarla.

En realidad July, quería detenerse sobre todo en Fort Worth para echar una carta que había escrito. Le parecía que si ella le añoraba agradecería algo de correspondencia. Pero aunque trabajó varias noches en la carta, era tan pobre que no sabía si mandarla. Dudaba porque si le sentaba mal se burlaría de él. Pero sentía la necesidad de escribir y lamentaba ser tan torpe con la pluma. La carta era breve.

Querida Ellie:

Hemos venido a buen paso y hemos tenido suerte con el tiempo, que ha estado despejado.

No hay rastro de Jake Spoon pero hemos cruzado el Río Rojo y ya estamos en Texas, y a Joe le gusta. Su caballo se ha portado muy bien, y ninguno de los dos hemos estado enfermos.

Espero que estés bien y que los mosquitos no te hayan molestado demasiado.

Tu amante esposo,

JULY

Meditó sobre la carta durante varios días y pensó en añadir que la echaba en falta y quizá llamarla mi amor, pero decidió que era demasiado arriesgado. A veces Elmira se ofendía por estas cosas. También le preocupaba la ortografía y no sabía si lo había hecho bien. Algunas de las palabras no le parecían correctas, pero no tenía medios de comprobarlo a no ser preguntando a Joe, y Joe solo había ido un par de años a la escuela. Le preocupaba sobre todo la palabra

« mosquitos» y la escribió en el suelo mientras acampaban, para pedir la opinión de Joe.

—Me parece muy larga —contestó Joe al ser preguntado—. Yo le quitaría una o dos letras.

July consideró la cuestión unos minutos y finalmente decidió que lo único que podía quitar era la « u» . Pero cuando la quitó, la palabra parecía rara, así que cuando puso la carta en limpio volvió a poner la letra.

—Seguro que le gustará recibir la carta —observó Joe para animar a July. July había estado taciturno desde que dejaron Fort Smith.

Lo cierto es que no creía que a su madre le importara o no recibir la carta de July. Su madre no tenía buena opinión de July. Se lo había dicho varias veces en términos inequívocos.

Joe se sentía feliz por haber salido de Fort Smith, aunque en cierto modo añoraba a Roscoe. En todo caso mostraba un vivo interés por todo lo que iba viendo a lo largo del camino, aunque de momento lo único que veían eran árboles. Poco a poco fueron entrando en campo abierto. Un día se alegraron al ver un pequeño grupo de búfalos; solo ocho animales en total. Los búfalos echaron a correr y él y July los persiguieron un buen rato para verlos mejor. Después de tres kilómetros llegaron a un riachuelo y pararon para ver cruzar a los búfalos. Incluso July olvidó su tristeza a la vista de aquellos grandes y polvorientos animales.

—Me alegro de que quede alguno —comentó—. Los cazadores de pieles casi los han exterminado a todos.

Aquel mismo día, más tarde, entraron en Fort Worth. A Joe le asombró la abundancia de casas y las calles anchas y llenas de polvo que estaban abarrotadas de carretas y calesas. July decidió que irían primero a la oficina de Correos, aunque en el mismo momento estaba tan preocupado por la carta que casi decidió no mandarla. Lo deseaba desesperadamente, pero al mismo tiempo no quería hacerlo.

A Joe le pareció que habían pasado por delante de cincuenta *saloons* camino de Correos. En Fort Smith solo había tres *saloons* y una cuadra de alquiler de caballos, mientras que Forth Worth tenía un patio para carretas y montones de tiendas. Incluso vieron un pequeño rebaño de ganado longhorn de aspecto salvaje que era conducido por las calles por cuatro vaqueros de aspecto también salvaje. Pese a su aspecto, el ganado se comportaba tan bien que no pudieron ver a los vaqueros enlazándoles, algo que Joe ansiaba poder ver.

En Correos July estuvo dudando unos segundos hasta que finalmente sacó la carta, compró un sello y la entregó. El empleado era un viejo con gafas. Estudió la dirección escrita en el sobre y luego miró a July.

—¿Arkansas? ¿Es de ahí de dónde viene? —le preguntó.

—Pues sí —respondió July.

—¿Se llama Johnson?

—Pues sí —volvió a contestar July—. Me sorprende que lo sepa.

—Oh, lo he adivinado. Creo que tengo una carta para usted por alguna parte.

July se acordó que había dicho a Peach y Charlie que a lo mejor paraban en Fort Worth para recabar noticias sobre Jake y Elmira. Solo lo había mencionado, pero nunca se le hubiera ocurrido pensar que alguien quisiera escribirle. El corazón empezó a golpearle con fuerza ante la idea de que la carta pudiera ser de Elmira. Si lo fuera, iba a pedir que le devolviera la suya para así poder mandarle una respuesta apropiada.

El viejo empleado tardó lo suyo buscando la carta, tanto que July se puso nervioso. No había esperado correo, pero ahora que había surgido tal perspectiva estaba impaciente por saber de quién era la carta y qué decía.

Pero se vio obligado a esperar mientras el viejo iba revolviendo montones de papeles polvorientos y buscado en quince o veinte casilleros.

—¡Maldita sea! —exclamó el viejo—. Recuerdo perfectamente que hay una carta para usted. Espero que ningún imbécil la haya tirado por equivocación.

Entraron tres vaqueros, todos ellos con cartas que habían escrito a sus hermanas o a sus novias, y todos ellos tuvieron que esperar mientras el viejo continuaba su búsqueda. A July se le fue cayendo el alma a los pies. Probablemente el viejo tenía mala memoria y si había una carta sería para algún otro.

Uno de los vaqueros, un individuo de aspecto fiero y bigote rojo, no pudo contener por más tiempo su impaciencia.

—¿Está buscando sus chanclos, o qué? —preguntó al viejo.

El viejo no le hizo caso, o quizá no le oyó. Tarareaba mientras seguía buscando.

—Debería castigarse con la horca esta lentitud de Correos —dijo el impaciente—. Con el tiempo que llevo esperando, ya podía haber llevado la carta a mano.

Mientras lo decía, el viejo encontró la carta debajo de una saca de correspondencia, y se la tendió a July:

—Algún imbécil le puso la saca encima.

—Supongo que los hombres envejecen y mueren mientras esperan comprar un maldito sello —comentó el vaquero impaciente.

—Si vienen dispuestos a seguir maldiciendo, les ruego que vayan a hacerlo fuera —observó el viejo imperturbable.

—Este es un país libre. Y además no estoy maldiciendo.

—Espero que podrá pagar el sello. Aquí no concedemos créditos.

July no esperó a oír el final de la discusión. Por la escritura del sobre supo que la carta procedía de Peach, no de Elmira. Este descubrimiento aún le puso más deprimido. Sabía que no había motivo para esperar una carta de Elmira, pero

deseaba verla y la idea de que le hubiera escrito le había reconfortado.

Joe esperaba sentado en la acera de madera de la oficina de Correos, contemplando el incesante paso de calesas, carretas y jinetes.

July no parecía animado como cuando entró.

—Es de Peach —dijo. Abrió la carta y se apoyó en la barandilla de amarre para tratar de descifrar la letra de Peach, que era algo así como trazos sin sentido:

Querido July:

Ellie se marchó tan pronto como te fuiste. Mi opinión es que no volverá, y Charlie piensa lo mismo.

Roscoe es un pobre ayudante; deberías dejar de pagarle por lo que ha ocurrido. Ni siquiera se fijó en que se había ido, pero yo le llamé la atención.

Roscoe se marchó para ir en tu busca y darte la noticia, pero no es fácil que te encuentre; es un hombre de poco empuje. Creo que el pueblo está mucho mejor sin él.

Creemos que Ellie se marchó en un barco de whisky; supongo que perdió la cabeza. En tal caso sería perder el tiempo ir en su busca. Charlie piensa lo mismo. Será mejor que tú sigas buscando y que detengas a Jake Spoon. Merece pagar por lo que hizo.

Tu cuñada,

MARY JOHNSON

July se había olvidado que Peach tenía un nombre normal como Mary antes de que su hermano le pusiera aquel apodo. Ben había encontrado a Peach en Little Rock, e incluso había vivido allí dos meses para cortejarla.

—¿Qué dice? —preguntó el pequeño Joe.

July no quería pensar en lo que decía. Era más agradable tratar de no pensar en los hechos, dado que el hecho más importante en su mente era uno que no quería tener en cuenta. Ellie se había ido. No quería estar casada con él. Entonces, ¿por qué se había casado? No podía comprender esto ni por qué se había ido.

Miró con enfado al muchacho aunque sabía que hacía mal. Si Joe se hubiera quedado en Fort Smith, Ellie no habría podido marcharse tan fácilmente. Luego se acordó de que había sido Ellie la que insistió en que el muchacho se fuera con él. Nada de ello era culpa de Joe.

—Malas noticias —contestó July.

—¿Se ha ido mamá? —preguntó Joe.

July asintió sorprendido. Si el chiquillo podía adivinarlo con tanta facilidad, esto significaba que el tonto era él por haber ignorado algo tan obvio que incluso

un niño podía verlo.

—¿Cómo lo has adivinado?

—No le gusta quedarse mucho tiempo en un mismo lugar. Es su modo de ser.

July suspiró y volvió a mirar la carta. No podía creer lo del barco de *whisky*. Aunque Ellie hubiera perdido la cabeza, no viajaría en un barco de *whisky*. Le había dejado dinero. Podía haber cogido una diligencia.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Joe.

—Todavía no lo he pensado —dijo July moviendo la cabeza—. Roscoe está en camino.

La cara de Joe se iluminó.

—¿Roscoe? —repitió—. ¿Y por qué viene?

—No creo que él quisiera. Imagino que Peach le habrá obligado.

—¿Y cuándo llegará?

—No lo sé. No podemos saber cuándo, ni dónde. Ni tiene sentido de la orientación. Por lo que sabemos, podría dirigirse al Este.

La posibilidad de que así fuera hacía más difícil su situación. Su mujer se había ido con rumbo desconocido; su ayudante andaba perdido por lugares desconocidos y el hombre al que tenía que detener también andaba por paradero desconocido.

De hecho, July había llegado a un punto de su vida en que virtualmente no sabía nada. Él y Joe se encontraban en una calle de Fort Worth, y esto era básicamente todo lo que sabían.

—Creo que será mejor que vayamos en busca de tu madre. —Al decirlo se dio cuenta de que era como dejar libre a Jake Spoon. También significaba que Roscoe Brown seguiría perdido, dondequiera que se hubiera perdido.

—Ellie puede estar en apuros —dijo hablando consigo mismo.

—Quizás Roscoe ha descubierto dónde está —sugirió Joe.

—Lo dudo. No creo que sepa siquiera dónde está él.

—Mamá probablemente se ha ido en busca de Dee —insistió Joe.

—¿Quién? —preguntó July sorprendido.

—Dee. Dee Boot.

—Pero si está muerto… —murmuró July turbado—. Ellie me dijo que había muerto de viruelas.

Por la expresión del rostro de July, Joe se dio cuenta de que había cometido un error al mencionar a Dee. Naturalmente, era culpa de su madre. Nunca le había dicho que Dee hubiera muerto… caso de que así fuera. Probablemente se trataba de algo que su madre había contado a July por razones personales.

—¿No es tu padre?

—Sí —contestó Joe orgulloso.

—Ella me contó que había muerto de viruelas. Dijo que había ocurrido en Dodge.

Joe no sabía cómo enmendar la metedura de pata. Parecía que la noticia le había hecho daño a July.

—No creo que mintiera —insistió July con voz firme, pero también hablando para sí. Ni lo pensaba ni podía imaginar por qué lo había dicho. Probablemente le había mentido desde el primer momento sobre lo de querer casarse y todo lo demás. Probablemente Dee Boot estaba vivo, en cuyo caso Elmira estaba casada con dos hombres. Parecía difícil de creer, porque al parecer no disfrutaba estando casada.

—Vámonos —decidió July—. No puedo pensar con tanto jaleo.

—¿No vas a buscar a Jake por los *saloons*? —preguntó Joe. Después de todo era para eso para lo que habían ido a Fort Worth.

Pero July montó en su caballo y se alejó tan deprisa que Joe temió por un instante perderle por entre las carreteras. Tuvo que saltar sobre su caballo y galopar para alcanzarle.

Cabalgaron en dirección este, en la misma dirección por la que habían venido. Joe no hizo ninguna pregunta, ni July le dio ninguna oportunidad de hacerla. Era casi de noche cuando se pusieron en camino y cabalgaron dos horas después de caer la noche antes de acampar.

Aquella noche, una vez instalados, July dijo:

—Será mejor que busquemos a Roscoe. Tal vez sepa más de lo que Peach cree que sabe.

De pronto sentía una terrible necesidad de ver a Roscoe, un hombre que le había irritado diariamente durante años. Roscoe podía saber algo sobre Ellie. A lo mejor había confiado en él y Roscoe podía tener sus razones para ocultar la información a Peach. Era posible que supiera dónde estaba exactamente Ellie y por qué se había ido.

Cuando se echó a dormir estaba casi convencido de que Roscoe conocía la verdad y que le tranquilizaría. Estaba lleno de rabia contra Peach por expresar tan abiertamente sus opiniones, sobre todo la de que Ellie se había ido para siempre.

Joe dormía con la boca abierta, roncando suavemente. July se asombró de que pudiera dormir tan profundamente con su madre desaparecida.

Habían aparecido las estrellas y July estuvo despierto toda la noche, mirándolas y preguntándose qué debía hacer. Se le ocurrió que Ellie probablemente estaría acampada bajo las mismas estrellas, bajo el mismo cielo. Empezó a tener extraños pensamientos. Las estrellas parecían estar tan juntas… De niño tenía un perfecto equilibrio y podía cruzar arroyos saltando de piedra en piedra. ¡Si pudiera estar en el cielo y utilizar las estrellas como piedras…! No tardaría en encontrar a Ellie. Si se dirigía hacia Kansas, estaba solo a pocas estrellas hacia el Norte, pero en tierra tardaría muchos días en alcanzarla.

El llano estaba quieto y silencioso, tan silencioso que July pensaba que si

hablaba Ellie podría oírle. Si ella contemplaba las estrellas como él, ¿por qué no adivinaría lo que él pensaba de ella?

Cuanto más despierto permanecía, más raro se sentía. Creía que probablemente estaba enloqueciendo por culpa de la tensión. Por supuesto, las estrellas no podían ayudarle. Eran estrellas, no espejos. No podían mostrar a Ellie lo que él sentía. Se adormiló un poco y soñó que ella había vuelto. Estaban sentados en el altillo de su pequeña cabaña, y ella le sonreía.

Cuando despertó y se dio cuenta de que el sueño no era verdad, se sintió tan decepcionado que se echó a llorar. Le había parecido tan real que Ellie incluso le había tocado, sonriente. Intentó volver a dormirse para reanudar el sueño, pero no pudo. Permaneció el resto de la noche despierto, recordando la dulzura de aquel sueño.

51

Por la mañana, mientras July preparaba el café, empezaron a oír rumor de ganado. Estaban acampados cerca de un riachuelo y el llano estaba brumoso, así que no podía ver gran cosa, pero por encima de la bruma oía berrear al ganado y gritar a los vaqueros. Probablemente un rebaño había dormido cerca y los hombres intentaban ponerlo en marcha.

Joe bostezaba tratando de despertarse. Lo más duro del viaje era arrancar temprano. En el momento en que dormía mejor, July se levantaba y empezaba a ensillar su caballo.

Para cuando el sol empezaba a asomar entre las brumas, ya habían tomado café, habían comido un poco de tocino y estaban a caballo. El rebaño estaba a la vista, extendido tres o cuatro millas sobre la llanura; millares de reses. Ni July ni Joe habían visto nunca un rebaño tan grande y se detuvieron un momento para contemplarlo. La llanura aún estaba cubierta del rocío de la mañana.

—¿Cuántos habrá? —preguntó Joe—. Nunca hubiera imaginado ver tantos animales juntos.

—No lo sé. Millares —respondió July—. He oído decir que en el sur de Texas no hay más que ganado.

Aunque el rebaño se había puesto en marcha, el equipo aún no se movía. El cocinero estaba guardando los cacharros y sartenes en una carreta.

—Deberíamos preguntar si han visto a Roscoe —dijo July—. Podría estar al Sur. O a lo mejor saben algo de Jake.

Galoparon hasta la carreta en el preciso momento en que el encargado de los caballos los soltaba. Los caballos, cincuenta o sesenta, saltaban y jugueteaban, contentos de estar en movimiento. July y Joe esperaron a que el hombre les encaminara hacia el Norte antes de trotar hacia la carreta. El cocinero llevaba un viejo sombrero negro y lucía una barba larga y sucia.

—Llegan tarde, muchachos —les dijo—. Los hombres se me han comido todo el desayuno.

—Bueno, nosotros ya hemos desayunado —observó July, fijándose por primera vez en un hombre sentado en una lona junto al rescoldo de la hoguera. Lo sorprendente del hombre era que estaba leyendo un libro. Su caballo, de un negro precioso, estaba ensillado y pastaba a pocos pasos.

—¿Dónde puedo encontrar al amo? —preguntó July dirigiéndose al viejo cocinero.

—Yo soy el amo; por eso tengo tiempo para leer —respondió el lector—. Mi nombre es Wilbarger. —Llevaba gafas de montura de hierro—. Me gusta dedicar unos minutos al señor Milton, y la mañana es mi única posibilidad —prosiguió el señor Wilbarger—. Por la noche me puedo encontrar con una estampida, y no se puede leer al señor Milton en una estampida… Quiero decir leer y entender lo que dice. Me paso el tiempo entre imbéciles y caballos enfermos, pero a veces consigo un momento de tranquilidad después del desayuno.

El hombre les observó severamente a través de sus gafas. Joe, que había aborrecido la poca escolaridad que tuvo, no llegaba a comprender por qué un hombre hecho y derecho disfrutaba sentándose a leer en un día precioso.

—Lamento interrumpirle —se excusó July.

—¿Es usted un defensor de la ley?

—Lo soy —afirmó July.

—Entonces tendrá que escuchar unas cuantas quejas sobre la ley en este Estado. Nunca he visto menos ley. Cuanto más al Sur vaya, más ladrones de caballos encontrará. A lo largo de esta frontera abundan más que las garrapatas.

—Bien, pero yo no soy de Texas. Soy de Arkansas.

—Es una mala excusa… —Wilbarger marcó la página con una hierba y se puso en pie—. Tampoco vi mucha ley por Arkansas. Hay algo en Nueva Orleans, pero por aquí cada hombre va a la suya.

—Pero hay *rangers* tejanos, aunque supongo que más que nada persiguen a los indios —dijo July, preguntándose cómo terminaría la conversación.

—Sí, he conocido a un par de ellos. Eran excelentes ladrones de caballos. Fueron a robar mi remuda a unos mejicanos que se los habían llevado. ¿Anda buscando a un asesino, o qué?

—Sí, a un hombre llamado Jake Spoon. Mató a un dentista en Fort Smith.

Wilbarger guardó cuidadosamente su libro entre las mantas y las echó a la carreta.

—Ha perdido al señor Spoon. Recientemente estaba en un pueblo llamado Lonesome Dove, donde ganó veinte dólares a uno de mis hombres. Pero viene en esta dirección. Se asoció con los caballeros que recuperaron mis caballos. Yo en su lugar acamparía aquí y llevaría al niño a la escuela. Pasarán dentro de dos o tres semanas.

—Le agradezco la información. Supongo que no se habrá encontrado con un hombre llamado Roscoe Brown a lo largo del camino.

—No. ¿A quién ha matado? —preguntó Wilbarger.

—A nadie. Es mi ayudante. A lo mejor se ha perdido.

—El nombre de Roscoe no me inspira confianza. La gente que se llama Roscoe debería ser oficinista. Pero es verano. Por lo menos su hombre no se

helará. ¿Busca a alguien más?

Luego se acercó al cocinero.

—¿Vienes con nosotros, Bob? —le preguntó.

—No. Quiero casarme e instalarme aquí, al norte de Texas.

—Espero que te cases con alguien que sepa cocinar. Si es así, házmelo saber. Cuando se disponga a abandonarte, la contrataré.

Miró a Joe:

—¿Quieres un trabajo, hijo? Necesitamos a un muchacho que no haga preguntas y que sepa manejar un hacha. No sé si sabes cortar leña, pero lo que sí sé es que aún no has preguntado nada.

Wilbarger parecía hablar en serio, y July estuvo tentado de dejar que Joe aceptara. Ir al Norte con un rebaño sería una buena experiencia para él. Pero la principal ventaja es que él podría viajar solo, con sus pensamientos. Sin tener que cuidar de Joe podría cumplir mejor con la tarea que se había impuesto, es decir, buscar a Elmira.

Joe estaba asombrado. Nunca hubiera imaginado que le iban a ofrecer un trabajo en un equipo de vaqueros, y aquellas palabras le emocionaron. Pero naturalmente no podía aceptarlo… había sido asignado a July.

—Muy agradecido —respondió—. Pero creo que no puedo.

—Bueno, el puesto es tuyo. A lo mejor volvemos a encontrarnos. Tengo que galopar hasta el río Rojo para ver si el agua es lo bastante buena para mi rebaño.

—¿Y qué va a hacer si no lo es? —preguntó Joe. Nunca había oído a nadie que dijera una cosa rara tras otra, como hacía Wilbarger. ¿Cómo podía el agua de un río no ser lo bastante buena para unas vacas?

—Pues mearme en ella para que vea lo que pienso.

—¿Le importa que le acompañemos? —preguntó July—. Llevamos el mismo camino.

—Oh, siempre agradezco un buen conversador cuando puedo conseguirlo. He disfrutado de buenas conversaciones, pero desde que dejé la civilización no encuentro buenos conversadores. ¿Por qué se dirige al Norte si el hombre que busca está en el Sur?

—Porque también tengo otro trabajo.

No estaba dispuesto a explicárselo. No tuvo la intención de pedir al señor Wilbarger si podía cabalgar con ellos. Normalmente no lo hubiera hecho, pero su vida ya no era normal. Su mujer se había perdido y su ayudante también. Se sentía más confuso que nunca, mientras que Wilbarger parecía un hombre menos confuso que los demás. Daba la impresión de que sabía lo que quería, fuera cual fuese la pregunta que se le formulara.

Wilbarger se puso en camino y galopó varios kilómetros sin hablar. Joe galopó a su lado. El terreno estaba despejado. Solo algún que otro olmo o roble salpicaba el paisaje. Llegaron junto a un río de cierta importancia y Wilbarger paró para

que bebiera su caballo.

—¿Ha estado en Colorado? —preguntó July.

—Sí. Una vez. Denver no es peor que muchas ciudades de por aquí. Pero intentaré evitar esa región. Los indios en esta parte no están totalmente reformados y los forajidos son peores que los indios, y con menos motivo.

A July no le resultaba una conversación reconfortante teniendo en cuenta que su esposa iba en un barco de *whisky* y en dirección a Arkansas.

—¿Acaso piensa ir a Colorado? —preguntó Wilbarger.

—No lo sé. A lo mejor.

—Bueno, si sube por la llanura y le arrancan la cabellera, aún quedará menos ley en Arkansas. Pero también es posible que ahora no haya mucho crimen en Arkansas. Tengo entendido que la mayor parte del crimen se ha trasladado a Texas.

July no le escuchaba. Trataba de convencerse de que Peach estaba equivocada, de que Elmira solo se había ido por unos días. Cuando Wilbarger volvió a ponerse en marcha, July no se movió.

—Gracias por su compañía —le dijo—. Creo que será mejor que me vaya en busca de mi ayudante.

—Hay un camino totalmente recto de Fort Smith a Texas —explicó Wilbarger—. El capitán Macy lo trazó. Si ese ayudante no sabe seguir un camino, creo que será mejor que le despida.

Y se alejó galopando sin decir adiós. Joe hubiera deseado seguir con él. En unas horas el hombre le había hecho varios cumplidos y le había ofrecido contratarle. Sintió resentimiento contra July y contra Roscoe. July no parecía saber lo que quería hacer, y en cuanto a Roscoe, si no era capaz de seguir un camino, merecía perderse. Deseaba haber aceptado el trabajo cuando Wilbarger se lo ofreció.

Pero había perdido la oportunidad. A Wilbarger ya no se le veía y ellos aún seguían sentados allí. July parecía deprimido, como cuando abandonaron Forth Smith. Por fin, sin una palabra, enfiló en dirección este, otra vez hacia Arkansas. Joe hubiera querido ser lo bastante mayor para decirle a July que nada de lo que hacía tenía sentido. Pero sabía que July probablemente ni le oiría en el estado en que se encontraba. Joe se sintió molesto, pero le siguió sin protestar.

52

Lo que a Roscoe le asombraba de Janey era que sabía orientarse y que además le gustaba andar. Los dos primeros días le parecía un poco feo que él fuera a caballo y ella a pie, pero era una jovenzuela y él un hombre mayor y además un ayudante. Le indicó que no veía inconveniente en que montara con él; no pesaba prácticamente nada y en todo caso no viajaban deprisa para cansar al caballo.

Pero Janey no quería cabalgar.

—Yo iré andando y usted lo único que debe hacer es seguirme.

Naturalmente, no era ninguna molestia para un hombre a caballo seguir a una chiquilla que iba a pie, y Roscoe empezó a relajarse e incluso disfrutar un poco del viaje. Hacía buen tiempo. Lo único que debía hacer era trotar y pensar. En lo que más pensaba era en lo sorprendido que se quedaría July cuando aparecieran y le diera la noticia.

Janey no solo le indicaba el camino sino que era sumamente útil cuando se trataba de buscar comida. En cuanto montaba el campamento por la noche, desaparecía y a los cinco minutos volvía con un conejo, una zarigüeya o un par de ardillas. Incluso sabía coger pájaros. Una vez volvió con un ave bastante gorda, de color pardo, que Roscoe no había visto nunca.

—¿Qué pájaro es este? —preguntó.

—Un pollo de las praderas —respondió Janey—. Había dos pero uno se me escapó.

Se comieron el pollo y era tan bueno como cualquier pollo de corral que Roscoe hubiera comido. Janey partía los huesos con los dientes y chupaba la médula.

El único problema con ella, según Roscoe, era que la atormentaban las pesadillas y lloriqueaba por la noche. Roscoe le prestó una manta, pensando que tendría frío, pero no se trataba de eso. Incluso envuelta en una manta seguía lloriqueando, y por ello dormía poco. Él despertaba a veces antes de que clareara y veía a Janey sentada, revolviendo el rescoldo de la hoguera y rascándose los tobillos. Andaba descalza, naturalmente, y sus tobillos y pantorrillas estaban arañados por las matas por entre las que andaba todos los días.

—¿Nunca has tenido zapatos? —le preguntó un día.

—Nunca —contestó Janey, como si no le importara.

Las únicas veces que aceptaba subirse a caballo era cuando tenían que vadear un río importante. No le gustaba vadear en aguas profundas.

—Tengo miedo a las tortugas. Si una de ellas quisiera morderme creo que me moriría.

—Son muy lentas —la tranquilizó Roscoe—. Es fácil adelantarlas.

—Sueño con ellas. —Janey no parecía tranquilizada—. Se me echan encima y no puedo escapar corriendo.

Excepto por las tortugas mordedoras y por las pesadillas, no parecía tener miedo a nada. Al pasar, muchas veces les silbaban serpientes de cascabel enroscadas, y Janey ni siquiera les dirigía una mirada. El viejo *Memphis* se ponía más nervioso con las serpientes que ella, y Roscoe mucho más que él. Había oído contar que un hombre había sido mordido por una serpiente de cascabel que se había subido a un árbol. Al parecer, la serpiente se había caído de una rama encima del hombre y le había mordido en el cuello. Roscoe imaginaba lo desagradable que podía ser que una serpiente le cayera a uno en el cuello, así que tuvo buen cuidado de no pasar debajo de las ramas si era posible, y le alegró ver que los árboles se iban haciendo más escasos a medida que cabalgaban hacia el Oeste.

Tenía la impresión de que estaban en el buen camino porque cada día encontraban tres o cuatro viajeros, y a veces más. Una vez alcanzaron a toda una familia que viajaban en una carreta. Era una familia tan numerosa que parecía una aldea en marcha, sobre todo si se contaba a los animales. El viejo que conducía la carreta no parecía muy comunicativo, pero su esposa sí.

—Somos de Missouri —explicó—. Vamos hacia el Oeste y a lo mejor nos quedamos donde nos guste. Tenemos catorce hijos y pensamos montar una granja.

Ocho o nueve de los pequeños viajaban en la carreta. Contemplaban a Roscoe y a Janey silenciosos y atentos como lechuzas.

Varias veces tropezaron con soldados que iban en dirección a Fort Smith. Los soldados eran taciturnos y pasaban sin casi hablar. Roscoe preguntó por July, pero los soldados dejaron bien claro que tenían algo mejor que hacer que estar alerta por si veían a *sheriffs* de Arkansas.

A Janey le intimidaba la gente. Tenía muy buena vista y solía ver a otros viajeros antes que Roscoe. A veces, al ver a uno, desaparecía y se ocultaba entre la hierba y las matas hasta que había pasado.

—¿Por qué te ocultas? Los soldados no te persiguen.

—Bill podría estar con ellos.

—¿Quién es Bill?

—Bill —repitió—. El que me entregó al viejo Sam. Nunca más volveré con Bill.

Y siguió ocultándose cuando se acercaban desconocidos, y de vez en cuando Roscoe pensaba que estaba bien que lo hiciera. Había gente muy rara que seguía aquel camino. Un día se encontraron con dos hombres de aspecto sucio y de barbas grasientas que llevaban seis o siete rifles entre los dos. Roscoe pasó un mal momento porque los hombres le pararon y le pidieron tabaco. Les sentó muy mal que no llevara tabaco encima y pareció como si fueran a pelearse con él.

—Creo que estás mintiendo —dijo uno de ellos.

Era pequeño pero de mirada aviesa e inspiraba más miedo que su compañero, un hombre del tamaño de un buey que parecía desinteresarse de la conversación.

—¿Y por qué iba un hombre a viajar sin nada que fumar? —preguntó el pequeño.

—Porque nunca me ha sentado bien —explicó Roscoe—. Tuve que dejarlo.

—Si estuvieras más seco a lo mejor podríamos fumarte —comentó el pequeño de mirada aviesa.

Pero siguieron cabalgando y Roscoe no tardó en olvidarse de ellos y empezó a sentir sueño. El día era feo y de tanto en tanto se veían relámpagos al Oeste.

Al cabo de un momento empezó a notar que le faltaba algo, y supuso que sería Janey. Generalmente, reaparecía cuando los viajeros se perdían de vista. *Memphis* la seguía como una cabra domesticada.

Pero esta vez no estaba allí para seguirla. Roscoe miró en derredor y no vio un alma, aunque la llanura era infinita y alcanzaba a ver muchos kilómetros. Estaba solo, y nada seguro de la dirección que debía seguir. Sintió miedo. Había acabado por confiar en ella, aunque durmiera ruidosamente. Gritó una o dos veces pero no obtuvo respuesta. El hecho de poder alcanzar hasta tan lejos con la mirada le asustaba un poco. Se había criado en una tierra de árboles y no estaba acostumbrado a una tierra tan extensa y vacía. No se explicaba cómo podía haber perdido a Janey en semejante descampado. Se detuvo un momento, con la esperanza de verla aparecer, pero finalmente siguió cabalgando.

A las dos horas de camino consideró la posibilidad de que efectivamente hubiera perdido a la joven. Tal vez la había mordido alguna serpiente de las que ella no hacía caso. Quizá se estuviera muriendo en algún lugar del camino que acababa de recorrer.

Puesto que no aparecía, su obligación era volver grupas y buscarla. Debería darse prisa porque faltaba poco para la puesta del sol y amenazaba tormenta.

Volvió grupas y empezó a trotar, pero cuando aún no había dado veinte pasos, Janey salió de detrás de unas matas y saltó a la grupa de *Memphis*.

—Nos siguen —dijo—. He estado acechando. Creo que quieren matarte.

—Bueno, aunque lo hagan no van a encontrar tabaco.

El pequeño de los dos tenía una mala mirada y no le costó creer que quisieran matarle. Hizo dar la vuelta a su caballo y lo puso al galope, pero Janey tiró de las

riendas y le advirtió:

—Están delante de nosotros. Te han adelantado mientras tú te entretenías.

Roscoe nunca se había sentido tan desvalido. No había ni un árbol a la vista y el camino de vuelta a Fort Smith era muy largo. No veía cómo aquellos hombres podían tenderle una emboscada en terreno abierto.

—¡Maldita sea! —exclamó, sintiéndose impotente—. No sé por dónde ir.

Janey señaló hacia el Norte.

—Hacia allí. Hay una hondonada.

Roscoe no podía imaginar de qué le serviría una hondonada, pero siguió su consejo y se lanzaron al galope. A *Memphis* le molestó que le espolearan para hacerle correr, pero enseguida galopó con ganas.

Una vez más, Janey tenía razón. Apenas habían recorrido un kilómetro cuando llegaron a una gran hondonada. Roscoe se detuvo y miró a su alrededor. No se veía a nadie, y esto le hizo sentirse estúpido. ¿Y qué harían después?

—¿Sabes disparar? —le preguntó saltando a tierra.

—Bueno, he disparado. Aunque había poca gente a quien disparar en Fort Smith. A veces July y yo disparábamos a calabazas, botellas y otras cosas. July es un magnífico tirador, yo algo menos. Espero acertar al gordo, pero tengo mis dudas respecto del pequeño.

—Dame la pistola, yo dispararé por ti.

—¿Contra qué has disparado? —preguntó Roscoe sorprendido.

—Dámela —dijo, y cuando la tuvo se apartó del caballo, escaló la hondonada y desapareció.

Cinco minutos después, antes de que pudiera extender su lona, se puso a llover. Empezaron a caer rayos y la lluvia se hizo torrencial. Roscoe quedó completamente empapado. En diez minutos había un pequeño río en medio de la hondonada, aunque estaba completamente seca cuando llegaron. Retumbaban los truenos y empezó a oscurecer.

Roscoe nunca había odiado tanto el viajar, ni siquiera cuando le persiguieron los cerdos. Estaba solo y con la posibilidad de ahogarse o de morir tiroteado antes de que terminara la noche.

Recordó lo cómodo y seguro que se estaba en la cárcel, en Fort Smith, lo agradable que era llegar ligeramente bebido y disponer de un camastro cómodo para echarse. Le hubiera gustado fervientemente no haber abandonado aquel tipo de vida.

La lluvia arreció hasta tal punto que a Roscoe le pareció imposible que pudiera llover tanto. No intentó buscar cobijo porque no veía ninguno. El estar calado resultaba incómodo, pero era una tontería quejarse porque el agua era probablemente lo que le impedía ser asesinado por el hombrecito de mirada aviesa. Roscoe siguió sentado, confiando en que el riachuelo que bajaba por la hondonada no creciera hasta llegar a ahogarle.

La tormenta resultó ser solo un chaparrón. A los diez minutos disminuyó la lluvia y al poco rato apenas caían unas gotas. Se había puesto el sol, pero hacia el Oeste había una franja de cielo azul bajo las nubes, que se iban dispersando. La banda de cielo se volvió roja con el resplandor de poniente. Por encima, a medida que se disipaban las nubes, había una banda blanca y otra azul oscuro con el lucero del atardecer en medio. Roscoe descabalgó y se quedó chorreando, consciente de que debería planear algún medio de defensa pero incapaz de pensar en ninguno. Le parecía que la tormenta podía haber desanimado a los dos hombres… y hasta es posible que a uno de ellos le hubiera caído un rayo encima.

Antes de que este pensamiento le pudiera consolar, oyó el disparo de su revólver. Uno o dos segundos más tarde volvió a oírlo un par de veces más. El sonido venía del Norte de la hondonada. Como no podía estar más mojado de lo que ya estaba y como no podía aguantar la incertidumbre de no saber lo que estaba ocurriendo, vadeó la pequeña corriente y escaló el ribazo, para encontrarse frente a los cañones de una escopeta a menos de un metro de su cara. El tipo corpulento como un toro sostenía la escopeta, que parecía pequeña en sus manazas, aunque a Roscoe los cañones que le apuntaban le parecieron grandes como si fueran auténticos cañones.

—Sube hasta aquí, viajero —le dijo el hombretón.

July le había dicho que nunca discutiera con un arma cargada, y Roscoe no tenía la intención de desobedecer sus instrucciones. Acabó de escalar el ribazo enfangado y vio que Janey estaba enzarzada en una pelea con el pequeño forajido. La tenía en el suelo y estaba a horcajadas encima de ella tratando de atarla pero Janey se debatía desesperadamente. Estaba cubierta de barro y encima de la hierba mojada y resbaladiza resultaba difícil de someter. El hombre la pegó un par de veces, pero a Roscoe le pareció que los golpes no le causaban efecto.

El hombretón de la escopeta parecía encontrar divertida la pelea. Dio unos pasos para verla más de cerca aunque continuó apuntando a Roscoe con el arma.

—¿Por qué no la matas de una vez? —preguntó al pequeño—. Ella estaba decidida a hacerlo contigo.

El pequeño no contestó. Respiraba con dificultad pero continuaba intentando atar las manos de Janey.

Roscoe tuvo que admitir que Janey era valiente. La situación parecía desesperada, pero seguía debatiéndose, retorciéndose y arañando al hombre cuando podía. Finalmente intervino el hombretón y puso su bota fangosa sobre uno de los brazos de la chiquilla, permitiendo así que el pequeño pudiera atarle las muñecas. Este volvió a pegarle por si acaso, se sentó para recobrar el aliento y dirigió a Roscoe una mirada tan aviesa como siempre.

—¿De dónde has sacado este gato rabioso? —preguntó—. Casi me ha dado un balazo y ha mordido a Hutto.

—Venimos de Arkansas —dijo Roscoe. Se sentía un imbécil por haber dado el arma a Janey. Después de todo él era el ayudante, aunque por otra parte, si le hubieran visto disparar, los hombres le habrían acribillado.

—Acabemos con ellos de una vez y llevémosnos el caballo —dijo Hutto, el grandullón—. Si lo hubiéramos hecho esta tarde nos habríamos ahorrado todo esto.

—Sí, y los malditos soldados les habrían encontrado —protestó el otro—. Ya no se puede dejar a los cuerpos tirados en el camino. Siempre aparece alguien dispuesto a saber qué ha pasado.

—Jim, estás demasiado nervioso —observó Hutto—. En todo caso, esto no es el camino y no estamos lejos del Territorio. Matémoslos de una vez y llevémosnos lo que tengan.

—¿Pero qué pueden tener? —preguntó Jim—. Trae el caballo.

Hutto trajo a *Memphis* y ambos se entretuvieron unos minutos rebuscando entre el rollo de mantas y las alforjas. Uno de ellos amenazaba a Roscoe con la escopeta mientras que el otro vaciaba el contenido de las bolsas sobre la hierba mojada. Se quedaron decepcionados.

—Jim, ya te dije que era una pérdida de tiempo.

—Bueno, pero por lo menos tenemos un caballo —dijo, dirigiendo una mirada atravesada a Roscoe.

—¡Quítate los pantalones! —le ordenó.

—¿Qué? —exclamó Roscoe.

—¡Quítate los pantalones! —repitió el hombre. Recogió la pistola de Roscoe que había caído al suelo y le apuntó con ella.

—¿Pero por qué? —preguntó Roscoe.

—Porque a lo mejor tus calzoncillos me van bien —dijo Jim—. No tienes mucha más cosa que ofrecer.

Roscoe se vio obligado a desnudarse del todo. Sentía quitarse las botas porque no sabía si podría volvérselas a calzar… aunque pensó que si estaba muerto poca importancia podía tener. Cuando se bajó los calzoncillos largos le entró vergüenza porque, después de todo, Janey estaba sentada mirando. Estaba mojada y cubierta de barro, y no había abierto la boca.

El hombre debía creer que llevaba dinero cosido en los calzoncillos e insistió para que se los quitara del todo. Hutto le animó con los cañones de la escopeta. Por fin se los quitó y se quedó completamente desnudo, confiando en que Janey no miraría.

Naturalmente, los hombres encontraron los treinta dólares que llevaba en su vieja cartera; representaban el sueldo de un mes y era cuanto tenía para terminar el viaje. Pero ya los habían encontrado antes de obligarle a desnudarse. Al parecer no creyeron que fuera el único dinero que llevara y empezaron a cortarle tranquilamente las costuras de la ropa con el cuchillo.

—Los treinta dólares es lo único que tengo —repitió una y otra vez.

—No serías el primer hombre que nos miente —dijo Jim, rasgando las costuras de los pantalones, para ver si había algún billete más.

Roscoe estaba horrorizado porque la ropa que le estaban destruyendo era la única que tenía. Después recordó que de todos modos iban a matarle y se sintió mejor. Le resultaba muy embarazoso estar allí desnudo.

Los hombres estaban enfrascados en encontrar dinero en las alforjas y descuidaron la vigilancia de Janey, que se deslizó silenciosamente hacia atrás entre la alta hierba. Jim estaba de espaldas a ella y Hutto daba cuerda al viejo reloj de Roscoe. Roscoe levantó casualmente la mirada y vio que Janey se iba alejando silenciosamente; le habían atado las manos pero se les había olvidado atarle los pies. De pronto echó a correr. La noche era oscura y en un segundo se metió entre las hierbas, al norte de la hondonada. No había hecho el menor ruido pero Hutto debió notar algo porque se dio la vuelta y disparó con la escopeta. Roscoe se estremeció. Hutto disparó el otro cañón. Jim se volvió y disparó tres veces con la pistola de Roscoe, que llevaba al cinto.

Roscoe miró hacia la oscuridad, pero no había ni señales de Janey. Los bandidos también miraron pero con la misma suerte.

—¿Crees que le hemos dado? —preguntó Jim.

—No. Se ha escondido entre la hierba.

—Pero podría estar herida —insistió Jim.

—Y yo podría ser el general Lee, pero no lo soy —observó Hutto de mal humor—. ¿Por qué no le ataste los pies?

—¿Y por qué no lo hiciste tú?

—Yo no estaba sentado encima de ella.

—Tú vigila a este y yo iré a buscarla. Esa va a tardar tiempo en volverse a escapar.

—No vas a poder cogerla con esta oscuridad. ¿Recuerdas cómo nos tendió la emboscada? Si hubiera sido mejor tiradora ambos ya estaríamos muertos, y aún podemos estarlo si tiene algún rifle escondido por ahí.

—A mí no me asusta —dijo Jim—. Debí haberle dado un par de culatazos.

—Debiste haberla matado. Esperabas divertirte con ella, pero mira lo mal que te ha salido. La chica se ha escapado y el ayudante solo tenía treinta dólares y ropa interior cochina.

—No puede estar lejos. Podríamos acampar y buscarla por la mañana.

—Hazlo si quieres, pero yo no; yo me marcho. Una muchacha de este tamaño no merece la pena buscarla.

En el preciso momento en que lo decía una piedra bastante grande cruzó el aire y le dio en plena boca. Se cayó sentado. La piedra le había partido los labios; la sangre le bajaba por la barbilla. Un segundo después, otra piedra le dio a Jim en las costillas. Jim sacó una pistola y disparó varias veces en la dirección de

donde venían las piedras.

—Venga, deja de gastar balas —dijo Hutto. Escupió una bocanada de sangre.

Otras dos piedras llegaron volando, dirigidas a Jim. Una le dio en pleno codo, haciendo que se doblara por el dolor. La otra pasó por encima de su cabeza.

Hutto parecía encontrar todo aquello divertido. Se quedó sentado en el suelo, riendo y escupiendo gran cantidad de sangre. Jim se agachó, con la pistola preparada, vigilando las piedras.

—Esto es para ver y no creer. Aquí estamos luchando a pedradas con una chiquilla que nos está ganando. Si corre la noticia tendremos que retirarnos.

Miró a Roscoe, que estaba inmóvil. Una de las piedras le había pasado rozando. No quería moverse para no perturbar la buena puntería de Janey.

—Cuando la coja se arrepentirá de no haber seguido corriendo —dijo Jim, cargando la pistola. Un segundo después una piedra le dio en el hombro y se le disparó la pistola. Furioso, disparó a ciegas hasta que terminó el cargador.

—Bueno, ahora seguro que tendremos que matar al ayudante —comentó Hutto. Se tocó un diente medio desprendido con el dedo—. Si se le ocurriera contar esto quedaría arruinada para siempre nuestra reputación de forajidos.

—¿Entonces por qué no te levantas y me ayudas a buscarla? —dijo Jim furioso.

—Bah, creo que es mejor que sigamos aquí y que nos mate a pedradas. Nos lo merecemos por idiotas. Tú le tenías miedo al ayudante y en realidad es tan peligroso como un pollo. A lo mejor la próxima vez aceptarás disparar cuando yo quiera que dispares.

Jim abrió la pistola. Intentó volver a cargarla, vigilando al mismo tiempo las piedras y tratando de penetrar la oscuridad. Llegó otra piedra, baja, pero consiguió volverse y le dio en el muslo. A consecuencia del impacto se le cayeron tres balas.

Roscoe empezaba a sentirse más esperanzado. Recordaba todos los animales que Janey había traído al campamento; probablemente la ayudaban a practicar su puntería. Esperaba que ella empezara a tirar a la cabeza antes de que los hombres decidieran matarle.

Hutto estaba más tranquilo que Jim. Alargó el brazo, cogió la escopeta y la abrió.

—Jim, tú quédate sentado aquí para atraer sus piedras. Yo cargaré con perdigones. Si no te ha abierto la cabeza antes de que salga la luna, quizá la descubra y la mate. O por lo menos la alejaré de nosotros.

Se metió la mano en el bolsillo en busca de más balas y al hacerlo ocurrió el milagro… porque Roscoe pensó que era un milagro. Allí estaba, desnudo y mojado, a punto de ser asesinado dentro de unos minutos, a menos de que una chiquilla, armada solamente con piedras, derrotara a dos bandidos provistos de armas de fuego. Él estaba tan seguro de que iba a morir que se sentía un poco al

margen de lo que iba ocurriendo, y había puesto sus escasas esperanzas en que Janey le salvara.

Nadie vio llegar a July. Hutto se disponía a meterse la mano en el bolsillo en busca de balas y Jim intentaba encontrar las que le habían caído en el barro. Roscoe vigilaba a Jim, que era el que menos le gustaba. Confiaba en ver llegar un pedrusco que le diera a Jim entre los ojos, abriéndole el cráneo. Esto no evitaría que Hutto le matara, pero sería un consuelo ver antes a Jim con la cabeza partida.

Y entonces, en ese mismo momento, Jim, Hutto y él mismo se dieron cuenta de que allí había alguien que antes no estaba. Era July Johnson, de pie, detrás de Jim, con la pistola en la mano, apuntando.

—No vas a necesitar las balas —dijo July tranquilamente.

—¡Hija de puta! —Saltó Jim—. ¿Quién te da derecho a apuntarme?

Y en el momento en que Jim levantaba la cabeza, la piedra que Roscoe había estado esperando llegó volando y le dio en mitad del cuello. Soltó el arma y se cayó de espaldas. Y allí se quedó, agarrándose el cuello y tratando desesperadamente de respirar.

Hutto tenía dos cartuchos de escopeta en la mano, pero no intentó cargar el arma.

—Había tenido mala suerte, pero nunca tanta como ahora —se dirigió a Roscoe, ignorando a July—. ¿No podrías conseguir por lo menos que la chica deje de apedrearnos?

A Roscoe le costaba creer lo que estaba viendo. Se daba cuenta de que se le había escapado algo de lo que estaba ocurriendo ante sus ojos.

—¿Vas a vestirte de una vez o piensas quedarte así? —preguntó July.

Sonaba a July y se parecía a July, así que Roscoe llegó a la conclusión de que estaba salvado. Se había sumido en el proceso de adaptarse a la muerte inmediata y le parecía que parte de él ya había pasado al otro mundo porque se sentía curiosamente ausente y embotado. Normalmente no se habría quedado de pie y desnudo en una pradera fangosa, pero en cierto modo le resultaba más fácil que tener que volver a ensamblar los fragmentos de su vida, lo que para empezar implicaba ensamblar los trozos de sus ropas.

—Me han hecho trizas los pantalones y no creo que pueda volver a calzarme las botas, mojadas como están —se quejó a July.

—Joe, trae las esposas —ordenó July.

Joe se acercó al grupo con dos pares de esposas. Le impresionó ver a Roscoe desnudo.

—Nunca había visto a tantos jóvenes —comentó Hutto—. ¿Este también sabe lanzar piedras?

—¿Quién está lanzando piedras? —preguntó July. Había estado a punto de aparecer antes de que empezaran las pedradas, pero la puntería del lanzador era tan asombrosa que había esperado unos minutos para ver cómo terminaba la

cosa.

—Es Janey —contestó Roscoe, abrochándose lo que quedaba de su mejor camisa—. Hace prácticas con bichos. Así es como hemos conseguido comida.

July se apresuró a esposar a Jim, que seguía retorciéndose en la hierba. La pedrada en la garganta posiblemente le había afectado la tráquea; trataba desesperadamente de respirar, como si se ahogara.

—Podéis matarme, pero no vais a ponerme las malditas esposas —dijo Hutto cuando se le acercó July.

—Este es July Johnson; yo en tu lugar no me resistiría —observó Roscoe. Por alguna extraña razón, Hutto le caía simpático, aunque fue Hutto el más decidido a matarle.

Hutto no se resistió pero tampoco fue esposado por la sencilla razón de que sus muñecas eran demasiado gruesas. July se vio obligado a amarrarle con un cordón de la silla, un método que hubiera preferido no utilizar. Un hombre tan grande como Hutto aflojaría cualquier cuerda o pedazo de correa si se lo proponía.

Roscoe consiguió que se le aguantaran los pantalones, aunque estaban llenos de agujeros. Tal como había previsto, las botas no le entraron. Joe le ayudó, pero ni entre los dos lo consiguieron.

—Ha sido una suerte que dispararas —le dijo Joe—. Ya estábamos acampados cuando July reconoció tu pistola.

—¿De verdad? —exclamó Roscoe, que no estaba dispuesto a reconocer que había sido Janey la que había disparado.

Cuando los bandidos estuvieron esposados y amarrados, July los montó en sus propios caballos y les ató los pies a los estribos. A Hutto y a Jim les conocía por su reputación, porque habían atacado los caminos del este de Texas durante los dos últimos años, robando generalmente a los colonos, matando a veces a los que se defendían. Había contado con la posibilidad de encontrar a Roscoe, pero no a los dos bandidos. Ahora había que ocuparse de ellos antes de preguntar a Roscoe por Elmira. También había que preguntar por la lanzadora de piedras… Janey la había llamado Roscoe. ¿Por qué la tal Janey viajaba con Roscoe? Y, por cierto, ¿dónde se había metido? Las piedras habían cesado, pero no había aparecido nadie.

Ahora que el peligro había pasado, Roscoe empezó a sentir que había muchas cosas raras que precisaban una explicación. Se había olvidado de Elmira y de su marcha durante unos días, aunque su marcha era la razón de que estuviera en Texas. También tendría que explicar a July por qué viajaba con una muchacha. Pero le parecía mejor hablar del milagro de la aparición de July, aunque July no parecía dispuesto a hablar de ello.

—No esperaba volver a verte —dijo Roscoe—. Y de pronto, allí estabas, apuntando con la pistola.

—Este es el camino principal de Fort Smith a Texas —le indicó July—. Lo lógico es que te encontrara en él si te buscaba.

—Sí, pero yo no sabía que me buscabas. No sueles hacerlo.

—Peach me escribió y me dijo que ibas de camino —era la única explicación que July pensaba dar hasta que estuviera a solas con Roscoe.

—Supongo que estamos detenidos. ¿Y luego, qué? —preguntó Hutto. No le gustaba no poder participar en las conversaciones. Jim, que todavía tenía dificultades por recobrar el aliento, no mostraba deseos de hablar.

—¿Dices que hay una muchacha? —preguntó July.

—Sí, Janey.

—Llámala —dijo July.

Roscoe lo intentó pero sin éxito.

—¡Vuelve! ¡Ha llegado July! —gritó a la oscuridad—. ¡Estamos a salvo! ¡Es el *sheriff* para el que trabajo!

No se oyó nada procedente de la oscuridad, ni apareció Janey. Roscoe se dio cuenta de que July estaba impaciente. Esto le puso nervioso. Se acordó de que Janey había desaparecido durante dos horas aquella misma tarde. Si creía que July iba a esperar dos horas es que le conocía bien poco.

—¡Venga, ven! ¡Ya tenemos a los hombres amarrados! —le gritó, sin demasiadas esperanzas de que Janey le hiciera caso.

No se oía el menor ruido, excepto el aullido de unos coyotes a kilómetro y medio de distancia.

—La chica debe tener sangre india —comentó Hutto—. Nos tendió una emboscada perfecta, y si hubiera sido tan buena tiradora con la pistola como lo es con las piedras, estaríamos muertos.

—¿Qué le pasa? —preguntó July—. ¿Por qué no quiere aparecer?

—No lo sé —contestó Roscoe—. Supongo que no le gustará la compañía.

July lo encontró muy raro. A Roscoe nunca le había dado por las mujeres. En realidad había sido comentada con frecuencia su habilidad por librarse de varias viudas. Y sin embargo se había embarcado con una chiquilla que podía lanzar piedras con más puntería que la de muchos hombres disparando.

—No tengo intención de pasar la noche aquí. ¿Tiene caballo? —preguntó July.

—No, pero es muy rápida a pie. Me ha precedido siempre sin el menor esfuerzo. ¿Adónde vamos?

—A Fort Worth —respondió July—. El *sheriff* estará contento de recibir a estos dos hombres.

—¡Ya lo creo que estará contento el muy hijo de puta! —exclamó Hutto.

A Roscoe le dio pena marcharse y dejar a Janey, pero no sabía qué otra cosa podía hacer. July amarró los caballos de los forajidos a una sola cuerda y ordenó a Roscoe y a Joe que se mantuvieran cerca de ellos. Estaba nublado y era casi noche cerrada, pero esto no afectaba el paso de July, que era rápido. El hecho de

tener que entregar a los forajidos a la justicia le apartaba de su camino, pero no cabía hacer otra cosa.

Cuando llevaban cabalgando cerca de una hora, Roscoe tuvo el mayor susto de su vida; de pronto alguien saltó sobre su caballo, detrás de él. Por unos segundos pensó aterrorizado que Jim se había soltado y que intentaba estrangularle o apuñalarle. *Memphis* también se sobresaltó y dio un salto de lado, tropezando con el caballo de Joe.

Entonces oyó el jadeo de la persona y reconoció a Janey.

—Ya no aguantaba más —le dijo—. Pensaba que iría más despacio.

Joe se asustó tanto de ver aparecer una muchacha detrás de Roscoe que ni abrió la boca. Le resultaba difícil creer que la persona que había lanzado las piedras fuera una muchacha. Pero sin embargo había visto cómo las piedras golpeaban a los hombres. ¿Cómo podía una chica tirar con tanta fuerza y puntería?

July se había apropiado de la escopeta de Hutto, cargándola y atravesándola en la silla. Suponía que esto haría que los prisioneros se lo pensaran dos veces antes de armar jaleo. Su idea era llegar a Fort Worth, entregar a los hombres y salir inmediatamente en busca de Elmira.

Cabalgaron toda la noche, y cuando la llanura se puso gris les faltaban menos de ocho kilómetros para llegar a Fort Worth. Se volvió para mirar a los prisioneros y le sobresaltó ver a la muchacha a la grupa de Roscoe. Parecía muy joven. Sus piernas desnudas eran tan flacas como las de un pájaro. Roscoe estaba caído sobre el arzón, dormido, y la chiquilla sostenía las riendas. Vigilaba también a los dos prisioneros, que estaban completamente despiertos. July echó pie a tierra y comprobó los nudos de Hutto, que se estaban aflojando.

—Supongo que eres Janey —dijo a la chica. Ella asintió. July le entregó la escopeta para que se la aguantara mientras volvía a atar a Hutto.

—Por el amor de Dios, no haga esto que nos va a partir en dos —exclamó Jim. Su voz sonaba muy ronca por el golpe en el cuello; le hacía daño al hablar, pero le dolía mucho más ver a la muchacha con la escopeta en las manos.

Joe había conseguido quitarse el sueño de los ojos y se sentía dolido de que July hubiera entregado la escopeta a la muchacha. No era mucho mayor que él y además era una hembra. Pensaba que la escopeta hubiera debido ser para él.

—No das muchas oportunidades a un hombre, ¿verdad? —protestó Hutto cuando July volvió a atarle. Su aspecto era deprimente por toda la sangre que se le había secado en el rostro y en la barba, pero parecía animado.

—No.

—Si no nos ahorcan es mejor que te guardes de Jim —dijo Hutto—. Jim odia a todo el que le apunta con un arma. Además es de naturaleza vengativa.

En efecto, Jim tenía aspecto vengativo. Sus ojos brillaban de odio mientras miraba a la muchacha. Su mirada era tan incendiaria que muchos hombres se

habrían acobardado, pero no así la muchacha.

Durante todo este tiempo, Roscoe siguió echado sobre el cuello de su caballo, roncando. Cuando despertó ya casi estaban a las afueras de Fort Worth, pero no se sintió seguro hasta que July entregó los dos prisioneros al *sheriff*.

Janey pareció como que quisiera huir tan pronto entraron en la población. La molestaba la presencia de tanta gente, pero aguantó. July buscó un establo porque iba a ser necesario que los caballos descansaran un poco. El que encontró lo regentaba una mujer que se ofreció amablemente a preparar algo de desayuno para los muchachos. El desayuno consistió en pan de maíz y tocino, que comieron sentados en enormes tinas delante de la casa de la mujer.

La mujer se echó a reír al ver las ropas de Roscoe, que estaban echas jirones. Se ofreció a remendarles la ropa por otros cincuenta centavos, pero Roscoe tuvo que desistir porque no tenía otra cosa que ponerse mientras se la remendaba.

—Esta es una población bastante grande —comentó Roscoe—. Quizá pueda comprarme algo de ropa.

—Pero no por cincuenta centavos —advirtió la mujer—. La muchacha no lleva más que ese saco; debería comprarle algo decente para ponerse, dado que se va a ir de compras.

—Quizá sí. —Lo que llevaba Janey era realmente un auténtico trapo.

A Janey le parecía que Fort Worth era estupendo. Se le había pasado el miedo y miraba interesada a su alrededor.

—¿Es su hija? —preguntó la mujer.

—No. La conocí la semana pasada —respondió Roscoe.

—Bueno, pero es la hija de alguien y se merece algo mejor que un saco para vestirse. El chico está bien vestido. ¿Cómo es que se trajo a la muchacha?

—Me la encontré en pleno campo.

La mujer tenía el rostro colorado y aún se le ponía más cuando se enfadaba, y ahora lo estaba.

—¡No sé que pensar de los hombres! —Y entró en la casa dando un portazo.

—¿Dónde la encontraste? —preguntó July.

—No me la encontré exactamente —respondió Roscoe. Estaba a la defensiva. Hiciera lo que hiciera, la gente pensaría lo peor de él. Sin duda en Forth Smith correría la voz de que en lugar de obedecer las órdenes había huido con la primera chiquilla que había encontrado.

—Se escapó y me siguió —dijo. July le miraba sin comprender nada—. Un condenado viejo la pegaba y la maltrataba, y por eso huyó —añadió Roscoe—. ¿Podemos pasar por un *saloon*? Tengo unas ganas enormes de tomar una cerveza.

July le llevó a un *saloon* y le invitó a una cerveza. Ahora que estaban solos pensó en hablar de Elmira. Incluso le resultaba penoso oír mencionar su nombre.

Por fin se decidió:

—¿Qué sabes de Ellie? Peach me pone en su carta que se marchó.

—Peach tiene razón. Y si no se fue, está escondida o se la ha llevado un oso.

—¿Viste huellas de oso?

—No —contestó Roscoe.

—Entonces no se la llevó un oso.

—Probablemente se marchó en el barco del *whisky* —dijo Roscoe, tratando de ocultarse detrás de su vaso de cerveza.

—No lo entiendo —murmuró July como si hablara consigo mismo.

No veía la razón. Nunca había hecho nada para molestarla. Nunca le había pegado, ni le había hablado con dureza. ¿Qué podía empujar a una mujer a huir, si todo estaba bien? Naturalmente, no podía ser que todo estuviera bien. Algo tenía que estar mal. Pero no podía imaginarse qué. Si no le gustaba, ¿por qué se había casado con él? Y tenía la impresión de que no le gustaba. Ciertamente, Peach le había insinuado varias veces que algunas personas se casaban por razones distintas del gustarse o no gustarse, pero todo el mundo sabía que Peach era una cínica.

Y ahora, en el *saloon*, recordó las insinuaciones de Peach. A lo mejor nunca le había gustado a Ellie. Tal vez se había casado con él por razones que no le había querido decir. Estos pensamientos le llenaban de tristeza.

—¿Hablaste con ella después de que yo me fuera?

—No —admitió Roscoe.

July tardó unos minutos en hablar. Roscoe buscó en su mente alguna excusa por no haber ido a ver a Elmira, pero lo cierto es que ni una sola vez se le ocurrió ir a visitarla. Bebió despacio su cerveza.

—¿Qué hay de Jake? —preguntó a su vez.

—Fue hacia el Sur. Viene con un traslado de ganado. Lo que quiero es encontrar a Ellie; cuando lo consiga buscaremos a Jake.

Se sacó dinero del bolsillo y pagó las cervezas.

—Quizá deberías regresar a Arkansas con los jóvenes. Yo me voy a buscar a Ellie.

—Iré contigo —afirmó Roscoe. Ahora que había encontrado a July no tenía la intención de perderle de nuevo. Lo había pasado muy mal y aún podía ser peor si trataba de regresar solo.

—A lo mejor si damos algo de dinero a la mujer se quedará con la muchacha —sugirió July—. Tú, vete a comprar ropa. Si viajas con estos pantalones serás el hazmerreír de la gente.

La mujer del establo accedió a quedarse con Janey por tres dólares al mes. July pagó dos meses, por adelantado. Cuando le dijeron que iba a quedarse en Fort Worth, Janey no dijo una palabra. La mujer le habló con animación de que comprarían ropas nuevas, pero Janey siguió sentada en su tina, silenciosa.

La mujer ofreció quedarse también con Joe y tenerle gratis a cambio de ayudarla en la cuadra. July se sentía tentado de aceptar, pero Joe parecía tan

desgraciado que se enterneció y le dejó que siguiera con ellos. Entonces apareció Roscoe vestido con ropas tan tiesas que parecía imposible que pudiera andar metido en ellas.

—Bueno, a lo mejor estarán flexibles para Navidad —comentó la mujer riendo—. Parece como si anduviera metido en un par de chimeneas.

—Lo único que tenían de mi medida era negro —se excusó Roscoe.

Sentía tener que abandonar a Janey. ¿Y si el viejo Sam mejoraba, les seguía la pista hasta Fort Worth y la encontraba? Le regaló dos dólares, pero Janey movió negativamente la cabeza. Cuando se marcharon aún seguía sentada encima de la enorme tina.

Joe estaba contento de que no fuera con ellos. A su lado tenía la sensación de que no hacía las cosas demasiado bien.

Pero la alegría le duró poco. Aquella noche acamparon en la pradera, a unos treinta kilómetros al norte de Fort Worth. July consideró que podían dormir sin hacer guardias, pues había caminos transitados a ambos lados. Podían oír los pastores cantando de noche al ganado.

Por la mañana, cuando Joe abrió los ojos, vio a Janey agachada junto a la hoguera apagada. Iba todavía vestida con su saco. Ni siquiera July la había oído llegar. Cuando este despertó le entregó los seis dólares que había dado a la mujer, July los aceptó sorprendido. Joe se disgustó. No estaba bien que la muchacha apareciera sin permiso de July. Si los indios se la llevaban, él personalmente no lo lamentaría…, aunque si lo pensaba bien, él mismo podía ser una presa más fácil. La muchacha les había seguido por la noche, a través de la pradera. Era algo que él no hubiera podido hacer.

Todo aquel día la muchacha anduvo sola, sin alejarse nunca demasiado. No era como las chicas que Joe había conocido en Fort Smith, ninguna de las cuales hubiera aguantado cinco minutos. Joe no sabía qué opinar de ella, ni July, ni siquiera Roscoe, que era el que la había encontrado. Pero pronto se encontraron lejos, en plena pradera, y todos fueron conscientes de que Janey viajaría con ellos.

53

Mucho antes de que atracara el barco del *whisky*, Elmira se dio cuenta de que iba a tener problemas con Big Zwey. El hombre nunca se le acercaba, ni siquiera le hablaba, pero todas las veces que ella salía de su chamizo para sentarse a contemplar el agua sentía sus ojos puestos en ella. Y cuando cargaron el *whisky* en carretas y empezaron a cruzar el llano en dirección a Bent's Fort, sus ojos la siguieron, cualquiera que fuera la carreta en que viajara.

Pensó que quizá le interesaba más a Big Zwey por ser tan menuda. Era un problema que ya había tenido antes. Al ser tan chiquita parecía atraer a los hombres corpulentos. Big Zwey aún era más grande que el cazador de búfalos que la había obligado a refugiarse en July.

A veces, por la noche, Fowler se sentaba un rato a hablar con ella cuando le llevaba la comida. Tenía una cicatriz que bajaba de la nariz, le cruzaba los labios y se perdía en la barba. Su aspecto era rudo, pero tenía unos ojos soñadores.

—Este negocio del transporte de *whisky* se ha acabado —le dijo una noche—. Los indios mantenían el negocio en auge. Ahora por esta región los han encerrado a casi todos. A lo mejor iré hacia el Norte.

—¿Hay muchas ciudades por el Norte? —le preguntó recordando que Dee había mencionado ir al Norte. A Dee le gustaba la comodidad…, hoteles, barberos y demás. Una vez ella se ofreció para cortarle el pelo y fue un desastre. Dee no se lo había tomado a mal, pero le comentó que salía más barato tratar con profesionales. Era extraordinariamente presumido.

—Está Ogallala —contestó Fowler—. Junto al Platte. También hay ciudades en Montana, pero esto queda muy lejos.

Big Zwey tenía la voz profunda. A veces le oía hablar a los hombres, incluso por encima del ruido de las ruedas de la carreta. Llevaba un abrigo largo de piel de búfalo y casi nunca se lo quitaba, ni siquiera cuando hacía calor.

Una mañana se produjo un gran alboroto. Cuando las brumas mañaneras empezaron a disiparse, el hombre que estaba de guardia le pareció haber visto a seis indios sobre una loma. Era un hombre joven, muy nervioso. En todo caso, no reaparecieron. Durante el día los hombres descubrieron tres búfalos y mataron a uno de ellos. Aquella noche Fowler le trajo a Elmira algo de hígado y de lengua, lo mejor del animal, según dijo.

Los hombres habían hablado tanto del Fort que Elmira supuso que se trataba de una verdadera ciudad, pero no era sino unos edificios desperdigados, ninguno de ellos en buen estado. Solo había una mujer, la mujer de un herrero, y se había vuelto loca a consecuencia de la muerte de sus cinco hijos. Se pasaba todo el día sentada en una silla, sin hablar con nadie.

Fowler hizo cuanto pudo por Elmira. Consiguió de los traficantes que le cedieran una habitación, aunque en realidad era una alacena pequeña y sucia. Estaba junto a un almacén donde se guardaban montones de pieles de búfalo. El hedor de las pieles era peor que cualquiera de las cosas que habían ocurrido en el río. El cuartucho estaba lleno de pulgas que habían escapado de las pieles. Se pasó buena parte del tiempo rascándose.

Aunque en el Fort no había gran cosa que ver, había mucho movimiento, con hombres a caballo que llegaban o se iban constantemente. Al contemplarles, Elmira deseaba haber sido un hombre para poderse comprar un caballo y largarse. Los hombres la dejaban tranquila, pero se la comían con los ojos cada vez que salía de su cuarto. Había muchos mejicanos de aspecto salvaje que le daban más miedo que los cazadores de búfalos.

Después de una semana de rascarse empezó a darse cuenta de que había hecho una locura cogiendo el barco. En Fort Smith, lo único que sintió fue un deseo irresistible de marcharse. El día que se fue le pareció que su vida dependía de que pudiera abandonar Fort Smith aquel mismo día, porque temía que July reapareciera de pronto.

No lamentaba haberse ido, pero tampoco había imaginado que iría a parar a un lugar como Bent's Fort. Por lo menos en las ciudades vaqueras las diligencias iban y venían, y si a uno no le gustaba Dodge siempre podía ir a Abilene. Pero a Bent's Fort no llegaba ninguna diligencia; solo había un camino de carretas que pronto se perdía en el inmenso vacío de las llanuras.

Aunque ninguno la había molestado, los hombres del Fort parecían muy toscos. « Piensan que no merece la pena raptarte» , le había dicho Fowler, pero no estaba segura de que tuviera razón. Alguno de los mejicanos daban la impresión de que podían hacer algo mucho peor que raptarla si les daba por ello. Una vez, sentada bajo el pequeño saliente de su habitación, presenció una lucha entre dos mejicanos. Oyó un grito y vio que cada hombre sacaba un cuchillo. Se lanzaron uno contra otro como carniceros. Sus ropas no tardaron en quedar ensangrentadas, pero era obvio que los cortes no eran graves porque al poco rato dejaron de luchar y se fueron juntos a jugar.

Fowler dijo que quizás hubiera una partida de cazadores que se dirigían al Norte y que tal vez querrían llevarla, pero transcurrió una semana y no se organizó ninguna partida. Y un buen día Fowler le trajo un plato de comida, bajo el cobertizo. La miró confuso como si tuviera algo importante que decirle y no quisiera hacerlo.

—Big Zwey quiere casarse contigo —dijo por fin, en tono de disculpa.

—Pues ya estoy casada.

—¿Y si solo quiere casarse temporalmente? —preguntó Fowler.

—Eso siempre es temporal. ¿Por qué no me lo pide él?

—Porque Zwey es hombre de pocas palabras.

—Le he oído hablar. Habla con los hombres.

Fowler se echó a reír y no dijo más. Elmira se puso de mal humor. Estaría en apuros si algún hombre quería casarse con ella. Alguien había echado una piel de búfalo nueva y desde donde estaba sentía rebullir a las pulgas.

—Si le aceptas te llevará a Ogallala —continuó Fowler—. Piénsalo. No es tan malo como otros.

—¿Cómo puedes saberlo? No has estado casado con él.

Fowler se encogió de hombros.

—Puede ser tu mejor oportunidad. Yo vuelvo río abajo la próxima semana. Hay un par de traficantes de pieles que se llevan un cargamento a Kansas y que podrían llevarte, pero será un viaje duro. Olerás las apestosas pieles todo el tiempo. Además los traficantes son brutos. Creo que Big Zwey te trataría bien.

—No quiero ir a Kansas. Ya he estado en Kansas.

Lo que lo estropeaba todo era que estaba embarazada, y que se veía. Algunos *saloons* no tenían manías, pero siempre resultaba más difícil conseguir trabajo si se estaba embarazada. Además no quería trabajar, quería a Dee, y a Dee no le importaría que estuviera embarazada.

Big Zwey empezó a pasarse las horas contemplándola. No jugaba ni hacía ninguna otra cosa; solo la miraba. Estaba sentada bajo su cobertizo, a la sombra, y él se sentaba bajo otra sombra a treinta metros, solo mirando.

Una vez, mientras la contemplaba, unos jinetes descubrieron una manada de búfalos. Los cazadores estaban locos por ir tras ellos, pero Zwey no quiso ir. Le gritaron, discutieron con él, pero siguió sentado. Al fin se marcharon sin él. Un cazador intentó que le prestara su rifle, pero Zwey no quiso. Permaneció allí sentado, con el rifle sobre las piernas, mirando a Elmira.

Le pareció curioso su poder sobre aquel hombre. Nunca le había hablado ni una palabra, y no obstante se quedaba horas sentado, a treinta metros de distancia. Era algo extraño. ¿Qué puede pasar por la mente de los hombres para comportarse de un modo tan extraño con las mujeres?

Una mañana salió de su cuarto antes de lo habitual. Estaba un poco mareada y quería respirar aire fresco. Cuando abrió la puerta casi topó con Big Zwey, que había estado apoyado en ella. Su inesperada aparición le avergonzó tanto que le dirigió una mirada angustiada, dio la vuelta y se fue casi corriendo. Era un hombre pesado y su aspecto al huir corriendo le hizo soltar una carcajada, cosa que hacía tiempo que no había hecho. No se volvió a mirarla hasta que estuvo de nuevo en su lugar habitual, y lo hizo asustado, como si temiera que le disparara

por haber estado apoyado en su puerta.

—Dile que iré con él —comunicó aquella noche a Fowler—. Creo que no es tan malo.

—Díselo tú —le aconsejó Fowler.

A la mañana siguiente se acercó donde estaba sentado Big Zwey. Cuando la vio llegar pareció como que fuera a salir huyendo, pero ella ya estaba demasiado cerca. Se quedó como paralizado, con el miedo reflejado en sus ojos.

—Iré contigo si crees que puedes llevarme a Ogallala —le dijo—. Te pagaré lo que creas justo.

Zwey no dijo nada.

—¿Cómo viajaremos? —preguntó—. Yo no sé montar a caballo.

Big Zwey tardó un minuto en contestar. Cuando Elmira estaba a punto de perder la paciencia, él se pasó la mano por la boca como para limpiarla.

—Puedo conseguir aquel carro —dijo señalando una cosa destartalada a pocos metros de distancia. A Elmira no le pareció que el carro pudiera viajar diez yardas y menos todo el camino hasta Nebraska.

—Le diré al herrero que lo arregle —añadió Big Zwey. Ahora que había hablado con ella sin que el rayo le fulminara, se sintió más cómodo.

—¿Quieres decir que iremos los dos solos? —preguntó Elmira.

La pregunta le dio mucho que pensar, tanto que ella casi deseó no haberla formulado. Él volvió a guardar silencio, preocupado.

—Podría llevar a Luke —dijo.

Luke era un pequeño cazador de búfalos con cara de comadreja y con solo el pulgar y un dedo en la mano izquierda. Llevaba dados y jugaba siempre que encontrara a alguien dispuesto a jugar con él. En una ocasión le había preguntado a Fowler sobre él. Fowler le dijo que un carnicero le había cortado los dedos por alguna razón.

—¿Cuándo podremos irnos? —preguntó Elmira. Pero era una decisión que Big Zwey no podía tomar inmediatamente. Reflexionó sobre el particular un buen rato sin llegar a ninguna conclusión.

—Quiero salir de aquí. Estoy harta de oler pieles de búfalo.

—Le diré al herrero que arregle el carro —respondió Zwey. Se puso en pie, cogió la vara del carro y empezó a tirar de él hacia la casa del herrero, a unos cien metros. A la mañana siguiente, el carro, más o menos reparado, estaba esperando frente a su cuarto. Cuando salió para inspeccionarlo vio que Luke ya estaba dentro, durmiendo su borrachera. Dormía con la boca abierta, mostrando sus dientes negros, y no muchos por cierto.

Luke la había ignorado durante el viaje río arriba, pero cuando despertó saltó del carro y se le acercó con su sonrisa de comadreja.

—Big Zwey y yo nos hemos asociado —explicó—. ¿Sabe conducir un carro?

—Si vamos despacio creo que sí.

Luke tenía el pelo rojo y tieso, disparado en todas direcciones. Un gran cuchillo para desollar metido en una funda colgaba de un hombro. Sonreía siempre, mostrando sus dientes negros, y al contrario de Zwey, no tenía miedo a mirarla a los ojos. Su aspecto era insolente y escupía tabaco continuamente mientras hablaba.

—Zwey ha ido a comprar unos mulos. Tenemos dos caballos, pero no sirven para el carro. En todo caso, podemos conseguir algunas pieles mientras viajemos.

—No me gusta el olor a las pieles —le hizo notar, pero sin poner el suficiente énfasis para que Luke captara el mensaje.

—Después de cierto tiempo uno se acostumbra. Yo casi ni lo noto, de tanto que las he olido.

Luke tenía un pequeño látigo y con él se golpeaba nerviosamente la pierna sin cesar.

—¿Tiene miedo a los indios?

—No lo sé. Pero no creo que me gusten mucho —respondió Elmira.

—Yo ya he matado a cinco —afirmó Luke.

Big Zwey llegó por fin con dos mulos flacos y unos arreos que había conseguido. Estaban en mal estado, pero había mucho cuero por allí y no tardaron en tenerlos a punto. Luke era muy hábil con el pulgar y el meñique. Trabajaba mejor que Zwey, cuyas manos eran demasiado grandes para arreglar arneses.

No tardó en aprender a conducir mulos. No había que hacer gran cosa porque los mulos se limitaban a seguir a los dos hombres a caballo. Solo resultaban difíciles de manejar cuando los hombres se lanzaban al galope para cazar. Al segundo día, con los hombres lejos, cruzó un río cuyos ribazos eran tan altos y empinados que pensó que el carro volcaría. Cuando ya se disponía a saltar, el carro se mantuvo milagrosamente derecho.

Aquel día los hombres mataron veinte búfalos. Elmira tuvo que esperar al sol todo el día mientras ellos les arrancaban la piel. Al fin bajó y se sentó debajo del carro, que le proporcionó una pequeña sombra. Los hombres amontonaron las ensangrentadas y malolientes pieles en el carro, lo que no sentó nada bien a los mulos. Odiaban tanto como ella el olor de las pieles.

Big Zwey se había vuelto a sumir en el silencio, dejando la conversación para Luke, que charlaba por los codos le escucharan o no.

Con frecuencia a Elmira se le ponían los nervios en el estómago. Las sacudidas del carro eran algo a lo que había que acostumbrarse. Los llanos parecían lisos a distancia, pero resultaban sorprendentemente irregulares para sortear. Big Zwey le había dado una manta para que la pusiera sobre el duro asiento. Evitaba que las astillas la pincharan, pero no le amortiguaban las sacudidas.

Sola, con los dos hombres en medio de la inmensa y vacía pradera, sentía cierta aprensión. En los pueblos vaqueros había montones de mujeres. Si un hombre se ponía bestia, podía gritar. A bordo del barco no le había parecido tan peligroso, porque los hombres estaban siempre peleando o jugando entre ellos. Pero de noche, en la pradera, solo estaban los tres y poca cosa para entretenerles. Big Zwey se sentaba a mirarla por encima del fuego, y Luke también la miraba mientras iba hablando. Ignoraba si Big Zwey se consideraba casado, de un modo u otro, con ella. Le preocupaba que pudiera acercarse de pronto y querer poner en práctica el matrimonio, aunque hasta el momento estaba incluso intimidado para hablarle. Pero a lo mejor también consideraba que estaba casada con Luke, y de esto no quería saber nada. La idea la ponía tan nerviosa que no podía comer la carne de búfalo que le ofrecían. De todas formas era mucho más dura que cualquier carne que hubiera masticado alguna vez. Masticaba un pedacito hasta que las mandíbulas se le cansaban, y entonces la escupía.

Pero cuando iba al carro y transformaba la manta en una especie de camastro, ninguno de los dos la seguía. Permanecía despierta mucho rato, asustada, pero los hombres continuaban sentados junto al fuego, mirando de vez en cuando en su dirección, pero sin hacer nada que pudiera molestarla. Elmira consiguió dormirse, pero despertó unas horas después, al retumbar un trueno. Los hombres estaban dormidos junto a las brasas. A través de la pradera empezó a ver los rayos que caían de las nubes y a los pocos minutos grandes goterones empezaron a caerle encima. En un instante estuvo calada. Se cobijó debajo del carro. No era una gran protección, pero al menos era algo. Los rayos no tardaron en caer a su alrededor y los truenos producían unos ruidos enormes y secos, como si se cayera un edificio. Se asustó tanto que se agarró las rodillas y se echó a temblar. Cuando caía el rayo toda la pradera quedaba bañada durante unos segundos de una luz blanca.

La tormenta pasó pronto, pero permaneció despierta el resto de la noche, escuchando cómo caía el agua encima del carro. La oscuridad era grande; ni siquiera sabía lo que podía haberles ocurrido a los hombres.

Pero por la mañana seguían donde se habían echado a dormir, mojados como pollos, pero dispuestos a tomarse el café. Ni siquiera comentaron la tormenta. Elmira pensó que estaban acostumbrados a viajar duro, y que sería bueno que ella se acostumbrara también.

Pronto empezó a hablar a los mulos mientras caminaban. No les decía gran cosa, ni los mulos contestaban, pero hacía que los días largos y calurosos pasaran más deprisa.

54

Augustus pasó la mitad del primer día buscando huellas, porque Blue Duck había sido lo suficientemente atrevido para conducir a Lorena a través de la estampida, de forma que sus huellas quedaran borradas por los miles de huellas del ganado. Era un truco perfecto, y que pocos hombres se atreverían a intentar.

Habían pasado muchos años desde que Augustus se había puesto a rastrear en serio. Cabalgó en círculo toda la mañana, tratando de recordar al último hombre que había rastreado a fin de adquirir perspectiva. Le pareció que el último hombre había sido un incompetente ladrón de caballos llamado Webster Witter, que en un momento dado había conseguido robar caballos cerca de Río Blanco. Él y Call le habían perseguido un día, solos, y cuando le dieron caza le ahorcaron antes de la puesta del sol. Pero el rastreo había sido sencillo porque el hombre conducía cuarenta caballos robados.

Lo que mejor recordaba de Webster Witter era que había sido un hombre alto y que le alcanzaron en monte bajo y tuvieron que ahorcarle en un árbol pequeñito. O utilizaban un árbol pequeño o se lo llevaban, y Call no estaba dispuesto a llevárselo. Call creía que la justicia inmediata solía ser la única justicia, y en aquellos días tenía razón porque dependían de jueces de distrito que muchas veces ni aparecían.

—Si nos lo llevamos sobornará al carcelero, o se escapará o algo por el estilo y tendremos que ir de nuevo tras él —dijo Call. A Call nunca se le ocurrió disparar contra alguien que podía ahorcar y en este caso Augustus no lo sugirió porque habían salido con pocas municiones y viajaban por un mal territorio.

Afortunadamente, Webster se desnucó cuando golpearon al caballo debajo de él, de lo contrario se habría quedado allí, burlándose de ellos, porque la rama de mezquite se doblaba y los pies casi rozaban el suelo.

De eso hacía por lo menos doce años y Augustus pronto llegó a la conclusión de que su habilidad de rastreador estaba oxidada y que ya no le servía de nada. Las únicas huellas de caballos que encontró en las tres horas primeras pertenecían a caballos de Hat Creek. A punto estuvo de regresar en busca de Deets, pero sabía que a Call no le haría ninguna gracia cedérselo.

Por fin, a fuerza de andar en círculos hacia el Noroeste, Augustus encontró las huellas de los tres caballos. Blue Duck había empleado un truco, el de la

estampida, pero ninguno más. Después las huellas iban directamente al Noroeste, tan claramente que Augustus no tardó en comprender que no necesitaba fijarse mucho en ellas. Si las perdía, solía encontrarlas de nuevo un kilómetro más adelante.

Cabalgó intensamente pero sin reventar el caballo, pues solo tenía uno. Cada vez que abrevaba le dejaba descansar unos minutos. Cabalgó toda la noche y al día siguiente las huellas seguían en dirección noroeste. Se disgustó consigo mismo porque no les alcanzaba. Lorena estaba realizando un viaje tan duro como jamás hubiera imaginado. Probablemente tendría que enfrentarse con situaciones más duras que el viaje, a menos que tuviera mucha suerte, y Augustus sabía que era por su culpa. Hubiera tenido que llevársela a la fuerza al campamento tan pronto como descubrió quién era Blue Duck; no podía imaginar por qué no lo hizo. Era el tipo de fallo con el que se había encontrado toda su vida: no le preocupaban demasiado las cosas que eran claramente peligrosas.

Trató de tragarse el remordimiento y de concentrarse en encontrarla: después de todo era algo que ya había ocurrido, y poca importancia tenía averiguar por qué había dejado que sucediera. Blue Duck era un nombre de su pasado. Verle aparecer entre ellos quince años más tarde le había entorpecido la capacidad de razonar.

El segundo día dejó de rastrearles, porque era obvio que Blue Duck iba en dirección a Staked Plains. Naturalmente, esto abarcaba mucho territorio, pero Augustus creyó saber adónde iría Blue Duck: a un área al norte y al oeste del cañón de Palo Duro. Allí era donde se refugiaba siempre que le perseguían.

Una vez Call y él se habían sentado al borde occidental del gran cañón, mirando a través de las pardas distancias sin agua al Oeste. Finalmente decidieron terminar su persecución allí, cuando todavía tenían la oportunidad de salir con vida. No temían a los indios tanto como a la falta de agua. Era a mediados de verano y la llanura parecía pelada; la poca hierba que quedaba estaba seca y quebradiza. Call se sentía frustrado; odiaba regresar sin haber cogido al hombre.

—Tiene que haber agua por allí —comentó Call—. Cruzan la llanura y no pueden beber polvo.

—Sí, pero ellos saben dónde está y nosotros no —afirmó Augustus—. Pueden matar a sus caballos para llegar, tienen más caballos. Pero si matamos a los nuestros, el camino de vuelta a San Antonio es condenadamente largo.

Aquella tarde cruzó el Clear Fork del Brazos y pasó ante una cabaña medio construida, abandonada, vacía. Era un recuerdo suficientemente claro del poder de los comanches; sus matanzas obligaban a muchos colonos a retirarse mientras disponían de piernas para hacerlo. Call y él habían visto en los años cincuenta cómo avanzaba la frontera…, y cómo se deshacía poco después. Los hombres y las mujeres que vinieron del Trinity y del Brazos arriba no desconocían las

penalidades, pero las penalidades eran una cosa y el terror otra. La tierra era extensa y podían quedarse con ella, pero la tierra no cancelaba el miedo, algo que Call no comprendió nunca. Le fastidió que los blancos renunciaran y se marcharan.

—Ojalá hubieran resistido —repitió muchas veces—. De haberlo hecho, ahora habría los suficientes para hacer retroceder a los indios.

—Nunca has pasado una noche en la cama junto a una mujer aterrorizada —observó Augustus—. No puedes montar una granja si tienes que vivir en un fuerte. Los que montan granjas tienen que vivir solos, lo que quiere decir que pueden ser eliminados fácilmente. Además, sin una esposa al lado no puedes tener hijos y los hijos son una maravillosa fuente de trabajo gratuita. Son muchísimo más baratos que los esclavos.

Esto lo habían discutido infructuosamente durante años, porque Call no sentía simpatía por la debilidad humana. Augustus lo achacaba a falta de imaginación. Call nunca podría imaginar lo que era estar asustado. Se habían encontrado en situaciones difíciles, pero esto solía significar acción, y en las batallas las cosas ocurrían demasiado deprisa para que el miedo paralizara la mente de un hombre como Call. No podía imaginar lo que significaba acostarse todas las noches temiendo que uno y su familia pudieran sentir los cuchillos de los comanches antes del alba.

Aquella noche Augustus paró para dejar descansar a su caballo, montando un campamento sin fuego sobre un pequeño risco y comiendo algo de carne seca que había traído consigo. Estaba en el monte bajo después del robledal cercano al Brazos, y desde su risco podía divisar hasta lo más alejado de los valles iluminados por la luna.

Le sorprendió haberse olvidado de que un vacío como este existiera en el país que se extendía a su alrededor. Después de todo había vivido durante años oyendo el piano del «Dry Bean», el tañido de la campana de la pequeña iglesia de Lonesome Dove, el ruido de los golpes de Bol contra la campana de la cena. Incluso había dormido acompañado por los ronquidos de Pea Eye, tan regulares como el tictac de un reloj.

Pero aquí no se oía el más mínimo sonido, nada. Los coyotes, los grillos, los saltamontes y las lechuzas estaban en silencio. Solo oía pastar a su caballo. Desde allí a las estrellas, en todas direcciones, solo había silencio y vacío. Ni las voces de hombres jugando a las cartas, nada. Aunque había cabalgado duro, curiosamente se sentía descansado por la sensación de silencio.

Al día siguiente encontró los restos de la yegua de Lorie. Al terminar el día había salido del monte bajo. Cuando vadeó el Wichita, torció hacia el Oeste. Llevaba dos días sin ver las huellas de Blue Duck, pero no le importaba. Siempre confiaba en su instinto y presentía dónde pararía el hombre. Posiblemente se dirigía hacia Adobe Walls, uno de los viejos fuertes de los Bent's. Este, sobre el

Canadian, no había tenido mucho éxito. Los Bent's lo habían abandonado y se transformó en un conocido punto de reunión de cazadores de búfalos, y también para cualquiera que cruzara los llanos.

Era primavera. Los búfalos que quedaban iban hacia el Norte y los cazadores de búfalos que quedaban estarían reunidos en el viejo fuerte, preparándose para una última cosecha de pieles. Los cazadores de búfalos eran conocidos por su falta de escrúpulos respecto de sus acompañantes; aunque Blue Duck y sus hombres les habían molestado durante años, el nuevo grupo pasaría este hecho por alto si aparecía con un premio como Lorena.

También andaban sueltas por los llanos bandas de kiowas y de comanches renegados. A las bandas se las suponía eliminadas —por lo menos eso se decía al sur de Texas—, y el negocio de cautivos virtualmente muerto.

Pero Augustus ya no estaba en el sur de Texas, y cabalgando a través de aquel territorio desierto tuvo tiempo de sobra para considerar que lo que se decía tal vez no era del todo cierto; las habladurías no solían serlo. Las bandas estaban condenadas, pero podían durar uno o dos años más, mientras que él entraba ahora en su territorio. No tenía miedo por él, pero temía por Lorena. Blue Duck podía tener tratos con algún jefe renegado aficionado a las mujeres blancas. Lorena sería un buen remate a una carrera dedicada mayormente al robo de niños.

Si Blue Duck se proponía vendérsela a un indio, probablemente la llevaría más hacia el Oeste, a través de la región conocida como Quitaque, y después en dirección norte, a un cruce del Canadian donde los comanches habían intercambiado cautivos durante décadas. Cerca estaba el famoso Valley of Tears, mencionado con pavor por cautivos que habían podido ser recuperados. Allí los comancheros separaban a los cautivos, a las madres de sus hijos, y eran vendidos a diferentes bandas, pues según su parecer si se dispersaban resultaba más difícil que organizaran la huida.

Al adentrarse en Quitaque, un país reseco donde cañones rojos y poco profundos se extendían en dirección oeste, hacia Palo Duro, Augustus iba viendo pequeños remolinos de polvo que se elevaban del suelo por delante de él. Con el calor del día aparecieron espejismos en forma de lagos, tan vívidos que en una o dos ocasiones casi se convenció de que había agua frente a él, aunque sabía que no la había.

Decidió ir primero hacia el gran cruce del Canadian. Si allí no había señales de Blue Duck, siempre le quedaba la posibilidad de seguir el río hasta Walls. Cruzó el Prairie Dog Fork de Río Rojo —había también muchas señales de perros de la pradera— y cabalgó hasta el borde oeste del Palo Duro. En varias ocasiones vio pequeñas manadas de búfalos y por dos veces cruzó por valles de huesos calcinados, lugares donde los cazadores habían sacrificado centenares de animales a la vez. Por suerte encontró un manantial y pasó la noche junto a él,

haciendo descansar a su caballo para el último esfuerzo.

Al día siguiente, tarde, entró en las quebradas del Canadian, un territorio de barrancos erosionados. Podía ver dónde el río torcía al Este, a través del llano. Cabalgó unos cuantos kilómetros con la esperanza de cruzarse con las huellas de Blue Duck. Pero no las vio, y esto le hizo pensar que había calculado mal yendo tan hacia el Oeste. El hombre probablemente había ido a Walls y había dejado a Lorena en manos de un grupo de cazadores de búfalos.

Pero antes de que pudiera lamentar su error, Augustus vio algo que le distrajo por completo: una mancha moviéndose al norte de la llanura, hacia el río. Al principio creyó que podía ser Blue Duck, pero de ser él viajaba sin Lorena; solo se veía una mancha. Su caballo también la vio. Augustus sacó el rifle por si la mancha resultara ser hostil. Se dirigió galopando hacia ella y descubrió a un viejo con una barba sucia empujando una carretilla a través del llano. La carretilla contenía huesos de búfalo. Como si esto no fuera ya raro, Augustus descubrió que incluso conocía al hombre.

Se llamaba Aus Frank, y había empezado como hombre de las montañas, atrapando castores. Había tenido una tienda en Waco, pero por alguna razón había enloquecido y había asaltado el Banco que había al lado de su tienda; los del Banco creían que se llevaban bien con él hasta el día en que entró y les desvalijó. Augustus y Call estaban a la sazón en Waco, y aunque a Call no le interesaban los ladrones de Bancos —consideraba que los banqueros eran estúpidos y se merecían que les robaran— les convencieron para que fueran tras él. Le detuvieron enseguida, pero tuvieron que andar a tiro limpio. El tiroteo tuvo lugar en un soto cerca del Brazos donde Aus Frank se había detenido para asar algo de venado. El tiroteo duró dos horas, pero no hubo heridos. A Aus Frank se le acabaron las municiones y no fue difícil arrestarlo. Les maldijo durante todo el camino de vuelta a Waco y escapó de la cárcel el día en que se fueron de la ciudad. Augustus no había oído hablar más de él…, y allí estaba, llevando una carretilla llena de huesos a través de la alta llanura.

No parecía ir armado, así que Augustus se le acercó manteniendo el rifle cruzado en la silla. El viejo ladrón podía tener una pistola escondida entre los huesos, pero a menos que su puntería hubiera mejorado, no representaba ningún peligro.

—Hola, Aus —le saludó Augustus al acercársele—. ¿Te dedicas al negocio de huesos, o qué?

El viejo le miró de reojo, pero no contestó. Siguió empujando la carretilla llena de huesos sobre el áspero suelo. Churretones de tabaco le habían manchado la barba tiñéndosela casi toda de color pardo.

—Supongo que no te acuerdas de mí —dijo Augustus, andando junto a él—. Soy el capitán McCrae. Estuvimos tiroteándonos toda una tarde, arriba en el Brazos. Tú estabas entre unas matas y el capitán Call y yo, en otras. Con todos

aquellos disparos podamos los robles bordes y luego te metimos en la cárcel, de la que te escapaste enseguida.

—No me caes nada bien —dijo Frank sin dejar de andar—. Me metiste en la cárcel.

—Claro, ¿y por qué robaste el Banco? —preguntó Augustus—. No es de cristianos robar a los vecinos. Tampoco es de cristianos conservar un agravio. ¿Acaso no naciste en el seno de la religión cristiana?

—No —contestó Aus Frank—. ¿Qué es lo que quieres?

—Una joven blanca. Bonita. Un forajido se la ha llevado. A lo mejor le conoces. Se llama Blue Duck.

Aus Frank paró la carretilla. Necesitaba escupir y se inclinó para soltar un salivazo de tabaco directamente en el agujero de un nido de hormigas rojas. Las hormigas, molestas, salieron disparadas en todas direcciones.

Augustus se echó a reír. Aus Frank siempre había sido muy original. Recordaba que en Waco había dado lugar a controversias porque nunca parecía dormir. La linterna de su tienda estaba encendida toda la noche, y se solía ver al hombre vagando por las calles a las tres de la mañana. Nadie sabía qué andaba buscando ni si lo encontraba.

—Hombre, este truco es nuevo —observó Augustus—. Escupir a las hormigas. Supongo que es a lo único que te dedicas, además de transportar huesos.

Aus Frank reanudó su camino y Augustus le siguió divertido por las curiosas vueltas que da la vida. No tardaron en llegar al valle del Canadian. Augustus se quedó estupefacto al ver una enorme pirámide de huesos de búfalo a unos cincuenta metros del agua. Los huesos estaban amontonados a tal altura que le pareció que Aus Frank debería tener una escalera para seguir amontonando, aunque no se veía ninguna. Río abajo, a medio kilómetro, había otra pirámide igualmente grande.

—Bueno, Aus, veo que has estado muy ocupado. Uno de estos días serás tan rico que algún Banco vendrá y te robará. ¿A quién vendes estos huesos?

Aus Frank pasó por alto la pregunta. Mientras Augustus observaba, acercó la carretilla a la base de la pirámide de huesos y empezó a lanzar estos tan alto como le era posible. Una o dos veces logró que un hueso de pierna o de cadera llegara arriba, pero la mayoría llegaban a mitad y allí se quedaban clavados. En cinco minutos la gran carretilla estuvo vacía. Sin decir palabra, Aus Frank retrocedió con su carretilla a través de la pradera.

Augustus decidió descansar mientras el viejo trabajaba. El campamento que había montado era rudimentario. Aus había horadado una pequeña cueva en una de las hondonadas rojas al sur del río, y todas sus cosas estaban amontonadas delante. Había un fusil para búfalos, unos cuantos potes y sartenes, y nada más. El cruce principal estaba a casi dos kilómetros río abajo, y Augustus cabalgó

hasta allí para echar un vistazo antes de desensillar. Había montones de huellas de caballos, pero no las que andaba buscando. Vio cinco pirámides de huesos entre el cruce y el campamento de Aus Frank, compuesta cada una de ellas por varias toneladas de huesos.

De regreso al campamento, Augustus descansó a la sombra del pequeño risco. Aus Frank continuó acarreando huesos hasta la puesta del sol. Después de lanzar su último cargamento sobre la pirámide, llevó la carretilla a su campamento, la volcó y se sentó encima. Miró a Augustus durante unos minutos sin decir nada.

—Bueno, ¿vas a invitarme a cenar? —preguntó Augustus.

—No debiste haberme detenido —protestó Aus Frank—. No me gusta el maldito Banco.

—No estuviste en la cárcel ni cuatro horas —le recordó Augustus—. Ahora que he visto lo mucho que trabajas, yo diría que probablemente necesitabas descansar. Hubieras podido haber estudiado inglés o algo. Pero ya veo que por fin lo has aprendido.

—No me gusta el maldito Banco —repitió Aus.

—Tuviste suerte que no te pegáramos un tiro por culpa de ese Banco. Por aquel entonces, Call y yo éramos estupendos tiradores. Te salvaron los matorrales.

—Me estafaron porque no hablaba bien —explicó Aus Frank.

—Cuando coges una idea no la sueltas, Aus. Tú y la mitad de la Humanidad. ¿Cuánto tiempo llevas aquí, junto al río Canadian?

—Cinco años —contestó Aus—. Quiero una tienda.

—Magnífico. Pero te has adelantado a la gente. No llegarán hasta dentro de diez años o así. Supongo que para entonces tendrás una inmensa reserva de huesos de búfalo. Solo te deseo que haya mucha demanda.

—Tenía una carreta —continuó Aus Frank—. Me la robaron. La cogieron los apaches.

—¿De veras? No sabía que hubiera apaches por aquí.

—Más allá del Pecos. Dejé las montañas; no me gusta la nieve.

—Yo también paso de la nieve, cuando puedo. Pero este sitio donde te has instalado, es muy solitario. ¿No te molestan los indios?

—Me dejan en paz. Pero este que andas buscando es un mal bicho. Mató a Bob. Hizo una hoguera debajo de él y le dejó cocerse.

—¿Qué Bob?

—El viejo Bob, el que estaba en la montaña conmigo.

—Bueno, pues como le encuentre se le han acabado los días de quemar a la gente.

—Blue Duck es muy rápido. Lleva unos kiowas con él. Se comieron a mi perro.

—¿Cuántos kiowas? —preguntó Augustus.

—Era un perro muy grande. Mató a dos lobos. Una vez tuve unos corderos, pero los mejicanos me los robaron.

—Es arriesgado vivir en los llanos —comentó Augustus—. Seguro que en invierno tienes una brisa agradable.

—Los kiowas se comieron al perro —repitió Aus—. Era un buen perro.

—¿Por qué no te ha matado Blue Duck?

—Se ríe de mí. Se ríe de mis huesos. Dice que me matará cuando esté dispuesto.

—¿Con cuántos kiowas anda? —volvió a preguntarle Augustus. El viejo no estaba acostumbrado a tener gente con la que hablar. Sus respuestas llegaban a sacudidas.

—Seis —dijo Aus.

—¿Quién hay en Walls?

El viejo no contestó. Había oscurecido y Augustus apenas podía verle sentado en su carretilla.

—No hay castores en este río —observó Aus Frank, pasados unos minutos.

—No, un castor estaría loco si viniera a este río. No hay un árbol en veinte millas y a los castores les gusta mordisquear árboles. Si te gustan los castores, debiste haber seguido en el Norte.

—Prefiero recoger estos huesos. Así no se me mojan los pies.

—¿Llegaste hasta Montana cuando te dedicabas a los castores?

Augustus esperó un buen rato la respuesta, pero el viejo no le contestó. Cuando salió la luna, Augustus vio que se había quedado dormido sentado en la carretilla, con la cabeza apoyada en sus brazos.

Augustus estaba cansado y hambriento. Permaneció donde estaba, pensando en comer, pero sin hacer ningún esfuerzo por levantarse y preparar algo, si había algo que preparar. Mientras pensaba en que debería levantarse y comer, se quedó dormido.

En plena noche le despertó un ruido; sacó la pistola. Estaba a punto de amanecer, a juzgar por la posición de la luna, pero el ruido era nuevo para él.

Se volvió cautelosamente y descubrió al instante que la fuente del ruido era Aus Frank. Se había levantado durante la noche y había recogido otra carga de huesos, que ahora llevaba hacia la pirámide. El ruido que había despertado a Augustus era el chocar y deslizarse de los huesos, cuando bajaban por los lados de la pirámide.

Augustus enfundó la pistola y se acercó a mirar al viejo.

—Eres un hombre curioso, Aus —le dijo—. Veo que trabajas de día y de noche. Deberías haberte asociado con Woodrow Call. Está tan loco por el trabajo como tú. Entre los dos os hubierais hecho los amos del mundo.

Aus Frank no contestó. Había vaciado su carretilla y la empujaba cuesta

arriba, lejos del río.

Augustus cogió su caballo y cabalgó al Este. Al pasar volvió a ver a Aus Frank, trabajando a la luz de la luna. Disponía de mucho material para trabajar, porque la llanura cercana estaba cubierta de huesos de búfalo. Parecía como si hubiera sido eliminado todo un rebaño porque el llano estaba cruzado por un camino de huesos.

Recordó cuándo había venido por primera vez a las llanuras altas, muchos años atrás. Durante dos días él, Call y los *rangers* habían cabalgado paralelamente a la gran manada de búfalos del Sur…, centenares de miles de animales pastando despacio en dirección norte. Por las noches les resultaba difícil dormir porque los caballos estaban nerviosos con tanto animal cerca, y el ruido del rebaño era constante. Habían cabalgado cerca de ciento sesenta kilómetros y nunca habían perdido de vista a los búfalos.

Por supuesto que habían oído decir que se estaba eliminando a los búfalos, pero el recuerdo de aquel rebaño sureño estaba tan vivo que apenas habían dado crédito a la noticia. Cuando hablaron de ello en Lonesome Dove llegaron a la conclusión de que aquellos informes eran exagerados. Tal vez hubieran sido reducidos, pero no eliminados. Por eso le produjo tanto impacto la visión de aquel camino de huesos a lo largo de la llanura. Quizá lo único que quedaba de ellos eran los caminos de huesos. Aquella idea daba un sentido diferente al vacío de los llanos. Con aquellos millones de animales desaparecidos, y también la mayoría de los indios, las grandes llanuras estaban realmente vacías, despobladas.

Naturalmente, pronto llegarían los blancos, pero lo que estaba viendo era el momento intermedio; no los llanos como habían estado o como estarían, sino un momento de verdadero vacío, con miles de kilómetros de hierba sin utilizar, ocupados solo por los restos de los búfalos, de los indios, de los cazadores. Augustus pensó que eran, sobre todo, restos demenciales, como el viejo de la montaña que trabajaba día y noche recogiendo huesos sin objeto.

—Aus, no es raro que nunca encajaras en Waco —dijo hablando tanto para sí como para el viejo. Aus Frank no estaba de humor ni para hablar ni para escucharle. Había llenado su carretilla y volvía al campamento.

—Me voy hacia Walls a matar a ese gran renegado en tu nombre —dijo Augustus—. ¿Necesitas algo?

Aus Frank se detuvo, como si lo pensara.

—Quisiera que no me hubieran matado el perro. Yo quería al perro. Fueron los kiowas los que lo mataron, no los mejicanos. Seis kiowas.

—Bueno, llevo seis balas. Quizá mande a esos bandidos adonde ellos mandaron al perro.

—Los kiowas dispararon al caballo de Bob —añadió Aus—. Es así como le cogieron. Hicieron una hoguera debajo de él y lo cocieron. Así es como lo hacen.

Después levantó su carretilla llena de huesos y se alejó hacia el río Canadian.

Empezaba a hacerse de día. La llanura se veía negra a lo lejos y el cielo gris donde se unía con la tierra. Aunque el alba era su hora favorita, también era una hora en la que Augustus sentía vivamente que era un loco. ¿Qué otra cosa era sino locura llegar cabalgando a lo largo del río Canadian, solo, presa fácil para una banda de forajidos, y hambriento por si fuera poco? Una cadena de locuras le había llevado hasta allí: la súbita decisión de Call de hacerse ganadero; su propia decisión, igualmente súbita, de intentar el rescate de una joven lo bastante tonta como para dejarse embaucar por Jake Spoon. Nada de aquello era sensato. Sin embargo debía admitir que había algo en todas aquellas locuras que le gustaba. El camino sensato, que había seguido solo una o dos veces en su vida, generalmente siempre había resultado aburrido a los pocos días. En su caso, no le había llevado a gran cosa: borracheras y partidas de cartas temerarias. Le parecía que ciertas locuras tenían más enjundia.

Cuando el sol iluminó la hierba, cabalgó en dirección este a lo largo del camino de huesos de búfalo.

55

A Monkey John le molestaba que no hablara.

—Te cortaré la lengua si no la utilizas —le dijo una vez, y la derribó de un golpe. Se le sentó encima y le puso su gran cuchillo a una pulgada del rostro, hasta que Dog Face le amenazó con dispararle si no la dejaba tranquila. Lorena pensó que lo haría. Era el peor hombre que había conocido, peor incluso que Ermoke y que los kiowas, que eran malísimos. Cerró los ojos esperando sentir el cuchillo, pero Dog Face levantó el gatillo de su pistola y Monkey John no utilizó el cuchillo. No obstante, continuó sentado sobre su pecho discutiendo sobre su silencio con Dog Face.

—¿Qué te importa que no hable? —dijo Dog Face—. Yo tampoco te hablaría, cochino enano.

—Pero la condenada puede hablar —insistió Monkey John—. Dimos todas aquellas pieles por ella. Debería hacer lo que le decimos.

—A ti te ha salido barata —observó Dog Face—. La mayor parte de las pieles eran mías, maldito enano.

Monkey John era viejo y bajo. Su cabello era de un blanco sucio y medía menos de metro cincuenta, pero esto no le impedía ser cruel. Por dos veces había cogido palos de la hoguera y apaleado con ellos a la mujer. Esta no podía hacer otra cosa que enroscarse como mejor podía. Su espalda y sus piernas no tardaron en estar llenas de quemaduras y morados. Se daba cuenta además de que Monkey John aún podía hacerle peores cosas si disponía más tiempo de ella, pero Dog Face era propietario de una mitad y se mantenía cerca para tener la seguridad de que su inversión no quedaría demasiado dañada.

Aunque había visto cómo Monkey John y Dog Face entregaban las pieles a Blue Duck a cambio de ella, le pareció que no eran propietarios absolutos, porque cuando aparecían los kiowas, cada dos o tres días, la arrastraban a su campamento para disfrutar de su parte, y los dos blancos no intentaban impedirlo. No había el menor afecto entre los blancos y los kiowas, pero los dos bandos temían demasiado a Blue Duck para enzarzarse en peleas.

Blue Duck era el único del grupo que no parecía interesarse por ella. La había robado para venderla, y la había vendido. Le tenía sin cuidado lo que hicieran con ella. Cuando estaba en el campamento pasaba el tiempo limpiando su arma o

fumando, y pocas veces miraba en su dirección. Monkey John era malo, pero Blue Duck aún le daba más miedo. Sus ojos fríos y vacíos la asustaban más que la ira de Monkey John o la locura de Dog Face. El miedo a Blue Duck le había hecho perder completamente el habla. Nunca había sido muy habladora, pero su silencio en el campamento era diferente de su antiguo silencio. En Lonesome Dove había ocultado las palabras, pero las encontraba si las necesitaba; cuando apareció Jake las encontró bien deprisa.

Ahora la había abandonado el habla y el terror ocupaba su lugar. Los dos blancos hablaban siempre de matar. Blue Duck no hablaba de matar, pero sabía que lo haría cuando quisiera. Nunca esperaba vivir hasta el final del día, de cualquier día…, solo el hecho de que aún no se habían cansado de ella la mantenía con vida. Cuando se cansaran, la matarían. Pensó en cómo ocurriría, pero no podía imaginarlo. Solo deseaba que no fuera Blue Duck el que por fin lo hiciera. Estaba tan sucia y apestaba tanto que le parecía raro que los hombres quisieran utilizarla, aunque naturalmente estaban más sucios que ella y olían peor. Acampaban cerca de un riachuelo, pero ninguno de los hombres se lavaba. Monkey John le dijo repetidas veces lo que le haría si intentaba escapar…, cosas terribles, parecidas a la que Blue Duck le había dicho que le haría si se escapaba, pero mucho peores. Dijo que la cosería con tiras de cuero para que no pudiera orinar, y que se quedaría mirando hasta que reventara.

Cuando le hablaba de estas cosas, Lorena trataba de cerrar su mente. Conocía el truco de no hablar, y estaba aprendiendo a no oír. Por la noche se preguntaba a veces si podía aprender a morir. Quería morir e imaginaba lo furiosos que se pondrían cuando una mañana, al despertar, se encontraran con que estaba muerta y que no podían sacar nada más de ella.

Pero no podía aprender el truco. Pensó en que moriría, pero no murió, y tampoco trató de escapar. No sabía dónde se encontraba, porque estaba rodeada de llano, vacío, descarnado, hasta donde alcanzaba su vista. Tenían caballos y la cogerían, y le harían algo horrible o se la darían a los kiowas. Monkey John también la había amenazado con ello, explicándole lo que le harían los kiowas si tenían una oportunidad. Por la noche era de lo que hablaban los hombres…, de lo que hacían los indios a la gente que cogían. Lo creía. Con los kiowas solía embargarla un terror profundo. Hacían lo que querían con ella, pero no les bastaba; podía ver cómo la miraban cuando habían terminado, y sus miradas aún la espantaban más que las cosas con que la amenazaba Monkey John. Los kiowas solo miraban, pero había algo en sus miradas que la hacía desear estar muerta y no tener que pensar.

Blue Duck iba y venía. Algunos días se quedaba en el campamento, afilando su cuchillo. Otros días se iba a caballo. A veces los kiowas le acompañaban, y a veces se quedaban en el campamento sin hacer nada. Monkey John los maldecía, pero los kiowas no le escuchaban. Se reían del viejo y le miraban como hacían

con Lorena. No era solo a las mujeres a las que podían hacer cosas.

Un día los kiowas encontraron a una vaca lisiada, abandonada por algún rebaño. La vaca se había partido una pata y apenas podía andar sobre tres patas. Los kiowas la fueron empujando con sus lanzas hasta que llegaron cerca del campamento. Entonces uno le dio un golpe en la cabeza con un hacha y la vaca se desplomó. Los kiowas abrieron el vientre de la vaca y empezaron a sacar los intestinos. Cortaron algunos trozos y exprimieron lo que había dentro, comiéndolo con glotonería. Eso es precisamente lo que me dijo que me haría, pensó Lorena, sacarme las tripas como a esta vaca.

—Fíjate cómo comen las tripas —exclamó Dog Face—. Yo no comería tripas crudas ni por todo el oro del mundo.

—Lo harías si estuvieras hambriento —dijo Monkey John.

—Ellos no están hambrientos y tienen toda la vaca —comentó Dog Face.

Lorena pensó que la única esperanza que podía haber para ella era Dog Face. Aunque bruto y loco, no era duro como el viejo. Tal vez la pegaría si le decepcionaba, pero no la azotaría con palos encendidos, ni le daría patadas en el vientre como hacía el viejo. A veces captaba la mirada de Dog Face y le pareció que la miraba amistosamente. Empezó a no querer que Monkey John la lastimara ni la tocara siquiera. Era cuidadoso con lo que decía, porque el viejo estallaba en un segundo, pero cuando Monkey John la molestaba, Dog Face se ponía inquieto y a veces cogía el fusil y se marchaba del campamento. A Monkey John no le importaba: la maltrataba lo mismo si había alguien en el campamento como si no había nadie.

Una noche, Blue Duck llegó a caballo de una de sus misteriosas excursiones, con algo de *whisky* que repartió generosamente entre los dos blancos y los kiowas. Blue Duck bebió con ellos, pero poco, mientras que al cabo de una hora Monkey John, Dog Face y los kiowas estaban borrachos. Era una noche calurosa, pero encendieron una gran hoguera y se sentaron a su alrededor, pasando la botella de mano en mano.

Lorena empezó a sentir miedo. Blue Duck ni siquiera la había mirado, pero presentía que algo iba a ocurrir. Llevaba varias botellas de *whisky*, y en cuanto los hombres terminaban una les pasaba otra. Monkey John era especialmente sucio cuando bebía. El *whisky* le caía por los lados de la boca y le mojaba la barba. Una vez se levantó y se puso a orinar sin ni siquiera darse la vuelta.

—Podrías alejarte un poco —protestó Dog Face—. No quiero estar sentado en tus meados.

El viejo siguió meando, dirigiendo el chorro a la hoguera que chisporroteaba, pero algo caía también en el suelo, cerca de donde se sentaba Dog Face.

—Podría, pero no pienso hacerlo —dijo el viejo—. Apártate si te da miedo un poco de meados.

Blue Duck extendió una manta cerca del fuego y empezó a hacer rodar los

dados encima. Los kiowas se animaron al instante. Ermoke cogió los dados y los hizo rodar varias veces. Los kiowas también intentaron hacerlo, pero Monkey John se burló de sus intentos.

—Los comedores de tripas no pueden lanzar los dados —dijo.

—Será mejor que te calles —le advirtió Blue Duck—. Ermoke estaría encantado de freírte el hígado.

—Si lo intenta le abriré un agujero a través del cual podrás recoger el agua de lluvia —afirmó Monkey John.

—Juguemos —dijo Blue Duck—. Hace tiempo que no he jugado.

—¿Qué nos jugamos? —preguntó Dog Face—. Lo único que tengo es mi escopeta y sin ella me quedaría desamparado. O mis caballos.

—Pues juégate los caballos —dijo Blue Duck—. A lo mejor ganas.

Dog Face sacudió la cabeza:

—No lo sé; pero lo que sí sé es que no debo jugarme los caballos. Desde aquí, a partir del Canadian, no hay ningún lugar donde un hombre pueda llegar a pie.

Sin embargo, una hora después, Blue Duck le había ganado los caballos. Monkey John había perdido los suyos a la primera tirada. Al poco rato Blue Duck había ganado todos los caballos, aunque algunos indios estaban tan borrachos que apenas sabían lo que les estaba sucediendo.

Blue Duck tenía un rostro grueso, cuadrado. No dejaba de sacudir los dados en su manaza. A veces jugaba con un mechón de su pelo, como lo haría una muchacha. Lorena pensaba que tal vez podría coger un arma y dispararle; los hombres habían dejado los rifles tirados por allí. Pero el arma no había funcionado cuando intentó disparar contra Tinkersley, y si probaba de hacerlo contra Blue Duck y no le mataba lo pasaría mal. De todos modos lo pasaría mal, aunque le pareció que los hombres también le tenían miedo. Incluso Monkey John se mostraba prudente cuando Blue Duck andaba por allí. A lo mejor les encantaría verle muerto. En todo caso, no lo intentó. Le tenía tanto miedo que quería matarle, pero el mismo miedo no le dejaba hacerlo.

—Bueno, ya he ganado el ganado —observó Blue Duck—. Es decir, la mayor parte.

—¿Cómo la mayor parte? ¡Lo has ganado todo! —protestó Monkey John—. Ahora nos quedaremos clavados en este maldito río.

—Aún no he ganado a la mujer —dijo Blue Duck.

—La mujer no es ganado —objetó Dog Face.

—Esta sí lo es. He comprado y vendido mejores animales que ella, muchas veces.

—Pues es nuestra —porfió Monkey John.

—Es medio vuestra —le recordó Blue Duck—. Ermoke y sus muchachos poseen la mitad.

—Estábamos dispuestos a comprársela —dijo Dog Face.

Blue Duck soltó su risa feroz.

—Cuando consigáis el dinero, quedará poco que comprar. Mejor será que compréis una cabra.

—¡No quiero ninguna cabra! —chilló Dog Face. Estaba nervioso por el rumbo que tomaba la conversación.

—Juguemos un poco más —dijo Blue Duck lanzando los dados a Ermoke—. Jugaos vuestra media parte de la mujer. Si ganáis os devolveré los caballos.

Ermoke sacudió la cabeza mirando a Lorena por encima de la hoguera.

—No —dijo—. Queremos a la mujer.

—Venga, juguemos. —La voz de Blue Duck tenía un tono amenazador. Todos los kiowas se le quedaron mirando. Los dos blancos guardaron silencio.

Los kiowas empezaron a discutir entre sí. Lorena no entendía su idioma, pero era obvio que unos querían jugar y otros no. Algunos querían recuperar sus caballos. Ermoke acabó cambiando de idea, aunque siguió mirándola por encima del fuego. Era como si quisiera darle a entender que tenía planes para ella, terminara como terminara el juego.

Todos los kiowas accedieron finalmente a jugar excepto uno, el más joven. No quería. Era flaco y aparentaba poco más de dieciséis años, pero estaba más interesado por ella que los demás. A veces, en el campamento kiowa, había disfrutado de dos turnos, e incluso de tres. Los más viejos se reían de su apetito sexual y trataban de molestarle cuando la cubría, pero no les hacía caso.

Ahora estaba contrariado. No miraba; solo mantenía los ojos bajos y movía negativamente la cabeza. No quería arriesgar su participación en ella.

—Este maldito crío nos desbarata el juego —dijo Blue Duck a Ermoke. Se levantó y dio unos pasos en la oscuridad. Al instante le oyeron orinar. Los kiowas seguían bebiendo *whisky*. Ermoke, que estaba dispuesto a jugar, alargó la mano y sacudió al muchacho, tratando de conseguir que accediera, pero el joven miraba al suelo, obcecado.

De pronto se oyó un disparo que les sorprendió a todos y el joven se cayó hacia atrás. Blue Duck volvió a la luz de la hoguera, con un rifle en las manos. Los indios se quedaron sin habla. Blue Duck se sentó con el rifle sobre las rodillas y volvió a sacudir los dados. Los pies del joven indio estaban iluminados, pero no se movían.

—La vida es bien barata en este maldito Canadian… —masculló Monkey John.

—Es barata, y puede serlo más —afirmó Blue Duck.

Entonces empezó de nuevo el juego. Nadie se preocupó del muchacho muerto. A los pocos minutos Blue Duck había vuelto a ganar…, no solo lo que pertenecía a los indios sino también lo que era de los blancos. Dog Face no quería jugar, pero tampoco quería morir. Jugó y perdió, lo mismo Monkey John.

—Eres un cochino tramposo —le dijo Monkey John, lo bastante borracho

como para ser imprudente—. Has hecho trampas para quitarnos los caballos y también nos has hecho trampa con la mujer.

—Yo no quiero a la mujer. Además os regalaré vuestros caballos, siempre y cuando me hagáis un favor.

—Seguro que debe ser un gran favor —comentó Dog Face—. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Que ataquemos un fuerte?

Blue Duck rio entre dientes antes de contestar:

—Hay un viejo que me está siguiendo. Fue hacia el Oeste, pero llegará uno de estos días. Quiero que le matéis. ¿Lo has oído, Ermoke? Os devolveré los caballos y también a la mujer. Solo quiero que me matéis al viejo. Viene río abajo.

—Me gustaría saber cómo te has enterado —dijo Monkey John.

—Me ha estado siguiendo desde que robé a la mujer. Pero no es rastreador. Primero cruzó el Quitaque. Pero ahora viene hacia aquí.

—Debe quererla mucho para hacer todo este camino —comentó Monkey John.

—Matadle mañana —dijo Blue Duck mirando a Ermoke—. Coged algunos caballos e id en busca de ayuda.

Ermoke estaba borracho y furioso.

—Lo haremos —dijo—. Luego nos llevaremos a la mujer.

—Eso ni hablar —protestó Dog Face—. Estamos todos metidos en esto y la mitad es nuestra, y no vais a llevárosla a ninguna parte.

—Tú cállate o te mataré como maté al gallito —y añadió mirando a Ermoke —: Vete a buscar ayuda. No creo que entre los cinco podéis matar al viejo.

—¿Quién es el viejo? —preguntó Monkey John—. Cinco contra uno no está mal.

—Estos cinco no saben disparar —dijo Blue Duck—. Pueden gritar y asustar, pero no saben disparar. El viejo sí.

—Esto es diferente —asintió Dog Face—. Yo sí sé disparar. Si se le escapa a Ermoke, yo acabaré con él.

—Será mejor que alguien lo haga. De lo contrario moriréis todos —observó Blue Duck.

Los kiowas se levantaron y arrastraron al muchacho muerto fuera de allí. Lorena les oyó discutir en la oscuridad. Blue Duck siguió sentado donde estaba con el rifle sobre las rodillas; parecía medio dormido.

Monkey John se levantó y se acercó a Lorena.

—¿Quién es este viejo? —preguntó—. ¿Tienes marido?

Lorena se mantuvo en su silencio. Monkey John se enfureció. La agarró por el pelo y la derribó de un golpe. Luego cogió un palo y cuando se disponía a golpearla intervino Dog Face.

—¡Suéltala! Ya le has pegado bastante.

—¡Entonces que me conteste! —insistió Monkey John—. ¡Puede hablar! ¡Me lo ha dicho Blue Duck!

Dog Face cogió su rifle mientras Monkey John seguía con el palo en las manos.

—¿Me amenazas con esto por una puta? —exclamó Monkey.

—No pienso matarte, pero te partiré la cabeza si no la dejas en paz —amenazó Dog Face.

Monkey John estaba demasiado bebido para atender a razones. Se lanzó contra Dog Face con el palo en alto, pero Dog Face no estaba tan borracho. Golpeó a Monkey con la culata del rifle. Al viejo se le doblaron las piernas y soltó el palo. Luego se desplomó sobre el palo.

—Yo le hubiera dejado pegarle —dijo Blue Duck.

—Pero yo no soy tú.

Durante la noche, Lorena trató de aclararse las ideas. Había estado tan hambrienta, tan cansada, tan aterrorizada, que su mente ya no funcionaba. A veces trataba de recordar algo y no podía. Era como si no tuviera mente ni memoria, o como si se ocultaran por alguna parte hasta que las cosas mejoraran. Dog Face le había regalado una manta vieja; de no ser por la manta, habría tenido que dormir en el suelo en lo que quedaba de sus ropas. Se envolvió en ella e intentó pensar en lo que había oído. Ello significaba que Gus se acercaba; era a Gus a quien Blue Duck quería que asesinaran los kiowas. Ya casi se había olvidado de que la seguía. ¡La vida se le había puesto tan dura! Los kiowas se habían ido a matarle, así que quizá Gus no llegara nunca. Era difícil creer que Gus pudiera liberarla… Las veces que había estado con él nada tenían que ver con estos tiempos tan difíciles. Estaba convencida de que nunca podría escapar. Blue Duck era demasiado malvado. Dog Face era su única oportunidad, y Dog Face temía a Blue Duck. Tarde o temprano Blue Duck se la regalaría a Ermoke, o a alguno igualmente malo. Si eso era lo que iba ocurrir, era mejor que su mente se hubiera ocultado.

Vio alejarse a los kiowas a la luz gris del amanecer. Blue Duck les habló en lengua india y les entregó unas balas para que con ellas mataran a Gus. Después despertó a Dog Face y sacudió a Monkey John para despertarle también.

—Si se le escapa a Ermoke, le matáis vosotros. —Luego se fue.

Monkey John tenía un aspecto espantoso, con un bulto sanguinolento en la cabeza y una enorme resaca. Había dormido toda la noche con la cara en el suelo, y una hormiga le había mordido varias veces, dejándole un ojo hinchado, casi cerrado. Consiguió ponerse en pie pero le costaba mantenerse derecho.

—¿Cómo cree que voy a poder disparar? —preguntó a Dog Face—. Solo puedo ver por un ojo, y es el ojo malo.

—Ponte un poco de barro por encima; no son más que picaduras de hormiga —le aconsejó Dog Face mientras limpiaba su arma.

56

Augustus estaba un poco molesto consigo mismo por rastrear tan mal. Había tenido el convencimiento de que Blue Duck iría hacia el Oeste, pero en realidad había cruzado el Río Rojo y enfilado directamente al Norte. Era el tipo de fallo que Call no aceptaría nunca. Call le hubiera seguido todo el tiempo, o hubiera dejado que Deets le rastreara.

El territorio próximo al Canadian era quebrado y desigual, y caía hacia el Sur donde se extendían los llanos. Deseaba ahorrar las fuerzas de su caballo todo lo que pudiera.

Cabalgó toda la mañana en dirección este, con una extraña sensación en su corazón. Se había propuesto alcanzar a Blue Duck en una jornada, pero no lo había conseguido. El renegado se le había adelantado. Este duro viaje debía ser doloroso para Lorie. Hubiera debido pedir a Call que le prestara su yegua, pero no se le había ocurrido la idea hasta que fue demasiado tarde. Ahora quizá Lorie estuviera muerta o hecha trizas. En sus tiempos de *ranger*, había ayudado a recuperar varios cautivos de los comanches, y habitualmente la recuperación llegaba demasiado tarde, sobre todo si los cautivos eran mujeres. En general habían perdido la razón y solo les interesaba morir, como solían hacer una vez devueltas a gente que las dejaba morir.

Estaba pensando en Lorie cuando los indios se le echaron encima. Ignoraba dónde se habrían escondido, porque se encontraba en medio de una llanura lisa. Primero oyó un pequeño ruido cortante a medida que las balas segaban la hierba, a diez metros de su caballo. Más tarde el ruido de hierba segada se hizo más vivo en su memoria que el de los disparos. Antes de que realmente oyera los disparos había lanzado su caballo a galope, en dirección sur. Le pareció ver diez o doce indios, pero estaba más preocupado por adelantarles que por contarlos. A los pocos minutos se dio cuenta de que no iba a poder distanciarse. Había forzado demasiado a su caballo y este iba perdiendo terreno poco a poco.

Había mucho terreno para perder, desde luego. Confiaba en encontrar un arroyo, un ribazo o un barranco, algo donde pudiera echar pie a tierra y defenderse, pero estaba en una pradera sin el menor accidente hasta donde le alcanzaba la vista. Pensó en volver grupas y cargar contra ellos; si mataba a tres o cuatro a lo mejor les disuadía. Pero si entre ellos había un solo hombre con

sentido común, dispararía contra el caballo y ahí terminaría todo.

Distinguió algo blanquecino en la pradera, ligeramente hacia el Este, y fue hacia allí. Resultó ser más huesos de búfalo, otro lugar donde había sido aniquilada una importante manada. Mientras galopaba distinguió un hueco, un punto donde muchos búfalos se habían echado y revolcado en el polvo. Era solo una ligera depresión en toda la pradera, de no más de un pie de profundidad, pero pensó que era lo mejor que podía encontrar. Los indios estaban a un minuto escaso de distancia. Saltó a tierra, descargó su rifle y rollos de munición del caballo y lo tiró al hueco. Luego sacó un cuchillo, se arrolló con fuerza las riendas a la mano y clavó el cuchillo en el cuello del caballo, cortándole la yugular. Surgió un chorro de sangre y el caballo dio un salto y se debatió desesperadamente, pero Augustus no le soltó y quedó cubierto de sangre. Cuando el caballo se desplomó, logró girarle de modo que estuviera atravesado en un extremo del hoyo, con la sangre empapando el polvo. El animal intentó levantarse, pero Augustus le dio un tirón hacia atrás y no volvió a moverse.

Era un ardid desesperado, pero no se le ocurrió otro que aumentara sus posibilidades. Muchos caballos se resistían al olor de la sangre fresca. De todos modos necesitaba al caballo como parapeto y le habría disparado, pero así había ahorrado una bala y la sangre podía ayudarle.

En cuanto tuvo la seguridad de que el caballo ya no iba a levantarse más, alcanzó su rifle. Los indios iban disparándole pero aún estaban lejos y no podían hacerle mucho daño. Volvió a oír el sonido de la hierba segada. Augustus apoyó el cañón del rifle sobre el caballo moribundo y esperó. Los indios chillaban al galopar hacia él; uno o dos llevaban lanzas, pero era solo para presumir o para agujerearle si le cazaban vivo.

Tal como esperaba, cuando estuvieron a unos cincuenta o sesenta metros, sus caballos olieron los primeros efluvios de la sangre, que aún iba saliendo de la garganta del caballo moribundo. Disminuyeron la velocidad y empezaron a retroceder y a encabritarse. Augustus empezó a disparar. Los indios estaban consternados; golpearon a los caballos con sus rifles, pero los caballos estaban aterrorizados. Dos cayeron muertos e inmediatamente Augustus dio muerte a sus jinetes. No podía haber deseado mejor blanco que un indio parado a cincuenta metros sobre un caballo que se negaba a moverse. Los dos hombres cayeron y quedaron inmóviles. Augustus volvió a cargar dos balas y se secó el sudor de los ojos. La sangre le había regalado una oportunidad; sin ella habría sido alcanzado y muerto, por rápido y bien que hubiera disparado. Los indios intentaron forzar a sus caballos a una carga, pero no pudieron; los caballos siguieron retrocediendo y caracoleando. Algunos trataron de ir en círculo hacia el Sur, y al dar la vuelta Augustus mató a otros dos. Entonces uno de los indios hizo algo valiente: echó una manta sobre la cabeza de su caballo y consiguió que el animal, desconcertado, cargara a ciegas. Este hombre parecía ser el cabecilla; por lo menos era el que

llevaba la lanza más larga. Cargó en dirección al hueco, con el rifle en una mano y la lanza en la otra, aunque cuando trató de apuntar con el rifle se le cayó al suelo. Augustus estuvo a punto de echarse a reír, pero el indio continuó valientemente la carga con solo la lanza. Augustus le disparó cuando le tuvo a treinta pasos de distancia; le dejó que se acercara con la esperanza de quedarse con su caballo. El indio cayó muerto pero el caballo huyó y Augustus consideró que no estaba en condiciones de perseguirlo.

Los restantes indios estaban desconcertados. Habían muerto cinco de ellos y la batalla no había durado ni cinco minutos. Augustus volvió a cargar el arma y mató a uno más mientras se replegaban. Pudo haber matado a otros dos, pero pensó que era mejor no disparar desde tan lejos cuando la situación era tan insegura. Podía haber más indios por los alrededores, aunque lo creía improbable. Seguramente habían cargado con todo lo que tenían, en cuyo caso había dado muerte a la mitad.

Augustus consideró la situación y pensó que lo peor de todo era que no tenía con quien hablar. Había estado a un paso de la muerte, lo que no podía decirse que fuera aburrido, pero incluso una batalla desesperada carecía de algo si no había nadie con quien comentarla. Lo que a lo largo de los años había hecho interesantes las batallas, no eran sus contrincantes, sino sus colegas. Era fascinante, para él al menos, ver cómo reaccionaban frecuentemente los hombres que le acompañaban en la pelea al estímulo del ataque.

Por ejemplo, la única preocupación de Pea Eye era que no se acabaran las balas. Era tan conservador en la elección de objetivos, que frecuentemente perdía toda la batalla apuntando a la gente sin apretar nunca el gatillo. «A lo mejor malgastaba la bala», decía si alguien le preguntaba. Cuando disparaba pocas veces fallaba, pero casi nunca disparaba a más de treinta metros de distancia.

También Call era interesante de observar en una batalla. Hacía falta la lucha para despertar al luchador que había en él. Call era un gran atacante. Una vez descubierto el enemigo, le gustaba perseguirlo y solía hacerlo en contra de toda previsión. Preparaba cuidadosamente un plan de ataque complicado, pero una vez en plena lucha su único deseo era caer sobre el enemigo y destruirlo. Call llevaba la destrucción dentro de sí y seguiría matando aunque no hubiera necesidad de ello. Una vez calentada su sangre, le costaba enfriarse. El propio Call nunca se sentía derrotado del todo; solo la muerte podía conseguirlo, y razonaba que si un enemigo seguía vivo no estaba derrotado, al menos no del todo.

Augustus sabía que el razonamiento no era exacto; los hombres podían hartarse de pelear y dejar de hacerlo. Algunos eran capaces de hacer cualquier cosa para evitar el miedo que les producía.

Deets lo comprendía así. Nunca disparaba contra un hombre que huía,

mientras que Call era capaz de perseguirlo durante cincuenta kilómetros hasta matarlo si el hombre le había atacado. Deets peleaba con cuidado y astucia…, seguro que conocía el truco de la sangre fresca. Pero la gran habilidad de Deets era la de impedir emboscadas. Parecía como si los sintiera llegar, a veces uno o dos días antes, cuando no podía tener indicios especiales.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntaban, y Deets no tenía respuesta.

—Lo sabía —solía decir simplemente.

Los seis indios restantes se habían retirado lejos del alcance de su rifle, pero no se habían ido. Podía verles deliberar, pero estaban a trescientos metros de distancia y las olas de calor creaban un espejismo incierto entre él y ellos.

A menos que hubiera más indios, Augustus no creía que estuviera en una situación especialmente grave. Hacía calor y los moscardones zumbaban sobre la sangre del caballo, pero estas eran incomodidades triviales. Había llenado su cantimplora aquella mañana y el Canadian estaba a menos de quince kilómetros al Norte. Era más que probable que los indios pensarían que habían perdido su oportunidad y se alejarían. A lo mejor intentarían sorprenderle de noche, pero no pensaba esperarles allí. Cuando oscureciera se dirigiría hacia el río.

Los seis indios permanecieron durante toda la tarde donde estaban. De vez en cuando uno disparaba hacia él con la esperanza de tener suerte. Por fin, uno cabalgó en dirección este, regresando una hora más tarde con un blanco que montó un trípode y empezó a dispararle con un arma antibúfalos del calibre cincuenta.

Esto realmente era un problema. Augustus tuvo que cavar rápidamente un agujero al otro lado del caballo, donde la sangre y las moscas eran peores. Pero no eran peores que el impacto de una bala del calibre cincuenta, varias de las cuales se incrustaron en el caballo durante la hora siguiente. Augustus siguió cavando. Afortunadamente el hombre no era un tirador extraordinario. Muchas balas pasaban silbando por encima de su cabeza, aunque una o dos dieron contra la silla y rebotaron.

Una vez, mientras el cazador de búfalos recargaba, Gus le disparó alzando el cañón para compensar el alcance del tiro. El disparo no dio en el blanco pero hirió a uno de los caballos de los indios. El grito del caballo desmoralizó al cazador, que llevó su trípode cincuenta metros más atrás. Augustus se mantuvo agachado y quieto y esperó la llegada de la noche, para la que faltaba solo una hora.

El tirador le mantuvo inmovilizado hasta que oscureció, pero tan pronto fue demasiado negro para disparar, Augustus arrancó la silla del caballo muerto y se dirigió al Oeste, deteniéndose solo para recoger todas las balas que pudo de los hombres que había matado. No llevaban muchas, pero uno tenía un rifle bastante bueno y Augustus se lo llevó para mayor seguridad. Odiaba haber tenido que cargar con la montura, pero en cierto modo era un escudo; si le alcanzaban en

campo abierto podía ser la única cobertura de que dispusiera.

Mientras iba de cadáver a cadáver, recogiendo municiones, le sobresaltó oír el súbito martilleo de disparos procedentes del Este. Aquello era desconcertante. O los indios habían terminado por pelear entre ellos o había llegado alguien más a escena. Luego cesaron los tiros y oyó el ruido de caballos en movimiento; probablemente los indios que se iban.

Esta nueva situación le ponía en un dilema. Estaba preparado para una dura marcha hacia el río, cargado con una pesada silla, pero si había forasteros rondando podía ser que no fueran enemigos, y a lo mejor no tendría que cargar con la silla. Posiblemente el explorador de un rebaño de reses había tropezado con un pequeño grupo hostil, aunque las principales rutas de las marchas corrían al Este.

En todo caso, pensó que no debía ignorar la posibilidad y dio la vuelta en dirección a los disparos. Todavía quedaba algo de luz en el cielo, aunque abajo casi era de noche. De tanto en tanto Augustus se paraba a escuchar y al principio no oyó nada; todo estaba en silencio.

La tercera vez que se paró creyó oír voces. Estaban distantes, pero no eran indias, una señal esperanzadora. Se acercó cautelosamente hacia ellas, tratando de hacer el menor ruido posible. Era difícil llevar una silla sin que crujiera algo, pero temía dejarla por miedo a no encontrarla en la oscuridad, a su vuelta. Luego oyó a un caballo que resoplaba y a otro que hacía sonar el bocado. Estaba ya muy cerca. Se detuvo a esperar que se elevara la luna. Cuando lo hizo se acercó un poco más, esperando ver algo. Pero en lugar de ello oyó lo que parecía una discusión contenida.

—No sabemos cuántos hay —dijo una voz—. Por aquí podría haber unos quinientos indios.

—Puedo ir a buscarles —intervino otra voz. Era una voz de niña, lo que le sorprendió.

—Tú, te callas —ordenó la primera voz—. El que puedas cazar bichos no quiere decir que puedas descubrir indios.

—Pero podría encontrarles —insistió la chiquilla.

—Y si te descubrían te harían papilla —objetó la voz.

—No creo que haya quinientos —aseguró una tercera voz—. No creo que queden quinientos indios en esta parte del país.

—Bueno, aunque hubiera solo cien tendríamos las manos llenas —observó la primera voz.

—Me gustaría saber contra quién disparaban cuando llegamos —comentó el otro hombre—. Aunque utilizaban un arma antibúfalos, no creo que lo hicieran contra ellos.

Augustus decidió que no encontraría mejor oportunidad que aquella, así que carraspeó y habló en tono muy fuerte, lo más que pudo, sin gritar.

—Disparaban contra mí —dijo—. Soy el capitán McCrae, y me estoy acercando.

Dio unos pasos a un lado mientras lo decía, porque sabía que los hombres disparan por reflejo cuando están muy asustados. No había nada tan peligroso como entrar en el campamento de un grupo de hombres con los nervios a flor de piel.

—No se pongan nerviosos y me disparen, soy amigo —dijo mientras veía recortarse contra el cielo la silueta de sus caballos—. Siento acercarme así, a oscuras —añadió en voz alta, aunque no era una brillante observación. Estaba solo prevista para evitar que los desconocidos se inquietaran.

Luego vio a cuatro personas junto a los caballos. La noche era demasiado negra para distinguirles bien, pero dejó caer la silla al suelo y se acercó a estrecharles las manos.

—¿Cómo están? —preguntó, y los hombres se estrecharon las manos aunque ninguno de ellos había dicho ni una palabra. La sorpresa de su aparición les había dejado sin habla.

—Bueno, aquí me tienen. Soy Augustus McCrae y voy tras un forajido llamado Blue Duck. ¿Han visto al hombre?

—No, acabamos de llegar —contestó uno de los hombres.

—Pero yo sé quién es —dijo July—. Me llamó July Johnson. Soy el *sheriff* de Fort Smith, Arkansas, y este es Roscoe Brown, mi ayudante.

—¿July Johnson? —repitió Augustus.

—Sí.

—¡Esta sí que es buena! Le esperábamos en Lonesome Dove y aquí está, prácticamente en Kansas. Si aún sigue tras Jake Spoon, se le ha escapado por quinientos kilómetros.

—Tengo otro asunto más urgente —dijo July con cierta solemnidad.

A Augustus le pareció muy joven, aunque era difícil determinarlo en la oscuridad. Lo que le parecía joven era sobre todo la voz.

—Veo que se ha traído a la familia —observó Augustus—. La mayoría de los defensores de la ley no viajan con sus hijos. ¿O acaso encontró a los muchachos por el camino?

Nadie contestó. Se quedaron simplemente mirándole, como si la pregunta fuera demasiado difícil de contestar.

—¿Le han matado los indios su caballo? —preguntó July.

—No, lo maté yo. Le hice servir de fuerte. No hay mucho donde esconderse en estos llanos. Oí disparos. ¿Mataron a algún indio?

—No lo creo —confesó July—. Puede que hiriera al cazador de búfalos. Nunca contamos con encontrar indios.

—Yo he matado a seis esta tarde —dijo Augustus—. Creo que al principio eran doce, sin contar al cazador de búfalos. Me imagino que trabajan para Blue

Duck. Raptó a una mujer y voy tras él. Creo que envió a los indios para que me entretuvieran.

—Espero que no haya demasiados —observó Roscoe—. Hasta ahora nunca he disparado contra ninguno.

Ciertamente, hasta entonces nunca había matado a nadie, ni pensado en semejante posibilidad. La muerte violenta no era desconocida en Fort Smith, pero tampoco era corriente. Se quedó atónito cuando los indios volvieron sus armas contra ellos y empezaron a dispararles. Y hasta que vio a July sacar su rifle, no se le ocurrió que les estaban atacando. Sacó su pistola apresuradamente y disparó varias veces. No causó ningún efecto en los indios pero enfureció a July.

—¡Estás malgastando balas! ¡Están fuera del alcance de una pistola!

Pero los indios echaron a correr, así que no importó demasiado.

—¿Cuál es su plan, señor Johnson? —preguntó Augustus con suma corrección —. Si su asunto es urgente, imagino que no querrá entretenerse un poco ayudándome a cazar a ese Blue Duck.

Era cierto. July no quería entretenerse hasta encontrar a Elmira. De haber estado solo, habría viajado veinte horas al día, descansando cuatro. Pero no estaba solo. Roscoe estaba totalmente intranquilo y se pasaba el día hablando de sus preocupaciones. Joe no se quejaba, pero el viajar duro le había agotado. Cabalgaba adormilado la mayor parte del tiempo, y cuando paraban se quedaba dormido como un tronco.

La única que no sufría el ritmo de la marcha era Janey, que generalmente caminaba. July tenía que confesar que era sumamente útil. Cuando paraban hacía cuanto había que hacer sin que se lo pidieran. Y siempre estaba levantada y dispuesta para la marcha cuando él también lo estaba, mientras que Joe y Roscoe eran tan remolones por la mañana que necesitaban media hora para ensillar los caballos.

Y ahora, como caído del cielo, había aparecido un *ranger* tejano, uno de los que habían sido compañeros de Jake Spoon. Se había quedado sin caballo y estaba lejos de cualquier posibilidad de ayuda, y no podían montar y abandonarle. Además había indios hostiles por los alrededores, lo que aún complicaba más la situación.

—No he planeado gran cosa, sinceramente —confesó July—. Cada vez que hago algún plan ocurre algo que lo cambia todo.

—Bueno, la vida es como un río serpenteante —comentó Augustus—. Y hablando de ríos, el Canadian está cerca de aquí, en dirección norte. Los indios probablemente están acampados cerca de él.

—¿Qué me aconseja? —preguntó July—. Usted conoce el territorio.

—Es un río de altos ribazos. Si tenemos que pelear con los indios, estaremos en una posición mucho mejor que aquí en el llano.

—¿Dice que ese hombre raptó una mujer? —preguntó July.

—Sí, una joven que viajaba con nosotros.

—Entonces será mejor que vayamos hacia el río —asintió July—. Monte usted conmigo y que Roscoe lleve su silla.

—Si este muchacho no está armado, quizá le gustaría un rifle —dijo Augustus —. Uno de los indios que maté tenía un buen « Winchester» y este chico parece lo bastante mayor para disparar.

Y entregó el rifle a Joe, que estaba tan asombrado por el regalo que apenas acertó a dar las gracias. Solo se le ocurrió preguntar, acariciando la culata:

—¿Está cargado?

—Ya lo creo que está cargado. Asegúrate de que disparas sobre un indio y no sobre cualquiera de nosotros.

Montó detrás de July y cabalgaron hacia el Norte. Joe se sentía enormemente orgulloso ahora que también iba armado. Mantenía una mano sobre la culata del rifle esperando el ataque de los indios de un momento a otro.

Pero la marcha hasta el río fue tranquila. Parecía que apenas habían cabalgado cuando de pronto descubrieron la cinta plateada del río a la luz de la luna. July paró tan bruscamente que Joe casi tropezó con su caballo. Él y McCrae contemplaban algo río abajo. Al principio Joe no acertó a ver nada, pero después se fijó en una pequeña mota de luz, río abajo, lejos.

—Deben ser ellos —observó Augustus—. Me imagino que no les preocupamos, o serían unos imprudentes con la hoguera. No lo saben, pero la ira del Señor está a punto de caer sobre ellos. Me fastidian los criminales atrevidos, sean de la raza que sean, y creo que voy a acercarme a ver si me pagan lo que me deben.

—Será mejor que vaya con usted —dijo July—. No sabe cuántos puede haber.

—Vamos a acampar. Después lo pensaremos —decidió Augustus.

Cabalgaron una milla río abajo y se detuvieron donde la boca de un cañón bajaba hasta el mismo cauce.

—Esto es lo mejor que podemos encontrar —explicó Augustus—. Lo que me gustaría es que me prestaran un caballo para esta noche. Se lo devolveré a la hora del desayuno, y tal vez más como premio.

—¿Quiere atacarlos usted solo? —preguntó July.

—Es mi deber. Dudo que haya muchos. Confío en que Blue Duck esté con ellos.

Roscoe no podía creer lo que estaba oyendo. Sentía mucho miedo y no comprendía cómo aquel forastero se preparaba para atacarles solo.

—Pero a lo mejor hay diez —dijo—. ¿Cree que podría matar a diez hombres?

—Son más fáciles de asustar por la noche —le tranquilizó Augustus—. Espero que les haré huir, pero lo que me propongo es matar al señor Duck si le veo. Me

raptó mi última mujer.

—Creo que yo también debo ir —insistió July—. Podría serle de alguna ayuda. Roscoe puede quedarse aquí con los chicos.

—No, yo preferiría que se quedara, señor Johnson. Estaré más tranquilo. Tiene un ayudante sin experiencia y estos dos chiquillos en quienes pensar. Además me dijo que tenía un asunto urgente. Estas cosas son imprevisibles. Puede parar una bala y dejar su asunto sin terminar.

—Así y todo creo que debo ir —repitió July.

Se le había metido la idea en la cabeza de que Ellie podía estar en aquel campamento. Alguien podía haberla raptado con la misma facilidad que a la mujer tejana. Los traficantes de *whisky* no se resistirían demasiado. Por supuesto, no era probable que estuviera allí, pero cualquiera sabía qué era probable. Pensaba que por lo menos debía echar un vistazo.

En todo caso, el hombre necesitaba ayuda y no parecía un gran riesgo dejar a Roscoe con los chicos en el campamento durante unas horas. Todos necesitaban descansar.

Augustus se dio cuenta de que tal vez podía necesitar ayuda, pues ignoraba con cuántos hombres se iba a enfrentar. Pero no tenía gran opinión de la habilidad media del hombre como luchador. La mayoría de los hombres no sabían luchar e incluso la mayoría de forajidos eran meros aficionados cuando llegaba la hora de la batalla. Muy pocos disparaban bien, y entendían poco de estrategia.

El problema era que Blue Duck era evidentemente uno de los pocos que sabían pensar. Había planeado perfectamente el rapto de Lorena. También había sobrevivido veinte años o más en un territorio duro, arriesgando mucho, y podía considerársele formidable si estaba cerca.

Aunque probablemente no estaba por allí. Probablemente había vendido a la mujer y se había ido, enviando a unos kiowas para que se ocuparan del que llegara. El asunto consistiría probablemente en matar a dos o tres cazadores de búfalos, renegados, que habían sido demasiado perezosos para encontrar un trabajo honrado cuando se acabaron las manadas.

Augustus se encontraba indeciso; no sabía si estaría mejor o peor acompañado de un *sheriff* pueblerino de Arkansas. Lo único que sabía del *sheriff* era que Jake Spoon se le había escapado, y no era gran cosa. El joven no tenía experiencia de luchas en el llano ni quizás en ningún tipo de peleas. Era imposible prever si sería capaz de cuidar de sí mismo en una escaramuza. Si no era capaz, sería mejor dejarle. Pero por otra parte, ¿cómo podía saberse antes de que empezara el jaleo?

—¿Y qué ocurrirá con nosotros si les matan a los dos? —preguntó Roscoe. Era una pregunta que se le hacía inmensa.

—Retrocedan al Sudeste tan deprisa como puedan —aconsejó Augustus—. Cuando hayan llegado allá abajo del Río Rojo puede que no corran peligro. Si

tuercen al Este probablemente encontrarán rebaños.

—Volveremos —dijo July—. Debo ir a ayudar al capitán McCrae, pero volveremos.

Augustus no se quedó tranquilo, pero no insistió más para que July Johnson se quedara. Dejaron que los caballos descansaran una hora, y después pusieron la silla de Augustus en el gran caballo de Roscoe. Luego se alejaron. Cuando llegaron a la cima de la loma que dominaba el río volvieron a ver la pequeña luz al Este y se dirigieron hacia ella.

—Si no es indiscreción, ¿cuál es ese asunto urgente que le aguarda? —preguntó Augustus.

July dudó entre contestar o no. Roscoe y Joe le habían mirado de un modo raro cuando se fue, y la mirada le preocupaba. Era como si ambos fueran hijos suyos, como si ambos esperaran de él que cuidara de ellos. Solo Janey parecía sentirse tranquila de quedarse junto al Canadian.

—Pues se trata de mi esposa —respondió July—. Se ha marchado de casa. Tal vez también ha sido raptada.

Augustus encontró aquello curioso. Ambos iban en busca de mujeres a través de los llanos. No dijo nada más. Un hombre cuya esposa se había ido podía sentirse susceptible y amargado. Cambió inmediatamente de tema.

—¿Fue a su hermano al que mató Jake?

—Sí —respondió July—. Creo que fue accidental, pero tengo que ir en su busca. Mas primero quisiera encontrar a Elmira.

Cabalgaron en silencio once o doce kilómetros por un terreno accidentado. Augustus pensaba en el curioso hombre que era Jake Spoon, que dejaba que le robaran a una mujer y seguía jugando a las cartas, o lo que estuviera haciendo.

Cada vez que coronaban una loma y veían la pequeña llama del campamento, July trataba de calmarse, trataba de decirse que sería un milagro que Elmira estuviera allí. No obstante, conservaba la esperanza. A veces le martirizaban tanto las cosas que no sabía si podría seguir adelante sin saber dónde estaba.

Cuando tuvieron el campamento a menos de dos kilómetros, Augustus se detuvo y desmontó para escuchar. En la noche silenciosa, en campo abierto, las voces podían llegar muy lejos, y a lo mejor podía adivinar con cuántos tendrían que enfrentarse.

July descabalgó también y esperó a que Augustus le dijera cuál era su plan. Estaban a solo cien metros del río, y mientras escuchaban oyeron algo que chapoteaba en el agua más abajo de donde se encontraban.

—Podría ser un búfalo —dijo July—. Hemos estado viendo unos cuantos.

—Probablemente sea un caballo —dijo Augustus—. Un búfalo no cruzaría tan cerca del campamento.

Y miró al joven, preocupado por el nerviosismo que notaba en su voz.

—¿Ha practicado mucho este tipo de actividades, señor Johnson?

—No —confesó July—. No lo he hecho nunca. Lo peor que tenemos en Arkansas son ladrones.

—Acerquemos un poco más los caballos. Procuremos que no relinchen. Si conseguimos llegar a cien metros de su campamento estaremos en buena posición. Opino que entonces debemos cargar. Nos oirán antes de que nos vean, lo que les asustará, y estaremos encima de ellos antes de que tengan tiempo de reaccionar. Utilice su pistola y reserve el rifle. Esto va a ser un trabajo a quemarropa. Si queda alguno retrocederemos y volveremos a la carga por segunda vez.

—Debemos procurar no hacer daño a las mujeres —advirtió July.

—No lo haremos. ¿Ha matado alguna vez?

—No —contestó July—. Nunca he tenido que hacerlo.

« Ojalá te hubieras quedado» , pensó Augustus, pero no dijo nada.

57

Dog Face se estaba muriendo y lo sabía. Una bala había rebotado en una costilla y bajado hasta su vientre. La bala no había salido y tampoco nadie trataba de sacársela. Yacía sobre la manta de la silla, con el sudor de la muerte, y lo único que Blue Duck quería saber era cuántos hombres había en el grupo que le había disparado.

—Tres caballos —respondió uno de los kiowas, pero Dog Face no podía recordar si habían sido dos o tres.

—Estaba oscureciendo —explicó. Todo un costado de su cuerpo estaba manchado de sangre. Quería ver a la joven, pero Blue Duck estaba en cuclillas a su lado y le impedía verla.

—¿No le diste a McCrae? —preguntó.

—Se atrincheró detrás de su caballo —dijo Dog Face—. A lo mejor le di. No lo sé.

—Le mataremos mañana —aseguró Monkey John—. No tiene caballo y tal vez está herido.

—Lo dudo —comentó Blue Duck—. Espero que aparezca mañana y que acabe con los que quedáis, a menos que lo haga esta noche.

—Me duele mucho —se quejó Dog Face—. Venga, dispárame.

Blue Duck se echó a reír.

—No voy a malgastar una bala contigo —le dijo—. Que te corte el cuello Monkey, si quiere hacerlo.

Pero Monkey no quiso ni acercarse. Monkey John estaba tan preocupado como los kiowas. Todos amartillaban y desmontaban sus pistolas. Pidieron *whisky*, pero Blue Duck no quiso darles nada.

Dog Face miró a la muchacha. Estaba sentada con los brazos rodeando las rodillas. Blue Duck fue a ensillar su caballo. Cuando volvió junto al fuego dio una patada a la joven. Luego volvió a darle más patadas hasta que se cayó de lado y se quedó hecha un ovillo.

—¿Qué te ha hecho? —le preguntó Dog Face.

Blue Duck se acercó y le dio una patada en el costado que le hizo gritar de dolor y salirse de la manta.

—Ocúpate de tus malditos asuntos —le increpó.

—¿Vas a irte? —preguntó Monkey John nervioso.

—Sí —respondió Blue Duck—. Voy a ir en busca de un grupo mejor que vosotros. Entre todos no habéis podido matar a un hombre. Ni siquiera atacasteis a ese segundo grupo. Probablemente se trataba de uno o dos vaqueros.

Dog Face intentó volver a su manta, pero había perdido las fuerzas. Los kiowas ya se habían apoderado de su rifle y se habían repartido sus municiones entre ellos, así que ni siquiera podía darse un tiro. Tenía una navaja en su hatillo y podría haber conseguido cortarse el cuello, pero el hatillo estaba del otro lado del fuego y sabía que nunca podría llegar a rastras hasta allí.

Blue Duck pegó otro par de patadas a Lorena.

—No merece la pena venderte. Que los kiowas se queden contigo.

—¿Y yo qué? —protestó Monkey John—. ¿Qué hay de mi mitad?

—Tu mitad te la gané yo —respondió Blue Duck—. También gané la mitad de los kiowas.

—¿Entonces por qué se la regalas a ellos? Dámela a mí.

—No, quiero que ellos se la coman. A lo mejor les proporciona algo más de valor para que mañana puedan salir y acorralar al viejo *ranger*.

—Yo soy tan malo como ellos. También puedo acabar con él si aparece por aquí.

Blue Duck montó en su caballo.

—No eres ni la mitad de malvado que ellos. Y si McCrae aparece por aquí será mejor que corras o terminarás muerto. Pudo con Ermoke, y Ermoke era tres veces más luchador que tú.

Abrió su hatillo, sacó una botella de *whisky* y se la lanzó a los indios. Luego les dijo algo en su idioma y cabalgó en dirección al río.

Lorena seguía donde había caído, escuchando los gemidos de Dog Face. Con cada respiración exhalaba un gemido ronco. Su herida tenía burbujas rojas por encima. Lorena se puso a gatas y vomitó de miedo. Los kiowas no la perdían de vista mientras bebían. Quería huir pero se sentía demasiado débil. De todos modos, no tardarían en alcanzarla si huía. Se arrastró lejos de su vómito y volvió a dejarse caer, demasiado cansada y aterrorizada para moverse. Monkey John estaba sentado lejos del fuego con el rifle en las manos. No la miraba ni pensaba ayudarla. Que se las compusiera.

—Ayúdala, Monkey —suplicó débilmente Dog Face.

—¿Cómo demonios quieres que la ayude? —replicó Monkey John—. Ya lo has oído: se la ha regalado a ellos.

Uno de los kiowas entendió lo que decían y se enfureció. Sacó su cuchillo y se plantó amenazadoramente sobre Dog Face. Dog Face siguió gimiendo. Entonces el kiowa se sentó sobre su pecho y Dog Face gritó, pero fue un grito débil. Los restantes indios le saltaron encima, pero estaba demasiado agotado como para levantar una mano tan siquiera. Un kiowa le cortó el cinturón y otros dos le

quitaron los pantalones. Antes de que Lorena tuviera tiempo de volver la cabeza, le castraron. Otro le deslizó el cuchillo por la frente y empezó a arrancarle la cabellera. Dog Face gritó de nuevo, pero el grito fue prontamente apagado por el kiowa que le sujetaba la cabeza, quien le metió los genitales sangrientos en la boca empujándolos garganta abajo con el mango de un cuchillo. No tardaron en desprender el cuero cabelludo y el kiowa cogió la cabellera y la sujetó a su lanza. Dog Face se debatió en busca de aire con un charco de sangre entre las piernas. Pero aún no estaba muerto. Lorena había escondido el rostro entre los brazos, pero seguía oyendo sus gemidos y su borboteo en busca de aire. Deseaba que muriera…, no se debería tardar tanto en morir.

Esperaba que en cualquier momento le cayeran encima, pero no lo hicieron. Lo que habían hecho a Dog Face les había puesto de buen humor y se dedicaron a pasarse la botella de *whisky*.

Monkey John estaba probablemente tan asustado como ella. Se quedó sentado silenciosamente junto al fuego, con el rifle en las manos, tirando de su sucia barba. De vez en cuando los kiowas le decían algo en su propio idioma, pero él no les contestaba.

Echada con el rostro pegado a tierra, fue la primera en oír los caballos, pero no sabía de qué se trataba ni sintió la menor sombra de esperanza. Era algo que corría; tal vez Blue Duck volvía para reclamarla.

Los kiowas, cantando y bebiendo, con dos cuchillos ensangrentados todavía en las manos, no oyeron nada. Pero Monkey John lo oyó de pronto. Se levantó de un salto y alzó el rifle, pero antes de que pudiera disparar se vio un fogonazo en la oscuridad y Monkey John soltó el rifle y se cayó sentado, con la boca abierta como si fuera a decir algo.

Inmediatamente después dos caballos pasaron por encima de Monkey John sin tocarle y se echaron contra los kiowas. Un kiowa lanzó un grito más desesperado y aterrador que el de Dog Face. Antes de que pensara que podía ser Gus, Lorena le vio arremeter con su caballo a los kiowas. Disparó desde el caballo contra el que había gritado y luego contra los dos que tenían los cuchillos, directamente a sus pechos. Otro kiowa agarró la lanza con la cabellera de Dog Face, pero Gus le mató antes de que pudiera alzarla. Disparó contra otro en el momento en que el hombre se disponía a recoger su rifle. El último kiowa desapareció en la oscuridad y Gus lanzó a su caballo tras de él.

—Remata a los que no están muertos —ordenó al otro hombre.

Pero cuando July apenas había desmontado se oyó un disparo. Permaneció junto a su caballo, escuchando. Siguió otro disparo y después un caballo que volvía al galope. Lorena creía que todo había terminado, pero Monkey John disparó su pistola contra el hombre que estaba junto al fuego. No acertó y el hombre levantó despacio su propia pistola, pero antes de que pudiera disparar Gus reapareció a la luz de la hoguera y le disparó con su rifle derribando de

nuevo a Monkey John.

Entonces Gus fue hacia ella y la cogió en sus brazos, sin desprenderse del rifle.

—Lorie, ¿dónde está Blue Duck? —le preguntó—. ¿Estaba aquí esta noche?

Lorena tuvo que hacer un esfuerzo para poder recordar a Blue Duck. Había dejado de hablar y aunque quería hacerlo, las palabras no llegaban. Miró a Gus y se echó a llorar pero le fue imposible responder a su pregunta.

—¿Estaba aquí esta noche? —insistió Gus—. Contéstame solo a esto y no volveré a molestarte hasta que te sientas mejor.

Lorena movió afirmativamente la cabeza: Blue Duck había estado allí. Era lo único que pudo hacer. Gus se incorporó.

—Vuelve con los otros —ordenó al otro hombre—. Ahora mismo.

—No he matado ni uno solo —dijo el otro—. Tú los has matado a todos.

—No tiene importancia. No puedo dejar a la muchacha, y no está en condiciones de viajar deprisa. Vuelve junto a los tuyos. Si Lorie puede cabalgar, volveremos pronto.

—¿Mataste al que escapaba? —preguntó July.

—Sí. Un hombre no puede correr más que un caballo. Vete ya. Hay un hombre muy peligroso suelto a lo largo del río y dudo de que tu ayudante pueda enfrentarse con él.

«¿Y si yo tampoco puedo?», pensó July mirando a Dog Face. Había conseguido sacarse los genitales de la boca y aún respiraba. Al mirar el charco de sangre en el que yacía, July sintió que se le revolvía el estómago y se apartó para no vomitar.

—Yo arreglaré a estos muertos —le dijo Augustus—. Sé que esto es una tremenda impresión para ti, Johnson. Es diferente a una pelea de borrachos en Arkansas. Pero tienes que superarlo y volver junto a tu gente.

—¿No vas a matarle? —preguntó July señalando a Dog Face.

—Sí, si tarda en morir.

Antes de que July hubiera pasado la segunda loma, volvió a oír un disparo.

58

—Supongo que lo oiremos cuando peleen —comentó Joe.

—No oiremos gran cosa —dijo Roscoe—. El fuego de campamento estaba lejos. A lo mejor solo se trata de vaqueros y no va a haber lucha.

—Pero vimos indios —porfió Joe—. Seguro que son ellos.

—Puede que sean ellos. Pero a lo mejor han salido corriendo.

—Ojalá no corran en esta dirección —dijo Joe.

A Joe le daba rabia admitir que estaba asustado, pero en su vida lo había estado tanto. Cuando acampaban, generalmente estaba tan contento de que se detuvieran que desplegaba su manta y se echaba a dormir, pero aunque esta vez desplegó su manta como siempre, no se durmió. Era la primera vez que se separaba de July en todo el viaje y le sorprendía lo asustado que se sentía. Se les había prohibido encender una hoguera, así que lo único que podían hacer era quedarse sentados a oscuras. No hacía frío, por supuesto, pero un fuego les hubiera animado algo.

—Supongo que July les matará —repitió varias veces.

—Ese *ranger* tejano ha matado a seis —observó Roscoe—. Tal vez mate a los restantes y así July se ahorrará municiones.

Joe alzó su rifle nuevo. Varias veces levantó el gatillo y volvió a bajarlo. Si venían los indios, esperaba que lo hicieran de día, y así tendría más suerte para disparar.

Janey estaba sentada, sola. Había sido la primera en ver a los indios y retrocedió corriendo para avisar a July. Al principio, Roscoe no la había creído, pero July sí. Cuando los indios empezaron a disparar, él también hizo varios disparos.

A Roscoe le molestaba que se hubieran terminado los árboles. Toda su vida había vivido entre árboles y no había reparado en el bienestar que proporcionaban. Los árboles habían sido tan habituales que impresionaba cabalgar por el llano y descubrir que había una parte de la tierra en la que no había ninguno. De vez en cuando veían alguno junto a los ríos, pero no muchos, y los que encontraban eran más arbustos que árboles. Uno no podía recostarse en ellos, que era lo que le gustaba hacer. Las cosas habían llegado a tal punto que podía dormir relativamente bien si se apoyaba en un árbol.

Pero ahora July le había dejado junto a un río en el que no había ni una mata. Tendría que dormir echado en el suelo o estar sentado toda la noche. El cielo estaba pálidamente iluminado por la luna, pero no proporcionaba suficiente luz para ver bien. De pronto Roscoe empezó a sentirse muy nervioso. A dondequiera que mirara veía cosas que le parecían indios. Cuando amartilló su pistola, Joe amartilló su rifle.

—¿Has visto alguno? —preguntó.

—Tal vez lo sea —respondió Roscoe.

—¿Dónde? —preguntó Janey.

Cuando Roscoe le señaló el lugar, la muchacha salió corriendo en aquella dirección. Roscoe no daba crédito a sus ojos… pero siempre había sido algo salvaje.

—No es más que un matorral —explicó Janey al volver.

—Por suerte. De haber sido un indio te habría arrancado la cabellera.

—¿Crees que ya han luchado? —preguntó Joe—. Me alegraré cuando les vea volver.

—Puede que no vuelvan hasta la mañana —comentó Roscoe—. Será mejor que descansemos. En cuanto July regrese querrá ponerse a buscar a tu madre.

—Creo que ha encontrado a Dee —dijo Joe—. Le gusta Dee.

—Entonces, ¿por qué diablos se casó con July? —preguntó Roscoe—. Esto lo ha desencadenado todo, ¿sabes? Si ella no se hubiera casado con July, ahora estaríamos en Arkansas jugando al dominó.

Cada vez que Roscoe pensaba en la serie de acontecimientos que le habían traído a un lugar donde no había árboles en los que recostarse, se hacía un lío y todo se le revolvía en la cabeza. Probablemente era mejor no pensar en el pasado.

—No sé por qué no puedo dormirme —comentó Joe.

Roscoe estaba encantado de no haber tenido que ir con Gus y July. Recordaba lo débil que se había sentido aquella tarde al darse cuenta de que lo que golpeaba la hierba junto a él eran balas. Le había parecido que eran abejas, pero naturalmente eran balas.

Mientras pensaba en aquello cabeceó unos minutos, con su arma amartillada. Tuvo un breve sueño sobre cerdos salvajes, pero no demasiado terrible. Los cerdos no eran tan salvajes como lo habían sido en la realidad. Estaban hozando junto a una cabaña sin intentar hacerle daño, pero despertó terriblemente sobresaltado y vio algo incomprensible. Janey estaba de pie a pocos pasos delante de él, con una gran piedra levantada sobre su cabeza. La sostenía con ambas manos. ¿Por qué hacía semejante cosa en plena noche? No hacía el menor ruido; solo estaba delante de él con la piedra en las manos. Solo cuando la lanzó se dio cuenta de que había alguien más allí. Había alguien, alguien enorme. Con la sorpresa, Roscoe se olvidó de que tenía una pistola. Se levantó de un salto.

No vio la trayectoria de la piedra, pero Janey cayó de pronto de rodillas. Le miró, «Dispárale», dijo. Roscoe se acordó entonces de la pistola que tenía amartillada, pero antes de que pudiera levantarla, la enorme sombra contra la que Janey había lanzado la piedra se le acercó y le empujó; un empujón leve pero que le hizo caer la pistola. Sabía que no soñaba, que estaba despierto, pero no tenía la fuerza que hubiera tenido en un sueño para moverse con rapidez. Vio la gran sombra junto a él pero no sintió miedo, y la sombra no volvió a empujarle. Roscoe se sentía adormilado y volvió a sentarse. Era como si estuviera en un baño caliente. No había tomado muchos baños calientes en su vida, pero le parecía que estaba metido en uno y dispuesto a dormir un buen rato. Pero Janey se arrastraba…, qué raro, se arrastraba sobre sus piernas.

—Pero ¿qué estás haciendo? —preguntó antes de ver que tenía los ojos fijos en la pistola que él había dejado caer. Quería la pistola, y por alguna razón se arrastraba por encima de sus piernas para alcanzarla. Pero antes de que llegara a ella, la sombra volvió.

—Vaya, eres una luchadora, ¿verdad? —comentó la sombra—. Si no tuviera tanta prisa, te enseñaría uno o dos trucos.

A continuación levantó los brazos y la golpeó; Roscoe no pudo ver si fue con un hacha o con otra cosa, pero produjo un ruido como el del hacha contra la madera, y Janey dejó de moverse y se quedó cruzada sobre sus piernas.

—¿Joe? —preguntó Roscoe; acababa de acordarse de que había obligado a Joe a dejar su rifle para que pudiera dormirse.

—¿Era este su nombre? —preguntó la sombra.

Roscoe comprendió que se trataba de un hombre, porque tenía una voz gruesa. Pero no podía verle la cara. Solo parecía ser una gran sombra, y de todos modos Roscoe no podía fijar su mente en él, ni en dónde estaba Joe ni en cuándo volvería July, ni en nada, tan grande era su cansancio y calor. La gran sombra estaba a horcajadas sobre él y rebuscaba en su cinturón, pero Roscoe se despreocupaba de todo porque estaba sumamente cansado. Sentía que todo tendría que detenerse un momento; era como si la propia oscuridad le bajara los párpados. Entonces le envolvió el tibio sueño.

July les encontró una hora después, ya rígidos por la muerte. Había corrido cuanto pudo sobre aquel terreno quebrado, sin pérdida de tiempo, siguiendo el río pero demasiado inseguro de su situación para alejarse demasiado de él. De vez en cuando paraba y escuchaba por si oía tiros, pero el oscuro llano estaba silencioso y tranquilo, aunque era en pleno llano donde acababa de ver las cosas más violentas y terribles que había presenciado en su vida. Lo único que se oía era el viento cantando sobre la enorme extensión vacía de hierba; en primavera, el viento nocturno cantaba dulcemente.

July nunca se había sentido tan incapaz. Ni siquiera estaba seguro de poder encontrar el camino de vuelta donde había dejado a los demás. Era un *sheriff*

pagado para luchar cuando era necesario, pero ninguna experiencia le había preparado para la matanza que acababa de presenciar. El capitán McCrae había dado muerte a seis hombres, mientras que él ni siquiera había intentado disparar cuando el bandido le encañonó. Todo había sido muy rápido, todas aquellas muertes se habían producido en un par de minutos. El capitán McCrae no parecía turbado y en cambio él experimentaba tal confusión que apenas podía pensar. Había conocido hombres rudos en Arkansas; había acorralado a algunos de ellos y detenido a varios, pero esto era diferente: el cazador de búfalos moribundo no tenía más que una mancha de sangre entre las piernas. La muerte y cosas peores habían ocurrido en los llanos.

Cuando vio el cañón donde había dejado a Roscoe y los muchachos se detuvo a escuchar pero no oyó nada. Sintió miedo. El caballo de Joe relinchaba siempre al suyo. Pero esta vez no hubo relinchos ni había caballos. Desmontó y se acercó despacio por el cañón abajo. A lo mejor se les había olvidado trabar los caballos y se habían alejado para pastar, Roscoe solía ser olvidadizo.

—¿Roscoe? —llamó al llegar al campamento.

Pudo ver las tres figuras en el suelo como si durmieran, pero sabía que no dormían porque Janey estaba atravesada sobre las piernas de Roscoe.

Lo único que se oía en el campamento era el zumbido de las moscas sobre la sangre.

July no quería verlo. Sabía que tenía que hacerlo, pero no quería. Sentía una terrible necesidad de cambiar las cosas, de volver atrás, al tiempo en que él, Roscoe, Joe y Elmira estaban en Arkansas. Sabía que nunca volvería a ser lo mismo. Había ocurrido algo de lo que nunca se libraría. Había perdido la oportunidad de quedarse y morir con los suyos, aunque el capitán McCrae le había ofrecido esa oportunidad. « Me sentiría más tranquilo si se quedara con su gente» , le había dicho más o menos.

No se había quedado, pero cuando se fue tampoco había luchado. No había hecho nada más que cabalgar dos veces sobre la misma extensión de llanura, mientras la muerte había llegado a ambos campamentos. No le cabía la menor duda de que si se hubiera quedado con Roscoe y los chicos, también le habría llegado a él. El hombre que les había dado muerte debía de ser un luchador como el capitán McCrae.

July tardó cierto tiempo en entrar en el campamento. No podía. Se quedó allí escuchando el zumbido de las moscas por encima de ellos. No quería ver lo que les habían hecho. Ahora, cuando encontrara a Elmira, sería solo para decirle que su hijo había muerto. Y si vivía para regresar a Fort Smith, sería sin Roscoe Brown, un hombre fiel que nunca había pedido gran cosa.

La extraña chiquilla que podía cazar conejos ya no volvería a cazarlos.

Al cabo de un rato cogió su cuchillo y empezó a cavar tumbas. Salió del cañón y las cavó en el llano. Cavar con un cuchillo era un trabajo lento, pero era

la única herramienta de que disponía para cavar. La tierra suelta la sacaba con las manos. A la puesta del sol aún seguía cavando, y las tumbas eran lastimosamente superficiales. Tendría que hacerlo mejor o los coyotes se apoderarían de los cadáveres. De tanto en tanto miraba los cuerpos. Joe yacía separado de los otros dos, tendido en su manta, como dormido.

July empezó a recoger piedras para amontonarlas sobre las fosas. El cañón estaba lleno, aunque algunas había que arrancarlas del suelo. Mientras transportaba una, vio a dos jinetes a lo lejos, dos manchas negras a la brillante luz del sol. Su caballo relinchó encantado de la compañía.

Cuando Augustus se acercó con Lorena, el *sheriff* de Arkansas aún estaba cavando. Augustus se aproximó al borde del cañón para mirar.

—Más muertos que enterrar —comentó descabalgando. Había dado a Lorena el caballo de Roscoe, que tenía una andadura tranquila y él montaba en un caballo indio, un flaco pinto.

—Ha sido culpa mía —dijo July—. Si hubiera hecho lo que tú me dijiste, quizás estarían vivos.

—Y quizá tú también estarías muerto y tendría que enterrarte —le respondió Augustus—. No te reproches nada. Ninguno de nosotros es un buen juez de lo que hay que hacer.

—Me dijiste que me quedara —insistió July.

—Ya lo sé. Estoy seguro de que piensas que ojalá lo hubieras hecho. Pero el día de ayer se ha ido río abajo y no puedes recuperarlo. Sigue cavando y yo te ayudaré.

Se volvió hacia Lorena y la ayudó a descabalgar.

—Quédate aquí, cariño.

Pero cuando echó a andar hacia el cañón, Lorena le siguió. No quería que Gus se alejara de ella.

—No, no quiero que vayas y veas el desastre —le dijo Augustus—. Siéntate aquí, desde donde puedas verme. No me perderé de vista.

Y volviéndose a July le pidió:

—Siéntate con ella. Por ahora no tiene nada que decir. Solo siéntate con ella, Johnson.

July dejó de trabajar. La mujer ni siquiera le miró. Sus ojos tristes estaban fijos en el capitán McCrae mientras iba hacia el cañón. Sus piernas estaban llenas de golpes y moraduras y tenía una mancha amarillenta en una mejilla. Ni siquiera volvió la cabeza para mirarle.

—Me llamo July Johnson —dijo, tratando de ser correcto, pero la mujer parecía no oírle.

Augustus se dirigió rápidamente al campamento y envolvió cada cuerpo con una manta. Blue Duck tenía tanta seguridad en hacerse con sus víctimas que ni siquiera se molestó en dispararles. El ayudante y la muchacha habían sido

apuñalados, abiertos desde el ombligo al cuello. A la chiquilla además le había aplastado la cabeza, al igual que a Joe, probablemente con la culata del rifle que Gus le había regalado. El ayudante también había sido castrado. Sirviéndose de los cordones de las sillas, Gus sujetó las mantas todo lo que pudo. Era raro que esas tres personas estuvieran junto al Canadian, pero esa era la frontera… la gente andaba siempre por donde no tenía nada que hacer. También él lo había hecho y le había salido bien, pero había sido un *ranger* de Texas y no un banquero de Tennessee. Los tres destrozados ejemplares que estaba envolviendo en sus mortajas no habían tenido tanta suerte.

Trasladó los cuerpos hasta la pradera y los depositó en sus poco profundas fosas, una lamentable solución que no detendría a las alimañas por mucho tiempo. En el otro campamento se había limitado a poner en fila a los cazadores de búfalos y a los kiowas y los había abandonado.

—Creo que se ha llevado el caballo de Joe —dijo July.

—Sí, y también su vida. Estoy seguro de que el caballo le interesaba más.

—Si se propone ir tras él, me gustaría tratar de ayudarle.

—No tengo por qué ir tras él —respondió Augustus—. Está mejor montado que nosotros y este no es lugar para perseguir a un hombre que dispone de más caballos que nosotros. Esta vez creo que va hacia el Purgatorio.

—¿El qué? —preguntó July.

—Es un río de Colorado —explicó Augustus—. Probablemente tiene otra banda por allí. Será mejor dejarle esta vez.

—Lo odio. —July había empezado a imaginarse enfrentado con el hombre y disparándole.

—Esto es algo muy triste, hijo. La pérdida de la vida lo es siempre. Pero la vida se pierde definitivamente. No intentes vengarte. Tienes cosas más urgentes que hacer. Si vuelvo a tropezarme con Blue Duck, le mataré. Pero si no lo hago yo, lo hará algún otro. Es grande y malvado, pero tarde o temprano tropezará con alguien mucho más grande y malvado. O una serpiente le morderá, o un caballo caerá sobre él, o le ahorcarán, o uno de sus hombres le matará por la espalda. O simplemente envejecerá y morirá. —Se acercó a su caballo y apretó la cincha—. No intentes pagar dolor con dolor. En un asunto como este no puedes equilibrar las medidas. Será mejor que te vayas en busca de tu mujer.

July miró la interminable pradera por encima del río. « Si la encuentro, aún me odiará más» , pensó.

Augustus observó cómo montaba, pensando en lo joven que parecía. Tendría poco más de veinte años. Pero era suficientemente viejo para haber encontrado y perdido a una esposa…, aunque no es forzoso tardar mucho en perderla.

—¿Dónde está Adobe Walls? —preguntó July.

—No queda muy lejos, río abajo, pero yo en tu lugar no me pararía. Tu mujer no está allí. Si subió por el río Arkansas, imagino que estará en cualquier

ciudad de Kansas.

—Sentiría no dar con ella.

« Si está en Adobe Walls, será mejor que no la encuentres» , pensó Augustus, aunque no dijo nada. Estrechó la mano del joven *sheriff* y observó cómo cabalgaba y cruzaba el río. Pronto le perdió de vista en el accidentado terreno hacia el Norte. Cuando reapareció en la inmensa llanura no era más que una mancha diminuta.

Augustus fue hacia Lorena. Había pasado la mayor parte de la noche con ella en los brazos, confiando en que el calor de su cuerpo acabaría ayudándola a vencer sus estremecimientos y temblores. Hasta entonces no había dicho ni una palabra, pero le miraba a la cara lo cual era una buena señal. Había visto a mujeres cautivas tan destrozadas que ni podían alzar los ojos.

—Vamos, Lorie —le dijo—. Cabalguemos un poco. —Ella se puso en pie, obediente como una niña pequeña—. Nos dirigiremos hacia el Este y veremos si podemos encontrar una sombra. Luego nos entretendremos un par de semanas y dejaremos que Call y los muchachos nos alcancen. No tardarán en llegar con el ganado. Para entonces ya te encontrarás mucho mejor.

Lorena no contestó, pero montó sin su ayuda y cabalgó todo el día junto a él.

59

Call contaba con que Gus estuviera de vuelta en uno o dos días. A lo mejor encontraba a la joven o tal vez no, pero no era normal que tardara tanto. Gus era un viajero duro y solía alcanzar rápidamente al que perseguía. Le detenía o lo liquidaba, y regresaba.

Los dos primeros días no pensó demasiado en la ausencia de Gus. Estaba enfadado con Jake Spoon por haber sido tan irresponsable y haber causado tantas molestias, aunque también él tenía parte de culpa. Hubiera debido hablar claro con Jake antes de salir de Lonesome Dove…, diciéndole con toda claridad que la muchacha no podía ir.

Cuando pasó el tercer día y Gus no apareció, Call empezó a preocuparse. Augustus había sobrevivido a tantas cosas que Call no pensaba demasiado en su seguridad. Incluso los hombres acostumbrados toda su vida a las muertes inesperadas, no esperaban que esto le ocurriera a Gus McCrae. Los demás podían morirse por el camino, con su muerte adoptando formas apacibles o crueles, pero Gus tenía que seguir hablando.

Pasaron cinco días, luego una semana, y Gus no regresaba. El rebaño cruzó el Brazos sin incidentes y luego el Trinity, y Gus seguía sin aparecer.

Acamparon al oeste de Fort Worth y Call permitió a los hombres que fueran al pueblo. Sería el último que iban a ver hasta llegar a Ogallala, y pudiera ser que alguno de ellos no viviera para ver Ogallala. Les dejó que se fueran de juerga quedándose solo con los muchachos para ayudarle a guardar el rebaño. Dish Boggett se ofreció voluntario para quedarse también. Seguía pensando en Lorena y no iba a abandonar el campamento mientras hubiera una posibilidad de que Gus la trajera.

—¡Se está comportando como un diácono, maldita sea! —exclamó Soupy—. Cualquier día nos va a echar un sermón.

Needle Nelson lo tomaba con espíritu más caritativo.

—Está enamorado —alegaba—. No quiere zascandilear con nosotros.

—Pues antes de llegar a Nebraska va a lamentar no haberlo hecho —saltó Jasper Fant—. Me propongo beberme un par de botellas de *whisky* antes de volver a cruzar uno de esos ríos helados. He oído decir que en el Norte los ríos son verdaderamente fríos. Algunos de ellos creo que incluso llevan hielo.

—Si viera un trozo de hielo en un río le echaría el lazo y lo utilizaríamos para refrescar nuestras bebidas —dijo Bert Borum.

Todos pensaban que Bert estaba excesivamente orgulloso de su habilidad con el lazo. Era preciso y rápido, desde luego, pero los hombres estaban hartos de oírle fanfarronear, siempre estaban al acecho de cosas que quisiera enlazar y que no lo consiguiera. Una vez Bert les había hecho callar todo un día enlazando un coyote al primer lanzamiento, pero no eran del tipo de hombres que se callaban por mucho tiempo.

—Échale el lazo al maldito toro…, si es que eres tan bueno enlazando —le dijo Needle Nelson, refiriéndose al toro tejano. Al toro parecía molestarle que los vaqueros se sentaran en grupos. Se plantaba a unos cincuenta metros de distancia y bramaba y pateaba el suelo. Needle era partidario de pegarle un tiro, pero Call no se lo permitía.

—Puedo enlazar a ese hijo de puta tan deprisa como quiera —presumió Bert —. El problema está en quitarle el lazo después.

—El problema sería enterrarte si enlazaras a este toro —observó Dish. El hecho de que hubiera decidido no emborracharse en Fort Worth acrecentaba su sentido de superioridad. La mayor parte del equipo había aguantado cuanto había podido dicha superioridad sobre todo por el cariño que sentía hacia una mujer a la que él le importaba tres pimientos.

—Si estás tan enamorado, ¿por qué no fuiste tú a buscarla y dejaste que Gus se quedara? —preguntó Jasper—. Gus es infinitamente más divertido que tú, Dish.

Dish saltó sobre él, pero Call no tardó en separarles.

—Si queréis pelea, primero recoged vuestros sueldos —les dijo.

Los hermanos Rainey se sentían mayores y querían que Newt convenciera al capitán de que les dejara ir al pueblo.

—Yo quiero probar una puta —decía Ben Rainey.

Newt se negó a formular la petición.

—Pídeselo solamente —insistió Ben.

—Se lo pediré cuando lleguemos a Nebraska —respondió Newt.

—Claro, y si me ahogo en el Río Rojo no llegaré a saber lo que es una puta —protestó Ben.

Call empezó a sentirse muy preocupado por Gus. No era corriente en él llevar tanto tiempo fuera persiguiendo solo a un hombre. Claro que Blue Duck podía tener una banda esperándole y Gus caer de lleno en la emboscada. Hacía muchos años que no había peleado de verdad. Incluso Pea Eye había empezado también a preocuparse.

—Casi estamos en Fort Worth y Gus sin regresar —observó Pea Eye.

Po Campo tampoco fue a Fort Worth. Se quedó sentado con la espalda apoyada a una de las ruedas de la carreta, tallando una de sus figuritas

femeninas, como le gustaba hacer. Mientras caminaba durante el día estuvo atento a los pedazos de madera interesantes, y cuando veía alguno lo lanzaba a la carreta. Luego, por la noche, tallaba. Empezaba con un buen tarugo y a la semana lo había reducido a una mujercita de madera de unas dos pulgadas de altura.

—Espero que vuelva —dijo Po Campo—. Disfruto con su trato aunque a él no le guste lo que guiso.

—Verás, es que cuando tú llegaste no estábamos acostumbrados a comer cucarachas y demás —comentó Pea Eye—. Pero confío en que habrá cambiado de gusto para cuando vuelva. Nunca le llevó tanto tiempo cazar a un bandido.

—Pero no cazará a Blue Duck—dijo Po.

—¿Por qué no? ¿Acaso lo conoces? —preguntó Call.

—Lo conozco. No hay un hombre peor. Solo el diablo es peor y el diablo no nos molestará en este viaje.

Eran palabras sorprendentes. Call miró detenidamente al viejo, pero Po Campo seguía sentado junto a la rueda de la carreta, con sus cortas piernas cubiertas de virutas. Se dio cuenta de la expresión de Call y le sonrió:

—Hace años que viví en el llano. Quería criar ovejas, pero fui un tonto. Los lobos las mataron, los comanches las mataron, el tiempo las mató. Entonces Blue Duck mató a mis tres hijos. Después de eso dejé el llano.

—¿Por qué crees que Gus no lo va a cazar? —preguntó Call.

Po Campo meditó la pregunta. Deets estaba sentado a su lado. Le gustaba ver cómo el viejo tallaba la madera. A Deets le parecía milagroso que Po pudiera coger un pedazo de madera y transformarlo en una figurita de mujer. Miraba para ver si podía adivinar cómo ocurría, pero hasta el momento no lo había conseguido. Po Campo seguía dando vueltas a la madera en sus manos mientras caían las virutas sobre su regazo, y finalmente lo conseguía.

—No me gustó el caballo que se llevó el capitán Gus —prosiguió Po Campo —. Con ese caballo no alcanzará a Blue Duck. Blue Duck lleva siempre el mejor caballo de estas tierras; por eso se escapa siempre.

—No tiene el mejor caballo —cortó Call—. Lo tengo yo.

—Es verdad, es una yegua preciosa. Con ella le alcanzaría, pero el capitán Gus no lo conseguirá. Blue Duck venderá a la mujer. El capitán Gus podría traerla si los indios no acaban con él. Yo no apostaría.

—Si tuviera dinero, yo sí apostaría —terció Deets—. El señor Gus es muy bueno.

—No creo que queden muchos indios —observó Call.

—Hay jóvenes renegados —insistió Po—. Blue Duck siempre los encuentra. Quedan algunos. El llano es muy grande.

Era la pura verdad. Call recordaba las pocas veces que se había aventurado en él. Después de uno o dos días los hombres se ponían nerviosos por la enorme

soledad. « Hay demasiado de nada» , había comentado Pea Eye. Y lo repetía dos o tres veces al día. Como un estribillo, al contemplar los espejismos a distancias infinitas. Incluso un hombre con un buen sentido de orientación podía perderse por la falta de accidentes de superficie que le sirvieran de guía. El agua era siempre dudosa.

—Añoro a Gus —dijo Pea Eye—. Espero oírle hablar de un momento a otro y no está aquí. Mis oídos están como vacíos.

Call tenía que admitir que también lo añoraba, y que además estaba preocupado. Durante todos los años que podía recordar, había tenido una discusión diaria con Gus. Gus nunca contestaba directamente a una pregunta, pero si se enfocaba bien podía conseguirse su opinión. Call notaba cada vez más su ausencia, aunque afortunadamente no había incidentes; el ganado estaba bastante acostumbrado a la marcha y no creaba problemas. En general el equipo se comportaba bien, ni más ni menos irritable que cualquier otro grupo de hombres. El tiempo había sido ideal, el agua abundante, y la hierba de primavera excelente para pastar.

Una idea que turbaba a Call era que había dejado que Gus se fuera solo a una tarea demasiado grande para él, algo que hubieran debido hacer juntos. Con frecuencia, a lo largo del día, mientras cabalgaba en cabeza del rebaño, volvía la mirada hacia el Nordeste esperando la llegada de Gus. Cada vez le atormentaba más la idea de que Gus estaba probablemente muerto. Los hombres desaparecían simplemente en el llano para morir en alguna parte y yacer sin tumba con los huesos finalmente esparcidos por las alimañas. Naturalmente Gus era un hombre famoso, a su modo, y si Blue Duck le daba muerte seguramente alardearía de ello y acabarían enterándose. ¿Pero y si algún joven renegado que no conocía su fama le daba muerte? En este caso desaparecería, simplemente.

La idea de que Gus estaba muerto empezó a pesar sobre Call. Le asaltaba varias veces al día, a ratos, y le hacía sentirse extraño y vacío. No habían hablado mucho antes de que Gus se fuera. Se habían dicho poco. Empezó a desear que las cosas se hubieran precisado mejor. Sabía sobradamente que la muerte no respeta. La gente se caía donde se caía, habiendo o no dejado las cosas resueltas. No obstante, le obsesionaba el que Gus se hubiera ido y no regresara. Contemplaba el gran rebaño desparramado por la pradera y pensaba que nada valía nada, y que todo era un poco absurdo. Algunos días casi sentía la necesidad de soltar el ganado y de pagar al equipo. Quizá se quedaría con Pea Eye, Deets y tal vez el muchacho, y buscarían a Gus hasta que le encontraran.

El equipo regresó de Fort Worth con resaca y derrengado. A Jasper Fant le dolía de tal modo la cabeza que le resultaba insoportable cabalgar. Echó pie a tierra y avanzó los tres últimos kilómetros a pie, deteniéndose de cuando en cuando para vomitar. Intentó que los otros le esperaran —les dijo que en su estado podían fácilmente apalearle y robarle—, pero todos se mostraron

indiferentes. Ya tenían bastante con sus propios dolores de cabeza.

—Por mí puedes ir andando hasta la China —dijo Needle expresando los sentimientos del grupo. Siguieron cabalgando, dejando que Jasper se las arreglara como mejor pudiera.

Po Campo había imaginado el estado en que llegarían y les tenía preparada una sorpresa: un dulce frío azucarado compuesto de vino y limón y unas moras que había recogido.

—El azúcar es importante para combatir el alcohol —explicó—. Comed mucho y echaos un rato.

—¿Dónde está Jasper? —preguntó Call.

—Está vomitando en seco por el camino entre el pueblo y aquí —dijo Soupy Jones—. Lo último que he oído de él es que estaba a punto de vomitar los calcetines.

—¿Qué noticias hay de Jake? —Quiso saber Call.

La pregunta provocó una sorprendente serie de malas miradas.

—Es un orgulloso hijo de puta —dijo Bert Borum—. Se ha comportado como si nunca nos hubiera visto.

—A mí me dijo que olía como una boñiga —dijo Needle—. Estaba sentado allí, jugando y tenía una especie de puta al lado.

—Yo diría que no echa de menos a la que le robaron —intervino Soupy.

Por fin llegó Jasper Fant. Todos estaban de pie, sonriendo, aunque él no imaginaba la razón.

—Supongo que habrá ocurrido algo más divertido de lo que he estado haciendo —comentó.

—Hay cosas más divertidas que vomitar —aseguró Pea Eye.

—Jasper se ha perdido la bebida, por eso reíamos —explicó Allen O'Brien con la mirada algo turbia—. Cuando estaba en Irlanda solía llevar mejor las resacas. Claro que entonces tenía una diaria —reflexionó—. Sí, tenía más práctica.

Cuando Jasper se dio cuenta de que se había quedado sin el dulce de moras, uno de sus platos favoritos, les acusó de desgraciados y amenazó con abandonar el equipo. Pero estaba demasiado débil para cumplir su amenaza. Po Campo le obligó a comer una gran cucharada de melaza para combatir el dolor de cabeza, mientras el resto del equipo ponía el rebaño en marcha.

—Creo que la próxima distracción será el viejo Río Rojo —comentó Dish Boggett poniéndose en cabeza.

60

Cuando el mundo se le iba quedando gratamente seco y la marcha se le hacía agradable, Newt vio de pronto que todo volvía a estar mojado. Dos días antes de llegar al Río Rojo aparecieron al Noroeste unas nubes bajas y tan negras como el humo que produce la grasa. Por la mañana todo era primaveral y delicioso, pero antes de la tarde se inundó de agua.

Durante dos horas llovió con tal fuerza que incluso resultaba difícil ver al ganado. Newt, que iba montado en *Mouse*, sentía frío y se encontraba deprimido. Se hallaban en una llanura desprovista de árboles y solo podían guarecerse bajo el cielo. Montaron un campamento bajo la lluvia y Po Campo sirvió café caliente a litros, pero la noche prometía ser desastrosa. Po y Deets, los dos reconocidos expertos en tiempo, discutieron la situación y admitieron que no sabían cuándo podía dejar de llover.

—No creo que dure una semana —aseguró Po Campo, lo que no animó a nadie.

—¡Maldita sea! —exclamó Jasper—. Como dure una semana, los ríos se pondrán como mares.

Aquella noche participaron todos en la vigilancia del rebaño, no porque el ganado estuviera especialmente inquieto sino porque se estaba más seco a caballo que en el suelo encharcado. Newt empezó a pensar que había sido un error abandonar Lonesome Dove si todo iba a estar tan mojado. Recordó lo claros y secos que eran allí los días. Él y *Mouse* pasaron como pudieron la noche, aunque antes de la mañana estaba tan cansado que había perdido todo interés por vivir.

El día siguiente no fue mejor. Los cielos eran como de plomo, y el señor Gus no había vuelto. Le pareció que tanto él como Lorena llevaban mucho tiempo fuera. Dish Boggett estaba cada vez más preocupado y de vez en cuando se confiaba a Newt. Newt respetaba sus sentimientos, a diferencia del resto del equipo.

—Por culpa de Jake les hemos perdido a los dos —comentó Dish—. Jake es un canalla.

Para Newt resultaba doloroso tener que pensar así de Jake. Todavía recordaba cuando Jake jugaba con él de pequeño. Jake también había conseguido que la

mirada de su madre se volviera alegre y vivaz. Todos los años que Jake estuvo fuera, Newt le recordó con cariño y pensó que si algún día regresaba le parecería un héroe. Pero había que admitir que el comportamiento de Jake desde su regreso no tenía nada de heroico. Bordeaba la cobardía, sobre todo cuando empezó de nuevo a jugar a las cartas, sin preocuparse de que Lorena hubiese sido raptada.

—Si está viva y Gus la trae, estoy dispuesto a casarme con ella —afirmó Dish mientras el agua caía a chorros de su sombrero—. ¡Maldita sea! ¡Esto se va a convertir en un rebaño de peces! —exclamó algo más tarde, mientras seguía en cabeza de la manada. Si Lorena estaba realmente muerta, se apartaría de las mujeres y la lloraría toda la vida.

Aún seguía lloviendo cuando llegaron a los márgenes bajos del Río Rojo. El río había crecido algo pero aún no estaba ni demasiado ancho ni profundo. Lo que preocupaba a Call era cómo llegar a él. Había más de un centenar de metros de arena húmeda con color de óxido. El Rojo era famoso por sus arenas movedizas.

Deets se colocó a su lado, mirando pensativo al río. Durante mucho tiempo había representado el límite norte de sus actividades. La tierra más allá de las arenas con color de óxido era nueva para ellos.

—¿Crees que deberíamos esperar a que baje? —preguntó Call.

—No va a bajar —dijo Deets—. Sigue lloviendo.

Dish se acercó a observar mientras Deets buscaba un buen lugar para vadear con un suelo más firme.

—Me temo que esto le va a cortar la digestión a Jasper —observó, porque la preocupación de Jasper por los ríos era cada vez mayor—. Se hundieron sesenta cabezas de ganado del señor Pierce en este mismo río, aunque fue más cerca de Arkansas. Yo debía tener unos cincuenta kilos de barro sobre la ropa cuando terminamos de sacarlos.

Deets metió a su caballo en la corriente y pronto cruzó el río, aunque tuvo que elegir cuidadosamente el camino a través de una larga extensión de arena antes de estar realmente a salvo en la margen norte. No debió gustarle el cruce porque agitó el sombrero y galopó río abajo. Pronto se perdió de vista bajo la lluvia pero regresó al cabo de una hora y dijo que había un cruce más abajo. Para entonces todo el equipo estaba nervioso, porque el Rojo era legendario por ahogar vaqueros, y el no poder hacer otra cosa que permanecer sentados bajo la lluvia aumentaba la ansiedad general.

Pero sus temores resultaron infundados. La lluvia fue cediendo y salió el sol mientras acompañaban el ganado a través de los barrizales hacia el agua turbulenta. Deets había descubierto una barra de grava que hacía la entrada al río tan buena como una carretera. *Old Dog* condujo el rebaño de lleno adentro y pronto estuvieron del otro lado y pastando la larga hierba húmeda del territorio de

Oklahoma. Cinco o seis de las vacas más débiles se hundieron, pero las sacaron pronto. Dish y Soupy se quitaron la ropa, se metieron en el barro, ataron cuerdas a las vacas y Bert Borum las sacó.

La vista del sol levantó la moral de los hombres. ¡Habían cruzado el Río Rojo y vivían para contarlo! Aquella noche el irlandés cantó durante horas y unos cuantos vaqueros se unieron a él; poco a poco habían ido aprendiendo algunas canciones irlandesas.

A veces Po Campo cantaba en español. Tenía una voz baja y ronca y siempre parecía que se iba a morir por falta de aire. A algunos no les gustaban las canciones porque eran muy tristes.

—Po, tú que eres tan alegre, ¿por qué cantas siempre sobre la muerte? —le preguntó Soupy. Po tenía una pequeña maraca, hecha con una calabaza, y la sacudía cuando cantaba. La maraca y su voz baja y ronca producían un efecto curioso.

El sonido ponía los pelos de punta a Pea Eye.

—Es verdad, Po. No sé cómo siendo un hombre tan alegre cantas siempre tan triste —observó una vez Pea Eye mientras el viejo agitaba su maraca.

—Es que no canto sobre mí —aclaró Campo—. Canto sobre la vida. Yo soy feliz, pero la vida es triste. Las canciones no me pertenecen.

—Pero tú las cantas. ¿A quién pertenecen entonces? —preguntó Pea.

—Pertenecen a los que las escuchan —respondió Po. Era difícil ver sus ojos. Tenía los ojos muy hundidos y pocas veces se quitaba el sombrero de alas anchas.

—Ojalá tuviéramos un violín —dijo Needle—. Si tuviéramos un violín podríamos bailar.

—¿Bailar con quién? —preguntó Bert—. Yo no veo a ninguna mujer.

—Entre nosotros —contesto Needle.

Pero no tenían violín. Solo tenían a Po Campo agitando su maraca, y al irlandés cantando sobre muchachas.

Incluso en una noche clara y hermosa, las tristes canciones y el saber que no tenían mujeres bastaba para deprimir a los hombres. La mayoría de las noches terminaban hablando de sus hermanas, los que las tenían.

Call no se enteraba de las conversaciones ni de las canciones porque continuaba acampando aparte. Lo consideraba mejor. Si el rebaño se escapaba estaría en mejor situación para colocarse en cabeza.

La ausencia de Gus le deprimía. Solo podía significar que algo había ido mal y tal vez nunca sabrían qué había sucedido.

Una noche, mientras limpiaba el rifle, le sobresaltó oír su propia voz. Nunca había sido capaz de hablar a solas, pero mientras limpiaba el arma recordó la conversación mental que había sostenido con Gus y que no había tenido tiempo de hacer realidad antes de que Gus se fuera. « Ojalá hubieras dado muerte al

hombre. Ojalá no hubieras animado a Jake a traer a la muchacha» .

Acababa de pronunciar aquellas palabras. Se sintió doblemente feliz de estar solo, porque si los hombres le hubieran oído habrían pensado que estaba loco.

Pero nadie le oyó salvo la *Mala Bestia*, que pastaba al extremo de una cuerda. Cada noche pasaba un extremo de la cuerda por su cinturón y luego la ataba a su muñeca, para que si se asustaba no pudiera alejarse de él. Call se había hecho tan sensible a sus movimientos que incluso se despertaba cuando levantaba la cabeza para olfatear el aire. Generalmente se trataba de algún ciervo o de algún lobo que pasaban. Pero la yegua se daba cuenta y Call descansaba mejor sabiendo que ella vigilaba.

61

Augustus imaginó que con dos o tres días de cabalgar hacia el Este se situarían en el camino de los rebaños, pero al segundo día empezó a llover y el viaje se hizo desagradable. De una lona que había cogido en el campamento de los cazadores de búfalos cortó un poncho tosco para Lorena, pero así y todo el viaje era malo. Las lluvias eran frías y parecía que iban a durar, así que decidió arriesgarse a Adobe Walls. El viejo fuerte era el único que ofrecía una promesa de cobijo.

Al llegar lo encontraron completamente desierto y la mayor parte de los edificios en ruinas.

—No hay bastantes búfalos —dijo Augustus—. No hace más que un par de años que tuvo lugar aquí la gran batalla y ahora fíjate. Parece como si llevara cincuenta años desierto.

Las únicas señales de vida eran los ratones y las numerosas serpientes de cascabel que iban a la caza de los ratones. Unas lechuzas competían con las serpientes.

Encontraron una estancia con el techo más o menos intacto. Augustus derribó un nido de lechuzas y puso en marcha la chimenea. Para hacer el fuego deshizo lo que quedaba de una vieja carreta.

—Este tiempo entorpecerá la marcha de Call —observó Augustus—. Supongo que todos creerán que estoy muerto.

Lorena aún no había hablado. Encontró difícil romper su silencio; le seguía pareciendo la mejor arma contra las cosas que pudieran sucederle. Hablar no serviría de nada cuando las cosas iban mal..., nadie escuchaba. Si los kiowas hubieran puesto en práctica lo que querían hacer, aunque se hubiera desgañitado chillando nadie la hubiera oído.

Gus toleraba con paciencia su silencio. No parecía importarle. Siguió hablándole como si sostuvieran una conversación, sin referirse a lo que le había ocurrido y tratándola como siempre había hecho en Lonesome Dove.

Aunque no le hablaba, no podía soportar perderle de vista. Por la noche se enroscaba con él en su manta; solo entonces sentía calor. Pero si se levantaba para hacer algo, ella le observaba y si la cosa duraba mucho y le llevaba al exterior, se levantaba también y salía.

Al segundo día seguía lloviendo. Gus revolvió por el fuerte para ver si podía encontrar algo útil y encontró una gran caja de botones.

—Recuerdo que durante la batalla había una mujer aquí —explicó—, y supongo que se fue tan deprisa que se olvidó la caja de los botones.

Había botones de todos los tamaños. Eso le dio una idea. En sus alforjas tenía una baraja, que sacó al momento.

—Juguemos una partida —dijo—. Haremos servir los botones de dinero.

Extendió una manta cerca de la chimenea y clasificó los botones por tamaños, en montones. Había grandes botones de asta que debían de haber sido para gabanes.

—Estos serán monedas de oro de cincuenta dólares —explicó—. Estos de diez dólares y los pequeños de cinco. Vamos a jugar una partida con grandes apuestas.

—No hagas trampas, Gus —dijo de pronto Lorena—. Si haces trampas no habrá polvos.

Augustus se alegró tanto de oírla hablar que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Estamos jugando con botones, cariño —le advirtió.

En las dos primeras manos, Lorena cometió errores; se había olvidado del significado de las cartas. Pero rápidamente recordó y jugó con avidez, riéndose incluso una vez que ganó una mano. Pero no tardó en cansarse. Parecía que cualquier cosa la cansaba si duraba mucho. Y cualquier insignificancia la hacía temblar.

Cuando Gus vio que se estaba cansando le arregló un jergón junto a la chimenea y se sentó a su lado mientras dormía. Sus heridas iban curándose. Estaba mucho más delgada que cuando Blue Duck se la llevó; se le habían hundido las mejillas. Fuera, la lluvia azotaba las grandes praderas. El tejado tenía una gotera en un rincón y bajaba un chorro de agua por una de las paredes.

Se quedaron dos días en el fuerte cómodamente a salvo de la lluvia. Por suerte aquella primera noche Gus vio un ciervo pastando en el patio. Aquella noche cenaron venado y Lorena comió por primera vez con apetito.

—Sigue comiendo así y pronto volverás a ser la mujer más hermosa de Texas.

Lorena no dijo nada. Aquella noche despertó llorando y temblando. Augustus la abrazó y le cantó como si fuera una criatura. Pero no volvió a dormirse. Siguió en su jergón con los ojos abiertos. Una hora o dos antes de amanecer cesó la lluvia y pronto lució el sol sobre la pradera mojada.

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí —dijo Lorena cuando vio a Gus prepararse para la marcha.

—Si lo hiciéramos no duraríamos mucho —respondió Augustus—. Cada renegado hambriento que anda suelto por ahí conoce este lugar. Si apareciera un

grupo correríamos peligro.

Lorena lo comprendía, pero no quería marcharse. Era estupendo estar echada en su jergón, jugando a las cartas con botones, siempre que Gus estuviera allí con ella. No quería ver a otros hombres, sin saber por qué. Tampoco quería que ellos la vieran. En su interior había un fuerte convencimiento de que debía seguir ocultándose. Quería que Gus la ocultara.

—No quiero verlos —dijo mirando a Gus.

—No tienes por qué preocuparte. Procuraré que te dejen en paz. Pero no podemos quedarnos aquí. Hay poca caza y es imposible saber quién puede aparecer de pronto.

Una vez a caballo, Lorena se echó a llorar. No podía controlar sus lágrimas. Aparecían en cualquier momento aunque, como las palabras, no servían para nada. Las cosas ocurrían, por mucho que se llorara.

—Mira, Lorie, no te apures más de lo necesario. Iremos adonde están los vaqueros y entonces todo irá bien. Todavía llegarás a San Francisco.

Lorena casi había olvidado lo que era San Francisco. Pero después recordó: un lugar con barcos donde no hacía calor. Era donde Jake había prometido llevarla. Se había olvidado tan completamente de Jake, mientras duró su confusión, que le resultaba extraño pensar en él. Era como pensar en alguien que hubiera muerto.

—¿Dónde está Jake? —preguntó de pronto.

—No lo sé —contestó Augustus—. Quería venir conmigo pero yo no estaba dispuesto a aguantar a ese sinvergüenza.

Cabalgaron hasta la tarde, sin perder de vista el Canadian que había crecido con las lluvias. Hacia el anochecer llegaron a una loma y vieron un espectáculo sorprendente: cuatro grandes rebaños de ganado dispersados por la pradera hasta donde alcanzaba la vista.

—El río los ha detenido. Están esperando a que baje el agua.

Los vaqueros aún estaban a un kilómetro o más, pero Lorena empezó a temblar al verles. Solo eran más hombres.

—No van a hacerte daño, cariño —la tranquilizó Augustus—. A lo mejor te tienen más miedo a ti que tú a ellos. Probablemente muchos han olvidado qué aspecto tiene una mujer.

Lorena volvió a sumirse en el silencio. No tenía adónde ir. Al acercarse al rebaño más próximo, un hombre galopó hacia ellos.

—¡Pero si es el de la facultad de Yale, el que leyó el latín de mi letrero! —exclamó Augustus—. Me acuerdo de su caballo. Es aquel bayo precioso que recuperamos del viejo Pedro antes de que muriera.

Lorena no miró al hombre. Wilbarger estaba tan sorprendido como Augustus. Había visto a los dos jinetes y pensó que serían exploradores de algún otro ganadero.

—¡Qué sorpresa, McCrae! Pensaba que venía a tres semanas detrás de mí y aparece aquí desde el Oeste. ¿A qué distancia está su rebaño?

—Como puede ver no traigo ni una vaca. Quizá Call aún conserve su rebaño, si no lo ha perdido o soltado.

—No me pareció un imbécil para hacer una cosa semejante. No quiso venderme su yegua.

Se quitó el sombrero ante Lorena.

—No creo conocer a la joven —se excusó.

—Es la señorita Lorena Wood —presentó Augustus—. Tuvo la desgracia de ser raptada. La he recuperado hace poco. Vamos escasos de comida y me gustaría comprarle algo, si les sobra.

Wilbarger volvió a mirar a Lorena, que seguía con la cabeza baja.

—No soy tan canalla como para venderles la comida. Bienvenidos a mi campamento; comerán con mis toscos vaqueros si pueden soportarlos.

—Dudo que podamos —dijo Augustus sin levantar la voz—. Los dos somos tímidos.

—Ya comprendo —respondió Wilbarger volviendo a mirar a Lorena—. Me alegro de que no vengan con un rebaño. Todo el mundo pensaría que hay sitio de sobra en estos llanos, pero como pueden ver están abarrotados. Iba a intentar cruzar hoy pero he decidido esperar a mañana.

Guardó silencio un momento reflexionando sobre el problema de su timidez.

—Nos disponíamos a cenar. Este es un país libre, así que mi consejo es que monten su campamento donde quieran. Pediré un cacharro a mi cocinero y les traeré algo de comer cuando estén instalados.

—Muy agradecido —dijo Augustus—. ¿Hay algún árbol por este lugar?

—No, señor. Si hubiera un árbol por aquí yo estaría sentado debajo.

Montaron su campamento en el llano. Wilbarger cumplió su palabra. Al cabo de una hora volvió con un mulo cargado. Además de un gran pote con carne y alubias trajo una pequeña tienda.

—Apenas uso esta tienda —explicó Wilbarger dejándola junto al fuego—. Estoy contento de podérsela prestar. A lo mejor a la joven le gusta cierta intimidad.

—Me imagino que sus estudios de latín le han enseñado tanta cortesía —observó Augustus—. El cielo es imprevisible y una tienda nos irá estupendamente.

—También he traído una botella —añadió Wilbarger—. Creo recordar que es bebedor.

Tan pronto como la tienda estuvo montada, Lorena se metió dentro. Gus le preparó un jergón y ella se sentó encima para poder verle a través de la abertura. Los hombres se quedaron sentados fuera, bebiendo.

—¿Ha tenido un buen viaje? —preguntó Augustus.

—Pues no. Mi capataz murió, al sur de Fort Worth. Tengo otro rebaño por alguna parte, más adelantado, pero no puedo irme a comprobar si todo va bien. Ni siquiera sé si volveré a verlo, aunque tal vez sí.

—¿De qué murió? Por aquí el clima es sano.

—Murió porque se le cayó un caballo encima, de espaldas —explicó Wilbarger—. Por la manía de probar broncos.

—¡Qué tontería! —comentó Augustus—. Un hombre hecho y derecho debería tener la sensatez de buscar caballos tranquilos.

—Muchos no son así. Esa yegua que el capitán Call no quiso venderme no parece demasiado tranquila, y él es un hombre hecho y derecho.

—Hecho y derecho, pero no lo que podríamos llamar normal. Yo lo achaco a la falta de educación. Si hubiera estudiado latín seguramente le habría dejado que se quedara con ese caballo.

—Entonces, ¿usted se considera normal? —preguntó Wilbarger.

—Por supuesto. Nunca he encontrado a nadie en este mundo tan normal como yo.

—No obstante, aquí está, sentado en este llano desnudo, con una mujer tímida que tuvo que rescatar —observó Wilbarger—. ¿Cuántos canallas tuvo que matar para rescatarla?

—Un montón. Me cargué a los peones pero el jefe se escabulló. Un bandido llamado Blue Duck. Le aconsejo que no se enfrente con él a menos que sea hábil en la lucha.

—¿Cree que ronda por aquí? He oído hablar de él.

—No, creo que se dirige al río Purgatorio. Pero verá, una vez le subestimé y por ello raptó a la señorita. He perdido práctica cuando se trata de adivinar los movimientos de bandidos.

—Veo un poco decaída a esa pobre muchacha. Debería de llevársela de Fort Worth. Hacia el Norte no hay gran cosa en plan de alojamientos o de cuidados médicos.

—Lo tomaremos con calma —le aseguró Augustus—. ¿Dónde quiere que le deje la tienda?

—A últimos de año tengo que hacer unos negocios en Denver. Si estoy vivo, naturalmente, pero tal vez la necesite el próximo invierno, si todavía me muevo por donde hay viento.

—Qué bueno es este *whisky* —dijo Augustus—. Los hombres son imbéciles al abandonar los placeres de la vida estable para seguir una manada de sucio ganado.

—Una buena razón con la que a veces me enfrento. Si es usted un hombre tan normal, ¿por qué lo hace también?

—Un asunto inacabado en Ogallala, Nebraska. No quisiera hacerme viejo sin terminarlo.

—Ya. Otra dama tímida que también fue secuestrada.

Bebieron hasta que la botella estuvo vacía.

—Si tenía dos, ojalá hubiera traído las dos. Necesito volver a beber.

—Bueno, si mañana no cruzamos el condenado río, veré si puedo encontrarle otra. —Wilbarger se puso en pie y añadió—: Pocas veces encuentro un conversador como usted. A propósito, ¿no se cruzó en el camino con un joven *sheriff* de Arkansas? Anda por aquí y me quedé preocupado por él.

—Debe referirse a July Johnson. Nos separamos hace cuatro días. Iba hacia el Norte.

—Sí, llevaba un extraño equipo. Me quedé algo intranquilo. Le encontré un hombre agradable pero sin experiencia.

—Ahora tiene más experiencia. Blue Duck mató a todo su equipo.

—¿Mató a los tres? —preguntó Wilbarger sobresaltado—. Incluso le ofrecí trabajo al muchacho.

—Debió haberlo aceptado. Les enterramos al oeste de aquí.

—Ese Duck debe ser un malvado hijo de puta —concluyó Wilbarger.

Permaneció un momento inmóvil sobre su caballo, contemplando la noche, y al echar a andar añadió:

—Me pareció que Johnson no tenía experiencia.

A la mañana siguiente el viejo cocinero de Wilbarger les trajo algo para desayunar. Era una mañana preciosa. Lucía el sol y los llanos estaban secos. Augustus salió de la tienda, pero Lorena se conformó con mirar desde dentro.

—Esto es como vivir en un hotel, Lorie. Hasta tenemos gente que nos sirve las comidas a medida que las terminamos.

En aquel momento, el cocinero se distrajo y el pequeño mulo le soltó una coz que apenas pudo esquivar.

—Está cansado de hacer este viaje —comentó el cocinero.

—O a lo mejor se ha cansado de la compañía —insinuó Augustus—. Lo compraría si estuviera en venta. Siempre me llevo bien con los mulos.

—Este mulo no está en venta —dijo el cocinero, observando el campamento —. Ojalá todo lo que tuviera que hacer fuera vivir en una tienda.

Y sin más, dio la vuelta y se alejó.

Cuando se perdió de vista, Lorena salió de la tienda y se sentó al sol. Mientras comían, los vaqueros de Wilbarger empezaron a llevar el ganado al río.

—Este Wilbarger es un hombre curioso. Es directo en la forma de hablar, pero me gusta.

Antes del mediodía habían cruzado todos los rebaños y la carreta y la remuda del último empezaban a perderse por el Norte.

—Será mejor que crucemos mientras se pueda —dijo Augustus—. Podría volver a llover.

Desmontó la tienda, que era difícil de llevar sobre un caballo. Al suyo no le

gustó y trató de deshacerse de ella, pero Augustus terminó tranquilizándole. El río había bajado algo y vadearon sin dificultad. Acamparon sobre una larga loma, a unos tres kilómetros al Norte.

—Creo que deberíamos descansar —observó Augustus cuando hubo instalado la tienda—. Me imagino que los muchachos estarán aquí dentro de una semana o así.

A Lorena la tenía sin cuidado que se perdieran o no, pero estaba contenta por tener la tienda. Acababan de montarla cuando volvieron a aparecer las nubes de lluvia, por el Noroeste.

—Es igual que llueva, estamos preparados —dijo Augustus sacando la caja de los botones de su alforja—. No nos impedirá jugar a las cartas.

Wilbarger, precavido, les había dejado café y una pieza de tocino y con estas provisiones, la tienda y los botones pasaron una semana. A Lorena se le llenaron un poco las mejillas y se le curaron las magulladuras. Todavía se arrimaba a Augustus por la noche y sus ojos todavía le seguían cuando salía para arreglar los caballos o a cualquier otra cosa. Una o dos veces, en las noches claras, cabalgaron hasta el río. Augustus había montado un artilugio para pescar con un hilo duro que había encontrado en Adobe Walls. Dobló una aguja para hacer un anzuelo y utilizó renacuajos como cebo. Pero no pescaron nada. Siempre que iba al río se desnudaba y se bañaba.

—Venga, Lorie —le dijo varias veces—. Un baño te sentará bien.

Al fin se decidió. Hacía mucho tiempo que no se había lavado y se encontró a gusto. Gus estaba sentado en una roca, cerca, secándose al sol. El agua corría rápida, y no se adentró demasiado. Le sorprendió ver lo blanca que era su piel, una vez quitada toda la suciedad. Verse con las piernas tan morenas y el vientre blanco la sorprendió de tal forma que se echó a llorar. Lloró desconsoladamente, como si nunca fuera a parar. Gus se dio cuenta y se le acercó para ayudarla a salir del río, porque se había quedado allí en medio llorando, con el agua hasta las caderas.

—Creo que lo mejor es que llores cuanto puedas, Lorie. Pero recuerda que tienes aún mucha vida por delante.

—No debieron haberme llevado —dijo Lorena cuando dejó de llorar. Cogió su destrozado vestido y volvió a la tienda.

62

Cuando llegaron al Territorio, Newt empezó a preocuparse por los indios. El irlandés había oído hablar tanto de cabelleras arrancadas que con frecuencia tiraba de su cabello como si quisiera asegurarse de que no se despegaría con facilidad. Pea Eye, que pasaba la mayor parte del tiempo afilando su cuchillo o asegurándose de que tenía suficiente munición, estaba asombrado de que el irlandés no hubiera visto nunca a una persona sin cabellera. Durante los años en que Pea fue *ranger*, encontraban continuamente colonos sin cabellera, y muchos de sus amigos la habían perdido también.

Los chicos Spettle, que poco a poco se iban volviendo más habladores, confesaron a Newt que si no fuera por el miedo que tenían a perderse se escaparían y volverían a casa.

—Pero tenéis que ocuparos de los caballos —objetó Newt—. El capitán os contrató.

—No sabíamos que íbamos adonde hay indios —protestó Bill Spettle.

Pero por más que hablaron no vieron indios ni vaqueros en muchos días. No vieron a nadie. Solo algún que otro coyote o lobo. A Newt le parecía que cada día que pasaba el cielo se iba haciendo más grande y el país más vacío. No se veía otra cosa que cielo y hierba. La tierra estaba tan desierta que resultaba difícil imaginar que en ella pudiera haber pueblos o gente.

El irlandés encontró especialmente turbador el inmenso vacío. Solía decir con frecuencia:

—Lo que ocurre es que hemos dejado a la gente atrás. ¿Dónde está la próxima gente?

Nadie estaba seguro de cuándo iban a encontrar gente.

—Es una lástima que Gus no esté aquí —comentó Pea Eye—. Gus lo sabría. Es un experto en saber dónde están las cosas.

—Bueno, al norte de aquí no hay nada —dijo Dish sorprendido de que alguien pensara lo contrario—. Hay que ir muy hacia el Este para encontrar ciudades.

—Yo creía que íbamos a encontrar Ogallala —le recordó Needle.

—No he dicho que no lo encontremos. Esto es cosa del capitán. Pero si no es mayor que Dodge me tiene sin cuidado ir hasta allí.

Po Campo se había convertido en el gran favorito de los hombres por lo

sabroso de sus comidas. Era servicial y afectuoso con todo el mundo, pero al igual que el capitán se mantenía a distancia. Solo que Po lo hacía de otra manera. Podía cantarles con su voz ronca, pero era un hombre misterioso, un hombre extraño, andando todo el día junto a la carreta y tallando sus mujercitas de madera toda la noche. Pronto cada uno de los vaqueros recibió una estampilla.

—Para que recordéis a vuestras hermanas —les dijo.

Un día y medio antes de llegar al Canadian las lluvias empezaron de nuevo. En vista de las enormes nubes grises que se formaban al Oeste, la moral de los hombres se vino abajo. Tuvieron que envolverse en sus impermeables, resignados a pasar una noche larga y peligrosa.

La tormenta que les azotó a media jornada del Canadian fue de distinta intensidad debido a los relámpagos. A media tarde, Newt, que iba como de costumbre en la cola, percibió los truenos lejanos y los destellos al Oeste. Vio a Deets conversando con el capitán, aunque era difícil imaginar de qué iban a servir los consejos. Estaban en mitad del llano, lejos de cualquier refugio.

Durante toda la tarde los relámpagos brillaron al Oeste, pero al ponerse el sol Newt vio algo que jamás había visto: un rayo saltó de Sur a Norte, cortando el sol poniente. El rayo pareció recorrer todo el horizonte occidental. El estallido que le siguió fue tan fuerte que Newt casi esperó ver al sol partirse en dos, como un enorme melón rojo.

Después del trueno, las nubes envolvieron todo el grupo como un inmenso rebaño negro, apagando el sol en cinco minutos. La remuda se mostró inquieta, y Newt cabalgó hacia Pete Spettle para ayudarle, pero un rayo cayó tan cerca que su caballo se encabritó y lo derribó. Afortunadamente sujetaba las riendas con fuerza y el caballo no pudo escapar, pero Newt tardó un buen rato en calmarlo para volver a montar en él. El retumbar de los truenos se hizo constante y tan fuerte que le sonaban en la cabeza. Los vaqueros formaban un anillo tan estrecho como podían alrededor del ganado.

En el momento en que Newt volvía a montar cayó un rayo junto al rebaño a menos de cien pasos de donde cabalgaba el capitán. Algunas reses se desplomaron como si las hubieran golpeado con el mismo palo. Fue como si una porción de muro de animales se hubiera caído a tierra como otros tantos ladrillos.

El ganado echó a correr. Salió en masa hacia el Oeste y pasó por entre los jinetes como si estos no estuvieran allí, aunque Dish, el capitán y Deets intentaron hacerles volver. La lluvia empezó a caer en el momento en que el ganado se puso en marcha. Newt espoleó su montura y trató de llegar a la cabeza del rebaño. Vio una larga hilera de rayos que caían, pero las reses no pararon. Oyó el entrechocar de millares de cuernos cuando las reses tropezaban unas contra otras. De nuevo vio la luz azulada rodando por las puntas de los cuernos y se alegró cuando cayó la cortina de lluvia. Galopó hacia ella aliviado. La lluvia solo mojaba…, no le tenía miedo y sabía que si llovía lo bastante fuerte se acabarían

los rayos.

El ganado corrió durante varios kilómetros, pero pronto la tormenta estuvo al este de ellos y entonces solo tuvo que lidiar con la lluvia y la oscuridad. Como había hecho en otra ocasión, pasó gran parte de la noche acompañando al ganado. De tanto en tanto oía el grito de otro vaquero, pero estaba demasiado oscuro y lluvioso para divisar nada. Semejantes noches se convertían en un tormento. Infinidad de veces miraba hacia lo que creía ser el Este, esperando ver aparecer la luz gris que anunciaba el alba. Pero todas las direcciones eran igualmente negras y el tiempo se eternizaba.

Por fin despuntó el día, cargado y sombrío, con el cielo pesadamente cubierto. Newt, con Dish, el irlandés y Needle Nelson, estaba con una gran parte del rebaño, unos mil animales. Nadie sabía con seguridad dónde estaba el resto. Las reses estaban demasiado cansadas para dar guerra, así que Dish se alejó al galope y estuvo fuera aproximadamente media jornada. Cuando por fin regresó, Deets venía con él. El grueso del rebaño estaba a unos diez o doce kilómetros al Este.

—¿Cuántas mató el rayo? —preguntó Newt, recordando la visión del ganado cayendo muerto.

—Trece —contestó Dish—. Pero esto no es lo peor. Mató a Bill Spettle. Le tiró del caballo. Le están enterrando ahora.

Newt estaba hambriento, pero la noticia le quitó el apetito. Había estado charlando con Bill Spettle menos de dos horas antes de que empezara la tormenta. Bill empezaba a mostrarse comunicativo, después de centenares de kilómetros de silencio.

—Dicen que se quedó completamente negro —explicó Dish—. Yo no le vi.

Newt no iba a saber nunca dónde enterraron a Bill Spettle. Cuando fueron a reunirse con el grueso del rebaño este estaba ya en marcha, y la tumba quedó atrás en la llanura fangosa. Nadie sabía qué podía decir a Pete Spettle, que había estado más o menos guardando a la remuda toda la noche. Y aún seguía guardándola, aunque parecía agotado y estupefacto.

Todos estaban hambrientos, así que Call les autorizó a que pararan para comer algo, pero deprisa. Parecía como si fuera a llover otra vez. Sabía que el Canadian estaba cerca y quería cruzarlo antes de que cayera más lluvia; de lo contrario quedarían inmovilizados durante una semana.

—¿Es que no vamos a descansar? —preguntó Jasper, abrumado ante la idea de tener que seguir adelante después de semejante noche.

—Descansaremos al norte del río —dijo Call.

Deets se había adelantado para encontrar un buen cruce, pero estuvo de vuelta casi antes de marcharse. El Canadian estaba solo a seis kilómetros y había un cruce que obviamente había sido utilizado por varios rebaños. Y con gran consternación por parte de Jasper, añadió:

—Tendremos que nadar todos.

—Yo solo deseo no tener que nadar bajo la tormenta —comentó Dish mirando las gruesas nubes.

—No veo la diferencia —dijo Needle—. Nos mojamos igual, y si nadas también te vas a mojar.

—Debería dejar de llover, ya ha llovido bastante —protestó Pea Eye, pero los cielos le ignoraron.

Call estaba más preocupado de lo que daba a entender. Ya habían perdido un muchacho aquel día… otro muchacho que hubo que enterrar apresuradamente, que jamás volvería a su hogar. No deseaba arriesgarse más, pero había que cruzar el río. Galopó para ver el cruce y se convenció de que era seguro. El río venía crecido, pero como no era ancho no tendrían que nadar mucho.

Cabalgó otra vez hacia el rebaño. Muchos se habían puesto ropa seca mientras estuvo fuera, un esfuerzo inútil con el río por cruzar.

—Será mejor que os desnudéis al llegar al río o también os mojaréis esta ropa —advirtió Call—. Envolved la ropa en los impermeables y llevadla en alto; así tendréis algo seco que poneros cuando hayamos cruzado.

—¿Montar desnudos? —preguntó Jasper escandalizado de que se le pidiera semejante cosa. El viaje hacia el Norte estaba resultando peor de lo que había imaginado. Bill Spettle estaba tan tieso cuando le encontraron, que no habían podido estirarlo debidamente; solo le habían envuelto en una manta y metido en un agujero.

—Pues yo prefiero estar desnudo un ratito que tener que viajar después con la ropa mojada, como pasó anoche —dijo Pea Eye.

Al acercarse al río el rebaño fue retenido para que los hombres pudieran desnudarse. Hacía tanto frío que a Newt se le puso todo el cuerpo de carne de gallina cuando se desnudó. Envolvió la ropa y la puso en alto sobre su silla, incluso las botas. El espectáculo de todos aquellos hombres cabalgando desnudos hubiera sido divertido, de no haberse sentido tan cansados y nerviosos. Todo el mundo estaba tan blanco como la barriga de un pez, excepto en las manos y caras.

—¡Menudo grupo de bellezas! —exclamó Dish contemplando al equipo—. Deets es el más guapo de todos, por lo menos es de un solo color. Los demás estamos moteados.

Nadie esperaba que el tiempo empeorara, pero parecía claro que en los llanos el tiempo siempre daba sorpresas. Se levantó viento cuando las reses empezaban a cruzar y para cuando *Old Dog* había cruzado veinte metros a nado, con Dish a un lado y Call en el otro, el cielo gris empezó a soltar bolitas blancas. Dish, que no estaba en la silla, y que sostenía las bridas mientras su caballo nadaba, vio las primeras piedras que caían en el agua y se sobresaltó asustado porque supuso que se trataba de balas. Fue solo cuando levantó la vista y una

piedra le golpeó la mejilla cuando comprendió lo que ocurría.

También Call vio cómo el granizo golpeaba el agua. En un principio las piedras eran pequeñas, y no se preocupó demasiado, porque había visto granizadas que terminaban en cinco minutos.

Pero para cuando él y Dish llegaron a la otra orilla y montaron sobre sus sillas mojadas, se dio cuenta de que era algo más que una granizada pasajera. Las piedras caían a su alrededor, golpeando sus brazos, la silla, el caballo, y aumentaban, por momentos, de tamaño. Dish se le acercó cabalgando, todavía desnudo, intentando protegerse la cara y la cabeza con un brazo. Las piedras caían por todas partes, golpeando el río, y los lomos de los animales, y se incrustaban en los márgenes fangosos.

—¿Qué podemos hacer, capitán? —preguntó Dish—. Cada vez son mayores. ¿Cree que nos matarán a golpes?

Call no había oído de nadie que hubiera muerto por el pedrisco, pero una piedra grande como un huevo acababa de pegarle detrás de la oreja. No obstante, no podían detenerse. Dos de los muchachos estaban en el río nadando, y el ganado seguía cruzando.

—Métete debajo del caballo si se pone peor. Cúbrete con la silla.

—Si lo hiciera este caballo me mataría a coces —dijo Dish. Se apresuró a desensillar y utilizó la manta para cubrirse.

Newt no sabía lo que estaba ocurriendo cuando vio que caían las primeras piedras, y cuando descubrió las pequeñas bolitas saltando sobre la hierba supuso que por fin estaba viendo la nieve.

—Mira, está nevando —dijo excitado a Needle Nelson, que se encontraba junto a él.

—No es nieve, es granizo —comentó Needle decepcionado—. Las dos cosas son blancas —explicó Needle—. La diferencia está en que el granizo es duro.

A los pocos minutos Newt pudo descubrir lo duro que era. El cielo empezó a dejar caer bolas de hielo, al principio pequeñas y cada vez mayores.

—¡Válgame Dios! Será mejor que nos metamos en el río —exclamó Needle. Llevaba un gran sombrero y trataba de resguardarse debajo de él, pero las piedras le molían el cuerpo.

Newt miró a su alrededor en busca de la carreta pero no pudo distinguirla de tan fuerte como era la granizada. Después tampoco pudo ver a Needle. Espoleó el caballo con fuerza y corrió hacia el río aunque no sabía bien qué iba a hacer cuando llegara a él. Mientras galopaba hacia el río casi atropelló a Jasper, que había desmontado y se había fabricado una especie de tienda con su impermeable y la silla… estaba agachado debajo, en medio del barro.

Granizaba con tal fuerza que cuando llegaron al río, *Mouse* saltó un ribazo de seis pies y tiró a Newt. También esta vez consiguió conservar las riendas, pero estaba desnudo y las piedras golpearon a su alrededor. Cuando se puso en pie se

dio cuenta de que *Mouse* hacía una especie de barrera. Agachándose cerca Newt pudo evitar el granizo. *Mouse* lo recibía todo. A *Mouse* no le gustaba aquello pero como la idea de saltar el ribazo había sido suya, Newt no se enterneció demasiado.

Se quedó agachado debajo del caballo hasta que unos diez minutos después de haber empezado dejó de granizar. Los ribazos fangosos del Canadian estaban cubiertos por el granizo, lo mismo que los llanos que les rodeaban. El ganado y los caballos anduvieron pisando el crujiente granizo. De vez en cuando seguían cayendo piedras aisladas, rebotando sobre las que ya había.

Newt vio que el ganado había vadeado el salvaje Canadian, el río que había asustado a todo el mundo, sin demasiada ayuda por parte de los vaqueros, que andaban desperdigados por allí desnudos, agachados debajo de sus sillas y en algunos casos de sus caballos. Era un espectáculo cómico. Newt estaba tan contento de encontrarse vivo que de pronto le entraron ganas de reír. El más divertido de todos era Pea Eye, que estaba a unos treinta metros en medio del río con el agua al cuello y el sombrero calado. Estaba allí, tranquilamente, esperando que dejara de granizar.

—¿Cómo se te ha ocurrido meterte en el agua? —preguntó Newt cuando vio salir a Pea.

—Es la mejor protección. El granizo no llega a través del agua —le contestó.

A Newt le pareció asombroso ver de pronto blancos los llanos que unos minutos antes eran de color pardo.

El irlandés se acercó llevando a su caballo de las riendas y apartando granizo a puntapiés. Empezó a recoger piedras y a lanzarlas al río. Pronto le imitaron varios vaqueros, que probaron a ver cuál podía lanzarlas más lejos haciéndolas resbalar sobre el agua. Entonces vieron algo curioso. Po Campo recogía las piedras de granizo con un cubo, seguido por los dos cerdos, como perros.

—¿Qué pensará hacer con ellas? —preguntó Needle Nelson.

—Probablemente estofado —respondió Pea Eye—. Las está eligiendo como si recogiera guisantes.

—No me gustaría ver a este equipo mañana —comentó Jasper—. Todos estaremos llenos de cardenales. Una me ha dado en el codo y aún no he podido extender el brazo.

—Tampoco te sirve de gran cosa cuando lo tienes estirado —observó Bert desconsideradamente.

—El que no sepa enlazar como tú no quiere decir que no utilice su brazo —dijo Pea Eye. Todo el mundo se metía con Jasper y de vez en cuando Pea se sentía obligado a defenderle. Puso el pie en el estribo y se quedó helado antes de poder pasar el otro. Al echar casualmente una mirada por encima del río descubrió a un jinete que se dirigía hacia ellos. El equipo que se encontraba en la otra orilla estaba de espaldas al jinete y no le habían visto.

—¡Vaya, juraría que es Gus! —exclamó Pea Eye—. No está muerto.

Todos miraron hacia el jinete que se acercaba.

—¿Cómo sabes que es él? —preguntó Bert—. Está muy lejos. Podría ser un jefe indio.

—Conozco bien a Gus. Quién sabe dónde habrá estado.

63

Call y Dish estaban poniéndose los pantalones secos cuando apareció Gus. No se volvieron hasta que oyeron el ruido de su caballo aplastando granizo. Call se dio cuenta enseguida de que Gus montaba un caballo diferente del que había utilizado al marchar, pero él tenía un buen aspecto.

—Nunca me hubiera imaginado que os pusierais a trabajar desnudos —dijo Augustus—. Veo que en cuanto abandoné el campamento la decencia se fue al diablo. Parecéis una bandada de pájaros desplegada desde aquí hasta Fort Worth.

—Bueno, el río es profundo y no llevamos demasiada ropa seca —explicó Call—. Y a ti, ¿qué te ha ocurrido?

—Poca cosa. Llegué aquí la semana pasada y decidí que era una tontería cabalgar hacia el Sur. Tendría que dar la vuelta y volver.

—¿Lograste encontrar a Lorie? —preguntó Dish.

—Desde luego. Probablemente ahora estará sentada delante de la tienda viendo cómo os paseáis desnudos.

Dish se ruborizó y se apresuró a ponerse el resto de la ropa, aunque cuando Gus le señaló la tienda vio que estaba demasiado lejos para que Lorie pudiera haber visto nada.

En aquel momento varios vaqueros desnudos en la orilla sur se lanzaron al río y lo cruzaron a nado tan excitados por el regreso de Gus que olvidaron la prudencia.

—¡Vaya, Gus! —exclamó Pea Eye—. Casi te dimos por perdido. ¿Atrapaste al bandido?

—No, pero lo haré algún día —respondió Gus—. Me encontré con muchos de sus amigos, pero él se me escapó.

—¿Fuiste a una ciudad o algo así? —preguntó Dish—. Cuando te fuiste no tenías ninguna tienda.

—El señor Wilbarger me la prestó. Lorie está muy intimidada y necesita un poco de aislamiento.

—Será mejor que vayamos a pasar la carreta —dijo Call—. Más tarde escucharemos la historia de Gus. Vosotros, los que no estáis vestidos, volved y ayudad.

La salida del sol y la llegada de Gus pusieron a los hombres de buen humor.

Incluso Jasper, normalmente tan preocupado por los ríos, se olvidó del miedo y volvió a atravesar el Canadian a nado para ayudar a cruzar la carreta. Todos consideraron el cruce del río a nado como un pasatiempo divertido, aunque lo habían temido durante más de una semana. No tardaron nada en pasar la carreta. Habían montado a los dos cerdos, pero el macho azul saltó y cruzó a nado.

—A esto se le llama un cerdo independiente —exclamó Augustus—. Veo que conserváis al viejo cocinero.

—Sí, su comida es sabrosa —respondió Call—. ¿Está bien la muchacha?

—Lo ha pasado muy mal, pero es joven. No podrá olvidarlo, pero creo que sobrevivirá.

—Estamos lejos de cualquier sitio donde puedas dejarla —comentó Call.

—No tengo intención de dejarla. Tenemos la tienda de Wilbarger. Seguiremos con vosotros hasta que lleguemos a Nebraska.

—¿Y entonces qué? —preguntó Call.

—No lo sé. Aún no hemos llegado. ¿Qué se sabe de Jake?

—Estaba en Fort Worth cuando pasamos por allí. Me figuro que se dedica sobre todo a las cartas.

—Me encontré con el *sheriff* que le persigue —explicó Augustus—. Está por delante de nosotros. Su mujer huyó y Blue Duck mató a su ayudante y a dos jóvenes que viajaban con él. Tiene más cosas en que pensar, además de Jake.

—Si quiere a Jake, por mí que se lo lleve —dijo Call—. No pienso defender a un hombre que deja que le roben a la mujer y se limita a volver a jugar a las cartas.

—Fue pura prudencia. Blue Duck habría esparcido a Jake sobre todo el territorio si se hubiera enfrentado con él.

—Yo a esto lo llamo cobardía. ¿Por qué no mataste a Blue Duck?

—Es muy rápido. No puedo seguirle sobre este pedazo de carne donde estoy montado. Y además tenía que tener a Lorie en cuenta.

—Me da rabia dejar que se escape un hombre como ese.

—Ve en su busca, Woodrow. Le tenemos a nuestro oeste, probablemente en Colorado. Vete en su busca y yo te cuidaré las vacas hasta que vuelvas. Oye, ¿qué está haciendo ese viejo cocinero?

Veían a todos los vaqueros rodeando la carreta, que aún escurría después de pasar el río.

—Le gusta sorprender a los muchachos —comentó Call—. Siempre les sorprende con algo diferente.

Se acercaron y vieron que Po Campo había transformado las piedras de granizo en una especie de caramelos empleando un poco de melaza. Las bañó en melaza y le dio una a cada uno de ellos.

—Bueno, señor —se dirigió a Augustus—. Veo que ha llegado a tiempo para el postre.

—He llegado a tiempo de ver a un puñado de memos desnudos cruzando el río. Pensé que todos os habíais vuelto indios y os proponíais arrancar la cabellera a Jasper. ¿Dónde está el joven Bill Spettle? ¿Está escondido?

Se hizo un extraño silencio. Lippy, sentado en el pescante de la carreta, dejó de chupar el granizo que le habían dado.

—No, señor, está enterrado —respondió Po Campo—. Víctima del rayo.

—¡Qué pena! —murmuró Augustus—. Era joven y prometía.

—Un solo rayo mató a trece reses —explicó Pea Eye—. Nunca has visto rayos parecidos, Gus.

—Los he visto. También tuvimos mal tiempo.

Newt había entrado en calor y se sentía feliz, con ropa seca y el señor Augustus otra vez con el equipo. El cielo había aclarado y las nubes que habían provocado la tremenda granizada eran ahora meros jirones en el horizonte oriental. Bajo el sol brillante, con el río atravesado, el ganado comiendo la hierba húmeda y Lorena recobrada, la vida parecía maravillosa aunque de vez en cuando recordarían a Bill Spettle enterrado en el barro, unos kilómetros atrás, o a Sean O'Brien junto al Nueces; el sol caliente y el aire fresco no les había proporcionado ningún placer. Po Campo le había dado una piedra mojada en melaza y se quedó sentado allí, lamiéndola y sintiéndose alternativamente feliz y triste mientras los hombres se iban vistiendo y preparando para hacer nuevamente de vaqueros.

—¿Hay algún árbol, o esta llanura llega hasta Canadá? —preguntó Bert Borum.

—No creo que encontremos árboles en varios meses —contestó Augustus.

Los hombres se preguntaban por Lorena. Muchos la seguían teniendo por una belleza. ¿Qué le había ocurrido? ¿Qué aspecto tenía ahora? Para algunos era la máxima belleza que habían visto en su vida y ahora que la tenían cerca volvía a brillar en su recuerdo y les volvía a todos más ansiosos por verla.

El más impaciente era Dish, que no podía apartar los ojos de la pequeña tienda. Ansiaba verla y seguía imaginando que en cualquier momento saldría de la tienda y miraría hacia él. Seguro que le recordaba; quizás incluso agitaría la mano y le llamaría.

Lorena sabía que los vaqueros estaban cerca, pero no se asomó. Gus le había asegurado que volvería pronto y confiaba en él, aunque a veces, cuando la dejaba una hora para ir en busca de caza, todavía temblaba. Blue Duck no estaba muerto. Podía volver y llevársela de nuevo, si Gus no vigilaba bien. Se acordaba de su cara y de la forma que sonreía mientras le daba patadas. Gus era lo único que apartaba los recuerdos, y a veces eran tan vívidos y terribles que deseaba estar muerta para que su cerebro cesara de trabajar y la dejara en paz. Pero su cerebro no quería parar. Solo Gus podía distraerla hablando o jugando a las cartas. Solo su presencia la relajaba lo bastante para que pudiera dormir.

De vez en cuando echaba un vistazo y veía la carreta, y a Gus junto a ella. Era fácil descubrirle por su pelo blanco. Mientras pudiera verle no sentiría ninguna preocupación.

Call dejó que los hombres acamparan. Habían soportado veinticuatro horas muy duras. Un gran buey se había herido cruzando el río. Po Campo le mató con gran eficacia de un hachazo. Lo descuartizó con la misma habilidad y pronto preparó unos filetes. El olor reavivó el hambre de los vaqueros, que cayeron como lobos sobre la carne.

—Una res no alarga demasiado con esta gente —comentó Augustus—. Muchachos, si no aprendéis a dominar vuestro apetito os habréis comido todo el maldito rebaño antes de llegar al río Powder. Será una buena jugada para ti, Call —añadió.

—¿Qué cosa? —preguntó Call. Estaba pensando en Blue Duck.

—Piénsalo. Emprendes la marcha hacia Montana con un rebaño y unos hombres hambrientos. Para cuando llegues, los hombres se te habrán comido el ganado y estarás otra vez sin nada. Entonces los cheyenne y los sioux se cargarán a los hombres y solo quedarás tú.

—¿Y tú qué? —preguntó Call—. Tú también vienes.

—Yo ya me habré detenido por el camino, y a lo mejor casado. Ya es hora de que cree una familia.

—¿Vas a casarte con Lorie? —preguntó Dish súbitamente asustado.

—No, Dish. Pienso en otra persona. Pero no dejes galopar tus esperanzas, aún. Lorie huirá de los hombres durante unos años.

—Pero si lo ha hecho siempre… —observó Needle—. Le ofrecí un buen dinero por dos veces y me miró como si me atravesara, como si yo fuera el cristal de una ventana o algo así.

—Bueno es que eres flaco —observó Augustus—. Además eres demasiado alto para una mujer. En general, las mujeres los prefieren bajitos.

Esta observación les pareció rara a todos. ¿Por qué las mujeres iban a preferirlos bajitos? ¿Y cómo lo sabía Gus? Pero también era una observación consoladora, porque Gus decía siempre lo que nadie esperaba oír. Los que tendrían guardia de noche lo pasarían bien recordando aquellas palabras, pesando los pros y los contras durante horas y discutiendo entre ellos si podía o no ser verdad.

—¡Maldita sea! ¡Cuánto te he echado de menos Gus! —le dijo Pea Eye cuando se disponía a montar para irse.

Call acompañó un momento a Augustus fuera del campamento. Una bandada de grullas se instaló a la orilla del río.

—Es una marcha dura para los muchachos —observó Augustus—. Ya hemos perdido a dos y el joven *sheriff* perdió una muchacha y un niño.

Se pararon a fumar. Los que hacían la guardia de noche iban hacia el rebaño.

—Debimos haber seguido defendiendo la ley y dejado a estos chicos en sus casas. La mitad de ellos se ahogarán o les matará un rayo antes de que lleguemos a Montana —dijo Augustus—. Debimos habernos ido solos y descubierto una ciudad perdida y civilizada. Es así como hoy día se consigue la fama.

—Yo no quiero fama —cortó Call—. Ya he aguantado bastantes forajidos disparándome. Prefiero tener un rancho.

—Yo debo confesar que todavía me gusta luchar. Aguza los sentidos. La otra cosa que los aguza es hablar con las mujeres, pero suele ser más peligroso.

—Ahora has terminado de guardián de esa joven. No es la mujer a quien buscas.

—No, no lo es.

Augustus había estado dándole vueltas a este punto. Claro que por lo que sabía, Clara podía seguir felizmente casada y todo lo que él pensara sobre ella no pasaría de ser un sueño. Había querido casarse con ella durante mucho tiempo, pero la vida metía continuamente a otras mujeres entre él y ella. Ya había ocurrido antes con sus esposas.

—Ojalá te hubieras casado tú —dijo a Call.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría conocer tu opinión sobre el tema. Pero como no tienes experiencia no puedes ayudarme.

—Bueno, el amor nunca lo he tenido cerca. No sé por qué.

—Por falta de interés. Tampoco te habías imaginado nunca si te interesaba y no te gusta arriesgarte.

—Bueno, eso no es así —protestó Call—. Creo que he corrido muchos riesgos.

—En batallas, no en el amor. A menos que lo que hiciste con Maggie quieras considerarlo como un riesgo.

—¿Por qué te empeñas en querer hablar siempre de lo mismo?

—Porque fue lo que hiciste que más se acercó a lo normal —le dijo Augustus —. Es a lo único a lo que puedo referirme. Ahora has traído todo este ganado, con todos los inconvenientes para mí y para todo el mundo, y no tienes el menor motivo conocido para hacerlo.

Call no contestó. Siguió fumando. El irlandés había empezado a cantar al ganado.

—Puesto que tanto sabes de mí, ¿se te ocurre algo? —preguntó.

—Ya lo creo. Llévate el ganado a la ciudad ganadera más próxima, véndelo y paga a los muchachos que te queden vivos.

—Y después, ¿qué?

—Yo iré a ver a las mujeres. Tú llévate a Pea y a Deets y sigue el curso del Purgatorio hasta que encuentres a Blue Duck. Entonces o tú le matas a él o él os mata a todos.

—Y el muchacho, ¿qué?

—Newt vendrá conmigo y aprenderá a tratar a las mujeres. De todos modos tampoco vas a reconocerle y el último muchacho que estuvo cerca de Blue Duck murió con la cabeza aplastada por la culata de un rifle.

—No. Me he propuesto ver Montana. Si somos los primeros, podremos elegir la tierra que queramos.

—Elígela tú. Yo tengo ganas de viajar. Cuando estéis instalados a lo mejor me marcho a la China, quién sabe.

Cuando Augustus se alejó, Call se quedó fumando un momento. Se sentía extraño y algo triste. Jake había resultado un cobarde y nunca volvería a formar parte del viejo equipo. Naturalmente, tampoco había estado integrado en él durante los últimos diez años. El viejo equipo era sobre todo un recuerdo, aunque Pea, Deets y Gus seguían en él a su manera. Pero todo cambiaba.

Vio salir a la muchacha de la tienda cuando Gus desmontó. No era más que una forma a media luz. Gus dijo que no hablaba mucho, ni siquiera a él. Call no se proponía averiguarlo. Galopó una milla o dos en dirección Oeste y dejó a la yegua con la brida larga. El cielo seguía claro y había una fina media luna.

64

Jake pasaba la mayor parte del tiempo en un lugar llamado el « Saloon de Bill» , un local de chapa y tablas en una escarpadura del río Trinity. Era un edificio de dos plantas. Las prostitutas utilizaban la planta alta y los jugadores y vaqueros la planta baja. Desde arriba solían verse grupos de ganado camino del Norte, pequeños y grandes rebaños. De vez en cuando un mayoral venía en busca de bebida y se encontraba con Jake. Cuando descubrieron que había estado en Montana, al norte, algunos trataron de contratarle, pero Jake se reía de ellos. La semana siguiente al abandono del rebaño de Hat Creek había sido una buena semana. No sacaba ni una mala carta y cuando terminó la semana había ganado lo suficiente para vivir uno o dos meses.

—Creo que me quedaré —confesó al mayoral—. Me gusta la vista.

También le gustaba una puta de piernas largas llamada Sally Skull, o al menos así decía llamarse. Regentaba el burdel en nombre de Bill Sloan, que era el propietario del *saloon*. Había cuatro chicas, pero solo tres habitaciones y con la abundancia de rebaños que pasaban, los vaqueros estaban en la casa prácticamente todo el tiempo. Sally había colocado despertadores delante de cada habitación. Concedía a cada hombre veinte minutos; después los despertadores se ponían a sonar con un ruido como una campana de bomberos. Entonces Sally abría la puerta de golpe y se quedaba vigilando mientras que los vaqueros se vestían. Sally era flaca, pero alta, con pelo negro corto. Era más alta que casi todos los vaqueros, y verla allí, de pie, los desconcertaba, tanto que algunos apenas podían abrocharse los botones. En todo caso, eran todos unos adolescentes y no conocían las costumbres de los burdeles y de los despertadores.

Uno o dos de los más atrevidos protestaron, pero Sally no se dejaba impresionar ni admitía compromisos.

—Si no sois capaces de soltar el chorro en veinte minutos, necesitáis un médico, no una puta —les decía.

Sally bebía con abundancia desde que despertaba hasta que se quedaba dormida. Reservaba una de las tres habitaciones para su uso exclusivo. Era una habitación con terracita y un porche. Cuando Jake se cansaba de jugar a las cartas subía y se sentaba con los pies apoyados en la barandilla del porche y

contemplaba cómo se movían las carretas arriba y abajo de las calles de Fort Worth. Una vez Sally puso los despertadores de modo que pudiera disponer de un momento para sí, con un vaso de *whisky* en la mano, y se quedó a hacerle compañía. Se habían caído bien desde el primer momento y le dejaba que durmiera en su cama, pero la cama y los privilegios que conllevaba le costaban diez dólares diarios, una cantidad que él se apresuró a aceptar porque llevaba una buena racha de ganancias. Una vez conseguido lo que se le daba por diez dólares, se sintió en libertad de poder discutir el arreglo.

—Bueno, ¿y si no hacemos otra cosa que dormir? ¿Seguirán siendo diez dólares?

—Sí —respondió Sally.

—Puedo comprarme una maldita cama para la noche y me saldrá más barata —observó Jake.

—Si yo estoy dentro es más que una cama. Además te sientas en la terraza todo lo que quieres, a menos que uno de mis buenos enamorados esté en la ciudad.

Resultó que Sally Skull tenía muchos enamorados y algunos de ellos apestaban tanto que Jake no comprendía cómo podía soportarlos. Pero a ella no le importaban los mulateros ni los cazadores de búfalos; en realidad, parecía que los prefería.

—Soy el único de tus clientes que se ha bañado este año —protestó Jake—. Podrías elegir a banqueros y abogados, y así las sábanas no olerían tan mal.

—Me gustan enfangados y mugrientos. Este lugar no es agradable y aquí no se lleva una vida agradable. Me acostaría con un jabalí si encontrara uno que anduviera con dos patas.

Jake había visto a jabalíes bastante más limpios que los hombres que Sally se llevaba al piso de arriba, pero algo en su comportamiento desgarrado le excitaba, y seguía con ella y le pagaba los diez dólares diarios. Los vaqueros que pasaban por allí eran malos jugadores, así que solía recuperar los diez dólares en una hora. Probó otras mujeres en otros *saloons*, flacas y gordas, pero con ellas acababa recordando a Lorena e inmediatamente perdía interés. Lorena era la mujer más hermosa que había conocido, y su belleza aumentaba en su recuerdo. Pensaba en ella con frecuencia y se le encogía el corazón, pero también la recordaba con rabia, porque desde su punto de vista era enteramente por su culpa por lo que la habían raptado. Fuera lo que fuera lo que le estuviera ocurriendo, era su castigo por su testarudez. Podía fácilmente estar viviendo con él en un hotel decente de Austin o de Fort Worth.

Sally Skull tenía mala dentadura y un cuerpo flaco sin la menor belleza. Sus largas piernas eran delgadas como las de un pájaro y no tenía nada que pudiera compararse con el hermoso pecho de Lorena. Si alguien le soltaba una palabrota, recibía un latigazo verbal capaz de hacer enrojecer al hombre más tosco. Si una

de sus muchachas se ponía demasiado tierna con un vaquero, cosa que siempre podía ocurrir en aquella profesión, Sally se deshacía rápidamente de ella, sacándola por la puerta trasera del *saloon* y echándola a la calle polvorienta.

—No se os ocurra enamoraros cerca de mí —les advertía—. Y si se os ocurre enamoraros, ya podéis iros al callejón —una vez despidió a tres chicas en un mismo día por entretenerse con los muchachos. Durante la semana siguiente ella sola sirvió a los clientes.

Jake consideró que estaba loco por enredarse con Sally; era demasiado bruta para su gusto. Además de su afición a la bebida y a los hombres, tomaba toda clase de polvos que compraba a un boticario. Cuando los había tomado se quedaba echada a su lado con los ojos abiertos, sin decir palabra durante horas. A veces, al amanecer, le despertaba al sacar el corcho de la botella de *whisky* que guardaba al lado de la cama. Después de varios tragos para despabilarse, le quería a él aunque la noche anterior hubiera servido a veinte vaqueros. Sally se enardecía al despuntar el alba. A él no se le ocurría qué le gustaba de ella, pero tampoco podía rechazarla. Ganaba un centenar de dólares al día, o más, pero se lo gastaba casi todo en polvos o en trajes, que solía ponerse solo una o dos veces.

Cuando los hombres de Hat Creek pasaron por allí, algunos entraron y saludaron a Jake, pero él no les hizo el menor caso. Por culpa de ellos había perdido a Lorena, y no quería saber más de ellos. Pero se contaban historias sobre él y no tardaron en llegar a oídos de Sally Skull.

—¿Por qué dejaste que aquel indio se llevara a tu puta? —le preguntó sin rodeos.

—Era un bandido retorcido. Quién sabe, a lo mejor a ella le gusta. Yo nunca le gusté demasiado.

Sally Skull tenía los ojos verdes, que se le dilataban cuando tomaba ciertos polvos. Le miraba como una gata mal intencionada que se dispone a saltar sobre un lagarto. Aunque apenas había salido el sol, ya habían estado dándole al cuerpo y las sábanas mugrientas estaban empapadas de sudor.

—Nunca le he importado —confesó Jake, deseando que los hombres de Hat Creek no se hubieran ido de la lengua.

—Tampoco tú me importarías demasiado, Jake —dijo Sally—. Ojalá pudiera cambiar con ella.

—¿Qué has dicho? —gritó sorprendido.

—He estado con un negro, pero nunca con un indio. Me gustaría probar uno.

Lo del negro fue un golpe para Jake. Sabía que Sal estaba algo loca, pero nunca hubiera imaginado que lo estuviera tanto. La expresión de su rostro le asustó un poco.

—¿Y sabes otra cosa? Yo pagué al negro. Le di diez dólares por hacer de puta, pero no llegó a gastarlos.

—¿Por qué no? —preguntó Jake.

—Porque alardeó y le colgaron de un árbol —explicó Sally—. En Georgia no es bueno alardear. Algunos también querían ahorcarme a mí, pero no tuvieron arrestos para hacerlo con una mujer. Lo que sí hicieron fue echarme de la ciudad.

Aquella noche hubo problemas. Un joven capataz la insultó cuando ella le hizo apresurarse, y ella le disparó en el hombro con el arma que guardaba debajo de la almohada. La herida no fue gran cosa, pero él se quejó y el *sheriff* se llevó a Sally a la cárcel. Jake trató de sacarla con una fianza, pero el *sheriff* no quiso aceptar su dinero.

—¡Que espere sentada! —dijo.

Pero Sally no se quedó sentada esperando. Sobornó a uno de los ayudantes para que le trajera polvos. Estaba hecha un asco, pero esto era precisamente lo que la hacía irresistible a los hombres. El propio Jake no podía resistirse; de un modo u otro le arrastraba pese a su dentadura y a su olor a cebolla y todo lo demás. También sedujo a un ayudante e intentó arrebatarle el arma y huir de la cárcel, aunque si hubiera esperado, el *sheriff* la habría soltado a los dos días. En todo caso, mientras luchaban por apoderarse del arma, ella y el ayudante acabaron por matarse uno a otro. Murieron juntos sobre el suelo de la celda en medio de un charco de sangre y ambos medio desnudos.

El ayudante tenía nueve hijos y su muerte causó una fuerte reacción contra las putas y jugadores, hasta el punto de que Jake creyó prudente abandonar la ciudad. Registró la alcoba de Sally antes de irse y encontró seiscientos dólares en una caja de sombreros; como Sally estaba muerta y enterrada, se los quedó. Las chicas que quedaron estaban tan asustadas que alquilaron un coche y se fueron con Jake a Dallas, donde no tardaron en encontrar trabajo en otro *saloon*.

En Dallas, Jake ganó dinero a un soldado que le informó que había conocido a un ayudante de *sheriff* de Arkansas. El ayudante buscaba al *sheriff*, y el *sheriff* buscaba a un hombre que había dado muerte a su hermano. El soldado se había olvidado de todos los nombres y Jake no mencionó que él era el hombre que se andaba buscando. Pero aquella información le puso nervioso. El *sheriff* de Arkansas estaba evidentemente en Texas, por alguna parte, y podía aparecer en cualquier momento.

Mientras reflexionaba sobre cuál debería ser su próxima decisión, un grupo mal encarado apareció en el *saloon* donde estaba jugando. El grupo lo formaban tres hermanos, los hermanos Suggs. Dan Suggs era el mayor y más comunicativo. Los dos más jóvenes, Ed y Roy, eran huraños e inquietos, siempre estaban pendientes de las puertas para ver quién iba a entrar. Dan no se interesaba por las puertas ni al parecer por ninguna otra cosa más que por tener siempre el vaso lleno de *whisky*. Los tres eran hombres barbudos y despeinados.

—¿No había sido *ranger*? —preguntó Dan cuando oyó mencionar el nombre

de Jake.

—Durante un tiempo.

—Iba con Call y McCrae, ¿verdad? —insistió Dan—. Nunca me encontré con Call ni con McCrae, pero he oído decir que eran muy duros.

A Jake le molestó un poco que aquellos dos hombres tuvieran tal reputación. Le parecía que él había hecho tanto como ellos, en sus días de *ranger*. Después de todo, él era el hombre que había dado muerte a uno de los más famosos bandidos de la frontera.

Mientras hablaban y jugaban un poco a las cartas, Roy Suggs no dejó de escupir tabaco sobre el suelo del bar. Esto molestó a Ralph, el propietario del bar. Trajo una escupidera y la colocó junto a la silla de Roy, pero Roy Suggs le dirigió una fría mirada y siguió escupiendo en el suelo.

—Roy siempre escupe donde le apetece —dijo Dan con una sonrisa aviesa.

—Spoon, ¿qué le parecería hacer de regulador? —le preguntó un poco más tarde—. Por lo que he oído contar recuerdo que sabe manejar bien un arma.

—¿Qué es un regulador? —preguntó Jake. Nunca había oído tal palabra.

—La gente de Kansas empieza a estar harta de todo este ganado de Texas que se lo pisotea todo. Quieren regular este asunto de las marchas de ganado —explicó Dan.

—Regularlo, ¿cómo?

—Con impuestos. La gente no puede llevar el ganado por cualquier sitio. Si quieren cruzar ciertos ríos por ciertos puntos, deberán pagar por el privilegio. Si no quieren pagar en dinero, tendrán que pagar con ganado.

—¿Es una ley de Kansas, o qué? —preguntó Jake.

—No lo es, pero mucha gente cree que debería serlo —afirmó Dan.

—Sobre todo, nosotros —declaró Roy escupiendo.

—Ya veo. Si Call y Gus tratan de pasar ganado por uno de los ríos que estáis regulando, entonces les paráis y les decís que tienen que pagar. ¿Es así como funciona este sistema?

—Eso mismo —respondió Dan.

—Me gustaría ver cómo le decís a Woodrow Call que tiene que pagaros dinero para que su ganado cruce un río. No soy amigo de ese hombre, no me ha tratado bien últimamente, pero a menos de que exista una ley y podáis enseñársela, no conseguiréis un dólar.

—Entonces tendrá que sufrir las consecuencias.

—Alguien tendría que cavar tu tumba: esas serían las consecuencias —observó Jake—. Si Call no te disparaba, lo haría Gus. No están acostumbrados a recibir órdenes de vuestros reguladores.

—¡Así aprenderán! —Cortó Roy Suggs.

—A lo mejor, pero no les enseñaréis vosotros. Si lo intentáis, os dejarán muertos en la silla. —Aunque estaba disgustado con Call y con Gus, le divertía

que tres bandidos desastrados pensaran que podían dominarles.

A Dan Suggs tampoco le gustaba aquella conversación.

—Yo creía que tú eras un hombre con arrestos. Veo que me he equivocado.

—Me sobran arrestos —dijo Jake—. Pero no me uno a gente sin experiencia. Si creéis que podéis acercaros a Call y a McCrae y sacarles dinero con unas cuantas amenazas, sois demasiado inexpertos para mí.

Dan guardó silencio. Luego dijo:

—Bueno, hay muchos más rebaños en camino; ellos son solo uno.

—En efecto —asintió Jake—. Si estuviera en vuestro lugar trataría de regular algunos de los que no van conducidos por *rangers* tejanos.

Roy y Ed le miraron con hostilidad. Les disgustaba que se sugiriera que no estaban capacitados para el trabajo. Pero Dan Suggs era un hombre más frío. Después de jugar a las cartas y de compartir una botella de *whisky*, Dan admitió que el trabajo de regular era un plan que se le acababa de ocurrir.

—Mi impresión es que la mayoría de los vaqueros no saben luchar —expuso Dan—. Casi todos son adolescentes. Los colonos tampoco saben luchar. Muchos de ellos quizá nos pagarían para mantener a las vacas fuera de sus campos de trigo.

—A lo mejor, pero me suena a pura conjetura. Antes de abandonar esta vida fácil de aquí y dejar que me disparen, me gustaría pensar en una perspectiva mejor.

—¿Qué te parece robar Bancos, si lo de la regulación no funciona? —preguntó Dan súbitamente—. ¿Tienes algo que objetar a robar Bancos?

—Dependería del Banco —comentó Jake—. No me gustaría si hubiera mucha Policía. Creo que lo mejor es robar en pequeñas ciudades.

Hablaron durante horas. Roy Suggs siguió escupiendo tabaco al suelo. Dan Suggs señaló que parecía como si todo el dinero se encontrara en Kansas. Si llegaban hasta allí y no eran excesivamente escrupulosos respecto a lo que hacían, podrían hacerse con una buena parte del mismo.

Jake encontró desagradables a los hermanos Suggs. Todos tenían ojos fríos y malvados, y poco afecto entre ellos. Roy y Ed casi se liaron a tiros por una jugada. Se ofreció a conseguirles putas porque seguía estando en buenas relaciones con algunas de las muchachas que habían venido de Fort Worth, pero los hermanos Suggs no estaban interesados. Preferían beber y jugar a las cartas.

De no haber sido por la amenaza de que July Johnson estaba por alguna parte, cerca, hubiera dejado que los hermanos Suggs se fueran a Kansas sin él. Se encontraba a gusto donde estaba y no le apetecía cabalgar duro ni andar a tiros. Pero Dallas no estaba lejos de Fort Smith, y July Johnson podía llegar de un momento a otro. Era una idea incómoda, tan incómoda que tres días después Jake se encontró cabalgando en dirección norte con los tres hermanos Suggs y un negro alto al que llamaban Frog Lip. Jake se equipó con un rifle nuevo antes de

marchar. No había prometido nada a los hermanos Suggs y tan pronto encontrara un buen *saloon* en Kansas, pensaba dejar que siguieran solos.

Frog Lip poseía cinco armas de diversos calibres y pasaba la mayor parte del tiempo limpiándolas. Era un buen tirador. El primer día derribó un ciervo a una distancia que Jake había considerado imposible. Frog Lip encontraba el tiro normal. Jake experimentaba la terrible sensación de que las armas del negro pronto apuntarían a otras cosas además de ciervos, pero él no se proponía estar allí para verlo.

65

July cabalgó días enteros sin ver a nadie ni demasiadas señales de vida salvo los halcones y los buitres girando en el cielo azul sobre la pradera. Una vez vio correr un ciervo a lo largo de una loma y por la noche oía a los coyotes, pero la única caza que vio fueron conejos, y conejo fue lo que más comió.

Siguió andando en dirección Norte, sin olvidar que estaba muy lejos de cualquier ciudad; pero pronto el continuado vacío del país empezó a perturbarle como si no estuviera más que perturbado por las muertes de las tres personas enterradas junto al Canadian. Pensó en ellas más o menos a lo largo del día. Al despertar en el gris amanecer, el rostro de Roscoe estaba grabado en su mente; cuando soñaba, lo hacía en Roscoe, en Joe y en la pobre chiquilla. A veces lloraba al pensar en la finalidad de aquello. Tenía el persistente deseo de devolverles a los lugares donde pertenecían: Fort Smith en el caso de Roscoe y de Joe. Ignoraba adónde pertenecía la muchacha, aunque sabía que a ninguna tumba junto al Canadian.

Lo que estaba haciendo…, en realidad toda su vida…, se le antojaba ahora completamente inútil. Cabalgó a través de tierras vacías sin esperanza de nada, siguiendo simplemente adelante porque tenía que hacer algo. Al adentrarse más y más en el llano dejó de imaginar Forth Smith como un lugar donde podía volver a vivir y trabajar. ¿Qué podría hacer si algún día regresara? ¿Sentarse en la cárcel donde había trabajado con Roscoe o en la cabaña donde había vivido con Elmira?

July no creía que las cosas pudieran irle peor, después de haber perdido a su mujer y de haber llevado a la muerte a tres personas. Pero cuatro días después de haberse separado de Augustus, su caballo empezó a cojear. Algún pincho de cacto escondido entre la alta hierba de la pradera resultó más mortal que una serpiente. El pincho había subido por la pezuña del caballo. July tuvo que amarrar al caballo para sacarle la espina e incluso entonces no tuvo la seguridad de habérsela sacado toda. Cuando ocurrió el accidente estaban a tres días al norte del Cimarrón. Escaseaba el agua y el caballo estaba demasiado cojo para poder montarlo. Lo condujo caminando despacio, confiando en que la pezuña mejoraría, pero no sirvió de nada. El caballo estaba decididamente cojo y no podía soportar ningún peso.

Por fin, sintiendo que se separaba de su último compañero en la vida, desensilló el caballo y lo mató de un tiro. Abandonó la silla, pero recogió el rifle y echó a andar en dirección este. No tenía nada que comer. Se montó un campamento seco y permaneció toda la noche sentado en su manta, tan despierto que pensó que nunca más volvería a poder dormir. Estuvo horas sentado, contemplando cómo iba subiendo la luna hacia las brillantes estrellas. Recordó las noches frías en su cabaña de Arkansas cuando era niño…, cómo su madre amontonaba colchas encima de él y de sus hermanos, y la paz que parecía sentirse debajo de las colchas. Luego pensó en que el sueño era una de las cosas más maravillosas de la vida.

July se preguntó si el sueño de la muerte sería tan bueno, tan consolador y tan caliente como el sueño de su infancia. Tenía un rifle y una pistola…, con apretar uno de los gatillos tendría todo el sueño que deseara. En sus cinco años de defensor de la ley nunca había matado a nadie, aunque tenía la reputación de ser un luchador peligroso. Sería una broma para todos si la única persona a la que diera muerte fuera él. Siempre había pensado que los que se dan muerte son unos cobardes. Su propio tío lo había hecho de un modo doloroso, bebiendo lejía. Su tío estaba abrumado por las deudas.

En aquel momento, sentado y contemplando la luna, suicidarse le parecía sensato. Había arruinado su vida…, sorprendente, inexplicable y rápidamente, pero la había arruinado, seguro. A lo largo de ella todas sus elecciones fueron equivocadas, y esto había costado tres vidas. Matándose se reuniría con Roscoe, Joe, Janey…, y el caballo. Habían empezado viajando juntos; lo decente era que terminaran todos ellos en el mismo lugar.

Empezó a pensar qué arma utilizaría. El cañón del rifle brillaba a la luz de la luna; la pistola pesaba en su funda. Sacó la pistola y giró despacio el barrilete, escuchando los fuertes clics. Se acordó de Elmira. Le pareció que tenía que encontrarla para decirle lo que le había ocurrido a su hijo. Era cierto que nunca pareció quererle… Elmira nunca había querido a nadie, pero Joe había sido su hijo y tal vez quisiera saberlo.

July se pasó toda la noche pensando. Saber que solo tenía que levantar la pistola le tranquilizaba un poco. Sería mejor que primero fuera en busca de Elmira. Quería explicarle que nunca había querido hacer algo que la llevara a huir. Una vez hecho esto podría disparar la pistola y reunirse con sus muertos.

A la mañana siguiente empezó a caminar, pero no sentía lo mismo. Sentía que ya no pertenecía a esta vida. No le habría sorprendido ver una nube de buitres girando sobre su cabeza. Espiritualmente ya estaba con Roscoe. Aquella noche se le terminó el agua, después de haber caminado todo el día por entre la hierba parda y cimbreante. Disparó desde lejos a un ciervo, pero no le dio. A la mañana siguiente le despertó el graznido de los cuervos. Levantó la cabeza y los vio volando a la escasa luz. Estaba cansado de su larga caminata y no se levantó

inmediatamente. No tenía nada que le obligara a levantarse, salvo el sol y los llanos débilmente brillantes. Pero siguió oyendo los cuervos graznando y peleándose no lejos de él. Cuando por fin se levantó descubrió un bosquecillo de árboles bajos a unos doscientos metros de distancia…, no era gran cosa, pero eran árboles y los cuervos estaban posados en ellos.

Entre los árboles descubrió una fuente…, solo un chorrito muy fino, pero había formado un charco de unos diez pies de ancho. Una serpiente negra estaba enroscada sobre una piedra al borde del agua; probablemente era el motivo de las protestas de los cuervos.

July pasó el día junto al manantial. Bebió, se bañó y mojó sus ropas sucias, extendiéndolas sobre la hierba para secarlas. Mientras descansaba, un tejón se acercó al agua y July lo mató con su pistola. Nunca había comido tejón, pero se lo comió y bebió agua del manantial. Pero la mejor comida eran los árboles. Estar de nuevo a la sombra le devolvía cierta paz. Podía mirar a kilómetros y kilómetros de pradera caliente, desde la comodidad de su sombra. Mientras estaba debajo de los árboles, el sol no podía quemarle.

Pero no podía vivir para siempre de un tejón y del agua del manantial. Además, tenía que llevar a cabo una tarea. Esperó hasta el frescor de la noche y reemprendió la marcha. El segundo día cruzó las huellas de una carreta, que venía del Sur. Le condujeron a un riachuelo, pero no vio ninguna carreta. Al día siguiente vio una nube de polvo que resultó ser un pequeño rebaño de vacas. Los vaqueros se asombraron al ver una figura solitaria que caminaba hacia ellos desde el Oeste y se quedaron estupefactos al enterarse de que era un *sheriff* de Arkansas.

—¿Y de dónde venía, de California? —le preguntó el jefe de la expedición. Era un viejo de bigote blanco llamado Johns, suspicaz al principio. Pocos hombres venían andando desde Texas. Pero July no tardó en persuadir al viejo para que le vendiera un caballo. Era el peor caballo de la remuda, pero era un caballo. Pagó cuarenta dólares por él. Al equipo de Johns no le sobraba ninguna silla, pero le dieron consejos. Trataron de que se quedara con ellos aquella noche; llevaban seis semanas de marcha y un forastero era una novedad que se agradecía.

Pero en cuanto estuvo montado se sintió presa de una sensación de prisa. Comió con ellos, volvió a darles las gracias y se alejó cuando empezó a salir la luna. Cuatro días más tarde, escocido por haber montado el pequeño y flaco bayo a pelo, entró al trote en Dodge City.

66

Mucho antes de encontrar el río Republican, Elmira había empezado a preguntarse si todo aquello merecía la pena. Por espacio de dos semanas, mientras estuvo en llano abierto, llovió, granizó y brillaron los relámpagos. Todo lo que poseía estaba mojado y no le gustaba la impresión de sentirse como una rata de agua, aunque esto no molestaba ni a Luke ni a Zwey. De noche hacía frío. Dormía en la dura carreta sobre mantas mojadas y se levantaba más cansada que al acostarse. Los llanos se volvieron fangosos y la carreta se atollaba una y otra vez. Las pieles olían y la comida eran incierta. La carreta resultaba incómoda incluso cuando la marcha era buena. Se pasaba todo el día sacudida y esto le revolvía el estómago. Si perdía el niño en semejante lugar, pensaba que probablemente moriría.

Pensó que había elegido un camino duro, solo para huir de July Johnson. Su propia locura la divertía: siempre se había creído lista, pero… Si Dee Boot pudiera verla, se desternillaría de risa. A Dee le gustaba reírse de las cosas absurdas que hacía la gente. El que ella lo hubiera hecho porque quería verle, aún le divertiría más. Dee le diría que hubiera debido regresar a Dodge City y pedir a una de las chicas que le encontrara trabajo.

Por el contrario, iba conduciendo una carreta tirada por mulos a través del norte de Kansas. Habían tenido suerte al no encontrar indios, pero la suerte podía cambiar. Pronto se hizo patente además que Luke iba a causar tantas molestias como un indio. Era algo que sabía que Zwey no había observado. Zwey la trataba con amabilidad porque en realidad no la trataba de ningún modo. Ahora que había conseguido que viajara con él, parecía satisfecho. No tenía nada que hacer salvo estar allí y se mostró sorprendido cuando se ofreció para cocinar. Cocinaba sobre todo porque se aburría y porque tanto Luke como Zwey eran tan malos cocineros que temía ser envenenada si se decidía a tomar la cocina como cosa suya. Zwey no mostraba la menor intención lujuriosa. Parecía feliz con solo mirarla al final de la jornada.

Por el contrario, Luke no perdió tiempo en dar a conocer sus intenciones. A primera hora de la mañana orinaba delante de ella, riendo y mirándola mientras lo hacía. Zwey, que dormía como un tronco, no se fijó nunca en esa extraña costumbre.

A Luke no se le desanimaba con facilidad. Pronto persuadió a Zwey para ir en direcciones distintas cuando salían a cazar. La caza era escasa, desde luego, pero esta no era la razón por la que Luke cazaba solo. Lo único que cazaba era a Elmira. Tan pronto sabía que Zwey estaba a tres o cuatro kilómetros de distancia de la carreta, volvía grupas y planteaba su deseo. Y no se andaba con rodeos. Amarraba su caballo a la carreta y subía junto a ella. Le pasaba el brazo por los hombros y le hacía crudas sugerencias.

—No —contestaba Elmira—. He venido con Zwey. Me prometió que no se me molestaría.

—¿Por qué preocuparse?

—Espero un niño —le dijo con la esperanza de que esto le desanimara.

Luke miró su vientre.

—Todavía tardará —le aseguró—. Esto no nos va a llevar seis meses. Probablemente no nos llevará ni seis minutos. Te pagaré. He ganado mucho dinero jugando a las cartas en el fuerte.

—No —repitió Elmira—. Además Zwey me da miedo.

No era verdad, pero era una buena excusa. Le tenía más miedo a Luke, que tenía ojos crueles. Había un algo de locura en su mirada. También tenía la asquerosa costumbre de chuparse los dedos. Lo hacía de noche, sentado junto al fuego…, se chupaba los dedos como si fueran caramelos.

Luke siguió subiendo a la carreta y poniéndole las manos encima, pero Elmira siguió negándose. De vez en cuando soñaba en Dee, pero, salvo esta excepción, no le interesaban los hombres. Pensó en decir a Zwey que Luke la molestaba, pero Zwey no era un hombre con el que se pudiera hablar fácilmente. Además, podía provocar una pelea y a lo mejor ganaba Luke, en cuyo caso estaba perdida. Zwey era fuerte, pero lento, y Luke no era hombre que pareciera jugar limpio.

Así que cuando Luke daba la vuelta y subía a la carreta, Elmira se hacía un ovillo. No podía parar del todo sus manazas, pero se volvía un ovillo duro y se concentraba en conducir los mulos.

Cuando Luke comprendió que no iba a hacerla cambiar de idea ni con palabras ni con dinero, probó las amenazas. Por dos veces la pegó y una vez la echó del pescante. Fue un costalazo duro y apenas pudo moverse para salvarse de la rueda de la carreta. Inmediatamente pensó en el niño, pero no lo perdió. Luke la insultó y se alejó cabalgando, y ella volvió a subir y a conducir la carreta.

Al día siguiente la amenazó con matar a Zwey si no aceptaba.

—Zwey es tonto —le dijo—. No es más listo que un búfalo. Le dispararé mientras duerme.

—Se lo voy a decir. A lo mejor no se duerme. A lo mejor incluso te mata.

—¿Qué tienes en contra de mí? —preguntó Luke—. En general te trato bien.

—Me tiraste de la carreta. No creo que eso sea tratarme bien…

—Solo quiero un poquito. Solo una vez. Estamos todavía muy lejos de Nebraska. No puedo aguantar tanto.

Al día siguiente la pilló distraída y la empujó dentro de la carreta junto a las pieles. Se le echó encima como un perro, pero ella se defendió a patadas y arañazos y antes de que él pudiera hacer algo los mulos se desbocaron asustados y Luke tuvo que agarrar las riendas con los pantalones medio caídos. Elmira aprovechó para apoderarse del otro rifle de Zwey. Cuando Luke tuvo a los mulos dominados se encontró encañonado por su rifle de matar búfalos.

Luke esbozó su torva sonrisa.

—Este rifle te rompería el hombro si lo dispararas —le advirtió.

—Sí, ¿y a ti qué te haría?

—Cuando te pille te arrepentirás de no haber accedido —amenazó Luke rojo de ira. Montó a caballo y se alejó.

Zwey volvió antes de la puesta del sol con un pavo salvaje que había conseguido matar. Pero Luke no regresó. Elmira pensó que era mejor contárselo a Zwey. Ya no podía aguantar más a Luke. Zwey se mostraba algo sorprendido de que Luke no estuviera.

—Le he amenazado con el rifle —confesó Elmira.

Zwey se quedó con la boca abierta y todo su rostro reflejó la sorpresa.

—¿Con el rifle? —preguntó—. ¿Por qué?

—Trató de forzarme. Lo intenta todos los días en cuanto tú te vas.

Zwey se quedó pensativo. El pavo asado resultó un desastre, pero por lo menos había algo que comer. Zwey se entretuvo con una pata mientras iba pensando.

—¿Acaso trató de casarse contigo? —preguntó.

—Llámalo así si quieres. Lo intenta continuamente. Quiero que me deje en paz.

Zwey no dijo nada más hasta que hubo terminado la pata. Rompió el hueso con los dientes, chupó el tuétano y luego tiró el hueso.

—Creo que será mejor que le mate si va a portarse así —dijo.

—Podrías llevártelo contigo cuando sales a cazar, como hacíais antes —le susurró la joven—. Si está contigo no podrá molestarme.

Apenas acababa de hablar cuando sonó el disparo. La bala pasó entre los dos y se incrustó en el pavo, derribándolo del palo que lo sostenía sobre las brasas. Los dos corrieron a ponerse a salvo en la carreta y esperaron. Una hora después, seguían esperando. No hubo más disparos, ni apareció Luke.

—Me pregunto por qué habrá disparado contra el pavo —dijo Zwey—. Ya estaba muerto.

—No disparó contra el pavo. Disparó contra ti, pero falló.

—Pues ha destrozado el pavo —comentó cuando salieron y recogieron el ave

ya fría.

Aquella noche Zwey durmió debajo de la carreta con la pistola amartillada, pero no hubo ningún ataque. Comieron pavo frío para desayunar. Dos días más tarde apareció Luke, comportándose como si no se hubiera ido.

Elmira sentía aprensión y temía una lucha entre los dos, pero Zwey parecía haberse olvidado por completo del asunto. En el momento en que Luke llegó descubrieron dos o tres búfalos e inmediatamente cabalgaron hacia ellos para matarlos, y Elmira se quedó conduciendo la carreta. Regresaron al anochecer con tres pieles frescas y aparentemente contentos. Luke apenas la miró. Él y Zwey estuvieron hasta muy tarde asando filetes de hígado de búfalo. Estaban tan cubiertos de sangre que parecía que hubieran sido ellos los despellejados. Elmira odiaba el olor a sangre y se apartó de ellos tanto como pudo.

A la mañana siguiente, antes de que despuntara el día, se despertó molesta por el olor a sangre y al abrir los ojos vio a Luke sentado encima de ella, a horcajadas. Le pasaba las manos ensangrentadas por el pecho. Se le revolvió el estómago por el olor.

Luke estaba tratando de destaparla de la manta. Cuando se levantó para desabrocharse, Elmira rodó bocabajo creyendo que esto le detendría. Le molestó. Se inclinó sobre ella y notó su aliento caliente en la oreja.

—Eres peor que una perra. Tendremos que hacerlo como ellos —masculló.

Elmira apretó las piernas cuanto pudo. Luke la pellizcó, pero ella siguió apretando. Entonces trató de meterle una rodilla entre las piernas, pero no era lo bastante fuerte. Entonces vio a Zwey que arrastraba a Luke y le tiraba por el borde de la carreta. Zwey sonreía como si estuviera jugando con un niño. Levantó a Luke y empezó a golpearle la cabeza contra la rueda de la carreta. Lo hizo dos o tres veces, estrellando a Luke contra el borde metálico de la rueda, y luego le dejó caer como si fuera un tronco viejo. Zwey no parecía estar enfadado. Permaneció junto a la carreta mirando a Elmira. Luke le había arrancado la ropa, dejándola medio desnuda.

—Me molesta que se comporte así. Si le mato no tendré a nadie con quien cazar.

Contempló a Luke, que aún respiraba, aunque tuviera la cara y la cabeza medio destrozadas.

—Seguía insistiendo en casarse contigo. A lo mejor ahora lo deja.

Y desde aquel momento, en efecto, Luke lo dejó. Estuvo cuatro días echado en la carreta, tratando de respirar por la nariz rota. Una de las orejas estaba casi arrancada por la rueda; tenía los labios partidos y varios dientes rotos. Su cara se hinchó hasta tal punto que no sabía si tenía la mandíbula rota, pero resultó que no lo estaba. El primer día apenas podía balbucir, pero persuadió a Elmira de que tratara de coserle la oreja. Fue un trabajo mal hecho porque Luke gritaba y se movía cada vez que le tocaba con la aguja. Cuando hubo terminado, la oreja no

estaba en su lugar apropiado; quedaba un poco más abajo que la otra y había tirado demasiado del hilo, así que la forma estaba algo rara, pero por lo menos la tenía puesta en la cabeza.

Zwey se rio de la pelea como si él y Luke hubieran sido dos chicos jugando, aunque la nariz de Luke quedó torcida hacia un lado. Después sufrió escalofríos y fiebre. Se revolvía por la carreta gimiendo y sudando. No llevaban ninguna medicina y no podían hacer nada por él. Tenía muy mal aspecto, con la cara hinchada y negra. Elmira pensó que era raro que hubiera recibido semejante castigo solo por querer meterse con ella.

Respecto a eso ya no había nada que temer. Cuando cesó la fiebre estaba tan débil que casi no podía darse la vuelta. Zwey se iba de caza, como había estado haciendo, y Elmira seguía conduciendo la carreta. Por dos veces se le clavó la carreta en un riachuelo y tuvo que esperar a que Zwey la encontrara y la sacara. Parecía tan fuerte como cualquiera de los mulos.

No habían visto un alma desde que abandonaron el fuerte. Una vez creyó ver un indio vigilándola desde una pequeña loma, pero después resultó ser un antílope.

Ocurrió dos días antes de que Luke pudiera salir de la carreta. Durante todo el tiempo, Elmira le trajo la comida y le insistió para que la comiera. Parecía que toda pasión había sido arrancada de él. Pero una vez, mirando a Zwey, dijo:

—Algún día le mataré.

—No debiste fallar el tiro aquel día —le dijo Elmira para molestarle.

—¿Qué tiro? —preguntó.

Le contó lo del disparo que dio en el pavo y Luke sacudió la cabeza:

—Nunca disparé contra el pavo. Pensaba alejarme y abandonaros, pero después cambié de idea.

—Entonces, ¿quién disparó? —preguntó Elmira. Luke no contestó.

Informó de ello a Zwey, pero él ya se había olvidado del incidente y no parecía interesado en el tema.

Pero después de esto volvió a tener miedo por la noche… El que hubiera disparado al pavo seguía por allí. Se encogió en la carreta, espantada, y se pasó los días deseando llegar a Ogallala.

67

A través de todo el territorio, Newt siguió esperando ver indios; era de lo único que hablaban los vaqueros. Dish aseguraba que había todo tipo de indios en el territorio y que algunos de ellos estaban lejos de haber sido eliminados. Este convencimiento turbaba a Pea Eye, que quería creer que los días de lucha contra los indios habían terminado.

—Se supone que ya no nos atacan —solía decir—. Gus asegura que el Gobierno les pagó para que dejaran de hacerlo.

—Sí, ¿quién ha oído decir que los indios hacen lo que se supone que deben hacer? —comentó Lippy—. Quizás algunos de ellos creen que no se les ha pagado bastante.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Jasper—. ¿Has visto un indio alguna vez?

—He visto muchos —le informó Lippy—. ¿Quién te crees que me hizo el agujero en el vientre? Fue un indio apache el que me lo hizo.

—¿Apache? —exclamó Dish—. ¿Dónde te encontraste con un apache?

—Al oeste de Santa Fe —contestó Lippy—. Comercié por aquella región, ¿sabes? Allí fue donde aprendí a tocar el piano.

—No me sorprendería que se te olvidara antes de que lleguemos a un lugar donde tengan uno —observó Pea Eye.

Pea Eye se encontraba cada vez más deprimido ante la perspectiva de los llanos infinitos. Normalmente, en sus días de viajero, había cabalgado por un tipo de terreno unas veces y luego había llegado a otro. Y así había sido al principio de la marcha: primero hubo matorrales, después colinas calcáreas, luego otras matas distintas, y al fin los llanos. Pero a continuación solo hubo más y más llanos, y ningún final de ellos en perspectiva. Una o dos veces preguntó a Deets cuándo podían contar con que se terminaran, porque Deets era el experto en distancias, pero esta vez Deets tuvo que confesar que lo ignoraba. No sabía cuánto tiempo durarían.

—Un millar, supongo —dijo.

—¿Mil kilómetros? —repitió Pea—. Estaremos todos viejos y barbudos antes de que lleguemos tan lejos.

Jasper le explicó que a una media de quince kilómetros por día les llevaría

solo unos dos meses en cubrir mil kilómetros. Calculándolo en términos de meses resultaba más reconfortante que en términos de kilómetros, así que Pea lo calculó en meses durante cierto tiempo.

—¿Cuándo habremos pasado un mes? —preguntó de pronto una noche a Po Campo. Po era otra fuente de información de toda confianza.

—No os preocupéis por los meses —aconsejó Po Campo— y los meses no os molestarán. Me preocupa más la sequía.

—Cielos, aún no hay nada seco —dijo Pea Eye—. Ha llovido mucho.

—Ya lo sé —dijo Po—. Pero podemos llegar a un lugar donde se le olvide llover.

Desde mucho tiempo atrás se había sabido ganar el afecto de los cerdos de Gus. El macho le seguía por todas partes. Se había hecho alto y flaco. A Augustus le molestaba que los cerdos demostraran tan poca fidelidad; cuando llegó al campamento y vio al macho durmiendo junto al puesto de trabajo de Po Campo, estuvo a punto de soltar unos duros comentarios. El hecho de que muchos de los hombres hubieran llegado a considerar a Po Campo como un oráculo, también irritaba a Augustus.

—Po, eres demasiado bajo para ver lejos, pero he oído que dices la buenaventura —le comentó una mañana cuando llegó en busca del desayuno.

—Puedo decir algunas, pero no creo poder decirle la suya.

—No quiero que nadie me la diga —interrumpió Jasper—. Podría enterarme de que voy a morir ahogado en el río Republican.

—Me gustaría oír la mía —dijo Augustus—. Una vieja negra de Nueva Orleans me la dijo varias veces, y siempre te dicen lo mismo.

—Probablemente dicen que nunca serás rico y que nunca serás pobre —observó Po batiendo los huevos revueltos.

—En efecto, y es un aburrimiento. Además puedo mirarme el bolsillo y llegar a la misma conclusión. No soy exactamente rico ni pobre.

—¿Qué más le gustaría saber sobre su suerte? —preguntó Po Campo con toda corrección.

—¿Cuántas veces más tendré la oportunidad de casarme? Esto es lo único interesante, ¿no crees? En qué río me ahogaré me tiene sin cuidado. Esto solo interesa a Jasper. Me gustaría saber mis perspectivas matrimoniales.

—Escupa contra la carreta —ordenó Po.

Augustus se acercó a la carreta y escupió contra la madera. El día anterior Po Campo había cogido seis polluelos de gallina salvaje y ahora estaban correteando en el suelo de la carreta, piando. Po se acercó y miró un instante la expectoración de Augustus.

—No más esposas para usted —declaró tajante y regresó a los huevos revueltos.

—¡Qué decepción! —exclamó Augustus—. Hasta ahora solo he tenido dos

esposas y ninguna de ellas vivió mucho tiempo. Pensé que me correspondía una más.

—En realidad no quiere otra esposa. Usted es como yo, un hombre libre. El cielo es su esposa.

—Bueno, entonces tengo una esposa seca —concluyó mirando al cielo sin nubes.

El cerdo se levantó sobre las patas traseras y apoyó las delanteras a un lado de la carreta. Quería ver a los polluelos.

—Yo te habría hecho jamón de haber sabido que ibas a resultarme tan voluble —le advirtió Augustus.

—¿Puedes adivinar cosas de alguien con solo mirar su escupitajo? —preguntó Pea Eye. Había oído hablar de adivinos, pero pensó que lo hacían con cartas.

—Sí —respondió Po Campo, pero no dio más explicaciones.

Justo cuando se disponían a cruzar a Kansas aparecieron unos indios. Había solamente cinco y llegaron tan silenciosamente que nadie se dio cuenta al principio. Newt estaba en la cola. Cuando se posó el polvo vio al capitán hablando con un pequeño grupo de gente montada. Al principio supuso que se trataría de vaqueros de otro rebaño. No pensó que pudieran ser indios hasta que el capitán se acercó con ellos.

—Cogedlo —dijo el capitán señalando un buey con una pezuña partida que andaba cojeando en la cola.

Para cuando se dio cuenta de que eran realmente indios, ya habían separado el buey y se lo llevaban mientras el capitán les contemplaba sentado. Newt tenía casi miedo de mirarles, pero cuando lo hizo le sorprendió lo flacos y pobres que parecían. El viejo jefe no era más que huesos y piel. Al pasar junto a Newt este se dio cuenta de que uno de sus ojos era completamente blanco lechoso. Los otros indios eran jóvenes. Sus caballos estaban tan flacos como ellos. No tenían sillas, solo mantas, y solamente uno iba armado, con una vieja carabina. Los indios separaron al buey del rebaño con la misma habilidad que un vaquero y pronto lo tuvieron andando a través de la vacía llanura. El viejo levantó la mano en dirección al capitán, al marcharse, y el capitán le devolvió el gesto.

Aquella noche se comentó mucho el acontecimiento.

—Bueno, no daban mucho miedo —comentó Jimmy Rainey—. Creo que podíamos haberlos eliminado con facilidad.

Po Campo rio entre dientes.

—No vinieron aquí para pelear —dijo—. Tienen hambre. Cuando van a luchar tienen otro aspecto.

—En efecto —asintió Lippy—. No tardan ni un segundo en hacerte un agujero en el vientre. A mí me ocurrió.

Call había adquirido la costumbre de cabalgar todas las noches con Augustus cuando este le llevaba la cena a Lorena. Augustus solía acampar a un kilómetro

del rebaño, así que disponían de unos minutos para hablar. Augustus no había visto a los indios, pero se había enterado de que les habían regalado un buey.

—Veo que con los años te ablandas —comentó—. Ahora alimentas a los indios.

—Eran wichitas —contestó Call— y tenían hambre. De todos modos ese buey no hubiera aguantado. Además, conocía al viejo. ¿Recuerdas a Bacon Rind? O por lo menos así le llamábamos.

—Sí, nunca fue un luchador. Me sorprende que aún esté vivo.

—Una vez nos dio búfalo para comer. Era justo que le diéramos un buey.

Estaban a unos cincuenta metros de la tienda, así que Call tiró de las riendas. No podía ver a la muchacha, pero tuvo cuidado de no acercarse demasiado. Augustus le había dicho que estaba aterrorizada.

—Fíjate qué azul está hacia poniente —observó Augustus—. He oído decir que lo llaman los Montes Azules. Me figuro que será eso.

La pradera se ondulaba y había elevaciones hacia el Norte hasta donde alcanzaban a ver. Aunque el cielo seguía estando amarillo por el resplandor del ocaso, los montes, delante, tenían un colorido azul eléctrico, como si la luz de un rayo se hubiera condensado en sus cimas.

Al amanecer, los Montes Azules brillaban hacia el Norte. Augustus solía salir temprano de la tienda para poder contemplar la salida del sol. Lorena había dejado de tener pesadillas y dormía profundamente, tan profundamente que era difícil despertarla por las mañanas. Augustus no le daba prisa. Había recobrado el apetito y engordado un poco, y últimamente tenía el sueño más reposado. La hierba estaba mojada de rocío, así que se quedó sentado sobre su manta contemplando cómo Dish Boggett dirigía el ganado hacia un punto cercano a la distancia azul. Dish siempre pasaba tan cerca de la tienda como podía, o se atrevía, esperando tener una visión fugaz de Lorena, pero era una esperanza pocas veces recompensada.

Cuando Lorena despertó y salió de la tienda, el rebaño casi no se veía, aunque Lippy y la carreta no estaban muy lejos. Po Campo y los dos cerdos caminaban a unos cien metros por delante de la carreta, fijándose en todas las cosas.

Augustus dejó sitio a Lorena en la manta y ella se sentó sin decir palabra, contemplando al hombrecillo que andaba con los cerdos. Al subir el sol disminuyó el azul en el Norte y pudo verse que los montes eran unas colinas bajas y de color pardo.

—Debe de ser la ondulación de la hierba lo que les da ese color azul, o quizás el aire —dijo Augustus.

Lorena permaneció callada. Tenía tanto sueño que apenas podía mantenerse sentada. Se apoyó en Gus y cerró los ojos. Él la rodeó con sus brazos. Sus brazos estaban calientes y el sol que le daba de lleno en la cara también era caliente. Últimamente tenía tanto sueño que le parecía que nunca estaba del todo

despierta, pero no importaba mientras Gus estuviera allí para hablarle y dormir junto a ella. Si él estaba allí, podía abandonarse y dejarse vencer por el sueño. A él no le importaba. Solía descansar entre sus brazos mientras él la sostenía, hablando casi solo, porque ella solo le oía a medias. Solo cuando pensaba en que llegarían a una ciudad se mostraba preocupada. Se refugiaba en el sueño todo lo que podía para no tener que pensar en ciudades.

Augustus le acarició el cabello mientras estaba recostada en él. Pensaba en lo curiosa que era la vida, en que él y Lorena estuvieran sentados sobre una manta de caballo en el extremo sur de Kansas contemplando cómo el rebaño de Call desaparecía hacia el Norte.

Un disparo absurdo durante una partida de cartas en Arkansas había provocado todas aquellas cosas, cosas de fin imprevisible. Aquel disparo había acabado matando no solo a un dentista. Sean O'Brien, Bill Spettle y las tres personas que viajaban con July Johnson ya habían perdido la vida, y Montana aún quedaba muy lejos.

—Hubiera debido aceptar que le ahorcaran —dijo Augustus en voz alta.

En realidad no podía culparse a Jake de ninguna de las muertes aunque sí de las penalidades de Lorena, que en opinión de Augustus merecían la horca.

—¿Quién? —preguntó Lorena. Tenía los ojos abiertos, pero aún reclinaba la cabeza en el pecho de Augustus.

—Jake —contestó—. Mira todo lo malo que ha ocurrido desde que apareció.

—Quiso llevarme a la ciudad, pero yo no quería ir. No quería más ciudades. Y sigo sin querer más ciudades —repitió algo más tarde, empezando a temblar ante la idea de todos los hombres que habría en ellas.

Augustus la estrechó con fuerza y no intentó discutir con ella. Pronto dejó de temblar. Dos enormes halcones vigilaban la pradera, a poca distancia.

—Mira estos pájaros —dijo Augustus—. Yo daría un montón de dinero si pudiera volar como ellos.

Lorena tenía una extraña idea en la cabeza. Gus la tenía entre sus brazos, como había hecho cada día y cada noche desde que la salvó. Pero no se había acercado a ella, ni siquiera había mencionado nada. Ella pensaba que la dejaba que se repusiera por simple bondad. No quería que él se le acercara, nunca más volvería a querer a ningún hombre. Pero la inquietaba. Sabía lo que los hombres esperaban de ella. No solo una compañera de cama. Si Gus había dejado de desearla, ¿qué significaba? ¿La llevaría a alguna ciudad un buen día y le diría adiós?

—Caramba, Lorie, hueles fresca como el rocío —comentó oliéndole el cabello—. Es un milagro que puedas conservarte tan limpia en sitios perdidos como este.

Le había caído un botón de la camisa y podía verse un mechón de pelo blanco de su pecho. Ella quería decirle algo, pero le daba miedo. Trató de

empujar aquellos pelos blancos del pecho bajo la camisa. Augustus se echó a reír al ver lo cuidadosamente que lo hacía.

—Ya sé que estoy hecho un desastre —observó—. Es culpa de Call. No me ha dejado traerme al sastre en este viaje.

Lorena permaneció en silencio, pero el miedo que sentía en su interior iba en aumento. Gus se había vuelto demasiado importante para ella. La turbaba pensar que algún día podría dejarla. Quería estar segura de él, pero no sabía cómo hacerlo. Después de todo, él le había confesado que había otra mujer en Ogallala. El súbito miedo la hizo temblar otra vez.

—¿Qué te pasa? —le preguntó—. Tenemos una mañana maravillosa y tú estás sentada aquí, temblando.

Lorena tuvo miedo a hablar y se echó a llorar.

—Lorie, somos un par de personas sinceras. ¿Por qué no me cuentas lo que te preocupa tanto?

Le pareció tan afectuoso que se tranquilizó algo.

—Si quieres puedes echar un polvo —dijo—. No te cobraré nada.

Augustus sonrió.

—Eres muy generosa. ¿Pero por qué una belleza como tú va a rebajar el precio? Deberías aumentarlo, porque estás más hermosa que nunca. Nunca me ha parecido mal pagar tributo a la belleza.

—Si quieres, puedes hacerlo —repitió temblando.

—¿Y si quisiera cinco o seis? —preguntó, frotándole el cuello con su mano cálida. Esto la alivió. Seguía siendo el mismo. Podía verlo en sus ojos—. Lo cierto es que quieres librarte de estas cosas por un tiempo. Es natural. Tómate el tiempo que quieras.

—No importará el tiempo —murmuró y empezó a llorar de nuevo. Gus la abrazó.

—Me alegra que no levantáramos el campamento. Hay una nube fea hacia el Norte. No tardaremos en quedar empapados. Seguro que los vaqueros ya están flotando.

Se alegró de que fuera a llover y de que se quedaran un poco más. No le gustaba estar demasiado cerca de los vaqueros. Era más reconfortante quedarse con Gus. Cuando él estaba le resultaba más fácil no pensar en las cosas que habían ocurrido.

Por alguna razón, Gus seguía vigilando la nube, que a ella no le parecía fuera de lo corriente o distinta de otras. Pero él la miraba fijamente.

—Es una nube extrañísima —concluyó.

—No importa que llueva. Tenemos la tienda.

—Lo más curioso es que puedo oírla. Hasta ahora nunca había oído que una nube hiciera semejante ruido.

Lorena escuchó. Le parecía oír algo, pero lejano y apagado.

—Quizá se levante viento —comentó.

Augustus seguía escuchando.

—No se parece a ningún ruido de viento que yo conozca —dijo poniéndose en pie. Los caballos también miraban hacia la nube. Parecían estar nerviosos. El ruido que hacía aquella nube oscura se había vuelto más fuerte, pero seguía aún lejano e indefinido.

De pronto Augustus se dio cuenta de lo que era.

—¡Dios mío, son langostas, Lorie! He oído decir que llegan como nubes sobre la pradera, aquí está la prueba. Es una nube de langostas.

Los caballos pastaban sujetos por sus largas cuerdas de guía. No había árboles para amarrar las cuerdas y tuvo que mover una gran piedra que sujetaba las cuerdas. Solía ser suficiente porque los caballos eran tranquilos. Pero ahora movían los ojos despavoridos y tiraban de la cuerda. Augustus las agarró… Tendría que sujetarlos él.

Lorena observaba la nube, que venía hacia ellos más deprisa que una nube de lluvia. Oía claramente el zumbido de millones de insectos. La nube cubrió el llano delante de ellos desde el suelo hasta arriba en el aire. Hizo desaparecer la tierra como si le hubieran puesto una cubierta.

—Entra en la tienda —ordenó Augustus. Mantenía sujetos a los aterrorizados caballos—. Entra y amontona lo que tengas a lo largo de los bordes para mantenerlas fuera.

Lorena corrió hacia dentro y antes de que Augustus pudiera seguirla, las langostas cubrían cada pulgada de lona. Augustus tenía medio centenar sobre el sombrero, aunque trató de quitarlas antes de entrar en la tienda, y más sobre sus ropas. Entró de espaldas, agarrando las cuerdas que sujetaban a los caballos.

—Baja los faldones —dijo, y Lorena así lo hizo. Pronto no había más que la abertura por donde pasaban las dos cuerdas. La tienda resultaba sombría y oscura a medida que las langostas iban cubriendo la lona… Unos insectos encima de otros. El ruido que hacían al extenderse sobre la hierba de la pradera era tan fuerte que Lorena tuvo que apretar los dientes. A medida que aumentaba la oscuridad en la tienda empezó a temblar y a llorar… Más problemas y más miedo en esta vida.

—No es nada, cariño, son solo bichos —la tranquilizó Augustus—. Agárrate a mí y no nos pasará nada. No creo que los bichos se coman la lona con tanta hierba como tienen.

Lorena le echó los brazos al cuello y cerró los ojos. Augustus echó un vistazo y vio que cada pulgada de cuerda estaba cubierta de langostas.

—Bueno, el viejo cocinero de Call, que le gusta freír bichos, estará contento. Esta noche podrá freír una carretada si quiere.

Cuando la nube de langostas cayó sobre el equipo de Hat Creek, estaban en pleno llano y no podían hacer otra cosa que verlas llegar con sorpresa y terror. Lippy seguía sentado en el pescante, con la boca abierta.

—¿Son langostas? —preguntó.

—Sí y cierra la boca si no quieres que te ahoguen —le dijo Po. Rápidamente subió a la carreta se enroscó en su sarape y se bajó el sombrero.

Los vaqueros, que vieron la nube mientras cabalgaban, estaban aterrorizados. Dish Boggett llegó corriendo hasta el capitán, que estaba sentado con Deets, observando la nube que se acercaba.

—Capitán, ¿qué vamos a hacer? —preguntó—. Hay millones de ellas. ¿Qué podemos hacer?

—Sobrevivir —respondió Call—. Es lo único que podemos hacer.

—Es la plaga —comentó Deets—. ¿No lo dice la Biblia?

—Sí, pero eran cigarras —respondió Call.

Deets miraba asombrado mientras los insectos volaban hacia ellos, una tormenta de bichos que llenaban el cielo y cubrían la tierra. Aunque estaba un poco asustado, lo que más le afectaba era el misterio de todo aquello. ¿De dónde venían? ¿Adónde irían? El sol se reflejaba de un modo extraño en los millones de insectos.

—Quizá las han enviado los indios —murmuró.

—Lo más probable es que se hayan comido a los indios. A los indios y a todo lo demás.

El primer susto de Newt cuando la nube les cayó encima fue creer que iba a ahogarse. En un segundo las langostas cubrieron sus manos, su cara, sus ropas y su silla. Había un centenar que colgaba de las crines de *Mouse*. Newt temía respirar por temor a que se le metieran en la boca y la nariz. El aire estaba tan lleno de ellas que no podía ver el ganado y apenas veía el suelo. A cada paso *Mouse* aplastaba montones. El ruido que hacían era tan fuerte que le pareció que si gritaba nadie le oiría, aunque Pea Eye y Ben Rainey estaban a pocos metros. Newt se cubrió la cabeza con el brazo doblado para protegerse. *Mouse* echó a correr de repente, lo que significaba que el ganado también corría, pero Newt no levantó la vista. Temía mirar por si las langostas le arañaban los ojos. Mientras él y *Mouse* corrían, notaba el chocar de los insectos contra él. Fue un alivio descubrir que podía respirar.

De pronto *Mouse* empezó a retorcerse y retroceder, tratando de desprenderse de las langostas, y al mismo tiempo desprendiéndose casi de Newt. Newt se agarró con fuerza al arzón de la silla, temeroso de que si se caía las langostas lo aplastaran. Al sentir cómo temblaba el suelo se dio cuenta de que el ganado corría. *Mouse* dejó de agitarse y se lanzó al galope. Cuando Newt se arriesgó a

mirar, lo único que vio fueron insectos suspendidos en el aire. Mientras corría se le iban colgando de la camisa. Cuando trató de cambiar las riendas de mano, la cerró sobre varias langostas y casi las dejó caer. Le hubiera reconfortado ver por lo menos a un vaquero, pero no pudo ver a ninguno. En este aspecto correr dentro de una nube de bichos no era muy diferente de correr bajo la lluvia: estaba solo y se sentía desgraciado sin saber cuál iba a ser su destino.

Como en las tormentas, su angustia aumentó al máximo y luego fue gradualmente remplazada por cansancio y resignación. El cielo se había transformado en langostas, así de sencillo. El otro día había sido granizo, ahora langostas. Lo único que podía hacer era tratar de soportarlo…, no se puede disparar a las langostas. El ganado disminuyó por fin la marcha. Newt siguió adelante, sacudiendo de vez en cuando las langostas agarradas a su camisa cuando notaba que había dos o tres capas de ellas. No tenía idea de lo que podía durar una tormenta de langostas.

En este caso duró horas. Lo único que Newt deseaba era que no durara toda la noche. Si tenía que cabalgar a través de las langostas durante el día, y después durante la noche, abandonaría. Aunque era solo mediodía, estaba relativamente oscuro por la nube que formaban.

Por fin la tormenta de langostas terminó, al igual como ocurre con todas las tormentas. La atmósfera se aclaró… Aún había millares de bichos revoloteando, pero millares eran mejor que millones. El suelo seguía cubierto de ellas y *Mouse* aún las aplastaba cuando andaba, pero por lo menos Newt podía ver un poco a distancia, aunque lo que veía era triste. Se encontraba totalmente solo con cincuenta o sesenta reses. No tenía idea de dónde podía estar el resto del rebaño, ni dónde podía estar cualquier cosa. Docenas de langostas seguían agarradas a su camisa y a las crines de *Mouse*, y las oía moverse en la hierba comiéndose aún lo poco que quedaba. La mayor parte había sido devorada hasta la raíz.

Aflojó las riendas a *Mouse*, confiando en que tendría alguna noción sobre dónde se encontraba la carreta, pero *Mouse* parecía estar tan perdido como él. Las reses caminaban atontadas, agotadas por la carrera. Algunas intentaron parar y pastar, pero no quedaba nada que pastar excepto langostas.

A tres kilómetros hacia el Norte había un altozano y Newt cabalgó hasta allí. Vio con alivio que varios jinetes se acercaban y agitó el sombrero para asegurarse de que le veían. Las langostas habían mordisqueado sus ropas, y se sintió afortunado por no estar desnudo.

Retrocedió para reunir el ganado y cuando volvió a mirar a los muchachos, le parecieron raros. No llevaban sombrero. Un segundo más tarde comprendió por qué: todos ellos eran indios. Newt se asustó tanto que se sintió desfallecer. Odiaba la vida en los llanos. Unos momentos eran preciosos, luego llegaban las langostas y ahora los indios. Lo peor de todo es que estaba solo. Siempre ocurría así y se quedó convencido de que era culpa de *Mouse*. Cuando había una desbandada

nunca podía estar con el resto de los muchachos. Tenía que quedarse solo. Esta vez las consecuencias eran graves, porque los cinco indios estaban a tan solo cincuenta metros de distancia. Pensó que debería sacar la pistola, pero sabía que no disparaba lo bastante bien para matar a los cinco… En todo caso, el capitán no había disparado cuando el viejo jefe del ojo lechoso había pedido un buey.

Tal vez fueran amigos.

Y en efecto, así resultó, aunque olían bastante mal y se mostraban demasiado familiares en opinión de Newt. Olían como la grasa que Bolívar solía ponerse en el pelo. Algunos le rodearon y le hablaron con palabras que no pudo entender. Todos iban armados con viejos rifles. Los rifles parecían en mal estado, pero servirían para matarle si hubieran decidido hacerlo. Newt estaba seguro de que querrían las reses, porque eran tan flacos como el otro grupo de indios.

Empezó a calcular mentalmente cuántas podría dejar que se llevaran sin perder el honor. Si las querían todas tendría que luchar y dejarse matar naturalmente, porque nunca podría presentarse ante el capitán si era responsable de la pérdida de cincuenta cabezas. Pero si conseguía librarse de ellos con dos o tres, la cosa sería distinta.

Efectivamente, un indio bajito empezó a señalar el ganado. Hablaba mucho y Newt imaginó que le estaba diciendo que las quería todas.

—No sabe —consiguió decir imaginando que quizás alguno de los indios hablaba mejicano.

Pero el indio bajito siguió hablando y señalando al Oeste. Newt no entendía nada. Entretanto, los otros le rodearon, no con malos modos pero sí con demasiada familiaridad, tocando su sombrero, la cuerda y el látigo, e impidiendo que pensara con claridad. Uno incluso le sacó la pistola de la funda y a Newt casi se le paró el corazón. Creyó que le iban a matar con su propia pistola y se sintió imbécil por permitir que se la quitaran con tanta facilidad. Pero los indios se la pasaron unos a otros haciendo comentarios y luego se la metieron en la pistolera. Newt les sonrió, aliviado. Si le devolvían el arma era que no pensaban hacerle daño.

Pero sacudió la cabeza cuando volvieron a señalar los animales. Creyó que querían llevarse el ganado y marcharse al Oeste. Cuando sacudió la cabeza provocó grandes risotadas. Parecía como si los indios pensaran que todo lo que hacía era de lo más cómico. Parloteaban y señalaban al Oeste, riendo, y entonces con gran preocupación por su parte empezaron a gritar al ganado y lo pusieron en marcha hacia el Oeste. Parecía que se proponían llevárselo. Newt estaba totalmente confuso. Sabía que había llegado al punto en que debía sacar la pistola e impedirlo, pero no acababa de decidirse a hacerlo. El hecho de que los indios se rieran y se mostraran amistosos se lo ponía más difícil. ¿Cómo podía disparar a gente que se reía? Quizás el capitán pudiera hacerlo, pero el capitán no estaba allí.

Los indios le indicaron que les siguiera, y Newt lo hizo a regañadientes. Pensaba que debía tratar de huir, ir en busca de los vaqueros y hacer que le ayudaran a recuperar las sesenta cabezas. Naturalmente, los indios le dispararían si le veían correr. Pero lo que realmente le contuvo fue que no tenía idea de dónde se encontraban los demás. A lo mejor huía y se perdía definitivamente.

Así que con el alma en los pies siguió a los cinco indios y las reses. Por lo menos no desertaba. Seguiría junto al ganado, costara lo que costara.

Antes de haber recorrido tres kilómetros se dijo que ojalá hubiera pensado en otra alternativa. Los llanos siempre parecían desiertos, y con la hierba roída y él capturado por los indios, aún parecían más vacíos. Empezó a recordar todas las historias que había oído sobre lo astutos que eran los indios y pensó que se reían para engañarle mejor. Probablemente estaban acampados cerca y cuando llegaran dejarían de reír y le matarían a él y a las reses. Lo curioso era lo sumamente jóvenes que eran. Ninguno de ellos parecía mayor que Ben Rainey.

Traspasaron una loma tan baja que no parecía una loma, y allí estaban el rebaño y los vaqueros. Estaban a tres o cuatro kilómetros de distancia, pero eran ellos… Incluso podía ver la carreta. En lugar de robarle, los indios habían procurado que no se perdiera, porque estaba yendo en dirección equivocada. Entonces comprendió que los indios se reían porque era tan tonto que ni siquiera sabía dónde se encontraba su propio rebaño. No podía censurarles. Ahora que estaba a salvo, también tenía ganas de reír. Quería dar las gracias a los indios, pero no conocía sus palabras. Lo único que podía hacer era sonreírles.

Entonces Dish Boggett y Soupy Jones cabalgaron hasta él para ayudarle a mover las reses. Sus ropas tenían agujeritos donde habían mordido las langostas.

—Ha sido una suerte que te encontraran. Nosotros no habíamos tenido tiempo de buscarte —explicó Soupy—. Dicen los indios que de haber seguido en dirección norte, hubiéramos estado a cien kilómetros del agua. La mayoría de estas reses no habría aguantado cien kilómetros.

—Ni tampoco la mayoría de los hombres —dijo Dish.

—¿Han herido a alguien las langostas? —preguntó Newt, impresionado aún de que pudiera ocurrir una cosa así.

—No, pero me han estropeado mi camisa de los domingos —contestó Soupy —. El caballo de Jasper se asustó y lo derribó y ahora dice que se ha roto la clavícula, pero Deets y Po creen que no.

—Espero que a Lorie no le haya pasado nada —comentó Dish—. Tal vez sus caballos se hayan asustado y ellos vayan a pie. Hay un gran trecho hasta la comida.

—Supongo que te gustaría que alguien averiguara cómo están —sugirió Soupy.

—Alguien debería hacerlo —asintió Dish.

—Pídeselo al capitán —dijo Soupy—. Supongo que te asignará la tarea.

Dish no lo creía así. El capitán ya le estaba mirando como en espera de verle galopar a la cabeza, aunque el ganado avanzaba bien.

—Pídeselo tú, Newt —le rogó Dish.

—¿Newt? —repitió Soupy—. Pero si Newt acaba de perderse… Si fuera en busca de Gus volvería a perderse.

—Pídeselo, Newt —insistió Dish con tal intensidad que Newt se dio cuenta de que tenía que hacerlo. Sabía que el pedirle semejante cosa, indicaba que Dish tenía confianza en él.

El capitán hablaba con gestos a diez o doce jóvenes indios. Entonces los indios fueron hacia el rebaño y separaron tres bueyes. Newt se acercó a caballo, medio avergonzado. No quería pedir nada al capitán, pero por otra parte tampoco podía ignorar la petición de Dish.

—¿No cree que debería ir a comprobar cómo está el señor Gus? —preguntó Newt—. Los muchachos creen que a lo mejor está en apuros. —Call se fijó en lo nervioso que estaba el muchacho y supuso que alguien había insistido para que le hiciera la pregunta.

—No, será mejor que sigamos adelante —contestó—. Gus tenía una tienda. Imagino que está tan feliz como un tejón. Probablemente están jugando a las cartas.

Era lo que Newt había esperado, pero de todos modos volvió a su puesto cabizbajo. Pensó que nunca aprendería a dirigirse al capitán.

68

Muy pronto, antes incluso de que el grupo saliera de Texas, Jake tuvo motivos para lamentar haber accedido a cabalgar con los hermanos Suggs. La primera noche que acampó con ellos, a unos cincuenta kilómetros al norte de Dallas, oyó cosas que le asustaron. Los muchachos discutían sobre dos forajidos que estaban encarcelados en Fort Worth, en espera de que les ahorcaran, y Dan Suggs aseguró que era July Johnson el que los había capturado. Los ladrones habían contado la historia de que July viajaba con una muchacha que lanzaba las piedras con más puntería que muchos de los hombres las balas.

—Me gustaría verla lanzar piedras mejor que Frog puede disparar —comentó Roy Suggs—. Creo que Frog le ganaría.

Frog Lip no decía gran cosa. Era un negro, pero Jake no había visto a nadie dándole órdenes. El joven Eddie Suggs guisaba la cena, o lo que fuera, mientras Frog Lip estaba sin hacer nada. Ni siquiera había ido en busca de leña para el fuego. El caballo que montaba era el mejor del grupo, un capado blanco. No era corriente ver a un bandido sobre un caballo blanco, porque sobresalía en un grupo. A Frog Lip, evidentemente, le tenía sin cuidado.

—Deberíamos ir a sacarlos de la cárcel —sugirió Roy Suggs—. A lo mejor resultaban buenos reguladores.

—Si una muchacha y un *sheriff* han podido con ellos, no nos interesan. Además —añadió Dan Suggs— hace tiempo que tuvo problemas con Jim. Preferiría ver cómo le ahorcan, si dispusiera de tiempo.

Al parecer su conversación trataba principalmente de matar. Incluso el pequeño Eddie, el más joven, aseguraba haber dado muerte a tres hombres, dos colonos y un mejicano. El resto del grupo no dio cifras, pero a Jake no le cabía la menor duda de que cabalgaba acompañado de asesinos consumados. Dan Suggs parecía odiar a todo el que conocía. Hablaba de todos de la manera más vil, pero su odio particular eran los vaqueros. Una vez había acompañado un rebaño y no le había ido bien, y se había quedado resentido contra aquellos que tenían mejor suerte.

—Me gustaría robar un rebaño entero y venderlo —dijo Dan.

—Solo somos cinco —le hizo notar Eddie—. Hacen falta más de cinco para llevar un rebaño.

Dan Suggs tenía un brillo malvado en los ojos. Había hecho el comentario sin más, pero en cuanto lo pensó mejor le encontró mucho sentido.

—Podríamos contratar ayuda —dijo.

—Recuerdo aquella vez que tratamos de conducir ganado —observó Roy—. Los indios se llevaron a la mitad y por poco nos ahogamos todos en el río. ¿Por qué intentarlo otra vez?

—No conoces mi plan, así que cállate —dijo Dan enfadado—. Nos equivocamos en hacerlo honradamente. He terminado con la honradez. En este país cada uno debe hacer las cosas para sí, en beneficio propio, y así es como me gusta. No hay mucha ley, y la que hay puede burlarse.

—¿Qué rebaño te gustaría robar? —preguntó Jake.

—Oh, el que estuviera más cerca de Dodge —respondió Dan—. Encontrar un rebaño que esté a uno o dos días de alguna ciudad y robarlo. Entonces lo venderíamos y nos iríamos. Tendríamos todo el dinero y nada del trabajo.

—¿Y qué hay de los muchachos que lo hayan conducido todo el camino? —preguntó Jake—. A lo mejor no querrían ceder sus beneficios tan fácilmente.

—Nos los cargaríamos. Venderíamos las reses y desapareceríamos antes de que nadie los echara en falta.

—¿Y si uno de ellos se escapa y no muere? —dijo Roy—. Con uno solo basta para contar la historia, y entonces tendríamos una batalla en perspectiva.

—El caballo de Frog es veloz —observó Dan—. Podría alcanzar a cualquiera que huyera.

—Yo prefiero robar Bancos —afirmó el pequeño Eddie—. Así se tiene el dinero enseguida en las manos y no hay que vender ninguna vaca.

—Porque tú eres un gandul, Ed —dijo Dan mirando a su hermano como si estuviera lo bastante loco para matarle. De hecho, los hermanos Suggs parecían vivir al borde de la lucha fratricida.

—¿Qué sabéis de un tal Blue Duck? —preguntó Jake para cambiar de tema.

—Lo dejamos en paz. A Frog no le gusta —aseguró Dan.

—¿Por qué?

—Porque me robó el caballo —contestó Frog Lip. No dijo más. Pasaron una botella de *whisky* y él bebió como si fuera un blanco. El *whisky* no les hacía el menor efecto excepto al pequeño Eddie, que después de cinco o seis vueltas se tambaleaba y se le ponían los ojos colorados.

Jake bebió abundantemente porque se sentía incómodo. No había tenido la intención de unirse a semejante compañía y estaba preocupado porque ahora que estaba con ellos se daba cuenta de que no le sería fácil alejarse. Después de todo les había oído hablar de matar a todo un equipo de vaqueros, calculando las muertes con la misma indiferencia que si se tratara de las garrapatas de un perro. En su vida había estado con gente dudosa. Pero los hermanos Suggs no eran dudosos, eran perversos. Además, el negro silencioso tenía un caballo muy veloz.

Escapar del grupo requería mucho cuidado. Sabía que no confiaban en él. Sus ojos eran glaciales cuando le miraban. Decidió ser muy cauto y no hacer nada que les indispusiera contra él hasta que la situación le fuera favorable, lo que no ocurriría hasta que llegaran a las ciudades de Kansas. Con mucha gente alrededor, podría escapar.

Además de eso, matar era un arma de dos filos. Gus solía decir que el hombre más malvado siempre puede tropezar con alguien peor y más rápido. Dan Suggs podía tener fácilmente un final violento en cuyo caso a los otros no les importaría quién se quedaba ni quién se iba.

Al día siguiente entraron en la tienda de Doan, a orillas del Río Rojo y se detuvieron para comprar *whisky* y preparar su ruta. Un rebaño estaba vadeando el río aproximadamente dos kilómetros hacia el Oeste.

—Este es el que podríamos robar ahora mismo —indicó Eddie.

—Apenas ha entrado en el Territorio —observó Dan—. Tendríamos que seguirle durante un mes, y no estoy de humor.

—Opino que primero deberíamos ir a Arkansas —sugirió Roy—. Allí podríamos robar uno o dos Bancos.

Jake no prestaba demasiada atención a lo que decían. Un grupo de colonos, en cuatro carretas, se habían parado en la tienda para comprar provisiones. Eran granjeros; habían dejado Missouri y se proponían probar en Texas. La mayoría de los hombres estaban dentro de la tienda comprando, aunque algunos reparaban las ruedas de las carretas o herraban a los caballos. Gran parte de las mujeres eran criaturas famélicas, con cofias, pero una de ellas no estaba famélica ni llevaba cofia. Era una joven de unos diecisiete años con largo pelo negro. Estaba sentada en el pescante de una de las carretas, descalza, esperando que su gente terminara de comprar.

A Jake le pareció una belleza. Pensó que las bellezas eran su verdadero destino, en el caso de que lo tuviera, y se preguntó qué le había llevado a unirse a un grupo criminal como los Suggs cuando allí mismo en Texas había bellezas que jamás había visto, incluyendo la que estaba sentada en la carreta. La observó durante un rato y dado que su gente no aparecía, decidió que podría acercarse y hablar con ella. Sentía ya la necesidad de una voz de mujer y solo llevaba poco más de un día fuera de Dallas.

Había estado sin hacer nada a la sombra de la tienda, pero de repente se enderezó y se sacudió cuidadosamente los pantalones.

—¿Te propones ir a la iglesia o qué? —le preguntó Dan Suggs.

—No, pero me gustaría hablar un poco con esa jovencita de pelo negro sentada en la carreta —contestó Jake—. No he vuelto a hablar con una mujer de Missouri. Tengo la impresión de que me gustará.

—¿Es que no hablan como las demás muchachas? —preguntó Roy.

—He oído decir que eres mujeriego —comentó Dan, como si eso fuera

censurable.

—No voy a negarlo. Me has conocido en una casa de putas —respondió Jake harto de los comentarios—. Si la muchacha me gusta a lo mejor me voy con ella —añadió para recordar a todo el mundo que seguía siendo independiente.

Cuanto más cerca estaba de la muchacha, más le gustaba su aspecto. Tenía facciones y su vestido, fino y desgastado, ocultaba un pecho firme. Se sintió un poco turbada al darse cuenta de que Jake se estaba acercando. Desvió la mirada, simulando no verle.

De cerca parecía más joven; quizá solo tuviera quince o dieciséis años. Probablemente ni siquiera había tenido admiradores, y de haberlos tenido habrían sido solo jóvenes granjeros sin conocimiento del mundo. Tenía el labio superior curvado, y esto le gustó; indicaba que tenía genio. De haber sido una puta, la habría contratado para una empresa, solo por la atracción de aquel labio y de la curva de su pecho. Pero no era sino una chiquilla descalza, sentada en una carreta, con polvo sobre sus pies desnudos.

—Hola, señorita —dijo al llegar junto a ella—. ¿Va lejos?

La joven le miró de frente, aunque se dio cuenta de que estaba inquieta porque él le había hablado.

—Me llamo Jake Spoon —se presentó—. ¿Cuál es su nombre?

—Lou —respondió en un susurro. Le gustaba cómo se levantaba su labio superior, y se disponía a decirle más cosas, pero antes de que pudiera decir otra palabra algo le golpeó la espalda y se encontró con la cara en el polvo. Golpeó el suelo con tal fuerza que se partió el labio.

Giró sobre sí mismo preguntándose si uno de los mulos le había dado una coz. No habría sido la primera vez que le sorprendía un mulo, pero cuando levantó la mirada y parpadeó para sacarse el polvo de los ojos, vio a un viejo enfurecido de larga barba descolorida de pie junto a él, agarrado a una escopeta de calibre diez. Era la escopeta lo que le había derribado. El viejo imbécil le había golpeado en toda la espalda con el arma. El hombre debía estar detrás de la carreta.

A Jake le dolía la cabeza y no veía bien aunque distinguía que el viejo sostenía la escopeta como una tranca. No pensaba disparar. Jake se pudo poner de rodillas y esperó a recobrar el aliento.

—Largo —dijo el viejo—. Deja de hablar con mi mujer.

Jake le miró asombrado. Había supuesto que el viejo debía ser el padre de la muchacha. Aunque era un saludo algo brusco, no era mucho más de lo que cabía esperar de un padre. Los padres siempre se mostraban susceptibles cuando intentaba hablar con sus hijas. Pero la joven del pescante era ya una esposa. Volvió a mirarla sorprendido de que pudiera estar casada con un hombre que parecía tener setenta años por lo menos. La joven seguía allí, sentada, tan bonita como antes, contemplando la escena, totalmente inexpresiva.

El granjero se sintió aún más enfurecido de que Jake se hubiera atrevido a

mirarla otra vez y alzó la escopeta para pegarle de nuevo.

—Espere un minuto, hombre —dijo Jake. Un golpe podía pasarlo, pero dos no. Además el calibre diez era un arma pesada, y empleada como garrote podía partirle el hombro o algo peor.

El viejo vaciló un segundo… incluso miró a la joven sentada en la carreta. Pero su vista le hizo torcer el labio con rabia y volvió a levantar la escopeta.

Antes de que pudiera asestarle el segundo golpe, Jake le disparó. Le sorprendió tanto a él como al colono, pero ni siquiera se había dado cuenta de haber desenfundado. La bala le dio en el pecho y le proyectó contra la carreta. Dejó caer la escopeta y cuando empezó a deslizarse hacia el suelo, Jake volvió a disparar. El segundo disparo resultó tan sorprendente como el primero. Era como si su brazo y su pistola actuaran independientemente de él. Pero el segundo disparo también le dio en el pecho. Cayó al suelo y rodó en parte debajo del vehículo, sobre su propia escopeta.

—Nunca debió haberme pegado —dijo Jake a la joven. Esperaba que ella gritara, pero no lo hizo. Los disparos no la habían impresionado. Jake miró al colono y vio que estaba muerto, con una gran mancha de sangre en la camisa gris. Un hilo de sangre bajaba por el cañón de la escopeta sobre la que había caído.

Los colones empezaron a salir a borbotones de la tienda de Doan. En total unos veinte o treinta. A Jake le preocupó el espectáculo porque recordaba cómo había salido la gente de los *saloons* de Fort Smith cuando descubrieron que Benny Johnson yacía muerto en el barro. Ahora otro hombre yacía muerto, y también era un accidente: si el viejo colono se hubiera presentado correctamente como marido de la joven, Jake se habría quitado el sombrero y se habría alejado. Pero el viejo le había golpeado y se disponía a hacerlo otra vez. Había disparado en defensa propia.

Esta vez se enfrentaba con veinte o treinta colonos. Estaban agrupados delante de la tienda como desconcertados por la situación. Jake se guardó el arma en la funda y volvió a mirar a la muchacha.

—Dígales que he tenido que hacerlo —dijo—. El viejo podía haberme partido la cabeza con esa escopeta.

Después dio la vuelta y regresó junto a los hermanos Suggs. Volvió a mirar a la muchacha y ella le sonrió. Una sonrisa que le desconcertaba siempre que la recordó. Ni siquiera había bajado del pescante para ver si su marido estaba muerto…, pero le había sonreído, aunque para entonces todos los colonos rodeaban la carreta.

Los hermanos Suggs ya estaban montados. El pequeño Eddie entregó las riendas a Jake.

—Creo que aquí termina el romance —concluyó Dan Suggs.

—¡Maldita sea! Solo le pregunté cómo se llamaba. Nunca imaginé que

estuviera casada.

Todos los colonos rodeaban el cuerpo. La muchacha seguía sentada en el pescante.

—Crucemos el río —aconsejó Dan—. O lo cruzamos o tendremos que contratar un abogado, y yo no veo qué necesidad hay de gastar dinero.

—De todas formas, en aquella tienda no venden abogados —observó Roy.

Jake montó, pero le costaba marcharse. Pensó que si volvía junto a los colonos a lo mejor les convencía. Después de todo había sido en defensa propia; incluso los polvorientos granjeros de Missouri lo entenderían. Los colonos les miraban pero ninguno parecía dispuesto a pelear. Si volvía grupas y se adentraba de nuevo en el Territorio, llevaría dos muertos sobre sí. En ninguno de los dos casos había querido matar, ni conocido al hombre al que mataba. Era solo su mala suerte… Una joven bonita en el pescante de una carreta y ahí empezaba todo.

Pero la ley no lo consideraría así, claro. Si cruzaba el río en compañía de unos desalmados como los Suggs sería un forajido, y si se quedaba, los colonos tratarían de ahorcarle o por lo menos intentarían meterle en la cárcel de Fort Worth o de Dallas. En tal caso pronto sería juzgado por uno o por otro de los accidentes.

Pensó que no había mucho donde elegir, y cuando los Suggs emprendieron la marcha les siguió. A los quince minutos habían cruzado el Río Rojo. Una vez volvió la cabeza y todavía pudo ver las carretas agrupadas delante de la tienda. Recordó la última sonrisa de la muchacha… pero había matado a un hombre antes de que la hubiera visto sonreír. Los colonos no le persiguieron.

—Esos patanes… —dijo Dan Suggs despectivamente—. Si nos hubieran seguido habríamos terminado con ellos en un santiamén.

Jake se sumió en la tristeza. Por lo visto era incapaz de hacer nada bien. Solo pedía a la vida un *saloon* limpio donde poder jugar a las cartas y una puta bonita para acostarse; esto y algo de *whisky* para beber. No deseaba ir matando gente. Incluso durante sus años con los *rangers* pocas veces apuntó a nadie, aunque disparaba alegremente en dirección del enemigo. Ciertamente no se consideraba un matador. En plena batalla, Gus y Call eran capaces de matar a diez por cada uno que matara él.

Pero ahora Call y Gus eran ganaderos respetables, dondequiera que fueran, y él cabalgaba con una banda de forajidos capaces de matar a cualquiera. Por alguna razón había salido de la senda respetable. Nunca había sido un santo pero solo últimamente había tenido motivos para temer la ley.

Los hermanos Suggs disponían de abundante *whisky*, y Jake se aprovechó de ello. La mayor parte del tiempo estaba medio borracho, mientras iban hacia el Norte. Aunque había dado muerte a un hombre delante de ellos, los Suggs no por eso le trataban con mayor respeto. Claro que entre ellos tampoco lo hacían. Dan

y Roy volcaban su desprecio en Eddie cuando este no cumplía con su tarea o bien hacía observaciones con las que no estaban de acuerdo. El único hombre del grupo que estaba a salvo de su desprecio era Frog Lip. Apenas le hablaban y él pocas veces les dirigía la palabra, pero todo el mundo era consciente de que estaba allí.

Cabalgaron sin ningún incidente a través del Territorio viendo con frecuencia rebaños en marcha pero evitándolos siempre. Dan Suggs tenía unos viejos prismáticos que se había traído de la guerra y de tanto en tanto se ponía de pie sobre los estribos y miraba el equipo de alguno de los rebaños para ver si había en él enemigos suyos, o vaqueros que reconociera.

Jake también vigilaba los rebaños, porque aún conservaba la esperanza de escapar de la situación en que se encontraba. Por duro que Call y Gus le hubieran tratado, aún seguían siendo sus compañeros. Si descubría el equipo de Hat Creek tenía la intención de escabullirse y unirse a ellos. Los muchachos no estarían enterados de su nuevo error y tal vez la noticia nunca llegara a Montana. Incluso haría de vaquero si no tenía otro remedio. Era infinitamente mejor que jugársela con los Suggs.

Tuvo buen cuidado de no dejar que adivinaran su intención; nunca preguntaba por los rebaños, y si se planteaba el tema de Call y McCrae dejaba bien claro que estaba enfadado con ellos y que no sentiría verles en apuros.

Cuando entraron en Kansas empezaron a ver algún que otro colono, que en su mayoría vivían en cuevas. Jake no creía que ninguno de ellos tuviera suficiente dinero como para intentar robárselo, pero los Suggs jóvenes estaban dispuestos a intentarlo.

—Pensé que íbamos a regular a los colonos —dijo Roy una noche—. ¿A qué esperamos?

—Un colono con una vaca lechera y un montón de boñigas de búfalo, bah… Yo busco a uno que sea rico —dijo Dan Suggs.

—Si fuera rico no viviría en un agujero cavado en un monte de Kansas —objetó Jake—. Yo dormí una vez en una de esas cuevas, y cayó tanta tierra durante la noche que al despertar estaba medio sepultado.

—Esto no quiere decir que alguno no tenga oro —dijo el pequeño Eddie—. Me gustaría practicar lo de regular; así lo conoceré bien cuando nos encontremos con los ricos.

—Lo único que te dejaré hacer es observar —cortó Dan—. Para vigilar no se necesita práctica.

—Yo maté a un colono —le recordó el pequeño Eddie—. No a uno sino a dos. Y si no apoquinan puede que sean tres.

—Lo que interesa es asustarles para que suelten el dinero, no matarles —le comentó Dan—. Como te pases matando, al momento tienes a la ley detrás de ti. Queremos hacernos ricos, no que nos ahorquen.

—Es demasiado joven para saber lo que dice —contemporizó Roy.

—Bueno, entonces no les mataré, solo les asustaré —aceptó el pequeño Eddie.

—Tampoco. Esto es trabajo de Frog Lip, asustar a los comedores de calabazas —dijo Dan—. Les asustará bastante más que tú.

Al día siguiente Frog Lip tuvo una oportunidad. Vieron a un hombre con un par de grandes caballos. Una mujer y un niño llevaban boñigas de búfalo en una carretilla y las amontonaban junto a una cueva que habían abierto en una ladera. Dos vacas lecheras pastaban cerca.

—Si puede permitirse estos caballos, a lo mejor tiene dinero —sugirió Roy.

Dan se proponía pasar de largo y Jake esperaba que así lo hiciera. Todavía confiaba en llegar a Dodge antes de que los Suggs empezaran a regular. En Dodge podría librarse de ellos. Dos accidentes no tenían por qué marcarle para toda la vida, pero si seguía viajando con una banda de pistoleros como los Suggs, no podría esperar una vejez tranquila; tal vez ni siquiera vejez.

Pero caprichosamente Dan decidió robar al granjero, por si tuviera algo que mereciera la pena ser robado.

—Suelen esconder el dinero en la chimenea —dijo—. O lo entierran en el huerto, aunque no veo ningún huerto.

Frog Lip guardaba otra pistola en su alforja. Al acercarse al granjero la sacó y se la pasó por el cinturón.

El granjero estaba arando un surco poco profundo a través de la dura hierba de la pradera. Al ver acercarse a los jinetes se detuvo. Era un hombre de mediana edad, con una barba negra y rizada, empapado de sudor por el trabajo. Su mujer y su hijo les miraban aproximarse. Su carretilla estaba casi llena de boñigas de búfalo.

—Espero que tenga una buena cosecha para julio, si esos malditos ganados de Texas no aparecen y se la comen toda —dijo Dan a modo de saludo.

El hombre asintió amistosamente.

—Estamos aquí para tratar de que coseche lo que siembre —continuó Dan—. Le costará cuarenta dólares de oro, pero nos ocuparemos de los rebaños cuando aparezcan y su cosecha no se perderá.

—No hablar inglés —dijo el hombre sin dejar de sonreír y moviendo la cabeza amistosamente.

—¡Un maldito alemán! —exclamó Dan—. Ya suponía que iba a ser una pérdida de tiempo. Acércate a la mujer y al niño, Frog. Puede que este tipo se haya casado con una americana.

Frog Lip cabalgó hasta la mujer y el niño y los llevó junto al granjero; cabalgaba tan cerca de ellos que si se hubieran caído el caballo les habría pisado. Se había sacado la pistola del cinto, pero no la necesitaba. La mujer y el niño estaban aterrorizados y el granjero también. Rodeó con sus brazos a la mujer y

al chico y se quedaron allí, llorando.

—Mira cómo lloriquean —comentó el pequeño Eddie—. Nunca había visto gente tan cobarde.

—¿Quieres cerrar tu cochina boca? —Saltó Dan—. ¿Por qué no iban a estar asustados? Yo en su lugar lo estaría. Pero me gustaría que la mujer dejara de llorar un rato para ver si sabe hablar inglés.

La mujer no sabía, o no quería. No pronunció una sola palabra en ningún idioma. Era alta y flaca, y lloraba de pie junto a su marido. Era obvio que los tres esperaban que se les matara.

Dan repitió su petición de dinero y solo el niño pareció que comprendía algo. Dejó de llorar un momento.

—Eso es, hijo, solo queremos dinero —insistió Dan—. Di a tu padre que nos pague y le ayudaremos a conservar la cosecha.

Jake no esperaba que un niño asustado lo creyera, pero el chiquillo dejó de llorar. Habló a su padre en su viejo idioma, y el hombre con el rostro bañado en lágrimas se sobrepuso un poco y le dijo algo al niño, que salió corriendo hacia la cueva.

—Iros con el crío a ver qué podéis encontrar —ordenó Dan—. Jake y yo nos bastamos para vigilar a la familia. No parecen demasiado violentos.

Diez minutos después el niño volvió llorando de nuevo, seguido de Frog Lip y de los jóvenes Suggs. Llevaban una bolsita de piel, que Roy tiró a Dan. Contenía dos monedas de oro.

—Solo tiene cuatro dólares. ¿Habéis mirado bien?

—Sí. Hemos roto la chimenea y hemos abierto todos los baúles —explicó Roy—. Esta bolsita estaba debajo del jergón donde duermen. No tienen ninguna otra cosa que merezca la pena llevarnos.

—Cuatro dólares para vivir —comentó Dan—. No creo que les sirvan de mucho. Será mejor que nos los llevemos.

Cogió las dos monedas y tiró la vieja bolsita de piel a los pies del hombre.

—Vámonos —dijo.

Jake estaba contento de que no fueran a hacer nada peor, pero cuando ya se alejaban Frog Lip dio la vuelta y galopó hacia las dos vacas.

—¿Qué se propone hacer, matar las vacas lecheras? —preguntó el pequeño Eddie, porque Frog Lip llevaba la pistola en la mano.

—No le he preguntado ni me ha dicho nada —contestó Dan.

Frog Lip llegó hasta las vacas y disparó un par de veces al aire. Cuando las vacas echaron a correr pesadamente, las dirigió con habilidad cuesta arriba y las persiguió hasta que llegaron sobre lo que formaba el techo de la cueva.

El suelo de tierra que formaba el techo estaba cubierto de hierba y parecía parte de la pradera. Las vacas dieron unos pasos y luego sus patas delanteras desaparecieron, como si se hubieran metido en un agujero. A continuación

desaparecieron sus cuartos traseros. Frog Lip contuvo el caballo y contempló cómo ambas vacas pasaban a través del techo de la cueva. Unos minutos después una de ellas salía por la pequeña puerta, seguida por la otra. Ambas vacas se dirigieron pausadamente adonde habían estado pastando.

—Este Frog… —comentó Dan—. Supongo que solo quería ventilar algo la casa.

—Todo lo que hemos sacado son cuatro dólares —se lamentó Eddie.

—Bueno, fue idea tuya. Querías practicar y lo has hecho.

—Está loco porque no ha podido matar a nadie —dijo Roy—. Se tiene por un matador.

—¿No somos un grupo de pistoleros? —preguntó el pequeño Eddie—. Si no somos vaqueros, ¿qué somos?

—Viajeros —contestó Dan—. Ahora mismo viajamos a Kansas a ver qué podemos encontrar.

Frog Lip se reunió con ellos tan silenciosamente como cuando se fue. Con gran pesar por su parte, Jake no podía superar el miedo que le producía aquel hombre. Frog Lip nunca le había dicho nada hostil, ni siquiera le había mirado en todo el viaje, y sin embargo Jake sentía cierta aprensión cada vez que cabalgaba junto al hombre. En todos sus viajes por el Oeste había encontrado pocos hombres que le produjeran tal sensación de peligro. Ni siquiera los indios, aunque, naturalmente, muy pocas veces había cabalgado junto a un indio.

—Me pregunto si esos desgraciados tendrán el tejado listo para las próximas lluvias —dijo Dan—. Si hubieran tenido algo más de dinero, Frog les hubiera dejado tranquilos.

Frog Lip no hizo el menor comentario.

69

A July solo le llevó un par de días convencerse de que Elmira no se encontraba en Dodge City. La ciudad fue una sorpresa para él porque cada mujer parecía una prostituta y cada negocio un *saloon*. Procuró no mostrarse sorprendido, porque hacía mucho tiempo que oía decir que las ciudades de Kansas eran terribles. En Missouri parecía creer que ellos habían sabido enviar a todos los maleantes a las ciudades vaqueras. July acabó creyendo que tenían razón. Podía haber elementos discordantes en Missouri, pero lo que le llamaba la atención de Kansas era la ausencia de elementos no discordantes. En Dodge había algunas tiendas y una o dos cuadras de alquiler. Había también una especie de hotel, aunque más bien parecía una casa de putas porque las prostitutas entraban y salían continuamente de él. Los jugadores llenaban los *saloons* y nunca había visto un lugar donde hubiera tanta gente armada.

Lo primero que hizo fue comprarse un caballo decente. Fue a Correos porque creía que debía explicar a Fort Smith por qué no había regresado. Inexplicablemente sintió un renacer de optimismo al ir por la calle en dirección a Correos. Por el hecho de haber sobrevivido a los llanos le parecía imposible encontrar a Ellie. Había perdido todo interés por detener a Jake Spoon. Solo quería encontrar a su mujer y volver a casa. Si a Peach no le parecía bien, y no le parecería, tendría que aguantarse. Si Ellie no estaba en Dodge, probablemente estaría en Abilene. No tardaría en dar con ella.

Pero con gran sorpresa por su parte, en cuanto cruzó la puerta de Correos su optimismo se transformó de pronto en amargo desencanto. Tratando de pensar en qué diría en la carta, recordó todo lo ocurrido. Roscoe había muerto, Joe había muerto, la muchacha había muerto, y no había encontrado a Ellie…, que tal vez también había muerto. Lo único sobre lo que tenía que informar era muerte y fracaso. Al pensar en el pobre Roscoe, destripado y abandonado bajo un montón de piedras en la pradera, sus ojos se llenaron de lágrimas y tuvo que volverse y andar hacia la puerta para no ponerse en evidencia.

Anduvo unos minutos por la calle polvorienta, secándose las lágrimas con la manga de la camisa. Uno o dos hombres le observaron con curiosidad. Era obvio que estaba trastornado, pero nadie le dijo nada. Se acordó de cuando entró en Correos en Fort Worth y se encontró con la carta que le hablaba de Ellie. Desde

entonces todo había sido dolor y desconcierto. Pensaba que en cierto modo habría sido mejor que hubiera muerto en los llanos con los demás. Estaba cansado de vagar y buscar.

Pero no había muerto, y finalmente dio la vuelta y regresó a la oficina de Correos en la que no había más que un viejo empleado con bigote blanco.

—Bueno, ¿ya ha vuelto? —le dijo el empleado—. Era usted, hace un momento, ¿verdad?

—Era yo —asintió July.

Compró un sobre, un sello y un par de hojas de papel de escribir. El empleado, que parecía buena persona, le prestó un lápiz.

—Puede escribir aquí mismo en la ventanilla —ofreció el empleado—. No hay mucho trabajo hoy.

July empezó la carta pero se echó a llorar de nuevo. Sus recuerdos eran demasiado tristes, sus esperanzas escasas. Tener que contar cosas sobre el papel resultaba un trabajo terrible porque despertaba los recuerdos.

—Imagino que se habrá muerto alguien y que tiene que decírselo a la familia, ¿no es así? —preguntó el empleado.

—Sí —respondió July—. Solo dos de ellos no tenían familia.

Recordaba vagamente que Roscoe tenía algunos hermanos, pero ninguno de ellos vivía cerca de Fort Smith ni se tenía noticia de ellos desde hacía años. De nuevo se secó los ojos con la manga, pensando que había llorado más en las últimas semanas que en toda su vida.

Después de contemplar el papel unos minutos, acabó escribiendo unas líneas a Peach:

Querida Peach:

Roscoe Brown murió malamente a manos de un forajido, y Joe también. Janey murió del mismo modo, pero no sé mucho de ella. Roscoe dijo que se la había encontrado en el bosque.

No sé cuándo regresaré. Que la gente contrate a otro sheriff si quiere. Alguien tiene que velar por la ciudad.

Tu cuñado,

JULY JOHNSON

Estaba ya prácticamente convencido de que Elmira no se encontraba en Dodge City, porque había pasado por todos los lugares públicos y no la había visto. Pero como el viejo empleado parecía simpático, pensó que no perdía nada por preguntar. Podía haber ido a echar una carta en un momento u otro.

—Busco a una mujer llamada Elmira —explicó—. Tiene el pelo oscuro y es menuda.

—¿Ellie? —preguntó el viejo—. Pues no he visto a Ellie desde hace dos o tres años. Oí decir que se había marchado a Abilene.

—Es ella —respondió July animado de pronto. Ellie había estado viviendo en Abilene antes de mudarse a St. Jo, donde él la había conocido—. Pensé que a lo mejor habría vuelto —añadió.

—No, no la he visto. Pero podría preguntar a Jennie, en el tercer *saloon*. Ella y Elmira habían sido muy amigas. Creo que incluso se casaron con el mismo hombre, si se puede decir casado.

—¿Con Boot? —preguntó July.

—Sí, con Dee Boot, con ese granuja.

—¿Cómo podía casarse con dos a la vez? —preguntó July, que no sabía si le interesaba la información, pero incapaz de dejar de hablar con un hombre que podía decirle algo sobre Elmira.

—Bueno, Dee Boot era capaz de acostarse con una zarigüeya si la zarigüeya era hembra. Las conquistaba a todas.

—¿No murió de viruelas?

El empleado movió negativamente la cabeza.

—Que yo sepa, no. Está en Ogallala, en Deadwood o en cualquier parte donde haya muchas putas y poca ley. Me figuro que tendrá cinco o seis encandiladas. Claro que puede que haya muerto, pero es mi sobrino y no he tenido ninguna noticia al efecto.

—Gracias por prestarme el lápiz —dijo July.

Desde Correos fue directamente a la cuadra y sacó su nuevo caballo que se llamaba *Pete*. Si Elmira no estaba en Dodge podía estar en Abilene, así que era mejor marcharse. Pero no se fue. Cabalgó por la ciudad y luego regresó al tercer *saloon*, a partir de Correos, y allí preguntó por una mujer llamada Jennie. Le dijeron que se había trasladado a otro bar, calle arriba. Un vaquero incluso tuvo la amabilidad de indicarle el bar. Aquella mañana se había vendido un rebaño y estaban cargándolo en los vagones. July fue hacia allí y miró un rato cómo trabajaban. Era un trabajo lento y todavía resultaba más debido a los largos cuernos del ganado, que se enredaban unos con otros al empujar las reses por la estrecha rampa de carga. Los vaqueros gritaban y chasqueaban sus látigos, y los caballos se comportaban con pericia; pero pese a todo, le pareció que tardaban mucho en cargar un vagón.

A July le gustó el aspecto de los vaqueros. Siempre le habían gustado, incluso cuando se ponían un poco alborotados, como solía ocurrir en Fort Smith. Eran jóvenes, simpáticos y despreocupados. Montaban como si hubieran crecido formando parte del caballo. Era interesante contemplar cómo trabajaban en equipo cuando el ganado se desmandaba y trataba de escapar. Vio a un vaquero enlazando un buey por los cuernos y luego le hizo tropezar con habilidad de modo que cayó pesadamente. Cuando el animal se levantó, ya se le habían pasado las

ganas de rebelarse y lo cargaron con facilidad.

Después de contemplar la carga durante un buen rato volvió al *saloon*, donde se decía que trabajaba la mujer llamada Jennie. Preguntó por ella en el bar. El encargado, un enano flaco, dijo que estaba ocupada y le preguntó si quería un *whisky*. July pocas veces bebía *whisky* pero dijo que sí, más que nada por quedar bien. Si ocupaba un espacio en un bar imaginó que lo normal era pagar. Así que fue bebiendo el vaso de *whisky* hasta que lo terminó. Entonces pidió otro. No tardó en sentirse pesado como si fuera a costarle andar deprisa caso de que tuviera que hacerlo, pero la verdad era que no tenía nada que hacer. Las mujeres entraban y salían del *saloon* pero el encargado del bar, que era el que le servía el *whisky*, seguía asegurándole que Jennie bajaría en cualquier momento. July continuó bebiendo. Le parecía que iba volviéndose pesado por momentos. Pensó que no podría levantarse de la silla.

El encargado del bar siguió trayéndole más *whisky* y a July le pareció que la cuenta iba a ser tremenda, pero no le preocupaba. De vez en cuando pasaba un vaquero con las espuelas tintineando. Algunos le echaron una mirada, pero ninguno le habló. Estaba cómodo, sentado en el *saloon*. Siempre evitaba este tipo de establecimientos a menos que tuviera que intervenir en alguno de ellos como *sheriff*. Siempre le había sorprendido que algunos hombres pudieran pasar sus días sentados en un *saloon*, bebiendo, pero ahora empezaba a parecerle menos sorprendente. Era sedante, y la sensación de peso que venía con la bebida, en cierto modo le aliviaba. En las semanas pasadas se había esforzado por hacer cosas que estaban más allá de sus fuerzas. Sabía que debería seguir intentándolo, aunque no tuviera éxito, pero resultaba agradable dejar de esforzarse durante cierto tiempo.

De pronto levantó la mirada y vio una mujer de pie, junto a la mesa. Era delgada, como Elmira, y tenía el cabello negro y lacio.

—Vamos, vaquero —le dijo—. No puedes hacer nada sentado aquí.

—Vamos, ¿dónde? —preguntó sorprendido. Nadie hasta entonces le había llamado vaquero, pero era una equivocación natural. Se había quitado la estrella de *sheriff* por unos días, una precaución que solía tomar en ciudades desconocidas.

—Soy Jennie —le dijo—. Sam me ha dicho que preguntabas por mí. ¿O me he equivocado?

—Oh —murmuró algo turbado. Incluso había olvidado que estaba esperando a una mujer llamada Jennie.

—Podríamos irnos, aunque me haya equivocado de vaquero —sugirió Jennie —. Si puedes pagarte tantos *whiskies*, también puedes pagarme a mí. Incluso podrías invitarme a un *whisky*, si te sientes generoso.

En su vida había pagado una copa a una mujer, ni siquiera había estado

sentado con una mujer que le gustara beber. En cualquier otra ocasión tal invitación le habría escandalizado, pero en este caso solo le hacía sentir que sus modales no eran como debieran. Ella le miraba con impaciencia.

—Sí, tome una copa. Estoy engordando la cuenta.

Jennie se sentó y llamó al del bar, que inmediatamente llegó con una botella.

—Este está bebiendo como una esponja —anunció alegremente—. Supongo que habrá sido una marcha larga y seca.

July se acordó de pronto por qué quería ver a la mujer llamada Jennie.

—¿Conoce a Ellie? —le preguntó—. Me han dicho que eran amigas.

Esta vez fue Jennie la que se sorprendió. Elmira había sido su mejor amiga durante tres años, y lo que menos esperaba era que un vaquero joven y borracho mencionara su nombre.

—¿Te refieres a Ellie Tims? —preguntó.

—Sí, a Ellie Tims. Me gustaría que me diera noticias de ella. No sé dónde está.

—Bueno, se marchó a Missouri. Luego nos enteramos de que se había casado con un *sheriff* de Arkansas, pero no creo que sea cierto. No imagino a Ellie casada con un *sheriff*.

—Ya no lo está. Huyó mientras yo andaba persiguiendo a Jake Spoon, y desde que empecé a buscarla ya han muerto tres personas.

Jennie se fijó más en el joven. Desde el primer momento había notado que estaba borracho, pero los borrachos eran corrientes y no le había observado bien. Parecía muy joven, por eso le confundió con un vaquero. Estos eran generalmente jovencísimos. Pero este hombre si se le observaba bien, no tenía el aspecto de un vaquero. Tenía un rostro grave y los ojos tristes, los más tristes que había visto hasta el momento. Si se le juzgaba por los ojos, no era el hombre con el que Ellie hubiera debido casarse. A Ellie le gustaba reír. Pero, claro, la gente solía hacer cosas imprevistas.

—¿Eres *sheriff*? —le preguntó echando un trago al *whisky* que Sam le había servido.

—Lo era. Seguramente tendré que dejarlo.

—¿Pero por qué? —preguntó Jennie.

—Porque no soy combativo. Puedo cascar a un borracho en la cabeza y meterlo en la cárcel, pero no soy combativo. Cuando entramos en aquel campamento, el hombre que venía conmigo mató a seis o siete hombres y yo a ninguno. Me fui y dejé a Roscoe y a los chicos, y los mataron antes de que pudiera regresar. Yo solo había salido en busca de Jake Spoon, pero lo eché todo a rodar. Ahora ya no quiero ser *sheriff*.

Le sorprendió haber soltado aquel chorro de palabras… De pronto había perdido el control.

También Jennie se quedó sorprendida. Bebió otro trago de *whisky* y le

observó.

—Al parecer, Ellie se fue en un barco de *whisky* —siguió contando July—. No veo por qué tuvo que hacerlo, pero eso es lo que me contaron. Al principio Roscoe pensó que un oso la había atacado, pero no había huellas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Jennie.

—July Johnson —contestó, contento porque ya no le miraba con tanta impaciencia.

—Sí, me suena a Ellie. Cuando Ellie se harta de un lugar salta sobre lo primero que encuentra y se va. Me acuerdo de que cuando se fue a Abilene yo no tenía idea de que pensara marcharse y de pronto, antes de tener tiempo de ponerse a trabajar, dio dinero a unos muleros para que se la llevaran, y desapareció.

—Tengo que encontrarla —dijo sencillamente July.

—Te has equivocado de ciudad, joven. No está en Dodge.

—Entonces tendré que seguir buscándola.

Pensó en las llanuras desiertas que había tenido la suerte de poder cruzar. Había muy pocas posibilidades de que Ellie hubiera tenido la misma suerte.

—Temo que haya muerto.

—Yo diría que anda detrás de Dee. ¿Conociste a Dee?

—Pues no. Ella me dijo que había muerto de viruelas.

—Dee no está muerto —dijo Jennie, riendo con socarronería—. Está en Ogallala. Aquel jugador que está sentado allí ha estado con él hace poco más de dos meses.

—¿Dónde? —preguntó July, y Jennie le indicó un hombre grueso con camisa blanca y chaqueta negra que estaba sentado solo en una mesa, barajando cartas.

—Es Webster Witter. Sigue a Dee Boot. Yo también solía hacerlo, pero lo dejé.

—¿Por qué? —Quiso saber July. Le parecía una pregunta indiscreta, pero su lengua estaba descontrolada.

—Es como tratar de seguir un huracán. Dee agota un pueblo y pasa a otro. Yo no soy así. Me gusta quedarme. Llevo ya cinco años en Dodge y supongo que me quedaré aquí.

—No entiendo por qué se casó conmigo. No tengo la menor idea.

—¿Bebes siempre así? —preguntó Jennie, mirándole fijamente.

—No, casi nunca bebo. Aunque en invierno me gusta un ponche.

Jennie le volvió a mirar.

—Deberías dejar de preocuparte por Ellie. Ningún hombre ha sido capaz de retener a Ellie por mucho tiempo, ni siquiera Dee.

—Pero se casó conmigo. —July pensó que tenía que insistir en ese punto.

—Bueno, también yo me casé una vez con Dee. Lo hice solo porque era guapo. Por eso y porque estaba furiosa con otro. Ellie y yo somos muy

parecidas.

July la miró con tristeza. Jennie suspiró. No había pensado encontrar tanta tristeza en mitad de la tarde.

—Tú eres muy guapo, y eso explica lo sucedido. Si estuviera en tu lugar, empezaría a olvidarla.

—Pero tengo que encontrarla —insistió July—. Tengo que decirle lo del pobre Joe. Lo mataron junto al Canadian.

—No debió haber tenido un hijo. Se lo dije. Yo no tendría uno por nada del mundo. Y también he tenido proposiciones.

July bebió dos *whiskies* más pero no tenía nada más que decir.

—Bueno, el del bar se está haciendo rico, pero yo no —dijo Jennie—. ¿No quieres un poco de distracción para olvidar todo esto?

A July le parecía que más que estar sentado sobre la silla estaba flotando en ella. El mundo le parecía líquido, pero todo marchaba bien porque flotaba fácilmente.

Jennie se le quedó mirando y se echó a reír.

—Señor Johnson, estás borracho de verdad —le dijo—. Vamos a divertirnos un ratito. Siempre me gustó robarle los chicos a Ellie y ahora tengo la oportunidad de robarle el marido.

La forma de reírse hizo que July se sintiera repentinamente feliz. No había oído reír a una mujer desde hacía mucho tiempo. Ellie no se reía nunca. Así que se levantó y siguió a Jennie escalera arriba, con cuidado para evitar contratiempos. Llegó hasta arriba, pero antes de que pudieran entrar en la alcoba de Jennie empezó a sentirse mal. Empezó a sentir el estómago en la boca.

Jennie le había estado observando y rápidamente le guio a la escalera exterior. July se arrodilló en el pequeño rellano y vomitó hacia fuera. Luego se echó en el rellano y siguió vomitando. De vez en cuando dejaba de vomitar y permanecía echado, pero empezaba de nuevo y su cuerpo se arqueaba como un caballo inquieto. Se agarraba a la barandilla de la escalera con una mano para no caer al vacío accidentalmente. El día era precioso, el sol de Kansas caía de lleno, pero July creía estar en la oscuridad. Por debajo de él, los vaqueros iban y venían por la calle. A veces alguno de ellos le oía vomitar, miraba hacia arriba y se reía. Los conductores de las carretas ni siquiera levantaban la cabeza. Una vez, mientras descansaba, dos vaqueros se detuvieron y le miraron.

—Creo que deberíamos echarle el lazo y arrastrarlo al cementerio —dijo uno —. Me parece que está muerto.

—Me gustaría no tener que hacer otra cosa que estar echado en la escalera y vomitar —comentó el otro—. Es mejor que cargar longhorns.

July siguió un buen rato boca abajo. Las arcadas disminuyeron, pero de vez en cuando levantaba la cabeza y escupía hacia abajo para aclararse la garganta. Casi a la puesta del sol empezó a sentirse con ánimos para incorporarse, pero solo

pudo sentarse con la espalda apoyada contra el edificio. Estaba lo bastante en alto como para poder ver la calle principal, los cercados del ganado y el Oeste por donde se iba poniendo el sol, allá lejos en los llanos. Se ponía por detrás de un gran rebaño detenido a tres kilómetros de la ciudad. Había miles de reses, pero solo unos pocos vaqueros para guardarlo. A los otros les veía cabalgar disparados hacia la ciudad. El polvo que los caballos desbocados levantaban se volvía dorado por el sol. Sin duda habían terminado la marcha y estaban impacientes por encontrarle gusto a Dodge, el gusto que él acababa de vomitar. La última luz del sol se filtró por la polvareda levantada por los caballos de los vaqueros.

July siguió sentado allí hasta que el resplandor no fue más que una línea pálida en el horizonte de poniente. La luna blanca empezó a brillar sobre los raíles que arrancaban de la ciudad, al Este. Se sentía demasiado débil para mantenerse en pie y se quedó sentado escuchando las risas que escapaban del *saloon* a su espalda.

Cuando al fin se puso de pie, estaba indeciso. No sabía si debía entrar y dar las gracias a Jennie, o simplemente irse y continuar buscando a Elmira. Sentía el fuerte impulso de salir cabalgando en la oscuridad. Los grupos de vaqueros felices le hacían sentirse más solitario. En los llanos, sin nadie a la vista, no se acordaría con tanta frecuencia de lo solo que se sentía.

Pensó sin embargo que la cortesía le obligaba por lo menos a despedirse de Jennie. Al pasar la puerta, un vaquero salía de su habitación, con expresión feliz, y bajó a saltos la escalera. Un momento después salió Jennie, que no se fijó en que July estaba allí. Con gran sorpresa la vio detenerse y levantarse las faldas de modo que le vio las piernas y algo más. Tenía una mancha en un muslo. Apresuradamente se mojó el dedo con saliva y la frotó. Solo entonces descubrió a July, que deseaba no haber cruzado aquella puerta. Nunca había visto a una mujer haciendo una cosa tan íntima y la impresión fue tan fuerte que pensó que su estómago volvería a flaquear.

Jennie no se sintió embarazada, al verlo; se echó a reír y se bajó las faldas.

—Bueno, no pienso cobrarte la mirada. Veo que no te has muerto.

—No —contestó July.

Jennie le observó detenidamente como para asegurarse de que estaba bien. Su tez era un desastre pero a él le gustaron sus ojos francos y oscuros.

—¿Y qué hay de la diversión? Has perdido la tarde.

—Oh —protestó July—. Yo no soy divertido.

—Ya me imagino que no lo serás después de haber echado hasta el estómago —observó Jennie—. Pero no puedo entretenerme. Hoy han entrado tres rebaños y hay una cola de vaqueros que esperan enamorarse de mí.

Miró hacia la escalera; el ruido del salón era ensordecedor.

—Es lo que no hice con Ellie —dijo July. De pronto, el conocer a su amiga Jennie le hizo ver su vida con mayor claridad. Era tan ingenuo como los

vaqueros…, se había enamorado de una puta.

Jennie le miró un instante. Había salido apresuradamente de su habitación, preparada para seguir trabajando, pero algo en los ojos de July la contuvo. Nunca había visto tanta tristeza reflejada en unos ojos. Al mirarle se le encogió un poco el corazón.

—Ellie estaba cansada de este trabajo. Fueron los cazadores de búfalos quienes hicieron que lo dejara. Me imagino que apareciste en el momento oportuno.

—Sí.

Se miraron en silencio, Jennie sin ganas de bajar al pozo de ruidos y July sin ganas de pasar la puerta y marchar hacia la cuadra.

—¿No quieres dejarlo? —le preguntó July.

—¿Por qué? ¿Es que también vas a enamorarte de mí?

July sabía que podía ocurrir si no tenía cuidado. Estaba demasiado solo, y no tenía mucho control.

—¿No quieres dejarlo? —volvió a preguntarle.

Jennie sacudió la cabeza.

—Me gusta ver llegar a los vaqueros. Aquí siempre llega gente. Los vaqueros son más simpáticos que los cazadores de búfalos, pero incluso los cazadores de búfalos son gente. —Reflexionó un momento y continuó—: No podría quedarme sentada en una casa todo el día. Si alguna vez alguien llegara a casarse conmigo, creo que también huiría. Cuando me pongo triste y deprimida es en invierno… Entonces no viene gente.

July pensó en Ellie, sentada todo el día en el altillo de la cabaña, con las piernas colgando… No iba nadie salvo él, Joe y alguna vez Roscoe, cuando pescaban algo. El hablar con Jennie le hizo ver su vida con Ellie desde otro ángulo.

—Deberías volver a tu casa —le aconsejó Jennie—. Aunque la encuentres, no te servirá de nada.

July también lo pensaba, pero no quería regresar. Se había quedado allí plantado. Algo en su actitud impacientó de pronto a Jennie.

—Tengo que irme —volvió a decirle—. Si alguna vez encuentras a Ellie dile que todavía guardo el traje azul que me regaló. Si algún día lo necesita y lo quiere, que me escriba.

July asintió con la cabeza. Jennie le dirigió una última mirada, entre compasiva y exasperada, y bajó corriendo la escalera.

Al quedarse solo se sintió triste. Tenía la sensación de que había perdido una oportunidad, aunque no sabía qué oportunidad podía ser. Las calles estaban llenas de vaqueros que iban de un *saloon* a otro. Había caballos amarrados en cada baranda.

Fue a la cuadra y ensilló su caballo nuevo. El viejo que se ocupaba de ella

estaba sentado con la espalda apoyada en un barril de clavos para herraduras, bebiendo a ratos de una jarra que tenía entre las piernas. July le pagó, pero el hombre no se levantó.

—¿Con qué equipo estás? —le preguntó.

—Voy solo.

—Oh —exclamó el viejo—. Un equipo pequeño. Es un poco raro ponerse en marcha a estas horas de la noche, ¿no?

—Supongo que lo será —contestó July, alejándose.

70

Cuando se encontraron al Oeste, dejando atrás la línea de la plaga de langostas, el rebaño encontró buena hierba. Los cielos se mantuvieron limpios durante casi dos semanas y la marcha siguió tan bien como hasta entonces. El ganado avanzó hacia el Arkansas sin estampidas ni otros incidentes, excepto uno…, un accidente tonto que a Newt le costó su caballo favorito, *Mouse*.

Newt ni siquiera montaba a *Mouse* cuando ocurrió el accidente. Ese día había cambiado de montura con Ben Rainey. El trabajo cotidiano había terminado y Ben cabalgó hasta el interior del rebaño, con permiso de Call, para elegir un ternero para el cocinero. Llegó junto a una pequeña vaca moteada con la intención de llevarse a la cría y mientras la separaba de ella, la vaca se volvió de pronto rabiosa y enganchó a *Mouse* por debajo de la cincha. Era una vaca pequeña, con cuernos increíblemente afilados y su embestida fue tan violenta que los cuartos traseros de *Mouse* se levantaron del suelo. Ben Rainey fue derribado y tuvo que correr para que no le enganchara a él también. Soupy Jones vio cómo ocurría. Galopó hasta allí y pronto desvió a la vaca enloquecida, pero el mal estaba hecho. La sangre escapaba del abdomen de *Mouse* como una fuente.

—Trae a Deets —gritó Soupy. Deets era el mejor médico de caballos del equipo, aunque Po Campo también era muy bueno. Los dos hombres se acercaron a mirar la herida y ambos sacudieron la cabeza. Newt, al otro lado del rebaño, vio que la gente le hacía señales y se acercó al galope. Cuando vio a *Mouse* perdiendo sangre casi se desmayó de la impresión.

—No sé lo que le pasó —iba diciendo Ben Rainey, sintiéndose culpable—. Yo no le hacía nada a ella. Enganchó al caballo y luego vino a por mí. Tiene unos cuernos muy afilados y retorcidos.

Las patas traseras de *Mouse* temblaban.

—Bueno, será mejor que lo mates —dijo Call a Newt—. Está acabado.

Newt se disponía a coger las riendas cuando intervino Dish Boggett.

—Capitán, un hombre no debe matar a su caballo cuando hay otros a su alrededor que pueden hacerlo —y sin añadir palabra se llevó al caballo que se desangraba a unos cien metros de distancia y le disparó. Volvió con la silla. Newt le dio las gracias. Hubiera pasado un mal momento si hubiera tenido que matar a *Mouse*.

—Ojalá no hubiéramos cambiado de caballo —se lamentó Ben Rainey—. Nunca pensé que pudiera suceder una cosa así.

Aquella noche hubo mucha discusión sobre los peligros de manejar ganado. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que los había, pero nadie había oído hablar de que una pequeña vaca enganchara a un caballo bajo la cincha y lo matara. Newt cambió de turno con el irlandés y volvió a cambiarlo con el siguiente, cuatro horas más tarde. Quería estar a oscuras para que la gente no le viera llorar. *Mouse* nunca se había portado como otros caballos, e incluso ahora había encontrado un modo de morir distinto. Newt lo tenía desde hacía ocho años y sintió tan vivamente su pérdida que por primera vez en la marcha deseó que no se hiciera tan pronto de día.

Pero salió un sol maravilloso y sabía que tendría que ir a desayunar. Se limpió las huellas de las lágrimas lo mejor que pudo y cuando se disponía a acercarse a la carreta vio al señor Gus de pie delante de su pequeña tienda, haciéndole señales. Newt se acercó a caballo. La cortina de la tienda estaba levantada y al pasar divisó a Lorena sentada sobre un jergón. Tenía el cabello suelto sobre los hombros y estaba bellísima.

Augustus había hecho un fuego de boñigas de búfalo.

—¡Maldita sea! ¡Odio tener que cocinar con mierda! Tengo entendido que te has quedado sin caballo.

—Sí. Lo montaba Ben. Pero no fue culpa suya —explicó Newt.

—Baja y tómate una taza de café para matar la pena —ofreció Augustus.

Mientras bebía el café, Lorena salió de la tienda. Ante la sorpresa de Newt, le sonrió. No dijo ni una palabra, pero sonrió. Sintió tal alegría que inmediatamente empezó a encontrarse mejor. Durante todo el camino desde Texas estuvo secretamente preocupado por si Lorena le hacía responsable de su rapto. Después de todo se suponía que la estaba guardando la noche en que se la llevaron. Pero era obvio que ella no le guardaba rencor. Estaba frente a la tienda, contemplando la hermosa mañana.

—Ahora me gusta mirar a lo lejos —dijo de pronto. Augustus le pasó una taza de café y ella la sostuvo con ambas manos; el humo le veló la cara. Newt estaba seguro de que nunca había visto a una mujer tan hermosa como ella, y el poder compartir su desayuno era como un milagro. Dish o cualquiera de los muchachos habrían dado espuelas y sillas para poder estar donde él estaba.

Lorena se sentó delante de la tienda y sopló sobre el café para enfriarlo. Newt bebió el suyo y se sintió mejor. El pobre *Mouse* estaba muerto, pero el día era maravilloso y estaba disfrutando del raro privilegio de estar desayunando con el señor Gus y Lorena. A través del llano podían ver el rebaño, desparramado hacia el Norte. La carreta y la remuda estaban a dos kilómetros, tras el ganado. Po Campo, una mancha oscura sobre el llano, andaba a cierta distancia detrás de la carreta.

—Este viejo cocinero es todo un espectáculo —observó Augustus—. Es capaz de ir caminando hasta Canadá.

—Le gusta observar la hierba —explicó Newt—. Siempre encuentra cosas. Guisa casi todo lo que recoge.

—¿Guisa la hierba? —preguntó Lorena interesada. Nunca había visto a Po Campo de cerca, pero le intrigaba ver el hombrecito caminando día tras día a través del gran llano.

—No, pero fríe saltamontes de vez en cuando —contestó Newt.

Mientras soplaba el café, Lorena miraba a Gus. Desde que él la había salvado se había pasado horas mirándole. Viajar con él era cómodo porque nunca se enfadaba ni la reñía, como hacían otros hombres. Durante aquellas semanas en que temblaba y lloraba, no mostró nunca impaciencia ni le exigió nada. Se había acostumbrado tanto a él que empezó a desear que el viaje durara mucho. Para ella resultaba sencillo e incluso agradable. Nadie la molestaba y era delicioso cabalgar bajo el sol de principio de verano, contemplando la enorme extensión de hierba ondulante. Gus no dejaba de hablar. Algunas de las cosas que decía era interesantes y otras no, pero la tranquilizaba que le gustara hablar con ella.

Le bastaba aquella vida, y era mejor que cualquier otra vida anterior. Pero no podía olvidar la otra mujer que Gus había mencionado. De la otra mujer era de lo único que no hablaba. Ella, naturalmente, no preguntaba, pero tampoco podía olvidar. Temía el día en que llegarían a la ciudad donde vivía la otra mujer, porque entonces terminaría su vida fácil. Pero lo evitaría si podía. Estaba dispuesta a luchar por ello. Estaba decidida a decir a Gus que estaba dispuesta a casarse con él, antes de llegar a la ciudad.

Nunca hasta entonces había tenido la idea de casarse con un hombre. No le parecía probable. Estaba harta del tipo de hombres que frecuentaban los *saloons*. Naturalmente, algunos quisieron casarse con ella, en su mayor parte vaqueros jóvenes. Pero no los tomaba en serio. Gus era diferente. Nunca le había dicho que quisiera casarse con ella, pero era mejor que la mayoría cuando la cumplimentaba sobre su belleza. Y seguía haciéndolo casi todos los días, asegurándole que era la mujer más hermosa de los llanos. Se llevaban bien; no discutían. Para ella todo esto significaba que él quería casarse con ella, cuando llegaran. Le gustó que hubiera llamado al muchacho para desayunar. Era un muchacho inofensivo, incluso atractivo y afectuoso. Si se mostraba amistosa, quizá Gus la consideraría más como a futura esposa. Aunque él no se le había acercado aún, le sentía excitado cuando dormían muy juntos y estaba decidida a que se le acercara antes de que llegaran a Ogallala. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera para que él se olvidara de la otra mujer.

Cuando Newt regresó junto al rebaño, flotaba prácticamente sobre el suelo de tan feliz como se sentía. Olvidó la muerte de *Mouse* ante el placer de recordar a Lorena. Cuando ya se disponía a montar le había vuelto a sonreír.

Los vaqueros no tardaron en enterarse de que Newt había recibido una invitación especial. Mientras cabalgaba en dirección a la cola muchas cabezas se volvieron cuando pasó. Pero la marcha ya había empezado y nadie dispuso de una oportunidad para preguntarle hasta la noche, mientras cenaban.

Dish, el amigo que le había relevado del peso de matar a su propio caballo, era el que sentía mayor curiosidad.

—¿Llegaste a ver a Lorie? —le preguntó de sopetón. Seguía estando tan enamorado de Lorie que el mero hecho de pronunciar su nombre, a veces, le provocaba debilidad.

—La he visto; tomaba café —contestó Newt.

—Sí, siempre tomaba café por las mañanas —explicó Lippy, presumiendo de una familiaridad con las costumbres de Lorena que inmediatamente ofendió a Dish.

—Sí, y estoy seguro de que la espiabas siempre que podías —saltó rabioso.

—No era preciso espiarla, lo tomaba en el *saloon*. Si no la veía es que estaba ciego.

Se daba cuenta, como los demás hombres, de que Dish estaba enamoradísimo, pero Dish no era el primer vaquero enamorado de una puta y Lippy no creía que debiera dar demasiada importancia a la situación.

—Dish no consiente que pobres tipos como nosotros tengamos ni siquiera el derecho de mirar a la joven —comentó Jasper. Solo había recibido chascos por parte de Lorena, y todavía estaba amargado.

—Seguro que Newt la ha mirado lo que ha querido —dijo Soupy—. Newt está llegando a la edad de mirar a las jóvenes.

Newt, avergonzado, guardó silencio. Le habría gustado alardear un poco de la visita, incluso repetir quizás alguna de las palabras que Lorena había dicho, pero tenía la seguridad de que si lo hacía causaría una gran tristeza en Dish Boggett por no haber sido él el visitante.

—¿Sigue tan guapa como siempre, o tanto viaje la ha estropeado? —preguntó Needle Nelson.

—Como si esto fuera posible —exclamó Dish enfadado.

—Sigue igual de bonita —respondió Newt—. El señor Gus fue el que habló todo el tiempo.

—Bueno, Gus lo hace siempre —dijo Pea Eye—. Si hubieran montado la tienda un poco más cerca, le oiríamos todos. Gus tiene la voz fuerte.

—Yo no escucharía —protestó Dish. Le irritaba continuamente que Gus disfrutara de la compañía de Lorena, día tras día.

—Nunca he conocido a un tío tan celoso como tú, Dish —le espetó Jasper.

Call había cenado apresuradamente y se marchó acompañado de Deets. El Arkansas estaba a muy pocos kilómetros y quería echar un vistazo al punto de cruce. Galoparon río arriba a través del largo atardecer de la pradera y se

detuvieron un momento en el ribazo. Incluso a la luz de la luna pudieron ver que la corriente era muy fuerte.

—Siempre había oído decir que el Arkansas era muy rápido —comentó Call —. ¿Lo has cruzado alguna vez?

—Sí, y siempre me arrastró.

—Nace en las mismas montañas que el Río Grande, solo que por otro lado.

—¿Cree que volveremos algún día, capitán? —preguntó Deets. No pensaba formular la pregunta, pero al oír mencionar el Río Grande había sentido cierta añoranza. Había pasado de un lado a otro de Río Grande durante tantos años, que le entristecía pensar que a lo mejor no volvería a verlo de nuevo. El Río Grande era caliente y poco profundo y no había problemas en cruzarlo, mientras que cuanto más al Norte se dirigían, más rápidos y fríos se hacían los ríos.

A Call le sorprendió la pregunta.

—Pues supongo que algunos de los muchachos volverán. Dudo de que yo regrese —dijo, y confió en que Deets hiciera como él. Confiaba demasiado en Deets. Ninguno de los otros hombres tenía su sensatez.

Deets no volvió a hablar de ello, pero se le había encogido el corazón porque añoraba Texas.

Call contempló el río, hacia Colorado.

—Ese maldito bandido anda por ahí. Ojalá Gus se lo hubiera cargado.

Deets podía decir, por la expresión sombría con que el capitán miraba a las montañas, que le hubiera gustado poder ir tras el hombre. Lo que Gus y el capitán hacían mejor era perseguir, y ahora estaba deseando poder perseguir a Blue Duck.

Para que el capitán dejara de pensar en el forajido, Deets mencionó algo que guardaba para sí. Era algo que observó el día anterior mientras exploraba unos kilómetros hacia el Este.

—No me sorprendería que el señor Jake anduviera por aquí.

—¿Jake? —repitió Call—. ¿Y por qué iba a estar por aquí?

—Puede que él no, pero su caballo sí —afirmó Deets—. Ayer me cruce con sus huellas. Eran las de aquel caballo andador con el que llegó.

—¿Estás seguro?

—Oh, sí. Conozco su huella. Había otros cuatro caballos con él. Supongo que el señor Jake habrá vendido el caballo.

—Lo dudo. A Jake le gusta su andador.

Mientras iban trotando de vuelta al rebaño, fue pensando en la información. Habló en serio cuando dijo a Gus que no quería más tratos con Jake Spoon. Jake solo había vuelto a Lonesome Dove para que le defendieran, y sin duda volvería a hacerlo si se encontraba nuevamente en apuros. Y además esta vez el problema sería peor. Cuando un hombre como Jake, que toda su vida había estado fanfarroneando, empezaba a fallar, la caída era cada vez más rápida.

—Bueno —terminó diciendo Call—, no estamos lejos de Dodge. A lo mejor anda buscando un buen punto para jugar. No le pierdas de vista —añadió—. Si vuelves a encontrar sus huellas, dímelo.

Deets regresó al campamento, pero Call se detuvo a más de un kilómetro de distancia y amarró la yegua. Pensó en ir a ver a Gus para pasarle la información, pero decidió que podía esperar hasta por la mañana. Las noticias de Jake podían perturbar a la joven. Si estaba en lo cierto y Jake iba camino de Dodge, no había por qué preocuparse.

Estuvo despierto gran parte de la noche, escuchando al irlandés cantándole al ganado. Mientras escuchaba, una mofeta pasó entre él y la yegua. Anduvo olfateando y parándose a rascar el suelo. Call permaneció inmóvil y la mofeta no tardó en proseguir su camino. La *Mala Bestia* no le hizo el menor caso. Siguió pastando tranquilamente.

71

—Estoy impaciente por llegar a Dodge —dijo Jake—. Me gustaría tomar un baño y encontrar una puta. Y un buen barbero para que me afeite. Hay un barbero allí, llamado Sandy, que me gusta mucho…, si alguien no se lo ha cargado.

—Bueno, mañana lo sabrás —le respondió Dan Suggs—. A mí nunca me han gustado los barberos.

—A Dan ni siquiera le gustan las putas —comentó Roy Suggs—. Dan es difícil de satisfacer.

A Jake le animaba la idea de que Dodge estuviera tan cerca. Estaba harto de la pradera desierta y de los silenciosos Suggs, y ansiaba encontrar compañía divertida y unas buenas partidas de cartas. Tenía la intención de deshacerse de los Suggs en Dodge. El juego sería su excusa. Quizá ganara mucho dinero y entonces les diría que ya estaba harto de la vida nómada. Después de todo no les pertenecía.

El día era soleado y Jake cabalgaba feliz. A veces tenía una sensación de buena suerte, de que su destino era la riqueza y las mujeres hermosas y de que nada podría detenerle. La sensación de buena suerte la tuvo mientras cabalgaba, y lo más importante de ella era que estaba a punto de librarse de los hermanos Suggs. Eran malvados y había hecho una mala elección cuando decidió unirse a ellos, pero no había ocurrido nada demasiado terrible y casi estaban en Dodge. Le pareció que había entrado en la mala suerte el día en que mató accidentalmente al dentista en Arkansas, y ahora estaba a punto de salir de ella en Kansas y podría reanudar el tipo de vida divertida que se merecía. Frog Lip cabalgaba exactamente delante de él y pensó en lo agradable que sería no tener la menor asociación con semejante hombre. Frog Lip cabalgaba en silencio, como había hecho durante todo el viaje, pero su silencio era amenazador, y Jake prefería otro tipo de compañía, principalmente una puta. Seguro que habría muchas en Dodge.

Pero por la tarde, Dan Suggs, el hombre que era difícil de complacer, vio algo que le gustó: un rebaño de unos veinticinco caballos que iba hacia el Sur conducido por tres hombres. Cabalgó hasta una loma y examinó los caballos con los prismáticos. Cuando volvió parecía satisfecho. Jake perdió inmediatamente su

sensación de buena suerte.

—Es el viejo Wilbarger —explicó Dan—. Va solo con dos hombres.

—He oído hablar de él —dijo Jake—. Le recuperamos algunos de sus caballos en México. Los tenía Pedro Flores. Pero a él no le conozco.

—Yo sí que conozco a ese hijo de puta —exclamó Dan—. Trabajé para él una vez.

—¿Adónde irá con los caballos? ¿De regreso a Texas? —preguntó Roy.

—Probablemente ha vendido su rebaño principal en Dodge y tiene alguno más camino de Denver. Lleva monturas frescas para sus muchachos.

No tardaron en perder de vista a Wilbarger y sus caballos, pero Dan Suggs no reemprendió la marcha hacia Dodge.

—Creo que Dan se siente sanguinario —comentó Roy mirando a su hermano.

—Pensé que Wilbarger era muy duro —dijo el pequeño Eddie.

—Y lo es, pero yo también —afirmó Dan Suggs—. Nunca me ha gustado. No veo ninguna razón por la que no podamos quedarnos con sus caballos.

A Roy Suggs no le gustaba demasiado el comportamiento de su hermano.

—¿Quedárnoslos para qué? No podremos venderlos en Dodge si Wilbarger acaba de estar allí.

—Dodge no es la única ciudad de Kansas —observó Dan—. Podemos venderlos en Abilene.

Y sin más discusión emprendió la marcha hacia el Sudoeste, a trote lento. Sus hermanos le siguieron, Jake esperó un momento, perdida su sensación de suerte y remplazada por una de miedo. Pensó que quizá los Suggs se olvidarían de él y podría seguir su camino hasta Dodge, pero entonces vio que Frog Lip le miraba. El negro estaba impasible.

—¿Vienes? —preguntó. Era la primera vez en todo el viaje que hablaba directamente a Jake. Había tal insolencia en su voz que Jake se encolerizó, involuntariamente.

—Supongo que si me mira lo descubrirá —respondió Jake, dolido de que el hombre le hablara en aquel tono.

Frog Lip solo le miró, sin sonreír ni torcer el gesto. La insolencia de la mirada era tal que por un instante Jake pensó en desenfundar. Quería borrar de un disparo aquella mirada del rostro del negro. Pero sin embargo, espoleó ligeramente su caballo y siguió a los hermanos Suggs a través de la pradera. Estaba furioso. El barbero y la puta se habían ido al traste. No tardó en oír el caballo del negro a sus espaldas.

Dan Suggs viajaba sin precipitarse. Aquel día no volvieron a ver ni a Wilbarger ni a sus caballos. Cuando se encontraron con una fuente junto a la que crecían unos árboles, Dan paró para dormir.

—No vamos a robar caballos en pleno día —observó al despertar—. Va mejor de noche. Así, si hay suerte, puede achacarse a los indios.

—Entonces mejor será que arranquemos las herraduras de estos caballos —sugirió Roy Suggs—. Los indios no suelen utilizar herraduras.

—Me parece que eres muy meticuloso —exclamó Dan—. ¿Quién nos va a descubrir?

Descansaba a la sombra con el sombrero echado sobre los ojos.

—Wilbarger, si es tan duro como dices —dijo el pequeño Eddie.

Dan Suggs se limitó a reír.

—Bueno, yo pensaba que habíamos venido para robar Bancos y regular colonos —comentó Jake—. No recuerdo haber oído hablar de robar caballos. Creo recordar que robar caballos es un crimen castigado con la horca.

—Nunca me había encontrado con semejante ramillete de jovencitas —se burló Dan—. Todo en Kansas es un crimen castigado con la horca. No se entretienen cambiando las leyes.

—Puede ser. El trabajo de cuatrero no es de mi especialidad —objetó Jake.

—Eres joven, puedes aprender un nuevo tipo de trabajo —observó Dan alzándose sobre un codo—. Y si prefieres no aprender, podemos dejarte aquí muerto. No toleraré que nadie se raje. —Después de hablar se volvió a bajar el sombrero sobre el rostro y se durmió.

Jake se dio cuenta de que estaba atrapado. No podía luchar contra cuatro hombres. Todos los hermanos Suggs durmieron un rato, pero Frog Lip estuvo toda la tarde sentado junto a la fuente, limpiando sus armas.

Al anochecer Dan Suggs se levantó y fue a orinar al lado de la fuente. Después se echó al suelo, tendido boca abajo, y bebió. Cuando se levantó, montó a caballo y se alejó sin hablar con nadie. Sus hermanos montaron rápidamente y le siguieron y a Jake no le quedó otra alternativa que seguirles. Frog Lip cerraba la marcha, como de costumbre.

—Dan se siente realmente sanguinario —masculló el pequeño Eddie.

—Bueno, suele ponerse así —respondió Roy—. Supongo que no esperarás que le eche un sermón.

—No le interesan los caballos —porfió el pequeño Eddie—. Lo que quiere es matar a ese hombre.

—Dudo de que deje sueltos los caballos, cuando los tenga —dijo Roy.

Jake estaba furioso de que el día se hubiera complicado de aquel modo. Una vez más su mala suerte…, no había forma de superarla. Si Wilbarger hubiera estado viajando solo dos kilómetros más al Oeste, no le hubieran visto ni a él ni a sus caballos y ya estarían en Dodge disfrutando de las comodidades de la ciudad. Descubrir a tres hombres y unos caballos sobre la inmensa llanura era una pura casualidad, una cuestión de suerte como la bala que mató a Benny Johnson. Pero ambas cosas habían sucedido. Para que un hombre se sintiera pesimista era suficiente que tales cosas fueran ocurriendo con regularidad.

No tardaron en encontrar el rastro de Wilbarger y en seguirlo hacia el Oeste

a través de la puesta del sol y el largo anochecer. El rastro les conducía hacia el Arkansas, y era fácil de seguir incluso a media luz. Dan Suggs no cambió de marcha. Llegaron al río y lo cruzaron a la luz de la luna. Jake no podía soportar cabalgar mojado, pero no pudo hacer otra cosa porque Dan no se detuvo. Nadie dijo palabra cuando llegaron al río; nadie dijo nada después. La luna estaba ya en alto al Oeste cuando Dan Suggs acortó el paso.

—Ve a localizarlos, Frog —ordenó Dan—. No creo que estén lejos.

—¿Disparo o no? —preguntó el negro.

—¡No, no dispares, maldita sea! —exclamó Dan—. ¿Crees que he hecho todo este camino hasta aquí y vadeado un río, para perderme la diversión? Vuelve en cuanto los encuentres.

Frog Lip regresó a los pocos minutos.

—Por poco nos echamos encima. Están ahí mismo.

Dan Suggs apagó el cigarro y echó pie a tierra.

—Tú guarda los caballos —dijo al pequeño Eddie—. Ven en cuanto oigas los tiros.

—Yo sé disparar tan bien como Roy —protestó Eddie.

—Roy no podría disparar contra su pie aunque lo tuviera amarrado a un árbol. De todos modos vamos a dejar que Jake los mate. Él es el hombre que tiene reputación.

Cogió el rifle y se alejó. Jake y los otros le siguieron. No había señales de hoguera ni de nada, solo llanos y oscuridad. Aunque Frog Lip había dicho que los hombres estaban cerca, a Jake le pareció que anduvieron mucho rato. No vio a los caballos hasta que casi tropezó con uno. Por un momento pensó en agarrar el caballo y escapar montando a pelo. La conmoción pondría en guardia a Wilbarger y quizá caerían uno o dos de los hermanos Suggs. Pero el caballo se apartó bruscamente de él y pasó la oportunidad. Desenfundó su pistola sin saber qué otra cosa hacer. Habían encontrado los caballos, pero no veía dónde estaba el campamento. Frog Lip estaba a su lado, vigilando, supuso Jake.

Cuando sonó el primer disparo ignoraba quién lo había hecho, aunque creyó ver el fogonazo de un rifle. Le pareció tan distante que casi pensó que se trataba de otra escaramuza. Los fogonazos brillaban delante de él, excesivos para ser obra de tres hombres, se dijo. Tantos disparos le asustaron durante unos instantes y disparó por dos veces hacia la oscuridad, sin saber contra qué disparaba. Oyó tiros detrás de él; era Frog Lip. Empezó a entrever figuras que corrían, aunque no podía distinguir de quién se trataba. Luego hubo cinco o seis disparos juntos, parecidos a un trueno, y el ruido de un caballo que huía. Jake apenas podía ver nada. De vez en cuando creía distinguir un hombre, pero no estaba seguro.

—Frog, ¿le has dado? —Oyó que preguntaba Dan.

—No, él me ha dado a mí, maldita sea —respondió el negro.

—Yo juraría que le metí tres, aunque se escapó con ese caballo —comentó

Dan—. Roy, ¿estás vivo?

—Estoy vivo —respondió Roy Suggs, desde cerca del rebaño de caballos.

—Bueno, ¿y qué haces ahí? —Quiso saber Dan—. La cochina pelea estaba aquí.

—Pero queremos los caballos, ¿no? —preguntó Roy enojado.

—Yo al que quería era al maldito Wilbarger. Y tú, Spoon, ¿qué tal?

—No me han tocado.

—Tú y Roy podíais haberos quedado en Dodge, por lo que hacéis a oscuras…

Jake no contestó. Estaba satisfecho de no haber tenido que disparar a nadie. Parecía ridículo atacar a la gente a oscuras. Incluso los indios esperaban a que saliera el sol. Le esperanzaba el hecho de que Frog Lip decía haber sido tocado, aunque el que alguien supiera adónde disparaba le resultaba un misterio.

—¿Dónde estará el condenado chico? —preguntó Dan—. Le dije que trajera los caballos. El viejo Wilbarger se escapa. ¿Dónde te han herido, Frog?

Frog Lip no contestó.

—¡Maldito sea el viejo hijo de puta! —exclamó Dan—. No me extrañaría que hubiera matado a Frog. Roy, vete a buscar a Eddie.

—Si le has dicho que viniera, vendrá —contestó Roy.

—Será mejor que vayas a buscarle, a menos que estés hecho a prueba de balas —dijo Dan con voz amenazadora.

—No pienso ir si Wilbarger anda suelto. Tampoco vas a dispararme…, soy tu hermano.

Se oyeron otros dos tiros tan cerca que Jake pegó un salto.

—¿Te he dado? —preguntó Dan.

—No, y no vuelvas a disparar —exclamó Roy sorprendido—. ¿Por qué ibas a disparar contra mí?

—No tengo a nadie más a quien disparar excepto a Jake, y ya conoces su reputación —concluyó Dan sarcástico.

Oyeron caballos que se acercaban.

—¿Chicos? —gritó Eddie.

—No, esta noche más bien chicas —respondió Dan—. ¿Esperas el día de las elecciones, o qué? Trae a los malditos caballos.

El pequeño Eddie los trajo. Apenas empezaba a amanecer. Pronto fue posible ver el resultado de la batalla. Los dos hombres de Wilbarger estaban muertos, inmóviles en sus mantas. Uno era Chick, la comadreja que Jake recordaba haber visto la mañana en que trajeron los caballos de México. Una bala de rifle le había dado en el cuello y prácticamente le había separado la cabeza del cuerpo. El cadáver le recordó a Jake un conejo muerto, quizá porque Chick tenía dientes de conejo, descubiertos ahora en una mueca.

El otro muerto era un muchacho, probablemente un aprendiz de vaquero.

Del viejo Wilbarger, ni rastro.

—Sé que le metí tres tiros —insistió Dan Suggs—. Debía dormir con las riendas en la mano o nunca habría llegado hasta su caballo.

Frog Lip yacía en el suelo, agarrado aún a su rifle. Tenía los ojos abiertos y respiraba con la misma dificultad que un caballo después de una larga carrera. Su herida estaba en la ingle. Tenía los pantalones empapados de sangre. El sol naciente brillaba sobre su rostro cubierto de sudor.

—¿Quién ha matado a Frog? —preguntó el pequeño Eddie sorprendido.

—¿Quién ha podido ser sino el maldito Wilbarger?

Dan había echado una mirada a Frog. Recorría la llanura con sus prismáticos, esperando ver al ganadero. Pero los llanos estaban vacíos.

—Nunca pensé que nadie pudiera matar a Frog —exclamó el pequeño Eddie derrumbado por lo que estaba viendo.

Dan Suggs rugía de frustración. Echó una mirada feroz a sus hermanos como si ellos fueran los únicos responsables de que Wilbarger escapara.

—Vosotros deberíais volver a casa y enseñar en la escuela. Es para lo único que valéis.

—¿Y qué querías que hiciera? —preguntó Roy—. No veo a oscuras.

Dan se acercó a mirar a Frog Lip. Ignoró a sus hermanos. Se arrodilló y tiró de la camisa ensangrentada fuera de los pantalones, dejando la herida al descubierto. Un segundo después se puso en pie.

—Frog, este ha sido tu día de mala suerte —dijo—. Creo que será mejor que te rematemos.

Frog Lip no contestó. Ni siquiera movió los ojos ni parpadeó.

—Disparadle y vámonos —dijo Dan mirando al pequeño Eddie.

—¿Que mate a Frog? —exclamó el pequeño Eddie, como si no hubiera oído bien.

—Sí, Frog tiene una bala en el vientre. Necesita que se le ayude a morir. Dispárale y vámonos.

—No quiero matar a Frog —gimoteó el pequeño Eddie.

—Entonces tendremos que dejárselo a los buitres, si eres tan remilgado.

Desprendió el rifle de la mano de Frog y se pasó su gran pistolón por el cinto.

—¿No le vas a dejar que conserve sus armas? —preguntó Roy.

—No. Él no las necesita, y nosotros a lo mejor sí.

Dicho esto montó a caballo y se acercó a ver el rebaño de caballos capturados.

—Mátale, Roy —suplicó el pequeño Eddie—. Yo no puedo.

—No, Dan ya está furioso conmigo. Si hiciera algo que te ha encomendado a ti, yo sería el muerto.

Roy también montó su caballo y se alejó. Jake se acercó a su caballo andador, pensando en que el día que conoció a los Suggs había sido un día negro, un día maldito.

—¿No querrías matarlo tú, Jake? —le suplicó—. Yo le conozco de toda mi vida.

—No me gustaría hacerlo —respondió Jake. Recordaba lo insolente que Frog Lip había estado con él el día anterior, y cómo entonces había deseado matarle. Pero el cambio había sido muy rápido. Ahora el hombre yacía en el suelo, muriendo de una herida cruel y ninguno de los hombres con los que había cabalgado quería aliviar su sufrimiento.

—¡Maldita sea, nadie quiere ayudarme! —se lamentó el pequeño Eddie.

Se encogió de hombros, sacó la pistola y sin decir nada más se acercó y disparó contra Frog Lip, a la cabeza. El cuerpo se estremeció y se quedó inmóvil.

—Sácale el dinero —gritó Dan Suggs—. A mí se me olvidó.

El pequeño Eddie rebuscó los bolsillos ensangrentados del muerto, antes de montar.

Jake había supuesto que a lo mejor irían tras de Wilbarger, ya que estaba herido, pero Dan Suggs dirigió el rebaño de caballos hacia el Norte.

—¿Es que no vamos a perseguir al hombre? —preguntó Roy.

—No sabría rastrear un elefante, ni vosotros tampoco. Frog era nuestro rastreador. Disparé tres veces contra Wilbarger, espero que se muera.

—Yo pensaba que íbamos hacia Abilene —dijo el pequeño Eddie—. Abilene no está en esta dirección.

Dan se mofó de su hermano:

—Ojalá Wilbarger te hubiera disparado a ti en lugar de a Frog. Frog era nuestro mejor hombre.

Jake creyó que había asistido al final de las matanzas. Pensó que pudo haber sido peor. El tiroteo había tenido lugar en noche cerrada. Wilbarger no le había visto. No podrían relacionarlo con el ataque. En cierto modo era una suerte. Si consiguiera desembarazarse de los Suggs no estaría en una situación tan desesperada.

Mientras cabalgaba detrás de veinticinco caballos, pensó que lo mejor que podía hacer era olvidarse del Oeste. Podía viajar hasta San Luis y coger un barco hasta Nueva Orleans, o incluso ir en dirección este hacia Nueva York. Eran dos ciudades estupendas para los jugadores, por lo menos eso había oído decir. En una o en otra estaría a salvo y podría llevar la vida que le gustaba. Mirando atrás, se dijo que había sido extraordinariamente afortunado al sobrevivir en semejantes lugares, donde las matanzas eran el pan de cada día. La suerte de un hombre no duraba siempre y el hecho de que hubiera tropezado con los Suggs indicaba que esta se estaba acabando.

Decidió aguzar el ingenio para encontrar el modo de escapar mientras la escapada fuera posible. La muerte de Frog Lip le había facilitado la tarea porque, como decía Dan, Frog Lip era el único rastreador del grupo. Si podía de un modo u otro pegar un buen salto, a lo mejor escapaba. Y si lo conseguía no pararía

hasta encontrar el Mississippi.

Una vez tomada esta decisión, se sintió más animado. Escapar de la muerte siempre animaba a un hombre. Era un día soleado y precioso y vivía para verlo. Con un poco de suerte, habría llegado al término de sus problemas.

Este magnífico estado de ánimo le duró dos horas, y entonces ocurrió algo que se lo amargó. Parecía que el mundo estaba desierto, a excepción de ellos y los caballos, y de pronto, con gran sorpresa, vio una tienda. Estaba plantada debajo de un único árbol, directamente delante de ellos. Cerca de la tienda dos hombres araban con cuatro mulos. Dan Suggs cabalgaba a la cabeza del rebaño de caballos y Jake le vio galopar hacia los colonos. No le dio demasiada importancia…, vigilaba la tienda por si había alguna mujer por allí. Luego oyó el sonido apagado de un disparo y al mirar vio que caía uno de los colonos. El otro estaba de pie, sin armas en la mano. Estaba como paralizado, e inmediatamente Dan Suggs también le disparó. Entonces trotó hasta la tienda, saltó del caballo y se metió dentro.

Jake no sabía qué pensar. Había visto matar a dos hombres en un espacio de segundos. No tenía idea de por qué. Cuando estuvo cerca de la tienda, Dan Suggs sacó un pequeño baúl fuera y se puso a registrarlo. Iba tirando la ropa que estaba dentro sobre la hierba. Sus hermanos se le acercaron para participar de la diversión y pronto recogieron varias piezas para ver si les servían. Jake también se acercó, nervioso. Dan Suggs estaba en vena de matar. Ambos granjeros yacían muertos sobre la hierba cerca de sus mulos, que pastaban tranquilamente. Ambos tenían un agujero de bala en la frente. Dan les había disparado a bocajarro.

—Bah, no tenían más que un reloj —exclamó Dan alzando un bonito reloj de bolsillo, de plata—. Creo que me voy a quedar con el reloj.

Sus hermanos no encontraron nada de valor, aunque revolvieron toda la tienda. Mientras registraban, Dan encendió un fuego con un carbón que encontró y preparó algo de café.

—Vamos a ahorcarlos —dijo acercándose a mirar a los dos muertos. Los dos tendrían unos cuarenta años y llevaban barbas despeinadas.

Roy Suggs parecía desconcertado.

—¿Y por qué quieres ahorcarlos? Ya están muertos.

—Ya lo sé, pero es una pena no utilizar este árbol. Es el único que hay por aquí. ¿Para qué sirve un árbol sino para ahorcar a alguien?

La idea hizo reír al pequeño Eddie, que lanzó una risita nerviosa.

—Dan, eres único —exclamó—. Nunca había oído ahorcar a muertos.

Pero Dan lo decía en serio. Pasó cuerdas por los cuellos de ambos muertos e hizo que sus hermanos los llevaran hasta el árbol y los colgaran de él. No era un árbol muy grande y los pies de los hombres quedaban a pocas pulgadas del suelo. A Jake no se le pidió que ayudara ni él se ofreció.

Cuando estuvieron colgados, retorciéndose al extremo de sus cuerdas, Dan Suggs dio unos pasos atrás para ver el efecto, y al parecer no le gustó. Sus hermanos le observaban nerviosos. Su cara indicaba que aún seguía malhumorado.

—¡Malditos destripaterrones!

—Bueno, ya está bien, Dan. Ya están suficientemente muertos.

—No, no lo están. Un maldito destripaterrones no estará nunca lo bastante muerto para mí.

Después de eso fue a buscar la lata de petróleo que le había servido para encender el fuego y empezó a rociar las ropas de los ahorcados.

—¿Para qué haces esto? —preguntó el pequeño Eddie—. Ya les has disparado y ahorcado.

—Sí, y ahora voy a quemarlos. ¿Alguna objeción por parte de los maestros de escuela?

Contempló a los tres, con ojos retadores. Nadie abrió la boca. Jake estaba mareado por lo que estaba ocurriendo, pero no trató de evitarlo. Dan Suggs estaba loco, no cabía la menor duda, pero su locura no afectaba su puntería. La única forma de pararle era matándole, una decisión arriesgada a plena luz del día.

El pequeño Eddie dejó oír otra vez su risita nerviosa mientras miraba cómo su hermano prendía fuego a los hombres. Incluso con el petróleo no resultaba fácil… Dan tuvo que rociarlos varias veces antes de que ardieran. Pero por fin lo consiguió y las ropas se encendieron. Era un espectáculo terrible. Jake pensó que no iba a mirar, pero lo hizo a pesar suyo. Las ropas sudadas de los hombres se desprendieron y sus barbas despeinadas se quemaron. Algunos restos de ropas cayeron bajo sus pies. Los pantalones de los hombres también ardieron dejando solo los cinturones y algún jirón de ropa en las cinturas.

—Dan, eres único —iba repitiendo el pequeño Eddie mientras se reía nervioso. Roy Suggs destrozó metódicamente la tienda y revolvió de nuevo las posesiones de los hombres esperando encontrar algo de valor.

—No tenían nada —dijo—. No sé por qué te has molestado en matarles.

—Fue su día malo, lo mismo que el de Frog. Echaremos en falta a Frog, disparaba muy bien. Ojalá tuviera al maldito Wilbarger aquí; lo asaría bien asado.

Después de beber más café, Dan Suggs volvió a montar. Los dos granjeros, con el tronco de sus cuerpos ennegrecido, seguían colgando del árbol.

—¿No piensas enterrarlos? —preguntó Jake—. Alguien los va a encontrar, y a lo mejor es la ley.

Dan Suggs se limitó a reír:

—Me gustaría ver qué ley me coge a mí. Ningún hombre de Kansas pudo conseguirlo, y en todo caso yo pienso llegar a Nebraska.

Se volvió a sus hermanos, que buscaban aún entre las ropas de los colonos con la esperanza de encontrar algo que mereciera la pena.

—Recoged los mulos. Sería una tontería dejar unos buenos mulos.

Después espoleó el caballo y se alejó.

—Hoy está sanguinario —repitió Roy mientras iba a buscar a los mulos.

—Si encontramos más destripaterrones, mala suerte para ellos.

A Jake le había desaparecido el buen humor, aunque el día seguía siendo precioso. Resultaba evidente para él que su única esperanza era huir de los Suggs tan pronto como pudiera. Dan Suggs podía despertar cualquier día sintiéndose sanguinario, y si no había granjeros para absorber su furia las cosas se pondrían realmente negras. Se mantuvo al trote todo el día, alejado del rebaño de caballos, esforzándose por olvidar los dos cuerpos ennegrecidos, cuyos zapatos todavía ardían cuando se alejaron.

72

Deets encontró a Wilbarger siguiendo las huellas de su caballo. Este les esperaba en la orilla norte del Arkansas, con sangre seca en las crines y ensillado. Mientras iban acercando el ganado para hacerlo cruzar, el caballo empezó a nadar hacia ellos, varias veces, pero después se volvió atrás. Deets cruzó primero, por delante de *Old Dog* y reconoció al caballo incluso antes de llegar a la orilla. Era el gran bayo de Wilbarger, que unos meses antes había entrado en Lonesome Dove.

Se acercó a él y lo cogió con facilidad. Pero entonces lo que parecía que iba a ser un sencillo pase del ganado resultó todo menos sencillo. El caballo de Dish Boggett, que había cruzado muchas veces fácil y tranquilamente, se asustó en mitad del río y por poco ahoga a Dish. El caballo se volvió loco en el agua y si Dish no hubiera sido un buen nadador habría sido aplastado. Y así y todo hubiera podido ocurrir si Deets no se hubiera precipitado de nuevo en el agua y luchado con el caballo para que Dish llegara a tierra.

El suceso abrió una brecha en la fila de vaqueros y unas trescientas cabezas viraron y empezaron a nadar río abajo. La fila del ganado también se rompió y muy pronto hubo grupos de reses, nadando Arkansas abajo, sin prestar atención a los jinetes que trataban de encauzarlas de nuevo. Newt se encontró metido en uno de estos grupos y después de nadar doscientos metros río abajo con ellas terminó en la misma orilla de donde había salido.

El rebaño se dividió finalmente en cinco o seis grupos. Augustus vino a ayudar, pero no podía hacer gran cosa. La mayor parte del ganado volvía a la orilla sur, pero unas cuantas cabezas nadaron río abajo, lejos.

—Parece como si tu rebaño se fuera flotando, Woodrow —dijo Augustus.

—Lo sé, y lo que me asombra es que no tengamos granizo o relámpagos encima —respondió Call. Aunque el ganado desparramado era un fastidio, no estaba demasiado preocupado porque el río no era profundo y la orilla por donde cruzaban era baja. Solo les llevaría algo más de tiempo volver a ordenar el ganado que había vuelto a la orilla sur. Afortunadamente ninguna res se había hundido y esta vez no se había ahogado ningún hombre.

—¡Dios mío! —exclamó Augustus al ver a Deets que llegaba con el caballo bayo—. ¿Por dónde andará el señor Wilbarger que deja suelto a su caballo?

—Me temo que muerto —respondió Call—. Fíjate en la sangre que lleva en las crines.

—Vaya. Me gustaba el señor Wilbarger —comentó Augustus—. Sentiría de veras que hubiera muerto. Iré a echar un vistazo.

—¿Y quién vigilará a la muchacha mientras tú estés fuera? —preguntó Call.

Augustus se detuvo.

—Tienes razón —dijo—. Se inquietaría si me fuera. Tal vez sea mejor que vaya Deets.

—Podría tratarse de indios —comentó Call—. Creo que será mejor que la traslades algo más cerca de la carreta.

Deets no regresó hasta media tarde y para entonces el rebaño se encontraba ya a unos kilómetros al norte del Arkansas.

—No creo que ninguna res haya comido nunca de esta hierba —dijo Augustus—. Dudo que nadie haya traído el ganado hasta tan lejos al oeste de Dodge. Seguro que solo la han comido los búfalos.

Pero Call solo pensaba en Wilbarger, el hombre más lleno de recursos que jamás había conocido. Si semejante hombre pudo ser atacado, entonces también tendrían que enfrentarse con graves problemas.

—Se supone que eres capaz de oler a los indios —le dijo a Augustus—. ¿Hueles alguno?

—No. Solo huelo a mierda de vaca. Me figuro que se me estropeará el olfato para siempre antes de que termine esta marcha.

—Además no se habla de búfalos en la Biblia —añadió.

—¿Por qué iba a hablarse? —preguntó Call.

—Pues porque un búfalo es una especie de buey, solo que más oscuro —explicó Augustus—. Y los bueyes se mencionan en la Biblia.

—¿Y ahora qué te ha dado con la Biblia?

—Aburrimiento, supongo. La controversia religiosa es mejor que ninguna.

—Si hay indios enloquecidos por los alrededores, puedes encontrarte con más controversia de la que buscabas —le comentó Call.

Lorena oyó el comentario; cabalgaba detrás de ellos. La mención de los indios le trajo recuerdos que la pusieron nerviosa.

Al fin vieron a Deets, que venía junto al río desde el Sudoeste. Era obvio, por el sudor seco de su caballo, que forzó la marcha.

—Fueran quienes fueran no alcanzaron a Deets —dijo Augustus.

—Lo encontré. Muerto.

—¿Muerto? —repitió Call.

—Creo que moribundo —aseguró Deets—. Le pegaron tres tiros.

—¿A qué distancia está?

—A unos quince kilómetros. Le dejé incorporado, pero no podía traerlo.

—¿Dijo algo? —preguntó Augustus.

—Quiere verles si no están demasiado ocupados. Dijo que si tienen demasiado trabajo que no vayan.

—¿Por qué íbamos a estar tan ocupados? —preguntó Augustus.

Deets le miró.

—Porque es un caballero educado. Creo que teme estar muerto antes de que lleguen.

—Ya comprendo, no quiere fastidiarnos —dijo Augustus—. Bueno, iré de todos modos.

—Cambia de caballo —aconsejó Call a Deets, y Deets se alejó. Estaba tratando de pensar a quiénes iba a llevarse, y finalmente decidió llevar a Pea Eye, Deets y al muchacho. El muchacho podía cuidar de los caballos, si surgían problemas. Esto suponía abandonar el rebaño, pero no podía hacer otra cosa. Los pastos eran buenos y las reses parecían tranquilas. Dish y el resto del equipo podrían manejarlo.

—¿Y si fueron indios los que le atacaron? —preguntó al volver Deets.

Deets sacudió la cabeza.

—Blancos. Cuatreros.

—Cuatreros y además asesinos —puntualizó Call.

Pero se quedó más tranquilo porque los cuatreros no atacarían un equipo tan importante como el suyo.

Augustus se apartó para explicar la situación a Lorena. Ella le miró preocupada.

—No, Lorie, tranquilízate. Después de todo no fueron indios.

—¿Entonces quién fue?

—El hombre que nos prestó esta tienda fue tiroteado. Por lo visto está muy mal. Vamos a ver si podemos hacer algo por él.

—¿Cuánto tardaréis? —preguntó Lorena. Ya caía la tarde. Esto significaba una noche sin Gus, y no había tenido que enfrentarse con ninguna desde que la salvó.

—No lo sé, cariño. Tal vez unos días, si perseguimos a los cuatreros que le atacaron. Lo intentaremos si hay la menor posibilidad. Call no dejaría un ladrón de caballos suelto, y tiene razón.

—Yo también iré —dijo Lorena—. Puedo hacerlo. Y no necesitamos la tienda para nada.

—No. Tú te quedas junto a la carreta…, estarás perfectamente a salvo. Pediré a Dish que se ocupe de ti.

Lorena empezó a temblar. Quizá Gus lo hacía porque se había cansado de ella. Quizá no volvería nunca más. Podía desviarse e ir a Nebraska en busca de aquella mujer.

Con gran sorpresa por su parte, Gus adivinó lo que pensaba. Le sonrió con su habitual picardía.

—No pienso desaparecer, si esto es lo que crees.

—No hablo de desaparición. Es que no quiero que te marches, Gus.

—Tengo que hacerlo. Un hombre se está muriendo y pidió que fuera. En cierto modo somos amigos y piensa en lo que hubiera ocurrido si cuando nos atacó la langosta no hubiéramos tenido esta tienda para resguardarnos. Volveré, y entretanto Dish se ocupara de ti.

—¿Y por qué él? No le necesito. Dile solo que me deje en paz.

—Dish es el mejor de nuestros hombres. El hecho de que esté enamorado de ti no quiere decir que no pueda ser útil en caso de tormenta o de cualquier otro problema. No tiene la culpa de estar enamorado de ti. Lo está, y bastante.

—Él me tiene sin cuidado. Yo solo quiero que tú vuelvas.

—Volveré, cariño —le aseguró revisando las cargas de su rifle.

Dish apenas podía creer en su suerte cuando Augustus le dijo que se ocupara de las comidas de Lorena y que la vigilara. La idea de que podría acercarse a la tienda le mareaba.

—¿Crees que querrá hablarme? —preguntó mirando a la tienda. Lorena se había metido dentro y bajado la cortina de la puerta, pese al calor que hacía.

—Hoy no. Hoy estará mohína. Si me encontrara en tu lugar, le cantaría.

—¿Cantarle a Lorie? —preguntó Dish incrédulo—. No creo que pudiera; me ahogaría.

—Bueno, si te gustan las mujeres tímidas poco puedo hacer por ti. Vigílala bien por la noche y procura que no te la rapten.

A Call le preocupaba dejar el rebaño y la mayoría de los vaqueros estaban preocupados porque Call les dejaba. Aunque estaban a mediados de verano, el cielo estaba despejado y los llanos parecían tranquilos. Los vaqueros estaban inquietos al ver cómo el pequeño grupo se preparaba para marchar. Estaban todos inquietos menos Po Campo, que canturreaba con su voz ronca mientras preparaba la cena. Incluso Lippy estaba intranquilo. Era discreto en muchos aspectos y acababa de recorrer un kilómetro para aliviar su vientre en privado.

—Si encontráis matorrales traedme uno —dijo a los hombres, que ya estaban montados—. Si dispusiera de una o dos matas no tendría que ir tan lejos para mis cosas.

—No sé por qué eres tan recatado —le dijo Augustus—. Agáchate detrás de una vaca. De todos modos tienes una brecha en el vientre.

—Ojalá hubiéramos traído mi piano. Un poco de música de piano nos vendría muy bien ahora.

Call puso a Dish al mando del equipo recordándole que cargaba con dos grandes responsabilidades: Lorena y el rebaño. Solo el pensarlo le dejaba abrumado. Si ocurriera cualquier cosa a la joven o al rebaño, nunca más podría volver a levantar la cabeza.

—Haz que avancen despacio —añadió Call—. Bert puede salir a explorar y

asegurarse de que hay agua.

Si Dish se sentía abrumado, Newt en cambio estaba orgulloso de haber sido seleccionado para la excursión. Se daba cuenta de que los otros muchachos estaban muertos de envidia, sobre todo los hermanos Rainey, pero eran órdenes del capitán y nadie se atrevía a decir nada. Cuando vio que el capitán ponía dos cajas de municiones de rifle en la bolsa de su silla, se sintió aún más orgulloso porque tal vez tendría que luchar. El capitán debió pensar que ya era mayor, llevándoselo para semejante viaje. Después de todo solo participaba el equipo original de Hat Creek —el capitán, el señor Gus, Pea y Deets—, y ahora también se le había incluido a él. Mientras cabalgaban en dirección este, a cada momento tocaba su pistola para asegurarse de que seguía allí.

Encontraron a Wilbarger poco después de la puesta del sol, antes de que los llanos empezaran a perder la luz. Había llegado al Arkansas antes de desplomarse, y yacía a la sombra de un ribazo, sobre una manta que Deets le había dejado. Estaba tan débil que apenas pudo levantar la cabeza cuando se le acercaron; incluso esto le dejó agotado.

—Vaya, seguimos encontrándonos —dijo a Augustus con una pálida sonrisa —. He estado esperando aquí esforzándome para no sangrar sobre esta buena manta que vuestro hombre me dejó.

Augustus se inclinó para examinarle y al instante vio que no había la menor esperanza.

—He sangrado ya tanto que debo estar blanco como la nieve —murmuró Wilbarger—. Estoy hecho cisco. Uno me dio en el pulmón y otro parece haberme destrozado la cadera. El tercero solo fue una herida superficial.

—Creo que no podremos hacer nada respecto del pulmón —observó Call.

Wilbarger sonrió.

—No, ni siquiera un cirujano de Boston.

Volvió a levantar la cabeza.

—Veo que sigue montando esa yegua. Si le hubiera convencido para que me la vendiera, probablemente no estaría tumbado aquí, muriéndome. Habría olido a los malditos cuatreros. Sigo pensando que es una preciosidad.

—¿Cuántos eran? —preguntó Call—. O no pudo contarlos.

—Creo que eran Dan Suggs y sus hermanos, y un maldito negro que cabalga con ellos. Creo que acerté al negro.

—No conozco a los Suggs —confesó Call.

—Son muy conocidos como asesinos alrededor de Fort Worth. Nunca pensé que sería tan imbécil como para dejar que me asesinaran. Es humillante. He sobrevivido a la peor guerra que haya habido y voy y dejo que me mate un cochino ladrón de caballos. Me irrita, se lo aseguro.

—Cualquiera de nosotros puede quedarse dormido —comentó Augustus—. Si se quedara tranquilo a lo mejor el pulmón se curaba.

—No señor, no es probable. He visto demasiados muchachos con tiros en los pulmones cuando luchábamos con los rebeldes para creer que esto pueda ocurrir. Preferiría disfrutar de más conversación.

Dirigió la mirada a la *Mala Bestia* y sonrió. Parecía que su contemplación fuera lo que más le animara.

—De verdad que admiro esta yegua. Quiero que se queden con mi caballo por todas las molestias. No es brillante, pero es muy fuerte.

Volvió a echarse y permaneció silencioso un momento mientras iba haciéndose de noche.

—Nací junto al Hudson, ¿sabe? —añadió algo más tarde—. Esperaba morir junto a él, pero creo que deberé conformarme con el maldito Arkansas.

—Me gustaría que dejara de hablar de su muerte —bromeó Augustus—. No es elegante.

Wilbarger le miró y se echó a reír con una risa que le hizo escupir sangre.

—Claro, es precisamente porque no soy fino por lo que me estoy desangrando junto al Arkansas. Hubiera podido ser abogado, como mi hermano, y ahora mismo estaría en Nueva York comiendo ostras.

No volvió a hablar hasta que fue completamente de noche. Newt estaba con los caballos esforzándose por no llorar. Apenas había conocido al señor Wilbarger y al principio le encontró cáustico, pero el verle echado sobre una manta ensangrentada, muriendo con tanta calma, le afectaba más de lo que hubiera podido imaginar. La inmensidad vacía de los llanos era tan grande que también le afectaba y empezó a sentir una tristeza que hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. Deets estaba en la ribera, a unos cien metros, vigilando. Y Pea Eye estaba junto a Newt con los caballos, pensando en sus cosas.

—¿Cuánto tardará en morir? —preguntó Newt sintiendo que no podría soportar semejante tensión toda la noche.

—He visto muchachos que duraron días —murmuró Pea Eye. Siempre había considerado una falta de educación hablar de la muerte de una persona cerca de ella. La broma de Gus le había escandalizado un poco.

—Pero otras veces se apagan así. Mueren cuando están listos para ello e incluso si no lo están. Este hombre ha perdido tanta sangre que se irá en cualquier momento.

Call y Augustus sabían que no podían hacer otra cosa que esperar. Permanecían sentados junto a él, en silencio. Durante dos horas no se oyó más que la débil respiración de Wilbarger.

Entonces, con gran sorpresa de Call, Wilbarger alargó la mano y le agarró por un momento.

—Estrechémonos la mano por los favores que me han hecho —musitó débilmente Wilbarger. Cuando Call le hubo estrechado la mano, Wilbarger buscó a Augustus que también se la estrechó.

—Señor McCrae, le felicito por haber escrito aquel divertido cartel. Me he reído muchas veces recordándolo, y reír es un placer. Tengo dos buenos libros en la bolsa de mi silla. Uno de Milton y otro de Virgilio. Quiero que se los quede. El de Virgilio a lo mejor le mejora su latín.

—Confieso que lo tengo oxidado. Lo mejoraré sin duda. Gracias.

—A decir verdad, tampoco yo lo conozco bien. Hace tiempo sí, lo sabía, pero se me ha olvidado. Me gusta verlo escrito. Me recuerda el Hudson y mis estudios y todo. De tanto en tanto capto una palabra.

Escupió mucha sangre y tanto él como Call creyeron que era el final, pero no lo era. Wilbarger seguía respirando, pero más débilmente. Call se acercó a Pea Eye y a Newt para decirles que fueran cavando una fosa…, quería ir detrás de los cuatreros tan pronto se hiciera de día para rastrear. Inquieto, se acercó a Deets y le ayudó a vigilar.

Wilbarger levantó la cabeza para sorpresa de Augustus. Había oído cavar.

—Su amigo es eficiente, ¿verdad?

—Sí, sí es eficiente —confirmó Augustus—. También le gusta perseguir a los ladrones de caballos. Parece como si siempre tuviéramos que recuperarle sus caballos, Wilbarger. ¿Dónde quiere que se los dejemos esta vez?

—Oh, véndalos —dijo Wilbarger con voz temblorosa—. Por fin he terminado con el negocio de ganado. Manden el dinero a mi hermano John Wilbarger, Broadway cincuenta, Nueva York City. —Volvió a toser y prosiguió—: Quédese la tienda. ¿Cómo está la joven tímida?

—Ha mejorado.

—Ojalá nos hubiéramos conocido antes, McCrae. Disfruto con su conversación. Confío en que enterrarán a mi capataz Chick y al muchacho que venía con nosotros. Siento haber contratado al muchacho.

—Lo haremos —le prometió Augustus.

Una hora más tarde Wilbarger aún respiraba. Augustus se apartó un momento para hacer una necesidad y cuando volvió Wilbarger se había salido de la manta y estaba muerto. Augustus le volvió a poner boca arriba y le envolvió en la manta. Call estaba junto al río fumando y esperando. Levantó la mirada cuando Augustus se acercó.

—Ha muerto —anunció Augustus.

—Está bien —contestó Call.

—Me dijo que viajaba con un hombre y un chico.

—Vámonos pues —dijo Call poniéndose en pie—. No habrá que seguirle las huellas sino buscar a los buitres.

Augustus estaba turbado porque no encontraba nada con lo que marcar la tumba de Wilbarger. Los llanos y las riberas estaban vacíos. Dejó de buscar y fue a la fosa en el momento en que Pea Eye y Newt la cubrían de tierra.

—Si tenía familia y les interesara venir a verle, nunca le encontrarán.

—No podemos evitarlo —comentó Call.

—Yo he visto algo —dijo Deets de pronto, y con gran sorpresa de todos se alejó al galope. Unos minutos después volvió con el cráneo de un búfalo hembra —. Es que había visto los huesos —explicó.

—Es mejor que nada —comentó Augustus colocando el cráneo sobre la tumba. Aunque no era mucho mejor que nada…, a lo mejor pasaba un coyote y arrastraba el cráneo y tal vez a Wilbarger también.

Deets había encontrado el rifle de Wilbarger y se lo tendió a Augustus.

—Dáselo a Newt —dijo—. Yo ya tengo rifle.

Newt cogió el arma. Siempre había deseado un rifle, pero de momento no podía sentirse contento. Era exasperante que la gente muriera siempre. Tenía dolor de cabeza y quería llorar, o vomitar, o dormirse…, no sabía bien qué. Tenía tal agotamiento que casi deseaba que le hubieran dejado con la carreta, aunque el hecho de ser elegido para ir lo había considerado un gran orgullo tan solo unas horas antes.

Augustus, que cabalgaba a su lado, se fijó en el aspecto deprimido del muchacho.

—¿Te sientes mal? —le preguntó.

Newt no sabía qué contestar. Le sorprendía incluso que el señor Gus se hubiera fijado en él.

—Has asistido a demasiadas sesiones de enterramiento —le advirtió Augustus —. El viejo Wilbarger tenía un gran sentido del humor. Se hubiera partido el pecho de reír si hubiera sabido que íbamos a colocar una cabeza de búfalo para marcar su tumba. Probablemente es el único hombre que estudió en Yale y que está enterrado debajo de un cráneo de búfalo.

Pero Newt pensó que la forma en que había muerto no había sido nada divertida.

—Pienso que es acertado —observó Augustus—. Estamos cabalgando principalmente sobre huesos. Fíjate en todos los búfalos que han muerto en estos llanos. Búfalos y otros animales. Y los indios han estado siempre por aquí; sus huesos están incrustados en el suelo. He oído decir que en el antiguo Territorio no se puede cavar a seis pies sin encontrar calaveras y huesos de piernas y demás. La gente ha vivido aquí desde el principio de los tiempos y sus huesos han rellenado el suelo, digámoslo así. Resulta interesante pensarlo; todos los huesos en el suelo. Pero no son sino otras criaturas, nada de lo que asustarse.

Era una idea tan sorprendente que bajo sus pies, debajo de la jugosa hierba, hubiera millones de huesos, que Newt dejó de sentirse deprimido. Cabalgó junto al señor Gus el resto de la noche, pensando en todo aquello.

73

Tan pronto como tuvo el rebaño instalado, Dish decidió ir a ver si podía hacer algo por Lorena. Habían pasado meses desde aquella tarde en Lonesome Dove cuando se emborrachó de aquel modo, y en todo este tiempo ni siquiera había hablado con ella. Había perdido práctica, aunque en realidad no había tenido práctica, y no por culpa suya. Hubiera hablado alegremente con Lorena todo el día y toda la noche, pero ella no lo quiso y nunca intercambiaron más que escasas palabras. Su corazón latía con fuerza cuando se acercó a su tienda y sentía más miedo que si se dispusiera a cruzar un río caudaloso.

Gus había montado la tienda antes de irse, pero era hora de cenar, así que Dish llenó un plato de carne para la cena de Lorena. Tomaba tan en serio sus responsabilidades que trató de elegir el mejor trozo, entorpeciendo así la cola e irritando a los hombres, ninguno de los cuales estaba nada impresionado con sus responsabilidades.

—Esa chica no necesita comer, puede comerte si tiene hambre, Dish —le dijo Jasper—. Creo que una mujer como ella se te tragaría en tres bocados.

Dish se sulfuró por las palabras y el tono de Jasper, pero llevaba el plato en la mano y no estaba en situación de pelear.

—Te arreglaré las cuentas cuando vuelva, Jasper —le dijo—. Llevas demasiado tiempo provocándome.

—Será mejor que eches a correr hacia la frontera, Jas —se burló Soupy Jones—. Con un tío como Dish detrás de ti no tendrás ninguna oportunidad.

Dish tuvo que montar sosteniendo el plato, lo que resultaba difícil, pero nadie se ofreció a ayudarle.

—¿Por qué no vas andando? —le sugirió Po Campo—. La tienda no está muy lejos.

Era cierto, pero Dish prefería cabalgar y así lo hizo, consiguiendo no derramar nada de la comida de Lorena. Estaba sentada dentro de la tienda, pero con la cortina levantada.

—He traído algo de comer —le dijo sin bajar del caballo.

—No tengo hambre. Esperaré a que vuelva Gus.

A Dish le pareció que su tono seguía tan resentido como siempre. Se sintió idiota montado a caballo con un plato de carne en las manos, así que echó pie a

tierra.

—Gus ha ido tras los cuatreros —le explicó—. Puede que tarde uno o más días. Me encargó que cuidara de ti.

—Envía a Newt —le pidió Lorena.

—Él también se fue.

Lorena salió un momento de la tienda y recogió el plato. Dish se sentía paralizado por la emoción de tenerla cerca después de tantos meses. Pero ella volvió a entrar en la tienda.

—No es necesario que te quedes. Estaré bien.

—Mañana por la mañana te ayudaré con la tienda. El capitán dijo que nos dirigiéramos hacia el Norte.

Lorena no contestó; bajó la cortina de la tienda.

Dish volvió a pie hacia la hoguera del campamento, pero se detuvo a mitad de camino y amarró el caballo. No quiso volver, ni siquiera para comer, porque si lo hacía tendría que pegarse con Jasper Fant. Había caído la tarde, pero con gran irritación por su parte Lippy le vio y se le acercó.

—Qué, ¿la has visto bien? —preguntó Lippy.

—Pues sí. Fui a llevarle la cena, si no te parece mal.

—¿Sigue siendo tan hermosa? —insistió Lippy recordando los días que habían pasado juntos en el « Dry Bean» , cuando ella bajaba a mediodía. Él y Xavier la esperaban y se sentían mejor con solo verla bajar la escalera.

—Pues sí —contestó Dish sin ganas de conversar, aunque por lo menos Lippy había hablado respetuosamente.

—¡Vaya con Gus, quedándose con ella! —comentó Lippy—. Gus es muy ladino con las mujeres.

—Me gustaría saber lo que quieres decir con esto —dijo Dish.

—Le he visto engañarla una vez. —Y Lippy recordó la extraordinaria apuesta que había presenciado—. Ofreció jugarse un polvo a las cartas y ganó. Y además le pagó cincuenta dólares. Y a mí me pagó diez para que no se lo contara a Jake. Pero no me pagó para que no te lo dijera a ti —añadió Lippy. De pronto se le ocurrió que Gus podría creer que había roto el acuerdo.

—¿Cincuenta dólares? —repitió Dish sinceramente asombrado. Nunca había oído semejante extravagancia en toda su vida—. ¿Y se los pagó?

—Bueno, a mí me dio los diez. Supongo que a Lorie también le daría los cincuenta. Gus no es tacaño. Lo único que le pasa es que está loco.

Dish recordó la noche anterior a cuando se contrató con el equipo de Hat Creek, cuando Gus le prestó dos dólares para lo mismo que a él le había costado cincuenta. No había quien le entendiera.

—No deberías haberte ido de la lengua —le reprochó a Lippy.

—No se lo he dicho a nadie más —le aseguró Lippy, que también comprendía que no debió haber hablado.

Lippy no tardó en volver a la carreta, pesaroso de su propia indiscreción, pero no antes de asegurar a Dish que no se lo contaría a nadie más.

Dish desensilló el caballo y sacó su rollo de mantas. Toda la noche la pasó tendido en ellas, con la cabeza apoyada en la silla, pensando en Lorie, preguntándose si algún día le llegaría su oportunidad.

El cielo de Kansas estaba tachonado de estrellas. Escuchó las canciones tristes del irlandés que parecían calmar al ganado. Pasó toda la noche pensando en la mujer que estaba en la tienda, imaginando cosas que podrían ocurrir cuando finalmente llegaran a Montana y se terminara la marcha. No durmió, ni quiso dormir, porque no sabía si tendría la suerte de pasar otra noche tan cerca de ella. Su caballo pastaba cerca de él, porque la hierba era buena y por la mañana se quedaba mojada por el rocío.

Dish ensilló un poco antes de la salida del sol y cabalgó para echar un vistazo al rebaño, que estaba tranquilo. Luego fue a la carreta pasando de Jasper y de Soupy, que estaban tan insolentes como siempre. Quería darles una lección, pero no disponía de tiempo. Había que poner el ganado en marcha y alguien debía de estar en cabeza. Era un problema complicado porque no podía ayudar a Lorie y encabezar el rebaño al mismo tiempo. Llenó un plato para Lorena y cogió un pedazo de tocino para él.

—Miradle, le lleva el desayuno —rezongó Jasper—. Dish, eres tan bueno sirviendo comida que deberías trabajar en un hotel.

Dish hizo caso omiso de la pulla y caminó hasta la tienda con el plato de comida. Esperaba que Lorena se mostrara habladora. Toda la noche, mientras estuvo despierto, había pensado en las cosas que podría decirle, cosas que le harían comprender lo mucho que la amaba o que la convencerían de lo feliz que podría hacerla. Si consiguiera que le hablara cinco minutos podría tener la oportunidad de hacer que todo cambiara.

Pero cuando estuvo junto a la tienda, Lorena ya le esperaba fuera, abrochándose la camisa. Dish se ruborizó temeroso de haberlo estropeado todo acercándose en mal momento. Todas las palabras que había ensayado por la noche se le borraron.

—Te he traído el desayuno —pudo decir solamente.

Lorena se dio cuenta de que estaba turbado, aunque solo le faltaba abrochar el último botón de su camisa. Fue solamente un segundo embarazoso, pero le trajo recuerdos de su vida pasada y le hizo pensar en cómo se distraía turbando a los hombres. Podían pagarla, pero no conseguían cobrarse su turbación. Solo tenía que mirarles a los ojos para que ocurriera…, era su venganza. No le sirvió con Gus, pero había poquísima gente como Gus.

—Desmontaré la tienda mientras comes —dijo Dish.

Lorena se sentó sobre su silla para comer. Dish tardó solo unos minutos en plegar la tienda y llevarla a la carreta. Luego regresó y le ensilló el caballo.

—Tengo que cabalgar en cabeza —le advirtió—. Sigue junto a la carreta. Lippy y el cocinero se ocuparán de ti. Si necesitas algo, mándame llamar.

—Necesito a Gus. Ojalá no se hubiera ido. ¿Volverá?

—¡Pues claro que volverá! —le aseguró Dish. Era lo más amistoso que jamás le había dicho ella, aunque era sobre Gus.

—A veces me coge el temblor —le confesó—. Gus sabe por qué. Espero que esté de vuelta esta noche.

—Todo depende de la delantera que lleven los cuatreros —observó Dish.

Pasó el día y no hubo señales de Gus. Lorena cabalgó junto a la carreta. Lippy volvía constantemente la cabeza y la miraba como si jamás la hubiera visto. Casi todas las veces que lo hizo se tocó el sombrero, que aún estaba más sucio que cuando trabajaba en el *saloon*. Lorena no le hizo el menor caso… Recordaba que siempre había intentado mirar por debajo de sus faldas cuando bajaba la escalera. Cabalgaba simplemente, vigilando el horizonte por si regresaba Gus. Pero el horizonte relucía de tal modo que hubiera sido muy difícil poder ver a Gus.

A mediodía cruzaron un riachuelo. A lo largo de la orilla había unas matas. Lorena no les hizo el menor caso, pero Po Campo sí. Cuando el rebaño volvió a ponerse en marcha, Po se le acercó con un saco lleno de ciruelas silvestres.

—Estas ciruelas son dulces —le dijo dándole unas cuantas.

Desmontó y se comió las ciruelas, que eran realmente dulces. Luego se acercó al agua y se lavó la cara. El agua era verde y fría.

—Agua de nieve —explicó Po Campo.

—No veo la nieve.

—Viene por allá —señaló Po Campo, indicando el Oeste—. De aquellas montañas que no puede ver.

Lorena miró, pero solo pudo ver el llano color de tierra. Comió unas cuantas ciruelas más.

—También he encontrado cebollas —le explicó Po—. Ha sido una suerte. Las pondré con las alubias.

« Ojalá encontraras a Gus» , pensó, pero naturalmente aquello era imposible. Cabalgaron hasta la puesta del sol, pero Gus no volvía. Poco después de instalar al ganado, vino Dish y le montó la pequeña tienda. Por la cara de Lorena comprendió que estaba triste. Había desensillado y estaba sentada sobre la hierba, junto a su silla. Le daba pena verla con expresión tan triste y solitaria. Trató de pensar en algo que pudiera animarla, pero de nuevo se encontró sin palabras. Siempre parecían abandonarle cuando más las necesitaba.

—Me imagino que los cuatreros debían llevarles una buena delantera.

—Podría estar muerto —suspiró Lorena.

—No, Gus no —aseguró Dish—. Tiene mucha experiencia con ladrones de caballos. Además lleva al capitán con él. Son luchadores expertos.

Lorena lo sabía. Había visto a Gus matando a los kiowas y a los cazadores de búfalos… Pero no conseguía calmar sus temores. Tendría que pasar toda la noche en la tienda, preocupándose. Una bala podía alcanzar a cualquiera…, incluso a Gus. Si no volvía perdería toda esperanza de protección.

—Bueno, yo te ayudaré siempre, si me dejas. Haré cualquier cosa por ti, Lorie.

Lorena ya lo sabía, pero no quería que él hiciera nada por ella. No le contestó ni comió. Se metió en su tienda y se pasó la noche despierta mientras Dish Boggett, sentado cerca, vigilaba. Le parecía que nunca se había sentido tan solo. El mero hecho de tenerla tan cerca y al mismo tiempo tan lejos, hacía más aguda su soledad. Cuando echaba su manta al suelo junto a los muchachos no pensaba tanto en ella y podía dormir. Ahora la tenía a pocos metros de distancia…, podía acercarse a la tienda y oírla respirar. Pero le pareció que nunca podría salvar aquellos pocos metros. De un modo u otro, Lorie estaría siempre tan distante de él como las estrellas de Kansas. A veces sentía que casi sería mejor no estar enamorado de ella, porque no le proporcionaba paz. ¿De qué le servía estar enamorado si todo iba a ser tan doloroso? No obstante, ese día le había hablado con voz amistosa. No podía abandonar mientras hubiera la menor posibilidad.

Permaneció toda la noche despierto con la cabeza apoyada en su silla, pensando en Lorie…, sin dormir, sin querer volver a dormir.

74

Cuando encontraron a Chick, el capataz de Wilbarger, y al muchacho que viajaba con ellos, quedaba poco que enterrar. Los coyotes y los buitres les habían dedicado el día. Mientras galopaban hacia el pequeño otero donde se agitaban los pájaros, pasaron delante de un tejón gordo que llevaba una mano humana, una mano negra. Newt estaba estupefacto; suponía que matarían al tejón y recuperarían la mano para enterrarla, pero a nadie parecía preocuparle que el tejón llevara una mano humana.

—Llevaba una mano —indicó a Pea Eye.

—Bueno, el propietario ya no la va a necesitar y el viejo tejón ha tenido que trabajar duro para arrancársela a esos pajarracos —comentó Pea Eye—. De todos modos una mano no son más que huesos.

Newt no veía qué tenía que ver una cosa con otra. Seguía siendo una mano humana.

—Interesante —dijo Augustus—. El viejo tejón ha dado un buen tirón y ha conseguido unos huesos. Pero el suelo también se quedará con sus huesos dentro de un año o así. Es lo que te expliqué anoche, hijo. La tierra es sobre todo un cementerio de huesos… Pero preciosa a la luz del sol —añadió.

En efecto, el día era maravilloso, pero Newt no se sentía bien. Deseaba alcanzar al tejón y matarle, pero no lo hizo. El otero estaba lleno de cientos de buitres. Inesperadamente salió un gran coyote de entre ellos llevándose algo. Newt no pudo ver lo que era.

—Yo diría que por estos parajes los buitres son más numerosos que los coyotes —observó Augustus—. Generalmente los buitres suelen esperar a que los otros terminen.

Cuando alcanzaron la cima del otero, el hedor les atontó. Algunos buitres se alejaron, pero muchos defendieron su feudo, retadores, e incluso siguieron comiendo. El capitán Call se detuvo, pero Augustus se acercó a ellos y mató a dos con su pistola. El resto levantó el vuelo de mala gana.

—Os gusta comer, eh. Veréis lo que os gusta que se os coman —masculló dirigiéndose a los pájaros muertos—. Ahí está el malvado negro. Wilbarger le acertó.

Newt no pudo soportar el hedor. Desmontó y vomitó. Pea Eye cavó una

pequeña fosa con una pala que habían traído. Echaron los restos y los cubrieron, vigilados por los buitres. Muchos esperaban en la pradera, como un ejército negro, mientras otros volaban en círculos. Deets se acercó para estudiar las huellas de los ladrones. Newt había vomitado tanto que se sentía con la cabeza floja, pero pese a ello se dio cuenta de que Deets tenía un semblante preocupado cuando volvió.

—¿Con cuántos nos enfrentamos? —preguntó Call.

—Con cuatro —contestó Deets—. Solo con cuatro.

—Bueno, somos cinco —dijo Augustus—. Menos de un ladrón por persona. No sé por qué estás tan preocupado.

Deets señaló las huellas de un caballo.

—El señor Jake está con ellos —dijo—. Estas son sus huellas.

Todos se quedaron unos instantes mirándolas.

—Bueno, son cuatreros —les recordó Augustus—. Pueden haber robado el caballo de Jake. Incluso pueden haberle asesinado.

Deets guardó silencio. Podían hacer las conjeturas que quisieran…, él sabía. El señor Jake montaba ligeramente ladeado en la silla, y la huella lo probaba. No se trataba solo de su caballo; era él.

La noticia afectó a Call. Había dejado de esperar algo de Jake Spoon, y había supuesto que sus caminos serían divergentes para el resto de sus vidas. Jake jugaba e iba de putas; lo había hecho siempre. Nadie esperaba nada mejor de él, pero nadie esperaba tampoco nada peor. Call pensaba que Jake no tenía arrestos para llevar una vida criminal. Pero he aquí que la huella estaba allí, junto a las huellas de los tres asesinos.

—Bueno, ojalá te equivoques —le dijo a Deets.

Deets guardó silencio y Augustus también, por una vez. Si Jake estaba con los asesinos, no había esperanza para él.

—Ojalá hubiera tenido el buen sentido de quedarse con Lorie —murmuró—. Puede que ella le hiciera rabiar, pero no le habría dejado llegar a esto.

—Es su maldita gandulería —dijo Call—. Jake se deja llevar. Cualquier viento le puede arrastrar.

Espoleó la yegua y siguió adelante… No necesitaba a Deets para seguir las huellas de casi treinta caballos. Puso la yegua a un trote lento, un paso que podía mantener todo el día si fuera necesario.

Newt cabalgaba junto a Pea Eye, que también estaba muy serio.

—¿Tú también crees que es Jake? —preguntó Newt.

—Yo no entiendo nada de huellas —contestó Pea Eye—. Nunca las he entendido. Pero Deets las lee mejor que yo un periódico. Imagino que sí es Jake. Sería una pena que tuviéramos que ahorcarle nosotros —añadió.

—No podríamos —exclamó Newt asombrado. Todavía no comprendía cómo Jake podía haberse metido en aquel asunto.

Pea Eye le miró, con expresión triste. No era habitual que Pea Eye cambiara de expresión. En general parecía como desconcertado.

—El capitán también te ahorcaría a ti si te pillara con un caballo robado —observó Pea Eye—. Y Gus también.

Pocas horas después encontraron a los colonos muertos, colgando aún del árbol, con jirones de ropas quemadas pegados a sus cuerpos. Un coyote tiraba del pie de uno de ellos, tratando de hacer caer el cuerpo. Salió corriendo cuando el grupo se acercó. Newt sintió de nuevo ganas de vomitar, pero ya no le quedaba nada dentro. Nunca había esperado ver nada tan espantoso como los cuerpos destrozados por los buitres que habían enterrado aquella mañana, y sin embargo seguía siendo el mismo día y estaba ante una visión peor. Parecía que a medida que se adentraban en los llanos encontraban cosas peores.

—Estos chicos son unos malvados —dijo Augustus—. Ahorcar a esos pobres y además quemarlos…

Call se había acercado para observar de cerca.

—No. Les dispararon, luego les ahorcaron y por fin los quemaron.

Cortaron las cuerdas y los enterraron en una sola fosa.

—Los enterradores ganarían una fortuna en estos parajes —comentó Augustus—. Pea, deberías comprarte una pala mayor y organizar el negocio.

—No, yo paso. Prefiero cavar pozos.

Call iba pensando en Jake; que un hombre que había cabalgado tanto tiempo con ellos dejara que ocurrieran semejantes cosas… Naturalmente, eran más que él, pero no era una excusa. Hubiera podido luchar o huir, cuando se dio cuenta del calibre de sus compañeros.

Deets había seguido adelante, para estudiar la ruta. Le alcanzaron unas horas después. Su rostro reflejaba tristeza.

—Están muy cerca. Se han parado junto a un río.

—Probablemente para bautizarse uno a otro —rezongó Augustus—. ¿Les has visto o solo les has olido?

—Les he visto. Cuatro hombres.

—¿Y Jake? —preguntó Call.

—Es uno de ellos.

—¿Están haciendo beber al ganado o han acampado? —Quería saber Call.

—Han acampado. Han matado a alguien que iba en una carreta y que llevaba *whisky*.

—Más trabajo para los enterradores —comentó Augustus, revisando su rifle —. Será mejor que vayamos a por ellos antes de que dejen Kansas despoblada.

Pea Eye y Newt se quedaron con los caballos. Deets precedió a Call y Augustus, a pie, durante un kilómetro. Se acercaron sigilosamente a la cresta de una loma y vieron a los caballos de Wilbarger pastando a cinco o seis kilómetros de distancia en la ondulante pradera. Entre ellos y el rebaño de caballos corría un

pequeño río de altos ribazos. Una carreta estaba parada en la orilla cercana y cuatro hombres descansaban sobre sus mantas. Uno de los hombres era Jake Spoon. El cadáver del que había conducido la carreta yacía a unos cincuenta metros. Los hombres que descansaban sobre las mantas se entretenían disparando con sus pistolas sobre los buitres que intentaban acercarse al cadáver. Un hombre, fastidiado por no acertar con la pistola, cogió un rifle y derribó a un buitre.

—Son atrevidos. Ni siquiera hacen guardia —observó Call.

—Lo que pasa es que han acabado con toda la población de esta parte del país, excepto nosotros, y nosotros solo estamos de paso —dijo Augustus.

—Esperemos un poco —aconsejó Call—. Cuando estén completamente borrachos llegaremos por el cauce del río y les sorprenderemos.

Augustus miró un momento más.

—Espero que Jake se defienda.

—No es luchador, y tú lo sabes —dijo Call.

—El caso es que preferiría dispararle a tener que ahorcarle —declaró Augustus.

—Tampoco yo disfrutaré ahorcándole. Pero aquí le tienes.

Regresó junto a Pea Eye y Newt para explicarles la situación. Lo único que tenían que hacer era llevarles rápidamente los caballos cuando oyeran los tiros.

—¿Está Jake con ellos? —preguntó Pea Eye.

—Allí está. Es una situación fea, pero él se la ha buscado.

Esperaron hasta última hora de la tarde, cuando el sol empezaba a desaparecer por el horizonte. Entonces, avanzando en un amplio círculo al Este, llegaron al río a un kilómetro por debajo de donde los hombres estaban acampados y subieron silenciosamente por el cauce. Los ribazos eran altos y formaban un refugio seguro. Vieron a tres caballos abrevando en el río, pero los caballos no se alarmaron.

No tardaron en oír débilmente la conversación de los hombres, que seguían descansando sobre sus mantas.

Call, que iba en cabeza, se acercó un poco más.

—Quedémonos esta noche —oyeron decir a uno de ellos—. Llevo demasiado alcohol dentro para andar vigilando caballos a oscuras.

—Esto te despejará —respondió otra voz—. Viajar de noche es más refrescante.

—¿Por qué movernos? —preguntó el primero—. Quizá pase alguna otra carreta y podamos robarla. Es más fácil que un Banco.

—Eddie, eres tan holgazán como Jake —replicó la segunda voz—. Ninguno de vosotros hace nada en este grupo.

—Tendría que ser muy rápido para ganarte en eso de matar gente, Dan —comentó el pequeño Eddie.

Call y Augustus se miraron. Dan Suggs era el nombre que había mencionado Wilbarger; habían identificado perfectamente a sus asesinos.

Jake estaba echado sobre su manta, borracho y deprimido. Dan Suggs había disparado al viejo que conducía la carreta a cien metros de distancia, sin advertirle siquiera. Dan se había escondido entre los árboles que había a lo largo del río, de modo que el viejo murió sin sospechar que se encontraba en peligro. Solo llevaba treinta dólares en el bolsillo, pero tenía cuatro jarras de *whisky* y las dividieron equitativamente aunque Dan hizo constar que él debería quedarse con dos por haber sido el autor de los disparos. Jake había estado bebiendo a conciencia, confiando en estar tan borracho que los Suggs le abandonaran. Pero estaba convencido de que no sería así. En primer lugar llevaba ochocientos dólares que había ganado al póquer en Fort Worth, y si Dan Suggs no lo sabía, seguro que lo sospechaba. No le dejarían sin antes matarle y robarle, así que de momento su esperanza residía en seguir cabalgando con ellos y en no irritar a Dan.

Había estado echado, porque se sentía cansado, pero se incorporó sobre un codo para tomar otro trago de la jarra, y él y el pequeño Eddie vieron a los tres hombres en el mismo momento: tres hombres con los rifles apuntando, de pie en el ribazo y con el sol detrás de ellos, en un ángulo que deslumbraba. Jake se había desabrochado el cinto donde llevaba la pistola; no podía descansar llevándolo puesto. El pequeño Eddie tenía la pistola y la quiso desenfundar, pero se oyó el disparo de un rifle y la bala le dio en el hombro derribándole otra vez sobre la manta.

Dan y Roy Suggs estaban de espaldas al río, cada uno con una jarra entre las piernas. Les pillaron en frío, con los rifles apoyados en sus sillas, fuera de su alcance.

—Quietos, muchachos —dijo Call en cuanto murió la resonancia del disparo. Deets, que estaba mejor situado, era el que había disparado al pequeño Eddie.

Dan Suggs se puso en pie de un salto y se volvió, descubriendo el reflejo del sol sobre tres cañones de rifle.

—¿Quiénes sois? —preguntó—. Somos tratantes de caballos, así que dejad de disparar.

Comprendió que sería suicida desenfundar y pensó que su mejor oportunidad era un embuste, aunque el *whisky* engullido de momento le hacía sentirse inseguro. Pero aquel momento fue demasiado largo, porque un negro armado con un rifle se le acercó por detrás y le quitó la pistola. Roy Suggs siguió sentado donde estaba, con la boca abierta, demasiado sorprendido para moverse. El pequeño Eddie estaba caído de espaldas, atontado por la herida en el hombro.

Augustus recogió la pistola del pequeño Eddie al pasar por encima de él e inmediatamente se apoderó de la de Roy. Deets recogió los rifles. Call mantuvo su pistola apuntando a Dan Suggs, que debido al sol no podía ver claramente al

que tenía delante.

Deets, con la mirada baja, recogió el cinto de Jake.

—Pero, Deets, ¿crees que iba a dispararte? —preguntó Jake, aunque comprendía de sobra la situación en que se encontraba, y que si se hubiera movido con mayor rapidez hubiera podido disparar, costara lo que costara. Una bala era mejor que una cuerda rugosa, y sus antiguos socios disparaban bien cuando querían.

Deets, sin contestar, sacó el rifle de la funda de la silla de Jake.

—Quitaos las botas, muchachos —ordenó Call, acercándose.

—Que me ahorquen si lo hacemos —gritó Dan Suggs, cada vez más rabioso —. ¿No me habéis oído? He dicho que somos tratantes de caballos.

—Nos convence más el muerto que hay allí tirado y que confirma que sois asesinos —dijo Augustus—. Y los buenos caballos del señor Wilbarger dicen que además sois cuatreros.

—No sabe de qué está hablando —porfió Dan Suggs. Estaba extraordinariamente furioso por haber sido cogido sin un solo disparo, y se servía de su rabia para intentar salirse con el embuste.

—Compré estos caballos a Wilbarger. Le pagué treinta dólares por cabeza.

—Eres un maldito embustero —dijo tranquilamente Augustus—. Quítate las botas como te ha ordenado el capitán Call. Ya es hora de recoger las armas de las botas.

Dan Suggs vibraba de irritación por haber sido cazado y aún le irritaba más que le dieran órdenes fríamente, aunque fuera Augustus McCrae el que lo hiciera. Además llevaba un derringer en su bota derecha y sabía que era su última esperanza. Uno de sus hermanos estaba herido y el otro se encontraba demasiado borracho y atontado para darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—¡Que me aspen si me descalzo! —protestó.

Augustus empuñó su gran « Colt» y apoyó el cañón en la barriga de Dan.

—Si eres tan melindroso, puedes quedarte con los calcetines —le dijo.

Call se arrodilló rápidamente detrás de Dan y le quitó el derringer.

—Preguntad a Jake si no compramos estos caballos —insistió Dan—. Jake es amigo vuestro, ¿no?

—¿Compraste también al viejo? —preguntó Call—. ¿Compraste también a los dos colonos que quemaste? ¿Compraste a Wilbarger, a su capataz y al muchacho?

El pequeño Eddie palideció al incorporarse y ver que tenía la camisa manchada de sangre.

—Estoy sangrando, Dan —gimió.

Jake miró a Call y a Augustus, esperando que uno u otro mostrara cierta preocupación, pero ni uno ni otro le miraron. Call apuntaba a Roy Suggs mientras Deets le ataba las manos con sus propias correas. Augustus esperaba tranquilo

con el cañón del gran «Colt» apoyado en el vientre de Dan Suggs, que tenía la cara crispada. Jake se daba cuenta de que ansiaba sacar el arma…, pero ya no tenía arma. De todos modos Jake pensó que Dan trataría de huir, tal era su estado de crispación. Lo haría aunque le dispararan a bocajarro.

—Esta pistola hace un agujero del tamaño de un túnel, señor Suggs —advirtió Augustus—. Si se propone llegar al infierno con un túnel en la tripa, no tiene más que ponerme a prueba.

Dan se estremeció convulsivamente, con los ojos llenos de odio. Cuando Deets se le acercó con las correas, rugió y le enseñó los dientes.

—No me ates, negro. Si lo haces no me olvidaré de ti.

—Te mueres por probarlo, ¿verdad? —preguntó Augustus—. Venga, inténtalo. Verás el efecto que haces con un túnel entre las costillas.

Dan se contuvo, aunque crispado y protestando mientras Deets le ataba con fuerza.

—Amarra a Jake —dijo Call, cuando Dan estuvo bien atado. Augustus sonrió y guardó el revólver en su funda.

—Creo que no eres tan duro como presumes, señor Suggs.

—¿Quién te has creído que eres, maldito hijo de puta? —exclamó Dan.

—No es preciso que Deets me ate —aclaró Jake. Se había animado al oír la voz de Call. Eran Call y Gus, sus antiguos compañeros. Lo único que tenía que hacer era convencerles de que cabalgaba con los Suggs por puro accidente. La cosa era que pasaban por el *saloon* en el momento en que decidió marcharse. Si hubiera podido despejar su cabeza de *whisky*, sabría explicárselo todo.

El pequeño Eddie no podía creer que estuviera herido y que su hermano Dan estuviera atado. Estaba pálido y tembloroso. Miraba a Dan con incredulidad.

—Decías que no había hombre en Kansas que pudiera cogerte, Dan —le reprochó el pequeño Eddie—. ¿Por qué no peleaste?

Augustus se acercó a Eddie, se arrodilló y le arrancó la camisa para mirarle la herida.

—No debiste escuchar a tu hermano mayor —le advirtió—. Le hemos cogido con facilidad. Esto no es más que una herida superficial…, la bala ha salido.

Call fue hacia Jake. Deets parecía indeciso, pero Call movió afirmativamente la cabeza y apuntó a Jake con el rifle mientras Deets le ataba las manos. Mientras lo estaba haciendo llegaron Pea Eye y Newt por encima de la loma, con los caballos.

—Call, no era necesario atarme —protestó Jake—. No he hecho nada. Solo me uní a estos chicos para cruzar el Territorio. Me proponía abandonarles a la primera oportunidad.

Call se dio cuenta de que Jake estaba tan borracho que apenas podía mantenerse sentado.

—Debiste haber buscado antes esa oportunidad, Jake —le dijo Augustus—.

Un hombre que sigue después de seis asesinatos, se toma con mucha calma lo de escapar.

—Tenía que encontrar una oportunidad, Gus —insistió Jake—. No se puede escapar así como así de Dan Suggs.

—Cierra ya tu cochina boca, Spoon —le gritó Dan—. Estos amigos tuyos no son más que unos descarados forajidos. No les veo ningún distintivo. Son unos condenados insolentes queriéndonos llevar a la cárcel.

Pea Eye y Newt echaron pie a tierra. Newt vio que Jake estaba atado como los demás.

—Ensilla los caballos de estos hombres —ordenó Call al muchacho. Luego se dirigió a los árboles más cercanos.

—¿Adónde va? —preguntó Roy Suggs, encontrando la voz al fin.

—Ha ido a elegir un árbol para ahorcarte, hijo —contestó dulcemente Gus. Luego se volvió a Dan Suggs que le miraba enseñándole los dientes con rabia—. No sé qué te hacía pensar que os íbamos a llevar hasta la cárcel.

—¡Te repito que compramos los caballos! —insistió Dan.

—Vamos, déjate de patrañas —dijo Augustus—. Yo mismo enterré a Wilbarger y a sus dos vaqueros. También enterramos a los dos granjeros y enterraremos aquel cuerpo que hay allí. Creo que todo ha sido obra tuya. Tus hermanos no parecen tan bestias, y normalmente Jake no es un asesino.

Augustus miró a Jake, que seguía sentado, y le preguntó:

—¿Cuál es la historia esta vez, Jake?

—Pues yo solo fui a saludar a una chica. No sabía que fuera la esposa de nadie, y el viejo canalla me derribó golpeándome con su rifle. Y además, iba a hacer algo peor. Fue en defensa propia. Ningún jurado me condenaría por actuar en defensa propia.

Augustus guardó silencio. Jake se puso en pie torpemente, porque llevaba las manos atadas a la espalda. Dirigió una mirada a Pea Eye, que se mantenía silenciosamente junto a Deets.

—Pea, tú me conoces. Yo no soy un asesino. El viejo Deets también lo sabe. Supongo que no querréis ahorcar a un amigo.

—He hecho muchas cosas que no quería hacer, Jake —le contestó Pea Eye.

Jake se acercó a Augustus.

—No soy un criminal, Gus. Dan es el único que lo ha hecho todo. Disparó contra ese viejo y mató a los granjeros. También mató a Wilbarger y a sus dos hombres. Ni yo ni los otros chicos hemos matado a nadie.

—Le ahorcaremos por los asesinatos y a vosotros por el robo de los caballos —explicó Augustus—. En este país el castigo es el mismo, como ya sabéis. Cabalgar con un forajido y morir con él —añadió—. Admito que es una ley dura. Pero has cabalgado lo bastante en el otro bando para saber cómo funciona. Siento que cruzaras la línea.

Se esfumó el fugaz optimismo de Jake y se sintió cansado y sin esperanzas. Le habría gustado una buena cama, en un buen burdel, y una buena noche de sueño.

—Nunca he visto la línea, Gus. Solo trataba de llegar a Kansas sin perder la cabellera.

Newt había ensillado los caballos de los cuatro. Call volvió y cogió las cuerdas de las cuatro sillas.

—Ha sido una suerte que les cogiéramos junto a los árboles —dijo, y Newt se sintió desfallecer por todo lo que había visto.

—¿También vamos a ahorcar a Jake? —preguntó—. Era amigo de mi madre.

A Call le sorprendió la observación. También Newt se sorprendió de sus propias palabras; le había salido sin pensar. Recordó lo divertido que había sido Jake entonces. Solo cuando Jake les visitaba oía reír a su madre. Le sorprendía cómo habían podido correr los años desde aquellos tiempos felices hasta el momento actual.

—Sí, es tan culpable como los otros —le contestó Call—. Cualquier juez le ahorcaría.

Se apartó y Newt apoyó un momento la mejilla contra el cuello tibio del caballo que acababa de ensillar. El calor le dio ganas de llorar. Su madre también le había dado la impresión de calor en los años en que conocieron a Jake. Pero no podía recuperarlos y Jake estaba a menos de veinte metros, de pie, vacilante por la bebida, con las manos atadas, con aspecto triste. Newt contuvo su emoción y acercó los caballos.

Hubo que ayudar a los hombres a montar debido a que tenían atadas las manos. El pequeño Eddie había perdido mucha sangre y estaba tan débil que apenas se sostenía sobre la silla.

—Yo conduciré el tuyo, Jake —ofreció Newt, confiando en que Jake se daría cuenta de que lo hacía por afecto. Jake llevaba una barba de días y tenía un aspecto sucio y agotado, con una expresión de lasitud en los ojos, como si deseara dormir.

Call cogió las riendas del caballo de Dan, por si acaso Dan intentaba cualquier cosa, aunque poco podía intentar. Augustus caminaba detrás y Pea Eye conducía a los otros dos caballos. Deets se había adelantado para preparar los nudos corredizos. Deets era muy bueno haciendo nudos.

—Dan, ¿no vas a pelear? —No dejaba de preguntar el pequeño Eddie. Nunca había visto a su hermano atado y le resultaba imposible creerlo. Que Dan hubiera encontrado a alguien más astuto y que le hubiera prendido sin lucha le impresionaba más que el hecho de que también él fuera a ser ahorcado.

—Cierra el pico, maldito quejica —le increpó Dan—. Si hubieras vigilado no habría ocurrido esto.

—Nadie le dijo que vigilara —interrumpió Roy Suggs. También él estaba

medio atontado, con una mezcla de susto y de *whisky*, pero le fastidiaba que intentara echar la culpa al pequeño Eddie.

—¿Acaso tengo que hacerlo yo todo? —protestó Dan. Estaba alerta esperando coger a Call desprevenido un instante. Se proponía espolear su caballo, derribarle y pasarle por encima. Aprovecharía la sorpresa de todos para hacer saltar el caballo al lecho del río, donde sería difícil que le acertaran. Había dicho lo que había dicho con la sola intención de distraerles, pero no funcionó. Call mantenía el caballo controlado y al momento llegaron al árbol con las cuatro cuerdas colgando.

Deets tardó un poco en arreglar los nudos corredizos a su gusto. El atardecer empezó a transformarse en noche.

Jake trató de hacer trabajar su mente, pero no lo conseguía. Tenía la sensación de que habría algo que pudiera decir, que enternecería a Call o a Gus a su favor. Le enorgullecía que ambos hubieran apresado a Dan Suggs con tanta facilidad, aunque quedara él en mala situación. No obstante, rebajaba a Dan a lo poco que valía. Jake intentó recordar sus años de *ranger*, intentó pensar en alguna deuda que pudiera reclamar, en algún recuerdo que conmoviera a los muchachos, pero su cerebro parecía estar dormido. No se le ocurría nada. El único que parecía estar preocupado por él era Newt, el chico de Maggie. De todas las mujeres que había conocido, ella fue la más agradable para vivir. Tenía las piernas gruesas, pero siempre se mostraba amistosa. Tuvo la fugaz idea de que debió haberse casado con ella y dejar de haraganear. Si lo hubiera hecho, no se encontraría ahora en este apuro. No sentía mucho miedo; solo un cansancio inmenso. La vida se había salido de la línea. Era injusto, era una mala suerte, pero no encontraba la energía para seguir luchando.

Deets tuvo por fin los nudos a su gusto. Montó y cabalgó detrás de cada hombre, para pasarles cuidadosamente los nudos corredizos. El pequeño Eddie se dejó hacer silenciosamente, pero Dan Suggs sacudió la cabeza y se debatió como un gato salvaje cuando Deets se le colocó detrás.

—Negro, no te me acerques —chilló—. A mí no me ahorca un cochino negro.

Call y Augustus tuvieron que sujetarle y mantenerle firme. Dan apoyó la barbilla en su pecho y Deets tuvo que agarrarlo por el pelo, levantarle la cabeza y ponerle la cuerda al cuello.

—Eres un loco, Suggs —le dijo Augustus—. No sabes apreciar a un profesional cuando te encuentras con uno. Los hombres que cuelga Deets tienen la suerte de no bailar al final de la cuerda, como algunos que he visto.

—Los dos sois un par de cobardes o hubierais peleado limpiamente —les escupió Dan Suggs, mirándoles rabioso—. Pero todavía pelearé contra vosotros, con las manos desnudas, si me desatáis. Pelearé contra los dos ahora mismo y con el negro también.

—Sería mejor que te despidieras de tus hermanos —advirtió Augustus—. Supongo que fuiste tú el que les metió en esto.

—Ninguno de los dos vale una mierda, ni vosotros tampoco.

—Suggs, es un placer colgar a un hijo de puta como tú. Vete a decir burradas al infierno.

Dio un golpe al caballo de Dan con una cuerda enroscada y el caballo se le escapó de debajo. Cuando el caballo de Dan saltó, el del pequeño Eddie lo hizo también y al instante los dos hombres colgaban muertos de la rama.

Roy Suggs parecía apenado. Un hermano colgaba a cada lado. Protestó:

—Yo debí ser el segundo. Eddie era el más pequeño.

—Tienes razón y lo lamento —asintió Augustus—. Nunca pensé que el caballo del chico se asustara.

—Este caballo nunca fue sensato —observó Roy Suggs—. Si hubiera sido mío me habría librado de él.

—Me temo que esperó demasiado para cambiarlo —dijo Augustus—. ¿Estás dispuesto?

—Creo que sí, puesto que los chicos ya están muertos. Buenos o malos, eran mis hermanos.

—Creo que realmente ha sido muy mala suerte haber tenido un hermano mayor como Dan Suggs.

Entonces se acercó a Jake y apoyó la mano en la pierna por un segundo.

—Jake, a lo mejor te interesa saber que recuperé a Lorena —le tranquilizó.

—¿A quién? —preguntó Jake. Estaba atontado y por un instante aquel nombre no le decía nada. Luego recordó a la joven rubia que le había molestado tanto. Le había rechazado varias veces.

—Lorie —repitió Augustus—. ¿Tantas bellezas has tenido después que ya la has olvidado? Se la llevó el indio forajido.

A Jake todo le parecía tan lejano como sus días de *ranger*; apenas podía fijar su mente. Call se les acercó. Ahora que todo acababa sentía un dolor profundo. Jake había cabalgado y pasado ríos con ellos y había sido la alegría del campamento. No el hombre en quien pudiera confiarse, pero sí alegre y amistoso como nadie.

—Bueno, pronto será de noche —dijo Call—. Siento que tengamos que ser nosotros, Jake. Ojalá le hubiera tocado a otro.

Jake sonrió. Algo en el modo de decirlo de Call le hizo gracia y por un instante recuperó su antigua viveza.

—Bueno, no penséis más en ello, muchachos. Prefiero mil veces ser ahorcado por mis amigos que por una partida de desconocidos. La cosa es que no tenía intención de hacer daño —y añadió—: No tenía idea de que fueran una banda de pistoleros.

Miró a Pea Eye y a Deets, y luego al muchacho. Todos estaban silenciosos,

incluso Gus, que seguía con la cuerda enroscada. Todos le miraban, pero nadie podía decir nada. Por un momento Jake se sintió importante. Al fin estaba de vuelta con sus viejos compañeros, aquellos muchachos que atormentaban sus sueños. Alejarse de ellos fue su mayor equivocación.

—Bueno, adiós, muchachos. Espero que no me guardéis rencor.

Esperó un segundo, pero Augustus parecía petrificado, con la cuerda en la mano.

Jake volvió a mirarle, y vio el brillo de lágrimas en los ojos del muchacho. El pequeño Newt, por lo menos, le quería.

—Newt, ¿por qué no te quedas con mi caballo? —dijo al muchacho—. Es un andador; no encontrarás otro con mejor marcha. Los demás repartios el dinero que llevo en el bolsillo.

Sonrió ante la idea de lo sorprendidos que estarían al ver la cantidad de dinero que llevaba, gracias a la afortunada semana de Fort Worth.

—Muchas gracias, Jake —murmuró Newt con la voz rota.

Antes de que acabara de darle las gracias, Jake clavó las espuelas en el flanco del caballo. La cuerda gimió contra la rama. Augustus se acercó y retuvo el cuerpo hasta que se quedó quieto.

—Vaya —exclamó Pea Eye—. No ha querido esperarte, Gus.

—No, ha muerto dignamente. Cávale una fosa, ¿quieres, Pea?

Enterraron a Jake Spoon a la luz de la luna en una ladera por encima del río, y después de cierta discusión bajaron a Roy Suggs, al pequeño Eddie y al viejo que Dan había matado, un vendedor ambulante llamado Collins, que llevaba la carreta llena de medicinas. Había un buen farol en la carreta, además de las medicinas, y una jaula con cuatro conejos blancos. El viejo daba un espectáculo para vender su medicina, evidentemente, y hacía algo de magia. La carreta contenía además muchas circulares baratas en las que se anunciaba el espectáculo.

—Me imagino que iría a Denver —comentó Call.

A Dan Suggs le dejaron colgando. Augustus cogió una de las circulares y escribió en el anverso: «Dan Suggs, Cuatrero e Incendiario de Cadáveres». Se acercó y clavó el letrero en la camisa de Dan.

—Así, si un defensor de la ley anda buscándole sabrá que puede dejar de hacerlo.

Reagruparon los caballos de Wilbarger y desengancharon los dos mulos que habían tirado de la pequeña carreta. Augustus quería llevarse los conejos blancos, pero la jaula era difícil de transportar. Finalmente Deets metió dos en sus alforjas y Augustus se quedó los otros dos. También probó las medicinas y se llevó varias botellas.

—¿Qué crees que pueden curar? —preguntó Pea Eye.

—La sobriedad, si tomas mucho —contestó Augustus—. Creo que es solo

whisky y jarabe.

La carreta estaba en tan mal estado que decidieron dejarla. Call arrancó una madera e hizo una pequeña marca para la tumba de Jake, rascando su nombre con una navaja a la luz del farol del viejo. Clavó la madera sobre la tierra suelta con el lado romo del hacha que encontraron en la carreta. Augustus se acercó llevando de las bridas la yegua de Call.

—Estoy cansado de la justicia, ¿y tú? —le preguntó.

—Yo… Bueno, ojalá hubiera tenido más cuidado con sus acompañantes —respondió Call—. Esto fue lo que le costó la vida.

—La vida funciona de un modo peculiar. Si no te hubiera convencido para que hicieras este viaje, no habríamos tenido que ahorcarle hoy. Estaría sentado en Lonesome Dove jugando a las cartas con Wanz.

—Fue precisamente el juego lo que le perdió —concluyó Call—. Eso fue el principio de todo.

Deets, Pea Eye y Newt contenían el pequeño grupo de caballos. Newt llevaba el caballo que Jake le había dejado. No sabía si estaría bien que lo montara tan pronto después de la muerte de Jake.

—Puedes montar el caballo andador —le dijo Deets—. El señor Jake quería que fuera para ti.

—¿Y qué voy a hacer con su silla? —preguntó Newt—. No dijo nada de la silla.

—Es mejor que esa tuya tan vieja —observó Pea Eye—. Quédatela; Jake ya no la necesita.

—¿No la queréis alguno de vosotros? —Newt dudaba en quedársela porque Jake no la había mencionado.

—Oh, no —respondió Deets—. Yo creo que la silla va con el caballo.

Nervioso y algo indeciso, Newt montó el caballo de Jake. Los estribos le quedaban largos, pero Deets descabalgó y se los puso rápidamente a su medida. Call y Augustus llegaron cuando ya había terminado. Deets cogió la brida del otro caballo de Newt y lo incorporó al rebaño, sin desensillar. Nadie puso ninguna objeción.

Dirigieron los caballos de Wilbarger al Oeste a través de la oscura pradera, en la dirección donde se suponía que estaba el rebaño. El capitán Call iba en cabeza; Augustus y Deets guardaban los flancos y Pea Eye y Newt cerraban la marcha. Newt tuvo que admitir que el caballo de Jake tenía un paso magnífico y suave, pero a pesar de ello le hubiera gustado no haber cambiado de caballo… Le parecía mal estar disfrutando del caballo de Jake y de su buena silla después de lo que había ocurrido. Pero estaba cansado, tan cansado que incluso dejó de sentir tristeza. Pronto inclinó la cabeza y cabalgó el castrado andador completamente dormido. Pea Eye se colocó a su lado para sostenerle si se caía.

TERCERA PARTE

75

Clara estaba ordeñando la yegua cuando Sally, su hija mayor, llegó corriendo al corral.

—Mamá, viene alguien —dijo Sally con expresión excitada. Sally tenía diez años y era sociable; le encantaban las visitas.

La joven yegua había soltado al potro antes de tiempo y este estaba demasiado débil para sostenerse en pie; esta era la razón por la que Clara la estaba ordeñando. El potro chuparía la leche mediante un trapo mojado y Clara estaba decidida a salvarlo por poco que pudiera. Cuando Sally llegó corriendo, la yegua se agitó y un chorro de leche mojó el brazo de Clara.

—¿No te he dicho muchas veces que debes llegar andando junto a un caballo? —le amonestó Clara, secándose la leche que le mojaba el brazo.

—Lo siento, mamá —respondió Sally, más excitada que arrepentida—. Fíjate, se acerca una carreta.

Betsey, que solo contaba siete años, salió volando de la casa, con el cabello al aire, en dirección a los corrales. A Betsey le gustaban las visitas tanto como a su hermana.

—¿Quién viene? —preguntó.

La carreta apenas era visible; venía a lo largo del Platte, desde el Oeste.

—Os había dicho que hicierais mantequilla —dijo Clara—. Parece que lo único que sabéis hacer es pegaros a la ventana en espera de viajeros.

Claro que nadie podía censurárselo, porque los visitantes eran escasos. Vivían a treinta kilómetros de la ciudad, y una mala ciudad por si fuera poco… Ogallala. Cuando iban era generalmente para asistir a la iglesia, pero raras veces hacían el viaje. Sus visitas consistían generalmente en hombres que venían a tratar de caballos con Bob, su marido, y ahora que estaba malo, venían pocos. Tenían el mismo número de caballos, en realidad más, y Clara sabía más de ellos que el propio Bob, pero había pocos hombres dispuestos a regatear con una mujer, y Clara no estada dispuesta a regalar sus caballos. Cuando decía un precio lo decía en firme, pero generalmente los hombres se picaban y no compraban.

—Supongo que solo se trata de cazadores de búfalos —observó Clara mirando a la lejana carreta que se acercaba por los llanos tostados—. No creo que aprendáis mucho de ellos, niñas, a menos que os interese aprender a escupir

tabaco.

—Yo no estoy —aseguró Betsey.

—No se dice así —corrigió Sally—. Pensaba que se habían muerto todos los búfalos… ¿Cómo es que siguen cazándolos?

—Porque a la gente le cuesta aprender, como a tu hermana —dijo Clara, y sonrió a Betsey para mitigar la crítica.

—¿Vas a invitarles a cenar? —preguntó Sally—. ¿Quieres que mate una gallina?

—Aún no. A lo mejor no están de humor para quedarse. Además tú y yo no estamos de acuerdo en lo de las gallinas. Podrías matar a una de las que me gustan.

—Pero, mamá, si son para comer… —protestó Sally.

—Ni hablar. Yo tengo las gallinas para que me hablen cuando me siento sola —explicó Clara—. Solo como las que no tienen buena conversación.

Betsey arrugó la nariz, divertida por el comentario de su madre.

—Oh, mamá, las gallinas no hablan.

—Hablan —afirmó Clara—. Lo que pasa es que no entiendes su lenguaje. Yo soy una gallina vieja y para mí tienen sentido.

—Tú no eres vieja, mamá —protestó Sally.

—Esa carreta no llegará hasta dentro de una hora. Id a ver a vuestro padre. Por la tarde le sube la fiebre. Mojad un trapo y limpiadle la cara.

Las niñas se la quedaron mirando en silencio. Aborrecían ir a la habitación del enfermo. Las dos tenían preciosos ojos azules, herencia de Bob, pero su cabello era como el de ella y estaban construidas como ella, hasta las rodillas huesudas. Bob había sido golpeado en la cabeza por un mustang que estaba decidido a domar, contra la opinión de Clara. Había visto cómo ocurrió. Tenía la yegua amarrada a un poste con una gruesa cuerda y solo le dio la espalda un segundo. Pero la yegua le atacó con las patas delanteras, rápida como una serpiente. Bob se había agachado para recoger otra cuerda y la coz le dio detrás de la oreja. El golpe sonó como un disparo. La yegua le pateó tres o cuatro veces antes de que Clara pudiera llegar a él y apartarlo, pero los últimos golpes eran de poca importancia. La coz tras la oreja casi le había matado. Estaban tan seguros de que moriría que incluso cavaron la tumba, sobre una loma al este de la casa, donde estaban enterrados sus tres hijos: Jim, Jeff y Johnny, las tres muertes que habían petrificado el corazón de Clara: esperaba que fuera realmente de piedra, porque la piedra no sufre por estas pérdidas.

Pero Bob no había muerto, ni tampoco se había recuperado. Tenía los ojos abiertos, pero no podía hablar ni moverse. Podía tragar sopa, si tenía la cabeza inclinada de cierta manera y gracias al caldo de ave se mantenía vivo tres meses después del accidente. Simplemente yacía mirando con sus grandes ojos azules, a veces febril, pero normalmente inmóvil como si estuviera muerto ya. Era un

hombre fuerte, con más de noventa quilos de peso, y ella necesitaba toda su fuerza para moverle y lavarle cada día… No tenía control sobre el vientre ni la vejiga. Día tras día, Clara recogía las sábanas manchadas y las metía en una bañera que llenaba de agua de la cisterna. Nunca dejó que las niñas la vieran o la ayudaran en esa operación; suponía que Bob moriría en su momento y no quería que las niñas le recordaran con asco, si podía evitarlo. Solo las mandaba una vez al día para lavarle la cara, confiando en que el hecho de verlas podía arrancarle de su estado.

—¿Se va a morir papá? —Solía preguntar Betsey. Solo tenía un año cuando murió Johnny, su último hermano, y no tenía recuerdos de muerte, solo una gran curiosidad por ella.

—No lo sé, Betsey —le contestó Clara—. No sé nada. Espero que no.

—Bueno, ¿pero podrá volver a hablar? —preguntó Sally—. Tiene los ojos abiertos, ¿por qué no puede hablar?

—Porque está herido en la cabeza. Herido por dentro. Si cuidamos bien de él a lo mejor se cura y puede volver a hablar.

—¿Crees que oye el piano cuando toco? —preguntó Betsey.

—Ahora id a lavarle la cara, por favor. No sé lo que puede oír.

Sentía como si un torrente de lágrimas fuera a surgir en cualquier momento y no quería que las niñas la vieran. El piano, por el que ella y Bob habían discutido durante dos años, había llegado la semana anterior al accidente. Fue su victoria, ¡pero qué triste! Lo había encargado a San Luis y había llegado penosamente desafinado. Un francés que tocaba el piano en un *saloon* de la ciudad se lo afinó por cinco dólares. Aunque suponía que tocaba en una casa de putas, le contrató por el alto precio de dos dólares por semana para que cabalgara hasta allí y diera lecciones a sus hijas.

El francés se llamaba Jules. En realidad era un francés del Canadá que había sido comerciante en Río Rojo del Norte y se había arruinado cuando la viruela atacó a las tribus. Había vagado a través de los Dakotas hasta Ogallala y se hizo músico para poder vivir. Le encantaba dar clases a las niñas. Dijo que le recordaban las primas con las que había tocado en casa de su abuela en Montreal. Cuando llegó vestía una chaqueta negra y lucía un bigote lustrado. Las niñas le consideraban el hombre más refinado que habían conocido, y lo era.

Clara había comprado el piano con dinero guardado todos aquellos años, procedente de la venta del pequeño negocio de sus padres en Texas. Nunca había dejado que Bob tocara aquel dinero… otro motivo de discusión entre los dos. Lo quería para sus hijos, para que cuando llegara el momento pudiera enviarles a una buena escuela y que no tuvieran que pasar toda su juventud en un lugar rústico y solitario como aquel. El primer dinero que gastó fue para construir la casa de dos pisos, levantada tres años atrás, casi quince años después de vivir en una cueva. Bob la había abierto en la ladera, por encima del Platte. Clara

siempre odió la casa-cueva. Odiaba la tierra que se metía entre sus ropas de cama, año tras año. Fue el polvo lo que hizo que su primogénito, Jim, tosiera desde que nació hasta su muerte un año después. Por las mañanas, Clara bajaba a lavarse el pelo en las frías aguas del Platte, pero a la hora de cenar, si se rascaba la cabeza, sus uñas se llenaban de la tierra que había ido cayendo durante el día. Por alguna extraña razón, pusiera donde pusiera la cama, siempre caía tierra del techo directamente encima. Clavó percal en el techo, y luego lona, pero nada impedía que la tierra siguiera cayendo. Atravesaba el tejido. Le parecía que todos sus hijos habían sido concebidos en nubes de polvo, polvo que se levantaba de la cama o que caía del techo. Ciempiés y otros bichos adoraban el techo; día tras día se dejaban caer por las paredes y terminaban en sus ollas o sus sartenes o en los baúles donde guardaba las ropas.

—Preferiría vivir en una tienda de indios —había repetido varias veces a Bob —. Sería más limpia. Cuando se ensuciara podríamos quemarla.

La idea había escandalizado a Bob, un hombre convencional como ninguno. No podía creer que se hubiera casado con una mujer que quería vivir como una india. Trabajaba duramente para proporcionarle una vida respetable, pero ella seguía diciendo cosas como aquella, y además en serio. Y guardaba su propio dinero con testarudez año tras año, para la educación de los chicos, decía, aunque uno tras otro se fueron muriendo mucho antes de que tuvieran edad de ir a ningún sitio. Los dos últimos vivieron lo suficiente para que Clara pudiera enseñarles a leer. Había leído *Ivanhoe* de Walter Scott con ellos, cuando Jeff y Johnny contaban seis y siete años respectivamente. Pero al invierno siguiente los dos habían muerto de neumonía, con un mes de diferencia. Fue un invierno terrible. La tierra se congeló a tal profundidad que no hubo forma de cavar una fosa. Hubo que poner a los niños, en el cobertizo de la leña, envueltos fuertemente en lonas, hasta que se les pudo enterrar. Muchos días Bob llegó a casa después de entregar caballos al Ejército, su mejor cliente, y encontró a Clara sentada en el glacial cobertizo junto a los dos pequeños cuerpos, con las lágrimas heladas en sus mejillas, tan duras que tenía que calentar agua y fundirle el hielo del rostro. Trató de hacerle comprender que no debía hacerlo. La temperatura estaba por debajo de cero y el viento no dejaba de soplar a lo largo del Platte. Podía morirse de frío, sentada en aquel cobertizo. « Ojalá fuera así —pensaba Clara—. Estaría con mis niños» .

Pero no se congeló, y Jeff y Johnny fueron enterrados junto a Jim, y a despecho de su decisión de no volver a prestarse a tal sufrimiento, tuvo a las dos niñas, ninguna de las cuales padeció nunca más que un resfriado. Bob no podía comprender su mala suerte; había deseado uno o dos chicarrones para ayudarle con los animales.

Pero a su modo quería a las niñas, aunque su amor lo manifestaba con torpeza, porque eran tan delicadas que le asustaban. Les llamaba la atención

continuamente sobre su salud e intentaba que siempre fueran bien abrigadas. A veces su imprudencia casi le paraba el corazón. Eran el tipo de niñas que si se les antojaba salían a correr descalzas, sobre la nieve. Temía por ellas, y temía por el efecto que tendría sobre su mujer si una de ellas muriera. Aunque personalmente era indiferente a los inviernos, llegó a temerlos por miedo a que el frío se llevara el resto de la familia. Pero las niñas resultaron ser tan fuertes como su madre, a diferencia de los chicos que habían salido enclenques. Aquello no tenía sentido para Bob y confiaba en que si pudiera tener otro chico resultaría el peón que necesitaba.

El único hombre que tenían era un viejo vaquero mejicano llamado Cholo. El viejo era seco y fuerte, pese a la edad, y permanecía con ellos solo por su devoción hacia Clara. Fue Cholo y no su marido quien le enseñó a amar a los caballos y comprenderlos. Cholo le había dicho inmediatamente que su marido nunca domaría a la yegua mustang; había insistido para que persuadiera a Bob de que vendiera la yegua sin domarla, o que la soltara. Aunque Bob había sido tratante de caballos toda su vida, no poseía verdadera habilidad con los caballos. Si le desobedecían, les pegaba. Clara se había apartado muchas veces asqueada al ver a su marido pegando a un caballo, porque sabía que era su incompetencia y no la del caballo, la responsable del incidente que había provocado la paliza. Bob era incapaz de contener su violencia cuando se enfadaba con un caballo.

Con ella era diferente. Nunca le había levantado la mano aunque ella le provocaba con frecuencia. Nunca había llegado a creer que se casaría con él, ni nunca comprendió por qué lo había hecho. La sombra de Augustus McCrae había ensombrecido su noviazgo. Bob nunca había comprendido por qué le eligió a él en lugar del famoso *ranger* o de todos los hombres que hubiera podido tener. En su tiempo había sido la muchacha más solicitada de todo Texas, y sin embargo se había casado con él, le había seguido a los llanos de Nebraska y se había quedado a trabajar junto a él. Era un país duro para las mujeres, Bob lo sabía. Las mujeres morían, enloquecían o se marchaban. La esposa de su vecino más cercano, Maude Jones, se había suicidado una mañana con la escopeta, dejando una nota que decía únicamente: «No puedo soportar más el ruido del viento». Maude tenía un marido y cuatro hijos, pero así y todo se había suicidado. Durante un tiempo, Clara se trajo a los niños a casa hasta que sus abuelos de Missouri vinieron a buscarles. Len Jones, el marido de Maude, no tardó en arruinarse con la bebida. Una noche se cayó de la carreta y murió helado a poco menos de doscientos metros de un *saloon*.

Clara había vivido y se había quedado, aunque había una mirada en sus ojos grises que asustaba a Bob cada vez que la veía. Ignoraba lo que realmente significaba la mirada, pero para él quería decir que podía marcharse si él no vigilaba. Cuando llegaron a Nebraska, él tenía la costumbre de beber. Ogallala apenas era entonces un pueblo; había pocos vecinos y nada de vida social. Los

indios eran una temible amenaza, aunque Clara no parecía tenerles miedo. Si tenían visitantes, solían ser soldados. Los soldados bebían y él también. A Clara no le gustaba. Una noche se emborrachó de tal modo que a la mañana siguiente, cuando se levantó, ella tenía aquella mirada en los ojos. Le preparó el desayuno, pero después le miró con frialdad y le planteó una amenaza:

—Quiero que dejes de beber. Te has emborrachado tres veces esta semana. No quiero vivir aquí y llenarme la cabeza de tierra por el amor de un borracho.

Fue la única amenaza que tuvo que hacerle. Bob se pasó el día preocupado, contemplando los sombríos llanos y preguntándose qué haría en semejante lugar sin ella. Nunca más volvió a tocar el *whisky*. La jarra de la que había estado bebiendo llevaba años en el armario, hasta que Clara finalmente lo mezcló con jarabe de melaza y lo utilizó contra la tos.

Tuvieron pocas peleas, la mayoría por culpa del dinero. Clara era una buena esposa y trabajaba duro; nunca hizo nada extraño o que no fuera decente, pero el hecho de que tuviera aquel dinero de Texas inquietaba a Bob. Ni lo entregaba ni se lo dejaba utilizar por mal que estuvieran. Tampoco lo gastaba para ella… Clara no gastaba nada para ella, salvo los libros que encargaba o las revistas que compraba. Le dijo que guardaba el dinero para sus hijos, pero Bob nunca estuvo seguro de si lo guardaba para poderse marchar si se le antojaba. Sabía que era una tontería. Clara se iría con dinero o sin dinero, si decidía hacerlo, pero no podía quitarse la idea de la cabeza. Ni siquiera empleaba el dinero en la casa, aunque había deseado la casa y tuvieron que traer la madera desde trescientos kilómetros. Naturalmente, él había prosperado en el negocio de los caballos, sobre todo gracias a su relación con el Ejército; pudo permitirse edificarle una casa. Pero estaba resentido por lo del dinero. Le dijo que sería solamente para la educación de las niñas, y sin embargo lo empleó en cosas que él no esperaba. El invierno anterior había comprado un abrigo de búfalo para Cholo, lo cual escandalizó a Bob. Nunca había oído decir que una mujer casada comprara un abrigo caro para un vaquero mejicano. Después vino el piano. También lo había encargado, aunque costaba doscientos dólares y cuarenta del transporte. Pero tuvo que confesar que le encantaba ver a las niñas sentadas al piano, aprendiendo a tocarlo. Y el abrigo de búfalo que había salvado la vida de Cholo cuando se vio atrapado por la niebla de abril en el río Dismal. Clara se salía con la suya, y esto solía ser sensato, pero Bob se daba cuenta de que, en cierto modo, ella se le escapaba. No le desatendía de ningún modo que él pudiera quejarse, y las niñas le querían, pero en muchas ocasiones se sintió ajeno a la vida de su propia familia. Nunca jamás se lo habría dicho a Clara. Era torpe con las palabras y pocas veces hablaba a menos que se le hablara, o que se tratara del negocio. Con frecuencia, observando a su mujer, se sentía solo. Clara parecía notarlo y se le acercaba y se mostraba especialmente afectuosa con él, o le hacía reír por algo que las niñas hubieran hecho, pero seguía sintiéndose solo, incluso en la cama.

Ahora yacía todo el día en la cama, con su mirada vacía. Habían acercado la cama a la ventana para que pudiera disfrutar de la brisa primaveral o mirar por ella si quería, y ver cómo los caballos pastaban en el llano o los halcones giraban en el cielo o cualquier cosa que pudiera haber. Pero Bob nunca movía la cabeza, y nadie podía saber si percibía la brisa. Clara dormía en un pequeño camastro. La casa tenía una pequeña terracita cubierta, arriba, y cuando el tiempo era bueno trasladaba el camastro allí. Frecuentemente yacía despierta, esperando que Bob volviera en sí y la llamara. Pero lo que solía ocurrir era que se manchaba; en lugar de oírle le olía. Pero prefería que esto ocurriera de noche porque así podía cambiarle sin que las niñas lo vieran.

Después de un mes, le parecía que con las sábanas se llevaba a Bob, que ya había perdido mucho peso y que cada mañana le parecía más delgado. Aquel gran cuerpo que había yacido junto a ella tantas noches, que la había calentado en las noches heladas, que la había cubierto tantas veces a lo largo de los años y le había dado cinco hijos, se estaba deshaciendo como morralla, y no había nada que ella pudiera hacer para evitarlo. Los médicos de Ogallala dijeron que Bob tenía fractura de cráneo; no se podía entablillar un cráneo; probablemente moriría. Pero no había muerto. A veces, cuando lo limpiaba, cuando bañaba su espalda y sus muslos con agua caliente, la fuente de vida entre sus piernas se levantaba por sí sola, surgiendo como si una fractura de cráneo no tuviera nada que ver con ella. Clara lloraba al verlo. Para ella significaba que Bob seguía queriendo un chico. El pene se lo hacía saber, noche tras noche, cuando para lo único que entraba era para limpiar las manchas de un cuerpo moribundo. Ponía a Bob de lado y lo sostenía así un rato, porque su espalda y sus piernas se llagaban de un modo terrible. Le daba miedo ponerle boca abajo por miedo a que se ahogara, pero le mantenía de lado durante una hora, adormeciéndose a veces mientras le sostenía. Después volvía a ponerle boca arriba y le cubría, y volvía a su camastro y se quedaba despierta la mitad de la noche, mirando a la pradera, triste más allá de las lágrimas por el estado de cosas. Y allí estaba Bob, apenas vivo, con las costillas cada vez más prominentes, deseando siempre un chico. ¿Podría hacerlo?, se preguntó… ¿Le salvaría si lo hiciera? Podría pasar por ello una vez más: el embarazo, el miedo, los pezones doloridos, la preocupación… y a lo mejor sería un chico. Pese a que había tenido cinco hijos, a veces se sentía estéril, por la noche, en su camastro. Tenía la impresión de que ignoraba el último deseo de su marido, y que si le quedaba algo de generosidad tenía que hacerlo por él. ¿Cómo podía descansar, noche tras noche, y no hacer caso de las súplicas extrañas y mudas de un moribundo que siempre había sido bueno con ella, a su modo? Bob, moribundo, seguía queriendo hacerle un pequeño Bob. A veces, en las largas noches silenciosas, se decía que debía estar volviéndose loca pensando en semejante cosa de aquel modo. Y sin embargo empezó a temer acercársele por la noche; le resultó tan duro como lo más duro con que se había enfrentado

desde su matrimonio. Era tan terrible que, a veces, deseaba que Bob muriese si no iba a curarse. La verdad era que no quería otro hijo, sobre todo otro chico. Sin saber por qué confiaba en que mantendría a las niñas vivas, pero le faltaba la confianza cuando se trataba de chicos. Recordaba demasiado bien los días de terror glacial y de dolor insoportable mientras escuchaba toser a Jim hacia la muerte. « Otra vez no —pensaba—, no quiero revivirlo, ni siquiera por ti, Bob» . El recuerdo del miedo que la había destrozado mientras sus hijos iban hacia la muerte era el más vívido de su vida: recordaba la tos, el doloroso jadeo. Nunca más quería volver a oír lo mismo, impotente.

Además, Bob no estaba realmente vivo… sus ojos ni siquiera parpadeaban. Era solo un reflejo lo que permitía tragar la sopa que ella le daba. Que su pene siguiera estando vivo mientras ella le lavaba, eso también era un reflejo, una jugarreta obscena que les jugaba la vida a los dos. No provocaba sentimientos de ternura en ella, solo una sensación de asco por la crueldad de la existencia. Parecía mofarse de ella, hacerla sentir que estafaba algo a Bob, aunque no era fácil saber qué. Se había casado con él, le había seguido alimentado, trabajado a su lado, parido sus hijos… y mientras le cambiaba las sábanas percibía en ella un egoísmo que nunca había podido dominar. Algo que se había guardado, aunque resultaba difícil saber qué era considerando todo lo que había hecho. Pero lo sentía, justa o injustamente, y se quedaba despierta en su camastro casi toda la noche, tensa haciéndose reproches.

Por las mañanas permanecía envuelta en una colcha hasta que la despertaba el olor a café de Cholo. Se había habituado a que Cholo preparara el café, simplemente porque lo hacía mejor que ella. Seguía envuelta en su colcha, contemplando la niebla que flotaba sobre el Platte, hasta que una o las dos niñas entraban de puntillas. Siempre entraban de puntillas como si fueran a despertar a su padre, aunque este tenía los ojos abiertos como siempre.

—Mamá, ¿aún no te levantas? —le decía Sally—. Nosotras hace rato que nos hemos levantado.

—¿Querrás ir a buscar los huevos? —preguntaba Betsey. Era su tarea preferida pero le gustaba hacerla con su madre. Algunas gallinas se mostraban irritables con Betsey y la picaban si intentaba sacarles un huevo de debajo de ellas, pero nunca atacaban a Clara.

—Prefiero quedarme con las dos —decía Clara atrayendo a las niñas junto a ella sobre el camastro. Con el sol iluminando por la inmensa llanura y ambas niñas con ella en la cama, era difícil pensar mal de sí misma, como había pensado durante la noche.

—¿No quieres levantarte? —insistía Sally. Había más de su padre en ella que en Betsey, y la fastidiaba un poco ver a su madre seguir acostada cuando el sol ya había salido. A ella le parecía que estaba un poco mal… por lo menos su padre se había quejado a veces de ello.

—Chisss —susurraba Clara—. El sol solo lleva cinco minutos arriba.

Se le ocurrió que quizás eso era lo que no había hecho. Nunca había sido capaz de levantarse temprano, pese a la gran práctica que tenía. Se había levantado como era su deber y había preparado el desayuno para Bob y para los hombres que estuvieran trabajando con ellos, pero no lo hacía bien y pocas veces los desayunos llegaban a la mesa ordenadamente como esperaba Bob. Para ella era un alivio cuando él se marchaba a sus negocios de caballos y podía dormir hasta más tarde, o se quedaba simplemente en la cama leyendo las revistas que encargaba al Este o a Inglaterra.

Las revistas femeninas llevaban historias y novelas por entregas, en muchas de las cuales aparecían mujeres que vivían vidas tan diferentes de la suya que le parecía como si perteneciera a otro planeta. Las mujeres de Thackeray le gustaban más que las de Dickens, pero las que le gustaban más eran sobre todo las de George Elliot. Sin embargo era frustrante recibir tan poco correo. A veces tenía que esperar dos o tres meses su *Blackwoods*, preguntándose todo el tiempo que les estaría ocurriendo a los personajes de las historias. Al leer aquellas historias escritas por todas aquellas mujeres, no solo por George Elliot sino por Mrs. Gore, Mrs. Gaskell y Charlottte Yonge, a veces deseaba hacer lo que hacían aquellas mujeres, escribir historias. Pero aquellas mujeres vivían en villas y ciudades y tenían muchos amigos y parientes cerca. La descorazonaba mirar por la ventana a los llanos desiertos y pensar que aunque poseyera la habilidad para escribir, en aquel momento no tenía nada sobre lo que escribir. Tras la muerte de Maude Jones, pocas veces veía a ninguna otra mujer, y no tenía más parientes cerca que su marido y sus niñas. Tenía una tía en Cincinnati pero solo se escribían una o dos veces al año. Sus personajes tendrían que ser los caballos y las gallinas, si alguna vez se decidía a escribir, porque los hombres que iban a su casa no eran lo bastante interesantes para ponerlos en libros, o al menos eso pensaba. Ninguno de ellos era capaz de hablar como los hombres de las novelas inglesas.

A veces sentía grandes deseos de hablar con alguien que realmente escribiera historias que se publicaran en la revista. Le interesaba averiguar cómo se hacía: si se servían de personas que conocían o se las inventaban. Una vez incluso había encargado hojas grandes, pensando que podía intentarlo, aunque no supiera cómo, pero eso fue en los años de esperanza antes de que murieran sus hijos. Con todo el trabajo que había que hacer nunca llegó a sentarse y probar a escribir algo. Luego los niños murieron y sus sentimientos cambiaron. Una vez, la mera visión de las hojas de escribir la había llenado de esperanza, pero después de aquellas muertes había dejado de importarle. Las hojas era otro reproche que se hacía, algo caprichoso que había deseado. Un día quemó las hojas, temblando de rabia y de pena, como si el papel y no el clima hubiera sido el responsable de las muertes de sus niños. Y durante cierto tiempo dejó de leer revistas. Las historias que había en ellas le parecían odiosas: ¿cómo podía la gente hablar así y pasar el

tiempo yendo a bailes y fiestas, cuando los niños morían y había que enterrarlos?

Pero pasaron unos años y Clara volvió a las historias de las revistas. Le gustaba leer en voz alta, y leía fragmentos a sus hijas tan pronto como fueron lo bastante mayores para escuchar. A Bob no le gustaba demasiado, pero lo toleraba. No conocía a ninguna otra mujer que leyera tanto como su esposa y pensó que podía ser la causa de ciertas vanidades: el cuidado de su cabello, por ejemplo, lavándoselo y cepillándoselo todos los días. A él le parecía una pérdida de tiempo: el pelo era solo pelo.

Mientras Clara observaba la carreta que las niñas habían descubierto, vio a Cholo que venía con dos yeguas a punto de parir. Cholo también había visto la carreta y había llegado para cuidarla. Era un viejo cauto, tan desconcertado por Clara como dedicado a ella. Era su atrevimiento lo que le turbaba. Respetaba a los caballos peligrosos, pero no parecía tener miedo de los hombres peligrosos. Se reía cuando Cholo trataba de aconsejarla. Ni siquiera tenía miedo de los indios, aunque Cholo le había mostrado las cicatrices de las heridas de flecha que había sufrido.

Dejó las yeguas en el corral y volvió junto a ella para estar seguro de que quienquiera que viajara en la carreta no iba a ser una amenaza para ella. Guardaba una escopeta en el cobertizo de los arreos, pero Clara solo la utilizaba para matar serpientes y solo las mataba porque continuamente le robaban los huevos. A veces las gallinas le preocupaban más de lo que valían porque había que protegerlas continuamente de los coyotes, mofetas, tejones e incluso de las águilas y los halcones.

—No veo más que dos hombres, Cholo —observó Clara mirando a la carretera.

—Dos hombres son demasiados si son malos —declaró Cholo.

—Si fueran malos tendrían un par de animales mejores. ¿Encontraste algún potro? —preguntó Clara.

Cholo meneó la cabeza. Tenía el pelo blanco. Clara no había conseguido sonsacarle la edad, pero imaginaba que como mínimo tendría setenta y cinco años, tal vez ochenta. Por la noche, junto al fuego, una vez terminado el trabajo, Cholo trenzaba látigos. A Clara le encantaba mirar cómo se movían sus dedos. Cuando un caballo moría o había que matarle, Cholo guardaba siempre sus crines y su cola para sus cuerdas. También las trenzaba de cuero, y una vez hizo una para ella de piel de ante, aunque ella no solía enlazar. A Bob le había desconcertado el regalo… « Clara no enlazaría ni un poste» , dijo, pero Clara se mostró satisfecha. Era un regalo precioso. Cholo tenía muy buenos modales. Sabía que la apreciaba y ella a él también. Este fue el año que le compró el abrigo. A veces, leyendo sus revistas, levantaba los ojos y veía a Cholo trenzando una cuerda, y pensaba que si alguna vez se decidía a escribir una historia, escribiría sobre él. Sería diferente de cualquiera de las historias que leía en las

revistas inglesas. Cholo no tenía nada de caballero inglés, pero era su dulzura y habilidad con los caballos, en contraste con la incompetencia de Bob, lo que le hacía animarle a que se quedara con ellos. Hablaba poco, lo que sería un problema si le metía en una historia. Los personajes de las historias que leía siempre parecía que hablaban mucho. De niño se lo habían llevado los comanches, y fue subiendo hacia el Norte, cambiando de una tribu a otra, hasta que un día pudo escapar durante una batalla. Aunque era un viejo y había vivido entre indios y blancos toda su vida, seguía prefiriendo hablar español. Clara sabía algo de su infancia en Texas, e intentaba hablarlo con él. Al oír la cadencia de las palabras españolas su rostro arrugado se iluminaba de felicidad. Clara le persuadió de que enseñara a las niñas. Cholo no sabía leer, pero así y todo era un buen maestro. Quería a las niñas y se las llevaba a caballo; les enseñaba cosas y les decía sus nombres en español.

Pronto todas las yeguas del corral levantaron las orejas y miraron a la carreta que se acercaba. Un hombre enorme, con un abrigo más pesado que el de Cholo, cabalgaba a su lado sobre un pequeño caballo bayo que parecía que iba a desplomarse si le seguía llevando un momento más. Un hombre, con la cara cosida de cicatrices, iba sentado en el pescante, junto a una mujer embarazada. La mujer conducía las mulas. A los tres se les veía tan exhaustos que incluso el encontrarse con gente, después de lo que debía haber sido un largo viaje, no parecía impresionarles. Había unas pocas pieles de búfalo amontonadas en la carreta. Cholo observaba cuidadosamente a los viajeros, pero no parecían amenazadores. La mujer tiró de las riendas y les miró a todos como deslumbrada.

—¿Estamos ya en Nebraska? —preguntó.

—Sí —respondió Clara—. Hay cerca de treinta kilómetros hasta la ciudad. ¿No quieren bajar y descansar?

—¿Conoce a Dee Boot? —preguntó la mujer—. Lo estoy buscando.

—Sí… *pistolero* —dijo Cholo a media voz. Era el que hacía las compras y conocía prácticamente a todo el mundo de Ogallala.

Elmira oyó la palabra en español y sabía lo que significaba, pero no le importaba lo que la gente llamara a Dee; lo único que importaba era el hecho de que le tenía cerca. Si Dee estaba cerca, eso significaba que ella estaba a salvo y que podría deshacerse de Luke y de Big Zwey, y que no tendría que andar todo el tiempo sacudida en la carreta o asustada toda la noche por si aparecían los indios en el último momento.

—Bajen. Por lo menos querrán dar de beber al ganado. Si quieren pueden pasar la noche aquí —ofreció Clara—. Mañana pueden estar en la ciudad. Me parece que a todos les vendrá bien un descanso.

—¿Qué ciudad puede ser? —preguntó Luke bajando despacio de la carreta. Se había torcido una pierna unos días atrás corriendo para disparar mejor a un

antílope, y apenas podía andar.

Elmira no quería pararse, aunque pensó que aún faltaba más de media jornada para llegar a Ogallala, pero Zwey ya había echado pie a tierra y había desenganchado los caballos. « Ojalá pudiera estar con Dee» , pensó, pero luego se dijo que un día más no importaba demasiado y bajó despacio del pescante.

—Venga hasta la casa —dijo Clara—. Las niñas le traerán agua. Me imagino que ha sido un viaje largo.

—Arkansas —contestó Elmira. La casa no parecía estar muy lejos, pero mientras caminaban hacia ella se le nubló la vista y le pareció que se tambaleaba.

—¡Dios mío, qué lejos! —exclamó Clara—. Yo había vivido en Texas. — Luego se volvió y vio que la mujer estaba sentada en el suelo. Antes de que Clara llegara hasta ella, se había caído de lado y yacía boca arriba en el sendero que iba del granero a la casa.

Clara pensó que no estaba demasiado asustada; solo cansada. Un viaje de un tirón desde Arkansas en una carreta como aquella agotaría a cualquiera. Abanicó la cara de la mujer durante un rato, pero no sirvió para nada. Cholo había visto caer a la mujer y corrió hacia ella, pero el hombre corpulento la había levantado como si fuera una criatura y la había llevado a la casa.

—No he oído su nombre ni el de ella tampoco —dijo Clara.

El hombretón solo la miró en silencio. « ¿Será mudo?» , se preguntó Clara. Pero el otro hombre, el de la cara llena de cicatrices, entró en la casa y explicó que el hombre hablaba muy poco.

—Se llama Zwey. Big Zwey. Yo soy Luke. Me estropeé la cara en el camino y ahora me he lastimado la maldita pierna. Ella se llama Elmira.

—¿Y es amiga del señor Boot? —preguntó Clara. Metieron a Elmira en la cama pero aún no había abierto los ojos.

—De eso no sé nada. Está casada con un *sheriff* —fue contándole Luke.

Se sentía incómodo dentro de una casa después de tantos días al aire libre y no tardó en salir para sentarse en la carreta junto a Big Zwey. Levantó la mirada a tiempo de ver a dos niñas mirándole desde una ventana abierta. Se preguntó quién sería el marido porque una mujer tan guapa como la que había hablado con él no podía estar casada con el viejo mejicano.

Aquella noche les pidió si querían entrar y cenar. Zwey no quiso, era demasiado tímido, así que la mujer les llevo la cena y cenaron en la carreta.

Las niñas estaban decepcionadas por la decisión. Casi nunca había visitantes y querían ver mejor a los hombres.

—Haz que entren, mamá —dijo Sally. Estaba especialmente fascinada por el hombre de la cara llena de cicatrices.

—Yo no puedo dar órdenes a los hombres. Además ya has visto cazadores de búfalos otras veces. Y también los has olido. Estos huelen más o menos como

todos.

—Uno es muy grande —observó Betsey—. ¿Es el marido de la señora?

—No lo creo, y no seas tan curiosa. Está agotada. A lo mejor mañana tendrá ganas de hablar.

Pero las niñas iban a oír la voz de Elmira mucho antes de la mañana. Los hombres sentados en la carreta también la oyeron… unos gritos interminables que desgarraron la noche de la pradera durante horas.

De nuevo Clara tuvo motivos de alegrarse de la presencia de Cholo, que era tan bueno con las mujeres como con los caballos. Los nacimientos difíciles no le asustaban, como solía ocurrir con muchos hombres y muchas mujeres. El caso de Elmira también era difícil… El largo viaje agotador por los llanos la había dejado demasiado débil para aquel trabajo. Se desmayó varias veces a lo largo de la noche. Clara no podía hacer otra cosa que bañarle la cara con agua fresca de la cisterna. Cuando se hizo de día, Elmira estaba demasiado débil incluso para poder gritar. Clara estaba preocupada. La mujer había perdido mucha sangre, demasiada.

—Mamá, papá está malo, huele muy mal —dijo Sally asomándose a la habitación de la enferma. Las niñas habían dormido abajo, sobre jergones, para tenerlas alejadas de los gritos.

—Déjale, yo me ocuparé de él —dijo Clara.

—Pero está enfermo, huele mal —repitió Sally. Se la veía asustada.

—Está vivo, y la vida no siempre huele bien —explicó Clara—. Ve a prepararnos algo de desayuno, y sírveles a los hombres. Deben de estar hambrientos.

Unos minutos más tarde, Elmira volvió a perder el conocimiento.

—Está demasiado débil —dijo Cholo.

—¡Pobrecilla! —exclamó Clara—. Yo también lo estaría si llegara de tan lejos. El niño no va a esperar a que se ponga fuerte.

—No, va a matarla —insistió Cholo.

—Bueno, pues por lo menos sálvale —dijo Clara, sintiéndose de pronto tan deprimida que salió de la habitación.

Cogió un cubo de agua y salió de la casa, en busca de agua para Bob. Era una mañana preciosa, con la luz perfilando los bordes lejanos de los llanos. Clara observó la belleza y encontró raro que aún la impresionara, cansada como estaba y con dos personas muriéndose en la casa…, quizá tres. Pero le gustaba la hermosa luz de las mañanas en la pradera; siempre había resucitado su moral, año tras año, cuando le parecía que la suciedad, el frío y la muerte la aplastarían. Solo de ver la luz extendiéndose así, a lo lejos, hacia Wyoming, se sentía inundada de energía y con deseos de hacer cosas.

Y lo que deseaba hacer por encima de todo era plantar flores, flores que se abrieran con la luz. Y había plantado bulbos y semillas de flores que había

encargado en el Este. La luz las hizo florecer, y luego el viento se las arrancó. Odiaba más al viento que la tierra que caía. De la tierra podía defenderse, barriéndola toda la mañana, pero el viento era incesante y fiero. Renacía una y otra vez, procedente del Norte, para robarle las flores, pétalo a pétalo, hasta que no quedaba otra cosa que el triste tallo. Pero Clara siguió plantando en los puntos más protegidos que podía encontrar. Pero el viento también las iba encontrando, a su tiempo; a veces las flores duraban unos días hasta que los pétalos eran arrastrados. Era una batalla en la que no quería rendirse: todos los inviernos leía los catálogos de semillas con las niñas y les describía las flores que tendrían al llegar la primavera.

Al volver de la cisterna con el cubo de agua se fijó en los dos hombres, sucios, silenciosos, sentados en la carreta. Al ir hacia la cisterna había pasado por delante de ellos sin pensar en nada.

—¿Ha nacido ya? —preguntó Luke.

—Todavía no. Está demasiado agotada para ayudarse.

El otro, el hombretón, la siguió con la mirada pero no dijo nada.

—Tenéis demasiado fuego en esta cocina, vais a quemarlo todo —advirtió Clara viendo cómo las niñas se desenvolvían preparando el desayuno.

—Oh, mamá, sabemos cocinar —protestó Sally. Le gustaba que su madre se fuera de la cocina. Entonces podía dominar a su hermanita para que la ayudara.

—¿Está enferma esa mujer? —preguntó Betsey—. ¿Por qué grita tanto?

—Está haciendo una tarea muy dura —respondió su madre—. Procura no quemar las gachas.

Subió el cubo al dormitorio, tiró de las sábanas pestilentes de Bob y lo lavó. Bob siguió mirando hacia arriba como solía hacer. Generalmente calentaba el agua pero esa mañana no había tenido tiempo. Estaba fría y le ponía la carne de gallina en las piernas. Sus grandes costillas parecían más salientes cada día. Se le había olvidado subir sábanas limpias. Era un problema constante disponer de sábanas limpias, así que le cubrió con una manta y salió al porche un momento. Oyó que Elmira volvía a gemir. Sabía que debería ir a relevar a Cholo, pero no se apresuró. El nacimiento podía tardar otro día. Todo tardaba más de lo debido, o por el contrario se precipitaba. Las vidas de sus hijos habían sido barridas en un santiamén, mientras que su marido llevaba ya dos meses tendido, inmóvil, y aún no había muerto. Era agotador intentar adaptarse a todos los ritmos que la vida requería.

Después de un instante en el porche, subió a tiempo de sujetar a Elmira y observar a Cholo mientras sacaba a un niño de su cuerpo ensangrentado.

El niño parecía que estuviera muerto y Elmira moribunda, pero en realidad ambos vivían. Cholo sostuvo al pequeño contra su cara y sopló sobre él hasta que finalmente el niño se agitó y empezó a llorar, con un sonido débil como el chillido de un ratón. Elmira estaba desvanecida, pero respiraba.

Cuando Clara bajó a calentar agua, vio que las niñas habían llevado el desayuno a los dos hombres. Se habían quedado junto a ellos mientras comían, sin querer renunciar a la novedad de la conversación, aunque fuera solo con dos cazadores de búfalos, uno de los cuales no hablaba. De pronto sintió ganas de llorar al ver a sus hijas tan faltas de compañeros de juego que se quedaban junto a dos hombres taciturnos solo por el placer de la compañía. Calentó el agua y no dijo nada a las niñas. Probablemente los hombres marcharían pronto, aunque Luke parecía contento hablando con las chiquillas. Quizá se sentía tan solitario como ellas.

Cuando subió con el agua caliente, Elmira estaba despierta con los ojos muy abiertos, pálida, casi exangüe, sin nada de color en las mejillas.

—Es un milagro que llegara hasta aquí —le dijo Clara—. Si hubiera tenido a este niño en los llanos dudo que hubieran sobrevivido.

El viejo mejicano había envuelto a la criatura en un trapo de franela y se lo llevó a Elmira para que lo viera, pero Elmira ni lo miró. No habló ni quiso mirar.

No quería al niño. « A lo mejor se muere —pensó—. Dee tampoco lo querrá» .

Clara vio cómo la mujer apartaba la vista. Sin decir una palabra cogió al pequeño de manos de Cholo y bajó con él, fuera, a la luz del sol. Las niñas seguían junto a la carreta, aunque los hombres ya habían comido. Protegió los ojos del pequeño con la franela y lo acercó al grupo.

—Oh, mamá —exclamó Betsey; nunca había visto a un recién nacido—. ¿Cómo se llama?

—La señora está demasiado cansada para pensar en cómo llamarlo —respondió Clara—. Pero es un chico.

—Es una suerte que llegáramos, ¿verdad? —preguntó Luke—. Zwey y yo no hubiéramos sabido qué hacer.

—Sí, ha sido una suerte —afirmó Clara.

Big Zwey miró silenciosamente al pequeño, y finalmente dijo:

—Es colorado, Luke. Supongo que es un indio.

Clara se echó a reír.

—No es ningún indio. La mayoría de los niños están colorados.

—¿Puedo sostenerlo? —preguntó Sally—. Sostuve a Betsey, sé cómo se hace.

Clara le dejó sostener el niño. Cholo esperaba en el porche de atrás, con una taza de café en la mano.

—Zwey quiere marcharse a la ciudad —anunció Luke de pronto—. ¿Puede ir también Ellie?

—Oh, no —protestó clara—. Lo ha pasado muy mal y está muy débil. Si viajara hoy se moriría. Necesita descansar lo menos una semana. Tal vez puedan volver a recogerla o a lo mejor podríamos llevarla nosotros en nuestra pequeña carreta cuando se haya repuesto.

Pero Zwey se negó a marcharse. Recordó que Ellie había querido llegar a la ciudad y que él estaba decidido a esperar hasta que ella pudiera ir. Estuvo todo el día sentado a la sombra de la carreta y enseñó a las dos niñas a jugar a *mumblety-peg*. Clara miraba de vez en cuando desde las ventanas de arriba, pero el hombre parecía inofensivo. Luke, aburrido, se fue a caballo con Cholo a ver las yeguas.

Cuando Clara subió al niño para darle de comer, empezó a darse cuenta de que Elmira no lo quería. Apartó sus grandes ojos cuando Clara se lo acercó. La criatura estaba hambrienta y gimoteaba.

—Señora —dijo Clara—, tiene que alimentarlo.

Elmira no opuso resistencia cuando le puso el niño al pecho, pero fue una tarea difícil. Al principio no salía leche. Clara empezó a temer que el niño se debilitara y muriera antes de que se le pudiera dar algo. Por fin chupó un poco, pero la leche no le satisfizo, y una hora después volvía a llorar de hambre.

«Leche mala», pensó Clara, y no era de extrañar porque la mujer probablemente no había comido algo decente desde hacía meses. Se negó a mirar al niño incluso cuando lo tuvo al pecho. Clara tuvo que sostenerlo y animarle, mojando con leche sus pequeños labios.

—Me han dicho que está casada con un *sheriff* —dijo Clara creyendo que un poco de conversación podía ayudar. El hombre podía ser el motivo de su huida, pensó. Probablemente no le quería, y por eso no había deseado al niño.

Elmira no contestó. No quería hablar con aquella mujer. Tenía los pechos tan cargados que le dolían; no le importaba que el niño le sacara la leche, lo que no quería era verlo. Solo quería levantarse y que Zwey la llevara a la ciudad, junto a Dee, pero comprendía que aún no estaba en condiciones. Tenía las piernas tan débiles que apenas podía moverlas en la cama. Nunca podría bajar a menos que se arrastrara.

Clara miró a Elmira un instante y se calló. No la sorprendía mucho que la mujer no quisiera al niño. Ella tampoco había querido a Sally, por miedo a que se le muriera. La mujer también debía tener sus propios temores. Después de todo había viajado durante meses a través de los llanos con dos cazadores de búfalos. Quizás huía de un hombre, quizás iba en busca de un hombre, o quizá simplemente huía. Era inútil seguir preguntando porque la mujer ni siquiera sabía por qué huía.

Clara se acordó además de la enorme lasitud que se había apoderado de ella cuando nació Betsey. Aunque fue la última, el nacimiento de Betsey fue el más difícil de sus partos y cuando hubo terminado no pudo levantar la cabeza en tres horas. Le costaba un esfuerzo inmenso hablar, y Elmira lo había pasado peor que ella. Sería mejor que la dejara descansar. Cuando recobrara las fuerzas podía sentirse mejor dispuesta hacia el niño.

Clara se llevó a la criatura abajo y encargó a las niñas que lo vigilaran

mientras ella salía y mataba un pollo. Big Zwey observaba silenciosamente desde la carreta la velocidad con qué le retorció el cuello al pollo, lo limpió y lo desplumó.

—Estos días hace falta mucha sopa de pollo en esta casa —comentó al volver con el pollo. Calentó el poco de caldo de pollo que sobró y se lo subió a Elmira. Se sorprendió viéndola levantada mirando por la ventana.

—¿Qué hace levantada? Debe acostarse. Ha perdido mucha sangre y tenemos que alimentarla.

Elmira obedeció de mala gana y tragó las cucharadas de sopa que le dio Clara.

—¿Está lejos la ciudad? —preguntó Elmira.

—Demasiado para ir andando o a caballo —respondió Clara—. La ciudad no va a escaparse. ¿No puede descansar uno o dos días más?

Elmira no contestó. El viejo había dicho que Dee era un *pistolero*. Aunque no le importaba lo que fuera, siempre y cuando pudiera encontrarle, la noticia la preocupó. Alguien podía matarle antes de que ella llegara. Podía marcharse, a lo mejor ya se había marchado. No podía soportar la incertidumbre. El futuro se había reducido a una persona: Dee Boot. Si no podía encontrarle, se mataría.

A lo largo del día Clara intentó sin éxito que Elmira se interesara por el niño. Elmira dejó que mamara pero la leche era tan pobre que el niño dormía una hora y volvía a estar hambriento. Las niñas querían saber por qué lloraba tanto el bebé.

—Porque tiene hambre —contestó Clara.

—Puedo ir a ordeñar la vaca temprano —dijo Sally—. Podemos darle algo de leche.

—Tal vez sí —asintió Clara—, pero antes habrá que hervirla.

Pensó que resultaría demasiado fuerte para el niño y un cólico podría matarle. Llevó en brazos a la pobre criatura durante todo el día, meciéndole entre sus brazos y hablándole con murmullos. De colorado había pasado a pálido, y era un niño pequeño; tal vez no tuviera ni dos kilos y medio. También ella estaba cansada y al acercarse la noche y ponerse el sol se puso de mal humor; de pronto reñía a las niñas porque eran demasiado ruidosas y después se iba al porche con el niño, casi llorando. Pensó que tal vez fuera mejor que el niño muriera porque su madre no le quería, pero al momento el niño abría los ojos un segundo y a ella se le partía el corazón. Después se hacía reproches por su insensibilidad.

Al caer la noche encendió una lámpara en la alcoba donde descansaba Elmira. Clara, viendo que tenía los ojos abiertos, empezó a acercarle el niño, pero también esta vez Elmira volvió la cabeza.

—¿Cómo se llama su marido? —le preguntó Clara.

—Yo busco a Dee Boot —contestó Elmira. No quería decirle el nombre de

July. El niño lloriqueaba pero no le importaba. Era de July y no quería tener nada que ver con July.

Clara hizo que el niño mamara un poco y luego se lo llevó a su habitación, para echarse un poco. Sabía que la criatura dormiría poco pero ella necesitaba descansar y tenía miedo de confiárselo a su madre.

Entonces notó una mano en su hombro y vio a Cholo de rodillas, junto a su cama.

—¿Qué ocurre?

—Se van —contestó Cholo.

Clara saltó de la cama y corrió a la habitación donde había estado Elmira. En efecto, se había ido. Fue a la ventana y pudo ver la carreta, al norte de los corrales. Detrás de ella oyó llorar al pequeño.

—No pude detenerles, señora —se excusó Cholo.

—No creo que pararan porque tú se lo pidieras, y no necesitamos peleas a tiros —comentó Clara—. Deja que se vayan. Si sobrevive, a lo mejor regresa. ¿Has ordeñado?

Cholo asintió.

—Ojalá tuviéramos una cabra. He oído decir que la leche de cabra es mejor para los niños que la de vaca. La próxima vez que vayas a la ciudad, compra un par de cabras, si las encuentras.

Luego se turbó. A veces hablaba a Cholo como si fuera su marido y no Bob. Bajó, encendió el fuego y empezó a hervir un poco de leche. Cuando estuvo hervida, mojó un trapo de algodón en ella y dejó que el niño chupara. Era un método lento y que precisaba paciencia. El niño era demasiado débil para esforzarse, pero ella sabía que si no persistía el niño se debilitaría más y moriría. Así que continuó dejándole caer leche en la boca, incluso cuando estuvo demasiado cansado para chupar el trapo.

—Ya sé que esto es muy lento —le murmuró.

Cuando el niño hubo tomado cuanto quiso, se levantó y lo paseó. Era una noche de luna, preciosa, y salió un momento al porche. El bebé dormía apoyado en su pecho. « Podías haber tenido peor suerte —pensó, mirándole—. Tu madre es muy lista: esperó a llegar a un lugar donde hubiera gente para tenerte» .

Entonces se acordó que no había dado de comer a Bob. Llevó al niño a la cocina y calentó el caldo.

—Piensa en la cantidad de trabajo que me ahorraría si no tuviera que calentarlo todo —explicó al niño, que siguió durmiendo.

Lo puso a los pies de la cama de Bob mientras le daba de comer, inclinándole la cabeza para que pudiera tragar. Le resultaba curioso que fuera capaz de tragar cuando ni siquiera podía cerrar los ojos. Era un hombre grande, con una cabeza grande; cada vez que le daba de comer le dolía la muñeca por el peso de la cabeza.

—Creo que vamos a tener un niño, Bob —le explicó.

Los médicos le habían dicho que le hablara. Creían que podía ser beneficioso, pero la única diferencia que Clara observó fue que ella se sentía más deprimida porque le recordaba con demasiada claridad sus años de vida en común: ella era la que hablaba y Bob nunca decía nada. Durante años le había hablado y nunca obtuvo respuestas. Solo hablaba si se trataba de dinero. Ella le hablaba durante dos horas, y él nunca pronunciaba una frase. En lo tocante a conversación, el matrimonio no era diferente de lo que había sido, solo que ahora era más fácil para ella hacer lo que quería con el dinero, algo que también se le antojaba tristísimo.

Recogió al niño y lo estrechó contra su pecho. Se le ocurrió pensar que si la veía con un niño todo sería diferente. A lo mejor Bob creería que era suyo. Podía sorprenderle y hacerle revivir.

No era natural que una madre abandonara a su hijo un día después de que hubiera nacido. Claro que los niños suponían un trabajo continuo. Llegaban cuando no se les quería y tenían necesidades que a veces una no estaba dispuesta a proporcionar. Lo peor de todo era que no importaba lo mucho que una les quisiera. La muerte de los suyos había congelado toda esperanza dentro de ella con más fuerza que la tierra en invierno. Sus esperanzas se habían congelado y se juró mantenerlas así, pero no lo hizo: las esperanzas se descongelaron. Tenía esperanza respecto a sus hijas y hasta podía tenerla para con el niño que se apoyaba en su pecho, el hijo de otra madre. « Te he robado —pensó—. Tu madre es una loca por no quererte, pero es lista por darse cuenta de que con ella y esos cazadores de búfalos no tendrías una gran oportunidad» .

Aunque pensó que no es que fuera lista; en realidad a la mujer no le importaba el niño.

Miró a Bob y vio que la presencia del niño no le había hecho mella. Yacía como siempre, sin que le quedara nada excepto la necesidad. De pronto se sintió irritada porque el hombre había sido un insensato al pensar que podía domar aquella yegua, cuando tanto ella como Cholo le habían advertido que la dejara en paz. Se enfadó consigo misma por haber vivido tanto tiempo con un tratante de caballos que no sabía nada de ellos.

Y allí estaba, con la mirada perdida hacia arriba, tan desamparado como el niño. Volvió a acostar la criatura y fue dándole la sopa a Bob hasta que se le cansó la mano de sostener su cabeza. Después volvió a colocarle la cabeza sobre la almohada y se comió la sopa que quedaba.

76

A Big Zwey le preocupaba que la mujer hubiera dejado el niño. Cuando fue hacia la carreta no lo llevaba.

—Engancha las bestias y vámonos —fue lo único que le dijo.

Y él obedeció, pero se sentía confuso.

—¿No vas a llevarte al niño? —le preguntó tímidamente, antes de marcharse.

Elmira no contestó. No le quedaba aliento para contestar, de tan agotada como estaba. La poca energía que le quedaba la gastó en llegar a la carreta. Zwey tuvo que subirla y la sentó apoyada a las pieles de búfalo, demasiado cansada incluso para darse cuenta del hedor. Estaba tan cansada que sentía como si no estuviera allí. Ni siquiera le quedaban fuerzas para decir a Zwey que se pusiera en marcha. Tuvo que hacerlo Luke.

—Vámonos, Zwey —dijo este—. No quiere el niño.

Zwey puso la carreta en marcha y no tardaron en perder de vista la casa, pero seguía preocupado. Miraba continuamente a Ellie, apoyada en las pieles de búfalo, con los ojos muy abiertos. ¿Por qué no querría al niño? Era algo que le desconcertaba. Nunca había comprendido del todo aquel asunto, pero sabía que las madres se ocupan de los niños lo mismo que los maridos se ocupan de las mujeres. En su opinión él estaba casado con Ellie y se proponía cuidar bien de ella. Sentía que era su marido. Habían hecho todo el viaje juntos en la carreta. Luke también había intentado casarse con ella, pero Zwey pronto puso fin a eso y desde entonces Luke se había comportado mejor.

Luke había amarrado su caballo junto a la carreta y viajaba en el pescante junto a Zwey, que no dejaba de mirar hacia atrás para asegurarse de que Ellie estuviera dormida. Estaba inmóvil, pero seguía con los ojos abiertos.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Luke.

—Me hubiera gustado que se trajera al niño. Siempre quise tener uno.

Luke encontró peculiar la forma en que Zwey lo dijo. Era algo así como si Zwey creyera que el niño era suyo.

—¿Y qué más te da? No es tuyo —dijo Luke. Aunque Zwey hubiera tenido valor para acercarse a Ellie, cosa que dudaba, no llevaban suficientes meses de viaje para haberle podido hacer un niño.

—Estamos casados —contestó Zwey—. Así que es nuestro.

Luke tuvo una curiosa sospecha, la sospecha de que Zwey no entendía nada de hombres y mujeres. Habían pasado muchos días entre manadas de búfalos, cuando los machos y las hembras se apareaban, y por lo visto Zwey no había relacionado nunca estos comportamientos con los humanos. Luke recordó que Zwey no iba nunca con putas. Cuando los otros cazadores se iban a la ciudad, él se quedaba a vigilar las carretas. Zwey siempre había sido considerado como el más tonto de los tontos, pero Luke estaba convencido de que ningún cazador había sospechado lo tontísimo que era. Resultaba difícil comprender semejante grado de estupidez. Luke quería asegurarse de que no lo había entendido mal.

—Espera un poco, Zwey. ¿Por qué crees que el niño es tuyo?

Zwey guardó silencio un buen rato. Luke sonreía, como hacía siempre que quería burlarse de él. A Zwey no le preocupaba demasiado que Luke se burlara de él, pero no quería que se riera del niño. Ni siquiera quería que Luke hablara de él. Ya era bastante triste que ella lo hubiera abandonado al marcharse. Decidió no contestar.

—¿Pero qué te pasa, Zwey? Tú y Ellie no estáis realmente casados. No estás casado con una persona solo porque hace un viaje contigo.

Zwey empezó a sentirse triste; a lo mejor lo que decía Luke era verdad. Pero él quería pensar que estaba casado con Ellie.

—Pues, lo estamos —dijo por fin.

Luke se echó a reír. Se volvió a Ellie que seguía sentada con la espalda apoyada en las pieles.

—Cree que el niño es suyo —le explicó—. Cree de verdad que es suyo. Seguramente piensa que lo único que tuvo que hacer para que ocurriera fue mirarte.

Luke se rio durante un buen rato. Zwey siguió entristecido, pero no dijo nada más. Luke siempre encontraba algo para reírse de él.

Elmira se puso a temblar de frío; trató de alcanzar el montón de mantas que había en la carreta, pero estaba demasiado débil para tirar de una manta.

—Ayudadme, chicos —les pidió—. Tengo mucho frío.

Zwey entregó inmediatamente las riendas a Luke y pasó dentro para ayudarla a cubrirse. Era una noche tibia, pero Ellie seguía temblando. La envolvió en las mantas, pero no dejaba de temblar. Sobre el pescante, Luke se reía de vez en cuando al pensar en el niño de Zwey. Antes de haber recorrido ocho kilómetros, Elmira estaba delirando. Se enroscó en las mantas, hablando sola, hablando sobre todo de un hombre llamado Dee Boot. Tenía la mirada tan perdida que Zwey se asustó. Una vez la rozó casualmente y su piel estaba tan caliente como si la estuviera quemando el sol.

—Luke, tiene mucha fiebre —dijo Zwey.

—Yo no soy médico —respondió Luke—. No debimos irnos de aquella casa.

Zwey le bañó el rostro, pero era como poner agua sobre una estufa. Zwey no

sabía qué hacer. Una persona que tuviera semejante ardor podía morir. Había visto muchas muertes y con frecuencia se presentaban con fiebre. No comprendía por qué había tenido que tener el niño, si iba a ponerse tan enferma. Mientras le bañaba la cara, ella se incorporó con los ojos desorbitados.

—Dee, ¿eres tú? ¿Dónde has estado? —preguntó, y a continuación cayó sobre las pieles.

Luke conducía tan deprisa como podía, pero el camino era muy largo. El cielo ya estaba iluminado por el Este cuando por fin encontraron las huellas de una carreta y llegaron a Ogallala.

La ciudad era pequeña: solo una interminable calle con *saloons* y tiendas y algún que otro cobertizo en la orilla norte del Platte. Uno de los *saloons* aún estaba abierto. Tres vaqueros estaban fuera, dispuestos a montar y regresar al trabajo. Los dos más sobrios se reían del tercero porque estaba tan borracho que trataba de montar su caballo al revés.

—Eh, Joe intenta montar de espaldas —dijo uno. No estaban interesados por la carreta que acababa de parar. El vaquero borracho resbaló y cayó a la calle. Los otros dos lo encontraron divertidísimo y se reían con tal fuerza que uno tuvo que acercarse al *saloon* y vomitar.

—¿Dónde vive el médico? —preguntó Luke al más sobrio—. Llevamos una mujer enferma.

Al oírle, los vaqueros se pararon a mirar. Lo único que pudieron ver fue el cabello de Ellie. El resto de su persona estaba cubierto por mantas.

—¿De dónde viene? —preguntó uno.

—De Arkansas —respondió Luke—. ¿Dónde está el médico?

Ellie estaba sumida en un sopor febril. Abrió los ojos y vio las casas. Pensó que debía de ser la ciudad donde vivía Dee. Empezó a apartar las mantas.

—¿Conoce a Dee Boot? —preguntó a uno de los vaqueros—. He venido a reunirme con Dee Boot.

Los vaqueros la miraron como si no la hubieran oído. Vestía camisón y llevaba el cabello largo y enmarañado. Había un enorme cazador de búfalos sentado a su lado.

—Señora, Dee Boot está en la cárcel —explicó modosamente uno de los vaqueros—. Es aquel edificio de allí.

La luz empezaba a filtrarse por entre las casas ensombrecidas.

—¿Dónde está el médico? —volvió a preguntar Luke.

—No sé si lo hay —dijo el vaquero—. Llegamos anoche. Sé lo de Boot porque lo oí comentar en el *saloon*.

Ellie intentó saltar de la carreta.

—Ayúdame, Zwey. Quiero ver a Dee. —Pasó una pierna por un lado de la carreta y de pronto volvió a sentirse desfallecer. Se agarró a la madera temblorosa.

—Ayúdame, Zwey —volvió a decir.

Zwey la sacó de la carreta como si fuera una muñeca. Elmira dio dos pasos y se detuvo. Sabía que si daba un paso más se iba a caer…, pero Dee Boot estaba al otro lado de la calle. Sabía que se pondría bien, cuando le hubiera visto.

Zwey se mantenía a su lado, grande como uno de los caballos que montaban los vaqueros.

—Llévame —le pidió.

Zwey estaba asustado. Nunca había llevado a una mujer y menos a Ellie. Creía que podía romperla si no tenía cuidado. Pero ella le miraba y pensó que debía intentarlo. La levantó en sus brazos y volvió a notar que era ligera como una muñeca. También olía diferente a todo lo que él había tenido que llevar. Había llevado sobre todo pieles o reses muertas.

Mientras la llevaba en brazos salió un hombre de la cárcel y dio la vuelta a la esquina del edificio. Era un ayudante del *sheriff*, llamado Leon, que salía a orinar. Se sobresaltó al ver una mujer menuda, en camisón, entre los brazos de un hombre enorme. En todo el tiempo que llevaba como ayudante, nunca le había ocurrido nada parecido. Se paró en seco.

—Quiero ver a Dee Boot —dijo la mujer, con la voz como un susurro.

—¿Dee Boot? —repitió Leon sorprendido—. Sí, claro, lo tenemos pero no creo que esté levantado.

—Soy su mujer —dijo Elmira.

—No sabía que estuviera casado —dijo Leon sorprendido.

Leon contemplaba al enorme cazador de búfalos. Por un momento pensó que a lo mejor la pareja había venido para intentar sacar a Dee Boot de la cárcel.

—Soy su mujer y quiero ver a Dee —repitió la mujer—. Zwey no tiene por qué entrar.

—Dee está en su celda y probablemente podrá oírla —explicó Leon señalando un ventanuco con rejas, a un lado de la cárcel.

—Acércame, Zwey —ordenó Elmira, y Zwey obedeció.

La ventana era muy pequeña y la celda muy oscura, pero Elmira pudo distinguir a un hombre echado sobre un camastro. Tenía el brazo echado delante de los ojos y al principio dudó de que fuera él. En todo caso había engordado, y esto no concordaba con Dee, que presumía de ser esbelto y ágil.

—Dee —llamó—. Dee, soy yo.

Su voz era un puro suspiro, y el hombre no despertó. Ellie se sintió frustrada. Había venido de muy lejos y le había encontrado, pero no conseguía que él la oyera.

—Dile algo tú, Zwey —murmuró—. Tú tienes más voz.

Zwey se sentía perdido. No conocía a Dee Boot y no tenía idea de qué podía decirle. Le resultaba embarazoso.

—No sé qué decirle.

Afortunadamente no hizo falta. El ayudante volvió a entrar y él mismo despertó a Dee Boot.

—Despierta, Boot. Tienes visita.

El dormido saltó inmediatamente con expresión asustada. Ellie vio que era él, aunque casi no se parecía al hombre presumido que recordaba. Miró asustado hacia la ventana, y luego se puso en pie y siguió mirando.

—¿Quién es? —preguntó.

—Es tu mujer —respondió Leon.

Dee se acercó a la ventana. Fueron solo dos pasos. Ellie vio que llevaba barba de varios días; otra sorpresa. Dee era puntilloso respecto al afeitado y siempre había conseguido que el mejor barbero de la ciudad fuera a afeitarle todas las mañanas. Los ojos que había recordado casi cada día del largo viaje, los ojos alegres de Dee, ahora parecían asustados y tristes.

—Soy yo, Dee —repitió.

Dee se la quedó mirando, así como al gigantón que la llevaba en brazos. Ellie comprendió que podía interpretar mal la actitud de Zwey, aunque nunca había sido un tipo celoso.

—Es Zwey —murmuró—. Él y Luke me han traído en la carreta.

—¿No hay nadie más? —preguntó Dee, acercándose a los barrotes y esforzándose por ver.

Ellie no comprendía nada. Él podía ver que era ella y apenas la miraba. Parecía asustado y en su pelo había pequeñas motas de algodón desprendido del colchón sobre el que dormía. La enmarañada barba le hacía parecer mucho más viejo de lo que le recordaba.

—Solo yo —repitió Elmira. También ella empezaba a sentir miedo. Estaba tan débil que apenas podía mantener los ojos abiertos, y sobre todo deseaba poder hablar con Dee. No quería desmayarse antes de que hubieran hablado, y sin embargo temía que le ocurriera.

—Dejé a July —le explicó—. No podía seguir adelante. Me pasaba el tiempo pensando en ti. Hubiera debido marcharme contigo y no solo intentarlo. Fui en un barco de *whisky* y después Zwey y Luke me trajeron en la carreta. He tenido un niño pero lo he dejado. He vuelto junto a ti tan pronto como he podido, Dee.

Dee seguía esforzándose por ver, como si estuviera seguro de que había más gente que la que podía distinguir. Por fin dejó de esforzarse y la miró. Ella anhelaba ver la vieja sonrisa, pero Dee no estaba para sonrisas.

—Van a ahorcarme, Ellie. Por eso pegué aquel salto. Pensaba que venían a lincharme.

Elmira no podía creerlo. Dee nunca había hecho nada malo, al menos no lo bastante malo como para que quisieran ahorcarle. Jugaba y flirteaba, pero eso no eran crímenes merecedores de la horca.

—¿Por qué, Dee? —preguntó.

Dee se encogió de hombros.

—Maté a un chico. Solo me proponía asustarle, pero saltó del lado malo.

Ellie estaba confusa. Nunca había oído hablar de Dee Boot manejando armas. Llevaba una, como todos los hombres, pero ni siquiera practicaba con ella. ¿Por qué iba a asustar a un chico?

—¿Te molestaba, o qué?

Dee volvió a encogerse de hombros.

—Era un hijo de colonos. Unos vaqueros me contrataron para que echara a los colonos. La mayoría sale corriendo si disparas por encima de sus cabezas un par de veces. Pero este se movió por el lado malo.

—Te sacaremos —le aseguró Elmira—. Zwey y Luke me ayudarán.

Dee miró al gigantón que sostenía a Ellie. Parecía tan fuerte como para romper la cárcel, pero naturalmente no podría hacerlo mientras sostuviera a una enferma.

—Van a ahorcarme el próximo viernes, pero quizá vengan a lincharme primero —dijo Dee.

Zwey notó humedad en los brazos. Ellie pesaba tan poco que no le importaba sostenerla. El sol ya había salido y se veía mejor el interior de la celda. Zwey no sabía por qué estaba tan mojado. Cambió a Ellie de postura y descubrió asustado que la humedad era sangre.

—Está sangrando —dijo.

Dee vio cómo la sangre caía del camisón de Ellie.

—Llévala al médico —dijo—. Leon sabe dónde vive.

Dee llamó al ayudante y Leon no tardó en llegar corriendo por el lateral de la cárcel. Elmira no quería marcharse. Quería quedarse y hablar con Dee y asegurarle que todo se arreglaría, que le sacarían. Nunca les dejaría que ahorcaran a Dee Boot. Miró hacia dentro, pero ya no podía hablar. No podía decirle las cosas que quería decir. Lo intentó, pero no le salió ni una palabra. Los ojos se empeñaban en cerrársele, y por mucho que se esforzara por mantenerlos abiertos y mirar a Dee, se le cerraban. Intentó volver a mirarle pero Zwey ya se la llevaba, y el rostro de Dee se había perdido en una mancha de sol. Este brillaba con fuerza sobre el muro de la cárcel y el rostro de Dee se había hundido en la luz. Luego, en contra de su voluntad, su cabeza se desplomó sobre el brazo de Zwey y lo único que pudo ver fue el cielo.

77

A July, cuando trataba de alcanzar a Elmira, le parecía que estaba tan desamparado como Job. Pese a su prudencia, siguió teniendo accidentes y complicaciones como jamás había tenido en su tierra, en Fort Smith. A los tres días de salir de Dodge, el caballo nuevo que acababa de comprar, y que no estaba completamente domado, cayó y quedó herido al tratar de librarse de la manea[1]. July esperó un día, confiando en que no sería tan grave como pensaba, pero al día siguiente vio que la cosa era mucho peor. Parecía increíble perder dos caballos en un mismo viaje, cuando nunca hasta entonces había perdido ninguno, pero era un hecho con el que tenía que enfrentarse.

Y con este problema venía otro: no iba a conseguir otro caballo a menos que regresara a Dodge. Ante él, al Norte, solo estaban los llanos hasta que llegara al río Platte…, un largo trecho. July odiaba desandar lo andado, pero no tenía otra opción. Era como si Dodge City fuera un imán que le dejaba salir y le atraía de nuevo. Mató a su segundo caballo, como había hecho con el primero. Escondió la silla y regresó. Caminaba sombrío tratando de apartar de su mente el hecho de que Ellie se iba alejando cada vez más.

Cruzó a nado el Arkansas cuando llegó a él, entró en la ciudad con la ropa empapada, compró otro caballo, y una hora después volvía a estar fuera. El viejo tratante estaba medio borracho y deseoso de conversar, pero July no le dio opción.

—No llegarás a ninguna parte con tanta prisa, joven —le dijo el viejo riendo entre dientes. July consideró innecesario el comentario. Y fue directamente a cruzar el río de nuevo.

Durante todo su trayecto le había obsesionado el recuerdo de algo que había ocurrido en Fort Smith años atrás. Uno de los hombres más agradables de la ciudad, un comerciante de algodón, había ido a Memphis en viaje de negocios, y durante su ausencia su mujer enfermó. Intentaron enviarle un telegrama para notificárselo, pero ya estaba en el camino de vuelta y el telegrama no se entregó nunca. El hombre se llamaba John Fisher. Al entrar de nuevo en Fort Smith, John Fisher vio que había un entierro detrás de la iglesia. Como era un buen vecino, se acercó a caballo para enterarse de quién era el muerto y toda la gente se quedó parada, impresionada, porque estaban enterrando a su mujer. July había estado

ayudando a cubrir el féretro. Nunca pudo olvidar la expresión en el rostro de John Fisher cuando se dio cuenta de que había llegado demasiado tarde: su mujer había fallecido la tarde anterior a su regreso. Aunque John Fisher no era hombre enfermizo, solo vivió otro año. Cuando en la calle se tropezaba con alguien que había visitado a su mujer en su enfermedad, siempre le preguntaba:

—¿Crees que Jane habría vivido si yo hubiera regresado antes?

Todo el mundo le respondía que no, que no hubiera podido hacer nada, pero John Fisher no les creía.

July no tenía motivos para pensar que Elmira estuviera enferma, pero su preocupación era tal que le irritaba cualquier retraso. Afortunadamente el caballo era fuerte. July le forzaba, descansando solo cuando creía que el caballo necesitaba descansar. Lo vigilaba atentamente porque sabía que no podía permitirse perderlo. Solo le quedaban dos dólares, un poco de café, tocino y el rifle. Tenía la esperanza de matar algún antílope, pero no acertó a ninguno. Vivía sobre todo de tocino.

Cerca del río Republican tuvo su segundo momento de mala suerte. Había acampado en una pequeña loma, agotado, y después de trabar su caballo se quedó dormido como una piedra. No durmió bien. Durante la noche sintió un pinchazo en la pierna pero estaba demasiado dormido para preocuparse…, las hormigas rojas le habían mordido varias veces.

Cuando despertó el dolor era enorme y tenía la pierna tan hinchada que tuvo que cortarse la pernera del pantalón para ver de qué se trataba. Vio marcas de dientes por encima de la rodilla. Una serpiente debió de haberse arrastrado junto a él durante la noche y en su agitación la habría tocado y asustado. No había oído el cascabel, pero debía tratarse de una serpiente joven o que se le hubiera roto el cascabel.

Al principio se asustó mucho. Había sido mordido durante la noche. El veneno había dispuesto de varias horas para actuar. Era ya demasiado tarde para cortar y tratar de chupar el veneno. No tenía ningún remedio y estaba desamparado. Se sintió flojo y creyó que se moría. Desde la loma podía divisar a lo lejos más allá del Republican, al Norte, imaginaba que casi hasta Nebraska. Era una mala suerte increíble que le hubiera mordido una serpiente prácticamente a la vista de donde necesitaba llegar. Ni siquiera le quedaba mucha agua porque con el río tan cerca no se había preocupado de reponerla.

En la loma no había la menor sombra. Se cubrió la cara con el sombrero y se apoyó en la silla, sudoroso y avergonzado de su propia desidia. Empezó a delirar y en su delirio sostenía largas conversaciones con Roscoe. Veía el rostro de Roscoe tan claramente como veía el día. Roscoe no le echaba en cara el hecho de que estuviera muerto. Si también él iba a estar muerto dentro de poco, no tendría demasiada importancia.

July no murió. Pero su pierna le dolía horrores. Por la noche llovió con fuerza

y no pudo hacer otra cosa que arrebujarse en su manta. Le empezaron a castañetear los dientes y no pudo impedirlo. Casi deseaba morir de una vez, por lo mal que se sentía.

Pero por la mañana el sol calentaba de lleno y no tardó en secarse. Se sentía débil, pero no tenía la sensación de que fuera a morirse. Lo único que debía hacer era no mirarse la pierna. Su aspecto era tan terrible que no sabía qué pensar. Si un médico la viera, probablemente se la cortaría y acabaría con ella. Cuando trató de doblarla un poco, el dolor le traspasó…, pero tenía que llegar hasta el río, de lo contrario moriría de sed, aunque hubiera llovido. Había estado demasiado enfermo como para intentar recoger algo de agua de lluvia.

Aquella tarde se levantó pero no pudo apoyar el pie derecho en el suelo. Consiguió arrastrarse hasta su caballo, sobre el vientre, y llegar al río. Tardaron tres días en poder volver a la loma y recoger la silla. El esfuerzo de llegar al río le había agotado de tal forma que ni siquiera tenía fuerzas para desabrocharse un botón. Una mañana temprano disparó contra una grulla, con la pistola, y la carne le dio algo más de fuerza. Su pierna no había vuelto aún a la normalidad, pero tampoco la había perdido. Podía apoyarse un poco en ella, pero muy poco.

Cinco días después de que la serpiente le mordiera, July ensilló y cabalgó a través del Republican. Desde que abandonó Dodge no había visto a nadie. Se preocupó por los indios; herido como estaba hubiera sido una presa fácil. Se sintió tan solo que incluso le habría gustado ver a uno o dos indios. Empezó a preguntarse si había gente en el Norte.

Al acercarse a Nebraska, los llanos se volvieron más pardos. Aunque estaba casi seguro de que no iba a morir, seguía sufriendo momentos de debilidad en los que se le nublaba la vista y hablaba solo. Por la noche despertaba y se encontraba en plena conversación con Roscoe. Le turbó, aunque no había nadie por allí que pudiera oírle.

Siguió adelante. Los riachuelos se hicieron más abundantes y dejó de estar tan preocupado por el agua. Una vez creyó ver jinetes a lo lejos, pero cuando se acercó resultaron ser dos búfalos en mitad de la pradera, como si estuvieran perdidos. July comenzó a disparar contra uno de ellos, pero era más carne de la que necesitaba y, si lo mataba, el otro se quedaría tan solo como él. Siguió adelante y aquella noche mató una chocha enorme de una pedrada.

Tres días después vio el Platte, serpenteando entre ribazos oscuros y bajos. No tardó en dar con las huellas de una carreta y las siguió, en dirección Oeste.

Alrededor de mediodía divisó una casa de madera, solitaria, alzándose a un kilómetro al sur del Platte. Había corrales y unos cobertizos cerca y un importante rebaño de caballos pastando a la vista de la casa. July sintió ganas de llorar: significaba que ya no estaba perdido. Nadie construiría una casa de madera a menos que hubiera una ciudad cerca. Tantas semanas solo en la pradera le hizo darse cuenta de lo mucho que le gustaba encontrarse en una

ciudad, aunque cuando recordaba todo lo que le había ocurrido no tenía demasiadas esperanzas de encontrar a Ellie en ella. ¿Cómo podía una mujer recorrer semejantes distancias?

Al acercarse a la casa, por el Norte, apareció un viejo que salía a caballo del Platte, chorreando agua. El viejo tenía el pelo blanco y parecía mejicano. Cabalgaba con un rifle atravesado sobre la silla. July no quería parecer esquivo. Se detuvo a esperarle.

Lo primero que el viejo miró fue la pierna. July se había olvidado del mal aspecto que tenía, incluso se había olvidado de que estaba todavía amarillenta y casi descubierta, porque se había cortado la pernera del pantalón cuando su pierna estaba tan hinchada.

—¿Le duele? —preguntó el viejo en inglés. July se lo agradeció.

—No tanto como antes —le contestó—. ¿Está Ogallala cerca de aquí?

—A treinta kilómetros. Soy Cholo. Entre en la casa. Debe de estar hambriento.

July no se hizo rogar. Casi se había olvidado de que la gente se sienta a la mesa, en las casas, para comer. Había vivido tanto tiempo de tocino medio crudo o de caza a medio cocer, que se sentía intimidado ante la idea de sentarse a la mesa. Sabía que no estaba presentable.

Al acercarse a la casa oyó de pronto risas, y una chiquilla salió corriendo por una esquina perseguida de cerca por otra niña algo mayor. La que iba en cabeza corrió hacia uno de los cobertizos que había entre la casa y el corral y trató de ocultarse, pero su hermana la alcanzó antes de que pudiera entrar y pelearon y chillaron. La hermana mayor intentaba meter algo por el cuello de la pequeña, y finalmente lo consiguió. Entonces la niña más pequeña empezó a dar saltos hasta que la mayor escapó corriendo y riendo.

Al acercarse los dos hombres, una mujer apareció por los peldaños traseros de la casa. Llevaba bata gris y delantal y sostenía un niño en brazos. Estaba furiosa porque gritó algo a las niñas, que dejaron de chillar, se miraron una a otra y se acercaron a la casa. El niño que llevaba la mujer en brazos lloraba inquieto, aunque la verdad es que hacía menos ruido que las niñas. La mujer se dirigió a la mayor, que alegó algo, y la pequeña, para defenderse, señaló el cobertizo. La mujer las escuchó unos minutos y empezó a hablar rápidamente, diciéndoles lo que pensaba de ellas, supuso July.

Ver tan de pronto a una mujer le hizo sentirse nervioso, sobre todo porque la mujer estaba muy enfadada. Pero al acercarse descubrió que, furiosa o no, no podía apartar los ojos de ella. Al reñir a sus hijas la mirada le brillaba porque ni una ni otra aceptaban el sermón en silencio, ambas trataban de contestar a su madre, pero esta no se paró a escucharlas. Tenía abundante pelo castaño sujeto en un moño bajo en la nuca, aunque el moño lo tenía medio suelto.

El viejo mejicano no parecía turbado lo más mínimo por la discusión. En

realidad parecía divertido. Se acercó y saltó del caballo como si nada ocurriera.

—Pero es que me metió un saltamontes por el cuello —protestaba la pequeña —. La odio.

—Me tiene sin cuidado —siguió diciendo la mujer—. He estado toda la noche levantada con el niño; ya sabéis lo propenso que es a los cólicos. No tenéis que venir a chillar precisamente debajo de mi ventana, como si no hubiera lugar en toda la pradera. Lo que nos sobra es espacio.

—Era un saltamontes —insistió la pequeña.

—¿Es el primero que has visto? —preguntó la mujer—. Si vuelves a despertar al niño no tendrás que preocuparte solo por un saltamontes.

La mujer era bastante delgada, pero el enfado ponía color a sus mejillas. Las niñas se calmaron por fin y la mujer levantó la mirada y le descubrió. Alzó la barbilla con beligerancia, como si él también tuviera algo que ver. Entonces se fijó en su pierna tumefacta y su expresión cambió. Tenía los ojos grises y los volvió hacia él con súbita gravedad.

—Baje, señor —dijo el viejo.

Las niñas se volvieron y se dieron cuenta por primera vez de que había llegado un desconocido. Dejaron de moverse al instante y se quedaron como estatuas.

La mujer sonrió. Parecía haber pasado de la ira a la diversión. Se presentó:

—Hola, soy Clara. Perdone el alboroto. Somos gente ruidosa. Eche pie a tierra, señor. Sea bienvenido.

Hacía tanto tiempo que July no había hablado, salvo las pocas palabras que había cruzado con Cholo y sus desvaríos con Roscoe Brown, que la voz le salió quebrada.

—Gracias, no quisiera causarle molestias.

Clara se echó a reír:

—No me parece con suficientes fuerzas para molestar a nadie. Cultivamos nuestros propios problemas; será una novedad encontrarnos con alguno que no conozcamos. Estas son mis hijas, Sally y Betsey.

July hizo un gesto a las niñas y echó pie a tierra. Después de haber cabalgado, la pierna se le había puesto tiesa y tuvo que saltar hasta el porche. El niño seguía quejándose. La mujer le meció en sus brazos mientras contemplaba a July.

—Le mordió una serpiente —explicó Cholo.

—Supongo que me moví durante la noche y caí encima de ella —dijo July—. Ni siquiera la vi. Solo me desperté con la pierna amarilla.

—Bueno, si ha vivido todo este tiempo, me figuro que no tiene nada que temer —observó Clara—. Le alimentaremos. Es curioso la cantidad de gente enferma que ha llegado aquí últimamente. A veces pienso que deberíamos dejar el negocio de caballos y abrir un hospital. Venga, entre en la casa. Niñas, ponedle un cubierto.

El viejo le ayudó a subir los peldaños y a entrar en la gran cocina. Clara atizó el fuego, sosteniendo al niño en un brazo.

—Si quiere lavarse primero, las niñas le traerán agua —ofreció—. No he oído su nombre.

—Soy July Johnson. Vengo de Arkansas.

Clara casi soltó el atizador. Las niñas le habían contado que el hombrecito de la cara marcada había dicho que la mujer que iba con ellos estaba casada con un *sheriff* llamado Johnson, de Arkansas. No había dado mucho crédito a la historia; la mujer no le había parecido del tipo de las que se casan. Además el hombrecito había insinuado que el enorme cazador de búfalos se consideraba casado con ella. A las niñas les parecía muy excitante tener en casa a una mujer casada con dos hombres. Y por si esto no fuera bastante complicado, la propia mujer aseguraba estar casada con Dee Boot, el pistolero que ahorcaron la pasada semana. Cholo estaba en la ciudad cuando tuvo lugar la ejecución y la informó de que todo había ido como una seda.

Clara se fijó mejor en el hombre que tenía en la cocina. Era muy delgado y estaba como alucinado…, probablemente no acababa de creer que seguía vivo después de semejante viaje. Así se había sentido ella cuando llegó a Ogallala después de su viaje por el llano con Bob, y eso que ella no había sido mordida por ninguna serpiente ni había tenido ninguna aventura especial.

Pero si él estaba casado con aquella mujer, la criatura que babeaba sobre su pecho podría ser suya. Clara experimentó un ramalazo de contrariedad, sobre todo consigo misma. Ya se había encariñado con el niño. Le gustaba estar en la cama con él y verle cómo intentaba jugar con sus manitas. A veces estaba mucho rato mirándola, con el ceño fruncido, como si tratara de comprender la vida. Pero cuando Clara se reía y le tendía el dedo para que se agarrara, dejaba de estar ceñudo y gorjeaba feliz. Exceptuando el cólico, parecía un niño sano. Sabía que la madre seguía probablemente en Ogallala y que debería llevarle el niño y ver si la mujer había cambiado de idea y quería a su hijo. Pero lo iba posponiendo. Sería descorazonador tener que entregárselo. Se repetía que si la madre no lo quería lo bastante como para venir a buscarlo es que no valía para tenerlo. Se repetía que hacía tiempo que había perdido la costumbre de los niños. No iba a tener ninguno más y sabía que tendría que inventarse otro pasatiempo para distraerse. Pero le gustaban los niños. Pocas cosas podían animarla tanto como aquella.

Nunca creyó seriamente que apareciera el padre, y sin embargo a las tres semanas había aparecido uno que ahora estaba en su cocina, sucio, cansado y con una pierna en mal estado.

Clara atizó el fuego, tratando de adaptarse a la sorpresa. De repente se volvió y miró a July.

—Señor Johnson, ¿anda usted buscando a su esposa por casualidad? —le

preguntó.

July por poco se cae por la sorpresa:

—Sí, se llama Ellie, Elmira. ¿Cómo lo sabe?

Empezó a temblar. Clara se acercó, le cogió del brazo y le llevó a una silla. Las niñas estaban de pie en el umbral, observándolo todo.

—He estado buscándola todo este tiempo —respondió July—. Ni siquiera sabía que iba a pasar por aquí. No es una mujer grande; temía que pudiera haber muerto. ¿La ha visto usted?

—Sí. Hace unas tres semanas pasó aquí una noche en compañía de dos cazadores de búfalos.

A July le parecía un milagro que él y Ellie hubieran ido a dar con la misma casa en aquel inmenso llano. La mujer, que le observaba fijamente, pareció adivinar lo que pensaba.

—Recibimos muchos viajeros —continuó como si él no hubiera hablado—. Construir esta casa aquí fue una de las cosas más inteligentes que hizo mi marido. Cualquiera que llegue siguiendo el Platte puede necesitar un caballo, y nos encontrará. Estamos en el único camino. Si no nos hubiéramos instalado en este camino, hace tiempo que hubiéramos muerto de hambre.

—Me parece… —empezó July, pero no pudo continuar. Era lo único que había esperado, poderla encontrar algún día. Había arriesgado y perdido tres vidas para hacerlo, y aunque Ellie no estuviera precisamente allí, estaría en la ciudad. Empezó a temblar, y luego a llorar; no podía evitarlo. Después de todo sus deseos se habían cumplido.

Clara le alargó un trapo, en silencio. Miró enfurecida a las niñas hasta que se marcharon. Las siguió hasta la puerta trasera para dar tiempo al hombre a recobrarse.

—¿Por qué llora? —preguntó Betsey.

—Porque se ha desmoronado. Ha venido desde muy lejos y seguramente había pensado que no lo conseguiría —explicó Clara.

—Pero es un hombre —objetó Sally. Su padre, por lo que sabía, no había llorado nunca.

—Los hombres también llevan lágrimas dentro, lo mismo que tú. Ve a buscar agua. Le ofreceremos un baño.

Volvió a entrar. July aún no se había controlado del todo. Estaba demasiado abrumado por la sensación de alivio. El bebé, contento ahora, se mordía los deditos y la miraba. « Debería decírselo también al hombre» , pensó. Acercó una silla y se sentó a la mesa.

—Señor Johnson, tengo otra noticia para usted —empezó Clara. Miró al niño y después al hombre en busca de parecidos. Tenía la impresión de que sus frentes eran iguales y aunque el niño tenía poco pelo, lo poco que tenía era del mismo color que el de July. No era feo pero estaba sucio y demacrado por el viaje.

Tenía la intención de hacer que se afeitara cuando hubiera descansado para poder comparar sus rostros. Podía utilizar la navaja de Bob. Hacía una semana que la había afilado y que había afeitado a Bob.

July la contempló, entretenida con el niño. Las lágrimas le habían dejado vacío, pero su gratitud hacia la mujer por estar allí y tratarle con bondad era tan grande que temía volver a llorar si trataba de hablar. La mujer le parecía demasiado hermosa y demasiado buena para ser de verdad. Era obvio que no era muy joven. Tenía finas arrugas junto a la boca, pero su tez era todavía suave y su rostro, mientras sacudía la manita del niño con su dedo, era muy hermoso. La idea de recibir otra noticia le inquietaba un poco; probablemente uno de los compañeros de Elmira habría robado algo y cometido algún desaguisado.

—Si aquella mujer era su esposa, creo que este niño es suyo —le anunció Clara—. Lo tuvo la noche que pasó aquí. Después se fue. Estaba impaciente por llegar a la ciudad. No creo que se diera cuenta de lo precioso que es el niño. Todos los de aquí nos encariñamos con él desde el primer momento.

July aún no había mirado realmente al niño. Había supuesto que pertenecía a Clara…, había dicho que se llamaba Clara. Le observaba con sus bellos ojos grises. Pero lo que le decía le pareció tan inverosímil que no podía creerlo. Elmira no le había dicho nada de que quisiera un niño, de que se propusiera tener uno ni de nada por el estilo. Pero él estaba tan cansado que apenas podía mantenerse sentado, representaba un misterio más. A lo mejor eso explicaba por qué Elmira había huido, aunque no se lo explicaba a él. En cuanto al pequeñín retozando en el regazo de Clara, no sabía qué pensar. La noción de que tenía un hijo era algo demasiado grande. La idea le hacía sentirse perdido de nuevo, como se sintió perdido en los llanos.

Clara vio que de momento era algo con lo que no podía enfrentarse.

—Lo siento, señor Johnson —exclamó levantándose inmediatamente—. Debería estar guisando en lugar de preocuparle con cosas que está demasiado cansado para entender. Coma y luego descanse. El niño no va a marcharse…, podemos hablarlo mañana.

July no contestó, pero se sentía remiso. Clara no solo se molestaba en darle de comer sino que además se ocupaba de un niño que podía ser suyo. Intentó pensar en cosas que podría hacer o decir, pero no se le ocurrió nada. Clara se dedicó alegremente a la cocina con el niño en brazos la mayor parte del tiempo, dejándolo encima de la mesa cuando necesitaba utilizar las dos manos.

—Cójalo si ve que empieza a rodar; es lo único que le pido —le dijo.

Le sirvió un bisté con patatas y guisantes. July creyó que estaría demasiado cansado para comer, pero el olor de la comida le devolvió el apetito y se lo comió todo.

—Hice que Bob me colocara una mampara contra el viento —explicó—. Durante diez o doce años vi cómo el viento me arrasaba todo y al final me cansé.

July la miró inquisitivo.

—Bob es mi marido. Está enfermo. No confiamos demasiado en su curación.

Había calentado y colado un poco de leche y mientras July comía se la dio al pequeño, utilizando una gran tetilla de goma adaptada a un tarro de compota.

—Utilizamos este pezón para los potrillos. A veces las yeguas tardan en tener leche. Es una suerte que el chico tenga la boca grande.

El niño chupaba glotonamente de aquel pezón enorme, según le pareció a July.

—Le estoy llamando Martin —explicó Clara—. Como es suyo, a lo mejor quiere cambiarle el nombre. Aunque creo que Martin está bien para un hombre. Un hombre que se llame Martin puede ser un juez o quizá dedicarse a la política. A las niñas también les gusta el nombre.

—No creo que sea mío. Ellie nunca mencionó nada de esto.

Clara se echó a reír.

—¿Cuánto tiempo llevaban casados? —le preguntó.

—Unos seis meses, cuando se fue.

—Entonces eran recién casados… A lo mejor estaba disgustada con usted y decidió no decírselo.

—Tenía otro hijo, Joe. Vino conmigo cuando salí en busca de Jake Spoon. Solo que a Joe lo mataron en los llanos. Ellie aún no lo sabe.

—¿Ha dicho Jake Spoon? —preguntó Clara—. Conozco a Jake. Me cortejó de joven. Le vi en Ogallala hará cosa de un año pero no gusté a la mujer que iba con él y hablamos poco. ¿Por qué anda tras de Jake?

July apenas podía recordarlo; parecía como si hubiera ocurrido hacía mucho tiempo.

—Jake estaba jugando a las cartas y se inició una pelea. Jake disparó un arma de cazar búfalos y la bala atravesó la pared y mató a mi hermano. A la sazón yo no estaba en la ciudad. Peach, mi cuñada, quiso que fuera tras de Jake. Ojalá no lo hubiera hecho.

—A mí me parece accidental —dijo Clara—. Aunque sé que no es un consuelo para la familia. Jake no era un asesino.

—Bueno, en todo caso no lo encontré. Elmira huyó y Roscoe vino a decírmelo. Ahora Roscoe también está muerto. No creo que pueda ser mi hijo.

Clara aún seguía estudiando las dos caras, la pequeña y la otra, demacrada, cansada. Le interesaba lo que pasaba de padre a hijo.

—¿Cuándo escapó su esposa?

—Debe de hacer cuatro meses. Mucho tiempo —comentó July.

Clara se echó a reír.

—Señor Johnson, no creo que la aritmética sea su fuerte. Creo que lo que está usted viendo es el joven señor Johnson. Estaba casi segura incluso sin las fechas, pero con las fechas todo encaja.

July no sabía qué decir. Clara parecía encantada con su deducción, pero él no sentía nada. Estaba desconcertado.

—Creo que soy terrible —observó Clara—. Cualquier visita me afecta. No debería darle la lata estando tan cansado. Las niñas han ido a por agua. Tome un baño. Puede dormir en la habitación de ellas, hay una buena cama.

Más tarde, después de que se hubo bañado y sumido en un sueño tan profundo que no cambió de postura en muchas horas, Clara entró con el niño y contempló a July. No se había afeitado pero por lo menos se había lavado. Limpio parecía muy joven, solo unos años mayor que su hijo mayor, si hubiera vivido.

Después pasó un momento para ver a Bob. Un humor feo había manchado la almohada. Le habían quitado los puntos de la cabeza, pero la herida, por debajo, parecía caliente. Podría tratarse de una nueva infección. Clara se la limpió lo mejor que pudo y sacó al niño al pequeño porche.

—Bueno, Martin, apareció tu padre —y sonrió al niño—. Es bueno tener una casa en el camino. Me pregunto qué pensará tu padre de nosotros cuando esté en sus cabales.

El niño agitó las manitas al aire tibio. Abajo, en los corrales, las niñas miraban cómo Cholo trabajaba con una yegua de dos años.

Clara miró al niño y le alargó el dedo.

—No nos importa demasiado lo que tu padre piense de nosotros, ¿verdad, Martin? —le murmuró—. Ya sabemos lo que nosotros pensamos de él.

78

Lorena estaba sentada en su tienda cuando llegó Gus. Había estado allí sentada, esperando que no estuviera muerto. El miedo que tenía a que Gus pudiera morir era irracional. Solo había estado tres días fuera, pero a ella le parecían más. Los vaqueros no la molestaban pero de todos modos estaba inquieta. Dish Boggett le montaba la tienda por la noche y se quedaba cerca, pero no significaba nada para ella. Gus era el único hombre que quería que se ocupara de ella.

Entonces, antes de que fuera completamente de noche, oyó caballos y vio que Gus cabalgaba hacia ella. Estaba tan contenta que quería correr a su encuentro, pero Dish Boggett estaba cerca, arreglando los pies de su caballo, así que no se movió.

—Está muy bien, Gus —le informó Dish cuando Gus desmontó—. La he cuidado lo mejor que he podido.

—Te estoy muy agradecido —respondió Augustus.

—Casi no quiere ni mirarme —explicó Dish.

Lo dijo tranquilamente, pero no lo sentía así. La indiferencia de Lorena le dolía más que cualquier otra cosa que hubiera sufrido jamás. Luego preguntó:

—¿Cogisteis a los cuatreros?

—Sí, pero después de que hubieran asesinado a Wilbarger y a otras cuatro personas.

—¿Los ahorcasteis?

—Sí, incluyendo a Jake Spoon.

—¿A Jake? —exclamó Dish impresionado—. No me gustaba el tipo, pero nunca creí que fuera un asesino.

—No era un asesino —comentó Augustus—. A Jake le gustaban las bromas y no le gustaba trabajar. Yo tengo las mismas debilidades. Es una suerte que no me hayan ahorcado.

Quitó la silla a su agotado caballo. El caballo se revolcó en el suelo, rascándose el sudado lomo.

—¿Cómo estás, señorita? —saludó Augustus abriendo la tienda—. Abrázame.

Lorena lo hizo. Que se lo pidiera de aquella forma la hizo ruborizarse. Augustus siguió reclamando:

—Si los abrazos se consiguen solo con pedirlos, ¿qué me dices de los besos?

Lorena alzó el rostro. El roce de su bigote le produjo ganas de llorar y se abrazó a él con todas sus fuerzas.

—Me arrepiento de no haber traído una bañera en este viaje —dijo Augustus riendo—. Estoy tan sucio que es como besar una marmota.

Después se fue donde cocinaban y trajo algo de cena. Comieron delante de la tienda. A lo lejos se oía cantar al irlandés. Gus le contó lo de Jake, pero Lorena no se inmutó. Jake no había ido en su busca. Durante días esperó inútilmente que lo hiciera, pero al final murió su esperanza y también su recuerdo. Cuando Gus le habló de él fue como si lo hiciera de un hombre que no hubiera conocido. Recordaba en cambio a Xavier Wanz. A veces soñaba con Xavier, con el trapo de secar vasos, en el « Dry Bean» . Recordaba cómo había llorado la mañana que ella se marchó, cómo le había ofrecido llevarla a Galveston.

Pero no recordaba especialmente a Jake. Se había esfumado entre los otros hombres que habían ido y venido. Tenía un pincho en la mano, esto lo recordaba, pero poco más. No le importaba demasiado que hubiera muerto. No era un hombre bueno como Gus.

Lo que la asustaba eran todas las muertes. Ahora que había encontrado a Gus la asustaba pensar que podía morir. No quería estar sin él. Sin embargo, aquella misma noche soñó que él había muerto y que no podía encontrar su cuerpo. Cuando salió del sueño y le oyó respirar, se abrazó a él con tal fuerza que le despertó. Hacía mucho calor y su abrazo les hacía sudar.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó Augustus.

—He soñado que habías muerto. Siento haberte despertado.

Augustus se incorporó:

—Tranquilízate. En todo caso debo salir a regar la hierba.

Salió, orinó, y permaneció un rato a la luz de la luna, refrescándose. La brisa no llegaba a la tienda, y Lorena también salió.

—Es una suerte que la hierba no confíe en mi riego —comentó Augustus—. Hay mucha más de la que yo puedo regar.

Estaban en una llanura de hierba tan grande que era difícil imaginar que hubiera un mundo más allá. El rebaño y ellos eran como puntos rodeados de infinita hierba. Lorena había terminado amando los espacios abiertos… Era un alivio después de tantos años encerrada en un pequeño *saloon*.

Gus miraba a la luna y se rascaba.

—Sigo pensando en que veremos montañas —dijo—. Yo crecí en las montañas, ¿sabes? En Tennessee. He oído decir que las Rocosas son mucho más altas que las Smokies y que tienen nieve en la cima todo el año, cosa que no sucede en Tennessee. —Se sentó en la hierba y añadió—: Sentémonos. Podemos dormir por la mañana. Call se escandalizará.

—¿Por qué se va por las noches? —preguntó Lorena.

—Se va para estar solo. Woodrow no es un hombre sociable.

Lorena recordó su otra preocupación, la mujer en Nebraska.

—¿Cuándo llegaremos, Gus? Me refiero a Nebraska.

—No estoy seguro. Nebraska está al norte del río Republican, que todavía no hemos encontrado. A lo mejor aún tardamos tres semanas.

Lorena sentía un miedo del que no podía librarse. Podía perderle con aquella mujer. El extraño temblor volvió a empezar, no podía controlarlo. Gus la rodeó con sus brazos para que cesara.

—Es natural que te preocupes —le dijo—. Esta es una vida arriesgada. Pero ¿qué es lo que más te preocupa?

—Tengo miedo de que te mueras.

Augustus se echó a reír.

—Pues claro que me moriré. ¿Y qué más te preocupa?

—Me asusta que te cases con aquella mujer.

—Lo dudo —respondió Augustus—. Esa mujer tuvo dos o tres oportunidades de casarse conmigo y no las aprovechó. Es un ser independiente, como solías ser tú.

« Y así era» , pensó Lorena. Había sido muy independiente, pero ahora en lo único que pensaba era en conservar a Gus. Y no le daba vergüenza. Valía la pena conservarle.

—Es curioso cómo a los humanos le gusta la luz del día —observó Gus—. Muchos animales prefieren trabajar de noche.

Lorena quería que la deseara. Sabía que la deseaba, pero no hacía nada. No es que le importara mucho, pero si pudiera estar segura de que él todavía la deseaba, entonces el temor de perderle se disiparía.

—Entremos —dijo en voz baja, confiando en que entendiera lo que quería decir.

Gus se volvió inmediatamente a ella con una sonrisa.

—¡Vaya, vaya, cómo cambian los tiempos! —observó—. Me acuerdo de cuando tenía que hacer trampas con las cartas para conseguirte. No tenemos por qué entrar en esa vieja y calurosa tienda. Sacaré las mantas aquí afuera.

A Lorena no le importaba lo que los vaqueros pudieran ver. Gus era su única preocupación. El resto del mundo podía mirar. Pero Gus la abrazó simplemente y la besó. Luego la mantuvo abrazada el resto de la noche, y cuando el sol la despertó el rebaño ya se había ido.

—¿Crees que nos habrá visto alguien? —preguntó a Gus.

—Si nos han visto han tenido suerte. No tendrán muchas oportunidades de ver a bellezas como nosotros.

Se echó a reír y se levantó para preparar el café.

79

Newt no podía quitarse a Jake de la cabeza. Recordaba la sonrisa que le había dirigido al final y el regalo del caballo. Montaba el caballo cada tres días y le gustaba tanto su paso que pronto fue su favorito. Jake no le había dicho cómo se llamaba el caballo y esto le preocupaba. Un caballo necesita un nombre.

La ejecución de Jake había ocurrido con tal rapidez que era difícil recordarla. Era como un sueño terrible, del que solo se recuerdan fragmentos. Recordó la impresión que le causó ver a Jake con las manos atadas a la espalda, sentado en su caballo y con la cuerda al cuello. Recordaba lo cansado que parecía Jake, incluso demasiado cansado para que le importara que fuera a ser ahorcado. Además, casi nadie hablaba. A Newt le parecía que debía de haberse discutido la ejecución. Jake podía haber tenido una buena excusa por estar allí, pero nadie se lo preguntó siquiera.

No solo nadie había hablado cuando le ahorcaron, sino que tampoco hablaron después. El capitán Call se mantuvo aislado, cabalgando lejos del rebaño todo el día y durmiendo apartado por la noche. El señor Gus venía detrás con Lorena y aparecía solo a las horas de las comidas. Deets no aparecía mucho por allí y cuando lo hacía estaba muy silencioso. Pasaba los días explorando por delante del ganado, que viajaba sin problemas. El toro tejano había asumido la dirección en cabeza, pasando a *Old Dog* todos los días y cediendo la cabecera solo para ir a husmear las colas de las vacas que le interesaban. No había perdido nada de su beligerancia. Dish, que cabalgaba a la cabeza, había llegado a odiarle más que Needle Nelson.

—No sé por qué no nos lo cargamos —comentó Dish—. Es solo cuestión de tiempo que nos mate a uno de nosotros.

—Si me mata, morirá conmigo —aseguró Needle sombrío.

Naturalmente, todos los hombres sentían curiosidad por lo de Jake. Hacían infinitas preguntas. El hecho de que quemara a los granjeros les desconcertaba.

—¿Creéis que intentaba hacer creer a la gente que lo habían hecho los indios? —preguntó Jasper.

—No, Dan Suggs lo hizo porque le dio la gana —explicó Pea Eye—. Y lo que es más, los ahorcó después de que ya estaban muertos. Les disparó, les ahorcó y después les prendió fuego.

—Debió ser un mal bicho ese Dan —dijo Jasper—. Le vi una vez. Tenía los ojos bizcos.

—Me alegro de que nunca me mirara con ellos, si este era su comportamiento con los blancos —observó Needle—. ¿Qué hacía Jake con una banda como esa?

—Si queréis conocer mi opinión, la puta que va con Gus fue la caída de Jake —declaró Bert Borum.

—Puedes guardarte tu opinión, si es así como piensas —cortó Dish. Era de lo más susceptible cuando se trataba de Lorena.

—Solo porque estés enamorado de una puta no quiere decir que yo no pueda expresar mi opinión —insistió Bert Borum.

—Puedes expresarla, y yo puedo hacer que te tragues los dientes —dijo Dish —. Lorie no convirtió a Jake en criminal.

Bert siempre había considerado que a Dish se le había dado el mejor puesto injustamente y no estaba dispuesto a soportar semejante insolencia por su parte. Se quitó la pistolera y Dish hizo lo mismo. Se prepararon pero no pasaron a darse puñetazos inmediatamente. Cada uno giró con cautela alrededor del otro, esperando un descuido… Su cautela provocó gran hilaridad entre los mirones.

—¡Mira cómo se mueven! —dijo Needle Nelson—. Yo había tenido un gallo de pelea que se enfrentaría con cada uno de ellos.

—A este paso llegará el invierno antes de que se den el primer golpe — comentó Jasper.

Dish saltó por fin sobre Bert, pero en lugar de boxear, los dos hombres se agarraron y no tardaron en rodar por el suelo, sin que ninguno de los dos consiguiera alguna ventaja. Call había visto a los hombres prepararse y galopó hacia ellos. Cuando llegó estaban en el suelo, rodando, ambos con la cara roja, pero sin lastimarse. Llevó a la *Mala Bestia* hasta ellos y al verle ambos pararon. Iba decidido a llamarles la atención, pero pensó que bastaba el hecho de que los otros estuvieran riendo por la ineficacia de su combate. En todo caso ambos eran rivales naturales en habilidad y era de esperar que reventaran en algún momento. Dio media vuelta y salió del campamento sin decirles ni una palabra.

Cuando le vio marcharse, a Newt se le encogió el corazón. El capitán cada vez le hablaba menos, al igual que a los demás. Newt sentía cada vez mayor necesidad de alguien con quien hablar de Jake. Había sido amigo del capitán y del señor Gus. No parecía justo que le mataran y enterraran, y que no se hablara más de él.

Fue por fin Deets el que le comprendió y ayudó. Deets era bueno recomponiendo cosas y una noche, mientras remendaba la rienda de Newt, dijo lo que pensaba.

—Me hubiera gustado que por lo menos le hubiéramos llevado a la cárcel.

—Le habrían ahorcado igualmente —contestó Deets—. Creo que prefirió que

lo hiciéramos nosotros.

—Ojalá no hubiéramos venido —se lamentó Newt—. Ya ha muerto demasiada gente. Creo que no hubiéramos debido matar a Jake. No fue un accidente. Y si no había matado a nadie, no fue justo —terminó Newt.

—Sí, pero estaban los caballos —observó Deets.

—Solo le gustaban los andadores. No se hubiera molestado en robar caballos siempre que tuviera uno para montar. El andar con ellos no le hacía cuatrero.

—Pero el capitán lo creía así. Y también el señor Gus.

—Ni siquiera hablaron con él —comentó Newt con amargura—. Lo ahorcaron sin más. Ni siquiera pareció que lo sintieran.

—Lo sintieron. Hablar no cambiará nada. Se ha ido, no pienses más en él. Ha ido a un lugar de paz. —Apoyó por un instante la mano sobre el hombro de Newt y terminó—: Tranquilízate. No pienses más en los durmientes.

« ¿Cómo dejar de hacerlo?» , se preguntó Newt. No era una cosa que pudiera olvidar. Pea Eye hablaba de ello como del tiempo, como algo natural que había ocurrido y terminado. Solo que para Newt no había terminado. Cada día surgiría en su mente y permanecería allí hasta que algo le distrajera.

Newt lo ignoraba, pero Call también vivía con el recuerdo constante de Jake Spoon. Pensar en ello le enfermaba. No podía concentrarse en el trabajo, y a menudo no contestaba cuando le hablaban. Quería que algo hiciera retroceder el tiempo hasta un punto en el que Jake pudiera ser salvado. Muchas veces, mentalmente, lograba salvar a Jake, por lo general haciendo que se quedara con el rebaño. Y a medida que el rebaño se acercaba al Republican, el pensamiento de Call retrocedía al Brazos, donde se había permitido a Jake que se perdiera.

De noche, solo, se reprochaba amargamente el tolerar esos pensamientos desatinados. Era como el asunto con Maggie, que Gus le reprochaba insistentemente. Su mente intentaba cambiar, enfocarlo de otro modo, pero estos también eran pensamientos sin sentido. Entre las cosas pensadas y las cosas dichas no había gran diferencia, y con Gus pasando todo su tiempo con la mujer, poco se decía. A veces Gus cabalgaba con él unos kilómetros, pero no hablaban de Jake Spoon. Bien mirado, había sido fácil. Recordaba otros ahorcados que habían sido más difíciles: una vez tuvieron que ahorcar a un muchacho por hacer algo que su padre le había ordenado.

Cuando divisaron el río Republican, Gus estaba con él. Visto a distancia, no parecía un gran río.

—En este se ahogó el chico Pumphrey, ¿verdad? —recordó Augustus—. Espero que no se quede con ninguno de nosotros, no somos un gran equipo.

—No sería así si tú trabajaras algo —afirmó Call—. ¿Vas a dejarla en Ogallala, o qué?

—¿Estás hablando de Lorie o de esta yegua que monto? —preguntó Augustus —. Si se trata de Lorie, no te morirías si la llamaras por su nombre.

—No creo que tenga importancia —comentó Call, aunque al decirlo se acordó de que sí le había importado a Maggie… Había querido oírle pronunciar su nombre.

—Tú tienes un nombre —prosiguió Augustus—. No te importa que la gente lo emplee, ¿verdad?

—No mucho —respondió Call.

—No, claro, me figuro que no. Estás tan seguro de que tienes razón que no te importa que la gente te hable o no. Me alegro de haber estado lo bastante equivocado para mantenerme en práctica.

—¿Y por qué necesitas la práctica de estar equivocado? —preguntó Call—. En mi opinión es algo que deberías tratar de evitar.

—No se puede evitar, hay que aprender a manejarlo. Si solo te enfrentas con tus propios errores una vez o dos en tu vida, puede resultar sumamente doloroso. Yo me enfrento con los míos todos los días. De este modo no suele ser peor que afeitarse en seco.

—En todo caso, espero que la dejes. Podríamos tropezar con los indios antes de llegar a Montana.

—Ya veremos. Me he encariñado con ella. No voy a dejarla a menos de que esté seguro de que queda en buenas manos.

—¿Te propones casarte?

—Podría hacer algo peor. En realidad lo he hecho peor dos veces. No obstante, el matrimonio es un gran paso y no lo hemos discutido.

—Claro, aún no has visto a la otra —dijo Call.

—La otra también tiene un nombre… Clara —le hizo notar Augustus—. Tú estás decidido a no utilizar nombres para las mujeres. Me sorprende que le pusieras nombre a tu yegua.

—La bautizó Pea Eye —alegó Call, y era verdad. Pea Eye le había puesto el nombre la primera vez que le mordió.

Aquella tarde cruzaron el Republican a nado sin perder un solo animal. Durante la cena, Jasper Fant estaba animado…, había ido acumulando un pánico irracional hacia el Republican y le parecía que una vez cruzado podía contar con vivir eternamente. Se sentía tan feliz que incluso se puso a bailar un baile improvisado.

—Has equivocado la profesión, Jasper —le dijo Augustus divertido por el espectáculo—. Deberías bailar en los burdeles…, podrías conseguir una o dos cosas que de otro modo no puedes permitirte.

—¿Cree que el capitán nos dejará ir a la ciudad cuando lleguemos a Nebraska? —preguntó Needle—. Parece que haya transcurrido mucho tiempo desde que vimos una.

—Si no nos deja, pienso casarme con una ternera —afirmó Bert.

Po Campo estaba sentado con la espalda apoyada a una rueda de la carreta,

agitando su pandereta.

—Tendremos tiempo seco —anunció.

—Magnífico —asintió Soupy—. Me mojé tanto en el Rojo que me durará para siempre.

—Es mejor estar mojado que seco —dijo Po Campo. Aunque habitualmente estaba alegre, ahora se mostraba de humor sombrío.

—No lo es si te ahogas —comentó Pea Eye.

—Cuando empieza la sequía no hay mucho que comer —dijo Po Campo.

Newt y los Rainey habían empezado a hablar de putas. El capitán les dejaría ir a la ciudad con los demás del equipo cuando llegaran a Ogallala. Lo desconcertante era cuánto podía costarles una puta. La charla alrededor de la carreta nunca era específica cuando se trataba de este tema. Los chicos Rainey sumaban pagas y calculaban si serían o no suficientes. Lo que complicaba la cuestión era que habían estado jugando a las cartas, a crédito, durante todo el viaje hacia el Norte. Los mayores habían hecho lo mismo, y las deudas eran complicadas. Cuando la llegada a Ogallala empezó a dominar por entero sus pensamientos, la cuestión del dinero se discutía constantemente, y muchas deudas se descontaron ante la promesa del dinero contante y sonante.

—¿Y si no nos pagan aquí? —preguntó una noche el pesimista Needle—. Firmamos para Montana; a lo mejor no cobramos nada en Nebraska.

—El capitán nos pagará —aseguró Dish. Pese a su amor por Lorena, la idea de ir a la ciudad le excitaba tanto como a los demás.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —preguntó Lippy—. A él le tiene sin cuidado que tengas o no una puta, Dish.

Esta idea chocó a todos por lo verosímil y provocó una preocupación general. Cuando cruzaron el Stinking Water la preocupación se había hecho tan opresiva que muchos no podían pensar en otra cosa. Finalmente, una delegación encabezada por Jasper tanteó a Augustus al respecto. Le rodearon una mañana cuando fue en busca del desayuno y le expusieron sus temores.

Augustus soltó la carcajada cuando comprendió lo que les preocupaba.

—¡Pero chiquillas! —les dijo—. Lo que queréis son orgías.

—No, lo que queremos son putas —saltó Jasper irritado—. Usted se ríe porque ya tiene a Lorie…

—Sí, pero lo que es bueno para mí no lo es necesariamente para los pobres de espíritu.

No obstante, al día siguiente transmitió la noticia de que todo el mundo cobraría medio sueldo en Ogallala. A Call no le entusiasmaba, pero los hombres habían trabajado bien y no podía oponerse a concederles un día en la ciudad.

Tan pronto como se enteraron de la disposición, se levantaron los ánimos de todos menos el de Po Campo, que continuó insistiendo que habría sequía.

80

Cuando por fin cedió la fiebre de Elmira, estaba tan débil que apenas podía mover la cabeza en la almohada. Lo primero que vio fue a Zwey mirando por la ventana de la casita del doctor. Estaba lloviendo, pero Zwey permanecía allí, metido en su abrigo de búfalo, contemplándola.

Al día siguiente seguía allí y al otro también. Quería llamarle por si tenía noticias de Dee, pero estaba demasiado débil. Su voz no era más que un susurro. El doctor que la atendía, un hombre bajito de barba roja, no parecía estar más sano que ella. Tosía tanto que a veces tenía que dejar la medicina de ella sobre la mesa por temor a derramarla. Su nombre era Patrick Arandel, y le temblaban las manos después de cada acceso de tos. Pero la había cuidado constantemente durante la primera semana, esperando todo el tiempo que se le muriera.

—Es tan leal como un perro —le murmuró cuando estuvo mejor para entender una conversación. Por un momento Ellie se le quedó mirando sin comprenderle. Se refería a Zwey, por supuesto.

—Ni siquiera conseguí que se fuera a comer —siguió diciéndole el médico—. Yo solo vivo de té, pero él es un hombre grande. El té no le mantendría en movimiento. Me preguntó mil veces si iba usted a vivir.

El médico se sentó en una sillita de madera junto a la cama y le iba dando la medicina a cucharadas.

—Es para reconstituirla —explicó—. Apenas tenía sangre cuando llegó aquí.

Elmira hubiera querido que hubiera una persiana para no ver a Zwey. Hacía horas que la miraba. Sentía sus ojos fijos en ella, pero estaba demasiado débil para volver la cabeza. Luke parecía haber desaparecido; por lo menos no venía nunca.

—¿Dónde está Dee? —preguntó con un hilo de voz. El médico no la oyó, pero casualmente observó que movía los labios. Tuvo que repetir la pregunta.

—¿Dee Boot? —murmuró.

—¿Se enteró de la historia? Le ahorcaron según lo previsto una semana después de que la trajeran aquí. Le enterraron en Boot Hill. Parece una broma, dado que se llamaba Boot. Mató a un niño de nueve años. Nadie va a echarle en falta por aquí.

Elmira cerró los ojos deseando estar muerta. A partir de entonces escupía la

medicina, dejando que le manchara el camisón que el médico le había proporcionado. Al principio no entendía nada.

—¿Tiene mareo? —le preguntó—. Es natural. Probaremos la sopa.

Probó la sopa y la escupió durante un día, pero estaba demasiado débil para resistirse al doctor, que casi era tan paciente como Zwey. La mantuvieron prisionera de su paciencia, cuando lo único que deseaba era morir. Dee se había ido, después de recorrer tan largo camino y de encontrarle. Odiaba a Zwey y a Luke por llevarla al doctor. Si no la hubieran llevado habría muerto. Lo último que deseaba era reponerse y tener que vivir, pero pasaban los días y el médico seguía sentado en su sillita, dándole la sopa, y Zwey la contemplaba por la ventana aunque ella no quería mirar.

Aun sin mirar, podía oler a Zwey. Era un verano caluroso y el médico dejaba la ventana abierta todo el día. Podía oír cómo pasaban los caballos por la calle y oler a Zwey, de pie ante la ventana, a pocos pasos de ella. Las moscas la molestaban. El médico le preguntó si quería que Zwey entrara, porque él se sentiría feliz solo con sentarse y apartarle las moscas, pero Elmira no contestó. Si Dee había muerto, ya no iba a volver a hablar.

Una noche se le ocurrió que podía pedir a Zwey que la matara. Él le daría una pistola, pero no creía tener suficiente fuerza para apretar el gatillo. Sería mejor pedirle que la matara él. Así se solucionaría todo y a Zwey no le harían gran cosa si les explicaba que la había matado a petición de ella.

Al pensar en una solución tan simple pareció tranquilizarse un poco… Sí, haría que Zwey la matara. Pero pasaron los días y no le pidió nada. Su mente seguía volviendo al punto de luz por donde había desaparecido la cara de Dee. Su cara se había esfumado al sol. No podía dejar de pensar en ello. Lo veía en sueños con tanta claridad que despertaba al son de los ronquidos de Zwey. Dormía al otro lado de la ventana, con la espalda apoyada en la pared de la casa. Sus ronquidos eran tan fuertes que cualquier persona hubiera creído que allí dormía un toro.

—¿Dónde está Luke? —le preguntó un día.

—Se fue a Santa Fe —respondió Zwey. Hacía un mes que no había hablado con él. Pensó que probablemente nunca jamás volvería a hacerlo—. Le contrataron unos tratantes —le explicó—. Recorrer tanto camino para volver a marcharse…

—Imagino que su hijo no sobrevivió —le dijo un día el doctor—. Tampoco lo esperaba, con usted tan enferma y en mitad de la pradera.

Elmira no contestó. Se acordó que le dolían los pechos y nada más. Se había olvidado del niño, de la mujer con las dos niñas, de la gran casa. Quizás el niño había muerto. Después se acordó de July, de Arkansas y de lo mucho que había olvidado. Y era una suerte que así fuera: solo le importaba Dee. Todo había pasado y bien pasado. Algún día le pediría a Zwey que le pegara un tiro y así no

tendría que pensar en nada más.

Pero lo fue retrasando y con el tiempo mejoró tanto que pudo andar. No iba lejos, solo hasta la puerta, o a buscar un orinal o a sacarlo de la habitación; el calor hacía insoportables los olores. Incluso Zwey se había despojado al fin del abrigo de búfalo. Estaba junto a la ventana, con una camisa vieja llena de agujeros por donde le salían los gruesos pelos del pecho.

El médico nunca le pidió dinero. Aunque había mejorado, no le pidió nada. Le oía toser a través de la pared y a veces le veía escupir en su pañuelo. Sus manos temblaban mucho y siempre olía a *whisky*. La intranquilizaba que no le pidiera dinero. Siempre había pagado lo que gastaba. Por fin se decidió a decírselo. Sabía que Zwey se pondría a trabajar y conseguiría dinero para ella si se lo pedía.

—Tendrá que decirme lo que le debo —le dijo, pero Patrick Arandel se limitó a sacudir la cabeza.

—Vine aquí para alejarme del dinero. Y lo conseguí. No es fácil alejarse del dinero.

Elmira no volvió a mencionarlo. Si quería cobrar ya lo diría. Ella lo había intentado.

Y un buen día, sin que nadie la avisara, se abrió la puerta de su cuarto y entró July. Zwey permanecía junto a la ventana. El rostro de July estaba más delgado.

—Te he encontrado, Ellie —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

Zwey vigilaba, pero debido a las sombras no sabía si él podía ver que July estaba llorando.

Elmira volvió la cabeza. No sabía qué hacer. Lamentaba sobre todo no haber pedido a Zwey que la matara. Ahora July la había encontrado. No había entrado del todo en la habitación, pero allí estaba, con la puerta entreabierta, esperando que ella le invitara a pasar.

No le pidió que entrara, no dijo nada. Le parecía que siempre tendría mala suerte, si había podido llegar de tan lejos a través de los llanos y encontrarla.

July se decidió por fin a entrar y cerró la puerta.

—El doctor dice que estás lo bastante fuerte para hablar —comentó, secándose los ojos con la manga—. Pero no tienes por qué hablar. Lo único que tienes que hacer es quedarte aquí tranquila y ponerte bien. No me quedaré mucho rato. Solo quería que supieras que he venido.

Elmira le miró una vez y después miró a la pared. « Eres un imbécil —pensó —. No debiste seguirme. Debiste decir a la gente que había muerto» .

—Tengo que darte una mala noticia —dijo July, y se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas—. Es muy mala y es por mi culpa. Mataron a Joe, a Roscoe y a una muchacha. Les mató un forajido. Tenía que haberme quedado con ellos, pero no sé si las cosas habrían sido distintas si lo hubiera hecho.

« En todo caso —pensó Elmira—, no estarías aquí contándomelo» .

La noticia sobre Joe no la conmovió. Nunca había pensado gran cosa de Joe. Había nacido cuando ella tenía otras cosas que la preocupaban y se había acostumbrado a despreocuparse de él. Pero le daba menos molestias que July. Por lo menos tenía el suficiente sentido común para comprender que no quería que la molestara y la dejaba en paz. Si estaba muerto, pues bueno. No le recordaba bien, no era hablador. Había tenido mala suerte en los llanos. Podía haberle sucedido a ella, ojalá hubiera sido así.

—Ellie, el niño es precioso —continuó July—. Ni siquiera sabía que fuera nuestro, fíjate qué curioso. Vi a Clara que lo sostenía en brazos y yo sin saber que era nuestro. Le ha llamado Martin, si no te parece mal. Ahora ya tenemos nuestra propia familia.

Tenía el corazón tan encogido que casi le fallaba la voz; Ellie no había vuelto la cabeza y solo había dado una momentánea impresión de reconocimiento. No había hablado. Quería pensar que era solo debido a la debilidad, pero sabía que era más que eso. No era feliz porque la hubiera encontrado. No le interesaba el niño, ni siquiera le importaba que Joe hubiera muerto. Desde la primera mirada de sorpresa, su rostro no había cambiado de expresión.

Y todo el tiempo, el hombretón con los agujeros en la camisa había permanecido silencioso junto a la ventana, mirándoles. July supuso que sería uno de los cazadores de búfalos. El doctor le había hablado bien del hombre, mencionando su gran lealtad hacia Elmira. Pero July no comprendía por qué seguía allí, y el corazón se le iba encogiendo porque Elmira no quería ni mirarle. También él había llegado de muy lejos. Pero ella no quería saber nada y él no creía que solo fuera porque estaba enferma.

—Te traeremos al niño cuando quieras —le ofreció July—. Puedo alquilar una habitación hasta que estés mejor. Es un niño muy fuerte. Clara dice que no le perjudicaría venir a verte. Tienen una pequeña carreta.

Elmira esperaba. Si no hablaba, tarde o temprano se marcharía.

A July le temblaba la voz. Estaba sentado en la silla donde habitualmente se sentaba el doctor, al lado de la cama. Le cogió un momento una de las manos. Zwey seguía mirando. July solo le sostuvo la mano un instante, luego la soltó y se puso en pie.

—Vendré a verte de vez en cuando, Ellie. Si me necesitas, el doctor mandará a buscarme.

Hizo una pausa. No sabía qué decir ante su silencio. Estaba sentada, apoyada en la almohada, silenciosa. Era casi como si estuviera muerta. Le recordaba aquellos tiempos en Arkansas, cuando se sentaba en el altillo como si estuviera con alguien ausente. Cuando Clara le dijo que estaba viva y en casa del médico en Ogallala, se había retirado detrás del cobertizo de los arreos y había llorado de alivio durante una hora. Después de tantas preocupaciones y dudas, la había encontrado.

Pero ahora se había desvanecido el alivio en un momento y se acordó de cómo era ella, de cómo nada que él hiciera le gustaba, ni siquiera que la hubiera encontrado en Ogallala. No sabía qué más decirle. Se había casado con él y sin embargo ahora no quería ni volver la cabeza para mirarle.

« Quizás es muy pronto» , pensó al salir vacilante y apenado de la casa del doctor. El hombretón seguía vigilando.

—No sabe cuánto le agradezco toda la ayuda que ha prestado a Ellie. Compensaré todos sus gastos —dijo al salir.

Zwey no dijo nada y July se alejó en busca de su caballo.

Ellie le vio pasar por delante de la ventana. Se levantó y le siguió con la mirada hasta perderle de vista. Zwey también lo miró.

—Zwey —dijo Elmira—. Trae la carreta. Quiero irme.

Zwey se quedó asombrado. Se había acostumbrado a verla en la cama en casa del médico. Le gustaba estar al sol, vigilándola. Estaba preciosa en la cama.

—¿Ya no estás enferma? —preguntó.

—No, trae la carreta. Quiero marcharme hoy.

—¿Y adónde quieres ir?

—Quiero irme, alejarme de aquí. No me importa dónde. A San Luis bastará.

—No conozco el camino a San Luis —objetó Zwey.

—Tú trae la carreta, ya encontraremos el camino. Me imagino que habrá un camino. —Los hombres la impacientaban. Eran terribles, haciendo siempre preguntas. Incluso Zwey preguntaba, y era un hombre que casi no hablaba.

Zwey hizo lo que se le ordenaba. El doctor no estaba porque había ido a visitar a un granjero que se había roto la cadera. Elmira pensó en dejarle una nota, pero no lo hizo. El doctor era listo, comprendería enseguida por qué se había ido. Y antes de que el sol se pusiera, abandonaron Ogallala en dirección este. Elmira iba en la carreta sobre una piel de búfalo. Zwey conducía. Su caballo estaba amarrado a la trasera del vehículo. Le había pedido que se la llevara y esto le llenaba de orgullo. Luke había tratado de confundirle pero ahora Luke no estaba y el hombre que había ido a visitar a Elmira se quedaba atrás. Le había pedido a él que se la llevara, no al otro hombre. Eso debía significar que estaban casados, tal como él esperaba. No le decía gran cosa, pero le había dicho que se la llevara, y eso le hacía sentirse feliz. La llevaría a cualquier parte que ella quisiera.

Lo único que le inquietaba era lo que el hombre de la cuadra le había dicho. Era un hombrecillo reseco, más pequeño que Luke. Le había preguntado hacia dónde iban y Zwey había señalado al Este…, sabía que San Luis estaba al Este.

—Lo mejor es que dejéis las cabelleras —dijo el hombre—. Que os las envíen por correo cuando lleguéis.

—¿Por qué? —preguntó Zwey desconcertado. Nunca había oído decir que alguien mandara la cabellera por correo.

—Por los sioux —contestó.

—En todo el camino desde Texas no hemos visto un solo indio —observó Zwey.

—Puede que tampoco veáis a los sioux. Pero ellos sí os verán. Estás loco llevándote una mujer hacia el Este.

Zwey se lo comentó a Elmira mientras la ayudaba a subir a la carreta.

—Puede que haya indios por allá.

—No me importa —replicó Elmira—. Vámonos.

Muchas noches, cuando venían de Texas, había permanecido despierta por miedo a los indios.

No habían visto ninguno, pero el terror persistió durante todo el camino hasta Nebraska. Había oído demasiadas historias.

Ahora no le importaba. La enfermedad la había cambiado…, esto y la muerte de Dee. Había perdido el miedo. Acamparon a pocos kilómetros de la ciudad. Permaneció despierta parte de la noche en la carreta. Zwey dormía en el suelo, roncando, con el rifle fuertemente sujeto entre las manos. Ella no durmió pero tampoco sintió miedo. Estaba nublado y los llanos aparecían muy oscuros. Cualquier cosa podía salir de la oscuridad: indios, bandidos, serpientes… El doctor había dicho que había panteras. Pero solo oía el viento moviendo la hierba. Su único temor era que July la siguiera. La había estado siguiendo desde Texas; podía volver a hacerlo. A lo mejor Zwey le mataría si les siguiera. Era extraño que July le disgustara tanto, pero así era. Si no la dejaba en paz, pediría a Zwey que le matara.

Zwey despertó temprano. El hombre de la cuadra le había dejado inquieto. Había estado en tres peleas con indios pero dos de las veces había varios hombres con él. Ahora sería él quien tendría que pelear solo, si llegaba el momento. Ojalá Luke no hubiera tenido tanta prisa por irse a Santa Fe. Luke no siempre se comportaba bien, pero era un gran tirador. El hombre de la cuadra parecía como si les diera por muertos. Pero no estaban muertos, aunque Zwey seguía muy preocupado. Creía que a lo mejor no había explicado bien la situación a Ellie.

—No dejo de pensar en los sioux de Ogallala —dijo asomando la cabeza por la carreta. Era una mañana tibia y Ellie se había quitado las mantas—. El viejo dijo que el Ejército los había soliviantado.

—La que se va a soliviantar voy a ser yo si no dejas de hablarme de indios —protestó Elmira—. Te lo dije ayer. Quiero estar muy lejos antes de que July vuelva a aparecer por la ciudad.

Al hablar sus ojos lanzaban destellos, como antes de enfermar. Avergonzado por haberla hecho enfadar, Zwey empezó a atizar el fuego por debajo de la cafetera.

81

Cuando July regresó de la ciudad volvía tan abatido que no podía hablar. Clara le había pedido que le hiciera unos cuantos encargos, pero la visita a Elmira le había turbado tanto que se le habían olvidado. Incluso después de volver al rancho no recordaba que se le hubiera hecho ningún encargo.

Clara se dio cuenta enseguida de que había sufrido un revés. Cuando le vio volver sin tan siquiera el correo a punto estuvo de decirle algo sobre su mala memoria. Ella y las niñas suspiraban por las revistas y catálogos que venían en el correo, y era decepcionante que alguien pasara junto a la oficina y no los recogiera. Pero July tenía un aspecto tan abatido que se abstuvo de decirle nada. A la hora de la cena, en la mesa, intentó varias veces sacarle una palabra, pero él estaba allí sentado, sin apenas tocar la comida. Desde que llegó de los llanos estaba siempre muerto de hambre, así que se tratara de lo que se tratara debía ser muy serio.

Sabía que era un hombre que agradecía cualquier amabilidad; había tenido todo tipo de amabilidades para con él, y ahora, volvió a ser amable permaneciendo en silencio y dándole tiempo a superar lo que le había ocurrido en la ciudad. Pero había algo en su actitud abatida y silenciosa que la irritaba.

—Todo parece triste —observó Betsey. Betsey era rápida en notar los cambios de humor.

—Sí —contestó Clara. Sostenía al niño que parloteaba y se chupaba el puño. Es una suerte que tengamos a Martin. Es el único hombre que todavía puede hablar.

—No habla —la contradijo Sally—. Esto no es hablar.

—Bueno, pero por lo menos suena —observó Clara.

—Creo que eres injusta —le reprochó Sally. Era rápida atacando, tanto a su madre como a su hermana—. Papá está enfermo, si no hablaría.

—Está bien, retiro lo dicho —contemporizó Clara. Pero recordaba millares de comidas en las que Bob no había abierto la boca.

—Pienso que eres injusta —insistió Sally, que no estaba satisfecha.

—Sí, y tú eres como yo —saltó Clara, mirando a su hija.

July se dio cuenta de que todo aquello tenía que ver con él, pero no acertaba a centrar su mente. Llevó su plato a la fregadera y dio las gracias a Clara por la

comida. Luego salió al porche delantero, agradecido de que fuera una noche oscura. Sentía que iba a llorar. Era desconcertante; no sabía qué hacer. Nunca había oído hablar de una esposa que hiciera alguna de las cosas que había hecho Elmira. Se sentó en los peldaños del porche, más triste y desconcertado que aquella noche cuando al regresar junto al río se encontró con los tres cadáveres. No tenía nada que ver con la muerte, Elmira estaba viva. Tenía que hacer algo, pero no sabía qué.

Las niñas salieron y parlotearon detrás de él por unos instantes, pero ni se fijó. Tenía dolor de cabeza y pensó que debería echarse, aunque cuando se echaba el dolor de cabeza solía aumentarle y era peor.

Clara salió con el niño en brazos y se sentó en una mecedora.

—No parece que se encuentre bien, señor Johnson —le dijo.

—Llámeme July.

—Lo prefiero, pero entonces, deje de llamarme señora. Creo que ya nos conocemos lo bastante como para llamarnos por nuestros nombres.

July no creía conocerla bien, pero se lo calló. No creía conocer a ninguna mujer.

—Necesito pedirle un favor. ¿Podría ayudarme a dar la vuelta a mi marido, o se encuentra muy mal?

Por supuesto que la ayudaría. Ya la había ayudado otras veces a mover al marido. El pobre había perdido tanto peso que July lo levantaba sin dificultad mientras Clara cambiaba las sábanas. La primera vez le angustió mucho porque el hombre nunca cerraba los ojos. Aquella noche le preocupó que pudiera pensar que otro hombre estaba con su mujer. Clara le advertía cuando él iba demasiado despacio. July se preguntaba si el hombre podría oír y lo que pensaría en el caso de que oyera.

Clara le entregó una linterna y entraron juntos. Dejó al pequeño con las niñas, por un momento. Clara se detuvo ante la puerta del dormitorio y escuchó antes de entrar.

—Cada vez que vengo pienso que ha dejado de respirar —observó—. Por eso siempre me paro y escucho.

Pero el hombre respiraba. July le levantó y Clara quitó las sábanas.

—Maldita sea, se me ha olvidado el agua —exclamó yendo hacia la puerta —. Sally, súbeme un cubo —le gritó, y al poco rato la niña subió con el cubo de agua.

—Betsey va a dejar caer al niño de la cama —anunció—. No sabe sostenerlo.

—Bueno, pues que aprenda. Y dejad de pelear por el niño.

July se sentía avergonzado sosteniendo al enfermo, desnudo, mientras Clara le limpiaba con la esponja y agua tibia. No le pareció decente. Clara intuyó lo que pensaba y se apresuró a terminar de hacer la cama.

—Es simple trabajo de enfermera, señor Johnson —le explicó—. Intenté tenerle vestido, pero fue inútil. El pobre no puede controlarse. —Calló de pronto y le miró diciendo—: Se me olvidaba que tengo que llamarle July.

A July no le importaba que le llamara de una manera o de otra. Le dolía tanto la cabeza que apenas podía bajar la escalera. Al llegar abajo tropezó con la puerta que allí había. El bebé berreaba.

Clara se disponía a comprobar lo que le pasaba al niño, pero cuando July se dio contra la puerta cambió de idea. Él salió al porche y se dejó caer sobre los peldaños como si las fuerzas le abandonaran. Clara se inclinó y le apoyó la palma de la mano en la frente. Esto le hizo saltar como si le hubiera golpeado.

—Válgame Dios, es tan tímido como un potro. Pensaba que tendría fiebre, pero veo que por ahora no.

—Es la cabeza —se quejó July.

—Entonces necesita una compresa fría.

Clara volvió a entrar en la casa, buscó un trapo y un poco de agua. Y le bañó la frente y las sienes. Tuvo que admitir que el agua fresca le aliviaba.

—Gracias —murmuró.

—Oh, no tiene que darme las gracias. No soy una gran enfermera. Es uno de mis fallos. Soy demasiado impaciente. Doy una o dos semanas de margen a las personas y luego, si no mejoran, prefiero que se mueran. Los niños, no. No soy tan dura con los niños. Prefiero que estén cinco años enfermos a perder uno solo. Es que me he dado cuenta de que los cuidados no sirven de gran cosa. La gente se pone bien si puede, y si no se muere.

Guardaron silencio unos minutos.

—¿Encontró a su mujer? —preguntó Clara—. Ya sé que no es asunto mío, pero de todos modos se lo pregunto.

—Sí. Estaba en casa del médico.

—No debe haberse alegrado mucho de verle —comentó Clara.

July hubiera deseado que le dejara en paz. Le había acogido y alimentado, salvado a su mujer y cuidado al niño; no obstante, solo deseaba que le dejara en paz. Se sentía tan débil que de no estar apoyado en la barandilla habría rodado escalera abajo. No tenía nada que decir ni que ofrecer. Pero en Clara había algo incansable que no parecía ceder nunca. La cabeza le dolía de tal modo que se hubiera pegado un tiro. El niño berreaba arriba y ella seguía haciendo preguntas.

—Me imagino que sigue estando enferma. No dijo gran cosa —respondió July.

—¿Quería al niño?

—No dijo nada.

—¿Preguntó por él o dijo algo?

—No —confesó July—. Ni una palabra.

El niño había dejado de llorar. Oyeron un caballo chapoteando al salir del río;

Cholo llegaba tarde. Incluso sin luna pudieron ver su pelo blanco mientras trotaba en dirección a los corrales.

—July, ya sé que está cansado —insistió Clara—. Me figuro que tendrá el corazón destrozado, pero voy a decirle algo terrible. Yo solía ser muy tímida, pero Nebraska me ha hecho atrevida. No creo que esa mujer le quiera a usted ni al niño. No sé qué es lo que quiere, pero dejó a esa criatura sin mirarla siquiera.

—Debía de estar agotada y confusa —la excusó July—. Tuvo un viaje duro.

Clara suspiró.

—Tuvo un viaje duro, pero no estaba confusa. No todas las mujeres quieren a sus hijos, y muchas esposas tampoco quieren a los maridos con los que se han casado. Es el hijo de los dos. Pero no creo que lo quiera y si piensa cambiar de parecer, será mejor que lo haga cuanto antes.

July no entendió lo que le quería decir, aunque en realidad tampoco le importaba. Estaba demasiado destrozado para prestar atención.

—Me gustan los pequeños, lo mismo niños que caballos. Me encariño igual de deprisa. No tienen que ser necesariamente míos.

Hizo una pausa. Sabía que él deseaba que se callara de una vez, pero estaba determinada a decir lo que pensaba.

—Me estoy encariñando con Martin —prosiguió—. No es mío, pero ya no es de su esposa tampoco. Las cosas jóvenes se pertenecen a sí mismas. El que crezcan de una manera o de otra dependerá de quién se ha encariñado con ellas. Yo me quedaré con Martin si ella no lo quiere y usted tampoco.

—Pero su marido está enfermo —objetó July. ¿Por qué querría aquella mujer ocuparse de un niño cuando ya tenía dos niñas y un enorme negocio de caballos que atender?

—Mi marido se está muriendo. Pero muerto o vivo, yo aún puedo criar al niño.

—No sé qué hacer —dijo July—. Hace tanto tiempo que no he hecho nada bien que ni me acuerdo. No sé si volveré con Ellie a Fort Smith. A lo mejor ya han contratado a un nuevo *sheriff*.

—Encontrar trabajo no es problema. Le proporcionaré uno si lo desea. Cholo ha estado haciendo el trabajo de Bob y el suyo, y no puede aguantar eternamente.

—Yo siempre he vivido en Arkansas —observó July. Nunca se le había ocurrido pensar que podía vivir en otra parte.

—Váyase a la cama —le dijo Clara riendo—. Ya le he fastidiado bastante la noche.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, no parecía tener mejor aspecto ni se encontraba mejor. Apenas habló con las niñas, que le adoraban. Clara las mandó en busca de huevos para poder hablar unas palabras a solas con July.

—¿Comprendió lo que le dije anoche de ocuparme de Martin? —le preguntó.

July no había comprendido nada. Solo deseaba que se callara. No tenía la menor idea de lo que iba a hacer, ni la había tenido cuando salió de Fort Smith, meses atrás. En ciertos momentos solo deseaba volver a casa. Dejaría que Ellie se fuera si no quería seguir siendo su esposa. Que Clara se quedara con el niño, si tanto lo deseaba. En otro tiempo se había sentido competente haciendo de *sheriff*. Quizá si regresaba volvería a ser competente. Ignoraba cuánto tiempo podría soportar sentirse un fracasado.

—Si su esposa no quiere a Martin, ¿tiene usted madre o una hermana que quiera hacerse cargo de él? —preguntó Clara—. Lo que no quiero es tenerle un año o dos y después tener que cederle. Si tengo que entregarle, preferiría que fuera enseguida.

—No, mi madre ha muerto. Solo tengo hermanos.

—Yo he perdido tres chicos —explicó Clara—. No quiero perder otro por culpa de una mujer que no sabe lo que quiere.

—Se lo preguntaré. Volveré a verla dentro de uno o dos días. Quizá se sienta mejor.

Pero comprendió que no podría soportar la espera. Tenía que volver a verla, incluso aunque ella no quisiera mirarle. Por lo menos él sí la miraría ahora que al fin la había encontrado. Tal vez cambiaría si se mostraba paciente.

Cabalgó hacia la ciudad, pero cuando llegó a la casa del médico no encontró a nadie. La habitación de Ellie estaba vacía y al gigante no se le veía por ninguna parte.

Preguntando a unos y a otros encontró al doctor que estaba atendiendo un parto en una de las casas de putas.

—Se marchó —dijo el médico—. Ayer, al volver a casa, ya no estaba. No dejó ninguna nota.

—Pero estaba enferma —objetó July.

—No, solo se sentía desgraciada —explicó Patrick Arandel. Compadecía al joven. Cinco putas ociosas escuchaban la conversación mientras una de sus compañeras daba a luz en la habitación adyacente.

—Se quedó muy impresionada cuando ahorcaron a aquel asesino —continuó —. Eso y el parto casi la mataron. Yo creía que iba a morir; tenía una fiebre altísima. Es buena señal que se haya ido. Eso quiere decir que ha decidido vivir un poco más.

El viejo de la cuadra meneó la cabeza cuando July le preguntó qué camino habían tomado.

—El malo —le contestó—. Tendrán mucha suerte si no se encuentran con los sioux.

July estaba como loco. Ni siquiera se había traído el rifle a la ciudad, ni la manta, ni nada. Llevaban ya un día de ventaja, aunque viajaban en una carreta y

su desplazamiento tenía que ser forzosamente lento. Si tenía que volver al rancho a buscar sus cosas perdería medio día más. Se sintió tentado de seguirles con solo su pistola e incluso salió un trecho al Este, fuera de la ciudad. Pero solo veía los llanos inmensos, interminables. Una vez casi se lo habían tragado.

Volvió grupas y regresó galopando al rancho. Casi agotó al caballo, y al recordar que era un caballo prestado disminuyó la marcha. Cuando llegó a casa de Clara, iba al paso. Se le habían acabado las fuerzas y le dolía otra vez la cabeza. A duras penas pudo desensillar; en lugar de ir directamente a la casa, se sentó detrás del cobertizo de los arreos y se echó a llorar. ¿Por qué escapaba siempre? ¿Y él qué podía hacer? ¿Ignoraba Ellie que había indios? Le pareció que tendría que perseguirla toda la vida, pero encontrarla no servía de nada.

Al levantarse vio a Clara. Volvía del huerto con una cesta de verduras. Hacía calor y se había remangado las mangas del traje. Sus brazos eran delgados, pero fuertes, como si fueran totalmente de hueso.

—¿Se ha ido? —preguntó Clara.

July asintió con la cabeza. No tenía ganas de hablar.

—Venga a ayudarme a desenvainar el maíz. Los elotes están casi terminados. Me gustan tanto durante el invierno, que me los comería por docenas.

Siguió caminando hacia la casa, cargada con la pesada cesta de hortalizas. Al no oír los pasos de July se volvió a mirarle. July se secó el rostro y la siguió a la casa.

82

A la mañana siguiente, cuando consiguió levantarse, July entró en la cocina donde Cholo estaba afilando un cuchillo de hoja muy fina. El niño estaba encima de la mesa con las piernas al aire. Clara, con un sombrero de hombre en la cabeza, daba instrucciones a las dos niñas.

—No le deis de comer solo porque llora. Dadle de comer cuando sea su hora.

Miró a July, que se sintió turbado. No estaba enfermo, pero se sentía tan débil como si hubiera sufrido un febrón importante. Sobre la mesa había un plato con huevos fríos y un poco de tocino; su desayuno sin duda. Ser el último en levantarse le pesaba como una losa.

Cholo se enderezó. Era obvio que él y Clara tenían un trabajo en perspectiva. July sabía que debía ofrecerse para ayudar, pero sus piernas apenas le llevaron hasta la mesa. No lo entendía. Hacía tiempo que había superado su ictericia, y sin embargo estaba sin fuerzas.

—Tenemos que castrar unos caballos —comentó Clara—. Lo hemos ido retrasando con la esperanza de que Bob se repondría.

—Odio que hagas esto —exclamó Sally.

—Lo odiarías mucho más si tuviéramos una manada de caballos enteros corriendo por aquí. Uno de ellos podría abrirte la cabeza como hizo el mustang que rompió la de tu padre.

Se detuvo un momento junto a la mesa para hacer cosquillas en uno de los piececitos del niño.

—Quisiera ayudarles —ofreció July.

—No me parece que esté muy en forma —observó Clara.

—No estoy enfermo. Seguramente he dormido demasiado.

—No se preocupe. Quédese y hable con las niñas. Es un trabajo más duro que el castrar caballos.

A July le gustaban las niñas, aunque no había hablado mucho con ellas. Le parecían encantadoras, siempre moviéndose. Sobre todo peleaban por ver quién tenía que cuidar al niño.

Cuando Clara y Cholo hubieron salido, July tomó su desayuno despacio y se sintió culpable. Luego recordó lo que había ocurrido… Ellie se había ido a territorio indio. Tenía que salir tras ella en cuanto desayunara. El niño, que aún

seguía encima de la mesa, le dedicó un gorgoteo. July apenas le había mirado, aunque le pareció que era un buen niño. Clara lo quería y las niñas se peleaban por él. No obstante, Ellie lo había abandonado. Pensar en ello le confundía aún más.

Después de desayunar cogió su rifle, pero en lugar de marcharse, se fue hacia los corrales. De vez en cuando oía el grito de un caballo joven. Al caminar no se sentía tan débil y se dijo que debería tratar de ayudar en algo… Más tarde iría en busca de Ellie.

Hacía calor y los caballos jóvenes levantaban polvo en los cercados. Vio con asombro que Clara era la que cortaba mientras el viejo Cholo sostenía las cuerdas. Era un trabajo duro; los caballos eran fuertes y se necesitaba otro hombre. July saltó rápidamente las vallas y ayudó al viejo a mantener las patas de un joven bayo recalcitrante.

Clara descansó un instante, secándose el sudor de la frente con el faldón de la camisa. Tenía las manos llenas de sangre.

—¿No deberíamos hacerlo uno de nosotros? —preguntó July.

—No —contestó Cholo—. Ella lo hace mejor.

—Bob me enseñó. Cuando llegamos aquí no teníamos a nadie que nos ayudara. Yo no era lo bastante fuerte para aguantar los caballos, así que me tocó el trabajo más sucio.

Castraron a quince caballos jóvenes y los dejaron en un cercado donde se les podía vigilar. July ya no se sentía débil, pero le maravillaba lo mucho y duro que Clara y el viejo trabajaban. No pararon para descansar hasta que terminaron el trabajo, y para entonces estaban empapados de sudor. Clara se limpió la sangre de manos y brazos en el abrevadero e inmediatamente se dirigió a la casa.

—Confío en que las niñas hayan hecho la comida. Estoy muerta de hambre.

—¿Sabe algo sobre la situación india? —preguntó July.

—Conozco a Red Cloud —contestó Clara—. Bob fue muy bueno con él. Un invierno muy duro que pasamos cuatro años atrás, los indios vivieron de nuestros caballos; no podían encontrar búfalos.

—He oído decir que son peligrosos —insistió July.

—Sí. Red Cloud está harto. Bob les trató muy bien y nunca hemos tenido nada que temer de ellos. De jovencita tuve más miedo. Los comanches llegaban hasta Austin y se llevaban a los niños. Yo siempre soñaba que me raptaban y que tenía niños de piel roja.

July nunca se había sentido tan indeciso. Tenía que irse, pero no se iba. Aunque había trabajado duro, no tenía apetito y después de la comida pasó más tiempo del necesario limpiando su rifle.

Cuando terminó, apoyó el arma en la baranda del porche diciéndose que iba a ponerse en pie y marcharse. Pero antes de que pudiera ponerse en pie, Clara salió al porche y le puso el niño en los brazos. Prácticamente le dejó caer en su

regazo, un acto que July encontró muy imprudente. Tuvo que cogerlo a tiempo.

—Es una buena señal —comentó Clara—. Por lo menos sabría cogerlo si alguien lo tiraba desde un tejado.

El niño contempló a July con los ojos muy abiertos, tan sorprendido como él. July miró a Clara, que parecía indignada.

—Creo que ya va siendo hora de que lo mire. Es su hijo. Incluso podría encariñarse con usted, en cuyo caso le proporcionaría más felicidad de la que jamás le dará esa mujer. Además le necesita mucho más que ella.

July tenía miedo de hacer daño al niño. También estaba algo temeroso de Clara.

—Yo no entiendo nada de niños —se excusó.

—Claro. Ni tampoco ha vivido en ninguna otra parte más que en Arkansas. Pero ni es estúpido ni está amarrado a nada. Puede vivir en otra parte y puede aprender a entender a los niños. Gente más tonta que usted lo ha hecho.

July se sintió de nuevo abrumado por el espíritu incansable de Clara. Ellie podía no mirarle, pero tampoco le perseguía incesantemente con palabras como hacía Clara.

—Quédese aquí —le dijo—. ¿Me oye? ¡Quédese aquí! Martin necesita un padre y yo un hombre fuerte. Si va arrastrándose tras esa mujer o le matarán los indios, o lo hará ese cazador de búfalos, o se perderá y morirá de hambre. Es un milagro que haya podido llegar tan lejos. No conoce los llanos ni creo que conozca a su mujer. ¿Cuánto tiempo la conoció antes de casarse?

July trató de recordar. El juicio en Missouri había durado tres días, y él había conocido a Ellie una semana antes.

—Creo que dos semanas —contestó.

—Eso es muy poco tiempo para conocerse. El hombre más inteligente del mundo no puede saber mucho de una mujer en dos semanas —concluyó Clara.

—Bueno, ella entonces quería casarse —confesó July. Era lo único que podía recordar. Ellie había dejado bien claro que quería casarse.

—Esto podía ser otro modo de decir que quería cambiar de aires —comentó Clara—. La gente a veces ansía dejar lo que está haciendo. Quieren probar otra cosa. Yo también lo hago. La mitad del tiempo siento ganas de coger a estas niñas y marcharme a vivir con ellas a casa de mi tía en Richmond, Virginia.

—¿Y qué haría allí? —preguntó July.

—Quizás escribiría libros. Siempre he querido intentarlo. Pero de pronto amanece una mañana preciosa y veo a los caballos pastando y pienso lo mucho que los añoraría. Así que dudo mucho que me vaya a Richmond.

En aquel momento el niño empezó a llorar, revolviéndose entre sus manos. July miró a Clara, pero esta no hizo el menor ademán de coger al niño. July no sabía qué hacer. Tenía miedo de que se le cayera el niño, que se retorcía entre sus manos como un conejo y gritaba tan fuerte que estaba rojo como la

remolacha.

—¿Está malo? —preguntó July.

—No, está perfectamente. A lo mejor protesta porque no le ha hecho caso en todo este tiempo. Yo no le reñiría.

Clara entró de nuevo en la casa y le dejó con el bebé, que al momento empezó a gritar con más fuerza. July esperaba que una de las niñas acudiera en su ayuda, pero no había ninguna por allí. Le pareció muy irresponsable por parte de Clara dejarle así con la criatura. Volvió a pensar que era una mujer poco colaboradora. Pero tampoco lo había sido Ellie.

Tuvo miedo a levantarse con el niño moviéndose tanto; a lo mejor se le caía. Así que siguió sentado, preguntándose por qué querría niños la gente. ¿Cómo podía saber alguien que quería un niño, o qué había que hacer con él?

Tan bruscamente como había empezado, el niño dejó de llorar. Gimoteó una o dos veces, se metió el puño en la boca y se quedó mirando a July, como había hecho al principio. July sintió tanto alivio que apenas se movió.

—Háblele un poco —oyó que le decía Clara. Estaba de pie en la puerta, detrás de él.

—¿Qué dice?

Clara lanzó un respingo.

—Preséntese, si no se le ocurre nada más. O cántele una canción. Es muy sociable. Le gusta que le hablen un poco.

July miró al niño; no se le ocurría ninguna canción.

—¿Tampoco sabe tararear? —preguntó Clara como si fuera un crimen que no se hubiera puesto a cantar al instante.

July se acordó de *Lorena*, una canción de *saloon* que siempre le había gustado. Intentó tararearla un poco. El niño, que se había estado retorciendo, paró al momento y le contempló con gravedad. July se sentía idiota tarareando, pero como calmaba al niño, siguió haciéndolo. Sostenía a la criatura a distancia.

—Apóyese en el hombro —dijo Clara—. No tiene que sostenerlo así, no es un periódico.

July lo intentó. El niño no tardó en mojarle la camisa de babas, pero no lloraba. July siguió tarareando *Lorena*.

Sintió un gran alivio cuando Clara le quitó por fin el niño.

—Hemos progresado algo —comentó—. Todo lleva su tiempo.

Al atardecer, July siguió sentado en el porche, con el rifle sobre las rodillas, tratando de tomar una decisión. Sabía que debía decidirse. Por complicada que fuera, Ellie seguía siendo su mujer. Podía estar en peligro, y su deber era intentar salvarla. Si no se iba, era que abandonaba para siempre. Nunca se enteraría de si había sobrevivido o muerto. No quería ser el tipo de hombre que deja que su esposa desaparezca de su vida en un soplo. Pero esto era lo que estaba haciendo. Estaba demasiado cansado para obrar de otro modo. Incluso si los indios no le

atrapaban a él, o a ellos, incluso si no se perdía por los llanos, a lo mejor la encontraba en alguna otra habitación, y ella le volvería a apartar la cabeza. ¿Y entonces qué? Ella seguiría corriendo y él seguiría detrás, hasta que ocurriera algo irremediable.

Cuando Clara volvió a salir para avisarle de la cena, estaba agotado de tanto pensar. Casi se encogió cuando oyó los pasos de Clara porque tenía la impresión de que estaba disgustada con él y podía decirle algo desagradable. De nuevo estaba equivocado. Llegó hasta él y se detuvo para contemplar tres grullas volando en la puesta del sol, a lo largo de la cinta plateada del Platte.

—¿No son magníficas? —exclamó—. Si me fuera de aquí no sé qué añoraría más si las grullas o los caballos.

July no podía imaginar que se alejara de allí. Parecía formar parte de aquel paisaje.

Después de contemplar los pájaros le miró como si acabara de darse cuenta de que él seguía allí.

—¿Está dispuesto a quedarse? —preguntó Clara.

July hubiera preferido que no se lo preguntara. Era simplemente algo que había ocurrido. No le parecía que hubiera tomado una decisión. Sin embargo, no se había ido.

—Me parece que no debo seguir persiguiéndola —confesó al fin—. Creo que debo dejarla tranquila.

—No es bueno sacrificarse por la gente, a menos que ellos lo quieran. Es malgastar el tiempo.

—Mamá, se está enfriando la cena —comentó Betsey desde el umbral.

—Estaba disfrutando un momento del verano.

—Bueno, pero siempre nos dices que no te gusta servir comida fría —replicó Betsey.

Clara miró un instante a su hija y luego subió los peldaños.

—Vamos, July. Estas niñas se proponen hacernos mantener las buenas costumbres.

July metió el rifle en la funda de la silla y la siguió dentro.

83

A medida que el rebaño serpenteaba a través del oscuro llano en dirección al Platte, las putas fue el único tema de conversación, porque era de lo único que los hombres sabían hablar. Siempre preferían este tema, aunque, naturalmente, durante el camino también se mencionaron ocasionalmente otras cosas: el tiempo, las cartas, la personalidad de los caballos, juicios y tribulaciones del pasado. Después de la muerte de Jake se había hablado mucho de los caprichos de la justicia, y de lo que hacía que un buen hombre se volviera malo. Alguna que otra vez hablaban de sus familias, y generalmente todo el mundo acababa sintiéndose nostálgico. Era un tema muy popular aunque de complicado manejo.

Cuando llegaron a una semana de Ogallala, todos los temas que no se refirieran a putas se consideraron superfluos. Newt y los Rainey estaban asombrados. También se interesaban por las putas, de un modo vago, pero al escuchar a los hombres mayores hablar de ello por la noche, o en cualquier momento que pararan, llegaron a la conclusión de que el puteo era bastante más de lo que habían imaginado. Visitar rápidamente una puta llegó a ser para ellos la más excitante perspectiva que la vida podía ofrecerles.

—¿Y si el capitán no quiere ni siquiera pararse en Ogallala? —preguntó Lippy una noche. No es hombre que le gusten las paradas.

—Nadie va a pedirle que se pare —comentó Needle—. Puede seguir adelante si le apetece. Nosotros somos los que necesitamos parar.

—Me parece que no le gustan las putas —observó Lippy—. Creo recordar que casi nunca venía por el *saloon*.

A Jasper le impacientaba el pesimismo de Lippy. Cualquier sugerencia de que no iban a visitar Ogallala era motivo de trastorno para él.

—¿No podrías callarte? —le gritó—. No nos importa lo que haga o deje de hacer el capitán. Solo queremos que nos deje libres.

Po Campo era también capaz de desbaratar la discusión cuando terminaba su trabajo de cocinero.

—Creo que deberíais ir todos al barbero y olvidaros de las putas. Os sacarán el dinero, ¿y qué conseguiréis con ello?

—Algo bueno —afirmó Needle.

—Un corte de pelo os durará un mes, pero lo que obtengáis de las putas solo

os durará un instante —insistió Po—. A menos que os den algo que no queráis.

De la acalorada discusión que siguió, Newt dedujo que las putas no solo proporcionaban placer. Por lo visto a veces aparecían enfermedades, aunque nadie se mostraba muy específico sobre ellas.

Po Campo se mantenía en sus trece. Seguía apostando por el barbero contra el puterío.

—Si te imaginas que prefiero un barbero a una puta, estás más loco que una cabra en junio —comentó Jasper.

Newt y los Rainey dejaron las cuestiones más abstrusas a los otros y pasaron la mayor parte del tiempo analizando la parte económica de una visita a la ciudad. Los días del verano son largos y lentos, el rebaño plácido y el calor intenso. El mero hecho de pensar en Ogallala hacía que el tiempo corriera más deprisa.

Ocasionalmente, uno de los Rainey cabalgaba junto a Newt para ofrecerle una nueva información.

—Soupy dice que se quitan la ropa —le contó Ben Rainey un día.

Newt, una vez, había visto a una chica mejicana levantarse la falda para vadear el Río Grande. Debajo de la falda no llevaba nada. Cuando ella vio que él la miraba se echó reír. Después de aquello llegó con frecuencia hasta el río cuando no ocurría nada esperando verla cruzar de nuevo. Pero no volvió a verla; aquella visión era lo único en que apoyarse cuando se hablaba de mujeres desnudas. La había repasado mentalmente tantas veces que ya no le servía.

—Supongo que costará un montón —dijo.

—Aproximadamente el sueldo de un mes —especuló Jimmy Rainey.

Un atardecer llegó Deets cabalgando para informar que el Platte estaba tan solo a quince kilómetros. Todos en el campamento le ovacionaron.

—Realmente me gustaría saber por dónde cae la ciudad —comentó Soupy—. Estoy dispuesto para ir.

Call sabía que los hombres bullían por llegar a la ciudad. El propio Deets, pese a que era el que trajo la noticia, parecía abatido. No había vuelto a ser el mismo desde que ahorcaron a Jake.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó Call.

—No me gusta este Norte —respondió Deets.

—Es una buena tierra de pastos —observó Call.

—No me gusta —repitió Deets—. La luz es demasiado fina.

Deets tenía una expresión lejana en los ojos. Desconcertaba a Call. El hombre se había mostrado alegre en peores ocasiones. Ahora Call solía verle sentado en su caballo, mirando hacia el Sur, por encima de los incontables kilómetros que habían recorrido. A veces, cuando desayunaba, Call le descubría mirando el fuego como los viejos animales antes de morir, como si a través de él viera otro lugar. La mirada de los ojos de Deets dejó a Call tan perplejo que lo

mencionó a Augustus. Una noche cabalgó hasta su tienda. Gus estaba sentado sobre su manta, descalzo, cortándose los callos con una navaja afilada. Lorena no estaba a la vista, pero Call se detuvo a buena distancia de la tienda para no molestarla.

—Si vienes a hablar conmigo tendrás que acercarte más —dijo Augustus—. No voy a caminar descalzo hasta tan lejos.

Call echó pie a tierra y se acercó.

—No sé lo que le pasa a Deets —comentó.

—Verás, Deets es muy sensible. Probablemente habrás herido sus sentimientos con tu forma de hablar.

—No he herido sus sentimientos. Siempre he tratado de ser especialmente bondadoso con él. Deets es el mejor hombre que tenemos.

—El mejor que nunca hayamos tenido —puntualizó Augustus—. Quizás está enfermo.

—No —aseguró Call.

—Espero que no esté pensando en dejarnos. Dudo que nadie pueda encontrar los puntos de agua.

—Dice que no le gusta el Norte —comentó Call—. Es lo único que dice.

—He oído decir que llegamos al Platte mañana. Todos los muchachos están dispuestos a ir en busca de enfermedades sociales.

—Ya lo sé —asintió Call—. Ojalá pudiera evitar esta ciudad, pero necesitamos provisiones.

—Deja que los muchachos vayan y se diviertan un poco. A lo mejor es su última oportunidad.

—¿Por qué iba a ser su última oportunidad?

—Puede que el viejo Deets sepa algo. Recuerda lo sensible que es. Quizá los indios nos matarán a todos en las dos próximas semanas.

—Lo dudo —dijo Call—. No me pareces más animado que él.

—No —contestó Augustus. Sabía que estaban cerca de la casa de Clara, un hecho que ponía muy nerviosa a Lorena.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —le había preguntado la joven—. ¿Dejarme en la tienda cuando vayas a verla?

—No, señora —le respondió—. Te llevaré conmigo y te presentaré como es debido. No eres un trasto, ¿sabes? Clara probablemente tardará meses en ver a otra mujer. Se sentiría feliz en compañía femenina.

—Pero puede adivinar lo que soy —objetó Lorena.

—Sí, sabrá que eres un ser humano. No tienes que agachar la cabeza ante nadie. La mitad de las mujeres de este país probablemente empezaron como tú, trabajando en *saloons*.

—Pero ella no —le contradijo Lorena—. Seguro que siempre ha sido una señora. Por eso querías casarte con ella.

Augustus rio entre dientes.

—Una señora puede rebanarte el cuello lo mismo que un comanche. Clara tiene una lengua muy afilada. Me ha atacado con ella muchas veces.

—Entonces me dará miedo conocerla. Me asustará lo que vaya a decirme.

—No, será muy educada contigo. Yo soy el que tiene que vigilar por dónde ando.

Pero dijera lo que dijera, la muchacha no podía calmar su inquietud. Sentía que iba a perderle, y era terrible. Ofrecía su cuerpo… era lo único que sabía hacer. Algo de cómo se ofrecía entristecía a Augustus, pero lo aceptaba. En sus brazos creía percibir momentáneamente que la amaba; pero poco después volvía a estar triste.

—Te estás martirizando por nada —le decía—. El marido de Clara vivirá probablemente hasta los noventa y seis años, y en todo caso ni ella ni yo nos soportaríamos ahora. No tengo suficiente energía para Clara. Dudo que alguna vez la tuviera.

Por la noche, cuando al fin se dormía, él se sentaba en la tienda, y consideraba la cuestión. Veía el fuego del campamento. Los muchachos que aquella noche no cuidaran del rebaño estarían sentados alrededor de la hoguera, intercambiando bromas. Probablemente todos le envidiaban porque él tenía una mujer y ellos no. Y él les envidiaba a su vez porque estaban libres de preocupaciones y él no. Una vez puesto en marcha, el amor no podía pararse fácilmente. Él lo había empezado con Lorie, y nunca podría pararlo. Sería afortunado si volvía a lograr los placeres fáciles que los hombres disfrutaban, sentados alrededor de una hoguera, intercambiando bromas. Aunque amaba profundamente a Lorena, todavía sentía el ansia de volver a ser libre y no tener otra cosa que hacer que ganar a las cartas.

A la mañana siguiente dejó un momento a Lorena y fue a encontrarse con Deets.

—Deets, ¿has pasado mucho tiempo deseando aquello que sabes que no vas a tener? —le preguntó para empezar la conversación.

—Creo que mi vida ha sido buena —respondió Deets—. El capitán me paga un buen sueldo. Solo he estado enfermo dos veces, y una de las veces fue cuando me dispararon junto al río.

—Esto no es la respuesta a mi pregunta.

—Desear lleva mucho tiempo —comentó Deets—. Prefiero trabajar.

—Sí, pero ahora mismo qué querrías si realmente pudieras tener lo que deseas.

Deets tardó un poco en contestar:

—Volver al río.

—Pero hombre, el Río Grande no es el único río —comentó Augustus, pero antes de que pudieran seguir conversando vieron acercarse un grupo de jinetes

por una loma, lejos, al Norte. Augustus se dio cuenta enseguida de que eran soldados.

—Bueno, al fin hemos encontrado la Caballería —dijo.

Había cerca de cuarenta soldados. Los caballos de la remuda empezaron a agitarse al ver tantos caballos desconocidos. Call y Augustus se adelantaron galopando y les interceptaron a medio kilómetro de distancia porque el rebaño se estaba poniendo nervioso ante tantos jinetes. El que iba en cabeza de la tropa era un hombre bajito con un gran bigote gris; lucía galones de capitán. Parecía irritado a la vista del ganado. Pronto se dieron cuenta de que estaba bebido.

A su lado cabalgaba un hombre fuerte con calzones de piel grasientos, obviamente un explorador. Era barbudo y masticaba una pastilla de tabaco.

—Soy el capitán Weaver y este es Dixon, nuestro explorador —se presentó el capitán—. ¿Adónde diablos creen que van a llevar este ganado?

—Creíamos que íbamos hacia Montana. ¿Dónde estamos entonces, en Illinois? —preguntó Augustus zumbón.

Call se molestó con Gus. No era momento de bromas.

—No, pero les gustaría estar allí si les encuentra Red Cloud —explicó el capitán Weaver—. Se encuentran en medio de una guerra de indios, ahí es donde están ustedes.

—¿Cómo puede alguien querer llevar ganado a Montana? —dijo Dixon. Su expresión era insolente.

—Pensamos que sería un buen lugar para sentarnos y verles cagar —dijo Augustus. La insolencia siempre provocaba a Gus, como Call sabía de sobra.

—Nos han dicho que hay magníficos pastos en Montana —explicó Call con la intención de borrar la mala impresión que había dejado Gus.

—Puede que sí, pero ustedes, vaqueros, no vivirán para verlos —continuó Dixon.

—No siempre fuimos vaqueros —le corrigió Augustus—. Estuvimos veinte años luchando contra los comanches en el Estado de Texas. ¿Acaso los indios de aquí no se caen del caballo cuando se les mete una bala en el cuerpo?

—Algunos sí y otros siguen atacando —intervino el capitán Weaver—. No he venido para estar hablando toda la mañana. ¿Han visto alguna señal de indios?

—Nuestro explorador no nos ha indicado nada —dijo Call haciendo un gesto hacia Deets.

—Oh, ¿tienen un negro de explorador? —se burló Dixon—. No me extraña que estén perdidos.

—No estamos perdidos —replicó Call indignado—. Y este negro podría guiarles a través de los rescoldos del infierno.

—Y traerles pinchados en una horquilla si se lo pedimos —añadió Augustus.

—¿Cómo se atreven? —preguntó el capitán Weaver enrojeciendo de ira.

—Este sigue siendo un país, libre, ¿no? —Saltó Augustus—. ¿Quién les pidió

que vinieran a insultar a nuestro explorador?

Deets llegó a galope y Call le preguntó si había encontrado señales de indios.

—Ninguna entre aquí y el río —contestó Deets.

Un joven y pálido teniente habló inesperadamente.

—Creo que se fueron hacia el Este.

—Nosotros fuimos hacia el Este —dijo Weaver—. ¿Dónde cree que hemos estado la última semana?

—Quizás ellos iban más deprisa y les adelantaron —observó Augustus—. Los indios suelen hacerlo así. Por el aspecto de los jamelgos que montan les adelantarían a pie.

—Es usted un maldito impertinente —le increpó Weaver—. Esos indios mataron a un cazador de búfalos y a una mujer hace dos días. Y hace tres semanas se cargaron a toda una familia al sudeste de aquí. Si los ven desearán haberse quedado con su ganado en Texas.

—Vámonos —dijo Call bruscamente volviendo grupas.

—Necesitamos caballos —anunció el capitán Weaver—. Los nuestros están agotados.

—¿No fue esto lo que dije y usted lo consideró impertinente? —preguntó Augustus.

—Veo que llevan de sobra —observó Weaver—. Nos los quedaremos. Hay un hombre que vende caballos al oeste de Ogallala. Pueden comprar los que necesiten allí y mandar la factura al Ejército.

—No, gracias —respondió Call—. Nos gustan los que tenemos.

—No les preguntaba. Estoy requisando sus caballos —declaró el capitán Weaver.

Augustus se echó a reír. Call no. Se dio cuenta de que el hombre hablaba en serio.

—Los necesitamos —dijo Dixon—. Tenemos que proteger esta frontera.

Augustus volvió a reírse.

—¿Qué habéis protegido últimamente? —preguntó—. De lo único que habláis es de gente que no habéis protegido.

—Estoy harto de tanto hablar —gritó Weaver—. Coge los caballos, Jim. Llévate un par de hombres y elige los mejores.

—No pueden coger ningún caballo —dijo Call—. No tienen autoridad para requisar nuestro ganado.

—O tendré sus caballos o les arrancaré la piel. Vete a buscarlos, Jim.

El joven teniente parecía muy nervioso pero se volvió como si se dirigiera hacia el rebaño.

—Espera, hijo, la discusión aún no ha terminado —dijo Gus.

—¿Desafía a un oficial del Ejército de los Estados Unidos? —preguntó Weaver.

—Está usted tan cerca de ese tratante de caballos de Ogallala como nosotros —comentó Call.

—Sí, pero nosotros vamos hacia otro lado.

—Iban en la misma dirección que nosotros cuando nos descubrió —le hizo notar Augustus—. ¿Cuándo cambió de idea?

Dixon, el fuerte explorador, escuchaba con expresión despectiva. El desprecio era tanto para Weaver como para ellos. El capitán Weaver volvió a dirigirse al joven teniente:

—Te he dado una orden. Estos hombres son unos fanfarrones. No son más que unos vaqueros. Vete a buscar los caballos.

Al pasar, Augustus alargó la mano y le agarró las riendas.

—Si tanto quiere los caballos, ¿por qué no va usted mismo a buscarlos? Usted es el capitán —le dijo.

—Yo a esto lo llamo traición. Pueden ser ahorcados por traición —dijo Weaver.

Call había estado observando el resto de la compañía. Durante sus años de *ranger* siempre le había fastidiado la desidia con que se comportaba la Caballería, y la tropa que vio contemplando la escena le pareció más desastrada que ninguna. La mitad de los hombres se habían puesto a dormir en la silla tan pronto como paró la columna, y parecía como si todos los caballos necesitaran un mes de buena hierba.

—¿A qué distancia está Ogallala? —preguntó Call.

—No me interesa Ogallala —contestó Weaver—. Me interesa Red Cloud.

—No conocemos a este Red Cloud —dijo Augustus—. Pero si es tan buen guerrero será mejor que no lo encuentren. Dudo que un indio consintiera en comerse esos caballos que montan. Nunca había visto un grupo de hombres peor montados.

—Hemos estado diez días fuera, y además a ustedes no les importa. —Weaver temblaba de indignación. Aunque Augustus era el que llevaba la voz cantante, era a Call a quien miraba con odio.

—Vámonos —ordenó Call—. Esta conversación no tiene sentido.

Se dio cuenta de que el pequeño capitán estaba a punto de estallar por poco que se le provocara.

—¡Jim, trae los caballos! —Volvió a mandar Weaver.

—No —cortó Call, tajante—. No se llevarán nuestros caballos. Y además voy a darle un consejo. Su tropa está agotada. Si se encontrara con los indios les harán una matanza. No necesitan caballos de repuesto; lo que necesita son hombres de repuesto.

—¡Y lo que no necesito son consejos de un maldito vaquero!

—Hemos luchado con los comanches, los kiowas y los bandidos mejicanos durante veinte años, aún estamos aquí —dijo Call—. Y no le vendría mal prestar

atención.

—Si me lo encuentro en la ciudad le arrancaré las malditas orejas —saltó Dixon, dirigiéndose a Call.

Call no hizo caso a sus palabras. Volvió grupas y emprendió el regreso. Augustus soltó la brida del joven teniente.

—Déjenme el negro —pidió Weaver—. He oído decir que pueden oler a los indios, en todo caso son negros rojos.

—No —contestó Call—. Temo que le maltrataría.

Cabalgaron hacia la carreta. Cuando se volvieron para mirar, la tropa seguía en el mismo sitio.

—¿Crees que cargarán? —preguntó Augustus.

—¿Cargar contra un rebaño de vacas? —dijo Call—. Ni pensarlo. Weaver está loco, pero no tanto.

Los soldados siguieron unos minutos en la loma. Después volvieron grupas y se alejaron.

84

Aquella tarde cruzaron el río Platte al este de Ogallala y dirigieron el rebaño hacia el Noroeste. Desde las laderas al norte del río vieron la pequeña agrupación de cabañas y casas de madera que formaban la ciudad. Los vaqueros estaban tan deslumbrados por la vista que apenas podían concentrarse en lo que tenían que hacer: llevar el ganado a un lugar bueno para dormir.

Call les advirtió que tuvieran cuidado, que se decía que había indios sueltos, pero los hombres apenas le escucharon. Incluso Dish Boggett estaba loco por marchar. Call dejó que seis hombres fueran primero: Dish, Soupy, Bert, Jasper, Needle y el irlandés. Todos ellos se cambiaron la camisa y corrieron como si les persiguieran cien comanches.

Augustus, que montaba la tienda, paró un instante para verles marchar. Los vaqueros gritaban y agitaban sus sombreros mientras galopaban.

—Mírales, Lorie. Están impacientes por llegar a la ciudad.

Lorena no se mostró interesada. Solo tenía una cosa en la mente.

—¿Cuándo irás a verla? —preguntó.

—Oh, mañana será un buen día. Iremos los dos.

—Yo me quedaré. Me asusta demasiado lo que vayas a decir.

Le temblaban las manos al pensar en la mujer, pero ayudó a Gus a montar la tienda.

—Tengo la intención de ir a Ogallala. ¿Te gustaría venir?

—¿Por qué quieres ir?

—Bueno, es una especie de ciudad. Tengo la intención de hacer algo civilizado, como comer en un restaurante. Y si no es demasiado pedir, entrar en un bar y beberme un vaso de *whisky*. Ven conmigo. Probablemente habrá una o dos tiendas y podré comprarte algo de ropa.

Lorena se quedó pensativa. Había ido vestida de hombre desde que Gus la salvó. No había habido ningún lugar donde comprarle otra cosa. Necesitaría un vestido si Gus la llevaba a ver a esa mujer. Pero en realidad no sabía si quería ir a verla, aunque la curiosidad que sentía por ella era enorme. Mucha curiosidad, pero también mucho miedo. Era una vida extraña, siempre en la tienda y no hablando con nadie más que con Gus, pero se había acostumbrado. La idea de la ciudad le asustaba casi tanto como la idea de la mujer.

—¿Necesitas una puta, o qué? —le preguntó Lorena cuando le vio dispuesto a ir a la ciudad.

—¿Para qué voy a querer una puta si te tengo a ti? Las mujeres tenéis mentes extrañas. Lo que preferiría hacer es sentarme en una silla y beber *whisky*. Tampoco me importarían una o dos partiditas.

—Quieres a la otra mujer y me tienes a mí —comentó Lorena—. Podrías querernos a las dos y además una puta. Bueno, vete a buscarla si quieres, no me importa.

Casi deseaba que lo hiciera. Reforzaría su caso contra la otra mujer.

—Ven conmigo —insistió Augustus—. Te compraré vestidos nuevos.

—Cómpramelos tú. Cómprame los que te gusten.

—Pero no sé tu talla —protestó Augustus—. ¿Por qué te asustan tanto las ciudades? No hay un alma en esta ciudad que te conozca.

Se empeñó en no ir, así que dejó de insistir y se fue solo. Se paró un momento en la carreta para asegurarse de que Po Campo le llevaría la comida. Call estaba allí; parecía inquieto. Como la mayor parte de los hombres capaces se habían ido, decidió quedarse con el rebaño y comprar las provisiones mañana, cuando alguno de ellos regresara.

El rebaño pastaba plácidamente por las laderas. Los hombres que quedaban, mayormente muchachos, tenían aspecto triste ante la idea de las oportunidades que perdían.

—Ven a dar una vuelta conmigo —dijo Augustus a Call—. Esto está tan tranquilo como una iglesia en lunes. Te invitaré a comer y luego nos sentaremos a filosofar.

—No, yo me quedo. Además, no sé nada de filosofía.

—Tu filosofía es que te preocupas demasiado. Jake se hubiera venido conmigo si no le hubiéramos ahorcado.

—Ya lo sé, pero cuando veo una ciudad me acuerdo de lo buen compañero que resultaba a la hora de cenar.

Galopó los ocho o nueve kilómetros que le separaban de Ogallala sintiéndose raro, porque de pronto había notado lo mucho que añoraba a Jake Spoon. Muchas veces, de regreso de una exploración al Brazos, habían corrido juntos a Austin y repartido la noche entre *whisky*, cartas y mujeres. Clara y Call se enfadaban durante una semana después de una de esas juergas. En todo caso, Clara, cedía antes que Call.

Ahora Jake se había ido y Clara estaba cerca. Le pareció que lo prudente era no ir a visitarla. Era el paso hacia Montana, y el pasado estaba pasado. Ninguna mujer le había llegado al corazón como ella. El recuerdo era tan dulce que temía estropearlo viendo cómo se había transformado Clara. Podía haberse vuelto una tirana como apuntaba de jovencita. O podía haberse transformado en una pionera agotadora, cansada, con su belleza perdida y su espíritu domado. Podía

ser que la mirara y no sintiera nada, en cuyo caso perdería algo que había atesorado. Por el contrario, podía ocurrir que la mirara y volviera a sentir todo lo que había sentido en su juventud, la de ambos, en cuyo caso, no iba a ser fácil dejarla.

Pero también estaba Lorena. En las últimas semanas había resultado más tierna que cualquier otra mujer que hubiera conocido; más sensible que sus esposas, más amable que Clara. Su belleza había vuelto a florecer. Los vaqueros buscaban siempre excusas para llegar a unos veinte o treinta metros de ellos, solo por verla. Debía considerarse afortunado, lo sabía. Todos los del equipo, con la posible excepción de Call, lo consideraban afortunado. Debía permitir que el pasado conservara su esplendor y no intentar mezclarlo con lo que el presente le había dado.

Pero también sabía que no debía pasar simplemente de largo, fuera cual fuera la exaltación o la decepción. De todas las mujeres que conocía era la que más significaba para él, y era la única persona en su vida a la que había añorado.

Recordó lo que le había dicho cuando le comunicó que iba a casarse con Bob: que deseaba su amistad para sus hijas. Por lo menos iría a ofrecérsela; además sería interesante ver si las hijas eran como su madre.

Descubrió sorprendido que su visita a Ogallala no le había divertido gran cosa. Encontró la tienda de ropa justo cuando el propietario estaba cerrando y le persuadió para que abriera de nuevo. Compró una montaña de ropa para Lorena, desde enaguas a vestidos, un sombrero y también un abrigo porque estaba seguro de encontrar frío en Montana. Incluso se compró una levita negra digna de un predicador y una corbata de seda. El comerciante ya no tuvo ganas de cerrar; ofreció a Augustus manguitos, guantes, botas forradas de fieltro y otros accesorios. Al final había hecho tal compra que ni siquiera podía pensar en llevársela. Volvería mañana y lo recogería con la carreta, aunque se llevó varias cosas envueltas por si Lorie quería ponérselas para ir a casa de Clara. Le compró peines, cepillos y un espejo… Sabía que a las mujeres les gusta verse y Lorena no había tenido esa oportunidad desde Fort Worth.

El único hotel fue fácil de encontrar, pero su restaurante era una pequeña estancia llena de humo sin el menor encanto y un solo comensal, un hombre taciturno con enormes patillas. Augustus se inclinó por un bar más alegre, pero esto resultó más difícil de encontrar.

Entró en uno que tenía una hilera de cuernos de alce encima de la puerta y una clientela en la que predominaban los muleros que transportaban material para el Ejército. No había nadie del equipo de Hat Creek aunque había visto un par de sus caballos amarrados fuera. Probablemente habían ido directamente a la casa de putas vecina, pensó. Pidió una botella y un vaso, pero los alegres muleros hacían tanto ruido que no pudo disfrutar de la bebida. Un jugador de mediana edad, con un bigotito y una corbata mugrienta no tardó en descubrirle y

se le acercó.

—Tiene aspecto de hombre que agradecería una partida de cartas —le dijo el jugador—. Me llamo Shaw.

—Jugar a dos no me interesa —respondió Augustus—. En todo caso, aquí hay demasiado jaleo. Cuesta emborracharse cuando hay tanto ruido.

—Este no es el único sitio donde beber *whisky* en esta ciudad —explicó el señor Shaw—. A lo mejor encontramos uno lo bastante silencioso para usted.

En aquel momento entró una muchacha, pintada y empolvada. Varios de los muleros la ovacionaron, pero fue directamente adonde se sentaba Augustus. Era flaca y no podía tener más de diecisiete años.

—Mira, Nellie, déjanos en paz —le advirtió el jugador—. Íbamos a empezar una partida.

Antes de que la muchacha pudiera replicar, uno de los muleros de la mesa vecina se cayó hacia atrás. Se había dormido con la silla inclinada y se cayó al suelo con gran algazara de sus compañeros. La caída no le despertó, y quedó tendido en el suelo del *saloon*, borracho como una cuba.

—Oh, venga, Shaw. No sois más que dos. ¿Qué clase de partida iba a ser?

—Lo mismo le dije yo —declaró Augustus.

Un empleado del bar agarró al borracho por el cuello y lo arrastró hasta la puerta.

—¿Quiere venir a la casa de al lado, señor? —preguntó Nellie.

El jugador, con gran sorpresa de Augustus, pegó de pronto a la muchacha. El golpe no era fuerte, pero la dejó avergonzada.

—Óigame —dijo Augustus. Esto no tiene excusa. La señorita hablaba con toda corrección.

—No es una señorita, es una puta y no quiero que intervenga en nuestra diversión —protestó el jugador.

Augustus se puso en pie y acercó una silla para Nellie.

—Siéntese, señorita —y volviéndose al jugador añadió—: Largo de aquí. Yo no juego con hombres que maltratan a las mujeres.

El jugador tenía una expresión de hurón. Ignoró a Augustus y miró con ira a la muchacha.

—¿Qué te he dicho? Te voy a dar una paliza que no la vas a olvidar si vuelves a molestarme. —La muchacha temblaba y parecía estar al borde de las lágrimas —. No admito que una zorra me interrumpa el juego —exclamó el jugador.

Augustus golpeó al hombre en el pecho con tanta fuerza que cayó sobre la mesa vecina entre tres o cuatro muleros. Los muleros se quedaron sorprendidos. El jugador se había quedado sin resuello hasta el punto de que agitaba los brazos en el aire con la boca abierta, temiendo morir antes de poder volver a respirar.

Augustus no volvió a prestarle atención. La muchacha tomó asiento aunque siguió mirando nerviosa hacia el jugador. Uno de los muleros, un hombretón, le

empujó sin ceremonias fuera de la mesa y se quedó a gatas en el suelo, tratando aún de recobrar el aliento.

—No está herido —dijo Augustus a la muchacha para tranquilizarla—. ¿Quiere un poco de *whisky*?

—Sí —respondió la muchacha, y cuando el camarero trajo un vaso, se bebió de golpe el *whisky* que le sirvió Augustus. A pesar de todo no podía apartar los ojos del tahúr. Había logrado volver a respirar y estaba junto al bar, apretándose el pecho.

—¿Has tenido otras veces problemas con ese tipo? —preguntó Augustus.

—Es el marido de Rosie —explicó Nellie—. Rosie es la mujer para la que trabajo. Nunca están de acuerdo. Rosie me manda venir, y él me echa.

Trató de sobreponerse al miedo y de mostrarse atractiva, pero el intento era tan patético que entristeció a Augustus. Parecía una niña asustada.

—Trabajar con Rosie es desagradable. ¿Quiere pasar a la casa de al lado? Tengo que hacer algo pronto. Si Shaw se queja me atizará. Rosie es peor que Shaw.

—Lo que pienso es que deberías cambiar de amo —observó Augustus. Tan pronto como le sirvió más *whisky*, la muchacha se lo bebió de golpe.

—No hay más que otra *Madame*, y es igual de mala que esta. ¿Seguro que no quiere venir a la otra casa? Tengo que encontrar un cliente.

—Creo que será mejor que sobornes al jugador, si esta es la situación —le dijo Augustus—. Dale cinco a él y cinco a Rosie y quédate el resto para ti —y le entregó veinte dólares.

La muchacha pareció sorprenderse, pero tomó el dinero y se bebió otro *whisky*. Luego se acercó al bar para que el encargado la cambiara el dinero. Pronto se puso a hablar con el tahúr como si nada hubiera ocurrido. Deprimido, Gus compró una botella para llevarse y salió de la ciudad.

Era luna llena y el prado estaba en sombras. Pea Eye trataba de cantarle al ganado pero su voz no podía compararse con la del irlandés.

Augustus vio con asombro que Lorena estaba sentada fuera de la tienda. En general solía quedarse dentro. Cuando desmontó, se inclinó para acariciarla y observó que tenía la mejilla mojada. Había estado sentada llorando.

—Pero Lorie, ¿qué te pasa?

—Me da miedo —confesó sencillamente. Su voz parecía cargada de desesperanza—. Tengo miedo de que se quede contigo.

Augustus no intentó argumentar. Lo que sentía era razonable. Lo había provocado él hablando demasiado sobre la mujer a la que había amado. Desensilló y se sentó junto a ella en la hierba.

—Pensaba que te habías ido con ella. No me creí que fueras a la ciudad.

—¿No está preciosa la luna? Estos llanos parecen una tierra maravillosa a la luz de la luna llena.

Lorena no levantó la mirada. No le interesaba la luna. Solo quería estar segura sobre aquella mujer. Si Gus iba a dejarla, quería saberlo, aunque no podía imaginar una vida sin él.

—¿Te ha gustado cantar alguna vez? —le preguntó Augustus, esforzándose por hacerla hablar de otra cosa.

No le contestó.

—Creo que el canto debe de ser un gran don. Si yo pudiera cantar como el irlandés, cabalgaría cantando todo el día. Trataría de conseguir un empleo en un bar, algo así como lo que Lippy hacía.

Lorena no tenía ganas de hablar con él. Odiaba la sensación que experimentaba. Pensó que sería mejor que ocurriera algo que los matara a los dos. Por lo menos no tendría que estar sola.

85

Newt, los Rainey y Pea Eye fueron a la ciudad la tarde siguiente. El hecho de que el primer grupo regresara arrastrándose, solos o por parejas, con un aspecto horrible, no les desanimó en modo alguno. Jasper Fant había vomitado sobre su caballo a la vuelta, demasiado agotado para descabalgar o para inclinarse a un lado.

—¡Vaya aspecto que tenéis! —exclamó Po Campo severamente, cuando llegó Jasper—. Ya os advertí que iba a ser así. Ahora os habéis gastado todo el dinero y lo único que os queda es malestar.

Jasper ni siquiera contestó.

Needle Nelson y Soupy Jones fueron los siguientes en llegar. Tenían el mismo aspecto que Jasper, pero por lo menos sus caballos venían limpios.

—Es una gran cosa que no haya más ciudades —observó Needle al desmontar—. No creo que sobreviviera a otra ciudad.

—Si esto es lo mejor que puede ofrecer Nebraska, paso —dijo Soupy.

Después de oír todas las versiones que no hacían sino confirmar sus sospechas, Po Campo dudaba en permitir que Augustus se llevara la carreta.

—Las ciudades están llenas de ladrones —objetó—. Alguien podría robarla.

—Si lo hacen tendrán que llevársela conmigo sentado dentro —dijo Augustus —. Me gustaría ver al ladrón capaz de hacerlo.

Había prometido a Lippy llevarle a la ciudad. Lippy añoraba su antigua profesión y por lo menos esperaba oír música de piano durante su visita.

Call decidió ir a caballo y ayudar con el aprovisionamiento. Intentó hacer un inventario de las cosas que necesitaban pero el hecho de que Po Campo estuviera de mal humor y no se mostrara colaborador no facilitó las cosas.

—Estamos en verano —dijo Po—. No necesitamos gran cosa. Compre un barril para agua y lo llenaremos en el río. Va a haber mucha sequía.

—¿Qué te hace pensar en la sequía? —preguntó Augustus.

—Porque la habrá —insistió Po Campo—. Si no tenemos suerte terminaremos bebiéndonos el agua de los caballos.

—Yo debí beberla anoche —comentó Jasper—. Nunca me encontré tan mal como para vomitar sobre el caballo.

Newt y los otros muchachos corrieron hacia la ciudad dejando a Pea Eye

atrás, lejos, pero cuando estuvieron allí no supieron qué hacer primero. Durante una o dos horas se pasearon arriba y abajo de la calle principal, mirando a la gente. Hacía tanto tiempo que no habían estado en un local que les daba vergüenza entrar. Miraron por la ventana de una ferretería, pero no entraron. La calle en sí parecía bastante animada. Se veían muchos soldados y hombres conduciendo carretas, e incluso algunos indios. De putas no vieron nada: las pocas mujeres que andaban por la calle eran solo matronas que iban de compras.

La ciudad estaba llena de *saloons* naturalmente, pero al principio estaban demasiado acobardados para entrar en alguno. Probablemente les mirarían, debido a su edad, y además no tenían bastante dinero para beber. Lo poco que habían ahorrado tenía que ser para putas; por lo menos esta era su intención. Pero la cuarta o quinta vez que pasaron por un gran almacén sus intenciones vacilaron y se metieron dentro, solo para contemplar la mercancía. Admiraron las armas: rifles para búfalos y pistolas de largos cañones azulados, muy por encima de sus posibilidades. Lo único que compraron allí fue una bolsa de caramelos. Como eran los primeros caramelos que habían comido en muchos meses los encontraron maravillosos. Se sentaron a la sombra y pronto terminaron toda la bolsa.

—Me gustaría que el capitán llenara de ellos la carreta —dijo Ben Rainey. Existía la oportunidad porque Augustus se acercaba a la tienda conduciendo la carreta y el capitán cabalgaba a su lado montado en la *Mala Bestia*.

—No nos la dejará llenar de caramelos —comentó Jimmy Rainey. No obstante, sintiéndose más atrevidos y experimentados volvieron a la tienda y compraron otras dos bolsas.

—Guardemos una para Montana —sugirió Newt—. Puede que no encontremos en otras ciudades —pero su prudencia cayó en oídos sordos. Pete Spettle y los otros consumieron rápidamente su parte de caramelos.

Cuando estaban terminando vieron a Dish Boggett que cruzaba la calle procedente del lateral de un *saloon*.

—Vayamos a preguntarle dónde están las putas —sugirió Ben—. No creo que nosotros sepamos encontrarlas.

Alcanzaron a Dish junto a las cuadras. No parecía estar muy animado, pero por lo menos caminaba recto, lo que no podía decirse de los que habían vuelto al campamento.

—Hola criaturas, ¿qué estáis haciendo en la ciudad? —les preguntó.

—Queremos una puta —contestó Ben.

—Pues pasad a la trasera de este *saloon* —les aconsejó Dish—. Encontraréis las que queráis.

Dish montaba ahora una bonita yegua llamada *Sugar*. Su carácter era lo opuesto al de la *Mala Bestia*. Era como un animalito de compañía. Dish cogía trocitos de su plato y se los daba en la mano. Aseguraba además que tenía la

mejor visión nocturna que cualquier otro caballo que conociera. En las estampidas no había metido el pie en un agujero ni una sola vez.

Estaba tan encariñado con ella que siempre le daba un buen cepillado antes de ponerle la montura; guardaba un pequeño cepillo de caballo en la bolsa de su silla para este menester.

—¿Cuánto cuestan? —preguntó Jimmy Rainey, refiriéndose a las putas. La idea de que algunas estaban a tan solo unos pocos pasos de distancia les ponía nerviosos.

—Depende del rato que penséis quedaros arriba —explicó Dish—. He conocido a una estupenda que se llama Mary, pero no todas son como ella. Hay una a la que llaman *Hembra de Búfalo*. Tendrían que ofrecerme la paga de un mes para que me acercara a ella, pero supongo que para vosotros pipiolos ya servirá. No podéis esperar la mejor calidad la primera vez.

Mientras hablaban, un grupo de media docena de soldados cabalgaban calle arriba, conducidos por el gran explorador Dixon.

—Aquí están los soldados otra vez —dijo Newt.

Dish apenas miró a los soldados.

—Los demás se han debido perder. —Había cepillado a *Sugar* y se estaba preparando para ensillarla cuando el explorador y los soldados trotaron de pronto hacia ellos.

Newt estaba nervioso. Sabía que había habido problemas con los soldados. Miró al capitán y al señor Gus que estaban cargando una barrica de agua a la carreta. Era evidente que habían seguido el consejo de Po Campo.

Dixon, que parecía diabólicamente grande en opinión de Newt, llevó a su castrado negro casi encima de Dish Boggett antes de parar. Dish, frío como el hielo, colocó la manta sobre la yegua y no le hizo el menor caso.

—¿Cuánto quieres por la yegua? —preguntó Dixon—. Tiene buena pinta.

—No está en venta —contestó Dish listo a levantar la silla.

Al inclinarse, Dixon se le acercó y le escupió un chorro de jugo de tabaco en la nuca. El líquido oscuro le resbaló por debajo del cuello de la camisa.

Dish se enderezó y se llevó la mano al cuello. Cuando vio el jugo de tabaco, su rostro enrojeció.

—Vosotros, condenados vaqueros, estáis demasiado apegados a vuestros caballos —rezongó Dixon—. Estoy más que harto de oíros decir que vuestros caballos no están en venta.

—Este de momento no lo está, y además no estarás en condiciones de montar cuando termine contigo —le espetó Dish entre dientes incapaz de controlar su voz —. Me molesta pensar que he dejado que un hombre me escupa y se marche tan campante.

Dixon volvió a escupir. Pero esta vez, como Dixon estaba delante, el salivazo le dio de lleno en el pecho. Dixon y los soldados se echaron a reír.

—¿Vas a desmontar o es preciso que vaya y te arranque de este saco de jabón que montas? —preguntó Dish cruzando la mirada con el gigante.

—Vaya, pareces un gato salvaje —exclamó Dixon con sonrisa torcida. Volvió a escupir sobre Dish, pero Dish se agachó para evitar el chorro y se lanzó contra el hombre. Su propósito era derribar al explorador por el otro lado del caballo, pero Dixon era demasiado rápido y fuerte. Aunque nadie se había dado cuenta sostenía una pistola de largo cañón en la otra mano y cuando Dish se agarró a él la utilizó como una porra, golpeándole por dos veces en la cabeza.

Ante Newt horrorizado, Dish se desplomó silenciosamente. Resbaló por el costado del caballo de Dixon y cayó de espaldas al suelo. La sangre manaba de una brecha encima de la oreja, empapando su cabello oscuro. Newt le recogió el sombrero sin saber qué otra cosa hacer.

Dixon volvió a enfundar la pistola. Escupió una vez más sobre Dish y alargó la mano hacia las riendas de la yegua. Antes, se agachó soltó la cincha y tiró la silla de Dish al suelo.

—Esto te enseñará a no molestarme, vaquero —dijo. Luego miró a los muchachos—. Podéis mandar la factura por la yegua al Ejército de los Estados Unidos —añadió—. Eso si alguna vez recuerda, cuando despierte, que tuvo una yegua.

Newt estaba casi paralizado por lo ocurrido. Había visto cómo la culata de la pistola golpeaba a Dish por dos veces; Dish tal vez estaba muerto. Todo había ocurrido tan deprisa que Ben Rainey todavía sostenía la bolsa de caramelos en la mano.

Lo único que Newt sabía era que no debía permitirse que el hombre se llevara la yegua de Dish. Cuando Dixon se volvió para emprender la retirada se colgó de la brida del bocado y no la soltó. *Sugar*, tirada en dos direcciones distintas, se encabritó alzando casi del suelo a Newt. Pero este siguió agarrado.

Dixon tiraba con fuerza de la yegua, pero ahora Newt se agarraba con las dos manos al bocado y no soltaba.

—¡Maldita sea! ¡Estos vaqueros son la peste! —masculló Dixon—. Incluso los cachorros.

El soldado que cabalgaba a su lado llevaba un látigo colgando del arzón. Dixon lo cogió y sin mediar palabra se acercó a la yegua y empezó a golpear a Newt con él.

Pete Spettle, rabioso, trató de quitarle el látigo, pero Dixon lo derribó a golpes, partiéndole la nariz.

Newt intentó mantenerse pegado a la yegua. Al principio Dixon solo le golpeaba las manos, para hacer que se soltara, pero cuando vio que no lo conseguía empezó a pegar a Newt donde podía. Un latigazo le rasgó la oreja. Intentó esconder la cabeza pero *Sugar* estaba asustada y giraba continuamente, exponiéndole al látigo. Dixon empezó a golpearle sobre los hombros y el cuello.

Newt cerró los ojos y se mantuvo agarrado al bocado. Una vez miró a Dixon y le vio sonreír; el hombre tenía ojos crueles, como los de un jabalí. Volvió a agachar la cabeza y Dixon intentó darle en la cara. Pero el golpe alcanzó a *Sugar*, que levantó las manos y se puso a relinchar.

Fue el relincho lo que llamó la atención de Call. Después de cargar la pesada barrica de roble para el agua, él y Augustus habían vuelto a entrar un momento en la tienda. Augustus pensaba comprarse una pistola más ligera que remplazara el enorme «Colt» que llevaba, pero no se decidió. Trasladó parte de las cosas que había comprado para Lorie y Call cargó con un saco de harina. Oyeron relinchar al caballo mientras aún estaban dentro y salieron a tiempo de ver cómo Dixon daba latigazos a Newt, mientras la yegua de Dish Boggett giraba sin cesar. Dos vaqueros yacían en el suelo y uno de ellos era Dish.

—Sabía que ese hijo de puta era un mal bicho —comentó Augustus. Tiró lo que llevaba en la carreta y sacó la pistola.

Call dejó caer el saco de harina sobre la parte de atrás y saltó sobre la *Mala Bestia*.

—No le dispares. Vigila a los soldados.

Vio de nuevo a Dixon golpear salvajemente al muchacho en la nuca y la ira le embargó, una ira como hacía tiempo que no había sentido. Espoleó a la *Mala Bestia*, galopó calle abajo y saltó en medio de los asombrados soldados. Dixon, empeñado en sus latigazos, fue el último en ver a Call, que no hizo el menor intento por frenar a la *Mala Bestia*. Dixon quiso sacar a su caballo de en medio en el último momento pero su nerviosa montura se limitó a volverse ante la carga y ambos caballos chocaron. Call se mantuvo en la silla y la *Mala Bestia* permaneció firme sobre sus patas mientras que el caballo de Dixon se desplomó, derribándole con fuerza. *Sugar* casi atropelló a Newt al intentar salir de la pelea. El caballo de Dixon trataba de levantarse prácticamente entre los pies de *Sugar*. Había polvo por todas partes.

Dixon se puso en pie de un salto. No se le veía herido por la caída, pero sí desorientado. Call había desmontado y corría hacia él. No parecía grande y Dixon estaba desconcertado al ver que el hombre iba a cargar contra él de aquel modo. Intentó desenfundar, sin darse cuenta de que llevaba todavía el látigo colgado de la muñeca. El látigo le impidió desenfundar y Call se le echó encima, como cuando su caballo se lanzó contra el de Dixon. Dixon volvió a caer y cuando volvió la cabeza para mirar hacia arriba vio una bota acercándose a su ojo.

—¡No lo hará! —gritó, como diciendo que no le diera una patada, pero la bota le golpeó el rostro antes de que terminara de hablar.

Los seis soldados seguían mirando, demasiado asombrados para moverse. El pequeño vaquero pateó con tal fuerza la cara de Dixon que pareció que le iba a

saltar la cabeza. Entonces se colocó por encima de Dixon, que escupía sangre y dientes. Cuando Dixon consiguió ponerse de pie, le volvió a derribar y le hizo comerse el polvo empujando con una bota.

—Lo va a matar —comentó un soldado palideciendo—. Va a matar a Dixon.

Newt también lo pensaba. Nunca había visto tal mirada de furia en el rostro del capitán como cuando se lanzó contra Dixon. Era evidente que Dixon, aunque de mayor tamaño, no tenía ninguna oportunidad. Dixon nunca pudo colocar un golpe, ni lo intentó. Newt temió marearse si el capitán seguía pegando de aquel modo.

Dish Boggett se había incorporado. Mientras se palpaba la cabeza con las manos vio cómo el capitán Call arrastraba al enorme explorador tirando de su zamarra de piel. La pelea había tenido lugar en la calle, a pocos metros de una herrería que tenía un enorme yunque delante. Ante el asombro de Dish, el capitán se colocó por encima de Dixon y empezó a golpearle la cabeza contra el yunque.

—¡Va a matarle! —gritó, olvidándose de que poco antes él mismo había querido hacerlo.

Entonces vio a Augustus que se acercaba corriendo, montaba la *Mala Bestia* y agarraba la cuerda de Call.

Augustus recorrió los pocos pasos que le separaban de la herrería y dejó caer el lazo sobre los hombros de Call. Entonces hizo que la yegua volviera grupas, ató la cuerda al arzón y empezó a ir calle arriba. Al principio Call no quería soltar a Dixon. Le tenía agarrado y le arrastró unos pocos pasos lejos del yunque. Pero Augustus mantuvo la cuerda tirante y la yegua al paso. Finalmente Call soltó al hombre, pero se volvió con una mirada feroz dispuesto a atacar al que le había enlazado, sin darse cuenta de quién era. Tenía los nudillos en carne viva de los puñetazos que le había atizado a Dixon, pero estaba embargado por la furia y su única idea era atacar al nuevo asaltante. Iba a matar…, no sabía si Dixon estaba muerto, pero se aseguraría del siguiente.

—Woodrow —gritó Augustus cuando Call se disponía a saltarle encima.

Call oyó su nombre y vio a su yegua. Augustus se le acercó al paso y aflojó la cuerda. Call le reconoció y se detuvo. Se volvió a mirar a los seis soldados, todos sentados en sus caballos, silenciosos y pálidos.

—¡Woodrow! —repitió Augustus. Sacó su gran «Colt» pensando que a lo mejor tendría que golpearle para evitar que atacara a los soldados. Pero Call se había detenido. Por un momento nada se movió.

Augustus desmontó y colgó la cuerda del arzón. Call seguía en medio de la calle, recobrando el aliento. Augustus se acercó a los soldados.

—Recojan a su hombre y váyanse —les dijo a media voz.

Dixon estaba caído junto al yunque. No se había movido.

—¿Cree que está muerto? —preguntó un sargento.

—Si no lo está habrá tenido mucha suerte —respondió Augustus.

Call caminó unos pasos calle abajo y recogió su sombrero, que se le había caído. Los soldados pasaron lentamente por su lado. Dos desmontaron y trataron de cargar a Dixon sobre su caballo. Finalmente, desmontaron los seis; el hombre pesaba tanto que entre todos les costó horrores cargarlo sobre su caballo. Call observaba. Al ver a Dixon renació su rabia. Si el hombre se movía Call estaba decidido a ir de nuevo a por él.

Pero Dixon no se movió. Colgaba sobre su caballo, sangrando por la cara y la cabeza, sobre el polvo. Los soldados volvieron a montar y se llevaron despacio al caballo.

Call vio a Dish Boggett sentado en el suelo, junto a su silla. Se le acercó despacio. Dish tenía una brecha tras la oreja.

—¿Duele mucho? —preguntó Call.

—No, capitán —respondió Dish—. Tengo la cabeza muy dura.

Call miró a Newt. Empezaban a formársele verdugones en el cuello y uno en la mejilla. Tenía una pequeña herida sangrante en la oreja. Newt seguía agarrado al bocado de *Sugar*, algo que Dish descubrió por primera vez. Se levantó.

—¿Estás mal? —preguntó Call al muchacho.

—No, señor. Me dio unos latigazos. Pero no iba a dejar que se llevara la yegua de Dish.

—Bueno, pero ahora ya puedes soltarla —le dijo Dish—. Ya se ha ido. Te agradezco mucho lo que has hecho, Newt.

Newt se había agarrado al bocado con tal fuerza que le costaba soltarse. Le había dejado marcas profundas en las palmas y parecía que se le había retirado la sangre de las manos. Pero soltó la yegua. Dish cogió las riendas y le dio unas palmas en el cuello.

Augustus se inclinó junto a Pete Spettle, que soltaba sangre por su nariz rota.

—No quiero ningún médico —dijo Pete.

—¡Menuda pandilla de cabezas duras! —exclamó Augustus acercándose a Ben Rainey. Le cogió la bolsa de caramelos y se metió uno en la boca—. Ni uno solo atiende a razones.

Call montó a la *Mala Bestia*, enroscando lentamente su cuerda. Algunas personas que habían presenciado la pelea todavía seguían allí observando al hombre de la yegua torda.

Cuando volvió a tener la cuerda en orden, Call se acercó a Augustus.

—¿Quieres traer tú las provisiones? —le pidió.

—Sí, ya las traeré.

Call vio que todo el mundo le miraba, mozos, vaqueros y los habitantes de la ciudad. Le había desaparecido la ira y ahora solo estaba cansado. No recordaba especialmente la pelea, pero seguían mirándole estupefactos. Sintió que debía dar alguna explicación, aunque para él era una situación sencilla.

—Aborrezco a la gente grosera —dijo—. Y no pienso tolerarlo.

Dicho esto volvió grupas y salió de la ciudad. La gente que miraba guardó silencio. Aunque era un lugar duro y estaban acostumbrados a las muertes súbitas, pensaban que habían presenciado algo extraordinario, algo que hubieran preferido no haber visto.

—¡Dios mío, Gus! —exclamó Dish al ver alejarse al capitán. Estaba impresionado como todos por la furia desatada del capitán. Había visto muchas veces a hombres luchando, pero no de aquel modo. Aunque él odiaba a Dixon, seguía impresionándole el escarmiento que había recibido, y sin hacer uso de pistola.

—¿Le había visto así alguna otra vez? —preguntó a Augustus.

—Una vez. Mató a un bandido mejicano así, antes de que pudiera impedírselo. El mejicano había destrozado a tres blancos, pero no fue por eso. El bandido se burló de él. —Comió otro caramelo—. Burlarse o despreciar a Woodrow F. Call, no sale a cuenta.

—¿Fue por mi culpa? —preguntó Newt, pensando que tal vez hubiera debido arreglárselas mejor—. ¿Fue porque me pegaba con el látigo?

—En parte. Ni el mismo Call sabe por qué otra cosa pudo hacerlo.

—Seguro que hubiera matado al hombre si no llega a enlazarle —observó Dish—. Hubiera dado muerte a cualquiera. ¡A cualquiera!

Augustus siguió comiendo el caramelo y no le contradijo.

86

Fue por la pelea por lo que los muchachos terminaron entre las putas. Dish ensilló y se fue, y Augustus acabó de cargar la carreta y empezó a abandonar la ciudad. Cuando dio la vuelta a la carreta, Newt y los Rainey estaban hablando con Pea Eye, que había estado en la barbería y se había perdido la pelea. Pea Eye venía tan empapado de agua de colonia que Augustus le olió a diez pasos de distancia. Él y los muchachos estaban junto al yunque ensangrentado, y los muchachos le contaban lo ocurrido. Pea no parecía especialmente sorprendido.

—Bueno, el capitán es un luchador —les dijo—. Se pegará con cualquiera que se meta con él.

—¿Pegar? —exclamó Ben Rainey—. No le pegó. Se le echó encima con el caballo y casi le arrancó la cabeza a patadas cuando lo tuvo en el suelo.

—Oh, para el capitán esto es pegar.

Augustus paró la carreta.

—Muchachos, ¿pensáis seguir por aquí? —les preguntó.

Los muchachos se miraron. La pelea les había impresionado tanto que casi habían olvidado sus planes aunque no es que tuvieran muchos, claro.

—Verá, es nuestra única oportunidad de ver la ciudad —contestó Newt pensando que Augustus iba a decirles que siguieran a la carreta.

Pero no era esta la intención de Augustus. Tenía en el bolsillo cuatro monedas de oro de diez dólares que había pensado entregar disimuladamente a los muchachos. Call se había marchado y ya no era necesario disimular. Lanzó una a Newt y repartió las otras a los demás.

—Esto es un regalo —les explicó Augustus—. Es difícil disfrutar de una metrópoli como esta si en los bolsillos no tenéis más que las manos.

—Si regalas dinero dame a mí también, Gus —pidió Pea Eye.

—No, porque tú te lo gastas en barberos, y estos chicos lo emplearán mejor. Se merecen una cana al aire antes de salir hacia el Norte.

Golpeó a los mulos con las riendas y salió de la ciudad, pensando en lo jóvenes que eran los muchachos. Se dijo que ya que no en otra cosa, por lo menos había ganado en habilidad a medida que pasaban los años. Sin embargo, se sintió un poco nostálgico pensando en los chicos. Por más que les aventajara, nunca podría volver a estar donde estaban ellos, dispuestos a ir a un burdel por

primera vez. El mundo de las mujeres iba a abrirse para ellos. Naturalmente, si un burdel de Ogallala era la puerta por donde debían pasar, muchos volverían asustados a la seguridad de la carreta y los vaqueros. Otros no.

Los muchachos seguían cerca de la herrería, comentando sobre el dinero que Augustus les había regalado. De repente todos los cálculos que habían estado haciendo durante las últimas semanas resultaban innecesarios. Los medios estaban en sus manos. Era una sensación deslumbrante y un poco temible.

—Diez dólares bastarán para una puta, ¿verdad? —preguntó Ben Rainey a Pea Eye.

—Últimamente no he pagado a ninguna —confesó Pea Eye. Le fastidiaba haber ido al barbero y haberse perdido la pelea.

—¿Por qué no, Pea? —preguntó Newt. Sentía curiosidad. Todos los demás hombres habían corrido junto a las putas. Incluso Dish lo había hecho, y se decía que Dish estaba enamorado de Lorena. Sin embargo, a Pea no le afectaba el amor. Incluso junto a la hoguera, en el campamento, guardaba silencio cuando se hablaba de mujeres. Pea era uno de los más antiguos amigos de Newt, y él consideraba importante saber lo que pensaba sobre el tema.

Pero Pea no se sinceraba:

—Yo prefiero sobre todo quedarme con la carreta. —Pero esto no era ninguna respuesta. Y en efecto, mientras estaban hablando y haciéndose a la idea de tener dinero para gastar, Pea Eye montó en su caballo y se alejó. Lippy, el irlandés y ellos eran los únicos miembros de Hat Creek que quedaban en la ciudad.

Pero ninguno de los muchachos era lo bastante atrevido para subir por la escalera trasera tal como Dish les había indicado. Decidieron ir en busca de Lippy, que frecuentaba las putas como era bien sabido.

Le encontraron delante de un *saloon* con aire decepcionado.

—Solo hay un piano en toda la ciudad y está roto —explicó—. Lo reventó un mulero. Después de cabalgar hasta tan lejos no voy a poder oír una sola nota.

—¿Qué se hace con las putas? —preguntó Jimmy Rainey. Pensaba que no podría aguantar más frustración.

—Es una pregunta de lo más tonta —contestó Lippy—. Lo que hace el toro con la ternera, solo que por delante, si queréis.

En lugar de esclarecer el asunto, les resultaba mucho más oscuro, por lo menos a Newt. Su idea de la mecánica del puteo era más que vaga. Y la sugerencia de Lippy de que había más de un método, no resultaba de ninguna utilidad para una persona que nunca había practicado ninguno.

—¿Solo se pregunta? No sabemos ni siquiera cuánto cuesta.

—Esto varía de chica a chica, o de *Madame* a *Madame* —explicó Lippy—. Una vez Gus dio cincuenta dólares a Lorena, pero este precio no es corriente.

Se dio cuenta entonces de que había revelado algo que se suponía que debía

callarse, y además se lo había dicho a los muchachos. Los muchachos no eran de fiar cuando se trataba de guardar secretos.

—No debí decíroslo. Gus me amenazó con hacerme otro agujero en la tripa si lo decía.

—No diremos nada —le aseguró Newt.

—Seguro que lo haréis —dijo Lippy. Seguía deprimido por lo del piano. Le gustaba la música y estaba seguro de que en Ogallala podría tocar un poco, o por lo menos oír algo. Pero lo mejor que había encontrado hasta ahora era un camarero de bar con una armónica, y además no tocaba muy bien. Ahora lo había estropeado todo y descubierto el secreto de Gus.

En un ramalazo de inspiración se le ocurrió de pronto que la mejor manera de salir de aquel apuro era emborrachar a los muchachos. Eran jóvenes y no estaban acostumbrados a la bebida. Emborracharlos lo bastante para que se olvidaran por completo de Ogallala o de Nebraska. Y por supuesto no se acordarían de su observación. Vio que lo más fuerte que habían tomado eran caramelos.

—Lo que pasa es que estáis demasiado serenos para ir de putas —les dijo—. Será mejor que bebáis algo de cerveza antes de acercaros a las señoras.

—¿Por qué? —preguntó Newt. Aunque sabía que las putas solían encontrarse en los *saloons*, ignoraba que el estar bebido fuera obligatorio entre los clientes.

—Bueno, las chicas suelen oler a rancio —les aseguró Lippy—. Juguetean con cazadores de búfalos y gente parecida. Necesitáis mucho alcohol antes de acercaros a una de ellas. De lo contrario empezaréis a gotear una mañana y se os quedará la cola en la mano.

La información era sorprendente. Los muchachos se miraron.

—Es mejor que la mía no se caiga —aseguró sombrío Pete Spettle. Hasta ahora la ciudad no le resultaba divertida, aparte del milagro de que Gus le hubiera regalado diez dólares.

—Bah, se burla de nosotros —dijo Jimmy Rainey—. ¿Cómo puede caerse?

—Bueno, si no se cae goteará mucho más que el agujero de mi tripa. Muchachos, no deberíais dudar de mis palabras. Yo he vivido con putas antes de que ninguno de vosotros hubiera nacido.

—¿Dónde encontraremos la cerveza? —preguntó Newt. Estaba casi tan intrigado por la idea de la cerveza como por la idea de las putas. Nunca se había atrevido a entrar en un *saloon* por miedo a que el capitán fuera y lo encontrara.

—Yo os conseguiré la cerveza —dijo Lippy—. ¿Tenéis dinero suelto?

Los muchachos se miraron, reacios a revelar hasta dónde llegaba su caudal por si acaso Lippy intentaba sacarles dinero de algún modo. Afortunadamente tenían casi tres dólares, además de lo que Gus les había regalado.

Buscaron las monedas y se las entregaron. Sabían que la bebida era algo obligado en los verdaderos vaqueros, y estaban impacientes por intentarlo.

—¿Conseguiremos mucha con esto? —preguntó Newt.

—Claro. Os conseguiré mucha cerveza y una botella de *whisky* para hacerla bajar.

Lippy cumplió su palabra. Al poco rato estaba de vuelta con mucha cerveza y una botella de *whisky*. Le brillaban los ojos pero los muchachos estaban tan excitados ante la idea de beber que ni se fijaron. Lippy les entregó la bebida e inmediatamente se fue calle arriba.

—¿Adónde vas? —preguntó Newt.

—El barbero me ha dicho que había un vendedor ambulante con un acordeón, en el hotel. Si no está demasiado encariñado con el acordeón, a lo mejor voy y se lo compro. Si dispusiéramos de un acordeón podríamos tener buena música en la carreta.

—Deberías comprarte un sombrero nuevo —le dijo Jimmy Rainey, porque Lippy seguía llevando el cochambroso bombín que había lucido en Lonesome Dove.

—Este sombrero parece que ha sido masticado por una ternera babosa —observó Newt, orgulloso de su ingenio. Lippy no podía oírle, y el ingenio se perdió.

Lo que no se perdió fue la cerveza. Los muchachos consideraron que no era adecuado estar bebiendo en mitad de la calle y se llevaron las botellas a la trasera de la cuadra. Pero cuanto más bebían, menos les molestaba el sabor amargo.

—Probemos el *whisky* —sugirió Ben Rainey. Inmediatamente pusieron en práctica la sugerencia. Después del frescor de la cerveza, el *whisky* sabía a fuego líquido y sus efectos fueron tan inmediatos como el fuego. Cuando Newt hubo bebido tres buenos tragos de *whisky* le pareció que el mundo había cambiado de súbito. El sol se había ido poniendo mientras bebían, pero unos simples tragos de *whisky* parecían pararlo todo. Se sentaron con la espalda apoyada en la pared de la cuadra y contemplaron cómo el sol, rojo y hermoso, se quedaba prendido sobre la oscura pradera. Newt creyó que tardaría horas en desaparecer. Bebió un par de botellas de cerveza y sintió que se volvía ligero. Se sentía tan ligero que tenía que apoyar las manos en el suelo de vez en cuando. Temía echarse a flotar de pronto. Podía ser que flotara hasta donde estaba prendido el sol. Era asombroso que unos tragos de líquido pudieran producir semejante sensación. Era una tontería pero poco después sintió la necesidad de echarse, sujetarse el estómago y agarrarse al suelo para estar seguro de que no iba a salir flotando en el aire.

El joven Jimmy Rainey resultó no tener estómago para la bebida. Empezó a vomitar casi tan pronto como empezó a beber. Pete Spettle bebía en abundancia pero solo parecía más sombrío y más deprimido, mientras que Ben Rainey disfrutaba enormemente de la bebida y tragó mucho más de lo que le

correspondía.

Les pareció que en un instante se habían acabado toda la cerveza. El sol había ido bajando mientras nadie miraba y el resplandor del ocaso se estaba disipando. Las estrellas ya habían salido y los cuatro seguían sentados detrás de la cuadra, borrachos, y más lejos de las putas de lo que habían estado al llegar a la ciudad.

Newt pensó que aquello no podía ser. Se levantó y descubrió que no flotaba, aunque cuando intentó andar le resultó muy difícil poner un pie delante de otro. Le irritó un poco porque nunca había tenido dificultades para andar y se sentía resentido contra sus pies por comportarse de forma tan peculiar.

Pero en cierto modo podía avanzar y emprendió el camino hacia la escalera trasera del *saloon*.

—Yo iré a ver a una por lo menos —dijo. Siguió andando, temeroso de que si paraba todo se malograría. Los otros se levantaron y empezaron a seguirle, Ben Rainey con la botella de *whisky*…, cosa totalmente innecesaria porque estaba vacía.

Newt enfiló la escalera sin problemas y llegó hasta el final. Sin proponérselo se encontró en cabeza, con el corazón en un puño. Su equilibrio era precario, como si llevara el estómago en la garganta y tuviera que avanzar con cuidado.

Desde abajo la escalera parecía larga y empinada, pero en un segundo se encontró arriba. La puerta estaba entreabierta y vio que allí había alguien. Lo único que pudo distinguir fue una enorme silueta. Y antes de que pudiera hablar vio a una mujer casi sin ropa, saliendo de una habitación detrás de la silueta. La mujer llevaba las piernas desnudas. La visión fue tan sorprendente que Newt no podía creer lo que estaba viendo.

—¿Quién es, Buf? —preguntó la mujer de las piernas desnudas.

—Creo que el gato se le ha comido la lengua —contestó la silueta con voz grave—. No se ha presentado.

—Soy Newt —respondió indeciso.

Los demás muchachos estaban llegando al final de la escalera. La silueta se trataba también de una mujer. Asomó por la puerta y observó el grupo de la escalera. Era una mujer grandota y olía como Pea Eye cuando salió de la barbería. Newt descubrió asombrado que también llevaba las piernas desnudas.

—Es un batallón de chiquillos —explicó a su compañera—. Seguro que acaban de salir de la escuela.

—Entonces será mejor que pasen mientras no tenemos trabajo —dijo la amiga—. Es decir, si pueden permitírselo.

—Oh, sí, tenemos dinero —aseguró Newt—. Hemos llegado con un rebaño y acabamos de cobrar.

—No sabía que los vaqueros fueran tan jóvenes —observó la mujerona—. Enséñame el dinero.

Newt sacó su moneda de oro y la mujer se le acercó para verla a la luz.

—Retiro lo dicho —comentó a su compañera—. Es un grupo de ganaderos ricos.

Newt se dio cuenta de que no le devolvía la moneda de oro, pero creyó que no debía decir nada. A lo mejor costaba diez dólares asomarse a la puerta de un sitio donde las mujeres andaban desnudas.

La mujer mantuvo la puerta abierta y él entró procurando no tropezar, porque sus pies estaban cada vez más inseguros. Los otros entraron detrás de él. Se encontraron en un vestíbulo desnudo contemplados por las dos mujeres.

—Esta es Mary y yo soy Buf —se presentó la grandota. Su enorme pecho parecía que fuera a reventar la bata que llevaba puesta. A la luz se podía apreciar que tampoco era muy mayor, pero era grande. En comparación, la otra parecía delgada como un alambre.

—Este ha pagado —dijo Buf poniendo la mano sobre el hombro de Newt—. Espero que vosotros seáis tan ricos como él, de lo contrario es mejor que volváis a bajar la escalera.

Los Rainey sacaron inmediatamente su dinero. Pete Spettle se metió la mano en el bolsillo y la sacó vacía. A continuación salió por la puerta sin decir palabra. Le oyeron bajar trabajosamente.

—Estos dos parecen hermanos —dijo Buf estudiando a los Rainey.

—Quédatelos, Buf —sugirió Mary—. Yo me quedaré con el que ha llegado primero.

—Veremos, a lo mejor sí y a lo mejor no —protestó Buf—. Yo le he visto primero, tengo derecho a elegir.

Newt casi deseó haber seguido el ejemplo de Pete Spettle. Era una noche calurosa y el vestíbulo resultaba sofocante. Sintió que iba a marearse. Al oírlas hablar se dio cuenta de que eran las dos putas que Dish había descrito. La grandota era la *Búfalo Hembra*, y la otra la que Dish había dicho que le trató bien. La *Búfalo* seguía con la mano puesta sobre su hombro mientras observaba al grupo. Tenía un diente negro en mitad de la boca. Su corpachón parecía desprender oleadas de calor, como una estufa, y el perfume que llevaba era tan fuerte que le mareaba.

—Tenemos toda la noche ocupada —observó Mary—. No podemos perder demasiado tiempo con estos renacuajos. Agarró a Ben Rainey de la mano y lo metió en una pequeña habitación, junto al vestíbulo.

—Mary se impacienta si algo no sale al momento —explicó Buf—. Ven, Newt.

A Jimmy Rainey no le gustó quedarse solo en lo alto de la escalera.

—¿Y yo qué hago? —preguntó quejumbroso.

—Quédate aquí como un poste —contestó Buf—. Mary es muy rápida sobre todo con los renacuajos. Te recibirá dentro de un momento.

Y Jimmy se quedó allí, con expresión desamparada.

Buf se llevó a Newt a una pequeña habitación con poca cosa en ella excepto una cama de hierro y una pequeña palangana sobre un pequeño soporte. En el alféizar de la ventana había una lámpara de petróleo apagada, sin pantalla. La ventana estaba abierta y el borde de la pradera seguía rojo, como si hubieran colocado una hilera de carbones encendidos a lo largo del mismo.

—¿Vienes de lejos? —preguntó Buf con voz ronca.

—Sí, señora, de Texas.

—Bueno, pues quítate los pantalones, Texas —le ordenó. Contempló sorprendido cómo se desabrochaba tres botones de la bata y la tiraba encima de la cama. Se quedó desnuda delante de él y como él estaba demasiado asombrado para moverse, alargó la mano y le desabrochó los pantalones.

—El problema de siempre con los vaqueros es el tiempo que tardan en sacarse las botas —le confesó mientras le desabrochaba los pantalones—. No me pagan por contemplar cómo los vaqueros luchan con sus malditas botas, así que no pongo sábanas en la cama. Si no se las sacan deprisa, tienen que hacerlo con las botas puestas.

Entretanto había desabrochado sus pantalones y sacado su colita a la luz, que, una vez liberada, se encontró con ella. Newt se hacía cruces de lo enorme que era la mujer; seguro que le partiría en dos.

—Dudo de que hayas tenido tiempo de pillar algo, pero es mejor comprobarlo —anunció.

Le llevó hacia la ventana y encendió la lámpara de petróleo. El movimiento de sus grandes pechos proyectaba extrañas sombras en la pared. Ante la sorpresa de Newt le echó agua en la colita. Luego se enjabonó las manos con una pastilla de un jabón tosco y le lavó vigorosamente, tanto que lanzó su chorro encima de ella sin poder evitarlo.

Se quedó horrorizado, seguro de que había hecho algo tremendamente indecoroso, mucho peor que no poder sacarse rápidamente las botas. Claro que había visto muchachos provocándoselo, y él también lo había hecho, pero una mujer empleando jabón y agua caliente lo provocaba mucho más deprisa.

Buf se limitó a reírse, mostrando su diente negro.

—Se me había olvidado que los renacuajos estáis tan cachondos que no podéis aguantar una enjabonada —dijo secándole con un trozo de arpillera.

Luego se acercó a la cama y se echó sobre el jergón de perfollas de maíz, que crujieron, protestando.

—Venga, pruébalo. Aún debe quedarte otra carga.

—¿Debo sacarme las botas antes? —preguntó Newt sintiéndose desesperadamente inexperto y temeroso de cometer otro desastre.

—Con lo rápido que eres no merece la pena el esfuerzo —comentó Buf rascándose sin delicadeza—. Seguro que todavía te queda mucho.

Newt se arrodilló entre sus muslos y ella le agarró y trató de meterlo dentro,

pero estaba demasiado lejos.

—Acércate más —le dijo—. No vas a hacer nada desde los pies de la cama. Te has gastado diez dólares, deberías intentarlo por lo menos. Algunas chicas te cobrarían los diez dólares solo por enjabonarte, pero Mary y yo somos honradas.

Newt permitió que le dirigiera y le hiciera entrar, pero con gran vergüenza resbaló fuera. Trató de introducirse de nuevo, pero no supo encontrar el punto. La barriga de Buf era enorme y resbaladiza. Newt volvió a marearse y notó que resbalaba. Tuvo de nuevo la sensación de que iba a caer al suelo y se agarró a ella para evitarlo.

Búfalo soportó impertérrita sus contorsiones.

—Tendrás que volver cuando cobres de nuevo. Súbete los pantalones y mándame al otro renacuajo.

Al bajar de la cama, Newt se acordó de pronto de Lorena. Esto era lo que había estado haciendo todos aquellos meses en el « Dry Bean» con cualquier hombre que hubiera cobrado su paga. Sintió una pena terrible de no haber tenido entonces diez dólares. Aunque Buf había sido amable, hubiera preferido mil veces que le enjabonara Lorena, aunque sabía que probablemente no habría tenido valor tratándose de Lorena.

—¿Solo sois las dos? —preguntó mientras se abrochaba, tenía cierta curiosidad por Mary y pese a su vergüenza trataría de visitarla si conseguía otros diez dólares.

—Mary y yo —explicó Buf—. Yo me quedo a los que les gustan gordas y ella a los que les gustan flacas. Y si es alguien que le da lo mismo una que otra, entonces va con la primera que no esté ocupada.

Seguía echada, desnuda, encima de la cama.

—Voy a buscar a Jimmy —dijo Newt. Cuando abrió la puerta, Jimmy estaba a solo un paso de distancia. Probablemente había estado escuchando, y esto le molestó a Newt, aunque Jimmy parecía que se encontraba demasiado mal para enfadarse con él.

—Te toca a ti —anunció Newt. Jimmy entró en la habitación, y Newt bajó la escalera y se encontró a Pete esperándole abajo.

—¿Por qué te has ido? —preguntó Newt.

—Prometí a mi madre que le guardaría el dinero.

—Ojalá hubiéramos tenido más cerveza.

Aunque su experiencia con la *Búfalo Hembra* había sido más que embarazosa, no se sintió decepcionado. Solo el hecho de que no le quedaba más que unos centavos le impidió volver y probar suerte con Mary. Pese a lo peculiar de la cosa, era sumamente interesante. El que costara diez dólares apenas le importó, pero fue el único que adoptó aquella actitud. Ben Rainey bajó justo detrás de él quejándose de lo extraordinariamente cara que le resultaba la experiencia.

—Después de lavarme, apenas duró un minuto —protestó.

Jimmy Rainey no tardó en seguirle, pero guardó absoluto silencio sobre su experiencia. Todavía no se le había sentado el estómago y de tanto en tanto se quedaba atrás para vomitar mientras daban vueltas por la ciudad en busca de Lippy.

—Las putas ganan bastante más que los vaqueros —no dejaba de decir Ben. Esto parecía preocuparle mucho. Solo ganamos treinta dólares al mes y ellas nos sacan los treinta dólares en tres minutos. Y serían cuarenta si Pete no se hubiera rajado.

Para Newt semejante argumento no valía. Lo que las putas vendían era único. El hecho de que sobrepasara la máxima paga no importaba. Se dijo que terminaría siendo un gran putero, como Jake o el señor Gus, cuando fuera mayor y tuviera dinero que gastar.

Encontraron a Lippy por el sonido del acordeón, que había conseguido adquirir, pero que aún no dominaba. Estaba sentado en los peldaños de entrada al *saloon* que tenía los cuernos sobre la puerta, intentado tocar *Buffalo Gal* ante un público compuesto de muleros y Allen O'Brien. El irlandés estaba asustado ante los vacilantes tanteos de Lippy.

—Nunca logrará cogerle el tranquillo —dijo un mulero—. Suena como el quejido de un mulo.

—Acabo de comprar este acordeón —se justificó Lippy—. Sabré tocarlo cuando lleguemos a Montana.

—Sí, y como os pillen los sioux chillaréis peor que esta caja de música —dijo el mulero.

Allen O'Brien, generoso, compró una cerveza a cada uno de los muchachos. Aunque ya había oscurecido, la gente todavía circulaba por las calles de Ogallala. En un momento dado oyeron disparos, pero nadie se preocupó de ir a ver qué pasaba.

Una cerveza bastó para que Jimmy Rainey empezara a vomitar de nuevo. Mientras regresaban adonde estaba el rebaño, Newt se sintió algo triste; era imposible predecir cuándo volvería a tener la oportunidad de visitar una casa de putas.

Mientras cabalgaba soñando con tener otros diez dólares, algo asustó a sus caballos… Nunca averiguaron lo que pudo haber sido, pero Pete Spettle creyó haber visto una pantera. En todo caso Newt y Ben fueron arrojados de la silla antes de saber lo que ocurría, y Pete y Jimmy salieron disparados en la oscuridad sobre sus asustados caballos.

—¿Y si eran indios? —preguntó Ben cuando se hubieron levantado.

Era una noche de luna clara y no se veía ningún indio, pero por si acaso ambos desenfundaron sus pistolas y se agacharon muy juntos mientras escuchaban el descorazonador ruido de sus caballos al alejarse.

No cabía hacer otra cosa que volver al campamento andando, con las pistolas preparadas, excesivamente preparadas porque Ben casi mató a su hermano cuando Jimmy volvió finalmente en su busca.

—¿Dónde está Pete? —preguntó Newt, pero Jimmy lo ignoraba.

El caballo de Jimmy podía llevar a dos, pero no a tres, así que Newt tuvo que recorrer andando los tres últimos kilómetros, furioso consigo mismo por no haber sujetado bien las riendas. Era la segunda vez en la marcha que era derribado, y estaba seguro de que al día siguiente todo el mundo lo comentaría.

Pero cuando llegó su caballo estaba pastando con el resto de la remuda, y solo Po Campo estaba despierto para descubrirlo. Po parecía dormir poco. Siempre que alguien terminaba una guardia solía estar levantado cortando carne y calentando café.

—¿Qué tal el paseo? —preguntó ofreciendo un trozo de carne fría. Newt la aceptó, pero tan pronto se sentó descubrió que estaba demasiado cansado para comer. Se durmió con el pedazo de carne en la mano.

87

Clara estaba arriba cuando vio a los cuatro jinetes. Acababa de limpiar a su marido. El pequeño estaba abajo con las niñas. Casualmente los vio al mirar por la ventana, pero aún estaban demasiado lejos, en la parte norte del Platte. Cualquier jinete que se acercara era algo que llamaba la atención en aquel país. Durante los primeros años, la visión de un jinete la asustaba e iba en busca de Bob o cogía el rifle que tuviera a mano. Se sabía que los indios solían vestirse con ropa de blancos para confundir a colonos, y en el Territorio había también muchos hombres blancos tan peligrosos como los indios. Cuando se encontraba sola, la visión de cualquier jinete le causaba terror.

Pero a lo largo de los años habían tenido tanta suerte con los visitantes que poco a poco dejó de estremecerse de horror a la vista de un jinete en el horizonte. Sus tragedias habían sido provocadas por el tiempo y la enfermedad, no por atacantes. Pero no había abandonado el hábito de vigilar y se volvió con una sábana limpia en la mano observando por la ventana a medida que los jinetes salvaban las lejanas laderas y desaparecían tras la maleza a lo largo del río.

Algo en los jinetes le llamó la atención. Con los años había adquirido buen ojo para los caballos, y también para los jinetes. Algo en los hombres que venían del Norte tocó un resorte en su memoria, pero la llamada era tan débil que solo perdió un segundo para preguntarse quién podía ser. Terminó su tarea y se lavó la cara porque había mucho polvo en el aire y se había puesto perdida al volver de los corrales. Era la clase de polvo que se filtra por las ropas. Pensó en cambiarse de blusa, pero consideró que si lo hacía, el paso siguiente iba a ser tomar baños por las mañanas y cambiarse de ropa tres veces al día como una dama, y no tenía tanta ropa como para hacerlo ni se consideraba tan distinguida. Así que se arregló lavándose la cara y olvidándose de los jinetes. July y Cholo estaban trabajando en los corrales y sin duda les verían también. Probablemente se trataba de gente del Ejército que quería comprar caballos. Red Cloud les hostigaba duramente y cada semana aparecían dos o tres hombres del Ejército en busca de caballos.

Fue uno de ellos quien dio la noticia a July sobre su mujer, aunque naturalmente el soldado ignoraba que se trataba de la mujer de July cuando comentó que había encontrado los cuerpos de una mujer y de un cazador de

búfalos. Clara estaba lavando la ropa y no se enteró de la historia, pero cuando fue a los corrales un poco después se dio cuenta de que algo marchaba mal. July estaba apoyado en la valla, blanco como el papel.

—¿Se encuentra mal? —le preguntó. Cholo se había ido con el soldado para mirar el ganado.

—No, señora —respondió con voz apenas audible. A veces, con gran irritación por su parte, la llamaba «señora», generalmente cuando estaba demasiado alterado para pensar—. Ellie —aclaró—, el soldado ha dicho que los indios mataron a una mujer y un cazador de búfalos a unos cien kilómetros al Este. No me cabe duda de que era ella. Viajaban en aquella dirección.

—Venga a la casa —le dijo. Estaba tan débil que apenas podía caminar y durante varios días no sirvió para nada, vencido de dolor por una mujer que no había hecho sino huir de él y engañarle prácticamente desde el mismo día que se casaron.

Las niñas adoraban a July y le cuidaron constantemente, llevándole platos de sopa y discutiendo entre ellas por el privilegio de servirle. Personalmente, Clara estaba irritada por la imbecilidad del hombre. Las niñas no podían comprender su actitud y así se lo decían.

—¡Pero mamá, descuartizaron a su mujer! —protestó Betsey.

—Ya lo sé.

—Eres muy severa, mamá. ¿Es que July no te gusta? —preguntó Sally.

—Me gusta mucho —respondió Clara.

—Pues él cree que estás enfadada con él —insistió Betsey.

—¿Y que le importa a él? —comentó Clara sonriendo—. Os tiene a las dos para mimarle. Sois muy cariñosas.

—Es que queremos que te guste. —Betsey era la más directa de las dos.

—Ya os he dicho que me gusta —afirmó Clara—. Ya sé que hay gente poco lista que generalmente quiere a los que no les quieren. Lo acepto hasta cierto punto. Pero pasado este punto, no. Creo que es enfermizo llorar demasiado a quienes jamás hemos importado un comino.

Las niñas se quedaron silenciosas.

—Recordad una cosa —dijo Clara—. Si os enamoráis de un imbécil os compadeceré. Algunos insistirán en que es una obligación de la mujer no abandonar nunca al hombre con el que se ha establecido un vínculo. Yo digo que es una locura. El vínculo tiene que funcionar en ambas direcciones. Si un hombre no cumple con su parte, ha llegado el momento de abandonar.

Se sentó a la mesa y se encaró con las niñas. July estaba fuera, lo bastante alejado para no oírla:

—July no quiere aceptar el hecho de que su mujer nunca le quiso.

—Pero debía haberle querido —porfió Sally.

—Cuando se habla de amor, el deber cuenta tan poco como un moscardón.

No le amaba. La habéis visto. Ni siquiera le importaba Martin. Vosotras habéis dado a July y a Martin más amor que el que les dio aquella desgraciada. No digo esto para condenarla. Sé que tenía sus problemas, y dudo de que estuviera en su sano juicio. Lamento que no supiera controlarse más para huir de su marido y de su hijo, dejándose matar.

Se calló para que las niñas reflexionaran un poco sobre estas cuestiones. Le interesaba averiguar qué elegirían como punto más importante.

—Queremos que July se quede —dijo finalmente Betsey—. Tú acabarás haciéndole marchar con tanta severidad, y entonces también le descuartizarán a él.

—¿Tan mala me creéis? —preguntó Clara sonriendo.

—Eres bastante mala —replicó Betsey.

Clara se echó a reír.

—Vosotras también seréis malas si no cambiáis. Yo también tengo derecho a mis sentimientos, ¿sabéis? Estamos cuidando muy bien de July Johnson. Lo que me molesta es que se deje confundir y que no pueda darse cuenta de lo que no estaba bien y que tampoco a él le gustaba.

—¿No puedes tener un poco más de paciencia? —preguntó Sally—. Con papá eres paciente.

—A papá le destrozaron la cabeza. No puede evitar estar como está.

—¿Mantuvo su compromiso? —preguntó Betsey.

—Sí, por espacio de dieciséis años, aunque nunca me gustó cómo bebía.

—¡Ojalá se ponga bien! —dijo Sally. Había sido la preferida de su padre y era la que más le compadecía.

—¿Va a morirse? —preguntó Betsey.

—Me temo que sí —asintió Clara. Había tenido cuidado de no dejar que las niñas lo creyeran así, pero se preguntaba si no estaría equivocada. Bob no mejoraba ni era probable que lo hiciera.

Sally se echó a llorar, y Clara la rodeó con sus brazos.

—En todo caso nos queda July —comentó Betsey.

—Si no le echo —dijo Clara.

—¡No se te ocurra hacerlo! —exclamó Betsey echando chispas.

—A lo mejor se aburre y se va por su cuenta —observó Clara.

—¿Cómo podría aburrirse? Hay mucho que hacer —declaró Sally.

—No seas tan dura con él, mamá —suplicó Betsey—. No queremos que se marche.

—Pero no le hará ningún daño aprender una o dos cosas. Si se propone quedarse será mejor que aprenda a tratar a las mujeres.

—Nos trata muy bien —dijo Betsey.

—Todavía no sois mujeres. Yo soy la única que hay por aquí y será mejor que se afane si quiere seguir disfrutando de mi buena disposición.

July no tardó en volver al trabajo, pero su comportamiento no mejoraba gran cosa. Nunca estaba de humor y no se podía bromear con él, lo que irritaba a Clara. Siempre le había gustado hacer bromas y consideraba una ironía de su vida el que frecuentemente se hubiera sentido atraída por hombres que no encajaban las bromas que se les dedicaban. Bob nunca había reaccionado a las bromas, o ni siquiera se daba cuenta de ellas, y su afición a ellas se le iba oxidando poco a poco por falta de práctica. Claro que bromeaba con las niñas, pero no era lo mismo que hacerlo con un hombre. Muchas veces le entraron ganas de pellizcar a Bob por mostrarse tan imperturbable. July no era mejor. En realidad él y Bob estaban cortados por el mismo patrón, un patrón fuerte, pero poco imaginativo.

Cuando bajó, después de haberse lavado la cara, oyó hablar en la parte de atrás y se quedó clavada en la escalera porque no cabía la menor duda sobre quién hablaba. El resorte en su memoria que había sido débilmente tocado cuando vio a los jinetes resonó de pronto en ella como la nota de un órgano. Ningún sonido en el mundo podía hacerla más feliz, porque oía la voz de Augustus McCrae, una voz como ninguna. Sonaba igual como había sonado siempre. Oír su voz tan inesperadamente después de dieciséis años hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. El sonido borró los años. Se quedó en la escalera, momentáneamente agitada, insegura por un instante sobre dónde se encontraba o en qué momento, por lo mucho que le recordaba las otras veces en que Augustus aparecía inesperadamente, y ella, en su cuartito sobre la tienda, le oía hablar con sus padres.

Solo que ahora hablaba con sus hijas. Clara lamentó no haberse cambiado de blusa. Gus siempre había apreciado su aspecto. Acabó de bajar la escalera y miró por la ventana de la cocina. Y en efecto, Gus estaba allí, de pie delante de su caballo, hablando con Betsey y Sally. Woodrow Call estaba a su lado, aún montado en su caballo, y al lado de Call, sobre un bayo, había una mujer rubia vestida de hombre. El último del grupo era un muchacho guapo montado sobre una yegua parda.

Clara observó que Gus ya había conquistado a las niñas. July Johnson tendría suerte si conseguía otro plato de sopa de sus manos si Gus seguía por allí.

Se quedó un momento en la ventana observándole. A ella no le pareció mucho más viejo. Cuando era joven ya tenía el pelo blanco. Gus siempre la había estimulado; su pasión por conversar igualaba la suya. Permaneció en el umbral de la cocina con una sonrisa en los labios. Solo el verle la excitaba. De pronto dio unos pasos y Augustus se volvió. Sus ojos se encontraron y él sonrió:

—Guapa como siempre…

Ante el enorme asombro de sus hijas, Clara salió del porche y fue directamente a los brazos del forastero. Tenía una expresión en los ojos que

nunca le habían visto, y alzó su rostro hacia el del desconocido y le besó en la boca, una acción tan sorprendente e inesperada que las niñas recordaron aquel momento hasta el final de sus vidas.

Newt estaba tan asombrado que no sabía dónde mirar.

Cuando Clara le besó, Lorena bajó lo ojos, con el corazón lleno de desesperación. Allí estaba la mujer. Gus la amaba, y ella había perdido. Debió haberse quedado en la tienda y no venir a verlo, pero había querido venir. Ahora, después de haberlo hecho, hubiera dado cualquier cosa por encontrarse en otra parte, pero ya era demasiado tarde. Cuando volvió a levantar la vista, vio que Clara se había apartado un poco y miraba a Gus con el rostro resplandeciente de felicidad. Lorena se fijó que tenía los brazos delgados y las manos grandes. Dos hombres venían de los corrales hacia el grupo.

—Bueno, preséntame a tus amigos, Gus.

Apoyó una mano en el brazo de Clara y se acercó con él a los caballos.

—Bueno, a Woodrow ya le conoces —dijo Gus.

—Cómo está usted —murmuró Call, sintiéndose torpe.

—Te presento a la señorita Lorena Wood —dijo Gus y se acercó para ayudarla a desmontar—. Viene de tan lejos como nosotros. En realidad desde Lonesome Dove. Y este joven es Newt.

—¿Newt, qué? —preguntó Clara.

—Newt Dobbs —respondió Augustus después de una pausa.

—¿Cómo está, señorita Wood? —la saludó Clara. Con gran sorpresa de Lorena parecía amable, mucho más amable de lo que acostumbraban a ser las mujeres con ella—. No sé si envidiarla o compadecerla por cabalgar desde tan lejos con el señor McCrae. Ya sé que es divertido, pero a veces demasiada diversión acaba con la vida de una persona.

Y Clara se echó a reír, con una risa feliz. Le divertía que Augustus hubiera creído oportuno llegar con una mujer, que ella hubiera asombrado a sus niñas besándole y que Woodrow Call, un hombre que nunca le había gustado y que consideraba poco más interesante que un tronco cortado, no hubiera sido capaz, después de dieciséis años, de decirle nada mejor que «¿Cómo está usted?». Añadía alegría a la situación, y pensaba que llevaba tanto tiempo en Nebraska que merecía cierta alegría.

Se dio cuenta de que la joven la temía. Había echado pie a tierra, pero seguía con la vista baja. Entonces se acercaron July y Cholo, July con la sorpresa visible en el rostro.

—¡*Sheriff* Johnson! —exclamó Augustus—. Es verdad eso que se dice de que el mundo es un pañuelo.

—Solo para ti, Gus, porque estoy segura de que conoces a todo el mundo —dijo Clara.

Entonces miró a July, que hasta ese momento no había abierto la boca. La

miraba fijamente y pensó que debía ser porque aún estaba colgada del brazo de Gus. Esto la hizo reír de nuevo. En pocos minutos, la llegada de Gus McCrae había dejado a todo el mundo confundido, como solía ocurrir en el pasado. Siempre había sido una peculiaridad de su amistad con Augustus. Nadie había podido saber si estaba o no enamorada de él. Sus padres se lo habían preguntado durante años. La cuestión había remplazado sus discusiones sobre la Biblia como tema de conversación. Incluso cuando aceptó a Bob, la presencia de Gus en su vida desconcertó a mucha gente, porque no tardó en demostrar que no tenía la intención de renunciar a él porque se propusiera casarse. La cosa resultaba aún más divertida por el hecho de que Bob admiraba a Gus, y probablemente encontraba raro que le hubiera elegido a él antes que a Gus. Si hubiera sido más listo hubiera descubierto que de haber querido habría tenido a Gus.

Era una admiración no compartida porque Gus consideraba a Bob el más aburrido de los hombres, y así solía decirlo:

—¿Por qué te casas con ese plomo?

—Me conviene —contestaba ella—. Dos caballos de carreras como nosotros nunca se llevarían bien. Yo querría ir delante y tú también.

—Nunca pensé que fueras a casarte con un hombre que no tiene nada que decir.

—Hablar no lo es todo —le contestó. Esta respuesta la recordó con pesadumbre durante años porque Bob apenas parecía capaz de pronunciar dos palabras al mes.

Ahora Gus había vuelto y al instante había cautivado a las niñas. Betsey y Sally estaban fascinadas, aunque también se sentían turbadas porque este hombre de pelo blanco había llegado y besado a su madre.

—¿Dónde está Robert? —preguntó Augustus por educación.

—Arriba, enfermo —respondió Clara—. Un caballo le dio una patada en la cabeza. Es una mala herida.

Al recordar por un momento al hombre silencioso de arriba pensó en lo injusta que era la vida. Bob se moría, pero este convencimiento no podía impedir su felicidad a la vista de Gus y de sus amigos. Además era un día maravilloso de verano, un día maravilloso para cualquier acto social.

—Niñas, id a buscar tres pollos —les dijo—. Supongo que la señorita Wood estará cansada de comer carne de vaca. Hace un día tan bonito que quizá después pudiéramos ir de *picnic*.

—¡Oh, sí, mamá, vayamos! —exclamó Sally. Le encantaban los *picnics*.

A Clara le hubiera gustado charlar a solas con Augustus, pero esto tendría que esperar hasta que las cosas se calmaran un poco, pensó. La señorita Wood seguía manteniendo los ojos bajos y no decía nada, pero cuando alzaba la vista era siempre para mirar a Gus. Clara les hizo pasar a la cocina, pero les dejó un momento porque oyó al niño.

—¿Te das cuenta? Todas tus preocupaciones eran infundadas —dijo Augustus a Lorena en voz baja—. Tiene un bebé.

Lorena no contestó. La mujer parecía simpática; incluso le había ofrecido un baño, pero seguía asustada. Lo que deseaba era estar de nuevo en camino con Gus. Su mente siguió adelantándose a cuando terminara la visita y volviera a tener a Gus para ella sola. Entonces tendría menos miedo.

Clara no tardó en bajar con el niño en brazos.

—Es el hijo de July —dijo entregando el niño a Gus como si fuera un paquete.

—Bueno, ¿y qué hago yo con él? —preguntó Augustus. Pocas veces había tenido un niño en brazos y se sentía algo incómodo.

—Nada, sosténlo o entrégaselo a la señorita Wood. Yo no puedo sostenerlo y cocinar a la vez.

Call, July y Cholo se habían ido a los corrales, porque Call necesitaba comprar unos caballos y en todo caso no le apetecía estar sentado en una cocina y conversando.

A Lorena le pareció divertido ver a Gus cargado con el niño. En todo caso parecía más relajado que la mujer que se lo había entregado de aquel modo. Dejó de sentirse tan nerviosa y contempló al niño comiéndose su manita gordezuela.

—Si este es el hijo del *sheriff* Johnson, ¿por dónde anda su mujer? —preguntó Augustus.

—Está muerta —respondió Clara—. Llegó aquí con dos cazadores de búfalos, tuvo al niño y se marchó. July apareció dos semanas después, medio muerto de preocupación.

—Así que les adoptaste a los dos… Siempre te gustó quedarte con las cosas.

—Fíjese en él —observó Clara—. No me ha visto en dieciséis años y ya se siente en libertad de criticar. Es sobre todo a Martin al que yo quería. A medida que la vida avanza, cada vez me siento más disgustada con los hombres mayores.

Lorena sonrió a pesar suyo. Había algo divertido en el modo descarado en que hablaba. No era de extrañar que Gus la admirara porque a él también le gustaba hablar mucho.

—Deja que lo tenga yo —y alargó las manos para coger al niño.

Augustus estuvo encantado de pasárselo. Había estado observando a Clara y no le gustaba tener que distraer su atención con un niño inquieto. Era la misma Clara de siempre, en cuanto a carácter, pero su cuerpo había cambiado. Tenía el pecho más grande y la cara más flaca. El verdadero cambio estaba en sus manos. De muchacha sus manos eran delicadas, de dedos largos y muñecas finas. Ahora eran sus manos las que llamaban la atención: el trabajo que había estado haciendo las había transformado en unas manos grandes, como las de un hombre. Estaba pelando patatas con ellas y manejaba el cuchillo con la misma

destreza que un trampero. Sus manos habían dejado de ser hermosas, pero llamaban la atención: eran las manos de una mujer formidable, quizá demasiado formidable.

Aunque solo había mirado sus manos de refilón, Clara captó la mirada, haciendo gala de su vieja habilidad de leer el pensamiento.

—En efecto, Gus —dijo—. Soy un poco más tosca, pero el campo se te lleva la frescura.

—No se te ha llevado la frescura —le aseguró, porque quería que ella supiera lo contento que estaba de que en cierto modo siguiera siendo la misma, la misma que recordaba con tanto agrado.

Clara sonrió y se detuvo un instante para hacer cosquillas al niño. También sonrió a Newt, que se ruborizó porque no estaba acostumbrado a las sonrisas femeninas. Las niñas no dejaban de mirarle.

—Tendrá que perdonarnos, señorita Wood. Gus y yo fuimos novios. Es un milagro que ambos sigamos vivos, teniendo en cuenta las vidas que hemos llevado. Tenemos que recuperar gran parte del tiempo perdido, si nos lo permite y nos perdona.

A Lorena no le importó, al menos no tanto como unos minutos antes. Era maravilloso estar sentada en una cocina y sostener al niño. Incluso era agradable oír a Clara charlar con Gus.

—Bueno, ¿y qué ocurrió con la esposa del señor Johnson cuando se hubo ido? —preguntó Augustus.

—Buscaba a un viejo amor —explicó Clara—. Era un asesino que fue ahorcado mientras ella se recobraba del parto. July vino y la fue a ver, pero no quiso saber nada de él. Ella y uno de los cazadores de búfalos siguieron el viaje y los sioux la mataron. Y tú ten cuidado también no te vayan a coger —añadió.

—No creo que ningún indio se atreva a molestarte —comentó Augustus—. Saben que contigo no tendrían ninguna oportunidad.

—Evitamos que algunos se murieran los últimos inviernos, cuando se acabaron los búfalos. Bob les da los caballos viejos. La carne de caballo es mejor que nada.

Puso un poco de leche en la botella del niño y enseñó a Lorena cómo tenía que darle de comer. Mientras bebía, el niño miraba a Lorena con gravedad.

—Le gusta usted, señorita Wood. Supongo que nunca había visto a una mujer rubia.

El niño estornudó varias veces y Lorena temió haber hecho algo mal, pero Clara se rio de su preocupación y el niño volvió a calmarse.

Call llegó de los corrales un poco después, mientras Clara freía los pollos. Quería comprar algunos caballos y encontró unos que le gustaban, pero ni Cholo ni July quisieron cerrar el trato. Le habían mostrado los caballos sin dificultad, pero le informaron de que era Clara la que cerraba los tratos. Aquello le pareció

irregular: dos hombres hechos y derechos, allí, y sin embargo, se veía forzado a negociar con la mujer.

—Me han dicho que es usted la que hace los tratos —anunció.

—Sí. Soy tratante de caballos. Niñas, terminad con estos pollos que voy a ver lo que ha elegido el capitán.

Volvió a mirar al muchacho que se había ruborizado cuando ella le sonrió. Estaba contándole algo a Sally y no vio su mirada. En su opinión era la imagen del capitán Call, con el mismo cuerpo y los mismos movimientos. « ¿Por qué te llamarás Dobbs?» , se preguntó.

Camino de los corrales, Call pensó en decirle algo, pero no se le ocurrió nada.

—Tiene un rancho muy bonito —acabó diciendo—. Espero que a nosotros nos vaya igual de bien en Montana.

—Yo solo deseo que lleguen vivos. Deberían instalarse por aquí y esperar cinco años. Imagino que para entonces Montana será un país seguro. Ahora no lo es.

—Estamos decididos a ser los primeros —respondió Call—. No puede ser peor de lo que era Texas.

Clara puso un precio tan alto a los caballos que Call estuvo tentado de dejarlos. Estaba seguro de que se hubiera entendido mejor con su marido, de haber estado bien y dispuesto. Había algo ausente en la mirada de Clara cuando le dijo los precios. Era como si le retara a regatear. Había regateado en muchas ocasiones, pero nunca con una mujer. Le daba vergüenza. Mucho peor, sentía que no le caía bien, aunque no recordaba haberle dado motivos para estar ofendida. Reflexionó varios minutos sobre la cuestión, tanto que Clara se impacientó.

Newt le había seguido pensando que el capitán podía necesitarle para ayudar con los caballos si se quedaba alguno. Se daba cuenta de que el capitán estaba molesto con la mujer. Le sorprendió ver que a ella le tenía sin cuidado. Cuando el capitán estaba molesto con los hombres, a ellos les preocupaba, pero la mujer seguía allí, con el cabello castaño agitado por el viento, sin importarle lo más mínimo y sin ceder un ápice. Era increíble. Nunca había esperado ver a nadie enfrentarse al capitán; tal vez el señor Gus.

—He abandonado a mis invitados —dijo Clara—. Quién sabe cuándo volveré a ver a Gus McCrae. Tómese todo el tiempo que quiera para pensarlo.

Newt aún estaba más escandalizado. El capitán no abrió la boca. Era casi como si la mujer le hubiera dado una orden.

La mujer dio la vuelta y al hacerlo descubrió a Newt mirándola, antes de que le diera tiempo a bajar la vista. Se sintió avergonzado, pero ante su sorpresa Clara le volvió a sonreír, una sonrisa afectuosa que se desvaneció cuando se volvió hacia el capitán.

—Es un precio alto, pero son buenos caballos —confesó Call, preguntándose

cómo los hombres se avenían a trabajar para una mujer tan inflexible.

Luego se acordó de que el más joven de los dos había sido el *sheriff* que perseguía a Jake Spoon.

—Viene de Arkansas, ¿verdad? —preguntó.

—De Fort Smith —respondió July.

—Ahorcamos a su hombre —anunció Call—. Se unió a una banda de malhechores. Les cogimos en Kansas.

Durante unos segundos July no pudo recordar de qué le estaba hablando. Le parecía que había pasado toda una vida desde que salió de Fort Smith en busca de Jake Spoon. Hacía tiempo que se había olvidado por completo del hombre. La noticia de que había muerto no le afectó lo más mínimo.

—Dudo de que yo le hubiera podido encontrar. Tuve problemas con el caballo cerca de Dodge —explicó July.

Cuando Clara regresó a la casa tenía las mejillas encendidas. La forma en que Call se quedó allí, silencioso, sin hacer tan siquiera una pregunta o una oferta, esperando que fuera ella la que rebajara el precio, le pareció de lo más arrogante. Cuanto más pensaba en ello, menos hospitalaria se sentía hacia aquel hombre.

—No puedo decir que me guste tu socio —confesó a Augustus. Había convencido a las niñas para que le dieran unas mollejas y se las estaba comiendo.

—No tiene práctica con las mujeres —respondió Augustus divertido al verla enfadada. Mientras no se enfadara con él, las mejillas encendidas realzaban su belleza.

—Mamá, ¿nos llevamos también el suero? —preguntó Betsey. Ella y Sally se habían cambiado de vestido sin permiso de su madre y estaban tan excitadas ante la perspectiva del *picnic* que no paraban de moverse.

—Sí, hoy es día de fiesta. He pedido a Cholo que enganche la carreta pequeña. Una de las dos tiene que cambiar al niño, huele bastante mal.

—Yo os ayudaré —ofreció Lorena. Esto sorprendió a Augustus, que la vio subir con las niñas. Clara se quedó escuchando sus pasos al subir la escalera. Luego volvió sus profundos ojos grises hacia Augustus y comentó:

—No es mucho mayor que mis hijas.

—No vayas a reñirme. Yo no tengo la culpa de que te casaras.

—Si me hubiera casado contigo me habrías dejado por alguien más joven y más estúpida que yo —observó Clara. Le sorprendió que ella le apoyara una de sus fuertes manos en el hombro por un instante—. Me gusta tu chica —continuó —. Lo que no me gusta es que hayas pasado todos estos años junto a Woodrow Call. Le detesto y me irrita que él haya disfrutado tanto de ti y yo tan poco. Creo que yo tenía más derechos.

Augustus estaba estupefacto. De nuevo volvía a reflejarse la ira en sus ojos, y

esta vez dirigida a él.

—¿Dónde has estado en los últimos quince años?

—En Lonesome Dove sobre todo. Te escribí tres cartas.

—Las recibí. ¿Y qué has estado haciendo tú durante todo este tiempo?

—Beber mucho *whisky* —contestó Augustus.

Clara siguió preparando la cesta para el *picnic*.

—Si eso es todo lo que has hecho, también pudiste hacerlo en Ogallala y ser mi amigo. Perdí tres hijos, Gus. Necesitaba un amigo.

—¿Por qué no me escribiste? Yo no lo sabía.

Clara apretó los labios.

—Espero encontrar algún día un hombre en mi vida que sepa intuir estas cosas. Te escribí, pero rompí las cartas. Pensé que si no aparecías espontáneamente no me servirías de nada.

—Bueno, pero estabas casada —protestó sin saber por qué se molestaba en discutir.

—Sí, estaba muy casada, pero hubiera podido tener un amigo. Quiero que veas a Bob antes de que te marches. El pobre lleva dos meses tendido en la cama y apagándose.

La ira había desaparecido de sus ojos. Se sentó en una butaca, junto a él, mirándole con su habitual fijeza, como si leyera en su rostro los acontecimientos de los quince años que había pasado lejos de ella.

—¿De dónde sacaste a la señorita Wood? —le preguntó.

—Estaba en Lonesome Dove.

—¿Haciendo qué?

—Haciendo lo que podía, pero no debes reprochárselo.

Clara le miró fríamente.

—No suelo juzgar tan duramente a las mujeres. Yo hubiera podido hacer lo mismo en determinadas circunstancias.

—Lo dudo.

—Claro, pero tú no sabes mucho de mujeres aunque creas que sí. En este aspecto te has equivocado.

—Eres una deslenguada —protestó Augustus.

Clara se limitó a sonreír con su vieja y atractiva sonrisa.

—Soy sincera —afirmó—. Para la mayoría de los hombres esto es ser deslenguada.

—Bueno, tal vez te interese saber que Lorie inició este viaje con tu viejo amigo Jake Spoon. Como de costumbre fue un descuidado y dejó que se la raptara un verdadero criminal.

—Y entonces tú la salvaste… No me extraña que te adore. ¿Qué ha sido de Jake?

—Terminó mal —contestó Augustus—. Le ahorcamos. Iba con una banda de

asesinos.

Clara no se inmutó ante la noticia. Oyó bajar a las chicas. Lorena llevaba el niño. Clara se levantó para que Lorena pudiera sentarse. Los ojos del niño la siguieron.

—Betsey, vete en busca de July y de los hombres y pregúntales si quieren lavarse antes de que nos vayamos.

—Dudo que consigas que Woodrow participe del *picnic* —comentó Augustus —. Estará deseando volver al trabajo.

Pero Call participó. Había vuelto a la casa pensando en el modo de decir a Clara que rebajara los caballos, y se encontró con que las niñas cargaban la pequeña carreta, Lorena sostenía un niño y Gus transportaba una jarra de suero.

—¿Puede conducirnos, capitán? —le rogó Clara entregándole las riendas de la pareja de mulos, antes de que pudiera responder. Con tanta gente mirando no podía protestar, y condujo la pequeña carreta cinco kilómetros al oeste del Platte hasta un lugar donde había un pequeño grupo de chopos.

—No es tan bonito como nuestro sitio junto al Guadalupe, Gus, pero es lo mejor que tenemos —observó Clara.

—¿Quieres decir tu huerta? —dijo Gus.

Clara pareció desconcertada por un momento. Se le había olvidado que era así como había bautizado su lugar de *picnic* junto al Guadalupe.

El día se mantuvo precioso y el *picnic* fue un éxito para todos excepto para el capitán Call y July Johnson; ambos se sentían incómodos y se limitaban a esperar a que terminara. Las niñas querían que July se metiera en el Platte, pero se resistió. Newt lo hizo, Lorena se arremangó los pantalones y ella y Betsey se fueron río abajo, lejos del grupo. El niño dormía a la sombra y Clara y Augustus charlaban. El corte de dieciséis años en su comunicación no resultó ningún inconveniente. Después, Augustus también se arremangó los pantalones y vadeó con las niñas, mientras Clara y Lorena miraban. Se consumió toda la comida, y Call se bebió casi todo el suero. Siempre le había gustado y hacía mucho tiempo que no lo probaba.

—¿Se propone regresar a Arkansas, señor Johnson? —preguntó a July.

—Creo que no —contestó July. En realidad no había pensado para nada en su futuro.

Augustus se comió casi todo el pollo frito y se maravilló al ver lo bien que se sentía Lorena. Le gustaban las niñas y al verla con ellas le recordó que también Lorie era poco más que una chiquilla, a pesar de sus experiencias. Comprendía que se había visto lanzada a la vida demasiado pronto aunque quizá no era demasiado tarde para disfrutar un poco de la adolescencia.

Cuando llegó la hora de regresar al rancho ayudó a Lorie a subir a la carreta con las niñas, y él y Clara siguieron a pie. Newt, que había disfrutado enormemente con el *picnic*, hablaba con Sally cabalgando junto a la carreta.

Lorena parecía tranquila…, ella y Betsey se habían caído bien y charlaban felices.

—Deberías dejar a la muchacha con nosotros —dijo Clara sorprendiendo a Augustus, que había estado pensando lo mismo.

—Dudo de que se quisiera quedar.

—Si tú no intervienes, tal vez sí —afirmó Clara—. La invitaré. No tienes derecho a llevarte a una chica como esta a Montana. Tal vez no sobreviva.

—En cierto modo tampoco es tan joven —arguyó Augustus.

—Me gusta —continuó Clara sin hacerle caso—. Espero que te cases con ella y pueda verte con cinco o seis niños en tu vejez. Puede que me moleste, pero puedo sobrevivir. No te la lleves a Montana. O morirá, o la matarán, o envejecerá antes de tiempo como yo.

—Tú no has envejecido mucho —dijo Augustus.

—Solo llevas un día por aquí. Hay ciertas cosas que aún puedo hacer y otras que ya se me han acabado.

—¿Qué cosas se te han acabado?

—Lo descubrirías si te quedaras mucho por aquí —le respondió Clara.

—Veo que te has encariñado con el joven señor Johnson. Imagino que si me quedara acabaría por echarme.

—Es casi tan aburrido como Woodrow Call, pero mejor persona. Hace lo que se le dice, y esta es una cualidad que he aprendido a apreciar en un hombre. Contigo no podría contar con que hicieras lo que se te dice.

—Así que no piensas casarte con él…

—No, esta es una de las cosas que se han terminado. Naturalmente tampoco estoy…, el pobre Bob aún está vivo. Pero si muere, he terminado.

Clara sonrió y Augustus rio entre dientes.

—Confío en que no contemples una situación irregular.

—¿Qué hay de irregular en tener un huésped? —preguntó sonriendo—. Muchas viudas toman huéspedes. En todo caso, mis hijas le gustan más que yo. A lo mejor estará dispuesto a casarse para cuando Sally sea mayor.

En ese preciso momento Sally estaba charlando con el joven Newt, que por primera vez saboreaba el placer de conversar con una joven vivaracha.

—¿Quién es su madre? —preguntó Clara. Le gustaba el aspecto del muchacho y también sus modales—. Nunca creí que a Call le gustaran las mujeres.

—Y siguen sin gustarle. Apenas puede soportar estar a cincuenta metros de ti.

—Ya lo sé. Ha estado tirante todo el día porque no quiero regatear con los caballos. Mi precio es mi precio. Pero este muchacho es suyo, y no me digas que no lo es. Andan igual, se mueven igual y son iguales.

—Creo que tienes razón.

—Sí que tengo razón, pero tú no has contestado a mi pregunta.

—Su madre se llamaba Maggie. Era una prostituta. Murió cuando Newt tenía seis años.

—Me gusta el muchacho. También me lo quedaría si tuviera la oportunidad. Tiene más o menos la edad que tendría mi Jimmy si hubiera vivido.

—Newt es un gran chico —afirmó Augustus.

—Es un milagro cuando uno sale bien, ¿verdad? Tiene un aspecto tranquilo. Me gusta. Es sorprendente encontrar un comportamiento tan discreto cuando se es hijo del capitán Call.

—Bueno, Newt no sabe que Call es su padre. Supongo que habrá oído indirectas, pero él no lo sabe.

—¿Y Call no lo reconoce, aunque todo el mundo se dé cuenta? —dijo Clara escandalizada—. Nunca he tenido buena opinión de Call, pero ahora aún la tengo peor.

—A Call no le gusta reconocer sus errores. Él es así.

—¿Qué error? Yo no llamaría error tener a un chico tan majo. Mi Jimmy era muy rebelde. No podía manejarle aunque tenía ocho años cuando murió. Me imagino que habría terminado como Jake Spoon. ¿Y de dónde salió? Yo no soy rebelde, ni Bob tampoco.

—No lo sé —musitó Augustus.

—Pero los otros dos eran encantadores. El último, Johnny, era el más cariñoso. Yo no he sido la misma desde que murió. Es sorprendente que las niñas no estén peor educadas de lo que están. No creo que haya sentido el cariño adecuado por ellas. Se me acabó aquel invierno que perdí a Jeff y a Johnny.

Anduvieron un rato en silencio.

—¿Por qué no le dices a este muchacho quién es su padre? —quiso saber Clara—. Yo lo haría si se quedara un poco más por aquí. Debería saber quién es su padre. Tiene que preguntárselo.

—Siempre he creído que al final Call lo hará. Y sigo creyéndolo.

—Yo no —afirmó Clara.

Un enorme lobo gris saltó del cauce del río, los miró un instante y siguió corriendo.

Delante, el niño lloriqueaba y las niñas y Lorena trataban de tranquilizarlo.

Cuando llegaron al rancho, Call cedió y dijo a Clara que le pagaría el precio que había pedido por los caballos. No le gustaba, pero no podía estar rondando por más tiempo, y los caballos de Clara eran infinitamente mejores que los jamelgos que había visto en Ogallala.

—Bueno, id a ayudarle, muchachos —ordenó Clara. Cholo y July fueron a ayudar. Newt ayudaba a las muchachas a entrar los restos del *picnic*.

Sentía tener que marcharse. Sally le había estado contando todo lo que se proponía hacer cuando fuera mayor. Iría a un colegio en el Este y después se proponía dedicarse profesionalmente al piano, le confió. A Newt le pareció raro.

El único músico que conocía era Lippy, y no podía imaginar a Sally haciendo lo que Lippy había hecho. Pero disfrutaba oyéndola hablar de su vida futura.

Cuando bajaba del porche, Clara le paró. Le pasó el brazo por los hombros y le acompañó a su caballo. Ninguna mujer había hecho aquello con él.

—Newt, nos ha encantado tenerte. Quiero que sepas que si Montana no te conviene, puedes volver aquí. Te proporcionaré todo el trabajo que quieras.

—Me gustaría mucho —contestó Newt. Lo decía en serio. Desde que conoció a las niñas y vio el rancho, empezó a preguntarse por qué llevaban el rebaño tan lejos. Le parecía que en Nebraska había mucho sitio.

Durante gran parte del viaje, Newt había pensado que no había mejor suerte que la de ser vaquero, pero ahora que había llegado a Nebraska había cambiado de idea. Entre *Buffalo* y las otras putas de Ogallala, y las vivarachas hijas de Clara, había empezado a descubrir que un mundo con mujeres aún podía ser más interesante. Lo que había podido probar de este mundo era demasiado breve. Aunque había tenido más o menos miedo de Clara durante todo el día, y aún seguía un poco asustado, también había algo en ella poderosamente atractivo.

—Gracias por el *picnic*. Nunca había estado en ninguno.

Algo en el muchacho enterneció a Clara. Los muchachos la enternecían siempre, más que las niñas. Este tenía un algo de soledad en la mirada aunque también tenía una sonrisa deliciosa.

—Vuelve cuando quieras; organizaremos muchos más. Creo que Sally se ha encaprichado de ti.

Newt no supo qué contestar. Montó y se excusó:

—Creo que será mejor que vaya a ayudarles.

—Si tienes que elegir uno de mis caballos, elige el pequeño alazán con la estrella en la frente —le aconsejó Clara—. Es el mejor de todos.

—Creo que Dish elegirá primero. Dish es nuestro mejor hombre.

—Pero yo no quiero que sea para Dish. Quiero que lo tengas tú. Ven.

Emprendió el camino de los corrales y se dirigió directamente a Call.

—Capitán —le dijo— hay un castrado alazán de tres años con una estrella en la frente en el lote que ha comprado. Quiero regalar el caballo a Newt, así que no deje que se lo quede nadie más. Puede restarlo del total.

—¿Regalárselo? —repitió Call sorprendido. Newt se quedó igualmente sorprendido. La mujer que establecía precios tan duros quería regalarle un caballo.

—Sí, le hago este regalo —afirmó Clara—. Me sentiré mejor si sé que Newt tiene una buena montura, si es que realmente va a llevárselo a Montana. —Dicho esto, dio media vuelta y regresó a la casa.

Call se quedó mirando al muchacho.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó. Naturalmente era estupendo que el chico tuviera el caballo…, y se ahorraba cincuenta dólares.

—No lo sé —respondió Newt.

—Esto es lo que pasa con las mujeres —dijo Call para sí—. Hacen cosas que no tienen sentido. No había querido rebajarme ni un céntimo en los caballos. La mayoría de los tratantes me habrían rebajado un dólar para animarme al trato.

88

Después de que Call y Newt se fueran con los caballos, Clara encendió una lámpara y subió con Augustus a la habitación donde yacía Bob. Lorena se sentó con las niñas ante la mesa de la cocina, jugando a las damas. A July no pudieron convencerle para que tomara parte en el juego. Ni siquiera pudo persuadirle Betsy, su preferida, y Betsy solía conseguir que July hiciera cualquier cosa que ella le pidiera. La presencia de Lorena le intimidaba. Pero disfrutaba sentado contemplándola. Le parecía que nunca había visto a una mujer tan hermosa. Solo la había visto antes aquella terrible mañana en los llanos, cuando tuvo que enterrar a Roscoe, Joe y Janey, y estaba demasiado apenado para fijarse en ella. Entonces estaba flaca y llena de morados por los malos tratos que había recibido de Blue Ducky los kiowas. Ahora no estaba delgada ni había sido maltratada.

Clara y Augustus pasaron una hora sentados en la habitación donde yacía Bob. A Augustus le resultó difícil acostumbrarse a los ojos del hombre que permanecían todo el rato abiertos. A Clara había dejado de impresionarla.

—Lleva dos meses así. Creo que ve algo, pero dudo que oiga.

—Me recuerda al viejo Tom Mustard —explicó Augustus—. Trabajó de *ranger* con nosotros cuando empezamos a organizarnos. Una noche su caballo cayó por una cortadura, en la rama salada del Brazos, y se le cayó encima. Se partió el espinazo. Después de aquello Tom no pudo volver a mover ni un músculo, pero cuando lo encontramos tenía los ojos abiertos. Regresamos a Austin con Tom sobre una litera, pero murió una semana después. En todo este tiempo no cerró los ojos ni una vez, que yo sepa.

—Quisiera que muriera —murmuró Clara—. Así no puede valerse. Lo único que le gustaba era trabajar, y ahora no puede.

Caminaron un poco por el porche superior, donde hacía fresco.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Gus? Tú no eres un vaquero.

—La verdad es que esperaba encontrarte viuda. Aunque poco ha faltado —terminó.

A Clara le hizo gracia que su antiguo enamorado fuera tan directo.

—Te han faltado años. Ahora soy una vieja huesuda y tú sigues siendo un tipo seductor. Siempre lo has sido. Creo que lo mejor sería que me dejaras a tu futura mujer, y yo veré si te la puedo pulir un poco.

—A decir verdad, nunca me quise encontrar en la situación que me encuentro —confesó Augustus.

—No, pero ahora que te encuentras en ella, te gusta —observó Clara estrechándole la mamo—. Tiene tan buena opinión de ti, Gus, como la que tienes tú. Nunca podría igualarla. Conozco demasiado bien tu carácter. Es muy joven y bonita, lo que siempre cuenta para vosotros los hombres.

Augustus se había olvidado de lo que Clara disfrutaba pinchándole. Incluso era capaz de hacerlo con un marido moribundo al lado. La única oportunidad con Clara era ser tan atrevido como ella. La miró y pensó en besarla.

Clara captó la mirada y se sobresaltó. Aunque besaba a sus hijas todos los días y se comía a besos al pequeño, hacía años que no había sido besada por un hombre. Bob solía besarla en la mejilla a la vuelta de algún viaje… el beso no tenía ningún otro papel en su idea del amor matrimonial. Mirando desde el porche, con Augustus de pie junto a ella, Clara sintió tristeza. Había recibido besos robados en su noviazgo con Gus o Jake, veinte años atrás. Ni se acordaba.

Volvió a mirar a Gus, preguntándose si sería tan loco o tan atrevido. No se movió para besarla, pero siguió junto a ella y la miró a la cara.

—Cuanto más viejo es el violín, más dulce es la música —le dijo con una sonrisa.

—Eso demuestra lo seductor que eres. Me parece que has recorrido un largo camino para nada.

—Oh, no. Es una felicidad verte.

Clara experimentó una súbita irritación y saltó:

—¿Crees que puedes tenernos a las dos? Mi marido no está muerto. Yo no te he visto en dieciséis años. Y durante estos años he criado hijos y caballos. Murieron tres de los niños y también varios caballos. Esto me arrancó todo lo que de romántico había en mí, si esto era lo que esperabas encontrar. Leí mucho sobre ello en mis revistas, pero cuando dejé Austin también dejé los romances atrás.

—¿Y no lo lamentas?

—Bueno… sí y no. Soy demasiado fuerte para el hombre normal y demasiado celosa cuando despiertan mis sentimientos. Me sorprende que te atrevas a traer a otra mujer a mi casa.

—Creí que te gustaba —dijo Gus.

—Me gusta —afirmó Clara—. Pero me molesta que lo hayas hecho. ¿Es que no conoces aún las verdades de la Naturaleza? Es más joven y más bonita que yo.

—Ya te he dicho que fue accidental —protestó Augustus.

—No sé de ningún accidente ocurrido con chicas feas. No me importa cómo ocurrió. Tú has sido mi sueño, Gus; solía pensar en ti dos o tres horas al día.

—Ojalá te hubiera escrito.

—No te quería aquí. Necesitaba el sueño. Sabía que eras mujeriego e inconstante, pero era delicioso pensar que solo me querías a mí.

—Y solo te amo a ti, Clara. Me he ido encariñando con Lorie, pero no es nada parecido a lo que siento por ti.

—Pues ella sí que te quiere. Si me quedara contigo la destruiría. ¿No te has dado cuenta?

—Sí, lo sé —asintió Augustus pensando que nunca volvería a haber una mujer como la que ahora le miraba con la ira reflejada en el rostro.

—¿Así pues la destruirías si yo te dijera quédate? —preguntó Clara.

—Me imagino que sí.

—Esta no es una respuesta.

—Sí, sabes que lo haría. Ahogaría a Bob por ti y mandaría a Lorie a su perdición.

Clara suspiró, y con el suspiro desapareció su ira.

—¡Qué cosas dices! Bob morirá cuando llegue su momento, y yo veré lo que puedo hacer por tu novia. Es solo que su belleza me enardeció. Siempre fui la más joven y la más bella, y ahora ya no lo soy.

—Eres muy bella, y en todo caso la belleza no lo es todo.

—Con hombres como tú es el noventa y nueve por ciento. No has tenido tiempo de verme de cerca. Ya no soy la más bella. La más bella está abajo.

—Sigo queriendo besarte —le dijo.

Se estremeció divertida. Él tomó su sonrisa como una concesión. Cuando se inclinó, el resultado fue tan pobre que después de un momento, Clara apartó la cabeza y se echó a reír.

—Has cabalgado un gran trecho para muy poca cosa —le dijo, pero se sentía mejor. Gus estaba alicaído ante su fracaso… Una de las pocas veces que le había visto así.

—No he conocido a ninguna mujer capaz de descorazonar a un hombre como tú —murmuró perplejo. Pese a todas las complicaciones, sentía que su viejo amor por ella renacía con fuerza. Temblaba solo de mirarla. Le desconcertaba que pudiera ocurrir semejante cosa porque era cierto que se había vuelto huesuda, que su cara estaba demasiado delgada y que realmente era abrumadora como nadie. Sin embargo temblaba de emoción.

—¿Crees que soy dura, Gus? —le preguntó sonriente.

—El rayo nunca me ha chamuscado pero dudo de que fuera peor que ser chamuscado por ti.

—¿Sigues creyendo que hubieras soportado estar casado conmigo?

—No lo sé —contestó sinceramente Gus.

Clara se echó a reír y le cogió del brazo para llevarlo abajo.

—¿Qué me dices del joven *sheriff*? —preguntó parándose. No estaba dispuesto a dar por terminado tan pronto su momento de intimidad.

—¿Qué *sheriff*?

—Pues July Johnson. Parece que le has adoptado.

—Yo solo quería al niño, pero creo que es de justicia quedarse también con el padre.

—¿Quedártelo para qué?

—¡A ti qué te importa! Estás prometido. Si tú puedes recorrer todo el país con una mujer bonita, supongo que a mí se me puede permitir un hombre. Se me había olvidado lo celoso que eras. Tenías celos de Jake y yo solo coqueteaba con él.

—No es lo que él decía.

—Ninguno de nosotros volverá a oírle hablar. Y yo no quiero volver a casarme.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—No siento suficiente respeto por los hombres. He conocido a muy pocos que fueran sinceros, y tú no estás entre ellos.

—Yo soy casi sincero —aseguró Augustus.

—En efecto. —Y se lo llevó abajo.

Con gran sorpresa de Gus, Clara entró en la cocina y con toda naturalidad invitó a Lorena a quedarse con ellos mientras el rebaño seguía hasta Montana.

—Podría sernos muy útil y será más que bienvenida. Montana no es lugar para una señora.

Lorena se ruborizó al oírla. Nadie más que ella le había aplicado hasta entonces la palabra « señora» . Sabía que no lo merecía. No era una señora como Clara. Nunca había conocido a una señora como Clara y en un solo día había llegado a admirarla más que a nadie, a excepción de Gus. Clara no le había demostrado más que cortesía y la había hecho sentirse bien en su casa, mientras que otras mujeres respetables siempre la habían esquivado por la vida que llevaba.

Sentada en la cocina con las niñas y el bebé, Lorena se sintió feliz como nunca. Aquello le despertaba lejanos recuerdos de los días que había pasado en la casa de su abuela en Mobile, cuando tenía cuatro años. La casa de su abuela había sido como la de Clara. Solo recordaba haber estado allí una vez. Su abuela la había acostado en una cama mullida, la más blanda en la que jamás había dormido, y le había cantado canciones para que se durmiera. Era su recuerdo más feliz, un recuerdo que atesoraba y que en sus años de ir de un lugar a otro tenía casi miedo de recordar. Algún día trataría de revivirlo y se encontraría con que lo había perdido. Tenía mucho miedo de perder su único recuerdo bueno y cálido. Si lo perdía, sabía que su tristeza sería tan grande que no podría continuar viviendo.

Pero en la casa de Clara no temía acordarse de su abuela y de la blandura de la cama. La casa de Clara era el tipo de casa donde pensaba que algún día podría

vivir; por lo menos así lo esperaba cuando era pequeña. La casa de Mosby no se parecía nada a esta, y luego había empezado a vivir en hoteles o en cuartuchos. Poco a poco había dejado de pensar en casas acogedoras y en las cosas que había en ellas, tales como niñas y bebés.

Así que cuando Clara la invitó a quedarse fue como si le devolvieran algo, algo que había perdido hacía tanto tiempo que ya había dejado de pensar en ello. Justo antes de que Clara y Gus entraran en la cocina, las niñas habían insistido para que les enseñara a coser. Lorena cosía bastante bien. Las niñas se quejaron de que a su madre nunca le quedaba tiempo para enseñarlas. Su madre, contra la que todo eran quejas, se interesaba más por los caballos que por la costura.

Las niñas no se sorprendieron cuando Clara pidió a Lorena que se quedara.

—¡Oh, sí! —exclamó Sally—. Si te quedaras aprenderíamos a coser.

—Podríamos hacer vestidos nuevos. No tenemos ninguno —afirmó Betsy.

Lorena miró a Gus. Parecía turbado y él no se turbaba nunca. Pensó que a lo mejor no le gustaba la idea de que se quedara.

—¿Pero volverías, Gus? —preguntó. Le pareció muy oportuno preguntárselo delante de Clara y de las niñas. Clara, después de formular la invitación, se había puesto a hacer café.

Augustus se dio cuenta de que deseaba quedarse. Si aquella mañana le hubieran preguntado si tal cosa podía ocurrir, lo habría creído imposible. Lorena estaba agarrada a él desde que la salvó. Pero estar en casa de Clara, aunque fuera por tan poco tiempo, la había cambiado. Se había negado a ir a Ogallala y se asustaba ante la idea de entrar en una tienda, pero Clara no le daba miedo.

—¡Claro que volveré! —contestó sonriéndole—. Un mujeriego como yo difícilmente podría resistirse a tal conjunto de bellas damas.

—De acuerdo entonces —dijo Clara—, pero te advierto, Lorie, que estas niñas van a agotarte. A lo mejor te van a hacer añorar un campamento de vaqueros. Te las voy a pasar, ¿sabes? Lo único que quieren es discutir conmigo, y estoy harta. Tú discute con ellas y yo domaré caballos.

Después del café, Clara mandó a las niñas a la cama y ella también salió, discretamente, para que Augustus y Lorena pudieran estar un momento a solas. Se dio cuenta de que Augustus estaba un poco impresionado por lo fácilmente que había convencido a la joven de que se quedara.

Lorena se sentía desconcertada. No había esperado que la invitaran a quedarse ni lo había deseado, pero ambas cosas habían ocurrido. Al principio temió que Gus se molestara. Le miró con cierto temor, encontrando difícil poderle explicar el extraño deseo que sentía de quedarse en casa de Clara. Aquella misma mañana, había estado resuelta a quedarse con Gus a toda costa.

—Iré con vosotros si quieres, Gus. Pero esto es tan agradable, y son tan simpáticas…

—Me alegro de que te quedes por ti —respondió Augustus—. Serás una

ayuda para Clara y disfrutarás con las niñas. Ya has pasado bastante tiempo en la sucia tienda de Wilbarger. Además, dicen que el invierno en Montana es muy duro.

—No pensaba que quisiera quedarme —confesó Lorena—. No lo pensé hasta que me invitó. ¿Ya no quieres casarte con ella, Gus?

—No —mintió Augustus.

—No veo por qué no. —Ahora que conocía mejor a Clara le parecía perfectamente natural que Gus quisiera casarse con ella.

—Verás, los años nos han cambiado. —Se sintió incómodo con aquel tipo de conversación. Lorena le miraba con gravedad. Siempre que alguna mujer le había mirado con gravedad se había sentido incómodo porque significaba que estaba dispuesta a detectar mentiras.

—No creo que nadie pueda cambiarte, Gus… A lo mejor querrás casarte con ella cuando vuelvas.

—Entonces, volveré por ti, Lorie —le dijo Augustus—. Claro que también puedes haber cambiado tú. Quizá no me quieras.

—¿Por qué no iba a quererte?

—Porque habrás descubierto que en el mundo hay más cosas que yo. Encontrarás otros hombres que también te tratarán decentemente.

Lorena se sintió confusa. Desde su salvamento, la vida había sido simple: solo estaba Gus. Con él lejos las cosas podían cambiar, y cuando volviera podía estar tan cambiado que nada volvería a ser simple.

Pero cuando todo había sido simple, siempre había creído y siempre le había preocupado que Gus no lo quisiera así. Tal vez solo se mostraba bondadoso. Lo ignoraba… no sabía lo que las cosas significaban o no significaban. Nunca había esperado encontrar un lugar en el mundo donde alguien le pidiera que se quedara. Ni siquiera en sus sueños de San Francisco nadie le había pedido que se quedara. Pocas veces había hablado con una mujer en sus años de Lonesome Dove, y no contaba con que ninguna le hablara. El hecho de que Clara lo hiciera hacía que todo fuera diferente.

—¿No puedes esperar hasta mañana para marchar?

—No, me marcho en cuanto pueda ensillar —respondió Augustus—. Se necesita mucha fuerza de voluntad para abandonar una casa llena de mujeres y marchar con un puñado de toscos vaqueros. Si tengo que irme es mejor que lo haga ahora.

Clara bajó para despedirle con el niño en brazos, que estaba despierto e inquieto. Salieron con Augustus. Lorena estaba temblorosa, sin saber bien lo que hacía. Cholo se iba con él a Ogallala para traer toda la ropa que Gus le había comprado.

Clara dedicó cinco minutos a intentar persuadirle de que se instalaran por alguna parte del Platte.

—Hay tierra barata a menos de tres días de distancia de aquí —le indicó—. Si quisierais podríais quedaros con toda la parte norte de este Estado. ¿Para qué iros a Montana?

—Porque es adonde nos dirigimos. Call y yo siempre hemos querido llegar adonde nos hemos propuesto, aunque no tenga el menor sentido.

—No lo tiene, y yo quisiera saber si hay algún medio para divorciarte de este hombre —dijo Clara—. No se lo merece, Gus. Además, los indios de Montana acabarán con vosotros.

—Compraste a los indios de aquí con caballos —objetó Gus—. Nosotros a lo mejor los ganamos con ternera.

—Me preocupa. Tú no eres ganadero. ¿Por qué eres tan terco? Has llegado muy lejos. Podrías instalarte por aquí cerca y sernos útil a mí y a Lorie.

A Augustus le resultaba curioso que su Lorie hubiera sido convertida en aliada por su viejo amor. El viejo amor y el nuevo estaban junto a la cabeza del caballo, y ni una ni otra parecían tranquilas. En realidad, Clara se estaba enfadando: Lorena parecía triste. Las abrazó a las dos y las besó.

—Hemos oído decir que Montana es el último lugar que no ha sido colonizado —comentó Augustus—. Me gustaría conocer otro lugar que no haya sido colonizado antes de que esté demasiado decrépito y tenga que vivir en una mecedora.

—¿Consideras a Nebraska colonizada? —preguntó Clara.

—Bueno, tú estás aquí. No tardará mucho en estarlo. Pronto no habrá más que escuelas.

Augustus montó en su caballo, se quitó el sombrero para saludarlas y se dirigió hacia el Platte.

Las dos mujeres se quedaron donde estaban hasta que se apagó el ruido de cascos. Lorena se sentía culpable. Por una parte pensaba que debía haber ido con él para cuidarle. Pero por otra lo consideraba una tontería. Gus sabía cuidar de sí mismo más que nadie.

Tenía los ojos secos y se sentía vacía, pero Clara lloró lágrimas de contrariedad por un gran afecto que se iba.

—Siempre fue así de testarudo —observó esforzándose por controlarse.

—Se marchó tan deprisa… —se lamentó Lorena—. ¿Cree que debía haberme ido con él? No sé qué es lo mejor.

—No. Me alegro de que te hayas quedado. Ya has pasado suficientes penalidades. Y no es que vaya a ser cómodo por aquí, pero por lo menos no será tan duro como en Montana.

Rodeó a la joven con el brazo y fueron hacia la casa.

—Pasa —le dijo—. Te enseñaré dónde vas a dormir. Tenemos un cuartito que te gustará.

89

Dish Boggett se sintió profundamente desgraciado al ver que Augustus regresaba sin Lorena. Le impresionó que Gus la abandonara. Aunque se había mostrado permanentemente celoso mientras ella viajaba con Gus, por lo menos estaba allí. Por la noche solía verla sentada delante de su tienda. Soñaba continuamente con ella. Una vez incluso había soñado que dormía cerca de él. En el sueño estaba tan hermosa que le dolió despertar. Le irritaba terriblemente que Gus la hubiera dejado en el Platte.

Newt era feliz con su nuevo caballo al que llamó *Candy*. Era el primer regalo que le habían hecho en la vida, y hablaba a quien quisiera oírle de la maravillosa mujer que vivía en el Platte y que sabía domar caballos y organizar *picnics*. Su entusiasmo no tardó en provocar celos en los otros hombres porque no habían hecho otra cosa que beber en Ogallala y se habían perdido el *picnic* y las niñas.

Aunque estaba convencido de que había hecho lo mejor dejando a Lorena, Augustus no tardó en añorarla más de lo que hubiera imaginado. También echaba en falta a Clara y durante unos días estuvo de mal humor. Se había acostumbrado a levantarse tarde y sentarse fuera de la tienda con Lorena. Solos en la inmensa llanura, sin vaqueros que la molestaran, Lorie era una deliciosa compañera, mientras que los vaqueros que rodeaban a Po Campo y su hoguera todas las mañanas, distaban mucho de parecerle hermosos.

Estaban en pleno verano. Los días eran calurosos hasta que se ponía el sol en el horizonte. El ganado remoloneaba y costaba de mover. Siempre que podía se paraba a pastar o se quedaba quieto. Durante varios días viajaron a lo largo del Platte, pero cuando el río torció hacia el Sur, hacia Colorado, Call y su rebaño enfilaron el Noroeste.

A Po Campo le molestó abandonar el río. La mañana que lo dejaron se entretuvo tanto tiempo atrás, con la carreta, que el rebaño se perdió de vista. Lippy, que viajaba en la carreta, encontró el hecho alarmante. Después de todo estaban en territorio indio y no había nada que impidiera a unos indios atacarles y arrancarles las cabelleras.

—¿A qué esperamos? —preguntó Lippy—. Ya estamos a cinco kilómetros de distancia.

Po Campo estaba al borde del agua, mirando al Sur por encima del Platte.

Pensaba en sus hijos muertos, asesinados por Blue Duck en el Canadian. No solía pensar mucho en sus hijos, pero cuando lo hacía le embargaba la tristeza, un sentimiento tan fuerte que le costaba un gran esfuerzo moverse. Al pensar en ellos, en sus tumbas, en Nuevo México, se sentía desleal por no haberse pegado un tiro y que le enterraran con ellos. ¿Acaso no era deber de un padre quedarse con los hijos? Pero primero se había ido hacia el Sur, para matar a su esposa infiel, y ahora marchaba hacia el Norte, mientras Blue Duck, el asesino, cabalgaba libre por el llano… a menos que alguien le hubiera dado muerte, cosa que dudaba. El miedo de Lippy por los indios no le conmovía. Lo que sí le conmovía era el agua corriente, que despertaba en él sentimientos tristes aunque profundos. Sentía deseos de cantar sus tristes canciones.

Por fin se volvió y anduvo detrás del rebaño. Seguido por Lippy en la carreta. Pero Po Campo seguía creyendo que hacían mal apartándose del río. Se volvió taciturno y dejó de sentir entusiasmo por sus guisos, y si los vaqueros se quejaban no reaccionaba. También se volvió avaro con el agua, lo que irritaba a los vaqueros que llegaban sedientos y polvorientos, suspirando por beber. Po Campo les daba solamente un cucharón a cada uno.

—Desearéis tener este agua cuando tengáis que beber vuestros orines —dijo una noche a Jasper.

—Ni yo ni nadie nos proponemos beber nuestros meados —saltó Jasper.

—Es que no sabéis lo que es la sed —observó Po—. Una vez tuve que beber los orines de mi mulo. Me mantuvo en vida.

—Bah, no sabrá mucho peor que la cerveza de Ogallala —comentó Needle —. Desde que estuve allí se me está pelando la lengua.

—No es lo que bebiste lo que te pela la lengua —dijo Augustus—, sino las consecuencias de con quién te acostaste.

La observación causó mucha aprensión entre los hombres, aunque ya se sentían aprensivos porque todo el mundo en Ogallala les aseguró que eran hombres muertos si trataban de ir a Montana. Al acercarse a Wyoming el terreno se hizo sombrío. La hierba ya no era tan larga y abundante como en Kansas y Nebraska. Hacia el Norte se veían laderas arenosas donde la hierba crecía a manojos. Deets exploraba hasta muy lejos durante el día en busca de agua. Siempre encontraba pero los arroyos se hacían más pequeños y el agua más alcalina.

—Casi es tan mala como la del Pecos —observó Augustus.

Call solo parecía ligeramente preocupado por la creciente sequedad. En realidad, Call estaba contento y más amable con los hombres de lo que solía estar. Parecía relajado y casi en paz consigo mismo.

—¿Estás contento porque dejé a Lorie atrás? —le preguntó Augustus mientras cabalgaban juntos una mañana. Lejos, al Sur, vieron una oscura línea de montañas. Al Norte solo se veía la polvorienta llanura.

—Eso es cosa tuya —respondió Call—. Yo no te dije que la dejaras aunque estoy seguro de que es lo mejor.

—Creo que debimos hacer caso a nuestro cocinero —comentó Augustus—. Esto cada vez parece más seco.

—Si podemos llegar al río Powder, todo se arreglará —le aseguró Call.

—¿Y si Jake nos mintió? ¿Y si Montana no es el paraíso que nos dijo que era? Habremos llegado muy lejos para nada.

—Quiero verlo —profirió Call—. Seremos los primeros en llevar ganado a pastar allí. ¿No te interesa?

—No mucho —dijo Augustus—. He visto pastar a este condenado ganado cuanto ha querido.

Al día siguiente Deets regresó de su exploración con aspecto preocupado.

—Seco como un hueso, capitán —dijo.

—¿Hasta dónde has ido?

—Hasta treinta kilómetros por lo menos.

La llanura se extendía ante ellos blanqueada por el calor. Naturalmente, el ganado podía andar treinta kilómetros, aunque sería preferible descansar un día y llevarlo de noche.

—Me dijeron que si íbamos directamente al Oeste llegaríamos al Salt Creek, y siguiéndolo hasta el Powder —dijo Call—. No puede quedar muy lejos.

—Con este calor cualquier cosa está muy lejos —objetó Gus.

—Trata de ir al Norte —decidió Call.

Deets cambió de caballo y se fue. Reapareció cuando estaba entrada la noche. Call detuvo el rebaño y los hombres descansaron junto a la carreta, jugando a las cartas. Mientras jugaban, el toro tejano se paseó entre las vacas montando una de vez en cuando. Augustus tenía un ojo puesto en las cartas y otro en el toro, contando sus ganancias y las del toro.

—Esta es la sexta desde que empezamos a jugar —observó—. Este animal tiene más resistencia que yo.

—Y más oportunidades también —respondió Allen O'Brien. Se había adaptado perfectamente a la vida de vaquero, pero aún no podía olvidar Irlanda. Cuando pensaba en su mujercita se deshacía en lágrimas de añoranza, y las canciones que cantaba al ganado se la recordaban aún más.

Deets informó que en el Norte no había agua.

—No hay antílopes, capitán —dijo. Los llanos al oeste de Nebraska estaban llenos de ellos.

—Echaré un vistazo por la mañana —dijo Call—. Descansa, Deets.

Pero se encontró con que no podía dormir y se levantó a las tres para ensillar la *Mala Bestia*. Po Campo estaba levantado atizando las brasas, pero Call solo tomó una taza de café.

—¿Habías estado aquí antes? —le preguntó. Las andanzas del viejo cocinero

habían sido tema de especulación entre los hombres. Po Campo siempre dejaba escapar pequeños y atractivos retazos de información. Por ejemplo, una vez había descrito la gran garganta del río Columbia. Y también casualmente había dejado caer el nombre de Jim Bridger.

—No —contestó Po Campo—. No conozco este país. Pero le diré algo: es seco. Dé mucha agua al caballo antes de irse.

Call pensó que el hombre se mostraba muy protector…, sabía que era preciso abrevar un caballo antes de enfilar un desierto.

—No me esperen para la cena —le dijo.

Todo el día cabalgó en dirección oeste, y el país se iba volviendo más y más pobre. Call pensó que no servía ni para ovejas. Casi ni para lagartos… En realidad lo único que vio en todo el día fue una lagartija gris. Aquella noche acampó en seco en una región arenosa donde el polvo era claro, casi blanco… Supuso que había recorrido unos cien kilómetros y no podía imaginar que el rebaño pudiera llegar hasta allí, aunque la *Mala Bestia* parecía tan tranquila. Durmió unas horas y siguió adelante hasta llegar a la orilla de Salt Creek, justo después de la puesta del sol. No venía lleno, pero había agua suficiente en varias charcas. El agua no era buena, pero era agua. El problema estaba en que el rebaño se encontraba a unos ciento treinta kilómetros…, una marcha de cuatro días en circunstancias normales; y en ese caso los kilómetros carecían absolutamente de agua, lo que no eran condiciones normales.

Call hizo descansar a la yegua y la dejó que se revolcara a gusto. Después emprendió el regreso casi directamente, parando solo una vez para descansar dos horas. Llegó al campamento a media mañana. La mayoría de los hombres todavía seguían jugando a las cartas.

Cuando desensilló la yegua, uno de los cerdos de Augustus le gruñó. Los dos cerdos descansaban debajo de la carreta, compartiendo la sombra con Lippy, que dormía profundamente. Se había convertido en un cerdo grande, aunque el viajar le mantenía delgado. Call pensó que era absurdo llevar cerdos en una marcha de ganado, pero habían resultado ser buenos forrajeadores y también buenos nadadores. Cruzaban los ríos sin que se les ayudara.

Augustus engrasaba su rifle.

—¿Hasta dónde has llegado con la yegua? —preguntó Augustus.

—Hasta el próximo río. ¿Has visto alguna vez un animal igual? Ni siquiera está cansada.

—¿Está muy lejos el agua? —Quiso saber Gus.

—A unos ciento treinta kilómetros. ¿Qué te parece?

—Hasta ahora no me parece nada; ni siquiera lo he pensado.

—Pero no podemos quedarnos aquí —dijo Call.

—Podríamos. Podríamos habernos quedado en cualquier parte a lo largo del camino. Es solo tu testarudez lo que nos ha mantenido en marcha. Lo que será

interesante ver es si también nos mantendrá en marcha los próximos ciento treinta kilómetros.

Call cogió un plato y comió mucho. Esperaba que Po Campo comentaría algo sobre la situación apurada, pero el viejo cocinero fue sirviendo la comida sin decir nada. Deets ayudaba a Pea Eye a arreglar los pies de su caballo, una tarea que a Pea Eye nunca se le dio bien.

—¿Encontró agua, capitán? —preguntó Deets sonriente.

—La encontré, pero a ciento treinta kilómetros de aquí.

—Es lejos —comentó Pea Eye.

Habían parado el ganado en el último arroyo que Deets había encontrado y ahora Call lo recorrió, alejándose para pensar. Descubrió un lobo gris. Le pareció el mismo lobo que habían visto en Nebraska después del *picnic*, pero pensó que era una tontería. Un lobo gris no iría siguiendo un rebaño de vacas.

Deets terminó por arreglar los cascos del caballo y se secó el sudor del rostro con la manga. Pea Eye esperaba silencioso. Aunque los dos habían guerreado juntos la mayor parte de sus vidas, nunca habían sostenido realmente una conversación. Les había parecido innecesario. Intercambiaban información, y nada más. La verdad es que Pea siempre había dudado de si era o no apropiado hablar con los negros aunque respetaba a Deets y ahora le estaba agradecido por arreglar los pies de su caballo. Sabía que Deets era bastante más competente que él en muchos aspectos… rastrear por ejemplo. Sabía también que de no haber sido por la habilidad de Deets para encontrar agua habrían perecido todos, años atrás, en diversas campañas en el llano. Y sabía también que Deets había arriesgado la vida innumerables veces para salvar la de él. No obstante, de pie allí uno al lado del otro, lo único que se le ocurría comentarle era el gran amor del capitán por la *Mala Bestia*.

—Está muy encariñado con esa yegua —dijo—. Y la bestia es capaz de matarle.

—No va a matar al capitán Call —le aseguró Deets. Tenía el triste presentimiento de que las cosas no marchaban bien. Parecía que iban a ir eternamente hacia el Norte, y no podía comprender por qué. La vida había sido ordenada y plácida en Texas. Él había disfrutado especialmente en sus viajes periódicos a San Antonio para depositar dinero. Texas había sido siempre su tierra y le desconcertaba que fueran hacia un país que probablemente sería tan salvaje que ni siquiera habría Bancos donde depositar el dinero.

—Hemos llegado muy lejos y no es nuestro país —comentó mirando a Pea Eye. Este era el quid de la cuestión. Era mejor quedarse en el propio país que vagar por donde no se conocían ni los ríos ni las fuentes de agua.

—Aquí arriba va a hacer frío —añadió como si esto fuera la prueba suficiente de la locura de su viaje.

—Bueno, espero que lleguemos antes de que empiecen a helarse los ríos —

dijo Pea—. Siempre me ha dado miedo el hielo en capa delgada.

Con este comentario dio fin a la conversación y se alejó.

Call volvió de su paseo a media tarde y decidió que iban a seguir. Era cuestión de seguir o de retroceder, y él no estaba dispuesto a retroceder. No era razonable pensar en conducir ganado durante más de ciento treinta kilómetros sin agua, pero en sus años de rastrear indios había aprendido que lo que parecía imposible con frecuencia no lo era. Solo lo era si se pensaba tanto en ello que el miedo terminaba apoderándose de uno. Lo que cabía hacer era seguir. Parte del ganado no podría conseguirlo, pero tampoco había pensado en llegar a Montana con el rebaño intacto.

Ordenó a los vaqueros que metieran las reses y los caballos en el agua y que les mantuvieran allí.

Sin decir una palabra, Augustus se desnudó y se quedó en el agua durante un buen rato. Los vaqueros que contenían el rebaño podían verle sentado en el río poco profundo mojándose también su larga cabellera blanca.

—A veces pienso que Gus está loco —comentó Soupy Jones—. ¿Por qué se ha sentado en el agua?

—A lo mejor está pescando —bromeó Dish Boggett. No opinaba como Soupy Jones y no veía ninguna razón por la que Gus no pudiera bañarse si se le antojaba.

Augustus volvió junto a la carreta con la cabellera chorreando.

—Creo que tenemos más arena por delante —observó—. Call, te estás volviendo demasiado profeta. No paras de conducirnos al desierto.

—Bueno, allí encontraremos agua —afirmó Call—. La he visto. Si nos acercamos lo bastante para que puedan olerla, avanzarán. ¿A qué distancia crees que una vaca puede oler el agua?

—En todo caso, a ciento treinta kilómetros no.

Se pusieron en marcha dos horas antes de la puesta del sol y caminaron toda la noche a través de un país yermo. Los hombres habían hecho antes marchas nocturnas y estaban contentos de viajar al fresco. Pero la mayoría de ellos esperaban que Call se detuviera para desayunar, y no fue así. Cabalgaba en cabeza del rebaño y así siguió. Algunos hombres empezaron a sentirse vacíos; seguían mirando esperanzados alguna señal de que Call parara y dejara que Po Campo les diera de comer, pero Call no paró. Avanzó con el ganado hasta mediodía, y para entonces las reses más débiles ya empezaban a quedarse atrás. Las que iban en cabeza estaban ya cansadas y se mostraban inquietas. Finalmente, Call se detuvo.

—Descansaremos un poco hasta que empiece a refrescar —anunció—. Luego volveremos a caminar toda la noche. Con esto llegaremos muy cerca.

Pero no estaba seguro. Pese a todo su esfuerzo solo habían cubierto unos sesenta o setenta kilómetros. La situación se ponía peligrosa.

A última hora de la tarde, mientras los vaqueros estaban echados descansando, se levantó viento del Oeste. Desde el primer momento fue caliente como si soplara sobre brasas. Cuando Call estuvo dispuesto a poner el rebaño en marcha, el viento arreció y se encontraron en plena tormenta de arena. Soplaba tan fuerte que el ganado se resistía a soportarlo.

Newt y los hermanos Rainey, cabalgaban detrás como siempre. El viento azotaba la llanura y la arena, al barrer el suelo, empezaba a cortar. Newt encontró que si miraba al viento quedaba instantáneamente cegado. Mantuvo la cabeza gacha y los ojos cerrados. A los caballos tampoco les gustaba la arena. Empezaron a cabecear y saltar, irritados al verse forzados a soportar aquel viento.

—Esto es tener mala suerte —comentó Augustus a Call. Se subió el pañuelo sobre la boca y la nariz y se bajó todo lo que pudo el sombrero.

—No podemos parar aquí —dijo Call—. Estamos a mitad de camino del agua.

—Sí, y algunas reses seguirán a mitad de camino cuando esto termine de soplar —concluyó Augustus.

Call ayudó a Lippy y al cocinero a amarrar todo lo de la carreta. Lippy, aborrecía el viento, parecía asustado. Po Campo no decía nada.

—Es mejor que no ande esta noche —aconsejó Call a Po Campo—. Podría perderse.

—Esta noche podemos perdernos todos —murmuró Po Campo. Cogió un viejo mango de hacha que a veces utilizaba como bastón y siguió andando, pero por lo menos consintió en andar junto a la carreta.

Ninguno de los hombres, acostumbrados a las tormentas de arena, recordaba semejante puesta de sol. Era como una brasa ardiente bordeada de negro mucho antes de que tocara el horizonte. Cuando se puso, el borde de la tierra quedó por unos minutos del color de la sangre. El resplandor no tardó en ser tragado por la arena. Jasper Fant deseó por milésima vez haberse quedado en Texas. Dish Boggett estaba obsesionado por la sensación de que un río de arena fluía por encima de su cabeza. Creyó verlo cuando contempló la media luz fantasmagórica, algo así como si el mundo se hubiera vuelto panza arriba y el camino que debía estar bajo sus pies estuviera sobre su cabeza. Tenía la sensación de que si el viento cedía, el río de arena se desplomaría y lo enterraría.

Call les aconsejó que estuvieran tan cerca del ganado como pudieran y que lo mantuvieran en marcha. Cualquier res que se alejara moriría de hambre.

A Augustus aquella orden le pareció una insensatez.

—El único medio de mantener el ganado agrupado sería rodeándolo con una cuerda… y no tenemos cuerdas tan largas —comentó.

Poco después del anochecer se comprobó que tenía razón. Ninguno de los animales quería meterse en el viento. Se hizo rápidamente necesario que los

vaqueros cubrieran los ojos de sus caballos con sus chaquetas o camisas, pero a pesar de las precauciones de los hombres pequeños grupos de ganado empezaron a rezagarse. Newt intentó sin éxito hacer volver a dos grupos, pero las reses no le hicieron caso ni siquiera cuando les echó su caballo encima. Por fin los dejó sintiéndose culpable por hacerlo, pero no lo bastante como para arriesgarse a perderse él. Sabía que si perdía el rebaño estaba acabado; sabía que aún faltaba un gran trecho para llegar al agua y a lo mejor no la encontraba, aunque montaba el magnífico alazán que Clara le había regalado.

Call se sentía enfermo de preocupación. La tormenta de arena era una fatalidad porque retrasaba al rebaño y minaba las fuerzas de los animales justo cuando necesitaban toda la que les quedara para llegar al agua. Y él no podía hacer nada para remediarlo. Trató de atar una camisa vieja sobre los ojos de la *Mala Bestia* pero ella se debatió tan vigorosamente que decidió abandonar.

Cuando arreció la tormenta pareció como si el rebaño se partiera en fragmentos. Era difícil ver a diez pasos y pequeños grupos de reses se fueron separando, dejando atrás a los vaqueros. Deets, confiando en su habilidad para orientarse, cabalgó al oeste del rebaño y logró que volvieran las reses que fue encontrando. Pero finalmente se hizo tan oscuro que incluso Deets no podía hacer nada.

Augustus cabalgaba a través de la tormenta con cierta indiferencia, pensando en las dos mujeres que acababa de dejar. No se interesó por el ganado rezagado. Eso era cosa de Call. En cuanto a él, creía merecer encontrarse en mitad de la tormenta en la llanura del Wyoming por haber sido tan loco como para abandonar a las mujeres. No era hombre predispuesto a sentirse culpable; simplemente estaba enojado consigo mismo por lo que consideraba un error de juicio.

Con gran alivio de Call, la tormenta cedió a las tres horas. El viento desapareció gradualmente y la arena volvió a colocarse bajo sus pies en lugar de azotarles. La luna no tardó en dejarse ver y el cielo se llenó de brillantes estrellas. Hasta la mañana sería imposible calcular cuántas reses se habían perdido, pero por lo menos el rebaño principal estaba todavía bajo control.

La tormenta y el largo camino del día anterior se habían cebado en su energía. Al amanecer, la mitad de los hombres estaban dormidos sobre sus monturas. Querían pararse, pero Call les empujó de nuevo hacia delante; sabía que habían perdido terreno y no estaba dispuesto a parar solo porque los hombres tuvieran sueño. Toda la mañana cabalgó en medio del rebaño, animando a los hombres a empujar el ganado. No sabía hasta dónde habían llegado, pero sabía que todavía les faltaba un día entero de marcha. La falta de agua empezaba a notarse en los caballos, y el ganado más débil andaba dando traspiés.

Deets solo había traído de vuelta la mayor parte de los grupos rezagados, ninguno de los cuales se había alejado mucho. La llanura era tan vasta y plana

que el ganado era visible a muchos kilómetros, por lo menos para Augustus y para Deets que eran quienes tenían mejor vista.

—Allí hay un grupo que se te ha escapado —dijo Augustus señalando hacia el Noroeste. Deets miró, asintió, y fue en su busca. Jasper Fant miraba sin ver nada más que oleadas de calor y cielo azul.

—Creo que necesito gafas —dijo—. No veo nada más que nada.

—Un cerebro débil genera una visión débil —sentenció Gus.

—Todos tenemos cerebros débiles o no estaríamos aquí —protestó Soupy amargado. Últimamente y sin que nadie se explicara la razón se había vuelto visiblemente descontento.

Call se detuvo finalmente a mediodía. El esfuerzo de hacer avanzar a los rezagados agotaba a los caballos. Cuando los vaqueros llegaron a la carreta, la mayoría bebió agua y cayeron profundamente dormidos en el suelo, sin pensar ni en mantas ni en sillas. Po Campo racionó cuidadosamente el agua dando a cada hombre tres sorbos. Newt se hubiera bebido mil sorbos; ninguna cosa le había parecido jamás tan deliciosa. Nunca había supuesto que el agua pudiera ser tan apetecible. Recordó las muchas veces que bebió cuanto quiso sin darle importancia. Si alguna vez volvía a tener otra oportunidad la saborearía mejor.

Call les dejó descansar tres horas y después les aconsejó que se pasaran a los mejores caballos. Algunas de las reses estaban tan débiles que los vaqueros tenían que desmontar, tirarles del rabo y gritarles para que se levantaran. Call sabía que si no llegaban en la marcha siguiente tendrían que abandonar el ganado para salvar a los caballos. Incluso después del descanso muchos animales iban con la lengua colgando. Se negaban tercamente a moverse, pero después de ímprobos esfuerzos por parte de los agotados vaqueros se reemprendió la marcha.

A través del atardecer y bien entrada la noche, el ganado fue dando tumbos por la llanura y los animales más débiles se fueron quedando cada vez más rezagados. Al despuntar el día, el rebaño estaba disperso en más de ocho kilómetros, y la mayoría de los hombres avanzaba con la misma indiferencia que el ganado. El día era tan caluroso como cualquiera de los que recordaban del sur de Texas. El viento que les había azotado el día anterior se negaba incluso a regalarles una pequeña brisa, y a los hombres les parecía que la última humedad que conservaban sus cuerpos se les escapaba en forma de sudor. Todos suspiraban por la llegada de la noche y miraban constantemente al sol, pero el sol parecía tan inmóvil como si estuviera sujeto por un cable.

Parte del ganado empezó a dar la vuelta en dirección al agua que habían dejado atrás dos días antes. Newt, que bregaba con un grupo, casi fue derribado por tres bueyes que se le echaron encima. Se quedó estupefacto al darse cuenta de que las reses no parecían verle. Iban dando traspiés con los ojos en blanco. Impresionado, cabalgó junto al capitán.

—¡Capitán, se están quedando ciegas!

—No es una ceguera real —respondió Call sombrío—. Se ponen así cuando están verdaderamente sedientas. Intentan regresar a la última agua.

Dijo a los hombres que se olvidaran del ganado más débil y que trataran de mantener en movimiento al más fuerte.

—Deberíamos llegar al agua esta noche —anunció.

—Si llegamos a la noche… —observó Augustus.

—No podemos pararnos y morir —replicó Call.

—No pienso hacerlo. Pero algunos hombres sí podrían. El irlandés delira. No está acostumbrado a semejante sequedad.

El tremendo calor había enloquecido a Allen O'Brien. De vez en cuanto intentaba cantar, aunque tenía la lengua hinchada y los labios cuarteados.

—No es preciso que cantes —le dijo Call.

Allen O'Brien le miró enojado.

—Necesito llorar, pero no tengo lágrimas. Este maldito país me ha quemado las lágrimas.

Call llevaba tres días sin dormir y empezaba a sentirse confuso. Sabía que el agua no estaba lejos, pero de todos modos el cansancio le hacía dudar. Quizá fueron ciento sesenta kilómetros y no ciento treinta. Si era así no llegarían nunca. Trató de recordar, estrujándose la mente, en busca de detalles que le indicaran a qué distancia podía estar el río, pero en aquella llanura seca había pocas, y cuanto más se concentraba más se le escapaba la mente. Montaba la *Mala Bestia* pero durante largos trechos imaginaba que seguía montando de nuevo al viejo *Ben*, un mulo en el que había confiado muchas veces durante sus campañas en los llanos. *Ben* poseía un sentido infalible de la orientación y un buen olfato para el agua. No era rápido, pero era seguro. En aquella época, algunos hombres se habían mofado de él por montar un mulo, pero Call no les hizo caso. Se jugaba la vida o la muerte y *Ben* era el animal en el que más podía confiar, aunque era el más feo.

Aquella mañana los hombres habían bebido el agua que le quedaba a Po Campo y apenas había bastado para humedecer sus lenguas. Po Campo la había repartido severamente, cuidando de que nadie recibiera más de lo que le correspondía. Aunque el viejo había caminado todo el tiempo, utilizando el mango del hacha como bastón, no parecía especialmente cansado.

Por el contrario, Call lo estaba tanto que pensaba que se le iba la cabeza. Por más que lo intentara no conseguía mantenerse despierto. Una vez se quedó dormido unos pasos y despertó sobresaltado con el convencimiento de que estaba luchando de nuevo en la batalla de Fort Phantom Hill. Miró a su alrededor en busca de indios pero solo vio al rebaño ciego de sed, con sus largas lenguas colgando, respirando con dificultad. Volvió a oscurecerse su mente y cuando despertó era de noche. La *Mala Bestia* iba al trote. Cuando abrió los ojos vio

trotar al toro de Texas junto a él. Buscó las riendas pero las había perdido. Tenía las manos vacías. Luego vio con asombro que Deets las sostenía y que conducía a la *Mala Bestia*.

Era la primera vez que alguien conducía a su yegua. Call se sintió abrumado.

—Eh, estoy despierto —dijo con la voz apagada como un murmullo.

Deets se detuvo y le entregó las riendas.

—No quise que se cayera y que se quedara atrás, capitán. El agua ya está cerca.

Era evidente, a juzgar por el paso más rápido del ganado, y por cómo los caballos enderezaban las orejas. Call trató de sacudirse el sueño, pero era como si se le hubiera pegado. Podía ver, pero le costaba un gran esfuerzo moverse y no estaba en condiciones de hacerse cargo del mando inmediatamente.

Augustus se le acercó al parecer despejado.

—Todo el mundo debería colocarse delante —dijo—. Habrá que separar al ganado cuando llegue al agua para que no se amontone en el primer charco que encuentre y se atropelle.

La mayoría de las reses estaban demasiado débiles para correr, pero se lanzaron al trote. Call pudo por fin sacudirse el sueño y ayudó a Dish, Deets y Augustus a separar al ganado. Pero su éxito fue parcial. El ganado se movía como un ejército ciego, con el olor a agua en su olfato. Afortunadamente llegaron al río que había dicho Call, y había más agua. El ganado se desparramó por propio impulso.

Call no se había recobrado aún del impacto de verse conducido. Sabía que Deets había obrado bien. Había seguido soñando en *Ben* y en aquel día caluroso en Phantom Hill, y si hubiera resbalado de su caballo se habría quedado dormido en el suelo. Pero era la primera vez en su vida que no había podido realizar un trabajo en plenitud de facultades, y aquello le preocupaba.

El ganado fue llegando al río durante toda la noche y el día siguiente, incluso algunas reses que Call había supuesto muertas y pudriéndose en el camino. Un día en el agua consiguió hacer milagros. Augustus y Dish hicieron el recuento, cuando acabaron de llegar los animales rezagados, y al parecer solo se habían perdido seis cabezas.

El irlandés pasó la mayor parte del día sentado dentro de un charco del Salt Creek, recuperándose de su delirio. No recordaba haber perdido la cabeza y se ponía furioso cuando los otros se lo recordaban, burlándose de él. Newt, que se había propuesto beber todo el día cuando llegara al agua, pronto se dio cuenta de que no podía tragar una gota más. Dedicó su ocio a complicados juegos de habilidad con los Rainey.

Deets se marchó a explorar y volvió informando que el territorio no mejoraba hacia el Oeste; la hierba era tan escasa como el agua en aquella dirección. Lejos, en dirección Norte, podían ver una línea de montañas;

discutieron mucho sobre qué montañas podían ser.

—¡Pues las Montañas Rocosas! —dijo Augustus.

—¿Tendremos que escalarlas? —preguntó Jasper. Había sobrevivido a la sequía, pero no le apetecía escalar montañas.

—No —respondió Call—. Iremos hacia el Norte, siguiendo el curso del río Powder, hasta caer en Montana.

—¿Cuántos días nos faltan? —preguntó Newt. Casi se había olvidado de que Montana era un lugar real adonde podían llegar algún día.

—Creo que tres semanas o poco más y encontraremos el Yellowstone.

—¿El Yellowstone, ya? —exclamó Dish Boggett. Era el último río, o por lo menos el último río del que alguien había oído hablar. Al mencionarlo todo el campamento se quedó silencioso mirando a las montañas.

90

Descansaron junto al Salt Creek un par de días para que los hombres y animales tuvieran tiempo de reponerse. Los hombres pasaban la mayor parte del tiempo especulando sobre lo que habría detrás de las montañas y lo que se tardaría en llegar a ellas.

Call dormía apartado del campamento como tenía por costumbre. Sabía que los hombres estaban de buen humor porque les oía cantar. Ahora que disponía de tiempo para dormir se encontró con que no podía. Siempre había creído que sus energías estaban a la altura de cualquier situación, pero empezaba a tener dudas. El cansancio se le había pegado a los huesos, pero no era un cansancio que produjera sueño. Se sentía agotado y soñaba con estar ya en Montana. Solo les quedaban unos pocos centenares de kilómetros pero se le antojaba más lejos que toda la distancia que habían recorrido.

Al regresar al campamento una mañana, notó excitación alrededor de la hoguera. Varios hombres sostenían rifles. Se sorprendió al verlos porque le había parecido una noche tranquila.

—Han desaparecido doce caballos, capitán —anunció Dish Boggett—. Los indios se los han llevado.

Deets parecía avergonzado y Spettle solo sabía mover la cabeza. Aseguraron que ninguno de ellos había oído nada.

—Bueno, muchachos, cantabais fuerte como para despertar a un muerto —observó Augustus—. Supongo que gracias a que son caritativos no se llevaron a todo el rebaño. Nadie se hubiera dado cuenta.

Call estaba irritado. Había estado despierto casi toda la noche y no se había acordado para nada de los indios. Todos aquellos años tratando de estar preparado no habían servido para nada.

—Deben de entender mucho de caballos —comentó.

Deets consideraba que era culpa suya puesto que su trabajo consistía en encontrar señales de indios. Siempre había tenido buen oído para los indios pero había estado sentado junto a la carreta, escuchando las canciones, y no había oído nada.

—Vinieron a pie, capitán —explicó. Por lo menos había encontrado sus huellas.

—Menudo atrevimiento. Pero ahora ya no viajan a pie.

Decidió llevarse solo a Deets y a Augustus, aunque esto suponía dejar el campamento sin un luchador competente contra los indios, en caso de que su acción fuera una trampa. Por el contrario, quienquiera que se llevara a los caballos debía tener mucha ayuda cercana. Si se hiciera necesario atacar un campamento indio, tres hombres eran el grupo mínimo con el que cabía tener éxito.

Diez minutos más tarde los hombres estaban listos para partir. Call era consciente de que dejaban un campamento lleno de hombres asustados. Augustus se echó a reír ante el espectáculo.

—A ver si os tranquilizáis, muchachos.

—Si han conseguido los malditos caballos puede que vuelvan a buscarnos —dijo Jasper Fant—. Se apoderaron de Custer, ¿no es cierto? Y él había luchado toda su vida contra los indios.

A Call le preocupaba mucho más la hierba. Era demasiado escasa para mantener a todo el rebaño durante mucho tiempo.

—Que pasten río arriba —indicó—. Empezad mañana si no hemos vuelto, pero no les atosiguéis. Dejad que pasten tranquilos. Solo tardaremos unos días en llegar al Powder.

Cuando Newt vio alejarse a los tres hombres se sintió muy intranquilo sobre todo por culpa de Lippy que se había pasado toda la mañana hablando de lo que se sentía cuando a uno le arrancaban la cabellera. A Lippy no se la habían arrancado y no podía saberlo, pero esto no le impedía hablar como si le hubiera sucedido y asustar a todo el mundo.

Los cuatreros habían ido al Sudoeste. Call pensó que con suerte podían alcanzarles en un día, pero sufrió una desilusión. A medida que cabalgaban el país se hacía más yermo y la única señal de vida era algún que otro buitre y muchas serpientes de cascabel.

—Si fuéramos a instalarnos por aquí tendríamos que montar una granja de serpientes —dijo Augustus.

Descansaron solo un poco durante la noche y a media mañana del día siguiente se encontraban a ciento sesenta kilómetros del rebaño, sin haber conseguido nada.

—Llegarán al Wind River antes de que les alcancemos —comentó Augustus —. Siempre he oído decir que el Wind River aún es peor en cuanto a sequedad, que las tierras del Pecos.

—Vamos mejor montados que ellos —respondió Call—. Les alcanzaremos.

Pero tardaron otro día interminable en darles alcance.

—¿Estás seguro de que merece la pena por doce caballos? —preguntó Augustus—. Este es el país más asquerosamente pobre que he visto jamás. Cualquier bicho se moriría de hambre aquí.

En efecto, la tierra era triste y la superficie marcada a veces con manchas de sal. Por todas partes se veían lomas de color ocre completamente desprovistas de hierba.

—Lo que no podemos es dejar que nos roben los caballos —dijo Call.

Deets se había adelantado para explorar y por la tarde le vieron regresar. Las oleadas de calor le hacían parecer mayor de lo que realmente era.

—El campamento está ahí. Están en una hondonada, con un poco de agua.

—¿Cuántos son? —preguntó Call.

—No los he contado —contestó Deets—. Pero son pocos. No pueden ser muchos viviendo ahí.

—Yo creo que lo mejor sería esperar a la noche y quitarles los caballos —sugirió Augustus—. Hace demasiado calor para luchar. Robémoselos y dejemos que el hombre rojo persiga al blanco.

—Si esperamos a la noche podemos perder a la mitad de los caballos. Probablemente tienen mejores centinelas que nosotros.

—Con este calor no estoy para discutir. Si quieres ir ahora, vamos. Entraremos a caballo y les mataremos a todos.

—No he visto a muchos hombres —dijo Deets—. Son sobre todo mujeres y niños. Parecen realmente pobres, capitán.

—¿Qué quieres decir con lo de realmente pobres? —preguntó Call.

—Quiero decir que se mueren de hambre —respondió Deets—. Ya han descuartizado un caballo.

—¡Dios mío! —exclamó Augustus—. ¿Quieres decir que robaron los caballos para carne?

Y así era. Se acercaron cautelosamente a la hondonada donde tenían el campamento y vieron a toda la pequeña tribu reunida alrededor del caballo muerto. Había solo una veintena de indios, la mayoría mujeres, niños y viejos. Call solo vio a dos guerreros indios que parecían en edad de luchar aunque eran poco mayores que muchachos. Los indios habían arrancado las tripas del caballo muerto. Las cortaban a rodajas y se las comían. Generalmente había perros en un campamento indio, pero esta vez no vieron ni oyeron a ninguno.

—Supongo que estos no serán los feroces indios de que nos han estado hablando —comentó Augustus. Todos los miembros de la pequeña tribu estaban silenciosos, cada uno de ellos concentrado en comer. Todos eran delgados. Dos viejas cortaban carne de las ancas, probablemente con idea de secarla, y dos muchachos, tal vez los que habían robado los caballos, habían cogido otro y se preparaban para degollarlo. Call sacó la pistola y disparó al aire para evitarlo.

—Bueno, no vamos a disparar contra esta gente, aunque seguramente les haríamos un favor —dijo Augustus—. No creo que tengan armas siquiera.

—Yo no he disparado contra nadie —porfió Call—, pero quiero mis caballos.

Al oír el disparo toda la tribu se quedó mirando estupefacta. Uno de los

jóvenes agarró un viejo rifle pero no disparó. Parecía que era la única arma de fuego que tenían. Call volvió a disparar al aire para alejarles del caballo y consiguió más de lo que había esperado. Los que estaban comiendo se levantaron, algunos con las manos aún llenas de tripas y huyeron a refugiarse hacia los cuatro pequeños *tipis* que se alzaban en la hondonada. El joven del rifle también se retiró ayudando a una de las ancianas. Estaba cubierta por la sangre del festín.

—Estaban en pleno *picnic* —observó Augustus—. Nosotros también tuvimos un *picnic* hace unos días, aunque nadie nos llegó a disparar.

—Podemos dejarles dos o tres caballos —concedió Call—. Pero no quiero perder ese alazán que estaban a punto de matar.

En la desbandada de la tribu habían olvidado un niño, un crío que apenas sabía andar. Estaba cerca del cuello del caballo muerto, llorando, tratando de encontrar a su madre. La tribu, silenciosa, se agrupó frente a los *tipis*. Por un instante solo se oyó el llanto del niño.

—Es ciego —dijo Deets.

Augustus vio que era cierto. El niño no podía ver adónde iba y un segundo después tropezó con un montón de tripas ensangrentadas y cayó sobre ellas.

Deets, que era el que se encontraba más cerca del caballo muerto, se acercó y recogió al niño. El niño ciego seguía llorando.

—Cállate ya —le dijo Deets—. Estás hecho un asco. Te has revolcado en toda esa sangre.

En ese preciso instante se oyó un grito procedente de uno de los *tipis* y vio a uno de los dos guerreros correr hacia él. Era el que había recogido el rifle y luego lo había abandonado, pero ahora cargaba contra él con una vieja lanza y su grito de guerra. Deets le mostró el niño y sonrió. El muchacho, poco mayor que Newt, no necesitaba lanzar ningún grito de guerra. Deets, sonriendo, siguió mostrando el niño a la tribu, convencido de que el joven guerrero se daría cuenta de que era amigo. El joven no necesitaba la lanza; no tenía más que recoger al niño llorón y devolvérselo a su madre.

Call y Augustus creyeron también que el joven probablemente se detendría al ver que Deets no pensaba atacar. De lo contrario, Deets podía pelear con él; era bueno en un cuerpo a cuerpo.

Fue solo en el último segundo cuando ambos se dieron cuenta de que el indio no iba a detenerse. Su carga era a la desesperada y no se había fijado en que la actitud de Deets era amistosa. Iba hacia él corriendo.

—¡Dispárale, Deets! —gritó Call alzando su propia arma.

En el último instante también Deets vio que el muchacho no iba a pararse. El joven guerrero no estaba ciego, pero sus ojos veían tan poco como los del niño. Seguía lanzando su grito de guerra, escalofriante en aquel silencio, y sus ojos estaban llenos de odio. La vieja lanza parecía una tontería. Deets volvió a

levantar el niño, creyendo que el muchacho no le había comprendido.

—Ven, cógelo, solo le he ayudado a levantarse —dijo.

Comprendió entonces que era demasiado tarde. El joven no podía dejar de correr hacia él y de odiarle. Sus ojos estaban enloquecidos de odio. Deets sintió una pena profunda de ser tan odiado por aquel muchacho flaco cuando no le quería hacer ningún daño. Dio un paso hacia el lado con la intención de ganar un instante para dejar al niño en el suelo y pelear con el indio, y tal vez tranquilizarle.

Pero entonces el muchacho le lanzó la lanza hacia el pecho.

Call y Augustus dispararon casi a la vez; el muchacho murió con las manos aún en la lanza. Corrieron hacia Deets, que aún sostenía al niño, aunque llevaba más de un palmo de lanza clavado en el costado.

—¿Quiere cogerlo, capitán? —rogó Deets entregándole el niño—. No quiero que se caiga otra vez en toda aquella sangre.

Deets cayó entonces de rodillas. Observó sorprendido que el joven indio estaba cerca de él, ya muerto. Por un momento temió haberle dado muerte, de algún modo, pero descubrió que su arma seguía enfundada. Debió haber sido el capitán o el señor Gus. Era triste que el muchacho hubiera tenido que morir solo porque no comprendió que no eran enemigos. Era una pena más. Probablemente el muchacho estaba tan hambriento que ni siquiera podía razonar.

Se dio cuenta de que estaba de rodillas y trató de levantarse, pero el señor Gus le puso una mano en el hombro y le rogó que esperara.

—No, no te levantes aún, Deets. Descansa un momento.

Deets se fijó en que el asta de la lanza le salía del costado. Comprendió que el muerto se la había metido allí, pero no sentía nada. El capitán estaba delante de él, sosteniendo torpemente al niño indio. Deets miró con tristeza al capitán. Tenía la esperanza de que ahora el capitán comprendería que había tenido razón al estar preocupado por salir de Texas. Era una equivocación invadir el territorio de otra gente. Solo se conseguía molestarles y, conducirles a cosas como la muerte de aquel muchacho. La gente no quería comprender. No sabían que eran amistosos.

Hubiera sido mucho mejor quedarse donde habían vivido, junto al viejo río. Deets suspiraba por volver, por sentarse de noche en los corrales y preguntarse sobre la luna. Muchas veces se había adormilado pensando en la luna, en si los indios habían conseguido llegar a ella. A veces soñaba que había llegado y que estaba allí…, un sueño tonto. Pero la idea le hizo sentir sueño, y con otra mirada de pena al muchacho muerto, que no había comprendido que no le quería mal, se tumbó cuidadosamente de lado. El señor Gus se arrodilló junto a él. Deets creyó por un momento que iba a quitarle la lanza, pero lo único que hizo fue sujetarla para que el asta no vibrara.

—¿Dónde está el pequeño Newt? —preguntó.

—Esta vez Newt no ha venido. Está con los muchachos —le dijo Augustus.

A Deets le pareció entonces que algo ocurría con la cabeza del señor Gus. Había crecido. No la podía ver bien. Era como si mirara a través del agua, como si hubiera vuelto junto al viejo río y estuviera echado en el fondo, mirando al señor Gus a través del agua fangosa. La cabeza del señor Gus no solo había aumentado sino que se alejaba flotando. Se elevaba hacia el cielo como la luna. Apenas podía verla y pronto no pudo ver nada, pero las aguas se separaron un momento y vio unas hojas de hierba, junto a su ojo; luego, aliviado, las aguas volvieron a cerrarse y le cubrieron de nuevo, esta vez a mayor profundidad y calor.

—¿No puedes arrancarle la lanza? —preguntó Call. No sabía qué hacer con el niño, y allí estaba Deets muriéndose.

—Un momento, Call. Déjale estar muerto un momento en paz.

—¿Ha muerto ya? —exclamó Call. Aunque sabía por larga experiencia que estas cosas ocurren rápidamente, no podía aceptarlo en el caso de Deets.

—Debió atravesarle el corazón —comentó innecesariamente.

Augustus no le contestó. Descansaba un momento preguntándose si podría arrancarle la lanza, si solo debía romperla o qué cabía hacer. Si tiraba de ella arrancaría medio Deets. Claro que Deets estaba muerto… y en cierto modo no importaba. Pero sí importaba; había algo que no quería hacer y era destrozar a Deets.

—¿No puedes entregar este llorón a las mujeres? Déjalo ahí en el suelo y quizá vengan a recogerlo.

Call dio unos pasos hacia los indios acurrucados, tendiéndoles el niño. Ninguno se movió. Dio unos pasos más y dejó al niño en el suelo. Cuando volvió vio que Augustus había apoyado el pie en el costado de Deets y trataba de retirar la lanza, que no se movió.

Augustus dejó de intentarlo y se sentó junto al muerto.

—Deets, hoy no puedo hacerlo. Tendrá que intentarlo otro, a ver si lo consigue.

Call también se arrodilló junto al cuerpo de Deets. No podía sobreponerse a la sorpresa. Aunque había visto cientos de cosas sorprendentes en las batallas, esta era la peor. Un muchacho indio que a lo mejor no tendría más de quince años había corrido hasta Deets y le había dado muerte.

También debió impresionar a Augustus, porque no tenía nada que decir.

—Creo que la culpa es nuestra —dijo Call—. Debimos haber disparado antes.

—Yo no quiero empezar a pensar en todas las cosas que debimos haber hecho por este hombre. Si te sientes con fuerzas para cabalgar, vámonos de aquí —dijo Augustus.

Consiguieron romper el asta para que no se moviera y cargaron el cuerpo de Deets sobre su caballo. Mientras Augustus amarraba el cuerpo para asegurarlo,

Call recogió los caballos. Los indios le contemplaban en silencio. Cambió de idea y separó tres que no valían demasiado y se acercó a los indios.

—Será mejor que atéis a estos tres —les dijo—. Si no nos seguirán.

—Dudo que hablen inglés, Woodrow. Supongo que hablan Ute. En todo caso matamos a su mejor guerrero; este será su final a menos que encuentren mejor tierra. Tres caballos no les durarán todo un invierno.

Miró a su alrededor, a la tierra cuarteada, a las lomas desnudas donde se había abierto la tierra por la sequía. Las lomas eran variopintas, teñidas de rojo, con manchones blancos de sal, como si los líquidos de la tierra hubieran escapado por las grietas.

—Espero que Montana sea mejor que esto —dijo entre dientes—. Como no lo sea volveré, desenterraré el cuerpo de Jake Spoon y esparciré sus huesos.

Cabalgaron toda la noche y todo el día siguiente hasta que anocheció. Augustus iba con la mente vacía, pero Call no dejaba de hacerse reproches. Tanto hablar de estar preparados y de pronto entraban en un campamento indio y dejaba que mataran a Josh Deets. Debió de ser más precavido. Todos debieron haberlo sido. Había conocido hombres que habían muerto a manos de indios que no tendrían más de diez años, o por ancianas indias que daban la impresión de que apenas podían andar. Cualquier indio puede matarte: era la primera regla de los *rangers*. Y sin embargo habían llegado y ahora Josh Deets estaba muerto. Nunca había llamado al hombre por su nombre, pero ahora recordaba el tonto cartel de Augustus y lo preocupado que había estado Deets. Finalmente, Deets había llegado a la conclusión de que su nombre era Josh… y así le recordaría en adelante, pensó Call. Había sido Josh Deets. Su malestar se agudizó al recordar que pocos días antes, Josh Deets había conducido su caballo durante la tormenta de arena mientras él estaba agotado.

Y se había quedado con el rifle en las manos dejando que mataran al hombre. Luego llegaron todos a la conclusión de que los indios estaban tan hambrientos que eran capaces de cualquier cosa. Era un fallo que no se perdonaría nunca.

—Creo que él sabía lo que se le venía encima —comentó Augustus con gran sorpresa de Call mientras cabalgaban a través de aquel valle cuarteado en dirección a Salt Creek.

—¿Qué quieres decir con que lo sabía? ¡Qué iba a saber! Lo que ocurrió es que aquel muchacho se lanzó a pelear.

—Creo que lo sabía. Se limitó a quedarse allí, esperando.

—Sostenía al niño —le recordó Call.

—Podía haberlo dejado caer —insistió Augustus.

A la segunda noche cuando llegaron donde había estado el ganado, Josh Deets empezó a oler.

—Podríamos enterrarle aquí —sugirió Augustus.

Call miró a su alrededor al panorama desierto.

—Si lo que estás buscando es un cementerio, no vamos a encontrar ninguno —dijo Augustus.

—Llevémosle —dijo Call—. Los hombres querrán despedirse. Yo creo que les encontraremos esta noche.

Alcanzaron el rebaño poco antes del amanecer. Dish Boggett, que estaba vigilando el rebaño, les vio llegar. Sintió un gran alivio porque con los dos fuera, el cuidado de las reses había sido responsabilidad suya. Y era mayor responsabilidad porque no conocía el territorio y había confiado en que los jefes volvieran pronto. Cuando les vio se sintió orgulloso de sí mismo, porque había mantenido el ganado donde había hierba y los había ido trasladando sin dificultades.

—Buenos días, capitán —dijo. Entonces se dio cuenta de que algo no marchaba. Había tres caballos, sin contar los que habían sido robados, pero solo dos jinetes. Había algo sobre el tercer caballo, pero no era un jinete. Era solo un cuerpo.

—¿Quién es, Gus? —preguntó sobresaltado.

—Es lo que queda de Deets. Confío en que el cocinero esté despierto.

Después de dos días sin sentir nada, de pronto le entró hambre.

Newt había hecho el turno medio y dormía profundamente cuando despuntó el alba. Utilizaba la silla como almohada y se había cubierto con la manta de la montura porque las noches habían empezado a refrescar.

Le llegó el rumor de voces. Una era la del capitán y otra la del señor Gus. También oyó la voz de Po Campo y de Dish Boggett. Newt abrió un momento los ojos y vio que todos estaban arrodillados junto a algo que había en el suelo. Quizás habían cazado un antílope. Tenía mucho sueño y quería volver a dormirse. Volvió a cerrar los ojos, pero de pronto los abrió. No era un antílope. Al incorporarse vio a Po Campo arrodillado que tiraba de algo. Alguien estaba herido y Po Campo trataba de arrancar algo que sobresalía de un cuerpo. Tiraba con fuerza, pero no conseguía sacarlo. Dejó de intentarlo y Dish, que había estado sujetando al herido, se puso en pie de pronto, pálido y mareado.

Cuando Dish se movió, Newt vio a Deets. Estaba en pleno bostezo cuando le vio. En lugar de levantarse cayó hacia atrás y se agarró a la manta. Abrió los ojos, volvió a mirar y, los cerró con fuerza. Estaba furioso con los hombres que con sus fuertes voces le habían despertado. Ojalá se murieran todos, si esto era lo único que sabían hacer. Quería volver a dormirse. Quería que aquello fuera uno de esos sueños de los que uno despierta cuando el sueño se pone feo. Pensó que probablemente sería esto. Cuando volviera a abrir los ojos ya no vería el cuerpo de Deets tendido sobre la lona de la carreta, a pocos metros.

Pero la cosa no salió bien. No pudo volver a dormirse y cuando se incorporó el cuerpo seguía allí, aunque de no haber sido negro no hubiera sabido que se

trataba de Deets.

Vio a Pea Eye arrodillado al otro lado del cuerpo, con expresión de profundo desconcierto. Lejos, hacia el río, distinguió al capitán y a Lippy, que estaban cavando. El señor Gus comía junto al fuego. Los tres caballos habían sido desensillados, pero nadie los había devuelto a la remuda. Pastaban por allí cerca. La mayoría de los hombres se agrupaban a los pies de Deets, mirando, mientras Po Campo trabajaba.

Al fin Po Campo se dio por vencido.

—Será mejor enterrarle así. Me hubiera gustado ver a ese muchacho. La lanza fue directamente a la clavícula, después de atravesarle el corazón.

Newt siguió sentado en sus mantas, sintiéndose solo. Nadie se fijó en él ni le dijo nada. Nadie explicaba la muerte de Deets. Newt empezó a llorar, pero tampoco lo vio nadie. Había salido el sol y todo el mundo estaba ocupado en sus cosas. El señor Gus comía, el capitán y Lippy cavaban la tumba. Soupy Jones reparaba un estribo y hablaba en voz baja con Bert Borum. Newt seguía sentado, llorando, preguntándose si Deets comprendía algo de lo que estaba ocurriendo. El irlandés, Needle y los Rainey cuidaban del rebaño. Era además una mañana preciosa; las montañas parecían más cercanas. Newt se preguntó si Deets se enteraba. No volvió a mirar al cadáver, pero siguió preguntándose si Deets, pese a todo, seguía enterándose de todo. Creía que sí. Sentía que si alguien se fijaba en él, sería probablemente Deets, que siempre había sido su amigo. Fue únicamente la idea de que Deets le seguía conociendo lo que le impidió sentirse completamente solo.

Pero el Deets que andaba cerca, que le sonreía y que había sido bueno con él día tras día, a lo largo de los años, ese Deets estaba muerto. Newt siguió sobre sus mantas, llorando; pensó que nunca podría parar. Nadie parecía fijarse en él. Nadie le dijo nada mientras seguían los preparativos para enterrar a Deets.

Pea Eye no lloraba, pero estaba tan impresionado que se le doblaban las piernas.

—¡Dios mío! —exclamaba de vez en cuando—. ¡Dios mío!

El capitán dijo que un muchacho indio le había matado. Deets seguía llevando sus viejos pantalones acolchados que le gustaban tanto. Pea Eye no sabía qué pensar. Él y Deets habían sido los dos miembros principales del equipo de Hat Creek desde que se formó el equipo. Ahora solo quedaba él. Esto le supondría muchas más ocupaciones, desde luego, porque el capitán solo confiaba en ellos dos para ciertas tareas. Recordaba que una vez él y Deets habían sostenido una agradable conversación. Incluso había estado pensando en sostener otra si se presentaba la oportunidad. Naturalmente, ahora ya no sería posible. Pea Eye se acercó y se apoyó en una rueda de la carreta, esperando que se le pasara la flojera de las piernas.

Los otros hombres estaban serios. Soupy Jones y Bert Borum, que no

consideraban correcto que los blancos hablaran mucho con los negros, comentaron que este había sido sorprendentemente buena persona. Needle Nelson se ofreció para ayudar a cavar la fosa, porque Deets había sido quien por fin le apartó el toro de Texas, el día que el toro fue tras él. Dish Boggett tampoco había hablado mucho con Deets, pero desde su posición en cabeza le había levantado el ánimo el ver a Deets cabalgando, de vuelta entre las olas de calor. Significaba que avanzaban bien y que el agua estaba cerca. Dish deseó haber hablado más con el hombre, en algún momento del viaje.

Lippy se había ofrecido a ayudar a cavar la fosa, y Call se lo permitió. Cavar tumbas era una tarea que solía asignarse a Deets. Call había enterrado a más de un compañero en fosas cavadas por Deets, incluyendo la de Jake Spoon. Lippy no cavaba bien. En realidad más bien estorbaba, pero Call lo toleró. Lippy también hablaba constantemente sin decir nada. Cavaban en un altozano al norte del lugar donde el Salt Creek se unía al Powder.

Augustus envolvió cuidadosamente a Deets en un trozo de lona de la carreta y la sujetó con cuerdas alrededor del cuerpo.

—Una mortaja para un viaje —dijo Augustus.

Nadie comentó nada. Cargaron a Deets en la carreta. Newt abandonó por fin sus mantas, aunque casi estaba ciego de tanto llorar.

Po Campo condujo a los mulos hasta la tumba y Deets fue depositado y cubierto rápidamente. El irlandés, sin que nadie se lo pidiera, cantó una canción fúnebre tan triste que todos los vaqueros se echaron a llorar, incluso Spettle, que no había derramado ni una lágrima cuando enterraron a su propio hermano.

Augustus dio media vuelta y se alejó.

—Odio los entierros —dijo—. Especialmente este.

—Al paso que vamos quedaremos muy pocos para llegar a Montana —observó Lippy mientras volvían al campamento.

Pensaban que pondrían el rebaño en marcha aquel mismo día porque todos sabían que el capitán Call no era un hombre al que le gustara entretenerse. Pero esta vez se entretuvo. Volvió del entierro, cogió un gran martillo y sacó una de las maderas laterales de la carreta. No dio explicaciones a nadie de lo que estaba haciendo, ni nadie se atrevió a preguntárselo. Cogió la madera y se la llevó a la tumba. El resto del día lo pasó solo, sentado junto a la tumba de Deets, tallando algo con una navaja. El sol brillaba sobre la hoja de la navaja y los vaqueros miraban asombrados. No podían imaginar qué podía ser lo que le llevara tanto tiempo al capitán.

—Su nombre era corto —comentó Lippy.

—No era todo el nombre —dijo Newt. Había dejado de llorar pero se sentía vacío.

—¿Cuál era el otro? —preguntó Jasper.

—Josh.

—Es un nombre bonito —dijo Jasper—. Empieza con J como el mío. Pudimos haberle llamado por este nombre todo el tiempo si lo hubiésemos sabido.

Después oyeron los martillazos. Era el gran martillo que se utilizaba para enderezar las llantas de las ruedas de la carreta. El capitán Call estaba hincando profundamente la madera en la tierra sobre la tumba.

Augustus, que se había mantenido apartado casi todo el día, se sentó en el suelo junto a Newt, que estaba un poco apartado. Había tenido miedo de ponerse otra vez a llorar y quería un poco de soledad.

—Vamos a ver lo que le ha escrito al viejo Deets —dijo Augustus—. He visto a tu padre enterrar a más de un hombre, pero nunca se tomó tanto interés.

Newt apenas le escuchaba. Estaba simplemente sentado allí y se sentía como atontado. Cuando oyó a Augustus mencionar a su padre, aunque las palabras le penetraron, apenas le afectaron. Luego sí.

—¿Mi qué?

—Tu padre —repitió Augustus—. Tu padre.

Newt pensó que el momento no era apropiado para una broma. El capitán no era su padre. Quizás el señor Gus estaba tan afectado por la muerte de Deets que había enloquecido un poco. Newt se puso en pie. Pensó que era mejor ignorar el comentario. No quería avergonzar al señor Gus en semejante momento. El capitán seguía con sus martillazos, clavando la madera en el duro suelo.

Se acercaron a la tumba. Call había terminado de clavar la madera y descansaba. Dos o tres vaqueros volvieron a acercarse a la tumba, un poco indecisos, sin saber si serían bien recibidos.

El capitán Call había grabado profundamente las palabras en la tosca madera para que el viento y la arena no pudieran borrarlas fácilmente.

JOSH DEETS

SIRVIÓ A MI LADO 30 AÑOS. LUCHÓ EN 21 BATALLAS CONTRA LOS COMANCHES Y LOS KIOWAS. ANIMOSO EN TODO MOMENTO, NUNCA DEJÓ UNA TAREA SIN CUMPLIR. COMPORTAMIENTO ESPLÉNDIDO.

Los vaqueros se acercaron uno a uno y leyeron en silencio. Po Campo se santiguó. Augustus se sacó algo del bolsillo. Era la medalla que el gobernador de Texas le había entregado por su servicio en la frontera durante los duros años de la guerra. Call también tenía una. El color de la cinta verde de la medalla estaba casi apagado. Augustus hizo un lazo con la cinta verde y lo pasó por encima del madero, sujetándolo con fuerza. El capitán Call se había apartado para guardar el

martillo. Augustus le siguió. Lippy, que no había llorado en todo el día, empezó a sollozar y las lágrimas le cayeron sobre el labio flojo.

—Ojalá me hubiera quedado en Lonesome Dove —dijo cuando dejó de llorar.

91

Condujeron el rebaño río Powder arriba, cuya agua no gustó a ninguno de los vaqueros. Algunos se quejaron de dolores de estómago y otros de vientre. Jasper Fant empezó a estudiar sus defecaciones de cerca. Salían casi blancas, cuando salían. Parecía una señal de mal agüero.

—He conocido a señoras que no eran tan remilgadas como tú, Jasper —observó Augustus, aunque no se burló demasiado de Jasper. Todo el campamento estaba abatido por la muerte de Deets. La mayoría no lo añoraban tanto, pero se preguntaban qué suerte les estaba reservada en el Norte.

Cuando cruzaron el Powder pudieron ver las montañas Bighorn elevándose al Oeste, no demasiado cerca pero sí lo suficiente para que todos pudieran ver la nieve que las coronaba. Las noches empezaron a ser frías y muchos empezaron a lamentarse de no haber comprado mejores prendas de abrigo en Ogallala, cuando tuvieron oportunidad de hacerlo.

Las conversaciones alrededor del fuego se dedicaron sobre todo a las tormentas. Muchos habían soportado vientos del Norte y alguna que otra tormenta de hielo, pero eran vaqueros del sur de Texas y apenas conocían la nieve. Algunos hablaron de galopar a las montañas y ver cómo era de cerca.

A Newt siempre le había interesado la nieve, pero durante las semanas que siguieron a la muerte de Deets no sintió interés por nada, ni siquiera por la nieve. Apenas prestaba atención a las conversaciones sobre tormentas y en realidad le importaba poco que se helaran todos, hombres y ganado a la vez.

En ocasiones recordaba el extraño comentario del señor Gus. No sabía cómo interpretarlo, aunque entendió claramente que el capitán Call era su padre. Para Newt aquello carecía de sentido. Si el capitán hubiera sido su padre, no le cabía duda de que se lo hubiera dicho en un momento u otro de sus diecisiete años.

En otras circunstancias la cuestión le habría intrigado, pero ahora estaba abatido y no le importaba demasiado. En comparación con la muerte de Deets, le tenía sin cuidado.

En todo caso, si Newt hubiera querido preguntar al capitán, le habría sido difícil dar con él. El capitán cubrió el puesto de Deets y se pasaba los días explorando. Generalmente regresaba junto al rebaño al atardecer, para guiarles a un lugar donde dormir. Una vez, durante el día, volvió a galope tendido para

informar que había cruzado las huellas de unos cuarenta indios. Los indios viajaban hacia el Noroeste, en la misma dirección que ellos.

Durante los días siguientes todo el mundo estuvo tenso, esperando el ataque indio. Algunos hombres se alarmaron a la vista de lo que resultaron ser matas de salvia o matorrales bajos. Nadie podía dormir por la noche e incluso los que no estaban de guardia pasaban parte de la noche repasando y volviendo a repasar sus municiones. El irlandés tenía miedo a cantar cuando estaba de guardia por temor a atraer a los indios directamente al campamento. En realidad, la guardia nocturna se hizo de lo más desagradable para todos, y en lugar de apostar por dinero se apostaba sobre quién hacía guardia. La guardia de medianoche era la menos popular. Nadie quería apartarse de la hoguera; los que volvían de las guardias lo hacían profundamente aliviados, y los que se iban lo hacían convencidos de que se encaminaban a la muerte. Algunos lloraban. Needle Nelson temblaba tanto que apenas podía poner el pie en el estribo. Jasper Fant incluso llegó a descabalgar y a caminar cuando se encontraba en la punta del rebaño. Pensaba que era más difícil que le vieran los indios si estaba de pie.

Pero pasó una semana y no vieron indios. Los hombres se relajaron un poco. Abundaban los antílopes y en dos ocasiones vieron pequeñas manadas de búfalos. En una ocasión la remuda se asustó por la noche; a la mañana siguiente Call descubrió las huellas de un jaguar.

El territorio empezó a mejorar paulatinamente. La hierba se hizo más abundante y a veces se encontraban grupos de árboles y arbustos a lo largo del cauce. Por las tardes aún hacía calor, pero las mañanas eran frías.

Call decidió finalmente dejar el valle del Powder. Pensó que la amenaza de sequía había terminado. La hierba era espesa y ondulante y había multitud de arroyos. Poco después de dejar el Powder cruzaron el Crazy Woman Creek. Parecía que cada día había más nieve en las montañas. Viajar resultó relativamente fácil y el ganado recuperó la carne perdida durante la dura marcha.

A partir de entonces, Call vio señales de indios casi cada día, pero no a los indios. Le molestaba un poco. Había luchado con ellos lo bastante para no subestimarlos, pero tampoco exageraba su capacidad. En su opinión, hablar de indios no era nunca exacto. Siempre les hacía parecer peores o mejores de lo que eran. Prefería juzgar a los indios del Norte con sus propios ojos, pero en este caso los indios no se prestaron.

—Conducimos tres mil cabezas —dijo Call a Augustus—. Acabarán viéndonos.

—No esperan ganado. Hasta ahora nunca ha habido ganado por aquí. Probablemente se dedican a la caza, tratando de reunir suficiente carne para pasar el invierno.

—Supongo que no tardaremos en verlos —comentó Call.

—Siempre será demasiado pronto. Pueden venir rodando de las montañas y barrernos cualquier día. Entonces tendrán carne más que suficiente para pasar el invierno. Ellos serán indios ricos y nosotros soñadores muertos.

—¿Soñadores, por qué? —preguntó Call—. Esta tierra cada vez es mejor.

—Soñadores locos por vivir la vida que hemos vivido —aclaró Augustus.

—Yo he disfrutado con la mía. ¿Qué ha habido de malo en la tuya?

—Debí volver a casarme. Dos esposas no son muchas. Salomón me lleva varios centenares de ventaja, aunque yo estoy equipado igual que él. Por lo menos pude haber tenido ocho o diez. No sé por qué me quedé en este viejo equipo andrajoso.

—Supongo que porque no tenías que trabajar —dijo Call—. Tú descansabas y nosotros trabajábamos.

—Bueno, yo trabajaba de cabeza. Trataba de estudiar la vida. De haber tenido un par más de mujeres gordas a mi alrededor habría resuelto el rompecabezas.

—Nunca comprendí por qué no te quedaste en Tennessee, si tu familia era rica.

—Porque era aburrido. Por eso no quería ser ni médico ni abogado, y no había otra cosa que hacer por aquellos pagos. Prefería hacerme forajido que médico o abogado.

Al día siguiente, mientras seguían el curso de un arroyo que salía del Crazy Woman Creek, el caballo de Dish Boggett alzó de pronto la cabeza y echó a correr. Dish se quedó sorprendido y avergonzado. Había sido una mañana tranquila y estaba medio dormido cuando se encontró con el caballo desbocado en dirección a la carreta. Tiró de las riendas con todas sus fuerzas pero el bocado no parecía hacer ninguna mella en el caballo.

El ganado también dio la vuelta, salvo el toro de Texas, que lanzó un fuerte mugido.

Call vio la espantada sin darse cuenta al principio de lo que la había causado. Él y Augustus cabalgaban juntos, discutiendo hasta dónde debían adentrarse al Oeste antes de volver a torcer al Norte.

—¿Crees que la *Mala Bestia* ha comido hierba loca? —preguntó Call clavando las espuelas para ir a ayudar a contener el ganado. Casi pasó por encima de la cabeza de la yegua porque se inclinó hacia delante creyendo que esta iniciaría un galope, pero en cambio la yegua se paró en seco. Fue una sorpresa, porque últimamente se había mostrado muy obediente y no le había hecho ninguna mala pasada.

—Mira, Call —le dijo Augustus.

Había un grupo de árboles bajos a lo largo del arroyo, y un animal enorme, de color pardo anaranjado, acababa de salir del soto.

—¡Dios mío, es un oso! —exclamó Call.

Augustus no tuvo tiempo de contestar porque su caballo se encabritó de pronto. Todos los vaqueros tenían problemas con sus monturas. Los caballos volvían grupas y corrían como si quisieran volver a Texas. Augustus, montado en un caballo que hacía años que no corcoveaba, a punto estuvo de ser derribado.

Pero en lugar de huir, la mayor parte de los animales se volvieron y miraron al oso. El toro tejano se plantó solo, delante del rebaño.

Call sacó el rifle y trató de animar a la *Mala Bestia* a que se acercara un poco más, pero sin suerte. Se movió, pero se movió de lado, con los ojos siempre fijos en el oso, aunque este se encontraba unos ciento cincuenta metros de distancia. Por más que la espoleó, la yegua solo se movió a un lado, como si hubiera una línea invisible en la pradera que no quisiera traspasar.

—¡Maldición! ¡Allá va a la comida! —observó Augustus. Había conseguido dominar su caballo.

Call vio los mulos desbocados en dirección al Powder, con Lippy tirando desesperadamente de las riendas y saltando en el pescante a un palmo de altura.

—¡Capitán, es un oso! —Vino a decirle Dish Boggett. Había conseguido que el caballo diera un rodeo, pero no podía detenerlo y se lo dijo a gritos al pasar.

Había confusión por todas partes. La remuda se iba corriendo hacia el Sur, llevando consigo a Spettle. Dos o tres jinetes habían sido derribados y sus caballos volaban en dirección Sur. Los vaqueros derribados esperaban morir de un momento a otro, y aunque no tenían idea de lo que les atacaba, se acercaban con las pistolas desenfundadas.

—Supongo que empezarán a matarse ahora mismo —comentó Augustus—. Si no se les contiene pensarán que somos atacados por forajidos.

—Vete a impedírselo —dijo Call. Él no podía hacer otra cosa que vigilar al oso y retener más o menos a la yegua en aquel lugar. Hasta el momento el oso no había hecho otra cosa que erguirse sobre sus pata traseras y olfatear el aire. Pero era un oso enorme; a Call le pareció mayor que un búfalo.

—Mira, a mí no me importa que se líen a tiros —observó Augustus—. Ninguno tiene buena puntería. Dudo que perdamos alguno.

Estudió al oso por un momento. El oso no hacía nada, pero por lo visto tampoco tenía la intención de marcharse.

—Dudo que este oso haya visto un toro zurdo en su vida. Está un poco asombrado, y no hay para menos, desde luego.

—Maldita sea, pero es un oso enorme.

—Sí, y ha desbaratado todo el equipo con solo salir de entre los árboles —dijo Augustus.

En efecto, el equipo de Hat Creek estaba en desbandada, la carreta y la remuda seguían volando hacia el Sur, la mitad de los hombres estaban en el suelo y la otra mitad luchando con sus caballos. El ganado no había huido aún, pero estaba nervioso, Newt había sido lanzado al aire por el alazán que Clara le había

regalado y aterrizó dolorosamente sobre la rabadilla. Empezó a cojear en dirección a la carreta pero descubrió que la carreta no estaba. Lo único que quedaba de ella era Po Campo, que parecía estupefacto. Era demasiado bajito para poder mirar por encima del ganado y no tenía la menor idea de que había un oso por allí.

—¿Son los indios? —preguntó Newt. Tampoco había visto el oso.

—No sé lo que es —respondió Po Campo—. Pero es algo que no gusta a los mulos.

Solo los dos cerdos parecían relativamente tranquilos. Un saco de patatas había salido rebotado de la carreta y los cerdos se las iban comiendo plácidamente, gruñendo de vez en cuando de satisfacción.

El toro tejano era el único animal directamente enfrentado con el oso. El toro lanzó un mugido retador y empezó a patear la tierra. Se adelantó unos pasos y volvió a patear el suelo, lanzando nubes de tierra sobre su lomo.

—¿Tú crees que este torito está tan loco como para cargar contra el oso? —preguntó Augustus—. Cargar contra Needle Nelson es una cosa. Pero este oso le volverá del revés.

—Bueno, si quieres echar el lazo a este toro y llevártelo al establo, es cosa tuya —dijo Call—. Yo no puedo hacer nada con esta yegua.

El toro trotó unos pasos más hacia delante y se detuvo. No estaba a más de treinta o cuarenta metros del oso. El oso se puso sobre sus cuatro patas y miró fijamente al toro. Gruñó con un gruñido profundo, de lo más hondo de la garganta, que hizo huir despavoridas a un centenar de reses, que se detuvieron a poca distancia para mirar. El toro mugió y lanzó una nube de polvo y piedras sobre el lomo. Tenía calor y estaba enfadado. Volvió a patear el suelo, luego bajó la cabeza y cargó contra el oso.

Ante el asombro de cuantos lo vieron, el oso echó al toro tejano a un lado, de un manotazo. Volvió a levantarse sobre sus patas traseras, pegó otro manotazo al toro y lo derribó. El toro se levantó al instante y cargó de nuevo. Esta vez el oso casi le arrancó la piel. Golpeó al toro en el lomo y le hizo un enorme desgarrón, como una capa, pero a pesar de ello el toro consiguió clavarle el cuerno en el flanco. El oso hincó los dientes en el cuello del toro, pero el toro seguía moviéndose y pronto oso y toro rodaban por el suelo. Los mugidos del toro y los bramidos del oso eran tan fuertes que el ganado se asustó y echó a correr. La *Mala Bestia* danzaba y retrocedía y el caballo de Augustus volvió a encabritarse y lo derribó, aunque Augustus retuvo las riendas y consiguió sacar el rifle de la funda antes de que el caballo se soltara y huyera. Call también fue derribado; la *Mala Bestia*, como un gato, se había escurrido simplemente por debajo de él.

Ocurrió en un momento inoportuno porque el toro y el oso, retorciéndose como gatos, habían dejado la orilla del arroyo y se movían en dirección al rebaño, aunque el polvo que la batalla levantaba era tan espeso que nadie podía

ver quién llevaba ventaja. A Call le pareció que el toro estaba siendo desgarrado a tiras por los dientes y las garras del oso, pero el toro derribó al oso por lo menos una vez hacia atrás y volvió a meterle el cuerno.

—¿Crees que deberíamos disparar? —preguntó Augustus—. Como la batalla continúe nos encontraremos de nuevo en Río Rojo.

—Si disparas podrías darle al toro. Entonces tendríamos que luchar nosotros contra el oso y no estoy seguro de que pudiéramos con él. Ese oso está loco.

Po Campo se acercó con su rifle en la mano. Newt venía a unos pasos detrás. La mayoría de los hombres habían sido derribados y contemplaban la batalla, tensos, agarrados a sus rifles.

El ruido que hacían los dos animales era tan espantoso que a los hombres les entraban ganas de echar a correr. Jasper Fant estaba deseoso de huir…, pero no quería huir solo. De vez en cuando se veía la cabeza del oso, enseñando los dientes, desgarrando con sus enormes garras; y de vez en cuando se veía al toro, que se había transformado en una masa de músculo, tratando de hacer retroceder al oso. Ambos sangraban, y el olor de la sangre se hizo tan fuerte que Newt estuvo a punto de vomitar.

De pronto todo cesó. Todo el mundo esperaba ver al toro en el suelo, pero el toro no había caído. Ni el oso tampoco. Se separaron, moviéndose en círculo entre el polvo. Todo el mundo estaba preparado para disparar contra el oso si se le ocurría cargar contra ellos, pero el oso no cargó. Enseñó los dientes al toro y este le contestó con un largo mugido. El toro dio la vuelta en dirección al rebaño y luego se detuvo para mirar al oso. El oso volvió a levantarse sobre las patas traseras, bramando aún; uno de sus costados estaba empapado de sangre. El oso pareció dominarles a todos pese a estar a cincuenta metros de ellos. Al poco rato volvió a ponerse a cuatro patas, gruñó una vez más en dirección al toro y desapareció entre la maleza, junto al río.

—Capitán, ¿podemos perseguirlo? —preguntó Soupy Jones empuñando su rifle.

—¿Perseguirle? —preguntó Augustus—. ¿Te has vuelto loco, Soupy? ¿Quieres perseguir un oso a pie después de lo que acabas de ver? No serías más que medio bocado para este oso.

El oso había vadeado el arroyo y se alejaba despacio a campo abierto.

Pese a las advertencias de Augustus, tan pronto como los hombres pudieron recuperar sus caballos, cinco de ellos —Dish Boggett, Soupy, Bert, el irlandés, y Needle Nelson— se lanzaron tras el oso, todavía visible a más de dos kilómetros. Empezaron a dispararle mucho antes de tenerlo a tiro y el oso galopó en dirección a las montañas. Una hora después, regresaron los hombres con los caballos agotados pero sin el trofeo del oso.

—Le dimos pero fue más rápido de lo que pensábamos —explicó Soupy—. Se metió entre los árboles arriba, en las colinas.

—Cazaremos al próximo —anunció Bert.

—Bueno, si estaba entre los árboles debisteis haber ido y haberle azotado con las culatas de las armas —dijo Augustus—. Probablemente le habríais domado.

—Lo que pasa es que los caballos no quisieron meterse entre los árboles —aclaró Soupy.

—Ni yo tampoco —confesó Allen O'Brien—. De habernos metido entre los árboles a lo mejor no habríamos salido.

Los mulos recorrieron cinco kilómetros antes de pararse, pero como la llanura era bastante lisa la carreta no sufrió daños. No podía decirse lo mismo de Lippy, que dio tantos saltos que casi se partió la lengua en dos. La lengua le sangró durante horas y unos hilillos de sangre le caían sobre el labio flojo. Al final tanto la remuda como el ganado pudieron ser recuperados.

Cuando el toro tejano se hubo calmado lo bastante para poder acercársele, sus heridas parecían tan enormes que al principio Call pensó en matarle. Solo le quedaba un ojo. El otro había sido vaciado y la piel arrancada del cuello le colgaba como una manta sobre un hombro. Había un desgarrón profundo en su flanco y una herida de garra le recorría casi todo el lomo. Le había arrancado de cuajo un cuerno, como si se lo hubiera cortado con un hacha. No obstante, el toro seguía pateando el suelo y mugía si los vaqueros se le acercaban.

—Da lástima matarle —comentó Augustus—. Ha luchado a muerte con un oso. Pocas criaturas pueden presumir de ello.

—Pero no puede andar hasta Montana con la mitad de la piel colgándole por el hombro —objetó Call—. Las moscas se le meterían en la herida y acabaría muriéndose igualmente.

Po Campo se acercó a dieciséis metros del toro y lo contempló.

—Puedo coserlo —dijo—. Quizá viva. Que alguien le eche el lazo.

—Enlázalo, Dish —sugirió Augustus—. Es tu trabajo. Eres el mejor de nuestros hombres.

Dish tenía que hacerlo o se avergonzaría de su fracaso para el resto de sus días. Su caballo no quería acercarse al toro y falló dos lanzamientos por culpa del nerviosismo, temiendo morir si conseguía enlazar al animal. Pero al fin un lazo pasó por encima de la cabeza del toro y le retuvo hasta que se lanzaron otras cuatro cuerdas más.

Incluso entonces casi no podía derribar al toro, y a Po Campo le costó más de dos horas volver a ponerle el desgarrón en su sitio. Cuando hubo que girar al toro hacía el otro lado, fue virtualmente necesario todo el equipo, más cinco caballos y cuerdas, para impedir que volviera a levantarse. Al girar casi aplastó a Needle Nelson, que le odiaba y no estaba de acuerdo con los remiendos. Cuando el toro casi se le cayó encima, Needle se refugió en la carreta y se negó a acercarse de nuevo.

—Yo apostaba por el oso —dijo—. Un toro como este tarde o temprano

alcanzará a alguien, y a lo mejor seré yo.

Al día siguiente el toro estaba tan dolorido que apenas podía moverse y Call temió que los cuidados hubieran sido en vano. El toro se fue quedando tan rezagado del rebaño que decidieron dejarlo. Call iba mirando atrás esperando ver buitres en el cielo; si el toro se desplomaba se darían un buen banquete.

Pero no vio buitres, y una semana después de la pelea el toro volvía a estar en el rebaño. Nadie le había visto volver, pero una mañana se lo encontraron allí. Solo tenía un cuerno y un ojo. Las costuras de Po Campo eran algo irregulares y los pliegues de la piel se habían separado en dos o tres lugares, pero el toro estaba tan agresivo como siempre, mugiendo a los vaqueros cuando se le acercaban demasiado. Reanudó su costumbre de mantenerse en cabeza del rebaño. Sus heridas solo le habían hecho más irascible; los hombres se mantenían tan alejados como podían de él.

Como resultado de la batalla, la vigilancia del ganado durante la noche se hizo aún más impopular. Donde había un oso pardo, podía haber otros. Los hombres, que constantemente se habían preocupado por los indios, empezaron a pensar en los osos. Los que habían perseguido al oso a caballo no dejaban de hablar de lo rápidamente que se movía. Aunque solo parecía trotar, les había dejado plantados.

—No hay ni un caballo en este equipo que este oso no pueda alcanzar si se lo propone —observó Dish.

La observación le quitó el apetito y el sueño a Jasper Fant. Permaneció despierto, envuelto en su manta por espacio de tres noches, agarrado a su rifle, y cuando no podía zafarse de la vigilancia nocturna sentía tal ansiedad que solía vomitar cuanto comía. Pensó en abandonar el equipo pero esto significaba recorrer centenares de kilómetros de pradera infestadas de osos, solo, y esta era una perspectiva con la que no se atrevía a enfrentarse. Pensó que si alguna vez llegaba a una ciudad con ferrocarril, cogería el tren fuera a donde fuera.

Pea Eye también encontró desagradable la perspectiva de los osos.

—Si encontramos alguno más, disparemos todos a la vez —sugirió repetidamente a los hombres—. Si somos muchos a disparar, supongo que lo derribaremos. —Pero nadie pareció convencido ni se molestó en responderle.

92

Cuando Sally y Betsey le preguntaban sobre su pasado, Lorena se mostraba perpleja. Eran solo unas niñas; no podía contarles la verdad. Las dos la adoraban y admiraban su aventura de cruzar las praderas. Betsey tenía una ávida curiosidad y podía hacer más de cien preguntas a la hora. Sally era más reservada y reñía a su hermana por entrometerse en los asuntos personales de Lorena.

—No tiene por qué contarte toda su vida —protestaba Sally—. Quizá no se acuerde. Yo solo puedo recordar desde que tenía tres años.

—¿Qué te pasó cuando tenías tres años? —preguntó Lorena.

—El viejo pavo me mordió. Pero un lobo se lo llevó, y me alegro.

Clara oyó parte de la conversación.

—Voy a recibir otros pavos dentro de poco —anunció—. A Lorie se le dan bien las aves. Creo que podríamos criar unos cuantos.

El trabajo de gallinero había sido asignado a Lorie, sobre todo dar de comer a las veinticinco o treinta gallinas y recoger los huevos. Parecía como si una familia tan reducida no pudiera necesitar tantos huevos, pero sin embargo los absorbía todos. July Johnson era un devorador de huevos, y Clara, que era de lo más golosa, los utilizaba para los pasteles que hacía continuamente. Preparaba tantos que todo el mundo se cansaba de ellos, todos menos ella.

—Por lo menos tengo que ser golosa —explicaba Clara mientras comía un pedazo de pastel antes de acostarse o cuando preparaba el desayuno—. Los pasteles alimentan mucho.

A Lorena no le parecía que Clara necesitara tanta alimentación. Pero ella estaba acostumbrada a hacer lo que le daba la gana, y lo que le gustaba era sobre todo trabajar con los caballos. Las labores domésticas no le interesaban. Esto también pasó a ser trabajo de Lorena, aunque las niñas la ayudaban. No dejaban de hacer preguntas mientras trabajaban y Lorena les contestaba lo primero que se le ocurría…, pocas veces la verdad. No sabía si sus respuestas las convencían porque eran niñas muy listas. A veces se daba cuenta de que no las había engañado.

—¿Vas a casarte con ese hombre? —preguntó Betsey un día—. Ya tiene el pelo blanco.

—Esa no es razón para no casarse —observó Sally.

—Sí que lo es —porfió Betsey—. Si tiene el pelo blanco puede morirse en cualquier momento.

Lorena descubrió que no le gustaba pensar en que Gus pudiera morir. Estaba encantada de haberse quedado en casa de Clara. Casi por primera vez en su vida tenía una cama decente en una alcoba limpia, comidas sabrosas, y estaba rodeada de gente que era amable con ella. Le gustaba tener una habitación solo para ella. Naturalmente, había tenido su habitación en Lonesome Dove, pero no había sido lo mismo. Los hombres podían entrar en aquella habitación; la condición para tenerla es que les dejara entrar. Pero en casa de Clara no tenía por qué dejar entrar a nadie, aunque solía dejar pasar a Betsey, que sufría de pesadillas. Una noche entró Betsey llorando. Clara no estaba en la casa; se había ido a dar uno de los extraños paseos que tanto le gustaban. Lorena se mostró sorprendida y se ofreció para ir en busca de Clara, pero Betsey no la escuchaba. Se le metió en la cama como un animalito y se acurrucó entre sus brazos. Lorena la dejó que se quedara toda la noche. A partir de aquel día cuando Betsey tenía una pesadilla entraba en la habitación de Lorena y esta la tranquilizaba.

Solo añoraba a Gus de vez en cuando, aunque le añoraba con una sensación dolorosa y sentía una necesidad desesperada de verle. En tales ocasiones se sentía cobarde por no haber ido con él, aunque naturalmente él había sido el que insistió para que se quedara. No echaba en falta nada de lo demás…, los vaqueros que la miraban y pensaban cosas de ella, la tienda sofocante, las inesperadas tormentas y las pulgas y los mosquitos que siempre había.

Tampoco echaba en falta el miedo, el miedo de que algún día Gus se fuera a alguna parte y Blue Duck volviera a llevársela. Lo que había pasado había sido más que suficiente, pero sabía que si volvía a llevársela, sería mucho peor. El temor al bandido se asociaba al deseo de estar con Gus, porque Gus era la única persona que podía protegerla del forajido.

Al contrario de las niñas, Clara pocas veces le preguntaba. Lorena acabó deseando que lo hiciera. Durante un tiempo había sentido el impulso de pedir perdón a Clara por no haber sido siempre capaz de ser una señora. Todavía le seguía pareciendo un milagro que se le hubiera permitido quedarse en casa de Clara como un miembro más de la familia. Temía que la cosa se estropeara, pero no fue así. Lo único que había cambiado era que Clara ahora pasaba cada vez más tiempo con los caballos y cada vez menos en la casa.

—Has llegado en el momento oportuno —le dijo un día cuando Lorena regresaba de dar de comer a las gallinas. Era una tarea que a Lorena le encantaba; le gustaba ver cómo las gallinas parloteaban y protestaban.

—¿Por qué? —preguntó Lorena.

—Pinché a Bob para que me construyera esta casa, y en realidad la casa no me importa —explicó Clara—. La necesitábamos para las niñas, pero no fue por

eso por lo que se construyó. Solo quise atosigarle para que lo hiciera. La razón principal era que no quería dejarme trabajar con los caballos, aunque se me dan mejor que a él. No lo consideraba apropiado. Así que pensé: está bien, Bob, levántame una casa. Pero prefiero estar con los caballos, y ahora no me lo impide nadie.

Dos semanas más tarde, Bob murió durante la noche. Clara entró por la mañana para cambiarle y le encontró muerto. Estaba exactamente como siempre, solo que no respiraba. Pesaba tan poco que podía levantarlo sola. Cuando tiempo atrás llegó a la conclusión de que se moría, encargó a Cholo que comprara un ataúd de pino en la ciudad. Lo había traído por la noche para que no lo vieran las niñas. Ahora estaba dispuesto.

Clara cerró los ojos de Bob y se quedó sentada durante una hora con él y sus recuerdos. Ahora las niñas estaban abajo, dando guerra a Lorena y comiendo. De vez en cuando las oía reír.

Eran niñas felices; reían con frecuencia. A Clara le encantaba oírlas. Se preguntó si Bob habría oído reír a sus dos hijas mientras moría. Se preguntó si le había servido de algo, si le había compensado de sus momentos de mal humor y de la muerte de sus tres chicos. Había esperado tanto de esos chicos…, los chicos serían los que le ayudarían. Bob nunca había sido muy hablador, pero de lo único que hablaba era de las cosas que harían cuando los chicos fueran lo bastante mayores para participar en el trabajo. Con frecuencia, al oírle hablar de las vallas que levantarían, de los graneros o del ganado que comprarían, Clara se sentía muy lejos de Bob, que solo consideraba a los chicos como mozos que no tendría que pagar. «Los ve de otro modo», pensaba. Ella era feliz solo con tenerlos allí. Le gustaba verlos alrededor de la mesa, mirarlos cuando nadaban y jugaban en el río, sentarse a su lado mientras dormían, oírlos respirar. Pero habían muerto, y tanto ella como Bob habían perdido lo que amaban… Bob sus sueños de futuro trabajo con sus hijos; ella el placer inmediato de tener hijos que mirar, tocar, reñir, embromar y besar.

Le sorprendió descubrir que los finales no eran nunca como una solía esperar. Había creído que sentiría alivio cuando Bob muriera finalmente. Había sentido que él había dejado de ser parte de su vida. Y sin embargo, ahora que ya no estaba, sabía que sí lo había sido. Una parte silenciosa, una parte incómoda, pero todavía presente, todavía su marido, todavía el padre de sus hijas. Había cambiado, pero no se había ido.

Ahora se había ido a donde estaban sus hijos. Por más que les conociera, por más que les quisiera, el tiempo se los había robado. A veces se encontraba mezclando detalles y acontecimientos, no en gran escala, solo un poco. Veía en sueños las caras de sus hijos y cuando despertaba no podía recordar con qué hijo había soñado. Se preguntó si soñaría con Bob y qué recordaría de él dentro de diez años. Su matrimonio no había tenido grandes momentos. Con frecuencia

había sido feliz, pero no por algo que Bob hiciera. Había tenido más felicidad por los caballos que por su marido, aunque había sido un marido decente, mejor que el que tenían muchas mujeres, por lo que podía juzgar.

No lloró. Ahora que había muerto solo sintió el deseo de poder escapar de algún modo a las agobiantes formalidades de la muerte. Alguien tendría que ir en busca de un predicador. Habría que organizar una especie de servicio mortuorio. No tenían vecinos cercanos, pero dos o tres de los más conocidos se sentirían obligados a asistir, traerían comida y les acompañarían.

Cubrió a Bob con una sábana limpia y bajó. Lorena estaba enseñando a las niñas a jugar a las cartas. Estaban jugando al póquer con botones. Clara se quedó fuera, deseando no tener que interrumpir su diversión. ¿Por qué interrumpirla por una muerte que no pudo evitarse? Sin embargo, la muerte era algo que no podía ignorarse. Tenía su peso. Arriba había un hombre muerto, no un enfermo. Le pareció que era mejor no adquirir la práctica de ignorar la muerte. Si lo intentaba, la muerte encontraría un modo de vengarse; se llevaría a otro de sus amores para enseñarla a respetarla.

Así que entró. Betsey acababa de ganar una mano; chillaba porque le gustaba vencer a su hermana. Era una niña preciosa, con rizos que algún día volverían locos a los hombres.

—¡He ganado el bote, mamá! —gritó, pero al ver la expresión grave del rostro de Clara pensó que algo iba mal.

—¡Magnífico! —exclamó Clara—. Lo que esta familia necesita, es una buena jugadora. Ahora tengo que deciros algo muy triste. Vuestro padre ha muerto. Vuestro padre ha muerto.

—¡Oh, no! —dijo Sally.

—Cariño, acaba de morir.

Sally corrió hacia ella pero Betsey se volvió a Lorena, que estaba más cerca. Lorena se quedó sorprendida, pero rodeó a la niña con sus brazos.

—¿Podrías ir en busca de July? —pidió Clara a Lorena cuando las niñas se hubieron calmado un poco.

July vivía ahora en una pequeña habitación junto al cobertizo de los arreos. No le serviría cuando llegara el invierno, pero para el verano era perfecta. Nunca se había sentido cómodo en la casa con Clara y las niñas, y desde la llegada de Lorena aún se sentía más incómodo. Lorena casi nunca le hablaba y Clara solo lo hacía de caballos o de otros problemas del rancho, pero con ellas se sentía nervioso. Día tras día pensaba que había hecho mal aceptando el trabajo con Clara. A veces deseaba desesperadamente encontrarse en su viejo trabajo de Fort Smith, pese a que Roscoe ya no vivía para ser su ayudante.

Pero ahora tenía un hijo, un niño que veía todos los días a la hora de cenar y de desayunar. Su hijo era el capricho del rancho. Las mujeres y las niñas se lo pasaban unas a otras como si les perteneciera; Lorena hacía buenas migas con él

y cargaba con toda la responsabilidad cuando Clara estaba con los caballos. Naturalmente, el niño era feliz con dos mujeres y dos niñas para mimarle. July ni siquiera podía imaginar lo que le harían las mujeres si intentaba llevarse al niño y criarlo en Arkansas. En todo caso, el plan era impracticable.

Así que se quedó y cumplió con su trabajo, ni realmente satisfecho ni amargamente descontento. Seguía soñando con Elmira y experimentaba una dolorosa tristeza cuando pensaba en ella.

Pese al dolor, lo que le preocupaba sobre todo a July es que se había enamorado de Clara. El sentimiento había empezado incluso antes de saber que Elmira había muerto, y fue en aumento aun cuando sabía que debería estar llorando por Elmira. Se sentía culpable por ello, no podía evitarlo, pero era verdad. De noche pensaba en ella y la imaginaba en su alcoba, con su camisón. La contemplaba durante el desayuno y a la cena, siempre que pensara que podía hacerlo sin que ella se diera cuenta. Además tenía muchas oportunidades, porque ella parecía haberse desentendido de él. Tenía la impresión de que la había decepcionado, aunque no sabía la razón. Y cuando Clara le miraba, se asustaba. A veces, cuando descubría a Clara mirándole, se arrugaba porque tenía la impresión de que no podía ocultarle nada. Era demasiado lista; tenía la sensación de que podía imaginárselo todo. Sus ojos eran un misterio; a veces parecía que le divertía, y otras que le irritaba. A veces su mirada parecía traspasarle, como si hubiera decidido leer sus pensamientos, como si leyera un libro. Y de pronto levantaba la cabeza y le ignoraba, como si fuera un libro que hubiera hojeado y encontrado poco interesante para seguir leyéndolo.

Y estaba casada. Su marido yacía enfermo sobre sus cabezas, lo que hacía que su amor pareciera tanto más imposible. Pero no apagaba el deseo que sentía por ella. En sus sueños despierto se dedicaba a reinventar el pasado, imaginando haberse casado con Clara y no con Elmira. Su matrimonio era completamente distinto; Clara no se sentaría en el altillo con las piernas colgando todo el día. No habría huido en un barco de *whisky*. Probablemente le habría tenido sin cuidado que Jake Spoon matara a Benny. Se imaginaba criando juntos caballos y niños. Pero la realidad estaba muy alejada del sueño. No estaban juntos. No podía entrar en su habitación por las noches y hablar con ella. Sabía que si lo hacía, probablemente no se le ocurriría gran cosa que decir, y si decía algo sería una estupidez. Clara le contestaría con un desplante. Pero seguía deseándola, y por la noche permanecía despierto en su pequeño cobertizo, pensando en ella.

Y eso es lo que estaba haciendo cuando Lorena vino a decirle que Bob estaba muerto. Al oír pasos, tuvo la esperanza de que fuera Clara y mentalmente imaginó su cara, no severa e impersonal como solía ser cuando le encargaba algún trabajo, sino dulce y sonriente, como cuando jugaba con Martin a la hora de cenar.

Abrió la puerta y le sorprendió ver a Lorena.

—Ha muerto —dijo Lorena.

—¿Quién? —preguntó July distraído.

—Su marido —dijo Lorena.

« Bueno, pues ya está libre» , pensó July. No podía sentirse triste.

—Creo que ha sido lo mejor —dijo—. No mejoraba nada.

A Lorena le pareció que él se puso más feliz de lo que había estado desde que llegó al rancho. Sabía exactamente lo que pensaba. A menudo le había visto mirar a Clara con desesperado amor en sus ojos. A ella la tenía realmente sin cuidado July Johnson, pero su mudo amor la fastidiaba. Muchos hombres la habían mirado así y no se sentía halagada por ello. Aquellos hombres querían presumir de que eran diferentes, de que ella era diferente, y que lo que fuera a ocurrir entre ellos sería más diferente de cuanto podía ser. Querían demostrar que lo que les importaba eran trajes bonitos y bellas sonrisas, cuando lo que en realidad querían es que ellas yacieran debajo de ellos. Este era el verdadero deseo bajo todos los bonitos deseos de los hombres. Y cuando estaba debajo de ellos podían mirar hacia abajo y pretender que estaba ocurriendo algo precioso, pero ella levantaría la mirada y solo vería una cara por encima de ella, tensa, embustera y menos hermosa.

—Quiere que traigas el ataúd —dijo a July mirándolo. Debía dejar que Clara se preocupara por él. Mirarlo solo le hacía pensar en Gus. Este le daba cosas que nadie más podía darle. No era un tonto y no pretendía que lo que quería eran sonrisas cuando lo único que deseaba era un polvo.

Colocaron el ataúd en la habitación delantera, y July bajó el frágil cuerpo y lo metió en el ataúd. Después, siguiendo instrucciones de Clara, se fue a caballo a informar a los pocos vecinos y a buscar un predicador. Clara, Lorena y las niñas se quedaron toda la noche con el muerto, mientras Cholo fue a cavar una fosa en la loma, por encima del granero, donde los niños estaban enterrados. Betsey durmió parte de la noche entre los brazos de Lorena. A Clara le gustó que la niña se hubiera encariñado tanto con ella.

Al despuntar el alba, Clara llevó algo de café a Cholo. Había terminado de cavar y estaba sentado sobre el montículo de tierra que pronto cubriría a Bob. Mientras caminaba hacia la loma con la primera luz, Clara tuvo la momentánea sensación de que Bob y los niños la estaban mirando. La visión no duró más que un segundo. Era Cholo el que la estaba mirando. Hacía viento y la hierba ondulaba sobre las tumbas de sus tres niños…, ahora cuatro, pensó. Bob también le parecía un niño. Poseía una inocencia infantil que conservó hasta el final, pese al agotamiento del trabajo y a una vida matrimonial en un lugar inhóspito. Aquella inocencia de él solía irritarla. En cierto momento creyó que era holgazanería…, la dejaba que pensara ella sola, cosa que le reprochaba. Pero también la había querido. Nunca había sido un hombre avispado como era Gus, ni siquiera como Jake Spoon. Cuando decidió casarse con Bob, Jake se puso rojo

de rabia y le armó una escena. Le ofendió soberanamente que ella hubiera elegido alguien a quien consideraba tonto. Gus se había comportado mejor, aunque no se sintió menos perplejo. Recordó cómo había disfrutado rechazándolos, haciéndoles darse cuenta de que su medida era distinta de la de ellos.

—Siempre sabré dónde está —dijo a Gus. Fue la única explicación que les dio.

Y ahora, efectivamente, sabría dónde estaba.

Cholo la observaba para saber lo afectada que estaba. Quería a Clara y trataba por mil pequeños medios de hacerle la vida más fácil, aunque hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que no buscaba la comodidad. Cuando por la mañana bajaba a los corrales, con frecuencia llegaba ceñuda y se quedaba de pie junto a la alambrada, durante una hora o así, sin hablar con nadie. Otras veces, algo bullía en ella que asustaba a los caballos. Pensaba en Clara como en las nubes. A veces las nubes negras se les venían encima desde el Norte; parecían rodar una y más veces cruzando el cielo, como hierbas que arrastra el viento. Algunas mañanas las cosas daban tumbos en el interior de Clara y la ponían tensa y agresiva. Entonces no podía hacer nada con los caballos. Se contagiaban de ella y Cholo intentaba persuadirla con afecto de que no era buen día para el trabajo. Otros días estaba tranquila y calmada y los caballos también lo notaban. Aquellos eran los días en que se progresaba domándolos.

Clara había traído dos tazas. Estaba contenta de encontrarse fuera de la casa. Sirvió el café a Cholo y luego se sirvió ella. Se sentó sobre el montículo de tierra junto a él y contempló la fosa abierta.

—A veces parece que lo único que hacemos es cavar fosas —observó—. Pero no es cierto. Supongo que si hubiéramos vivido en una gran ciudad no nos lo parecería. Me imagino que en Nueva York hay tanta gente que uno no se fija tanto en las muertes. La gente llega más deprisa de lo que se va. Aquí se nota más cuando la gente muere, sobre todo si son de los nuestros.

—El señor Bob no entendía a las yeguas —dijo Cholo, recordando que esta ignorancia había sido su perdición.

—No —asintió Clara—. No entendía a las yeguas.

Permanecieron un momento silenciosos, bebiendo café. Cholo sintió pena al mirar a Clara. No creía que hubiera sido feliz alguna vez. Sus ojos siempre parecían andar buscando algo que no estaba allí. Podía parecer contenta en algún momento, contemplando a sus hijas o un caballito joven, pero luego empezaba la confusión en su interior y la mirada alegre se volvía triste.

—¿Qué crees que ocurre cuando uno se muere? —preguntó a Cholo. Este se encogió de hombros. Había visto muchas muertes, pero nunca había pensado mucho en ellas. Ya lo pensaría cuando llegara el momento.

—Poca cosa —respondió—. Que uno está muerto.

—Puede que el cambio no sea tan grande como creemos —dijo Clara—. Puede que uno siga viviendo cerca del lugar en que ha vivido. Cerca de su familia o donde fue más feliz. Solo que entonces se es un espíritu y no se tienen los problemas que tienen los vivos.

Aquella tarde July regresó con un sacerdote. Llegaron los dos vecinos más cercanos: familias alemanas. Clara conocía más a los hombres que a las mujeres. Los hombres venían a comprar caballos y se quedaban a comer. ¿Para qué iban a interrumpir su trabajo solo por ver enterrar a Bob? Cantaron dos himnos; los alemanes cantaron con brío, pero en mal inglés. La señora Jensch, la esposa de uno de los granjeros alemanes, pesaba más de ciento cincuenta kilos. Las niñas no dejaron de mirarla. La calesa donde venía se inclinaba mucho a un lado bajo su peso. El ministro fue invitado a pasar la noche y bebió lo suyo después de cenar. Se sabía que bebía mucho si encontraba una oportunidad. El reverendo Spinnow tenía una gran mancha roja debajo de una oreja. Era viudo y se excitaba fácilmente en presencia de mujeres. Estaba escribiendo un libro sobre profecías y habló por los codos sobre él, mientras estaban reunidos en el cuarto de estar. Tanto Clara como Lorena pronto sintieron ganas de estrangularlo.

—¿Ha pensado ahora en trasladarse a la ciudad, señora Allen? —preguntó el reverendo esperanzado. Merecían la pena los inconvenientes de un entierro en pleno campo a cambio de estar un rato sentado con dos mujeres.

—No, vamos a quedarnos —respondió Clara.

July y Cholo sacaron el colchón donde había muerto Bob; necesitaba que le diera el aire. Betsey lloró mucho rato aquella noche y Lorena subió con ella. Era mejor que escuchar a un ministro hablando sin cesar de profecías.

El niño tenía cólico y Clara lo meció mientras el reverendo bebía. July entró y preguntó si deseaba que hiciera alguna otra cosa.

—No —dijo Clara, pero July se quedó. Creía que debería ofrecerse a mecer a su hijo, pero sabía que el niño lloraría con más fuerza si lo separaba de Clara. El reverendo terminó durmiéndose en el sofá y ante la sorpresa de ambos, resbaló hasta el suelo y empezó a roncar.

—¿Quieres que me lo lleve? —preguntó July queriendo ser útil—. Dormiría igual en una carreta.

—Déjalo. —Clara pensó que había sido un día curioso—. Dudo que sea la primera vez que duerme en el suelo, y en todo caso no es responsabilidad tuya.

Sabía que July estaba enamorado de ella y le enfurecía que fuera tan torpe. Era tan inocente como Bob, pero en el caso de July no se sentía dispuesta a tener paciencia. Guardaría toda la paciencia para el niño, que dormía apoyado en su pecho, quejándose de vez en cuando. No tardó en subir con el niño y se dirigió a su alcoba dejando a July sentado silenciosamente en una butaca mientras el ministro roncaba en el suelo.

Una vez arriba llamó a Sally. Sally no había llorado mucho. Cuando entró en

la habitación de Clara parecía descompuesta. Casi inmediatamente se echó a llorar. Clara dejó al niño y cogió a su hija entre sus brazos.

—Oh, soy tan mala —murmuró Sally cuando pudo hablar—. Quería que papá muriera. No me gustaba verlo ahí echado con los ojos abiertos. Era como si fuera un fantasma. Pero ahora me gustaría que no se hubiera muerto.

—No eres mala —le tranquilizó Clara—. Yo también quería que muriera.

—¿Y ahora tampoco quieres que se hubiera muerto, mamá?

—Lo que quisiera es que hubiera tenido más cuidado con los caballos, eso es lo que quisiera.

93

A medida que el rebaño y el equipo de Hat Creek cabalgaban lentamente hacia Montana saliendo de las yermas llanuras de Wyoming, todos parecían creer que no solo dejaban atrás el calor y la sequía sino también la fealdad y el peligro. La llanura ondulante, en lugar de ser calcárea y de estar cubierta de salvia retorcida y reseca, se hallaba cubierta de hierba alta espesa y salpicada de flores amarillas. La ondulación de la llanura se hizo más amplia; la reverberación del calor que habían soportado todo el verano dio paso a un aire fresco de día, cortante por las mañanas y frío por la noche. Cabalgaron varios días junto a las montañas Bighorn, cuyas cumbres a veces quedaban ocultas por las nubes.

El frescor del aire parecía mejorar la visión de los hombres; empezaron a especular hasta cuántos kilómetros de distancia podía verse. La llanura se extendía ante ellos en dirección Norte. Vieron mucha caza, sobre todo ciervos y antílopes. Una vez divisaron un gran rebaño de alces y en dos ocasiones vieron pequeñas manadas de búfalos. No encontraron más osos, pero los osos pocas veces se apartaban de sus pensamientos.

Los vaqueros habían vivido durante meses bajo la gran cúpula del cielo, pero los cielos de Montana parecían más profundos que los de Texas o Nebraska. El azul y la profundidad disminuían la fuerza del sol, que a pesar de su inmensidad parecía más pequeño, y todo el cielo se volvía blanco a mediodía, como en el llano. Siempre se veía azul en algún lugar al Norte, con blancas nubes flotando en él como pétalos en un estanque.

Call había hablado poco desde la muerte de Deets, pero la belleza de las altas praderas, la abundancia de caza, la frialdad de las mañanas, acabó por levantarle los ánimos. Estaba claro que Jake Spoon, que había estado equivocado en muchas cosas, había tenido razón sobre Montana. Era un paraíso para los ganaderos, y ellos eran los únicos ganaderos que había en él. Los pastos parecían no tener límites hacia el Norte. Pero lo que resultaba raro es que no hubieran visto indios. Alguna vez se lo mencionaba a Augustus.

—Custer tampoco los había visto —comentó Augustus—. Hasta que lo cogieron. Ahora que ya estamos aquí, ¿nos vamos a quedar o piensas llevarnos al Norte hasta que nos encontremos con los osos polares?

—Pienso pararme, pero aún no —dijo Call—. Todavía no hemos cruzado el

Yellowstone. Me gusta la idea de tener el primer rancho al norte del Yellowstone.

—Pero no eres ningún ranchero —observó Augustus.

—Ahora sí lo soy.

—No, tú eres un luchador —dijo Augustus—. Podíamos haber dejado estas malditas vacas en Texas. Las utilizaste como excusa para llegar aquí, sin estar interesado en ellas y sin necesitar una excusa. Creo que debemos dárselas a los indios cuando aparezcan.

—¿Regalarles a los indios tres mil vacas? —exclamó Call, furioso por la idea de su amigo—. ¿Por qué vamos a hacer tal cosa?

—Porque de lo contrario nos matarán. Para variar podríamos enfrentarnos a ellos en lugar de seguir sus traseros. ¿No estás aburrido?

—No pienso como tú —dijo Call—. Son nuestras. Las hemos traído. No voy a regalárselas a nadie.

—Echo de menos Texas y echo de menos el *whisky* —refunfuñó Augustus—. Ahora estamos en Montana y no hay quien nos diga qué será de nosotros.

—Miles City está por ahí cerca —dijo Call—. Podrás comprarte *whisky*.

—Sí, pero tendré que beberlo dentro —se lamentó Augustus—. Aquí hace frío.

Como para darle la razón, al día siguiente tuvieron una tormenta procedente de las Bighorns. Sopló un viento helado y nevó por la noche. Los hombres se envolvieron en sus mantas para calentarse. Por la mañana una fina capa de nieve cubría las praderas ante el asombro de todos. El chico Spettle quedó tan impresionado al despertarse y verla, que se negó a salir de sus mantas por miedo a lo que pudiera ocurrir. Se quedó echado con los ojos abiertos mirando la blancura. Solo cuando vio a los otros meterse en ella sin que les pasara nada, decidió levantarse.

Newt se había sentido muy intrigado por la nieve durante todo el camino, pero había perdido su chaquetón en algún lugar de Kansas, y ahora que la nieve había caído finalmente tenía demasiado frío para disfrutarla. Lo único que quería era volver a tener calor. Se había quitado las botas cuando se echó a dormir y la nieve se había fundido mojando sus calcetines. Sus botas eran demasiado ajustadas y resultaba prácticamente imposible ponérselas con calcetines húmedos. Se acercó al fuego, descalzo, esperando secar sus calcetines pero había muchos vaqueros alrededor del fuego y no consiguió ponerse en primera fila.

Pea Eye había cogido un puñado de nieve y se la estaba comiendo. Los hermanos Rainey habían hecho bolas, pero los vaqueros estaban entumecidos y muertos de frío y tenían aspecto amenazador, así que se limitaron a echárselas mutuamente.

—La nieve tiene gusto a granizo, pero es más blanda —observó Pea Eye.

En ese momento apareció el sol brillando con fuerza en las blancas llanuras tanto que algunos hombres tuvieron que resguardarse los ojos. Newt consiguió al

fin un lugar junto al fuego, pero para entonces el capitán estaba impaciente por ponerse en marcha y no logró secarse los calcetines. Intentó calzarse, pero sin suerte hasta que Po Campo se dio cuenta del problema y se le acercó con un poco de harina con la que le espolvoreó las botas.

—Esto te ayudará —le dijo y tenía razón, aunque lo de calzarse las botas seguía siendo difícil.

El sol no tardó en fundir la nieve y durante la semana siguiente los días siguieron siendo calurosos. Po Campo anduvo todo el tiempo tras de la carreta seguido por los cerdos, que se metían por entre la hierba como topos; el espectáculo divertía a los vaqueros aunque Augustus tuvo miedo de que los cerdos se despistaran y se perdieran.

—Deberíamos dejar que viajaran en la carreta —sugirió a Call.

—No veo por qué.

—Bueno, han hecho historia —le hizo notar Augustus.

—¿Cuándo? —exclamó Call—. No me he dado cuenta.

—Son los primeros cerdos que han ido andando desde Texas a Montana. Y esto es toda una hazaña entre cerdos.

—¿Y qué ganarán con esto? Se los comerá un oso si no tienen cuidado; nos los comeremos nosotros si lo tienen. Habrán recorrido un largo camino para nada.

—Sí, y lo mismo reza para nosotros —respondió Augustus irritado porque su amigo apreciaba tan poco a sus cerdos.

Con Deets muerto, Augustus y Call alternaban el trabajo de explorador. Newt se quedó un día totalmente sorprendido cuando Augustus le pidió que fuera con él. Por la mañana vieron a un oso pardo, pero este se encontraba a contra viento y no les olió. Era un día precioso, sin una nube en el cielo. Augustus cabalgaba con su gran rifle atravesado en la silla y estaba de magnífico humor. Se adelantaron al rebaño unos veinte kilómetros o más, pero cuando se detuvieron para mirar hacia atrás todavía podían ver el ganado, como motitas negras en medio de la llanura, con el horizonte del Sur todavía lejos detrás de ellos.

—Nunca pensé que pudiera ir tan lejos —comentó Newt.

—Sorprendente, ¿verdad? Esta Montana es un país especial. Somos un grupo afortunado. No hay nada mejor que esto, aunque, no se te ocurra decir a tu padre que lo he dicho yo.

Newt pensó que aquella debía ser una de las muchas bromas del señor Gus: aparentar que el capitán era su padre.

—Me gustaría que Woodrow siguiera creyendo que ha causado un montón de problemas. No quiero que se me ponga ufano. Pero no hubiera querido perderme esto por nada del mundo. No se me ocurre nada mejor que montar un buen caballo en un país nuevo. Esto es exactamente a lo que estaba predestinado, y Woodrow también.

—¿Cree que veremos indios? —preguntó Newt.

—Puedes estar seguro. Quién sabe, a lo mejor esta tarde estaremos todos muertos. Esto es lo que ocurre en un país salvaje; tiene sus peligros, lo cual forma parte de su belleza. Claro que esta tierra siempre ha sido de los indios. Para ellos no tiene precio porque es antigua. Para nosotros es emocionante porque es nueva.

Newt se dio cuenta de que el señor Gus tenía un brillo especial en los ojos. Su cabello blanco casi le llegaba a los hombros. No había nadie que pareciera disfrutar tanto con todo como el señor Gus.

—Claro que también están las mujeres —continuó Augustus—. Me encantan. Pero todavía no he encontrado a una que pudiera retenerme lejos de esta oportunidad. Las mujeres son criaturas persistentes y tratan de encadenarte. Pero si sigues moviéndote sueles encontrarlas cerca del lugar donde las dejaste…, bueno, la mayoría.

—¿De verdad sabe quién es mi padre? —El señor Gus se mostraba tan amistoso que Newt pensó que podía preguntárselo.

—Tu padre es Woodrow Call, hijo —respondió Augustus con toda naturalidad.

Por primera vez Newt creyó que podía ser verdad, aunque resultara de lo más desconcertante.

—Pero nunca me lo dijo —objetó. El enterarse no resolvía gran cosa. En realidad solo creaba problemas nuevos porque si el capitán era su padre, ¿por qué no se lo había dicho?

—Es un problema sutil —dijo Augustus.

Newt pensó que la respuesta no le servía de gran cosa, sobre todo porque no sabía qué quería decir sutil.

—Me parece que hubiera debido decírmelo —murmuró. No quería criticar al capitán, sobre todo estando con el señor Gus que era el único hombre que criticaba al capitán.

—Decírtelo no entra en su modo de ser. Woodrow no menciona nada que pueda evitar mencionar. No se le puede considerar un hablador.

Newt encontraba todo aquello muy desconcertante. Si el capitán era su padre, eso significaba que debió conocer a su madre, aunque tampoco la había mencionado nunca. Recordaba la infinidad de veces que había soñado despierto que el capitán era su padre y que se lo llevaría para hacer largos viajes.

En cierto modo, ahora el sueño se había hecho realidad. El capitán se lo había llevado en un largo viaje. Pero en lugar de sentirse orgulloso y feliz, se sentía abandonado y confuso. Si era verdad, ¿por qué habían tardado tanto en decírselo? Deets nunca lo había mencionado. Pea Eye jamás lo había mencionado. Y lo peor de todo, su madre tampoco lo había mencionado. Era pequeño cuando ella murió, pero no tan pequeño que no pudiera recordar algo tan importante. Aún recordaba algunas de las canciones que le había cantado; se hubiera acordado de quién era su padre. Mientras cabalgaba junto al señor Gus durante varios kilómetros, pensó que aquello no tenía sentido y fue dándole vueltas en silencio.

—¿Me pidió que lo acompañara para decírmelo? —preguntó Newt por fin.

—Sí —admitió Augustus.

Newt sabía que debía darle las gracias, pero no estaba de humor para agradecer nada a nadie. La información recibida parecía hacer su vida más desconcertante. Estropeaba todo lo bueno que había sentido, gran parte de su vida…, no solo por su madre, sino por el capitán y el equipo de Hat Creek en conjunto.

—Ya sé que es una noticia tardía. Pero como Woodrow es tan reservado creí que debía decírtelo. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

—Ojalá lo hubiera sabido antes. —Era de lo único que Newt estaba seguro.

—Sí, claro que sí. Hubiera debido hablarlo antes contigo, pero era realmente Woodrow el que debía hacerlo y yo esperaba que lo hiciera, aunque sabía que no lo haría.

—¿Es que no me quiere? —preguntó Newt. Sentía una gran nostalgia de Texas. La noticia, tal como le había llegado, le quitaba la ilusión por Montana.

—No —respondió Augustus—. Lo que debes comprender es que Woodrow Call es un hombre peculiar. Le gusta pensar que las cosas son de cierto modo. Le gusta pensar que todo el mundo cumple con su deber, especialmente él. Le gusta creer que la gente vive para el deber; no sé lo que le hizo empezar a pensar así. No es tonto. Sabe perfectamente que la gente no vive para el deber. Pero no quiere admitirlo ante nadie, si puede evitarlo, y sobre todo no quería admitirlo para sí.

Newt comprendió que el señor Gus se esforzaba por explicárselo, pero era inútil. Por lo que él sabía, el capitán vivía para el deber. ¿Qué tenía todo esto que ver con que el capitán fuera su padre?

—A Woodrow no le gusta admitir que es como el resto de los mortales —explicó Augustus dándose cuenta de la perplejidad del muchacho.

—Es que no lo es —dijo Newt. Era evidente que el capitán nunca se comportaba como los demás.

—En efecto, no lo es —afirmó Augustus—. Pero una vez tuvo oportunidad de serlo. Se volvió de espaldas a la oportunidad y ahora no se decide a admitir que eligió mal. Antes se mataría. Tiene que esforzarse por seguir actuando de acuerdo con lo que cree que es, y tiene que sacar la conclusión de que siempre ha sido así. Por eso no ha reconocido que es tu padre.

Pronto volvieron grupas y se dirigieron hacia el rebaño.

—Es curioso —comentó Augustus—. Yo conocí a mi padre. Era un caballero. No hacía otra cosa que criar caballos y perros de caza y beber *whisky*. No me pegó un cachete en toda su vida, ni me alzó la voz. Bebía *whisky* todas las noches y decepcionaba a mi madre, pero mis dos hermanas le adoraban como si fuera el único hombre. A decir verdad, una de ellas es ahora una solterona porque no encontró a nadie como mi padre. Pero lo cierto es que mi padre nunca me

interesó. Salí de aquella casa cuando tenía trece años y aún no me he parado. Mi padre me tenía absolutamente sin cuidado. Me di cuenta de que los caballos y los perros de caza resultan aburridos si uno intenta hacer de ellos su vida. Supongo que habría destrozado todos los matrimonios del Condado si llego a quedarme en Tennessee. O hubiera muerto en un duelo.

Newt comprendía que el señor Gus se esforzaba en ser amable con él, pero no le escuchaba. Gran parte de su vida había pensado en quién podía ser su padre y dónde podría estar. Creía que saberlo le tranquilizaría. Pero ahora lo sabía y no estaba tranquilo. Algo en todo ello era excitante: era el hijo del capitán Call… Pero más que nada resultaba triste. Agradeció que el señor Gus pusiera los caballos a galope, así no tendría que pensar tanto. Galoparon a través de la llanura cubierta de hierba en dirección al ganado que se veía a lo lejos. Las reses parecían tan pequeñas como hormigas.

94

Los hombres empezaron a hablar del río Yellowstone como si fuera el lugar donde terminaba el mundo, o por lo menos donde terminaría la marcha. En sus mentes había adquirido una calidad mágica debido en parte a que nadie sabía realmente nada sobre él. Jasper Fant había oído decir que el Yellowstone era del tamaño del Mississippi, y tan profundo como él. A lo largo del camino hacia el Norte todo el mundo había intentado convencer a Jasper de que no importaba lo profundo que pudiera ser un río, una vez fuera lo suficiente como para que un caballo pudiera cruzarlo a nado, pero Jasper opinaba que este argumento iba contra el sentido común. Cuanto más profundo era un río, más peligroso resultaba; esto para él era axiomático. Había oído decir algo sobre lo que se llamaba corrientes de fondo, que podían succionar a uno. Cuanto más profundo fuera el río, más abajo llevaría la succión, y Jasper tenía un miedo cerval a ser succionado. Sobre todo temía ser succionado al fondo del Yellowstone, así que se había fabricado un par de flotadores con unas cajas vacías por si realmente el Yellowstone resultaba tan profundo como el Mississippi.

—Yo no he llegado hasta tan lejos para morir ahogado en el maldito último río —exclamaba.

—No es el último —le explicó Augustus—. Montana no termina en el Yellowstone. El Missouri está por allá arriba y es un río inmenso.

—Bueno, no pienso cruzarlo —afirmó Jasper. Se había pasado la mitad del viaje imaginando cómo sería la succión en un río profundo, y quería que quedara bien claro que no pensaba arriesgarse más de lo preciso.

—Supongo que lo cruzarás, si el capitán decide seguir adelante —cortó Dish. El miedo de Jasper a los ríos ponía los nervios de punta a todo el mundo. A nadie le gustaba vadear ríos, pero no servía de nada hablar constantemente del peligro a lo largo de cinco mil kilómetros.

—Bueno, Jake habló del Milky de otro llamado Marais —comentó Augustus.

—Deberíais estar satisfechos —insistió Jasper—. ¿No hemos viajado bastante? A mí lo que me gustaría, sería entrar en un buen *saloon* del viejo Fort Worth. Me gustaría volver a ver mi casa, mientras mis viejos estén con vida.

—Bueno, pero este no es el plan —dijo Augustus—. Estamos aquí para montar un rancho. La casa y el hogar no nos interesan. Os contratamos para

siempre, de por vida. Deberías haberte despedido de tus viejos antes de marcharte.

—¿Y qué vamos a hacer, ahora que estamos aquí? —preguntó Lippy.

La pregunta estaba en la mente de todos. Cuando terminaba una marcha de ganado, los hombres generalmente se despedían y volvían a Texas, pero la mayoría de las marchas terminaban en Kansas, que parecía estar cerca de casa comparado con donde se hallaban ahora. Muchos de ellos abrigaban secretas dudas sobre su capacidad de conseguir un regreso afortunado a Texas. Conocían la dirección, naturalmente, pero tendrían que hacer el viaje en invierno y los indios, que no les habían molestado en su trayecto al Norte, a lo mejor les atacaban en su viaje hacia el Sur.

—Me gustan las ciudades —comentó Lippy—. No tienen por qué ser como San Luis. Basta con que tengan uno o dos *saloons* a donde yo pueda ir. Yo no estoy hecho para vivir a la intemperie durante el invierno.

Call sabía que los hombres hacían conjeturas, pero aún no estaba dispuesto a parar. Jake había dicho que la mejor y más bella tierra estaba más hacia el Norte, cerca de Canadá. Sería una lástima pararse y decidirse por algo antes de haberlo visto todo.

Su intención era dejar a los hombres y marcharse solo a echar una ojeada, al Norte del Yellowstone, pero desistió sobre todo por los indios. Todo parecía muy pacífico, pero eso no quería decir que fuera a seguir así. Podía iniciarse fácilmente una mala pelea, pero no quería que esto ocurriera estando él fuera.

Finalmente decidió enviar a Augustus.

—No sabes cómo me disgusta que seas tú el que vea aquello por primera vez, pero alguien tiene que hacerlo. ¿Quieres ir tú?

—Naturalmente —contestó Augustus—. Estoy deseando alejarme de todas estas conversaciones aburridas. A lo mejor me acercaré hasta esa comunidad de Miles City a ver si alguien tiene champaña.

—Primero echa el vistazo, si no es demasiada molestia —dijo Call—. No creo que la calle Mayor de Miles City sea un buen emplazamiento para un buen rancho, ni que vayas más allá si descubres un *saloon*. Necesitamos encontrar un emplazamiento y construir donde refugiarnos antes de que llegue el invierno. Llévate a un hombre contigo por si tienes problemas —sugirió Call.

—Puedo resolver mis problemas. Pero si tengo que llevarme a un espíritu temeroso como Jasper Fant, me frenará. Ninguno de estos vaqueros es precisamente un entendido en exploración. Enterramos al único de confianza, junto al Powder, ¿recuerdas?

—Recuerdo —aseguró Call.

—No se pueden cometer demasiados errores en esta parte del país. Como te descuides, te come un oso.

—Llévate a Pea. Pea sabe cumplir órdenes.

—Las cumple bien, desde luego. Creo que me lo llevaré aunque no me proporcione mucha conversación.

Pea Eye no sentía el menor entusiasmo ante la idea de ir de exploración con Gus, pero como se lo había ordenado el capitán lio sus mantas en la silla y se preparó. Además de asegurar sus mantas, sus preparativos consistieron sobre todo en afilar su cuchillo. Pea Eye creía firmemente que iniciar un viaje sin un cuchillo bien afilado era una solemne tontería. En un viaje siempre había cosas que inevitablemente necesitaban ser cortadas, despellejadas o recortadas. Una vez afilado su cuchillo, Pea Eye estaba más o menos dispuesto. Sabía que no sería un viaje relajado porque viajaba con Gus, y Gus no paraba de hablar. Era difícil relajarse cuando había que estar escuchando constantemente. Además, Gus siempre estaba haciendo preguntas que eran difíciles de comprender y mucho más de contestar.

Cuando emprendieron el camino por la mañana soplaba la brisa. Al Noroeste se había formado un montón de nubes oscuras y los hombres hablaban de nieve.

—Ya dije en Lonesome Dove que cruzaríamos el maldito Yellowstone patinando si no nos poníamos pronto en camino —les recordó Jasper—. Fijaos ahora en el tiempo que ha pasado, y a lo mejor acierto.

—Incluso si tuvieras razón te equivocarías, Jasper —le dijo Augustus, guardando unas cajas extra de municiones en la bolsa de su silla.

—Me gustaría saber por qué —preguntó Jasper molesto de que Gus le criticara siempre.

—Te lo explicaré cuando volvamos. Vamos, Pea, a ver si podemos encontrar Canadá.

Se alejaron galopando, contemplados por todo el campamento. El equipo se había ido poniendo triste ante las nubes que se acercaban. Po Campo se había alejado en busca de raíces.

Augustus y Pea Eye se lo encontraron a casi dos kilómetros del campamento.

—Po, eres un vagabundo. ¿Qué esperas encontrar en esta vieja llanura? —le preguntó Augustus.

—Cebollas salvajes —respondió Po Campo—. Me comería unas cebollas.

—A mí me gustaría una jarra llena de *whisky* —comentó Augustus—. No sé quién de los dos verá cumplido su deseo.

—*Adiós* —dijo Po Campo en español.

Un día y medio más tarde los dos exploradores llegaron hasta un altozano cubierto de hierba. Desde él pudieron ver el río Yellowstone a pocos kilómetros de distancia. Cincuenta o sesenta búfalos estaban bebiendo cuando ellos llegaron. Al ver a los jinetes los búfalos se dispersaron. Las nubes se habían alejado y el cielo estaba despejado hasta donde alcanzaba la vista. El río era rápido, pero poco profundo. Augustus se detuvo a la mitad y se inclinó, bebiendo en el hueco de sus manos. El agua estaba fría.

—Agua dulce, pero no se puede comparar al *whisky* —anunció Augustus.

—Jasper no va a necesitar sus flotadores —observó Pea Eye.

—Quién sabe. Podría caerse del caballo si se pone muy nervioso. Venga, vamos a cazar búfalos un rato.

—¿Por qué? —preguntó Pea Eye. Po Campo les había preparado mucha carne. No veía por qué razón iban a molestarse en cazar búfalos. Eran difíciles de despellejar, y él y Gus no necesitaban tanta carne.

Pero se trataba de seguir o de quedarse atrás, porque Augustus había salido galopando tras el búfalo, que solo se había alejado un kilómetro. Pronto volvió a dispersarles y galopó con ellos, pegado a la manada. Pea Eye, pillado por sorpresa, se quedó rezagado en la carrera. Esperaba oír el gran rifle de Gus pero no oyó nada, y después de una carrera de unos tres kilómetros se encontró con Gus sentado plácidamente en una pequeña loma. Los búfalos seguían corriendo a unos cinco kilómetros por delante.

—¿Ha matado alguno? —preguntó Pea.

—No, no estaba cazando.

—¿Solo quería hacerles correr? —preguntó Pea. Como siempre, el comportamiento de Gus le desconcertaba.

—Lo que te pasa, Pea, es que no entiendes la cuestión. Solo quería perseguir al búfalo una vez más. No vamos a tener muchas oportunidades, ni yo ni nadie más, porque ya no quedarán búfalos que perseguir. Además es un deporte magnífico.

—Pero los machos pueden cornearle —le recordó Pea Eye—. ¿Se acuerda del viejo Barlow? Un macho enganchó su caballo y el caballo cayó encima de él y le partió la cadera.

—Barlow pensaba despacio. Se limitó a galopar y le engancharon.

—Y también anduvo despacio cuando tuvo la cadera rota —insistió Pea Eye —. Me pregunto qué fue de Barlow.

—Creo que emigró a Seguin o por allí. Se casó con una viuda gorda y tuvo un montón de hijos. Tú debiste haber hecho lo mismo y en cambio estás aquí, en Montana.

—Bueno, no me gustaría dejar de ser soltero —observó Pea Eye.

—Aunque es lo único que sabes ser, eso no quiere decir que sea lo único con lo que disfrutaras. Creo recordar que tuviste la oportunidad con una viuda estupenda en Lonesome Dove.

Pea Eye lamentó que hubiera salido el tema de las viudas. Casi se había olvidado de la viuda Cole y del día que la había ayudado a recoger la colada. No sabía por qué no lo había olvidado por completo. Seguro que había olvidado cosas más importantes. Pero allí estaba y de vez en cuando le remordía el recuerdo. Si se hubiera casado con alguna viuda, su cerebro se habría llenado de tantas cosas que no le habría quedado tiempo para pensar, ni siquiera para mantener el

cuchillo afilado.

—¿Conociste alguna vez a alguno de los hombres de la montaña? —le preguntó Augustus—. Llegaron hasta aquí y se dedicaron a los castores.

—Bueno, conocí al viejo Kit. Debería acordarse —respondió Pea—. Usted también estaba.

—Sí que me acuerdo, pero nunca me impresionó mucho Kit Carson.

—¿Por qué? ¿Qué le pasaba a Kit Carson? Decían que podía rastrear cualquier cosa.

—Kit era un vanidoso —cortó Augustus—. No tolero la vanidad en ningún hombre, aunque sí en una mujer. Si en mi juventud hubiera ido hacia el Norte tal vez habría terminado como un hombre de las montañas, pero me dio por los barcos fluviales. En mi tiempo, las putas de esos barcos apenas llevaban ropa para cubrir el cojín de una muleta.

A medida que se adentraban en el Norte vieron más búfalos, pequeños grupos de veinte o treinta. Al tercer día al norte del Yellowstone mataron un ternero malformado de búfalo y cenaron su hígado. Por la mañana, cuando reemprendieron la marcha, había algunos buitres y lobos rondando por allí esperando quedarse con la carroña.

Era una mañana preciosa, fresca durante una o dos horas, pero soleada y tibia después. El terreno ondulaba hacia el Norte, como venía haciendo por millares de kilómetros, pardo a distancia y con la hierba de la pradera mecida por la brisa.

—¿Cuánta tierra va a querer el capitán? —preguntó Pea Eye—. Este país que estamos viendo es suficientemente bueno para cualquiera.

—Sí, tienes razón, muchos se instalarían aquí. Quizá también el propio Call, pero sigamos un par de días más. Todavía no hemos encontrado el Milk.

—¿Corre leche por él? —preguntó Pea Eye.

—Piensa un poco, Pea. ¿Cómo podría llevar leche si las vacas aún no han llegado?

—¿Entonces por qué le llamaron Milk? Milk es leche.

—Y también loco es loco —concluyó Augustus—. Y esto es lo que voy a volverme dentro de poco si no te callas. Loco.

—Bueno, Jasper puede perder la cabeza si no deja de obsesionarse con los ríos —concedió Pea Eye—. Espero que el resto de nosotros la conservemos.

Augustus se echó a reír de buena gana ante la idea de que el equipo de Hat Creek conservara la cabeza.

—Es bien cierto que podrían perderlas, ¿pero quién se las sujetará?

El terreno se elevaba hacia el Oeste y Augustus galopó hasta allí para ver qué aspecto presentaba la tierra en aquella dirección. Pea siguió trotando en dirección Norte, como había venido haciendo, y sin prestar demasiada atención. Gus se alejaba siempre al galope para comprobar la vista, como decía él, y Pea no se

sentía obligado a seguirle todas las veces.

En aquel momento Pea oyó un caballo en plena carrera y buscó a Gus suponiendo que había desbandado a otro grupo de búfalos. Pero lo que vio le dejó helado. Gus bajaba al galope la cuesta que acababa de subir, con lo menos veinte indios montados pisándole los talones. Debió caer de lleno en medio de ellos. Los indios iban disparando balas y flechas. Una bala cortó la hierba delante de Pea y este sacó el rifle y disparó contra los indios antes de volver grupas y alejarse. Hacía menos de una hora que Gus y él habían cruzado un arroyo bastante grande, con árboles en las orillas y hierbas y matorrales en su cauce. Supuso que Gus corría hacia allí puesto que era el único abrigo en la gran pradera. Al espolear su caballo vio a cinco o seis indios dirigirse hacia él. Torció para reunirse con Gus, que llevaba dos flechas clavadas en la pierna. Gus golpeaba a su caballo con la culata del rifle y el caballo volaba.

Afortunadamente los indios llevaban malas monturas. Sus caballos no podían compararse a los de Hat Creek, y los dos hombres pronto se distanciaron de sus perseguidores. Pea Eye pensó que estaban fuera del alcance de sus flechas y balas, pero apenas lo había pensado, una bala le pasó rozando por encima del omóplato. El arroyo estaba a solo unos cinco kilómetros; si lograban alcanzarlo tendrían tiempo sobrado para preocuparse de las heridas.

Gus intentaba arrancarse las flechas mientras cabalgaba, pero no tuvo suerte.

Distinguieron la curva del pequeño río a tres kilómetros y se dirigieron derechos hacia él. Los indios se habían quedado retrasados a cuatrocientos metros, pero seguían persiguiéndolos. Cuando llegaron al arroyo. Augustus galopó a lo largo de la ribera hasta que encontró un lugar donde las hierbas y las matas estaban más espesas. A continuación hizo saltar al caballo fuera del ribazo y agarró sus bolsas de la grupa.

—Coge todas las municiones que puedas —dijo a Pea—. Nos espera un buen tiroteo. Y amarra los caballos en el mejor resguardo que puedas encontrar, o nos los matarán. Este es un país enorme para ir a pie.

Luego corrió al ribazo, confiando en disponer de tiempo para cortar las dos flechas y sacárselas de la pierna. Pero si estaban envenenadas ya era demasiado tarde, y si no se daba prisa en disparar ya nada importaría porque los indios les alcanzarían.

Pea oyó atronar el gran rifle de Gus mientras arrastraba a los sudorosos caballos a lo más espeso de la maleza. Esta era compacta, pero baja y pensó que había pocas probabilidades para los caballos. Tiró de las bolsas y de los rollos de mantas de ambos caballos. Cuando las estaba escondiendo abajo del ribazo, Gus dejó de disparar por un momento.

—Trae mi silla. Te enseñaré un truco.

Y siguió disparando. Evidentemente había hecho retroceder a los indios o ya les tendrían en el arroyo. Pea, obediente, fue en busca de la silla.

Cuando volvió, Gus estaba cargando de nuevo. Pea miró por encima del ribazo y vio a los indios inmóviles, a cierta distancia. Muchos de ellos habían desmontado y estaban detrás de sus caballos a los que hacían servir de parapetos.

—¿A cuántos ha matado? —preguntó Pea.

—Solo a tres. Nos enfrentamos a un grupo muy listo. Se han dado cuenta de que un asalto precipitado les costaría muy caro.

Pea Eye observó a los indios por un instante. Ni gritaban ni parecían inquietos.

—No veo qué tienen de listos —comentó—. Solo están esperando.

—Sí, pero fuera de tiro —replicó Augustus—. Pretenden provocarme para que gaste municiones.

Augustus apoyó la silla en el ribazo de tal forma que podía disparar por debajo de ella y estar relativamente a salvo si los indios disparaban a su vez. Acto seguido disparó seis veces, rápidamente. Cinco de los caballos de los indios se desplomaron. El sexto se alejó, por la pradera, quejándose y cayó a unos cientos de metros de distancia. Los indios respondieron con varios disparos, pero sus balas se perdieron inofensivas entre la maleza.

Entonces el grupo de indios se separó. Unos cuantos se dirigieron hacia el Norte, otros hacia el Sur, y ocho o diez permanecieron donde estaban.

—Bueno —dijo Augustus—, estamos prácticamente rodeados. No creo que sepamos más de ellos hasta que oscurezca.

—No me gustaría esperar aquí hasta la noche —comentó Pea Eye.

—¿Sabes que estás herido?

Pea lo había olvidado. La parte delantera de su camisa estaba empapada de sangre. Se la quitó y Augustus examinó la herida, que era limpia. La bala había salido.

Dedicaron su atención a las flechas de la pierna izquierda de Gus. Augustus las había estado retorciendo siempre que dispuso de un minuto; una no tardó en desprenderse, pero la otra no hubo modo de sacarla.

—Esta es muy profunda —dijo—. Ese guerrero no estaba a más de veinte metros cuando la disparó. Creo que se ha metido debajo del hueso, pero no está envenenada. De haberlo estado ya me habría dado cuenta.

Pea también intentó arrancar la flecha mientras Gus apretaba los dientes y mantenía la pierna inmóvil con las dos manos. No hubo forma de moverla. Ni siquiera giraba, aunque Pea la retorció con tanta fuerza que le provocó un chorro de sangre en la pierna.

Mientras estaban enfrascados en las flechas oyeron relinchos aterrorizados de los caballos. Augustus se acercó cojeando, sacó la pistola y vio a ambos caballos en el suelo, degollados, resaltando el brillo de la sangre sobre las hierbas y matas.

—No te acerques, Pea —exclamó agachándose.

El indio que había degollado a los caballos estaba por allí cerca, entre la maleza, pero no podía verle.

—Vigila hacia el Norte, Pea. No creo que estos chicos quieran quedarse por aquí hasta la noche.

Rápidamente se secó el sudor de la frente. Manteniéndose a cubierto de un arbusto se acercó muy despacio hacia lo alto del ribazo para poder ver la extensión de matas y hierbas. Entonces esperó. Uno de los caballos moribundos dejó por fin de estremecerse y se quedó quieto. Augustus lamentó que su preocupación por las flechas le hubiera distraído de proteger a los caballos. Esto les dejaba en situación precaria. Había más de ciento cincuenta kilómetros al Yellowstone, y probablemente el rebaño aún no habría llegado.

Mantuvo los ojos fijos en la parte alta de la maleza. No había ni un soplo de aire en el cauce del río, y si la maleza se movía sería porque alguien la movía. Su pistolón estaba amartillado. Se mantuvo inmóvil y fueron pasando algunos minutos. Augustus se secó cuidadosamente el sudor que le venía a los ojos y se concentró en la vigilancia. El silencio era tan absoluto que parecía resonar. No había moscas zumbando aún, ni pájaros volando, nada. Hubiera asegurado que el indio se encontraba a menos de veinte metros de él, pero, sin embargo, no tenía ni la menor idea de dónde podía encontrarse.

—¿Es que no va a venir, Gus? —preguntó Pea Eye pasados unos minutos.

Augustus no le contestó. Vigilaba las hierbas, pacientemente. No era momento de precipitarse, y menos de conversar. La paciencia era una virtud de los indios. Él, que no la tenía en la vida cotidiana, podía servirse de ella cuando le parecía esencial. Entonces oyó un movimiento detrás de él y se volvió rápidamente para ver si a Pea Eye se le había ocurrido de pronto dar un paseo. Al hacerlo vio la boca de un rifle asomando por entre las hierbas, no apuntándole a él sino a Pea. Inmediatamente disparó dos veces a las hierbas y un indio saltó al aire como si fuera un pez.

Un segundo después, cuando se apagaba ya el eco del disparo del rifle, oyó un clic a pocos metros a su derecha. Giró y disparó. La maleza empezó a moverse como si una gran serpiente se arrastrara entre ella. Augustus corrió a la hierba y vio al indio herido tratando de escapar, arrastrándose. Al instante le disparó a la cabeza y no se entretuvo en darle la vuelta. Retrocediendo entre la hierba encontró la pistola que se había encasquillado, una pistola antigua. La recogió y se la pasó por el cinturón. Luego, se apresuró junto a Pea, que parecía demudado. Tenía sensatez suficiente para comprender que casi le habían dado. Augustus echó una mirada al otro indio muerto, un muchacho gordo, de unos diecisiete años. Su rifle era un viejo « Sharps» , que Augustus lanzó a Pea.

—Tenemos que cambiar de sitio —le dijo—. Este refugio no nos favorece. De no ser por la suerte estaríamos muertos. Lo que necesitamos es un largo ribazo, descubierto.

Anduvieron río arriba, cargados con la silla, las bolsas y las armas durante dos kilómetros, pegados al ribazo. Augustus cojeaba mucho, pero no se entretuvo

en pensar en ello. Finalmente, llegaron a una vuelta del río donde el ribazo era alto, como de unos tres metros. El fondo del arroyo estaba casi limpio de follaje.

—Cavemos —dijo Augustus y empezó a trabajar con su cuchillo para hacer una cueva al pie del ribazo. Trabajaron furiosamente durante media hora hasta que ambos estuvieron empapados de sudor y cubiertos de suciedad. Augustus utilizó la culata del rifle del muchacho indio como una tosca pala y amontonó la tierra que iban sacando a ambos lados de la cueva, como parapetos. Vigilaban cuanto podían, pero no vieron más indios.

—A lo mejor han abandonado —observó Pea Eye—. Hasta ahora han muerto cinco.

—Cinco razones para no abandonar. Lucharán por sus muertos puesto que esperan verlos en la otra vida. ¿Es que aún no te has enterado?

Pea Eye no estaba seguro de haber aprendido nada sobre los indios salvo que les tenía miedo, y esto lo había aprendido mucho antes de ver a ninguno. Cavar la cueva era un trabajo muy duro, pero no se atrevieron a dejar de hacerlo. Los indios podían reaparecer en cualquier momento.

—¿Con qué indios estamos luchando? —preguntó.

—No se han presentado, Pea —le respondió Augustus—. Podría estar escrito en estas flechas. Me voy a quedar solo con una pierna si no arrancamos esta pronto.

Apenas acababa de decirlo cuando empezaron a llover flechas, todas ellas dirigidas a la orilla sur del arroyo.

—Resguárdate —dijo Augustus. Se arrastraron dentro de la cueva y amontonaron las alforjas delante de ellos. Muchas de las flechas pasaban por encima del cauce y caían en la pradera, al otro lado. Unas pocas se incrustaron en los parapetos de tierra que habían formado y una o dos cayeron al agua.

—Confían en tener suerte —comentó Augustus—. Si mi maldita pierna estuviera mejor me acercaría disimuladamente al otro lado del arroyo y afinaría un poco más las probabilidades.

La lluvia de flechas terminó pronto, pero los dos hombres no se movieron de su cueva para no tentar la suerte.

—Me tengo que sacar esta flecha de la pierna —dijo Augustus—. Puede que pierda el sentido al hacerlo, así que es mejor poner manos a la obra ahora. Cuando se haga de noche es preciso que vigilemos los dos.

Dejó de hablar y aguzó el oído. Apoyó un dedo en los labios para que Pea Eye guardara silencio. Alguien estaba en el ribazo, encima de ellos; por lo menos uno de los indios, quizá más. Indicó a Pea Eye que tuviera su pistola amartillada por si los indios trataban de acosarles. Augustus esperaba un ataque y confiaba en que si ambos disparaban diezmarían a los indios hasta tal punto que los supervivientes se marcharían. Si los indios no huían, entonces la situación sería gravísima. No tenían caballos. El rebaño se encontraba a más de ciento cincuenta

kilómetros y él estaba lisiado. Podrían seguir el arroyo hasta Yellowstone y quizá llegar a Miles City, pero al estar malherido sería un viaje lento. Entre las posibles elecciones preferiría luchar. Incluso podrían hacerse con uno de los caballos de los indios.

Pero la acometida no llegó. Quienquiera que hubiera estado encima de sus cabezas, se había ido. El ribazo ya estaba en sombras. Augustus puso el seguro a su pistola y volvió a estirar la pierna. Sabía de sobra que no debía descuidar la herida, así que agarró la flecha y empezó a empujarla a través de la pierna. El dolor era terrible y le cubrió un sudor frío, pero por lo menos la flecha se movió.

—¡Dios mío, Gus, también está herido! —exclamó Pea Eye. Cuando Augustus se inclinó para torcer la flecha, Pea descubrió que la espalda de su camisa, cerca del cinturón, estaba llena de sangre. El polvo que había levantado al cavar la había cubierto, pero no cabía la menor duda de que se trataba de sangre.

—Una herida al mismo tiempo —masculló Augustus. Necesitaba las dos manos para empujar la flecha. La piel de la pierna empezó a abultarse.

—Saja —ordenó a Pea Eye—. Imagínate que es una mordedura de serpiente.

Pea palideció. Ni siquiera podía soportar ver heridas. La idea de sajar a Gus le producía ganas de vomitar, pero el hecho de tener un cuchillo afilado fue de gran ayuda. Apenas tocó la piel y el corte estuvo hecho. Asomó la punta ensangrentada de la flecha. Gus tiró de la punta hacia fuera y a continuación se desmayó. Pea Eye tuvo que sacar toda la flecha. Fue tan difícil como arrancar un clavo viejo de un madero, pero logró sacarla.

Entonces se asustó de verdad. Si los indios venían en aquel momento, seguro que estaban perdidos. Amartilló su pistola y la de Gus y las sostuvo, preparado, hasta que se le cansaron las manos. Le latían las sienes. Dejó las pistolas y mojó la frente de Gus con el agua de la cantimplora, esperando que reviviera. Si llegaban los indios, tendría que disparar rápidamente, y él había conseguido sus mejores disparos tomándoselo con calma. Le gustaba apuntar bien. Parecía como si Gus no fuera a recobrar el sentido. Pea Eye pensó que a lo mejor se estaba muriendo, aunque podía oírle respirar.

Gus abrió por fin los ojos. Respiraba con dificultad, pero alargó la mano y recuperó su pistola, como si acabara de despertar de un sueño reparador. Luego, ante el asombro de Pea Eye, se arrastró hasta la orilla del agua y revolvió en el barro con su cuchillo. Volvió con un puñado de barro del tamaño de una bala de cañón.

—Barro de Montana —murmuró—. No me gusta esta herida. Quizás el barro la refrescará.

Cubrió su herida con el barro y ofreció un poco a Pea.

—Es barro gratis —dijo—. Toma un poco.

Luego se tanteó la espalda, tratando de valorar la herida que Pea le había indicado.

—No ha sido una bala. La hubiera sentido. Probablemente fue otra flecha, pero se debió desprender durante la carrera.

Caía la noche. El cauce estaba en sombras, aunque en lo alto del cielo aún había luz.

—Yo vigilaré el Oeste y tú el Este —sugirió Augustus. Casi al terminar de hablar un proyectil dio en plena cueva, por encima de sus cabezas, y les cayó tierra encima. Augustus miró hacia el cauce y vio a dos jinetes que lo cruzaban, demasiado lejos para acertar el blanco en la oscuridad.

—Supongo que estamos prácticamente rodeados. Unos río abajo y otros río arriba.

—No veo por qué no nos quedamos en Texas —protestó Pea Eye—. Allí ya casi no quedan indios.

—Bueno, lo que pasa es que tenemos mala suerte; hemos tropezado con un grupo de guerreros. Me imagino que son ya tan escasos como los búfalos.

—¿Piensa que podremos contenerlos hasta que llegue el capitán a buscarnos? —preguntó Pea.

—Sí, si no enfermo por culpa de la pierna. Esta pierna no me gusta nada. Si no mejoro tendrás que ir en busca de ayuda.

La mera idea aterrorizaba a Pea Eye. ¿Ir en busca de ayuda cuando Gus acababa de decir que estaban rodeados? ¿Ir a que le arrancaran la cabellera?

—No nos echará en falta hasta dentro de una semana —dijo Augustus—. Y yo no voy a quedarme aquí agachado, junto al arroyo, durante una semana.

Unos minutos después oyeron un grito fuerte y extraño procedente del Este. Era un grito de guerra indio. Otro les llegó del Oeste y otros de la otra orilla del río. La noche siguió silenciosa y tranquila durante unos minutos y luego los gritos empezaron de nuevo. A Pea nunca le había parecido bien la forma de gritar de los indios cuando peleaban; le destrozaba los nervios. Este grito no fue una excepción. Algunos alaridos eran tan estridentes que le entraban ganas de taparse los oídos.

Sin embargo, Augustus, escuchaba con atención. Los gritos de guerra duraron una hora. En un momento de calma, Augustus acercó las manos a su boca y lanzó un grito largo y penetrante. Lo mantuvo así hasta que se le terminó el aliento. Pea Eye nunca había oído a Gus gritar de aquel modo y apenas sabía cómo interpretarlo. Sonaba exactamente como un grito de guerra comanche.

Los indios que les rodeaban tampoco supieron cómo interpretarlo. Cuando Gus dejó de gritar, ellos hicieron lo mismo.

—Estaba dándoles las gracias por su concierto —dijo Gus—. ¿Te acuerdas de aquel viejo comanche que se quedó ciego y que solía rondar por el fuerte? Me lo enseñó él. Dudo de que estos indios hayan oído alguna vez a un comanche por

estos lugares. A lo mejor les asusta un poco.

—¿Cree que se acercarán cuando oscurezca? —preguntó Pea. Así era su vida…, una eterna preocupación de ser atacado por un indio, de noche.

—No lo creo —respondió Augustus—. La visión normal de un indio está sobrevalorada. Pasan demasiado tiempo en sus *tipis* llenos de humo. La mayoría de ellos no pueden ver a oscuras mejor que nosotros o tanto como nosotros. Así que para ellos es arriesgarse mucho intentar sorprender a unos buenos tiradores como nosotros.

—Bueno, yo no soy un buen tirador —protestó Pea Eye—. Yo necesito apuntar con calma y muy bien, de lo contrario fallo.

—Eres casi tan deprimente como Jasper Fant —observó Augustus.

Por la noche no se acercó ningún indio, y Augustus se alegró de ello. Había empezado a tener mucha fiebre y temía un enfriamiento. Tuvo que envolverse en las mantas, aunque mantuvo libre la mano que manejaba el rifle y consiguió mantenerse despierto la mayor parte de la noche. En cambio Pea durmió tan profundamente como si estuviera en un lecho de plumas.

A la mañana siguiente Augustus tenía una fiebre altísima. Aunque su pierna le preocupaba más que otra cosa, también le dolía el costado. Pensó que se había equivocado en su primer análisis y que aquello era una herida de bala. La fiebre le hacía sentirse débil.

Mientras aguardaba con la pistola amartillada a que los indios intentaran atacarles, oyó truenos. A la media hora caían rayos por todas partes y retumbaban los truenos.

—¡Maldita sea! —exclamó Pea Eye—. Ahora caerán los rayos sobre nosotros.

—Si lo único que se te ocurre es eso, será mejor que te vuelvas a dormir. Huelo a lluvia, lo cual es una bendición. En general a los indios no les gusta luchar bajo el agua. Solo los blancos son tan idiotas como para pelear haga el tiempo que haga.

—Hemos peleado con los indios con lluvia —objetó Pea.

—Sí, pero les obligamos a ello. Prefieren luchar en días soleados, que es mucho más sensato.

—Ahora resulta que probablemente van a matarnos y se pone de su parte —comentó Pea Eye. Nunca había comprendido ni nunca comprendería a Gus, incluso si los indios no les mataran.

—Yo admiro siempre el sentido común, se encuentre donde se encuentre —dijo Augustus.

—A ver si lo encuentra hoy y nos saca de este lío —porfió Pea.

En aquel momento empezó a llover de verdad. Llovía con tal fuerza que resultaba imposible ver e incluso hablar. Empezó a formarse un arroyo turbio en el ribazo, a pocas pulgadas de ellos. La lluvia batía de tal modo que a Pea le

recordó un martilleo de clavos. Normalmente esos chaparrones eran de corta duración, pero este no. Parecía durar horas y seguía lloviendo cuando amaneció, aunque con menos intensidad. Con gran alarma de Pea el arroyo se había transformado en río, con profundidad suficiente para que pudiera cruzarlo un caballo a nado. Creció tanto que estaba a solo dos o tres metros de donde ellos se encontraban agachados en la cueva, y no tardó en arrastrar sus precarios parapetos.

Seguía lloviendo. También hacía frío aunque afortunadamente tenían un buen cobertizo y estaban relativamente secos. Gus había arrastrado dentro los rollos de mantas antes de que empezara la lluvia.

Pea estaba asustado al ver que Gus no parecía el mismo. Tenía el rostro demacrado y le temblaban las manos. Masticaba un trozo de tabaco que había encontrado en una de las bolsas, pero daba la impresión de que apenas le quedaban fuerzas para masticar.

—¿Se encuentra mal? —preguntó Pea.

—Debía de haberme arrancado la flecha mucho antes. Esta pierna me va a dar problemas. —Pasó algo de tabaco a Pea y ambos guardaron silencio contemplando la corriente fangosa que pasaba ante ellos.

—Ayer podía haber vadeado el arroyo una rana. Y fíjese ahora. Y además sigue lloviendo. A lo mejor nos ahogaremos en lugar de que nos arranquen la cabellera. Es una suerte que Jasper no esté aquí —añadió—. Tiene mucho miedo al agua.

—En realidad esta corriente es una oportunidad para ti —explicó Augustus—. Si podemos terminar el día, tú podrías salir nadando por la noche y escapar.

—Bueno, pero no estaría bien. No me gustaría dejarle sentado aquí solo.

—Si esto continúa no estaré sentado, estaré flotando. Tal vez los indios desistan con tanta lluvia. A lo mejor regresan junto a sus familias y nos dejan en paz.

—Así y todo no quisiera dejarle.

—No puedes llevarme hasta donde está el rebaño y dudo de que yo sea capaz de andar. Tengo tanta fiebre que puedo perder la cabeza en cualquier momento. Probablemente deberías regresar y traerte alguno de los muchachos o quizá mejor la carreta. Así podré hacer el viaje de vuelta en condiciones.

A Pea Eye se le ocurrió por primera vez que Gus podía morir. Había perdido el color y se estremecía. Nunca había considerado la posibilidad de que Gus pudiera morir. Naturalmente, sabía que cualquier hombre puede morir. Pero, esta era una condición que nunca había relacionado con Gus McCrae, ni con el capitán. No eran hombres normales, o lo que él entendía por normales, y nunca había contado con la posibilidad de que uno u otro pudieran morir. Ahora, al mirar a Gus y ver su palidez y sus temblores, tuvo aquella idea que le obsesionaba. Gus podía morir. Pea comprendió al momento que debía hacer lo imposible para evitarlo. Si regresaba y anunciaba que Gus estaba muerto, era

imprevisible lo que diría el capitán.

Pero no sabía bien lo que podía hacer. No tenían medicamentos y caían chuzos; los indios les tenían rodeados y se encontraban a ciento sesenta kilómetros o más del campamento de Hat Creek.

—Reconozco que es una situación bastante difícil —dijo Augustus como si leyera el pensamiento de Pea Eye—. Pero aún no es fatal. Aún podría resistir aquí unos días. Call podría llegar a este arroyo de una tirada con su yegua loca. Lo mejor que puedes hacer es viajar solo de noche. Si caminas durante el día, alguno de estos muchachos rojos pueden descubrirte y estarías perdido. Me imagino que podrías llegar al Yellowstone en tres noches y supongo que ellos ya estarán allí.

A Pea Eye le asustaba la perspectiva. Odiaba viajar de noche, y mucho más si tenía que andar. Confió en que la lluvia hubiera desanimado a los indios, pero su esperanza no duró más que una hora. A lo largo del día los indios les dispararon tres veces. Disparaban desde un punto río abajo y Gus abrió inmediatamente fuego contra ellos. Le tenían tanto miedo a su rifle que sus balas se perdían inútilmente en el barro o bien daban contra el agua y saltaban por encima silbando. Gus tenía un aspecto tan débil y estaba tan tembloroso que Pea Eye se preguntaba si aún podía disparar con acierto, pero la duda quedó aclarada más tarde cuando un indio les disparó desde la orilla opuesta amparándose en un pequeño chaparrón. La bala dio contra una de las sillas; entonces, Gus le derribó cuando se volvió para huir agachado. El disparo obligó al indio a enderezarse, y Gus volvió a dispararle. La segunda bala pareció empujar al indio hacia atrás. Cayó del ribazo y rodó hasta el agua. No estaba muerto; intentó nadar, pero Gus volvió a dispararle. Uno o dos minutos más tarde pasó flotando boca abajo por delante de ellos.

—Supongo que se habría ahogado —observó Pea Eye, pensando que Gus malgastaba la munición disparando tres veces.

—O se hubiera ahogado o podía haber vivido para cortarte las pelotas —rezongó Augustus.

Aquel día no hubo más ataques, pero era indudable que los indios aún seguían allí. Antes de que se pusiera el sol volvieron a lanzar sus gritos de guerra. Esta vez Gus no les contestó.

El día no había sido demasiado brillante, pero aguantaba. Hubo un crepúsculo interminable y lluvioso, tan largo que hizo que Pea Eye se sintiera deprimido. En la cueva estaban encogidos. Estaba deseoso de estirar las piernas y cometió la insensatez de decírselo a Gus.

—Espera a que sea completamente de noche, entonces podrás estirarlas.

—¿Y si me pierdo? —Quiso saber Pea Eye—. Yo no conozco este país.

—Vete en dirección Sur —aconsejó Augustus—. Es lo único que debes tener siempre presente. Si te lías y vas al Norte, te comerá un oso polar.

—Sí, y si voy al Sur lo hará un oso pardo —dijo Pea Eye con amargura—. De todos modos estaré muerto.

Lamentó que Gus hubiera mencionado a los osos. Los osos habían estado presentes en su pensamiento desde que el toro tejano había sostenido su gran pelea. Le chocaba que las cosas en el Norte fueran tan duras. Gus había necesitado tres tiros para matar a un indio pequeño. ¿Cuántos se necesitarían para matar a un oso pardo?

—Bueno, deberías ponerte en camino, Pea —dijo finalmente Augustus. Era de noche desde hacía una hora y los indios estaban silenciosos.

—Esta condenada agua parece fría —observó Pea Eye—. A mí nunca me han gustado los baños fríos.

—Te aseguro que lamento no haber traído una tina y un fogón. De haberlos traído podría calentarte el agua, pero tal como están las cosas tendrás que aguantarte. Ha dejado de llover. El arroyo podría empezar a bajar en cualquier momento y cuanta más agua lleve mejor para ti. Quédate en el centro y haz como si fueras un ratón almizclero.

Pea Eye sintió tentaciones de quedarse. Nunca había desobedecido una orden en toda su vida, pero esta vez la tentación fue muy fuerte y no solo por tener que nadar en agua fría y por el difícil trayecto. Lo que le hacía dudar era el hecho de dejar a Gus. Gus estaba al borde del delirio. Si perdía la cabeza los indios tendrían una buena oportunidad de llegar a él. Siguió sentado un rato, tratando de encontrar alguna excusa para intentar quedarse.

—Quizá podríamos salir nadando los dos —sugirió—. Sé que está impedido, pero podría apoyarse en mí cuando nos pusiéramos a caminar.

—Márchate, Pea. Cada vez estoy peor. Si quieres ayudarme ve en busca del capitán Call. Dile que venga a galope con un caballo extra para llevarme a Miles City.

Pea Eye se preparó acongojado. Todo le parecía mal y nada de todo aquello habría ocurrido si se hubieran quedado en Texas.

—Llévate solo el rifle —aconsejó Augustus—. Una pistola no te servirá de nada si te encuentras con uno de esos osos. Además yo voy a necesitar las dos pistolas; cualquier pelea que tengamos por aquí va a ser a corta distancia.

—No puedo nadar y sostener un maldito rifle —protestó Pea Eye.

—Pásalo por el cinturón y por dentro de la pernera del pantalón. Puedes ir flotando río abajo y no necesitas nadar mucho.

Pea Eye se quitó las botas y la camisa e hizo un paquete con ambas cosas. Después hizo lo que Gus había ordenado y pasó el rifle por su cinturón. Luego metió tabaco de mascar dentro de una bota a guisa de provisiones. Lo único que le quedaba por hacer era marcharse, pero le costaba.

—Venga, Pea —insistió Augustus—. Vete a buscar al capitán y no sufras por mí. Hagas lo que hagas, no dejes que te cojan los indios.

Gus le tendió la mano y Pea Eye comprendió que quería que se la estrechara. Pea Eye se la estrechó, sintiéndose profundamente triste.

—Gus, nunca creí que iba a abandonarle —murmuró.

—Pues no tienes más remedio que hacerlo. Andate con cuidado.

En aquel momento Pea Eye tuvo la terrible convicción de que no volvería a ver a Gus vivo. Lo que había ocurrido fue simplemente una pelea con los indios, y todas ellas tenían sus inconvenientes. Pero Gus nunca había sido herido, por lo menos que Pea recordara. Las flechas y las balas que tantas veces había esquivado, al final le habían encontrado.

Después del apretón de manos, Gus se comportó como si Pea ya se hubiera ido. No le dio ningún mensaje ni pronunció más palabras. Pea Eye quiso decir algo más, pero no se le ocurrió nada. Profundamente desconsolado, se metió en el agua. Estaba mucho más fría de lo que sospechaba. Al momento se le entumecieron las piernas. Miró hacia atrás una sola vez y distinguió vagamente la cueva, pero no a Gus.

Tan pronto como alcanzó la profundidad suficiente para nadar, su miedo a ahogarse le hizo olvidarse de Gus y de todo lo demás. El agua helada le atrajo al momento hacia el fondo; flotar no parecía tan fácil como Gus le dio a entender. El rifle era el gran problema. Pegado a la pernera de su pantalón, parecía pesado como el plomo. Además no tenía experiencia con corrientes tan rápidas. Varias veces fue llevado a un lado del río donde casi se enredó con las matas que el agua había cubierto.

Mucho peor que todo esto fue la inmediata pérdida del fardo donde estaban las botas, los pantalones, la camisa y todas sus provisiones, así como parte de las municiones. Había alargado el brazo para intentar subirse el rifle y el agua le había arrancado el fardo llevándoselo lejos de él. Pea Eye empezó a darse cuenta de que se ahogaría a menos de que se esforzara por hacer mejor lo que estaba haciendo. El agua le empujó al fondo varias veces. Quería encaramarse desesperadamente al ribazo pero no estaba seguro de que hubiera adelantado a los indios. Gus le había dicho que fuera por el río durante kilómetro y medio por lo menos, y no tenía la seguridad de haber llegado tan lejos. El agua le chupaba con fuerza así que tenía que luchar constantemente contra esta fuerza; se dio cuenta horrorizado de que le arrancaba los pantalones. Cuando había entrado en el agua su desconsuelo era tal que se le había olvidado de apretarse el cinturón. Era escurrido de caderas y el agua le había chupado fácilmente los pantalones. La mira del rifle le presionaba la pierna. Lo agarró, pero se fue al fondo. Los pantalones, que se le escurrían con el rifle en una de las perneras, le estaban ahogando. Empezó a debatirse, alocado, para desprenderse de ellos y poderse servir libremente de las piernas. Sintió deseos de maldecir a Gus por haberle sugerido que se metiera el rifle en la pernera del pantalón. Nunca podría sacarlo a tiempo de disparar contra un indio, si aparecía alguno, y esto le causaba un

terrible desasosiego. Se debatió para subir a la superficie, volvió a hundirse y cuando subió de nuevo quiso gritar y pedir auxilio pero recordó que no habría nadie por allí para oírle excepto los indios. Luego le pareció que casi le arrancaba la pierna; había sido empujado a la orilla y el rifle se había enredado en unas matas. La orilla estaba solo a unos pasos y trató de arrastrarse hacia ella, pero no lo consiguió. Mientras se debatía, perdió definitivamente los pantalones y fue arrastrado de espaldas río abajo. Durante un momento veía la orilla y al momento siguiente solo agua. Por dos veces abrió la boca para respirar y en lugar de aire tragó agua, parte de la cual le salió por la nariz. Tenía las piernas y los pies tan ateridos de frío que nos los sentía.

Nunca pudo recordar cómo había salido del agua, pero de algún modo lo consiguió porque cuando pudo darse cuenta de las cosas se encontró echado en el barro con los pies todavía dentro del agua. Estaba completamente desnudo y el barro era frío, así que se incorporó y subió laboriosamente por el ribazo. Solo tenía ocho o diez pies de altura, pero era muy resbaladizo.

Cuando se puso en pie, su único deseo era tenderse en la hierba y dormir, pero estaba lo suficientemente despierto para pensar en su situación, y pensar le desveló del todo. No se había ahogado pero estaba desnudo, sin armas, sin comida y a unos ciento sesenta kilómetros de la carretera de Hat Creek. No conocía el país y se enfrentaba con unos indios que sí lo conocían. Gus estaba muy mal, tal vez muriéndose río arriba. Dentro de pocas horas amanecería y se acrecentaría el peligro de los indios.

Pea Eye echó a andar tan deprisa como pudo. Aunque había dejado de llover seguía nublado y no podía ver ni luna ni estrellas, es decir, nada en el cielo ni en la tierra. De pronto tuvo la terrible idea de que con sus vueltas y revueltas en el agua podía haber confundido el Norte con el Sur y llegado a la orilla equivocada. Podía estar avanzando hacia el Norte, en cuyo caso podía darse por muerto; no podía dejar de preocuparse. Tenía que moverse. Había perdido su fardo y su rifle en el río y tan pronto como el nivel del agua bajara ambas cosas quedarían a la vista en el cauce. Si los indios las encontraban sabrían que se había ido y que Gus estaba solo, lo que pondría las cosas feas para Gus. Si además se sentían con ánimos de rastrear, también se lo pondrían feo para él. Tenían caballos y podían alcanzarle en cuestión de horas. Cuanto más deprisa se moviera, más posibilidades tendría de escapar.

Después de haberlo meditado un rato, Pea se sintió profundamente contento de que la noche fuera tan oscura. Deseaba que siguiera así para siempre o por lo menos hasta que tuviera el rebaño a la vista. Cuando pensaba en todos los peligros a que estaba expuesto, sentía el impulso de echar a correr. Recordó vivamente todo lo que los indios hacían a los blancos. En sus días de *ranger* había ayudado a enterrar a varios hombres que habían sufrido las atrocidades de los indios y el recuerdo de aquellos cadáveres calcinados y desollados le acompañaban en la

noche. Le acompañaba también otro recuerdo igualmente terrorífico, el del enorme oso de color anaranjado que casi había abierto en canal al toro tejano. Recordaba la rapidez con que se había movido el oso cuando intentaron cazarle a caballo. Si un oso semejante le descubría, se dijo que se limitaría a echarse y a abandonar la lucha.

Cuando desapareció la oscuridad, Pea Eye pudo distinguir la estrella polar entre las nubes. Por lo menos supo que iba en buena dirección. El sol no tardó en salir y se acordó de la advertencia de Gus de que no viajara de día. Pea Eye decidió ignorarla. En primer lugar se encontraba en una llanura absolutamente abierta, donde no había ningún buen lugar para ocultarse. Lo mismo daba que anduviera como que se quedara sentado.

Al mirar ante sí sintió desánimo porque el país resultaba infinito. Le parecía que alcanzaba a ver hasta casi ciento sesenta kilómetros desérticos, y tenía que cruzarlos. Nunca había sido partidario de andar y la marcha a caballo le había afianzado en su idea. Siempre había aborrecido andar, especialmente descalzo. Cuando hubo recorrido pocos kilómetros sus pies estaban destrozados. El suelo parecía liso, cubierto de hierba, pero había piedras desparramadas y tropezó con gran parte de ellas.

También le avergonzaba el hecho de estar desnudo. No había nadie que le viera, naturalmente, pero él podía verse y le desconcertaba. El capitán se asombraría cuando le viera llegar andando y desnudo; a los muchachos les parecería cómico y se burlarían de él durante semanas.

Al principio su desnudez le preocupaba tanto como sus pies heridos, pero antes de que hubiera caminado la mitad del día le dolían tanto los pies que dejó de preocuparse por andar desnudo o incluso por estar vivo. Tuvo que vadear dos pequeños arroyos y en uno de ellos se encontró con matas espinosas. Cada paso se fue haciendo más doloroso pero sabía que si no seguía andando nunca encontraría a los muchachos. Cuando miraba a su espalda siempre esperaba ver indios o algún oso. Encontró una zona de hierba y matas altas y se echó a dormir un rato.

Despertó con un frío intenso y descubrió que estaba nevando. Era una turbonada súbita. Pea Eye oyó un ruido extraño y tardó un minuto en descubrir que era el castañeteo de sus dientes. Sus pies estaban tan doloridos que apenas podía andar y la nieve no ayudaba nada. Era nieve que se fundía al caer, pero esto no la hacía más cómoda.

Durante la noche fue avanzando como pudo hacia el Sur. La nieve no tardó en dejar de caer pero tenía los pies helados y cada vez que tropezaba en la oscuridad con una piedra, el dolor era tan intenso que apenas podía sofocar un grito. Se sentía débil y vacío y sabía que no ganaba terreno. Se reprochaba amargamente no haber sabido guardar un poco de tabaco de mascar, o el rifle, o algo. Gus le consideraría un imbécil si descubría que lo había perdido todo mucho

antes de salir del arroyo.

En su agotamiento incluso se olvidó momentáneamente de que había dejado a Gus en la pequeña cueva. Mientras iba dando tumbos habló varias veces con Gus, pidiéndole sobre todo instrucciones. Durante cierto tiempo sintió como si Gus fuera delante de él, abriendo camino. ¿O era Deets? Pea Eye se sentía confuso. Fuera quien fuera no le hablaba, aunque él seguía haciendo preguntas. Le confortaba pensar que Gus o Deets estaban allí. Eran los mejores exploradores. Le conducirían.

Al alborear el segundo día, Pea Eye se detuvo para descansar. Se dio cuenta de que nadie estaba con él, como no fueran fantasmas. Pero podían ser fantasmas, naturalmente Gus podía haber muerto y Deets ya lo estaba. Quizás uno de ellos no tuviera nada que hacer y hubiera decidido ir flotando a su lado, guiándole hasta el Yellowstone.

Cuando se miraba los pies, le parecía que también podía avanzar a gatas o reptando. Tenía los pies hinchados, el doble de su tamaño, y además cortados por todas partes. Pero eran los únicos pies que tenía y después de dormitar una hora al sol se levantó y siguió adelante. Estaba muy hambriento y pensó que debía haber prestado mayor atención a Po Campo, que encontraba cosas para comer mientras caminaba. Pea no vio más que hierba. Afortunadamente encontró diversos arroyos y por lo menos dispuso de agua en abundancia. Una vez incluso logró agarrar unos pescaditos que habían quedado fuera del agua. Se retorcían y saltaban y eran difíciles de coger. Naturalmente solo fueron unos bocados, pero mejor aquello que nada.

A última hora del día tuvo la suerte de alcanzar una enorme ave de la pradera de una pedrada. Solo le rompió el ala y tuvo que perseguirla un buen trecho por entre la hierba, pero el ave se cansó antes que él y por fin la agarró, la peló y se la comió cruda. Descansó tres horas y reemprendió la marcha durante otra noche.

En la tercera mañana apenas podía moverse. Tenía los pies peor que nunca y los llanos por delante de él parecían interminables y vacíos. Le escocían los ojos de tanto mirar en busca de la línea del Yellowstone, pero aún no podía verla.

Era el inmenso vacío lo que le restaba ánimos. Ya casi habían dejado de preocuparle los indios y los osos. Lo único que le angustiaba ahora era la posibilidad de perderse. Sabía por las estrellas que aún iba hacia el Sur, ¿pero al sur de dónde? A lo mejor se había desviado al este del rebaño, o al oeste, así que nadie le vería. Tal vez ya les había dejado atrás, en cuyo caso no había esperanza. Llegarían las nieves, se helaría, o quizá moriría de hambre.

Descansó hasta mediada la mañana, incapaz de decidir qué hacer. Por un momento pensó que lo mejor sería quedarse allí sentado. Por alguna parte de Montana había soldados; si permanecía sentado allí tal vez alguno le encontrara.

Pero por fin se levantó y siguió adelante. Los soldados solo encontrarían sus

huesos, si es que encontraban algo. Era un día esplendoroso, tan caliente que le hacía despotricar del tiempo de Montana. ¿Qué clase de país era este que uno se helaba por la noche y moría de una insolación dos días después? Vio una pareja de marmotas y pasó una hora intentando alcanzarlas a pedradas. Pero las marmotas eran más listas que las chochas, y no consiguió darles.

Continuó dando traspiés sintiendo que el sol le quemaba la poca piel que le quedaba. Por la tarde se cayó varias veces. Estaba tan flojo que creía flotar. Entonces sus pies se negaban a seguir moviéndose y en lugar de flotar se caía. Una vez se cayó de espaldas en la hierba y el sol le quemaba los ojos. Se levantó como pudo y miró a su alrededor, con la sensación de que el rebaño le había adelantado mientras dormía. Hizo un enorme esfuerzo por andar en línea recta en dirección sur, pero sus piernas estaban tan débiles que le apartaban de la línea.

—¡Camina derecho, maldita sea! —se dijo. El sonido de su propia voz enronquecida disipó su furia.

Después se sintió avergonzado. Un hombre capaz de maldecir sus propias piernas solo porque eran débiles, resultaba más que peculiar. Volvió a tener la sensación de que flotaba, y la sensación era tan fuerte que se asustó. Tuvo la impresión de que iba a flotar fuera de su propio cuerpo. Se preguntó si estaba muriéndose, y eso era lo que sentía. Nunca había oído hablar de alguien que hubiera muerto mientras iba andando, pero naturalmente lo de morir era algo de lo que sabía muy poco. Daba unos pasos y volvía a sentir que se salía del cuerpo, y esto le produjo tal espanto que tropezó y cayó. No deseaba volver a levantarse y empezó a arrastrarse levantando la vista de vez en cuando para ver si descubría el rebaño. Pensaba que no podría seguir viviendo otra noche tan solo y tan hambriento. Moriría en la hierba como un animal vencido.

Entonces empezó a oscurecer y le entraron ganas de llorar, desesperanzado. Había caminado durante mucho tiempo; ya iba siendo hora de que aparecieran los muchachos. Una vez cerrada la noche, se detuvo y escuchó. El rebaño podía estar cerca y si escuchaba atentamente a lo mejor oiría cantar al irlandés. No oyó nada, pero cuando se levantó y trató de seguir andando volvió a sentir la presencia de su guía. Esta vez supo que era Deets. No podía verle porque era de noche y Deets era negro, pero perdió la sensación de flotar y anduvo mejor aunque seguía estando un poco asustado. Desconocía las reglas para tratar con los que estaban muertos. Le habría gustado decirle algo, pero pensó que no debía hacerlo. Deets podía abandonarle y dejarle solo en la oscuridad si le decía algo. Quizás el viajar no era problema para los muertos. Pea lo ignoraba. Para él era un problema considerable. Andaba despacio, porque no quería caerse, pero anduvo toda la noche.

A la mañana siguiente, dos horas después de salir el sol, Dish Boggett, que había sido enviado a una pequeña exploración, distinguió algo a lo lejos, hacia el Norte. Al principio no supo si se trataba de un hombre o de un antílope. Supuso

que sería un indio, en el caso de que se tratara de un hombre, y galopó hacia el rebaño. El capitán estaba herrando a la yegua, tarea siempre ardua porque no podía soportar que le tocaran los pies y tenía que estar bien amarrada para que se dejase.

Afortunadamente Call había terminado y volvió con Dish en busca del hombre. Al principio no había señales de él, pero Dish tenía buen ojo y sabía que lo había visto. Call pensaba que se trataría de un antílope, pero quería comprobarlo. Habían cruzado el Yellowstone el día anterior y tanto los hombres como los animales estaban a salvo. Jasper Fant se encontraba de un humor excelente después de haber sobrevivido a todos los ríos.

—Allí está —dijo Dish—. ¡Pero si es Pea!

Dish se encontraba anonadado por la sorpresa. Pea estaba sentado en la hierba, desnudo, moviendo la cabeza como si conversara con alguien. Cuando les oyó, miró a su alrededor como si no se sorprendiera, pero cuando desmontaron tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo está, capitán? —preguntó Pea Eye embarazado por su propia emoción—. Me parece que no han llegado a tiempo de ver a Deets.

Call vio que Pea Eye estaba herido y que deliraba. Tenía sangre en el pecho debido a una herida en el hombro. El sol había cubierto su cuerpo de ronchas y tenía los pies del tamaño de una vejiga de vaca y llenos de cortes.

—¿Ha muerto Gus? —preguntó Call temeroso de oír la respuesta. Aunque conocía la afición de Gus por los problemas, le impresionaba ver a Pea Eye en semejante estado.

Pea Eye había estado pensando en Deets, que amablemente había caminado a su lado durante toda la noche. Le avergonzaba estar desnudo y le costaba concentrar la mente para contestar a la pregunta que le había hecho el capitán.

—El arroyo creció y por eso perdí la ropa —dijo.

Call cogió el impermeable que llevaba en la silla y le cubrió con él. Pea Eye se sintió inmediatamente mejor. Trató de abrochárselo para que no se le viera el miembro, pero le temblaban los dedos y Dish Boggett lo hizo por él.

—¿Ha muerto Gus? —volvió a preguntar Call.

Pea Eye dejó que su mente trabajara despacio. Entonces se acordó de que Gus estaba sentado con dos pistolas en las manos, sin decir palabra, cuando él se metió en el río. Tenía una mala herida en la pierna.

—El arroyo había crecido cuando le dejé. Tuve que nadar y dejar atrás a los indios y lo perdí todo. Gus se quedó con mi pistola.

—¿Dónde fue esto? —preguntó Call.

—Arriba, en el Norte, capitán. Cavamos una cueva en un ribazo. Es todo lo que sé.

—Pero cuando le dejaste, ¿estaba muerto?

—No, me mandó venir. Dijo que quería que galopara hasta aquí y que le

ayudara con los indios.

Dish Boggett no acababa de comprender la razón de que estuviera desnudo y cubierto de heridas. La marcha había sido tan tranquila que había perdido la sensación de que se encontraban en una tierra peligrosa.

—¿Qué decías de Deets? —preguntó.

—Que me había ayudado —respondió sencillamente Pea—. Capitán, ¿vamos a ir en busca de Gus? Nos costó mucho arrancarle una de las flechas y la pierna le dolía mucho.

—Tú te vas a la carreta —dijo Call—. Necesitas comer. ¿Cuántos indios había?

Pea trató de pensar.

—Nos atacó un grupo —explicó—. Unos veinte, creo. Gus mató unos cuantos.

Call y Dish tuvieron que levantarle; le habían abandonado las fuerzas ahora que se sabía a salvo. Dish tuvo que sostenerlo sobre su caballo al regreso porque Pea Eye tenía tan poca fuerza que ni siquiera podía sostenerse agarrado al arzón.

El equipo estaba borracho de satisfacción porque eran los primeros hombres que llevaban un rebaño tejano al otro lado del Yellowstone. Pero al ver el estado en que se encontraba Pea Eye recobró la sobriedad al instante.

—¡Hola, muchachos! —saludó Pea cuando le bajaron del caballo.

Todos se agruparon a su alrededor para saludarle y Bert y Needle Nelson le ayudaron. Po Campo tenía café preparado. Pea alargó la mano cuando le tuvieron apoyado contra la rueda de la carreta, pero estaba demasiado débil para sostener la taza. Po le fue dando café a cucharadas, y entre sorbo y sorbo Pea se deslizó y perdió el sentido. Su caída fue tan rápida que nadie acertó a cogerle a tiempo.

—¿Está muerto? —preguntó Newt con ansiedad.

—No, solo desvanecido —respondió Call.

Estaba ocupado llenando sus alforjas de municiones, contento de haber puesto herraduras nuevas a la yegua.

—Dijo que Deets le ayudó —comentó Dish. La forma en que Pea lo dijo le había impresionado. Deets estaba muerto y enterrado, atrás, junto al Powder.

Call no dijo nada. Estaba preguntándose si llevar o no a uno de los hombres.

—Deliraba —dijo Dish—. Esto lo explica todo.

Po Campo se permitió una sonrisa.

—Los muertos pueden ayudarnos, si les dejamos, y si quieren hacerlo.

Jasper Fant, encantado de no hallarse entre los muertos, miró a Po con severidad.

—A mí no me ha ayudado nunca nadie, excepto mi padre.

—¿Cómo te ayudaba? —le preguntó Needle.

—Me dejó veinte dólares en su testamento. Con ellos compré esta silla y desde entonces he sido vaquero.

—Querrás decir que te supones vaquero —objetó Soupy Jones. Estaba en malas relaciones con Jasper a consecuencia de una disputa en el juego.

—Estoy aquí, ¿no? —exclamó Jasper—. El hecho de que perdieras una partida no significa que no conozca mi trabajo.

—¡Cállate de una vez, Jasper! —gritó Dish. Estaba harto de Jasper y de Soupy y pensaba que todo el asunto de Pea y Deets no había sido tratado como se merecía. Después de todo, las primeras palabras que había dicho Pea fueron que Deets acababa de marcharse. Dish no quería confesarlo, pero toda su vida había tenido miedo a los fantasmas y no le gustaba la idea de que alguno rondara por allí. Haría que la vigilancia del ganado durante la noche fuera más enervante, aunque el fantasma en cuestión pudiera resultar amistoso.

En aquel momento alguien se dio cuenta de que el capitán Call se marchaba. Cogió otro rifle de la carreta y recuperó el impermeable que había prestado a Pea, cubriendo a este con una manta.

—Llevad el rebaño en dirección Norte. Estad al acecho. Yo me voy a buscar a Gus.

La idea de que se fuera llenó a todos de aprensión. Aunque independientes hasta el último hombre en ciertos aspectos, el equipo se sentía más feliz cuando el capitán Call estaba cerca. O cuando lo estaba Gus, si faltaba el capitán. Hacía tan solo unas horas se habían sentido dispuestos a enfrentarse a un ejército. Después de todo eran los conquistadores del Yellowstone. Pero ahora, viendo a Call elegir un caballo para que Gus lo montara de vuelta, se les caía el alma a los pies. La inmensa llanura era maravillosa, pero había transformado a Pea Eye en una piltrafa aterrorizada. Y los indios tenían a Gus sitiado en alguna parte. Podían darle muerte, y al capitán también. Todos los hombres eran mortales, y todos lo sentían muy especialmente. A la caída de la noche podían llegar un millar de indios. Y los indios podían caerles encima como habían caído sobre Custer.

Call no disponía de tiempo para tranquilizar a los hombres con instrucciones complicadas. Si Gus estaba malherido se debilitaría rápidamente, y cada hora contaba. Para el caso, llegar diez minutos tarde era tan grave como tardar diez días o un año. Además le irritaba la actitud suplicante que habían adoptado los hombres. A veces se comportaban como si fueran a olvidar cómo respirar si él o Gus no estaban allí para enseñarles. Todos ellos eran hombres de recursos. Le constaba aunque ellos no lo supieran. Pero a veces se volvían como niños y querían que se les condujera. Durante toda su vida había aceptado conducir, pero en ciertas ocasiones, cuando los hombres se mostraban especialmente obtusos, se preguntaba por qué lo había hecho.

Augustus y él habían discutido infinidad de veces la cuestión del liderazgo.

—No es complicado —insistía Augustus—. La mayoría de los hombres duda de su capacidad. Tú no. No es sorprendente, por tanto, que quieran tenerte cerca. Así no tienen que preocuparse de no cometer errores, de no fallar.

—Pero en general no fallan —le hizo notar Call—. Pueden defenderse solos perfectamente.

Augustus rio entre dientes.

—Tú trabajas demasiado. Avergüenzas a muchos de ellos. Se imaginan que no pueden seguirte y de ahí solo hay un paso a la sensación de que no pueden hacer gran cosa a menos que tú estés cerca para ponerles en marcha. A mí en cambio no me afecta —añadió—. Me tiene sin cuidado lo mucho que trabajes o a dónde vayas.

—Me gustaría conocer algo que pudiera avergonzarte —dijo Call.

—Algo lo ha conseguido alguna vez —replicó Augustus.

Call se preguntó qué quería decir con eso, pero no le hizo la pregunta.

Cuando hubo terminado, montó al instante y se dirigió hacia Dish Boggett.

—Quedas al frente. Sigue hacia el Norte. Volveré tan pronto como pueda.

Dish palideció ante la idea de tanta responsabilidad. Tal como estaban las cosas le sobraban preocupaciones, y por si fuera poco Pea Eye hablando de fantasmas.

El capitán parecía enfadado, lo que hizo que los hombres aceptaran mejor la idea de que les abandonaba. Todos temían sus enfados. Pero cuando se hubo ido, antes de que él y la yegua se perdieran de vista, su alivio momentáneo se transformó en aprensión.

Jasper Fant, tan alegre una hora antes, era el que más tenso se mostraba.

—Aquí hay indios y osos por todas partes. Está llegando el invierno y el capitán y Gus sabe Dios dónde están. No me sorprendería que nos mataran a todos.

Por una vez, Soupy Jones no tuvo nada que decir.

95

Augustus mantuvo su pistola amartillada toda la noche, cuando Pea Eye se hubo ido. Vigiló atentamente la superficie del río por si el truco que había aconsejado a Pea también funcionaba para los indios. Podían echar un tronco al agua y flotar junto a él, utilizándolo como cobertura. Se esforzó por mirar y escuchar sin distraerse, una tarea en la que no le ayudaban los temblores y el estado febril.

Contaba con que los indios se deslizaran fuera del agua como enormes serpientes, delante de él, pero no apareció ninguno. Le subió la fiebre y empezó a hablar solo. De vez en cuando era consciente de que deliraba, pero no podía hacer nada por impedirlo, y en todo caso prefería el delirio al aburrimiento de esperar a que los indios atacaran. Tan pronto intentaba vigilar el agua oscura como volvía a estar junto a Clara. A veces veía su cara con toda claridad.

El día amaneció soleado. Pese a lo mal que se encontraba, aún disfrutaba viendo el sol. Le ayudaba a mantener la cabeza despejada y le despertaba la idea de escapar. Estaba harto de aquella cueva pequeña y fría bajo el ribazo. Había pensado esperar allí la llegada de Call, pero cuanto más lo pensaba, más se decía que era un mal plan. Call tardaría días en llegar y dependía de que Pea hubiera conseguido escabullirse. Si Pea no lo había conseguido, y lo más probable era que no lo hubiera conseguido, entonces Call no empezaría a buscarle hasta dentro de una semana.

Con solo mirarse la pierna vio que estaba en apuros. La pierna estaba amarillenta, estriada de negro. El envenenamiento de la sangre era una posibilidad. Sabía que si no recibía atención médica en los próximos días, sus posibilidades de vida eran escasas. Incluso esperar a que fuera de noche podía ser una locura.

Si los indios le cazaban en descampado, sus posibilidades también serían escasas, por supuesto, pero estaba claro que si había que elegir, y lo hizo, la decisión activa era preferible a la pasiva.

Tan pronto como el sol estuvo arriba salió de la cueva y se puso en pie. La pierna mala le pulsaba. Incluso apoyar los dedos del pie en el suelo le resultaba doloroso. Las aguas bajaban rápidamente. A unos cincuenta metros en dirección este, las huellas de animales subían por el ribazo. Augustus decidió utilizar como

muleta la carabina que había cogido al muchacho indio muerto. Cortó los estribos de la silla y los amarró, uno en cada extremo del rifle; luego acolchó un extremo de su rudimentaria muleta con un pedazo de cuero de la silla. Se pasó una pistola bajo el cinturón y la otra la introdujo en la pistolera. Recogió su rifle, se llenó el bolsillo de tabaco para mascar y siguió las huellas de los animales, cojeando.

Observó cuidadosamente desde el cauce del río, pero no vio a ningún indio. La inmensa llanura estaba vacía en varios kilómetros. Los indios se habían marchado. Augustus no perdió tiempo en especulaciones. Se puso inmediatamente en camino, cojeando en dirección sudeste, hacia Miles City. Confiaba en no tener que recorrer más de sesenta u ochenta kilómetros hasta llegar a la ciudad.

No estaba acostumbrado a la muleta y avanzaba poco. Cuando a veces se distraía y apoyaba el pie en el suelo, el dolor era tal que casi perdía el sentido. Estaba débil y tenía que parar aproximadamente cada hora para descansar. Sudaba a chorros bajo aquel sol caliente, aunque sentía frío y temía un enfriamiento. A tres o cuatro kilómetros de donde se había puesto en camino, cruzó el rastro de una importante manada de búfalos. Probablemente ellos eran la razón de que los indios se hubieran ido. Con la inminente llegada del invierno, los búfalos eran más importantes para los guerreros que un par de blancos, aunque probablemente pensaban regresar y terminar con ellos cuando acabaran la cacería.

Perseveró durante todo el día, arrastrándose como podía. Se detenía con menos frecuencia, porque le costaba volver a ponerse en marcha una vez parado. El descanso le seducía sobre todo por su tendencia a mejorar la situación gracias a la imaginación. Tal vez el rebaño había avanzado más deprisa de lo que habían calculado. Tal vez Call apareciera al día siguiente y le evitaría el doloroso esfuerzo de arrastrarse con la muleta.

Pero le horrorizaba tanto esperar como viajar. Había tenido por norma ir a enfrentarse con lo que hubiera que enfrentarse, y no esperar lo que pudiera presentarse sin hacer nada.

Lo que iba a presentarse ahora era la muerte, lo sabía. Se había enfrentado con ella antes y la había vencido moviéndose. Sentarse y esperarla era darle excesiva ventaja. Había visto a muchos hombres morir a consecuencia de heridas y había observado cómo sus espíritus habían pasado de un activo deseo de vivir a la indiferencia. Con una herida mala, en cuanto dominaba la indiferencia, la vida empezaba a ceder. Pocos hombres conseguían revivir. La mayoría perdían todo impulso hacia la actividad y terminaban ofreciendo a la muerte una tibia bienvenida, por lo menos.

Augustus no estaba dispuesto a ello, así que siguió adelante. Cuando descansaba lo hacía de pie, apoyado en la muleta. Si uno estaba de pie costaba menos ponerse en marcha.

Cojeó a través del llano durante la larga tarde y el anochecer, cayéndose finalmente en algún momento de la noche. La mano le resbaló de la muleta y sintió que se desprendía de él. Al inclinarse para recogerla cayó de bruces y perdió el sentido antes de llegar al suelo. En sus sueños estaba con Lorena en la pequeña tienda, bajo el calor de las llanuras de Kansas. Ansiaba que ella le refrescara de algún modo, tocándole con su mano fría, pero aunque le sonrió no consiguió darle frescor. El mundo se había vuelto rojo, como si el sol, al hincharse, le hubiera absorbido. Le pareció estar echado sobre la superficie del rojo sol mientras contemplaba la puesta, allí donde el sol se hundía en el llano.

Cuando volvió a abrir los ojos, el sol era blanco, no rojo, y lo tenía directamente encima de él. Oyó el ruido de un escupitajo, el que produciría un ser humano, y su mano se posó sobre la pistola que llevaba en el cinturón, pensando que los indios ya habían llegado. Pero al volver la cabeza, al que vio fue a un hombre blanco. Era un hombre pequeño y blanco, vestido de cuero remendado. El viejo tenía la barba manchada de tabaco y un cuchillo afilado en la mano. Un caballo pinto pastaba cerca. El viejo estaba agachado, vigilando. Augustus conservó la mano en la pistola, pero no la sacó. No sabía si tendría fuerza suficiente para hacerlo.

—Eran indios blood —dijo el viejo—. Es increíble que no le cogieran. Mató a bastantes.

—Solo a cinco —respondió Augustus, incorporándose y tratando de sentarse. No le gustaba hablar echado.

—A mí me dijeron que siete. Yo me llevo bien con los blood y también con los blackfeet. En mi época de trampero les compré muchas pieles de castor.

—Soy Augustus McCrae —se presentó Augustus.

—Y yo Hugh Auld —anunció el visitante—. En Miles City me llaman el viejo Hugh, aunque no creo que haya cumplido los ochenta.

—¿Se proponía apuñalarme con este cuchillo? —preguntó Augustus—. Preferiría no tener que disparar innecesariamente.

El viejo Hugh se echó a reír y volvió a escupir.

—Me disponía a cortarle esta pierna podrida que tiene. Antes de que recobrara el sentido, claro. Esta pierna es una ruina, pero me habría costado lo indecible cortarle el hueso sin una sierra. Además podía haber despertado y crearme problemas.

—Seguro que sí —asintió Augustus mirándose la pierna. Ya no estaba estriada de negro…, solo completamente negra.

—Tenemos que cortarla —insistió el viejo Hugh—. Si esta podredumbre pasa a la otra pierna perderá las dos.

Augustus sabía que el viejo tenía razón en lo que decía. La pierna estaba putrefacta, pero un cuchillo de monte no era el instrumento adecuado para amputarla.

—¿A qué distancia estamos de Miles City? —preguntó—. Me imagino que allí habrá algún cirujano.

—Había dos la última vez que estuve en la ciudad. Los dos borrachos.

—Ha olvidado informarme de la distancia —le recordó Augustus.

—Sesenta kilómetros y un poco más —respondió Hugh—. No creo que hubiera podido llegar andando.

Augustus se sirvió de la muleta para ponerse de pie.

—Podría engañarse. —Pero era hablar por hablar. Sabía perfectamente que no hubiera conseguido hacerlo. El mero hecho de ponerse en pie le producía náuseas.

—¿De dónde viene, forastero? —preguntó el viejo. También se puso en pie, pero no exactamente erguido. Su espalda estaba doblada. A Augustus le pareció que mediría aproximadamente metro cincuenta—. Estaba preparando una trampa y caí en ella —explicó alegremente el viejo—. Unos guerreros blood me encontraron. Les pareció divertido, pero mi espalda jamás volvió a enderezarse.

—Todos tenemos desgracias —sentenció Augustus—. ¿Podría prestarme su caballo?

—Cójalo, pero no le azuce con los pies. Si lo hace le tirará. Yo le seguiré lo mejor que pueda para ayudarle en caso de que se caiga.

Condujo el caballo pinto hasta Augustus y le ayudó a montar. Augustus creyó desmayarse, pero se sobrepuso. Se quedó mirando al viejo y le preguntó:

—¿Seguro que se lleva bien con esos indios? No quisiera que tuviera problemas por mi culpa.

—No los tendré —le aseguró el viejo—. Se están atiborrando de carne de búfalo fresca. Me invitaron a comer con ellos, pero preferí seguirle a usted, aunque no sepa de dónde viene.

—De una pequeña ciudad llamada Lonesome Dove —respondió Augustus—. Está en el sur de Texas, junto al Río Grande.

—¡Cáspita! —exclamó el viejo, impresionado por la información—. ¡Menudo hijo de perra viajando!

—¿Cómo se llama este caballo? —preguntó Augustus—. A lo mejor necesito hablarle.

—Yo le llamo *Custer*. En tiempos hice un poco de explorador para el general.

Augustus esperó un minuto, contemplando al viejo trampero.

—Tengo otro favor que pedirle. Amárreme. No tendría fuerzas para volver a montar si me cayera.

El viejo se sorprendió.

—Veo que con tantos viajes ha aprendido ciertos trucos —pasó una correa por la cintura de Augustus y la amarró al arzón.

—Vámonos, *Custer* —dijo Augustus dando rienda al caballo y recordando que no debía darle con los talones.

Cinco horas más tarde, cuando el sol se ponía, animó al agotado caballo a subir una cuesta al norte del Yellowstone y divisó la pequeña ciudad de Miles City a unos seis u ocho kilómetros al Este.

Cuando entró en la ciudad era casi de noche. Se detuvo frente a lo que parecía un *saloon*, pero descubrió que no podía echar pie a tierra. Entonces recordó que estaba amarrado. No pudo deshacer los nudos de la correa, pero consiguió disparar al aire. El primer disparo pasó inadvertido, pero cuando disparó por segunda vez varios hombres salieron a la puerta del *saloon* y se le quedaron mirando.

—Es el caballo del viejo Hugh —dijo uno en tono desconfiado, como si sospechara de que Augustus le hubiera robado el caballo.

—Sí, el viejo señor Auld fue tan amable como para prestármelo —dijo mirando fijamente al hombre—. Tengo una pierna mala y agradecería que alguno de ustedes me localizara rápidamente a un médico.

Los hombres se acercaron al caballo. Cuando vieron la pierna, uno de ellos lanzó un silbido.

—¿Quién se lo hizo? —preguntó.

—Una flecha —respondió Augustus.

—¿Quién es usted, señor? —le preguntó, el mayor de los hombres con respeto.

—Augustus McCrae, capitán de los *rangers* tejanos —dijo Augustus—. Caballeros, uno de ustedes deberá ayudarme con estos nudos.

Se apresuraron a echarle una mano, pero antes de que pudieran bajarle del caballo el resplandor rojo volvió a bañar sus ojos. Al caballo pinto llamado *Custer* no le gustaban tantos hombres a su alrededor. Trató de morder a uno de ellos, luego se encabritó por dos veces y tiró a Augustus, que acababa de ser desatado. Dos hombres trataron de alcanzar el caballo, pero este salió corriendo de la ciudad.

96

Augustus flotaba en un líquido rojo. A veces veía rostros, oía voces, veía más rostros. Veía a Bolívar y a Lippy, veía a sus dos esposas y a sus tres hermanas. Veía hombres muertos hacía mucho tiempo, hombres con los que había trabajado cuando era *ranger*, veía a Pedro Flores y a Pea Eye y a una puta pelirroja que había llevado consigo en sus tiempos de barcos fluviales. Se movía inútilmente de un lado a otro como si algo agitara el agua.

Cuando el rojo desapareció y volvió a abrir los ojos, oyó un piano a lo lejos. Estaba acostado en una habitación pequeña y caliente. A través de la ventana abierta podía ver la gran pradera de Montana. Al mirar a su alrededor vio a un hombrecito gordo durmiendo en una silla cercana. El hombre vestía una levita negra salpicada de caspa. Una botella de *whisky* y un bombín tan astroso como el de Lippy descansaban sobre un pequeño escritorio. El hombrecito gordo roncaba plácidamente.

Como sentía un dolor considerable, Augustus miró y vio que su pierna izquierda había desaparecido. El muñón estaba vendado, pero la sangre pasaba a través del vendaje y goteaba.

—Si es usted el matasanos, despierte y pare este goteo —dijo Augustus. Estaba irritable y triste y deseaba tener la botella de *whisky* a su alcance.

El hombrecito gordo, saltó como si le hubieran pinchado con un tenedor y abrió los ojos. Sus mejillas estaban enrojecidas; Augustus pensó que por exceso de bebida. El médico se echó las manos a la cabeza como si le sorprendiera que aún siguiera allí.

—Y páseme la botella si le sobra algo —añadió Augustus—. Confío en que no me haya tirado la pierna.

El doctor volvió a sobresaltarse como si cada palabra le pinchara.

—¡Vaya, tiene una voz muy potente para alguien que está tan malo! En esta habitación su voz es como un ataque.

—Verá, es la única voz que tengo —respondió Augustus.

El doctor volvió a echarse las manos a la cabeza.

—Golpea mis sienes como un martillo pilón. Siento quejarme, pero la verdad es que tampoco me encuentro muy bien.

—Probablemente porque bebe demasiado. Si me pasa la botella reduciré sus

tentaciones.

El doctor le pasó la botella, pero no antes de echar un trago. Augustus bebió varios mientras el médico paseaba por la habitación; y luego se fue a mirar por la ventana. El piano seguía tocando desde el otro lado de la calle.

—Esa muchacha toca maravillosamente —dijo el médico—. Dicen que estudió música en Filadelfia cuando era más joven.

—¿Qué edad tiene ahora? —preguntó Augustus—. Tal vez le mande unas flores.

El doctor sonrió.

—Está claro que es usted un hombre divertido. Eso está bien. Me temo que aún le quedan algunas fractuosidades que soportar.

—¿Algunas qué? —preguntó Augustus—. Será mejor que se presente antes de que empiece a hablarme en latín.

—Soy el doctor Morbley —respondió el hombre—. Joseph C. Morbley para ser preciso. La C quiere decir Cincinnatus.

—Vaya, más latín —masculló Augustus—. Explíqueme el primer latinajo que me ha soltado.

—Quiere decir que tendremos que cortarle la otra pierna. Hubiera debido hacerlo mientras estaba inconsciente, pero cortarle la primera me dejó exhausto, francamente.

—Pues ha tenido suerte porque si me hubiera cortado la pierna derecha el que no estaría aquí para contarlo sería usted. Necesito esta pierna derecha.

Su pistolera colgaba de una silla cercana; la alcanzó y sacó la pistola de su funda.

El doctor miró a su alrededor y alargó la mano hacia la botella de *whisky*. Augustus se la pasó; bebió un buen trago y se la devolvió.

—Comprendo que tenga apego a sus apéndices —le dijo abriendo nuevamente el vendaje. Se estremeció al ver la herida, pero siguió trabajando—. No tengo tanto empeño en cortarle la otra pierna como para morir de un tiro. No obstante, el que morirá será usted si no lo piensa mejor. Es un hecho indiscutible.

—Vaya a comprarme más *whisky*. Hay dinero en mis pantalones. ¿La muchacha que toca el piano es una puta?

—Sí, se llama Dora. Me temo que está tuberculosa. Nunca volverá a ver Filadelfia. —Empezó a envolver la pierna en un vendaje limpio.

Augustus sintió de pronto que se volvía a marear.

—Saque veinte dólares de mis pantalones y déselos, y dígale que siga tocando. Y acérqueme esta cama un poco más a la ventana. Hace mucho calor aquí.

El doctor consiguió empujar la cama cerca de la ventana, pero el esfuerzo le cansó tanto que se dejó caer en la silla donde había estado durmiendo. Augustus se recuperó algo. Observó al doctor y le dijo:

—Médico, cura de ti mismo. ¿No es eso lo que se dice?

El doctor Morbley soltó una risita amarga.

—Sí, eso es lo que se dice. —Respiró profundamente y después se puso en pie.

—Voy a buscar el *whisky*. Le aconsejo que mientras tanto piense seriamente en lo que le espera. Si persiste en su apego a la pierna derecha será la última oportunidad que habrá tenido de pensar seriamente en algo.

—No se olvide de pagar a la muchacha —le recordó Augustus—. Vuelva pronto con el *whisky* y tráigame un vaso.

Al llegar a la puerta, el doctor Morbley se volvió hacia Augustus.

—Deberíamos operar hoy. En realidad, dentro de una hora, aunque podríamos esperar a que estuviera completamente borracho si esto sirviera de algo. Hay suficientes hombres por aquí para sujetarle y creo que en quince minutos podríamos tener la pierna fuera.

—No va a quedarse con mi pierna —dijo Augustus—. Podría defenderme sin una, pero no puedo sin las dos.

—Le aseguro que la alternativa es negra —insistió el doctor Morbley—. ¿Por qué acabar tan pronto? Le gusta la música y parece disponer de fondos. ¿Por qué no pasar los próximos años oyendo tocar el piano a las putas?

—Usted mismo ha dicho que la muchacha se moría. Vaya a buscar el *whisky*.

El doctor Morbley regresó poco después con dos botellas de *whisky* y un vaso. Le acompañaba un joven gigante, tan alto que tuvo que agacharse para entrar en la habitación.

—Este es Jim —le presentó el doctor con cierto nerviosismo—. Se ha ofrecido a quedarse con usted mientras yo hago mis visitas.

Augustus amartilló la pistola y apuntó al joven:

—Márchate, Jim. No necesito compañía.

Jim se fue inmediatamente, tan inmediatamente que se le olvidó agacharse y se golpeó la cabeza en el dintel. El doctor Morbley se puso aún más nervioso. Acercó el escritorio algo más a la cama y dejó las dos botellas al alcance de Augustus.

—Ha sido grosero —observó.

—Óigame bien —insistió Augustus—. No puede quitarme esta pierna, y si se propone hacer que me sujeten, calcule que va a perder media ciudad. Disparo perfectamente aunque esté borracho.

—Yo solo quiero salvarle la vida —dijo el médico bebiendo de la primera botella antes de servir un vaso a Augustus.

—Ese es mi problema. Usted ha expuesto su caso; el jurado está en contra. El jurado soy yo. ¿Pagó a la puta?

—Sí, le di el dinero. Puesto que rechaza la compañía, tendrá que beber solo. Yo tengo que ayudar a traer un niño a este mundo desgraciado.

—Es un mundo maravilloso, aunque a veces cargado de penalidades —comentó Augustus.

—Ya no necesita preocuparse más de las penalidades si insiste en conservar la pierna —dijo el doctor Morbley algo molesto.

—Me imagino que no le gustan demasiado los clientes testarudos, ¿verdad?

—No, me irritan. Pudo haber vivido, pero ahora morirá. No entiendo su manera de pensar.

—Bueno, pagaré su factura ahora mismo. Mi manera de pensar no es cosa suya.

—¿Es usted un hombre rico? —preguntó el médico.

—Tengo dinero en un Banco de San Antonio. También me pertenece la mitad de un rebaño de ganado. Ahora deberían de estar ya al norte del Yellowstone.

—Le he traído papel y tinta. Si yo estuviera en su lugar escribiría mi testamento mientras estuviera sobrio.

Augustus se pasó toda la tarde bebiendo y no utilizó ni el papel ni la tinta. Cuando cesó la música miró por la ventana y vio a una muchacha flaca y marcada de viruelas de pie en la calle, mirándole con curiosidad. Gus agitó la mano, pero no estaba seguro de que ella le hubiera visto. Sacó otra moneda de oro de veinte dólares del bolsillo del pantalón y la lanzó por la ventana hacia ella. Cayó en la calle, con gran asombro de la muchacha. Dio unos pasos, recogió la moneda de oro y miró hacia arriba.

—Es para usted, por la música —dijo Augustus con voz fuerte. La muchacha marcada de viruelas sonrió, cogió el dinero y volvió a entrar en el *saloon*. Al instante Augustus oyó de nuevo el piano.

Poco después le subió la fiebre. Pero tenía hambre y golpeó el suelo con la pistola hasta que abrió la puerta un tímido encargado del bar con un bigotazo tan opulento como el de Dish Boggett.

—¿Se puede encontrar un bisté en esta ciudad? —preguntó Augustus.

—No, pero puedo servirle venado —dijo el hombre. Y cumplió su palabra.

Después de comer, Augustus vomitó en una escupidera de cobre. Su pierna estaba tan negra como la que había perdido. Volvió a dedicarse al *whisky* y de tanto en tanto experimentaba la sensación brumosa que tanto le había gustado siempre, la sensación que le recordaba las mañanas de Tennessee. Deseaba la compañía de una mujer y pensó en que alguien fuera a pedir a la muchacha marcada de viruelas que se sentara un rato con él. Pero no había nadie a quien pedírselo y al poco rato olvidó el deseo.

Por la noche, empapado en sudor, le despertó un paso conocido. W. C. Call entró en la habitación y dejó una linterna sobre el escritorio.

—Bueno, lento, pero seguro —dijo Augustus, aliviado.

—No tan lento —protestó Call—. Hasta ayer no encontramos a Pea Eye.

Apartó las ropas de cama y miró la pierna de Augustus. El doctor Morbley

también estaba en la habitación. Call se quedó un minuto contemplando aquella pierna negra. El significado era clarísimo.

—He discutido con él, capitán —protestó el doctor Morbley—. Le he dicho que era preciso quitarla. Ahora lamento no haberlo hecho cuando le cortamos la otra.

—Debió haberla cortado —dijo Call sin rodeos—. Yo hubiera sabido que había que hacerlo y no soy médico.

—No menosprecies al doctor, Woodrow —cortó Augustus—. Si me hubiera despertado sin piernas, habría disparado al primer hombre que hubiera visto, y el doctor Joseph C. Morbley fue el primer hombre que vi.

—Dejarte el arma fue otro error —continuó Call—. Pero me figuro que él no te conocía tan bien como yo.

Volvió a mirar la pierna, y luego al doctor.

—Podríamos intentarlo ahora —sugirió—. Siempre ha sido muy fuerte. Aún podría vivir.

Augustus amartilló inmediatamente la pistola.

—No vengas dándome órdenes, Woodrow —dijo—. A mí no me das órdenes, ni a las mujeres tampoco. Pero ahora esto no interesa.

—Nunca me imaginé que fueras capaz de matarme por intentar salvar tu vida —dijo Call. Augustus parecía sudoroso e inseguro, pero la distancia era corta.

—Matarte, no —rectificó Augustus—. Pero te prometo inutilizarte si no me dejas en paz respecto a la pierna.

—Nunca te tuve por un suicida, Gus —dijo Call—. Hay hombres que se han defendido sin piernas. Muchos de ellos las perdieron en la guerra. A ti nada te gusta tanto como sentarte en el porche y beber *whisky*. Para eso no hacen falta piernas.

—No, pero también me gusta andar por la caseta de vez en cuando para ver si mi jarra está fría como me gusta. O quizá necesite dar un puntapié al cerdo si me molesta.

Call comprendió que era inútil, a menos que quisiera arriesgarse a discutir. Gus seguía con la pistola amartillada. Call miró al doctor para ver lo que pensaba.

—Yo ahora le dejaría en paz —observó el médico—. Es demasiado tarde. La culpa es mía por no ser lo bastante listo. Me lo trajeron sin sentido, de lo contrario habría descubierto lo difícil que es.

Augustus sonrió.

—¿Quiere traer un vaso para el capitán Call y un poco de venado? Me imagino que estará muerto de hambre.

Call aún no estaba dispuesto a claudicar, aunque sospechaba que sería inútil.

—Tienes a esas dos mujeres en Nebraska —le recordó—. Las dos se apresurarían a cuidar de ti.

—Clara ya tiene a un enfermo que cuidar y está harta de él. Lorie me cuidaría, pero sería una triste vida para ella.

—No tan triste como aquella de la que la sacaste —le recordó Call.

—No quieres ver mi punto de vista, Woodrow. He paseado mi orgullo por la tierra todos estos años. Si pierdo esto, no me importa perder todo lo demás. Hay ciertas cosas que mi vanidad no puede soportar.

—No es nada más que eso —murmuró Call con amargura—. Tu condenada vanidad.

Había pensado que encontraría a Gus herido, pero no que lo encontraría muriéndose. El descubrirlo le afectó de tal modo que de pronto se sintió flojo, débil. Cuando el médico abandonó la habitación se sentó en una silla y se quitó el sombrero. Dirigió una larga mirada a Gus intentando encontrar algún argumento para convencerle, pero Gus era Gus, y sabía que no podría conseguir nada. Siempre había sido así. De todos modos, el doctor parecía convencido de que iba a morir, aunque a veces los médicos se equivocaban.

Trató de mentalizarse para una pelea. Gus podía fallar o ni siquiera disparar, aunque ambas cosas eran dudosas. Pero su propia debilidad le retenía en la silla. Estaba temblando y no sabía por qué.

—Woodrow, quisiera que te relajaras. No puedes salvarme y sería una lástima que peleáramos en este momento. Podría matarte accidentalmente y los muchachos se quedarían sentados en los llanos y se helarían.

Call no respondió. Se sentía cansado, viejo y triste. Había forzado a la yegua todo el día y toda la noche, había encontrado fácilmente el río donde tuvo lugar la batalla, recuperado el rifle de Pea Eye e incluso sus botas y camisa; encontró la silla de Gus y galopó hacia Miles City. Se había arriesgado a reventar a la *Mala Bestia*. Por fortuna no fue así aunque estaba agotada; pese a todo había llegado demasiado tarde. Gus moriría y lo único que él podía hacer era velarle.

El encargado del bar subió un plato de venado, pero ya no tenía apetito. Sin embargo, aceptó un vaso de *whisky*, y luego otro, aunque no le hicieron el menor efecto.

—Confío en que no te vuelvas un borracho después de esto —dijo Augustus.

—De ningún modo. Ya puedes dejar la pistola tranquila. Si te empeñas en morir, adelante.

Augustus se echó a reír.

—Hablas como si me lo reprocharas.

—En efecto. Tienes una buena cabeza, si supieras usarla. Un hombre con una buena cabeza puede ser muy útil.

—¿Haciendo qué? ¿Trenzando cuerdas? —preguntó Augustus—. No es mi estilo, capitán.

—Tu maldito estilo es tu perdición, y lo asombroso es que no haya ocurrido antes. ¿Quieres un entierro especial?

—Sí, lo he estado pensando. Tengo un gran favor que pedirte, y uno más que te harás.

—¿Qué favor?

—El favor que quiero de ti es el favor que vas a hacerte. Quiero ser enterrado en el huerto de Clara.

—¿En Nebraska? —preguntó Call sorprendido—. No vi ningún huerto.

—No en Nebraska —respondió Augustus con una risita—. En Texas. En aquel pequeño soto o robledal, al sur del río Guadalupe. ¿No te acuerdas que paramos allí unos minutos?

—¡Dios mío! —exclamó Call pensando que su amigo deliraba—. ¿Quieres que te arrastre hasta Texas? Pero si acabamos de llegar a Montana…

—Sé perfectamente a dónde has llegado. Mi entierro puede esperar un poco. No tengo nada en contra de pasar el invierno en Montana. Méteme dentro de sal, carbón o de lo que quieras. Me conservaré lo bastante y en primavera puedes hacer el viaje. Para entonces serás el rey de los ganaderos y a lo mejor necesitarás un viaje de descanso.

Call observó fijamente a su amigo. Augustus parecía sobrio y razonablemente serio.

—¿A Texas? —repitió.

—Sí, este es el favor que te hago. Es el tipo de trabajo para el que estás hecho, que nadie más podría hacer, ni siquiera intentarlo. Ahora que el país está prácticamente tranquilo, no sé con qué podrías entretenerte. Pero si haces esto para mí, supongo que estarás tranquilo un año más.

—Eres un tipo raro, Gus —suspiró Call—. Todos te añoraremos.

—¿Incluso tú, Woodrow?

—Sí, también yo. ¿Por qué no?

—Retiro lo dicho, Woodrow. No dudo de que me echarás en falta. Probablemente morirás de aburrimiento este invierno y jamás llegaré al huerto de Clara.

—¿Por qué lo llamas así?

—Íbamos de *picnic* allí. Me acostumbré a llamarlo así. A Clara le gustaba. En aquellos días podía complacerla con frecuencia.

—¿Y por esa razón hay que ir a enterrarte tan lejos? Seguro que no te negaría una tumba en Nebraska.

—Sí, pero nuestra felicidad la tuvimos en Texas. Fue además mi mayor felicidad. Si te da pereza llevarme a Texas, entonces tírame por la ventana y terminemos de una vez —exclamó con vehemencia—. Ella tiene a su familia en Nebraska —añadió Augustus más tranquilo—. No quiero descansar allí con ese imbécil tratante de caballos con el que se casó.

—Sería una buena historia, si hubiera alguien a quien contársela. ¿Quieres que traslade tu cuerpo a cinco mil kilómetros solo porque ibas a merendar junto al río

Guadalupe con una muchacha?

—Por eso y porque quiero saber si puedes hacerlo.

—Pero tú no vas a saber si lo hago —objetó Call—. Aunque supongo que lo haré puesto que me lo has pedido.

No dijo nada más y no tardó en ver que Augustus dormitaba. Acercó su silla más cerca de la ventana. Era una noche fresca, pero la lámpara calentaba la habitación. La apagó. Había un poco de luna. Intentó dormir, pero al principio no pudo. Después se quedó transido y al despertar se encontró a Augustus desvelado y ardiendo de fiebre. Call volvió a encender la lámpara, pero no pudo hacer nada por él.

—Hiciste la cueva en el río Musselshell —le explicó—. Encontré al viejo trampero y me lo contó. A lo mejor nos lo llevaremos como explorador porque conoce bien el país.

—Quisiera un poco más de *whisky* y que sea mejor. Este es un producto barato.

—Bueno, pero el *saloon* probablemente estará cerrado.

—Abierto o cerrado dudo de que lo tengan de mejor calidad. Tengo algo más que encargarte, si estás dispuesto.

—Muy bien —aceptó Call—. Supongo que ahora has decidido que te entierre en el Polo Sur.

—No, pero párate una noche en Nebraska y díselo a las mujeres. Dejo la mitad del rebaño a Lorie, y no me lo discutas. Procura que reciba el dinero que le toque. Te daré una carta para ella y otra para Clara.

—Se las entregaré —prometió Call.

—Dije a Newt que eras su padre.

—No debiste hacerlo.

—No hubiera debido hacerlo, pero tú no encontraste nunca el momento y yo sí. Lo único que puedes hacer ahora es pegarme un tiro, lo que sería una bendición. Me encuentro muy mal y además me da vergüenza.

—¿Por qué vergüenza?

—Imagina que te mate una flecha en estos tiempos. Es ridículo, sobre todo porque nos han disparado más de cincuenta veces con armas modernas y no nos pasó nada.

—Siempre fuiste descuidado —observó Call—. Pea contó que habías subido a caballo solo y que habías caído en medio de ellos. Te advertí que no hicieras eso más de mil veces. Hay otros medios mejores para acercarse a una colina.

—Sí, pero a mí me gusta sentirme libre en la tierra. Cruzaré las colinas por donde me parezca. —Hizo una pausa y añadió—: Espero que trates bien a Newt.

—¿Lo he tratado mal alguna vez? —preguntó Call.

—Sí, siempre. Admito que es tu único pecado, pero es muy grande. Deberías hacer más por el muchacho. Es el único hijo que jamás tendrás, aunque quizá te

dé por las mujeres en tu vejez.

—En absoluto. No les gusto. Y no recuerdo haber tratado mal al muchacho, nunca.

—No darle un nombre es tratarle mal. Dale tu nombre y tendrás un hijo del que puedas sentirte orgulloso. Y Newt sabrá que eres su padre.

—Eso no lo sé yo —protestó Call.

—Lo sé yo y tú lo sabes. Eres peor que yo. Yo soy testarudo respecto a las piernas, ¿pero tú qué? Es lógico que no gustes a las mujeres. No quieres admitir que las has necesitado, ni siquiera en un momento de placer. Pero eres humano y una vez necesitaste una… Lo que pasa es que te empeñas en no querer necesitar nada que no puedas conseguir por ti mismo.

Call no contestó. Le desagradaba discutir mientras Gus se moría. Y siempre sobre lo mismo. Solo sobre eso, después de todo lo que habían hecho juntos.

Gus durmió toda la mañana, inquieto y febril. Call no contaba con que despertara. No abandonó la habitación. Cuando Gus recobró fugazmente el sentido, Call estaba comiendo por fin el plato de venado.

—¿Quieres que haga algo con los indios? —preguntó Call.

—¿Qué indios? —repitió Gus, preguntándose de qué le estaría hablando su amigo. Call tenía las mejillas chupadas como si llevara varios días sin comer.

—Los que te dispararon las flechas.

—Oh, no, Woodrow. Les quitamos más de lo necesario. No nos invitaron a venir, ¿sabes? No tenemos derecho a ser vengativos. Si empiezas así perderás el apetito.

—No creas que tengo mucho —dijo Call.

—¿No planté aquel letrero en la carreta, el que hice en Lonesome Dove y que preocupó tanto a Deets al principio? —preguntó Augustus.

—A mí también —afirmó Call—. Era un extraño letrero. Está en la carreta.

—Lo considero mi obra maestra; esto y el haber evitado que te ocurriera algo malo en todo ese tiempo. Recoge el letrero y plántalo en mi tumba.

—¿Has escrito ya las cartas a las mujeres? Yo no sabría qué decirles, ¿sabes?

—Maldita sea, se me olvidó, y además mis mujeres preferidas. Dame papel.

El doctor había traído unas hojas para que Augustus escribiera su testamento. Augustus se incorporó y lentamente escribió las dos cartas.

—Es peligroso escribir a dos mujeres al mismo tiempo —comentó—, sobre todo con lo floja que tengo la cabeza. Podría no ser tan particular en mis sentimientos como las mujeres esperan de un hombre.

Pero siguió escribiendo. Luego Call vio que le caía la mano y creyó que había muerto. No había muerto, pero estaba demasiado débil para doblar la segunda carta. Call se la dobló.

—Woodrow, menuda historia… —murmuró Augustus.

—¿Qué?

Augustus miraba por la ventana.

—Fíjate en Montana. Es hermosa y fresca. Ahora hemos llegado, pero no tardará en estropearse, como mis piernas. —Entonces volvió a mirar a Call y dijo—: Casi lo olvidaba. Dale mi silla a Pea Eye. Corté la suya para hacerme la muleta y no me gustaría que pensara mal de mí.

—No lo creo, Gus —le tranquilizó Call.

Pero Augustus había cerrado los ojos. Estaba viendo una bruma, roja al principio, pero luego plateada como las brumas matinales en los valles de Tennessee.

Call permaneció sentado junto a la cama esperando que volviera a abrir los ojos… Oía la respiración de Gus. Se puso el sol y Call volvió a su silla, escuchando la respiración alterada de su amigo. Trató de mantenerse despierto, pero estaba muy cansado. Poco después entró el doctor con una lámpara. Call observó que la sangre caía de la sábana al suelo.

—La cama está llena de sangre y su amigo ha muerto —dijo el doctor.

Call se reprochó haberse quedado dormido. Vio que una de las cartas de Gus a las mujeres seguía encima de la cama. Estaba manchada de sangre, pero no mucho. Call secó cuidadosamente la carta en la pernera de su pantalón, antes de bajar.

97

Cuando Call explicó al doctor Morbley que Gus quería ser transportado a Texas para que se le enterrara allí, el menudo doctor se limitó a sonreír.

—La gente tiene sus caprichos —comentó—. Su amigo era un paciente loco. Supongo que si hubiera vivido nos habríamos peleado.

—Me lo imagino —asintió Call—. Pero me propongo cumplir su deseo.

—Lo cubriremos de carbón y sal. Harán falta uno o dos barriles. Afortunadamente hay un salegar no lejos de aquí.

—A lo mejor tendré que dejarlo todo el invierno. ¿Hay algún lugar donde pueda guardarlo?

—Servirá mi cobertizo, donde guardo los arreos —dijo el doctor—. Está bien ventilado y se conservará mejor al fresco. ¿Quiere su otra pierna?

—Sí, ¿dónde está? —preguntó Call estupefacto.

—La tengo yo. Con lo obcecado que era podía haberme pedido que volviera a cosérsela. Es un trasto podrido.

Call salió y anduvo por la calle desierta hasta el establo. El doctor le había aconsejado que descansara y se había ofrecido a localizar al encargado de la funeraria.

La *Mala Bestia* le miró cuando entró en el local donde la había estabulado. Sintió el impulso de ensillarla y salir al campo, pero le venció el cansancio. Tiró las mantas sobre algo de paja y se tendió en ella. Pero no pudo dormir. Lamentaba no haberse esforzado más para salvar a Gus. Hubiera debido desarmarle al momento y ver que se le amputara la otra pierna. Naturalmente, Gus pudo haberle disparado, pero pensaba que debió haber corrido aquel riesgo.

Cuando el sol inundó el establo le pareció que solo había dormitado un minuto. Call no recibió bien al día. Le parecía que en lo único que tenía que pensar era en sus errores, en sus errores y en la muerte. Su viejo grupo de *rangers* había desaparecido; solo le quedaba Pea Eye. Jake estaba muerto en Kansas, Deets en Wyoming y ahora Gus en Montana.

Un viejo llamado Gill era el propietario de aquella cuadra. Tenía reúma y caminaba despacio, cojeando. Pero era un viejo amable, con una barba rojiza y un ojo blanco. Poco después de que Call despertara, se le acercó cojeando.

—Creo que va a necesitar un ataúd —le dijo el viejo—. Vaya a Joe

Veitenheimer; se lo hará bien.

—Tendrá que ser muy resistente —observó Call.

—Ya lo sé —contestó el viejo—. Hoy no se habla de otra cosa en la ciudad que del tipo que quiere que le cargue hasta Texas para enterrarle.

—La consideraba su tierra. —Call no vio ninguna razón para comentarle lo de los *picnics*.

—Me parece bien, por qué no, si encuentra a alguien que cargue con él. Me gustaría ser enterrado en Georgia, si pudiera conseguirlo, pero Georgia queda muy lejos y nadie va a llevarme. Así que van a enterrarme aquí, con este frío. —Y añadió—: Este frío no me gusta. Se dice por supuesto que cuando estás muerto la temperatura no te importa, ¿pero quién puede comprobar si es cierto?

—Yo no —afirmó Call.

—La gente tiene opiniones, es lo único que tiene —masculló el viejo—. Si volviera alguien que se hubiera ido, su opinión sí que la tendría en cuenta.

El viejo pinchó algo de heno para la *Mala Bestia*. Mientras miraba cómo se lo comía, la yegua estiró inesperadamente el cuello e intentó morderle. El viejo saltó hacia atrás y casi tropezó con su propia horquilla.

—¡Qué poco agradecida la condenada! —protestó—. Salió hacia mí como una serpiente y yo solo le daba de comer. Típicamente femenina. Mi mujer hizo lo mismo cientos de veces. La enterré en Missouri, donde está mucho más caliente.

Call encontró al carpintero y le encargó un ataúd. Después pidió prestada una carreta, un par de animales y una enorme pala a un borracho en una ferretería. Le chocó que los ciudadanos de Miles City parecían beber día y noche. La mitad de la ciudad estaba borracha al despuntar el día.

—El salegar está a unos diez kilómetros al Norte —le dijo el hombre de la ferretería—. Lo encontrará siguiendo el rastro de los animales.

Y en efecto, varios antílopes estaban en el salegar y vio huellas de búfalos y de alces. Sudó lo suyo cargando la sal en la carreta.

Cuando estuvo de vuelta en la ciudad, el hombre de la funeraria había terminado con Gus. Era un hombre alto, que no dejaba de temblar. Le temblaba todo el cuerpo, incluso cuando estaba quieto.

—Es una enfermedad nerviosa —explicó—. La contraje siendo joven y la tengo desde entonces. He introducido algo más de fluido en su amigo, porque tengo entendido que tardará en ser enterrado.

—Sí, hasta el próximo verano —aclaró Call.

—No sé qué tal lo soportará. Si no fuera un ser humano podría ahumarlo como un jamón —sugirió el de la funeraria.

—Probaré con sal y carbón.

Cuando el ataúd estuvo listo, Call compró un buen pañuelo de hierbas para cubrir con él el rostro de Gus. El doctor Morbley trajo la pierna que le había

amputado envuelta en arpillera y empapada en formol para superar el hedor. Un empleado del bar y el herrero ayudaron a cubrirlo de carbón. Call se sentía muy torpe, aunque todo el mundo estaba relajado y alegre. Cuando Gus estuvo bien cubierto, llenaron el ataúd de sal hasta los topes y lo clavaron. Call regaló la sal sobrante a la ferretería para compensar el préstamo de la carreta. Luego se llevaron el ataúd y lo depositaron sobre dos barriles vacíos en el cobertizo de arreos del doctor.

—Creo que estará bien —dijo el médico—. Se quedará aquí y si cambia de idea respecto al viaje lo enterraremos. Aquí tendrá mucha compañía. Hay más gente en el cementerio que en la ciudad.

A Call le desagradó la indiferencia. Miró severamente al doctor.

—¿Por qué iba a cambiar de idea? —preguntó.

El doctor había estado bebiendo del frasco de *whisky* durante las operaciones y estaba muy borracho.

—Los que se mueren se vuelven locos. Se olvidan de que no van a estar vivos para apreciar las cosas que han pedido a la gente que haga por ellos. La gente promete cualquier cosa, pero cuando se dan cuenta de que han hecho la promesa a un muerto, suelen debatirse un poco y luego se olvidan de todo. Es propio de la naturaleza humana.

—Tengo entendido que mi naturaleza no es humana —le informó Call—. ¿Cuánto le debo?

—Nada. El muerto ya me pagó.

—Lo recogeré en primavera.

Cuando volvió a la cuadra encontró al viejo Gill bebiendo de una jarra. Le recordó a Gus, porque el viejo tenía un dedo pasado por el asa de la jarra y bebía con la cabeza echada hacia atrás. Estaba sentado en la carretilla, con su horquilla sobre las rodillas, mirando con ferocidad a la *Mala Bestia*.

—La próxima vez que venga, ¿por qué no caza un oso pardo y llega montado en él? Prefiero estabular un oso pardo que a esta yegua.

—¿Le ha mordido o qué? —preguntó Call.

—No, pero se propone hacerlo. Llévesela para que pueda relajarme. No había estado borracho tan temprano en siete años, y solo por culpa de ella.

—Nos vamos —anunció Call.

—Me pregunto por qué conserva semejante bestia —dijo el viejo cuando Call la tuvo ensillada.

—Porque me gusta estar en caballo cuando voy a caballo —contestó Call.

El viejo no pareció convencido.

—Esperó que le guste estar muerto cuando esté muerto —dijo—. En mi opinión es más peligrosa que una cobra.

—Y en mi opinión habla usted demasiado —replicó Call, dándose cuenta de que cada vez le gustaba menos Miles City.

Encontró a Hugh Auld, el viejo trampero, sentado frente al almacén general. El día estaba nublado y soplaba un viento frío. El viento olía a invierno, aunque el día anterior había sido caluroso. Call sabía que no tardaría en llegar el invierno y que sus hombres estaban mal equipados.

—¿Sabe conducir una carreta? —preguntó al viejo Hugh.

—Sí, y sé atizar a un mulo tan bien como cualquiera —respondió Hugh.

Call compró provisiones —abrigos, chanclos y guantes— y también material de construcción. Consiguió alquilar la carreta que había servido para acarrear la sal, prometiendo devolverla tan pronto como pudiera.

—Está usted impaciente. Adelántese. Yo le seguiré despacio en esta carreta y le alcanzaré al norte del Musselshell.

Call cabalgó en dirección al rebaño, pero no demasiado deprisa. Por la tarde se detuvo y se sentó unas horas junto a un pequeño arroyo. Normalmente se habría sentido culpable por no ir directamente junto a los hombres, pero la muerte de Gus lo había trastocado todo. Gus no era una persona a la que pensara sobrevivir; pero había ocurrido y la diferencia era mucha. Gus siempre había tenido suerte; todo el mundo lo decía, y él también. Pero a Gus se le acabó la suerte. La de Jake y la de Deets también se habían acabado; las dos muertes fueron inesperadas y tristes, terriblemente tristes, pero Call creyó en ellas. Presenció ambas con sus propios ojos, y creyendo en aquellas muertes las apartó de sí.

También había visto morir a Gus, o por lo menos le vio moribundo, pero no lo creía. Gus se había ido definitivamente, pero Call estaba demasiado confuso para sentirse triste. Gus había seguido siendo él mismo hasta el final y no dejó que su muerte fuera un acontecimiento. Había sido algo así como una de sus habituales discusiones que normalmente terminaba a los pocos días.

Esta vez no iba a terminar, y Call se encontró incapaz de adaptarse al cambio. Se sentía tan solo que no quería volver junto al equipo. El rebaño y los hombres ya no parecían tener nada que ver con él. Nada tenía que ver con él, excepto la yegua. Le hubiera gustado cabalgar solo por Montana hasta que los indios se le echaran también encima. Y no era porque añorara mucho a Gus; habían estado hablando hasta ayer, como habían hecho durante treinta años.

Call sentía cierto resentimiento, como siempre que pensaba en su amigo. Gus había muerto y abandonado el mundo sin llevarle consigo, y otra vez le dejaba para que hiciera el trabajo. Siempre había hecho el trabajo; pero de pronto había dejado de creer en el trabajo. Gus le había arrebatado su creencia, con engaños, tan fácilmente como cuando hacía trampas con las cartas. Todo el trabajo que había hecho, sin que pudiera salvar a nadie, ni siquiera retrasado un minuto el momento de su muerte.

Cuando caía la noche volvió a montar y siguió cabalgando, no porque estuviera ansioso de llegar a alguna parte sino porque estaba cansado de estar

sentado. Cabalgó con la mente vacía hasta que a la tarde siguiente descubrió el rebaño.

Las reses estaban dispersas por cinco kilómetros en la inmensa llanura, pastando plácidamente. Tan pronto como los hombres le descubrieron, Dish y Needle se le acercaron al galope. Los dos parecían asustados.

—Capitán, hemos visto indios —exclamó Dish—. Hay un montón de ellos pero aún no han atacado.

—¿Qué han estado haciendo? —preguntó Call.

—Han estado sentados en una loma vigilándonos —explicó Needle Nelson—. Nos proponíamos darles dos de esas terneras lentas, si las pedían, pero no han pedido nada.

—¿Cuántos hay?

—No los hemos contado —respondió Dish—. Pero un montón.

—¿Hay mujeres y niños con ellos? —preguntó Call.

—Oh, sí, muchos —contestó Needle Nelson.

—No suelen llevarse a las mujeres para luchar. Probablemente son crow. Tengo entendido que los crow son pacíficos.

—¿Encontró a Gus? —preguntó Dish—. Pea no sabe hablar de otra cosa.

—Le encontré. Ha muerto.

Los hombres estaban volviendo grupas para reunirse de nuevo con los demás. Se detuvieron, helados.

—¿Que Gus está muerto? —repitió Needle Nelson.

Call movió afirmativamente la cabeza. Sabía que tendría que contarles la historia, pero no quería tener que repetirla una docena de veces. Trotó hasta la carreta que conducía Lippy. Pea Eye iba sentado en la parte trasera, descansando. Seguía descalzo, aunque Call vio enseguida que sus pies estaban mucho mejor. Cuando vio llegar a Call cabalgando solo pareció preocupado.

—¿Se lo llevaron, capitán? —preguntó.

—No, pudo llegar a Miles City. Pero tenía infección de la sangre en las dos piernas por culpa de aquellas flechas y murió anteayer.

—No quería que muriera… Me marché y Gus murió —añadió entristecido —. ¿No le parece que debía ser lo contrario?

—Sí, si yo lo hubiera elegido —exclamó Jasper Fant. Estaba por allí y se acercó a tiempo de oírle.

Newt se enteró de lo ocurrido por Dish, que cabalgó alrededor del rebaño y se lo dijo a los muchachos. Muchos se acercaron a la carreta para obtener más detalles, pero no Newt. Se sentía como aquella mañana que vio a Deets muerto… es decir, apartado. Si no se acercaba a la carreta, nunca tendría que oír nada más. Lloró toda la tarde, alejándose hacia la retaguardia cuanto pudo. Por una vez estaba agradecido al polvo que levantaba el rebaño.

Le parecía que habría sido mejor que los indios atacaran y les mataran a

todos… Que las muertes ocurrieran de una en una era demasiado, y además les ocurría a los mejores. Los que le molestaban y se burlaban de él, como Bert y Soupy, eran felices como cerdos. Incluso Pea Eye casi había muerto, y salvo el capitán y él mismo, Pea era el último que quedaba del viejo equipo de Hat Creek.

Todos los hombres estaban molestos con el capitán porque les había contado la muerte de Gus bruscamente. Había recogido algo de comida y se había alejado a caballo para estar solo, como hacía siempre por la noche. Su relato estaba lleno de misterios, y los hombres pasaron toda la noche comentándolos. ¿Por qué se había opuesto Gus a que le amputaran la otra pierna, ante las reiteradas advertencias?

—Conocía a un hombrecito de Virginia que iba tan deprisa con las muletas como yo con mis piernas —les contó Lippy—. Llevaba dos muletas y cuando las ponía en marcha podía ir a todas partes.

—Gus podía haberse hecho un carrito y conseguido un macho cabrío para tirar de él —sugirió Bert Borum.

—O un borrico —dijo Needle.

—O sus malditos cerdos, si son tan listos —saltó Soupy. Los dos cerdos estaban debajo de la carreta. Pea Eye, que dormía en ella, tenía que soportar sus gruñidos y ronquidos toda la noche.

Solo el irlandés parecía comprender la postura de Gus.

—Bueno, solo hubiera quedado la mitad de él. ¿Quién quiere ser la mitad de sí mismo?

—No, la mitad hubiera sido a partir de las caderas —calculó Jasper—. En la mitad entrarían las pelotas y demás. Solo las piernas no es la mitad.

Dish Boggett no tomó parte en la conversación. Estaba triste por Gus. Recordaba que una vez Gus le había prestado dinero para visitar a Lorena, y este recuerdo prestó otro tono a su tristeza. Había supuesto que Gus volvería a visitar a Lorena, pero obviamente, ahora no podría. Y ella estaba en Nebraska esperando a Gus, que jamás volvería.

A su tristeza se sumó la esperanza de que cuando terminara la marcha podría reclamar sus pagas, regresar y ganarse a Lorena. Aún podía ver su rostro cuando estaba sentada delante de la pequeña tienda en los llanos de Kansas. Cómo había envidiado a Gus porque Lorena le sonreía; a él nunca le había sonreído. Ahora Gus estaba muerto y Dish decidió decirle al capitán que quería cobrar sus pagas y marcharse tan pronto terminara la marcha.

Lippy no pudo más y lloró una o dos veces pensando en Gus. Lo misterioso para él era por qué quería Gus que le llevaran a Texas.

—Tan lejos… hasta Texas —iba diciendo Lippy—. Debía estar borracho.

—Nunca vi a Gus tan borracho como para no saber lo que quería —aseguró Pea Eye. Él también estaba muy triste. Creía que hubiera sido mejor haber

persuadido a Gus para que viniera con él.

—Tan lejos… hasta Texas —iba diciendo Lippy—. Apuesto a que el capitán no lo hará.

—Acepto la apuesta —dijo Dish—. Él y Gus fueron *rangers*.

—Y yo también —dijo Pea Eye con tristeza—. Yo también estuve con ellos sirviendo como *ranger*.

—Gus no será más que un esqueleto si el capitán cumple su deseo —comentó Jasper—. Yo no lo haría. No dejaría de pensar en fantasmas y me caería en algún agujero.

Ante la mención de fantasmas, Dish se levantó y dejó la hoguera. No podía soportar la idea de más fantasmas. Si Deets y Gus andaban sueltos por allí, cualquiera de los dos podía acercársele y no le gustaba la perspectiva. La idea le hacía palidecer y echó su mantas tan cerca como pudo de la carreta.

Los demás hombres siguieron comentando la extraña petición de Gus.

—Lo de Texas es que no lo entiendo —observó Soupy—. Siempre oí decir que era de Tennessee.

—Me gustaría saber qué tendría que decir sobre lo de estar muerto —rezongó Needle—. Gus siempre tenía algo que decir sobre cualquier cosa.

Po Campo empezó a sacudir suavemente su pandereta mientras el irlandés silbaba con tristeza.

—Nunca cobró todo el dinero que nos ganó a las cartas —recordó Bert—. Esta es la única parte buena del asunto.

—¡Maldita sea! —exclamó Pea Eye, que se sentía tan triste que deseaba morir.

Nadie tuvo que preguntarle por qué estaba maldiciendo.

98

El viejo Hugh Auld pronto remplazó a Augustus como el máximo hablador del equipo de Hat Creek. Alcanzó al rebaño con su carga de abrigos y provisiones, cerca del Missouri, que vadearon no lejos de Fort Benton. Los soldados del pequeño puesto se sorprendieron tanto al ver a los vaqueros como si fueran hombres de otro planeta. El comandante, un desgarbado mayor llamado Court, apenas podía dar crédito a sus ojos al ver el rebaño desparramado por el llano. Cuando se enteró de que la mayor parte de las reses procedían del otro lado de la frontera de México se quedó asombrado, pero no tanto como para dejar de comprar doscientas cabezas. Los búfalos escaseaban y el fuerte no estaba bien aprovisionado.

Call se mostró seco con el mayor Court. Se había mostrado seco con todos desde la muerte de Gus. Todos se preguntaban cuándo dejaría de caminar hacia el Norte, pero ninguno se atrevía a preguntárselo. Habían tenido unas nevadas ligeras cuando cruzaron el Missouri. Hacía tanto frío que los hombres encendieron una enorme hoguera en la orilla norte para calentarse. Jasper Fant estuvo a punto de que se cumpliera su eterno temor de morir ahogado; su caballo se espantó al ver un castor y le derribó al agua helada. Afortunadamente Ben Rainey le agarró y lo llevó a la orilla. Jasper estaba morado de frío; incluso después de cubrirle de mantas y de arrimarle al fuego, tardó bastante en convencerse de que estaba vivo.

—Pero hombre, si podías haber vadeado… —observó el viejo Hugh extrañado de que todo un hombre se asustara por un insignificante remojón—. Si ahora encuentras el agua fría, pon unas trampas de castor en febrero —añadió pensando que el hombre necesita cierta perspectiva.

Jasper tardó una hora en poder hablar. La mayoría de los hombres estaban aburridos con su miedo a ahogarse y le habían dejado que se secara la ropa como mejor pudiera. Aquella noche, cuando estuvo lo bastante caliente como para mostrarse amargado, Jasper juró que pasaría el resto de su vida al norte del Missouri antes que volver a cruzar semejante río. También, adoptó un resentimiento inmediato contra los castores y enfureció al viejo Hugh varias veces durante el viaje hacia el Norte disparándoles sin ton ni son con su pistola cuando veía alguno en algún charco.

—Son castores —no dejaba de decirle el viejo Hugh—. A los castores se les pone trampas, no se les dispara. Una bala puede estropear su piel, y la piel es lo que cuenta.

—¡Pues yo detesto a esos hijos de perra dentudos! —gritó Jasper—. A la mierda con las pieles.

Call continuó cabalgando al Noroeste hasta que el viejo Hugh empezó a preocuparse. Al Oeste se veía con claridad la gran línea de las Rocosas. Aunque el viejo Hugh era el explorador, Call iba en cabeza. De tanto en tanto el viejo le señalaba algún accidente del terreno, pero le intimidaba ofrecer consejos. Call daba a entender que no quería consejos.

Aunque acostumbrados a su silencio, ninguno de los hombres le recordaba tan silencioso. Durante varios días no dijo una palabra. Solo venía, recogía su comida y volvía a marcharse. Algunos hombres estaban convencidos de que no pensaba pararse, que les conduciría al Norte, a las nieves, y que todos morirían congelados.

Old Dog desapareció el día después de que cruzaran el Marais. De semental en cabeza había pasado a la cola y solía arrastrarse dos o tres kilómetros detrás del rebaño. Pero siempre estaba allí por la mañana, excepto una mañana. Newt y los Rainey, que se ocupaban aún de la rémora, fueron en su busca y vieron dos osos pardos repartiéndose al viejo buey. Al ver los osos, los caballos se asustaron y galoparon hasta el rebaño. Su pánico se comunicó al resto de los animales y tanto el rebaño como la remuda iniciaron una estampida. Varios vaqueros fueron derribados, incluyendo a Newt, pero nadie sufrió daños aunque les llevó una tarde entera reunir el ganado desperdigado.

Unos días después llegaron finalmente al río Milk. Era un fresco día de otoño y la mayoría de los hombres llevaban sus abrigos nuevos. Al Oeste, las laderas de las montañas estaban cubiertas de nieve.

—Este ha sido el último. Si seguimos mucho más hacia el norte del río estaremos en Canadá —advirtió el viejo Hugh.

Call dejó al ganado que pastara y cabalgó a solas hacia el Este. El lugar era precioso, con mucha hierba y árboles abundantes en las hondonadas, para levantar una casa y corrales. Tropezó con algunos búfalos, incluyendo un gran rebaño. Vio muchas señales de indios, pero a ningún indio. Hacía frío pero brillaba el sol. Le pareció que la parte alta de Montana estaba desierta, a excepción de los búfalos, los indios y los hombres de Hat Creek. Se dio cuenta de que había llegado el momento de parar y de construir rápidamente una casa antes de que les cayera una nevada. Sabía que esto podía ocurrir en cualquier momento. Personalmente el tiempo le tenía sin cuidado y no le importaba, pero tenía hombres en los que pensar. Para muchos de ellos era demasiado tarde para regresar a Texas aquel otoño. Les gustara o no, pasarían el invierno en Montana.

Aquella noche, acampado solo, soñó con Gus. Frecuentemente solía

despertarse oyendo la voz de Gus, tan real que miraba a su alrededor esperando verle. A veces soñaba con Gus, apenas se dormía, e incluso empezaba a ocurrirle durante el día si cabalgaba solo y no prestaba demasiada atención al entorno. Gus muerto invadía sus pensamientos tan fácilmente como cuando vivía. Solía aparecer para burlarse y, molestarle, como había hecho en vida. « No tienes que pararte porque hayas llegado a la cima del país —le dijo en uno de los sueños—. Tuerce al Este y sigue andando hasta que llegues a Chicago» .

Call no quería torcer al Este, pero tampoco tenía demasiados deseos de pararse. La muerte de Gus, como las que le habían precedido, le habían hecho perder su resolución hasta tal extremo que apenas le importaba lo que estaba haciendo. Siguió hacia el Norte porque había adquirido el hábito. Pero cuando llegaron al río Milk el invierno se avecinaba y tuvo que romper el hábito para no perder a la mayoría de los hombres y tal vez al ganado.

Encontró un lugar con muchos árboles protectores y pensó que serviría para instalar el cuartel general, pero no sentía el menor entusiasmo para la tarea que tenía delante. El trabajo, lo único que siempre había sido lo suyo, ya no parecía importarle. Lo hacía porque no tenía otra cosa que hacer, no porque lo necesitara. Algunos días sentía tan poco interés por el rebaño y por los hombres, que le entraban ganas de alejarse cabalgando, dejándoles que hicieran lo que se les ocurriera. El viejo sentido de saberse responsable de su bienestar le había abandonado de tal modo que se maravillaba de que lo hubiera experimentado antes con tanta fuerza. La forma en que le miraban por las mañanas, mientras esperaban órdenes, le irritaba cada vez más. ¿Por qué unos hombres hechos y derechos tenían que esperar órdenes todos los días, después de haber recorrido cinco mil kilómetros?

Frecuentemente no les ordenaba nada; se limitaba a desayunar y a alejarse a caballo, dejándoles con expresión de estupor en sus rostros. Una hora después, al mirar hacia atrás, veía que le estaban siguiendo y esto también le irritaba. A veces pensaba que preferiría mirar hacia atrás y ver los llanos vacíos, sin hombres ni ganado.

Pero nada de esto ocurrió; y cuando hubo elegido su cuartel general, dijo a los hombres que llevaran el ganado al Este por un día y que le dejaran pastar. La marcha había terminado.

El rancho se alzaría entre el Milk y el Missouri. Registraría la tierra en primavera.

—¿Y qué hay con los que queramos volver a Texas? —preguntó Dish Boggett.

Call se sorprendió. Hasta entonces nadie había sugerido volver a Texas.

—Es muy tarde —respondió Call—. Lo prudente es esperar y marcharse en primavera.

—Yo no me contraté para el invierno en Montana —insistió Dish tozudo—. Si me da la paga me arriesgaré.

—Te necesitamos para la casa —dijo Call, que no quería perderle. Dish parecía estar dispuesto a cabalgar hacia el Sur en aquel momento—. Cuando esté construida se irá el que quiera.

Dish Boggett estaba furioso. Tampoco se había apuntado como carpintero. Su primer trabajo para Hat Creek había sido cavar un pozo, y por lo visto el último sería manejar un hacha. Ninguno de los dos trabajos eran apropiados para un vaquero y estuvo a punto de reclamar el dinero y mantener sus derechos de hombre libre. Pero la mirada del capitán le disuadió, y a la mañana siguiente, cuando llevaron el ganado al Este, junto al Milk, fue en cabeza por última vez. Después de que muriera *Old Dog*, el toro tejano se colocaba frecuentemente delante de la marcha. Era feísimo porque su herida había sido mal cosida, y el hecho de no tener más que un ojo y un cuerno le hacía aún más irascible. Solía volverse y atacar a todo el que se le acercaba por el lado ciego. Varios hombres habían escapado del desastre por los pelos, y solo porque el toro parecía gozar del favor del capitán, había evitado que le pegaran un tiro.

Dish decidió que tan pronto como terminara la construcción de la casa saldría como un cohete en dirección a Nebraska. La idea de que pudiera llegar un forastero y conquistar a Lorie antes que él regresara era un constante suplicio; pero esto le hacía uno de los miembros más activos del equipo cuando iniciaron la construcción de la casa. La mayoría de los demás componentes del equipo, especialmente Jasper y Needle, eran menos activos e irritaban a Dish con sus frecuentes descansos, dejándole solo para partir la madera. Se sentaban por allí, fumando, vigilando atentamente por si se acercaba algún oso pardo, mientras que Dish seguía trabajando y el eco de los hachazos llegaba hasta más allá del valle del río Milk.

Antes de que el trabajo hubiera adelantado una semana, ocurrió algo que cambió dramáticamente la actitud de los hombres. El acontecimiento fue una ventisca que arreció desde el Norte durante tres días. El equipo se salvó gracias a que Call se había ocupado de que se cortara leña en abundancia. Los hombres nunca habían conocido ni imaginado semejante frío. Formaron dos grandes hogueras y se arrebujaron entre las dos, echando continuamente leña y helándose por la parte más alejada del fuego. El primer día no hubo la menor visibilidad. Los hombres ni siquiera podían ir a los caballos sin correr el riesgo de perderse entre los remolinos de nieve.

—Es peor que una tempestad de arena —observó Needle.

—Sí, y mucho más fría —asintió Jasper—. Tengo los pies prácticamente dentro del fuego y mis malditos dedos siguen congelados.

Dish descubrió fastidiado que su propio aliento le helaba el bigote, algo que jamás hubiera podido imaginar. Los hombres llevaban puesta toda la ropa que tenían pero seguían teniendo un frío terrible. Cuando acabó la ventisca y reapareció el sol, el frío siguió persistiendo. En realidad hizo más frío y formó

una costra tan dura en la nieve que los hombres resbalaban y se caían con solo recorrer los pocos pasos que les separaban de la carreta.

Solo Po Campo parecía medrar en aquel tiempo. Todavía confiaba implícitamente en su sarape, más una vieja bufanda que había encontrado en alguna parte, e incordiaba a los hombres retándoles a que fueran a matar un oso. Su teoría era que la carne del oso les ayudaría a acostumbrarse al frío. O por lo menos su piel siempre resultaría útil.

—Sí, claro, y los malditos osos también pensarán probablemente que la carne de un hombrecito les resultaría muy útil —observó Soupy.

Pea Eye, el más alto del grupo, había descubierto un nuevo terror: que le tragara un ventisquero. Siempre le habían obsesionado las arenas movedizas y ahora se encontraba en un lugar donde lo único que podía ver, en kilómetros a la redonda, era una versión en frío de las arenas movedizas.

—Si te quedaras cubierto por la nieve supongo que te helarías —repetía machacón hasta que los hombres se hartaron de oírle. La mayoría de ellos estaban hartos de oírse decir cualquier cosa; las quejas características de cada uno habían conseguido aburrirles del todo.

Newt descubrió que no le interesaba hablar ni escuchar, pero sí estar caliente, y pasaba tanto tiempo como decentemente podía junto al fuego. Las únicas partes de su cuerpo de las que aún tenía consciencia eran las manos, los pies y las orejas, todas las cuales estaban terriblemente frías. Cuando cedió la ventisca y cabalgaron para comprobar el estado del ganado, se ató una vieja camisa de franela sobre las orejas, que siguieron congeladas.

El ganado había soportado bastante bien la tormenta aunque alguna res se había alejado hacia el Sur y hubo que empujarla hacia el Milk.

Pese a ello, en los diez días siguientes a la ventisca habían construido una gran casa de madera, con su hogar y chimenea, ambas cosas obra de Po Campo. Aprovechó los pocos días de deshielo para hacer cierta cantidad de ladrillos de barro, que se endurecieron en la siguiente helada. El tejado apenas llevaba un día terminado cuando atacó la siguiente ventisca. Pero esta vez los hombres estaban relativamente calientes.

Ante su asombro, el capitán Call se negó a vivir en la casa. Montó la vieja tienda de Wilbarger en un lugar resguardado de la hondonada y pasó las noches en ella, levantando a veces una hoguera delante.

Cada mañana los hombres esperaban salir y encontrárselo congelado; pero en cambio él llegaba todas las mañanas y los encontraba acostados, reacios a abandonar sus mantas por miedo al frío.

Pero aún había corrales que construir y un ahumadero, y faltaba hacer mejoras en la casa. Call se ocupó de que los hombres trabajaran mientras él se dedicaba a controlar el ganado, llevándose a veces a Newt en sus rondas. Mató varios búfalos y enseñó a Newt cómo descuartizarlos.

El viejo Hugh Auld iba y venía a su aire sobre su caballo pinto. Aunque hablaba incesantemente mientras estaba con los hombres, experimentaba a veces lo que él llamaba sensación de soledad y desaparecía a veces durante diez días. Una vez, durante un prolongado período de tiempo tibio, apareció excitado al galope e informó al capitán que había una manada de caballos salvajes pastando a solo treinta kilómetros al Sur.

Dado que la remuda de Hat Creek no estaba en buena forma, Call decidió ir a echar un vistazo a los caballos. Tuvieron una suerte increíble y los pudieron coger atrapados en un cañón, a unos veinticuatro kilómetros de su cuartel general. Los caballos eran pequeños, pero estaban bien alimentados por los pastos de verano. Bert Borum, el mejor del equipo con el lazo, enlazó dieciocho caballos que fueron llevados amarrados, a la remuda.

Fiel a su palabra, Dish Boggett cobró su paga y se marchó al día siguiente de traer a los caballos salvajes. Call había supuesto que las ventiscas harían ver al joven la locura del viaje, y le molestó cuando Dish le reclamó el dinero.

—No es tiempo de viajar por un país que no conoces —le dijo.

—He ido a la cabeza de este rebaño hasta aquí —repitió Dish obcecado—. Me figuro que sabré encontrar el camino de vuelta. Además, tengo un abrigo.

Call tenía poco dinero en efectivo, pero había conseguido un crédito en el pequeño Banco de Miles City y extendió un cheque a Dish por su paga, sirviéndose del fondo de una sartén para apoyar el papel. Acababan de desayunar y parte de los hombres le observaban. Había habido una pequeña nevada la noche anterior y los llanos estaban blancos hasta donde alcanzaba la vista.

—Podríamos celebrar el funeral ahora mismo —comentó Soupy—. No llegará ni al Yellowstone, y menos aún a Nebraska.

—Es por esa puta —observó Jasper—. Tiene prisa por llegar antes de que alguien más se le adelante.

Dish se volvió rojo de ira hacia Jasper.

—¡No es una puta! Trágate eso o te arrancaré la lengua.

Jasper se quedó estupefacto ante la amenaza. Tenía los pies helados y sabía que no quedaría demasiado bien si peleaba con Dish. También tenía las manos frías. Siempre solía tenerlas así, y la idea de tener que golpear con ellas a alguien de cabeza dura, no le resultaba demasiado atractiva.

—Bueno, quise decir que lo era en su juventud. No sé qué hace ahora para ganarse la vida.

Dish se alejó consumido por una furia silenciosa. Se había sentido herido por los comentarios que sobre Lorie habían hecho muchos hombres a lo largo del viaje y no veía ninguna razón para despedirse efusivamente. Po Campo le cargó con tantas provisiones que casi no pudo montar. Dish las consideró innecesarias y le recordó a Po:

—Tengo un rifle y hay mucha caza.

—No querrás cazar en las ventiscas —dijo Po Campo.

Antes de que Dish se fuera, Call le dijo que se llevara un caballo de repuesto. Dish había montado casi siempre a *Sugar* en la larga marcha hacia el Norte y se proponía seguir con él para el regreso, pero Call insistió que se llevara a uno de los caballitos para mayor seguridad.

—Cualquier caballo puede cojear —observó.

Todos los hombres estaban allí, turbados por la marcha de Dish. Las despedidas y las muertes se parecían mucho. Newt estaba a punto de echarse a llorar.

También Dish en el último momento sintió un gran dolor en su interior ante la idea de dejar al grupo. Aunque muchos de los hombres eran toscos e incompetentes, seguían siendo sus compañeros. Le gustaba el joven Newt y disfrutaba molestando a Jasper. Incluso sentía un oculto afecto por Lippy, que se había autonombrado ayudante de cocinero y raras veces se apartaba de la gran chimenea.

Pero Dish había ido demasiado lejos. No tenía el menor miedo a los peligros. Tenía que ver a Lorena, y nada más. Montó a caballo, y cogió la cuerda del caballito.

Pea Eye, que había ido cerca de los corrales para tratar de aflojar sus tripas —el principal efecto de Montana era que le había producido estreñimiento— se perdió los preparativos de la marcha. Se había quedado tristón desde que se enteró de lo de Gus, y el ver a Dish listo para partir, le dejó muy afectado.

—¡Maldita sea! —exclamó. Se le llenaron los ojos de lágrimas y no pudo decir más. Algunos hombres se turbaron al verle temiendo comportarse del mismo modo. Dish les estrechó rápidamente la mano.

—Adiós, muchachos. Si alguna vez volvéis a casa buscadme por el sur del Brazos. —Clavó las espuelas a *Sugar* y pronto no fue más que una mancha negra en la nieve.

A Call le pareció oportuno darle las cartas que Gus había escrito a las mujeres pero luego lo pensó mejor. Si Dish se perdía, y probablemente eso es lo que ocurriría, también se perderían las cartas, que representaban las últimas palabras de Gus. Sería mejor guardarlas y entregárselas personalmente, aunque la idea no le hacía ninguna gracia.

Sentado en su tienda, aquella noche reflexionó sobre el cambio en su modo de ser. Dejó que el joven pasara por alto su advertencia y que se fuera. Pudo haberle ordenado que se quedara y que se esforzara algo más como él había hecho a veces cuando los hombres se desmandaban. Dish parecía decidido, pero no lo bastante como para saltarse una orden en firme. Como capitán había dado esas órdenes muchas veces y nadie había dejado de obedecerlas nunca.

Pero en esta ocasión le faltó interés. Cuando llegó el momento de mostrar

firmeza, no lo hizo. Admiraba a Dish Boggett, que había llevado bien la cabecera a lo largo de cinco mil kilómetros; también había demostrado ser el mejor hombre para parar una estampida. Pero Call le había dejado que se fuera, y realmente no le importaba. Sabía que ni siquiera le importaría que se fueran todos, excepto Pea y el muchacho. Carecía del empuje para conducir a los hombres ni un paso más.

Como seguía haciendo buen tiempo, al día siguiente decidió ir a Fort Benton personalmente. El mayor Court le había indicado que el Ejército necesitaría carne con frecuencia si el invierno se endurecía, y las tribus eran pobres. Después de todo había venido a Montana con la esperanza de vender ganado. Cuando llegara a Texas la noticia de que él había realizado la marcha, no tardarían en seguirle otros, probablemente el próximo otoño, y era necesario establecer buenas relaciones con el Ejército, el único comprador del territorio que quería ternera.

Durante la ausencia del capitán, Newt se descubrió aptitudes para domar caballos. A Ben Rainey, un jinete excelente, se le había asignado la tarea de domar mustangs, pero el primer día de trabajo, un caballo fuerte y negro le lanzó contra un árbol y le rompió el brazo. Po Campo le arregló el hueso, pero Ben dijo que ya estaba harto de dejarse sacudir por los broncos. Se disponía a solicitar otra ocupación cuando llegara el capitán. Newt había estado trabajando en el bosque, arrastrando madera muerta de la hondonada y ayudando a Pea Eye y a Pete Spettle a partirla. Confió a Ben Rainey que iba a probar con el caballo negro y cabalgó hasta conseguir detenerlo ante la sorpresa de todos, incluso la suya.

Naturalmente, no ignoraba que montar un caballo mientras este intentaba sacárselo de encima era solo una pequeña parte de la educación del caballo. Había que suavizarles para poderlos ensillar sin necesidad de amarrarlos. Tenían que acostumbrarse a las riendas y, si era posible, hacer que se interesaran por el ganado.

Cuando una semana después regresó el capitán con un encargo de trescientas cabezas para entregar en Fort Benton por Navidad, Newt se encontraba en el pequeño corral que habían cercado, trabajando con un bayo testarudo. Miró nerviosamente al capitán, pensando que le iba a reñir por haber cambiado de tarea, pero Call se limitó a seguir observando, sentado sobre la *Mala Bestia*. Newt hizo un esfuerzo por olvidar que el capitán estaba allí. No quería ponerse nervioso y turbar al bayo. Había descubierto que si hablaba mucho a los caballos les tranquilizaba con lo que les decía, esto tenía un efecto muy positivo sobre el caballo. Por eso iba murmurando palabras al bayo mientras el capitán observaba. Finalmente Call desmontó y desensilló. Le había gustado ver la forma tranquila con que trabajaba el muchacho. Nunca había sido hablador mientras había trabajo que hacer. Esa era su enorme diferencia con Gus, que no podía hacer nada sin hablar. Le gustó que el muchacho se le pareciera. Cuando llevaron

las reses a Fort Benton, se llevó a Newt y a otros dos hombres con él.

Aquel invierno se hicieron varios viajes como aquel, no solo a Fort Benton sino también a Fort Bufort. Una vez, cuando llegaron a Fort Benton, el Ejército acababa de conducir una manada de caballos medio salvajes desde el Sur. Cuando traían las terneras, el fuerte solía estar lleno de indios y había mucho regateo sobre cómo iban a repartirse las reses entre el mayor y un viejo jefe blackfoot al que los soldados llamaban Saw (sierra) por lo cortante de sus facciones. En aquella ocasión también había muchos indios blood, y Call se enfureció; sabía que estaba viendo algunos de los que habían dado muerte a Gus. Cuando los guerreros se marcharon estuvo tentado de seguirles y de vengar a su amigo, aunque ignoraba quiénes lo habían hecho. Se contuvo, pero le incomodó dejar un ataque sin respuesta.

El mayor descubrió que Newt era bueno domando caballos y pidió a Call si no le importaría dejar al chico unas semanas en el fuerte para terminar de domar la nueva manada. Call no quería, pero el mayor había hecho un trato justo con él y no le parecía correcto rechazar su petición, teniendo en cuenta sobre todo que no había gran cosa que hacer en el rancho. Pasaban el tiempo introduciendo mejoras en la casa, empezaron a construir un granero y revisaban el ganado después de las frecuentes tormentas. La mayor parte de los hombres pasaban su tiempo libre cazando y ya tenían más carne de búfalo y de reno de la que podían comer en el invierno.

Así que Call aceptó y Newt se quedó un mes en el fuerte, domando caballos. El tiempo mejoró. Hacía frío pero los días solían ser buenos y soleados. El único susto que tuvo Newt fue cuando sacó a un alazán capado fuera del fuerte. Era la primera salida del caballo, que se desbocó y llegó hasta el helado Missouri. El animal resbaló en el hielo y aunque abrió un boquete, afortunadamente estaban en agua poco profunda y Newt pudo salir y sacar también al caballo. Unos soldados que venían con una carga de leña le ayudaron a secarse. Newt comprendió que la historia habría sido distinta si el caballo hubiera llegado al centro del río antes de que se le abriera el hielo.

Después de aquello, cuando sacaba novatos a pasear los apartaba del río en cuanto salían del fuerte.

99

July Johnson se declaró a Clara en la primera semana del año nuevo. Llevaba meses tratando de evitarlo y de pronto lo hizo un buen día, cuando le trajo un saco de patatas que ella le había pedido. Había hecho mucho frío y las patatas estaban congeladas. Clara las quería al calor de la cocina para que se deshelaran. Cuando entró, su hijo Martin gateaba por el suelo de la cocina y Clara preparaba la masa para uno de los pasteles de los que no podía prescindir. Tan pronto como dejó las patatas heladas encima de la mesa, le espetó:

—¿Te casarás alguna vez conmigo? —Inmediatamente se sintió un imbécil por haber dicho aquellas palabras. Durante los meses que llevaba trabajando para ella sus relaciones no habían sufrido ningún cambio, e imaginaba que ella le consideraría loco o borracho por haber planteado semejante cuestión.

Pero Clara hizo algo que le asombró: metió el dedo en la masa y le alargó la mano, como si esperara de él que chupara aquel poquito de pastel crudo que le ofrecía en el dedo.

—Pruébalo, July —le dijo—. Creo que me he pasado con la canela.

July supuso que no habría oído la pregunta. Se preguntó si trataba simplemente de mostrarse atenta. Aunque sabía que debía mostrarse contento de que no la hubiera oído, se sintió dispuesto a repetirla, y ya iba a hacerlo cuando Clara le contuvo con la mirada.

—No hace falta que lo repitas. Te he oído. ¿Puedes darme tu opinión sobre la canela, o no?

July se sintió torpe y confuso. No se había propuesto formular semejante pregunta precisamente entonces…, pero lo había hecho. No sabía qué hacer respecto de la masa del pastel, pero en aquel momento no le parecía normal inclinarse y chuparle el dedo. Alargó la mano y cogió lo que pudo con uno de sus dedos antes de probarla.

—Sabe bien —respondió, pero Clara pareció fastidiada, despectiva o disgustada. Nunca podía decir lo que significaban sus miradas…, lo único que sabía era lo incómodo que le hacían sentirse.

—No me parece que seas un buen juez de pastelería —observó Clara con tono acalorado pero con frialdad en sus ojos grises.

Se comió el resto de la masa que había quedado en el dedo y volvió a

trabajar el pastel. Un minuto después entró Lorena y levantó al niño. July confiaba en que lo sacara de la cocina, pero en cambio se sentó junto a la mesa y empezó a cantarle. Luego, para empeorar las cosas, llegaron las dos niñas y se acercaron también al bebé. Clara volvió a mirar a July, y la mirada le hizo sentirse un imbécil. No consiguió ninguna respuesta a su pregunta y no tardó en tener que volver a su trabajo.

Aquella noche se preguntó si no debería marcharse. No podía seguir cerca de Clara sin concebir esperanzas, y sin embargo, no detectaba ningún indicio de que sintiera algo por él. A veces suponía que sí, pero cuando reflexionaba siempre llegaba a la conclusión de que no eran sino imaginaciones suyas. Las observaciones que ella le hacía siempre tenían una cualidad agresiva, pero no solía darse cuenta de la agresividad hasta después de que ella se había ido de la escena. Cuando trabajaban juntos en los corrales, y lo hacían siempre que el tiempo lo permitía, solía sermonearle por su comportamiento con los caballos. A ella le parecía que él no ponía demasiada atención. July no acababa de comprender cómo alguien podía poner atención a un caballo cuando ella estaba presente. Pero cuanto más la miraba, peor le iba con los caballos y más se disgustaba ella. No obstante, sus ojos continuaban fijos en ella. Le había dado por ponerse el viejo abrigo de su marido y sus chanclos, ambas cosas demasiado grandes para ella. Se negaba a usar guantes. Aseguraba que a los caballos no les gustaban, y sus grandes manos huesudas solían ponérsele tan frías que tenía que meterlas unos minutos bajo el abrigo para calentárselas. Llevaba una variedad de gorros que había sacado de alguna parte. Por lo visto le gustaban tanto como los pasteles. Ninguno de ellos era especialmente adecuado para los inviernos de Nebraska. Su favorito era un viejo gorro militar que Cholo había encontrado por el llano. A veces Clara se ponía una bufanda de lana por encima para mantener las orejas calientes, pero la bufanda solía soltarse mientras trabajaba con los caballos, así que cuando volvían a casa para comer llevaba el cabello suelto sobre el cuello del enorme abrigo. Pese a ello July no podía evitar comérsela con los ojos. La encontraba maravillosamente hermosa, tan hermosa que el mero hecho de caminar junto a ella desde los corrales a la casa, cuando ella estaba de buen humor, bastaba para que olvidara, por otro mes, su idea de marcharse. Se decía que el mero hecho de trabajar con ella le bastaba. Pero no le bastaba, claro está, y por eso al final se le había escapado aquella pregunta.

Se sintió desgraciado durante toda la noche porque no había respondido a su pregunta. Pero por fin había pronunciado las palabras y revelado lo que deseaba. Suponía que cuando ella reflexionara le consideraría peor de lo que ya le consideraba.

Transcurrieron otros tres días antes de volver a encontrarse solos. Habían aparecido unos soldados que necesitaban caballos y Clara les invitó a quedarse por la noche. Entonces Martin empezó a toser y tuvo un febrón. Cholo fue en

busca del doctor. Clara pasó la mayor parte del día sentada con el niño, que tosía sin cesar. Probó todos los remedios que conocía, sin el menor resultado. Martin tosía tanto que no podía dormir. July entraba en la habitación de tanto en tanto, sintiéndose torpe e inútil. El niño era su hijo y sin embargo no sabía qué hacer. Creía que molestaba. Clara estaba sentada en una butaca dura, sosteniendo al niño. Por la mañana fue a preguntar si quería que hiciera algo especial, y ella movió negativamente la cabeza. La enfermedad del niño le había hecho olvidarse de todo lo demás. Cuando volvió July aquella tarde, Clara seguía sentada. Martin estaba demasiado débil incluso para toser, respiraba con dificultad y la fiebre se mantenía alta. Clara seguía impasible, meciendo la cuna del niño, pero sin mirarle.

—Supongo que el doctor no tardará en llegar —dijo July indeciso.

—Puede que el doctor haya ido en dirección contraria. Esto va a terminar antes de que llegue. Habrá hecho el viaje por nada.

—¿Quieres decir que el niño se está muriendo? —preguntó July.

—Quiero decir que estará muerto o se pondrá bien antes de que llegue —dijo Clara poniéndose en pie—. He hecho cuanto he podido. Lo demás depende de Martin.

Clara le miró y entonces, ante su asombro, se le acercó y apoyó la cabeza sobre su pecho. Le rodeó con sus brazos y lo estrechó con fuerza. Fue tan inesperado que July por poco se cae. La abrazó para no perder el equilibrio. Le pareció que Clara tardaba minutos en levantar la cabeza. Sentía temblar su cuerpo, podía oler su pelo.

Entonces Clara se desprendió de él tan bruscamente como cuando se le echó encima, aunque le cogió una mano y la mantuvo un momento entre las suyas. Tenía las mejillas cubiertas de lágrimas.

—Me horrorizo cuando un niño está enfermo —explicó—. Lo odio. Me asusta. Es como… —Calló un instante para secarse las mejillas—. Es como si hubiera algo que no quiere que críe un niño. —Se le quebró la voz.

July permaneció despierto toda la noche, recordando lo que experimentó cuando ella le cogió la mano. Sus dedos se habían entrelazado un momento en los suyos antes de soltarle. Le pareció que Clara le necesitaba o no le hubiera estrechado así. Esto le había excitado tanto que no pudo dormir. Pero cuando por la mañana entró en la habitación del enfermo, Clara estuvo distante, aunque el día era precioso y al niño le había bajado la fiebre. Respiraba todavía con dificultad, pero estaba dormido.

—Podría subirte algo de café —sugirió July.

—No, gracias —le respondió poniéndose en pie—. Conozco de sobra el camino de la cocina.

Esta vez no le abrazó ni le cogió la mano al pasar; ni siquiera le miró al pasar por delante de él. Lo único que se le ocurrió hacer fue seguirla abajo. Lorena y

las niñas ya habían preparado el desayuno y Cholo entró para comer, pero en cambio July había perdido el apetito. El hecho de que Clara estuviera disgustada con él le quitaba el hambre. Trató de imaginar por qué estaba disgustada, pero no atinó a encontrar razones. Se sentó y guardó silencio durante el desayuno. Después, al traspasar la puerta, tuvo la sensación de que le iba a resultar difícil poner interés en el trabajo. Necesitaba reparar la rueda de la carreta grande, que por alguna razón se había roto.

Antes de que consiguiera sacar la rueda vio que Clara se acercaba al cobertizo de las herramientas. Pese al sol hacía mucho frío; su aliento formaba pequeñas nubes. July temió que el niño hubiera empeorado, pero no era así. Clara estaba furiosa.

—¡Podrías hacer algo mejor que hablarme cuando estoy furiosa! —exclamó sin el menor preámbulo. Tenía una mancha roja en cada mejilla.

—Creo que no soy buen hablador —se excusó July.

—No eres buen nada, aunque podrías serlo. Sé que eres listo, porque Martin lo es, y no pudo heredarlo de tu pobre mujer. Pero en general un poste de valla es más útil que tú.

July lo interpretó como una crítica de su trabajo, que en su opinión había hecho escrupulosamente.

—La rueda está casi lista —se defendió.

—July, no te estoy hablando del trabajo. Te estoy hablando de mí. He pasado toda la noche sentada en aquella habitación con tu hijo. ¿Dónde estabas tú?

July había estado pensando que tal vez hubiera debido ofrecerse para acompañarla. Naturalmente, ahora era demasiado tarde. Hubiera querido explicarle que era demasiado tímido para entrar en una habitación donde ella estuviera, especialmente en un dormitorio, a menos que ella le invitara. Incluso entrar en la cocina si ella estaba sola, no era algo que hiciera normalmente. Pero no sabía cómo explicarle todas las precauciones a que le inducía.

—Ojalá lo hubiera hecho —respondió.

Los ojos de Clara lanzaban chispas.

—Ya sabes lo que me asusta la enfermedad. Las únicas veces que he deseado morir han sido cuando he tenido que sentarme a contemplar el sufrimiento de un niño.

Se retorcía las manos. Al ver que temblaba, July se quitó la chaqueta y se la tendió. Clara le ignoró.

—Estoy allí sentada, sola, porque no quiero que las niñas piensen demasiado en la muerte. Y me quedo sentada y pienso: estoy sola y no puedo ayudar a este niño. Si le da por morirse no podré impedirlo. Puedo amarle hasta sangrar, y no podré impedirlo. Espero que no muera. Espero que crezca y lo pase bien. No sé cómo me sentiré si muere, cuánto tardaré en que me importe respirar o no, y mucho menos en cocinar y en las niñas y en todas las cosas que hay que hacer

cuando uno está vivo.

Clara hizo una pausa. En los corrales relinchó un semental. Era su preferido, pero aquel día no parecía oírle.

—Sé que si pierdo un niño más nunca más volveré a querer. Nada volverá a tener importancia para mí si se me muere uno más. Será mi ruina y la ruina de las niñas. Nunca volveré a comprar un caballo, a guisar una comida o a tomar a otro hombre. Me moriré de hambre o me volveré loca y me parecerá bien. O mataré al doctor por no haber venido, a ti por no sentarte conmigo, o cualquier cosa. Si quieres casarte conmigo, ¿por qué no viniste para estar conmigo?

July comprendió entonces que había cometido algo terrible, aunque lo único que había hecho era ir a su habitación como siempre. Se sobresaltó al oírle decir a Clara que era capaz de matarlo por semejante cosa, pues a juzgar por su mirada supo que no eran palabras huecas.

—¿Te casarás alguna vez conmigo? —preguntó—. No me contestaste.

—No, y no voy a hacerlo ahora —dijo Clara—. Pregúntamelo dentro de un año.

—¿Por qué un año?

—Porque mereces sufrir un año. Anoche sufrí lo equivalente a un año, y a lo mejor tú descansabas tranquilamente soñando en nuestra noche de bodas.

July no encontró respuesta. Nunca había conocido a una mujer que hablara con tal atrevimiento. La miró a través de la niebla de sus alientos, deseando que por lo menos aceptara su chaqueta. El frío le ponía carne de gallina en las muñecas.

—Creía que habías sido *sheriff* —observó Clara. El semental volvió a relinchar y, sin dejar de mirar a July, saludó al caballo con la mano. Tenía los ojos de un niño tierno y desconcertado en el cuerpo de un hombre robusto. Deseaba la robustez junto a ella, pero la irritaba el aturdimiento.

—Oh sí, fui *sheriff*.

—¿Y nunca dabas órdenes?

—Bueno, decía a Roscoe cuándo tenía que limpiar la cárcel.

—No es gran cosa, pero es mucho más de lo que te oímos por aquí. De vez en cuando dime cuándo hay que limpiar algo, solo para practicar. Por lo menos oiré el sonido de tu voz.

Rechazó la chaqueta de nuevo aunque se dio cuenta de que estaba un poco de mejor humor. Fue a frotar el cuello del semental unos instantes antes de regresar a la casa.

Después apareció el otro hombre, Dish Boggett, trayendo la noticia de que Augustus McCrae estaba muerto. Había sabido encontrar el camino a lo largo del Platte, en plena ventisca de invierno. Sus dos caballos estaban agotados pero Dish no parecía en mal estado. Para él las ventiscas eran acontecimientos normales.

A July le pareció que a Clara le cayó bien Dish Boggett desde el primer

momento y no podía evitar sentirse celoso, aunque no tardó en darse cuenta de que Dish había venido para hacer la corte a Lorena y no a Clara. Lorena apenas había pronunciado una palabra desde que se enteró de la muerte de Gus. Clara ofreció inmediatamente un trabajo a Dish. Era un invierno duro y había cosas atrasadas. Los potros empezarían a llegar pronto y aún se atrasarían más, así que era de sentido común contratar a otro hombre, pero a July le molestaba. Se había acostumbrado a trabajar con Clara y Cholo y le costaba acostumbrarse a Dish, en parte porque era muy competente con los caballos y todos se lo reconocieron al instante. Clara no tardó en pedir a Dish que hiciera con los caballos lo que antes había permitido hacer a July, y a July le fueron quedando las tareas que podía hacer un muchacho.

Para empeorar las cosas, Dish se mantenía distante y no intentaba hacerse amigo. Dish conocía muchos juegos de cartas e incluso podía organizar adivinanzas, así que tenía un gran éxito con las niñas. Durante aquel largo invierno, muchas noches July se sentó contra la pared sintiéndose arrinconado, mientras Clara, Dish y las niñas jugaban en la gran mesa de la cocina.

Dish lo intentó todo para atraer a Lorena a que participara en alguno de los juegos, pero lo más que solía hacer Lorena era quedarse sentada en la estancia. Permanecía sentada en silencio, sin mirar, mientras July hacía lo mismo. Sentía deseos de que Dish Boggett se hubiera perdido en Wyoming o se hubiera vuelto a Texas. Apenas pasaba un día sin que le pareciera ver señales de que a Clara le gustaba el hombre. Tarde o temprano, cuando Dish dejara de pensar en Lorena, se daría cuenta. July se sentía impotente; no podía hacer nada. A veces se sentaba junto a Lorena, sintiendo que tenía más en común con ella que con cualquier otra persona del rancho. Ella amaba a un muerto, él amaba a una mujer que ni siquiera se fijaba en él. Pero fuera lo que fuera que tuvieran en común, no por ello Lorena se dignaba mirarle. Lorena estaba más hermosa que nunca, pero era una belleza grave desde que se enteró de la muerte de Gus. Solo la más pequeña, Betsey, que adoraba a Lorena, lograba provocar un chispazo de vida en sus ojos. Si Betsey se ponía enferma, Lorena la cuidaba sin cansarse, llevándosela a su propia cama y cantándole. Leían cuentos juntas. Betsey era la que leía. Lorena solo podía encadenar unas pocas palabras. Las niñas habían decidido enseñarla a leer, pero sabían que debían esperar a que se encontrara mejor.

Incluso Sally, tan celosa habitualmente de la atención que se prestaba a su hermana, respetaba el hecho de que Betsey y Lorena estuvieran tan unidas. Si Lorena la miraba de cierto modo, dejaba de molestar a Betsey.

Clara no sintió una punzada de dolor cuando llegó la noticia de la muerte de Gus. Los años les habían mantenido separados. Tuvo una alegría tremenda cuando fue a visitarla y se dio cuenta de que todavía la amaba y de que ella aún disfrutaba con él. Le gustaban su tolerancia y su humor, y se sentía orgullosa y divertida ante la idea de que él seguía poniéndola por encima de las demás

mujeres, pese a los años transcurridos desde que la había cortejado.

Con frecuencia se sentaba en el porche de arriba, por la noche, arrebujada en el abrigo de Bob. Le encantaba el frío hiriente, un frío que parecía disminuir la luz de las estrellas. Reflexionaba que había habido algo en lo que ella y Gus pensaron que requería una separación. Sabía que habría peleado amargamente con él. Durante su breve visita incluso pensó que la pelea podía estallar en cualquier momento y que si empezaba, personas tiernas como July y Lorena podían salir perjudicadas y hasta destruidas.

En las noches oscuras, en el porche cubierto de hielo, sentía una lágrima fría en sus mejillas. En Gus había perdido su máximo aliado y se sentía mucho más sola, pero no abrigaba la desesperación cansada de cuando sus hijos habían muerto.

Ahora tenía a July Johnson, un hombre cuyo amor era casi mudo. No solo era inepto en cuanto a sentimientos sino también con los caballos. Queriendo como quería a los caballos, Clara se preguntaba cómo podía pensar en unirse a un hombre al que no se le daban mejor que a Bob. Naturalmente, el proceso de adaptación apenas se había completado y Clara no tenía prisa en que así fuera. Una relación más íntima probablemente no haría sino acrecentar su impaciencia con él.

La divertía que estuviera tan celoso de Dish, que aunque simpático y excelente trabajador no se interesaba por ella. Su amor por Lorena aparecía en cada mirada que le dirigía, aunque ninguna de ellas penetraba el férreo dolor de Lorena. La propia Clara no intentó penetrar ni cambiar el dolor de Lorena. Era como la fiebre de Martin: o la mataría o no la mataría. A Clara no la hubiera sorprendido oír un disparo en la alcoba de Lorena. Sabía que la joven sentía lo que ella había sentido cuando murieron sus niños: un dolor sin alivio. En aquellos momentos, los esfuerzos bienintencionados de Bob o de los vecinos para animarla la habían ofendido. No quería vivir, sobre todo con alegría. Gente bondadosa le aseguró que los vivos debían vivir. Yo no, si ellos no viven, quería gritarles. Pero la gente bondadosa tenía razón; poco a poco volvió a disfrutar de la vida y un buen día se encontró preparando un pastel y comiéndoselo encantada.

Observando a Lorena, sumida en el dolor, sin apenas moverse de su asiento a menos que Betsey insistiera, Clara se sentía impotente. Lorena viviría o moriría, y Clara pensaba que sería lo último. El único lazo de Lorena con la vida era Betsey. No le interesaban ni los dulces, ni los hombres, ni los caballos. Su única experiencia con la felicidad había sido Gus. El joven y guapo vaquero que le lanzaba incontables miradas de amor no significaba nada para ella. El placer no había hecho presa en Lorena; casi no lo conocía y Clara no contaba con que la atrajera a la vida. El joven vaquero se vería condenado a encontrar su amor bloqueado por el difunto Gus como lo había estado cuando él vivía. Betsey tenía una mejor oportunidad de salvar a Lorena que Dish. Betsey estaba

constantemente pendiente de ella e intentaba conseguir que su madre hiciera algo.

—Yo no puedo resucitar al señor McCrae y esto es lo único que quiere —observó Clara—. ¿Qué puedo hacer yo?

—Que no esté tan triste —suplicó Betsey.

—Nadie puede hacerlo. Ni siquiera puedo quitaros la tristeza a vosotras cuando estáis tristes.

Pero un día lo intentó. Tropezó con Lorena en el vestíbulo, despeinada. Tenía aspecto de perro apaleado. Clara se detuvo y la abrazó tan inesperadamente como cuando lo hizo con July Johnson. En él su abrazo había despertado esperanzas; en Lorena no despertó nada.

—Imagino que piensas que debiste irte con él —dijo Clara—. Solo habrías conseguido ganar algo más de tiempo.

Lorena pareció sorprendida; era lo único que había estado pensando desde que recibió la noticia.

—Debí haberme ido —afirmó.

—No —contestó Clara—. Habrías disfrutado de un poco más de tiempo, de acuerdo, pero ahora estarías sola en Montana con un grupo de hombres a los que tenía sin cuidado que amaras a Gus. Querrían que los amaras a ellos. Dish lo desea tanto que ha venido cabalgando hacia ti a través de las ventiscas.

La mención de Dish solo consiguió que Lorena sintiera frío.

—Pues ha perdido el tiempo —dijo.

—Ya lo sé, pero no esperes que él lo comprenda —insistió Clara.

—Una vez me compró, cuando yo era una puta —explicó Lorena sorprendida por emplear aquella palabra. Nunca hasta entonces la había pronunciado.

—¿Y Gus, no? —preguntó Clara.

Lorena guardó silencio. Gus también lo había hecho, desde luego. Se preguntó si Clara le pediría que se fuera, sabiendo lo que había sido.

—Dish te amaba y cogió el único camino de que disponía para llamar tu atención —le aseguró Clara.

—No consiguió mi atención. No consiguió nada.

—Y Gus hizo lo mismo y lo consiguió todo. Gus fue afortunado y Dish no.

—Ni yo tampoco —dijo Lorena.

Clara no le dio consejos. Unos días después, mientras estaba cosiendo, llegó Lorena y se plantó frente a ella. Tenía mal aspecto.

—¿Por qué me pediste que me quedara si Gus era a ti a quien amaba? ¿Por qué no le pediste que se quedara? —le preguntó—. Si lo hubieras hecho aún viviría.

Clara sacudió la cabeza.

—Nos quería a las dos, pero Gus nunca se perdería una aventura. Ni por ti, ni

por mí, ni por ninguna otra mujer. Nadie pudo retenerle nunca en casa. Era un calavera y un vagabundo, aunque tú le hubieras retenido más que yo.

Lorena no podía creerlo. Recordaba con cuánta frecuencia Gus había hablado de Clara. Claro que ya no importaba; nada importaba ya, aunque no podía dejar de pensar en ello.

—No es así. —Había utilizado tan poco su voz que sonaba débil.

—Es así —afirmó Clara—. Eres más hermosa y menos mandona. Cuando dije a Gus que iba a casarme con Bob, de eso hace muchos años, pareció aliviado. Intentó aparentar que estaba decepcionado, pero estaba encantado. Nunca lo he olvidado. Se me declaró lo menos treinta veces. Pero comprendió que si me conseguía sería una lucha continua, y eso no le gustaba.

Clara guardó silencio por un momento, mirando a los ojos de la otra mujer.

—Bob era demasiado tonto para comprender que habría lucha. La mitad del tiempo ni se daba cuenta, pese a estar metido en ella. Así que la discusión era conmigo misma. Me sentí muy sola.

Pensó que la conversación era una buena señal. Quizá Lorie se liberaría. Pero fue la última conversación que sostuvieron durante varios meses. Lorena pasó todo el invierno en silencio, hablando solo con Betsey, que se mantuvo fiel como siempre.

También Dish Boggett, se mantuvo fiel, aunque Lorena no le alentó. Pasaba cada vez más tiempo con Sally, jugando a las cartas, porque le encantaba su charla juvenil. Cada día se esforzaba por complacer a Lorena, pero había empezado a desanimarse. Por más dulzura que mostrara hacia ella, ni siquiera le hablaba. Todo cuanto él decía lo escuchaba en silencio; el mismo silencio que había adoptado en Lonesome Dove, aunque más profundo. Se dijo que si en primavera la situación no había mejorado volvería a Texas y trataría de olvidarla.

Pero cuando llegó la primavera, Dish dijo a Clara que estaría encantado de quedarse y de ayudarla con los potrillos.

100

A Call le empezó a irritar el hecho de que Gus hubiera dejado su parte del rebaño a la mujer. La mujer estaba en Nebraska. Ni siquiera estaba allí ayudando. Claro que si hubiera estado allí ayudando habría habido problemas, pero eso no bastaba para rebajar el agravio de lo que Gus había hecho. Podía simplemente haberle dado dinero; tenía dinero. Tal como estaban las cosas, cada vez que Call vendía una partida de ganado al Ejército tenía que separar la mitad del dinero para una mujer que nunca le había gustado y que, por lo que cabía imaginar, ya se habría olvidado de Gus y se habría casado con alguien o habría vuelto a su oficio de puta.

No obstante, Call había separado el dinero. Por irritante que fuera, Gus lo había querido así y así lo haría, aunque cuando pasara con el cadáver pensaba proponerle la compra de la mitad que le correspondía. No le gustaba la idea de estar asociado con una mujer y menos con una prostituta, aunque admitía la posibilidad de que se hubiera reformado.

Vivió en la tienda todo el invierno, haciendo que los hombres trabajaran pero sin mayor interés por el resultado. A veces se iba de caza, llevándose a la *Mala Bestia* y saliendo a los llanos. Siempre mataba algo pero no le interesaba la caza. Iba porque ya no se sentía a gusto con los hombres. Los indios no les habían molestado y los hombres se defendían bien solos. Soupy Jones había asumido el puesto vacante de Dish, y se afianzaba en él. Los otros también funcionaban bien aunque a veces había protestas y discusiones. El viejo Hugh y Po Campo se habían hecho amigos y solían rastrear juntos uno o dos días para que Hugh pudiera llevar a Po Campo a alguna laguna donde todavía quedaban castores, o a algún otro lugar interesante que conocía. Lippy, hambriento de música, tocaba el acordeón y se fabricó un violín con una caja de zapatos. El instrumento hacía un ruido estridente, horrible y ninguno de los vaqueros estaba dispuesto a aceptar que aquello fuera música.

Por Navidad, deseosos de cambio, mataron los cerdos de Gus. El acontecimiento más sorprendente fue que Jasper Fant aprendió a guisar de la mano de Po Campo. Lo hizo más que nada por aburrimiento, pero sus progresos fueron tan rápidos que cuando Po Campo se iba con el viejo Hugh, la gastronomía no se resentía.

A principios de primavera, cuando el tiempo era todavía inseguro, una noche les desaparecieron quince caballos. Fue una suerte que se descubriera el robo, porque en semejante lugar y en aquella estación lo último que cabía esperar eran cuatreros. Call había tomado la precaución de ir con el viejo Hugh a los dos o tres campamentos indios más cercanos para conocer a los jefes y presentar sus habituales respetos con la esperanza de evitar el encuentro por sorpresa que resultó fatal para Gus. Las visitas le entristecieron porque los indios no eran beligerantes y era patente que Gus se había tropezado con un mal grupo, en un mal momento y de mala manera. Era una ironía, porque Gus era de los que siempre habían predicado la diplomacia con los pieles rojas, y con los años había participado en muchas reuniones que Call consideraba irrelevantes. Gus había dialogado con varios guerreros que Call hubiera liquidado, simplemente, y había ido a que le mataran en un lugar donde la mayoría de los indios eran felices pudiendo hablar sobre todo con un hombre que era dueño de una inacabable provisión de ternera.

Pero durante sus visitas Call se dio cuenta de que en general los indios tenían mejores caballos que él, e hizo un trato con los blackfeet: diez caballos por cincuenta terneras. Las negociaciones habían obligado al viejo Hugh a hablar durante dos días y se había quedado afónico.

Así que cuando Spettle anunció que los caballos no estaban, Call se quedó sorprendido. ¿De dónde vendría un cuatrero y hacia dónde iría?

Pero era un hecho que los caballos no estaban. Call se llevó a Pea, Newt, Needle Nelson y el viejo Hugh, y emprendieron la persecución. No tardó en eliminar a los indios, porque los ladrones viajaban demasiado despacio e incluso se habían detenido para acampar a menos de cincuenta kilómetros de su cuartel general, cosa que los indios, con caballos robados, nunca hubieran cometido la locura de hacer. Pronto vieron que solo perseguían a dos hombres. Al segundo día penetraron en Canadá y cogieron a los ladrones al tercero, mientras desayunaban. Eran un viejo tembloroso con una barba sucia y un muchacho de buen ver, de la edad de Newt. El viejo llevaba un arma para búfalos pero de un solo tiro y el muchacho una vieja pistola. El chico asaba venado y el viejo, apoyado en su silla, leía una Biblia cuando apareció Call con la pistola amartillada. El chico, aunque era grande como un toro, se echó a temblar cuando vio a los cinco hombres armados.

—Te lo dije, papá. Ahora estamos cogidos.

El viejo, que tenía una jarra junto a su silla, estaba borracho y parecía no darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—Soy un ministro del Señor —les dijo—. Dejen de apuntarme con sus malditas armas. Lo único que estamos haciendo es desayunar. Este es mi chico, Tom.

Call les desarmó en un segundo. Los quince caballos estaban pastando a la

vista, y no a cien metros del campamento.

—No sabíamos que los caballos fueran suyos —dijo el muchacho temblando de miedo—. Creíamos que eran caballos indios.

—Están todos marcados —afirmó Call—. Podía verse, a menos que estuvieran ciegos.

—Ni ciegos ni pecadores —cortó el viejo levantándose. Estaba tan borracho que no podía andar derecho.

—Bueno, son ladrones de caballos y esto es un pecado según mis libros —objetó Call—. ¿De dónde vienen ustedes?

—De Dios —dijo el viejo.

—Me refiero al lugar de la tierra —insistió Call, cansado. Se preguntaba qué había empujado a un ministro y a un muchacho a llevarse sus caballos, cada uno de ellos claramente marcado. Le pareció un acto estúpido, insensato, porque se llevaban los caballos al Norte, donde no había ni ciudades ni ranchos. Era obvio que ambos eran pobres, y el viejo estaba completamente ido. Call notó que los hombres se hallaban abrumados ante la idea de ahorcar a semejante pareja; a él tampoco le gustaba pero se trataba de ladrones de caballos y no había alternativa. Su propia desgana por el proceso le hizo cometer un error: no amarró inmediatamente al viejo que parecía tan débil que apenas se tenía en pie. Pero no demasiado débil para que le impidiera apoderarse de un hacha y golpear a Needle con tal fuerza que le hubiera matado, de no ser porque Needle se echó atrás. Así y todo, el filo del hacha le hizo una profunda herida en el brazo. Call disparó sobre el viejo antes de que pudiera volver a golpear. El muchacho echó a correr por la pradera. Naturalmente, fue fácilmente alcanzado. Para cuando lo trajeron de vuelta, atado, el viejo estaba muerto. El muchacho se sentó en la nieve y se echó a llorar.

—Estuvo bien hasta que mi madre y mi hermana murieron —explicó—. Íbamos en una caravana. Entonces se volvió loco y dijo que teníamos que viajar solos. Yo no quería.

—Me gustaría que no hubiera robado nuestros caballos —dijo Call.

El muchacho no dejaba de temblar y de llorar.

—No me ahorque, señor —suplicó—. Nunca había robado en mi vida. Le pedí que dejara los caballos pero dijo que eran caballos que los indios ya habían robado. Trabajaré para usted —añadió el muchacho—. Sé herrar. Trabajé dos años en una herrería en Missouri, antes de que nos fuéramos.

Call sabía que no había un árbol decente en varios kilómetros. Sería penoso cabalgar todo un día con el muchacho para ahorcarle. Además, les hacía falta un herrero. En cuanto a la historia del chico podía ser cierta, o tal vez no. El viejo parecía estar loco, pero Call había visto a muchos ladrones haciéndose pasar por locos con la esperanza de salvarse.

—Papá dijo que me mataría si no le ayudaba.

Call no le creyó. Había estado a punto de soltar al muchacho, pero no lo hizo. Le montó sobre uno de los caballos robados y emprendieron la vuelta.

Newt estaba enfermo ante la idea de lo que iba a ocurrir. No quería ver ahorcar a nadie de nuevo.

—Pídeselo tú —rogó a Pea.

—¿Que le pida qué? —preguntó Pea.

—Que no le ahorque —respondió Newt.

—Le ahorcará. ¿No ahorcó a Jake?

—Su padre le obligó a hacerlo —objetó Newt.

—Quizás. Y quizá no es más que un simple ladrón de caballos.

Cuando llegaron a un buen árbol, Call pasó de largo, sin parar hasta que llegaron al rancho. Una vez allí soltó al muchacho.

—Podrás trabajar —le dijo.

Por espacio de diez días el chicarrón fue el ser más amable del equipo. Herró todos los caballos, cortó leña, hizo todas las tareas que se le pidieron y las que no se le pidieron. Hablaba constantemente y quiso hacerse simpático, pero no gustaba a nadie. Ni siquiera a Newt. Tom se le acercaba demasiado cuando hablaba, y hablaba todo el tiempo. Su cara ancha estaba siempre sudada, incluso en los días más fríos. Ni siquiera gustaba a Po Campo, y le daba de comer de mala gana.

Una mañana, antes de que amaneciera, Call cazó al gran Tom ensillando un caballo y preparándose para huir. Llevaba cuatro carteras de los hombres, robadas con tanta delicadeza que ninguno las había echado en falta. También se había apoderado de la silla de Bert Borum, que era la mejor del equipo.

Call llevaba unos días esperando aquello y había encargado a Pea Eye que le vigilara. El gran Tom trató de escapar y Call le derribó de un tiro. Los vaqueros salieron de la casa en calzoncillos al oír el disparo. Incluso herido, el muchacho luchó como una fiera y Call tuvo que golpearle con su «Henry» antes de que pudieran atarle. Esta vez fue rápidamente ahorcado, aunque volvió a llorar y suplicar misericordia.

—Es malgastarla con los ladrones de caballos —dijo Call antes de golpear al caballo debajo del muchacho. Ninguno de los hombres dijo nada.

—Debimos ahorcarle en el primer momento, aunque nos herró los caballos —observó Pea Eye.

Call empezó a pensar en Gus y en la promesa que le había hecho. Pronto sería primavera y tendría que marcharse si se decidía a cumplir la promesa, como naturalmente pensaba hacer. No obstante, el rancho estaba empezando y era difícil decidir a quién dejar al frente. La cuestión había estado en su mente durante todo el invierno. No parecía que hubiera peligro de indios o de lo que fuera. ¿Quién sería el mejor para mantener las cosas en marcha? Soupy era excelente cuando se le encomendaba una tarea, pero carecía de iniciativa y no

estaba acostumbrado a hacer planes. Los hombres eran todos independientes sin excepción y siempre al borde de una pelea a puñetazos cuando pensaban que alguien había tratado de estar por encima de ellos. Pea Eye era obviamente el decano, pero Pea Eye había aceptado órdenes durante treinta años; esperar que de pronto empezara a darlas era esperar lo imposible.

Call pensaba mucho en Newt. Le observó con creciente orgullo durante todo el invierno. El muchacho era el único de todo el grupo con el que le gustaba estar. Le satisfacía su habilidad y constancia con los caballos. Sabía que sería arriesgado dejar a un muchacho de diecisiete años al frente de un grupo de hombres maduros, pero también él había conducido hombres a su edad, y en tiempos mucho más duros. Le gustaba la forma en que el muchacho hacía su trabajo sin quejarse. Había madurado físicamente a lo largo del año y era capaz de trabajar enérgicamente durante todo el día y de hacer mucho más que la mayoría de los hombres.

Una vez, viendo cómo el muchacho cruzaba el corral después de trabajar con uno de los mustangs, Pea Eye comentó inocentemente:

—Capitán, el pequeño Newt camina igualito que usted.

Call acusó el comentario, pero Pea Eye no se dio cuenta. Pea Eye no se daba cuenta de nada, como solía decir Augustus.

Aquella noche, sentado en la pequeña tienda de Wilbarger, Call recordó el comentario. También recordó los esfuerzos de Gus para hablarle del muchacho. Ante la insistencia de Gus, su naturaleza le hacía resistirse, pero con Gus muerto no le parecía tan desagradable considerarle como hijo. Ciertamente había estado con su madre, por odioso que le pareciera el recuerdo. Maggie, naturalmente, no había sido odiosa. Era la extraña necesidad de ella que despertaba en él lo que no le gustaba recordar.

Empezó a llevar al muchacho consigo en cada viaje que hacía a los fuertes, no solo para familiarizarle con el país sino para dejar que participara en vender y comerciar. Una vez, a guisa de prueba, mandó a Pea Eye, al muchacho y los hermanos Rainey a Fort Benton con una importante cantidad de ganado, indicando que el muchacho debía ocuparse de los detalles de la venta y de traer el dinero a casa. Newt lo hizo bien, tan bien como lo hubiera hecho él mismo. Llevó el ganado con seguridad, lo vendió por una buena cantidad y trajo el dinero a casa.

A Soupy Jones no le sentó bien que a Newt se le otorgara semejante autoridad. Soupy opinaba que era él quien debió llevar el ganado y posiblemente recibir una buena comisión, en su calidad de primer vaquero. De vez en cuando Soupy se mostraba agresivo con Newt, pero Newt lo ignoraba lo mejor que podía. Call no hizo nada, pero dos semanas después dejó caer que iba a mandar al muchacho otra vez al fuerte, y entonces Soupy estalló. Lo tomó como una ofensa y dijo que pediría su paga y se marcharía si era así como estaban las

cosas.

Call le pagó inmediatamente, con gran sorpresa de Soupy. Nunca había imaginado semejante reacción.

—Pero capitán, si yo no quiero marcharme… —se quejó—. No tengo a dónde ir en el Sur.

—En ese caso, devuélveme el dinero y compórtate como es debido —dijo Call—. Aquí soy yo el único que decide lo que hay que hacer.

—Ya lo sé, capitán. —Comprendía que había elegido un mal momento para su escena…, inmediatamente después del desayuno y con muchos hombres presentes.

—Si tienes alguna otra queja, te escucharé. Pareces enfadado con Newt.

Aquellas palabras produjeron una gran impresión a Newt. Era la primera vez que el capitán había pronunciado su nombre.

—Pues no, no lo estoy. Trabaja bien, pero no me gusta que por trabajar bien lo sitúe por encima de mí, a menos que haya una razón.

—Es joven y necesita entrenarse, y tú no. Esta es la razón. Si te digo que vas a recibir órdenes de él, tendrás que aceptarlas o marcharte. Estas serán mis siguientes órdenes.

Soupy enrojeció ante la odiosa idea de recibir órdenes de un chiquillo. Se metió el dinero en el bolsillo, decidido a marcharse, pero tras una hora de reflexión devolvió la paga a Call. Pero aquella noche alargó de pronto el pie cuando pasaba Newt con un plato de comida. Newt cayó de bruces pero se levantó al instante y se lanzó contra Soupy, tan furioso ante la ofensa que aguantó bien una serie de golpes hasta que Soupy logró imponer su peso y experiencia. Newt recibió tal paliza que ni siquiera se dio cuenta de cuándo terminó. Se encontró sentado en el suelo escupiendo sangre; Soupy había desaparecido. Call había esperado la pelea y la contempló impasible, contento de cómo se había defendido el muchacho. Ganar estaba más allá de sus fuerzas.

A Soupy la pelea no le ganó amigos; se daba tanta importancia desde que Dish se había marchado que casi no tenía amigos, mientras que Newt era popular. La reacción fue tan en su contra que pocos días después volvió a reclamar su paga y se marchó llevándose a Bert. Ambos habían llegado a la conclusión de que podían llegar a Texas, si se iban juntos.

Call estuvo unas semanas preocupado por la escasez de hombres, pero tres jóvenes que había visto en el fuerte decidieron abandonar el Ejército y hacerse rancheros. Los tres eran de Kentucky. Al principio eran ineptos para todo, aunque trabajadores. Luego aparecieron dos vaqueros genuinos, atraídos al Norte desde Miles City al saber que había un rancho cerca del Milk. Un año atrás habían dejado de ser vaqueros para dedicarse a los mulos, pero pensaban que habían cometido un error. Después apareció un muchacho alto llamado Jim. Había formado parte de una caravana pero había perdido interés por llegar a Oregón.

Call descubrió poco después que casi tenía más hombres de los que necesitaba. Decidió empezar pronto a marcar. Habían ido naciendo varios centenares de terneros desde Texas; muchos ya tenían un año y resultaba muy difícil marcarlos. Algunos hombres cuestionaban la necesidad de hacerlo, dado que era el único ganado del territorio, pero Call sabía que aquello iba a cambiar. Llegarían otros.

Tardaron diez días en reunirlos. El ganado se había extendido entre el Milk y el Missouri en busca de pastos durante el invierno. Marcar les llevó una semana. Al principio, a los hombres les divertía la actividad, compitiendo unos con otros para ver quién podía derribar más deprisa a los animales grandes. También hubo muchas discusiones sobre quién debía echar el lazo y quién trabajar a pie. Newt mejoró tan rápidamente con el lazo que pronto compartió la tarea con Needle Nelson, el único hábil con el lanzamiento de los que quedaban del equipo original.

Una vez terminado el marcaje y con la hierba primaveral asomando por debajo de las nieves de mayo, Call pensó que había llegado el momento de cumplir la promesa que había hecho a su viejo amigo. Era absurdo. En realidad parecía una insensatez tener que acarrear un cadáver de seis meses hasta Texas, mas así era.

Pero se acercaba junio y aún no se había ido. Las nieves se habían fundido por todos los llanos y algo le retenía. No era el trabajo. Había muchos hombres para hacer el trabajo; incluso habían tenido que rechazar a dos o tres hombres que habían venido a ofrecerse. Muchas veces Call pasaba gran parte de la tarde contemplando cómo trabajaba Newt con los caballos que habían comprado en un reciente viaje al fuerte. Era un trabajo que a él nunca le había gustado demasiado y que no hacía bien; siempre le había fallado la paciencia. Dejaba al chico en paz y nunca le hacía sugerencias. Le gustaba contemplarlo con los caballos; era su gran placer. Si se acercaba un vaquero y trataba de hablarle mientras miraba, solía ignorarle hasta que se marchaba. Quería contemplar al muchacho sin que le distrajeran. Sabía que solo le quedaban unos días para hacerlo. Sabía que ir a Texas y volver era un trayecto muy largo. A veces se preguntaba si regresaría. Había puesto el rancho en marcha y hasta aquel momento los peligros habían sido inferiores a lo que había temido. A veces le parecía que no le quedaba nada más que hacer. Se sentía mucho más viejo de lo que nadie imaginaba. Gus parecía joven incluso al morir, pero Call se sentía viejo. No había recuperado su interés por el trabajo. Solo se encontraba a gusto consigo mismo cuando contemplaba al muchacho con los caballos.

En aquellas horas se perdía en recuerdos de tiempos pasados, de otros hombres que habían vivido con caballos, que los habían domado, que los habían montado y habían muerto encima de ellos. Se sentía orgulloso del muchacho y al mismo tiempo sentía pena porque sus principios habían sido como habían sido. Pero no podía cambiar nada. Pensó que podía hablar de ello alguna vez, como

Gus había querido que hiciera, pero no dijo nada. No podía. Si se encontraba casualmente solo con el chico, se le esfumaban las palabras. La idea de tener que hablar de ello le producía una opresión en la garganta, como si una mano se la estrujara. Y de todos modos, ¿qué podían cambiar una pocas palabras? No podían cambiar los años.

Al principio Newt estaba desconcertado cuando el capitán empezó a ir a verle con los caballos. Primero estaba nervioso. Pensaba que el capitán tal vez le observaba porque estaba haciendo algo que debía ser corregido. Pero las tardes iban pasando y el capitán solo miraba, a veces sentado durante horas, aunque lloviera o soplara el viento. Newt acabó acostumbrándose a verle. Llegó a sentir que el capitán disfrutaba mirándole. Debido a como el capitán se estaba comportando, dándole cada vez más responsabilidad en el trabajo, Newt acabó pensando que tal vez el señor Gus tuviera razón. El capitán podía ser su padre. Algunas tardes, con el capitán allí observándole, casi estaba seguro y empezó a esperar a que el capitán se lo dijera pronto. Empezó a escuchar, esperando oírle, con una esperanza cada vez mayor. Incluso cuando el capitán no le decía nada, Newt se sentía orgulloso de que fuera a verle trabajar.

Durante dos semanas, en las noches de primavera, Newt se sintió muy feliz. Nunca había esperado compartir tanto tiempo con el capitán, y confiaba que este le hablaría pronto y le explicaría todo lo que le había desconcertado durante tanto tiempo.

Una noche, a finales de mayo, Call no podía dormir. Estuvo toda la noche sentado delante de la tienda, pensando en el muchacho, en Gus y en el viaje que iba a emprender. Aquella mañana, después del desayuno, llamó a Newt aparte. Al principio no pudo hablar; la mano le apretaba la garganta de nuevo. El muchacho esperaba, paciente. Call se indignó consigo mismo por su extraño comportamiento y por fin recobró la voz.

—Tengo que llevarme a Gus —le dijo—. Cuento con estar un año fuera. Tendrás que ser el amo del rancho. Pea te ayudará y el resto son hombres de confianza, aunque el irlandés siente añoranza y tal vez regrese a su tierra.

Newt no sabía qué decir. Se quedó mirando al capitán.

—Esa mujer hereda la mitad del dinero cuando vendas ganado. Fue una petición de Gus. Puedes ingresárselo a su nombre en el Banco de Miles City. Cuando la vea le diré que lo tiene allí.

Newt casi no podía creer que iba a ser el amo de todo. Esperaba más órdenes pero el capitán dio media vuelta y le dejó.

Entrada la mañana, cabalgó con Pea Eye y Needle a lo largo de la orilla del Milk para ver si había algún animal atrapado en el fango. Ocurría siempre. Sacarlos era difícil, era un trabajo sucio, pero había que hacerlo. Si llovía, el río podía crecer durante la noche y ahogar a los animales atollados.

El día era frío y ventoso. Newt se había tenido que meter en el barro en tres

ocasiones para alzar los cuartos traseros de los erales mientras Needle les pasaba el lazo por la cabeza para tirar de ellos y sacarlos. Newt se quitó el barro de las piernas lo mejor que pudo y cuando se disponía a volver a la casa vio al capitán que cabalgaba hacia ellos. Iba montado en la *Mala Bestia* y llevaba del ronzal a *Greasy*, el enorme mulo que había venido con ellos desde Texas, y un animal flaco llamado *Jerry*, que era la montura que prefería después de la *Mala Bestia*. El viejo cartel de Gus iba amarrado a la carga que llevaba el mulo.

—Supongo que el capitán se marcha —comentó Pea Eye—. Se lleva al viejo *Greasy* y un caballo de repuesto.

A Newt se le cayó el alma a los pies. Sabía que el capitán tenía que marcharse, aunque esperaba que no lo hiciera, por lo menos hasta dentro de unos días.

Call cabalgó junto a los tres hombres, echó pie a tierra y ante la sorpresa de todos desensilló a *Mala Bestia* y puso su silla sobre *Jerry*. Luego llevó la *Mala Bestia* hasta donde estaba Newt.

—Prueba a ver cómo le va tu silla —dijo a Newt.

Newt miraba con asombro al capitán. Pensó que lo habría entendido mal. Nadie excepto el capitán había montado a la yegua desde que el equipo de Hat Creek la había adquirido.

—¿Que haga qué? —preguntó.

—Ponle tu silla —respondió Call. Estaba cansado y le costaba hablar. Sentía que de un momento a otro se ahogaría.

—Dudo que le guste —objetó Newt mirando a la yegua, que tenía las orejas apuntándole como si supiera lo que se había dicho. Pero el capitán no se desdijo, así que desensilló al alazán que estaba montando, el que Clara le había regalado, y llevó su silla a la yegua. Call sostuvo las riendas mientras Newt la ensillaba. Entonces entregó las riendas a Newt y fue a sacar su gran «Henry» de la funda. Retiró el «Winchester» del muchacho y lo cambió por el «Henry» en la funda de su silla. No encajaba muy bien, pero podía pasar.

—Lo vas a necesitar para esos osos tan grandes —le dijo.

Cuando volvió a mirar al muchacho, le embargó la sensación de ahogo. Decidió decirle que era su hijo, como Gus había querido que hiciera. Pensó que se apartarían un poco para poder hablar en privado.

Pero cuando miró a Newt y le vio allí, con el viento frío y Canadá a sus espaldas, no pudo decir nada. Era como si toda su vida se le hubiera atragantado de pronto, un bocado amargo que no podía ni escupir ni tragar. Una vez había visto cómo un *ranger* moría atragantado con un trozo de carne de búfalo y pensó que también él se atragantaba; se atragantaba con su persona. Sintió que había fracasado en todo lo que había tratado de ser: el muchacho que tenía delante era la prueba de ello. La vergüenza que sentía era tanta que no dejaba que le salieran

las palabras. Noche tras noche, sentado delante de la tienda de Wilbarger, se había debatido con unos sentimientos tan amargos que no sentía siquiera el frío de Montana. Toda su vida había predicado la sinceridad a sus hombres y había despedido en el acto a los que no eran capaces de ser sinceros, aunque mentían sobre todo respecto de obligaciones olvidadas y órdenes mal cumplidas. Pero él era mucho peor porque no había sido sincero con su propio hijo, que se encontraba a pocos pasos de él, sosteniendo las riendas de la *Mala Bestia*.

Call pensó que aún podía decirlo, aunque los hombres estuvieran allí. El esfuerzo le hizo temblar, y su temblor y la expresión que vio en su rostro hizo que Pea Eye se sintiera consternado porque nunca había visto al capitán sin saber qué decir. El capitán se acercaba cabalgando, daba una orden y eso era todo, pero ahora se había quedado mirando a Newt con un extraño temblor en la garganta.

Cuando miró al capitán, Newt empezó a sentirse mucho más triste de lo que se había sentido en su vida. « Déjalo, —quería decirle—. Déjalo si te resulta tan difícil» . Naturalmente no quería que el capitán lo dejara; se sentía demasiado joven; no quería que le dejara con todo. Tenía la sensación de que no podría soportar lo que estaba ocurriendo, era demasiado sorprendente. Cinco minutos antes había estado sacando a un eral del lodo. Ahora el capitán le había dado su caballo y su rifle y le miraba con expresión de sufrimiento en el rostro. Ni siquiera Sean O'Brien, cuando se moría a consecuencia de una docena de mordeduras de serpiente, había exteriorizado tanto dolor. « Déjalo, —pensó Newt —. Déjalo. Siempre ha sido así. Déjalo ya, capitán» .

Call dio unos pasos hacia el muchacho y le estrechó el brazo con tanta fuerza que Newt pensó que los dedos le habían partido el hueso. Después se volvió y trató de montar el caballo pardo. Tuvo que buscar el estribo tres veces antes de conseguir montar. Deseaba haber muerto en el Musselshell con Gus. Hubiera sido más fácil que saber que no podía ser sincero. Tenía a su propio hijo delante…, seguro, era verdad. Después de dudarlo durante años, su propia mente le decía una y otra vez que era verdad…, y sin embargo no podía llamarle hijo. Su honradez se había perdido desde hacía tiempo, y ahora solo quería marcharse.

Cuando estuvo montado disminuyó un poco la tensión y siguió con el hábito que creía haber perdido, que había jurado perder: el hábito de mandar.

—Hay aún dos terneras atolladas —dijo—. Están a un kilómetro río abajo. Debéis ir a buscarlas.

Cabalgó hasta donde estaba Pea Eye y le estrechó la mano. Pea Eye se sorprendió tanto que se quedó con la boca abierta. Gus nunca le había estrechado la mano hasta el último minuto, y ahora el capitán también se la estrechaba.

—Ayuda a Newt —le pidió—. Necesitará un hombre de confianza y tú eres mejor que nadie para eso.

Alzó la mano en dirección a Needle Nelson y volvió grupas.

—Adiós, muchachos.

Pero se volvió a mirar a Newt. El muchacho parecía tan abandonado que le recordó a su propio padre, que nunca se había sentido cómodo con la gente. Su padre, borracho, se cayó del altillo de un granero en Mississippi y se rompió el cuello. Call recordó el reloj que le había entregado, un viejo reloj de bolsillo de fina caja de oro. Lo había llevado consigo desde niño. Se alzó sobre los estribos, se lo sacó del bolsillo y se lo entregó a Newt.

—Era de mi padre —dijo, y dio media vuelta.

—¡Maldita sea, Newt! —exclamó Pea Eye más sorprendido que nunca en toda su vida—. Te ha dado su caballo, su rifle y ahora el reloj. Se comporta como si fuerais parientes.

—No, no soy pariente de nadie en este mundo —dijo Newt con amargura—. No quiero serlo. No lo seré.

Sumido en la desesperación, montó la *Mala Bestia* como si la hubiera montado durante años y marchó río abajo. Sintió que nunca más querría esperar nada; inmediatamente tuvo la extraña corazonada de que el capitán quizás hubiera vuelto. Podía haber olvidado algo…, tal vez una orden que había pensado dar. Incluso eso sería bienvenido. Se encontraba totalmente solo pensando que el capitán se había ido. Pero cuando se volvió para mirar, el capitán era solo una mancha en la inmensa llanura. Se había ido y las cosas nunca volverían a ser como Newt había esperado, nunca. En cierto modo había resultado demasiado duro para el capitán, y se había marchado.

Pea Eye y Needle siguieron silenciosamente a Newt. Pea Eye se sentía viejo y asustado. En unos minutos se habían tambaleado los cimientos de su vida y le invadían los malos presagios. Durante treinta años el capitán había estado allí dando órdenes y con frecuencia las órdenes les habían mantenido con vida. Siempre había estado con el capitán, pero ahora ya no era así. No podía comprender por qué el capitán había dado a Newt el caballo, el rifle y el reloj. Aquel incidente del hacha y lo que había oído al ir a recogerlo estaba olvidado; le había desconcertado durante tanto tiempo que al fin se había desprendido de su memoria.

—Bueno, aquí estamos —dijo abrumado—. Supongo que tendremos que seguir haciendo el trabajo.

El toro tejano estaba a unos cien metros con un pequeño grupo de vacas. Cuando los jinetes se acercaron, empezó a mugir y a patear el suelo. Le irritaba ver varios jinetes juntos, aunque últimamente no había cargado contra nadie.

—Te diré una cosa, un día de estos mataré al toro —comentó Needle—. He aguantado mucho tiempo a ese hijo de puta. Puede que al capitán le haga gracia, pero a mí no.

Newt oyó el comentario, pero no dijo nada. Sabía que el capitán le había dejado con una carga excesiva, pero no lo comentó. Tendría que tratar de cumplir con su obligación aunque ya no le importara.

Por la fuerza de la costumbre, aunque sabían que no tenía sentido, sacaron a las dos terneras atolladas en el lodo del río Milk.

101

En Miles City, Call se encontró con que los restos de Augustus habían sido saqueados. Algo se había introducido en el cobertizo y había derribado el ataúd que estaba sobre los barriles que hacían de soporte. En opinión del doctor, tal vez fue una loba o quizás un jaguar. El ataúd se había partido y la alimaña había huido con la pierna amputada. El hecho no fue descubierto hasta después de una ventisca, así que naturalmente la pierna no pudo ser recobrada.

La expresión de Call cuando oyó la noticia fue tan sombría que el doctor se puso nervioso.

—Lo hemos guardado —explicó evitando la mirada de Call—. Mandé que lo volvieran a meter en la caja. De todos modos ya había perdido la pierna antes de morir.

—Pero cuando yo me fui la dejé en el ataúd —afirmó Call. No tenía intención de discutir con el hombre. Buscó al carpintero que había hecho el ataúd y le hizo reforzarlo con planchas resistentes. El resultado fue un objeto muy pesado.

Afortunadamente, aquel mismo día Call vio una calesa que se vendía. Era vieja, pero parecía resistente y la compró. Al día siguiente hizo recubrir de lona el ataúd y amarrarlo al asiento. El toldo de la calesa estaba hecho trizas y decidió arrancarlo. *Greasy*, el mulo, estaba acostumbrado a tirar de la carreta, así que casi no notó la calesa dada su ligereza. Dejaron Miles City una mañana en que el frío había vuelto de pronto. Hacía tanto frío que el sol solo proyectaba una luz descolorida a través de gélidas nubes. Call sabía que era peligroso emprender la marcha solo con dos animales, pero estaba dispuesto a correr el riesgo.

Al día siguiente mejoró el tiempo y cabalgó durante cierto tiempo junto a un centenar de indios crow que se dirigían hacia el Sur. Los crow eran amistosos y su anciano jefe, un hombrecito reseco con un enorme apetito de tabaco y charla, intentó convencer a Call de que acampara con ellos. Todos estaban intrigados porque viajaba con un ataúd y le formularon infinidad de preguntas sobre el hombre que había dentro.

—Viajamos juntos —respondió Call. No quería hablar de Gus con aquel viejo ni con nadie. Quería seguir adelante, pero era cordial y cabalgó con los crow porque pensó que si se mostraba descortés algunos jóvenes guerreros podían

molestarle más adelante hacia el Sur, cuando estuviera fuera del alcance de la protección del viejo.

Cuando llegó a Wyoming cabalgó durante once días sin ver un alma. La calesa aguantaba bien, pero *Greasy* adelgazaba porque la marcha de Call era dura. El ataúd recibió varias sacudidas al cruzar unas barrancas cerca del río Powder, pero los refuerzos aguantaron.

La primera gente que vio al acercarse a Nebraska fueron cinco indios jóvenes que habían conseguido alcohol en alguna parte. Cuando vieron que transportaba a un muerto le dejaron en paz, aunque estaban demasiado borrachos para poder cazar y le pidieron comida. Ninguno de ellos aparentaba más de dieciocho años y sus caballos no eran buenos. Call empezó a negarse, pero después pensó que solo eran muchachos. Les ofreció comida si dejaban de beber, pero al oírle se pusieron violentos. Uno sacó una vieja pistola e hizo ademán de dispararle, pero Call no hizo caso de la amenaza y no tardaron en marcharse.

Lamentó tener que llevar a Gus junto a las mujeres, pero pensó que parte de su obligación consistía en entregar las cartas que Gus había escrito cuando se moría. El Platte estaba tan lleno de ocas y patos que oyó sus gritos todo el día aunque viajaba a dos kilómetros del río.

No dejaba de pensar en los hombres que había dejado junto al Milk y en el muchacho. No contaba con que la despedida hubiera sido como fue, y no podía alejar su mente de ella. Durante cientos de kilómetros a través de Montana y Wyoming, volvía a despedirse mentalmente de ellos, día tras día. Muchas veces imaginaba que les había dicho cosas que no había dicho y de tanto concentrarse en lo mismo mientras cruzaba los llanos, empezó a notarse confuso. Añoraba estar sentado en los corrales contemplando a Newt mientras trabajaba con los caballos. Se preguntaba si el muchacho manejaría bien a la *Mala Bestia* y si algún hombre más habría abandonado el rancho.

Y un buen día, antes de tener tiempo de soltar las riendas, en casa de Clara, donde encontró a Dish Boggett y al joven *sheriff* de Arkansas domando caballos, la mujer entabló una discusión con él. Cuando llegó, ella estaba con la cabeza descubierta y con chanclos plantando unos arbustos.

—Así que va a hacerlo, señor Call… —le espetó Clara al verle. Le desconcertó que lo mirara despectivamente puesto que no hacía otra cosa que cumplir el deseo de un hombre que la había amado durante tanto tiempo. Dish le había contado que Gus quería que su cuerpo fuera llevado a Texas.

—Bueno, él me lo pidió y yo dije que lo haría —respondió Call, preguntándose por qué le aborrecía tanto. Acababa de echar pie a tierra.

—Gus estaba loco y usted más por cargar con un cadáver hasta tan lejos —le soltó Clara sin rodeos—. Entiérrele aquí y vuelva junto a su hijo y sus hombres. Le necesitan. Gus puede descansar junto a mis chicos.

Call se encogió cuando ella pronunció la palabra «hijo», como si nunca hubiera tenido la menor duda de que Newt era suyo. Él había sido un hombre de opinión firme, pero ahora le parecía que no sabía nada mientras que las palabras que Clara le soltaba eran duras como piedras.

—Eso mismo le dije yo —observó Call—. Le dije que usted seguramente querría que se quedara aquí.

—Siempre he tenido a Gus donde he querido. Le mantuve en mi memoria dieciséis años. Ahora estamos hablando de enterrar su cuerpo. Llévelo a la loma. Diré a Dish y July que caven una fosa.

—Bueno, pero esto no es lo que él me pidió —insistió Call evitando mirarla—. Parece que donde quiere descansar es en aquel lugar de Texas a donde iban de *picnic*.

—Gus era un loco magnífico. Se volvió loco por mí y por cualquier otra muchacha que le quisiera cierto tiempo. Como era en mí en quien pensaba al morir, no tiene por qué arrastrar sus huesos hasta Texas.

—Fue porque merendaban en aquel lugar —dijo Call desconcertado por su enfado. En su opinión una mujer debía sentirse halagada ante semejante petición, pero era obvio que Clara no lo tomaba así.

—Sí, recuerdo nuestros *picnics* —dijo—. Discutíamos sobre todo. Él quería lo que yo no estaba dispuesta a dar. Yo quería lo que él no tenía. Eso ocurrió hace mucho tiempo, antes de que murieran mis hijos.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al decirlo, como le ocurría siempre que pensaba en sus hijos. Se daba cuenta de que estaba siendo todo menos hospitalaria, y de que aquel hombre no comprendía lo que le estaba diciendo. Apenas lo comprendía ella misma. Solo sabía que la vista de Woodrow Call despertaba en ella un odio y un asco irracionales.

—Le escribió —dijo Call recordando por qué había venido—. Hay una carta para usted y una para ella. Le ha dejado su mitad del ganado.

Desató las alforjas y sacó las dos cartas, entregándoselas a Clara.

—Pensé mandarlas con Dish, pero marchó en invierno y no podía saber si llegaría —se excusó Call.

—Pero usted siempre llega, ¿verdad, capitán? —Clara acompañó sus palabras con una mirada tan dura que Call se apartó y se fue junto a los animales, derrengado. Estaba de acuerdo con ella en que Gus había sido un loco haciéndole semejante petición.

Entonces se volvió y vio a Clara acercarse a *Greasy*, el mulo. Acarició el cuello de la bestia y le habló con dulzura antes de estallar en sollozos. Ocultó la cara contra el mulo, que se había quedado como plantado, aunque normalmente era un animal inquieto. Pero se quedó tranquilo mientras Clara sollozaba junto a su flanco. Después, sin mirar a Call, recogió las cartas y corrió a la casa.

Dish y July estaban mirando desde los corrales. Dish estaba impresionado

ante el ataúd de Gus. No había logrado superar su nerviosismo sobre los muertos. Le parecía que un entierro rápido era el mejor sistema para calmar a sus espíritus.

July estaba enterado de la muerte de Gus McCrae y de su extraña petición, naturalmente, pero no acababa de creerlo. Ahora resultaba que era verdad. Recordaba la vez en que Gus había cabalgado con él al campamento kiowa y había dado muerte hasta el último hombre, mientras que él ni siquiera había sido capaz de apretar el gatillo. Y ese mismo hombre que llevaba muerto todo el invierno, ahora aparecía en Nebraska. Todo eso era algo que se apartaba de lo corriente, no le cabía la menor duda.

—Sabía que el capitán lo haría —dijo Dish—. Seguro que los chicos que se han quedado en Milk ahora están asustados.

—He oído decir que los inviernos son muy duros allí arriba —comentó July, y no porque los de Nebraska fueran suaves.

El capitán caminó como si estuviera aturdido hacia los corrales, pero poco después se detuvo. Dish se le acercó a saludarle, seguido de July, y se quedó impresionado al ver cómo había cambiado. Parecía un anciano. Tenía la cara flaca y la barba y el bigote estaban salpicados de gris.

—Me alegro de verle, capitán —le dijo Dish—. ¿Qué tal están los muchachos?

Call estrechó la mano de Dish y luego la de July.

—Hemos pasado el invierno sin perder ni un hombre, y apenas hemos perdido ganado —respondió Call, con aspecto cansado.

Se fijó en que Dish miraba más allá de él. Se volvió y vio que la mujer rubia había salido de la casa. Se acercó a la calesa y paró junto al ataúd. Las dos hijas de Clara la siguieron hasta el porche trasero con el pequeño entre ellas. Las niñas no siguieron a Lorena hasta la calesa. Observaron un instante y luego volvieron a llevarse al niño dentro de la casa.

Dish Boggett hubiera dado cualquier cosa por poder estar con Lorena, pero sabía que no podía hacerlo. En cambio, acompañó al capitán hasta los corrales y trató de interesarle en los caballos. Pero el capitán tenía la cabeza en otra cosa.

Cuando se hizo de noche en los llanos y entraron para la cena, Lorena seguía junto a la calesa. Todos permanecieron en silencio durante la cena menos el niño. Estaba acostumbrado a ser el centro de la atención y alegría y no podía comprender que nadie se riera cuando tiró la cuchara, o por qué nadie le cantara o le ofreciera algo dulce.

—¿No deberíamos ir en busca de Lorie? —preguntó Dish en un momento dado, preocupado porque se la había dejado sola en la oscuridad.

Clara no contestó. Las niñas habían preparado la cena y ella dirigía el servicio con una mirada de vez en cuando. Al observar la torpeza con que Woodrow Call manejaba el tenedor, se arrepintió un poco de su dureza cuando llegó, pero no se

excusó. No había esperado que July participara en la conversación, pero de todos modos le molestaba su silencio. Una vez, Martin escupió un bocado perfectamente bueno y Clara le miró severamente diciendo: « ¡Pórtate bien!» , en un tono que inmediatamente puso fin a su agitación. Martin abrió la boca disponiéndose a llorar, pero lo pensó mejor y se terminó la comida tristemente.

Después de la cena los hombres salieron de la casa para fumar, encantados de librarse de la compañía de la silenciosa mujer. Incluso Betsey y Sally, acostumbradas a charlar durante toda la cena, disputándose la atención de los hombres, estaban apagadas por el silencio de su madre, y únicamente se ocuparon de servir.

Una vez terminada la cena Clara subió a su alcoba. La carta de Gus estaba sobre su escritorio, sin que la hubiera leído. Encendió la lámpara y la cogió, rascando la sangre seca que manchaba una de la esquinas del papel doblado.

—No debería leerla —dijo en voz alta—. No me gusta la idea de las palabras de un muerto.

—¿Qué, mamá? —preguntó Betsey. Había subido con Martin y la había oído hablar.

—Nada, Betsey. Una mujer loca que habla sola.

—Parece como si a Martin le doliera la barriga —se quejó Betsey—. No debiste mirarle de aquel modo, mamá.

Clara se volvió un momento.

—¡No quiero verle escupir la comida! —respondió—. La razón de que los hombres sean horrendos es porque alguna mujer les ha malcriado. Martin aprenderá buenos modales aunque no aprenda nada más.

—No creo que los hombres sean horrendos —protestó Betsey—. Dish no lo es.

—Déjame en paz, Betsey, y acuesta a Martin.

Abrió la carta. Solo unas palabras escritas con mano temblorosa:

Querida Clara:

Te agradeceré que cuides de Lorie. Me temo que va a ser un golpe muy duro para ella.

Ahora solo me queda una pierna y esta vida se me apaga rápidamente, así que no puedo decirte más. Buena suerte para ti y para tus niñas. Espero que te vaya bien con los caballos.

GUS

Clara salió al porche de su habitación y se sentó, retorciéndose las manos. Podía ver a los hombres que seguían abajo, fumando todavía, pero estaban silenciosos. « Demasiada muerte —pensó—. ¿Por qué sigue persiguiéndome?» .

El oscuro cielo no le proporcionó ninguna respuesta y un rato después se puso en pie, bajó y fue junto a Lorena, que seguía pegada a la calesa, de donde no se había movido desde que llegó Call.

—¿Quieres que te lea la carta? —le preguntó sabiendo que la muchacha casi no sabía leer—. La escritura es mala.

Lorena tenía la carta fuertemente sujeta en la mano.

—No, la conservaré —respondió—. Puso mi nombre en ella y eso sí puedo leerlo. La conservaré.

No quería que Clara viera la carta. Era de Gus, para ella. Lo que dijeran las palabras no importaba.

Clara la acompañó un momento y luego entró.

La luna salió tarde y cuando lo hizo los hombres se fueron a la cabaña, junto a los corrales, donde dormían. El viejo mejicano estaba tosiendo. Mucho más tarde Lorena oyó al capitán que recogía su rollo de mantas y se alejaba con él. Se sintió contenta cuando las luces de la casa se apagaron y no quedó ningún hombre. Así se le hacía más fácil imaginar que Gus sabía que estaba allí con él.

« Todos te olvidarán, tienen sus quehaceres —pensó—. Pero yo no, Gus. Siempre que llegue la mañana o la noche me acordaré de ti. Tú viniste y me libraste del bandido. Ella puede olvidar y ellos también olvidarán, pero yo no, Gus, nunca» .

A la mañana siguiente Lorena seguía pegada a la calesa. Los hombres no sabían qué pensar. Call estaba perplejo. Clara preparó el desayuno tan silenciosamente como había presidido la cena. Al mirar por la ventana, todos podían ver a la joven rubia de pie como una estatua junto a la calesa, con la carta de Augustus apretada en la mano.

—Por consideración hacia esta joven, espero que olvide su promesa, señor Call —pidió Clara—. Un hijo vivo es más importante que un amigo muerto. ¿No lo entiende?

—No puedo olvidar una promesa hecha a un amigo, aunque estoy de acuerdo que es una insensatez y así se lo dije.

—La gente pierde la razón en cosas como esta —continuó Clara—. Gus lo era todo para esta muchacha. ¿Quién me ayudará si ella la pierde?

A Dish le hubiera gustado decir que lo haría él, pero no le salieron las palabras. La visión de Lorie, vencida por el dolor, le hacía sentirse tan desgraciado que deseó no haber puesto jamás el pie en Lonesome Dove. Pero la amaba, aunque no podía acercarse a ella.

Clara comprendió que era inútil machacar a Call. Se marcharía a menos que le pegara un tiro. Su rostro estaba contraído y el hecho de que la joven estuviera allí, de pie, le había impedido marcharse. La enfurecía que Gus hubiera sido tan perverso como para exigir aquella promesa. Era una cosa desproporcionada… que le arrastraran cinco mil kilómetros para ser enterrado en un lugar de *picnic*.

Probablemente deliraba y habría retirado la petición al momento, de haber disfrutado de un instante de lucidez. Lo que más le irritaba era el egoísmo de Gus respecto al hijo de Call. Era un muchacho encantador, de ojos tristes, correcto. Era el tipo de muchacho que ella hubiera dado cualquier cosa por educar, y he aquí que por un capricho romántico Gus había conseguido separar a padre e hijo.

Le parecía mal y despertaba tal ira en ella que por un momento pensó disparar a Call, solo para fastidiar a Gus. No para matarle; solo un disparo que le retuviera lo suficiente para que fuera preciso enterrar a Gus y parar aquella locura.

En aquel momento Lorena se desplomó inconscientemente. Clara sabía que solo era un desmayo, pero los hombres tuvieron que subirla. Clara les echó tan pronto como pudo y dejó a Betsey de guardia. Entretanto el capitán Call ya estaba montado, después de enganchar el mulo a la calesa. Estaba listo para marchar.

Clara salió para convencerle una vez más. Dish y July le estrechaban la mano, pero cuando la vieron llegar desaparecieron.

—Se lo diré una vez más y con la mayor claridad, señor Call. Un hijo vivo es más importante que un amigo muerto. ¿No lo comprende?

—Una promesa es una promesa —dijo Call.

—Una promesa son palabras… Un hijo es una vida. Una vida, señor Call. Yo estaba mejor preparada que usted para criar hijos y perdí tres. Le aseguro que ninguna promesa merece que se abandone a un muchacho allá arriba como ha hecho usted. ¿Sabe ya que es su hijo?

—Supongo que sí; le di mi caballo —respondió Call, sintiendo que era tremendo que precisamente ella le hablara del asunto.

—Su caballo, pero no su nombre. Ni siquiera le ha dado su nombre.

—Yo concedo más valor al caballo —dijo Call volviéndose hacia el suyo. Empezó a moverse pero Clara, terriblemente enojada, caminó a su lado.

—Le escribiré —dijo—. Me ocuparé de que consiga su nombre aunque tenga que llevarle la carta yo misma hasta Montana. Y le diré una cosa más: lamento que usted y Gus McCrae se conocieran. Lo único que han hecho los dos es arruinarse uno a otro, por no hablar de los que les rodeaban. Otra razón por la que no me casé con él fue porque no quería tener que luchar contra usted todos los días de mi vida. Los hombres y sus promesas: son solo excusas para hacer lo que se han propuesto hacer, que es abandonar. Usted cree que siempre lo ha hecho todo bien… ese es su maldito orgullo, señor Call. Pero no hizo nunca nada bien, y qué desgraciada sería la mujer que necesitara algo de usted. Es usted un cobarde presumido, pese a todas sus batallas. Le despreciaba entonces por lo que era, y le desprecio por lo que está haciendo.

Clara se sentía incapaz de contener su amargura. Tenía la certeza de que incluso ahora el hombre creía que estaba haciendo lo que estaba bien. Iba

andando junto al caballo soltando su desprecio hasta que Call puso el mulo y el caballo al trote, mientras la calesa, con el ataúd amarrado, rechinaba e iba dando tumbos sobre el duro suelo del llano.

102

Así pues, el capitán Call regresó siguiendo el curso de los ríos, perseguido por el desprecio de Clara y desgarrado por el ardor de su propio remordimiento. Durante una semana, Platte abajo y a través del Republican, no pudo olvidar lo que le dijo: que nunca había hecho nada bien, que él y Gus se habían arruinado mutuamente, que él era un cobarde y que llevaría una carta al muchacho. Había ido por la vida convencido de que había hecho lo que debía hacerse, y ahora una mujer le echaba en cara que no era así. No podía olvidar fácilmente ninguna de las palabras que le dijo Clara. Solo podía arrastrar la calesa por las solitarias llanuras, con las palabras hiriéndole aún la cabeza y el corazón.

Antes de que llegara a Kansas había corrido la noticia de que un hombre llevaba un cadáver a casa, a Texas. La llanura estaba repleta de rebaños porque era pleno verano. Los vaqueros y los soldados propagaron la noticia. Varias veces se cruzó con tramperos procedentes del Este, de las Rocosas, o con cazadores de búfalos que no encontraban búfalos. Los indios se enteraron: pawnees, arapahoes y sioux de Ogallala. A veces adelantaba partidas de guerreros, con caballos lustrosos por la hierba primaveral, que salían a contemplar su viaje. Algunos eran lo bastante curiosos como para acercársele e incluso interrogarle. ¿Por qué no enterraba al compañero? ¿Se trataba acaso de un santo cuyo espíritu debía estar en un lugar determinado?

«No —respondía Call—. No era un santo». Más de esto no podía explicar. Había llegado a la conclusión de que Augustus habría perdido la cabeza al final, aunque no lo pareciera, y que él también había perdido la suya prometiéndole lo que le había prometido.

En una semana, en Kansas, se encontró con ocho rebaños de ganado. Apenas acababa de dejar uno atrás aparecía otro. La única ventaja para él fue que los jefes de marcha se mostraron generosos con alambre y alicates. La calesa de Miles City había sido recompuesta tantas veces que ahora ya era puro alambre, en opinión de Call. Sabía que nunca conseguiría llegar a Texas, pero estaba decidido a seguir tanto tiempo como pudiera. Lo que haría cuando se desintegrara definitivamente era algo que ignoraba.

Tanta veces le preguntaron por Augustus y el propósito de su viaje que ya no pudo resistirlo más. Torció al Oeste, hacia Colorado, con la intención de esquivar

las principales marchas de ganado. Estaba cansado de encontrar gente. Sus únicos momentos de paz llegaban a última hora del día cuando se encontraba demasiado cansado para pensar y se limitaba a ir dando bandazos con Gus.

Cabalgó a través de Denver y se acordó de que nunca había enviado el telegrama al hermano de Wilbarger notificándole su muerte. Hacía de esto un año y pensaba que debía esta deferencia a Wilbarger, aunque no tardó en lamentar haber entrado en la ciudad, un lugar ruidoso lleno de mineros y ganaderos. La visión de la calesa con el ataúd despertaba tal curiosidad que para cuando salió de la oficina de telégrafos había una multitud agolpada delante. Cuando Call apenas había llegado a la puerta se le acercó un empresario de pompas fúnebres con un sombrero negro, y una corbata de pajarita azul.

—Señor, está usted muy lejos de cualquier cementerio —dijo el hombre. Incluso llevaba un bigotito engomado y en conjunto brillaba demasiado para el gusto de Call.

—No lo buscaba —respondió Call, montando. La gente manoseaba el ataúd como si se creyeran con derecho a ello.

—Celebramos un buen funeral por diez dólares —insistió el de las pompas fúnebres—. Podría dejar al muerto conmigo y elegir una losa a su gusto. Por supuesto, la losa no va incluida en el precio.

—No me interesa —respondió Call.

—¿Quién es, señor?

—Se llamaba McCrae.

Le alegró dejar la ciudad a sus espaldas y a partir de aquel momento decidió viajar de noche para evitar a la gente, aunque resultaba más penoso para la calesa porque no podía ver los baches.

Una noche pensó que el terreno era demasiado irregular para viajar de noche y decidió acampar junto al río Purgatorio, o Picketwire como lo llamaban los vaqueros. Oyó el ruido de un caballo que se acercaba y maquinalmente cogió el rifle. Era un solo caballo. La noche no había caído del todo y pudo ver al jinete que se acercaba. Era un hombre corpulento. El caballo resultó ser un mulo rojizo y el hombretón, Charles Goodnight. Call conocía al famoso ganadero desde los años cincuenta, y habían cabalgado juntos alguna vez en el Regimiento de Frontera, antes de que él y Gus fueran enviados a los límites. A Call nunca le había gustado el hombre. Goodnight se mostraba indiferente a la autoridad, o por lo menos a aceptar a alguien por encima de él, pero no se podía negar que era un hombre muy capacitado. Goodnight llegó hasta el campamento, pero no desmontó.

—Me gusta estar al corriente de quién está viajando por el país —dijo—. Y lo que menos esperaba era que fueras tú.

—Te invito a café —ofreció Call—. Por la noche no acostumbro a tomar nada más.

—Si yo no comiera por la noche me moriría —dijo Goodnight—. Suelo estar demasiado ocupado para poder desayunar.

—Pues te invito a sentarte conmigo.

—No, también estoy demasiado ocupado para eso. Tengo cosas que hacer en Pueblo. Además, nuca he sido hombre de sentarme a chismorrear… Supongo que se trata de McCrae —añadió mirando al ataúd que llevaba en la calesa.

—El mismo —asintió Call, temiendo las preguntas que parecían inevitables.

—Estoy en deuda con él por limpiar aquella banda del Canadian —explicó Goodnight—. De no haberlo hecho él me hubiera tenido que arriesgar yo.

—Bueno, ahora ya no puede cobrarse las deudas —dijo Call—. En todo caso dejó que se le escapara aquel asesino.

—No puedo reprochárselo. Yo también dejé que se me escapara aquel hijo de puta, y más de una vez, pero un hombre con más suerte lo apresó. Asesinó a dos familias en Bosque Redondo y cuando ya se marchaba, un ayudante de *sheriff* hizo un disparo afortunado y le derribó el caballo. Le alcanzaron y se proponen ahorcarle en Santa Rosa la próxima semana. Si te das prisa, podrás verlo.

—¡Menuda noticia! —exclamó Call—. ¿Vas a ir tú?

—No. Yo no asisto a ejecuciones en la horca, aunque he presidido algunas de poca importancia. Bueno, esta es la conversación más larga que he sostenido en diez años. Adiós.

Call llevó la calesa por Raton Pass y se metió en la gran llanura de Nuevo México. Aunque no había visto otra cosa que llanuras durante un año, le impresionó la enorme extensión de tierra que tenía ante sí. Hacia el Norte todavía había nieve en los picos de Sangre de Cristo. Se apresuró hasta Santa Rosa, arriesgándose a estropear aún más la calesa, y entonces se enteró de que se había retrasado la ejecución una semana.

Al parecer todo el territorio quería ver ahorcar a Blue Duck. La pequeña ciudad estaba llena de vaqueros, con mujeres y niños durmiendo en las carretas. Había mucha gente a favor de ahorcar inmediatamente a Blue Duck, por si escapaba. Constantemente se formaban grupos para presionar al *sheriff*, amenazando con asaltar la cárcel, pero este no parecía demasiado entusiasta. Blue Duck había asolado el llano durante tanto tiempo, y asesinado, violado y robado con tanta frecuencia, que se había formado una especie de superstición.

Algunos, especialmente las mujeres, creían que no podía morir, y que sus vidas no estarían nunca seguras.

Call aprovechó la oportunidad para que un herrero le remozara la calesa. El herrero tenía muchas carretas que arreglar y tardó tres días en poder ocuparse de la calesa, pero dejó que Call depositara el ataúd en el almacén trasero, dada la expectación que despertaba.

Lo único que podía hacerse en la ciudad, además de beber, era admirar el

nuevo juzgado, de tres pisos de altura, con una horca en lo alto de la que colgaría Blue Duck. El juzgado tenía bonitas ventanas acristaladas y suelos encerados.

Dos días antes de que tuviera lugar la ejecución, Call decidió ir a ver al prisionero. Ya había conocido al ayudante que había herido al caballo de Blue Duck. El hombre, que se llamaba Decker, era gordo y estaba borracho como una cuba. Call sospechó que Goodnight estaba en lo cierto, que el disparo había sido una cuestión de suerte. Desde el disparo, cada habitante del territorio había insistido en invitarle a una copa; tal vez había podido estar sobrio antes de convertirse en héroe. Se echaba fácilmente a llorar al recordar su hazaña, que había contado tantas veces que se había quedado afónico.

El *sheriff*, un calvo llamado Owensby, naturalmente había oído hablar de Call y estaba ansioso por mostrarle al prisionero. La cárcel tenía solo tres celdas y Blue Duck estaba en la del medio, que no tenía ventana. Las otras habían sido vaciadas, se había liberado a los reos de poca monta para disminuir las probabilidades de que Blue Duck consiguiera escapar de un modo u otro.

Tan pronto como Call vio al hombre comprendió que aquello era imposible. Blue Duck había sido herido en la espalda y en la pierna, y un trapo mugriento le cubría la frente, donde tenía otra herida. Call jamás había visto a un hombre tan cargado de cadenas. Estaba esposado; cada pierna la tenía sujeta con pesadas cadenas; y las cadenas que le envolvían el torso estaban sujetas a la pared. Dos ayudantes con «Winchester» hacían guardia constantemente. Pese a las cadenas y a los barrotes, Call se dio cuenta de que ambos estaban muertos de miedo.

Blue Duck parecía indiferente al furor de fuera. Estaba apoyado en la pared con los ojos semicerrados cuando entró Call.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el *sheriff* Owensby. Pese a todas las precauciones estaba tan nervioso que no había podido tragar bocado desde que trajeron al prisionero.

—Poca cosa —dijo un ayudante—. ¿Qué puede hacer?

—Bueno, se dice que puede escaparse de cualquier cárcel —les recordó el *sheriff*—. Hay que vigilarle de cerca.

—La única forma de vigilarle de cerca es estar dentro con él, y yo dimito antes de hacerlo —dijo el otro ayudante.

Blue Duck abrió sus ojos soñolientos y miró a Call.

—Se comenta que ha traído a su pestilente amigo a verme ahorcar —dijo Blue Duck con su voz profunda y dura, asustando a los ayudantes y al propio *sheriff*.

—Pura casualidad —respondió Call.

—Hubiera debido cogerle y asarlo cuando tuve la oportunidad —dijo Blue Duck.

—Le habría matado —saltó Call, molesto por el tono insolente del hombre—.

O yo, si hubiera sido necesario.

Blue Duck sonrió.

—Violé mujeres, rapté niños, quemé casas, maté hombres, robé caballos, maté ganado y robé a quien quise por todo su territorio, desde que fue representante de la ley. Y nunca me pudo echar la vista encima, hasta hoy. No creo que hubiera podido matarme.

El *sheriff* Owensby enrojeció, avergonzado de que el hombre insultara a un famoso *ranger*, pero no podía hacer nada por evitarlo. Call sabía que era verdad lo que decía Blue Duck y se limitó a mirarle; el hombre era mucho mayor de lo que había supuesto. Tenía una cabeza enorme y sus ojos eran fríos como los de una serpiente.

—Os desprecio a todos, hijos de puta —dijo Blue Duck—. Los *rangers*… Todavía cuento con matar a un montón de ellos.

—Lo dudo —le cortó Call—. A menos que puedas volar…

Blue Duck esbozó una sonrisa helada.

—Puedo volar. Una vieja me enseñó. Y si te esperas lo verás.

—Esperaré —afirmó Call.

El día del ahorcamiento la plaza frente al juzgado estaba abarrotada de espectadores. Call tuvo que amarrar a sus animales a más de cien metros de distancia. Quería reemprender el camino tan pronto hubiera terminado la ejecución. Se abrió paso hasta primer término de la gente y se fijó en cómo Blue Duck era llevado de la cárcel al juzgado en una pequeña carreta bajo fuerte vigilancia. Call pensó en la posibilidad de que alguien muriera accidentalmente antes de que todo terminara, dado que los ayudantes estaban tan asustados que llevaban los rifles amartillados. Blue Duck estaba fuertemente encadenado como siempre y aún llevaba el trapo mugriento cubriéndole la herida de la frente. Le metieron en el juzgado y empezaron a subir la escalera. El verdugo estaba haciendo los últimos arreglos en la cuerda. Call desvió la mirada creyendo haber visto a alguien, entre la gente, que había servido a sus órdenes. En ese momento oyó un grito y un súbito estruendo de cristales rotos. Levantó la vista y se le pusieron los pelos de punta porque Blue Duck, encadenado, volaba literalmente por los aires. Al caer, a Call le pareció que el hombre tenía la sonrisa helada; había logrado lanzarse a través de una de las grandes ventanas del tercer piso y, además, acompañado. Había agarrado al ayudante Decker con sus manos esposadas y le había arrastrado consigo. Ambos cayeron sobre el suelo pedregoso delante del juzgado. Blue Duck cayó de cabeza mientras el ayudante Decker lo hizo de espaldas, como un hombre lanzado de un pajar. Blue Duck no se movió después de la caída, pero el ayudante se estremecía y gritaba. Restos de cristales cayeron tintineando sobre los dos hombres.

La multitud estaba demasiado impresionada para moverse. El *sheriff* Owensby los miraba desde lo alto por la ventana, enojado porque centenares de

personas no podrían presenciar el ahorcamiento.

Call se adelantó en solitario y se arrodilló junto a los dos hombres. Instantes después se le unieron otros espectadores. Blue Duck estaba muerto con los ojos abiertos, de par en par y la sonrisa cruel todavía en los labios. Decker lo tenía todo roto y escupía sangre; no duraría mucho.

—Yo diría que la vieja no te enseñó lo suficiente —dijo Call al forajido.

Owensby bajó la escalera corriendo e insistió en que subieran a Blue Duck y le colgaran de la horca.

—Dije que le ahorcaría y será ahorcado, ya lo creo —exclamó.

Muchos espectadores estaban tan asustados del forajido que no querían tocarle ni muerto. Seis hombres que estaban demasiado borrachos para sentir ningún miedo le subieron por fin y le dejaron colgando en el vacío, por encima de la multitud.

Call pensó que era un trabajo estúpidamente inútil, aunque supuso que el *sheriff* tendría razones políticas.

En cuanto a él, no podía olvidar que Blue Duck le había sonreído en el momento de volar. Mientras caminaba por entre la gente oyó decir a una mujer que había visto moverse los ojos de Blue Duck cuando estaba muerto en el suelo. Incluso con el hombre colgando de la horca la gente se empeñaba en creer que no había muerto. Probablemente la mitad de los crímenes cometidos en el llano en los próximos diez años se achacarían a Blue Duck.

Cuando Call estaba llegando a su carreta, se le acercó un periodista, un muchacho pelirrojo de apenas veinte años, pálido de emoción por lo que acababa de ver.

—¿Capitán Call? —preguntó—. Escribo para el periódico de Denver. Me han dicho quién era usted. ¿Puedo hablarle un momento?

Call montó a caballo y cogió la cuerda del mulo.

—Tengo que cabalgar —le contestó—. Aún falta mucho para Texas.

Intentó salir, pero el muchacho no cedía. Anduvo junto al caballo, hablando, casi como había hecho Clara, aunque el chico solo estaba emocionado. Call encontró raro que en un mismo viaje dos personas le siguieran y le fueran hablando al mismo tiempo.

—Pero capitán… —protestó el muchacho—. Dicen que fue el *ranger* más famoso. Dicen que ha transportado al capitán McCrae cinco mil kilómetros solo para enterrarle. Dicen que ha montado el primer rancho de Montana. Mi jefe me despedirá si no hablo con usted. Dicen que es usted un hombre de gran visión.

—¡Maldita visión! —comentó Call. Se vio obligado a espolear al caballo para apartarse del muchacho, que se quedó garabateando algo en un bloc.

Era un año de sequía, la hierba del llano era parda, y la inmensa llanura estaba llena de espejismos. Call siguió el Pecos, cruzando Bosque Redondo, hacia el Sur, a través de Nuevo México. Sabía que era peligroso. Con semejante sequía,

los indios también podían seguir el río. Pero temía mucho más la sequía. Por la noche los relámpagos brillaban sobre el llano; retumbaba el trueno, pero no llovía. Los días eran pesados y calurosos y no veía a nadie; solo algún que otro antílope. Sus animales se cansaban y él también. Trató de viajar de noche, pero tuvo que dejarlo. Solía quedarse dormido y una vez estuvo en un tris de romper una rueda de la calesa. El ataúd se había agrietado de tanto rebotar y empezó a soltar una fina estela de sal.

Un día, por encima de Horsehead Crossing, mientras avanzaba medio dormido en la tarde silenciosa, sintió que algo le había dado y se echó la mano al costado. La retiró llena de sangre, aunque no había visto a ningún indio ni oído siquiera un disparo. Al volverse para correr al río divisó un hombre bajito y moreno saliendo de detrás de una mata de yuca. Call no conocía la gravedad de la herida ni con cuántos indios se enfrentaba. Bajó el ribazo demasiado deprisa y la calesa se estrelló contra una roca al borde del agua. Volcó, se partió, y el ataúd quedó debajo. Call miró hacia atrás y vio solo a cuatro indios. Desmontó, caminó unos cien metros en dirección norte a lo largo del río, y pudo matar a uno de los cuatro. Cruzó el río y esperó todo el día y toda la noche, pero no volvió a ver a los otros tres. Su herida no era importante aunque sabía que la bala seguía dentro de su cuerpo y que allí tendría que seguir hasta que llegara a Austin.

El estrecho Pecos iba lleno y el ataúd estaba bajo el agua. Call pudo por fin cortar las ataduras y sacarlo del fango con ayuda de *Greasy*. Sabía que se encontraba en un apuro porque aún estaba a ochocientos kilómetros al sur del Guadalupe y la calesa estaba destrozada. Suponía que podían llegar más indios en cualquier momento, lo que significaba que tendría que trabajar mirando por encima del hombro. Consiguió arrastrar el ataúd, pero era una cosa triste y enfangada. Además, el agua del Pecos le abrasaba las tripas y disminuía su fuerza.

Call comprendió que nunca podría arrastrar el ataúd hasta Austin. Podría considerarse afortunado si conseguía cruzar aquella tierra descolorida y sin agua hasta el Colorado o el San Saba. Por otra parte no tenía intención de abandonar a Gus, ahora que lo había traído desde tan lejos. Rompió el ataúd y envolvió los restos de su amigo en la lona que había utilizado como cubierta en las noches húmedas…, las pocas que había no le preocupaban. Luego amarró el paquete al cartel de Gus, que había aguantado a la intemperie y tenía las letras casi borradas. Preparó una especie de salero, fabricó un tosco eje y fijó el cartel entre las dos ruedas de la calesa. Era más bien una plataforma con ruedas que una calesa, pero se movía. Cada día sentía menos la herida; sabía que la bala que le había dado era de pequeño calibre, de haber sido de calibre mayor estaría vencido y probablemente muerto.

Varias veces creyó ver indios pasando una loma o detrás de yucas distantes, pero nunca pudo estar seguro. No tardó en sentirse febril y empezó a desconfiar

de su vista. En los resplandecientes espejismos creía ver jinetes, que nunca aparecían. Una vez creyó ver a Deets y otra vez a Blue Duck. Pensó que estaba perdiendo la razón y se lo achacó a Gus. Gus había pasado toda una vida tratando de meterle en situaciones que le confundían, y al fin lo había logrado.

—Me lo has hecho tú —dijo varias veces en voz alta—. Jake me puso en marcha y tú has sido el que me ha hecho volver aquí.

El agua se le acabó al tercer día. El mulo y el caballo comieron plantas grasas o la poca salvia que había, pero ambos se debilitaban. Call suspiraba por su yegua kiowa. Deseó haber dado su nombre al muchacho y conservado la yegua.

Un buen día el mulo se detuvo; había decidido morir. Call necesitó el caballo para tirar de la plataforma. *Greasy* ni se molestó en seguirles.

Call supuso que el caballo también moriría, pero el caballo anduvo hasta el Colorado. A partir de entonces había menos que temer aunque su herida estaba algo infectada y supuraba. Le recordó a Lippy. Se le solían llenar los ojos de lágrimas cuando pensaba en los hombres que había dejado en el Norte.

Cuando llegó por fin a la pequeña colina con los robles, por encima del Guadalupe, casi no quedaba nada del cartel. La cita en latín, de la que Gus se sentía tan orgulloso, al ser lo último, se había desprendido hacía tiempo. La parte donde se mencionaba a los cerdos no estaba y la parte que decía lo que vendían o alquilaban, así como el nombre de Deets, tampoco. Parte del nombre de Pea Eye estaba borrado y el suyo también. Call confiaba en salvar la plancha donde Gus había escrito su nombre, pero la cuerda con la que había amarrado el cuerpo había borrado la mayor parte de las letras. En realidad el cartel no era más que un montón de astillas, dos de las cuales quedaron en las manos de Call al desatar a Gus. Solo podía leerse la parte de arriba del cartel, la que decía « Hat Creek Compañía Ganadera y Emporio de Estabulación» .

Call cavó la fosa con una pequeña pala. En su estado, le costó casi un día; en un momento dado se sintió tan débil que tuvo que sentarse sobre la fosa para descansar, sudando a mares. Si hubiera habido alguien más para cavar, le habría pedido que le enterraran allí también. Pero se sobrepuso, terminó el trabajo y enterró a Augustus.

—Ya está —suspiró—. Esto me enseñará a tener más cuidado con lo que prometo.

La plancha que decía « Hat Creek Compañía Ganadera» la utilizó como un brazo transversal, sujetándola a un largo palo de mezquite que clavó en la tierra. Mientras sujetaba el brazo con dos cuerdas de la silla, se acercó una carreta con colonos. Era una pareja joven con dos o tres niños de caritas estrechas como zarigüeyas mirando intimidados a su alrededor. El hombre era rubio y el sol le había quemado el rostro, que ahora tenía rojo; su mujer llevaba una gorra que le protegía la cara. Era obvio que la madera sobre la tumba les desconcertaba. El joven paró la carreta y se quedó mirando. Como no habían visto enterrar a

Augustus, no sabían si miraban una tumba o un anuncio.

—¿Dónde está este Hat Creek, señor? —preguntó el joven.

—Lo que no está en Montana, está enterrado aquí —respondió Call. Sabía que no le entenderían, pero no estaba de humor para conversar.

—¡Maldita sea! Yo busco un lugar que tenga herrero. —Entonces se fijó en que Call andaba con dificultad y que estaba herido.

—¿Podemos ayudarle, señor?

—Se lo agradezco —contestó Call—. Me queda muy poco camino que recorrer.

Los jóvenes colonos bajaron la colina en dirección a San Antonio. Call se acercó a la pequeña laguna con la intención de descansar unos minutos. Se quedó profundamente dormido y no despertó hasta que amaneció. El asunto del cartel le molestaba, era una prueba más de la habilidad de Augustus para seguir enredando más allá de la tumba. Si alguien había supuesto que había un establo cerca, ocurriría lo mismo con otros. La gente estaría mal informada y vagaría durante días por las colinas calizas, tratando de encontrar una compañía formada principalmente por fantasmas.

Además el nombre de Augustus no estaba en el letrero, aunque se trataba de su tumba. Nadie sabría jamás que era su tumba. Call retrocedió a la colina, sacó su navaja pensando que podía grabar su nombre del otro lado del madero pero estaba tan seco y quebradizo que pensó que lo destrozaría si lo tocaba demasiado. Finalmente arañó A. M. al otro lado del cartel. No era mucho y sabía que no duraría. Alguien podía enfurecerse al no encontrar el establo y quizás arrancara el cartel. En todo caso Gus estaba donde había decidido estar, y ambos sabían cuántos hombres magníficos descansaban en tumbas sin nombre.

Call recordó haber dicho a la pareja que solo tenía poco camino que recorrer. Era señal de que probablemente estaba perdiendo la cabeza, porque no tenía ningún lugar a donde ir. Agotado y con una herida infectada, no estaba en condiciones de regresar a Montana, y *Jerry*, su caballo, jamás terminaría el viaje aunque él lo hiciera. Tampoco sabía si quería regresar o no. Nunca había sentido la necesidad de un hogar. Recordó la llegada a Texas en una carreta cuando niño. Sus padres ya habían muerto. Desde entonces fue un nómada, excepto los años que pasó en Lonesome Dove.

Call se dirigió a San Antonio pensando que podría encontrar un médico. Pero cuando llegó a la ciudad dio la vuelta y la rodeó, asustado ante la idea de ver a tanta gente. No quería estar con nadie, con la cabeza turbia como la tenía. Cabalgó en el agotado caballo hacia el Sur, pensando que sería mejor ir a Lonesome Dove que a cualquier otra parte.

Al cruzar el verde Nueces se acordó de las serpientes y del muchacho irlandés. Sabía que debía seguir y buscar a la viuda Spettle para decirle que solo le quedaba un hijo, pero pensó que las malas noticias podían esperar. Habían

esperado un año, a menos que se hubiera enterado del suceso por boca de los vaqueros que regresaban.

Entró en Lonesome Dove a última hora de un día de agosto. Le sorprendió el fuerte tañido de la campana de la cena, la que a Bolívar le encantaba golpear con la barra rota. El sonido le hizo sentir como si cabalgara por una tierra de fantasmas. Se encontró mentalmente perdido y se preguntó si todos los muchachos estarían allí cuando llegara a casa.

Pero cuando pasó el chaparral al trote hacia el granero de Hat Creek, vio que era el mismo Bolívar el que golpeaba la misma campana con la misma barra rota. El cabello del viejo estaba completamente blanco y su sarape más sucio que nunca.

Cuando Bolívar alzó la mirada y vio al capitán salir cabalgando de la puesta del sol, dejó caer la barra que por poco le golpea un pie. Su regreso a México había sido una prueba y una decepción. Sus hijas estaban casadas y se habían marchado. Su mujer seguía intransigente en su ira por los años en que él la había abandonado. Su lengua era como una sierra y la mirada de sus ojos le hacía sentirse enfermo. Así que un buen día la dejó para siempre y llegó caminando a Lonesome Dove, viviendo en la casa que los gringos habían abandonado. Afilaba cuchillos para ganarse la vida, que para él significaba café y fríjoles. Dormía en la cocina; las ratas se habían comido las camas. Se sintió solitario y acabó sin poder recordar quién era. Pero todas las noches cogía la vieja barra y golpeaba la campana. El sonido resonaba por el pueblo y a través del Río Grande.

Cuando Call echó pie a tierra y dejó las riendas, el viejo Bolívar se acercó tembloroso con una expresión de incredulidad en el rostro.

—Oh, capitán, capitán… —Y se echó a llorar. Lágrimas de consuelo resbalaban por sus viejas mejillas. Agarró los brazos de Call como si estuviera tan agotado que fuera a caerse.

—Está bien, Bol —le tranquilizó Call.

Acompañó al hombre tembloroso a la casa, que estaba medio en ruinas y con suciedad, telarañas y excrementos de ratas por todas partes. Bol calentó café y Call se quedó en el porche delantero y bebió una taza. Al mirar hacia la calle le sorprendió ver que el pueblo no parecía el mismo. Algo faltaba que había estado allí. Al principio no cayó en la cuenta y pensó que podía ser el polvo o su visión errática, pero al momento recordó el «Dry Bean». Lo que parecía haber desaparecido era el *saloon*.

Call llevó el caballo al granero sin techo y lo desensilló. El abrevadero de piedra estaba lleno de agua, agua fresca, pero no había gran cosa que darle de comer. Call le sacó a pastar y lo observó mientras se revolcaba feliz.

Después, curioso por saber si el *saloon* había desaparecido realmente, cruzó el cauce seco de Hat Creek y entró en la calle mayor.

Enseguida vio un hombre con una sola pierna acercándosele en la penumbra.

« ¿Gus?» , pensó, sin saber por un momento si estaba con los vivos o con los muertos. Recordó haberse sentado sobre la fosa junto al Guadalupe, y por unos instantes no pudo recordar si había salido de ella.

Pero el cojo resultó ser Dillard Brawley, el barbero que se había quedado sin voz de tanto gritar cuando él y Gus le habían cortado la pierna.

Dillard Brawley estaba tan sorprendido de ver al capitán Call, de pie en medio de la calle, que casi dejó caer las pocas percas que había conseguido pescar en el río. Tuvo que acercarse en la creciente oscuridad para ver que era el capitán; quedaba muy poca luz.

—Vaya, capitán —dijo Dillard con su ronca voz—. ¿Por fin ha vuelto con los muchachos?

—Los muchachos no. Solo yo. ¿Qué ha pasado con el *saloon*?

La tienda estaba aún allí, pero el « Dry Bean» había desaparecido.

—Ardió —dijo Dillard—. Ardió hace cosa de un año.

—¿Y cómo ocurrió el incendio?

—Wanz le prendió fuego. También ardió él. Se encerró en la alcoba de aquella puta y no quiso salir.

—No me digas…

—También se quemó el piano. Los de la iglesia se enfurecieron. Pensaban que si él quería asarse por lo menos debió haber sacado el piano fuera. Desde entonces tienen que cantar los himnos acompañados por un violín.

Call se acercó hasta donde había estado el *saloon*. No quedaba nada salvo pálidas cenizas y unas maderas quemadas.

—Cuando ella se marchó, Wanz no pudo soportarlo —explicó Dillard—. Estuvo un mes sentado en su alcoba y luego le prendió fuego.

—¿Quién? —preguntó Call mirando las cenizas.

—La mujer —murmuró Dillard—. La mujer. Dicen que añoraba a aquella puta.

LARRY MCMURTRY nace el 3 de junio de 1936 en Wichita Falls, Texas. Novelista, ensayista y guionista de cine y televisión, McMurtry sitúa la mayoría de sus obras en el Oeste. Creció en un rancho en las afueras de Archer City, Texas y estudió en la North Texas State University y en la Universidad de Rice. Su primera novela, *Hud el salvaje* (1961) suscita inmediatamente el interés de los críticos y gana el premio Jesse M. Jones del Instituto de Texas de Letras (1962) y la Beca Guggenheim (1964). En 1985 gana el premio Pulitzer por su novela *Lonesome Dove*.

Autor de veinticinco novelas, dos colecciones de ensayos, un texto autobiográfico y más de treinta guiones, McMurtry es más conocido por las magistrales adaptaciones cinematográficas de algunas de sus novelas: en 1963 *Hud* protagonizada por Paul Newman y en 1971 *The Last Picture Show*, la obra maestra de Peter Bogdanovich. En 2006, McMurtry es galardonado con el Globo de Oro y el premio Oscar por el guión de *Brokeback Mountain*. Actualmente vive en Archer City, Texas.

Notas

[1] manea: cuerda o instrumento que se utiliza para trabar a los caballos atando sus patas entre sí. (Nota del E. D.) <<